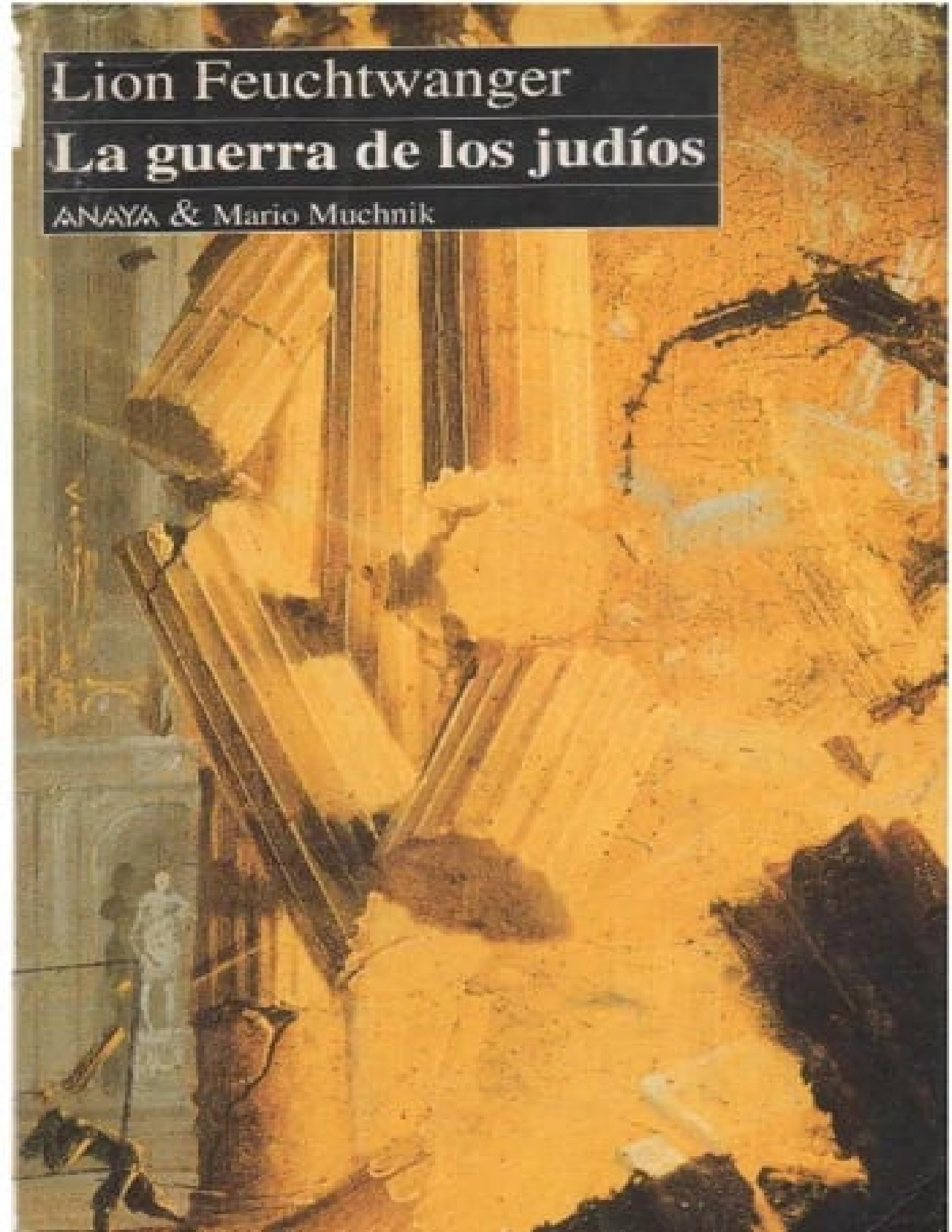

Lion Feuchtwanger
La guerra de los judíos
ANAYA & Mario Muchnik

Annotation

La guerra de los judíos , tal vez la novela más célebre de Feuchtwanger y, dadas las circunstancias, la más directamente alusiva a los tiempos presentes, está basada en la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo, autor también él de una Guerra de los judíos.

Nacido en Jerusalén, sacerdote descendiente de reyes, Joseph hijo de Matías recibió una educación de rabino y frecuentó todas las sectas del judaísmo de entonces. Pero en lugar de hacerse doctor se hace embajador a Roma para interceder ante el emperador por la vida de unos correligionarios apresados. Y aquí empieza esta novela apasionante. Poco a poco su fidelidad a sus orígenes parece irse mellando pero, cuando estalla la guerra, recibe un cargo de comandante judío en Galilea. Derrotado, es hecho prisionero por los romanos, pasa a sus filas, adopta el nombre de Tito Flavio Josefo, asiste a la caída de Jerusalén y presencia y describe la destrucción del Templo de Salomón. A él debemoss el único relato completo de la guerra de 66-73 hasta la caída de Masada, conocida sólo gracias a Flavio Josefo. La obra de este judío considerado traidor por los suyos pero que,en el fondo de su alma, siguió siendo judío hasta el final (una especie de marrano avant la lettre), nos ha llegado gracias a los cristianos, que la consideraron como `el quinto evangelio`. Feuchtwanger intuyó, en la fabulosa historia individual y colectiva de esa época, una gran oportunidad para un escritor comprometido, contemporáneo de Hitler. Ésa y no otra era la preocupación central de su quehacer literario. Y, fascinado por las figuras que podríamos decir pertenecen más a la mitología que a la historia de Occidente -Nerón, el Senado, las legiones, la Judea de Jesús, las sectas `terroristas` judías, Jerusalén y Masada-, Feuchtwanger construye una novela caleidoscópica en la que insufla, junto con los elementos más apasionantes de toda buena trama novelística -la guerra, el amor, la divinidad, la intriga-, la descripción verosímil de una época histórica que, así, cobra vida en la desatada imaginación del lector,

y, con ello, no lo olvida, no: un mensaje dirigido específicamente al público de este siglo, atormentado por fenómenos sociales, políticos y militares singularmente afines a los de veinte siglos atrás.

- LION FEUCHTWANGER
- Sinopsis
- La guerra de los judíos
- LIBRO PRIMERO ROMA
- LIBRO SEGUNDO GALILEA
- LIBRO TERCERO CESAREA
- LIBRO CUARTO ALEJANDRÍA
- LIBRO QUINTO JERUSALÉN
- notes
  -

LION FEUCHTWANGER

La Guerra De Los Judios

Flavio Josefo Nº1

Traducción de Aarón y Casal de Rey, Martha Spivak

Grupo Anaya S. A

Sinopsis

La guerra de los judíos , tal vez la novela más célebre de Feuchtwanger y, dadas las circunstancias, la más directamente alusiva a los tiempos presentes, está basada en la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo, autor también él de una Guerra de los judíos.

Nacido en Jerusalén, sacerdote descendiente de reyes, Joseph hijo de Matías recibió una educación de rabino y frecuentó todas las sectas del judaísmo de entonces. Pero en lugar de hacerse doctor se hace embajador a Roma para interceder ante el emperador por la vida de unos correligionarios apresados. Y aquí empieza esta novela apasionante. Poco a poco su fidelidad a sus orígenes parece irse mellando pero, cuando estalla la guerra, recibe un cargo de comandante judío en Galilea. Derrotado, es hecho prisionero por los romanos, pasa a sus filas, adopta el nombre de Tito Flavio Josefo, asiste a la caída de Jerusalén y presencia y describe la destrucción del Templo de Salomón. A él debemoss el único relato completo de la guerra de 66-73 hasta la caída de Masada, conocida sólo gracias a Flavio Josefo. La obra de este judío considerado traidor por los suyos pero que,en el fondo de su alma, siguió siendo judío hasta el final (una especie de marrano avant la lettre), nos ha llegado gracias a los cristianos, que la consideraron como `el quinto evangelio`. Feuchtwanger intuyó, en la fabulosa historia individual y colectiva de esa época, una gran oportunidad para un escritor comprometido, contemporáneo de Hitler. Ésa y no otra era la preocupación central de su quehacer literario. Y, fascinado por las figuras que podríamos decir pertenecen más a la mitología que a la historia de Occidente -Nerón, el Senado, las legiones, la Judea de

Jesús, las sectas `terroristas` judías, Jerusalén y Masada-, Feuchtwanger construye una novela caleidoscópica en la que insufla, junto con los elementos más apasionantes de toda buena trama novelística -la guerra, el amor, la divinidad, la intriga-, la descripción verosímil de una época histórica que, así, cobra vida en la desatada imaginación del lector, y, con ello, no lo olvida, no: un mensaje dirigido específicamente al público de este siglo, atormentado por fenómenos sociales, políticos y militares singularmente afines a los de veinte siglos atrás.

Título Original: *Der jüdische Krieg*
Traductor: Spivak, Aarón y Casal de Rey, Martha
©1932, Feuchtwanger, Lion
©1960, Grupo Anaya S. A
ISBN: 9788479790530
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: NE2015, 20/01/2017

La guerra de los judíos

Lion Feuchtwanger

Traducido del alemán por Aarón Spivak y Martha Casal de Rey
Diseño de cubierta: Mario Muchnik
En cubierta:*Explosión en una iglesia* (detalle), de Monsu Desiderio (s. XVII)
La trilogía de Flavio Josefo está compuesta de las siguientes novelas:
La guerra de los judíos
Los hijos
El día llegará

Lion Feuchtwanger, 1932
© 1960 by Marta Feuchtwanger
© 1993 by Grupo Anaya S. A.
Anaya & Mario Muchnik,
Juan Ignacio Luca de Tena, 15, 28027 Madrid.
ISBN: 84-7979-053-9
Depósito legal: M-18109-1993
Título original: *Der jüdische Krieg*

Esta edición de ***La guerra de los judíos*** compuesta en tipos Times de 12,5 puntos en el ordenador de la editorial se terminó de imprimir en los talleres de Vía Gráfica, S.A., Fuenlabrada (Madrid) el 25 de agosto de 1993.

Impreso en España — Printed in Spain

***La guerra de los judíos*,** tal vez la novela más célebre de Feuchtwanger y, dadas las circunstancias, la más directamente alusiva a los tiempos presentes, está basada en la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo, autor también él de una *Guerra de los judíos*. Nacido en Jerusalén, sacerdote descendiente de reyes, Joseph hijo de Matías recibió una educación de rabino y frecuentó todas las sectas del judaísmo de entonces. Pero en lugar de hacerse doctor se hace embajador a Roma para interceder ante el emperador por la vida de unos correligionarios apresados. Y aquí empieza esta novela apasionante.

Poco a poco su fidelidad a sus orígenes parece irse mellando pero, cuando estalla la guerra, recibe un cargo de comandante judío en Galilea. Derrotado, es hecho prisionero por los romanos, pasa a sus filas, adopta el nombre de Tito Flavio Josefo, asiste a la caída de Jerusalén y presencia y describe la destrucción del Templo de Salomón. A él debernos el único relato completo de la guerra de 66-73 hasta la caída de Masada, conocida sólo gracias a Flavio Josefo. La obra de este judío considerado traidor por los suyos pero que, en el fondo de su alma, siguió siendo judío hasta el final (una especie de marrano *avant la lettre*), nos ha llegado gracias a los cristianos, que la consideraron como "el quinto evangelio".

Feuchtwanger intuyó, en la fabulosa historia individual y colectiva de esa época, una gran oportunidad para un escritor comprometido, contemporáneo de Hitler. Ésa y no otra era la preocupación central de su quehacer literario. Y, fascinado por las figuras que podríamos decir pertenecen más a la mitología que a la historia de Occidente —Nerón, el Senado, las legiones, la Judea de Jesús, las sectas "terroristas" judías, Jerusalén y Masada—, Feuchtwanger construye una novela caleidoscópica en la que insufla, junto con los elementos más apasionantes de toda buena trama novelística —la guerra, el amor, la divinidad, la intriga—, la descripción verosímil de una época histórica que, así, cobra vida en la desatada imaginación del lector; y, con ello, no lo olvida, no: un mensaje dirigido específicamente al público de este siglo, atormentado por fenómenos sociales, políticos y militares singularmente afines a los de veinte siglos atrás.

La guerra de los judíos**,** para delicia del lector, no es sino la primera parte de una trilogía, cuyas otras dos partes, de próxima aparición en A&MM, son *Los hijos* y *El día llegará.*

Lion Feuchtwanger (1884—1958) es probablemente el gran maestro de la novela histórica. Alemán, participa de cerca en los hechos de 1918 en Berlín "a la sombra de los jefes de la revolución" y se entera, durante una gira por Estados Unidos en 1933, que los nazis le han quitado su ciudadanía y su doctorado y han prohibido todos sus libros. Refugiado en Francia funda, junto con Brecht y Bredel, *Das Wort*, la revista antinazi más importante de los exiliados alemanes. El gobierno de Vichy lo arresta; logra escapar de la Gestapo; y llega por fin a Estados Unidos, en donde vive desde 1941 hasta su muerte. En 1954 obtiene el Premio Nacional de la República Democrática Alemana.

LIBRO PRIMERO ROMA

SEIS puentes atravesaban el río Tíber. Mientras el viajero permaneciese en la margen derecha se hallaría en terreno seguro; allí las calles estaban llenas de hombres cuyas barbas revelaban a las claras su condición judaica; además se veían a cada paso inscripciones hebreas o arameas, y conociendo un poco el griego era fácil hacerse entender. Pero en cuanto atravesaba el río y se aventuraba a poner el pie en la margen izquierda del Tíber, el viajero se encontraba realmente en la inmensa y temible ciudad de Roma, y se sentía extraño, desesperanzadamente solo.

En el puente Emilio, Josef despidió a su guía, el pequeño Cornel. Ansiaba seguir solo, aunque no fuese más que para poner a prueba su propio ánimo y su sentido de la orientación. Cornel habría acompañado de buena gana al extranjero un trecho más, pero tuvo que obedecer. Josef lo siguió con la mirada mientras rehacía, vacilante, el camino a través del puente; después, con una sonrisa amable, el judío Josef extendió bruscamente el brazo con la mano abierta, a la romana, para despedirse del muchacho judío y éste, sonriendo a su vez, respondió del mismo modo, pese a la prohibición paterna; luego giró a la izquierda, detrás del enorme palacio situado en la esquina de la calle, y desapareció. Josef quedó solo: un poco más y pondría a prueba su latín.

Todo lo que sabía era que el edificio que se erguía frente a él era el Mercado de ganado y que, más lejos, a la derecha, se hallaba el Gran Hipódromo. En algún lugar del Palatino, donde bullía la muchedumbre, el emperador hacía construir su residencia. A la izquierda, por la Puerta Toscana, se iba al Foro. El Palatino y el Foro eran el corazón del orbe.

Mucho había leído sobre Roma pero le servía de poco en aquel momento. El incendio ocurrido hacía tres meses había alterado el aspecto de la ciudad por completo, pues los cuatro barrios del centro estaban destruidos, además de trescientos edificios públicos, seiscientos palacios, varias mansiones particulares y más de mil

casas de alquiler. Era sorprendente comprobar cuánto se había reconstruido en tan poco tiempo. Aunque Josef no apreciaba a los romanos —muy al contrario, les tenía aversión— reconocía que eran excelentes organizadores y poseían la técnica. «Técnica», pensó. Y repitió la palabra extranjera varias veces en la lengua extranjera. El no era tonto, sabría apropiarse de parte de la técnica romana.

Avanzó resueltamente. Aspiró con interés la atmósfera de esas mansiones y de esos hombres extraños, cuyo poder tanto podría elevarlo como hundirlo. En su casa de Jerusalén, durante esas últimas semanas del mes de Tischri, el calor era sofocante, pero en Roma se llamaba septiembre y, al menos ese día, se respiraba un aire fresco y agradable. La brisa jugueteó con sus cabellos demasiado largos para la moda romana. Verdaderamente, debería llevar sombrero pues a un judío de su rango, al contrario que los romanos, le correspondía salir a la calle con la cabeza cubierta. Pero, ¡qué importaba!: En Roma la mayor parte de los judíos iban sin cubrirse como los gentiles, en cuanto se alejaban de los puentes del Tíber. Los sentimientos judíos de Josef no iban a perder fervor por no llevar sombrero.

Se detuvo frente al Circo Máximo. Todo era allí ruinas pues en ese lugar se había originado el incendio. Sin embargo las piedras de los cimientos estaban intactas. Era una obra gigantesca; recorrerla en toda su extensión llevaba diez minutos. El estadio de Jerusalén y el de Cesarea, que por cierto no eran pequeños, comparados con el de Roma parecían de juguete.

En el interior del Circo los albañiles ordenaban las piedras y las maderas. Se trabajaba. Muchos niños y algunos ociosos curioseaban por todos los rincones. Josef no iba vestido a la usanza de la capital pero su juventud, esbeltez, buen porte y la mirada de sus ojos —a los que nada pasaba inadvertido— producían un efecto de señorío, elegancia y riqueza.

Lo apretujaban, le ofrecían amuletos, recuerdos de viaje que reproducían el obelisco, erguido, exótico e imponente, en medio de la arena. Un guía profesional quiso mostrarle todos los detalles del palco imperial, el proyecto del nuevo edificio... pero Josef lo apartó

con fingida indiferencia y subió las gradas de piedra solo, como si fuese un espectador habitual de las carreras.

A su espalda estaban, evidentemente, los bancos de la alta aristocracia del senado. Ahora nada le impedía sentarse en uno de esos codiciados asientos. Se estaba bien allí al sol. Olvidó su actitud reservada y, con la cabeza apoyada en una mano, miró distraídamente hacia el obelisco.

No podría haber elegido momento más favorable para sus propósitos que esos meses que siguieron al gran incendio; todos parecían bien dispuestos, animados, contagiados de la energía con que el emperador se había entregado a la reconstrucción de la urbe. Reinaban por todas partes la actividad y el movimiento. El aire era puro, fresco, muy diferente de la pesada y sofocante atmósfera de Jerusalén, que lo hacía sentirse perezoso y torpe.

Allí, en el Circo Máximo, en un banco del senado, al agradable sol de esa tarde ociosa, en medio del ruido de Roma en reconstrucción, Josef examinó ansiosamente sus posibilidades, las sopesó una a una. Tenía veintiséis años y todas las condiciones necesarias para una espléndida carrera: origen noble, cultura sólida, aptitudes políticas, ambición sin límites. No, no estaba dispuesto a vegetar en Jerusalén. Se sentía agradecido a su padre por haber creído en él y lograr que fuera enviado a Roma.

La misión que lo había traído era bastante discutible. Desde el punto de vista jurídico, el Gran Consejo de Jerusalén no tenía causa ni autoridad para despachar a Roma a un enviado extraordinario que gestionase la liberación de los presos judíos. Josef había tenido que buscar argumentos entre los recovecos más recónditos de la jurisprudencia a fin de persuadir a los miembros del Consejo, después de prolongadas vacilaciones.

Los tres vocales del Gran Consejo, que el gobernador Antonio Félix sometiera dos años antes al tribunal imperial de Roma, acusados de rebeldía, habían sido condenados injustamente a trabajos forzados. Aunque los tres se encontraban en Cesarea cuando los judíos arrancaron y destrozaron el escudo de la residencia del gobernador durante los disturbios producidos con motivo de los comicios, no era cierto que hubieran participado personalmente en el acto sedicioso. El arresto de esos tres ancianos

de tan alta jerarquía había sido una medida arbitraria tomada contra inocentes, un escandaloso abuso de poder, una ofensa inferida a todo el pueblo judío. Josef presintió que ésa era la tan deseada ocasión de destacarse. Traía nuevas pruebas de la inocencia de los tres prisioneros, y esperaba obtener de la Corte imperial la rehabilitación o, por lo menos, el indulto.

Los judíos romanos —lo suponía— no se esforzarían mucho por ayudarlo. El ebanista Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad de Agripa, en cuya casa se hospedaba y para quien su padre le diera una cálida carta de presentación, le había explicado la situación real en términos hábiles, indulgentes y cautos. Los cien mil judíos de Roma no tenían de qué quejarse. Vivían en paz con el resto de sus conciudadanos, y veían con desagrado que el partido nacionalista de los «Vengadores de Israel» ganara día a día mayor influencia. Se negaban a comprometer su cómoda posición interviniendo en los perpetuos conflictos entre los habitantes de Jerusalén y la administración imperial; por tanto, Josef tendría que dar solo los pasos necesarios para cumplir su cometido.

Delante de él se alineaban en orden los materiales del Circo: piedras, maderas, ladrillos, columnas de mármol de diversos colores. El edificio volvía a alzarse sobre sus cimientos con asombrosa velocidad. Pasada media hora o una hora, cuando abandonase el lugar, la construcción avanzaría quizá nada más que la milésima parte de la dimensión total, pero ese crecimiento se correspondería exactamente con el cálculo previsto para ese espacio de tiempo. También Josef lograría algo en el mismo lapso. Su ansia de actuar se haría aún más intensa e irresistible. Cada golpe de martillo y cada chirrido de sierra repercutía en su alma mientras, como un ocioso más, tomaba el sol con expresión serena. Mucho debería luchar para liberar de la cárcel a aquellos tres inocentes, pero estaba dispuesto a hacerlo.

Ya no se sentía tan pequeño e insignificante como a su llegada, ni le inspiraban el mismo respeto que al principio los rostros enigmáticos de la gente del lugar. Comprobó mientras paseaba que los romanos eran más bajos que él.

A su paso las mujeres de Roma volvían la cabeza para admirarlo con tanto interés como las de Jerusalén o Cesarea. Días

antes, Irene, la hija de Cayo, presidente de la comunidad agripense, se había presentado sin motivo a importunar a su padre sólo porque él estaba en su aposento. Josef era un hombre apuesto, de inteligencia rápida y ágil. A la edad de veintiún años había obtenido el codiciado título de doctor de la Escuela Superior del Templo y dominaba por completo la compleja disciplina de la exégesis jurídica y teológica de las Escrituras. Además había permanecido dos años en el desierto junto al esenio Banus, con el fin de iniciarse en la contemplación pura, penetrar en su ser más profundo y lograr la ansiada intuición. Para ascender necesitaba encontrar el primer peldaño: la ocasión propicia. Se presentaría, tenía que presentarse.

El joven escritor y político Josef ben Matatías apretó los labios: «Esperad, señores míos del Gran Consejo, arrogantes señores de la Sala Cuadrangular del Templo. Me habéis humillado, me habéis rebajado. Si mi padre no hubiera agregado algo por su propia cuenta a la dieta que me concedisteis de los fondos del Templo, yo no habría podido venir aquí. Pero ahora, heme en Roma como vuestro delegado, y estad seguros de que sabré sacar provecho. Ya os lo demostraré, señores y doctores.»

De pronto los que se encontraban en el circo se levantaron de sus asientos e intrigados comenzaron a mirar hacia el Palatino. De allí bajaba un brillante cortejo: heraldos, pajes, soldados de escolta, literas. Josef también se puso de pie para ver de qué se trataba. El guía volvió a colocarse a su lado, pero esta vez Josef no lo rechazó. No era el emperador, ni tampoco el comandante de la guardia quien se acercaba sino algún senador u otro alto personaje, que se hacía conducir al nuevo edificio por el arquitecto Celer.

Los curiosos se aproximaron, contenidos por la policía y por los criados del arquitecto y de su acompañante. Sin embargo, el guía logró deslizarse con Josef hasta la primera fila e inmediatamente, por la librea de los criados, representantes y lacayos, supo que se trataba del senador Marullo que venía a ver las obras del Circo. Josef había oído mencionar a ese personaje, pues igual que en las demás provincias, en Jerusalén se contaban de él historias extraordinarias.

Se decía que era uno de los más consumados libertinos de la corte, y el asesor del emperador en todos los refinamientos de la

voluptuosidad. Además se le atribuía la creación de algunas farsas populares y espectáculos licenciosos, por ejemplo los que interpretaba en el teatro el gran cómico Demetrio Libán. Josef contempló con avidez al famoso aristócrata que, sentado en su litera, escuchaba negligentemente las explicaciones del arquitecto y a ratos acercaba a los ojos la esmeralda que le servía de monóculo.

Josef observó a otro personaje a quien se trataba también con el máximo respeto. ¿Sería realmente un patricio? Había descendido de una litera. Mal vestido, bastante obeso, su cara regordeta había sido rasurada sin cuidado. Bajo la frente abombada, los ojos parecían soñolientos. Dio vueltas arrastrando los pies entre los materiales de construcción, indiferente a las explicaciones del arquitecto; levantó del suelo un fragmento de mármol, lo hizo girar entre los dedos gordezuelos, lo acercó a los ojos, lo olfateó y lo arrojó lejos. Luego le quitó la herramienta a un albañil y se detuvo, sopesándola. Finalmente se sentó sobre un bloque de piedra para ajustarse suspirando las correas de sus sandalias, después de rechazar la ayuda de uno de los lacayos allí presentes. El guía lo conocía: era Claudio Regino. «¿El editor?», preguntó Josef. Quizá vendiese también libros, pero el guía lo ignoraba. Lo conocía solamente como joyero imperial y hombre muy influyente, gran financiero aunque vistiese pobremente y concediese tan poca importancia al número de acompañantes y la pompa de su cortejo, cosa extraordinaria, teniendo en cuenta que había nacido esclavo, hijo de un siciliano y de una judía, y que esos señores advenedizos por lo general eran muy aficionados a la ostentación. Claudio Regino había hecho una carrera fabulosa, pese a que sólo tenía cuarenta y dos años. Bajo el gobierno emprendedor del emperador se estaban realizando negocios muy sustanciosos y él se había vinculado a casi todos. Gran parte de las flotas egipcia y libia destinadas al transporte de cereales le pertenecía. Sus silos de Pirgi y Ostia eran dignos de admiración.

El senador Marullo y el joyero del emperador, Claudio Regino, conversaban en voz alta despreocupadamente, de modo que en la primera fila de curiosos, entre los que se encontraba Josef, se podía escuchar todo lo que decían. Josef suponía que estas personalidades cuyos nombres se evocaban con respeto en los

círculos literarios del mundo entero, pues Claudio Regino pasaba por ser el primer editor de Roma, intercambiarían interesantes opiniones estéticas sobre la construcción del nuevo circo. Escuchó lo que hablaban con gran atención. No podía comprender su fluido latín, pero captó, sin embargo, que no hablaban de arte ni de filosofía: conversaban sobre precios, valores y negocios. Con toda claridad oyó la voz sonora y gangosa del senador quien, en tono zumbón y amable preguntaba desde su litera, dando voces que se oían desde lejos: «¿También ganáis dinero con el Circo Máximo, Claudio Regino?». El interpelado, sentado al sol sobre el bloque de piedra, con las manos apoyadas en sus piernas robustas, repuso sin inmutarse: «Desgraciadamente no, senador Marullo. Yo tenía entendido que nuestro arquitecto se había asociado a vos en el negocio de provisión de materiales para el Circo.» Josef pudo oír todavía buena parte de la conversación, pero su conocimiento insuficiente de la lengua le impidió comprenderla. El guía, aunque no muy informado, acudió en su ayuda. Claudio Regino al parecer había adquirido por una bagatela, al igual que el senador Marullo, extensos terrenos en los barrios poco poblados de la periferia.

Después del gran incendio, el emperador había decidido instalar los edificios públicos dentro de la ciudad, con lo que obligaba a las casas de alquiler a trasladarse a los suburbios, donde los terrenos habían adquirido un valor que aún no se podía apreciar exactamente.

—¿No está prohibido que los senadores hagan negocios?— preguntó Josef al guía. Éste contempló al extranjero con asombro. Los que se encontraban a su lado se echaron a reír, otros le hicieron coro. La pregunta del provinciano pasó de boca en boca y un estruendo de carcajadas resonó de pronto en el gran Circo.

El senador preguntó el motivo de la risa. Se hizo un pequeño vacío alrededor de Josef, quien se encontró de repente solo ante los dos importantes personajes.

—¿Qué os disgusta, joven?— preguntó el hombre obeso en tono agresivo y burlón. Estaba sentado en la misma postura, con las manos apoyadas en las piernas, como si fuera la estatua de un rey egipcio. Brillaba el sol claro y tibio y soplaba una brisa ligera. La

multitud escuchaba divertida la conversación de los dos grandes personajes con el viajero recién llegado de una provincia.

Josef se mantenía respetuoso, pero sin nerviosismo.

—Sólo hace tres días que estoy en Roma— dijo en griego, con dificultad. —¿Qué tiene de risible que yo no esté al corriente de las costumbres de esta ciudad?

—¿De dónde sois?— preguntó el senador desde su litera. —¿De Egipto?— inquirió Claudio Regino.

—Soy de Jerusalén— repuso Josef, y declaró su nombre completo: Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría.

—Sois demasiado para Jerusalén— observó el senador, sin traslucirse si hablaba en serio o hacía una broma.

El arquitecto Celer demostró impaciencia; quería explicar a los grandes señores sus proyectos, magníficos, originales e ingeniosos, y le desagradaba que le interrumpiese un tonto provinciano. Pero el financiero Claudio Regino era curioso por naturaleza y, repantigado cómodamente en el bloque de piedra, tibio por el sol, siguió interrogando al judío. Josef contestó encantado. Quería decir cosas nuevas e interesantes, demostrar su valía y la de su pueblo. «¿Suele ocurrir también en Roma —preguntó— que una casa sea atacada por la lepra?» «No —le contestaron— eso no ocurre nunca.» «En Judea, en cambio —informó Josef— a veces sucede. Pequeñas hendiduras rojizas o verdosas aparecen en un muro. El mal alcanza en ocasiones una gravedad tal que hay que echar la casa abajo. Los sacerdotes pueden salvar el edificio, interviniendo a tiempo, pero la ceremonia no es nada simple. Hacen arrancar las piedras enfermas y se procuran dos pájaros, madera de cedro, lana roja e hisopo. Asperjan siete veces la casa con la sangre de una de las aves y liberan a la otra en las afueras de la ciudad.» Los presentes escucharon el relato con interés y respeto, pues poseían el sentido de lo maravilloso y les atraía lo sobrenatural.

El joyero Claudio Regino contempló con ojos soñolientos y expresión grave al delgado muchacho lleno de pasión.

—¿Habéis venido a Roma por razones de negocios, doctor Josef— preguntó, —o queréis apreciar directamente cómo se reconstruye nuestra ciudad?

—He sido encargado de una misión especial— repuso Josef. —Debo obtener la libertad de tres inocentes. Para nosotros ése es un asunto de la mayor importancia.

—Mucho me temo— dijo el senador reprimiendo un bostezo —que por estar de momento tan ocupados con la reconstrucción de Roma, no tengamos tiempo para enterarnos de ese detalle.

—Para la balaustrada del podio imperial— continuó explicando el arquitecto con evidente fastidio —emplearé esta piedra serpentina de manchas verdes y negras. Me han mandado de Esparta una muestra de gran belleza.

—De paso por Alejandría he visto las nuevas construcciones- prosiguió Josef, que no quería ser excluido de la conversación. —Las calles allí son anchas, luminosas y rectas.

—Cualquier picapedrero puede construir en Alejandría— repuso el arquitecto con desprecio. —Hay espacio y terrenos llanos.

—Calmaos, maestro— dijo Claudio Regino con voz grave y sonora. —Hasta un ciego puede ver que Roma no es Alejandría.

—Dejadme instruir a este joven— intervino el senador con una sonrisa. Estaba excitado. Tenía deseos de exhibirse como solían hacerlo el emperador Nerón y muchos de los grandes nobles de la corte. Descorrió un poco las cortinillas de su litera a fin de que todos pudiesen admirar su rostro fino y cuidado y la banda purpúrea de su toga senatorial. Contempló al provinciano a través de su esmeralda. «Sí, joven —agregó con un tono de voz nasal e irónico.— Nos encontramos en el comienzo de los trabajos. Con todo, podéis figuraros sin gran esfuerzo de imaginación cómo será nuestra ciudad antes de fin de año.» Se irguió un poco más, avanzó un pie calzado con la alta bota roja reservada a la más alta nobleza y parodió ligeramente el tono de un charlatán de feria: «Lo afirmo sin exageración: quien no conoce la *Domus Aurea*, no puede decir que ha vivido verdaderamente. En cualquier lugar de la ciudad donde os encontréis estaréis siempre en el centro, pues la urbe no tiene límites y va engullendo sin cesar a las localidades vecinas. Podréis escuchar cien lenguas, estudiar las características de todos los pueblos: aquí viven más griegos que en Atenas y más africanos que en Cartago. Asimismo encontraréis en Roma todos los productos *del* mundo, sin necesidad de hacer largos viajes. Poseemos

cargamentos de mercancías de la India y Arabia en cantidad tal que se diría que esos países han sido despojados de sus bienes y que si sus habitantes tienen necesidad de sus propios productos deben comprárnoslos a nosotros. ¿Qué os apetece? ¿Lana de Hispania, perfumes árabes, drogas medicinales del Sudán? Os daremos un premio si descubrís alguna cosa de la que carezcamos. ¿O es que deseáis conocer las últimas novedades? En el Foro y el Campo de Marte se está perfectamente informado de que en el Alto Egipto baja el valor del trigo, de que en el Rin un general ha pronunciado un discurso estúpido y de que nuestro legado en la corte del rey de los partos ha producido desagradable impresión por sus ruidosos estornudos. Ningún sabio puede trabajar en sus investigaciones sin nuestras bibliotecas. Poseemos tantas estatuas como habitantes. Pagamos los precios más altos tanto por la virtud como por el vicio. Todo lo que vuestra fantasía es capaz de inventar lo encontraréis entre nosotros, pero en realidad vos encontraréis aún mucho más.»

El senador había asomado el cuerpo fuera de la litera. Estaba rodeado por un amplio círculo de personas que lo escuchaban atentamente. Mantuvo hasta el final el tono irónico de sus palabras imitando a un abogado o a un charlatán de feria, pero la vehemencia con que las expresó hizo comprender a todos que ese gran panegírico de la urbe era algo más que una parodia.

Escucharon arrebatados el elogio de la ciudad, de su ciudad, con sus virtudes benditas y sus vicios benditos, la ciudad de los más ricos y de los más pobres, la ciudad más dinámica del mundo. Cuando el senador concluyó lo aplaudieron como en el teatro se aclama a un actor favorito. Pero Marullo no quiso escuchar una palabra más y ni siquiera tuvo una mirada para Josef. Desapareció dentro de su litera e indicó al arquitecto que continuara explicándole el proyecto del nuevo edificio. Tampoco volvió a dirigir la palabra a Josef pero, cuando el joven se vio arrastrado por la multitud que se disolvía, le guiñó irónicamente un ojo como si quisiera infundirle ánimo, por lo que su cara regordeta adquirió una sorprendente expresión astuta.

Pensativo, sin detenerse a mirar nada de lo que lo rodeaba, Josef se abrió paso en el tumulto de la ciudad. No había comprendido del todo el latín elocuente del senador, pero lo poco

que entendió lo llenó de entusiasmo y exaltó su fantasía. Subió al Capitolio y sus ojos se colmaron con la vista del Templo, de las calles, de los monumentos y de los palacios. En la *Domus Aurea* que allí se levantaba reinaba el emperador romano de la tierra; en el Capitolio, el senado y el pueblo romanos dictaban los decretos que transformaban la fisonomía del mundo y en sus archivos reposaba la ley del orbe grabada en bronce según los deseos de Roma. Roma significaba «Fuerza». Repitió la palabra: Roma, Roma, y la tradujo después al hebreo, *guevurá*, y advirtió que perdía un poco de fiereza, y luego al arameo: *cojba*, y la palabra se hacía completamente inocua. Josef, hijo de Matatías, sacerdote de primera categoría, de Jerusalén, ya no temía a Roma.

Contempló la ciudad, cada vez más animada. Promediaba la tarde y el tráfico se hacía más intenso; resonaban las voces, había un continuo vaivén. Inmerso en ella pensó que lejos de allí, aún más viva que esta Roma viva, estaban su ciudad natal y la Sala Cuadrangular del Templo, en la que funcionaba el Gran Consejo, y que más reales que la baraúnda del Foro le sonaban las poderosas notas de la enorme trompeta que a la salida y puesta del sol anunciaba desde Jerusalén hasta la distante Jericó el momento de la ofrenda cotidiana en el altar de Yahvé. Josef sonrió. Era imprescindible haber nacido en Roma para ser senador. Ese señor Marullo miraba orgullosamente a sus conciudadanos desde la altura de su litera; calzaba las altas botas rojas con borde negro que sólo podían usar los cuatrocientos senadores. Sin embargo, Josef prefería haber nacido en Jerusalén aunque ni siquiera poseía la sortija de la nobleza de segundo rango. Que se rieran de él los romanos: con mayor fundamento él se reía de ellos. Lo que los hombres de Occidente eran capaces de dar —la técnica, la lógica— se podía aprender; en cambio ellos nunca alcanzarían la visión poderosa de Oriente, su santidad. Nación y Dios, hombre y Dios eran allí una misma cosa. Pero Dios era invisible y era vano pretender aprehenderlo: se lo tenía o no se lo tenía. Josef lo poseía, poseía lo inaprensible. Lo demás: la técnica y la lógica de Occidente las aprendería, no le cabía la menor duda.

Descendió del Capitolio. Sus grandes ojos vivaces brillaban en su rostro delgado, de color oliváceo. En Roma se comentaba que

entre los orientales había muchos devotos de su Dios. A Josef lo seguían con la mirada, unos con aire burlón, otros con envidia, pero la mayoría, sobre todo las mujeres, lo observaban con simpatía mientras caminaba, desbordante de ambiciones y de ensueños.

Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad agripense, en cuya casa se alojaba Josef, era dueño de la más floreciente fábrica de muebles artísticos de Roma. Sus locales de venta estaban al otro lado del Tíber, en la ciudad propiamente dicha: una tienda pequeñoburguesa en la Suburra y dos importantes negocios de lujo bajo las arcadas del Campo de Marte. En los días laborables hasta su mansión privada, situada en el barrio judío cerca de la Puerta de las Tres Calles, desbordaba de muebles para la venta, pero ese día, víspera de sábado, no se veía ni rastro de ellos. Toda la casa, y en especial el amplio comedor, parecía transformada. Habitualmente la puerta que daba al patio permanecía abierta, pero en esa ocasión una enorme cortina la cubría y Josef reconoció con cálida emoción en ese detalle los usos de su patria, las costumbres de Jerusalén. Sabía que mientras no se alzara la cortina, todos los concurrentes serían recibidos como huéspedes en el comedor. En cambio, una vez descorrida para permitir el paso del aire, comenzaría la cena y quien se presentase después llegaría tarde. La habitación estaba alumbrada no al modo romano sino a la usanza de Judea: del cielo raso pendían lámparas de plata adornadas con guirnaldas de violetas. En el armario, las fuentes, copas, saleros y frascos de aceite, de vinagre y de especias ostentaban el emblema de Israel: el racimo de uvas. Pero más que el lujo lo que conmovió a Josef fue descubrir, al lado de la numerosa vajilla, unos envoltorios hechos con paja donde se conservaban los alimentos calientes, preparados para el día siguiente que era sábado. Sus aromas impregnaban la sala.

No obstante la cordialidad del ambiente, Josef no estaba satisfecho. Había esperado en silencio que en su calidad de sacerdote de primera categoría y titular del meritorio título de doctor de Jerusalén, se le reservase un sitio en los divanes, pero al no suceder así juzgó que la prosperidad de su negocio había envanecido al autosuficiente romano, quien no pensó siquiera en concederle un puesto de honor en la cena. Según se le dio a

entender, debía sentarse a la gran mesa común con las mujeres y los huéspedes de menor importancia.

Pero ¿cuál era el motivo de que todos permaneciesen de pie y no se descorriese de una vez la cortina? Hacía rato que Cayo había impuesto la mano sobre la frente de sus hijos y los había bendecido, según la costumbre, diciendo a los varones: «Que Dios os haga como Efraím y Manases» y a las niñas: «Que os haga Dios como Raquel y Lea». Todos estaban impacientes y tenían hambre: ¿qué esperaban?

Una voz familiar se escuchó a través de la gruesa tela de la cortina. Apareció un hombre corpulento, a quien Josef ya conocía: se trataba de Claudio Regina, quien saludó bromeando y a la manera romana al dueño de la casa y a Aarón, su anciano padre. Dedicó algunas frases amables a los invitados menos importantes, pero al reconocer a Josef —lo que enorgulleció mucho al joven— lo miró con sus ojos pesados y soñolientos, y le dijo con una voz potente y aguda que todos oyeron: «Buenos días, la paz sea con vos, Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría». La cortina fue entonces descorrida de inmediato. Claudio Regino se tendió sin ceremonias en el puesto de honor, el diván del medio; Cayo ocupó el de la izquierda y el anciano Aarón el de la derecha. Sosteniendo una copa llena de vino judío, el vino de Eschkol, Cayo consagró con una oración la víspera del sábado; bendijo el vino y el pan, lo partió y distribuyó entre los comensales, que dijeron «amén». Efectuada la ceremonia comenzó la cena.

Josef se había instalado entre la gruesa dueña de casa e Irene, su hermosa hija de dieciséis años, que no cesaba de contemplarlo con sus dulces ojos. Había muchos comensales en la mesa común: el adolescente Cornel, hijo de Cayo, y un niño, el menor de los hermanos; dos humildes e insignificantes estudiantes de teología, que pensaban hartarse de comida esa noche, y un joven de rostro expresivo y tez cetrina casi amarillenta. Resultó ser también oriundo de Judea o, por lo menos, de la ciudad casi griega de Tiberíades, y se llamaba Justo, sí, Justo de Tiberíades. Su situación parecía idéntica a la de Josef. Como él había estudiado teología, jurisprudencia y literatura. Se ocupaba en especial de política, y vivía en Roma como representante del rey titular Agripa, y aunque

su grado de nobleza era inferior al de Josef, conocía mejor que éste, gracias al ambiente donde se había criado, el griego y el latín. Además se encontraba en Roma desde hacía tres años. Los dos jóvenes se observaron curiosos, corteses y con mutuo recelo.

En los divanes la conversación se desenvolvía despreocupadamente, en voz alta. Las dos magníficas sinagogas que se habían construido en el centro de Roma estaban destruidas por el incendio, mientras que las tres grandes casas de oración de la margen derecha del Tíber se mantenían intactas. Era, naturalmente, muy lamentable que las dos casas de Dios se hubiesen quemado, pero, con todo, los jefes de la comunidad de la orilla derecha no ocultaban cierta satisfacción. Cada una de las cinco congregaciones judías de Roma tenía un presidente. Existía entre ellas una gran rivalidad, especialmente entre la sinagoga de Velia, más alejada del río, marcadamente aristocrática, y la populosa y no tan selecta de Agripa, que dirigía Cayo. El padre de éste, el viejo Aarón, gritaba enfurecido contra los imbéciles arrogantes de la otra orilla. ¿Acaso no indicaba la Ley, y también las antiguas costumbres, que las sinagogas debían construirse en el punto más alto de la ciudad, como el Templo de Jerusalén, que domina el entorno desde una gran altura? Pero, naturalmente, a Julián Alf, presidente *de* la comunidad de Velia, se le había ocurrido que su sinagoga debía estar en los barrios próximos al Palatino, aunque para ello fuese forzoso emplazarla en un lugar llano. Era un castigo de Dios que se hubiesen quemado sus moradas, castigo por el grave pecado que cometían los judíos de la otra orilla al comprar sal a los romanos cuando todo el mundo sabía que a la sal romana se la untaba con grasa de cerdo para darle mejor apariencia. El viejo maldecía a diestro y siniestro. En un momento, Josef logró comprender que, en su balbuceo un tanto incoherente, el anciano despotricaba contra quienes, por seguir la moda o por interés, cambiaban sus sagrados nombres hebreos por nombres latinos o griegos. Su hijo Cayo, cuyo nombre había sido Jaím, sonreía con indulgencia y buen humor, aunque hubiese preferido que los niños no escucharan al abuelo.

Mientras tanto Claudio Regino se reía, palmoteaba al anciano en la espalda, y afirmaba que siempre se había llamado Regino porque había nacido esclavo y ése era el nombre que le había dado

su amo. En realidad tendría que haberse llamado Melek, cómo lo nombraba su madre a menudo, y no le parecía mal que el anciano hiciese otro tanto.

Justo de Tiberíades no daba respiro a Josef, quien se sentía continuamente observado por su compañero de mesa y tenía la impresión de que éste se burlaba para sus adentros de su conversación, de su acento, de sus modales para comer, propios de Jerusalén, y de su costumbre de llevarse a la boca, sujetándolo entre el pulgar y el dedo medio, el palillo de sándalo perfumado. Súbitamente, Justo le hizo una pregunta en un tono odiosamente superior de hombre de mundo: «¿Sin duda estáis aquí en misión política, doctor Josef ben Matatías?». Josef no pudo contenerse más. Deseó que ese joven romano irónico supiera que había sido enviado para resolver un asunto de verdadera importancia, y expuso el caso de los tres prisioneros. Se enardeció, su tono fue demasiado patético para esa reunión de romanos escépticos, que guardaron silencio a ambos lados de la sala, en los divanes y en la mesa común, y escucharon atentamente la apasionada arenga del joven Josef. Vio entusiasmo en los ojos de Irene y despecho en los de su colega Justo. Así mismo percibió que Claudio Regino aprobaba sus palabras con una sonrisa. Se excitó, su palabra fue aún más enérgica, la confianza en su misión más enardecida; perdió el aliento, cuando, repentinamente, el anciano dijo con tono desagradable: «No se habla de negocios en día sábado». Josef se calló, humillado y confuso. Pero estaba satisfecho, sentía que su exposición había surtido efecto.

La cena concluyó. Cayo recitó una prolongada oración y cuando los hombres quedaron solos (los demás se retiraron), invitó a Josef y a Justo a instalarse en los divanes.

Trajeron la crátera ceremonial, y una vez que el severo anciano se retiró, se quitaron el solideo que prescribe la costumbre y se acomodaron a sus anchas.

Los cuatro hombres se sentaron en cuclillas delante de los recipientes del vino, las confituras y las frutas, satisfechos, alegres y con deseos de conversar. La habitación estaba iluminada por una agradable luz dorada, la cortina había sido descorrida y del patio en sombras les llegaba un vientecillo fresco. Los dos mayores

parloteaban, preguntando a Josef cosas de Judea. Cayo se lamentaba de no haber estado allí sino una vez, en su juventud, hacía mucho tiempo. Con millares de peregrinos había llevado al Templo su cordero para la fiesta pascual. Había visto después muchas cosas magníficas: cortejos triunfales, espectáculos suntuosos en la arena del Circo Máximo, pero el Templo blanco y dorado de Jerusalén, con su nave repleta de centenares de miles de fieles, seguía siendo lo más grandioso que había visto en su vida. Todos en Roma se sentían unidos al país de los antepasados. ¿No tenían acaso en Jerusalén su propia sinagoga para los peregrinos? ¿No enviaban al Templo ofrendas y regalos? ¿No ahorraban dinero para que sus cuerpos fuesen trasladados a Judea y recibiesen sepultura en la Tierra Santa? Pero los señores de Jerusalén hacían todo lo posible para que los hijos dispersos se distanciaran más y más de su tierra. ¿Por qué maldita razón no se entendían con la administración romana? Era posible vivir en paz con los funcionarios romanos; se trataba de personas tolerantes y habían dado muchas pruebas de ello, «pero no, a vosotros, en Judea, se os ha dado vuelta la cabeza, lleváis en la sangre la afición a la polémica y un buen día se os volcará la olla y tendréis que contentaros con las algarrobas». Cayo tradujo la frase mentalmente al arameo, con una sonrisa que no desmentía la gravedad de sus pensamientos.

El joyero Claudio observó haciendo un mohín de disgusto que Josef, conforme a las severas normas de Jerusalén, no vaciaba su copa de un golpe sino que la dejaba descansar dos veces. Claudio Regino conocía muy bien la situación de Judea; había estado allí hacía dos años y opinaba que no eran los administradores romanos ni los gobernantes jerosolimitanos los responsables de que el país no se apaciguara sino un pequeño grupo de agitadores, los «Vengadores de Israel». Éstos no contemplaban otro modo de hacer carrera política que la agitación, e incitaban a una revuelta armada sin perspectivas de éxito. Los judíos no habían sido jamás tan bien tratados como bajo el gobierno del bendito emperador Nerón. Su influencia estaba extendiéndose a todos los ambientes e iría a más siempre que los judíos se mantuvieran discretos y no se empeñaran en destacarse excesivamente. «¿Qué es lo más importante? ¿Tener

poder o exhibirlo?», concluyó, aclarándose la garganta con el vino ligeramente caliente.

Josef consideró oportuno decir algunas palabras en favor de los «Vengadores de Israel». «Los señores de Roma— adujo —no deben olvidar que en Judea no rige sólo la fría razón, es forzoso que los sentimientos influyan en los asuntos públicos cuando a cada paso se tropieza con los signos de la soberanía romana. (Cayo Barzaarone recordó conmovido la Pascua en el Templo.) Cuando se ha sido testigo de la brutalidad y del cinismo con que actúa la policía romana en el Templo, impuesta obligatoriamente para mantener el orden, hasta el hombre más sereno difícilmente puede contener su indignación. No es fácil celebrar la liberación del yugo de Egipto cuando a cada palabra que sale de los labios se siente en la espalda el puño de Roma. Cuesta mucho menos conservar la serenidad aquí, en la propia Roma; a mí tampoco me resultaría penoso, pero es insoportablemente duro en el país elegido por Dios, en el que Dios tiene su morada, en la Tierra de Israel.»

—Dios no está ya en la Tierra de Israel, Dios está ahora en Italia— sentenció una voz cortante.

Todos alzaron los ojos hacia el joven de tez amarillenta que había pronunciado esas palabras. Sostenía la copa en la mano sin mirar a nadie. Había pronunciado la frase hablando consigo mismo, sin ninguna animosidad o afán de polémica.

Enunció su pensamiento y volvió a encerrarse en el silencio. Los demás también callaron. No había nada que replicar. Josef sintió con disgusto que esa afirmación expresaba una verdad muy honda. «Dios está ahora en Italia»: tradujo la frase al ara— meo. Se sintió profundamente herido.

—Vos tenéis probablemente razón, joven— dijo luego de una pausa el financiero

Claudio. —Pero debéis saber— continuó, dirigiéndose a Josef — que yo no soy judío; soy hijo de un esclavo siciliano y de una judía. Mi amo se cuidó de no hacerme circuncidar, por lo cual, hablando con franqueza, le estoy reconocido. Soy hombre de negocios y evito cuando puedo lo que me resulta inconveniente, aunque me aprovecho, por otra parte, de las ventajas que la misma

cosa inconveniente ofrece. Vuestro Dios Yahvé me parece más aceptable que sus rivales y simpatizo con los judíos.

El financiero poderoso se había tumbado confortablemente con la copa en la mano y la mirada soñolienta de sus ojos inteligentes fija en la oscuridad que invadía el patio. Llevaba en el anular una magnífica perla opaca de la que Josef no podía apartar los ojos.

—Sí, doctor Josef— le explicó Cayo Barzaarone— es la perla más hermosa de los cuatro mares.

—La uso solamente en día sábado— dijo Claudio Regino.

Josef pensó que si no aprovechaba esa velada, si no sacaba partido del bienestar y el sentimentalismo que sobrevienen después de una buena cena comprometiendo a ese hombre influyente, no sería sino un tonto incapaz de llevar a buen término su misión.

—Puesto que vos sois uno de nuestros simpatizantes, señor Claudio Regino— dijo, dirigiéndose humilde pero convincente al financiero —¿,no querríais ocuparon de los tres inocentes de Cesarea?

El joyero depositó con ademán enérgico su copa sobre la mesa.

—Cesarea— repitió, y sus ojos normalmente soñolientos se animaron, su voz cobró un tono amenazador —es una excelente ciudad, con un puerto magnífico, exportación considerable, notable mercado de pescados, extraordinarias posibilidades. Es vuestra la culpa si os la quitan de las manos; es sólo vuestra, de vuestras absurdas aspiraciones. Me pongo furioso cuando oigo hablar de los «Vengadores de Israel».

Josef, impresionado por la súbita vehemencia de ese personaje aparentemente sereno, contestó, extremando la humildad de su tono, que la liberación de los tres presos era un deber moral, una cuestión de humanidad y no de política.

—No queremos valernos de argumentos políticos o jurídicos. Sabemos que sólo conseguiremos nuestro propósito por medio de relaciones personales en la corte— agregó, mirando a Claudio con expresión suplicante.

—¿Vuestros tres inocentes, ¿lo son realmente?— preguntó Claudio, relampagueante aún la mirada.

Josef replicó en tono apasionado que los tres, en el momento de estallar los tumultos, se encontraban en el otro extremo del

perímetro urbano.

—No es eso lo que yo pregunto— lo interrumpió Claudio. —Quiero saber a qué partido pertenecen. ¿Se ha escuchado su palabra alguna vez en la Sala Azul?

La Sala Azul era el lugar de encuentro d los «Vengadores de Israel».

—Así es— debió reconocer Josef.

—Ya lo veis— dijo Claudio Regino. El caso había dejado de interesarle.

Justo de Tiberíades observó el bello rostro, encendido y ansioso, de Josef. Acababa de sufrir una evidente derrota y Justo no se la envidiaba; en la opinión que le merecía su colega se debatían la hostilidad y la simpatía. Ambos aspiraban a ser grandes literatos y políticos influyentes; disponían de los mismos medios y recorrían el mismo camino para alcanzar el mismo fin. La arrogante Roma ya estaba madura para recibir la antigua cultura de Oriente, así como ciento cincuenta años antes había recibido la cultura de los griegos. Intervenir activamente en ese proceso, propiciando el interés de Roma por el fascinante Oriente, constituía una tarea apasionante, una misión magnífica. Por haber olfateado esa posibilidad, Justo había llegado tres años antes a Roma, como lo hacía ahora Josef. Pero para Justo la lucha era más fácil y a la vez más difícil: poseía una voluntad más firme, aptitudes más definidas, pero interponía demasiadas exigencias en lo concerniente a los medios, se mostraba más escrupuloso, más intransigente que Josef. Había estudiado profundamente la actividad política y literaria de la capital y estaba convencido de que las componendas y las vulgaridades le repugnaban. Josef era evidentemente menos delicado, no retrocedía ante los procedimientos burdos. Su meta era triunfar a toda costa, aunque tuviera que fingir, adular o pactar. Sus intenciones eran tan manifiestas que a Justo le divertía comprobar su carencia de escrúpulos. En cambio, el judaísmo de éste era más intelectual que el de Josef. Entre los dos habría continuamente conflictos: sería una lucha dura y no siempre leal. De todas formas, Justo estaba decidido a jugar limpio. Concedería a su contrincante todas las ventajas que pudiera ofrecerle.

—Os aconsejo, Josef ben Matatías, que os dirijáis al cómico Demetrio Libán.

Nuevamente todas las miradas se volvieron hacia el joven de tez oscura. ¿Cómo no se les había ocurrido la idea a ellos? Demetrio Libán, el cómico más popular de Roma, el favorito mimado de la corte, un judío que exhibía en toda ocasión su judaísmo. Sí, ése era el hombre que necesitaba Josef. La emperatriz lo estimaba y lo invitaba todas las semanas a sus fiestas. Los dos hombres mayores exclamaron al unísono: «Es a Demetrio Libán a quien Josef debe acudir».

Se despidieron poco después. Josef subió a su habitación y se durmió enseguida, satisfecho. Justo de Tiberíades, en cambio, regresó solo a su casa, avanzando penosamente en la noche oscura. Sonreía para sí: el presidente de la comunidad, Cayo Barzaarone, nunca había creído necesario hacerlo acompañar por un esclavo que lo guiara con una antorcha.

En cuanto amaneció Josef se dirigió, acompañado por un esclavo de Cayo, a la puerta de Tibur donde lo esperaba una carroza de la Sociedad de Comercio Rural. Era un vehículo de dos ruedas, pequeño, estrecho, incómodo. Llovía. El auriga, que estaba de pésimo humor, opinó que el viaje no duraría menos de tres horas. Josef temblaba de frío. El esclavo que Cayo había puesto a su disposición para que le sirviese de intérprete se mostró poco locuaz y se durmió enseguida. Josef se envolvió cuidadosamente en su manto. En Judea debía de hacer todavía calor. Sin embargo, pensó que era mejor estar en Roma. Esta vez todo marchaba bien. Sintió una gran confianza.

Los judíos de Roma asociaban constantemente a los tres ancianos con la política de los «Vengadores de Israel» y el pleito de Cesarea. Josef comprendía que era importante prever hasta dónde las autoridades intentarían tergiversar los hechos con el propósito de despojar a los judíos de su autonomía, pero juzgaba cínico que se mezclara con ese asunto la suerte de los prisioneros. Él estaba interesado por todo lo relacionado con los principios morales, puesto que uno de los primeros deberes que exige la doctrina judía es el de socorrer al cautivo.

Creía sinceramente que ninguno de ellos había estado en Cesarea en la época de los comicios. Desde el punto de vista del entonces gobernador, Antonio Félix, podían existir algunas razones para arrestarlos, pero a Josef no le interesaba indagar los motivos que habían llevado a ese funcionario, felizmente ya apartado de su cargo, a aplicar aquella sanción. Para él, los tres prisioneros eran inocentes y debía ayudar a liberarlos.

El coche daba continuos barquinazos. La ruta era detestable, pero gracias a Dios ya estaban llegando al horno de ladrillos. Sobre el suelo gris amarillento sólo se veían estacas y empalizadas. A la entrada le salieron al encuentro los aburridos soldados de guardia quienes, animados por la imprevista distracción, los contemplaron con desconfianza y curiosidad. El esclavo les explicó de qué se trataba y les enseñó el permiso, mientras Josef esperaba un poco apartado y muy a disgusto.

Se los condujo finalmente a presencia del administrador, por un camino triste y oprimente. Se oían los cantos sordos, monótonos, que en ese establecimiento estaban obligados a entonar los obreros. Los guardianes, provistos de varas y látigos, miraron a los visitantes con asombro y el administrador mostró su desagrado y sorpresa: en general, cuando debían llegar visitas se le advertía con antelación. Temía que se tratara de un control, que lo molestaran. No comprendía o no quería comprender el latín de Josef y su griego era torpe. Para entenderse tuvieron que recurrir continuamente a la ayuda del esclavo. Mientras conversaban llegó un funcionario subalterno que habló en voz baja con el administrador, cuya actitud cambió de inmediato. Con aparente franqueza les explicó que se había mostrado en un principio preocupado porque temía que a pesar de la mala salud de los tres prisioneros hubieran sido obligados a trabajar, pero acababa de enterarse de que, por consideración humanitaria, les habían permitido quedarse en la celda. Dijo alegrarse de que todo estuviese en orden, se animó, empezó a comprender mejor el latín de Josef y a expresarse más correctamente en griego. Se volvió dicharachero.

Tenían a la vista los expedientes de los tres. Al principio habían sido enviados a las minas de Cerdeña, pero aquel trabajo era demasiado duro para ellos. Por lo común, se aprovechaba a los

condenados a trabajos forzados para la construcción de carreteras y la limpieza de cloacas, se los obligaba a hacer mover la rueda de los molinos o a manejar la bomba de los baños públicos. El trabajo en los hornos de ladrillos era el menos fatigoso, pero los jefes de los talleres rechazaban a los prisioneros judíos porque éstos ponían dificultades en las comidas y se negaban a trabajar los sábados. «En cambio, en mi establecimiento los tres condenados han recibido un trato especialmente humano», dijo el administrador, quien se excusó de alegar en favor de sí mismo. Pero el humanitarismo tiene desdichadamente sus límites. La reconstrucción de la ciudad imponía a los hornos de ladrillos del Estado un rendimiento extraordinario. Era necesario que cada uno diese de sí el máximo. La cantidad exigida de ladrillos debía ser entregada a toda costa y «podéis figuraros, señor, que los constructores romanos no son modestos en sus exigencias; quince horas de trabajo es actualmente el mínimo oficial». De sus ochocientos o mil trabajadores morían, como término medio, cuatro por semana; por tanto se alegraba de que los tres estuviesen todavía vivos.

El administrador hizo acompañar a Josef por uno de sus subordinados. Al dirigirse al horno se encontraron de nuevo con guardianes armados de varas y látigos. Nuevamente los persiguió el canto sordo y monótono de los hombres que hundían los pies en la arcilla caliente, encorvados, arrodillados, jadeando bajo el peso de su carga. Josef recordó los versículos que hablan del Faraón que oprimía a Israel en Egipto: «Y los egipcios hicieron servir con dureza a los hijos de Israel. Y amargaron su vida con servidumbre dura, en barro y ladrillo. Entonces pusieron sobre ellos a comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas: y edificaron para el Faraón las ciudades de los bastimentos: Fitón y Ramsés.» ¿Qué sentido tenía celebrar la Pascua con júbilo y alegría, si los hijos de Israel continuaban horneando ladrillos con los que sus enemigos construían sus ciudades? La arcilla se adhería pesadamente a las sandalias de Josef, se le introducía entre los dedos de los pies, y la cantilena sorda y monótona seguía sin cesar resonando en sus oídos.

Finalmente llegaron al edificio donde se encontraban los prisioneros. El soldado salió en busca del jefe de la guardia.

Mientras tanto, Josef leyó en el vestíbulo la máxima de Sócrates —ya por entonces famoso—, grabada en la puerta: «¿Son esclavos? Pero también nuestros vecinos. ¿Son esclavos? Pero también amigos inferiores.» Encontró asimismo un manual de preceptos escrito por Columela, recomendado para las grandes empresas. Josef leyó: «Hay que pasar lista cada día a los condenados a trabajos forzados. Y verificar también cada día si las cadenas son sólidas y las celdas están bien cerradas. Las celdas deben tener capacidad para quince prisioneros.»

Lo condujeron a presencia de los tres condenados. El calabozo era subterráneo. Las ventanas estrechas habían sido construidas a mucha altura, para evitar que pudiesen ser alcanzadas con la mano. Los quince camastros estaban muy juntos para ganar espacio, pero aún así, y siendo sólo cinco las personas que se encontraban allí en ese momento — Josef, el guardián y los tres prisioneros—, el lugar resultaba reducido.

Los tres infelices estaban sentados en cuclillas, muy cerca uno del otro. Sobre su piel cenicienta colgaban unos harapos que apenas les cubrían el cuerpo; tenían los tobillos aprisionados por una argolla donde se sujetaba una cadena y en la frente, con hierro al rojo, se les había marcado la letra E. Tenían rapada la cabeza y los mechones enmarañados de sus barbas crecidas, de color blanco amarillento, producían un efecto grotesco. Josef conocía sus nombres: Natán, Gadia y Yehuda. A estos dos últimos apenas los había visto antes, no era extraño que no los reconociese. En cambio Natán ben Baruj, doctor mayor y miembro del Consejo Supremo, había sido el maestro con quien compartiera muchas horas diarias durante cuatro largos años. A pesar de todo tampoco lo reconoció. Era imposible distinguir a Natán, que había sido un hombre obeso, de mediana estatura, entre esos tres seres esqueléticos, de los que sólo uno destacaba por ser un poco más voluminoso que los otros. Probablemente uno de los pequeños era el maestro. Josef saludó a los tres y su voz, cuyo vigor apenas pudo amortiguar, sonó extrañamente potente en el miserable calabozo: «La paz sea con vosotros, grandes doctores». Ellos levantaron los ojos y Josef pudo reconocer a su antiguo maestro sólo por las cejas abundantes. Recordó el miedo que le producían esos ojos severos, escondidos

bajo esas mismas cejas pobladas, pues ese hombre lo había humillado muchas veces cuando él tenía nueve o diez años y le resultaba difícil seguir sus complicadas explicaciones. Lo había vejado. Se había mofado de él y lo había herido en su amor propio. Cuántas veces deseó las peores calamidades a ese hombre sombrío y malhumorado y, sin embargo, cuando vio la mirada apagada de sus ojos resecos, sintió como si una losa le oprimiera el pecho, cortándole la respiración.

Tuvo que repetirles muchas veces y con mucha paciencia lo que era preciso que supieran, para que esos cerebros entorpecidos por el agotamiento llegaran a comprenderlo, entre balbuceos y toses. Se sentían miserables sobre todo porque, aunque no habían podido obligarlos a infringir las leyes de Yahvé, sus carceleros les impedían obedecer sus mandamientos. Consideraban que habían perdido esta vida y la otra. ¡Que los flagelasen hasta caer desplomados, que los clavasen a la cruz, puesto que era así como esos monstruos ejecutaban a los condenados a muerte! El Señor, de todos modos, los sometería a tales pruebas y cuanto más pronto llegara el fin más bienvenido sería. ¡Loado sea el nombre del Señor!

El aire era sofocante en la reducida celda, tenebrosa, húmeda y fría. La lluvia entraba por las ventanas estrechas. Se sentía un hedor persistente y de lejos llegaba hasta allí la monocorde cantilena de los condenados. Josef sintió vergüenza de sus vestidos nuevos, de su cuerpo sano, de su juventud y de su vigor, de su libertad para alejarse cuando quisiera lejos de ese antro de horror y suciedad. Los tres desventurados no podían imaginar nada de lo que estaba ocurriendo más allá del reducido entorno de su horrible vida cotidiana. Habría sido absurdo hablarles de la misión, de los pasos que se querían dar en su favor, de la política, de las coyunturas favorables que se presentaban en la corte. Para ellos, lo más penoso en ese momento era la prohibición que sufrían de celebrar la ceremonia de la purificación, la imposibilidad de observar las leyes y los mandamientos estrictos de las abluciones rituales. Habían tenido cuidadores y guardianes de todas clases: algunos más severos les quitaban las filacterias para evitar que pudiesen ahorcarse con ellas; otros, más benévolos, se las dejaban, pero todos eran incircuncisos, impíos y malditos, y poco les importaba,

por lo demás, cómo se alimentaban los prisioneros. Quienes como ellos no probaban carne de animales que no hubieran sido sacrificados de acuerdo con la Ley, tenían que resignarse a comer únicamente desechos de frutas y legumbres. Habían discutido exhaustivamente la posibilidad de aceptar las porciones de carne y canjearlas por el pan y las frutas de los otros prisioneros pero, aunque el doctor Gadia demostró con sólidos argumentos que eso era lícito, finalmente él también aceptó la opinión de sus compañeros, que consideraron que sólo se debía recurrir a ese extremo para salvar a una persona en peligro de muerte. ¿Cómo podían saber si el Señor —bendito sea su Nombre— había fijado el día de su muerte —el de ellos tres— para ese mes o para el próximo? De modo que después de discutirlo, acordaron no hacer el trueque. Cuando no estaban demasiado cansados y atontados por el trabajo intercambiaban argumentos teológicos sobre lo que está permitido y lo que no lo está, y de esa forma les parecía encontrarse en la Sala Cuadrangular del Templo.

Josef tuvo la impresión de que esas discusiones debían de ser violentas y que degenerarían a veces en absurdas querellas, pero comprendió que eran lo único que los mantenía ligados a la vida. No era posible mantener una conversación razonable con ellos. Cuando aludió a la buena disposición de la emperatriz respecto a los judíos, le replicaron que era dudoso que estuviese permitido rezar en ese lugar de suciedad y de infamia. Tampoco estaban al corriente del calendario y con toda probabilidad violaban el sábado, colocándose las filacterias, y los días de la semana pecarían por no usarlas.

Josef renunció a aclararles su situación. Los escuchaba y cuando alguno de ellos citaba un pasaje de las Escrituras, respondía con un texto opuesto, con lo que se animaban y comenzaban a discutir, lanzando argumentos con voz debilitada. Él también intervenía en la disputa. En suma, ése fue un gran día para ellos, pero no pudieron sostener mucho tiempo la discusión y volvieron a sumirse en su embotamiento.

Josef los contempló, sentados en cuclillas en la penumbra del calabozo. Esos hombres en tan lastimoso estado físico, hundidos en la más baja abyección, habían sido grandes personajes de Israel y sus nombres habían brillado entre los legisladores de la Sala

Cuadrangular. Era necesario ayudarlos. La cuestión no estaba, en esas circunstancias, en si los judíos llegarían o no a dominar en Cesarea —ése era un asunto superfluo y hasta risible— sino en liberar a los inocentes. Su imagen lo inundaba de compasión y de furia. Pensando en que ellos se mantenían fieles a la Ley en medio de tanta desgracia, y que en ella se apoyaban y por ella conservaban la vida, Josef sentía que su fe se acrecentaba. Recordó el tiempo en que vivió en el desierto, sufriendo santas privaciones entre los esenios junto a su maestro Banus: en algunos momentos supremos la luz se había hecho en él, no por medios intelectuales sino a través de la contemplación.

¡Liberar a los prisioneros! Apretó los labios con la firme resolución de sofocar cualquier pensamiento ajeno a la causa de esos infortunados que pudiera distraerlo. Más fuertes que el lamentable sonsonete de los prisioneros se escuchaban las magníficas palabras hebreas que enunciaban los mandamientos. No estaba allí por su voluntad, era Yahvé quien lo había enviado. Regresó, indiferente a la lluvia helada, aunque estaba aterido, y al molesto barro adherido a sus sandalias. ¡Liberar a los prisioneros!

En Judea, a un hombre que profesara las ideas políticas de Josef no se le permitía concurrir a las carreras ni al teatro. Sólo en una ocasión, en Cesarea, Josef había asistido a una representación, a escondidas y lleno de remordimientos. ¡Pero qué insignificante le parecía aquello comparándolo con lo que se le ofrecía ahora a sus ojos en el Teatro Marcelo! Estaba deslumbrado por las danzas, la gran pantomima dramática, los interludios cómicos, los bailes, el lujo y los constantes cambios de decorado del inmenso escenario donde hacía varias horas el espectáculo era continuo. En cambio Justo, que estaba sentado a su lado, demostró con un ademán el poco aprecio que le merecían. Sólo estimaba el género burlesco, al que también el público era muy aficionado y con razón, y si había soportado las exhibiciones anteriores se debía a que quería asegurarse un sitio para cuando comenzara el espectáculo satírico del actor Demetrio Libán. A pesar de algunos aspectos desagradables de su personalidad, Libán era un consagrado artista de la mímica. Nacido esclavo en el palacio imperial y manumitido

por el emperador Claudio, había adquirido una inmensa fortuna y el título de «Primer artista dramático de la época». El emperador Nerón, a quien impartiera lecciones de declamación y de mímica, lo estimaba. Era un personaje complejo. Su condición de judío le daba prestigio y a la vez le ocasionaba molestias. Ni los ruegos ni las órdenes del emperador habían logrado que accediera a aparecer en escena el día sábado o durante las grandes festividades judías. No cesaba de discutir con los doctores de la Universidad Hebrea sobre este punto: ¿Dios le reprocharía realmente haber trabajado en el teatro? Sufría crisis nerviosas cuando debía aparecer en escena disfrazado de mujer, infringiendo la prohibición expresa de las Escrituras: «No vestirás las ropas del otro sexo».

Los once mil espectadores del Teatro Marcelo, ya hastiados de los excesivos espectáculos iniciales, reclamaron a gritos que empezara la farsa. Ocurría que las autoridades del teatro retrasaban el comienzo pues se esperaba al emperador o a la emperatriz, para quienes se había preparado el podio imperial. Pero el público, que aguardaba desde hacía cinco horas, estaba acostumbrado a hacer valer sus derechos en el teatro aún contra la voluntad de la corte, y por tanto amenazaba y aullaba: «¡Empezad!».

Se descorrió la cortina y Demetrio Libán comenzó a representar su comedia titulada *El incendio*, atribuida al senador Marullo. El personaje que interpretaba Libán era Isidoro, un esclavo de la ciudad egipcia de Tolomeo, superior a su amo y a todos cuantos lo rodeaban. No llevaba ropa lujosa ni altos coturnos: era simplemente el esclavo Isidoro, de la provincia de Egipto, un mozo soñoliento, melancólico y astuto, que salía con extraordinaria habilidad de las situaciones más difíciles. Había sacado a su desdichado y aturdido amo de innumerables apuros, le procuraba dinero y prestigio, y se acostaba con la mujer de su señor. Un día en que éste le dio una bofetada, triste pero decididamente le dijo que se veía obligado a abandonarlo y que no volvería mientras no hiciera exponer carteles en todos los lugares públicos pidiéndole excusas. El amo le puso grilletes y advirtió a la policía, pero naturalmente el esclavo se evadió, burlándose en cien ocasiones de la guardia, para gran regocijo de los espectadores. En el momento culminante, cuando parecía inevitable que le dieran caza, hubo que interrumpir la

representación porque llegó la emperatriz. Los espectadores se pusieron de pie y once mil voces saludaron a la elegante mujer de cabellos rubios, que agradeció la demostración con el brazo extendido y la palma de la mano vuelta hacia el público. Su llegada produjo doble efecto, pues la acompañaba la sacerdotisa mayor de las vestales. Era la primera vez que una sacerdotisa de la nobleza asistía a las farsas populares del Teatro Marcelo.

Hubo que recomenzar la pieza, con gran satisfacción de Josef para quien esa muestra de osado realismo era completamente novedosa. Comprendió mejor la trama esta segunda vez; y no apartó los ojos del comediante Libán, del rictus triste y desenfadado de su boca, de sus manos y de todo su cuerpo, flexible y expresivo. A continuación se cantó la conocida tonadilla del *Incendio*, que Josef en el poco tiempo que vivía en Roma había oído cantar cien veces y otras tantas aullar, silbar y gruñir. De pie frente a la rampa, rodeado de once payasos y con el sonido de flautas y trompas como fondo, Libán entonó la canción «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla? ¿Quién paga a las criadas? ¿Y quién, quién paga los perfumes sirios?» El público se levantó entusiasmado de sus asientos y comenzó a acompañar al coro. En su estrado, la emperatriz de tez ambarina movía los labios, y la solemne sacerdotisa reía de muy buena gana. Finalmente el esclavo cayó en una emboscada, pues era imposible escapar siempre de la policía. Isidoro negó ser el esclavo que buscaban, pero ¿cómo podía probarlo? Bailando. Sí, bailando. Y aunque la cadena le entorpecía los pies, no podía hacer otra cosa que bailar y al mismo tiempo ocultar la cadena. Eran penosas, ridículas y a la vez conmovedoras las piruetas de ese hombre danzando para salvar su vida y su libertad. Josef estaba fascinado por el espectáculo y todo el público lo seguía con atención expectante. Cada movimiento de Libán era acompañado por un mismo movimiento de cabeza de los espectadores, así como la cadena seguía al pie que la arrastraba.

Josef sostenía principios aristocráticos y no sentía ningún escrúpulo en hacerse servir por los criados en los menesteres más humillantes. La mayoría de los espectadores compartía la misma actitud. Miles de ejecuciones de esclavos ordenadas por sus amos demostraban inequívocamente que éstos no estaban dispuestos a

tolerar ningún intento de eliminar las diferencias sociales. Sin embargo, admirando en el teatro la danza del hombre que luchaba por ser libre a pesar de sus cadenas, todos estaban de su parte y en contra del amo. El público y la emperatriz expresaron su entusiasmo al pícaro insolente que una y otra vez burlaba a los policías, canturreando a media voz e irónicamente: «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla?»

La pieza se hizo aún más atrevida a medida que avanzó la representación. El amo de Isidoro hizo publicar sus excusas y recuperó a su esclavo. Pero volvió a cometer muchas tonterías y a enfadarse con sus inquilinos, quienes dejaron de pagarle el alquiler. Por ciertas razones no podía desalojarlos, por lo que sus hermosas propiedades dejaron de producirle renta. Nadie que no fuera el astuto Isidoro habría podido sacarlo del apuro, y, en efecto, fue él quien intervino usando los métodos que según la opinión popular habían empleado el emperador y otros grandes personajes en parecidas circunstancias: prendió fuego al barrio donde se encontraban las casas improductivas. Tal como lo representaba Demetrio Libán, el texto era atrevido y magnífico: cada frase era una clara alusión a los especuladores inmobiliarios, a los grandes tiburones que tenían en sus manos la reconstrucción de la ciudad. No respetó a nadie: ni a los arquitectos Celer y Severo ni al famoso escritor y hombre público Séneca —quien hacía elogios abstractos de la pobreza, a pesar de vivir en la opulencia—, ni al financiero Claudio Regino, que lucía una enorme perla pero carecía, para su constante fastidio, del dinero necesario para comprarse un par de cordones para sus sandalias, ni al mismo emperador. Cada palabra era un acierto y el teatro estallaba de alegría. Cuando, en el final, Libán invitó al público a saquear la casa incendiada, se oyó una ovación como Josef no había escuchado jamás. Un ingenioso mecanismo había hecho girar hacia los espectadores el lujoso interior de la residencia incendiada. Millares de personas se precipitaron hacia la escena, se arrojaron sobre el mobiliario, la vajilla y los manjares. Gritaban, se apretujaban y se pisoteaban. Y dentro del teatro y en la plaza que se extendía a la entrada, entre las gigantescas y elegantes columnas, en el inmenso Campo de Marte,

sólo se oía cantar: «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla?»

Cuando Josef fue a cenar a casa de Demetrio Libán, invitado por sugerencia de Justo, se sintió profundamente turbado. En otras ocasiones, ante el Pontífice, el rey Agripina o el gobernador romano no había demostrado ni timidez ni temor, pero para su sorpresa, el actor le inspiraba enorme respeto y su comedia le había producido una impresión extraordinaria. Estaba asombrado de que el judío Demetrio Libán con su sola presencia pudiera imponerse a millares de personas, desde los más encumbrados a los más humildes, tanto a romanos como a extranjeros, y forzarlos a pensar y sentir como él gracias a la magia de su arte.

El comediante se encontraba repantigado en un diván y vestía una amplia bata verde. Extendió perezosamente la mano completamente adornada de sortijas. Josef se sorprendió: ¡cuán pequeña era la estatura de ese hombre que había llenado el escenario del gigantesco Teatro Marcelo!

La cena fue íntima. Estaban presentes el joven Antón Marullo, hijo del senador, otro patricio muy joven, un hombre judío, que era miembro del consejo directivo de la sinagoga Velia, y el muy amanerado doctor Licino, a quien Josef cobró antipatía de inmediato.

Por primera vez se encontraba en una casa romana de gran nivel. Se sintió maravillosamente a gusto entre los innumerables objetos novedosos que veía en ella, pero lo confundía el cúmulo de utensilios, salsas y condimentos. Inmediatamente tomó la precaución de seguir los movimientos del antipático doctor Licino, que estaba tendido en un diván frente a él, y a la inedia hora rechazaba con la misma inclinación de cabeza elegante y altiva lo que no le apetecía, y pedía con un movimiento del dedo meñique lo que le agradaba.

El actor comía poco. Se quejaba del régimen que le imponía su maldita profesión, inclusive en la relación con mujeres, e hizo un par de observaciones obscenas sobre el modo como algunos empresarios de espectáculos impedían, por medio de ingeniosos dispositivos aplicados al cuerpo, que sus actores—esclavos

fornicasen, aunque en ocasiones se dejaban persuadir por el dinero de ciertas encumbradas damas, que compraban el permiso de liberar por una noche del mecanismo a los desdichados comediantes.

Después comenzó a burlarse, sin más trámite, de las ridículas tradiciones de algunos de sus colegas, representantes de otras escuelas, de sus máscaras y zancos. Se puso de pie y caricaturizó al actor Estratocles. Echó a andar a grandes pasos por la habitación haciendo henchir la bata verde y, aunque estaba calzado con sandalias sin tacones, causaba la impresión de haberse colocado unos altos coturnos sobre los cuales se pavoneaba su cuerpo estirado y rígido.

Josef se armó de valor y elogió tímidamente el modo velado y, sin embargo, explícito con que Demetrio Libán había aludido al financiero Regino. El actor lo miró.

—¿De modo que el pasaje le ha gustado?— preguntó. —Me satisface oírselo, aunque no me quedó como quería.

Radiante de alegría, pero siempre discreto, Josef explicó hasta qué punto le había encantado la representación. Había visto en su vida a millones de esclavos, pero por primera vez había intuido y comprendido cuánto se ocultaba en el alma de esos hombres. El actor le tendió la mano: era para él un testimonio precioso —declaró— que alguien recién venido de Judea se hubiese sentido transportado por su actuación. Josef tuvo que describirle minuciosamente el efecto que le había producido cada detalle de la comedia. Libán lo escuchaba pensativo, sin dejar de masticar lentamente una ensalada recomendada para su salud.

—Vos venís de Judea, doctor Josef— dijo, para cambiar de tema. —¡Oh, mis queridos judíos!— exclamó en tono de resignación y reproche. —Me ocasionan las mayores amarguras del mundo. En las sinagogas se maldice mi nombre sólo porque empleo los dones que me ha concedido el Señor, y con mi nombre asustan a los niños como si yo fuese el coco. A veces pierdo el control por culpa del fastidio que me produce su estrechez de espíritu. Pero cuando tienen que presentar una petición al palacio imperial corren en mi busca y me aturden los oídos. Demetrio Libán es entonces un hombre bueno y útil.

—¡Dios mío! — exclamó el joven Antonio Marullo. —Los judíos son muy intrigantes, es bien sabido.

—¡No os permito!— gritó el actor colérico. —No permito que se insulte a los judíos en mi casa: ¡yo soy judío!

Antonio Marullo se sonrojó y trató en vano de sonreír mientras balbuceaba algunas excusas, pero Demetrio Libán no le hizo caso.

—¡Judea!— prorrumpió. —¡La Tierra de Israel! ¡Jerusalén! No he estado nunca allí, no he visto jamás el Templo, pero algún día iré y llevaré mi cordero al altar.

En su rostro descolorido y un poco abotargado, sus tristes ojos color azul grisáceo expresaban ansiedad y desolación.

—Yo puedo hacer más de lo que vos habéis visto— dijo, volviéndose bruscamente a Josef con aire grave y misterioso. —Tengo una idea. Si la realizo, mereceré en verdad mi apodo y seré «el Primer comediante de la época». Sé exactamente cómo he de hacerlo, no es sino cuestión de un poco de coraje. Rogad, mi querido doctor Josef ben Matatías, para que sea capaz de la audacia necesaria.

Antonio Marullo, con un gesto gracioso y espontáneo rodeó con su brazo el cuello del actor.

—Decidnos vuestra idea, mi querido Demetrio— le rogó. —Es la tercera vez qué nos habláis de ella—. Pero Libán siguió imperturbable.

—También la emperatriz— dijo —me hostiga para que realice mi proyecto. —Creo que ella me recompensaría ampliamente si lo hiciera— y esbozó una sonrisa de extraña insolencia —pero no pienso en ello— concluyó.

—Habladme de Judea— rogó, volviéndose de nuevo a Josef. Éste le describió la Pascua, la fiesta de Pentecostés y la ceremonia de la Reconciliación en la que el Gran Pontífice invoca (una sola vez en el año) a Yahvé por su verdadero nombre, y el pueblo entero se prosterna al escuchar la palabra poderosa y terrible ante el Dios invisible y cincuenta mil frentes golpean el suelo del Templo. El actor escuchaba con los ojos cerrados.

—Sí— dijo, —algún día yo también escucharé ese nombre. Postergo mi viaje a Jerusalén de año en año, porque un actor no dispone mucho tiempo de las fuerzas necesarias para su arte y

debe contar con el envejecimiento. Pero algún día me embarcaré y, cuando sea viejo, compraré una casa y una pequeña propiedad rural en las cercanías de Jerusalén.

Mientras Demetrio hablaba, Josef reflexionó rápida e intensamente: el momento era oportuno.

—¿Puedo contaros algo sobre Judea, Demetrio?— preguntó. Y habló de los tres inocentes. Evocó el horno de ladrillos, la celda subterránea, húmeda y fría, y los tres esqueléticos seres entre los cuales no había reconocido a su antiguo maestro Natán. El comediante lo escuchaba con la cabeza apoyada en los puños, y los ojos cerrados. Josef habló con fuego y pasión. Cuando terminó, todos guardaron silencio. El primero en romperlo fue el doctor Licino, de la sinagoga Velia, quien comentó:

—Muy interesante.

Pero Demetrio le replicó vivamente: estaba cautivado por el relato y dispuesto a creer en su veracidad. El otro se defendió: ¿Qué prueba existía de que esos tres prisioneros eran realmente inocentes? Ciertamente, el doctor Josef ben Matatías hablaba con apasionada convicción, pero ¿por qué habría de valer más su testimonio que el que ofreciera el gobernador Antonio Félix? Un tribunal imperial romano había creído en las palabras del gobernador. Josef dirigió al comediante una mirada serena, llena de confianza, y repuso con llaneza:

—Id a ver a esos tres desdichados: están en el horno de ladrillos de Tibur. Yo he conversado con ellos; si vos los encontráis culpables, no diré una palabra más en su favor.

El actor mientras tanto recorría de un extremo al otro la habitación. Desaparecieron las sombras de sus ojos y la languidez de sus gestos.

—He aquí una excelente propuesta—, exclamó a viva voz. —Estoy contento de que hayáis venido a visitarme, doctor Josef. Iremos a Tibur. Quiero ver a esos tres acusados. Os ayudaré, mi querido doctor ben Matatías—. De pie parecía más alto que Josef aunque en realidad no lo era. —¿Sabéis— agregó con acento sombrío —que esta visita concuerda con mi idea?

Estaba animado hasta la excitación; se ocupó él mismo de la crátera y dijo una palabra amable a cada comensal. Bebieron

mucho. Pasadas unas horas uno de ellos propuso jugar. Iniciaron el juego con cuatro dados de marfil. A Demetrio Libán se le ocurrió de pronto que en algún sitio tenía guardados unos dados hebreos de forma muy original que le habían regalado en su infancia. Estaban provistos de un eje cuya parte superior servía de manija, de modo que se los podía hacer girar como trompos. Josef conocía esa clase de dados. Eran bastos, primitivos pero giraban de un modo gracioso, divertido. Aunque el juego le pareció agradable, las apuestas resultaban demasiado altas para Josef. Respiró aliviado cuando consiguió ganar las tres primeras partidas.

Eran cuatro dados. Cada uno llevaba grabadas las letras *guimel, he, nun, schin*. Este último era adverso. *Nun* el benéfico. Los judíos muy religiosos prohibían severamente este juego; decían que la letra *schin* era una antigua representación del dios Saturno y la letra *nun* una imagen de la diosa Noga-Istar, que los romanos llamaban Venus. Después de agitar los dados, se los volvía a colocar en el centro y cada jugador podía elegir para su juego una de las cuatro peonzas. En el curso de la partida, Josef obtuvo muy a menudo el *nun* portador de la suerte. Su ojo avizor advirtió rápidamente que uno de los dados, aplastado en un ángulo de modo apenas perceptible, daba siempre el *mm*. Sintió un estremecimiento. Si sus compañeros de juego se daban cuenta de que el dado aplastado en uno de sus vértices era el que le había hecho ganar sus sucesivos *nun*, el favor del gran hombre obtenido esa velada podría quedar comprometido. Prudentemente moderó sus ganancias. El dinero que le quedaba le bastaba para vivir en Roma sin preocupaciones.

—¿Consideraríais una indiscreción de mi parte, señor Demetrio, si os pidiese esos dados de recuerdo?— preguntó, cuando la partida hubo finalizado.

El actor se echó a reír y grabó en uno de ellos, con la uña, las iniciales de su nombre.

—¿Cuándo iremos a ver a los tres prisioneros?— preguntó a Josef.

—Dentro de cinco días— propuso éste tímidamente.

—Pasado mañana— repuso el actor.

En el horno de ladrillos recibieron a Demetrio Libán magníficamente. El destacamento de soldados que estaba de guardia rindió al primer artista dramático de la época los honores reservados a los personajes de alta jerarquía. Los vigilantes y guardianes se agolparon en las puertas y lo saludaron con el brazo derecho extendido y la mano abierta. De todas partes venían los saludos: «¡Salud, Demetrio Libán!».

El cielo estaba luminoso; hasta los prisioneros inclinados sobre la arcilla parecían menos desesperados y, mezclada con el canto monocorde, sonaba la conocida cancioncilla «¿Quién es el amo aquí? ¿Quién paga la mantequilla?». Josef avanzaba respetuosamente al lado del actor; más que por el entusiasmo de miles de espectadores en el teatro, estaba sorprendido por la popularidad *de* Demetrio Libán en ese antro de miseria.

Pero a la reducida celda subterránea, donde el ambiente era húmedo y helado, no llegaba el aire festivo que ese día parecía respirarse en el horno de ladrillos. Ventanas altas y estrechas, olor nauseabundo, sonidos monótonos. Los tres acusados estaban sentados en cuclillas, inmóviles, con los grilletes oprimiéndoles los tobillos, la marca del hierro al rojo en la frente, y la incuria de las barbas que, grotescamente, parecían alargar sus cráneos rasurados.

El actor, conmovido, sintió cómo se le iba agarrotando la garganta.

Sus ojos no se apartaban de los extenuados ancianos, que pronunciaban débilmente algunas palabras, esforzando lastimosamente el cuello hacia delante. Sus oídos recogieron ávidamente los torpes balbuceos entrecortados. Quería moverse a uno y otro lado del reducto pero éste era tan estrecho y bajo que le resultó imposible. Por eso permaneció de pie sin moverse del sitio, visiblemente impresionado. Los imaginó con la indumentaria blanca, avanzando solemnes en la Sala Cuadrangular del Templo, proclamando la Ley de Israel. Los ojos se le llenaron de lágrimas y él las dejó correr por sus gruesas mejillas. Permaneció así un buen rato, extrañamente contenido, sin hacer un movimiento. Después, muy lentamente, apretando las mandíbulas, con las manos cubiertas de sortijas desgarró sus vestiduras, lo cual entre los judíos es un

signo de intenso dolor. Luego se sentó al lado de los tres infelices, cerca de sus harapos infectos, soportando pacientemente su desagradable aliento en la cara y el roce de sus barbas sobre la piel.

Les habló en un arameo inseguro, que le venía de lejos, de la infancia, y del que había perdido el hábito de hablarlo. Pero las suyas eran palabras que ellos comprendían, más apropiadas a su humor y a su situación que las de Josef: palabras de simpatía para su vida lamentable. Los ancianos lloraron y le bendijeron cuando se retiró.

Durante gran parte del viaje Demetrio guardó silencio. Después expresó resueltamente su pensamiento ¿Qué significaba el horrible sufrimiento, el martirio que transcurre en un día, el de Hércules entre las llamas o el del decapitado Agamenón, en relación con la miseria continua que estaba royendo lentamente el corazón y la carne de esos tres infelices? Qué camino interminable y doloroso llevaba a esos tres grandes doctores de Sión, portadores de la antorcha de la ciencia, a su situación actual de pobres desechos humanos!

Llegados a la ciudad, a la puerta Tibur, dijo a Josef, al despedirse:

—¿Sabéis qué ha sido lo más horrible? No tanto lo que decían como su extraña manera de balancear el cuerpo con movimientos rítmicos. Eso sólo lo pueden hacer las personas que están siempre sentadas en el suelo, en la oscuridad, con las piernas cruzadas; las palabras mienten a menudo, pero los movimientos son tremendamente sinceros. Es necesario que reflexione al respecto: hay allí una fuente de efectos poderosa.

Esa noche, en lugar de dormir, Josef escribió, sentado en su habitación, un informe sobre los tres inocentes. Se agotó el aceite de su lámpara y se consumió la mecha. Los renovó y continuó escribiendo. No se extendió mucho sobre el pleito de Cesarea, pero, en cambio, escribió largo y tendido sobre los padecimientos de los tres ancianos y la necesidad de hacer justicia. «La justicia» argumentó, «ha sido en todos los tiempos para los judíos la primera de las virtudes. Ellos soportan la miseria y la opresión, pero no la iniquidad; hasta llegarían a honrar a un tirano, con tal de que les hiciera justicia.» «El derecho», dice uno de sus profetas, «corría como agua torrencial y la justicia como río inagotable». «La edad de

oro vendrá», dijo otro, «cuando el derecho reine también en el desierto». Josef se sentía encendido por la emoción. La sabiduría de los ancianos ardía en su propio fuego. Y escribía. La mecha de la lámpara empezó a echar humo, pero él continuó escribiendo sin detenerse. Desde las puertas de la ciudad le llegaba el ruido de los pesados carretones que sólo circulaban por la noche, pero no los oyó. Estaba inmerso en su tarea de escribir y corregir su alegato.

Al cabo de tres días, un mensajero de Demetrio Libán le trajo una carta en la que el actor lo invitaba escuetamente a presentar dos días después, a las diez de la mañana, sus respetos a la emperatriz.

¡La emperatriz! Josef sintió que le faltaba la respiración. En todas las calles se veía su efigie, a la que se rendían honores divinos.

¿Qué le diría? ¿Cómo encontraría palabras capaces de conmover a esa extraña mujer, cuya vida y pensamientos dominaban desde tan alto a los demás seres humanos? A la vez que se hacía estas preguntas pensaba que él sería capaz de encontrar las palabras adecuadas. Era una mujer, y él sentía por todas las mujeres un leve desdén, por lo que suponía que le sería fácil conquistarla.

Releyó su manuscrito en voz alta con gestos elocuentes, como lo hubiese leído en Jerusalén. Estaba escrito en arameo: lo tradujo luego con dificultades al griego, aunque temió que resultara tosco y lleno de errores. ¿No sería impropio presentarse a la emperatriz con un manuscrito mal preparado, incorrecto? O, por el contrario, ¿acaso los errores no producirían un favorable efecto de ingenuidad?

Se propuso no comentar con nadie la próxima entrevista. Para calmar su impaciencia, echó a andar febrilmente por las calles de la ciudad, volviéndose en sentido contrario cuando veía de lejos a algún conocido. Corrió a la peluquería y se compró un perfume nuevo. Su ánimo pasaba de la mayor exaltación a la depresión más honda.

Las esculturas que representaban a la emperatriz la mostraban con la frente pequeña, despejada y agradable, los ojos rasgados y la

boca bastante grande. Sus propios enemigos reconocían que era hermosa, y muchos comentaban que causaba honda impresión en quien la veía por primera vez. ¿Cómo se comportaría en su presencia, él, que era un insignificante provinciano?

Sintió la apremiante necesidad de hablar con alguien en quien pudiera confiar plenamente. Regresó a su casa y anunció de inmediato a su hermosa amiga Irene que deseaba comunicarle una noticia. La joven merecía su absoluto respeto por lo que no tuvo ningún reparo en hacerla partícipe de su secreto. Ante ella descargó su alma y la abrumó explicándole cómo se figuraba la entrevista y qué cosas pensaba decir a la emperatriz. Josef actuó para Irene como un actor ensaya, con gestos y movimientos, una pieza en el escenario.

A la mañana siguiente lo condujeron al palacio imperial en la lujosa litera de Demetrio Libán, precedida de heraldos que despejaban el camino y una imponente escolta. Los transeúntes se detenían al ver la litera y aclamaban al cómico. Josef vio en las calles los bustos de la emperatriz, blancos o policromos, con los cabellos color de ámbar, rasgos delicados y labios teñidos de rojo. Popea, pensó. Popea quiere decir «muñeca» o «bebé». Recordó la palabra hebrea *Yanucá*. A él también lo habían llamado así en un tiempo. No le sería difícil entenderse con la emperatriz.

De acuerdo con las descripciones que le habían hecho, Josef esperaba encontrarla como a todas las princesas de Oriente, repantigada sobre una montaña de suntuosos cojines, rodeada de un cortejo de esclavos portando abanicos y perfumes. Su atuendo sería, indudablemente, refinado y lujoso.

Sin embargo, en lugar de lo que había imaginado, Popea los recibió sentada en un cómodo sillón, vestida con una túnica larga hecha al parecer con una tela producida en Judea, una gasa de extremada ligereza y finura.

Estaba apenas maquillada y su peinado era muy simple: los cabellos, separados al medio, le caían recogidos en un grueso moño sobre la nuca, en nada parecido a los altos edificios adornados de joyas que se veían de ordinario en las cabezas de las damas de las clases altas. Encantadora como una jovencita, la emperatriz acogió a los visitantes con una sonrisa de sus labios color de rosa, y les

tendió su blanca mano infantil. Sí, tenían razón al llamarla Popea, *Yanued*. Era verdaderamente turbadora, y Josef no sabía qué decir.

Por favor, señores— dijo ella, —haciendo una indicación, y como el actor se sentó, Josef hizo lo propio. Hubo un breve silencio. Los cabellos de la emperatriz, verdaderamente, eran del color del ámbar tal como el emperador los había descrito en un poema, pero sus cejas y pestañas eran oscuras. Josef pensó rápidamente: «Parece muy distinta de sus retratos. Es una niña, pero una niña que puede ordenar la muerte de una persona sin pestañear siquiera. ¿Qué decir a una criatura así? Además, debe ser endiabladamente inteligente.»

La emperatriz lo miraba atentamente sin ningún embarazo. Él devolvía a duras penas la mirada; su frente estaba algo cubierta de sudor, y su expresión era humilde y sumisa. Popea hizo un ligero mohín, imperceptible casi y súbitamente adoptó una expresión que ya no era infantil, sino sagaz y burlona.

—¿Acabáis de llegar de Judea?— preguntó a Josef en griego, con voz frágil, pero muy nítida. —Decidme, por favor ¿qué se piensa en Jerusalén sobre Armenia?

Ésta era una pregunta verdaderamente extraña, porque si bien la solución del pleito de Armenia constituía la llave de la política romana en Oriente, Josef siempre había considerado que Judea, su Judea, era demasiado importante y que a los extranjeros no les correspondía opinar sobre sus problemas, especialmente sobre sus relaciones con un país tan bárbaro como Armenia. En suma, en Jerusalén nadie, o por lo menos él, pensaba jamás en Armenia. Por tanto no sabía qué contestar.

—Los judíos se sienten bien allí— repuso con torpeza, después de un largo silencio.

—¿De veras?— comentó la emperatriz, y se echó a reír francamente, como si la respuesta la hubiese divertido. Hizo otras preguntas en el mismo tenor, bromeando a costa del joven de grandes ojos vivaces que no sospechaba, al parecer, el enredo en que se hallaba comprometida su patria.

—Gracias— dijo ella al final, cuando Josef con gran esfuerzo terminó una frase complicada a propósito de la situación estratégica sobre la frontera de los partos. —Ahora estoy informada— y dirigió

una sonrisa cómplice a Demetrio Libán: ¿qué cómico producto del Oriente le había traído?

—Creo— dijo al actor, que quedó sorprendido y encantado —que es por pura bondad de alma que intervenís en favor de los tres prisioneros—. Se volvió a Josef con indulgencia cortés y agregó: —Habladme, os ruego, de vuestros patrocinados.

Se instaló cómodamente, apoyando los codos en el sillón. A través de la sutil trama de la tela del austero vestido se adivinaba el contorno de sus miembros.

Josef tomó su memorándum dispuesto a leerlo en griego, pero ella le interrumpió:

—¿Cómo se os ocurre? Habladme en arameo.

—¿Me comprenderéis? — preguntó él, aturdido.

—¿Quién os ha dicho— replicó Popea —que yo deseo comprenderos?

Josef alzó los hombros, con un gesto más arrogante que ofendido, y comenzó a leer en arameo, la lengua en la que había compuesto inicialmente su escrito, pronunciando sin preocupación alguna en hebreo las citas de la Biblia. Aún así no podía concentrar su pensamiento, sentía que hablaba sin entusiasmo. Miraba con atención a la emperatriz, en un primer momento con humildad, después con cierto atrevimiento, luego con interés y por último casi con insolencia. No sabía si ella lo escuchaba ni tampoco si lo comprendía. Cuando acabó de pronunciar la última palabra, Popea preguntó:

—¿Conocéis a Cleo, la esposa de mi gobernador en Judea?

Josef no oyó otra cosa que el «mi». ¡Cómo sonaba!: —¡Mi gobernador en Judea!" Se había figurado que palabras así debían aparecer talladas en piedra, como estatuas, y he aquí que una niña decía con una sonrisa: «Mi gobernador en Judea». Era natural: Gesio Floro gobernaba Judea en su nombre. Sin embargo, Josef no estaba dispuesto a dejarse avasallar.

—No conozco a la esposa del gobernador— repuso insolentemente. —¿Puedo esperar una respuesta a mi memorándum?

—He tomado conocimiento de él— replicó la emperatriz —pero no puedo adivinar el significado de sus palabras.

El cómico creyó oportuno intervenir.

—El doctor Josef no ha podido dedicar mucho tiempo a la vida mundana— dijo, acudiendo en ayuda de su protegido. —Se ocupa de literatura.

—¡Oh!— dijo Popea, muy seria, —¡la literatura hebrea! Conozco poco, y lo que he leído es hermoso, pero muy complicado.

Josef se puso tenso y concentró su fuerza mental. Tenía que conseguirlo. Tenía que conmover a la dama, sentada frente a él, fría y burlona. Le dijo que su única ambición era ayudar a los romanos a descubrir la formidable literatura judía.

—Hacéis que se os traigan perlas, perfumes, oro y animales raros de Oriente— dijo, —pero desdeñáis los tesoros más preciosos, sus libros.

Popea le preguntó en qué forma pensaba iniciar a los romanos en la literatura judía.

—Reveladme algo de ella— dijo, posando en él sus ojos verdes. Josef cerró los ojos, como había visto hacer a los recitadores de su país, e inició un relato, basándose en la primera historia que se le ocurrió. Habló de Salomón, rey de Israel, de su sabiduría, su poder, sus palacios, su Templo, sus mujeres, su idolatría.

Refirió la visita de la reina de Saba, la habilidad con que había resuelto una querella entre dos mujeres por causa de un niño cuya maternidad se disputaban, y mencionó dos libros muy profundos, uno sobre la sabiduría, llamado *Eclesiastés*, y otro sobre el amor, *El Cantar de los Cantares*, escritos por Salomón. Josef intentó recitar algunas estrofas del *Cantar* en una mezcla de griego y de arameo, pero no era fácil. Había abierto los ojos e intentaba traducir y trasmitir la pasión de los poemas, acompañándose de gestos, suspiros y movimientos de su cuerpo. La emperatriz se inclinó ligeramente hacia delante, apoyándose en los brazos del sillón. Escuchaba entreabriendo la boca.

—Son poesías hermosas— dijo, cuando Josef se detuvo jadeante de emoción, y volviéndose hacia el cómico, agregó: —Vuestro amigo es un joven encantador.

Demetrio Libán, que se había sentido un poco relegado, aprovechó la ocasión para estar nuevamente en primer plano.

—El tesoro de la literatura judía es inagotable— observó. —Yo también recurro a ella a menudo, para enriquecer mi arte.

—La última vez, Demetrio— dijo la emperatriz con reconocimiento, —en el papel del esclavo Isidoro habéis estado magníficamente vulgar. ¡Me he reído tanto!

Popea sabía muy bien que a él no le gustaba que ella hiciera comentarios de ese tipo. Este joven de Jerusalén, bastante osado y algo tonto, no le traía suerte. La entrevista era un fracaso; había hecho mal en solicitarla.

—Además— continuó la emperatriz, vos me debéis todavía una respuesta, Demetrio. Habláis siempre de una idea revolucionaria que os da vueltas en la cabeza. ¿Querríais revelármela, al fin? A decir verdad, no creo en ella.

El cómico se mantenía sentado, irritado y serio.

—No tengo ya ninguna razón— dijo, finalmente, en tono agresivo —para conservar oculta mi idea. Se relaciona con nuestro permanente tema de conversación—. Guardó por un instante un silencio muy significativo y después, agregó, como si no le diera importancia:

—Me gustaría llevar a escena al judío Apella.

Josef se estremeció. El judío Apella era el prototipo del judío tal como lo representaba el espíritu malicioso y hostil del pueblo romano, un personaje sumamente antipático, supersticioso, sucio, maloliente y bufonesco. Cincuenta años antes el gran poeta Horacio lo había introducido en la literatura. ¿Y ahora Demetrio Libán quería...? Josef sintió miedo.

Pero mucho más se sobresaltó la emperatriz. Repentinamente su pálido rostro se puso como la grana. Su personalidad tornadiza y versátil producía temor y admiración.

Mientras tanto, el actor gozaba el efecto de sus palabras.

—Se ha puesto en escena— explicó —a griegos, romanos, egipcios y bárbaros, pero nunca a un judío.

—Sí—, dijo la emperatriz con voz queda y forzada, —la idea es excelente y temeraria.

Los tres quedaron silenciosos y pensativos.

—Una idea demasiado peligrosa— declaró, por último, Demetrio, sombrío y ya arrepentido. —Creo que no podré realizarla.

Esas palabras no hubieran debido salir de mi boca. Sería hermoso interpretar al judío Apella, no al necio de quien habla el pueblo, sino al auténtico, con toda su comicidad y su tristeza, con sus ayunos y su Dios invisible. Yo soy, probablemente, el único en el mundo que podría hacerlo. Sería admirable, pero demasiado arriesgado. Vos, Majestad, nos comprendéis a los judíos, pero ¿cuántos en Roma se pueden comparar con vos? Se reirían, no harían más que reírse y todos mis esfuerzos tendrían por único fruto la burla malévola, que traería desgracias a todo mi pueblo—hizo una pausa y agregó: —Además, sería peligroso para mí, debido a mi fe en el Dios invisible.

Josef estaba perplejo. Le había tocado intervenir en asuntos graves e importantes y había sentido en sí mismo la seducción del teatro; podía imaginar al actor Demetrio Libán en escena, insuflando al judío Apella una vida terrible, bailando, saltando, rezando, expresándose a través del múltiple lenguaje de su cuerpo elocuente. Se sabía cuán arbitrarios y despóticos eran los caprichos del público romano en el teatro pero nadie habría podido prever las consecuencias de un espectáculo de ese género, incluso en la frontera con los partos.

La emperatriz se puso de pie. Con movimientos majestuosos entrelazó los dedos bajo el nudo de sus cabellos, de modo que las mangas de su vestido se deslizaron hasta los hombros, y comenzó a caminar de un lado al otro de la sala, arrastrando la cola de su falda. Al ver que se incorporaba, los dos hombres se levantaron de un salto.

—Callaos, callaos— dijo la emperatriz al cómico. Se había convertido en una llama. —No os mostréis cobarde después de haber tenido una vez una idea realmente buena—. Se detuvo junto a Libán y le puso afectuosamente la mano en el hombro. —El teatro romano es absurdo— se lamentó, —pesado y vulgar. Está en decadencia porque sigue fielmente una tradición estéril. Representad al judío Apella para mí, mi querido Demetrio, os lo ruego. —Persuadidlo, joven— agregó, dirigiéndose a Josef. —Creedme, todos vosotros tendréis mucho que aprender si él encarna a ese personaje.

Josef callaba, presa de la incertidumbre más penosa. En su rostro se sucedían el rubor y la palidez. ¿Debía alentar a Demetrio?

Sabía que el cómico deseaba con toda su alma exhibir libremente su judaísmo a los ojos de la inmensa Roma. Sólo bastaría una palabra suya para que la piedra echase a rodar pendiente abajo. Pero ¿dónde se detendría? Imposible preverlo.

—¡Qué tediosos sois vosotros!— exclamó la emperatriz, malhumorada. Había vuelto a sentarse, pero los dos hombres seguían de pie. El actor, siempre tan pendiente de su aspecto, parecía en esta ocasión torpe y poco ingenioso. —Hablad, pues— insistió la emperatriz, dirigiéndose esta vez a Josef.

—Dios está ahora en Italia— repuso éste.

El actor lo miró, sorprendido por el acierto de Josef al pronunciar esa frase ambigua que resolvía todas sus agobiantes dudas. La insólita afirmación fascinó a la emperatriz.

—He aquí una frase notable— exclamó batiendo las palmas. —Sois un hombre inteligente— comentó. Y grabó en su memoria el nombre de Josef.

Josef se sentía a la vez confundido y entusiasmado. No comprendía la trascendencia de las palabras que acababa de pronunciar. ¿Era suya la sentencia? ¿La había dicho ya en otra ocasión? En todo caso, había sido la palabra justa, pronunciada en la ocasión adecuada. Poco importaba la paternidad de la frase si su valor dependía del momento en que se dijera. «Dios está en Italia», era una afirmación que acababa de iniciar la historia de su propia eficacia.

Pero ¿la tenía, en efecto? Demetrio se mantenía dubitativo o, por lo menos, aparentaba estarlo.

—Decid que sí de una vez, Demetrio— insistió la emperatriz. Si lográis que acepte— agregó volviéndose a Josef, —devolveré la libertad a vuestros inocentes.

Una luz se encendió en los ojos expresivos de Josef. Hizo una profunda reverencia, tomó delicadamente la mano de la emperatriz y la besó largamente.

—¿Cuándo interpretaréis al judío?— preguntó ella al actor.

—Yo no he prometido nada— se apresuró a contestar Demetrio, con bastante inquietud.

—Entregadle una promesa escrita en favor de nuestros protegidos— imploró Josef.

La emperatriz se sonrió maliciosamente al oír «entregadle» y «nuestros protegidos» pero llamó a su secretario. «Cuando el cómico Demetrio Libán —dictó— interprete el papel del judío Apella, me esforzaré para que se restituya la libertad a los tres judíos condenados que se encuentran en el horno de ladrillos de Tibur.» Se hizo traer luego las tablillas, les agregó su firma —una P— y las entregó a Josef, mirándolo fijamente con sus ojos verdes y burlones. Él le devolvió la mirada respetuosamente, pero tan prolongada e insistente que la expresión burlona se borró poco a poco de los ojos de Popea y desapareció su luminosidad.

Después de la audiencia, Josef se sintió volar sobre las nubes. Los demás mortales veneraban los bustos de la emperatriz, mujer eminente y divina que había hecho matar, sin dejar de sonreír, a su poderosa rival la emperatriz madre, y sonriendo siempre había obligado a prosternarse ante ella al senado y al pueblo de Roma. Él, en cambio, había hablado con la señora del mundo como si fuera cualquier mujer con la que se habla todos los días. *Yildi, Yanucá*. Sólo le había bastado mirarla largamente a los ojos para que le prometiese de inmediato poner en libertad a los tres prisioneros, favor que el Gran Consejo de Jerusalén no había podido obtener a pesar de su sabiduría y de su diplomacia.

Paseaba por las calles del barrio judío, situado en la margen derecha del Tíber, tan ligero como si le hubiesen crecido alas. La gente lo veía pasar y lo seguía respetuosamente con la mirada. «El doctor Josef ben Matatías, de Jerusalén», susurraban a su paso, «sacerdote de primera categoría y favorito de la emperatriz». La pequeña Irene le tendía su admiración a los pies como si fuera una alfombra. Había pasado el tiempo en que Josef debía sentarse a la mesa en compañía de sus inferiores las vísperas del sábado.

Cayo Barzaarone se enorgullecía de que Josef ocupara el puesto de honor en los divanes. Aún más: el astuto negociante abandonó su actitud prudentemente reservada y llegó a confiarle ciertas dificultades que ocultaba cuidadosamente a los demás miembros de la familia.

Su importante fábrica de muebles aún era próspera, pero se cernía sobre ella un peligro que aunque ya insinuando en otras

épocas, ahora parecía cada vez más grave. Se estaba extendiendo entre los romanos la costumbre de emplear bajorrelieves de diversas formas y figuras de animales para ornamentar las patas de las mesas, ante lo cual no podía eludir lo establecido en las Escrituras: «No harás para ti imagen», o sea que a los judíos les estaba prohibido utilizar figuras de seres vivos. Cayo había evitado hasta entonces los adornos que contuvieran figuras de animales, pero sus competidores se aprovechaban desvergonzadamente de su situación desventajosa, extendían el rumor de que su fábrica estaba pasada de moda y él comprobaba con preocupación que estaba perdiendo a sus clientes. Su obstinada negativa a trabajar con figuras de animales le había costado desde el gran incendio una cantidad cuantiosa de dinero. Buscó toda clase de argumentos. Trató de convencer a sus correligionarios de que él no se servía de los muebles de su tienda para su uso personal, sino que los vendía a otras personas. Pidió consejo a innumerables teólogos. Eminentes doctores de Jerusalén, de Alejandría y de Babilonia afirmaban que la utilización de esa clase de ornamentos consistiría en su caso en un pecado venial y podría concedérsele una autorización. Pero aún así no cesaron las dudas de Cayo Barzaarone, que hasta entonces no había comentado con nadie esas consultas. Era consciente de que si ofendía los escrúpulos ¿le los más ortodoxos su situación quedaría gravemente comprometida en la comunidad de Agripa y temía que su desobediencia a la Ley causara la muerte de su padre, el anciano Aarón. ¿Que el cielo no lo permitiera! Este hombre, aparentemente tan seguro de sí, estaba atormentado por las dudas y las preocupaciones.

Josef no era muy estricto en la observancia de los preceptos, pero el «No harás para ti imagen» constituía más que una ley, era una de las verdades fundamentales del judaísmo. Según la doctrina, la palabra y la imagen se excluyen mutuamente. Josef, que sentía una profunda vocación por las letras, creía en la palabra invisible, a la que consideraba una verdadera maravilla pues siendo inmaterial gravita sobre las formas materiales de la existencia. Creía que sólo le sería dado poseer la sagrada, la invisible palabra de Dios a aquel que no la contaminara con representaciones sensitivas y renunciara con total convencimiento a la vana fruslería de las esculturas.

Escuchó las explicaciones de Cayo Barzaarone con expresión impenetrable, evitando comprometerse con una respuesta concreta. Eso fue justamente lo que agradó a Cayo. Josef tuvo la impresión de que lo habría aceptado de buen grado como yerno.

Poco a poco empezó a extenderse la noticia de que la liberación de los tres presos estaba supeditada a una condición. Cuando los judíos supieron de qué se trataba, su alegría se desvaneció. ¿Sería posible? ¿El actor Demetrio Libán debería interpretar el papel del judío Apella, posiblemente en el Teatro Pompeya, en presencia de cuarenta mil espectadores? El judío Apella: con sólo escuchar su nombre los judíos se echaban a temblar. Con él Roma expresaba sus antipatías contra los inmigrantes de la orilla derecha del Tíber. El apelativo injurioso había desempeñado un papel miserable en los *pogroms* que ocurrieron bajo el mandato de los emperadores Tiberio y Claudio. Significaba matanzas y pillajes. El odio ahora adormecido ¿acaso no podría despertar en un instante? ¿No era tan estúpido como criminal provocar a la fiera dormida? Se conocían muchísimos casos de excesos a los cuales el público de teatro en Roma se había dejado arrastrar. En cuanto a Demetrio Libán se juzgaba como una arrogancia temeraria que representara al judío Apella.

Los más estrictos doctores judíos atacaron nuevamente al cómico y esta vez con mayor violencia. ¿No constituía un pecado subir al escenario y vestirse con la piel y las ropas de otra persona? ¿No ha dado Dios, bendito sea su Nombre, a cada uno su cuerpo y sus rasgos? ¿No era rebeldía contra Él querer alterarlos? Pues bien, esto era aún peor: se trataba de la representación de un judío, de un descendiente de Abraham, de un miembro del pueblo elegido, para diversión de incircuncisos. Era un pecado mortal, un pecado de soberbia que seguramente traería aparejadas las peores desgracias para todos. En consecuencia, reclamaron el anatema y el destierro para Demetrio Libán.

Los doctores liberales, en cambio, defendieron calurosamente al artista. Opinaban que no se habían tenido en cuenta las intenciones; que si Demetrio estaba dispuesto a representar a Apella era por el único motivo de salvar a los tres inocentes condenados. ¿Acaso se ignoraba que ése era el único medio de

librarlos de la cárcel? ¿Socorrer a los cautivos, no era uno de los principales preceptos de las Escrituras? ¿Era lícito decirle al cómico: «No lo hagas, déjalos morir como murieron miles de sus antepasados en los hornos de ladrillos de Egipto»?

El tema se debatió apasionadamente. En los seminarios, los estudiantes de teología más aventajados se dedicaron a cotejar las citas bíblicas contradictorias respecto al tema. El problema fue sometido a estudio en la totalidad de las escuelas superiores hebreas; se lo discutió en Jerusalén, en Alejandría, en los círculos de los famosos doctores de Babilonia, hasta en el Extremo Oriente. Era un caso apropiado para que teólogos y juristas ejercitasen la sutileza de su pensamiento.

El actor asistía personalmente a las discusiones y exponía a quien quisiera escucharlo el conflicto que vivía entre su fe religiosa y su conciencia artística. En realidad, hacía tiempo que había decidido interpretar a toda costa al judío Apella. Sabía perfectamente cómo hacerlo y sus autores, sobre todo el refinado senador Marullo, ya habían esbozado cómo se desenvolvería la acción, dinámica y de gran efecto. Además, el sorprendente balanceo, maquinal y resignado, de los tres condenados en el calabozo, le había inspirado muchas ideas grotescas y terribles. Demetrio quería representar una mezcla atrevida de tragedia y comedia. En algunas ocasiones había interpretado en las tabernas populares del barrio comercial, o en el de los almacenes y cuarteles, algunas pocas escenas, prudentemente, para comprobar qué efecto causaría la obra. Pero pronto lo embargaba la tristeza, al pensar que nunca se sentiría con fuerzas para afrontar ese papel, pues su conciencia siempre se lo reprocharía. Sintió satisfacción cuando supo que casi toda Roma no hablaba de otra cosa que del tema del judío Apella y de si sería o no encarnado por Demetrio Libán. En todas partes donde aparecía su litera provocaba entusiasmo; el pueblo aplaudía y gritaba: «¡Salud, Demetrio, interpretad al judío Apena!».

También expuso a la emperatriz sus dudas sobre el inquietante proyecto, al que ya se había lanzado, y sus escrúpulos de conciencia. Ella lo contemplaba sonriendo irónicamente. El administrador del horno de ladrillos de Tibur, mientras tanto, había

recibido la orden de velar por que los tres judíos condenados no muriesen repentinamente.

Popea, por su parte, aguardaba la decisión del ministerio de Ruegos y Reclamaciones. La liberación de los tres ancianos no constituía en sí un asunto de importancia pero la situación política de Roma en Oriente era difícil y Popea era bastante buena romana como para olvidar sin remordimientos el indulto, si éste pudiera traer aparejado el mínimo inconveniente para el imperio. Si algo así sucediera, ella faltaría con una sonrisa a su promesa.

Mientras tanto, alentaba con gran entusiasmo al cómico para que realizara el proyectado papel. Le constaba, según dijo, que la alta aristocracia adversaria maquinaba en el senado contra la amnistía. Era indispensable, por tanto, que se decidiera cuanto antes. «Sería injusto prolongar innecesariamente los sufrimientos de los tres infelices.» Entonces, utilizando este argumento y dando por concluida la conversación, le preguntaba:

—¿Cuándo interpretaréis para nosotros al judío Apella, Demetrio?

El ministro Filipo Talas, jefe de la División de Oriente de la Cancillería Imperial, hizo llamar por segunda vez al masajista, para que le friccionase los pies y las manos. Era a comienzos del otoño, el sol acababa de ponerse y aunque no hacía frío el ministro no lograba entrar en calor. Este hombre menudo, cuya nariz era como el pico de un buitre, se había extendido sobre el lecho, cubierto de cojines y mantas. Un brasero le calentaba los pies y otro las manos y, frente a él, diligentemente, el esclavo masajista se ocupaba de friccionar su vieja piel arrugada y reseca, surcada de venas azules. El ministro maldecía y amenazaba, y el masajista se esforzaba por no rozar las cicatrices que cubrían la espalda del anciano, trazas —lo sabía muy bien— de los latigazos que Talas había recibido en tiempos de su esclavitud en Esmirna. Los médicos habían probado cuantos procedimientos conocían para quitarlas. Pero ni la cirugía ni todos los ungüentos del famoso especialista Escribón Largo habían logrado que las antiguas marcas desaparecieran.

Era un mal día para él, uno de sus días pésimos, y sus sirvientes ya habían advertido su mal humor. Su secretario conocía la causa de su irritación: se trataba de una carta del ministro de

Ruegos y Reclamaciones que había presentado a su amo, en la que se le hacía una consulta de rutina. Los funcionarios del ministerio, y sobre todo el obeso Junio Thrax, habrían prescindido de buena gana de consultar al ministro Talas, a quien deseaban ver lejos, pero bajo el gobierno del emperador reinante la sección oriental se había convertido en el eje de la política del imperio. Por otra parte, sabían cómo se enfurecía Filipo Talas cuando no se requería su opinión sobre algún asunto relacionado con su jurisdicción. Por todo esto, no se habían atrevido a expedirse definitivamente sobre un pedido de informes del gabinete de la emperatriz, sin la participación de Talas.

No se trataba de algo importante sino de unos viejos judíos condenados hacía algunos años a trabajos forzados, a causa de los desórdenes de Cesarea. Evidentemente, era un nuevo capricho de la emperatriz —¿cuántos había tenido ya?— querer indultarlos. Su Majestad adolecía de una debilidad inquietante por la canalla judía. «Maldita cortesana», pensó el ministro, y dio involuntariamente un codazo a su masajista. Probablemente ella descendía de alguna prostituta judía, a pesar de su nombre de antiguo abolengo. Los altivos aristócratas romanos hacía siglos que estaban contaminados por todos los vicios y degenerados hasta los huesos. Pero, en definitiva, no era posible oponer muchos reparos a un capricho de la emperatriz. Únicamente anotó una objeción trivial: la situación de Oriente exigía una actitud extremadamente enérgica, aun en las cosas en apariencia más insignificantes, etcétera.

El hombrecillo de nariz como pico de buitre estaba furioso. Mandó a paseo al masajista: ese idiota era incapaz de aliviar sus dolores. Se tendió de lado, levantó las rodillas puntiagudas hasta el pecho y meditó profundamente, aunque, ni siquiera así mejoró su pésimo humor.

Siempre esos judíos. En todas partes se atravesaban en su camino.

La política oriental se desenvolvía dinámica y satisfactoriamente después de la campaña triunfal del general Corbulón en la frontera con los partos. El emperador ambicionaba convertirse en un nuevo Alejandro y extender hasta el Indo la zona de influencia de Roma. Las grandiosas y misteriosas expediciones al Lejano Oriente, que

poblaban los sueños de Roma desde hacía un siglo y que durante la generación anterior no habían sido sino fantasías pueriles, comenzaron a formar parte de los proyectos más serios. Las autoridades militares elaboraron algunos planes y el Ministerio de Finanzas, después de someterlos a un examen profundo, había declarado que era posible disponer de los fondos necesarios para llevarlos a cabo.

El proyecto, aunque sorprendió por su audacia no chocó realmente sino con un obstáculo: la provincia de Judea. Judea estaba situada en el punto medio del territorio que era necesario recorrer, por lo que no podría iniciarse la gran empresa hasta que la ocupación de la inestable provincia estuviera consolidada. Sus colegas del gabinete imperial sonreían cuando Talas hablaba del tema. Les parecía que su odio a los judíos se había convertido en obsesión. Sin embargo él conocía a los judíos desde los tiempos lejanos de su juventud, en Asia. Sabía que con ellos no sería posible concertar la paz. Pensaba que era un pueblo fanático, supersticioso, insensato, orgulloso, que no se sometería a menos que se le castigara definitivamente y se arrasara su arrogante capital. Los gobernadores romanos se dejaban engañar por sus promesas de sumisión aunque enseguida los hechos demostraran su falsedad. Esa necia pequeña provincia jamás se había integrado verdadera y sinceramente al imperio, como otros pueblos, más grandes y más poderosos. Su Dios no toleraba la competencia de otros dioses. Judea estaba en pie de guerra desde la muerte del último rey residente en Jerusalén. El desorden continuaría, la guerra se prolongaría y la expedición alejandrina sería imposible mientras Jerusalén no fuese abatida.

El ministro Talas estaba convencido de que sus juicios eran correctos pero admitía que por sí mismos no justificaban su violenta aversión a los judíos ni que a su sola mención comenzara a sentir ardor en el estómago. Recordó el tiempo pasado, cuando estuvo en poder de un griego culto, vendido como complemento del pago de un costoso candelabro. Cómo se distinguió entre todos, gracias a su gran tenacidad, su memoria y su elocuencia, hasta el punto de que su amo le permitió instruirse. Cómo tuvo que competir con otros jóvenes que querían entrar al servicio del emperador. Y cómo el

judío Teodoro Zaqueo, durante el examen al que le sometió Cayo, jefe del personal, se burló de su arameo de tal forma que por poco no lo eliminaron de la prueba. Y todo por un insignificante error, incluso bastante discutible. Pero el judío no discutió, sólo lo corrigió. «Nabión», había dicho Talas, y el judío enmendó sonriente y burlón: «Nabla o tal vez Nebel, pero nunca Nabión». ¿Qué le habría hecho su amo si después de tantos esfuerzos y gastos no hubiera logrado la admisión en las oficinas de la Cancillería de Roma? Probablemente azotarlo hasta la muerte. Cuando el ministro recordaba la sonrisa del judío sentía escalofríos de angustia y de cólera. Pero no era sólo un resentimiento personal sino un fino instinto político lo que lo enemistaba con los judíos. El mundo era romano, el mundo había sido pacificado por el sistema centralista greco—romano; sólo los judíos se rebelaban, sólo ellos rehusaban reconocer los beneficios de la organización poderosa que unía a los pueblos. La gran ruta comercial hacia la India, destinaba a llevar la civilización griega al Lejano Oriente, no podía ser construida mientras ese pueblo orgulloso y testarudo no hubiese sido definitivamente humillado. Por desdicha, en la corte no comprendían el peligro que representaba Judea. Soplaba en el palacio imperial un viento peligrosamente favorable a los judíos. El obeso colega Junio Thrax los patrocinaba; se los encontraba también en la administración de las finanzas y en los tres últimos años veintidós judíos habían sido inscritos en las listas de la nobleza. Se introducían en el teatro y en la literatura. ¿No era evidente que sus libros inútiles y plagados de supersticiones estaban corrompiendo el imperio? Claudio Regino echaba toneladas de esa mercancía en el mercado. El anciano ministro alzó un poco más las piernas en cuanto recordó el nombre de Regino: su astucia le inspiraba respeto a pesar de la antipatía que sentía por él. Además, Regino poseía en su cofre una perla, una pieza magnífica sin un solo defecto, de un color rosa pálido, que él hubiese comprado encantado. Hasta creía que si pudiera llevarla en el dedo su piel se vería menos reseca. Era muy posible que la perla tuviese un efecto favorable sobre las cicatrices de su espalda. Pero el judío era rico, por desgracia el dinero no le atraía, y jamás cedería la joya.

El pensamiento del ministro Talas iba de un tema a otro, según este orden: los desórdenes de Cesarea, Regino y su sortija. ¿Sería necesario movilizar al Senado? Para ello bastaría evocar la guerra con los partos. Además, el nombre correcto era Nabión.

De pronto se tendió de espaldas, se estiró y sus ojos resecos y enrojecidos contemplaron el cielo raso. Habían cesado sus cólicos y ya no sentía escalofríos. Tenía una idea, una idea maravillosa. No, no se ocuparía de bagatelas. ¿De qué le serviría que esos tres perros reventasen en el horno de ladrillos de Tibur? Que los desertores judíos se llevaran a sus protegidos, que los pusieran en salmuera o se los comieran con sus panes sabáticos. El tenía un plan mejor. Haría pagar a los judíos por la liberación de los tres presos una suma tan exorbitante que ningún funcionario del Ministerio de Finanzas podría calcularla: el edicto de Cesarea. Endulzaría el expolio de Cesarea con la liberación de los tres ancianos. Al día siguiente volvería a presentar al emperador el edicto. Hacía seis meses que estaba a la firma: ésa era la ocasión de obtenerla. No se podía conceder todo a los judíos, no era posible que se les entregara a sus tres criminales y la ciudad de Cesarea por añadidura. Una cosa u otra. Ya que la emperatriz lo deseaba, se pondría en libertad a sus preciosos mártires; pero los judíos deberían renunciar definitivamente a sus pretensiones sobre la ciudad.

Llamó a su secretario y le pidió su informe sobre Cesarea. Hasta donde lo recordaba era breve y preciso como le gustaba al emperador, quien no quería fatigarse mucho tiempo con la política pues le interesaban además otras cosas. Por otra parte, el emperador lo comprendía todo muy bien ya que poseía una inteligencia rápida y penetrante. Si lograba hacerle leer el memorial obtendría su firma al pie del edicto. El caso de los tres condenados no podía resolverse sin que se adoptara por fin una decisión definitiva sobre la cuestión de Cesarea. Sí, esta vez el emperador debería tomar una resolución; el cielo había inspirado a Popea para que reclamase el indulto de los tres condenados.

El secretario le trajo el expediente. Con una rápida mirada comprobó que había expuesto el caso de modo claro y convincente.

Además de los esclavos, la población de Cesarea estaba compuesta por cuarenta por ciento de judíos y sesenta por ciento de griegos y romanos, lo cual no impedía que los judíos constituyesen la mayoría en el Concejo Municipal. Eran ricos y la ley concedía el sufragio de acuerdo con la posición económica de los electores, así como sucedía en las provincias de Siria y de Judea. Era justo que los que aportaban la mayor parte de los ingresos tuvieran derecho al voto decisivo en la inversión de los mismos. Pero, en cambio, en Cesarea, el voto calificado acarreaba para la mayor parte de la población consecuencias particularmente desagradables, pues los judíos se aprovechaban de su poder en el Concejo de un modo inusitado y arbitrario. En lugar de aplicar los recursos públicos para las necesidades de la población, enviaban sumas desproporcionadas a Jerusalén, con destino al Templo y a diversas obras piadosas. Por tanto no tenía nada de sorprendente que con ocasión de los comicios se provocaran fatalmente tumultos sangrientos. Los griegos y los romanos de Cesarea recordaban con amargura que ellos habían sido los primeros habitantes de la ciudad cuando fue fundada bajo el reinado de Herodes, y que incluso habían construido el puerto y estimulado la actividad de la población con su dinero. Además, el gobernador romano residía allí y la violencia perpetrada por los judíos contra griegos y romanos producía un efecto doblemente intolerable en la capital de la provincia. Se habían tenido demasiadas consideraciones con la susceptibilidad de los judíos cuando se les concedió la autonomía en Jerusalén. No era admisible que se siguieran otorgando favores a ese pueblo perpetuamente insatisfecho. La historia de Cesarea, el origen y la religión de la mayoría de sus habitantes, su dinamismo, no tenían nada de judíos. En la ciudad de Cesarea, de la que dependía el reposo y la seguridad de toda la provincia, se juzgaría muy mal que se despojase del merecido derecho de sufragio al sector más leal de la población, al más fiel al imperio.

En su hábil y bien fundamentada exposición, el ministro Talas no pasó por alto los argumentos de los judíos. Puntualizó que la población greco-romana tendría derecho a disponer de la totalidad del importe de los impuestos pagados por los judíos, llegado el caso de que se produjera alguna modificación en el estatuto electoral. La

medida equivalía en la práctica a despojar a los capitalistas judíos. Pero subrayó con habilidad la poca entidad de ese contratiempo si se lo comparaba con la enorme injusticia de hacer depender de la voluntad de un pequeño sector de judíos ricos a la capital oficial de una provincia tan valiosa para la política del imperio en el Cercano Oriente.

Releyó y revisó con cuidado el manuscrito. Sus argumentos eran convincentes. Talas había tomado una resolución y sonreía satisfecho. Estaba decidido a ceder en el punto secundario, el de los tres prisioneros, a fin de quitar a los judíos el suculento manjar: la hermosa ciudad y puerto de Cesarea.

Llamó a sus criados, los cubrió de improperios y les ordenó que se llevaran los braseros, almohadas y mantas. ¿En qué pensaban esos imbéciles? ¿Acaso querían hacerlo morir de calor? Corría de un lado a otro sobre sus piernas flacas. Las manos huesudas se movían inquietas. Pidió insistentemente una audiencia al emperador para la mañana siguiente. Veía claramente el camino que debería emprender para lograr sus propósitos.

No tenía prisa, saborearía la venganza con calma. Habían transcurrido algunas decenas de años desde el episodio del burlón intérprete judío Teodoro Zaqueo. «Nabión», sí y de una vez para siempre: «Nabión». Podía esperar. Una vez firmado el edicto que despojaría a los judíos de Cesarea del poder usurpado, no sería necesario darlo a conocer inmediatamente. Lo dejaría dormir durante meses, tal vez un año, hasta que se concretara el comienzo de la gran expedición alejandrina; entonces sí, al día siguiente propondría al emperador la solución al problema de Cesarea. Estaba seguro de obtener lo que deseaba. Sonreía. Antes de la cena dictó la respuesta al pedido de informes de Ruegos y Reclamaciones, relacionado con la propuesta de indulto emitida por el gabinete de la emperatriz, en favor de los tres prisioneros del horno de ladrillos de Tibur. Mucho iba a sorprenderse el obeso Junio Thrax cuando supiese que el ministro Talas no tenía absolutamente nada que oponer a la liberación de los condenados.

Durante la cena, los invitados del ministro notaron con asombro que el humor del anciano, generalmente gruñón e irascible, parecía extraordinariamente agradable.

Demetrio Libán había comenzado a simpatizar con Josef. El actor ya no era joven, su vida y su arte le exigían muchas energías y pensó que podría renovarlas asociándose al impetuoso joven de Jerusalén. Además, Josef le había dado la ocasión de desvelar su magnífico y temerario propósito de representar al judío Apella. Invitaba a Josef a su casa cada vez más frecuentemente. El jerosolimitano había perdido sus aires provincianos y, gracias a su viva inteligencia, había adquirido la discreción y la flexibilidad de un hombre de mundo de la capital. Aprendió la técnica y hasta la jerga literaria de los innumerables escritores que conoció por intermedio del cómico. Intervino en muchas tertulias entre personajes importantes, en las que se hablaba sobre política y negocios y de intrigas amorosas con mujeres atractivas, con jóvenes esclavas o con damas de la aristocracia.

Josef vivía rodeado de atenciones y su vida era agradable. Sin embargo, cuando se encontraba solo, sentía a menudo violentos remordimientos. Aunque había previsto que los tres mártires no recuperarían la libertad de la noche a la mañana, ya habían pasado semanas y hasta meses y esperar en Roma como antes lo había hecho en Judea lo apesadumbraba tanto que debía hacer grandes esfuerzos para conservar la serenidad.

Un día, Claudio Regino le pidió el memorial que tan profunda impresión produjera a la emperatriz. Josef se lo envió y esperó ansiosamente alguna noticia del gran editor, pero éste guardó silencio durante cuatro largas semanas. ¿Lo habría dado a leer a Justo? Josef se sentía incómodo cuando pensaba en su colega, a quien juzgaba frío y mordaz.

Finalmente Regino lo invitó a comer. Hubo un tercer invitado, Justo de Tiberíades, y Josef estuvo tenso, temiendo una discusión. No tuvo que esperar mucho. Inmediatamente después de los postres, el dueño de casa declaró que había leído el memorial de Josef, en el cual se revelaba un notable talento de escritor, aunque en el fondo los argumentos eran débiles. Agregó que Justo, por su parte, también había expresado, en nombre del rey Agripa, la opinión que le merecía el caso de los tres presos. Sería importante que él mismo diese a conocer su punto de vista a Josef. A Josef le temblaron las rodillas. La opinión de Roma entera le pareció

desdeñable comparada con la de su colega, Justo de Tiberíades. Justo no se hizo de rogar. No se podía considerar —dijo— el caso de los tres ancianos sino en relación con el litigio de Cesarea, y éste, a su vez, no podría ser tratado sin relacionarlo con el conjunto de la política romana en Oriente. Desde la designación del general Corbulón como comandante en jefe del ejército oriental, Roma había hecho frecuentes concesiones formales, que nunca se llevaron a la práctica.

A pesar del respeto que le inspiraba el talento literario de Josef, no creía que su escrito produjese un efecto decisivo sobre la cancillería imperial, la que se basaría, más bien, en los informes y exposiciones del ministro de Finanzas y el Gran Estado Mayor. En el informe que Justo había presentado en nombre de su rey Agripa a la Sección Oriental de la Cancillería, se trataba el aspecto jurídico del caso de Cesarea, apoyándose en el ejemplo de Alejandría, donde Roma puso fin a las maniobras de los enemigos de los judíos. Sin embargo, temía que el ministro Talas, antisemita por añadidura y sobornado probablemente por los griegos de Cesarea, favoreciese, a pesar de todos los argumentos jurídicos, las pretensiones de la población no judía, amparándose, por desgracia, en el punto de vista de la política general de Roma en Oriente.

Justo se había erguido en el diván y discurría con una lógica enérgica y persuasiva. Josef lo escuchaba, reclinado en el suyo con las manos bajo la nuca. Súbitamente se incorporó, e inclinándose por encima de la mesa, se acercó a Justo y le dijo en tono hostil:

—No es verdad que tenga carácter político el asunto de los mártires de Tibur. Es una cuestión de justicia, de solidaridad humana. Yo he venido aquí sólo para que se haga justicia a mis patrocinados. Desde que estoy en Roma clamo a todos justicia. Es mi voluntad de justicia lo que ha persuadido a la emperatriz.

Regino movía la cabezota de un lado al otro contemplando ora el rostro delgado y pálido de Josef, ora el rostro igualmente delgado, de tez amarillenta, de Justo.

—¿Sabéis, señores— dijo con una nota sentimental en su voz sonora y grave, —que vosotros os parecéis?

A ambos sorprendió la observación. Se miraron y pensaron que lo que el joyero decía era cierto. Se odiaban.

—Yo puedo deciros en confianza, señores míos— prosiguió Regino, —que vosotros discutís sobre un asunto que está ya resuelto. —Sí— agregó, mirándolos fijamente, —la suerte de Cesarea está echada. Podrá pasar algún tiempo antes de la publicación del edicto, pero ha sido ya firmado y despachado al gobernador general de Siria. Vos tenéis razón, doctor Justo, el caso de Cesarea ha sido resuelto contrariamente a los intereses de los judíos.

Los dos jóvenes miraron perplejos el rostro soñoliento de Claudio. Fue tan grande su sorpresa que olvidaron la discusión anterior.

—Es el golpe más duro que han asestado a Judea desde hace cien años— dijo Josef.

—Temo que ese edicto haga correr mucha sangre— observó Justo.

—Haced lo posible, doctor Josef— agregó Regino, —para que los judíos se mantengan juiciosos.

—Es fácil decirlo en Roma— repuso Josef, amargamente. Se sentía agobiado, vacío, sin fuerzas. Ese hombre grueso y antipático le había causado tanta aflicción al darle la noticia que sólo se le ocurría pensar en cuán grotescos resultaban ahora él y la empresa encomendada. Naturalmente, su rival había acertado, y todos sus planes se habían convertido en humo.

—Por otra parte— dijo Claudio Regino —quiero publicar vuestro memorial ahora, doctor Justo, antes de que el edicto se haga público. —Es necesario que vos lo escuchéis— agregó, volviéndose a Josef, insistente: —Es una pequeña obra maestra.

Pidió a Justo que leyera en voz alta un capítulo. Aunque deprimido, Josef prestó atención y se sintió cautivado. Evidentemente su lamentable estilo patético nunca habría podido competir con el de ese texto hermoso y preciso.

Decidió renunciar y regresar a Jerusalén. Aceptaría un modesto cargo al servicio del Templo. Durmió mal esa noche, y a la mañana siguiente sentía todavía un peso sobre el corazón. Comió poco y sin apetito, y no acudió a la cita que había concertado con la joven Lucila. Deseó no haber viajado nunca a Roma, no haber salido de Jerusalén, ni saber nada de las horribles y amenazadoras

maquinaciones que se tramaban en la capital contra su patria. Conocía muy bien la ciudad de Cesarea, su puerto, el gran barrio de los almacenes, las sinagogas, las tiendas y los prostíbulos. Hasta los edificios construidos por los romanos, aunque estuviese prohibido su acceso, la residencia del gobernador y las estatuas colosales de la diosa Roma y del primer emperador, contribuían a la mayor gloria de Judea, mientras la ciudad estuviese administrada por judíos. Pero si caía en manos de griegos y romanos todo se invertiría y los judíos de toda Judea, y también los de Jerusalén, no serían admitidos en su propio país. Estos pensamientos lo llenaban de tristeza y de cólera. Sentía como si le faltara el suelo bajo los pies. Estuvo a punto de caer enfermo.

Sin embargo, cuando Demetrio Libán le anunció solemnemente que había decidido interpretar el papel del judío Apella con el propósito de que los tres mártires de Tibur pudiesen recuperar la libertad, Josef volvió a resplandecer con la despreocupada alegría de su primer éxito. Los judíos de Roma recibieron la noticia con más indulgencia de la que hiciera prever la oposición que algunos manifestaron al principio. Era invierno y la representación no podía hacerse ante un público numeroso sino en el pequeño teatro privado de los jardines imperiales. Sólo protestó el viejo Aarón, quien maldijo la decisión impía del cómico y las costumbres infames de la nueva generación.

El judío Apella fue la primera comedia popular cantada que se representó en el teatro privado del emperador. La sala tenía sólo capacidad para un millar de personas, y entre los miembros de la alta sociedad romana hubo muchos que envidiaron a los favorecidos con una invitación para el estreno. Todos los ministros estaban presentes, entre ellos el desmedrado Talas, el obeso y amable Junio Thrax, ministro de Ruegos y Reclamaciones, y el comandante de la guardia, Tigellino. Se encontraba también la vivaz y alegre sacerdotisa mayor de las vestales y, por supuesto, no se olvidó a Claudio Regino. Los judíos eran poco numerosos: estaba el elegante Julián Alf, presidente del clan Velia y su hijo, y con mucho esfuerzo Josef había conseguido que Cayo Barzaarone y la joven Irene también recibiesen una invitación.

Se descorrió la cortina. En el escenario apareció el judío Apella, hombre de mediana edad, cuya larga barba puntiaguda comenzaba a encanecer. Vivía en una ciudad de la provincia de Judea. Su casa era muy pequeña: él, su mujer y sus numerosos hijos ocupaban una sola habitación. Los grandes señores de Jerusalén le quitaban la mitad de su modesta ganancia, y los romanos de Cesarea la mitad de lo que le quedaba. Cuando su mujer murió, Apella se expatrió. Se llevó el pequeño rollo con la profesión de fe, que había estado clavado en el marco de su puerta; sus filacterias, su hornillo para la comida sabática y sus candelabros. Partieron con él sus numerosos hijos y su Dios invisible. Se dirigió a Oriente y llegó al país de los partos. Allí construyó una pequeña casa, aseguró al marco de la puerta el pequeño rollo con la profesión de fe, se enrolló las filacterias a la cabeza y al brazo, y se instaló con el rostro mirando hacia el oeste, hacia Jerusalén donde está el Templo, para decir sus oraciones. Se alimentaba escasamente, ganaba el pan con esfuerzo pero le bastaba y hasta enviaba pequeñas ofrendas al Templo de Jerusalén. Pero he aquí que llegan los once payasos, los partos, quienes comienzan a burlarse de él. Arrancan de la puerta el pequeño rollo, cogen sus filacterias, escudriñan en su interior y encuentran allí pergaminos cubiertos de escrituras que les causan risa y se burlan de los cómicos dioses del judío. Quieren obligarlo a venerar a sus propias divinidades, el claro Ormuz y el sombrío Arimán, y como el hombre se niega le tiran un buen rato de la barba y de los cabellos, hasta que el infeliz cae de rodillas, lo que también les resulta muy gracioso. Él no reconoce a sus dioses visibles y los otros no admiten a su Dios invisible. Los payasos le quitan el poco dinero que ha podido economizar, para adornar los altares de sus divinidades, y matan a tres de sus siete hijos. Apella los entierra, da vueltas en círculo alrededor de las tres pequeñas tumbas, se sienta y entona un viejo cántico: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos; también lloramos acordándonos de Sión», y tanto sus movimientos como su extraño balanceo tienen algo de grotesco y de lúgubre. Después se lava las manos y vuelve a emigrar. Esta vez hacia el sur, a Egipto. Abandona la pequeña casa que se había construido, y no se lleva otra cosa que las filacterias, el hornillo, el candelabro y los hijos que le quedan. Se construye otra pequeña

casa, vuelve a casarse, pasan los años, sigue trabajando para ganarse el sustento, vuelve a casarse y otros cuatro hijos remplazan a sus tres hijos degollados. Para rezar vuelve ahora la cabeza hacia el norte, donde están Jerusalén y el Templo, y no olvida enviar cada año su ofrenda al país de Israel. Pero en el sur sus enemigos tampoco lo dejan en paz. Los once payasos reaparecen —esta vez son egipcios— exigiéndole que venere a sus dioses: Isis, Osiris, el Toro, el Carnero y el Gavilán. Se presenta entonces el gobernador romano, quien les ordena retirarse. Los once payasos quedan muy graciosos cuando se retiran decepcionados. Pero el judío Apella es todavía más cómico cuando manifiesta su alegría triunfal. Vuelve a mecerse con el vaivén prodigioso de su cuerpo enflaquecido, pero esta vez danza ante Dios, ante el cofre que contiene los Libros Sagrados. Alza las piernas grotescamente hasta su barba descolorida; su túnica harapienta se hincha y ondea, y con la mano huesuda y mugrienta golpea un tambor. En el balanceo, todos sus huesos crujen alabando al Dios invisible, y continúa danzando ante el cofre de los Libros como lo hiciera una vez el rey David ante el Arca de la Alianza. En la sala los grandes personajes romanos ríen estruendosamente y entre las carcajadas se distinguen nítidamente los estridentes estallidos de risa del ministro Talas. Pero casi todos los espectadores se sienten un poco desconcertados y entre los judíos algunos miran con recelo y temor al hombre que salta, danza y se balancea en el escenario. Piensan en la actitud litúrgica de los levitas, instalados en las gradas del Templo, con sus trompetas de plata en la mano, y en el Sumo Sacerdote, digno y solemne, engalanado con las sagradas vestiduras y las joyas rituales, avanzando al encuentro de Dios. ¿Acaso es un sacrilegio lo que representa este hombre en el escenario?

Finalmente, al gobernador romano le resulta imposible seguir protegiendo al judío. En efecto, los egipcios son muchos, los once payasos se han multiplicado por once e infiltran calumnias en los oídos del emperador. Ejecutan danzas burlescas, pinchan, pellizcan, lanzan pequeñas flechas mortales, hasta que abaten a otros tres hijos de Apella, y también a su mujer. El judío emigra otra vez con su rollo, sus filacterias, su hornillo, su candelabro, sus hijos y su Dios invisible. Esta vez va a Roma. Las alusiones se hacen cada

vez más directas. Los payasos no se atreven a atacar a Apella en un primer momento y permanecen en el fondo del escenario. Luego trepan, saltan como monos al techo de la casa, penetran en ella, rebuscan en el rollo y en el hornillo. Parodian los rezos que Apella realiza mirando hacia el este, donde se levantan Jerusalén y su Templo. Los once payasos principales llevan ahora máscaras en las que se reconocen fácilmente los rasgos del ministro Talas, del gran jurista del Senado Casio Longino, del filósofo Séneca y de otros influyentes enemigos de los judíos. Pero no pueden hacer nada contra Apella, a quien protegen el emperador y la emperatriz. Pacientemente esperan una oportunidad y pronto la ansiada ocasión se presenta. Apella se casa con una romana liberta. Los payasos descubren que la mujer es vulnerable y hablan en secreto con ella, envenenando su corazón. Cantan algunas cancioncillas extremadamente malintencionadas contra el circunciso, aludiendo al ajo y su hedor, a su aliento cuando ayuna y a su hornillo. Las cosas llegan a tal extremo que su mujer también se burla del judío, en presencia de sus hijos, por lo que él la echa de la casa y se queda solo con sus vástagos y su Dios invisible, bajo la protección del emperador romano. Balanceándose frenéticamente, vuelve a entonar resignadamente el antiguo canto: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentarnos: también lloramos acordándonos de Sión», y, desde lejos, los once payasos lo remedan en voz baja.

Finalizada la obra, los espectadores vacilaban entre mostrarse divertidos o aparentar tristeza. Todos miraron hacia el estrado imperial. La emperatriz, con su claro timbre infantil, perfectamente audible en toda la sala, dijo que ninguna otra obra moderna le había interesado tanto. Felicitó al senador Marullo, quien negó con falsa modestia ser el autor del texto. El emperador, por su parte, se mantuvo reservado: su profesor de literatura, Séneca, le había predicado tanto las bellezas de la tradición, que no sabía qué opinar de la nueva técnica expuesta en la pieza. Era un hombre joven, rubio, de expresión inteligente y un poco engreído. Examinaba con cierto aire ausente a los espectadores, que no se atrevían a retirarse antes de que él les hiciera alguna indicación al respecto. Los judíos presentes en la sala se sentían incómodos. Claudio Regino tuvo que inclinarse resoplando para volver a atar los cordones de sus

sandalias, y cuando alguien le preguntó qué opinaba de la obra balbuceó algunas frases incomprensibles. Josef se debatía entre la indignación y la admiración. Se sentía afectado por el realismo agresivo y chirriante con que había sido representado el judío. No podía soportar que se mezclara irreverentemente la ridiculez y la desgracia de la vida de Apella. La mayor parte de los espectadores pensaban como él; estaban cavilosos y descontentos. Los judíos sentían gran preocupación y no podían ocultarla. Sólo el ministro Talas se mostraba verdaderamente feliz.

El emperador mandó llamar a su palco a Josef y al ministro de Justicia y les dijo, con expresión pensativa, que estaba ansioso por saber cómo recibirían los judíos la noticia de cierta decisión oficial. La emperatriz informó a Josef, al retirarse, que los tres presos serían puestos en libertad a la mañana siguiente.

En efecto, al amanecer los tres mártires fueron liberados. En la villa de Tibur, en la casa de campo de Julián Alf, presidente de la comunidad de Velia, recibieron un baño bajo la vigilancia de un médico, alimentos y vestidos. Luego se los introdujo en la carroza de Julián Alf. En el camino, desde Tibur hasta Roma, se habían formado grupos de judíos que al paso de la carroza precedida por heraldos y escoltada por un numeroso séquito, pronunciaron la bendición prescrita para los que han escapado de un peligro y vitorearon a los tres mártires.

—Benditos los que vienen. La paz sea con vosotros, señores y doctores.

Junto a la puerta de Tibur se había reunido una enorme muchedumbre. En el espacio permitido por la policía y los soldados, los presidentes de las cinco congregaciones judías esperaban a los ancianos, en compañía del secretario de Estado Polibio, del ministro de Ruegos y, Reclamaciones, de un maestro de ceremonias de la emperatriz y en un sitio muy destacado, el escritor Josef ben Matatías, delegado del Gran Consejo de Jerusalén, y el actor Demetrio Libán. Este, naturalmente, fue quien más atrajo la atención, aunque sin menguar el interés con que romanos y judíos observaban al elegante joven de esbelta figura, cuyo rostro delgado, su nariz llamativa y sus ardientes y vivaces ojos, se señalaban diciendo: «Ahí está el doctor Josef ben Matatías: gracias a él se ha

logrado la liberación de los presos». Josef vivió un día triunfal. Su aspecto serio y digno aunque juvenil y apasionado, y su porte elegante no desmerecían ni siquiera al lado de Demetrio Libán.

Finalmente llegaron los tres héroes. Se les ayudó a bajar de la carroza que los había transportado. Estaban extremadamente débiles y sus cuerpos se mecían con un extraño movimiento maquinal. Miraban a la multitud apiñada y sus blancos ropajes festivos, sin percibirlos con claridad. No comprendían nada de los discursos del homenaje. Los asistentes los señalaban impresionados por sus cabezas rapadas, la letra marcada a fuego en la frente, las heridas producidas por los grilletes en los tobillos. Muchos lloraron.

En un momento determinado el actor Demetrio Libán se hincó de rodillas, hundió la cabeza en el polvo del suelo y besó llorando los pies de esos hombres que habían sufrido por Yahvé y por la Tierra de Israel. Aunque el público asociaba su presencia a las parodias que él acostumbraba representar, en esa ocasión a nadie le pareció divertida la demostración de respeto que el cómico brindó a los tres mártires.

El sábado siguiente se celebró un solemne servicio religioso en la sinagoga de Agripa. El mayor de los tres ancianos leyó el primer versículo del pasaje de las Escrituras correspondiente a ese día. Las palabras brotaron de manera penosa de su garganta. El vasto santuario estaba repleto de hombres hasta en los más ocultos rincones, y otros grupos formaban masas compactas y silenciosas a lo largo de la ruta. Acabada la lectura, Josef fue invitado a mostrar el rollo de la Torá. Su expresión circunspecta y su figura apuesta destacaban sobre la tarima. Alzó el rollo en el aire con ambas manos, se volvió a fin de que todos pudiesen verlo, y sus ojos chispeantes recorrieron la innumerable concurrencia. Las miradas de los judíos de Roma se dirigieron unánimes hacia el rostro resplandeciente del joven sacerdote, que les presentaba el texto de las Sagradas Escrituras.

En el transcurso de ese invierno los tres mártires fueron honrados en varias ocasiones. Recuperaron poco a poco la salud, sus cuerpos descarnados ganaron vigor, algunos pocos cabellos les cubrieron el cráneo rapado e incluso, gracias a la receta de Escribón

Largo, se les borraron las cicatrices de los grilletes. Los llevaban de una comunidad a la otra, de la casa de un judío influyente a la de otro igualmente importante. Ellos aceptaban esos honores sin envanecerse, como un homenaje debido.

Poco a poco, a medida que sus fuerzas se restablecían, empezaron a hablar. Entonces se pudo comprobar que los tres eran unos ancianos pendencieros, celosos y gruñones. A su modo de ver, nadie demostraba bastante devoción ni satisfacía debidamente los mandamientos. Disputaban entre ellos y con todo el mundo, iban de un lado al otro entre los judíos de Roma, como si se encontrasen en Jerusalén y como si sus correligionarios fueran sus subordinados. Daban órdenes y decretaban prohibiciones. Julián Alf intentó hacerles comprender, con amable firmeza, que su sinagoga de Velia no se hallaba sometida a su autoridad eclesiástica. Ellos lo maldijeron, quisieron excomulgarlo y declarar contra él el repudio general. En suma, todos se sintieron aliviados cuando se reanudó la navegación y los tres hombres pudieron embarcar en Pozzuoli con destino a Judea.

Josef había cumplido su misión. Sin embargo se quedó en Roma un tiempo más. Ahora comprendía el motivo que lo había llevado a la ciudad: deseaba conquistarla. Cada vez se hacía más acuciante su deseo de emprender el camino que había elegido. Quería escribir. La lucha liberadora de los Macabeos contra los griegos era un tema importante que lo atraía desde sus primeras lecturas de los antiguos libros que narraban la historia de su patria. Estaba convencido de que el impulso que lo había llevado a Roma se vinculaba con su idea de que la ciudad ya estaba madura para recibir la sabiduría y el misterio de Oriente y que su cometido era presentar al mundo ese fragmento heroico y patético del pasado de su pueblo, y ello que la Tierra de Israel estaba predestinada a ser la sede de Dios.

No comentó con nadie su propósito. Aparentemente, su vida era la de un hombre joven de clase alta. Pero todo lo que veía, oía y sentía lo relacionaba con su obra. ¿Por qué se juzgaba imposible comprender a la vez a Oriente y a Occidente? ¿Por qué no arriesgarse a presentar la historia de los Macabeos, sus creencias y sus hazañas con el estilo escueto y sencillo que preconizaban las

últimas teorías de los jóvenes literatos? Se entregaba a los libros antiguos, a los mártires del pasado, que fueron al sacrificio en aras de los mandamientos de Yahvé, y a la vez vivía el ambiente del Foro, entre la gente que pululaba en la columnata de Livia o en el Campo de Marte, en los baños públicos y en el teatro, empapándose del intenso fragor y «la técnica» de esa ciudad de Roma, tan amada y odiada por sus habitantes. Josef ya había sucumbido completamente a su seducción cuando se le presentó una ocasión de permanecer en ella para siempre.

Cayo Barzaarone creyó llegado el momento de casar a su hija frene. Influido por su esposa, había aceptado como futuro yerno al joven doctor Licino, de la sinagoga de Velia, pero en el fondo de su corazón prefería para su hija otro marido. Había observado que los ojos de la niña miraban con el entusiasmo amoroso del primer día el rostro apasionado y sensible de Josef, quien no habría tenido que decir más que una sola palabra —pues se postergaba sin cesar el matrimonio de Irene con Licino— para instalarse definitivamente en Roma como yerno del rico fabricante. La idea parecía muy atractiva pues significaba una vida fácil y cómoda, además de respetabilidad y fortuna. Pero también implicaba inactividad y ausencia de perspectivas. ¿No era un objetivo demasiado mezquino para él?

Se encerró con sus libros y se puso a preparar escrupulosamente la historia de los Macabeos, dispuesto a ceñirse a la disciplina del estudio desde los elementos básicos de las gramáticas griega y latina. Concentró su talento en los detalles más difíciles. Trabajó ahincadamente durante toda la primavera, hasta que se sintió finalmente maduro para comenzar su obra. Se produjo entonces un acontecimiento que lo conmovió profundamente.

A comienzos del verano murió de forma inesperada la emperatriz Popea. Ella había hablado a menudo de la muerte y había manifestado el deseo de morir joven, antes de marchitarse. Ahora estaba cumplido. También se satisfizo su voluntad póstuma de que su cuerpo fuese embalsamado, no incinerado, lo que demostró su afición por las costumbres orientales.

El emperador encontró el motivo propicio para celebrar una magnífica ceremonia fúnebre en su amor y su duelo. El impresionante cortejo atravesó la ciudad; iban músicos, coros y

plañideras y el interminable desfile de antepasados que recibían a la emperatriz en su morada. Para encarnarlos se habían extraído sus mascarillas de cera de los cofres sagrados, que llevaban puestas unos actores ataviados, además, con la vestimenta ceremonial de los cónsules, pretores y ministros muertos, cada uno precedido por un lictor portando el segur y los fasces. Detrás venía un segundo cortejo compuesto por bailarines e histriones que parodiaban a los personajes representados por los actores, incluso a la misma emperatriz. Demetrio Libán no había podido negar a su protectora ese último y siniestro testimonio de agradecimiento. Cuando su representación —patética y graciosa— pasó delante del grupo de judíos, éstos aullaron de dolor por su bienhechora a la vez que de admiración por el espectáculo. Seguían los sirvientes de la emperatriz y la larga procesión de esclavos, libertas y oficiales de su escolta. Detrás, cuatro senadores cargaban el cadáver de la emperatriz. Se la había sentado en un sillón, en la actitud que le había sido más habitual; de su cuerpo, embalsamado con el arte supremo de unos médicos judíos, se desprendían vapores perfumados y su vestido, sencillo como ella los prefería, había sido confeccionado con una tela audazmente transparente. La seguía el emperador, a pie, con la cabeza velada, ataviado con una toga negra muy simple, sin ninguna de las insignias de su poder. Cerraba el cortejo el senado y el pueblo romanos.

El cortejo se detuvo en el Foro, delante de la tribuna de las arengas. Los antepasados descendieron de sus carrozas y se sentaron en sillas de marfil, y el emperador pronunció la oración fúnebre. Josef veía a Popea sentada en el sillón y le parecía idéntica a como la había visto en el palacio, con sus cabellos color de ámbar y el aire un poco irónico. Cuando el emperador concluyó su poema, Roma saludó por última vez a su emperatriz. Millares de espectadores, los antepasados entre ellos, permanecieron de pie durante un minuto, con el brazo extendido y la mano abierta, ante la inmóvil Popea, sentada en su sillón.

Josef, que había evitado el encuentro con su colega Justo durante toda la ceremonia, lo buscó al final y cuando dio con él, ambos se dirigieron al Campo de Marte y pasearon bajo sus columnatas. Justo pensaba que, después de la muerte de Popea, el

ministro Talas y sus compinches no tardarían en hacer público el edicto. Josef se encogió de hombros. Siguieron caminando en silencio entre la concurrencia elegante que discurría bajo la columnata. De repente, Justo se detuvo ante la hermosa tienda de Cayo Barzaarone.

—Si despojan a los judíos de Cesarea de sus derechos, no habrá quien se oponga. Se dirá que los judíos no tienen razón en este asunto y que hasta ahora, aun cuando presentaron reclamaciones poco justificadas Roma los ha escuchado y acudido en su ayuda. ¿No han indultado, acaso, a los tres ancianos? Se dirá que Roma es generosa, y que trata a Judea benévolamente, con más consideración que a las otras provincias.

Josef palideció. ¿Tendría razón Justo? Su éxito, la liberación de los tres condenados, ¿serían inconvenientes para la suerte de los judíos en general? Pues Roma podría, gracias a la clemencia demostrada en un caso secundario, encubrir con mala fe su intransigencia en el asunto esencial. Miraba los muebles de la tienda de Cayo Barzaarone sin prestarles ninguna atención.

No hizo ningún comentario, sin embargo, y se despidió de su compañero. Lo que acababa de insinuarle Justo lo había sobresaltado: no podía ser verdad.

Reconocía haber actuado a veces impulsado por la vanidad, como cualquier mortal, pero en el caso de los tres ancianos su participación había sido sinceramente desinteresada y en absoluto motivada por el deseo de agravar la suerte de su pueblo o beneficiarse con un mezquino éxito.

Con renovado empeño, casi obsesivamente, volvió a su trabajo. Ayunó, se mortificó, juró no tocar a ninguna mujer antes de haber terminado su obra. No se permitió ningún descanso. Con los ojos cerrados, pasaba revista a los elementos con los que pensaba estructurar su libro; abría los ojos para clarificar o corregir detalles. Quería narrar para el inundo entero la historia de la portentosa guerra de liberación de su pueblo. Sufrió con el sufrimiento de los mártires y saboreó sus triunfos. Evocando a Yehuda Macabeo le parecía consagrar nuevamente el Templo junto a él. Se dejó dominar por una fe embriagadora y poderosa. Religión, liberación, victoria, todos los sentimientos elevados que le inspiraban los libros

antiguos los infundió en su obra. Se sintió como un guerrero elegido de Yahvé.

Olvidó Cesarea.

Cuando su vida recuperó el ritmo normal, volvió al mundo, cortejó a las mujeres, se sintió importante. En una ocasión leyó su libro sobre los Macabeos a un grupo selecto de jóvenes literatos que le demostraron su admiración. Lo envió al editor Claudio Regino, quien se comprometió a publicarlo inmediatamente.

Al mismo tiempo, y también editada por Regino, apareció una obra de Justo: *Sobre la idea del judaísmo*. Josef se sintió ofendido. Ni Regino ni el autor le habían comentado nada al respecto. Declaró que el libro de su rival era flojo y falto de vigor pero, en realidad, el suyo le parecía exageradamente patético y enfático, comparado con la exposición sólida, original y convincente del pensamiento de Justo. Cotejó con el suyo el retrato de éste, que adornaba su opúsculo, y releyó dos o tres veces el trabajo de su rival. Su propia obra le pareció entonces infantil e insustancial.

Sin embargo, no sólo la joven Irene, convertida ya en mujer del doctor Licino, y los lectores simpatizantes de la margen derecha del Tíber, sino también los escritores y *snobs* habituales de los baños elegantes de la margen izquierda encontraron excelente el libro de los Macabeos. Su nombre cobró fama; su relato de la guerra judía se juzgó una interesante y provechosa reconstrucción de la epopeya heroica. Los escritores jóvenes se agruparon en torno a su personalidad y comenzaron a imitarlo. Se convirtió así en creador de una escuela literaria. Las grandes familias lo invitaban a sus casas, para que les leyese fragmentos de su obra, y en la orilla derecha del Tíber se obligó a los niños a estudiarla. En cambio, el libro de Justo de Tiberíades no pareció haber causado ninguna impresión. El contable de la editorial de Claudio Regino informó a Josef que había vendido ciento noventa ejemplares del libro de Justo y cuatro mil doscientos del suyo; además eran cada día más los ejemplares de su obra que se encargaban desde todas las provincias, y en especial de Oriente. En cuanto a Justo, al parecer se había ausentado de Roma. Ocupado con su éxito, durante esos meses Josef no lo encontró en ninguna parte.

Pasó el invierno, y el comienzo de la primavera trajo una demostración efectiva del poderío romano: el triunfo —largamente preparado— de Roma sobre Oriente, soberbio preludio de la nueva expedición alejandrina. En la frontera oriental, el reino de los partos, gobernado por el rey Vologaese, única gran potencia del mundo conocido fuera de Roma, acababa de renunciar al dominio sobre Armenia, fatigado por una guerra prolongada. El mismo emperador en persona había clausurado solemnemente el templo de Jano para indicar que la paz reinaba en el mundo. Después, con imponente escenografía, celebró esta primera victoria sobre el territorio de Oriente que anhelaba reconquistar. Tiridato, rey de Armenia, se vio obligado a recibir de su mano la corona y la investidura como una graciosa concesión. Su viaje duró largos meses. Se hizo acompañar por una numerosa escolta de caballeros y llevó suntuosos presentes, oro y mirra, para rendir homenaje al emperador romano. Éste fue el motivo de que se difundiera entonces por todo Oriente la leyenda de los tres reyes que se pusieron en camino para adorar la estrella que brillaba en el cielo de poniente. Mientras tanto, el ministro romano de Finanzas estaba abrumado por la responsabilidad de tener que hacer frente a los gastos ocasionados por el despliegue fastuoso que, naturalmente, se hacía a costa del tesoro imperial.

Cuando el cortejo del rey Tiridato entró, por fin, en Italia, se invitó por medio de una proclama al senado y al pueblo romanos a asistir al homenaje que Oriente rendiría al emperador. A lo largo del camino donde las tropas de la guardia imperial habían sido dispuestas en formación de parada, se agruparon los curiosos. El rey cabalgó flanqueado por las filas de soldados, ataviado con el traje típico de su país, la tiara ciñéndole la frente y el corto sable persa en la cintura (el arma, sólidamente clavada a la vaina, se había vuelto inofensiva). Así entró en el Foro. Subió al estrado donde se encontraba el emperador en el trono y se prosternó con la frente en tierra. Nerón le quitó la tiara y le puso en su lugar la diadema. Las tropas inmediatamente hicieron sonar las lanzas, golpeando con ellas los escudos y exclamaron a coro lo que habían ejercitado durante largos días:

—¡Ave, César, soberano, emperador, dios!

En una tribuna de la Vía Sacra asistían al espectáculo los huéspedes de honor venidos de las provincias, entre ellos Josef. Con profunda emoción vio a Tiridato humillarse y manifestar su sometimiento. La lucha entre Oriente y Occidente se remontaba a la más remota antigüedad: los persas lograron contener el empuje de Occidente pero, más tarde, Alejandro impuso el repliegue a Oriente por espacio de varios siglos. No obstante, no hacía más de cien años que Oriente había dado muestras de recuperación, al abatir con sus armas a un poderoso ejército romano. Sucediera lo que sucediese, Josef que, por otra parte, estaba convencido de su superioridad intelectual, alentaba la esperanza que inflamaba por entonces el corazón de los judíos: en Oriente aparecería el Mesías, que haría de Jerusalén el centro del mundo, según lo habían anunciado los profetas. Pero ese día Josef fue testigo de la humillación de un oriental, del sometimiento a Roma de Tiridato, hermano del más poderoso rey de Oriente. El reino de los partos estaba demasiado lejos, las expediciones militares habían chocado con dificultades insuperables: aún era posible encontrar en los caminos a algún descendiente de los vencedores del general Craso y de su ejército. Y, sin embargo, los partos acababan de firmar el lamentable acuerdo, y un príncipe parto había tolerado que clavaran su sable a la vaina, con tal de conservar —al menos— una relativa autonomía y retener una corona que, después de todo era prestada. Si el parto poderoso se contentaba con ello, ¿no sería una locura creer que la pequeña Judea podría medirse algún día con el poderío romano? Judea estaba más próxima y, por otra parte, hacía más de un siglo que Roma había establecido allí su propia administración militar. Pensándolo bien, lo que los «Vengadores de Israel» alegaban en la Sala Azul era un auténtico delirio, Judea acabaría por someterse como otras naciones de Oriente. Dios estaba en Italia, el mundo era romano.

De pronto, Justo apareció a su lado.

—El rey Tiridato— dijo —hace mala figura al lado de vuestros Macabeos, doctor Josef.

Josef contempló al recién llegado: su expresión era escéptica y algo amargada. Parecía mayor que Josef, aunque no lo era en

realidad. ¿Estaría burlándose de él? Y si no se burlaba, ¿qué querían decir sus palabras?

—Soy de la opinión— repuso Josef —que una espada claveteada a la vaina es menos simpática que una hoja de acero desnuda.

—Pero en muchos casos— replicó Justo —es más juiciosa, y tal vez más heroica. Os digo seriamente— prosiguió —que es una lástima que un hombre de vuestras dotes se haya convertido en un ser tan pernicioso.

—¿Pernicioso yo?— exclamó Josef con indignación. Le enfurecía comprobar que alguien podía mencionar sin tapujos los reproches que le atormentaban secretamente en sus vigilias nocturnas. —Mi libro sobre los Macabeos ha demostrado a Roma que siempre seremos judíos, nunca romanos. ¿Es ello pernicioso?

—¿Acaso el emperador retirará por esa razón su firma del edicto sobre Cesarea?— preguntó Justo suavemente.

—El edicto no es aún oficial— repuso Josef irritado. —«Hay personas— dijo citando una frase célebre —que dicen conocer lo que Júpiter murmura a oídos de Juno.»

—Me temo— opinó Justo —que cuando Roma haya terminado con los partos, no tardaréis mucho en ver aparecer el edicto.

Sentados en la tribuna, veían desfilar a la caballería en uniforme de parada, en actitud serena. La multitud aplaudía y los oficiales miraban orgullosamente hacia delante.

—Os convendría dejar de ilusionaros— prosiguió Justo, casi desdeñosamente. —¡Oh, ya! Habéis escrito el relato clásico de la guerra de nuestra independencia. Sois, por tanto el Tito Livio judío. Pero advertid que cuando nuestros griegos de hoy leen la historia de las hazañas de Leónidas, disfrutan de un placer inofensivo y puramente intelectual. En cambio, cuando nuestros «Vengadores de Israel» leen vuestra historia de los Macabeos, sus ojos se encienden y tientan las armas. ¿Creéis que esto es deseable?

En aquel momento pasó delante de ellos el bárbaro de la espada claveteada. Todos los espectadores de la tribuna se pusieron de pie y el pueblo lanzó gritos frenéticos.

—Hemos sido definitivamente despojados de Cesarea— continuó Justo, —y en cierta medida vos habéis hecho más fácil la

tarea a los romanos. ¿Vais a continuar dándoles pretextos, a fin de hacer también de Jerusalén una ciudad romana?

—¿Qué puede hacer hoy un escritor judío?— preguntó Josef. —Yo no deseo que Roma absorba a Judea.

—Un escritor judío debe reconocer ante todo que ya no es ni con el oro ni con el hierro como se podrá transformar el mundo.

—También el oro y el hierro se convierten en espíritu cuando se los emplea para fines espirituales.

—Bella frase para vuestros libros, Tito Livio— observó Justo irónicamente, —cuando os falten temas para vuestras narraciones.

—¿Qué debe hacer Judea, si no quiere desaparecer? Los Macabeos vencieron porque estaban dispuestos a morir por su fe y por sus ideas.

—Yo no creo que tenga ningún sentido morir por una idea y desde luego morir por una convicción es una hazaña para guerreros. La misión del escritor es lograr que sus creencias sean compartidas. No creo que el Dios invisible de Jerusalén sea hoy tan fácil de satisfacer como vuestros Macabeos, ni me parece que se logre demasiado muriendo por Él. Pide mucho más. Es tremendamente difícil construir la morada invisible de ese Dios invisible. En todo caso, no es tan simple como vos parecéis figuraros, doctor Josef. Probablemente vuestro libro haga penetrar un poco del espíritu romano en Judea, pero con toda seguridad no logrará incorporar nada de la mentalidad judía en Roma.

Esa conversación preocupó a Josef más de lo que hubiera querido. En vano intentó tranquilizarse, atribuyendo a la envidia las palabras de su rival, cuyos libros no habían obtenido un éxito comparable al de los suyos. Los reproches de Justo quedaron grabados en su memoria. Releyó el libro de los Macabeos, invocó a los más sagrados sentimientos, recordó las noches solitarias cuando escribía su obra. ¡Inútil! Debía olvidarse de Justo.

Resolvió tomar el caso de Cesarea como elemento de prueba. Desde hacía un año se amenazaba con ese absurdo edicto como si fuera un espantajo, sin una base real; para rebatirle, Justo hacía hincapié en la historia de Cesarea que, según él, confirmaba sus juicios. Por tanto, si el futuro de la ciudad evolucionaba en perjuicio de los judíos él estaba dispuesto a inclinarse y reconocer su error.

Ésa sería la demostración de que estaba equivocado, que su libro de los Macabeos no se había inspirado en el verdadero espíritu judío, que Justo era el gran hombre y que él no era otra cosa que un pobre advenedizo lleno de vanidad. Vivió largos días de espera torturante. Finalmente, no pudiendo soportar más tanta angustia, decidió recurrir a sus dados—peonza: si el punto era bueno, significaría que la decisión favorecería a los judíos. Los hizo rodar: el punto fue malo. Una segunda vez: el mismo resultado. Una tercera: tuvo suerte pero, de repente, se detuvo alarmado al comprobar que, inadvertidamente, había utilizado el dado aplastado en uno de los vértices.

Como en otras ocasiones, ese día deseó regresar a Judea. La había alejado demasiado de su mente durante los dieciocho meses de su estancia en Roma. Casi no la recordaba. Debía regresar para renovar sus fuerzas.

Preparó su partida apresuradamente. La mitad de la población judía de Roma se reunió en la puerta de las Tres Calles, desde donde debía partir el carruaje que lo conduciría a Ostia. Tres personas lo acompañaron al puerto: Irene, la esposa del doctor Licino; el actor Demetrio Libán y el escritor Justo de Tiberíades.

Durante el trayecto, Demetrio evocó el día en que él también tomaría el camino de Sión, para siempre. Dijo que no esperaría mucho tiempo: trabajaría unos siete u ocho años más y luego, por fin, vería Jerusalén. Soñaba con el Templo que dominaba —deslumbrante— la ciudad, con sus tenazas inmensas y sus salas blancas y doradas. Soñaba con el tejido más maravilloso del mundo, el velo tornasolado que cubría el Sancta Sanctórum. Conocía los menores detalles del recinto, mejor probablemente que muchos de los que lo habían visto directamente. ¡Tantas veces había pedido que se lo describieran!

Así llegaron al puerto de Ostia. El cuadrante solar marcaba la hora octava. Josef calculó con minuciosidad infantil los días que había permanecido en Roma: hacía exactamente un año, siete meses, doce días y cuatro horas que había partido de Judea. Durante ese tiempo, en más de una ocasión sintió necesidad física de estar en Jerusalén. Habría querido soplar las velas del navío para acelerar su marcha.

Los tres amigos permanecieron en el muelle: Irene, silenciosa y calma; Justo, irónico y triste; Demetrio, en cambio, inclinándose hacia delante hizo un amplio gesto y extendió el brazo con la mano abierta. Más que un adiós a Josef era un saludo al país lejano y venerado.

Los hombres desaparecieron. Ostia, Roma, Italia se desvanecieron. Josef estaba en alta mar. Iba rumbo a Judea.

En el mismo barco viajaba el correo secreto, que llevaba al gobernador de Judea la orden de anunciar al pueblo judío el decreto imperial, concerniente al estatuto electoral.

LIBRO SEGUNDO GALILEA

EL día 13 de mayo, a las nueve de la mañana, el gobernador Gesio Floro convocó al prefecto de Cesarea y le comunicó el contenido del decreto imperial por el que se despojaba a los judíos de toda autoridad sobre la capital de la provincia. A las diez, el edicto fue proclamado por el heraldo del gobierno, desde la elevada tribuna de las arengas, en el Gran Foro. En los talleres de los hermanos Jacinto se fundía ya en bronce el texto del decreto, a fin de conservarlo para siempre inalterable en los archivos del Estado.

La población grecorromana manifestó su alegría en forma extraordinaria. Se decoraron con guirnaldas las estatuas colosales erigidas a la entrada del puerto, las columnas coronadas con las efigies de la diosa Roma y del fundador de la monarquía, y los bustos del emperador reinante, que aparecían en todos los cruces de las calles. Músicos y coristas recorrieron la ciudad, ejecutando himnos festivos. En el puerto se distribuyó vino gratuitamente, y a los esclavos se les concedió un día de asueto.

Pero en los barrios judíos las casas, siempre tan ruidosas, parecían ahora tristes y vacías y las tiendas permanecían cerradas. El temor al *pogrom* pesaba, aplastante, en las calles colmadas de sol.

El día siguiente fue sábado. Cuando los judíos se dispusieron a entrar en la gran sinagoga vieron delante de la puerta a un centurión griego con su tropa, a punto de ofrecer un sacrificio de aves. A menudo los leprosos celebraban sacrificios de esa especie, y por este motivo la injuria que con más saña se divulgaba contra los judíos de Asia Menor era la de afirmar que descendían de leprosos egipcios. Los servidores de la sinagoga propusieron a los griegos que buscaran otro lugar para su ceremonia, pero ellos replicaron que había pasado el tiempo en que los judíos de Cesarea tenían el derecho de abrir la boca. Los judíos recurrieron entonces a los guardias, pero éstos adujeron que no podían actuar sin autorización superior. Algunos judíos exaltados, incapaces de tolerar más tiempo

en silencio la ceremonia impía, trataron de arrebatar a los griegos el recipiente de los sacrificios. Relucieron cuchillos y puñales y ya había muertos y heridos cuando intervinieron las tropas romanas, que detuvieron a algunos judíos, acusándolos de alterar el orden público y requisaron los vasos sagrados de los griegos. Por aquellos días los judíos ricos huyeron de Cesarea, llevándose su dinero, después de ocultar en sitio seguro los rollos de las Sagradas Escrituras.

Los incidentes de Cesarea, más el edicto y sus consecuencias, trajeron aparejado un recrudecimiento vigoroso de la guerra de guerrillas que hacía cien años Judea mantenía contra el protectorado de Roma. Hasta entonces, al menos en Jerusalén, los dos partidos de orden, los aristocráticos «Leales a pesar de todo» y los burgueses «Verdaderos creyentes», habían logrado evitar los actos de violencia contra los romanos, pero una vez promulgado el edicto de Cesarea, un tercer partido cobró supremacía, el de los «Vengadores de Israel».

Muchos adictos a los «Verdaderos creyentes» se pasaron a sus filas, entre ellos el doctor Eleazar ben Simeón, jefe de la administración del Templo. Por todas partes se veía la palabra «Macabi», es decir las iniciales de la frase hebraica: «¿Quién es como vos, oh, Señor?», utilizada como palabra de orden del levantamiento. En Galilea reapareció el agitador Nahúm, hijo de Yehuda, el jefe patriota ejecutado por los romanos, de quien se decía que había muerto como su padre. Había permanecido oculto durante diez años en un lugar desconocido y ahora irrumpía en las ciudades y aldeas del norte de la provincia, donde las multitudes se precipitaban a su encuentro. «¿Qué esperáis todavía?», preguntaba con exaltada y fanática convicción a sus partidarios, que escuchaban silenciosos: «La sola presencia de los incircuncisos mancha vuestro país; sus legiones humillan desvergonzadamente el suelo del Templo y sus instrumentos perturban con sus sones abominables la música sagrada. Vosotros sois el pueblo elegido para servir a Yahvé: no podéis adorar a César, que se alimenta de cerdos. Pensad en los grandes devotos del Señor, en Pinhas, en Elías, en Yehuda Macabeo. ¿O acaso vuestros explotadores no os han explotado todavía bastante? ¿Debéis dejar, además, que los

extranjeros roben los beneficios que os ha reservado Yahvé y organicen en vuestra tierra combates de gladiadores y cacerías de fieras? No os dejéis intimidar por la cobardía de los «Verdaderos creyentes»; no os prosternéis ante la codicia de los «Leales a pesar de todo», que acarician la mano del opresor porque ella protege sus bolsas de oro. El tiempo ha llegado, está próximo el reino de los cielos donde el pobre valdrá tanto como el tripón. Ha nacido el Mesías y sólo espera para mostrarse que vosotros os levantéis. ¡Exterminad a los cobardes del Gran Consejo de Jerusalén! ¡Exterminad a los romanos!»

Las bandas armadas de los «Vengadores de Israel», supuestamente extinguidas, resurgieron en todo el país. En Jerusalén se produjeron manifestaciones violentas. Si los romanos se aventuraban a circular sin escolta militar por las rutas provinciales, eran atacados y retenidos en condición de rehenes y si la administración imperial de las finanzas se quejaba de tener dificultades para cobrar puntualmente los impuestos, jóvenes partidarios de los «Vengadores de Israel» recorrían las calles con sendas alcancías, pidiendo caridad a los transeúntes: «Dad una limosna por amor de Dios al pobre y desdichado gobernador».

Gesio Floro resolvió proceder con energía y exigió la entrega de los agitadores. Las autoridades locales declararon que era imposible descubrirlos. El gobernador hizo allanar casa por casa, el Mercado Alto y las calles adyacentes, donde se presumía que podía encontrarse el cuartel general de los «Vengadores». Rápidamente las pesquisas se convirtieron en saqueo. Los judíos se defendieron, usaron sus armas atacando desde las azoteas y hubo muertos también entre los romanos. El gobernador resolvió declarar el estado de sitio y, amparándose en esa situación, los soldados enfurecidos arrastraron a inocentes y culpables indiscriminadamente, a la corte marcial. Bastaba la sospecha de pertenecer a los «Vengadores de Israel» para que se efectuara una detención. Abundaron las condenas a muerte. Según la ley no se podía ejecutar a ciudadanos romanos con otro procedimiento que con la espada; sin embargo, Gesio Floro ordenó la muerte ignominiosa en la cruz de todos los judíos condenados, incluidos los

que poseían el título de caballero y la sortija de oro, insignia de la nobleza romana de segundo orden.

En el juicio al que se sometió a dos prestigiosos miembros del Gran Consejo compareció, acompañada por una multitud silenciosa y conmovida, la princesa Berenice, hermana del rey titular Agripa. Poco tiempo antes, al sentirse gravemente enferma, había hecho un solemne voto de modestia, por lo cual, en esa ocasión, se presentó ante los oficiales de la corte marcial con los cabellos recortados y sin joyas. Era una hermosa mujer, muy estimada en Jerusalén, y bien considerada también en la corte de Roma. Su andar cadencioso era célebre en el mundo entero. Desde la frontera germánica hasta Sudán, desde Britania hasta la India, no se podía hacer de una mujer elogio más apreciado que decirle: «Camináis como la princesa Berenice». Esta gran dama se presentó, pues, humildemente descalza como las suplicantes, cubierta por un traje negro ceñido por un simple cordón, con la cabeza baja y la melena recortada. Hizo una reverencia al presidente del Tribunal y pidió se le concediera la gracia de respetar la vida de los dos sacerdotes. Los oficiales se mostraron en un principio corteses y dijeron algunas frases elegantes, pero como ella insistía en su ruego se volvieron fríos y cortantes, y finalmente casi groseros. Berenice debió entonces retirarse, humillada profundamente.

Durante cinco días, del 21 al 25 de mayo, fueron ejecutados en Jerusalén más de tres mil personas, entre ellos un millar de mujeres y niños.

La ciudad entera bramaba de furor contenido. Hasta entonces se habían incorporado a las filas de los «Vengadores» sólo campesinos y obreros, pero pronto se sumaron muchos burgueses. En todas partes se murmuraba o se declaraba abiertamente que en dos días más o quizá al día siguiente, el país entero se rebelaría contra el poder romano. El gobierno, el Colegio de los Sumos Sacerdotes y el Gran Consejo veían con inquietud el giro que tomaban las cosas. La clase alta deseaba unánimemente un entendimiento con Roma y temía una guerra. Los «Leales a pesar de todo», mayoritariamente aristócratas y personas adineradas que detentaban los principales cargos, presentían que una guerra contra Roma acarrearía infaliblemente una revolución, con lo que perderían

su poder, pues hasta entonces ellos siempre habían rechazado con suma arrogancia las discretas peticiones de mejora de los campesinos, pequeños burgueses y obreros. Los «Verdaderos creyentes», en cambio, el partido de los doctores del Templo, de los eruditos y los demócratas, a los cuales adhería la mayoría del pueblo, opinaban que sólo Dios podía restablecer la antigua independencia del Estado, y se oponían a las acciones violentas mientras los romanos siguiesen respetando la doctrina: los 613 mandamientos de Moisés.

Los dirigentes de ambos partidos suplicaron insistentemente al rey Agripa, quien se encontraba entonces en Egipto, que intermediase entre el gobierno nacional y el de Roma. Los romanos no habían concedido al rey una verdadera autoridad —excepto en Transjordania y en algunas ciudades de Galilea, y en Judea, claramente, su poder estaba limitado a la vigilancia superior del Templo— pero, de todas formas, Agripa poseía el título de rey, se consideraba el personaje más importante entre los judíos, y era muy apreciado. Rápidamente regresó Agripa a Jerusalén, a ruego de sus compatriotas, para hablar a su pueblo.

Diez mil personas acudieron a escucharlo en la gran plaza, ante el palacio de los Macabeos, sin moverse del espacio escaso que apenas los contenía. Detrás de ellos estaba el antiguo muro de la ciudad y la estrecha garganta a la que se accedía por un puente, más allá del cual se alzaba la nave occidental del Templo, blanco y dorado. La multitud saludó a su rey, abatida, ansiosa, un poco recelosa. Después, entre dos filas de oficiales que inclinaban la cabeza en señal de reverencia, salió del palacio la princesa Berenice, vestida de negro, aunque esta vez llevaba un traje de rico brocado. Orlado por la corta melena, su noble rostro delgado parecía mucho más altivo. Todos callaron cuando ella apareció, como guardan silencio los devotos que el día de luna nueva esperan la salida del astro que hasta ese momento ha estado velado por las nubes, y se regocijan al verlo resurgir. La princesa descendió lentamente la escalinata y se reunió con su hermano. Envolviendo su figura, el brocado del vestido se henchía a su paso, ampulosamente. Cuando alzó las manos hacia el pueblo, con las palmas vueltas hacia arriba, la multitud respondió a su saludo con

impetuosa veneración: «¡Sed bien venida, princesa Berenice, en nombre del Altísimo!».

El rey inició su discurso. Con frases persuasivas explicó hasta qué punto una sublevación contra los romanos ofrecía pocas probabilidades de éxito. Con elegante abandono se encogió de hombros, expresando con ese gesto cuán absurda juzgaba la empresa. ¿Acaso los otros pueblos de la tierra no habían adoptado una actitud realista? Los griegos, que en un tiempo se enfrentaron a toda Asia, y los macedonios, para quienes Alejandro el Grande echara los cimientos de un imperio mundial, ¿no habían sido obligados a obedecer por una guarnición de apenas dos mil soldados romanos? Galia contaba trescientas cinco tribus diferentes, poseía excelentes defensas naturales y su suelo producía las principales materias primas y, sin embargo, habían bastado mil doscientos hombres, contingente aproximado al número de habitantes de las ciudades del país, para contener un tímido intento de sublevación. Dos legiones imponían el orden romano en el inmenso y rico Egipto de antiquísima civilización. Para someter a los germanos, cuyo carácter era evidentemente más indómito que el de las bestias feroces, bastaban cuatro legiones, y se podía asegurar que en el territorio comprendido entre el Rin y el Danubio un viajero se sentía tan seguro como en la misma Italia.

—¿Es que sois incapaces— preguntó el rey, meneando con tristeza la cabeza —de comparar vuestra propia debilidad con el poder de Roma? Decidme, ¿dónde están vuestra flota, vuestras máquinas de guerra, vuestros recursos financieros? El mundo es romano: ¿dónde encontraréis aliados y ayuda? ¿Tal vez en los desiertos inhabitados?

El rey Agripa sermoneaba a sus súbditos judíos como si fuesen niños incapaces de razonar por sí mismos. Ni siquiera los impuestos exigidos por Roma —si se los analizaba serenamente— resultaban excesivos.

—Pensad en que sólo la ciudad de Alejandría paga en un mes una contribución superior a la de toda Judea en un año. A cambio de los impuestos, ¿Roma no os da toda suerte de privilegios? ¿No ha construido magníficas rutas y acueductos modernos? ¿No ha instalado una administración rápida y muy eficaz?— dijo con un

gesto premioso a la asamblea. —La nave está todavía en puerto. Sed prudentes, no os lancéis a través de terribles tempestades hacia un naufragio seguro.

El discurso del rey fue convincente para muchos que declararon a gritos no ser enemigos de Roma, sino únicamente del gobernador Gesio Floro. Entonces se produjo la enérgica intervención de los «Vengadores de Israel». El joven y elegante doctor Eleazar propuso con palabras altisonantes que el rey fuese el primero en firmar un ultimátum a Roma, exigiendo la deposición del gobernador. Agripa retrocedió, trató de ganar tiempo, de protegerse. Eleazar reclamaba una respuesta categórica y el rey rehusó. Cada vez fueron más las voces que gritaban: «¡La firma! ¡El ultimátum! ¡Abajo Gesio Floro!» Los ánimos se caldearon súbitamente. Se oyeron comentarios sobre un pacto que el gobernador y el rey habrían concertado con el propósito de despojar al pueblo. Algunos jóvenes decididos se abalanzaron sobre el rey, que tuvo la fortuna de retirarse sano y salvo a su palacio, protegido por su guardia. Al día siguiente, con gran amargura, abandonó la ciudad para regresar a sus provincias de la Transjordania, que le ofrecían mayor seguridad.

Ante el fracaso de los señores feudales y del gobierno los extremistas trataron por todos los medios de forzar la situación. Desde los días iniciales del imperio —hacía ya un siglo— el emperador y el senado romanos enviaban todas las semanas una víctima para el sacrificio de Yahvé y su Templo. El doctor Eleazar, como jefe del Consejo de Administración del Templo, ordenó a los sacerdotes rechazar todos los sacrificios que se hicieran en nombre del imperio. En vano el Sumo Sacerdote y su colegio suplicaron que no se provocara a la potencia protectora: Eleazar rechazó con desprecio la ofrenda imperial.

Ésa fue la voz de orden para que los pequeños burgueses, campesinos y obreros judíos se rebelasen abiertamente contra los romanos y contra sus propios señores. La guarnición romana era bastante exigua y los «Vengadores de Israel» pronto se adueñaron de todos los puntos estratégicos importantes de la ciudad. Incendiaron la tesorería, destruyeron entre exclamaciones de júbilo las listas de impuestos y los títulos de hipotecas, saquearon las villas de muchos aristócratas especialmente odiados, y sitiaron a las

tropas romanas que quedaron encerradas en el palacio de los Macabeos. Los romanos defendieron valientemente su reducto, sólidamente fortificado, pero su posición era desesperada y, cuando los judíos les prometieron la libertad si abandonaban la resistencia, aceptaron la propuesta confiadamente. Los representantes de las dos partes sellaron el pacto con un juramento y un apretón de manos, pero, una vez los sitiados hubieron depuesto las armas, los «Vengadores de Israel» se precipitaron sobre los hombres indefensos y los mataron. Los infelices no pudieron oponer resistencia ni pidieron que se les perdonase la vida; sólo se los oyó clamar al unísono: «¡El juramento! ¡El tratado!». Cada vez fueron menos y más débiles las voces, hasta que una sola gritó por última vez: «¡El juramento! ¡El tratado!» Finalmente se apagó. Esto ocurrió el 7 de septiembre, o 20 de Elul, según el calendario judío. Era un día sábado.

Apenas disipada la embriaguez de la matanza, una angustia profunda se apoderó de la ciudad. Como si confirmaran la causa del malestar, pronto llegaron noticias de que en muchas ciudades de población mixta los griegos habían atacado a los judíos. Sólo en Cesarea habían sido asesinados aquel tétrico sábado veinte mil judíos: a los restantes, el gobernador los concentró en los muelles y los sometió a la esclavitud. Los judíos, en contrapartida, devastaron los barrios griegos en las ciudades donde eran mayoría. Griegos y judíos convivían desde hacía siglos en Samaria y la frontera de Galilea. Se odiaban y despreciaban mutuamente.

Los judíos eran celosos defensores de su Dios invisible, y estaban persuadidos de que el Mesías vendría sólo por ellos; esa idea fomentaba a tal punto su orgullo que caminaban con la cabeza muy erguida, convencidos de ser el pueblo elegido. Los griegos, en cambio, se burlaban de las ideas, las supersticiones y las costumbres judías, que juzgaban obsesivas, groseras, ridículas y bárbaras respectivamente, y los dos pueblos se hacían mutuamente todo el mal posible. Desde siempre se habían producido querellas sangrientas entre ellos, pero el pillaje, el asesinato y los incendios se extendieron entonces más allá de las fronteras de Judea, dejando a su paso montañas de cadáveres insepultos.

Cuando la situación se agravó a este extremo, el superior de Gesio Floro, el gobernador general de Siria, Cestio Galo, resolvió intervenir personalmente. Él era un anciano escéptico, persuadido de que suele lamentarse más a menudo lo que se ha dejado de hacer que lo que se ha hecho. En vista de la pésima evolución de los acontecimientos, consideró que no se podía seguir demostrando debilidad; consideró imprescindible castigar severamente a Jerusalén.

En consecuencia, Cestio Galo movilizó la totalidad de la decimosegunda legión además de ocho cohortes de infantería siria, y reclamó de los estados vasallos el envío de importantes contingentes. Agripa, el rey titular de los judíos, al sentirse obligado a demostrar su fidelidad a Roma, ofreció apenas dos mil caballeros y tres cohortes de arqueros y él mismo se hizo cargo del mando de sus fuerzas. Cestio Galo estableció hasta en el menor detalle el plan de la expedición represiva, y no olvidó preparar las hogueras que anunciarían su victoria a fin de que el mismo día en que hiciese su entrada en Jerusalén, como juez y vengador, Roma recibiese la noticia.

Atacó vigorosamente por el norte el país de los amotinados; se apoderó, de acuerdo con sus planes, de la hermosa colonia de Zabulón, la arrasó y la incendió; siguiendo su plan, tomó la ciudad costera de Jope, la saqueó e incendió; hizo sufrir la misma suerte a otras ciudades; jalonó su ruta de hombres degollados y, por último, fiel a su programa, llegó el 27 de septiembre a las puertas de Jerusalén.

Pero allí tuvo que detenerse. Según sus cálculos, debía apoderarse el 5 de octubre del fuerte Antonia, y del Templo el día 20 pero, sorprendentemente, todavía el día 14 el fuerte mantenía la resistencia. «Los Vengadores de Israel» no habían vacilado en dar armas a los numerosos peregrinos llegados para la fiesta de los Tabernáculos, por lo cual la ciudad desbordaba de guerreros voluntarios. El 27 de octubre el asedio que Cestio Galo impusiera a Jerusalén cumplió un mes, y los telegrafistas esperaron en vano junto a las hogueras preparadas, preocupados por que los dispositivos no funcionasen bien, y ellos fueran castigados si ocurría algún percance. Cestio ordenó el envío de nuevos refuerzos. A

costa de sufrir importantes bajas, hizo poner todas las máquinas de guerra en posición de ataque contra los muros. Finalmente, dispuso que el 2 de noviembre se procediera al asalto definitivo, con recursos de tal entidad que no podían fracasar, de acuerdo con todas las previsiones humanas.

Los judíos se comportaron valerosamente, pero ¿qué podía hacer la valentía de un hombre enfrentada a la organización superior de Roma? ¿Qué significaba, por ejemplo, la conmovedora hazaña de tres ancianos, que el primer día de noviembre, víspera del asalto, franquearon solos los muros, con el propósito de incendiar las máquinas romanas? Los tres ancianos judíos aparecieron repentinamente en la plenitud del mediodía, ante las primeras filas romanas, ostentando la insignia de «Los Vengadores de Israel»: el brazalete de los macabeos con las iniciales de las palabras hebraicas: «¿Quiénes como vos, oh, Señor?» Al principio los romanos supusieron que serían unos parlamentarios, portadores de un mensaje de los sitiados, pero quedaron sorprendidos al ver que en vez de parlamentar los ancianos comenzaron a disparar con sus manos temblorosas flechas de fuego sobre las máquinas de guerra. Se trataba de una evidente locura pero, ¿qué podrían hacer los romanos contra esos dementes? Entre asombrados y divertidos, y hasta con una pizca de compasión, los abatieron. Ese mismo día supieron que se trataba de los tres miembros del Gran Consejo, Gadia, Yehuda y Natán, condenados a trabajos forzados por los tribunales del emperador, que habían sido puestos en libertad gracias a su extraordinaria indulgencia. Los romanos habían hecho valer esa amnistía como un ejemplo palpable de su buena voluntad, pretendiendo probar con ello que no era su propio rigor sino la obstinación de los judíos la causa principal de los desórdenes. Entre los «Leales a pesar de todo», y así como entre los «Verdaderos creyentes», se había dado gran importancia la amnistía considerándola prueba de la generosidad romana. Sin embargo, desde su regreso, los tres mártires no volvieron a transitar por la ciudad. Se quiso evitar que se convirtieran en la encarnación de la magnanimidad de Roma: su corazón pertenecía a «Los Vengadores de Israel». Llevados por sus fanáticas convicciones, habían decidido realizar esa hazaña, testimonio de devoción y heroísmo.

Los jefes de las compañías de macabeos sabían muy bien que no se podía exigir demasiado de los sentimientos frente a las máquinas sitiadoras de los romanos. Con la firme resolución de no entregar la ciudad, pero íntimamente sin esperanzas de conservarla, asistieron a los preparativos del supremo asalto, que debía realizarse al día siguiente.

El asalto no se produjo. Por la noche, Cestio dio orden de levantar el sitio y batirse en retirada. Tenía el semblante descompuesto y la expresión amarga. ¿Qué había pasado? Nadie lo sabía. El legado Paulino, el brazo derecho del gobernador Galo, fue asaltado a preguntas pero se limitó a encogerse de hombros, mientras los generales sacudían la cabeza. Cestio no dio ninguna explicación respecto a la sorprendente orden que había impartido y la disciplina no permitía interrogarlo. El ejército, pues, inició la retirada.

Desconcertados en un primer momento, después con alivio, y por último con alegría, los judíos contemplaron la partida de los sitiadores. Aún incrédulos, pues temían que se tratara de una maniobra táctica, recuperaron de inmediato el aliento y emprendieron la persecución del enemigo. El repliegue fue penoso para los romanos. Los rebeldes los presionaron severamente y fueron atacados sin clemencia por una guerrilla de francotiradores de Galilea comandada por un tal Simeón bar Giora, en la zona septentrional del país donde, forzosamente, debían pasar.

Después de organizar una rápida marcha envolvente, Simeón bar Giora ocupó con el grueso de su tropa la garganta del Bet Jorón. Ese nombre sonaba agradablemente a los oídos de los voluntarios judíos: era allí donde el Señor había detenido el sol para asegurar la victoria a Josué; era allí donde Yehuda Macabeo había vencido gloriosamente a los griegos. La maniobra de Simeón bar Giora se coronó también esta vez con el éxito: los romanos sufrieron una derrota como no la habían padecido en Asia desde la guerra contra los partos. Los judíos perdieron apenas mil hombres; los romanos, en cambio, 5.800 soldados de infantería y 380 caballeros, entre ellos el gobernador Gesio Floro. Todas las máquinas y el material de guerra, el águila de oro de la legión y el rico tesoro del ejército pasaron a manos de los judíos.

Esto ocurrió en el decimosegundo año del reinado de Nerón, el 3 de noviembre.

Los levitas se habían instalado solemnemente, con sus instrumentos en la mano, en las escalinatas del Santo Lugar. Tras ellos, en el interior del Templo, se encontraban los sacerdotes de las veinticuatro clases. Después de la extraordinaria victoria sobre Cestio Galo, Anán, Sumo Sacerdote y jefe del partido de «Los leales a pesar de todo», consideró apropiado ofrecer un servicio de acción de gracias. Se celebraría por tanto el Gran Aleluya. Los acontecimientos de los últimos días habían atraído a la ciudad a numerosos forasteros —llegados desde todas las rutas—, que contemplaban admirados la magnífica ceremonia. En las inmensas salas blancas y doradas se oía un rumor comparable al del mar: «Éste es el día del Señor. Lancemos gritos de júbilo, y regocijémonos», e incesantemente, en las ciento veintitrés variaciones prescritas, exclamaron: «¡Alabado sea el Señor!».

Josef estaba en la primera fila, ataviado con la blanca vestimenta oficial en la que destacaba el cinturón azul, bordado con flores. Embargado de entusiasmo como todos, mecía su cuerpo con el ritmo ritual. Nadie sentía más hondamente que él cuán extraordinaria era esa victoria conseguida por soldados voluntarios inexpertos sobre una legión romana, sobre el portentoso despliegue de técnica y de precisión compuesto por millares de hombres que avanzaban como si se tratara de uno solo. Bet Jorón, Josué, milagro. Ésta era la maravillosa confirmación de sus ideas respecto a que no era posible comprender los asuntos de Jerusalén bajo la óptica exclusiva de la razón. Jamás la razón por sí misma habría podido generar un hecho heroico, sólo la inspiración divina lo determinaba. Miles de fieles congregados frente a la escalinata contemplaban emocionados al joven sacerdote que entonaba con fervor los himnos de acción de gracias.

A pesar de su devota exaltación no podía dejar de pensar en las consecuencias prácticas que tendría para él el inesperado triunfo de los macabeos. En Jerusalén no se había podido disponer de tiempo para agasajarlo en reconocimiento por el exitoso asunto de los tres ancianos. El tumulto había estallado a la semana siguiente de su regreso, pero de todos modos su actuación en Roma le había

aportado popularidad y el gobierno moderado no era indiferente al joven aristócrata, a pesar de que frecuentaba la Sala Azul de los «Vengadores»; le ofrecieron el cargo y el título de secretario particular al servicio del Templo. Era demasiado modesto para él. Sin embargo lo aceptó, pensando que, después de la gran victoria, sus probabilidades eran mayores: se imponía una nueva distribución de los cargos de dirección. La opinión pública presionaría al gobierno para que se ofreciera la participación en el poder a algunos de los macabeos. En pocos días más se convocaría una asamblea de los tres organismos legislativos y parecía imposible que no se tuviera en cuenta a Josef.

«¡Alabado sea el Señor!», cantaba, «¡Alabado sea el Señor!» Comprendía las razones de los gobernantes para querer evitar por todos los medios una guerra contra Roma. La víspera, producida ya la gran victoria, algunos personajes oportunistas se habían lanzado, apresuradamente, tras el gobernador general Cestio Galo, a fin de asegurarle, a pesar de su derrota, que ellos no habían tenido nada que ver con el pérfido ataque de los rebeldes contra el ejército imperial. El anciano Hanán, rico propietario del gran almacén instalado en el Monte de los Olivos, desapareció de la ciudad; el secretario de Estado, Zevulón, abandonó su casa, y los sacerdotes Zefanías y Herodes huyeron hacia la otra margen del Jordán, el territorio del rey Agripa. Igualmente, numerosos esenios se habían alejado al producirse la victoria sobre Cestio, y todos los sectarios que se autodenominaban cristianos habían abandonado el país. Josef sentía desprecio por la pobre fe de los unos y la miserable astucia de los otros:

La ceremonia ya había terminado cuando Josef se abrió paso en medio de la enorme multitud que llenaba el Templo. La mayoría de los presentes llevaba la divisa con la palabra «Macabeo», que era el emblema de los «Vengadores de Israel». Grupos compactos de curiosos se apretujaban alrededor de las máquinas de guerra conquistadas, palpaban los arietes para hundir los muros, las ligeras catapultas y las pesadas balistas, que disparaban a gran distancia sus poderosos proyectiles. En los alrededores, bajo un agradable sol de noviembre, se vendían, en medio de un ambiente de excelente humor, diversos objetos del botín arrebatado a los

romanos: vestimentas, armas, tiendas, caballos, mulos, utensilios de cocina, joyas, recuerdos de toda clase, fasces y hachas de lictores. Como objeto curioso que les provocaba risueños comentarios, exhibían las correas que todos los soldados romanos llevaban consigo para atar a los prisioneros. Los banqueros del Templo se afanaban cambiando las monedas extranjeras que habían arrebatado a los despojos de los soldados.

Josef vio en el camino a un grupo de soldados, burgueses y sacerdotes que discutían animadamente. El motivo era el águila de oro ornada con el retrato del emperador — insignia de la nueva legión—, que formaba parte del botín. Los oficiales del cuerpo de francotiradores opinaban que el águila debía ser izada sobre el muro exterior del Templo, junto a los trofeos de Yehuda Macabeo y de Herodes, en el lugar más visible, como propiedad de la ciudad y del país. Pero los «Verdaderos creyentes» se oponían: la Ley prohibía toda representación de seres vivos, cualquiera que fuese el pretexto aducido. Se propuso entonces una solución intermedia: se colocaría el águila en el tesoro del Templo, bajo la custodia del doctor Eleazar, jefe de la administración, quien, además, era miembro del partido de los Vengadores. Pero los oficiales no aceptaron. Los que portaban el águila permanecieron, vacilantes, donde estaban: ellos tampoco veían con agrado que trofeo desapareciese en la cámara del tesoro. La temible enseña del ejército vista de cerca era grosera y tosca y el retrato del emperador, situado en la parte inferior dentro de un medallón, tan desagradable y carente de valor artístico que resultaba inofensiva. La reyerta subió de tono. Pero el Espíritu descendió sobre Josef oportunamente y gracias a él pudo dominar la situación elevando su voz juvenil y cálida, que concitó la atención de todos. Dijo que el águila no debía colocarse en el muro, ni depositarse en el tesoro del Templo sino que había que hacerla pedazos. Todos estuvieron de acuerdo, pero no fue fácil la ejecución. El águila era maciza, y llevó una hora larga lograr que todos pudiesen llevarse un trocito de oro. Josef, el héroe de los tres mártires de Cesarea, había conquistado nuevas simpatías. Aunque estaba fatigado no deseaba regresar a su casa y continuó dando vueltas en el recinto del Templo. De pronto, intrigado por el aspecto de un joven oficial que, aunque de pequeña estatura, destacaba

entre los que lo rodeaban, se preguntó: «¿Quién es ese a cuyo paso la multitud se aparta con tanto respeto?»

La nariz recta y vigorosa sobresalía de la barba cuidadosamente recortada. Brillaban sus ojos de color castaño. Era Simeón bar Giora, el triunfador. Delante de él iba un animal de blancura inmaculada, víctima propiciatoria conducida al sacrificio. Josef miró a Simeón con disgusto y sorpresa pues advirtió que estaba armado. ¿Acaso se atrevería a presentarse así ante el altar —que jamás había sido tocado con el hierro, ni antes ni después de construido? ¡No podía ser! Josef se adelantó a su encuentro.

—Me llamo Josef ben Matatías— dijo.

El joven oficial sabía quién era y lo saludó cordialmente, con deferencia.

—¿Pensáis hacer un sacrificio?

Simeón hizo un signo afirmativo, y su sonrisa grave expresó satisfacción y confianza.

—¿Armado?— prosiguió Josef, y Simeón se sonrojó.

—Tenéis razón— repuso. Ordenó al conductor de la bestia que esperara pues iba a despojarse de sus armas. Volviéndose a Josef, le dijo con expresión amable y sincera y en voz alta que todos pudieron oír:

—Fuiste vos, doctor Josef, quien dio la señal. Cuando liberasteis a los tres inocentes de la prisión, comprendí que lo imposible podía realizarse. Dios está con nosotros, doctor Josef.— Y lo saludó, llevándose la mano a la frente. En sus ojos resplandecían la fe, el valor y la dicha.

Josef echó a andar por las calles en suave pendiente de la Ciudad Nueva; pasó por el bazar de los mercaderes de ropa, el mercado de los herreros, la calle de los Caldereros. Comprobó con placer hasta qué punto la nueva ciudad se estaba transformando en un barrio comercial e industrial, bullente de vida. Poseía allí terrenos que el vidriero Nahúm ben Nahúm le habría comprado de buena gana. Pensó vendérselos, pero en ese día de victoria cambió de idea. Puesto que el fabricante de vidrios esperaba su decisión, se encaminó hacia su taller para comunicarle que deseaba construirse una casa.

Encontró al vidriero Nahúm sentado sobre cojines con las piernas cruzadas, a la puerta de su taller. Sobre el dintel colgaba un gran racimo de uvas de cristal multicolor: el emblema de Israel. Se incorporó al ver a Josef y lo invitó a entrar y a sentarse. Éste se acomodó con cierta dificultad sobre los cojines, pues se había desacostumbrado a esa postura.

Nahúm ben Nahúm era un hombre corpulento, de unos cincuenta años. Tenía los característicos ojos, hermosos y vivaces, de los habitantes de Jerusalén, y su rostro lozano estaba orlado por una espesa y oscura barba cuadrada, matizada ya con algunos pelos blancos. Deseoso de conocer la respuesta de Josef —pero disimulando su ansiedad— inició la conversación sobre el tema político. Le parecía bien que alguna vez los jóvenes tomasen el timón del mando ya que los «Vengadores» habían obtenido la victoria; por tanto consideraba necesario que los dirigentes de la Sala Cuadrangular se les uniesen. Se expresaba con gracia, sin perder por ello la autoridad y dignidad que era su tono habitual. Josef lo escuchaba atentamente. Estaba interesado en conocer el juicio de Nahúm sobre la situación después del gran triunfo de Bet Jorón. Sus palabras le revelarían los sentimientos de la mayor parte de los burgueses de Jerusalén, quienes ocho días antes habían mostrado su hostilidad respecto a los «Vengadores» aunque, en ese momento, olvidándolo todo, afirmaran que tendría que haberse confiado antes el poder a los macabeos.

En ese momento salió de la casa el doctor Nittai, un anciano gruñón, pariente lejano de Josef por parte de madre, emparentado también con el vidriero, quien lo había asociado a sus negocios. El doctor Nittai no entendía nada de comercio, pero estaba bien visto que un sabio participase de los beneficios de un negocio. Que «le pusiesen el bocado en la boca», como se decía en la casa benévolamente, aunque con cierto desdén. Ése era el motivo de que, en casa del vidriero, el doctor y maestro Nittai permaneciese siempre taciturno y callado. Consideraba un exceso de generosidad de su parte permitir al fabricante anteponer su nombre a la firma «Doctor Nittai y Nahúm», y aceptar ser mantenido a su costa. Cuando no participaba en los debates de la Universidad del Templo, se sentaba a la puerta de la casa para tomar el sol, meciendo el

cuerpo mientras repetía, monótonamente, los argumentos relacionados con alguna interpretación del texto sagrado, inscrito en el rollo que sostenía con una mano. En esa actitud nadie se atrevía a molestarlo, pues quien interrumpe el estudio de la Escritura para decir algo tan trivial como «ved este árbol», merece la muerte.

Pero ese día no estaba inmerso en los estudios, de modo que Nahúm se atrevió a preguntarle si no estaría de acuerdo con que se admitiera a los «Vengadores» en el gobierno. El interpelado frunció el entrecejo y repuso con mal humor: «No convirtáis la doctrina en una pala para cavar: la Escritura no ha sido creada para extraer de ella lecciones de política».

Había mucha actividad en la fábrica y en la tienda de Nahúm. Gracias al botín conquistado a los romanos circulaba gran abundancia de dinero en la ciudad, y muchos acudían alegremente a comprar sus afamados cristales. Nahúm saludaba a los clientes con aire solemne, les ofrecía bebidas refrescadas en la nieve y golosinas.

Qué magnífica victoria!, ¿verdad? Los negocios, a Dios gracias, marchan admirablemente; si esta prosperidad se prolonga, podremos instalar un almacén tan grande como el de los hermanos Hanán, bajo los cedros del Monte de los Olivos. «Quien se nutre del trabajo de sus manos», citó bastante inexactamente por cierto, «es superior al devoto».

Había logrado su propósito: enfadar al doctor Nittai. Fácil le habría sido al sabio citar textos con significado opuesto, pero se contuvo, porque cuando se enardecía se notaba su acento babilonio, y Josef solía recordarle con sorna: «Habéis sido vosotros quienes destruisteis el Templo». Pero el doctor Nittai no soportaba la broma. No intervino en la conversación ni intentó estudiar. Se sentó al sol y dejó vagar sus pensamientos. Abiya, la octava clase sacerdotal a la que él pertenecía, había resultado frecuentemente elegida en el sorteo que se efectuaba para designar a los servidores del Templo, desde la época en que él abandonara Nehardea, su villa natal. El mismo había tenido la fortuna de llevar al altar una porción del holocausto, pero nunca se había realizado su máximo sueño: hacer subir al altar el humo del incensario de oro. Cada vez que sonaba la *magrefá*, la trompeta de cien notas que anunciaba el

momento en que se elevaba la ofrenda del humo, sentía envidia por el sacerdote a quien correspondía ese privilegio. Se reconocía poseedor de todas las condiciones requeridas para merecerlo y sabía que no estaba afectado por ninguno de los ciento cuarenta y siete males que habrían impedido a un sacerdote ejercer el servicio divino; únicamente admitía no ser joven. ¿Permitiría Yahvé que fuese designado algún día para ofrendar el humo?

Josef, entretanto, había anunciado al vidriero su decisión de no vender sus terrenos. Nahúm recibió la noticia sin demostrar contrariedad.

—¡Ojalá sea vuestra decisión favorable a los dos, mi doctor y maestro!— dijo cortésmente.

En ese momento llegó a la casa Efraím, el hijo menor de Nahúm. Lucía el distintivo con las iniciales de los macabeos. Era un muchacho apuesto, de catorce años de edad, cuya vivacidad natural estaba especialmente acentuada en esa ocasión. Había visto a Simeón bar Giora, el héroe. Sus grandes ojos brillaban de entusiasmo, destacando en su rostro de tez delicada. Quizá había hecho mal en alejarse del taller para asistir al Gran Aleluya en el Templo, pero allí había obtenido su recompensa: había visto a Simeón bar Giora.

Josef estaba a punto de retirarse cuando llegó el hijo mayor de Nahúm, Alexas. Éste era robusto y vanidoso como su padre; lucía como él la barba cuadrada y abundante y el mismo cutis lozano, pero sus ojos no eran tan claros como los de Nahúm. Meneaba constantemente la cabeza y se acariciaba incesantemente la barba con mano ruda y agrietada por el contacto constante de la pasta caliente del vidrio. Menos sereno que su padre, su semblante denotaba preocupación y cierta tristeza. Se alegró al ver a Josef, quien ya no pudo retirarse, y le pidió ayuda para persuadir a su padre de abandonar Jerusalén, cuando aún estaba a tiempo.

—Vos conocéis Roma— dijo a Josef —y conocéis también esta ciudad. Decidme qué pensáis de la actuación de los macabeos: ¿no creéis que traerá desastres? Poseo excelentes relaciones, comerciantes amigos en Nehardea, en Antioquía y en Batna y me comprometo, por la vida de mis hijos, a instalar al cabo de tres años en cualquiera de esas ciudades extranjeras, una tienda que no

tenga nada que envidiar a la que poseemos en Jerusalén. Convenced a mi padre de que debe huir de este lugar peligroso.

El pequeño Efraím se abalanzó sobre su hermano. Sus hermosos ojos negros relampaguearon de furia.

—No merecéis vivir en este siglo— dijo. —Todos me miran con recelo porque tengo un hermano como vos. ¡Id con los comedores de cerdos! ¡Yahvé os ha escupido de su boca!

Nahúm riñó al muchacho, suavemente. Tampoco él aprobaba las palabras de su hijo Alexas. No negaba que la violencia de los «Vengadores de Israel» muy a menudo le había causado inquietud y provocado su repudio, así como a todos los partidarios de los «Verdaderos creyentes», pero casi toda Jerusalén en ese momento apoyaba a los macabeos y era imprudente pronunciar palabras como las de Alexas.

—No hagáis caso a mi hijo mayor, doctor Josef— dijo. —Es un buen hijo, pero le encanta contradecir a los demás y su cabeza está llena de ideas retorcidas.

Josef sabía que, gracias precisamente a las ideas retorcidas de Alexas, la fábrica gozaba de gran prosperidad. Nahúm administraba su taller como lo hicieron su padre y su abuelo: fabricaba y vendía siempre los mismos modelos y se contentaba con el mercado limitado de Jerusalén. Iba a la Bolsa y a la oficina de pesas, y con la ayuda de notarios competentes firmaba contratos de venta formales y minuciosos, preocupándose exclusivamente de que fuesen depositados en los archivos. Hacer algo más le habría parecido maligno. Cuando se abrió en Jerusalén otra vidriería no habría podido resistir con principios tan rudimentarios la activa competencia de sus rivales de no haber intervenido Alexas. Aunque tradicionalmente se había trabajado en el taller con procedimientos manuales, éste modernizó la técnica, utilizando exclusivamente la larga caña de soplar el vidrio. Gracias a ella obtuvo hermosos vasos redondos, soplándolos como Dios insufla un alma en el ser humano. Además, Alexas importó grandes cantidades de cuarzo pulverizado, instaló en la Ciudad Alta una sucursal muy productiva donde se vendieron sólo vidrios decorativos, y envió sus productos a los grandes mercados de Gaza y de Cesarea, y a la feria anual de Batna en Mesopotamia. Al principio, cuando Alexas apenas contaba

treinta años estas innovaciones le costaron prolongadas y amargas discusiones con su padre. Aunque había transcurrido bastante tiempo desde entonces, Nahúm mantenía con su hijo un trato exageradamente cauteloso. Respecto a los acontecimientos opinaba que, después de una derrota tan espectacular, los romanos no se atreverían a lanzarse nuevamente sobre Jerusalén. Y si lo hacían serían arrojados al mar. En cuanto a lo que se le proponía, declaró que Nahúm ben Nahúm, el gran negociante, jamás abandonaría la vidriería ni dejaría Jerusalén. Allí se había plasmado el vidrio a mano en los comienzos del taller, y oportunamente se había comenzado a trabajar con la caña de soplar, disfrutando en todo momento de la bendición de Yahvé. Hacía siglos que su familia fabricaba vidrio en Jerusalén y así lo haría también en los años futuros.

Parecían haberse calmado; estaban sentados, rodeados de cojines, pero sólo se trataba de una apariencia pues descargaban su agitación mesándose nerviosamente las negras barbas recortadas. El joven Efraím, mientras tanto, lanzaba miradas furibundas a Alexas, y resultaba evidente que sólo el respeto y el cariño que sentía por su padre lo inhibían de arrojarse sobre su hermano. Josef los miraba alternativamente: Alexas fingía estar sereno y sonreía, pero él captó perfectamente que se sentía herido y triste. Probablemente las palabras del hijo eran las más sensatas pero qué duda cabía que su lucidez producía un efecto lamentable, comparada con la firmeza de su padre y la fe del hermano menor.

Alexas volvió a la carga con sus argumentos:

—Si los romanos nos impidieran transportar nuestros cargamentos de arena por el río Belus, tendríamos que cerrar la vidriería. Naturalmente, doctor Josef, vos sois un político y debéis quedaros en Jerusalén. Pero unos simples comerciantes como nosotros...

—Importantes negociantes— corrigió Nahúm suavemente, acariciándose la barba.

—...¿No haríamos mejor en dejar Jerusalén lo más pronto posible?

Nahúm no quería oír hablar más de ello, así que cambió de tema bruscamente.

—Nuestra familia— explicó a Josef— es tenaz en todos los asuntos de la vida. Cuando el abuelo murió, ¡bendita sea la memoria del justo!, conservaba todavía veintiocho dientes, y cuando nos dejó mi padre, ¡bendita sea la memoria del justo!, conservaba treinta. Yo tengo más de cincuenta años y poseo aún mis treinta y dos dientes, y mis cabellos todavía están negros y fuertes.

Como Josef manifestara deseos de retirarse, Nahúm lo invitó a pasar al taller y elegir un obsequio, pues se festejaba la victoria de Bet Jorón y en una victoria eran obligados los agasajos. El horno del taller expandía un calor insoportable y una espesa humareda. Nahúm insistió en que Josef aceptara una pieza magnífica, una copa de gran tamaño, perfecta, cuya superficie exterior se había trabajado de modo que parecía envuelta en una red de cristal, y recitó las estrofas de la antigua canción: «No importa que mañana se quiebre, si hoy puedo tener, aunque sólo sea una vez, mi magnífica copa de cristal». Pero

Josef, por cortesía, rechazó ese obsequio tan costoso y se contentó con otro más modesto.

El joven Efraím, que no podía contenerse, aprovechó el momento para reanudar en medio del calor y el estrépito del taller la violenta discusión política.

—¿Estuvisteis en el Gran Aleluya?— le preguntó a su hermano con ímpetu. Por supuesto que no, Yahvé te ha herido de ceguera. Desde hoy no dejaré que me convenzas y me incorporaré a la guardia civil.

Alexas apretó los labios, y sólo contestó al muchacho con su silencio y una sonrisa forzada. De buena gana se habría ido de Jerusalén con su mujer y sus dos niños pero estaba atado con todo el corazón a su familia, a su amado padre insensato, y al encantador aunque demasiado exaltado pequeño Efraím. El era la única persona razonable de la casa y debía quedarse para protegerlos de las peores calamidades.

Josef pudo, al fin, retirarse. Traspuso la puerta coronada con el gran pámpano y al alejarse de aquella atmósfera asfixiante y del humo respiró con placer el aire fresco. Alexas lo acompañó un trecho.

—Ya veis— le dijo —cómo la locura se impone. Hace apenas ocho días mi padre era un adversario declarado de los macabeos. Al menos vos conservad el juicio, doctor Josef. Tenéis buenas relaciones, poned algunas en juego, pero ante todo conservad la serenidad. Vos sois una de nuestras mayores esperanzas. Deseo vivamente que seáis designado mañana en la Sala Cuadrangular para integrar el gobierno.

Josef pensó para sí: «Al parecer desea que yo resulte tan antipático como él». Al despedirse, Alexas agregó, en tono melancólico: —Prefería que se nos hubiese ahorrado esta victoria.

Media hora antes del comienzo de la sesión Josef llegó a la Sala Cuadrangular, donde ya estaban reunidos casi todos los miembros de los organismos legislativos: los del Colegio de Sacerdotes, con sus vestimentas ceremoniales de color azul; los del Gran Consejo, de azul y blanco; de blanco y rojo los del Tribunal Supremo. Entre éstos destacaban Bar Giora y algunos de sus oficiales, portando sus armas.

Apenas hubo entrado Josef, su amigo Amrám corrió a su encuentro. En un principio entusiasta partidario de los «Leales a pesar de todo», se había alistado desde hacía algún tiempo con los «Vengadores de Israel». Desde que Josef obtuviera el perdón de los tres mártires, el afecto que le profesaba se había hecho más intenso.

Quería comunicar a su amigo una novedad que —no dudaba-le produciría gran impresión: los galileos del cuerpo franco habían interceptado a un correo romano portador de una carta muy significativa, cuyo contenido Simeón bar Giora le había dado a leer, por tenerle en gran estima. En ese mensaje, el jefe del estado mayor de Cestio, Paulino, informaba confidencialmente a uno de sus amigos sobre la derrota de la decimosegunda legión. «No hubo —escribía— ningún motivo razonable para la desdichada orden de retirada.» Su jefe simplemente había perdido la cabeza, y la causa de esa crisis nerviosa — extraño y lamentable capricho del destino —, había sido un detalle insignificante: la muerte heroica de los enajenados ex presidiarios de Tibur. El anciano general había creído toda su vida en la razón, pero el absurdo sacrificio de los tres ancianos lo había desquiciado por completo. Era inútil empeñar un

ejército regular contra ese pueblo de locos y fanáticos: por eso renunciaba a combatir contra ellos.

Al leer la carta, Josef sintió que se abrasaba bajo la toga sacerdotal, pese al frío día de noviembre. Se trataba de un magnífico testimonio. Se había preguntado muchas veces durante los últimos tiempos si aquel supuesto éxito que tuviera en Roma lo era realmente. Puesto que los romanos y los «Leales a pesar de todo» invocaban constantemente el indulto como testimonio de la clemencia de la administración imperial, parecían aprobar el frío juicio de Justo de Tiberíades. Pero esta noticia le confirmaba que su labor había sido fructífera. «En efecto, doctor Justo, mi conducta parecía absurda, pero, ¿acaso no la justificaban, ya en aquel momento, los hechos que iban a sobrevenir?»

El Sumo Sacerdote Anán abrió la sesión. Su tarea no era fácil; él era el jefe visible de los «Leales a pesar de todo»; conducía el sector más conservador de los aristócratas, quienes, protegidos por el ejército romano, se habían negado a entablar cualquier negociación con los pequeños burgueses, campesinos y proletarios. Su padre y tres de sus hermanos sucesivamente habían ostentado el título de Sumo Sacerdote, suprema dignidad del Templo y del Estado. Espíritu claro, valiente y recto, parecía el hombre apto para llegar a acuerdos con los romanos. Su trayectoria pacifista acababa de sufrir un violento revés. La guerra era inevitable. En realidad ya había comenzado. ¿Qué diría o haría ahora el Sumo Sacerdote Anán? Se lo veía muy erguido, con la expresión serena habitual, con sus vestiduras de color jacinto. No fue preciso que alzara la voz porque el silencio se producía inmediatamente en cuanto se ponía en pie para hablar. Era un hombre verdaderamente valioso. Comenzó como si no hubiese pasado nada.

—Estoy sorprendido de ver aquí a Simeón bar Giora. Me parece que el campo de batalla es el lugar más apropiado para un soldado. El futuro de este Templo y de la Tierra de Israel depende todavía, por el momento, del Colegio de los Sacerdotes, del gran Consejo y del Tribunal Supremo. Invito, pues, a Simeón bar Giora y a sus oficiales a retirarse.

De todas partes surgieron protestas. El comandante del cuerpo de francotiradores miraba a su alrededor como si no hubiese

comprendido de qué se trataba, pero Anán continuó, con la misma voz, calma pero firme:

—Mas ya que Simeón bar Giora está aquí, deseo que me conteste a qué autoridades entregó el dinero tomado a los romanos.

Esta pregunta sobre un tema tan concreto animó a la asamblea. El oficial, cuyo rostro se había puesto carmesí, repuso secamente:

—El dinero está en manos del administrador jefe del Templo.

Todas las cabezas se volvieron hacia el joven y elegante doctor Eleazar, quien miraba con aire indiferente hacia delante. Simeón bar Giora se retiró después de un breve saludo.

Apenas hubo traspuesto el umbral, el doctor Eleazar estalló. Dijo que ninguna persona del pueblo podría jamás comprender por qué el Sumo Sacerdote había expulsado tan rudamente al héroe de Bet Jorón. «Los Vengadores de Israel» no estaban dispuestos a seguir soportando por más tiempo la vacua sensatez de esos señores. Pusilánimes, calculadores, mezquinos, siempre habían afirmado que era imposible resistir a las tropas romanas. «Y bien, ¿dónde estaba en aquel momento la decimosegunda legión?» Dios, visiblemente, se había puesto del lado de los que no quieren esperar más; había hecho un milagro...

—Roma tiene veintiséis legiones— interrumpió uno de los aristócratas más jóvenes. —¿Creéis que Dios hará otros veinticinco milagros?

—¡No repitáis vuestras palabras fuera de estos muros!— exclamó Eleazar, con voz amenazadora. —Al pueblo no le agradan bromas tan lamentables. La situación impone una reorganización de los poderes públicos. Todos vosotros, los que no pertenecéis a los «Vengadores de Israel», seréis barridos de vuestros cargos si a Simeón bar Giora no se le ofrece un sitio en el gobierno de la defensa nacional, que deberá establecerse.

—No pienso ofrecer a Simeón un sitio en el gobierno— contestó el sacerdote Anán. — ¿Alguno de nuestros doctores y maestros piensa hacerlo?

Sus ojos grises recorrieron lentamente la asamblea. Bajo su solideo azul y dorado su semblante altivo parecía impasible. Nadie dijo una palabra.

—¿Qué pensáis hacer con los fondos que os ha entregado Bar Giora?— preguntó Anán al jefe de la administración.

—Ese dinero— fue la respuesta— está destinado exclusivamente a la defensa nacional.

—¿Y a ninguna otra necesidad del gobierno?

—No conozco otros deberes.

—Gracias al osado golpe de mano de vuestro amigo, se han creado tales circunstancias que se nos obliga a renunciar a algunas de nuestras obligaciones en favor de la administración del Templo. Pero comprenderéis que si limitáis tanto nuestros deberes no podremos compartir nuestras atribuciones con vosotros.

—El pueblo— repitió obstinadamente el joven Eleazar— quiere un gobierno de defensa nacional.

—Tendrá un gobierno de ese género, pero temo que deba renunciar a la colaboración del doctor Eleazar ben Simeón. Hubo en Israel, en los tiempos difíciles —continuó el Sumo Sacerdote — gobiernos en los que no participaban financieros ni soldados, sino únicamente políticos y sacerdotes. No han sido ésos los peores gobiernos de nuestro pueblo.

Volviéndose a la asamblea, agregó:

—La ley confía al doctor Eleazar ben Simeón el control de los fondos de la administración el Templo. La caja del gobierno está vacía y los recursos del doctor Eleazar se han incrementado gracias al botín de Bet Jorón en diez millones de sestercios, por lo menos. ¿Sois vosotros de la opinión, doctores y maestros, que sea designado para un cargo de gobierno?

Muchos se levantaron de sus asientos, protestaron vivamente y le exigieron que moderase sus expresiones.

—No tengo nada que retirar ni agregar— dijo el Sumo Sacerdote, sin elevar la voz. —El dinero desempeña un papel importante en estos tiempos difíciles, pero considero que sería un error asociar al impetuoso doctor Eleazar con el gobierno. Los pros y los contras están expuestos con claridad. Pasemos a la votación.

—La votación es inútil— declaró Eleazar, pálido de ira. —Rehúso a participar de este gobierno—. Y abandonó la sala sin saludar a la silenciosa asamblea.

—No poseemos ni dinero ni soldados— se lamentó melancólicamente el doctor Janai, tesorero del Gran Consejo.

—Tenemos— observó el Sumo Sacerdote —a Dios, el derecho y la razón de nuestra parte.

Fue fijado el plan de acción del gobierno para las semanas siguientes. El Colegio de Sacerdotes, el Gran Consejo y el Tribunal Supremo, después de examinar minuciosamente la situación, concluyeron que no se estaba en guerra contra Roma. La sublevación había sido obra de algunos exaltados, y no se debía responsabilizar a las autoridades por ella. Dado el estado de cosas, el gobierno central judío de Jerusalén estaba obligado a movilizar sus fuerzas, pero respetaría el territorio sometido directamente a la administración romana —Samaria y el distrito de la costa—, y prohibía formalmente todo acto que pudiese ser interpretado como una provocación. El programa podía resumirse en pocas palabras: la paz armada.

Era difícil rebelarse contra la lógica impecable de esos ancianos. Quedaba demostrado que, no obstante la victoria de Bet Jorón, los «Leales a pesar de todo» y los «Verdaderos creyentes» continuaban en el poder. Josef había acudido a la asamblea colmado de esperanzas pues creía que el gobierno sería reorganizado, y que a él le tocaría estar, a buen seguro, entre los grandes personajes siempre favorecidos aunque constantemente ávidos, por lo cual le caería en la boca un buen bocado. Faltándole mejores argumentos, su pasión le bastaba para justificarse. Pero llegado el momento comprobó que se perdían sus esperanzas como un vino que se filtrara de un odre agujereado. Sentía la cabeza vacía. En el camino hacia el Templo había pensado que tendría ocasión de decir algo importante y que le confiarían por ello un cargo de dirección. Ahora, en cambio, estaba convencido de que también ese día perdería una gran oportunidad, por lo que permanecería igual que estaba, en el escalón más bajo: el del advenedizo laborioso.

Para organizar la paz armada se resolvió el envío de dos comisarios del pueblo a cada distrito del país, con plenos poderes de decisión. Josef escuchaba indolentemente sentado, en la última fila. ¿Qué podría interesarle? Nadie pensaba ofrecerle uno de esos

cargos. Se distribuyeron los destinados a la ciudad y al territorio de Jerusalén así como a los de Idumea, Tamna y Gofna. Restaba el distrito fronterizo del norte, la rica comarca agrícola de Galilea. En ese territorio los «Vengadores de Israel» contaban con el mayor número de adictos; de allí había partido el movimiento liberador, allí se encontraban las organizaciones de defensa más activas.

Se propuso al anciano doctor Janai, hombre prudente y pragmático, el mejor financiero del Gran Consejo. La iniciativa despertó a Josef de su apatía. ¿Cómo era posible que ese país magnífico, colmado de riquezas, con una población de talante sereno y reflexivo, una provincia orgullosa, difícil, compleja, fuera entregada al viejo Janai? Era un notable teórico, no le cabía duda, un economista experto, pero de ningún modo el hombre indicado para Galilea. Josef se incorporó a medias, e inclinándose hacia delante iba a gritar «¡no!», pero sus vecinos lo miraron, y no dijo nada. Era inútil. Se contentó con suspirar profundamente, como alguien a quien se impide decir lo que más ansía. Los que estaban a su lado sonrieron al ver la actitud del joven impulsivo. Hubo, sin embargo, otro asambleísta a quien no pasó inadvertido el gesto espontáneo, la inmediata resignación y la expresión taciturna que Josef adoptó finalmente. Unas pocas filas más adelante estaba sentado rabón Yojanán ben Zakai, director del centro de enseñanza del Templo, quien había visto a Josef casualmente pues acostumbraba permanecer durante el transcurso de las asambleas con los arrugados párpados entrecerrados. Este anciano de pequeño porte y rostro marchito era el supremo juez de Judea.

Mientras los asambleístas esperaban una nueva proposición, después del voto unánime en favor del comisario Janai, el anciano se puso de pie, con los ojos asombrosamente claros y vivos brillando en su pequeño rostro apergaminado, y dijo:

—Propongo para segundo comisario de Galilea al doctor Josef ben Matatías.

Todas las miradas se volvieron hacia Josef, quien reaccionó con una calma sorprendente. Diez veces alternativamente había experimentado ese día la esperanza y la resignación; había disfrutado imaginando el éxito y luego sufrido con el desengaño. Por ese motivo no se conmovió al escuchar su nombre. Permaneció

indiferente, como si se hubiera tratado de otra persona. La propuesta sorprendió a la asamblea ¿Por qué el mesurado y reflexivo doctor Yojanán ben Zakai, famoso legislador, patrocinaba a ese joven? Josef no se había distinguido hasta entonces en ningún cargo importante y, además, desde que, gracias al éxito de su gestión en el caso de los tres mártires, se granjeara la confianza de la multitud, era evidente que rondaba la Sala Azul. ¿Consideraba el doctor Yojanán ben Zakai oportuno hacer acompañar al anciano Janai por un hombre joven que contaba con las simpatías de los «Vengadores de Israel»? La combinación parecía conveniente, la idea buena. El ardor de los macabeos se enfría por lo general en cuanto se les da un cargo o se les confiere un honor. El doctor Josef sería, sin duda, más moderado en Galilea que en Roma y en Jerusalén, y la clara inteligencia del veterano teórico de las finanzas muy bien podría soportar la pequeña dosis de vino joven del vehemente Josef.

Éste, mientras tanto, ya había sacudido su apatía: ¿alguien había pronunciado su nombre? ¿Quién? Yojanán ben Zakai, el famoso doctor! Cuando niño había sentido muchas veces sobre su cabeza la mano ligera de ese hombre bondadoso que le bendecía. En Roma supo que al anciano se lo consideraba uno de los hombres más sabios del mundo. Había obtenido su reputación sin esfuerzo, tan sólo por la gravitación de su personalidad. Su carácter apacible, libre de ambiciones, causaba el asombro de Josef; lo inquietaba, lo irritaba y molestaba y, por eso, evitaba en lo posible el encuentro con el doctor. Mas he aquí que Yojanán ben Zakai lo proponía como comisario del pueblo. Se sintió transportado cuando la asamblea ratificó su nombramiento. Puesto que los asambleístas que lo habían designado para el cargo eran sabios y honestos, él también lo sería. No iría a Galilea como un «Vengador de Israel»; se presentaría despojado de ambiciones, con el espíritu humilde y sereno, esperando confiadamente que acudiese a él la justa inspiración.

Se despidió del Sumo Sacerdote al mismo tiempo que del viejo Janai. Anán, aún de pie, estuvo frío y correcto, como siempre. Sus instrucciones fueron claras: Galilea estaba más expuesta que cualquier otra provincia; se trataba de mantener allí el orden, costara

lo que costase. En caso dudoso, era preferible no hacer nada antes que adoptar extremismos comprometedores.

—Esperad las directivas de Jerusalén, y tened permanentemente los ojos fijos en ella. Galilea posee guardias cívicas capaces y vuestra tarea es hacer que se mantengan a disposición del gobierno central— dijo, dirigiéndose a Josef. Y agregó, mirándolo sin ninguna benevolencia:

—Se os ha confiado un puesto cargado de responsabilidades. Espero que no nos hayamos engañado.

Josef escuchó cortés, casi humildemente, las recomendaciones del sacerdote, que no penetraron sin embargo más allá de sus oídos. Bien entendido que mientras estuviese en Jerusalén debería obedecerle, mas en cuanto hubiese franqueado las fronteras de Galilea, no sería responsable sino ante su propia conciencia.

Esa noche dijo Anán a Yojanán ben Zakai:

—¡Ojalá no nos hayamos apresurado demasiado, enviando a ese Josef ben Matatías a Galilea! Sólo conoce su propia ambición.

—Es posible— replicó Yojanán —que haya personas en quienes se pueda confiar más que en él. Pero creo que durante toda su vida trabajará, en última instancia, por nosotros.

El nuevo comisario Josef ben Matatías recorrió su provincia en todas direcciones. Ese año la estación de las lluvias se había presentado muy favorable, Yahvé había demostrado su bondad, las cisternas estaban colmadas, la nieve había cubierto las montañas de la Alta Galilea y los torrentes bajaban con gozoso murmullo. En la llanura, los campesinos encorvados sobre el suelo sentían el buen olor de la tima. Efectivamente, ésa era una comarca rica, fértil, variada, con sus valles, colinas, montañas, el lago de Genezaret y el Jordán, y las doscientas ciudades al borde del mar. Un verdadero paraíso de atmósfera clara y deliciosa. A Josef se le ensanchaba el pecho: se estaban cumpliendo sus aspiraciones. Había llegado muy alto. Era magnífico saberse el amo de esa provincia. Quien, como él, llegaba al país provisto de plenos poderes, adquiría seguramente y para siempre un gran renombre, salvo que fuera un perfecto incapaz.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, comenzó a atormentarle un profundo malestar, que fue en continuo aumento. Estudiaba los

expedientes, revisaba los archivos, hacía llamar a los jefes de distrito, negociaba con los alcaldes, los sacerdotes, los directores de las sinagogas y de las escuelas. Trataba de organizar, daba instrucciones que eran seguidas al pie de la letra y se le obedecía con cortesía, pero sentía claramente que todo se hacía sin convicción, que sus medidas quedaban sin efecto. Las cosas no se veían en Galilea a la misma luz que en Jerusalén. Incesantemente llegaban a la capital protestas airadas por los impuestos que oprimían al país, pero los funcionarios se encogían de hombros, replicaban mostrándoles los resultados de sus propios cálculos y se burlaban de las quejas de Galilea, que no eran otra cosa para ellos que lamentos repetidos. Y, protegidos por las armas romanas, aumentaban aún más los impuestos. Apretando los labios, Josef comparaba la realidad de Galilea con los datos que se exhibían en la capital. Comprobaba amargamente que las protestas de esos agricultores, pescadores, artesanos, obreros de los puertos y de las fábricas, estaban justificadas por una triste realidad. El país era una bendición, sin duda, pero las uvas no maduraban para ellos. La riqueza de la región iba a parar a manos de los romanos de Cesarea y el aceite se fabricaba para el consumo de los grandes personajes de Jerusalén.

Además, pesaba sobre Galilea el impuesto territorial (sobre la cosecha del trigo, el tercio; sobre el vino y el aceite, la mitad; sobre las frutas, el cuarto); el diezmo para el Templo, la contribución personal anual, asimismo para el Templo, y el impuesto de las peregrinaciones, sin contar las tasas sobre las ventas, las gabelas, los peajes en rutas y puentes. Por todas partes, impuestos. Las protestas iban dirigidas sobre todo contra su colega Janai, cuya jurisdicción abarcaba los asuntos financieros. Josef no podía reprochar sinceramente a los habitantes de Galilea que recelasen de los doctores de la Sala Cuadrangular. Éstos, basándose en una interpretación hábil y enrevesada de las Escrituras, les escamoteaban lo mejor de sus riquezas, por lo que tampoco le sorprendía que esa desconfianza se extendiese también a su persona, por ser su representante en el país. Había aprendido en Roma y en Jerusalén que a los descontentos se les puede manipular con pequeñas concesiones, con buenas palabras, con

promesas solemnes y con honores de poca monta; sin embargo, creía que ningún procedimiento de esa naturaleza tendría éxito en Galilea. En Jerusalén se hablaba de los galileos con altivo desdén: eran considerados labriegos, provincianos incultos, sin refinamiento, pero Josef, desde las primeras semanas, renunció a esa falsa superioridad: ciertamente, la gente del lugar no obedecía al pie de la letra las órdenes que se le impartían y poco significaba para ellos la sabia interpretación de las Escrituras. A cambio, eran extraordinariamente estrictos y fervorosos. Rechazaban vivamente cualquier conformidad con el estado de cosas. El Estado y la vida, según ellos, debían cambiar radicalmente: sólo entonces podrían hacerse realidad las palabras de las Escrituras. Todos conocían de memoria el libro del profeta Isaías; los pastores hablaban de la paz eterna; y los obreros de los puertos, del Reino de Dios en la tierra. Poco tiempo atrás un tejedor había corregido a Josef la cita inexacta de un versículo de Ezequiel. Por su aspecto exterior se los juzgaba lentos, un poco torpes y pasivos, pero en realidad poseían gran energía y estaban dispuestos a todo. Josef supo inmediatamente que ésos eran los hombres que necesitaba. Su fe ruda y poco elaborada constituía una base más firme que la erudición y el refinado escepticismo reinante en Jerusalén, para un hombre de acción que quisiera realizar una gran empresa. Se esforzó empeñosamente en hacerse comprender por los galileos: no estaba allí para favorecer a Jerusalén sino para favorecerlos a ellos. El anciano doctor Janai lo dejaba hacer, no se interponía en su camino. Parecía no interesarle nada que no fuera la administración de las finanzas. Se había instalado con una enorme mesa llena de documentos en Séforis, la indolente y apacible capital de la provincia, y reorganizaba la contabilidad jovialmente, pero con su característica tenacidad e intransigencia. Todo lo demás lo dejaba en manos de su joven gobernador. Sin embargo, aun pudiendo hacer o deshacer a su arbitrio, Josef no aventuraba ningún paso. Renunció a su orgullo intelectual, a su arrogancia de aristócrata y de sacerdote. Conversaba con los pescadores, los canteros, los labriegos y artesanos a los que consideraba sus iguales. Por su parte, ellos se mostraban amables y halagados, pero sus palabras y sus actitudes dejaban traslucir una íntima reserva.

En Galilea había otros jefes pero Josef prefería ignorarlos y evitar su trato, aunque conocía muy bien sus nombres. Eran los comandantes de las guardias civiles, no reconocidos por Jerusalén. Uno de ellos era el jefe de los campesinos, Juan de Giscala, y el otro se llamaba Sapita de Tiberíades. Veía brillo en los ojos cuando se pronunciaban sus nombres; le habría gustado conocerlos, oírles el relato de las primeras etapas de su vida. Sentía que le faltaba experiencia, condiciones, ideas. Poseía un cargo y un título, quizá también el poder, pero la fuerza estaba en otras manos. Hacía cinco semanas que se encontraba en Galilea y no había avanzado aún un solo paso.

Una de esas tardes de invierno, Josef paseaba por las calles de la pequeña ciudad de Cafarnaúm, activo centro de los Vengadores. Sobre el techo de una casa humilde, un poco abandonada, había sido colocada una bandera, en la que el posadero anunciaba el vino nuevo que acababa de recibir. Josef había visto a los galileos participar en asambleas, sesiones de comités, sinagogas y casas de enseñanza. ¿Por qué no verlos también bebiendo vino?

La habitación era baja, miserable, calentada precariamente por un simple brasero donde se quemaba estiércol. Cubiertos por el humo maloliente, Josef atisbó a más de una docena de hombres, que alzaron los ojos, sorprendidos al ver entrar a un personaje bien vestido, y lo examinaron con reserva pero sin hostilidad. El posadero se adelantó a su encuentro, le preguntó qué deseaba servirse y le explicó que venía muy oportunamente pues un mercader que acababa de pasar con su caravana se había hecho servir una comida opípara, y quedaba todavía un trozo de pollo guisado en leche. Estaba rigurosamente prohibido comer carne mezclada con leche, pero los labriegos de Galilea no consideraban carne la de las aves y no querían renunciar a su costumbre de guisarla en leche. Se hicieron algunas bromas amables cuando Josef rechazó ese plato delicado, y le preguntaron quién era y dónde se alojaba, pues su acento lo revelaba como habitante de Jerusalén. Josef respondió amistosamente pero con vaguedad. No sabía si lo habían reconocido.

El posadero se sentó a su lado con el propósito de entablar conversación. Se llamaba Teófilo, pero actualmente se hacía llamar

«Giora, el extranjero», pues era un simpatizante del judaísmo y tenía intención de convertirse. La población de Galilea contaba con muchos incircuncisos, entre los cuales muchos se sentían atraídos por Yahvé, el Dios invisible. Conforme a las prescripciones, los doctores habían disuadido a Teófilo-Giora de convertirse, pues no siendo judío no ponía su alma en peligro al no observar los seiscientos trece mandamientos; pero una vez comprometido a seguirlos, su alma se vería en grave riesgo si no obedecía la Ley, que era difícil y rigurosa. Por eso permanecía aún incircunciso.

Los demás, curiosos por la presencia de un señor de Jerusalén, comenzaron con algunos reparos y cierta torpeza a hablar de lo que significaba su principal preocupación: la dura mano del gobierno. El carpintero Calafta acababa de vender su último viñedo. Contó que solía traer cabras de Transjordania y, como los romanos exigían unos impuestos de aduana excesivamente altos, había tratado de hacerlas pasar de contrabando, pero lo capturaron los guardias. Procédase como se proceda, los aduaneros son siempre una calamidad. ¡Ay del que muestra su mercancía y ay del que no la muestra! Siendo ésta la segunda vez que lo sorprendían lo obligaron a pagar una multa diez veces mayor que la tarifa, por lo que tuvo que vender su viña. El inspector de los mercados de Magdala, por su parte, había confiscado el tercer telar del tejedor Azaría, por retardo en el pago de las contribuciones. Todo el mundo parecía arruinado en ese país rico, todos vivían miserablemente. Había muchas aves de granja en Galilea y la leche de cabra era barata; sin embargo, se relamían de gusto cuando el posadero Giora hablaba de sus pollos guisados en leche, pues probaban ese manjar sólo en los días de fiesta. Se mataban trabajando pero no conseguían llenar el propio estómago sino sólo colmar las tripas de Cesarea y de Jerusalén. Los tiempos eran muy duros.

¿Habría llegado la hora? El agitador Yehuda así lo había anunciado en Galilea y había fundado el partido de los «Vengadores de Israel», pero los romanos lo crucificaron, pero su hijo Nahúm recorría el país y proclamaba la buena nueva. También había aparecido un profeta, Teudas, que después de hacer algunos milagros, había partido hacia Jerusalén, anunciando que separaría

las aguas del Jordán. Mas los romanos lo ejecutaron como a su antecesor, con el consentimiento del Gran Consejo.

El aceitunero Taradjon opinaba que ese profeta había sido, en realidad, un charlatán. El carpintero Calafta meneó lentamente la cabeza.

—¿Charlatán? ¿Charlatán? Quizá no haya dividido realmente el Jordán en dos, pero eso no prueba que haya sido un farsante. En todo caso era un precursor. ¿Cuándo habrán de cumplirse los tiempos, si no es ahora que Gog y Magog reaparecen para lanzarse sobre Israel, como está escrito en Ezequiel y el Targúm Jonatán?

El tejedor Azaría hizo notar sutilmente:

—Ese Teudas no podía de seguro ser el Mesías, pues, por lo que he oído decir era egipcio, y no es posible que un egipcio sea el Salvador.

El vino era bueno y abundante. Los hombres olvidaron al señor de Jerusalén, y envueltos en la humareda fétida hablaron con calma, pasión y respeto del Mesías que vendría bien ese día o bien el siguiente pero, seguramente, ese año. «Es verdad que el Mesías podría ser egipcio» —sostenía obstinadamente Calafta, el carpintero. «¿No está escrito en efecto que vendrá un rastrillo que barrerá la podredumbre de Israel y del mundo entero? ¿Es que acaso ese rastrillo no es el Mesías? Siendo así, ¿enviaría Yahvé a un judío para que castigase a los judíos, o preferiría mandar a un incircunciso? ¿Por qué el Mesías no habría de ser incircunciso?»

Pero el tendero Tarfón farfulló en su confuso, torpe dialecto:

—¡Ah sí, seguro que será un judío...! El doctor Dosa ben Natán asegura que congregará a todos los dispersos y que en poco tiempo ¡ay!, será muerto y quedará sin sepultura en las calles de Jerusalén y su nombre será Mesías ben Josef ¿No es así? ¿Y cómo puede un no judío llamarse Mesías ben Josef?

En aquel momento intervino el posadero Teófilo-Giora en defensa del carpintero Calafta. Le contrariaba la idea de que un extranjero no pudiese ser el Mesías. Con expresión sombría y terca afirmó:

—Sólo un no judío será el Salvador. ¿No dicen las Escrituras que enrollará el cielo como un pergamino y que entonces tendrá

lugar el castigo, y la gran matanza, y el fuego arrasará la ciudad criminal?

Muchos dijeron estar de acuerdo con lo que decía, otros se opusieron, pero todos estaban igualmente excitados. Con lentitud, en tono grave, trataban apasionadamente de convencerse los unos a los otros, discutiendo fervorosos las predicciones, oscuras y contradictorias. Esos galileos creían firmemente en el Salvador, sólo que cada uno se formaba de él una imagen diferente, y cada uno defendía la suya, la veía con los ojos del alma como si fuese real, y estaba persuadido de tener razón y de que el error estaba en el contrario. Todos buscaban con pasión apoyarse en citas de la Biblia.

Josef los escuchaba absorto. Aunque su vista y su olfato eran muy sensibles, no hacía caso del humo infecto y picante. Reflexionaba sobre aquellos hombres que estrujaban sus mentes rudas. Extraían sus argumentos de lo más hondo de su pensamiento y a duras penas podían darles forma verbal. Tiempo atrás, cuando vivía en el desierto con el eremita Banus, se había dejado envolver por los mensajes salvíficos de los profetas; los había respirado constantemente con el aire que henchía sus pulmones. Pero al llegar a Jerusalén esas promesas se diluyeron y de todos los versículos de las Escrituras, los que hablaban de un Salvador se habían convertido para él en los más inconsistentes, los más incomprensibles. Los doctores de la Sala Cuadrangular no toleraban que se aplicasen esas profecías al presente; muchos eran de la opinión de Hilel, el gran maestro de la ley, y sostenían que el Mesías ya había aparecido encarnado en el rey Ezequías; eliminaban por tanto de los dieciocho rezos el que se refería a la venida del Salvador. Cuando Josef interrogaba su espíritu, comprobaba que la esperanza en un Redentor no tenía lugar en sus pensamientos ni en sus acciones desde hacía mucho tiempo. Con todo, esa tarde en la posada tenebrosa y cargada de humo, la esperanza del Mesías volvió a cobrar substancia; se hizo dicha y tormento, la piedra angular de toda su existencia. Era todo oídos y emoción escuchando a esos hombres, y la visión de esos seres sencillos, de esos tejedores, tenderos, carpinteros y aceituneros, le parecieron más importantes que los sutiles comentarios de los doctores de Jerusalén. ¿El Salvador traería la rama de olivo o la

espada? Comprendía que creciese la indignación de esa pobre gente contra los críticos de su inquebrantable fe y que, ingenuamente, profiriesen amenazas cada vez más violentas.

La discusión llegó a tal punto de apasionamiento que el carpintero Calafta intentó abofetear al tendero Tarfón, pero uno de los más jóvenes exclamó de pronto, vivamente, aunque reprimiendo la fuerza de su voz:

—Basta ya, esperad, él ve.

Todas las miradas se volvieron hacia el brasero, junto al que descansaba un hombre contrahecho de tez macilenta, enjuto y, por lo que parecía, miope. Hasta entonces apenas había abierto la boca. Mas ahora parpadeaba con dificultad a causa del humo y entrecerraba los ojos, como si quisiera divisar algo en la lejanía. Y volvía a abrirlos y a parpadear otra vez.

Lo interpelaron:

—¿Veis algo, Akavia? Dinos qué veis.

El zapatero Akavia repuso con inconfundible y marcado acento dialectal, esforzándose continuamente por ver mejor y enronquecido por el humo y el vino:

—Sí, lo veo.

—¿Qué aspecto tiene?

—No es grande— dijo el vidente, pero es robusto.

—¿Es judío?

—No lo creo. No tiene barba, pero ¿quién puede descubrir en un rostro si es el de un judío o no?

—¿Está armado?

—No veo la espada, aunque creo que lleva una coraza.

—¿Qué lengua habla?— preguntó Josef.

—Mueve los labios, pero no oigo. Creo que está riendo— agregó gravemente.

—¿Cómo puede reírse si es el Mesías?— preguntó el carpintero, decepcionado. Y el vidente repuso:

—Ríe, pero es terrible.

Después se restregó los ojos y afirmó que no veía nada más. Se había fatigado y, como estaba hambriento, rezongó sin parar, bebió mucho vino y pidió también un poco de pollo. El posadero informó a Josef acerca del zapatero Akavia. Aunque era muy pobre

iba cada año en peregrinación a Jerusalén para llevar su cordero al Templo. No se le permitía entrar en los patios interiores porque estaba enfermo. Pero se sentía profundamente ligado al Templo, le consagraba cuanto se lo permitían sus medios, y conocía los espacios para él prohibidos mejor que muchos que habían penetrado en ellos. Tal vez fuese precisamente porque no le estaba permitido visitarlos que Yahvé le otorgaba otras visiones.

Los hombres se quedaron todavía bastante tiempo juntos pero no hablaron más del Redentor. Comentaron cuánto había aumentado el número de seguidores de los macabeos, cómo eran su organización y sus armas. El día del combate llegaría pronto. Akavia, que se había animado, se burló del posadero incircunciso, y le dijo que ese día estaría también él obligado a creer en la gran purificación. Después volvieron a dirigirse al hombre de Jerusalén y bromearon con él pesadamente pero sin malicia. Josef lo tomó a bien y participó en su juerga. Finalmente le pidieron que fuese su huésped y comiese con ellos el pollo guisado en leche. El zapatero Akavia, el vidente, insistió más que los otros. Terca, obstinadamente, lloriqueaba:

—Comed, hombre, comed.

Josef se había preocupado bastante poco en Roma de seguir los preceptos. En Jerusalén, por el contrario, se había mostrado estrictamente ortodoxo. Mas estaba en Galilea: vaciló un momento, y se puso a comer.

El cuartel general de Josef había sido establecido en la ciudad de Magdala, villa amplia y acogedora a orillas del lago de Genezaret. Cuando paseaba en barco por el lago veía, hacia el sur, blanca y soberbia, la más hermosa ciudad del país, que no pertenecía a esa provincia sino al gobierno del rey Agripa: Tiberíades. Allí residía Justo, a quien el rey había nombrado gobernador. La ciudad no era fácil de administrar, más de la tercera parte de los habitantes eran griegos y romanos favorecidos por el rey, pero el doctor Justo indiscutiblemente sabía mantener el orden. Cuando Josef llegó a Galilea retribuyó su visita de cortesía pero no pronunció una sola palabra sobre política. Manifiestamente no se tomaba muy en serio la autoridad que le fuera concedida a Josef en Jerusalén, cosa que a éste afectaba mucho y le hacía desear

ardientemente una oportunidad para demostrarle la efectividad de su poder.

Sobre la altura que dominaba Tiberíades se levantaba, enorme y majestuoso, el palacio de Agripa, donde residía Justo. En la ribera se veían hermosas villas y tiendas. Pero también había muchos pobres en Tiberíades, pescadores y barqueros, cargadores y obreros de la industria. Griegos y romanos componían la clase rica y los judíos la de los proletarios. El trabajo era duro, los impuestos elevados. En la ciudad los pobres sentían más cruelmente que en el campo sus carencias. Ése era el motivo de que hubiera tantos descontentos en Tiberíades. En las tabernas se escuchaban comentarios hostiles contra los romanos y contra el rey Agripa, respaldado por el imperio. Lideraba a los descontentos el célebre Sapita, secretario de la corporación de pescadores, quien en sus arengas citaba a menudo a Isaías: «¡Ay de los que juntan casa con casa y allegan heredad a heredad!» Justo se había esforzado por todos los medios en reprimir el movimiento, pero su poder concluía en los límites del territorio de la ciudad y no podía impedir que la guardia cívica de Sapita encontrase puntos de apoyo en el resto de Galilea, desde donde le llegaban refuerzos cada vez más numerosos.

Josef comprobaba sin disgusto el aumento de partidarios de Sapita y la extensión de sus facciones por todo el territorio, incluso hasta la región sometida a la autoridad del gobierno de Jerusalén. La gente de Sapita exigía a las comunas dependientes de Josef contribuciones para la causa nacional. Si éstas rehusaban, organizaba incursiones de castigo que adquirían lamentables proporciones de rapiña y pillaje. La policía de Josef intervenía rara vez y sus tribunales trataban a los responsables con indulgencia.

Se sintió feliz cuando un día recibió la visita de Sapita. Galilea comenzaba a tenerle confianza. Acudían a él. Comprendió que no tendría que esperar demasiado para obligar al arrogante Justo a abandonar su reserva, pero prudentemente ocultó su satisfacción y observó detenidamente al jefe rebelde. Éste era vigoroso aunque enjuto y lo caracterizaba la peculiaridad de tener un hombro más bajo que el otro. La barba rala terminaba en dos puntas y los ojos eran pequeños y ardientes. Josef conversó y negoció con él con

palabras sobreentendidas. Era más fácil hablar con Sapita que con Justo. No se estipuló nada por escrito, pero cuando terminó la reunión ambos sabían que habían sellado un acuerdo más efectivo que un tratado explícito. Desde ese momento los hombres de Sapita que no se sintieran seguros en Tiberíades podían refugiarse confiadamente en la provincia de Josef, donde serían tratados consideradamente. Por la otra parte, Josef ya no tendría que empeñarse en arrancar al doctor Janai el dinero necesario para su fondo de guerra: lo que le negara ese ladrón, Sapita se lo suministraría.

Y así fue. Josef tenía ahora a Justo tan en sus manos que podía obligarlo a discutir el tema político. En un informe dirigido a Jerusalén, Justo rogó insistentemente a los miembros del gobierno que no siguieran saboteando sus esfuerzos por destruir las bandas armadas de Galilea. El anciano doctor Janai hizo algunas preguntas embarazosas a Josef pero éste fingió sorprenderse, y opinó que Justo sufría de alucinaciones. Cuando quedó solo sonrió satisfecho. La lucha lo animaba.

Fue convenida una explicación verbal entre Justo y él. En compañía del viejo Janai y montado en su hermoso caballo árabe «Flecha», cabalgó a través de las calles bien cuidadas de Tiberíades, seguido por las miradas perplejas de sus habitantes. Sabiéndose apuesto, adoptó un aire indiferente y un poco altanero. Ascendieron la colina con dirección al palacio de Agripa. Blanca y soberbia se alzaba a la entrada la estatua del emperador Tiberio, que había dado su nombre a la ciudad. Los nichos de la fachada también albergaban estatuas. Josef se indignó. Si bien no era demasiado fiel a las tradiciones, su pensamiento estaba impregnado del Dios invisible, y se estremecía en lo más hondo de su ser cuando en el país de Yahvé se veían imágenes prohibidas. Sólo Dios creador podía plasmar las formas y, aunque al hombre le había sido permitido darles un nombre, pretender esculpirlas era pretensión criminal. Esas estatuas ultrajaban al Dios invisible. El ligero malestar, el sentimiento de estar cometiendo una falta, que le había incomodado al emprender el viaje, desapareció dando paso a una intensa emoción. Se sintió superior a su rival; Justo ejercía una política pusilánime, en cambio él venía como soldado de Yahvé.

Justo, nada inclinado a las solemnidades, se esmeró en quitar a la conversación cualquier carácter oficial. Almorzaron los tres, reclinados frente a frente. Justo habló al comienzo en griego; después, por cortesía, se expresó en arameo, aunque era evidente que esa lengua le era menos familiar. Poco a poco empezaron a hablar de política. El doctor Janai se mostró conformista y jovial como siempre. Josef defendió su propia táctica con un entusiasmo tal vez excesivo.

—Para impedir, precisamente, que los partidarios de la guerra se embarquen en alguna aventura peligrosa, hay que hacerles concesiones.

—¿Queréis decir que se debe activar la paz?— preguntó Justo con desagradable ironía. —No puedo menos que asegurar al autor del *Libro de los Macabeos* que, en la práctica, la política de los macabeos, cualquiera que sea su objetivo, me parece hoy día equivocada.

—¿Pero es que los más radicales de los macabeos no viven aquí en Tiberíades?— preguntó suavemente el doctor Janai.

—Por desgracia— confesó con franqueza Justo —no tengo poder para poner a Sapita en prisión. Señores, vosotros podríais hacerlo pero, como ya os he escrito, es precisamente la indulgencia de vuestros tribunales la que me concede tantos «Vengadores de Israel».

—El asunto no es para nosotros tan simple— se excusó el doctor Janai. —Después de todo no se trata de vulgares bandidos.

—Esa gente— intervino Josef —se basa en la autoridad del texto de Isaías. Creen— agregó firmemente, en tono agresivo —que los tiempos han llegado y que el Mesías aparecerá en poco tiempo.

—Isaías ha dicho— repuso Justo sin elevar la voz pero evidentemente irritado: — «Permaneced serenos frente al poder, permaneced serenos y tened confianza». He aquí la enseñanza de Isaías.

La cita exasperó a Josef. ¿Quería enseñarle las Escrituras?

—El foco del desorden es Tiberíades— dijo secamente.

—El foco del desorden es Magdala, doctor Josef— replicó Justo, en tono cortés. — Cuando vuestros tribunales absuelven a mis ladrones, yo no puedo hacer nada contra ellos. Pero si vos

continuáis enriqueciendo vuestro tesoro de guerra con el producto de esos robos, doctor Josef— continuó imperturbablemente cortés —no respondo de que mi rey no vaya algún día a recuperar sus contribuciones por la fuerza.

El doctor Janai se sobresaltó.

—Doctor Josef, ¿guardáis dinero de Sapita en vuestra caja?

Josef estaba furioso. Ese maldito Justo debía poseer un notable servicio de espionaje, pues los envíos de fondos habían sido ocultados de mil maneras distintas. Tuvo que contestar que le había llegado dinero de Tiberíades para las guardias cívicas de Galilea, pero que no creía que proviniese del botín de la banda de Sapita.

—Creedme— explicó Justo amistosamente, —es de allí de donde procede. Os ruego encarecidamente que no ayudéis a la chusma. Considero incompatible con los deberes de mi cargo seguir permitiendo que llevéis a Tiberíades a una situación subversiva.

Aunque su tono fue tan cortés como al principio, sólo por el hecho de volver a hablar en griego reveló su exasperación. En cuanto al anciano Janai, su indiferencia se había hecho humo.

Bruscamente se puso de pie y, gesticulando, gritó a Josef:

—¿Tenéis dinero de Sapita? ¿Lo tenéis?— Sin esperar respuesta, declaró a Justo: —Si se comprueba que los fondos nos han llegado de Tiberíades, os serán restituidos, os lo prometo.

Apenas alejados de la ciudad, los dos comisarios se separaron.

—Os recuerdo— dijo Janai en tono glacial— que no estáis en Magdala como Vengador de Israel, sino como comisario de Jerusalén. ¡Os prohíbo extravagancias o aventuras pintorescas!— gritó.

Pálido de ira, Josef no sabía qué responder: ahora veía claramente que había sobreestimado su fuerza. Ese doctor Janai tenía olfato y distinguía lo que era sólido de lo que no lo era. Que se atreviera a sermonearle como a un pequeño escolar le demostraba que su situación no era muy firme. Habría debido seguir contemporizando sin dejarse arrastrar a una lucha contra Justo. Jerusalén lo destruiría en la primera ocasión, y Justo tendría en los labios la infame sonrisa que Josef conocía muy bien.

No, eso no ocurriría, Josef sabría impedírselo. ¿Qué sabía Justo de Galilea? En cambio, él había ganado experiencia. Ya no

temía a los jefes galileos ni se sentía incómodo en su presencia. Sapita había venido a verlo espontáneamente; y en cuanto al otro, a Juan de Giscala, lo mandaría llamar. Y no sería Jerusalén, sino el triunvirato Juan, Sapita y Josef el que ejercería la verdadera autoridad en el país. Que los calificasen entonces de bandidos, de chusma, de lo que quisieran. No iba a renunciar de ningún modo a su acuerdo con Sapita. Por el contrario, agruparía a todas las organizaciones armadas, reconocidas o no, bajo la autoridad del gobierno de Jerusalén, no en calidad de comisario de Jerusalén, sino como jefe supremo de los Vengadores.

Juan de Giscala, comandante de la bien equipada milicia de Galilea, se sintió muy satisfecho cuando Josef lo hizo llamar. En los alrededores de su aldea natal, el pequeño poblado montañés de Giscala —en realidad había sido inscripto al nacer con el nombre de Juan ben Leví—, poseía una pequeña y modesta propiedad, donde cultivaba sobre todo olivares e higueras. Bastante grueso, algo lento, bien parecido y hábil, era el hombre adecuado para conquistar el corazón de los galileos. Durante la expedición de Cestio había organizado la guerra de guerrillas en la Alta Galilea, que actuó eficaz y encarnizadamente contra los romanos. Se movía constantemente de un lado al otro del país y conocía todos sus rincones. Cuando Juan llegó a su encuentro, Josef no pudo comprender por qué no se le había ocurrido antes ponerse en contacto con él. Era pequeño de estatura pero fuerte, moreno, ancho de espaldas. Su barba corta terminaba en punta, la nariz era aplastada y los ojos grises y maliciosos. A pesar de su demostrada astucia su aspecto era cordial y franco.

Hizo inmediatamente una proposición inequívoca. El rey Agripa tenía almacenadas en todo el país grandes cantidades de trigo, destinado sin ninguna duda a los romanos. Juan quería requisar ese cereal para sus guardias cívicas, medida de emergencia para la que solicitaba el consentimiento de Josef. Por influencia de los potentados y de los aristócratas, Jerusalén —se lamentó—, desaprobaba cualquier trato que se estableciera con sus milicias. Tenía la impresión de que Josef era distinto de los cobardes doctores del Templo.

—Vos, doctor Josef— le dijo, —estáis en el fondo de vuestro corazón con los «Vengadores de Israel». Esto se huele a tres leguas de distancia. Yo os entregaría a mis hombres de buena gana-agregó con sinceridad, y le entregó una relación exacta de su organización, que comprendía a 18.000 soldados. Josef autorizó la requisa del trigo.

No temía las repercusiones que provocaría la medida. Pensaba que si aprovechaba sin vacilaciones sus atribuciones, si tomaba en sus manos la verdadera autoridad sobre Galilea, Jerusalén no se atrevería a destituirlo. Y si llegaba el caso, podría impedir que lo destituyeran. Animado y feliz se dispuso a esperar los acontecimientos.

También Juan de Giscala se hallaba satisfecho de su conversación con Josef. Era un hombre osado y no le faltaba ingenio para argüir pretextos. Toda Galilea sabía que era él quien requisaba las provisiones del rey Agripa, pero Juan lo negaba; sólo decía que el comisario de Jerusalén había dado cierta orden. Pasaba tranquilamente al territorio enemigo de Tiberíades, aduciendo que intentaba aliviar su reúma en las fuentes termales de la ciudad. Si Justo se hubiese atrevido a poner la mano sobre él, sus hombres, bien lo sabía, habrían invadido Tiberíades. A Justo todo esto le producía cierta gracia; por más peligrosos que le pareciesen los manejos de ese jefe de campesinos, su modo de hacer las cosas le agradaba.

Sin embargo, envió a Jerusalén y a Séforis una carta cargada de indignación. Fuera de sí, sofocado por la furia, el anciano Janai se presentó ante Josef: era necesario devolver inmediatamente el trigo. Josef recibió con mucha cortesía a su airado colega. Por desgracia le era imposible restituir el cereal: lo había revendido. Janai debió retirarse sin obtener nada, mientras Josef se encogía amablemente de hombros. Sólo obtuvo una mínima satisfacción: Josef había enviado a Jerusalén una buena parte del dinero obtenido con la venta.

En la ciudad de Tiberíades, uno de los ternas de agitación preferido por los «Vengadores de Israel» era la crítica a la escasa devoción de la clase alta y su tendencia a asimilarse a romanos y griegos. Cuando Sapita volvió a encontrarse con Josef éste le

manifestó la íntima indignación que había sentido al contemplar las estatuas que descaradamente se exhibían delante del palacio del rey. El labriego cetrino y enjuto levantó un hombro, dirigió los pequeños ojos al cielo, los volvió a bajar y tiró nerviosamente de una de las puntas de su barba. Para provocarlo un poco más, Josef citó al profeta: «El becerro está en el país, Yahvé lo extravía. Es la mano del hombre quien lo ha hecho, ése no puede ser un dios.» Aguardó a que Sapita acabase la cita famosa: «En consecuencia, el becerro debe ser reducido a polvo». Pero Sapita se limitó a sonreír, pasó por alto la sentencia y, suavemente, como si lo dijera para sí más que para que ser escuchado por Josef, continuó: «Siembran vientos y recogerán tempestades». Después agregó en tono de hombre pragmático:

—Hemos protestado siempre contra ese escándalo criminal. Estaríamos muy agradecidos al comisario de Jerusalén si quisiera intervenir ante las autoridades de Tiberíades para que le pongan fin.

Sapita no era tan franco como Juan de Giscala, pero sus discretas alusiones parecían confiables: «Quien siembra vientos recogerá tempestades». Sin consultar previamente al doctor Janai, Josef pidió a Justo una segunda entrevista.

Esta vez fue a Tiberíades sin gran cortejo, con un solo criado. Justo lo saludó a la romana, el brazo extendido y la mano abierta; después dejó caer el brazo con una sonrisa, como si pidiera disculpas, y pronunció la palabra hebrea de bienvenida: «Paz». Se sentaron uno frente al otro, sin que les incomodase la presencia de una tercera persona; cada uno perfectamente informado acerca de su interlocutor y los dos unidos por una cordial enemistad. Ambos habían ascendido bastante desde aquel lejano primer encuentro en Roma; ejercían poder sobre los hombres y sus destinos; habían madurado y sus rasgos se habían endurecido, pero seguían pareciéndose. Josef con su pálida tez morena, Justo con su piel morena y amarillenta.

—En nuestra última conversación— dijo Josef, —vos habéis citado al profeta Isaías.

—Sí— replicó Justo, —Isaías enseña que la pequeña Judea no debe correr el albur de una guerra contra su todopoderoso adversario.

—Eso enseñaba, pero al final de su vida tuvo que refugiarse en un cedro hueco y fue aserrado junto con el árbol.

—Más vale que perezca un hombre antes que sucumba todo el país. ¿Adónde queréis llegar, doctor Josef? Me esfuerzo por descubrir una relación razonable entre vuestros actos. Pero, o soy demasiado estúpido para comprenderos, o vos tenéis un solo fin: que Judea declare la guerra a Roma bajo la dirección del nuevo macabeo Josef ben Matatías.

Josef se contuvo. Le disgustaba, desde hacía largo tiempo, esta idea fija de Justo, quien lo consideraba un instigador de conflictos armados. No era exacto, no quería la guerra, sólo que no la rehuiría, llegado el caso. Por lo demás, consideraba falsa la táctica de Justo, aún encarada desde su punto de vista. Hablar sin cesar de la paz conducía tan fatalmente a la guerra como tener la guerra siempre a flor de labios. Por el contrario, opinaba que había que eliminar los pretextos que pudieran provocarla, ofreciendo oportunas concesiones.

—¿No es esto lo que hacemos en Tiberíades?— preguntó Justo. —No— repuso Josef.

—Os escucho— dijo Justo cortésmente.

—En Tiberíades vosotros poseéis, por ejemplo, este palacio real con sus estatuas representando a hombres y a animales, lo que constituye para toda la provincia un permanente escándalo, una continua provocación a la guerra.

Justo rió francamente.

—¿Es para decirme estas cosas que habéis venido a verme? Josef concentró en su voz todo su resentimiento contra las esculturas impúdicas, y repuso:

—Sí.

Justo le rogó entonces que lo siguiera, y le hizo recorrer el palacio, que estaba considerado el más hermoso de Galilea. Lo condujo a través de salas, patios, vestíbulos y jardines. Había, en efecto, esculturas en todas partes; habían brotado las estatuas como si fuesen plantas. El rey Agripa y sus dos predecesores, con mucha dedicación, con mucho dinero y buen gusto habían reunido y distribuido un buen número de bellas y famosas obras de arte, llegadas al palacio desde todos los rincones del mundo. Justo se

detuvo frente a una pequeña escultura situada en medio de un patio revestido de mosaicos. Se trataba de una pieza egipcia muy antigua, algo deteriorada por el paso del tiempo, que representaba una rama de árbol, donde estaba posado un pájaro, que a pesar de la inmovilidad de la materia, producía el efecto de gozosa ligereza del vuelo, con las alas abiertas.

Justo permaneció un rato absorto, y después, como si despertase de un sueño, preguntó con voz conmovida: —¿Es necesario que yo suprima esto?— y describiendo un círculo con la mano: —¿Y esto? ¿Y esto? En tal caso el edificio no tendría razón de ser.

—Pues bien, arrasad el palacio— repuso Josef. Había tanto odio en su acento que Justo prefirió callar.

Al día siguiente, Josef hizo llamar a Sapita, quien le preguntó en primer lugar si había obtenido algo de las autoridades de Tiberíades.

—No— repuso Josef, —su corazón es de piedra y mi poder se detiene, por desgracia, en los muros de la ciudad.

Sapita se mesó enérgicamente una de las puntas de la barba y pronunció esta vez la frase que omitiera en la entrevista anterior: «Hay que aniquilar al becerro de Samaria».

—Si los habitantes de Tiberíades se desprenden de esos objetos escandalosos seré indulgente con ellos— dijo Josef.

—¿También les ofreceréis asilo?

—Tal vez un asilo— repuso Josef.

Cuando Sapita se retiró, Josef sintió remordimientos. Ese hombre, a pesar de sus hombros defectuosos, era fuerte y seguramente poco delicado con las esculturas. Si asaltaba con sus hombres el palacio no destruiría sólo las estatuas.

El palacio había sido construido con gran belleza —el cielo raso era de madera de cedro y oro— y contenía innumerables objetos de gran valor. Era propiedad incuestionable del rey Agripa y se hallaba indudablemente bajo la protección de Roma. Desde hacía algún tiempo reinaba la calma en el país, y en Jerusalén se esperaba llegar a un rápido acuerdo con los romanos. (El zapatero Akavia había visto en la taberna humeante de Cafarnaúm al Mesías, sin espada.) Por la otra parte, había en Roma quienes esperaban que se produjera solamente un gesto del gobierno de Jerusalén que

pudiese ser interpretado como una agresión. Lo que Josef acababa de pactar podía poner en movimiento una pesada piedra, que numerosas manos habían logrado contener hasta entonces con enorme esfuerzo.

Durante la noche siguiente, el palacio del rey Agripa fue saqueado. Las dependencias ocupaban una vasta superficie, eran muy sólidas y no se las podía arrasar fácilmente. En efecto, sólo se lo logró a medias. Ocurrió al pálido resplandor de la luna, y —milagrosamente— sin gran estruendo. Muchos hombres encarnizados golpearon las piedras, las arrojaron al suelo, las pisotearon, así como los canastillos de flores de los jardines. Destruyeron con furia especial los surtidores y cascadas de agua. Corrían de acá para allá, empeñados en apoderarse de los ricos tejidos, de las incrustaciones de oro del cielo raso, de las pinturas de altísimo valor.

Justo advirtió rápidamente que sus tropas eran demasiado débiles para poner fin al expolio, y prohibió toda resistencia. Pero los «Vengadores de Israel» ya habían abatido a un centenar de soldados y de griegos civiles que, al comenzar el ataque, trataron de evitar el pillaje. En cuanto a las construcciones, ardieron durante casi todo un día.

La destrucción del palacio de Tiberíades produjo gran estupor en toda Galilea. En Magdala las autoridades pidieron ansiosamente instrucciones a Josef acerca de la actitud a adoptar, pero el comisario guardó un silencio obstinado. Súbitamente se le ocurrió partir hacia Tiberíades a la mañana siguiente del incendio, para presentar a Justo sus condolencias y ofrecerle su ayuda, si le era necesaria.

Lo encontró taciturno, vagando sin cesar alrededor de las ruinas. No había pedido tropas a su rey ni adoptado medida alguna contra la banda de Sapita; siendo él tan enérgico, no había podido reaccionar ante el desastre. Estaba desesperado. Al ver a Josef, no le hizo ningún reproche ni pronunció una sola palabra mordaz. Muy pálido, le dijo con voz ronca de emoción y de dolor:

—Vos no tenéis idea de lo que habéis hecho. Lo peor no ha sido la suspensión en el Templo de los sacrificios encargados por Roma, ni el ataque contra Cestio, ni siquiera el edicto de Cesa—

rea... Esto, esto, aquí, significa definitivamente la guerra— y agregó, con los ojos anegados de lágrimas de cólera y tristeza: —La ambición os ciega, Josef.

Sapita entregó a Josef una gran parte del botín conseguido en el palacio: oro, maderas preciosas, fragmentos de estatuas. Josef buscó inútilmente la rama y el pájaro de piedra oscura. No los encontró: probablemente había sido hecho de un material considerado de poco valor, fácil de convertir en polvo.

Las noticias de Tiberíades alcanzaron a los gobernadores de Jerusalén como un golpe en pleno pecho. Gracias a la mediación del pacífico legado Paulino habían obtenido una semipromesa del gobierno imperial: «Que Judea se mantenga en calma —había declarado Roma— y Roma se contentará con la entrega de algunos cabecillas: Simeón bar Giora y el doctor Eleazar.» La sola posibilidad de librarse de los cabecillas había causado regocijo en Jerusalén pero la hazaña de Tiberíades acababa de echarlo todo a perder.

Los Vengadores, que habían estado entre la espada y la pared, respiraron entonces a sus anchas.

La Sala Azul, lugar de sus reuniones, pasó a ser el centro de Judea y, gracias a los nuevos acontecimientos, el doctor Eleazar fue propuesto para integrar uno de los consejos del gobierno. El presuntuoso doctor disfrutó plenamente de la humillación de sus contrarios y se hizo de rogar antes de aceptar el cargo qué le ofrecían. Respecto al gobernador rebelde de Galilea, que en forma tan manifiesta había actuado contrariamente a las instrucciones de sus superiores, ni siquiera la Sala Azul podía mantenerlo en el cargo, máxime cuando el doctor Janai acababa de presentar personalmente un informe al Gran Consejo, reclamando la destitución y el castigo de Josef ben Matatías a quien calificaba de criminal. Por tanto, a los «Vengadores» no les pareció oportuno asumir su defensa y se abstuvieron de intervenir. Sólo un miembro del consejo dijo algo en favor de Josef: el ecuánime anciano doctor Yojanán ben Zakai.

—No condenéis a nadie— aconsejó —antes de que haya muerto.

Al padre de Josef, un anciano severo e irritable que se había sentido muy feliz por el nombramiento de su hijo, las noticias de lo ocurrido lo llevaron al borde de la desesperación. Le envió una carta suplicándole que regresara a Jerusalén de inmediato, a fin de defenderse antes de que se promulgase el decreto de destitución. Si, en cambio, permanecía en Galilea, todo estaría perdido para ellos. La inquietud le hacía temer la muerte, por lo que le manifestaba que no quería bajar a la tumba antes de volver a verlo.

Cuando la leyó, el joven comisario sonreía; amaba profundamente a su padre pero conocía su tendencia a verlo todo negro, y él, por el contrario, se sentía lleno de confianza. Una vez más se encaraban las cosas bajo distinta luz en Galilea y en Jerusalén. Ocurrida la destrucción de las estatuas de Tiberíades, Galilea se volcó en favor de Josef, pues a nadie se le ocultaba en el país que sin su consentimiento la operación no habría podido realizarse. Había echado abajo el muro que lo separaba del pueblo de Galilea; se lo consideraba un nuevo Yehuda Macabeo, como irónicamente lo había nombrado Justo, en una ocasión. La milicia armada aceptaría lo que él le sugiriera; por tanto no se trataba ya de su dependencia respecto de Jerusalén sino de la dependencia de Jerusalén respecto de él. Si lo deseaba, podría hacer pedazos el decreto de destitución.

Esa noche tuvo un sueño terrible. De todas las rutas llegaban legiones romanas, las veía aproximarse lentamente, implacables, en orden perfecto, en filas de a seis. Eran millares de hombres que parecían un solo ser. Tal representación de la guerra venía hacia él: era la técnica, una máquina enorme, pesada, ciega, implacable. Absurdo habría sido enfrentarse a esa máquina. Veía a los legionarios avanzar acompasadamente; los distinguía nítidamente pero —y esto era aún más espantoso— no oía nada. Gemía alucinado. Un solo pie gigantesco, metido en una monstruosa bota de soldado, subía, bajaba, subía otra vez y otra vez bajaba. Le era imposible huir: al cabo de cinco, de tres minutos lo aplastaría sin remedio. Josef se veía montado en su caballo «Flecha». Sapita y Juan de Giscala lo miraban sombríos, expectantes. Esperaban que él desenvainase la espada. Se aferró a la empuñadura, pero la hoja no salió, estaba clavada con fuerza a la vaina. Gimió. Justo de

Tiberíades lanzaba una carcajada. Sapita tiraba enfurecido de una de las puntas de la barba y el carpintero Calafta blandía los puños enérgicamente. Josef se esforzaba inútilmente por desenvainar su espada. El tiempo era eterno. Volvía a tirar con fuerza pero no podía arrancarla. El zapatero Akavia lloriqueaba: «Comed, joven, debéis comer» y el pie metido en la bota gigantesca avanzaba imperturbable.

Cuando despertó, vio que la mañana de invierno era clara y luminosa. La angustia, el interminable avance de la bota, no era ya más que el recuerdo de una pesadilla que Josef interpretó como un buen signo.

No había sido Jerusalén, sino Dios mismo quien lo había puesto en ese lugar: Dios quería la guerra.

Frenéticamente se dispuso a preparar la guerra santa. ¿Cómo había podido comer en Roma a la mesa de los extranjeros, cómo había podido dormir en su mismo lecho? Igual que a los Vengadores, le repugnaba el olor de su piel. Apestaban el país. Admitía que eran buenos administradores y que sus carreteras y acueductos eran necesarios, pero pensaba que esa tierra santa de Judea se hacía infecta cuando no se vivía en ella como judío.

Lo embargó la misma emoción que se había adueñado de él cuando escribió su libro sobre los Macabeos. Aquellos días habían sido premonitorios. Sentía crecer sus fuerzas y desconocía la fatiga, aunque trabajaba sin descanso del día a la noche. Bajo su mando la administración fue estricta, se acumularon provisiones, las guardias cívicas se organizaron disciplinadamente, se reforzaron las fortificaciones. Recorrió las ciudades de Galilea, sus vastas y apacibles campiñas, montañas y valles, las márgenes de sus ríos, del mar y de los lagos, a través de viñedos, olivares e higueras. Aparecía en todas partes montado en su caballo «Flecha». Se sentía joven, enérgico, transcendente. Irradiaba confianza. Delante de él flameaba el estandarte con la divisa de los Macabeos: «¡Quién es como vos, oh, Señor!», y su presencia, su palabra y la bandera encendían la pasión de la juventud de Galilea.

Muchos galileos, al oírle hablar del aniquilamiento de Edom con palabras que brotaban de su boca como las piedras ardientes salen de un volcán, aseguraban que un nuevo profeta había aparecido en

Israel. «*¡Marín, Marín!*» ¡Salud a nuestro señor, salud!, exclamaban con veneración al verlo llegar, y le besaban las manos y el borde del manto.

Fue a Merón, en la Alta Galilea. Era una pequeña ciudad, conocida sólo por sus olivares, su universidad y sus antiguos intérpretes de la Ley, el severo doctor Schamai y el amable Hilel. Los habitantes de Merón pasaban por ser creyentes particularmente fervorosos: los sepulcros de esos maestros, decían, les inspiraban un conocimiento profundo de Dios. Tal vez fuese por esa razón que Josef decidió ir allí. Habló en la antigua sinagoga y los doctores y estudiantes, más reflexivos que los naturales de otras ciudades, lo escucharon atentamente meciendo el cuerpo y suspirando por la emoción. De pronto, cuando Josef hizo una pausa después de un extenso y enérgico párrafo, un muchacho pálido gritó, en medio del silencio tenso e impresionante:

—¡Es él!

—¿Quién soy yo...?— preguntó Josef, irritado.

El joven, con mirada de perro devoto y aspecto enajenado, repitió:

—Sois vos, sí, sois vos.

Supo que los habitantes de la pequeña ciudad consideraban al muchacho un profeta de Yahvé y que dejaban abiertas las puertas de sus casas durante toda la noche, desde que él vaticinara que se les aparecería el Redentor.

Josef se estremeció e, indignado, increpó al joven duramente. En lo más íntimo alejaba como a una blasfemia la idea de que él pudiese ser el Mesías. Sin embargo, la fe en su misión divina lo penetraba con convicción creciente. Quienes lo tornaban por el Salvador eran unos locos pueriles pero, en verdad, él se sentía obligado a preparar su llegada.

La gente de Merón no quería resignarse a admitir que no habían visto al Mesías. Hicieron fundir en bronce las huellas de los cascos del caballo de Josef, y esos vestigios fueron para ellos más sagrados que las tumbas de los maestros de la Ley. Josef se encolerizó, se rió y se burló de semejante imbecilidad. No obstante, se sentía cada vez más intensamente unido a Aquel que debía venir, y deseaba ardientemente, voluptuosamente, verlo con sus

propios ojos. Cuando se presentaron los delegados de Jerusalén anunciándole el decreto de destitución, Josef les declaró sonriendo que debía haber un error, y que mientras no recibiese una confirmación precisa de la capital estaba obligado a tenerlos bajo vigilancia para evitar desórdenes en el país. Los emisarios le preguntaron quién le había dado plenos poderes para declarar la guerra a Roma, a lo que replicó que había sido encomendado de esa misión por Dios. Al oírlo, le recordaron la Ley: «Quien se permite decir en mi nombre una palabra que no le he ordenado pronunciar, ése morirá». Sin dejar de sonreír, con amabilidad y excelente humor, Josef se encogió de hombros y afirmó que habría que esperar para saber quién hablaba en nombre del Señor y quién no. Estaba radiante, seguro de sí mismo y de su Dios.

Reunió las milicias con las tropas de Juan de Giscala y marchó sobre Tiberíades. Justo le entregó la ciudad sin resistencia. De nuevo estaban frente a frente pero en esta ocasión el tercer personaje no era el anciano Janai, sino el enérgico, benévolo y astuto Juan de Giscala.

—Id tranquilamente a reuniros con vuestro rey Agripa— dijo Juan a Justo. —Sois un hombre inteligente, demasiado razonable para una guerra liberadora. Para emprenderla es imprescindible una fe sin fisuras y haber escuchado una voz interior.

Intervino amablemente Josef:

—Podéis llevaros la plata y los objetos de valor que pertenecen al rey. Os ruego que me dejéis tan sólo los documentos del gobierno. Podéis partir cuando lo deseéis, nadie os causará ninguna molestia.

—No tengo nada contra vos, Juan— repuso Justo. Vos obedecéis, así lo creo, a una llamada interior, pero vuestra causa está perdida, sin hablar de otros motivos razonables, sólo porque este hombre es vuestro jefe.

No miró a Josef, pero su tono estaba lleno de desprecio.

—Nuestro doctor Josef— dijo con una sonrisa Juan de Giscala —no parece ser de vuestro agrado. Pero es un brillante organizador, un magnífico orador, un jefe nato.

—Vuestro doctor Josef es un miserable.

Josef no contestó. El vencido estaba amargado y cometía una injusticia; de nada habría servido discutir con él y rebatirle.

Durante ese invierno galileo, Josef se sintió fuerte y feliz. En Jerusalén las autoridades no se decidían a emplear medidas drásticas contra él, y hasta pasaron por alto, sin darse por enteradas, que al cabo de algunas semanas volviera a titularse comisario del gobierno central. Josef protegió sin dificultad sus fronteras contra los romanos, los hizo retroceder dentro del territorio que ocupaban, se apropió de la margen occidental del lago de Genezaret, que pertenecía a los dominios del rey Agripa, y ocupó y fortificó las ciudades allí instaladas. Organizó la guerra. El aire sagrado del país le inspiraba ideas grandiosas y sorprendentes.

Roma también guardaba silencio: por su parte no se había producido ninguna reacción. El legado Paulino había roto toda relación con sus amigos de Jerusalén. Esta primera victoria había sido lograda muy fácilmente. Los romanos se limitaron a ocupar Samaria y las ciudades de la costa, donde estaban seguros de conservar el poder gracias al apoyo de la mayoría griega de la población. Las tropas del rey Agripa impedían cualquier escaramuza. Reinaba la calma en toda la comarca.

Quienes poseían bienes muebles, salvo los que íntimamente eran partidarios de los «Vengadores de Israel», trataron de ponerse a salvo bajo la protección de los romanos. La mujer de un tal Tolomeo, intendente del rey Agripa, fue sorprendida por los hombres de Josef en la vecindad de una aldea llamada Daharita, mientras trataba de pasar la frontera. Llevaba consigo numeroso equipaje compuesto por objetos de gran valor, algunos pertenecientes probablemente al mismo rey: buena captura, por cierto. Los que la llevaron a cabo se regocijaron imaginando la parte que les tocaría del botín. Pero quedaron cruelmente decepcionados, pues Josef lo hizo transportar al territorio romano, con una carta cortés que debía ser entregada en las manos leales a Roma del legado Paulino.

No era la primera vez que obraba así. Sus hombres empezaron a murmurar contra él y, por último, se quejaron a Juan de Giscala. El resultado fue una agria entrevista entre Juan, Sapita y Josef. Éste les recordó cuántas veces, en el transcurso de las guerras pasadas, romanos y griegos habían demostrado poseer idéntica nobleza de

espíritu. Pero Juan estaba furioso. Sus ojos grises, inyectados de sangre, lanzaban chispas malignas. Parecía una montaña que hubiese sido puesta en movimiento.

—¿Habéis perdido el juicio, jefe?— gritó. —¿Creéis estar en los juegos olímpicos? ¿Creéis en historias sobre el espíritu caballeresco, cuando se trata de luchar contra los romanos? Nosotros hacemos la guerra, y no ejercicios deportivos. Aquí no se trata de conquistar una corona de encina. Hay en este país seis millones de hombres que se asfixian porque no pueden respirar más el aire apestado por los gentiles. ¿Lo comprendéis?

Josef no respondió al ataque de furia. Quedó estupefacto, lastimado por tamaña injusticia. Miró a Sapita, quien permanecía de pie, sombrío, callado, pero dando a entender que las palabras de Juan expresaban su propio parecer.

Por lo demás, los tres eran demasiado sensatos para comprometer por una desavenencia el éxito de la empresa. Durante el invierno se ocuparon de la defensa de Galilea con todas sus energías.

El país conservaba la calma, pero esta tranquilidad comenzaba a hacerse agobiante. Por su lado, el entusiasmo y la confianza de Josef parecían no haberse alterado, aunque en medio de esa paz gozosa recordaba las palabras de Justo. Cada vez con mayor frecuencia, y aunque el trabajo excesivo colmaba sus días, le parecía oírlas en boca de sus subordinados y oficiales, en el tumulto de las asambleas populares, pronunciadas en voz baja pero nítidas y amargas: «Vuestro doctor Josef es un miserable». En lo más hondo de su corazón resonarían para siempre el desprecio y la contundencia de aquellas palabras dichas dificultosamente en arameo.

En el centro del mundo estaba situada la Tierra de Israel; en el centro del país, Jerusalén; en el centro de Jerusalén, el Templo. En el centro del Templo, el Santuario de los Santuarios, ombligo de la tierra. Hasta la época de David, Yahvé había sido guardado al amparo humilde de una tienda, en una cabaña precaria. El rey David resolvió construirle una casa. Destinó para ella la *Tenne Aravna*, la antigua y santa montaña de Sión. Pero no le fue concedido más que colocar los cimientos. Se le prohibió construir el edificio del Templo

porque en sus innumerables batallas había derramado demasiada sangre. Su hijo Salomón tuvo la gloria de proseguir la obra santa. Edificó durante siete años seguidos. Ninguno de los obreros murió durante ese tiempo, ninguno cayó enfermo, ningún instrumento se estropeó. Como estaba prohibido emplear el hierro en la santa obra, Dios envió al rey un diamante maravilloso, llamado *Schamir*, que cortaba la piedra. A menudo los diamantes se colocaban sobre las piedras sin intervención humana. Imponente y sagrado brillaba el altar de los holocaustos, junto a la fuente de las abluciones para los sacerdotes: el inmenso cuenco de bronce sostenido por doce torres. Junto al pórtico, se elevaban hacia el cielo dos árboles sorprendentes, también de bronce, llamados Yajin y Boar. En el interior, los techos artesonados se habían construido con madera de cedro; los suelos estaban revestidos con madera de ciprés y la pared y las piedras de los muros habían sido igualmente recubiertas. A lo largo de las paredes se colocaron candelabros de oro y se instaló la mesa para los panes de proposición. En el Santuario de los Santuarios, ocultas de las miradas por una cortina, estaban las figuras de los querubines, las gigantescas esculturas talladas en madera de olivo silvestre, con cabeza de ave, cuyos ojos lanzaban miradas aterrorizadoras. Con sus enormes alas doradas protegían el arca de Yahvé, que había acompañado a los judíos en el desierto. Ese Templo permaneció en pie más de cuatrocientos treinta años, hasta que el rey Nabucodonosor lo destruyó y se apropió de los utensilios sagrados, llevándoselos a Babilonia.

Vueltos del cautiverio de Babilonia, los judíos construyeron un nuevo Templo, demasiado modesto si se lo comparaba con el anterior. Hasta que un gran rey, llamado Herodes, en el décimo octavo año de su reinado, comenzó a restaurar la Santa Casa. Con el trabajo de miles de obreros hizo ensanchar la colina sobre la cual se elevaba el edificio. La apuntaló con los macizos muros de una triple muralla y dedicó tantos cuidados y arte a esta obra que ese templo se consideró por entonces el edificio más hermoso de Asia y, a los ojos de muchos, el más hermoso del mundo. En Jerusalén se decía que el mundo era un ojo cuyo blanco era el mar, el iris la Tierra y Jerusalén la pupila, donde se reflejaba la imagen del Templo.

Ni el pincel del pintor ni el cincel del escultor habían sido los verdaderos creadores de tanta belleza. Ésta emanaba de la armonía de sus enormes proporciones y de los materiales seleccionados con gusto exquisito. Inmensos pórticos dobles lo rodeaban completamente, ofreciendo su abrigo y su sombra a los paseantes que recorrían el entorno del Templo. La sala más hermosa era la Cuadrangular, en la que tenía su asiento el gran Consejo. Había una sinagoga, varios locales para la venta de ofrendas, tiendas de perfumes sagrados y profanos, un amplio matadero y, un poco retiradas, las mesas de los cambistas.

Un muro de piedra separaba estos espacios del santuario. Inscripciones en griego y en latín se multiplicaban hasta donde alcanzaba la vista, amenazando de muerte a todo no judío que lo franquease. Los que estaban autorizados a penetrar en el interior eran cada vez menos numerosos a medida que se avanzaba en el Templo. El tránsito en los patios sagrados estaba prohibido a los enfermos, a los inválidos y a los que hubieran estado cerca de un cadáver. Para las mujeres se había edificado un único y vasto recinto, en el cual no podían penetrar durante el período de la menstruación. Los patios interiores se reservaban para los sacerdotes, y sólo a aquellos que no padecían de ningún defecto físico.

Blanco y oro, el Templo dominaba la ciudad desde sus altas terrazas. Observado a distancia producía el efecto de una colina cubierta de nieve. Sus cúpulas se erizaban en puntas agudas, a fin de que los pájaros no pudiesen mancillarlas. Tanto los patios como los pórticos se habían cubierto con mosaicos artísticos. Por todas partes se veían terrazas, puertas, columnas, de mármol en su mayor parte, muchas de ellas revestidas de oro, de plata, o del más noble de los metales: el bronce de Corinto, esa antigua aleación formada durante el incendio de aquella ciudad por la mezcla de metales preciosos en fusión. Sobre el dintel de la puerta que conducía al santuario, Herodes había hecho colocar el emblema de Israel: la vid tallada en oro, tan gigantesca que el grosor de los racimos era igual al contorno de un hombre.

Obras de arte célebres en el mundo entero adornaban el interior del Templo: el candelabro de siete brazos, cada uno de los cuales

representa uno de los siete planetas: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; la Mesa con los doce panes de ofrenda que simbolizaban los signos del zodiaco y el año; el Vaso con las trece diferentes clases de perfumes del mar, del desierto y de la Tierra habitada, testimonios de que todo viene de Dios y sólo a Él pertenece.

En el subterráneo más profundo y mejor protegido se encontraba el tesoro del Templo, donde se guardaban las riquezas del Estado, una parte considerable del oro y de las piedras preciosas de todo el mundo. También allí se conservaban los ornamentos del

Sumo Sacerdote, el pectoral sagrado, las joyas del Santuario y la diadema de oro que llevaba inscrito el nombre de Yahvé. La diadema había motivado una larga querella entre Roma y Jerusalén, antes de que el tesoro del Templo hubiese sido definitivamente autorizado a conservarla, y esa disputa había costado mucha sangre.

En el corazón del Templo, aislado de las otras dependencias por una cortina de púrpura, se encontraba el Sancta Sanctórum. Estaba vacío y oscuro. Sobre el suelo desnudo no había nada más que una piedra tosca, el bloque de roca *Schetiyá*. Era allí donde, según los judíos, residía Yahvé. Nadie podía penetrar en ese recinto. Sólo una vez al año, el día de la reconciliación entre Yahvé y su pueblo, el Sumo Sacerdote entraba en el Santuario de los Santuarios. Ese día, en todo el mundo, los judíos ayunaban, y los pórticos y patios del Templo se colmaban de hombres que aguardaban a que el Sumo Sacerdote invocase a Yahvé por su nombre. Pocos podían oírlo cuando salía de la boca del sacerdote, pero todos creían escuchar el nombre divino, y cien mil rodillas se doblaban sobre el suelo del Templo.

En todas partes se hacían comentarios sobre el misterioso culto celebrado detrás del velo del Santuario de los Santuarios. Los judíos afirmaban que Yahvé era invisible y que su imagen no estaba allí, pero la gente no podía creer que esa sala estuviese sencillamente vacía. Si se hacían sacrificios a un Dios parecía lógico que ese Dios estuviese visible, en imagen, en ese lugar. El Dios Yahvé se encontraba allí, pero —decían— «los judíos, egoístas, lo esconden

para impedir que se lo quiten, para evitar que otros puedan conquistarlo». Los enemigos de los judíos, sobre todo los griegos, escépticos e irónicos, decían que no podía ser otra cosa que una cabeza de asno lo que se veneraba en el Santuario de los Santuarios. Pero la burla no surtía efecto. Los romanos, lúcidos e inteligentes y aun los bárbaros, torpes e ignorantes, callaban pensativos cuando se hablaba del Dios de los judíos. A todos sugería misterio e inspiraba temor el Invisible, oculto en el Santuario de los Santuarios.

Para los judíos de todas las naciones ese Templo constituía su verdadera patria, la fuente inagotable de su fuerza. Estuviesen a orillas del Elba o del Indo, en las costas del Mar Británico o en el curso superior del Nilo, rezaban volviendo el rostro hacia Jerusalén, donde se alzaba el Templo. Aportaban con ánimo gozoso su tributo para el Templo; iban en peregrinación, o proyectaban seriamente llevar algún día su cordero a la fiesta pascual. Si habían obtenido éxito en alguna empresa, lo agradecían al Invisible del Templo; si eran infelices o estaban necesitados, de Él esperaban auxilio.

Sólo en el recinto del Templo la tierra era pura. Todos los que residían en el extranjero deseaban que fuesen enviados allí sus despojos, a fin de encontrarse en ese lugar por lo menos en la muerte. Por dispersos que estuviesen en el mundo ésa era su patria.

Cuando llegó a Roma la noticia de la destrucción del palacio de Tiberíades, el emperador se encontraba viajando por Grecia. Había dejado a cargo del gobierno al ministro de la casa imperial, Claudio Helo. Éste convocó de inmediato un consejo de su gabinete, en el que participaron los treinta y siete titulares de los cargos de la corte. La noticia de que nuevas sublevaciones habían estallado en Judea los conmovió hondamente. Diez años más tarde, ese mismo mensaje no habría trascendido más que una novedad insignificante llegada de una provincia sin importancia. Pero en aquel momento hirió al imperio en su punto más sensible pues comprometía un proyecto de la mayor importancia: la nueva expedición alejandrina.

Precisamente, esos treinta y siete dignatarios habían fundamentado el ambicioso proyecto sobre una base sólida, preparando puntos de apoyo en el sur de Arabia, asegurando los

recursos financieros necesarios para la campaña de Etiopía y la aún más osada incursión en el mar Caspio. Las tropas ya habían sido movilizadas de acuerdo con los planes estratégicos de Corbulón y Alejandro Tiberio. La legión vigesimosegunda, así como todas las fuerzas que habían podido ser retiradas sin peligro de Germania, Britania y Dalmacia, se encaminaban hacia Oriente, y la decimoquinta hacia Egipto. Mas he aquí que ese plan magnífico se venía abajo por culpa de las interminables revueltas de los habitantes de Judea. De buena fe se habían dejado llevar por las opiniones de los funcionarios locales y habían confiado en que la provincia se pacificaría por sí misma. Pero en el presente estaba claro que habría que dedicar muchos hombres y un tiempo precioso para reprimir la sublevación.

La mayoría de los ministros no estaba integrada por romanos—romanos sino por griegos exaltados que íntimamente aspiraban a que su patria y Oriente se consagraran como el centro más importante del imperio. Se enfurecían estos consejeros y generales del nuevo Alejandro sólo con pensar que la espléndida expedición alentada por ellos fuese a postergarse o abandonarse por una pequeñez.

Sin embargo, supieron aparentar un talante comedido. Muchos de ellos, si no casi todos, eran hijos o nietos de esclavos y precisamente por eso querían demostrar que también ellos eran capaces de asumir la calma digna de los antiguos senadores.

Claudio Helo expuso la desdichada novedad llegada de Judea y sus consecuencias para el gran proyecto oriental. Sus orígenes también habían sido humildísimos. Era apuesto, (le aspecto impecable, imponente y grave. Su rostro era enérgico y sus rasgos armoniosos. Llevaba la sortija con el sello del soberano. Cualquier otro en su lugar habría acompañado al emperador a Grecia: era peligroso abandonarlo tanto tiempo a influencias extrañas, pero Claudio había preferido quedarse en Roma. Sabía que cualquier decisión que adoptase disgustaría a su amo, y pensaba que probablemente moriría joven, aspirando polvo de oro o abriéndose las venas. Sin embargo, la vida no le parecía un precio demasiado alto si se trataba de disfrutar del placer de gobernar el mundo.

Habló serena, brevemente, sin tapujos. Se había tomado esa sublevación muy a la ligera; era preciso encararla ahora con seriedad.

—Todos nosotros hemos estado engañados— reconoció abiertamente, —con una sola excepción. Ruego a quien no lo estuvo que nos transmita su pensamiento.

Aunque ninguno de los presentes apreciaba a Filipo Talas, personaje frío cuya nariz era como el pico de un buitre, todos miraron con respeto al jefe de la Sección Oriental. Filipo había advertido desde el comienzo que no había que dejarse adormecer por las palabras de reconciliación, melosas y astutas, que Jerusalén prodigaba. Incluso había tenido que soportar que lo pusieran en ridículo a causa de su constante recelo y odio senil por los judíos; sin embargo, ahora quedaba demostrado que el ojo del odio había visto con más claridad qué la confianza indulgente.

El ministro Talas no dejó traslucir su satisfacción. Aunque se lo veía pequeño, encorvado y con el aspecto insignificante de siempre, interiormente una dicha inmensa lo había engrandecido. Era como si las cicatrices que lo marcaban desde el tiempo de su esclavitud se hubieran hecho invisibles. Llegados a ese punto, tras el saqueo del palacio de Tiberíades —que los dioses consintieron—, después de esa reincidente e insolente ruptura de todos los compromisos, se enfrentaban a la necesaria y definitiva solución. Ya no sería suficiente la aplicación de un castigo moderado, como podría ser la ejecución de algún millar de sublevados y la imposición de una multa de varios millones de sestercios: sus colegas tendrían que estar de acuerdo con él.

—Jerusalén debe ser destruida— dijo el ministro.

No elevó ni le tembló la voz, a pesar de que era el gran momento de su vida, por el cual moriría satisfecho cuando debiera descender a la tumba. Ocultó su regocijo. Una voz le repetía en los oídos: «Nablión», «Nablión», sí, pese al intérprete Zaqueo. Imaginaba a las tropas arrojándose sobre la insolente Jerusalén, apresando a sus habitantes por las barbas, degollándolos, incendiando edificios, hundiendo los muros y arrasando el Templo, erigido por la soberbia de los judíos. Sin embargo nada de esto se

advirtió en sus palabras, dichas en tono gruñón. Dándolo por sobreentendido confirmó:

—Jerusalén debe ser destruida.

Se produjo un silencio, interrumpido por un suspiro. Claudio volvió hacia Regino su bello rostro moreno y preguntó si el director de las pesquerías de perlas imperiales quería hacer alguna observación. No, no tenía nada que objetar: esos galileos se habían conducido de modo muy estúpido; verdaderamente no quedaba otra cosa que hacer, habría que movilizar al ejército.

Claudio resumió el debate. Con el consentimiento de sus colegas, pediría al emperador que inaugurase lo más pronto posible la campaña contra Judea. Hasta ese momento había sido posible enviar despachos a Grecia por medio de los mensajeros que portaban una corona de laurel enarbolada en el bastón —signo de buena nueva—, pero en esta ocasión, para demostrar al emperador la gravedad que revestía la situación no quedaba otra solución que sustituir el laurel por una pluma —anuncio de desgracia.

El Senado, a instancias de Claudio Helo, ordenó abrir el Templo de Jano como primera indicación de que el imperio estaba en pie de guerra. El senador Marullo presidió la ceremonia y expresó irónicamente su pesar a Claudio por encontrarse obligado a celebrarla en ocasión tan poco propicia. En toda la extensión del imperio se había disfrutado de un año de paz: quizá eso fue lo que motivó la sorpresa del pueblo cuando acudió a la apertura de las pesadas puertas del Templo de Jano, que giraron con estrépito sobrecogedor sobre sus goznes, para dejar a la vista de todos la estatua del dios de dos caras, el dios de la duda. De lo que con él comenzaba no se conocía el final. Cierta zozobra sacudió el ánimo de los asistentes: el inmenso y generoso Júpiter Capitolino iniciaba una guerra contra el misterioso Dios invisible de Oriente.

En los barrios pequeñoburgueses se apoyó la decisión adoptada por el emperador respecto a aplicar mano dura —al fin— contra los judíos. Los mercaderes gentiles empezaron a desplazar a los judíos de los centros donde su presencia databa de tiempo inmemorial.

En esos casos, el patriotismo fue un excelente pretexto para canalizar el odio acumulado contra los competidores en el comercio.

Volvieron a ser escuchadas en las tabernas viejas historias sobre judíos que se repetían como si hubieran sido confirmadas alguna vez. Se decía que éstos adoraban una cabeza de asno en su santuario y que en su fiesta pascual sacrificaban a niños griegos en honor de la bestia sagrada. En los muros de las sinagogas aparecieron amenazas e inscripciones vejatorias. Se hostigó de muchas formas a los circuncisos. Se los expulsó de los baños de Flora y, en una ocasión, en una taberna de la Suburra, a algunos judíos que se resistieron a comer carne de cerdo se les abrió la boca a la fuerza para llenársela con la carne abominable y prohibida. Cerca de la Puerta de las Tres Calles asaltaron la tienda de un comerciante de bebidas *káscher*, rompieron las botellas y volcaron su contenido sobre los cabellos y las barbas del judío. La policía reprimió rápidamente estos desórdenes.

Los miembros del senado, de la diplomacia, de las altas finanzas estaban atareadísimos. Había que crear y proveer una cantidad enorme de nuevos puestos. Se olfateaba un cierto olor de botín en el ambiente. Los antiguos generales retirados se sintieron reanimados; se los vio recorrer todos los lugares donde podían recoger noticias. En el Foro resonaban las risas excitadas; en las columnatas de Livia, en el Campo de Marte, en los baños bullía la actividad. Cada personaje contaba con sus propios candidatos y sus correspondientes aspiraciones personales; incluso la sacerdotisa mayor de las vestales se hacía transportar diariamente al Palatino para exponer sus pretensiones a los ministros.

El precio del oro, de las telas preciosas y de los esclavos bajó en la bolsa de Delos y en la de Roma; se suponía que el botín de Judea los suministraría en grandes cantidades. En cambio subió el precio del trigo, pues las tropas exigían enormes contingentes de víveres. Las armerías trabajaban al máximo; la ocupación era febril en las canteras de Ravena, de Pozzuoli y de Ostia. En las casas de Claudio Regino, de Junio Thrax y del senador Marullo los correos se sucedían sin cesar: pensaban en la guerra contra Judea con una lógica amargura, pero, existiendo la posibilidad de realizar buenos negocios, ¿por qué ceder las ganancias a terceros?

Entre los judíos reinaba la más desolada confusión. Conocían todos los detalles de lo que había ocurrido en Jerusalén. Sabían

cuál era el papel que estaba desempeñando Josef. ¿Era posible —pensaban— que ese hombre que había vivido entre ellos, que se vestía y hablaba como ellos, que conocía Roma, se hubiese puesto al frente de tan loca aventura? Entre todos, el más indignado contra los miembros del Consejo era Claudio Regino.

¿Cómo habían podido enviar a Galilea a ese insignificante improvisador? A gente de esa clase se la deja desahogarse en la literatura, pero no en la alta política, decía. Muchos judíos eminentes de Roma se apresuraron a manifestar al gobierno su desaprobación por la conducta del fanático criminal de Galilea. Las autoridades romanas tranquilizaban sus ánimos inquietos. Era evidente que los cinco millones de judíos que habitaban fuera de Judea, dispersos por todo el imperio, eran súbditos leales que pagaban pesados impuestos: el gobierno no pensaba importunarlos.

El cómico Demetrio Libán estaba muy afectado por los acontecimientos: por un lado lo entusiasmaban, por otro lo llenaban de pesadumbre. Invitó a su casa a algunos judíos fieles a la causa y, una vez cerradas cuidadosamente las puertas, les recitó fragmentos del

Libro de los Macabeos. Desde el primer momento Demetrio había descubierto en el corazón del doctor Josef una llama ardiente de fervor patriótico y, sin embargo, también se percataba mejor que nadie de la locura y la inutilidad de la lucha de Josef contra Roma. Además, el propio Demetrio había empezado a sufrir directamente las consecuencias de los desórdenes de Judea; en la calle, a menudo lo acompañaban los gritos de «¡El judío Apella!», exhortándolo a interpretarlo para las masas. Si se negaba sería tan injuriado como antes había sido aclamado.

La población judía de Roma se agitaba, desesperada. Leían con el corazón lleno de angustia los libros de los profetas: «Oigo los gritos de una parturienta, las quejas de una mujer atenazada por los dolores. Es la hija de Sión. Gime y se lamenta y se retuerce las manos: "Desdichada de mí, es necesario que yo desaparezca ante los degolladores".» Se encerraban en sus casas, ayunaban y rezaban en las sinagogas. Ningún romano perturbaba sus ceremonias.

Sólo la minoría de los judíos de Roma creyó ver en la sublevación de Judea la salvación, el cumplimiento de las antiguas profecías sobre el Redentor. Entre ellos estaba Irene, la mujer del doctor Licino. Escuchaba callada las expresiones airadas de su marido, repudiando a los criminales insensatos, pero íntimamente se regocijaba. Sabía que Josef no estaba entregado a una pasión indigna y seguía pensando que él era un gran hombre de Israel, de la raza de los profetas: un soldado de Yahvé.

El mensajero portador del bastón coronado con una pluma, signo de infortunio, alcanzó al emperador en la capital de Grecia, en la alegre Corinto, rumorosa aún de fiestas.

El joven soberano no se había sentido nunca tan feliz. Grecia, el país más civilizado del mundo, le había brindado una recepción calurosa, al parecer sinceramente entusiasmada por su talento, su amabilidad, su benevolencia y por la idea de que ese viaje no era sino el preludio de una empresa mucho más importante, la de agregar a su imperio la otra mitad del mundo, la más noble, la más sabia; la de completar la obra del hombre más grande que hubiese jamás existido y enriquecer las dos partes del universo habitado, dándoles la dicha de sentirse auspiciadas por su nombre imperial. Justamente en ese día se daba comienzo a una extraordinaria obra que sería la culminación de su viaje: con una pala de oro se había efectuado la primera excavación para la apertura del istmo de Corinto. Al día siguiente se celebraría con una fiesta el compromiso de la construcción del canal. El mismo emperador había compuesto un poema en el que el dios, majestuosamente, avanzaba y ordenaba al águila extender las alas para el gran vuelo.

Ese día, cuando acababa de regresar al palacio de Corinto, una vez terminada la ceremonia, llegó el mensajero portador de las noticias de Judea. El soberano leyó el informe y lo arrojó sobre la mesa. El pergamino cayó sobre el manuscrito de su poema, tapándolo a medias, de manera que sus ojos se posaron en este verso: «El que hace mover el océano / y conduce el sol a su antojo».

Se incorporó del asiento e hizo un gesto adelantando el labio inferior. Los dioses tenían celos de él y de su proyectada expedición alejandrina. «*El que hace mover el océano /y conduce el sol a su antojo.*» Los versos finales del poema sólo tenían sentido como

prólogo de la futura campaña. En ese momento ya no significaban nada.

Gesio Floro, el gobernador de Judea, había elegido el camino más cómodo, dejándose matar. En cuanto a Cestio Galo indudablemente había caído en desgracia: ese anciano debilucho había sido incapaz de contener a la desvergonzada Judea.

El emperador reflexionó: ¿a quién podría enviar a aquel país? Jerusalén era la fortaleza más sólida de todo Oriente y su población —lo sabía gracias a Popea— fanática y terca.

Esta guerra requería una mano enérgica para impedir que se prolongase excesivamente; no toleraría de ningún modo que por su causa la expedición alejandrina fuera postergada por más de un año. Era necesario enviar a Judea a un hombre firme, con ideas claras y sin propósitos ambiciosos ulteriores. Un hombre que emplease la fuerza que se le confiara contra Jerusalén y nunca contra su emperador.

¿Dónde encontrarlo? Le fueron sugeridos algunos pocos nombres. Cuando los examinó de cerca, quedaron aún menos. Por último no quedó más que uno: Muciano.

El emperador entrecerró los ojos con un gesto de desconfianza. Al senador Muciano también habría que tratarlo con sumas precauciones. Nerón lo recordaba muy bien: un hombrecito gastado por su vida licenciosa, de rostro arrugado y muy cuidadoso de su vestimenta.

Usaba bastón porque padecía una ligera cojera, pero generalmente sólo lo llevaba apoyado sobre un hombro, sosteniéndolo con una mano, lo que ponía bastante nervioso al emperador, además de sus continuas muecas. No obstante, reconocía que Muciano era bastante inteligente y lúcido y sabría acabar rápidamente con la provincia rebelde. Sólo temía que ese ambicioso sin límites, que habiendo estado en la ruina había sabido encumbrarse al primer rango en el umbral de la vejez, podría dejarse arrastrar fácilmente hacia intentonas peligrosas, en el pleno uso de la autoridad.

El emperador suspiró preocupado, se sentó ante el manuscrito y lo hojeó con malhumor: *El que conduce el sol*. Tenía que eliminar precisamente, los mejores versos. No podía confiar el desenlace a

un actor; él mismo debía hacer el papel del dios. No, no le daría demasiado poder a ese Muciano, no pondría al alcance de nadie una oportunidad tan peligrosa. Avanzaba la noche y no lograba concentrar su atención en los pasajes que habían quedado desgajados a causa de los cortes en el fragmento final. Apartó el manuscrito. En ropa de dormir pasó discretamente a las habitaciones de su amiga Clavia. Estaba preocupado. Inclinó su rostro abotargado y sudoroso sobre el lecho, y suspiró. Pesaban en su ánimo los pros y los contras: los primeros hablaban en favor de Muciano.

—Pues bien, invitadlo— le dijo Clavia.

—Pero los segundos están en su contra.

—Entonces no lo enviéis; tal vez sea posible encontrar a otro.

No, no quería pensar más en ello. Ya le había dado muchas vueltas, ahora era cuestión de inspiración, de acierto, de su acierto. Sólo deseaba ocuparse de la fiesta. Al día siguiente, después de la representación, tomaría una decisión.

En Roma la esperaban ansiosamente.

El emperador resolvió el problema en un rapto de inspiración, durante los festejos. Estaba en el estrado, con la cabeza cubierta por una pesada máscara y calzado con altos coturnos para representar al dios. Aguardaba el aviso para aparecer en el escenario cuando se le ocurrió la solución. Nombraría a Muciano pero no lo dejaría solo. Pondría a otro personaje a su lado para vigilarlo, y ya sabía a quién. Sin ocupación fija, formaba parte de la cohorte imperial un anciano general que toda su vida había aspirado a ocupar los puestos más destacados. Si alguna vez los consiguió tuvo la mala condición de perderlos, razón por la que flotaba a su alrededor un cierto tufillo burlesco. Su nombre era Vespasiano. Se parecía más a un comerciante de provincias que a un jefe del ejército pero se había distinguido en la campaña de Britania y ganado la reputación de excelente militar. Sin embargo, por no haber podido disimular el fastidio que le producían los recitales épicos, ya había causado al soberano serios disgustos. Para colmo, tres días antes se había quedado completamente dormido. Sí, mientras el emperador declamaba, leyendo los bellos versos de

Dánae en unos folios que el viento agitaba sin parar, Vespasiano dejó escapar un sonoro ronquido.

Nerón pensó imponerle un severo castigo, pero sentía cierta compasión por los infelices a quienes los dioses han rehusado el sentido de la belleza. La sanción no fue definitiva; por el momento sólo le prohibió la entrada al anfiteatro. Pasados unos días, el emperador lo había visto, desde lejos, abatido y diligente. Sí, éste era el hombre que le hacía falta, el hombre a quien no se le ocurrirían ideas demasiado audaces. Lo enviaría a Judea y, sobre todo, se desembarazaría por mucho tiempo de este personaje grotesco. Estaba convencido de que el robusto y tosco general era el hombre indicado para cortarle las alas enérgicamente al elegante Muciano. Dividiría el poder pleno entre los dos, nombrando a Muciano gobernador general de Siria y a Vespasiano general supremo de Judea. El primero carecería de poder militar y el segundo de toda autoridad política, y de esta forma ambos se recelarían mutuamente.

Nerón sonrió, no obstante estar sofocado por el calor que le producía la pesada máscara. Verdaderamente era una excelente decisión, fruto de una acertada inspiración. Subió al escenario y declamó el vibrante poema del dios. A pesar de los cortes, opinó que jamás había interpretado mejor un papel: merecía los aplausos que le prodigaron.

El general Tito Flavio Vespasiano regresó, terminada la fiesta, a la pequeña casa suburbana que había arrendado al comerciante Laques, por el tiempo que durase su estancia en Corinto. Se quitó el manto y el uniforme de gala; maldijo a su criado por tratar con poco esmero esa indumentaria que él cuidaba como a la niña de sus ojos y se puso una túnica sencilla para estar en casa, bastante gastada, sobre prendas interiores de abrigo, ya que hacía bastante frío en ese día de primavera. Vespasiano contaba más de cincuenta años y el reúma había empezado a molestarlo.

Comenzó a andar a grandes pasos por la habitación, malhumorado; en su amplia frente aparecieron profundas arrugas. Todo su rostro grueso de campesino se ensombreció súbitamente. Aún cerrando la boca —bastante grande—, resonaba su fatigosa respiración.

La solemne representación no había resultado una fiesta para él. Fuera adonde fuese encontraba el mismo recibimiento glacial; sus saludos eran apenas correspondidos y en esta ocasión, al preguntar al chambelán Gortyn —ese canalla pretencioso— si podía presentar sus respetos al emperador, la respuesta había sido: «Quedaos quieto en vuestro rincón», pronunciada en un mal griego de provinciano pedante.

Cuando más lo pensaba más se convencía de que sería inútil esforzarse por que algo cambiara. No podía comprender cómo tres días antes él sido el protagonista de una estúpida anécdota. Ese viaje desastroso a Grecia no le iba a producir sino perjuicios. De todos modos, opinaba que su distracción durante la declamación del emperador no era tan grave. Ciertamente, se había dormido —lo reconocía— pero no había roncado. Según él, se trataba de una infame calumnia de ese hijo de perra del chambelán. El incidente había sido causado, simplemente, por su ruidosa respiración.

El anciano general se dio palmadas en los muslos para entrar en calor. Seguramente nunca más sería recibido por el emperador; ya lo había percibido en el teatro, aunque no llevaba puestos los anteojos. Y hasta se consideraría afortunado si no se le acusaba de crimen de lesa majestad, por los supuestos ronquidos. Lo mejor que podía hacer era volver discretamente a su casa de Italia. En el fondo no le contrariaba terminar sus días en calma. No había sido suya la decisión de zarandear su estropeado esqueleto por ir detrás del emperador hasta Grecia, con el propósito de conseguir algún favor de su parte. Si fue sólo se debió a que su mujer Cenis no lo dejaba en paz ni le permitía gozar de la excelente vida del campo. Lo había incitado sin darle tregua a ascender, más y más, aunque íntimamente se divertía con sus fracasos.

Todo había comenzado en su lejana juventud, por culpa de la maldita superstición de su madre. Cuando Vespasiano nació, de una encina consagrada a Marte brotó en esos días un retoño extraordinariamente fuerte, por lo cual la enérgica matrona afirmó que en ese hecho se manifestaba un presagio seguro de felicidad. Su hijo —así lo había decidido la fortuna— llegaría más alto que los recaudadores de impuestos, los provincianos banqueros y los oficiales de poco rango que habían sido sus ascendientes. Pero a

Vespasiano te gustaban desde la infancia las labores del campo y de buena gana habría aprovechado su instinto natural de campesino, consagrando toda su vida a hacer producir la tierra y enriquecer a sus padres. La tenaz señora no cesó de inculcarle, por el contrario, la fe inquebrantable en un brillante futuro que llegaría algún día a alcanzar, y lo obligó a ejercer la carrera político-militar.

Recordando los sucesivos fracasos de su carrera, el viejo general resoplaba más fuerte y apretaba los labios un poco más. En tres ocasiones seguidas se había elevado sobre su condición pero había vuelto a caer. A duras penas consiguió en una ocasión que lo nombraran prefecto de Roma. Durante los dos primeros meses todo marchó de maravilla: la policía, los servicios de orden de los juegos del circo y las representaciones teatrales funcionaron bien y eficazmente. Había establecido un excelente control de las importaciones alimentarias y de los mercados; las calles de la ciudad lucían perfectamente limpias, aunque, precisamente una anécdota relacionada con este tema fue entonces la causante de su caída.

Un día en que el emperador Claudio recorría la capital en compañía de un embajador extranjero, tuvo la desdichada ocurrencia de atravesar una callejuela adyacente muy abandonada, con la consecuencia de que el lodo salpicó a los miembros del cortejo, cubriéndolos de suciedad. Sin vacilar —y como escarmiento — Claudio mandó cubrir de lodo y excremento de caballo el uniforme de gala del prefecto Vespasiano, que integraba el cortejo por orden superior.

El recuerdo de aquellos momentos hacía aparecer un rictus de disgusto en el rostro sagaz del campesino. Sin embargo, el episodio no había concluido demasiado mal. El asunto debió de causar una impresión lamentable y a la vez cómica, sobre todo porque el general no perdió la compostura y permaneció impasible, con los brazos rígidos cubiertos por el lodo. Seguramente, su actitud había divertido al emperador, porque las consecuencias del hecho no fueron del todo negativas. Quizá todo lo contrario. Vespasiano nunca había poseído privilegios con los que poder traficar y, aunque sus iniciativas en el Senado eran respecto al tema intencionadamente serviles y aparentemente ingenuas, el organismo

—bastante corrupto—, indeciso entre la burla y el temor, muchas veces acababa aceptándolas.

Al recordar después de tantos años su conducta pasada, no encontraba ninguna inconsecuencia que reprocharse. Se casó con Domitila, que había sido amante del caballero Capella, y gracias a sus vínculos e intrigas estrechó relaciones con Narciso, el favorito de Claudio. Narciso era un hombre hecho a su medida, con quien podía entenderse en buen latín. Exigía una comisión pero hacía ganar dinero a los más eficientes. Buenos tiempos habían sido aquéllos cuando Narciso lo envió como general a Britania para sofocar los desórdenes. Allí los enemigos no le había combatido por la espalda como los cortesanos en Roma, sino que eran auténticos bárbaros a los que se podía atacar y golpear duro. Había cosas tangibles: tierras, costas, bosques, islas dispuestas a ser conquistadas. En aquel entonces comprendió mejor que nunca la profecía de la encina sagrada. Le concedieron a su retorno un triunfo oficial y ocupó durante dos meses el cargo más honorable del Estado.

El general se soplaba los dedos y se restregaba las manos para calentarse. Después, como siempre, al cabo de esos dos meses, cuando había logrado alcanzar la cumbre, volvió a desplomarse. Ése era sin duda su destino. Hubo un nuevo emperador, nuevos ministros y él cayó en desgracia. Entretanto su madre había muerto, y como ella ya no estaba allí para estimularlo con su fe inquebrantable, esperó concluir sus días en paz. Se estableció cómodamente en el campo, sin envidiar a su hermano Sabino, que habiendo llegado muy arriba, conservaba todavía su posición.

Fue entonces cuando Cenis entró en su vida. Aunque de origen muy humilde, era una inteligente hija de esclavos a quien la emperatriz madre había hecho educar, además de adoptarla como su secretaria. Ella comprendió el carácter de Vespasiano y qué cosas esperaba de la vida. Al igual que él, no daba un comino por las ceremonias de la corte y las jerarquías. Era aficionada a las bromas pesadas y a las picardías de la soldadesca como él, sabía hacer cuentas rápidas y bien hechas y a la par de él, se burlaba y enfadaba con su hermano, el envanecido Sabino. Pero así mismo —lo confesaba suspirando, aunque con satisfacción— se había

apropiado, mucho más profundamente que él, de la sólida fe en el futuro de Vespasiano, alentada por su madre. Entre sollozos y juramentos lo obligó a cambiar su vida apacible de campesino por el ruidoso trajín de Roma, a consecuencia de lo cual consiguió el gobierno de la provincia de África. Allí vivió los peores años de su vida, aunque los había vivido muy duros. La opulenta provincia —tanto el pueblo como los grandes personajes ambiciosos— aspiraba a ser gobernada por un buen representante, no por un robusto labriego. Se sabotearon sus decisiones. En cuanto aparecía en la calle se producían tumultos. En la ciudad de Hadrumot le arrojaron zanahorias podridas. Vespasiano no habría dado a ese asunto más importancia que al excremento de caballo, pero, por desgracia, la manifestación tuvo consecuencias graves: fue depuesto. Golpe cruel, pues había invertido toda su fortuna en negocios poco limpios que sólo por su condición de gobernador podían rendirle grandes beneficios, pero como simple ciudadano no le darían absolutamente nada. A este extremo lo había llevado su talento financiero. De regreso a sus tierras, que aún no habían sido repartidas entre él y su hermano, no tuvo otra solución que soportar del arrogante Sabino una pesada hipoteca para hacer frente a sus deudas más urgentes. En el transcurso de aquel año, este hombre animoso no tuvo sino una sola satisfacción: fue cuando supo que la provincia de África le había erigido una columna conmemorativa dedicada «al honorable gobernador». Sonreía al reflexionar sobre el único resultado positivo de su actividad en. África.

Después, todo había ido de mal en peor. Abrió una agencia de transportes y, alentado por la enérgica Cenis, se ocupó de procurar cargos y títulos nobiliarios. Pero se dejó atrapar en un asunto fraudulento de mucha envergadura y si se libró del castigo fue gracias a la intervención poco agradable de su hermano. Tenía ya cincuenta y ocho años, y nadie se acordaba de que Vespasiano alguna vez había atravesado el Foro sobre un carro triunfal, vestido con la toga consular. Si se exhibía en público, se comentaba entre risotadas la historia de las zanahorias podridas. No lo llamaban más que con el mote de «transportista». Su hermano, a la sazón prefecto de policía de Roma, hacía una mueca cuando pronunciaban el nombre de Vespasiano, y decía con acritud:

—Callad, cuando se nombra a ese «transportista» huele a excremento de caballo.

Después de su fracaso en Grecia, parecía que toda aspiración hubiera terminado para él, aunque, pensándolo bien, eso no dejaba de tener sus ventajas: podría pasar a gusto los días que le quedaran por vivir. Decidió regresar al día siguiente. Ante todo arreglaría, por supuesto, sus cuentas con el comerciante Laques, que le había alquilado la casa como si le hiciese un favor. Vespasiano se regocijaba con la idea de tratar como buen romano a ese griego bribón, melindroso y lleno de ínfulas, que lo engañaba tanto a la vista como a sus espaldas. Hecho esto retomaría con placer el camino de Italia, pasaría seis meses en su propiedad de Cosa, otros seis en la de Nursia, criaría mulos, cuidaría sus olivares, bebería entre bromas su vino con sus vecinos, y por las tardes disfrutaría de Cenis o de alguna de las sirvientas. Y al final, en cinco o diez años más, cuando incinerasen su cuerpo, Cenis vertería lágrimas virtuosas, Sabino se alegraría de haberse desembarazado de ese hermano comprometedor, los otros asistentes hablarían muy bajo, riéndose, del excremento y de las zanahorias podridas, y quedaría demostrado que el vigoroso retoño de la encina sagrada había brotado en vano.

Tito Flavio Vespasiano, ex comandante de una legión romana en Britania, ex cónsul romano, ex gobernador de África, envejecido, caído en desgracia en la corte, con 1.100.000 sestercios de deudas, a quien un chambelán un día mandó esconderse en un rincón, había concluido su balance y estaba contento. Iría a ver al armador y discutiría con ese griego impertinente el precio del viaje de retorno. Después daría a Cenis un empujoncito y le diría:

—Y bien, mi amiga, esto se acabó. De hoy en adelante no me haréis salir más de abajo de la estufa, aunque levantéis la pierna así de alto.

Sí, en el fondo estaba contento, y con un suspiro de satisfacción se envolvió en su manto.

Desde el vestíbulo de la casa, el comerciante Laques venía a su encuentro. Parecía atribulado, deshaciéndose en saludos, reverencias y cortesías.

Detrás de él, grave el porte, el rostro solemne y oficial, avanzaba un mensajero con el laurel de buen augurio en el bastón. Rindió honores, exhibiendo su emblema, y dijo:

—Mensaje de Su Majestad al cónsul Vespasiano.

Vespasiano, que desde hacía mucho tiempo no se había oído nombrar así, sostuvo asombrado el pergamino sellado y volvió a mirar el bastón del mensajero. Era, en efecto, el laurel y no la pluma; no podía estar relacionado con el desdichado sueñecito del día del recital. Rompió el sello sin ceremonias, en presencia del correo y de Laques, quien ardía de curiosidad. Sus labios se entreabrieron, su gruesa cara campesina se contrajo en una mueca, y palmeando enérgicamente la espalda del mensajero, exclamó:

—Laques, viejo truhán, dadle a este muchacho tres dracmas de propina, es decir, no, dos bastarán.

Después subió al primer piso agitando el pergamino, y dándole una palmada en el trasero a su amiga Cenis, le gritó con voz tonante:

—Cenis, vieja liebre: lo hemos conseguido.

Entre Cenis y él existía un entendimiento sin palabras muy preciso, por el cual cada uno sabía qué pensaba o temía el otro. Sin embargo, esta vez se aturdieron mutuamente con un flujo inagotable de palabras, se sacudieron tomándose por los hombros, se rieron, juntando las caras y separándose enseguida; corrieron de un lado al otro de la habitación, los dos a la vez y luego cada cual por su lado. No les importaba que los oyesen. Sin preocuparse por nada exhibieron su alma desnuda.

¡Por Júpiter! Había valido la pena hacer el viaje. Aniquilar a esa Judea rebelde era cosa fácil, hecha como de medida para Vespasiano. Bien estaba que los estrategos de genio, Corbulón o Alejandro Tiberio, se ocupasen de una empresa utópica como la nueva expedición alejandrina. Vespasiano se tapaba los oídos con el manto cuando oía esas fanfarronadas, esos proyectos imperialistas. Pero algo concreto como la campaña de Judea hacía palpitar el corazón de un viejo general como él. Los supremos generales podían quedarse esperando a que llegara su ocaso. ¡Esos benditos judíos! ¡Bravo por ellos! ¡Otra vez bravo! Aunque

habría sido mejor para él si hubiesen desencadenado la tempestad algún tiempo antes.

Se sintió completamente satisfecho. Cenis encargó el comerciante Laques los platos más apetitosos para Vespasiano, sin reparar en el precio. Debía traerle también, pasado el mediodía, alguna joven bonita, no demasiado delgada, para divertir a Vespasiano. Pero Vespasiano hizo poco caso de esas atenciones y se consagró de inmediato al trabajo. Había dejado de ser el viejo campesino, en ese momento ya era el general, el jefe militar que prepara con todos sus sentidos activos la ejecución de sus planes. Las tropas de Siria eran tan holgazanas como cerdos, él les enseñaría lo que significaba la disciplina romana. El gobierno querría probablemente endilgarle la decimoquinta legión, que acababa de ser destacada a Egipto, o la vigesimosegunda, que ya se había puesto en camino para esa absurda expedición alejandrina. Pero él no se dejaría convencer tan fácilmente. Negociaría con el gabinete militar cada hombre, uno por uno. Si hacía falta daría un puñetazo en la mesa y expondría muy claramente a esos señores sus exigencias.

—Señores— les diría, —no se trata aquí de simples bárbaros como los germanos. Tendré que vérmelas con un pueblo mucho mejor organizado desde el punto de vista militar. De inmediato se presentaría en palacio. Sonriente, volvió a cubrir su cuerpo gastado con el uniforme de gran gala, del cual había creído tres horas antes no volver a tener ninguna necesidad.

En la residencia imperial fue recibido por el chambelán Gortyn, quien lo saludó reglamentariamente, el brazo extendido y la mano abierta. La conversación fue breve y concisa. Sí, el general podría ver a Su Majestad dentro de una hora más o menos. ¿Y el prefecto del pretorio? El prefecto estaba a su disposición. Jocosamente, cordialmente, mientras daba unos pasos por delante de Gortyn para la entrevista con el prefecto, Vespasiano le dijo:

—Y bien, amigo ¿quién se come ahora su propio excremento?

El invierno pasó demasiado rápidamente, un buen invierno para Josef. Trabajó febrilmente. Se burlaba de la técnica de los romanos, pero no se avergonzaba de imitarla. De Roma había obtenido la

experiencia; las ideas eran de él. Alejó de su corazón las pequeñas preocupaciones. Una sola cosa le importaba: preparar la defensa.

Su confianza iba en aumento. ¿No habían sido Babilonia, Egipto, el reino de los Seleúcidas, imperios tan poderosos como Roma? Sin embargo, Judea se les había resistido. ¿Qué significa el más poderoso ejército ante el soplo de Dios? Él lo aventa sobre la faz de la tierra como paja y arroja sus máquinas de guerra al mar, como nueces vacías.

En las ciudades, bajo los pórticos de las sinagogas, en las grandes salas de reunión, en los hipódromos de Tiberíades y de Séforis, al aire libre, Josef congregaba a la multitud que prorrumpía en gritos: «*¡Marín! ¡Marín!* ¡Maestro! ¡Jefe!» Y él, esbelto, gallardo, erguido ante el inmenso panorama, alzaba la cabeza, los ojos brillantes, los brazos en alto, y hacía brotar de su corazón graves y poderosas invocaciones a la fe:

—Yahvé ha bendecido este país, mas hoy lo devoran la lepra y el gusano romanos. Hay que pisotear al gusano, destruirlo, aniquilarlo. ¿Qué es lo que da a los romanos la audacia para avanzar con tanta temeridad? Poseen un ejército, una ridícula «técnica»: se pueden medir, exactamente, sus legiones: ellas cuentan cada una diez mil hombres, diez cohortes, sesenta manípulos, y, además, sesenta y cinco catapultas. Israel cuenta con su Dios, Yahvé. Es inmaterial; no se puede medir pero bajo su soplo se rompen las máquinas de asedio y las legiones se funden en el aire. Roma posee un imperio, mas su poder ya se quebranta, pues ha alzado su mano impía, osando enfrentarse a Yahvé y a su pueblo elegido, de quien Yahvé recibe una enorme devoción. Ataca a su primogénito, a su heredero, a Israel. Los tiempos se cumplen. Roma ha sido, el Reino del Mesías será; ya está cerca. Llegará hoy, mañana, quizá ya esté presente. Es inconcebible que vosotros, que habéis sellado una alianza con Yahvé, seáis en este país que es vuestro, los oprimidos, y que los comedores de cerdo sean los amos. Dejadlos traer sus legiones por mar y a través de los desiertos. Debéis creer y luchar. También poseéis compañías y máquinas; tenéis sobre todo a Yahvé y a sus cohortes de guerra.

Pasó el invierno; una primavera magnífica resplandecía en los viñedos, sobre las terrazas guarnecidas de olivares, sobre los

cultivos de moras e higueras de Galilea. Las márgenes del lago de Genezaret, en las cercanías de Magdala, donde Josef había instalado desde el comienzo su cuartel general, estaban colmadas de flores y perfumes. Se respiraba un aire tibio y estimulante. Fue durante esos deslumbrantes días de primavera cuando llegaron los romanos.

Primero penetró un destacamento de su ejército. Se presentaron en las ciudades del norte y en las de la costa, y no retrocedieron ante las columnas de arqueros enviadas por Josef. Continuaron en avance arrollador tres legiones enteras con caballos y carros y fuertes contingentes de auxiliares. En primer término la infantería ligera, cohortes de cazadores y partidas de espías. Luego llegaron los primeros grupos de soldados pesadamente armados, los peones para nivelar las carreteras irregulares, eliminar los obstáculos difíciles de franquear y desbrozar las malezas. Les siguieron el tren del comandante y de su estado mayor, la guardia del comandante y el jefe en persona. Detrás avanzaban la caballería y la artillería; poderosas máquinas de asedio, arietes, balistas y catapultas bien provistas de proyectiles. Enseguida apareció la insignia: el águila, venerada como un dios. El grueso del ejército continuaba en filas de a seis. Cerró el despliegue el voluminoso equipaje de las tropas, sus columnas de víveres, el cuerpo de los juristas y funcionarios del tesoro. En una fila seguía una multitud de civiles: diplomáticos, banqueros, innumerables mercaderes y, sobre todo, joyeros privados de los diplomáticos, grandes negociantes del imperio, y mujeres.

Se produjo una expectante calma en el país cuando llegaron los invasores. Muchos de los voluntarios judíos se dieron a la fuga. Lenta, irresistiblemente, el ejército romano prosiguió su marcha. Conforme al plan de Vespasiano barrería toda Galilea: el interior, la costa y el mar.

Al rey Agripa habría correspondido la pacificación de Genezaret, pues esa región — incluso las ciudades de Tiberíades y de Magdala— le pertenecía. Pero ese rey refinado poseía una sensibilidad demasiado impresionable: le repugnaba realizar él mismo los actos de violencia necesarios para castigar a los rebeldes. Vespasiano cedió, pues, al ruego del soberano, amigo

devoto de Roma, y confió la expedición represiva a su propio ejército. Tiberíades se sometió sin resistencia. La ciudad bien fortificada de Magdala trató de defenderse, pero no se pudo mantener mucho tiempo contra la artillería de los romanos: la traición dentro de sus propios muros hizo el resto. Cuando los romanos penetraron en la ciudad, muchos rebeldes se refugiaron en el lago, hacinándose en los barcos de pesca, por lo que los soldados debieron perseguirlos en el agua. Fue un combate naval grotesco en el que hubo, de parte de los romanos muchas risas y de parte de los judíos muchos muertos, pues las márgenes más próximas del lago habían sido ocupadas totalmente por el enemigo. Los romanos hacían zozobrar las ligeras barcas y se divertían cazando con sus pesadas balsas a los náufragos. Observaban atentamente los esfuerzos que éstos hacían por salvarse, mientras apostaban a cuántos serían los que preferían ahogarse o dejarse matar. ¿Acabarían con los rebeldes de un flechazo o dejarían que se agarrasen a una balsa, para cortarles las manos? El lago, hermoso y célebre por el juego de sus colores cambiantes, ese día estaba totalmente enrojecido. En sus riberas, que hiciera famosas su buen aroma, se pudrieron durante varias semanas los cadáveres, razón por la que los peces, engordados durante los meses siguientes, tuvieron mucha aceptación entre los romanos. En cambio los judíos, entre ellos el rey Agripa, se abstuvieron durante años de comer pescado del lago de Genezaret. Tiempo después se cantaba una canción que comenzaba así: «Cerca de Magdala el lago está rojo de sangre, cerca de Magdala el lago está lleno de cadáveres». Un cálculo exacto estableció finalmente que en ese combate naval murieron 4.200 judíos, lo que le valió al capitán Sulpicio 4.200 sestercios, pues había apostado a que el número de muertos pasaría de 4.000. Si hubiesen sido menos, habría tenido que pagar la misma cantidad, más tantos sestercios por unidad que faltara para completarla.

Dos días después, Vespasiano convocó un consejo de guerra. Para la mayor parte de los habitantes de la ciudad no era difícil saber quiénes habían demostrado una actitud beligerante, pero, ¿qué hacer con los prisioneros que, huyendo de tantos sitios de Galilea, habían irrumpido en la plaza fortificada?

Eran 38.000. Habría sido demasiado complicado determinar hasta qué punto cada uno de ellos era un rebelde, aunque todos resultaban demasiado sospechosos para liberarlos sin más. Por otra parte, mantenerlos mucho tiempo cautivos habría implicado enormes gastos. Se habían entregado sin resistencia a los romanos, bajo palabra de honor y por tanto dar la orden de ejecutarlos le parecía a Vespasiano excesivamente desleal.

Pero después de algunas breves discusiones, los miembros del consejo de guerra se pusieron de acuerdo en que contra los judíos todo estaba permitido, y si no se podían conciliar ambas cosas, el interés era preferible al honor. Después de dudar un poco, Vespasiano se declaró conforme. En un griego ambiguo y difícilmente comprensible concedió la vida a los prisioneros, pero les permitió alejarse sólo por el camino de Tiberíades.

Los cautivos le creyeron, pues sus palabras parecían coincidir con sus propios deseos, y partieron por el camino prescrito. Pero los romanos ocupaban el paso y no dejaron que nadie tomara otro rumbo. Cuando los 38.000 prisioneros llegaron a la ciudad fueron conducidos al gran hipódromo. Allí esperaron con ansiedad las palabras del jefe romano. Pronto apareció Vespasiano y ordenó poner aparte a los enfermos y a todos los que tenían más de cincuenta y cinco años de edad. Muchos se incorporaron a este grupo, pues pensaron que los otros serían obligados a volver a pie a sus lugares de origen y que ellos viajarían, en cambio, en carruaje. Pero se engañaron. Finalizada la selección de los prisioneros, Vespasiano dio orden de exterminar al primer grupo: no servían para otra cosa. Hizo separar entre los restantes a los seis mil más vigorosos y, acompañados de una carta respetuosa, los envió a Grecia, para que el emperador los empleara en la construcción del canal de Corinto. Respecto a los demás, ordenó venderlos como esclavos en favor del ejército, descontando algunos miles que ofreció a Agripa.

Desde el comienzo de los disturbios hasta entonces habían sido vendidos 100.000 judíos. El precio de los esclavos bajó considerablemente en las provincias de Oriente, donde cayó de 2.000 a 1.300 sestercios por cabeza.

Por una atalaya de la pequeña pero sólida fortaleza de Jotapata, Josef veía avanzar la décima legión. Los ingenieros del ejército tomaban las medidas para efectuar el emplazamiento del campo. Josef conocía muy bien esos campamentos. Sabía que las legiones, gracias a la práctica de muchos siglos, los establecían rápidamente cada vez que hacían un alto en el camino, y que al cabo de dos horas todo estaría a punto. Consistía en mil doscientas tiendas para cada legión, separadas por calles, muros, puertas y torres: en resumen, una ciudad bien fortificada.

Nervioso y dispuesto a todo, Josef observaba a los romanos, cada vez más próximos, formando un gran círculo, ocupando las montañas circundantes, franqueando con precaución gargantas y valles para, finalmente, cerrar el cerco como una tenaza.

Fuera de Jotapata no les quedaba a los judíos más que dos fortalezas en toda Galilea: el monte Tabor y Giscala, donde Juan ejercía el comando. Si los romanos conquistaban esas tres plazas, tendrían despejado el camino a Jerusalén. Los jefes habían resuelto mantenerse allí el mayor tiempo posible, para retirarse en el último momento a la capital, donde se concentraba una numerosa milicia pero pocos dirigentes y organizadores.

Cuando Josef comprobó que también la décima legión había acampado junto a los muros de su fortaleza, experimentó una extraña euforia. Vespasiano no padecía del nerviosismo de Cestio Galo ni disponía de una, sino de tres legiones completas: la quinta, la décima y la decimoquinta. A Josef no le sería fácil apoderarse de una de sus tres águilas de oro. Pero, por su parte, el baluarte de Jotapata poseía buenos muros y torres sólidas. Estaba situada en un lugar alto y escarpado y contaba con abundante reserva de víveres. La guarnición, sobre todo los hombres de Sapita, se hallaba en excelentes condiciones. Vespasiano debería hacer esfuerzos extraordinarios para abatir esos muros y llevarse los rollos de la Ley de la casa de oración.

El general romano no inició el ataque. Su ejército acampaba tan inactivo como un leño, e igual de sólido. Probablemente esperaba que Josef, desesperado, saliese de su escondrijo o sucumbiese por agotamiento.

Josef recibió por vía clandestina una carta de Jerusalén. La capital —le anunciaba su padre— no le enviaría refuerzos. Aunque el doctor Eleazar ben Simeón había pedido con insistencia que se despachasen esas fuerzas, en Jerusalén existían personas a las que no disgustaría la caída de Jotapata, con tal de que Josef se hundiese al mismo tiempo. Era preferible, pues, que entregase la fortaleza que, falta de recursos, no podría mantenerse más de dos semanas, en el mejor de los casos.

Josef reflexionó tozudamente. Estaban en el mes de mayo. Si Jotapata podía resistir hasta julio, estaría —tal vez— demasiado avanzada la estación para que los romanos pudieran atacar Jerusalén. ¿No lo comprendían los señores de la Sala Cuadrangular? Poco importaba: él salvaría la ciudad enceguecida, a pesar de ella misma. Respondió a su padre que defendería Jotapata no durante dos semanas, sino siete veces siete días. Sí, estas palabras «siete veces siete días» se le habían ocurrido espontáneamente. Con una seguridad igualmente visionaria los profetas habían hecho antiguamente sus predicciones. Mas la carta de Josef no llegó a su destino. Los romanos la interceptaron y en el estado mayor se rieron mucho del alarde del jactancioso comandante judío: Jotapata no podría durar tanto tiempo.

Pasó la primera semana y los romanos seguían sin atacar. La ciudad estaba bien provista de víveres pero empezó a escasear el agua de las cisternas, y Josef debió racionarla estrictamente. El verano era caluroso y los sitiados sufrían cada vez más la sed. En busca de agua, muchos se deslizaron fuera de la ciudad por caminos subterráneos, pues la cumbre montañosa estaba atravesada por un sistema intrincado de pasos secretos. Pero esas tentativas no eran más que locuras audaces: quien caía en manos de los romanos moría en la cruz.

El capitán Luciano había sido encargado de las ejecuciones. Hombre valiente pero muy sensible al calor, estaba a menudo malhumorado y ordenaba atar simplemente a los condenados a la cruz, lo que les acarreaba una muerte más lenta y por tanto más dolorosa. En cambio, en sus días de buen humor, autorizaba a los verdugos a clavar las manos de las víctimas, de modo que las heridas al desgarrarse aceleraban la muerte.

Lastimosas procesiones escalaban las montañas todos los atardeceres. Eran los condenados, que llevaban a la espalda los maderos a los que sus brazos extendidos habían sido firmemente atados. La brisa nocturna refrescaba los cuerpos suspendidos pero las noches eran cortas, y en cuanto salía el sol se abatían sobre ellos las moscas y otros insectos. Aves de presa y perros errantes se reunían alrededor, en espera de su bocado. Los crucificados pronunciaban la confesión del moribundo: «Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único». La decían mientras sus fuerzas se lo permitían, la repetían de cruz en cruz. Al poco tiempo, la fórmula hebrea se convirtió en pretexto para toda clase de bromas en el campamento romano. Los médicos militares hacían estadísticas para calcular el tiempo que tardarían en morir un hombre atado a la cruz y otro clavado a ella. Elegían para sus observaciones a prisioneros de determinada fuerza o calculada debilidad y comprobaban hasta qué punto el intenso calor del verano apresuraba su fin. En todas las elevaciones de los alrededores se alzaban cruces, y los supliciados se renovaban tarde tras tarde, pues los romanos no podían conceder a cada víctima una cruz para su uso exclusivo, por rico en bosques que fuese el país. Había que economizar la madera; se necesitaba para construir trincheras y galerías de aproximación a la obcecada ciudad. Abatían todos los árboles de los alrededores y trabajaban al abrigo de ingeniosos cobertizos techados con pieles de animales y cuero húmedo, que hacía ineficaces los proyectiles incendiarios de los sitiados. Los habitantes de Jotapata envidiaban a los romanos porque podían utilizar cuanta agua quisieran para ese fin. En sus salidas furtivas lograron muchas veces incendiar las construcciones enemigas. Pero lo destruido inmediatamente era restaurado y las galerías se aproximaban cada vez más.

Por las noches, desde lo alto de las torres, Josef observaba el progreso del enemigo. Cuando las galerías hubiesen alcanzado cierto punto situado al norte, Jotapata estaría perdida, aún cuando Jerusalén enviase refuerzos. Examinaba detenidamente el panorama en derredor: en todas las cumbres se alzaban cruces, también en las rutas de las montañas. La cabeza de los crucificados caía inclinada sobre el pecho y se les desencajaba la mandíbula.

Trataba, maquinalmente, de contarlos. Tenía los labios secos e hinchados, el paladar endurecido, los ojos inyectados de sangre: pero se conformaba con la misma ración de agua que todos los demás.

El 20 de junio, 18 de Siván del calendario judío, las trincheras llegaron al punto final del norte. A la mañana siguiente Josef ordenó la celebración de un servicio divino, para que los fieles reunidos pronunciasen la confesión de sus faltas. Envueltos en las estolas, con los hilos azul y púrpura de la oración, los hombres —puestos de pie— se golpeaban frenéticamente el pecho y gritaban con fervor: «¡Oh, Adonai! He pecado y cometido faltas y crímenes delante de vuestro rostro.» Josef, también de pie, situado al frente en su calidad de sacerdote de primera categoría, se confesaba con convicción, y mientras repetía la fórmula como todos los demás, se sentía manchado, vil, contrito. En el momento de entonar la tercera frase algo le hizo alzar la cabeza y adivinó, dirigida contra él con rencor e insistencia, la mirada de unos pequeños ojos furiosos que le horadaban desde una de las últimas filas. La boca no pronunciaba a coro con las demás «Yo he pecado», sino que decía neta y violentamente esta frase: «Vos habéis pecado, vos habéis pecado, vos habéis cometido faltas». Era Sapita. Cuando Josef pronunció con los otros sacerdotes la bendición al final del servicio, y con las manos en alto y los dedos separados, se situó ante los concurrentes que bajaban la cabeza —pues sobre los sacerdotes en el momento de la bendición se posa el espíritu divino—, vio otra vez los ojos que le miraban con insolencia y hostilidad. El rostro de Sapita expresaba un rotundo desprecio. Parecía decir: «Cerrad la boca, Josef ben Matatías. Preferimos morir sin vuestra bendición.»

Josef quedó atónito. No se había sustraído a ningún peligro, sufría la sed y las privaciones como el último de los soldados, sus disposiciones se habían demostrado acertadas y eficaces. Dios estaba manifiestamente con él; había defendido la ciudad más tiempo del que podía preverse. ¿Qué quería Sapita? Josef no le hizo ningún reproche. Ese hombre estaba ciego. Lo que decía era una calumnia.

El ataque que Josef emprendió a la mañana siguiente contra las trincheras del norte fue exitoso, gracias exclusivamente al fanatismo

frenético de sus soldados. Más valía morir en el campo de batalla que en la cruz, y esta sombría aspiración a morir luchando permitió a los judíos acercarse a la posición más peligrosa, pese a la continua lluvia de flechas. Allí exterminaron a los hombres que la defendían, e incendiaron las empalizadas y las máquinas. Los romanos cedieron, no sólo en ese punto sino también al sur, donde apenas habían sido presionados. Muy pronto los soldados de Jotapata conocieron el motivo de la retirada. Vespasiano había sido herido. La alegría reinó entre ellos, y Josef hizo distribuir una doble ración de agua. Estaban en la quinta semana. Si llegaban a la séptima, el verano habría alcanzado su plenitud y Jerusalén se salvaría por ese año.

Para los romanos fue necesaria casi otra semana para volver a asegurar su posición en el norte. En el ínterin reacondicionaron las máquinas de guerra y los arietes en tres de los contrafuertes. Los arietes eran enormes postes, parecidos a mástiles de navíos suspendidos con cuerdas a otra horizontal, que reposaba a su vez sobre sólidos pilares. Un numeroso equipo tiraba el ariete hacia atrás y lo soltaba después, bruscamente. Ni el más grueso muro podía resistir, a la larga, los choques de esas poderosas máquinas.

Después de que los arietes actuaran durante algún tiempo, Vespasiano juzgó que la fortaleza estaba en condiciones de sufrir un asalto general. El cielo se ensombreció por una nube de flechas, las trompetas de las legiones hicieron oír sin descanso sonidos espantosos; las balistas lanzaron gruesas balas de piedra y las catapultas produjeron el sordo rugido del eco en las montañas. Sobre las trincheras empezaron a moverse tres torres de diecisiete metros de altura, acorazadas con planchas de hierro y ocupadas por lanzadores de venablos, arqueros, honderos y balistas ligeras. Los sitiados estaban indefensos contra esos monstruos de hierro. Bajo su protección, emergían de las galerías siniestras tortugas gigantes que, cubiertas con las corazas, avanzaban sin que ningún proyectil las pudiese alcanzar. Las torres acorazadas obraban de preciso acuerdo con las tortugas, y dirigían sus golpes sobre la parte de los muros donde éstas habían situado su objetivo, de modo que los defensores, se veían obligados a abandonarlos. Cuando los sitiadores alcanzaron cinco puntos de las murallas al mismo tiempo,

lanzaron las pasarelas de asalto. Pero en el preciso instante en que éstos no podían comenzar el ataque sin riesgo de herir a sus propios camaradas, los sitiados vertieron sobre ellos aceite hirviente, que se deslizó bajo el metal de las armaduras, y echaron sobre las pasarelas una decocción de heno griego, que los hizo resbalar.

Llegó la noche sin que los judíos hubiesen podido detener el empuje romano. Los golpes de los arietes resonaron hasta la mañana, sordamente. Las torres acorazadas y las máquinas continuaron su tarea. Los hombres heridos rodaban muro abajo grotescamente. Se oían por todas partes clamores y gemidos. Fue tan espantoso el tumulto durante la noche que los oficiales judíos ordenaron a sus hombres destacados sobre las murallas que se taparan los oídos con cera. En cuanto a Josef, escuchaba el tumulto infernal con salvaje excitación. Era el cuadragésimo sexto día del sitio; conservaría la ciudad siete veces siete días. Después vendría el quincuagésimo y se haría el silencio, quizá el de la muerte. Feliz en medio de los tremendos rugidos, saboreaba por adelantado la calma del quincuagésimo día, y evocaba las palabras de la liberación: «Es ante todo el ataque y el gran tumulto, pero Dios se presenta enseguida en el silencio».

Esa misma noche, uno de los defensores logró arrojar desde la altura de la muralla un enorme bloque de roca sobre uno de los arietes, con tal fuerza que la cabeza de hierro se partió. El judío saltó muralla abajo, se apoderó de la cabeza del ariete que había caído entre las filas enemigas y, bajo una lluvia de proyectiles, escaló el muro y se desplomó, con cinco heridas, cuando alcanzó la ciudad. El héroe era Sapita.

Josef se inclinó sobre el moribundo. Sapita no podía morir llevándose en el corazón su rencor calumnioso. Alrededor de ellos había diez hombres de pie, que decían al agonizante: «Oíd, Israel, uno y eterno es nuestro Dios Yahvé», a fin de que penetrase en el más allá con las palabras de la profesión de fe. Sapita se mesaba dificultosamente uno de los extremos de la barba y movía los labios; pero Josef percibió que no era la fórmula sagrada lo que pronunciaba. Se inclinó un poco más para acercársele. Los pequeños ojos de poseído de Sapita parpadeaban con expresión

triste y hostil. Hacía visibles esfuerzos por hablar. Josef acercó la oreja a sus labios resecos. No pudo oírlo, pero le pareció que le dirigía una palabra de desprecio. Asombrábale a Josef y le entristecía a la vez que ese desventurado partiese en medio de tal ceguera. Bruscamente, le dijo en voz baja y afectuosa:

—Escuchad, Sapita: no dejaré que los romanos lleguen este verano a Jerusalén. Me mantendré otros tres días en la ciudad. Y no me abriré camino hacia la capital, como habíamos convenido. Permaneceré aquí hasta la cuarta mañana.

Los diez hombres gritaban, mientras tanto, a fin de que sus voces llegasen a oídos del moribundo: «Oíd, Israel». Josef dirigió a Sapita una mirada casi suplicante. Era necesario que comprendiese su error, que muriese reconciliado. Pero los ojos enrojecidos de Sapita estaban fijos y le colgaba la mandíbula: Josef había hecho una promesa a un muerto.

A partir de ese día no volvió a conciliar el sueño. Estaba en todas partes sobre las murallas. Le ardían las mejillas, le dolían los párpados, se le había hinchado el paladar, ensordecido los oídos por el ruido de las máquinas de guerra, y enronquecido la voz. Pero no pensaba en sí mismo. Resistió así tres días, hasta la medianoche del cuadragésimo noveno, en que cayó abatido por un sueño pesado y profundo.

Al alba gris del primer día de julio, el quincuagésimo del sitio, los romanos tomaron la plaza fuerte de Jotapata.

No habían transcurrido dos horas desde que Josef se durmiera cuando lo sobresaltaron los gritos de «Aquí están». Se incorporó tambaleante, asió lo que estaba al alcance de su mano: un trozo de carne, pan, su cinturón de sacerdote bordado de flores, el decreto que lo nombraba comisario, los dados que le ofreciera en Roma el cómico Demetrio Libán. Después se lanzó trastabillando a la calle, a la luz lívida del amanecer. Algunos hombres que lo rodeaban lo arrastraron a un paso subterráneo, en una cisterna abandonada, profunda como una amplia caverna. Eran doce los refugiados en el agujero, entre otros un hombre gravemente herido; tenían víveres, pero sólo un pequeño cubo de agua. Permanecieron allí todo el día, esperanzados, mas cuando cayó la noche comprendieron que no podrían escapar. El camino subterráneo se ramificaba, giraba y

concluía siempre en la caverna. No salía fuera de la ciudad, donde los romanos montaban guardia permanente.

Al segundo día el herido murió; al tercero se agotó el agua, al cuarto esos hombres, debilitados por el largo asedio, enfermaron y enloquecieron por la sed.

Al quinto día, Josef ben Matatías, tendido en un rincón de la caverna y reclinada la cabeza sobre su cinturón azul de sacerdote, se cubrió el rostro con el manto y esperó que los romanos viniesen a degollarlo. Le abrasaba el vientre; trataba continuamente de tragar, aunque bien sabía que era penoso y casi imposible; su pulso era irregular, todos sus miembros estaban doloridos; si cerraba los ojos, los párpados irritados les hacían daño; veía bailar en la oscuridad puntos y círculos que se agigantaban, se encogían, brillaban y se entrelazaban. Habría sido dulce, seductor, apresurar la muerte. Pero quedaba aún una esperanza: tal vez antes pudiese beber. Quizá los romanos, cuando llegasen, le darían de beber antes de crucificarlo. Existía en Jerusalén una asociación de mujeres caritativas que, al paso de los desdichados condenados a la cruz, les daban de beber un brebaje compuesto de vino y mirra. Se descubrió y sus labios resecos esbozaron una sonrisa.

Veía al alcance de la mano la gran cisterna con el agua racionada en cantidades muy, muy reducidas. Ahora que los romanos estaban allí, no había necesidad de seguir economizando el agua. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Se veía camino de la cisterna, rodeado de muchísima gente. Avanzaba en medio de judíos y de romanos, que subían la cuesta tambaleantes. Era el jefe supremo, pero se apartaban de él. Avanzaba sin desviarse hacia la cisterna, ávido. ¡Beber! En la cisterna no había ya centinelas sino un hombre que no le dejaba saciar su sed. «Alejaos, por favor, Sapita. Os golpearé si no me dejáis beber. ¿He sido, acaso, cobarde? ¿Me he cuidado, acaso, de las espadas, de los hierros, de los incendios, de los hombres que caían muro abajo? No alcéis tan tontamente la cabeza del ariete con el brazo sano; sé muy bien que estáis muerto. Sois un mentiroso infame, Sapita, por más muerto que estéis y es necesario sacaros, de allí.»

El penoso y vano esfuerzo por tragar le arañaba la garganta dolorida y le hacía olvidar sus divagaciones. Volvió a cubrirse el

rostro con el manto. Quería ahuyentar la visión. En el desierto, junto al esenio Banus, había provocado a menudo sus visiones, pero en ese momento sólo deseaba conservar las ideas claras, ordenar su cerebro. No quería pensar más en la muerte por el hecho de haber pasado varios días sin probar agua, porque cuando no se bebe durante largo tiempo se pierde la cabeza, es cosa bien conocida. Pero él, no... Los otros, sí, morían finalmente de sed; mas él, no, era imposible. Tenía mucho por hacer todavía, había perdido demasiado tiempo. ¿Dónde estaban las mujeres que no había tenido, el vino que no había bebido, las bellezas de la tierra que no había visto, los libros que no había escrito? ¿Por qué no se había acostado con Popea, en aquel tiempo? Su vestido era de tul de Cos, transparente. Veía brillar el vello de su piel. Debía de ser de color ámbar. ¡Había dejado pasar a tantas mujeres! Muslos, pechos, rostros femeninos desfilaron por su mente.

No, no eran mujeres, eran frutas, montones de frutas apiladas como en el mercado: frutas sabrosas, higos, manzanas, racimos de uvas enormes. Ansiaba morderlas, masticarlas, tragarlas, pero cuando se creía a punto de alcanzarlas, aparecía el infame rostro moreno amarillento que él conocía bien. «No, perro maldito, yo no muero todavía, no quiero daros ese placer, sobre todo a vos, triste pedante, simio de la sabiduría, con vuestras estatuas, vuestra simetría y vuestros sistemas. ¿Queréis hablar de Judea? ¿Qué comprendéis de ella? ¿Habéis estado allí alguna vez? ¿Habéis hecho alguna vez algo digno? No tenéis sangre en las venas, vicioso. Cuando Judea destruyó vuestro maldito palacio, tuvo razón, diez veces razón, y yo estoy de acuerdo con ello.

»No deliro, señor. Tengo mucha sed, pero sé muy bien lo que digo. Es una ignominia burlarse en Roma de los Macabeos. Es mezquino y miserable. Sois un personaje deleznable, Justo de Tiberíades.»

En su cabeza resonaba un tumulto de innúmeras voces: «*¡Marín!, ¡Marín!*», y, en medio de esos gritos, decía sin cesar una voz fina, insistente, devota: «¡Es él!».

No, no había dejado jamás que esa voz lo arrastrase, nunca se había dejado persuadir, había rechazado con energía esa blasfemia. Era el tentador, que aprovechaba ese momento de debilidad y le

hacía escuchar de nuevo esa voz. Sí, a buen seguro, no era sino una descarada astucia del tentador, que quería apartar de él el rostro de Yahvé.

Se incorporó a duras penas sobre las rodillas; atormentado, golpeó el suelo con la frente y pronunció su confesión: «¡Oh, Adonai, no he pecado, no he cometido ninguna falta! Dejadme beber, yo he santificado vuestro nombre. Quiero agua. No permitáis que vuestro servidor muera de sed, pues os he servido fielmente y debéis darme agua.»

De pronto resonó en la caverna una voz chillona, que Josef reconoció como la de un oficial romano. Los otros refugiados lo sacudieron. Era una voz auténtica, no cabía la menor duda. Hablaba griego y decía que el jefe galileo estaba en la caverna, y que si los que se escondían allí se entregaban, les perdonaría la vida.

—Dadme agua —dijo Josef.

—Tenéis una hora para pensarlo —replicó la voz—, antes de que fumiguemos la cueva.

Una sonrisa de felicidad cubrió el rostro de Josef. Había embaucado al difunto Sapita y al viviente y desvergonzado Justo, que no le había permitido acercarse a las frutas. Ahora bebería y viviría.

Algunos de los compañeros de Josef no quisieron entregarse. Recordaron lo sucedido en Magdala, y se convencieron de que si los romanos se apoderaban de ellos, perdonarían a lo sumo a Josef, para exhibirlo en el triunfo, pero crucificarían a los demás o los venderían como esclavos, por lo que decidieron luchar. Medio enloquecidos por la sed, obstruyeron el camino a Josef: lo matarían antes que permitirle entregarse a los romanos.

Josef no deseaba otra cosa que beber. Pudiera ser que los romanos le perdonaran la vida o no, eso vendría después. En todo caso, le darían de beber, y aquellos imbéciles no querían permitírselo. Eran locos, perros furiosos. Sería ridículo dejarse matar, después de sufrir tantas torturas, sin haber bebido. Reunió todas las fuerzas que le quedaban en su cerebro exhausto para dominarlos, para beber, para vivir.

Les habló largamente, sin resultado. Con la voz ronca logró apenas hacerles una última proposición: no hacía falta que cada uno

de ellos se suicidase, bastaba con que matase por lo menos a un camarada: el pecado no sería tan grave. Aceptaron, y ésa fue su salvación. Resolvieron decidir al azar quién de cada dos compañeros mataría al otro. Lo hicieron con los dados que Josef se había hecho regalar por Demetrio Libán. Se pidieron perdón mutuamente y murieron con la profesión de fe en los labios. Cuando Josef quedó solo con el último, salió sin dificultad de la caverna, y fue en busca de los romanos. Su compañero permaneció un instante indeciso, y se deslizó tras él.

Fue el legado Paulino quien recibió a Josef. Lo saludó satisfecho, el brazo extendido y la mano abierta, como saluda un atleta a su adversario vencido. Josef no se lo agradeció. Cayendo en tima, dijo:

—Agua.

Le dieron de beber, y él —no había realizado en su vida un acto de piedad tan fervorosa— antes que satisfacer su sed se esforzó por pronunciar la fórmula de bendición. «Loado sea nuestro Dios Yahvé, cuya palabra lo ha creado todo». Después de lo cual bebió. Hizo correr con voluptuosidad el líquido sobre sus labios, dentro de su boca, a través de su garganta. Pidió más agua, lamentó tener que detenerse para tomar aliento, y siguió bebiendo. Sonreía con una expresión torpe, sin dejar de beber. Los soldados lo rodeaban y lo observaban con aire benévolo.

Lo hicieron asearse rápidamente, le dieron de comer, y lo condujeron encadenado al cuartel general. Había que atravesar todo el campamento. A lo largo del camino se apretujaban los soldados para ver al jefe enemigo. Muchos lo miraban sin odio. Ahí estaba el hombre que les había dado tanto trabajo durante siete semanas. Un hombre de talento, sin duda. Algunos, ofuscados por la pérdida de sus camaradas, lo amenazaron cubriéndolo de injurias. Otros lo hicieron objeto de bromas, al verlo tan joven y no obstante tan seco de carnes.

—Pequeño judío, al parecer cuando estés en la cruz los pájaros y las moscas no tendrán mucho que comer.

Josef, a pesar de su aspecto lamentable, sus cabellos revueltos y la sucia pelusa que cubría sus mejillas, caminaba digno en medio del tumulto; amenazas y bromas lo dejaban impasible, no faltó quien

bajara los ojos ante su mirada melancólica y apasionada. Cuando un soldado le escupió en la cara no dijo una palabra al ofensor; pidió simplemente a un hombre de la escolta que le limpiase el escupitajo, pues tenía las manos atadas y no sería conveniente presentarse así ante el general.

Pero el trayecto era largo: tiendas, más tiendas y soldados curiosos. Después, el altar, y al frente las doradas, ampulosas, agresivas y brutales águilas de las tres legiones. Otra vez tiendas y más tiendas. El desdichado, falto de fuerzas, se mantenía a duras penas en pie. Con todo logró recorrer el camino de la ignominia sin demostrar ni un solo momento su debilidad.

Cuando por fin llegaron a la tienda del comandante, Josef no vio al principio, aparte del legado Paulino, más que a un joven, que lucía las insignias de general. No era alto, pero sí sólido y robusto. Tenía la cara redonda y franca y la barbilla tan corta y prominente que formaba un triángulo puntiagudo. Josef supo inmediatamente que era un hijo de Vespasiano, Tito. Éste se adelantó al encuentro del judío:

—Lamento— le dijo con franqueza amable —que hayáis tenido mala suerte. Os habéis batido como valientes. No habíamos apreciado a los judíos como es debido: sois excelentes soldados.

Al notar su cansancio, lo invitó a sentarse.

—Vuestros veranos son tremendamente calurosos— agregó, —pero en la tienda hace un fresco agradable.

Mientras tanto, se alzó la cortina que dividía el recinto y entró Vespasiano, vestido con ropas confortables y seguido por una hermosa dama, de aspecto resuelto. Josef se levantó y trató de saludar a la romana. Pero el gran jefe lo interrumpió con una mirada cordial.

—No os esforcéis. Tenéis el aspecto endiabladamente juvenil, mi pequeño judío. ¿Qué edad tenéis?

—Treinta años.

—¿Ves, Cenis— dijo Vespasiano con una sonrisa, —adónde se puede llegar a los treinta años?

La dama examinó a Josef sin benevolencia.

—Este judío no me gusta— exclamó brutalmente.

—Ella no os soporta— explicó Vespasiano, —porque le habéis hecho pasar mucho miedo cuando me arrojasteis una piedra sobre el pie.

Se aproximó a Josef cojeando un poco.

—Dejadme que os vea bien— dijo, y lo palpó como si fuese un esclavo. —Flaco, muy flaco— comprobó, respirando a fondo. Vuestros sufrimientos habrán sido de todos los colores, pero podíais haberlo hecho a menor costo. Por lo demás, jovencito, vuestro pasado, a lo que parece, ha sido muy movido. Me he hecho informar sobre la historia de vuestros tres supuestos inocentes que tanto alteraron los nervios de nuestro amigo Cestio Galo. De todos los colores, como he dicho.

Estaba contento. Pensaba que de no haber sucedido el caso de los tres ancianos y del valeroso muchacho, el gobernador Cestio no había sido depuesto y él no estaría ahora allí.

—¿Cuál es vuestra opinión? ¿Debemos avanzar este año sobre Jerusalén? Tengo deseos de asistir al Gran Sábado en el Templo, pero me habéis hecho detener demasiado tiempo en Jotapata: ya la estación está muy avanzada. Y si los hombres de Jerusalén tienen la cabeza tan dura como la vuestra, el asunto irá para largo.

Vespasiano había hablado en tono familiar, casi de broma. Pero Josef vio los ojos claros, atentos, en el gran rostro rudo y surcado de arrugas del campesino; oyó su respiración vigorosa y, de súbito, como un rayo, la intuición atravesó su espíritu. Ese romano no deseaba íntimamente marchar sobre Jerusalén. No deseaba una pronta victoria sobre Judea. No daba la impresión de ser de esos hombres que se desprenden rápidamente de la tarea que les ha sido encomendada. Quería *conservar* su ejército, sus tres magníficas legiones entrenadas para maniobrar conjuntamente. En cuanto concluyese la campaña se las quitarían y eso pondría fin a su mandato. Josef vio claro: Vespasiano no quería apoderarse de Jerusalén, al menos durante ese año.

Su convicción le dio nuevo aliento. Llevaba aún en su interior las visiones que lo iluminaron en la caverna. Lo sentía: era la oportunidad de salvar su vida. Haber comprendido que el romano no quería avanzar sobre la capital le dio una inmensa ventaja.

En voz baja, pero resuelta, declaró:

—Os lo digo yo, general Vespasiano. Vos no tornaréis Jerusalén en este año, ni probablemente el año próximo.

Y con la mirada fija, extrayendo las palabras lentamente, una a una, de lo hondo de sí mismo, continuó:

—Estáis reservado para más altos destinos.

Todos los presentes se sobrecogieron al oír semejante respuesta. Este oficial judío, que se había batido con tanto valor, se complacía en hacer afirmaciones bastante extrañas. Vespasiano miró a su prisionero con los ojos entrecerrados. En tono de chanza, dijo:

—Decidme, ¿acaso no han muerto todavía los profetas en Judea?

Pero en su cascada voz estridente se notaba muy poca intención burlona. Demostraba más bien satisfacción y deseo de estimular a Josef. Había muchas cosas maravillosas en ese país. En el lago de Genezaret existía un pez que profería gritos; todo lo que se cultivaba en los campos de Sodoma ennegrecía y caía hecho cenizas; en el Mar Muerto se mantenía a flote cualquier persona, supiese nadar o no. Todo era allí extraordinario. ¿Por qué no podría existir en ese joven judío, por lo demás buen político y excelente soldado, una pizca de locura y de espíritu profético?

El cerebro de Josef trabajaba, mientras tanto, con premura febril. En presencia de ese romano, que disponía de su vida a su arbitrio, volvieron de pronto a su memoria frases que hacía tiempo se habían borrado de ella: la conversación de aquellos hombres rústicos escuchada en la taberna de Cafarnaúm. Extremó su perspicacia. Se trataba de su vida, y lo que aquella valerosa gente había presentido vagamente él lo percibía ahora de un golpe con toda claridad, como si estuviera bajo la luz de un relámpago.

—No hay muchos profetas en Judea— replicó, —y sus predicciones son oscuras. Nos han anunciado que de Judea saldría el Mesías. No los comprendimos, y fuimos a la guerra. Ahora que estoy ante vos, en esta tienda, comprendo el verdadero sentido de aquellas palabras —se inclinó profundamente y continuó, sereno y mesurado. —El Mesías viene de Judea, mas no es judío. Sois vos, cónsul Vespasiano.

La extravagante y atrevida mentira dejó estupefactos a todos. Habían oído hablar del Mesías, Oriente estaba impregnado de esa tradición. El Mesías era el semidiós con el cual soñaba esa parte del mundo, el semidiós que surgiría para vengar de Roma al Oriente sometido a su yugo; un ser tenebroso, misterioso, sobrenatural, que era el protagonista de algunas bromas, como todas las manifestaciones de la superstición oriental, pero que aparecía con un inquietante contenido de seducción y amenaza.

Cenis se levantó del asiento, con la boca abierta. ¡Su Vespasiano el Mesías! Pensó en el retorno de la encina sagrada. El judío no podía conocer ese detalle. Miró a Josef con desconfianza y perplejidad. Lo que decía era magnífico, reconfortante y del todo de acuerdo con sus esperanzas, pero recelaba del oriental.

El joven general Tito, fanático de la precisión, exigía para todo una explicación exacta y esto en él se había transformado en el hábito maquinal de tomar notas taquigráficas en las entrevistas; en esa ocasión también lo hizo pero, al oír esas palabras, alzó los ojos lleno de asombro. Sería un tremendo desengaño si se descubriera que ese soldado joven y valeroso no era más que un charlatán. Pero no tenía aire de impostor. ¿Sería, tal vez, a pesar de su actitud sencilla y natural, un poseído, como los había tantos en Oriente? Los largos sufrimientos provocados por el hambre y la sed ¿habrían perturbado su cerebro?

Vespasiano fijó sus ojos claros y maliciosos de campesino en los respetuosos de Josef, quien sostuvo largo tiempo la mirada. Estaba sudoroso, aunque no hacía mucho calor en la tienda; las cadenas le pesaban, la ropa le producía escozor. Pero soportó el examen. El momento era decisivo. Tal vez el romano le diese simplemente la espalda, indignado o fastidiado, y lo hiciese conducir al suplicio o a un navío con otros esclavos, rumbo a las minas de Egipto, aunque también era posible que creyera en sus palabras. Ansioso, mientras esperaba la respuesta, rogó: «Dios mío, haz que el romano me crea; si no por mí, hazlo por tu Templo, pues si me cree, si no ataca la ciudad este año, entonces el año próximo quizá puedan ser salvados la ciudad y el Templo. Debéis hacer, Dios mío, que el romano me crea. Debéis hacerlo, debéis hacerlo.»

Vespasiano se limitó a decir:

—¡Ah, ah, ah! Más despacio, jovencito.

Josef respiró profundamente. El jefe enemigo no le había vuelto la espalda, no había dado orden de que se lo llevaran. ¡Había ganado! En voz baja, llena de confianza, y en tono insistente, continuó:

—Creedme, os lo ruego. Sólo por haber sido designado para decíroslo no he huido a Jerusalén como proyectaba, y he permanecido hasta el final en Jotapata.

—¡Qué absurdo!— gruñó Vespasiano. —De ninguna manera habríais podido retiraros a Jerusalén.

—He recibido de allí cartas y enviado otras en respuesta— prosiguió Josef. —Podía, por tanto, haber ido en persona.

Tito, desde su mesa, dijo sonriendo:

—Nosotros interceptamos esas cartas, doctor Josef.

El legado Paulino intervino discretamente:

—En una de las cartas interceptadas decía: «Me mantendré siete veces siete días en la plaza fuerte de Jotapata». A nosotros nos causó gracia pero lo cierto es que los judíos defendieron la fortaleza durante siete semanas.

Todos quedaron pensativos. Vespasiano lanzó una carcajada sarcástica y se dirigió a su amiga:

—¿Y bien, Cenis? En resumen, este joven y sus tres mártires son la demostración de que hasta el momento presente el dios Marte no se ha equivocado demasiado con su encina.

Vespasiano era un hombre desprejuiciado. Después de todo, ¿por qué no creer en los presagios si no contrariaban sus planes? Se habían producido a menudo errores sobre el significado de las predicciones, pero también muchas historias garantizaban la veracidad desconcertante de ciertas profecías. Y en cuanto al Dios inmaterial de los judíos, que residía en las tinieblas de su Sancta Sanctórum, en Jerusalén, si ese Dios judío le hacía comunicar cosas que concordaban perfectamente con sus proyectos personales, ¿por qué no escucharlo?

Hasta ese momento ni él mismo había pensado si deseaba o no ir a Jerusalén. El gobierno lo presionaba para que concluyera la campaña antes del otoño. Pero sería verdaderamente una lástima, no sólo para él sino también para el Estado, que el ejército de

Oriente, tan bien entrenado bajo su mando, se dejara derrotar después de una victoria que había sido demasiado rápida o cayese en manos poco seguras. En resumidas cuentas, ese joven y su obcecada Jotapata le habían rendido un importante servicio, y el Dios que hablaba por su boca no daba malos consejos.

Josef alzó la cabeza como una planta reseca revive bajo la lluvia. Dios había sido misericordioso. Era evidente que el general le creía. ¿Y por qué no? El hombre que tenía ante sí podría muy bien ser aquel de quien se había dicho que, surgiendo de Judea, llegaría a gobernar el mundo. ¿No se leía en las Escrituras: «El Líbano caerá bajo una mano poderosa»? *Adir*, la palabra hebrea que significa poderoso, ¿no quería decir exactamente lo mismo que César o emperador? ¿Existía un hombre mejor o más adecuado que ese hombre fuerte, de espíritu lúcido y perspicaz? Inclinó profundamente la cabeza ante el romano, y se llevó la mano a la frente. La palabra Mesías y la antigua y terrible profecía que anunciaba que Yahvé heriría a Israel para hacerle expiar sus faltas, eran la misma cosa. Este romano había llegado para cumplirla. Como la oliva no da su aceite sino cuando la exprimen, así Israel da lo mejor de sí cuando está oprimida; y quien la oprimía y aplastaba se llamaba Vespasiano. Sí, Josef había encontrado el supremo argumento, el argumento concluyente. Una profunda serenidad se adueñó de él al sentir en sí la fuerza necesaria para exponer convincentemente esta interpretación ante los doctores más exigentes de la Escuela Superior del Templo. La caverna de Jotapata estaba colmada de ignominia, se había agitado en ella hasta la convulsión, pero, así como el fruto del hombre es dado a luz en medio de sangre y suciedad, la verdad había surgido a la luz como un fruto excelso. Rebosaba confianza por todos sus poros.

Cenis daba vueltas, con evidente fastidio, en torno del prisionero.

—Es el miedo a la cruz— dijo con desdén —lo que hace hablar a este hombre. Yo lo enviaría a Roma o a Corinto, para que el emperador se pronuncie sobre su suerte.

—Por favor, no me enviéis a Roma— suplicó Josef vivamente. —Sois sólo vos quien debe decidir mi suerte y la de los míos.

Estaba agotado pero feliz. No sentía inquietud. Sí, incluso en el fondo se sentía superior al romano. De pie frente a él, pronunciaba palabras atrevidas, aduladoras, doblaba el cuerpo en profundas reverencias, pero era perfectamente consciente de cómo había empezado a manejar al romano. Éste era, sin saberlo, un azote en manos de Dios, y él, Josef, constituía el instrumento piadoso y consciente de Yahvé. Lo que había sospechado en su primera visión de Roma desde el Capitolio estaba cumpliéndose sorprendentemente. Su mano estaba en el destino de la urbe. Vespasiano era el hombre elegido por Dios, pero Josef era el encargado de dirigirlo, siguiendo la voluntad divina.

El supremo comandante, con una velada amenaza en el tono de su voz chillona, le dijo:

—Tened mucho cuidado, judío. Escribid sin equivocaros, Tito, hijo mío. Quizá nos complazcamos alguna vez en recordarle sus propias palabras. ¿Podéis decirme— continuó, volviéndose hacia Josef —cuándo ejerceré mi potestad de Mesías?

—No lo sé— repuso Josef. Y de súbito agregó, con impetuosidad imprevista: — Mantenedme encadenado hasta entonces, y haced que me ejecuten si la espera es demasiado larga. Pero ella no durará mucho. He sido un buen servidor de los «Vengadores de Israel» mientras creía que Dios estaba en Jerusalén y que sus hombres tenían una misión que cumplir. Seré un buen servidor para vos, cónsul Vespasiano, porque ahora sé que Dios está en Roma y os ha dado plenos poderes.

—Os tomo a mi servicio personal como mi parte del botín— y al ver que Josef quería hablar, lo detuvo. —No os felicitéis demasiado pronto, judío. Podréis conservar vuestro cinturón de sacerdote, pero llevaréis también los grilletes hasta que se haya comprobado la exactitud de vuestra profecía.

El jefe del ejército envió un mensaje al emperador y al senado comunicándoles que durante el resto del año era forzoso dedicarse sólo a la organización del territorio conquistado.

Los mensajeros esperaban órdenes —cada cual en su sitio, como lo había dispuesto Cestio Galo— para anunciar la caída de Jerusalén. Vespasiano los relevó de sus puestos.

LIBRO TERCERO CESAREA

JOSEF, que formaba parte del séquito de Vespasiano, recibía un trato bastante aceptable. El general escuchaba sus consejos en lo concerniente a las costumbres judías y a los asuntos personales de algunos judíos, y le agradaba tenerlo cerca. Pero le hacía notar que no se fiaba totalmente de sus indicaciones. Lo ponía frecuentemente a prueba, se burlaba de él y lo sometía a humillaciones penosas. Josef aceptaba chanzas y ofensas con docilidad y modestia, y trataba de hacerse útil de muchas y distintas maneras. Redactaba las proclamas del jefe a la población judía, cumplía la función de un experto en las discusiones entre las autoridades de las tropas de ocupación y los funcionarios locales. En suma, en poco tiempo los romanos no pudieron prescindir de él.

A los ojos de los judíos de Galilea, aunque hacía en su favor todo lo que estaba a su alcance, era un traidor y un cobarde. También en Jerusalén lo odiaban a muerte. Las noticias que venían de allí, en verdad, llegaban al territorio ocupado por los romanos muy confusas pero se pudo confirmar que los macabeos eran los amos absolutos de la situación. Habían impuesto el terror a la población y logrado que se pronunciara contra Josef el anatema solemne: «Maldito, aniquilado, desterrado, sea Josef ben Matatías, ex sacerdote de primera categoría de Jerusalén. Que nadie lo frecuente, que nadie lo salve del fuego, del agua, de un derrumbamiento o de cualquier otro accidente que pueda causarle la muerte. Que todo el mundo rehúse su ayuda; que sus libros sean tenidos por los de un falso profeta, sus hijos por bastardos. Que cada cual piense en él cuando pronuncia la decimosegunda de las dieciocho oraciones, la de la maldición, y si viene por el camino, que todos se alejen de él siete pasos, como de un leproso.»

La comunidad de Merón, en la Alta Galilea, aunque formaba parte del territorio ocupado y por su talante resultaba muy sospechosa a los romanos, manifestó de modo particularmente espectacular su repudio a Josef. Hubo un tiempo en que en esa

comunidad alguien había gritado ante Josef: «¡Helo aquí!», y los habitantes fundieron en cobre las pisadas del caballo «Flecha», y se las veneró. Ahora todos evitaban pasar por ese camino porque cuando acogieron a Josef lo habían cubierto de flores y de ramas. Para hacer desaparecer hasta su recuerdo sembraron hierba en aquel camino de su gloria, a fin de que creciera cubriendo el suelo que había pisado el traidor.

Josef apretó los labios y cerró los ojos. La ofensa no hacía más que acrecentar su orgullo. Junto al séquito de Vespasiano fue a Tiberíades. Era allí donde había cumplido el acto más valiente de su vida. A través de sus calles había avanzado, digno y orgulloso, montado en su caballo «Flecha» como un héroe, como el jefe de su patria. Ahora, irguiendo el cuerpo, llevó con soberbia sus cadenas por las calles de la ciudad. No parecía percatarse de los que escupían a su paso, y llenos de odio y desagrado se alejaban dando largos rodeos para evitar su encuentro. No le avergonzaba su destino, por el cual de dictador de Galilea, se había convertido en esclavo de los romanos, a la vez despreciado y protegido por éstos.

Pero hubo alguien ante quien se quebró su forzado orgullo: ése fue Justo y su desdén ultrajante. Justo se interrumpió en medio de una frase cuando vio entrar a Josef en la ciudad y volvió hacia otro lado, con amargura, su rostro macilento. Josef quiso justificarse. Un hombre como él, que conocía tan bien el corazón humano, debería comprenderlo. Pero Justo no permitió que le dijese ni una palabra.

El rey Agripa había comenzado a reconstruir su palacio, y Josef supo que Justo pasaba el día entre las ruinas. Por eso, a menudo subía a la parte más alta de la colina, donde se elevaban las nuevas construcciones, con la esperanza de que se produjera un encuentro con su rival. Un día, por fin, lo encontró solo. Era a comienzos del invierno; la atmósfera estaba clara y diáfana. Justo se había sentado en el saliente de un muro; alzó la cabeza cuando Josef comenzó a hablar, pero se cubrió enseguida el rostro con su manto, como si sintiese frío, por lo que Josef no pudo saber si estaba escuchándolo. Rogó, suplicó, trató de persuadirlo, de explicarse. ¿Un gran error no vale más que una verdad vacilante? ¿No era necesario haber experimentado los sentimientos de los macabeos para tener el derecho de rechazarlos?

Pero Justo no dijo absolutamente nada. Cuando Josef hubo terminado, se puso de pie inmediatamente, lleno de desprecio. Se adelantó, silencioso, al suplicante. Se sentía el intenso olor de la argamasa y la madera recién cortada. Josef, humillado, lo siguió con la mirada mientras Justo, con aire fatigado, escalaba con dificultad las gruesas piedras, para alejarse del lugar por el camino más corto.

Justo no despertaba simpatías en Tiberíades. En tiempos bélicos la sensatez no está bien vista, y así ocurría tanto en la región habitada por la población indígena grecorromana de Galilea, como entre los judíos. Justo era un hombre moderado; siendo comisario de la ciudad había servido con cordura desapasionada como intermediario entre los judíos y los no judíos, deseoso siempre de mantener la paz. A los primeros les parecía demasiado griego, a los griegos demasiado judío. Le reprochaban no haber intervenido más enérgicamente contra Sapita y no haber impedido la destrucción del palacio. Sabían que el rey Agripa tenía a su secretario en alta estima y cuando la ciudad fue reconquistada, callaron sus críticas. Pero ahora, estimulados por la presencia del gran jefe romano, se empeñaron en elevar sus quejas en las que afirmaban que el judío Justo había sido el principal responsable de la extensión que había tomado la revuelta en Galilea, y en la misma ciudad de Tiberíades.

El rey Agripa, doblemente obligado en ese período ambiguo a demostrar su devoción a los romanos, no se atrevió a proteger a Justo abiertamente. Además, el legado Longino, juez supremo del ejército de Vespasiano, sostenía el principio de que más vale condenar a un inocente que dejar escapar a un culpable. La situación de Justo parecía, pues, crítica. Él mismo, espíritu escéptico y desdeñoso de la humanidad, colmado de amargura, exponía su propia defensa sin demasiada convicción. Su rey podía abandonarlo; él sabía muy bien quién era el culpable del mal acaecido. Todo lo que emprendía aquel joven tornadizo y superficial le salía a las mil maravillas. Que los romanos lo mimaran cuanto quisieran, daba igual. Justo estaba penetrado hasta los huesos de un sombrío fatalismo.

El juez Longino, por respeto al rey Agripa, examinó el caso concienzudamente. Citó a Josef como testigo. Cuando éste tuvo en

sus manos el destino de Justo, se sintió desgarrado por dos fuerzas contrapuestas. Justo había sabido ver lo más vil que escondían los entresijos de su alma y ahora dependía de él. Para todos y para cada uno de los que lo interrogaron, Justo tuvo una explicación lógica, una razón. Para él, no. Para Josef sólo mostró silencio y desdén, y aunque había aprendido a reprimir en buena medida la soberbia, se había cargado de paciencia y habituado a arrastrar cadenas, Josef no soportaba el desprecio de Justo, que habría podido horadar el caparazón de una tortuga. ¡Cuán fácilmente podía suprimir al ofensor! Ni siquiera necesitaría mentir: sólo bastaría decir alguna palabra ambigua. Pero su testimonio fue enfáticamente favorable a Justo. Con convicción vehemente y acertados argumentos dejó muy claro que nadie había servido jamás la causa de la paz y de los romanos mejor que el doctor Justo. «Sus acusadores mienten o son incapaces», declaró.

El juez informó de las declaraciones de Josef al jefe supremo. Vespasiano resopló. Observó detenidamente a su prisionero y tuvo la sospecha de que algo muy personal debía haber entre esos dos hombres. Pero todavía no había descubierto ninguna afirmación falsa en las palabras de su inteligente judío y, además, el doctor Justo era el prototipo del intelectual filósofo, o sea un personaje poco peligroso. El jefe del ejército dio por terminada la investigación y Justo volvió a quedar a disposición de su amo, el rey Agripa.

Este se mostró cortés puesto que era consciente de la falta que había cometido con Justo al prestarse a someterlo a pruebas innecesarias. Y Justo se dio cuenta claramente de cuánto perturbaba su presencia al monarca.

Por eso se ofreció a ir a Jerusalén para representarlo y hacer valer allí sus prerrogativas, aprovechando el invierno, durante el cual no se efectuarían operaciones militares sino que, por el contrario, podrían iniciarse gestiones en favor de la paz.

Sabiendo que los «Vengadores de Israel» detentaban el poder absoluto en Jerusalén, parecía lógico suponer que la misión era temeraria e insensata y que el secretario del rey no regresaría vivo. Justo partió provisto de documentación falsa. Cuando se marchó vio a Josef en el camino pero, como antes, no le dirigió la palabra ni lo miró.

En Cesarea, en la gran feria de fin del verano, Josef encontró a Alexas, el vidriero hijo de Nahúm, de Jerusalén. En un principio creyó que éste evitaría su presencia, como la mayor parte de los judíos, pero Alexas, por el contrario, se acercó para saludarlo. Las cadenas que arrastraba Josef y el gran anatema que pesaba sobre él no inhibieron a Alexas de conversar con él. Comenzó a andar a su lado como en otro tiempo, firme el paso y la figura imponente, pero en su mirada se notaba menos claridad y más reserva.

Había podido escapar de la capital a costa de arriesgarse mucho, pues los macabeos vigilaban, con armas en la mano, que nadie abandonase la ciudad buscando el amparo del enemigo. «En Jerusalén —dijo— reinan la locura y la fuerza brutal.» Desde que los «Vengadores de Israel» expulsaran a casi todos los moderados, se estaban desgarrando entre ellos. Simeón bar Giora combatía a Eleazar, quien luchaba a su vez contra Juan de Giscala, y éste contra Simeón. No se unían sino para oponerse a cualquier política razonable. Considerándolo fríamente, Alexas pensaba que su peligroso viaje a Cesarea no le produciría ningún provecho, pero aun así se había hecho el firme propósito de regresar a Jerusalén. Había resuelto continuar su vida en esa ciudad, sofocada por el odio absurdo y ciego de los macabeos. Era una locura —lo sabía— pero amaba a su padre y a sus hermanos, y no podía vivir sin ellos, no quería abandonarlos. Sin embargo, durante los últimos días, no pudiendo soportar más la locura de sus paisanos, había sentido la necesidad de respirar el aire de la libertad, de ver con sus propios ojos que existía aún un mundo sensato.

Estaba expresamente prohibido acercarse a Josef o hablarle y, si se enteraban de ello en Jerusalén, los macabeos se lo harían pagar caro. Opinaba, por su parte, que Josef era en gran medida responsable del giro que habían tomado las cosas, pero juzgaba afortunado y hasta una victoria de la razón, que Josef no hubiese muerto con los otros en Jotapata, y se entregara, inclinando la cabeza ante los romanos. Y citó el versículo: «Vale más perro vivo que león muerto».

«En Jerusalén —continuó amargamente— no se opina del mismo modo», y contó a Josef cómo se había recibido la caída de Jotapata. Al principio se dijo que Josef había muerto al ser tomada

la fortaleza. Toda la ciudad participó en la grandiosa ceremonia fúnebre en honor del héroe, abatido después de permanecer al frente de tan increíblemente prolongada resistencia. Alexas explicó en detalle cómo en la casa del viejo Matatías, en presencia del Sumo Sacerdote y de los miembros del Gran Consejo, se había puesto solemnemente cabeza abajo el lecho donde había dormido Josef. Después, en nombre de todos sus conciudadanos, el padre de Alexas, Nahúm ben Nahúm, desganadas sus vestiduras y cubierta de cenizas la cabeza, había aportado al viejo Matatías —en el cesto de mimbre ritual— el plato de lentejas del duelo. Todo Jerusalén estaba allí cuando el anciano Matatías recitó en primer lugar el *Kadisch*, la oración por los muertos, agregando las tres palabras que no deben ser pronunciadas sino en recuerdo de un grande de Israel.

—¿Y después?— preguntó Josef.

La mirada de Alexas se ensombreció. Como Josef podía suponerlo, cuando se supo que estaba vivo y se había entregado al arbitrio de los romanos, se produjo un vuelco brutal en la opinión general. El amigo de la infancia de Josef, el doctor Amrám, propuso el anatema. Sólo unos pocos miembros del Gran Consejo se atrevieron a oponerse, entre ellos el eminente doctor Yojanán ben Zakai. Cuando la maldición y el anatema fueron proclamados desde las gradas del santuario, a los pórticos del Templo acudió una muchedumbre tan compacta como si fueran a asistir a las fiestas pascuales.

—No os atormentéis por ello— dijo Alexas a Josef, con una sonrisa cordial que dejó a la vista unos dientes blanquísimos que destacaban sobre la negrura de su barba cuadrada. —Quien profesa la razón debe sufrir.

Se separó de Josef. Su silueta corpulenta, su rostro preocupado, y sin embargo lozano, se perdieron entre los tenderetes. Más tarde Josef lo vio comprar cuarzo en polvo y palparlo tiernamente. Seguramente se había privado durante largo tiempo del precioso material imprescindible para su amado oficio.

Tiempo después, Josef recordaría esta conversación con sentimientos contradictorios. En Jerusalén se había percatado de que la mente de Alexas era más serena que la de su padre y, sin

embargo, había estado de todo corazón de parte del irreflexivo Nahúm contra el clarividente Alexas. Ahora que tenía a todo el mundo en su contra sólo éste lo aprobaba. Sintió que, a pesar de haberse habituado a las cadenas, en ese momento le oprimían y le laceraban la piel. Lo que decía el Eclesiastés era cierto: «Vale más perro vivo que león muerto»; sin embargo, algunas veces Josef lamentaba no haber perecido él también en Jotapata.

En los amplios salones de su palacio de Antioquía, Marco Lucinio Craso Muciano, gobernador general de Siria, se paseaba crispado por la ansiedad. Se le había asegurado que esta vez Vespasiano no opondría ningún obstáculo a la continuación de la campaña.

Habiendo eliminado a la oposición moderada por medio del terror, los «Vengadores de Israel» habían comenzado a exterminarse entre ellos. La guerra civil causaba terribles estragos, según las informaciones que llegaban a la ciudad, consideradas muy fiables, y por eso parecía absurdo dejar pasar esta circunstancia sin aprovecharla. Vespasiano debía avanzar hacia Jerusalén sin demora, tomar posesión y concluir la guerra. Con gran expectativa había esperado Muciano la decisión del consejo de guerra, encargado en los meses finales del invierno de establecer el plan de la campaña de primavera. Tenía el informe a la vista. La gran mayoría de los miembros del consejo, entre ellos Tito, el hijo de Vespasiano, opinaba que era necesario partir inmediatamente hacia Jerusalén. Pero el «transportista» —ese rústico gordo descarado, cubierto de excremento de caballo— seguramente había urdido una nueva treta. La discordia entre los mismos judíos —según decía Vespasiano— prepararía en corto tiempo a la ciudad para ser dominada con relativamente pocos sacrificios. Marchar en ese momento sobre Jerusalén podría significar un despilfarro de sangre de buenos legionarios romanos, que debía preservarse. Su plan consistía en esperar y ocupar primeramente la región del sur, aún no conquistada.

Vespasiano era un truhán: aunque era bien conocida su avaricia, se olvidaba de ella cuando le interesaba prodigarse en artimañas. Para Muciano fue evidente que Vespasiano no renunciaría fácilmente a la jefatura.

Con el bastón a la espalda, torciendo el rostro enjuto hacia un lado, el presuntuoso Muciano recorría los salones, preso de la ira. Ya no era joven; había dejado atrás los cincuenta años de una vida disipada en muchos vicios, de los que no se arrepentía en ningún momento, además de consagrada al estudio de las inagotables maravillas de la naturaleza. En suma, la suya era una existencia donde se habían alternado el poder y el derrumbe, la riqueza y la miseria.

Aún en pleno vigor, era el amo de la antigua Asia, territorio que ejercía sobre él una profunda seducción. Se indignaba al pensar en la astucia del joven emperador quien lo había obligado a compartir tan extraordinario regalo, precisamente, con ese odioso campesino. Durante casi un año había tenido que soportarlo como si fuese su igual. Pero ahora se acabaría. Naturalmente, él conocía las intenciones tanto de generales como de emperadores, pero ese buena pieza no iba a ponerle más obstáculos en su camino. Debía irse de Asia, irse, ¡irse! Era necesario poner fin, de una vez, a la absurda guerra de los judíos.

Cargado de cólera, Muciano dictó a toda prisa sendas cartas al emperador, a los ministros y a sus amigos senadores.

Resultaba incomprensible que el general en jefe, a comienzos del verano, después de tantos preparativos y cuando el adversario estaba debilitado por las disensiones internas, considerase que Jerusalén no estaba aún a punto para el asalto. Se negaba a dejarse dominar por la amargura que le producía el retraso de la proyectada expedición alejandrina, que achacaba a la excesiva lentitud del conductor de la guerra. De algo estaba seguro: si tan vacilante estrategia se prolongaba, se cuestionaría en todo Oriente el prestigio del emperador, del senado y del ejército.

Cuando estas cartas llegaron a Roma, las circunstancias no eran del todo favorables a los deseos de Muciano. En efecto, las nuevas de las provincias del oeste fueron en la ocasión más importantes y perturbadoras.

El gobernador de Lyon, llamado Vindex, había iniciado una sublevación y parecía contar con las simpatías de Galia y de Hispania. Los informes habían producido gran inquietud y requerido la atención de todos, por lo que resultó explicable que sólo al

ministro Talas le interesaron las cartas de Muciano. Talas se sentía afectado personalmente por la tardanza del ataque a Jerusalén y envió a Muciano una respuesta en la que aprobaba su posición sin objeciones. En cuanto la recibió, Muciano decidió interpelar personalmente al desagradable «transportista» en su cuartel general, para lo cual de inmediato partió a Cesarea.

El generalísimo lo recibió sonriente, demostrándole su satisfacción.

Sentados a la mesa, Vespasiano, Tito y Muciano charlaron en tono cordial sobre generalidades y, poco a poco, a la hora de los postres, pasaron a hablar de política. Muciano dijo que en absoluto deseaba intervenir en asuntos ajenos, pero era Roma, eran los ministros, quienes insistían con apremio en que se diese término a la campaña. Por una parte, él comprendía muy bien los motivos del general en jefe, mas por la otra el deseo de Roma le parecía tan imperioso que estaba dispuesto a poner a su disposición algunas tropas de las legiones de Siria para que marchasen cuanto antes sobre Jerusalén. El joven Tito, ávido de demostrar sus condiciones militares, lo apoyó con entusiasmo.

—Sí, padre, hacedlo. Mis oficiales y el ejército entero arden de impaciencia por vencer a Jerusalén.

Vespasiano —contentísimo— vio pintarse en el rostro inteligente de Muciano, estragado por el desenfreno, la codicia y la ambición, una gran satisfacción, mezclada con simpatía y envidia hacia su hijo. Sonrió. Aunque confiaba en Tito, no le había dicho una sola palabra acerca de sus verdaderos planes.

Estaba persuadido de que, en el fondo, su hijo los intuía tan bien como el astuto Muciano, o el judío Josef, pero le encantaba que se hubiese dejado llevar por un arrebato. De este modo, le sería tanto más fácil encubrir sus razones particulares con consideraciones generales.

Más tarde, cuando quedaron solos y Muciano le entregó la carta del ministro Talas, Vespasiano experimentó un sentimiento de respeto por la tenacidad de ese hombre. Le disgustaba pero, aún así, apreciaba su perspicacia y sabía que con él se podía hablar sin rodeos. Rechazó el documento con un gesto.

—Dejad, Excelencia. Ya sé que vos tenéis la intención de darme a conocer la opinión de cualquier pusilánime influyente en Roma acerca de que el imperio estará perdido si no me precipito al instante sobre Jerusalén— se aproximó a Muciano y exhaló su aliento desagradable sobre el rostro del otro, que debió recurrir a toda su cortesía para no hacer un ademán de repulsa. Vespasiano agregó: —Podríais mostrarme diez cartas de esta clase, que no influían sobre mí en lo más mínimo.

Después se incorporó, se masajeó gimiendo el brazo gotoso, y murmuró al oído de Muciano:

—Escuchadme, buen amigo, nosotros hemos pasado por todo en la vida, y me parece innecesario que tratemos de engañarnos mutuamente. A mí se me agría el humor al veros con el bastón a la espalda, haciendo muecas, y a vos os produce náuseas mi respiración o el olor de mi piel. ¿No es así?

—Continuad, os lo ruego— contestó Muciano, cortésmente.

—Por desgracia— prosiguió Vespasiano, —los dos estamos uncidos al mismo yugo. Ha sido una ocurrencia condenadamente astuta de Su Majestad. Pero, ¿por qué no hemos de ser tan listos como él? Un dromedario y un búfalo no pueden arrastrar el mismo carro. Se incita con provecho a los griegos contra los judíos, y a los judíos contra los griegos, pero a dos viejos pillos como nosotros... ¿qué me decís?

Muciano parpadeó nervioso:

—Sigo con atención el hilo de vuestros pensamientos, cónsul Vespasiano.

—¿Tenéis novedades de Occidente?— preguntó éste súbitamente, sin apartar la mirada de su interlocutor.

—¿Queréis decir de Galia?— enmendó Muciano.

—Veo que estáis al tanto— replicó Vespasiano, haciendo una mueca. —No hace falta que me enseñéis la carta de vuestro instigador de Roma. Por el momento, allí les preocupan otros asuntos.

—Con vuestras tres legiones no podréis hacer gran cosa— agregó Muciano, un poco incómodo. Había soltado el bastón, y con el dorso de su mano pequeña y cuidada se secaba la transpiración del labio superior.

—Es cierto— reconoció Vespasiano, satisfecho. —Os propongo, por tanto, un arreglo. Vuestras cuatro legiones de Siria no valen nada, pero con las tres excelentes que yo poseo, serían siete. Reunamos nuestras siete legiones hasta que vuelva la calma a Occidente—. Al observar que Muciano no hacía ningún comentario, agregó, en tono juicioso: —Mientras la situación no mejore en Occidente, no os libraréis de mí. Sed razonable.

—Os agradezco vuestras explicaciones francas y coherentes.

Varias semanas más permaneció Muciano en Judea, ocupado, según dio a entender, en sus investigaciones científicas. En efecto, estaba preparando una gran obra sobre la geografía y las razas existentes en el imperio, y Judea era un sitio particularmente interesante para él. Tito acompañó al gobernador en sus excursiones. Se mostró amable y lo ayudó a anotar los relatos que les hacían los naturales del país. Allí encontraron la fuente de Jericó, cuyas aguas, en otro tiempo, marchitaban no sólo los frutos de la tierra y de los árboles sino también el fruto de las entrañas de las mujeres, ocasionando la destrucción y la muerte de todos los seres vivos. Hasta que un día, un profeta llamado Elischa, la purificó —gracias a su fe y su sabiduría— y desde entonces sus aguas se habían vuelto benéficas.

Visitaron el Mar de Asfalto, o Mar Muerto, cuya característica consiste en mantener a flote, aun los objetos más pesados, y devolverlos a la superficie aunque se los sumerja. Para comprobarlo, Muciano hizo arrojar a las aguas a unos hombres que no sabían nadar, con las manos atadas a la espalda, y vio con asombro cómo emergían del fondo. Recorrió los campos de Sodoma, buscó vestigios del fuego enviado por el cielo, percibió en el lago los contornos borrosos de cinco ciudades sumergidas, y arrancó de los árboles unos frutos que por su forma y color parecían en sazón pero se convertían en polvo y ceniza sólo con tocarlos.

Muciano estaba ávido de conocimientos, hacía preguntas continuamente sobre todo lo que veía, tomaba notas o encargaba que lo hicieran. Un día encontró unos apuntes escritos con una letra idéntica a la suya, aunque no le pertenecían. Supo entonces que habían sido hechos por Tito, quien poseía el don de imitar al instante la escritura de cualquier persona, a tal punto que los

mismos interesados no podían distinguir la imitación del original. Muciano, perplejo, le pidió que trazara algunas líneas con la escritura de su padre, Vespasiano, a lo que Tito accedió. Al verlas, Muciano pensó que era imposible que alguien sospechara de su autenticidad.

Pero la maravilla más grande que Muciano descubrió durante las semanas que permaneció en Judea fue el prisionero, el general sabio Josef ben Matatías. Desde su primer día en Cesarea, el gobernador había observado al judío, que transitaba por las calles discretamente aunque desde luego bien visible por las cadenas que arrastraba.

Vespasiano eludía las preguntas inquisitivas del gobernador, pero no podía impedir que éste, curioso por temperamento, conversara en tono familiar con el sacerdote. Lo hacía muy a menudo, y pronto observó que Vespasiano recurría a su esclavo como a una especie de oráculo, cuyas respuestas tenía en cuenta en los casos espinosos, sin dejar que se trasluciera la importancia que en realidad le concedía. Esta relación sorprendió mucho a Muciano, pues siempre había considerado a Vespasiano un racionalista convencido.

Sus charlas con Josef versaban sobre todos los temas imaginables y lo que más admiraba a Muciano era la forma como la sabiduría oriental había matizado la filosofía griega del judío. Había conocido a muchos sacerdotes de distintas religiones, de Mitra y de Aumu; sacerdotes bárbaros del Sulis de los británicos y del Rosmerta de los germanos, pero este sacerdote de Yahvé, aunque en apariencia no se diferenciaba demasiado de un romano, lo atraía más que cualquier otro.

Sin embargo, en ningún momento perdía de vista de vista sus relaciones con el comandante del ejército de Judea. Vespasiano había tenido razón cuando opinó que a ambos convenía estar de acuerdo mientras la situación en Roma y en todo Occidente no estuviese perfectamente definida. Con su ruda franqueza le había hecho ver que, finalmente, en los hechos se apreciarían los buenos resultados de esa comunidad de intereses. En consecuencia, ninguno de ellos podría emprender una acción política o militar de importancia sin el consentimiento del otro y mantendrían este

acuerdo mutuo aunque en los comunicados a Roma aparentaran seguir intrigando, uno contra otro, como lo habían hecho hasta ese momento.

A Vespasiano —poco generoso por naturaleza— le empezaba a preocupar cuál sería el regalo que solicitaría Muciano —tan codicioso como pródigo— en calidad de presente de hospitalidad, cuando partiera. Sin embargo, éste sólo le pidió que le cediera a Josef, el prisionero judío. El general, sorprendido en un primer momento por tanta modestia, estuvo dispuesto a concedérselo, pero lo pensó mejor y decidió negarse.

Con buen humor le respondió:

—Vos sabéis perfectamente que el «transportista» es un poco avaro.

En compensación, Muciano consiguió que Vespasiano permitiera a Tito ir por un tiempo a Antioquía. El general comprendió entonces que Tito se convertiría para el gobernador en un rehén que garantizaría el cumplimiento de lo acordado, pero no se incomodó. Escoltó a Muciano hasta la nave que debía conducirlo de regreso. Al despedirse, éste le dijo con su acostumbrada cortesía.

—Vuestro hijo Tito, cónsul Vespasiano, posee todas vuestras virtudes pero ninguno de vuestros defectos.

A lo que, respirando sonoramente, Vespasiano contestó: —Excelencia, por desgracia vos no tenéis a ningún Tito.

Cierto día Vespasiano se dirigió a los muelles de Cesarea para inspeccionar a los prisioneros de guerra que iban a ser subastados como esclavos. El centurión Frontón, jefe del depósito, había mandado hacer apresuradamente una relación de las aproximadamente tres mil cabezas capturadas.

Cada uno de los prisioneros llevaba colgada del cuello una tablilla de madera en la que se había anotado un número, la edad, el peso, las enfermedades y cualidades especiales. Los mercaderes circulaban entre ellos, los obligaban a levantarse, arrodillarse, mover los brazos y las piernas, abrir la boca.

Los palpaban: todo les parecía defectuoso. Comentaban que no era buena mercancía: «La venta de mañana dará un resultado muy pobre», decían.

Algunos oficiales iban en la comitiva de Vespasiano, además de Cenis y del judío Josef, quien era su intérprete para entenderse con los prisioneros. Vespasiano tenía derecho a diez esclavos del botín, y deseaba elegirlos antes, de que el grupo fuese conducido al mercado. Cenis, por su parte, necesitaba una peluquera y un mozo apuesto para servir la mesa. Práctico como siempre, al general sólo le interesaba quedarse con algunos muchachos aptos para la labranza de las tierras que poseía en Italia.

Como estaba de buen humor, bromeaba a costa de los esclavos judíos. «Son endiabladamente exigentes respecto al sábado, a sus complicadas prescripciones dietéticas y a todo lo demás. Si se les permite respetar sus mandamientos, su jornada de trabajo se reduce a la mitad y si no se les permite se ponen insoportables. En definitiva: sólo sirven para revenderlos a otros judíos.»

—A menudo me he preguntado— dijo dirigiéndose a Josef —si sería más conveniente para mí revenderos a vuestros correligionarios, pero me han ofrecido precios irrisorios. Evidentemente los profetas abundan.

Josef esbozó una sonrisa humilde y no respondió, aunque interiormente estaba muy lejos de sentirse feliz. Por ciertas palabras escuchadas casualmente, deducía que la señora Cenis, a quien no le era nada simpático, había intentado cederlo al gobernador general, a espaldas de Vespasiano. Y, aunque acertadamente pensaba que Muciano, cortés y aficionado a la literatura, no se permitiría hacerle bromas groseras como las de Vespasiano, Josef se sentía más ligado a éste. Dios había forjado la cadena que los unía. Junto a él estaba su gran oportunidad. La sonrisa con que respondió a la broma sobre la posible venta fue completamente forzada.

Se acercaron a un grupo de mujeres que devoraban silenciosamente la sopa de lentejas y el pan moreno que les acababan de distribuir. Era el primer día verdaderamente caluroso del año; en todas partes se sentía un bochorno y un hedor insoportables. Las mujeres más viejas, que sólo interesaban para trabajar, estaban vestidas; a las jóvenes, en cambio, les habían quitado la ropa. Entre éstas se encontraba una jovencita de pocos

años y pocas carnes, aunque no era escuálida. No comía: permanecía acurrucada en el suelo con las piernas cruzadas, las manos en los tobillos y los hombros encogidos. Intentaba esconder su desnudez, inclinando el tronco hacia delante y, tímidamente, miraba a los hombres con sus grandes ojos expectantes, ansiosos y cargados de reproches.

Vespasiano la descubrió desde cierta distancia. Se le acercó, respirando con mucha dificultad por el calor, y tomándola por los hombros intentó hacerla incorporar. Ella lo miró angustiada y despavorida.

—Levántate— ordenó el centurión.

—Dejadla— intervino el general y se agachó para leer en la tablilla de madera: «Mara, hija de Lakisch, funcionario en el teatro de Cesarea, virgen».

—Está bien—, agregó, quejándose por el esfuerzo de enderezarse.

—¿Te vas a levantar, perra?— chilló un guardia.

El miedo impedía comprender a la muchacha qué querían de ella.

—Creo que deberías levantarte, Mara— le dijo Josef, suavemente.

—Dejadla—, ordenó nuevamente Vespasiano en voz baja.

—¿Seguimos?— preguntó Cenis —¿o queréis llevárosla? No creo que vaya a servir para cuidar rebaños.

Cenis no se oponía en absoluto a que Vespasiano se divirtiera con quien quisiera, pero quería ser sólo ella quien le eligiera sus entretenimientos.

Cuando la muchacha se puso de pie, se pudo apreciar el óvalo de su rostro, dulce y luminoso, en parte cubierto por una abundante cabellera oscura; entreabrió ligeramente su boca firme, de labios gruesos, y se vio el brillo de sus bellos dientes. Se sentía desamparada, desnuda y tan joven, y movía la cabeza con un balanceo constante de un lado al otro.

—Preguntadle qué sabe hacer— dijo Vespasiano a Josef. —El señor desea saber si conoces algún oficio— le preguntó Josef, con dulzura.

La respiración de la muchacha se tomó un jadeo espasmódico; miró largamente a

Josef con sus grandes ojos oscuros y —repentinamente— se llevó la mano a la frente. Inclinó la cabeza pero permaneció callada.

—¿Seguimos o no?— preguntó Cenis.

—Deberías contestar— insistió Josef suavemente, con paciencia. —El amo desea saber si conoces algún oficio.

—He aprendido muchas oraciones de memoria— contestó finalmente. Su voz sonaba tímida y grave pero asombrosamente agradable.

—¿Qué dice?— exigió Vespasiano.

—Que sabe rezar.

Todos rieron menos Vespasiano.

—¿Debo enviaros a esta doncella?— inquirió a su vez Frontón. El general dudó. Al fin respondió:

—No, necesito gente que trabaje mis tierras.

Esa noche Vespasiano preguntó a Josef:

—¿Rezan mucho las judías?

—Nuestras mujeres no están obligadas a rezar ni tampoco a observar los mandamientos, que son 365, es decir, tantos como días tiene el año. Deben respetar las prohibiciones que son 248, igual al número de huesos que hay en el cuerpo humano.

—¡Qué abundancia!— exclamó Vespasiano. —¿Creéis que ella es realmente virgen?— preguntó después de una pausa. —Nuestra Ley castiga con la muerte la impudicia femenina.

—¡La ley!— se burló Vespasiano, encogiéndose de hombres. —A la pequeña tal vez le preocupe vuestra ley, doctor Josef, pero no a mis soldados. Quiero que sepáis que he procurado que también en ese aspecto la disciplina sea estrictamente respetada. Lo que me preocupa son sus grandes ojos de ternera. Diríase que esconden todos los sentimientos posibles, aunque, probablemente, no digan nada, como siempre ocurre en este país. Al principio son conmovedores, y cuando se mira de cerca, nada detrás. ¿Qué se ha hecho de vuestro oráculo, señor profeta? —agregó, bruscamente malhumorado—. Si os hubiese mandado a Roma, hace tiempo que expurgaríais vuestras faltas en alguna mina de Cerdeña, en lugar de entreteneros aquí con bonitas muchachas judías.

A Josef no le inquietaban las bromas de su amo. Había comprendido hacía tiempo que no era el único en llevar cadenas.

—El gobernador general Muciano— repuso con cortesía —me habría pagado al precio de dos docenas de mineros, por lo menos, si vos hubierais accedido a su pedido. Supongo que no me sentiría muy desdichado en Antioquía.

—Os estoy permitiendo muchos atrevimientos, mi judío— observó Vespasiano.

Josef cambió el tono.

—Mi vida estaría perdida— dijo apasionadamente, a la vez convincente y humilde —si vos me apartarais de vuestro lado. Creedme, cónsul Vespasiano, sois vos el Redentor y Yahvé me ha enviado para decíroslo y repetíroslo: vos sois el Salvador— insistió eufórico.

Su amo lo miraba con expresión burlona, sin creer del todo sus palabras. Sin embargo, no podía evitar que las afirmaciones entusiastas del joven sacerdote encendieran su espíritu fatigado. Se sentía molesto consigo mismo por desear constantemente que el judío le repitiera las mismas profecías; se había acostumbrado demasiado a su voz misteriosa y llena de fe. Estaba demasiado unido al judío.

—Si vuestro dios no se da prisa, querido judío— bromeó —el Mesías estará un poco senil cuando se presente.

Entonces Josef, que ignoraba de dónde sacaba tanta seguridad, repuso imperturbable:

—Si antes del pleno verano no se ha producido un cambio total en vuestra vida, vendedme en Antioquía, os lo ruego, cónsul Vespasiano.

El general saboreó estas palabras con placer pero, como no quería revelar sus sentimientos, desvió la conversación hacia otro tema:

—Vuestro rey David se hacía llevar a la cama a mujeres jóvenes de cuerpo ardiente. No le disgustaban tampoco los buenos manjares. Yo creo que vosotros sois todos iguales. ¿Qué me decís de ello, jovencito? ¿Por qué no me contáis algo sobre esto?

—Entre nosotros se dice que cuando un hombre ha frecuentado a una mujer durante siete lunas Dios no se expresa más por su

boca. Mientras escribía el *Libro de los Macabeos* no estuve con ninguna mujer, y desde el día en que me hice cargo del supremo mando de Galilea, observé la misma conducta.

—No os ha servido de mucho— concluyó Vespasiano.

A la mañana siguiente, el generalísimo mandó comprar en la subasta a la joven Mara, hija de Lakisch, y esa misma noche fue conducida a su presencia. Sobre la cabeza llevaba todavía la corona de los que, según las leyes de la guerra, son enviados a la subasta «bajo la lanza», pero por orden de Frontón la habían bañado, perfumado y vestido con una túnica transparente de muselina de Cos. Vespasiano la examinó de pies a cabeza, con mirada penetrante y fría.

—¡Imbéciles! — masculló. —La han aparejado como a una ramera de Hispania. Yo no he pagado cien sestercios por esto.

La niña no comprendía nada. Había sufrido muchísimo y estaba muy asustada. Josef le habló con exquisita suavidad, en su arameo natal. Ella le contestó temblorosa, con su voz grave. Vespasiano escuchó pacientemente esa conversación que a él le sonaba gutural, extraña. Por último, Josef le explicó:

—Está avergonzada por verse desnuda y porque la desnudez entre nosotros es un pecado capital. Una mujer no debe exhibirse sin ropas, ni siquiera cuando un médico diagnostica que su vida depende de ello.

—¡Qué tontería! — exclamó Vespasiano.

—Mara pide al príncipe— continuó Josef —que le permita ponerse un vestido rectangular, de una sola pieza. Mara pide al príncipe que le conceda, además, una redecilla para recoger sus cabellos y sandalias perfumadas para calzar sus pies.

—A mí me huele bastante bien— opinó el general. —Pero no importa, las tendrá.

La despidió. Ese día no tenía necesidad de ella.

—Puedo esperar— confió a Josef. —He aprendido a tener paciencia. Antes de disfrutar de algunas cosas en la mesa, en el lecho o cualquier otro lugar, me gusta apartarlas un tiempo de mí. He tenido que aguardar mucho antes de obtener mi puesto actual— se explicó restregándose el brazo gotoso, lo que acentuó aún más el tono de confidencia. —¿Encontráis, de verdad, algo especial en esa

pequeña judía? Es tímida, tonta y no puedo conversar con ella. La fruta verde parece bonita, pero ¡maldición!, se pueden encontrar aquí mujeres mucho más hermosas. ¡Sabe Dios qué es lo que a uno le atrae de un animalito como ése!

También Josef era sensible a la seducción de la pequeña Mara. Conocía a las indolentes galileas, tímidas, hasta melancólicas, pero exuberantes y sensuales en la entrega.

De pronto, con cierto desparpajo, Josef dijo al romano que Mara quería algarrobas. Estaba en su derecho. Mara, hija de Lakisch, no podría sin ellas pronunciar la fórmula de bendición cuando recibiera el vestido cuadrangular.

Vespasiano se enfadó.

—¿Os habéis puesto sentimental, judío? Comenzáis a fastidiarme. Os dais demasiada importancia. Cuando uno desea llevarse a una chica a la cama me exigís unos preparativos como para una campaña militar. Quiero deciros una cosa, profeta. Enseñadle un poco de latín. Decídselo mañana por la mañana, pero no os adelantéis a disfrutarla si queréis que vuestra condición de profeta no sufra perjuicio.

Josef pudo ver a Mara al día siguiente. Llevaba puesto el sencillo vestido típico de las mujeres del país, hecho con una sola pieza rectangular de color marrón a rayas rojas. El instinto no había engañado a Vespasiano. La pureza de su rostro ovalado, la frente pequeña y luminosa, los ojos almendrados y los labios voluptuosos y un poco prominentes de la muchacha se apreciaban más con su vestido sencillo que cuando apareció casi desnuda y cargada de ornamentos.

Josef la interrogó con cautela. Su padre y toda su familia habían muerto, según creía la niña en castigo por sus pecados. Ella también expiaba las culpas paternas: Lakisch ben Simeón había aceptado un cargo en el teatro de Cesarea, después de consultar a muchos sacerdotes y doctores, quienes, aunque con vacilaciones, lo habían autorizado a trabajar en ese lugar. Otros, en cambio se habían opuesto en nombre de la fe y en ellos Mara había depositado su confianza, y en las palabras de los macabeos. Su padre realizaba un trabajo prohibido, ella misma se había convertido en una réproba: se había exhibido desnuda ante los incircuncisos y les había servido

de diversión. ¿Por qué Yahvé no la había hecho morir antes de aquello? Se quejaba con dulzura; su voz sonaba suavemente, su expresión era humilde. Se había sentado frente a Josef; era una joven deliciosa, ya era una mujer. «Su viñedo está en flor», pensó él. Súbitamente, sintió un violento deseo de ella. Sus rodillas se doblaron como en la caverna de Jotapata. Miraba a la niña y ella a su vez no apartaba sus rasgados ojos profundos de él. Su boca estaba apenas entreabierta pero Josef sentía su aliento puro. La deseó ardientemente.

—¿Qué debo hacer, mi doctor y maestro?— prosiguió Mara. — Es un gran consuelo, un precioso favor que Dios me concede poder hablar con vos.

Su sonrisa encendió en Josef un odio salvaje y descontrolado hacia el romano. Forcejeó por quitarse las cadenas, inútilmente. No tenía escapatoria; él mismo debía ayudar al bruto voraz a poseer a la niña.

Mara se incorporó rápidamente, y sin dejar de sonreír caminó de un lado al otro, con pasos ligeros, calzada con unas perfumadas sandalias de cáñamo.

—En sábado siempre he calzado sandalias perfumadas; es un mérito, que Dios toma en cuenta, que nos vistamos el día santo con cuidado especial. ¿He hecho bien en pedir al romano las sandalias?

—Escucha, Mara, hija de Lakisch, joven doncella— dijo Josef, tratando de explicarle, con el máximo cuidado, que ellos dos habían sido enviados por el Señor junto a Vespasiano, para cumplir el mismo fin. Le habló de la joven Ester que Dios mandó a presencia del rey Ahasvero para salvar a su pueblo, y de frene, enviada ante el rey Tolomeo. — Es tu deber agradar al romano, Mara.

Pero ella sentía miedo. El incircunciso, ese impío que un día sería juzgado en el valle de Hinom, ese vejestorio, la disgustaba, la espantaba. Josef, enfurecido contra sí mismo y contra el romano, la aconsejó con tiernas palabras, con frases comedidas. Preparó para el romano un manjar delicado.

A la mañana siguiente, Vespasiano describió a Josef con cruda franqueza cómo habían sucedido las cosas respecto a Mara. Un poco de pudor y de temor no le disgustaban, pero ella había temblado de la cabeza a los pies, estuvo a punto de desvanecerse

y, al fin, se había quedado inmóvil, completamente rígida. Él estaba viejo y un poco reumático, y la niña lo había fatigado.

—Me parece que está llena de supersticiones. En cuanto la toco cree que son demonios los que la devoran. Domesticádmela un poco, ¿eh? Decidle en arameo: «Sé tierna, pequeña; no seas tonta, paloma», o algo por el estilo.

Cuando Josef volvió a verla, Mara, en efecto, estaba como petrificada e impenetrable. Las palabras brotaban maquinalmente de sus labios. Se la habría creído una muerta bien acicalada. Retrocedió al notar que Josef se le aproximaba, gritando como una leprosa desesperada, aterrorizada:

—¡Impura! ¡Impura!

Antes de que el verano hubiese alcanzado su plenitud, llegaron noticias graves de Roma. La sublevación de Occidente había triunfado, el senado había depuesto al emperador Nerón, el quinto César, y éste se había suicidado, ofreciendo a los que lo rodeaban un ejemplo de dignidad. Los jefes del ejército eran ahora los amos del mundo. Vespasiano sonrió. Si normalmente estaba sereno, ahora su serenidad era extraordinaria. Había hecho bien en escuchar su voz interior y no precipitarse a dar por terminada la campaña. Bajo su mando en aquel momento había tres fuertes legiones, y con las de Muciano, siete. Tomando a Cenis por los hombros, le dijo:

—Nerón está muerto. Mi judío no es un imbécil, Cenis.

Se miraron, meciendo silenciosamente sus cuerpos rollizos. Los dos reían. Cuando Josef se enteró de la muerte de Nerón, se incorporó lentamente. Era todavía joven —tenía treinta y un años— y había sufrido más altibajos en su vida que cualquier otro hombre de su edad. Ya de pie, respiró profundamente con la boca abierta, y se puso una mano en el pecho. Confiado en que Yahvé habitaba en él, había jugado una partida muy fuerte y había ganado. Trabajosamente se colocó con las manos encadenadas el tocado de sacerdote, y pronunció la bendición: «Alabado seáis, oh, Yahvé, nuestro Dios, que nos has permitido vivir y alcanzar este día». Enseguida, lenta, calmosamente, levantó primero el pie derecho, luego el izquierdo. Bailaba como los grandes señores en el Templo, ante el pueblo, el día de la fiesta del agua.

Al golpear el suelo con el pie, las cadenas tintineaban. Saltaba, brincaba, zapateaba, trataba de batir las manos y de palmearse los muslos. La pequeña Mara se detuvo en la puerta de la tienda de Josef, asustada. El continuó bailando, frenético.

—Búrlate de mí, Mara, hija de Lakisch— le gritó, —ríe, como el enemigo se burlaba de las danzas de David. ¡No temas! ¡No es Satán, el bailarín infernal! ¡Es el rey David, que baila delante del Arca de la Alianza!

Así se exaltaba el doctor y maestro Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, porque Dios no había permitido que su profecía fuese vana.

Esa noche, Vespasiano le dijo:

—Doctor Josef, podéis quitaros las cadenas.

—Si me lo permitís, cónsul Vespasiano— replicó él —continuaré usándolas, Las conservaré hasta que el emperador Vespasiano me las quite.

—Sois muy hábil, querido judío— comentó Vespasiano, riendo.

Josef volvió a su casa silbando entre dientes, muy quedo, como hacía únicamente cuando estaba particularmente contento. Silbaba la cancioncilla del esclavo Isidoro: «¿Quién es aquí el amo? ¿Quién paga la mantequilla?»

Los mensajeros circulaban de Antioquía a Cesarea, y viceversa. Despachos urgentes llegaban de Italia, a través de Egipto. El senado y la guardia pretoriana habían nombrado emperador al vetusto general Galba, caprichoso y gruñón, a quien no le sería posible conservar el trono por mucho tiempo. Al nuevo emperador lo designarían los ejércitos: los del Rin, del Danubio y de Oriente. El gobernador general de Egipto, Tiberio Alejandro, había concertado una alianza estrecha con los dos comandantes supremos de Asia. Hasta el antipático hermano de Vespasiano, el prefecto de policía Sabino, se puso en movimiento e hizo algunas ofertas ambiguas al hermano primogénito.

Había mucho que hacer y a Vespasiano no le quedaba tiempo de estudiar el arameo para relacionarse con la joven Mara. ¡Por Júpiter!, esa tontita bien podría aprender a ser tierna en latín. Pero Mara no hacía ningún progreso en esa lengua; además costó mucho evitar que se atravesara el pecho con un largo alfiler. Tan poca

colaboración estaba exasperando al general. Pero, como de algún modo misterioso se sentía deudor del dios de los judíos, no quería que por culpa de la jovencita ese dios se pusiera en su contra. Esta vez no confió en Josef. Buscó a otro intermediario y así pudo saber qué era lo que tanto apenaba a la muchacha. Cuando se lo dijeron quedó estupefacto: esa cosa insignificante poseía un ingenuo orgullo, similar al del judío. Entonces Vespasiano rió ampliamente y con un poco de malicia pensó que él sabría cómo arreglárselas con Josef y con la pequeña.

—Vosotros, los judíos— le dijo ese mismo día en presencia de Cenis —respetáis unas creencias supersticiosas, vergonzosas y bárbaras. Imaginaos, doctor Josef, que la pequeña Mara está completamente convencida de que se ha vuelto impura porque yo duermo con ella. ¿Comprendéis esto?

—Sí.

—En ese caso sois más listo que yo. ¿Existe alguna forma de purificarla?

—No.

Vespasiano bebió una copa del excelente vino de Eschkol, y prosiguió tranquilamente.

—Ella, en cambio, conoce una, que consiste en que un judío la tome por esposa. Afirma que sólo así quedará limpia de pecado. — Son tonterías infantiles.

—No es ésta una superstición más absurda que la otra— observó Vespasiano, en tono conciliatorio.

—Muy difícilmente encontraréis a un judío que quiera casarse con ella. La Ley lo prohíbe.

—Lo encontraré— repuso el general, con buen humor. Josef lo miró, interrogante. — Vos, mi querido judío— agregó el romano, sonriendo.

Josef palideció y, al notarlo, Vespasiano le reprochó afectuosamente:

—No sois cortés, profeta mío. Habrías debido decir «muchas gracias».

—Soy sacerdote de primera categoría— le contestó Josef con la voz enronquecida, completamente anonadado.

—Estos judíos son endiabladamente delicados— dijo entonces Vespasiano dirigiéndose a Cenis. —Lo que ha tocado uno de nosotros, ya no les gusta. Sin embargo, el emperador Nerón y yo nos hemos casado sin poner inconveniente con mujeres repudiadas, ¿no es así, amiga mía?

—Desciendo de los Asmoneos— explicó Josef en voz baja. —Mi familia se remonta al rey David. Si desposo a esa mujer, pierdo para siempre mi título de sacerdote, y los hijos de tal unión serán ilegítimos, privados de todo derecho. Soy sacerdote de primera categoría— repitió muy quedo, obstinadamente.

—Sois un montón de excremento— concluyó Vespasiano, escuetamente. —Si tiene un hijo, lo veré dentro de diez años. Entonces decidiremos si es mío o vuestro.

—¿Os casaréis con ella?— preguntó Cenis, curiosa.

Josef no contestó:

—¿Sí o no?— insistió Vespasiano, con repentina violencia.

—No digo que sí ni que no— replicó Josef. —Dios, que ha decidido hacer del general un emperador, le ha inspirado ese deseo. Me inclino ante Dios— e hizo una profunda reverencia.

Josef durmió mal las noches siguientes. Las cadenas le ulceraban la piel. Más de cuanto lo había elevado el éxito de su profecía, lo rebajaba la fantasía audaz del romano. Recordó las lecciones del esenio Banus, en el desierto: la pasión carnal ahuyenta el espíritu divino. Estaba claro que debía abstenerse del contacto con mujeres mientras su predicción no se cumpliese. Mara había agradado a su corazón y a sus sentidos y debía expiar su extravío sensual. Sabía que si desposaba a la niña, hecha prisionera por la guerra, y prostituida por la concupiscencia del romano, merecería el rechazo de Dios y la flagelación pública; a tal punto conocía los preceptos. No existía ninguna excepción, ninguna escapatoria o interpretación que le valiera. «La viña no debe trepar sobre el zarzal», así rezaba la norma. Y acerca de la sentencia: «Maldito sea quien se acueste con una bestia», el comentario auténtico de los doctores añadía que el sacerdote que se acuesta con una prostituta no vale más que el que se une a una bestia.

Pero Josef estaba dispuesto a beber la copa hasta la hez. La partida era importante; en consecuencia, se le exigía una apuesta

altísima. Estaba ligado a ese romano. Aceptaría su vergüenza.

Vespasiano dispuso del tiempo y la obstinación necesarios para disfrutar al máximo de su broma. Se hizo informar acerca de los complicados y minuciosos hábitos matrimoniales judíos, de los detalles de las ceremonias del compromiso y de la boda, que no eran iguales en Galilea y en Judea, y se esmeró en que todo se realizara de acuerdo con los ritos.

Estaba establecido que, si faltaba el padre, era el tutor quien debía discutir con el novio el precio de compra de la novia. Vespasiano se nombró tutor. Se acostumbraba que el novio pagase doscientas piezas de oro si la novia era virgen, y cien si era viuda. Vespasiano hizo inscribir en el acta: «Por Mara, hija de Lakisch, ciento cincuenta piezas», y exigió a Josef la firma de un documento por el cual éste se comprometía a pagarle la mencionada suma. Convocó como testigos del matrimonio a doctores y a estudiantes de las escuelas de Tiberíades, de Magdala, de Séforis, y a otros notables del territorio ocupado. El general les impuso multas, e hizo pagar contribuciones especiales a sus comunidades.

Toda la población judía fue invitada a la boda, que fue anunciada en todas partes por heraldos. Para el cortejo nupcial se buscó en Tiberíades la más bella silla de manos, como lo exigía la costumbre cuando se trataba del matrimonio de grandes personajes. Cuando Mara abandonó su morada, transportada en la silla y coronada de mirtos, Vespasiano pronunció, como representante del padre, la frase: «Dios quiera que no volváis más aquí». Después fue conducida a través de la ciudad. Los notables de Galilea, coronados igualmente de mirtos, conducían la silla. Delante iban muchachas con antorchas y algunos estudiantes, balanceando unos vasos de alabastro colmados de perfumes. Regaron el camino de vino y de aceite; arrojaron nueces y espigas doradas, cantando a coro alrededor de la novia: «No os hacen falta ni afeites ni ungüentos, ni

hierbas medicinales, adorable gacela». Se bailó en todas partes. Tanto la dama de sesenta años como la niña de seis danzaron al son de la cornamusa; también los doctores tuvieron que bailar, con guirnaldas de mirtos en la mano, pues Vespasiano quería que la joven pareja fuese honrada de acuerdo con las costumbres tradicionales.

De ese modo fue conducido Josef a través de Cesarea durante un largo recorrido, no menos doloroso que el que hiciera a través del campamento romano, cuando fue llevado por primera vez a presencia del comandante. Por último, se produjo el encuentro con Mara en la tienda nupcial, la *jupá*, confeccionada con blancos lienzos bordados de oro, de cuyo techo colgaban racimos de uvas, higos y aceitunas. Vespasiano y un grupo de oficiales fueron testigos, junto con los notables de Galilea, de que Josef desposaba a Mara. Le oyeron pronunciar claramente, con firmeza, la fórmula que se hacía sacrílega en su boca: «Declaro aquí que me eres confiada según la ley de Moisés y de Israel». Sin embargo, la tierra no se abrió para tragar al sacerdote que articulaba las palabras prohibidas. Los frutos se mecieron suavemente en el techo de la tienda nupcial. Se oyó cantar en torno a la tienda: «Hermana mía, querida novia, sois un jardín cerrado, una fuente clausurada, un manantial sellado».

La deliciosa Mara, sin turbarse, posó la mirada profunda de sus grandes ojos en el pálido rostro de Josef, y repuso con el versículo: «Que mi amigo venga a su jardín a comer de sus frutos exquisitos». Vespasiano se hizo traducir las palabras del ceremonial, y sonrió, encantado.

—Una cosa quiero pediros, querido— dijo a Josef. —No tengáis demasiada prisa por retiraros del jardín.

La princesa Berenice, hija del primer rey Agripa y hermana del segundo rey del mismo nombre, volvió a Judea después de un tiempo de meditación en el desierto. Sensible y emotiva, todo su ser fue presa del sufrimiento cuando los romanos invadieron las ciudades de Galilea, por lo que se retiró a los desiertos del sur. Padeció fiebres, rechazó los alimentos, mortificó su carne, descuidó su cabellera, vistió ropas ásperas para que le arañasen la piel; se expuso al calor del mediodía y al frío de la noche. Vivió así semanas

y meses, solitaria, en desesperada contrición, alejada de todos salvo de los eremitas: los hermanos esenios.

Pero cuando el eco de los graves acontecimientos ocurridos en Roma, —la muerte de Nerón y los tumultos— durante el gobierno de Galba, llegó de modo misterioso al desierto, la princesa se lanzó al torbellino de la política, con la misma pasión con que antes se precipitara en el profundo abismo de la penitencia. Desde hacía algún tiempo luchaban en ella furiosamente las inclinaciones más contrapuestas: bien se hundía en las Sagradas Escrituras, buscando a Dios con ansia y fervor, bien se aplicaba con la energía de su espíritu sutil y valiente a los complicados problemas del gobierno del imperio y de las provincias.

En cuanto emprendió el camino de regreso comenzó la labor sellando, enviando y recibiendo innumerables cartas y despachos. Así, mucho antes de llegar a Judea, supo que se estaba tejiendo una trama de intrigas cuyos hilos se tendían de Oriente a Occidente. Había estudiado la situación y tenía una opinión formada sobre el reparto del poder en el imperio. Eran muchos los elementos que se debían tomar en cuenta: el ejército del Rin, el del Danubio, el de Oriente; el senado, la clase rica de Roma y de las provincias; las inclinaciones y el poder de los gobernadores de Britania, Galia, Hispania y África; los principales personajes de Grecia y el Mar Negro; la personalidad codiciosa y desagradable del anciano emperador; el excesivo número de candidatos a sucederle —unos visibles y otros encubiertos. Cuando más desorden hubiera en el mundo mejor sería, por el momento, para Jerusalén y el Templo. Tal vez se lograse desplazar a Oriente el centro de gravedad del poder, de modo que la organización del mundo tuviera su centro no en Roma sino en Jerusalén.

La princesa sopesó, calculó, buscó el punto donde podría intervenir. En Oriente, tres personajes detentaban el poder: el amo de Egipto, Tiberio Alejandro; el de Siria, Muciano, y el comandante supremo del ejército de Judea, Vespasiano.

Berenice se instaló en la ciudad donde éste había establecido su cuartel general. Estaba llena de prevenciones contra su persona. Sabía que se mofaban de él, llamándole «transportista» y «el del excremento de caballo», así como se decía que era pérfido, un

astuto y grosero campesino. Lo cierto era que había tratado a Judea brutal y sanguinariamente. Los labios sensuales de Berenice se crispaban en una mueca de desagrado cuando pensaba en ese hombre. Por desgracia, era necesario pensar en él a menudo; estaba demasiado cerca y reunía las condiciones que podían elevarlo muy alto.

En todo Oriente resonaban los ecos de las profecías y presagios que hablaban de su destino.

Muy poco amablemente, Vespasiano dejó pasar demasiado tiempo antes de presentar sus saludos a la princesa. El también recelaba de ella. Había oído hablar de esa preciosa dama, de sus caprichos, de sus pasiones exaltadas, de su relación con su hermano, —que no tenía nada de fraternal. Le contrariaba la actitud altanera y exquisita de la princesa oriental. Pero habría sido insensato tenerla de enemiga innecesariamente ya que ella estaba muy bien relacionada en Roma y —según se decía— era extraordinariamente hermosa. Poseía fabulosas riquezas que, no obstante los innumerables palacios que tanto ella como su hermano habían construido en todo Oriente, apenas habían menguado.

Para recibirlo, Berenice se vistió con un austero traje de ceremonia. Su cabeza de nobles proporciones, su rostro todavía dorado por el sol, resaltaban majestuosamente entre los pliegues de la tela. Sobre sus cabellos cortos y rebeldes no había ningún adorno. Las mangas de seda labrada caían sobre sus hermosas manos delgadas, morenas por el sol del desierto. Después de las acostumbradas palabras de cortesía, pasó sin más al único tema que le preocupaba.

—Os agradezco, cónsul Vespasiano, haber perdonado durante tanto tiempo a la ciudad de Jerusalén.

Su voz era grave, plena, oscura; se percibía en ella un ligero temblor nervioso y la leve ronquera que lo encubría hacía aún más seductoras sus palabras.

Con la fría mirada de sus ojos claros, Vespasiano examinó a esta mujer de los pies a la cabeza. Enseguida, resoplando, le dijo en tono de reserva.

—Para hablaros con franqueza, os diré que no me preocupa vuestra ciudad sino la vida de mis soldados. Si vuestros

compatriotas hacen otro tanto, espero poder tomar Jerusalén sin grandes sacrificios.

—Continuad, os lo ruego, cónsul Vespasiano— dijo ella cortésmente. Y agregó: — Vuestro dialecto sabino suena muy agradablemente.

Ella hablaba el latín con facilidad y sin ningún acento.

—Sí— repuso él, campechanamente. —Soy un viejo campesino. Esto tiene sus ventajas pero también sus inconvenientes. Quiero decir, para vos.

La princesa en ese momento se incorporó del sillón donde había estado sentada y, dando unos pasos con el andar que la había hecho famosa, avanzó hasta quedar muy cerca del general.

—¿Por qué me habláis con tanta rudeza? Seguramente, os habrán contado historias ridículas sobre mí. No deberíais creerlas. Soy judía, descendiente de Herodes y de los Asmoneos. Mi situación es bastante delicada ahora que vuestras legiones ocupan mi país.

—Comprendo perfectamente, princesa Berenice, que vos imaginéis toda suerte de complicaciones interesantes, ahora que en Roma gobierna un emperador anciano que todavía no ha nombrado sucesor. En cuanto a mí, lamentaría vivamente teneros por enemiga.

—Mi hermano Agripa ha ido a Roma a presentar su homenaje al emperador Galba.

—Mi hijo Tito ha partido a Roma con el mismo fin.

—Lo sé— dijo Berenice indolentemente. —Vuestro hijo ha partido para saludar a Galba pero unas cartas que han sido interceptadas casualmente le han revelado que el emperador quiere desembarazarse de vos con la colaboración de mercenarios.

—Cuando un soberano tan anciano está sentado en un trono tan tambaleante— respondió Vespasiano, más calmo que nunca — tantea un poco a su alrededor para conservar el equilibrio. Es natural: cuando nosotros seamos tan viejos como él haremos, sin duda, exactamente lo mismo. ¿Adónde queréis llegar, princesa?

—¿Y vos, cónsul Vespasiano?

—Vosotros los orientales queréis siempre conocer de antemano el precio que deberéis pagar.

El rostro expresivo, vivaz, de Berenice se iluminó súbitamente con una total y temeraria confianza.

—Quiero que este antiguo y sagrado Oriente tenga la parte que le corresponde en el dominio del mundo-dijo con voz seductora y profunda.

—He aquí una fórmula demasiado amplia para mi cerebro de campesino sabino. Me temo que nuestras aspiraciones sean opuestas. Mi deseo es que terminen de una vez las canalladas de gran estilo que se han extendido por todo el imperio, precisamente desde Oriente. Los proyectos orientales de Nerón y su afición por este país nos han costado, además, muchos miles de millones en deudas. Me parece que es pagar demasiado por la antigua santidad.

—Cuando muera Galba, ¿intervendrá el ejército en el nombramiento del sucesor?— preguntó Berenice.

—Estoy del lado de la ley y de la justicia.

—Todos lo estamos, aunque a menudo es diferente nuestro modo de apreciarlas.

—Os agradecería muchísimo, señora, que me dijerais qué cosa deseáis.

Berenice se concentró en sus pensamientos; la expresión de su rostro se tomó impasible y, luego de una pausa, contestó con profunda convicción y en tono grave:

—Deseo que el Templo de Jerusalén permanezca intacto.

Vespasiano había sido encargado de pacificar Judea por los medios que considerase necesarios. Por un momento deseó vivamente replicar a la princesa que la conservación del dominio del mundo lamentablemente no siempre permitía tener en cuenta la estética. Pero advirtió la emoción de ésta y —evasivamente— le respondió:

—No somos bárbaros.

Ella no dijo nada. Lentamente, posó sus grandes ojos rasgados en él, con una mirada de triste escepticismo. Y entonces Vespasiano se sintió incómodo. ¿Acaso no le era completamente indiferente que esa judía lo considerara un bárbaro? Curiosamente no le era indiferente. Ante ella se sintió un poco torpe, como le ocurría a veces en presencia de su judío Josef. Intentó librarse de la inquietud, y dijo:

—No deberíais atacarme por el flanco de la ambición. Ya no soy lo suficientemente joven.

Berenice comprendió que el «transportista» era un adversario duro, terco, y muy astuto, aunque franco. Cambió, pues, de tema.

—¿Tenéis algún retrato de vuestro hijo Tito?

Vespasiano se hizo traer uno. Ella lo examinó aparentemente interesada, y dijo unas cuantas cosas para halago del padre. Pero el comandante ya estaba en la edad en que se adivinan los pensamientos de los hombres y supo que el retrato no había sido de su agrado. Se separaron como amigos, pero tanto el romano como la judía supieron desde ese momento que jamás se tendrían simpatía.

Cuando Josef ben Matatías acudió al llamado de Berenice, ella lo detuvo con un ademán imperioso, gritándole:

—No os acerquéis. Quedaos ahí. Es necesario que nos separen siete pasos.

Él palideció, pues la princesa lo trataba como si fuera un leproso.

—He leído vuestro libro dos veces— comenzó Berenice.

—¿Quién no escribiría con entusiasmo— replicó Josef —cuando debe hablar de abuelos como los nuestros?

La princesa alisó bruscamente sus cortos cabellos rebeldes. Era cierto, ese hombre pertenecía a su familia.

—Lamento, primo mío, que vos seáis mi pariente.

Hablaba con mucha calma, aunque su voz sonaba débil.

—No comprendo por qué no habéis muerto en Jotapata. No hay nadie en Judea que no experimente una sensación de disgusto cuando oye pronunciar el nombre de Josef ben Matatías.

Josef recordó que Justo de Tiberíades había dicho: «Su doctor Josef es un miserable». Pero las palabras de una mujer no le afectaban tanto.

—Cuentan de mí muchas atrocidades— repuso —mas no creo que se me considere un cobarde. Reflexionad, os lo ruego. En casi todos los casos no cuesta demasiado morir. En Jotapata era fácil y hasta atrayente terminar de una vez. Para vivir hacía falta, en cambio, voluntad y coraje. Si he optado por la vida, ha sido porque sé que soy un instrumento de Yahvé.

Berenice contrajo los labios. Su rostro expresaba burla y desprecio.

—Corre el rumor en Oriente— dijo —de que un profeta judío ha visto en ese romano al Mesías. ¿Sois vos el profeta?

—Creo— contestó Josef con calma —que Vespasiano es el hombre del cual hablan las Escrituras.

Berenice se inclinó hacia delante sin sobrepasar el límite de siete pasos que se había trazado. Los separaba el ancho de la habitación con un brasero en el centro, pues era un frío día invernal. Examinó al hombre que aun con cadenas lucía un aspecto muy cuidado.

—Quiero ver al profeta que se ha tragado el escupitajo de Vespasiano, tal como le ordenaron. Enfermé de desprecio cuando supe que los doctores de Séforis habían sido obligados a asistir a vuestro «matrimonio».

—Sí— dijo Josef, —también he tenido que soportar eso.

Pareció empequeñecerse, reducirse de pronto. Había algo que lo rebajaba y aplastaba mucho más que haberse casado con la niña. En la tienda nupcial había jurado no tocar a Mara. Pero ella había venido hacia él, y se había tendido en el lecho, joven, lozana, ardiente, llena de esperanza. Y Josef la había tomado, se había visto forzado a tomarla, así como tuvo que beber agua aquella vez, al salir de la caverna que lo cobijó. Desde entonces, Mara no se apartaba de él. Sus grandes ojos lo miraban con pasión tanto cuando se unía a ella como cuando la apartaba de sí, lleno de furor y de desprecio. Berenice tenía sobrada razón. No sólo había tragado el escupitajo del romano, sino que encontraba en ello un placer especial. Respiró aliviado cuando la princesa cambió de tema. Ella se puso a hablar de política y a denigrar a Vespasiano.

—No quiero que ese labriego se entronice en el centro del mundo. No lo soportaré.

En su voz grave ardía la pasión. Josef se contuvo y no respondió. Entonces Berenice le advirtió:

—Id a buscarlo, primo mío— dijo desdeñosa. —Contadle todo. Traicionadme y tal vez recibiréis una recompensa más alta que la esclava Mara.

Separados por el ancho de la habitación, estaban frente a frente, ambos eran jóvenes, hermosos, y estaban animados por la pasión de alcanzar su propia meta. Se miraban a los ojos, con mutuo desprecio, sin saber que un lazo indisoluble los unía para siempre.

—Si yo comentase al general— repuso Josef con sarcasmo —que vos, prima Berenice, sois su enemiga, se reiría.

—Pues bien, hacedle reír a vuestro amo romano. Os tiene para eso, seguramente. Yo, primo mío, iré a lavarme las manos y a tomar un largo baño después de haberos visto.

Al volver a su casa, Josef sonreía. Pensaba que era preferible dejarse injuriar por una mujer como Berenice, que resultarle indiferente.

Al cuartel general de Vespasiano en Cesarea, llegó y fue acogido con respeto por los funcionarios romanos, un judío muy cargado de años, de aspecto insignificante: el venerado Yojanán ben Zakai, rector de la Universidad del Templo, juez supremo de Judea y doctor eminente de Jerusalén. Con su voz cascada relató en el círculo de los judíos de Cesarea los horrores que se sufrían en la capital: cómo habían sido asesinados casi todos los jefes moderados, entre ellos el sacerdote Anán, la mayor parte de los aristócratas y muchos de los «Verdaderos creyentes», y cómo los macabeos se estaban matando entre ellos a hierro y fuego. En el mismo atrio del Templo habían instalado máquinas de guerra, y los fieles que intentaron depositar su ofrenda en el altar habían sido asesinados. El anciano recalcaba, a la manera antigua: «Lo he visto con mis propios ojos». Había logrado escapar de Jerusalén corriendo graves riesgos, gracias a que sus alumnos difundieron la especie de su muerte y, encerrándolo en un ataúd, lo sacaron fuera de la ciudad simulando un entierro.

Pidió una audiencia al general en jefe, quien lo recibió de inmediato. De tez amarillenta y debilitado por la edad, el eminente doctor permaneció de pie delante del romano. Sus ojos azules brillaban con una vivacidad asombrosa en el rostro surcado de arrugas, circundado por una barba descolorida.

—He venido, cónsul Vespasiano— dijo, —a conversar con vos sobre la paz y nuestra sumisión. Declaro que no represento a

ningún poder político establecido. El poder pertenece en Jerusalén a los Vengadores. Pero la Ley no está muerta, y yo traigo aquí el sello del juez supremo. No es gran cosa, pero nadie sabe mejor que Roma que un gran imperio se mantiene a la larga sólo por el sello, la ley y el derecho. He aquí tal vez por qué no debe ser menospreciado.

—Me siento feliz— replicó Vespasiano —de conversar con quien lleva el nombre más venerado de toda Judea. Pero quiero que sepáis que he sido enviado aquí para manejar la espada; únicamente el emperador y el senado pueden tratar las condiciones de paz.

Yojanán ben Zakai meneó la pequeña cabeza, y repuso en voz baja, astutamente, con el canturreo de los maestros orientales:

—Hay muchos que se llaman emperadores, pero hay uno solo con quien yo pueda cambiar sellos y documentos. ¿Ha hecho acaso Galba caer el Líbano? Sólo aquel que hiciera caer el Líbano es el poderoso, el *Adir*. El Líbano no ha caído por obra de Galba.

Vespasiano miró al anciano con desconfianza.

—¿Habéis hablado con mi prisionero Josef ben Matatías? Yojanán ben Zakai, un poco asombrado, hizo un gesto negativo. Vespasiano agregó, disgustado por su torpeza: — Disculpadme, veo que no habéis hablado con él.

Se sentó, tratando de hacerse más pequeño, y evitar mirar al anciano desde su altura.

—Os ruego que digáis qué nos ofrecéis y qué deseáis conservar.

—Os doy una carta sellada— repuso Yojanán, acercando hacia Vespasiano sus manos marchitas, —por la que me comprometo a lograr del Gran Consejo y de los doctores de Jerusalén su sumisión al senado y al pueblo de Roma. Una sola cosa os pido a cambio: concededme una pequeña villa, en la que yo pueda fundar una universidad, y garantizadme la libertad de enseñanza.

—¿Para que preparéis allí otros preceptos ininteligibles contra Roma?— preguntó Vespasiano con una sonrisa de satisfacción.

Yojanán ben Zakai se hizo aún más pequeño e insignificante.

—¿Qué os parece? Plantaré allí algunos brotes de los poderosos árboles de Jerusalén. Concededme por ejemplo, la

ciudad de Yabne. Sí, Yabne. ¡Será una universidad tan pequeña!

Hábilmente trató de persuadir al romano. Con gestos expresivos le describió cuán insignificante sería la universidad. ¡Ah, sería tan pequeña su universidad de Yabne! Apretaba los puños minúsculos.

—Está bien— repuso Vespasiano, —trasmitiré vuestra propuesta a Roma.

—No, no lo hagáis— rogó Yojanán. —Quiero tratar sólo con vos, cónsul Vespasiano— repitió testarudo. —Vos sois el *Adir.*

El supremo general se incorporó, y corpulento como era quedó plantado con toda su rotundidad campesina ante el eminente doctor.

—Os lo digo sinceramente, no comprendo qué habéis encontrado vosotros en mí. Vos sois un anciano sabio y, por lo que parece, bastante honesto. ¿No podríais explicármelo? Es inconcebible que en el país que vuestro Dios Yahvé os ha prometido a vosotros, tenga que ser yo el *Adir*. He oído decir que entre todos los pueblos, es el vuestro el que permanece aislado.

—Cuando los ángeles del Señor— explicó Yojanán con los ojos cerrados, —quisieron entonar una canción de júbilo, viendo que los egipcios se ahogaban en el Mar Rojo, dijo Yahvé: «Mis criaturas se ahogan, ¿y vosotros deseáis cantar?»

El comandante se acercó al sabio, le tocó leve y confiadamente los hombros, y preguntó con astucia:

—Sin embargo, una cosa es cierta: los judíos no admitís que nosotros también seamos hombres completos, verdaderos.

Con los ojos todavía cerrados, Yojanán respondió con una voz que parecía venir de muy lejos:

—En la Fiesta de los Tabernáculos sacrificamos setenta toros para reconciliar a los no judíos con Dios.

—Si no estuvierais demasiado cansado, mi doctor y señor Yojanán— dijo Vespasiano, con una cortesía insólita, —os pediría que me dierais alguna instrucción.

—Contestaré con mucho gusto a vuestras preguntas, cónsul Vespasiano— repuso el eminente doctor.

Vespasiano se apoyó con las manos sobre la mesa colocada en medio de los dos, y preguntó:

—¿Posee un no judío un alma inmortal?

—Hay 613 mandamientos que nosotros, los judíos, estamos obligados a cumplir— contestó Yojanán. —Quien no es judío, en cambio, sólo tiene que satisfacer siete. Si los obedece, desciende también sobre él el Espíritu divino.

—¿Cuáles son esos siete mandamientos?— preguntó el romano. Yojanán arrugó el marchito entrecejo; sus ojos azules, brillantes y vivaces, se clavaron en las pupilas grises de Vespasiano.

—Es un sí con seis noes— explicó. —Se debe practicar la justicia, no negar a Dios, no adorar ídolos, no matar, no robar, no llevar vida licenciosa y no maltratar a las bestias.

Vespasiano quedó un poco pensativo y luego de una pausa comentó, lamentándose:

—Hay pocas probabilidades de que el Espíritu divino descienda sobre mí.

—¿Seguís pensando que puede ser muy peligroso para Roma — sonreía ahora el doctor eminente, —si enseñamos tales cosas en mi pequeña universidad de Yabne?

—Peligroso o no, grande o pequeño— dijo Vespasiano con gesto amplio y cierto alarde —¿qué motivos tengo yo para satisfacer vuestros deseos?

La expresión del anciano se hizo entonces maliciosa; alzó las manos minúsculas, describió con ellas un movimiento en el aire y explicó, canturreando nuevamente, como es propio de los maestros orientales:

—Mientras vos no seáis el *Adir*, no os interesa tomar Jerusalén, pues estaréis necesitado de vuestras tropas para convertiros en *Adir* Pero cuando seáis proclamado, ya no tendréis tiempo de conquistar la ciudad. Por eso puede conveniros llevar a Roma si no los laureles de la Jerusalén conquistada, por lo menos algún título jurídico, que bien vale la pequeña concesión que os pido.

Después de esto, calló. Parecía agotado. Vespasiano lo había escuchado atentamente.

—Si los señores del gobierno de Judea son tan exquisitos como vos— dijo, poniendo fin a la entrevista, —creo que nunca estaré en condiciones de ser designado el *Adir.*

A pesar de su inmensa bondad, el doctor eminente era muy poco indulgente cuando se trataba de juzgar ciertos pecados; por

eso el corazón de Josef palpitaba de temor cuando acudió a la cita del maestro. Pero Yojanán no se situó a siete pasos de distancia de él y cuando Josef se inclinó, la mano en la frente, bendijo a su discípulo predilecto.

—He interpretado la palabra del profeta de modo equívoco- comentó Josef. —Soy culpable de abuso de la palabra, de lo cual han sobrevenido grandes males.

—Jerusalén y el Templo han estado a punto de caer antes de que vos intervinierais en los hechos, pues las puertas del Santuario caen desvencijadas cuando se sopla sobre ellas. A pesar de vuestras faltas, merecéis el perdón. Deseo conversar con vos, mi querido discípulo. En Jerusalén se ha dicho que vuestro corazón es vacilante y os han maldecido. Pero yo tengo fe en vos y deseo instruiros.

Estas palabras reanimaron a Josef, como el rocío reanima el campo reseco, y su pecho se ensanchó de esperanza.

—El reino está perdido— prosiguió Yojanán. —Pero, desde luego, no es el reino lo que nos mantiene unidos. Otros han fundado también reinos que se han convertido en polvo, y vendrán nuevos reinos, que serán igualmente destruidos. El reino no es lo esencial.

—¿Qué es, pues, lo esencial, padre mío?

—Una comunidad no se asienta en un pueblo ni en un Estado. Lo que da sentido a nuestra comunidad no es el reino, sino la Ley. Mientras permanezcan la Doctrina y la Ley, estaremos unidos más sólidamente que por medio de un Estado. Y la Ley subsiste en tanto que haya una voz que la proclame. Si la voz de Jacob sigue sonando, los brazos de Esaú seguirán siendo impotentes.

—¿Poseo yo la voz, padre mío?— preguntó Josef, temblando.

—Los otros creen que habéis dejado de ser judío, Josef ben Matatías. Pero aunque la sal se disuelva en el agua, estará siempre presente en ella, y cuando el agua se evapore la sal reaparecerá.

Las palabras del anciano regocijaron a Josef y lo humillaron al mismo tiempo. Estuvo largo rato en silencio, incapaz de pronunciar una palabra. Después, en voz baja, tímidamente, rogó a su maestro:

—¿Podríais trasmitirme, padre mío, cuáles son vuestros proyectos?

—Sí— repuso Yojanán, —te los haré conocer. Renunciaremos, ante todo, al Templo. En lugar de la casa visible de Dios, edificaremos una casa invisible. Rodearemos el soplo vivificante de Dios con muros de palabras en vez de murallas de granito. ¿Qué es el soplo vivificante de Dios? Es la Doctrina y la Ley. No se nos podrá separar mientras tengamos lengua o papel para anotarlas. Por eso he pedido al romano la ciudad de Yabne. Quiero fundar allí una universidad. Creo que me la concederá.

—Vuestro plan, padre mío, exigirá el trabajo de muchas generaciones.

—Tenemos tiempo— repuso el anciano.

—¿No nos pondrán obstáculos los romanos?

—Lo intentarán, sin duda. El Poder desconfía siempre del Espíritu; pero el Espíritu es flexible; no hay muros, por espesos que sean, que no pueda atravesar. Aunque nuestros enemigos destruyan nuestro Estado y nuestro Templo, nosotros edificaremos en su lugar la Doctrina y la Ley. Nos prohíben la palabra, pero nosotros nos entenderemos con signos. Prohíben las Escrituras, pero nosotros recurriremos al lenguaje secreto. Nos cierran el camino real, mas la majestad de Dios no sufre porque sus fieles deban ir a Él por senderos enmarañados.— El anciano cerró los ojos, volvió a abrirlos, y prosiguió: —No nos será posible concluir la obra, pero no debernos renunciar a ella. Hemos sido elegidos para realizarla.

—¿Y el Mesías?— preguntó Josef con suprema esperanza.

La conversación comenzaba a hacerse fatigosa para el anciano doctor, pero hizo aún un esfuerzo: era importantísimo para él trasmitir su sabiduría a Josef, su discípulo preferido. Le hizo una indicación para que se inclinara, y con la boca marchita pegada al oído del joven, murmuró:

—Me pregunto si vendrá alguna vez; pero es necesario seguir creyendo en él. No se debe contar con su venida, pero es preciso, sin embargo, creer siempre en que ha de llegar.

Josef regresó a su casa con el corazón lleno de angustia. La fe de ese notable maestro no contenía ninguna verdad deslumbradora que pudiera ayudarlo en lo inmediato, sino algo difícil, sutil, rayano con la herejía y en continua pugna contra ella. En resumen: una

carga pesada. Por distintos que pareciesen a primera vista, no era mucha la distancia que separaba a Yojanán ben Zakai de Justo de Tiberíades. Josef se sintió agobiado.

El eminente doctor había escuchado críticas muy severas respecto a la boda de su discípulo. Quiso, pues, hablar con Mara, hija de Lakisch. Sintió el perfume de sus sandalias. Ella se justificó:

—Me las pongo antes de rezar. Quiero estar perfumada delante de Dios.

Conocía muchas oraciones de memoria, pues estaba prohibido anotar lo que debe brotar del corazón.

—Me han enseñado— confesó en tono familiar —que desde la tierra al cielo hay 500 años, y el espesor de cada cielo es también de 500 años. Sin embargo, me detengo a menudo tras una columna de la sinagoga y oro en voz baja, y es como si orara a oídos de Yahvé. ¿Es acaso un pecado terrible creer, mi doctor y señor, que Yahvé está tan cerca de mí como la boca del oído?

Yojanán ben Zakai prestó suma atención al pensamiento que inquietaba a aquella mente infantil, y discutió seriamente con ella, como si lo hiciera con uno de los doctores de la Sala Cuadrangular. Cuando Mara se puso de pie para retirarse, posó suavemente su mano marchita sobre la cabeza de la muchacha y la bendijo con la antigua fórmula: «Yahvé te haga como Raquel y Lea».

Oyó decir días después que Josef, habiendo perdido el temor de que Vespasiano protestase, quería divorciarse de la niña. No le habría sido difícil obtener el divorcio; las Escrituras dicen en términos simples y claros: «Cuando una mujer ha dejado de ser amada por su marido porque él ha descubierto en ella alguna infamia, éste puede enviarle una carta de repudio y echarla de su casa». Yojanán hizo llamar a Josef para decirle lo siguiente:

—Hay dos cosas cuyo eco el oído deja de captar a menos de una legua de distancia, y que sin embargo resuenan de uno a otro confín del mundo: un árbol que cae abatido cuando todavía está cubierto de frutos, y los suspiros de una mujer repudiada, que ama a su esposo.

—¿Acaso no he descubierto infamia en ella?— preguntó Josef tercamente.

—No has descubierto infamia— repuso Yojanán. —La infamia estaba ya en ella antes de que la tomarais. Haced un examen de conciencia. Yo negaré mi testimonio si le enviáis una carta de repudio.

Las relaciones que Vespasiano mantenía con el emperador Galba no eran tan sencillas como había asegurado a la princesa Berenice. Tito no había ido a Roma únicamente a presentarle su homenaje sino, sobre todo, para conseguir altos cargos del Estado. El blanco de su ambición estaba a gran altura. El hermano de Vespasiano, el hosco y rígido Sabino, había considerado la posibilidad de que el anciano emperador, que no tenía hijos, adoptase a Tito para ganarse la voluntad del ejército de Oriente. Su carta había interrumpido las difíciles negociaciones entre el general y Muciano. Cada uno de los rivales aseguraba no tener intenciones de hacerse con el poder y que cualquier demostración en ese sentido sería achacable al contrario. Pero, en realidad, ambos sabían muy bien que no eran lo bastante fuertes como para aspirar a la primacía. La carta de Sabino les indicó, pues, una salida feliz.

Ya en pleno invierno llegó la noticia que pondría fin a esos proyectos. Apoyado en la guardia pretoriana y en el senado, se había adueñado del poder un hombre que nadie había tenido en cuenta en Oriente: Otón, el primer esposo de Popea. El viejo emperador había sido asesinado y su joven sucesor poseía coraje, talento, prestigio y numerosas simpatías. Se ignoraba si Tito continuaría o no su viaje para prestar juramento al nuevo soberano. En Oriente nadie se sentía tan poderoso como para rebelarse con alguna probabilidad de éxito contra el joven emperador. ¿Quién sería, por otra parte, el elegido? El viejo Galba había desaparecido demasiado pronto, y no se había podido aún concertar ningún acuerdo. Tanto el general en jefe como el gobernador de Siria tuvieron que dar órdenes de que se prestara el juramento de fidelidad al nuevo emperador.

Nadie creía en la estabilidad del flamante reinado. Otón podía contar con los ejércitos de la península Itálica pero no con los de las provincias. El trono del joven no era más sólido que el que tuviera el anciano Galba.

Berenice se informaba diariamente de lo que ocurría en Roma. Después de haber pasado las privaciones del desierto había vuelto a la política con redoblado entusiasmo, y mantenía correspondencia con ministros, senadores, gobernadores y generales de Oriente; quería evitar que la región —por segunda vez— se viese enfrentada a los hechos consumados.

Estaba convencida de que, mientras tanto, era necesario aprestarse a conquistar la capital en el curso de la primavera. Oriente no debía quedar dividido. Le hacía falta la jefatura de un Muciano. Por tanto, decidió que debía entenderse con él, y tratar de convertirlo en un pretendiente con posibilidades de rivalizar con el general en jefe.

Berenice partió hacia Antioquía con un espléndido y numeroso séquito. Dio los pasos preliminares con cautela. Hombre experimentando, Muciano supo aquilatar las cualidades de la princesa judía, la belleza, distinción, gusto, riqueza y el maravilloso don que tenía esa mujer para la política. Esos dos seres cultivados se comprendieron muy rápidamente. No obstante, ella no pudo conducir a Muciano hacia la meta que le tenía preparada. Él le confesó sinceramente sus íntimos pensamientos.

—Sí, soy ambicioso y nada cobarde, pero me siento un poco fatigado. Adueñarse de Roma desde aquí, desde Oriente, constituiría una empresa terriblemente compleja. No soy el indicado para tal hazaña. Podría negociar con diplomáticos, senadores, gobernadores, financieros, pero en esta ocasión, desdichadamente, son los militares quienes hacen inclinar la balanza, y a mí me repugna tener que entenderme con los bajos oficiales advenedizos. — Fijó en la princesa su mirada inteligente, triste, insatisfecha. — Quemarles el ojo a esos Polifemos pierde a la larga su atractivo. No existe una justa proporción entre el riesgo y la ganancia. En la situación actual, Vespasiano es realmente el hombre indicado. Es suficientemente rudo y poco delicado como para hacerse popular. Reconozco que en el fondo me resulta tan desagradable como a vos, pero encarna tan bien las necesidades del presente que casi me cae simpático. Haced de él, Berenice, un emperador, y dejad a Muciano concluir su historia natural del imperio.

Pero la princesa no renunció a su idea. No combatía sólo con palabras. Repartía también dinero con mano pródiga, para conquistar la opinión en favor de su candidato. Exhortaba a Muciano cada vez más apasionadamente, lo estimulaba, lo halagaba. Un hombre dotado de tanta vida interior no tenía derecho a rehusarse, a permanecer cruzado de brazos. Él respondía sonriendo:

—Si una dama como vos, princesa, me apoyara realmente, me arriesgaría, a pesar de todo. Pero vos no me amáis. Sólo queréis vencer a Vespasiano.

Berenice se sonrojaba, se negaba a renunciar y argumentaba larga, hábilmente, para explicarle sus razones. El la escuchaba con cortesía, fingía dejarse convencer. Pero mientras hablaba con familiaridad y hasta con entusiasmo, trazaba en la arena, con su bastón, palabras que no estaban dedicadas a Berenice pero que, al descifrarlas, ella sentía debilitar su elocuencia. Escribía, por ejemplo: «Los dioses conceden a unos talento, a otros fortuna».

Cuando Josef ben Matatías llegó a Antioquía, Berenice comprendió que su visita a Muciano había sido estéril. Advirtió enseguida que Josef había sido enviado por el general, para contrarrestar sus propósitos.

Josef cumplió su misión con finura y sin prisa. Dejó dar los primeros pasos a Muciano quien se complacía en escuchar nuevamente la voz peculiar, apasionada y convincente del profeta judío. Pasaba horas interrogándolo sobre las costumbres, indumentaria y tradiciones de su pueblo. Tocaron de ese modo el tema de los reyes judíos. Josef le narró las peripecias de Saúl y David.

—Saúl fue el primer rey de Israel. Sin embargo, muy pocos entre nosotros se llaman Saúl, y muchísimos Samuel. Consideramos al último más grande que el primero.

—¿Por qué?

—Quien dispone del poder supera a quien lo administra; quien hace al rey vale más que el rey.

—Vosotros sois muy orgullosos— repuso Muciano con una sonrisa.

—Tal vez, lo reconozco, ¿pero no os parece que la potencia que maniobra en la sombra es más hermosa, más espiritual, más

seductora que la que se exhibe a la vista de todos?

Muciano se abstuvo de hacer comentarios y Josef continuó hablando. Sus palabras revelaban una experiencia adquirida a costa de grandes desdichas.

—El poder atonta. Nunca he sido tan estúpido como cuando poseía autoridad. Samuel es más grande que Saúl.

—David me parece el héroe más simpático de vuestra historia- dijo Muciano. — Lástima— suspiró sonriendo —que el proyecto en favor del joven Tito haya fracasado.

Berenice se despidió del gobernador en cuanto llegó Josef. Renunciaba a sus esperanzas, y se dirigía al encuentro de su hermano, cuyo regreso se esperaba en los días siguientes, en Galilea. Había permanecido hasta entonces en Roma pero como no concedía a Otón más que algunas semanas en el trono, deseaba alejarse de la ciudad para no verse obligado a prestar juramento de fidelidad a otro soberano. Berenice suspiró al pensar que volvería a ver a su hermano tan deseado. Esta alegría la compensaba de la amargura de la derrota.

—Dulce princesa— dijo Muciano, al despedirse de ella, —ahora que os vais, no comprendo por qué no he aceptado ser el pretendiente, aunque no fuera más que por vos.

—A mí también me resulta difícil comprenderlo— le contestó Berenice.

Encontró a su hermano en Tiberíades. El nuevo palacio estaba terminado y lucía más hermoso que los anteriores. Había sido edificado a gran altura del mar y la ciudad. Varias salas provistas de ventanas estaban construidas con una piedra de Capadocia tan transparente que aún cerrando las puertas permanecían iluminadas. Todo era ligero, etéreo, libre del abigarramiento que estaba de moda en Roma. La obra maestra de los arquitectos era el comedor. La bóveda era tan alta que los ojos distinguían apenas el techo móvil, cubierto de marfil, que al ser descorrido derramaba sobre los comensales una deliciosa lluvia de flores y agua perfumada.

Los hermanos recorrieron el edificio, tomados de la mano, felices. Había comenzado la primavera, los días eran más largos y el entusiasmo henchía el espíritu de esos dos hermosos seres que avanzaban por las salas aireadas, apreciando como buenos

conocedores las acertadas proporciones del palacio y su refinada elegancia. Agripa hizo comentarios desdeñosos sobre las nuevas mansiones que había visto en Roma, sus dimensiones monstruosas, su lujo excesivo y su falta de refinamiento. Otón había destinado cincuenta millones para la *Domus Aurea* de Nerón, pero se suponía que no la vería terminada. Berenice hizo un mohín de desagrado.

—No saben más que arrasar estos bárbaros romanos. Creen que ensamblando dos mármoles particularmente exóticos y recubriéndolos totalmente de oro, se alcanza la cúspide del arte. No tienen talento sino para el poder.

—Un talento muy provechoso— opinó Agripa.

—¿Estoy verdaderamente obligada a soportar a ese Vespasiano?— gimió, deteniendo el paso. —¿Cómo podéis imponérmelo, hermano mío? Es gordo, rudo y jadea como un perro falto de aire.

—Cuando tuve que visitarlo en Cesarea— comentó Agripa, con aire sombrío, —me hizo servir pescado y me explicó que procedía del lago de Genezaret. Naturalmente me negué a comer ese pescado con sabor a cadáver. Entonces se burló de mí, sin piedad. Podía haberle contestado como se lo merecía, pero preferí guardar silencio.

—Me hace hervir la sangre— se indignó Berenice. —Cuando tengo que escuchar sus torpes bromas me parece estar rodeada de un enjambre de mosquitos punzantes. ¡Y nosotros tenemos que ayudar a ese hombre a escalar el trono!

—Un emperador designado por Occidente— Agripa trataba de convencerla — destruiría todo lo nuestro con los ojos cerrados. El general, al menos, es hábil y moderado. Tomará lo que pueda serle útil, y nos dejará el resto.— Se encogió de hombros. —El ejército es el que designa al emperador, y el ejército jura hoy sólo por Vespasiano. Sé inteligente en esto, aunque sólo sea por mí, hermana— le suplicó.

La noticia del asesinato de Galba sorprendió a Tito en Corinto, antes de llegar a Roma. Habría sido absurdo proseguir un viaje, cuya única finalidad era lograr el patrocinio de Galba. La prematura eliminación del emperador constituyó pues, para él, un golpe muy rudo. No quiso rendir homenaje a Otón, cuyo puesto era el que

había soñado ocupar. Permaneció en Corinto, y durante quince días se entregó a la lujuria y al desenfreno en esa ciudad pródiga en fáciles placeres. Después, bruscamente, se alejó de allí y emprendió el viaje a Cesarea, a pesar de la inhóspita estación.

Mientras permaneció a bordo, los sueños ambiciosos (le su abuela excitaron su espíritu. Aunque era muy joven, el general Tito tenía un pasado agitado. Los altibajos de su padre, que desde el alto consulado se había precipitado al bajo oficio de transportista; que de una posición brillante había descendido a una pobreza aplastante, habían influido mucho en su destino. Criado junto al príncipe Británico, había compartido la mesa de este joven y brillante candidato, el día en que Nerón lo envenenó, y él mismo estuvo al borde de la muerte. Conoció los esplendores del Palatino y la mediocridad de la casa paterna en Roma, la vida triste de la campiña y las expediciones arriesgadas en las fronteras germánica y británica. Amaba a su padre; admiraba su sabiduría sin ostentación, su espíritu meticuloso, su profundo conocimiento de los hombres. Pero a veces también lo odiaba a causa de su aspecto campesino, su resignada aceptación de las fatigas y privaciones, aunque fueran prolongadas. Entonces se apoderaba de él una violenta necesidad de lujo y desenfreno. Era sensible a la serena dignidad de las tradicionales familias nobles de Roma, y lo seducía el fasto hierático y suntuoso de las antiguas dinastías reales de Oriente. A instancias de su tío Sabino había desposado muy joven a una mujer fría, severa, de familia ilustre, llamada Marcia Furnilla, que le había dado una hija, sin despertar en él demasiado afecto. Marcia vivía en Roma miserablemente, y él no la había vuelto a ver, ni siquiera le escribía.

El viejo Vespasiano recibió a su vástago con pena mezclada de satisfacción.

—Tito, hijo mío, es evidente que nuestra fortuna es irregular. La próxima vez deberemos madrugar más y timonear mejor. El Salvador vendrá de Judea. Eres joven, hijo. No le guardes rencor a mi judío.

Agripa y su hermana resolvieron celebrar una fiesta para inaugurar el nuevo palacio. El supremo general, que no simpatizaba con la princesa, se hizo representar por su hijo.

Tito aceptó la misión con entusiasmo. Amaba el país de Judea. Su pueblo era antiguo y sabio, y a pesar de su conducta a menudo insensata poseía la vocación de lo eterno, de lo trascendente. El extraño Dios invisible atraía y preocupaba al joven romano, y del rey Agripa, por otra parte, le impresionaba su elegancia y su reserva melancólica. Acudió complacido a la fiesta en Tiberíades.

Tanto como le gustaron Agripa y su palacio le decepcionó Berenice. Fueron presentados poco antes de comenzar el banquete. Él estaba habituado a establecer rápido contacto con las mujeres, pero la princesa se limitó a atender cortés e indiferente a sus primeras palabras, y nada más. La encontró fría y altiva. Su voz oscura, un poco ronca, lo desconcertó. Durante el festín se ocupó muy poco de ella, y bastante del resto de los comensales. Era alegre y buen conversador. Era escuchado con atención y agrado. Pronto olvidó a Berenice. Durante la prolongada cena no cambiaron sino algunas pocas palabras.

El banquete llegó a su fin y la princesa se retiró. Estaba vestida de un modo original, con una túnica de una sola pieza, como se usaba en el país, confeccionada con un pesado y rico brocado. Dedicó a Tito una inclinación de cabeza amablemente trivial y comenzó a subir la escalinata, apoyándose apenas con una mano en el hombro de su hermano. Maquinalmente, Tito la siguió con la mirada. Estaba ocupado en una divertida discusión sobre temas militares pero, de repente, dejó una frase inconclusa. Sus ojos inquietos, curiosos, quedaron inmóviles, fijos en la figura de la princesa. Una expresión atontada se detuvo un momento en su rostro redondo, y por su boca entreabierta asomaron los dientes, quizá demasiado pequeños. Se estremeció. Abandonando con ruda descortesía a sus interlocutores, corrió tras los hermanos.

¡Cómo caminaba esa mujer! No, no caminaba. Debía definirse con una sola palabra, la griega, la homérica: se deslizaba. Era ciertamente ridículo emplear en la conversación cotidiana la gran expresión de Homero, pero el paso de esa mujer no podía ser calificado de otro modo.

—Os precipitáis demasiado— le dijo ella con su voz profunda, un poco velada, que hasta hacía un momento lo había desconcertado, casi desagradado, y que ahora le sonaba

conmovedora, plena de misteriosa seducción. El repuso algo acerca de la obligada premura de un soldado. Una frase poco original. Por lo general se le ocurrían cosas más ingeniosas. No había podido disimular su ansiedad pueril, su torpeza. Para Berenice, además, fue evidente la profunda impresión que había causado en Tito y éste le pareció amable y gracioso, aunque un poco romo.

Conversaron sobre el arte fisiognómico y la grafología, temas entonces muy en boga, tanto en Roma como en Oriente. Berenice quiso conocer la letra de Tito. El joven buscó sus tablillas de cera enmarcadas en oro, sonrió con aire divertido, y escribió algunas líneas. La princesa se maravilló: era exactamente, hasta en el menor detalle, la escritura de Vespasiano. Tito admitió haber hecho una broma. En realidad, había olvidado su propia caligrafía, a fuerza de entretenerse imitando la de los demás. Ahora le tocaba a ella el turno. Berenice leyó lo escrito por el general: «Las águilas de las legiones abren sus alas para el vuelo». Ella se puso seria, dudó un instante, borró lo escrito, y escribió: «El vuelo de las águilas no puede esconder al Invisible en el Santuario de los Santuarios». Tito examinó la escritura, correcta, un poco infantil. Reflexionó, y escribió debajo: «Tito quisiera ver al Invisible en su Santuario». Después le tendió la tablilla y el estilete, y ella trazó: «El Templo de Jerusalén no debe ser destruido». Quedaba muy poco espacio. Tito agregó: «El Templo de Jerusalén no será destruido».

Él se dispuso a guardar las tablillas en su túnica, pero ella le pidió que se las dejara, y posando la mano en su hombro, le preguntó cuándo concluiría esa guerra horrible. Lo peor era esa angustiosa espera, que destrozaba el corazón; un final rápido sería un final mejor. Había llegado el día en que él podría tornar Jerusalén. Él dudó, halagado.

—Eso no depende de mí.

Pero Berenice —¿cómo había sido posible que le pareciese altiva y fría?— trató de persuadirlo, en tono suplicante:

—Sí, sí, depende de vos.

Cuando Tito se alejó, Agripa preguntó a su hermana, confidencialmente, cuál era su impresión sobre Tito.

—¿Su boca no os parece blanda, desagradable?

—Le encuentro muchas cosas desagradables a ese muchacho- repuso Berenice, echándose a reír. —Tiene un clarísimo parecido con su padre. Pero más de una vez las mujeres judías han sabido entendérselas con los bárbaros. Por ejemplo, Ester y Ahasvero, o Irene y Tolomeo el Séptimo.

—Nuestra abuela Miriam— dijo Agripa (hubo una leve advertencia en su tono zumbón) —perdió la cabeza en ese juego. Berenice se incorporó y dio algunos pasos.

—No debéis preocuparos, querido hermano— su voz, aunque baja, sonaba segura y triunfante. —Tito no me hará decapitar.

Ya en Cesarea, Tito trató de convencer a su padre de que diera comienzo al sitio de Jerusalén. Puso en sus palabras un énfasis inusitado; le resultaba imposible seguir soportando una situación tan ambigua. Se avergonzaba ante sus oficiales: tantas vacilaciones no podían ser interpretadas sino como una prueba de debilidad. El prestigio romano en Oriente estaba comprometido. La cautela de Vespasiano lindaba con la cobardía, según su parecer. Cenis lo escuchaba, con expresión autoritaria y gesto de desaprobación.

—¿Qué pretendéis, Tito? ¿Estáis tonto o queréis aparentarlo?

Tito replicó enérgicamente, pero pensó que no se le podía reprochar a Cenis sus mezquinos cálculos o exigirle que comprendiera el honor militar. Vespasiano se le acercó y su voluminoso cuerpo pareció imponente a su lado.

—Te exijo, muchacho, que presentes sinceras excusas a Cenis.

—Tiene razón— dijo Cenis, sin exaltarse, —no poseo el sentido de la dignidad. La dignidad es siempre más aceptable entre los jóvenes que el juicio. Pero, con todo, debería comprender que se necesita estar tonto para renunciar al ejército en circunstancias como las actuales.

—¿,Os han calentado los sesos en Tiberíades, jovencito?— preguntó Vespasiano. —Una cosa viene después de otra. Tengo apenas sesenta años. Tendréis que tener paciencia otros diez.

Cuando Tito se retiró, Cenis descargó su indignación contra la pandilla de Tiberíades. Eran los judíos, naturalmente, quienes empujaban a Tito: el rey hipócrita, la pava vanidosa de Berenice, el innoble y desagradable Josef. Vespasiano haría mejor en dejar de lado a toda esa banda de orientales, y entenderse lealmente, a la

romana, con Muciano. El jefe supremo la escuchó con atención. Después dijo:

—Sois una mujer lista y decidida, amiga mía; pero no comprendéis a Oriente. No llegaré a nada aquí sin el dinero y la astucia de mis judíos. En Oriente, son los caminos más torcidos los que llevan más rápido a la meta.

Días más tarde llegó la noticia de que el ejército del norte había proclamado emperador a su jefe Vitelio. Depuesto Otón, el senado y el pueblo romanos reconocieron a Vitelio. El mundo volvía los ojos hacia Oriente con angustia, y el nuevo soberano, flemático y buen vividor, se sobresaltaba al oír el nombre del supremo general de Judea. En cuanto a Vespasiano, fingía no enterarse de nada. Sereno pero sin vacilar hizo prestar a sus legiones juramento de fidelidad al nuevo emperador. De mala gana siguieron su ejemplo el gobernador Tiberio Alejandro, en Egipto, y el gobernador Muciano, en Siria. A Vespasiano lo presionaban de todos los flancos pero él se hacía el desentendido y se mantenía dentro de la legalidad.

El emperador, con la intención de asegurar su trono, reforzó la guarnición de la metrópoli con importantes contingentes de las provincias: las cuatro legiones del Bajo Rin, las dos de Maguncia, y cuarenta y seis regimientos auxiliares. Vespasiano hacía sus cálculos, entornando los ojos. Era un excelente militar. Sabía que no debía instalar una ciudad como Roma a cien mil soldados profesionales desmoralizados. Después de haber entronizado a Vitelio ellos esperaban —lógicamente— su recompensa. Había poco dinero en el tesoro; pero ni aún con dinero —Vespasiano conocía muy bien los sentimientos del ejército— se contentarían. Acababan de realizar en Germania la más dura de las campañas. Estaban ahora en Roma y aspiraban a ingresar en el servicio menos exigente y mejor pagado: la guardia pretoriana. En el mejor de los casos, Vitelio podría dar albergue permanente en la urbe a veinte mil hombres, pero ¿qué haría con los demás? Entre las tropas de Oriente corría persistente el rumor de que, para recompensar a sus soldados por su apoyo, Vitelio los enviaría a los bellos y cálidos países de Asia. Al prestar juramento de fidelidad, las legiones de Oriente habían aclamado, aunque a disgusto, al nuevo amo, como estaba prescrito, mas ahora manifestaban sin disimulos su

insatisfacción. En sus reuniones se enardecían y amenazaban: «¡Ya verán qué sucederá si pretenden trasladarnos a la salvaje Germania o a la maldita Britania!» Los jefes escuchaban esas protestas complacidos; cuando sus oficiales preguntaban qué había de cierto en los rumores sobre movimientos de tropas, guardaban silencio, limitándose a encogerse de hombros y mostrar una expresión de desagrado muy elocuente.

De Roma llegaban noticias cada vez más preocupantes. El caos de las finanzas era completo; el comercio estaba paralizado; en toda Italia, incluso en la capital, se sucedían los episodios de pillaje y la nueva corte, mal organizada, parecía completamente indiferente y librada a toda clase de excesos y al libertinaje. En una palabra: el imperio se despeñaba hacia el abismo. La indignación crecía en Oriente, atizada con el dinero y los rumores sin fundamento que circulaban por iniciativa de Tiberio Alejandro y el rey Agripa. En la inmensa región que va del Nilo al Éufrates volvían a escucharse las profecías sobre Vespasiano. La maravillosa predicción que el prisionero judío, el general Josef ben Matatías, hiciera en presencia de testigos, estaba en todas las bocas: «El Salvador vendrá de Judea». En las calles de Cesarea la gente rodeaba respetuosamente a Josef, que se mostraba aún cargado con cadenas, y a su paso se escuchaban comentarios llenos de admiración.

En el comienzo de esa primavera, el aire al borde del mar de Judea era ligero y transparente. Los claros ojos grises de Vespasiano contemplaban las aguas resplandecientes; hacía cálculos, esperaba. En ese período de su vida se había hecho más callado; su expresión era más adusta, más imperativa, y su cuerpo más rígido. Todo en él daba la impresión de crecer a ojos vistas. Estudiaba los despachos de Roma: desórdenes en toda la extensión del imperio, finanzas desorganizadas, ejército indisciplinado, ciudadanos desprovistos de seguridad. «El Salvador vendrá de Judea.» Pero Vespasiano apretaba los labios y se contenía. Había que dejar madurar las brevas, esperar a que cayesen solas.

Cenis no hacía otra cosa que dar vueltas alrededor del corpulento general, que nunca había tenido secretos para ella pero

que desde hacía un tiempo se mostraba acechante, hermético. No sabía qué pensar pero sentía que lo amaba cada vez más.

Escribió a Muciano una carta algo torpe, impulsada por su preocupación de esposa. Toda la península ansiaba que el ejército de Oriente se pronunciase como salvador de la patria, pero Vespasiano no hacía nada, no decía una palabra, no se movía de su sitio. En su país, Cenis habría reaccionado con firmeza ante tanta frialdad, pero en esa maldita y lúgubre Judea no encontraba a ninguna persona en su sano juicio. Por eso rogaba a Muciano —la romana se dirigía al romano— que sacudiese al general como él sabía hacerlo, con habilidad y decisión.

Cenis despachó su carta a fines de mayo, y a comienzos de junio Muciano estaba en Cesarea. Él también notó de inmediato el profundo cambio operado en el general. Con respeto y envidia reconoció que la presencia de Vespasiano se hacía más imponente a medida que se iban preparando para él grandes acontecimientos. Bromeó a propósito de su admirable constancia, de su acrecentada corpulencia.

—Vos sois un filósofo, amigo mío— le dijo, —pero, por favor, no filosoféis más— y golpeó con su bastón a un adversario invisible.

Ardía en deseos de alterar la calma imperturbable del generalísimo. Sus antiguos celos lo atenazaban, pero era demasiado tarde para él. El ejército apostaba por su rival. Desde entonces, Muciano reconoció que debería mantenerse en la sombra y, conteniendo sus sentimientos, alentó al general. Se esforzó por difundir los rumores sobre el desplazamiento de las tropas de Siria y Judea. Se empezaron a barajar fechas; según se comentaba, las legiones serían movilizadas a principios de julio.

A mediados de junio Agripa se presentó ante Vespasiano. Volvía de visitar en Alejandría a su pariente y amigo Tiberio Alejandro. «Todo Oriente se levanta en rebeldía contra Vitelio», comunicó al general. Convulsionados por las tristes novedades de Roma, Egipto y las dos regiones asiáticas ansiaban ardientemente que el Salvador bendecido por Dios pusiera, por fin, manos a la obra. Vespasiano se limitó a escuchar a Agripa y guardó un silencio obstinado. Agripa prosiguió con inusitada energía: afirmó que algunas personas de firme voluntad estaban dispuestas a secundar

las intenciones divinas. Según sus informaciones, Tiberio Alejandro estaba resuelto a hacer jurar a sus tropas, el primer día de julio, fidelidad a Vespasiano.

El general se paseó de un lado al otro de la habitación y dijo, por último, en un tono más agradecido que amenazante:

—Escuchad, rey Agripa. Si vuestro pariente Tiberio Alejandro hace tal cosa me veré obligado a considerarlo un traidor.

Se acercó, apoyó las manos en los hombros del rey y, exhalándole el aliento acre en la cara, se disculpó con desacostumbrada cordialidad:

—Lamento haberme burlado de vos cuando no quisisteis probar los pescados de Genezaret.

—Por mi parte os ruego, emperador Vespasiano— repuso Agripa —que contéis con nosotros, con nuestro apoyo y con nuestros recursos.

El mes de julio estaba próximo. Para entonces los rumores difundían la especie de que, poco antes de morir, el emperador Otón había escrito a Vespasiano, instándole a que le sucediera en el trono y salvara el imperio. Un día, el generalísimo encontró la carta entre su correspondencia. Vespasiano leyó el documento con atención, y confesó a su hijo Tito que lo consideraba un gran artista, pero su habilidad le daba miedo. Le asustaba pensar que una mañana se encontraría ante un decreto firmado por él, nombrando a Tito emperador.

A comienzos de la cuarta semana de junio la tensión se volvió insoportable. Cenis, Tito, Muciano, Agripa y Berenice tenían los nervios destrozados *e* insistían sin disimulos en que Vespasiano debía pronunciarse, de una vez por todas. Pero parecía imposible conmover al robusto general. Daba respuestas evasivas, sonreía, bromeaba y esperaba.

En la noche del 27 al 28 de junio, Vespasiano hizo llamar con gran sigilo a Yojanán ben Zakai.

—Vos sois un hombre muy sabio— le dijo. —Os ruego seguir instruyéndome sobre el carácter de vuestro pueblo y su religión. ¿Existe alguna regla de oro a la cual puedan remitirse vuestros innumerables mandamientos?

El doctor eminente meneó la cabeza, cerró los ojos y explicó:

—Hace cien años vivían entre nosotros dos doctores muy renombrados, Samai e Hilel. Un no judío fue a visitar al primero y le anunció que se convertiría al judaísmo si le explicaba sus fundamentos en el tiempo en que permaneciese erguido sobre un solo pie. Samai lo echó, encolerizado. Dirigiose entonces a Hilel, quien accedió a su deseo, y le dijo: «No hagáis a vuestro prójimo lo que no deseéis que os hagan a vos». He aquí todo.

—Esas máximas son buenas— dijo Vespasiano, después de reflexionar seriamente, — pero es muy difícil mantener con ellas el orden en un gran imperio. Con tales máximas, haríais mejor en escribir libros y dejar la política para nosotros.

—Acabáis de expresar una opinión, cónsul Vespasiano, que vuestro servidor Yojanán ben Zakai ha hecho pública hace mucho tiempo.

—Creo, doctor y señor mío— prosiguió el romano, —que sois el hombre más notable de este país, y tengo interés en que lleguéis a comprenderme. Quiero que sepáis que me he comportado como un canalla sólo en pocas ocasiones, cuando ha sido absolutamente indispensable. Contra vuestro país no me anima ningún rencor. Pero así como todo buen labriego acota su propiedad con un cerco, los romanos necesitarnos un cerco alrededor del imperio. Judea nos sirve de barrera contra los árabes y los partos. Por desgracia, cuando os dejamos solos os convertís en una mala estaca; es por eso que debernos ocupar nosotros vuestro lugar. Eso es todo. Todo lo que hagáis en otros terrenos nos tiene sin cuidado. Dejadnos tranquilos y nosotros os dejaremos en paz.

Los ojos de Yojanán brillaron claros y luminosos en su rostro marchito.

—Lamento que vuestra muralla pase necesariamente por nuestro territorio. Es demasiado amplia y nos deja poco espacio. Pero sea, construid la barrera; aunque bueno será que sepáis que también nosotros necesitamos un cerco, de otra naturaleza, alrededor de la Ley. Os he pedido hace poco, cónsul Vespasiano, que me permitáis construirlo. Es modesto y mísero comparado con el vuestro: un par de sabios y una pequeña universidad, que no podrán molestar a vuestros soldados. Danos la universidad de

Yabne, ¡es una unidad tan pequeña!— agregó en tono persuasivo, agitando sus pequeñas manos.

—Creo que la proposición no es mala— dijo Vespasiano lentamente.

Se incorporó, súbitamente transformado. Con seguro instinto, Yojanán comprendió el motivo del cambio: habían conversado un viejo y pacífico campesino sabino con un viejo y pacífico hierosolimitano, pero desde ese momento era Roma la que hablaría con Judea.

—Pasado mañana— dijo el generalísimo —recibiréis un documento en el cual se os concederá lo que pedís. A cambio, querido doctor y maestro, vos me entregaréis la carta de sumisión con el sello del Gran Consejo.

Dos días después Vespasiano convocó una asamblea extraordinaria en el Foro de Cesarea. Fueron invitados especialmente los funcionarios del territorio ocupado por Roma y delegaciones de los regimientos. Todos los asistentes habían ido preparados para escuchar las ansiadas aclamaciones de las tropas, saludando a Vespasiano emperador. El general en jefe y Yojanán ben Zakai subieron a la tribuna de las arengas. Un heraldo proclamó con voz tonante que la provincia rebelde había reconocido su error y, arrepentida, volvía a acogerse a la protección del senado y el pueblo romanos. En prueba de ello, el eminente doctor Yojanán ben Zakai entregaría al generalísimo un documento con el sello de la más alta autoridad de Jerusalén. De ese modo llegaba a su fin la guerra contra los judíos, para cuya dirección el imperio había nombrado a Tito Flavio Vespasiano. Lo que quedaba por hacer de la expedición emprendida contra la ciudad de Jerusalén, concernía al control policial. Los soldados se sintieron decepcionados. Habían deseado saludar a su comandante con la nueva investidura de jefe del Estado y —a la vez— recibir seguridades acerca de su futuro, y hasta una recompensa. ¡Y sólo habían sido llamados para presenciar un acto jurídico! Admitían que los documentos y piezas legales eran asuntos importantes, pero no podían captar el sentido de la proclamación. Muy pocas personas —Muciano, Cenis, Agripa — comprendieron el verdadero motivo de la ceremonia. Vespasiano era un hombre de orden y exigía de su adversario —antes de volver

a Roma como emperador— un documento sellado que se constituiría en garantía de su cumplimiento a la tarea encomendada.

Los soldados, se sintieron contrariados. Se oyeron murmullos de descontento, pero como Vespasiano les había impuesto una rigurosa disciplina y, por otra parte, habían sido convocados para una celebración de la paz, rápidamente cambiaron ese talante por el ánimo alegre que les exigía el reglamento. Las legiones romanas desfilaron, pues, con sus insignias y estandartes ante el minúsculo doctor de Jerusalén, y lo saludaron con el brazo extendido y la mano abierta.

¿Donde había visto Josef una escena parecida? Recordó que así habían honrado en la Roma de Nerón a un rey oriental, cuya espada había sido previamente clavada en la vaina. En esta ocasión, el ejército romano rendía homenaje a la sabiduría divina de los judíos, después de haber roto la espada de Judea.

El anciano permanecía de pie en la tribuna pero pronto fue visible su cansancio, por lo que fue invitado a sentarse. Sin cesar se llevaba la mano a la frente, agradecía, saludaba, movía la apergaminada cabeza de un lado al otro y su rostro se animaba con una suave sonrisa.

Cuando concluyó la ceremonia, los soldados se dejaron dominar por la cólera que, según las sospechas de Muciano y Agripa, el propio generalísimo había provocado. Rodearon a Vespasiano. El fruto había madurado: debía ser proclamado emperador pero, ero como él persistía en su actitud modesta y circunspecta, hubo que enviar a Josef ben Matatías para convencerlo.

La noche estaba fresca y agradable. Una ligera brisa soplaba del mar. Josef, sin embargo, se sentía estremecido por el fuego de la excitación. Su romano sería emperador, y él había contribuido a que así sucediera. Estaba seguro de que por fin persuadiría a ese hombre indeciso de adoptar una resolución definitiva. No le cabían dudas de que sus vacilaciones no eran más que una hábil comedia. Así como los corredores —durante los últimos diez días antes de la prueba— se colocaban plantillas de plomo en el calzado para entrenarse, el pretendiente al trono había hecho su propio ascenso final más difícil, por medio de subterfugios y fingidas negativas, a fin

de alcanzar su objetivo con mayor seguridad. Josef exhibió ante Vespasiano su devoción, su confianza y su intuición del porvenir: el general no podría hacer otra cosa que inclinarse ante la voluntad de Dios.

Pero Vespasiano obraba de otro modo. Era un hombre verdaderamente valeroso y firme como una roca. Se había propuesto no dar por propia iniciativa ningún paso. Dejaría que lo arrastraran y empujaran otros hasta el final.

—¡Qué tonterías decís, mi pequeño judío— le dijo. —Vuestros reyezuelos orientales, si lo desean, pueden recoger sus coronas de la sangre y el lodo. Yo no lo haré: soy un campesino romano, y no recurro a tales procedimientos. En Roma, quienes nombran a un emperador son el ejército, el senado y el pueblo, y no un capricho. El emperador Vitelio posee la investidura legal, y yo no soy un rebelde. Estoy del lado de la ley y el orden.

Josef apretó los labios. Sabía que sus palabras habían sido persuasivas pero reconocía que resultaban impotentes ante el empecinamiento de ese hombre que parecía querer lo imposible: exigía al mismo tiempo la legalidad y la ilegalidad. No le quedaba sino renunciar. Era absurdo tratar de persuadirlo.

Sin embargo, no se decidía a partir, y Vespasiano tampoco lo despedía. Durante cinco largos minutos estuvieron sentados a oscuras, sin hablar; Josef, agotado y resignado, Vespasiano, seguro de sí, respirando pausadamente.

De pronto el general reanudó la conversación en voz baja, sopesando cada palabra.

—Podéis ir a decir a vuestro amigo Muciano que no me someteré, que no cederé sino ante la coacción más violenta.

Josef alzó la cabeza, lo miró y respiró profundamente. Después preguntó, como si no estuviera seguro:

—¿Pero a la coacción cederéis?

—Naturalmente— repuso el otro, —no me dejaré degollar. Sesenta años, para un viejo labrador no es todavía la vejez.

Josef se retiró lo más rápidamente que le fue posible. El judío —de eso el general estaba completamente seguro— iría de inmediato a hablar con Muciano, y a la mañana siguiente sería obligado, para su desgracia —y honda satisfacción—, a ser

emperador. Había que mostrarse muy prudente. Él y Cenis se habían prohibido gozar de ese triunfo mientras no se hubiera alcanzado el final. Pero ahora ya no había por qué fingir, y comenzó a saborearlo a gusto, resoplando enérgicamente. No había tenido tiempo de cambiarse de ropa pero, aún calzado con las pesadas botas de soldado, comenzó a zapatear en la habitación.

—¡Tito Flavio Vespasiano, Emperador, Soberano, Dios!— reía satisfecho. Hizo una gran mueca y retomó su expresión seria. ¡Y bien, sí!— agregó, mezclando las palabras latinas con los títulos orientales. —¡César, *Adir*, Emperador, Mesías!

Le parecía cómico que su judío hubiese sido el primero en proclamarlo. Sólo una cosa lo contrariaba un poco: se sentía más encadenado a sus partidarios de lo que habría deseado.

Pensó despertar a Cenis, la mujer que desde hacía tanto tiempo compartía con él tanto la buena como la mala fortuna, para decirle: «Y bien, sí, ya está.» Pero el impulso sólo duró un instante. Verdaderamente prefería quedarse solo.

Sin embargo, deseaba contemplar algún rostro humano. Un rostro extraño, que no supiese nada de él y del cual él también lo ignorase todo. Su semblante se distendió; su expresión se hizo astuta y maliciosa, satisfecha. A altas horas de la noche mandó a un sirviente a casa de Josef con la orden de que se presentase de inmediato su mujer, Mara, hija de Lakisch, de Cesarea.

Josef acababa de llegar, después de conversar con Muciano, exaltadísimo por haber contribuido a hacer de su romano un emperador. Y ahora se le imponía esta brusca caída. ¡Qué vergüenza cruel! ¡Qué decepción abominable al comprobar que el romano humillaba de modo tan atroz a quien le inspirara la gran idea! Ese incircunciso impúdico no le permitía olvidar la ignominia de su matrimonio. Repitió para sus adentros, rechinando los clientes, los epítetos despectivos que aplicaban al general: sucio, «transportista», campesino del excremento de caballo, amén de otras injurias que se le ocurrían en arameo, en griego y otras tantas lenguas.

La desdichada Mara, no menos aterrada, le preguntó en voz baja:

—Josef, mi señor, ¿debo morir?

—Tonta— repuso él.

La joven se acurrucaba contra él, pálida, desgraciada, cubierta apenas por una camisa transparente.

—La sangre que debería haber venido hace tres semanas no ha aparecido. Josef, mi esposo, vos, que me habéis sido concedido por Yahvé, escuchad: Yahvé ha bendecido mi cuerpo.

Y como él callase, agregó muy bajo, humilde, ansiosa:

—¿Ya no me amáis?

—Ve— dijo él.

Ella se dejó caer. Un instante después se incorporó y se arrastró hacia la puerta. Al ver que partía como estaba, le ordenó bruscamente:

—¡Ponte tus mejores vestidos!

Mara obedeció, temerosa, temblando. Él la examinó y vio que calzaba un par de zapatos ordinarios.

—Las sandalias perfumadas— agregó.

Durante la hora que pasó con ella, Vespasiano se sintió muy feliz. La gozó con todos sus sentidos. Sabía de antemano qué ocurriría al día siguiente. Lo aclamarían, y entonces se iría para siempre de Oriente. Volvería a su patria, a su Roma, para imponer allí el orden y la disciplina. En el fondo, Oriente le producía una sensación molesta mezclada con una especie de sentimiento compasivo. Judea, al menos, le gustaba; ese país extraño traía felicidad; esa tierra violada le había servido de excelente estribo, estaba dispuesta a que la explotaran y manejaran. La misma Mara estaba hecha a su gusto, precisamente porque parecía tan serena, tan llena de dulzura e indiferencia. Intentó suavizar su voz chillona. Apoyó la cabeza de la joven en su pecho velludo, sus dedos de gotoso jugaron con sus cabellos negros, iluminados por la luz lunar, y le habló suavemente, empleando las pocas palabras arameas que había aprendido.

—Sé tierna, pequeña, no seas tonta, paloma mía.

Repitió esas frases muchas veces, con toda la ternura que le era posible, aunque realmente su tono era prescindente y su espíritu estaba ausente. Resoplaba, experimentaba una agradable fatiga. Cuando estuvo satisfecho, le dijo que se aseara y ordenó a su ayuda de cámara que la acompañara, y un minuto después,

olvidado de Mara, dormía tranquilamente, en espera del día siguiente.

La noche fue muy breve. A las primeras luces del alba, Mara regresó a casa de Josef. Caminaba con dificultad, como si se le hubiesen desarticulado los huesos. Tenía el rostro desencajado, descolorido, como si estuviera hecho de alguna materia blanda, inconsistente. Se desvistió. Lenta, penosamente, rasgó sus ropas y las deshizo en trozos menudos. Después, cogió sus bienamadas sandalias y, con uñas y dientes, sin decir una palabra, las redujo a fragmentos. Josef la odió por su sumisión y su silencio. Su único pensamiento era huir de allí, alejarse de allí. «No volveré jamás a la superficie, se decía, mientras respire el mismo aire que ella.»

Cuando Vespasiano se asomó a la puerta de su alcoba, los soldados de la guardia lo saludaron con los honores reservados al emperador.

—¿Habéis perdido la cabeza, muchachos?— dijo jocosamente.

El oficial de servicio y varios oficiales que lo acompañaban repitieron la fórmula del saludo imperial. Vespasiano comenzó a enfadarse. En ese momento llegaron algunos generales y coroneles, con Muciano a la cabeza. La casa, repentinamente, se llenó de soldados, y los que no pudieron entrar se quedaron en la plaza frente a ella, aclamándolo cada vez con más fuerza con el saludo imperial, que fue repetido con entusiasmo por la ciudad entera. Mientras tanto, Muciano dirigía al jefe ilustre un persuasivo discurso, exhortándolo a que impidiera la ruina de la patria. Todos apoyaron sus palabras con gritos exaltados, avanzando, temerariamente, con las espadas desenvainadas y amenazando con matarlo —ya que en esa actitud no eran otra cosa que rebeldes—, si persistía en su negativa.

—Bueno, está bien, no seáis tan violentos, hijos míos— replicó Vespasiano, en el tono campechano que tanto le agradaba. —Si insistís vosotros, no diré que no.

Ordenó que a los once soldados les fuera aplicado el castigo de treinta varazos por haber procedido ilegalmente y les concedió una gratificación de setecientos sestercios. Si así lo deseaban, se les permitiría permutar la pena de treinta golpes por trescientos

sestercios. A los cinco que aceptaron el castigo y el dinero, los nombró suboficiales.

—Gracias, mi querido judío— dijo a Josef. —Podéis quitaros las cadenas.

Sin demostrar mayor agradecimiento, Josef se llevó la mano a la frente. Su rostro, pálido, no disimulaba el mal humor.

—¿Habíais esperado algo más?— se burló de él Vespasiano, y al comprobar que Josef seguía callado, agregó con rudeza: —¡Abrid de una buena vez la boca! No soy profeta.

Había adivinado lo que quería Josef, pero le divertía obligarlo a pedírselo. Tito intervino con su amabilidad habitual.

—El doctor Josef espera, sin duda, que le rompan la cadena.

De ese modo se devolvía la libertad a quienes habían sido retenidos cautivos sin motivo justificable.

—Bien, que así sea— repuso Vespasiano, encogiéndose de hombros, y permitió que la cadena fuese rota ritualmente.

Josef, ya hombre libre, hizo una reverencia y preguntó:

—Deseo saber si se me autoriza a usar en adelante el apellido del emperador.

—Si puede seros útil— contestó Vespasiano, —no me opongo a ello.

A partir de ese día, Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, de Jerusalén, se llamó Flavio Josefo.

LIBRO CUARTO ALEJANDRÍA

FORMANDO un extenso y estrecho rectángulo, se desplegaba al borde del mar la capital de Oriente, la Alejandría egipcia, la ciudad más grande del mundo conocido después de Roma y, por cierto, la más moderna. Su perímetro era de veinticinco kilómetros. Siete grandes avenidas la atravesaban a lo largo y doce a lo ancho. Las casas eran altas y amplias y todas estaban provistas de agua corriente.

Situada en la intersección de las tres regiones del orbe, en el punto crucial de Oriente y Occidente, formando parte de la ruta hacia la India, Alejandría había llegado a ser el primer centro comercial de la tierra. A lo largo de los novecientos kilómetros de costas asiáticas y africanas, entre Jope y Paretonia, su puerto era el único que ofrecía un abrigo seguro. Allí se acumulaban el polvo de oro, el marfil, los perfumes de Arabia, las perlas del Golfo Pérsico, las pedrerías de la India y las sedas de China. Su industria, en la que se aplicaban los procedimientos más modernos, enviaba afamados tejidos a todos los países, incluso a Britania; fabricaba preciosos tapices y la indumentaria nacional de las tribus árabes e indias; producía magníficas cristalerías y célebres perfumes; suministraba papel al mundo entero, desde los más finos, para las cartas de las damas, hasta los más bastos, para hacer envoltorios.

En esa ciudad laboriosa trabajaban incluso los ciegos; ni siquiera los ancianos, por agotados que estuviesen, permanecían con los brazos cruzados. Del trabajo se obtenían cuantiosas ganancias y la ciudad no era avara. Mientras en las callejuelas estrechas de Roma y en las calles empinadas de Jerusalén estaba prohibida la circulación de vehículos, en las amplias avenidas de Alejandría resonaba el tráfico de miles de carrozas. Filas apretadas de carruajes lujosos recorrían sin cesar, en todas las direcciones, sus dos grandes paseos. En medio de vastos parques se alzaban gigantescos la residencia de los antiguos reyes, el Museo, la soberbia Biblioteca y el Mausoleo, con el sarcófago de cristal donde

se guardaba el cadáver de Alejandro el Grande. El extranjero necesitaba semanas para visitar todas esas curiosidades, a las cuales habría que agregar el Santuario de Serapis, el Teatro, el Hipódromo, la isla de Faros coronada con su célebre faro blanco, los enormes almacenes de la industria y del puerto, la Basílica, la Bolsa donde se fijaba el precio de las mercancías para el mundo entero, y lo que no constituía, por cierto, el menor de sus atractivos: el inmenso barrio del placer, que desembocaba en la lujosa playa de Canope.

En Alejandría se vivía bien y con holgura. Innumerables eran los restaurantes y tabernas, donde se bebía la famosa cerveza de cebada del país. En los días autorizados por la ley, se efectuaban los juegos en el teatro, en el estadio de los deportes o en la arena. Los ricos ofrecían fiestas de un lujo exquisito, tanto en sus palacios urbanos como en sus villas de Eleusis y de Canope, o a bordo de sus embarcaciones de recreo. Los bordes del canal de veinte kilómetros, que unía Alejandría con la playa de Canope, estaban jalonados por tabernas. Se circulaba en barcas, en las que una pequeña cortina ocultaba el interior de las cabinas de las miradas curiosas. A lo largo de la ribera se las podía ver ancladas, o a la sombra de las hiedras trepadoras.

En Canope se habían situado los Campos Elíseos de Homero, y en todas las provincias los pequeños burgueses soñaban con una excursión a la villa y ahorraban dinero para visitar Alejandría.

La riqueza de la ciudad también estaba al servicio de placeres más nobles. El Museo superaba las colecciones de obras de arte de Roma y de Atenas. La nutrida Biblioteca ocupaba continuamente para su servicio a novecientos escribas. Los establecimientos de enseñanza de Alejandría eran superiores a las escuelas romanas. Si bien en la ciencia militar, y quizá también en la jurisprudencia y la economía política, la capital del imperio podía llevarse la palma, en las otras disciplinas la Academia de Alejandría la aventajaba incuestionablemente. Las familias romanas de las clases superiores tenían preferencia por los médicos que hubieran estudiado anatomía en Alejandría. En esta ciudad se aplicaba, a instancias de sus médicos, un procedimiento muy considerado de ejecución para los

condenados a muerte: se los sometía a la mordedura fulminante de una víbora muy venenosa criada con ese fin.

Pese a todos sus adelantos, los alejandrinos se mantenían muy apegados a la tradición. Conservaban sus templos y santuarios en olor de santidad, y procuraban mantener la reputación de su particular eficacia. No permitían la desaparición de la antigua magia egipcia heredada de sus antepasados, y permanecían fieles a sus antiquísimas costumbres. Como en los tiempos antiguos, veneraban a sus animales sagrados: el toro, el gavilán y el gato. Si un soldado romano mataba a un gato desaprensivamente, nada podía salvarlo del suplicio.

Así vivía un millón doscientos mil seres que pasaban sin tregua del trabajo al placer y del placer al trabajo, siempre ávidos de novedades y devotamente unidos al pasado. Muy versátiles, capaces de transitar en un corto tiempo de la ardiente admiración al rechazo violento; codiciosos, inteligentes, sensibles y maliciosos; audaces sin límites; artistas y políticos hasta la médula de los huesos. Habían afluido a la ciudad desde todos los extremos de la tierra y como habían olvidado su patria de origen, les bastaba considerarse únicamente alejandrinos. Alejandría era a la vez ciudad de Oriente y de Occidente, de la meditación filosófica, del arte cortesano, del comercio previsor, del trabajo empeñoso, de los goces desenfrenados, de la más antigua tradición y de la existencia más moderna. Sus habitantes se sentían extraordinariamente orgullosos de la ciudad, y poco les importaba que su patriotismo localista, exagerado y pedante, provocase el rechazo del resto del mundo.

En medio de esa población heterogénea existía un grupo de origen mucho más antiguo, más ricos, más cultivados, más orgullosos que los demás: los judíos. Estaban establecidos en el país hacía setecientos años, desde que sus antepasados mercenarios lograron valientemente una gran victoria para el rey Psamético. Más tarde, Alejandro de

Macedonia y después de él, los Tolomeos, atrajeron a la ciudad a centenares de miles de judíos. Su número se calculaba por aquel tiempo, solamente en Alejandría, en más de medio millón. Su particularísimo ritual, su riqueza, su fasto hierático habían provocado

en distintas ocasiones violentos *pogroms*. Tres años antes, al estallar la sublevación de Judea, cincuenta mil judíos habían sido salvajemente asesinados en Alejandría. En el barrio del Delta, donde vivía la mayoría, eran visibles las huellas de la destrucción. Ellos dejaban intencionadamente que las ruinas permaneciesen, y se negaban a lavar la sangre que había salpicado los muros de sus sinagogas. Estaban orgullosos de esos ataques, que atestiguaban su poderío, pues en realidad dominaban Egipto, como en otros tiempos Josef, hijo de Jacob, ejerció gran ascendiente bajo el gobierno del Faraón. Tiberio Alejandro, el comandante supremo, era judío de origen, al igual que numerosos dirigentes, personajes notables, funcionarios, fabricantes de tejidos y de papel, recaudadores de impuestos, mercaderes de armamentos, banqueros, negociantes de cereales, armadores de navíos, médicos y profesores de la Academia.

La Gran Sinagoga de la ciudad estaba considerada como una de las maravillas del mundo; tenía capacidad para cien mil personas. Después del Templo de Jerusalén, éste era el edificio judío más grande que se conocía. Setenta y un asientos de oro macizo estaban reservados para el Gran Maestre y los miembros del Consejo de la Comunidad. Ninguna voz humana tenía fuerza suficiente para hacerse oír de un extremo a otro de la inmensa nave, por lo que se hacían señales con banderas para indicar a los asistentes cuándo debían responder «amén».

Los judíos de Alejandría despreciaban a los de Roma; pensaban que esos judíos occidentales llevaban, por lo general, una vida mezquina, y eran incapaces de elevarse por encima de su condición de obreros. Los alejandrinos, según ellos, habían sabido armonizar hábilmente su judaísmo con la calidad de vida y la mentalidad del Oriente helénico. Hacía ya doscientos cincuenta años que la Biblia había sido traducida al griego por su iniciativa. Su Libro armonizaba con el espíritu de aquella lengua y su cultura.

Pero a pesar de todo, y por más que tuviesen su propio Templo en Leontópolis, consideraban que su centro estaba en la colina de Sión. Amaban a Judea, y les producía gran dolor pensar que la metrópoli judía podía sucumbir a causa de la incapacidad política de los dirigentes de Jerusalén. Sólo deseaban que el Templo, al menos,

quedase en pie. Contribuían a su sostenimiento con el pago de tributos, como todos los judíos. Iban al Templo en peregrinación, y contaban allí con hospedaje, sinagogas y cementerios. Muchos exvotos del Templo: puertas, columnas y pórticos, habían sido ofrecidos por ellos. La vida sin el Templo de Jerusalén les parecía inconcebible.

Caminaban con la cabeza erguida, no querían que se advirtiera cuánto les conmovían los acontecimientos de Judea. Los negocios florecían, la actitud del nuevo emperador era amistosa con ellos; podían recorrer el paseo en sus carrozas de lujo y, al igual que los príncipes, tenían sus propios asientos en la Basílica y en la Bolsa, pero a solas sentían el corazón oprimido, se cubría de sombras su rostro altivo y un íntimo agobio desvanecía su orgullo.

Los judíos alejandrinos acogieron a Josef con respeto cuando desembarcó de la nave del emperador. Parecían conocer con detalles el papel que había desempeñado en la proclamación de Vespasiano, y hasta exageraban su intervención. Les impresionó su juventud, su energía contenida, la belleza grave de su rostro delgado y su expresión apasionada. Como en otros tiempos en Galilea, se le aclamó a su paso por las calles del barrio judío de Alejandría: «*¡Marín, Marín*, nuestro maestro, nuestro maestro!»

Al fin, después de la etapa de sombrío fanatismo en Judea y de los rigores de la actividad militar, Josef podía aspirar a pleno pulmón, con alegría, la atmósfera libre de la gran ciudad. Había dejado en Galilea a su mujer Mara, y su antigua vida triste y ruda. Su campo de acción ya no era el de las intrigas políticas ni el de las groseras tareas de la organización militar, sino el del intelecto. Llevaba con orgullo, ajustada a la cintura, la escribanía de oro que Tito le obsequió, al partir de Judea.

Paseaba por la avenida principal, sentado en un magnífico coche, acompañado por el Gran Maestre Teodoro bar Daniel; aparecía en la Biblioteca, en los baños, en los restaurantes de lujo de Cano—pe. Pronto se hizo popular en todas partes el judío de la escribanía de oro. En algunas aulas, los maestros y los alumnos se ponían de pie cuando él llegaba. Los fabricantes y mercaderes se sentían honrados de recibirlo en sus fábricas, tiendas o almacenes.

Su vida era la de un gran señor. Los hombres lo escuchaban y las mujeres se le ofrecían.

Su predicción había sido acertada. Vespasiano era el Mesías. La redención a través de ese Mesías se estaba cumpliendo de una forma distinta de como él la había imaginado: lenta, racional, serenamente. El hombre que había quebrado la corteza del judaísmo dejaba expandir su contenido por toda la tierra, fusionándose con la filosofía helénica. La vida de Josef y su visión del universo se penetraban cada vez más del espíritu lúcido y escéptico de los griegos occidentales. No comprendía cómo había podido sentir rechazo en otro tiempo hacia todo lo que no fuese judío. Los héroes de la mitología griega y los profetas de la Biblia ya no le parecían excluyentes. No existía oposición entre el Cielo de Yahvé y el Olimpo de Homero. Josef comenzó a odiar las fronteras que antes habían simbolizado para él el principio básico de la selección y la diferenciación; ahora su ideal consistía en dejar que los propios bienes desbordasen por cauces ajenos, y absorber para sí, a cambio, los bienes ajenos.

Fue el primero en concebir esa idea del mundo, y en dar testimonio de ella por sus hechos. Empezaba a ser un hombre de una especie nueva, ni judío, ni griego, ni romano. Un ciudadano del mundo civilizado.

Desde siempre había estado en Alejandría el centro del antisemitismo mundial. Allí Apión, Apolonio Molón, Lisímaco y el Gran Sacerdote egipcio Manetón habían divulgado la creencia de que los judíos descendían de leprosos, que en el Sancta Sanctórum veneraban una cabeza de asno; que alimentaban en su Templo a jóvenes griegos para inmolarlos el día de la Pascua, y que todos los años sellaban, bebiéndose la sangre de sus víctimas, un pacto secreto contra los otros pueblos. Hacía entonces treinta años que dos directores de la Alta Escuela de Deportes —Denis y Lampón habían organizado oficialmente el movimiento antisemita. La sandalia blanca que se usaba en la escuela poco a poco se había convertido en un símbolo, y desde entonces los enemigos de los judíos

eran llamados en todo Egipto «sandalias blancas».

Según ellos, junto al judío Josef había llegado a Egipto una nueva plaga. Cuando Josef se paseaba arrogantemente por la ciudad, aclamado por la multitud, representaba para ellos la encarnación de la soberbia judía. En sus centros de reunión entonaban cancioncillas, algunas bastante logradas, cuyo protagonista era el héroe judío de la libertad que se había pasado a los romanos, el enérgico macabeo que aparecía en todas partes y giraba impulsado por cualquier viento.

Un día, cuando Josef se disponía a entrar en los baños de Agripa, encontró en el vestíbulo a un grupo de jóvenes «sandalias blancas», que inmediatamente se pusieron a cantar: «*Marín, Marín*», con el evidente propósito de parodiar las aclamaciones entusiastas de los judíos. Josef palideció, pero continuó su camino tan erguido como había entrado. Al ver que no reaccionaba, los antisemitas redoblaron sus clamores. Algunos gritaron:

—¡No os acerquéis mucho! ¡Podéis contaminaron!

—¿Qué os parece nuestra carne de cerdo, señor macabeo?— preguntaron otros.

De todos los rincones llegaron gritos y voces burlonas:

—¡Josef, el macabeo! ¡El Tito Livio circunciso!

Josef se enfrentó con un muro de rostros malignos.

—¿Queréis algo?— preguntó, enfurecido interiormente, pero conservando su serenidad, a un jovencito de tez olivácea que se encontraba próximo a él.

—Yo quería simplemente pediros una información, señor macabeo— repuso el interpelado con desfachatez y exagerada obsequiosidad. —¿Vuestro padre era leproso, verdad?

Josef se limitó a mirarlo fijamente a los ojos. Otro intervino: —¿Eso se lo llevó alguno de vuestros antepasados— y señaló la escribanía de oro —cuando lo expulsaron de Egipto?

Josef seguía callado, pero de súbito, con increíble rapidez, desprendió de su cinturón el pesado estuche, y golpeó la cabeza del atrevido, que cayó al suelo, exánime. Un silencio de muerte se hizo alrededor. Sin volver la cabeza, Josef penetró orgullosamente en la piscina. Los «sandalias blancas» corrieron en su busca pero los bañistas y servidores del establecimiento se interpusieron entre ellos.

El hombre herido se llamaba Quereas y pertenecía a una distinguida familia. Estaba grave y, en consecuencia, se inició una investigación judicial contra Josef que, sin embargo, fue suspendida rápidamente. A propósito del caso, el emperador le comentó:

—Muy bien, mi joven amigo; pero no era para eso que os habíamos regalado la escribanía.

Un día al año los judíos alejandrinos celebraban con una gran fiesta en la isla de Faros la conclusión de la versión griega de la Biblia. Habían pasado tres siglos desde que Tolomeo II y el director de la Biblioteca, Demetrio de Falerón, sugirieron la conveniencia de traducir las Sagradas Escrituras al griego. Setenta y dos doctores judíos, que dominaban igualmente a la perfección ambos idiomas, fueron encargados de cumplir la tarea difícil de trasmitir la palabra de Dios a los judíos de Egipto, imposibilitados de comprender el texto original. Cada uno de ellos había trabajado aisladamente y en la más rigurosa soledad. Sin embargo, todas las versiones resultaron idénticas, palabra por palabra. Con ese milagro, Yahvé había querido indicar que autorizaba la conciliación entre los judíos y su vida en común con los griegos. La fiesta alejandrina conmemoraba ambos

hechos.

Los notables de la ciudad, hombres y mujeres, acudieron ese día a la isla de Faros. Sólo los «sandalias blancas» no asistieron al acto. El emperador participó también del festejo en compañía del príncipe Tito y de las numerosas personalidades llegadas desde Roma y de todas las provincias, atraídas por la presencia de la corte en Alejandría.

Josef había sido encargado de expresar el agradecimiento de los extranjeros invitados a la fiesta. Habló con calma no exenta de enjundia. Cantó loas a las Escrituras, que reúnen a los pueblos, y a Alejandría, la ciudad universal que los congregaba en su seno.

Necesitaba observar el efecto de sus palabras en las caras de los concurrentes. Estaba habituado a escoger uno al azar entre la multitud y, en esa ocasión, sus ojos se clavaron en una figura rolliza y sin embargo grave, muy romana, de la que había observado su imperturbabilidad durante todo el discurso, aunque no podía verlo bien. Adusto, extrañamente inexpresivo, en ese rostro romano los

ojos miraban a la lejanía, a través del orador, con una dignidad curiosamente impasible que desconcertó a Josef.

Concluida su disertación, Josef averiguó el nombre del personaje. Le dijeron que era Cayo Fábulo, el pintor de la corte de Nerón y autor de los frescos de la *Domus Aurea*. Examinó de cerca al hombre que lo había escuchado con una indiferencia tan poco considerada. En efecto, su cabeza era fuerte, llena de energía y parecía coronar un cuerpo grueso, un poco informe. Sin embargo, el artista estaba vestido con extremo cuidado, y se mantenía rígido y digno, lo cual producía un efecto un poco grotesco acentuado por su corpulencia.

Josef había oído hablar en Roma de las extravagancias de este Cayo Fábulo. Helenista convencido, practicaba un arte ligero, sensual, aunque sus actitudes resultaran exageradamente solemnes. Se decía que no pintaba sino vestido de gala y que por su extremado orgullo no dirigía jamás la palabra a sus esclavos, con quienes se comunicaba únicamente por medio de signos y gestos. Aunque bien considerado y solicitado —hasta en las pequeñas ciudades de provincia se exhibían sus frescos y sus cuadros—, su arte no había logrado penetrar en el seno de las grandes familias romanas. Y cuando decidió casarse con una egipcia helenizada, se le cerraron definitivamente las puertas de la clase dirigente.

A Josef le apreció inexplicable la asistencia de Fábulo a la fiesta, pues le habían dicho que era uno de los «sandalias blancas» más furibundos. Además, Josef detestaba la pintura. Era un arte que no le decía nada y, por otra parte, el mandamiento de la doctrina: «No harás imágenes», estaba profundamente grabado en su espíritu. En cuanto a Roma, si bien se estimaba mucho a los escritores, no había mayor interés por los pintores, a los que se situaba en los niveles más bajos. Josef observó, pues, al artista con antipatía y multiplicado desdén.

El emperador se volvió hacia Josef. En un hermoso ejemplar de la Biblia griega que le acababan de obsequiar había descubierto, con mirada experta, ciertos pasajes eróticos sobre los cuales le pidió explicaciones con su voz chillona.

—Habéis engordado mucho, judío mío— le dijo súbitamente, y, volviéndose a Fábulo, que estaba cerca, agregó: —Habría que

haberlo visto en Galilea, maestro. En aquel entonces estaba magnífico, hirsuto, flaco como un perro vagabundo, descuidado, un verdadero profeta, digno de un cuadro.

Pábulo quedó rígido e hizo el antipático gesto habitual. Josef sonrió por cortesía.

—He tomado a mi servicio— prosiguió Vespasiano —al médico Hekateo. Me hace ayunar un día a la semana, lo cual me sienta estupendamente. ¿Qué opináis de ello, Fábulo? Si hacernos ayunar a este mozo durante una semana, ¿podríais hacerme su retrato?

El pintor contrajo el rostro pero permaneció imperturbable.

—Me hace feliz, César Majestad— dijo Josef suavemente —comprobar que hoy estáis dispuesto a hacer bromas amables sobre Jotapata.

—Cuando se produce algún cambio de temperatura— repuso Vespasiano, riendo — siento todavía un dolor en el pie que vuestros soldados me aplastaron con una piedra—. Señaló entonces a la mujer que se encontraba al lado *del* pintor. —¿Su hija, Fábulo?

—Sí— repuso el pintor, secamente, —mi hija Dorión.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Era bastante alta y esbelta. Tenía la tez muy fina, de un tono moreno dorado; la cabeza era delgada y delicada; la frente, inclinada y amplia; los ojos verdes, los pómulos salientes y la nariz un poco ancha. Su perfil, en cambio, era leve y perfecto. En su rostro orgulloso destacaba la boca, grande y atrevida.

—Niña bonita— dijo el emperador, y despidiéndose: —Vamos, reflexionad, Fábulo: a ver si estáis dispuesto a hacer un retrato de mi judío.

Cuando Vespasiano se retiró, los aludidos se quedaron mudos y se sintieron incómodos. Fábulo había venido a la fiesta sólo en honor al nuevo régimen, y a duras penas había convencido a Dorión de que lo acompañara. Mas ahora lamentaba encontrarse allí. No pensaba hacer el retrato de ese vanidoso escritor judío, y Josef, por su parte, no abrigaba ningún deseo de posar ante un pintor tan pretencioso y poco inteligente. Aparte de eso no se podía negar que su hija Dorión tenía personalidad. «Niña bonita», había dicho el emperador. Era una expresión trivial y, también insuficiente. Tal como la había visto allí, delicada hasta la fragilidad, con un aire

frívolo no obstante los modales severos y la leve sonrisa vanidosa en los labios, poseía una gracia un tanto salvaje que había seducido a Josef a pesar suyo.

—«Vamos»— dijo Dorión, repitiendo, burlona, la expresión favorita del emperador, — ¿partimos nosotros también, padre?

Poseía un tono de voz orgulloso, refinado y desdeñoso. Josef abrió la boca para decirle algo —ansiaba empezar una conversación con ella—, pero aunque era bastante audaz no encontró en ese momento la palabra adecuada. Sintió que se restregaba algo contra su pie. Bajó los ojos. Era un gato gordo, rojizo, oscuro. Si bien los egipcios mimaban a los gatos —y los consideraban animales sagrados— ni los romanos ni los judíos los apreciaban en absoluto. Josef se inclinó para echar al importuno, pero lo detuvo la voz de la joven.

—¡Soltad a ese gato!— la voz se hizo aguda, desagradable, pero ¡cosa maravillosa! se tornó suave para hablar al felino. —Ven conmigo, mi pequeño, mi querido dios. Ese hombre no te comprende. ¿Te ha dado miedo?— y acarició a la odiosa bestia, que ronroneaba.

—Disculpadme— dijo Josef, —yo no quería hacerle daño. Los gatos son útiles cuando hay ratones.

Dorión comprendió la burla. Su madre y su nodriza habían sido egipcias, y ella veneraba al los gatos como a seres divinos: había en ellos algo de la diosa—leona Bastet, de la fuerza y del poder de los tiempos primitivos. El judío quería denigrar a su dios, pero ella lo encontró indigno de una respuesta. Pensó que no tendría que haber ido a la fiesta. Ningún gobierno, ningún emperador podía prescindir del arte único de su padre; por tanto no habría tenido necesidad de hacer esa concesión. Callada, inmóvil, con el gato entre los brazos, Dorión formaba un bonito cuadro, que hubiera podido titularse: «Niña engalanada jugando con un gato». Le agradó percibir la admiración en los ojos de la gente, y pensó en lo que había dicho el emperador: «Niña bonita». ¿Que su padre pintaría el retrato de un judío? ¡Qué burla grosera y sin *esprit*! Vespasiano era basto, un auténtico romano. ¡Lástima que su padre no tuviese bastante presencia de ánimo para defenderse de chanzas de esa clase! No sabía oponerles otra cosa que su gravedad un poco agriada. Con su

ironía servil, el judío se había desenvuelto mejor. Había notado que Josef, pese a su insolente observación sobre el gato, gustaba de ella. Bastaría con que pronunciase una frase, para que él —con seguridad— la cubriese de halagos y lisonjas. Pero Dorión no quiso decir nada. Si él tomaba la palabra, tal vez le contestaría, pero éste sería su último encuentro con el judío.

Josef pensaba, por su parte: «Esta joven es burlona y altanera. Si inicio relaciones con ella el asunto tendrá consecuencias inmediatas y me producirá muchos disgustos. Lo mejor sería dejarla plantada con su gato odioso y absurdo. ¡Qué maravilloso contraste el de sus manos morenas sobre el horroroso pelo rojo del gato! Son asombrosamente largas y finas. Se parece a una de esas antiguas estatuas angulosas y rígidas que se ven aquí por todas partes.»

—¿No es un poco exagerado decir que yo debo adelgazar para que vuestro padre pueda retratarme?— Mientras pronunciaba estas palabras, lamentaba no haberse ido ya.

—Me parece que un poco de ayuno no es pagar demasiado cara la gloria de sobrevivir eternamente— repuso Dorión, con voz altiva e infantil.

—Si debo sobrevivir— opinó Josef, —será por mis libros. La respuesta exasperó a Dorión. Ahí estaba el famoso orgullo judío. Buscó una frase que hiriese a ese hombre, pero antes de que pudiera encontrarla, Fábulo le dijo en latín:

—Vámonos, hija mía. No depende de nosotros ni de él que yo haga su retrato. Si el emperador me lo ordenase, pintaría del mismo modo la carroña de un cerdo putrefacto.

Josef los siguió con la mirada, hasta que desaparecieron en la pérgola que unía la isla al malecón. No se había lucido demasiado pero tampoco lamentaba sus palabras.

En esa época, Josef escribió el salmo que más tarde se llamó «Salmo del ciudadano del mundo».

Oh Yahvé, dadme más oídos
y más ojos para ver y oír
la inmensidad de tu mundo.
Oh Yahvé, dadme más corazón,

para comprender la diversidad de tu mundo.
Oh Yahvé, dadme más voz,
para confesar la grandeza del mundo.
Oídme, pueblos; escuchad bien, naciones:
No guardéis, dijo Yahvé, el espíritu
que he derramado sobre vosotros.
Gastadlo, prosiguió la voz del Señor,
pues escupo sobre el que lo escatima,
y de quien tiene cerrado el corazón y la bolsa,
aparto mi rostro.
Alejaos de vuestra ancla, dijo Yahvé.
No amo a los que se embarrancan en el puerto.
Abomino de los que se pudren en el olor infecto de su molicie.
He dado al hombre muslos, para que lo sostengan sobre la
tierra y piernas para correr,
para que no quede plantado como un árbol por sus raíces.
Pues el árbol tiene un solo alimento,
pero el hombre se nutre de todo
lo que he creado bajo el cielo.
Un árbol conoce sólo una cosa
pero el hombre posee ojos, para asimilar lo exterior,
y una piel, para palpar y gustar lo ajeno.
Load a Dios y dispersaos sobre la tierra,
load a Dios y extendeos sobre los mares.
Es esclavo quien se ata a un país.
No se llama Sión el reino que os he prometido;
Su nombre es: el universo.

Así fue como Josef, ciudadano de Judea, se convirtió en ciudadano del mundo, y Josef ben Matatías en el escritor Flavio Josefo.

En Alejandría también había partidarios de los «Vengadores de Israel». A pesar del peligro que ello entrañaba, algunos se exhibían

en la calle con la divisa prohibida, que llevaba el lema de los macabeos: «¡Quién es como vos, oh Señor!». Desde su llegada a la ciudad los macabeos habían hecho público en todas las formas posibles su desprecio por Josef, a quien consideraban traidor a la causa judía. Después del altercado con Quereas, el «sandalias blancas», se calmaron un poco, pero cuando se publicó el «Salmo del ciudadano del inundo», redoblaron sus improperios contra el hombre de dos caras, manchado una y otra vez.

Al principio Josef se rió de ellos, pero la agitación de los «Vengadores» se extendió a los moderados, y hasta los miembros del Gran Consejo de la ciudad comenzaron a apartarse de él. Sabía que los dirigentes de Alejandría compartían interiormente sus mismas opiniones, pero para la mayoría de sus correligionarios, el «Salmo del ciudadano del mundo» era pura herejía, y dos semanas escasas después de su publicación estalló el escándalo en la Gran Sinagoga.

Cuando un judío alejandrino juzgaba injusta una sentencia pronunciada por el Gran Maestre y sus colaboradores, una antigua costumbre lo autorizaba a apelar a toda la comunidad, en día sábado, ante el rollo desplegado de las Escrituras. El oficio divino y la lectura de la Ley se postergaban entonces hasta que los feligreses hubiesen acordado una resolución. Sin embargo, apelar sin fundamento era arriesgado, pues si la comunidad no aceptaba la demanda se pronunciaba un anatema, vigente por tres años, contra el querellante. A causa de tanta severidad muy raras veces se hacía uso de tal derecho. En los veinte años anteriores se habían producido sólo tres casos similares. El cuarto caso ocurrió la primera vez que Josef se presentó en la Gran Sinagoga, después de la publicación de su poema. Era sábado, día en el que se debía leer el pasaje que comienza con las palabras: «Y Yahvé se le apareció bajo los terebintos de Mamré»... Apenas se había extraído el rollo de la Ley de la funda donde se lo guardaba, y ya se comenzaba a abrirlo para dar comienzo a la lectura, cuando el jefe de los macabeos se precipitó hacia el púlpito, seguido de uno de sus partidarios, e interrumpió el oficio. Presentaba una queja contra Josef ben Matatías. En pasadas ocasiones, los juristas de la comunidad habían explicado, apoyándose en toda clase de textos ambiguos,

que el anatema dictado en Jerusalén era nulo en Alejandría; sin embargo, la mayoría de los judíos de la ciudad no aceptaban esa interpretación. La acusación decía: «Josef ben Matatías es culpable de los desastres de Galilea y de Jerusalén, y doblemente traidor. Su matrimonio ignominioso con la concubina de Vespasiano basta por sí solo para excluirlo de la sinagoga.» El orador pidió, entre numerosas demostraciones de apoyo, que Josef fuera expulsado del sagrado recinto.

Josef, apretando los labios, permaneció en su sitio sin moverse. Los miles de hombres reunidos allí eran, sin embargo, los mismos que algunas semanas antes lo habían aclamado: «*¡Marín, Marín!*». ¡Cuán pocos de ellos se hallaban ahora dispuestos a defenderlo! Miró al Gran Maestre Teodoro bar Daniel y a sus setenta colegas sentados en sus asientos de oro. Estaban más pálidos que sus estolas, pero no abrían la boca. No podían apoyarlo y no lo hicieron. Era evidente que su amistad con el emperador ya no constituía suficiente protección para él. Fue expulsado ignominiosamente de la sinagoga.

Al verlo salir, hundido en la desgracia, muchos se dijeron: «El mundo es como una noria, una rueda que sube y baja, llena el cubo vacío y vacía el lleno. Ahora le ha tocado a él el turno. Ayer era todavía un hombre lleno de orgullo; hoy, en cambio, está cubierto de oprobio.»

Sin embargo, Josef no pareció tomar el asunto demasiado en serio. Prosiguió su vida brillante, en compañía de mujeres, hombres de letras y cómicos. Era un huésped muy bien considerado en los círculos progresistas de Canope. El príncipe Tito lo patrocinaba con más ostentación que nunca y casi siempre aparecía acompañado por él.

Pero cuando estaba solo, por la noche, Josef se sentía enfermo de amargura y despecho. Era impuro, como si una lepra penetrara en su espíritu desde la piel. Ningún Tito podría lavar la suciedad que lo cubría. Su vergüenza se había hecho física; todo el mundo podía verla y tenía el nombre de Mara. Para recuperar el honor perdido debía cegar la fuente de su mal, y para siempre.

Algunas semanas después, sin pedir consejo a nadie, solicitó una entrevista al juez supremo de la comunidad, el doctor Basílides.

Desde su exclusión de la sinagoga, Josef no había aparecido en casa de ningún alto personaje judío. Esta visita desconcertó al juez, quien buscó algunas palabras indulgentes y, sin mirarlo, pronunció vagas fórmulas que suponía debían consolarlo. Haciendo caso omiso de las palabras, Josef se quitó el tocado de sacerdote, lo destrozó, como lo exigía el ritual, y lo depositó delante del dignatario. A continuación desgarró sus vestiduras y dijo:

—Soy, mi doctor y maestro, vuestro humilde servidor Josef ben Matatías, ex sacerdote de primera categoría, de Jerusalén. He cometido el pecado del mal instinto, he desposado a una mujer con la cual me estaba prohibido unirme; una prisionera romana que se había prostituido con los romanos. Merezco la pena del exterminio.

El doctor Basílides, juez supremo, palideció al oír esas palabras, pues conocía muy bien su significado. Transcurrió un momento hasta que dio la respuesta prescrita por la fórmula.

—La pena del exterminio, pecador, no depende de los hombres, sino de Dios.

—¿Hay algún medio, mi doctor y maestro— preguntó Josef, de acuerdo con el ritual, —para que el pecador aleje la pena de exterminio, de él y de su raza?

—Si el pecador acepta el castigo de cuarenta azotes— contestó el juez —Yahvé lo perdona. Pero es necesario que el mismo pecador pida para sí el castigo.

—Pido, mi doctor y maestro— concluyó Josef, —se me aplique la pena de cuarenta azotes.

Cuando se supo en Alejandría que Josef quería someterse a la flagelación, la conmoción fue tremenda. En la ciudad no era nada frecuente un acto semejante y, en todo caso, estaba reservado a los esclavos. Los macabeos se quedaron mudos de asombro. Muchos de los que exigieran a gritos que se expulsara a Josef de la sinagoga lo lamentaron en lo íntimo de su corazón. En cambio, los «sandalias blancas» cubrieron los muros con caricaturas de Josef flagelado, y en las tabernas se entonaron canciones satíricas a su costa.

Las autoridades judías no habían publicado la fecha del castigo, pero ese día el patio de la sinagoga de Augusto estuvo lleno de gente, y las calles vecinas desbordaron de curiosos. Pálido y

enflaquecido, con la mirada febril clavada en la lejanía, Josef se encaminó hacia el juez supremo, y, llevándose la mano a la frente, dijo bien alto, para que se le pudiese oír en los más apartados rincones:

—Mi doctor y maestro: he cometido la falta del mal instinto. Pido el castigo de cuarenta azotes.

—Te pongo en manos del ujier del tribunal, pecador— repuso el juez.

El verdugo hizo ademán a sus dos ayudantes para que desvistieran a Josef. El médico lo examinó, a fin de cerciorarse de que estaba en condiciones de soportar una flagelación tan dura y de que no dejaría escapar orina o excrementos, lo cual constituiría una deshonra pues la Ley prescribe: «Tu hermano no debe ser envilecido a tus ojos». Fue Juliano, el jefe de los médicos de la comunidad, quien realizó el examen. Palpó a Josef y le auscultó, especialmente el corazón y los pulmones. Muchos de los espectadores pensaron que el doctor lo declararía incapaz de sufrir la pena completa. En el fondo, Josef abrigaba la misma esperanza, pero el médico no quiso comprometerse y dictaminó:

—El culpable puede soportar cuarenta azotes.

El verdugo ordenó arrodillarse a Josef. Los ayudantes le ataron las manos a un poste, de modo que sus rodillas forzosamente permanecieran separadas, y todos vieron cómo se tensaba la piel lisa y blanca de su espalda. Después le ataron una pesada piedra al pecho, para obligarlo a encorvar el tronco. Minuciosamente, mientras los latidos del corazón de Josef repercutían visiblemente en sus costados, el verdugo se aseguró a la muñeca las largas tiras de cuero de buey, las probó, las apretó, las distendió, las volvió a apretar. Era necesario que las puntas alcanzasen el vientre del supliciado. Así estaba escrito.

El juez comenzó a leer los dos versículos de las Escrituras que hablan de la flagelación:

«He aquí cómo se debe hacer. Cuando el pecador merezca los azotes, el juez le hará extenderse en el suelo, y se le darán en su presencia un número de azotes proporcionado a su falta, pero nunca más de cuarenta, y sin que sea envilecido a vuestros ojos.»

El verdugo aplicó trece azotes en la espalda, que fueron controlados por el segundo juez. Luego los ayudantes lavaron al culpable. El tercer juez dijo entonces: «Pega», y el verdugo aplicó trece azotes en el pecho, después de lo cual los ayudantes volvieron a lavar al pecador. Por último, el verdugo le asestó otros trece golpes en la espalda. Durante todo ese tiempo el silencio fue absoluto, sólo se oía el chasquido violento de los azotes y la respiración entrecortada, sibilante de Josef, cuyo corazón palpitaba aceleradamente.

Yacía atado y jadeante. Los golpes se sucedían breves e intensos y el dolor era como un inmenso mar en movimiento; venían olas altísimas y se llevaban a Josef, refluían y lo hacían flotar, retornaban y se rompían sobre él. Josef jadeaba, resoplaba, sentía el olor de su sangre. Todo ocurría por causa de Mara, hija de Lakisch. La había deseado y ahora la odiaba. Por eso la hacía expulsar de su sangre. Oraba: «De las profundidades os llamo, oh Señor». Contaba los golpes, pero se le enredaban las cifras: había recibido ya varios centenares de azotes, pero continuaban castigándolo. La Ley prescribe que no sean cuarenta golpes, sino treinta y nueve, pues está escrito: «El número de», lo cual equivale a «cerca de», y, en consecuencia, no debían ser sino treinta y nueve. ¡Oh, cuán dulce era la Ley de los doctores! ¡Oh, cuán dura la Escritura! Si no concluían iba a morir. Le parecía oír a Yojanán ben Zakai decir «¡basta!». Aunque el eminente doctor se encontrara en Judea, en Jerusalén o en Yabne, vendría e intervendría en su favor. Para Josef sólo importaba resistir hasta entonces. El suelo y el poste que tenía delante desaparecieron, pero Josef concentró todas sus fuerzas: tenía que ver con claridad, y reconocer el suelo y el poste hasta que llegara Yojanán ben Zakai. Pero el sabio doctor tardaba en presentarse.

Se desvaneció y no vio nada más. Después del vigesimocuarto azote cayó extendido, exánime. Cuando lo lavaron, volvió en sí. El médico dijo: «Puede soportar más», y el juez ordenó: «Continúen azotando».

La princesa Berenice estaba entre los espectadores. No había tribuna ni lugares reservados, pero la noche anterior ella había enviado a su más vigoroso esclavo de Capadocia a ocupar un buen

lugar. Estaba de pie en la segunda fila, apretujada por el gentío. Jadeaba, respiraba con dificultad, fijando obstinadamente sus ojos castaños en el flagelado. En el patio reinaba un profundo silencio. No se oía sino la voz del juez supremo, que leía los versículos de las Escrituras muy lentamente, de modo de poder abarcar el tiempo que aquello durara con la lectura repetida tres veces. A lo lejos se oían las voces alegres del gentío que colmaba las calles. Berenice seguía con atención la flagelación que el arrogante Josef soportaba para desembarazarse de la mujer prostituida, a quien había sido obligado a dar su nombre. Sí, en realidad reconocía que él era su primo. No se contentaba con pecados menudos y pequeñas virtudes, le era necesario humillarse profundamente para erguirse luego con tanta más fiereza. Lo comprendía. Ella misma había saboreado en el desierto la voluptuosidad de esas humillaciones. Estaba muy pálida —no era fácil soportar el espectáculo—, sin embargo seguía allí. Aunque movía los labios no dejaba escapar ningún sonido, mientras contaba maquinalmente los golpes. Sintió un gran alivio cuando sonó el último azote, pero aun habría sido capaz de resistir un tiempo más. Apretaba los labios y sentía la boca reseca.

Transportaron a Josef, desmayado y cubierto de sangre, a la Casa de la Comunidad. Lo lavaron bajo la vigilancia del médico Juliano, lo masajearon con ungüentos y le hicieron beber un brebaje compuesto de vino y mirra. Cuando volvió en sí, dijo:

—Dad doscientos sestercios al verdugo.

Mientras tanto, Mara, hija de Lakisch, se sentía llena de dicha porque iba a traer una criatura al mundo, y tomaba infinitas precauciones para no dañarla. Era muy trabajadora, pero dejó de dar vueltas al molino manual para que el niño no fuese borracho. No comía dátiles verdes, para que no tuviese ojos lacrimosos; no bebía cerveza, a fin de que no oliera mal; se privaba de la mostaza, para que no fuese un libertino. En cambio comía huevos, que le darían ojos grandes; ruibarbo, para que resultara simpático a sus semejantes, y bebía limonada, para que su olor fuese agradable. Se apartaba temerosa de todo lo feo para no sufrir mal de ojo, y buscaba con empeño la vista de hombres hermosos. Se procuró a costa de grandes esfuerzos una piedra milagrosa que, siendo

hueca, contenía otra más pequeña en su interior como si se tratara de una matriz que, aunque abierta por dentro, no deja caer el fruto.

Cuando llegó el momento, Mara fue colocada en una camilla de parturienta, una especie de caballete de mimbre donde podía estar medio acostada, medio sentada, y a la cual ataron una gallina, con la finalidad de que el batir de sus alas apresurase el alumbramiento. Fue un parto doloroso. Muchos días después, Mara sentía todavía un dolor agudo en las caderas. Mientras contaba, la partera la insultaba con toda suerte de expresiones, sin dejar de contar.

Por último, la criatura vio la luz. Era un varón. Su piel era de color azul oscuro, sucio, y estaba cubierta de mucosidades y de sangre, pero gritaba tan fuerte que la pared devolvió su eco. Esa era una buena señal, y también que hubiese nacido en día sábado. Calentaron agua para bañarlo, a pesar de ser sábado, y vertieron en ella el vino precioso de Eschkol. Restregaron cuidadosamente los miembros de la criatura y cubrieron su blando cráneo con un cocimiento de uvas verdes, para evitar el eccema. Lo ungieron con aceite tibio y lo empolvaron con mirra machacada. Después lo envolvieron con un fino pañal de lino. Su madre había economizado a costa de no comprar nada para sí y poder vestirlo con los mejores tejidos. «Yanik, *yaniki», «Yildi*, mi niño, mi pequeño, mi bebé», le decía Mara y, llena de orgullo, hizo plantar un cedro al día siguiente de su nacimiento, por haber nacido varón.

Había pensado durante nueve meses en el nombre que daría a la criatura, sin decidirse por ninguno pero, finalmente, en los días previos a la circuncisión tuvo que tornar una resolución. Hizo venir a un escriba y le dictó una carta:

«Mara, hija de Lakisch, saluda a su señor Josef, hijo de Matatías, sacerdote de primera categoría, y amigo del emperador.

»Oh, Josef, mi señor: Yahvé ha visto que vos ya no me amabais y, bendiciendo mi cuerpo, me ha juzgado digna de daros un hijo. Nació el día sábado, pesa 7 *litraot* y 65 *zuzim*, y la pared devolvió su grito. Le he puesto el nombre de Simeón, o sea, «el hijo de la rogativa», pues Yahvé ha atendido mi ruego cuando yo perdí vuestro afecto. Josef, mi señor, recibid mi saludo. Deseo que seáis grande al sol del emperador y que Dios brille en vuestro rostro.

»Y no comáis coles, porque os pesarán en el estómago.»

Aproximadamente por esas fechas, antes de recibir esa carta, Josef se encontraba un día en la sala de ceremonias de la comunidad alejandrina. Se lo veía todavía débil y demacrado por la flagelación, pero mantenía su porte erguido. Lo acompañaban como testigos el Gran Maestre Teodoro bar Daniel y el presidente de la comunidad de Augusta, Nicodemo. Basílides, el juez supremo, presidía la sesión y tres doctores lo asesoraban. De acuerdo con las prescripciones, el primer secretario de la comunidad escribía bajo el dictado del juez supremo, con pluma de ganso y tinta negra, sobre un pergamino de piel vacuna. Procuraba con sumo cuidado que el documento abarcase exactamente doce líneas, o sea el valor numérico de la palabra *guet*, término hebreo que designa el acta de divorcio.

Mientras la pluma de ganso crujía sobre el pergamino, Josef sentía en su interior un sonido más fuerte que el de la pluma. Era el ruido chirriante de las ropas y sandalias que Mara, hija de Lakisch, desgarró sin pronunciar una palabra, al regresar al amanecer de las habitaciones de Vespasiano. Josef creía haberlo olvidado pero el sonido, más fuerte y más violento que el crujido del pergamino, lo ensordeció y estrujó su corazón.

He aquí lo que escribió el secretario:

«El día 17 del mes de Kislev, del año 3830 después de la creación del mundo, en la ciudad de Alejandría, sobre el mar del Egipto:

»Yo, Josef ben Matatías, llamado Flavio Josefo, el judío, que me encuentro hoy en la ciudad de Alejandría, sobre el mar de Egipto, he resuelto, por mi propia voluntad, y sin que se me obligara a ello, despedirte, dejarte ir y repudiarte, a ti, mi esposa legítima, Mara, hija de Lakisch, que habitas en este momento en la ciudad de Cesarea, sobre el mar de Judea. Has sido hasta ahora mi mujer. Pero desde hoy eres libre, divorciada, separada de mí, a fin de que te sea permitido disponer de ti misma en lo porvenir y puedas en adelante pertenecer a otro.

»Por la presente recibes de mí la declaración de tu divorcio y la carta de separación según la Ley de Moisés y de Israel.»

El documento fue entregado a un emisario especial, quien debía ponerlo en manos de Mara, hija de Lakisch, en presencia del

presidente de la comunidad de Cesarea y de otros nueve judíos adultos.

Al día siguiente de la llegada del emisario a Cesarea, Mara fue citada por las autoridades comunales. No sospechaba de qué podía tratarse. En presencia del presidente de la comunidad, el representante de Josef le entregó la carta. Como no sabía leer, rogó que alguien le informase de su contenido. Se la leyeron, pero ella no comprendió.

Volvieron a leérsela y a explicársela, y entonces se desmayó. El secretario de la comunidad rompió la carta en dos pedazos en prueba de que había sido entregada y leída por el destinatario; la guardó en su carpeta y entregó al correo un certificado de descargo.

Mara volvió a su casa. Comprendió que su esposo ya no la amaba y tenía derecho a divorciarse de ella. Sin embargo, no tuvo ningún pensamiento hostil contra Josef.

Desde entonces se consagró, con ansiosa dedicación, al pequeño Simeón, el primogénito de Josef. Se privaba, aunque eso significara un sacrificio para ella, de todo lo que pudiese malograr su leche, evitando especialmente el pescado salado, la cebolla y ciertas legumbres indigestas. No llamaba a su hijo por su nombre sino Bar Meir, que quiere decir «el hijo del Brillante»; o Bar Mair, «el hijo del Poderoso», y también, Bar Nifli, «el hijo de la Nube». El presidente de la comunidad la hizo llamar en una ocasión para prohibirle que diera esos nombres a su vástago, pues Nube, Poderoso y Brillante son otros tantos nombres del Mesías. Mara, con la mano posada sobre la frente, se inclinó y prometió obedecer. Pero cuando se encontraba sola con el pequeño y nadie podía oírla, continuaba llamándolo por los nombres prohibidos.

Conservaba fielmente los objetos que Josef había tocado: las servilletas con las que se enjugaba los labios, los platos donde había comido. Quería que su hijo fuese digno de su padre. Suponía que iba a encontrarse con grandes dificultades, pues el fruto del matrimonio de un sacerdote con una prisionera de guerra era considerado bastardo y excluido de la comunidad. A pesar de eso ella buscaba el modo de enaltecerlo. Los sábados y días de fiesta le mostraba al pequeño Simeón las reliquias de su padre —las

servilletas, los platos—, le hablaba de la grandeza de Josef y le suplicaba que fuese un doctor y maestro como él.

Cuando Josef remitió el certificado de divorcio a los funcionarios calificados de Alejandría, fue convocado solemnemente a la Gran Sinagoga para leer las Escrituras, conforme a su jerarquía de sacerdote. Por primera vez después de tanto tiempo pudo volver a colocarse el tocado sacerdotal y el cinturón azul bordado de llores, insignias de su alta categoría. Subió al púlpito, y se situó delante del rollo abierto de la Ley, el mismo púlpito desde donde fuera expulsado hacía unas semanas. En medio del profundo silencio de miles de asistentes, pronunció la bendición: «Loado seáis, Yahvé, nuestro Dios, que nos habéis dado la verdadera doctrina y habéis insuflado en nosotros la vida eterna». Después leyó en voz alta el pasaje prescripto para ese sábado.

Mediado el invierno —cuando comenzaba el nuevo año—, Vespasiano llegó a la conclusión de que su imperio estaba firmemente consolidado y que la tarea del soldado había sido cumplida. Ahora comenzaba la mucho más ardua del administrador. Vespasiano sabía que en Roma, e invocando su nombre, se estaban cometiendo toda clase de acciones inconvenientes y absurdas. Muciano extorsionaba con calculada avidez cuanto dinero disponible existía en la península; su propio hijo menor, Domiciano, persona disoluta e inescrupulosa por quien nunca había sentido gran afecto, distribuía arbitrariamente, en nombre de su progenitor, favores y castigos. Vespasiano escribió al primero exhortándole que no aplicara al país tantos purgantes pues la gente moriría de diarrea. Y en cuanto a su hijo, le envió una carta en la que le preguntó si consentiría a su padre continuar en funciones un año más. Inmediatamente ordenó el viaje a Alejandría de tres personajes: el anciano ministro de finanzas, Etrusco; Claudio Regino, el joyero de la Corte y director de las pesquerías de perlas imperiales; y el administrador de sus fincas de la Sabina.

Los tres expertos sometieron sus contabilidades a mutuo control. La política oriental de Nerón y los disturbios que siguieron a su muerte habían insumido cifras cuantiosas y el total de las deudas, según el cálculo de los tres personajes, era considerable.

Regino se encargó de la poco agradable tarea de informar al emperador.

Vespasiano y el financiero no se habían visto antes. Ahora estaban sentados frente a frente en cómodos sillones. Regino, con las gruesas piernas cruzadas, parpadeaba con su habitual aire soñoliento y, como siempre, colgaban flojas las correas de sus sandalias. Desde el comienzo estuvo seguro de que no podría hacer grandes negocios con Vespasiano. Había tratado antes con Cenis, y como el motivo en cuestión era nada menos que los suministros para los ejércitos de Vespasiano en Europa y Judea, ella le había otorgado pingües comisiones. El emperador sabía que las cuentas que presentaba este banquero eran insospechables. Con sus ojos claros y penetrantes examinó los gruesos mofletes del apático Regino. Los dos hombres se acecharon mutuamente y no se engañaron respecto al juicio que merecía el uno del otro.

Regino comunicó sus resultados al emperador: cuarenta mil millones. Vespasiano no se movió. Resopló un poco, y repitió sin vacilar:

—Cuarenta mil millones. Vos sois un hombre de talento, pero ¿no habréis exagerado un poco vuestros cálculos?

Claudio insistió cansinamente, con voz pastosa.

—Cuarenta mil millones. Hay que hacer frente a las cifras, cara a cara.

—Os estoy mirando a la cara— dijo el emperador, respirando como un fuelle.

Discutieron las medidas prácticas necesarias. Se podían atesorar sumas enormes confiscando la fortuna de los que, aún después de la proclamación de Vespasiano, se habían mantenido fieles a su predecesor. En ese día, siguiendo el régimen que le había impuesto el médico Hekateo, el soberano guardaba un ayuno riguroso. En ocasiones semejantes su espíritu se mostraba particularmente abierto para los negocios.

—¿Sois judío?— preguntó intempestivamente.

—A medias, pero de año en año mi aspecto judío se acentúa. —Veo la posibilidad— dijo Vespasiano, entrecerrando los ojos —de desembarazarme de golpe de la mitad de los cuarenta mil millones.

—Me agradaría conocerla.

—¿Qué ocurriría si ordenase erigir mi estatua en la Gran Sinagoga?

—Los judíos protestarían airadamente— contestó Claudio.

—Y yo, en castigo, les confiscaría sus bienes.

—Sin duda; eso significaría unos veinte mil millones.

—Os felicito; calculáis muy rápido.

—Habríais cubierto la mitad de la deuda, pero no podríais embolsar jamás la otra mitad, pues los negocios y el crédito quedarían arruinados, y no sólo en Oriente.

—Me temo que tenéis razón— opinó Vespasiano con un suspiro, —pero debéis reconocer que la idea es seductora.

—Lo reconozco— repuso el otro, sonriendo. —Lástima que ambos seamos demasiado inteligentes para llevarla a la práctica.

Regino no podía soportar a los judíos de Alejandría. Eran para él demasiado orgullosos y elegantes. Lo que más le indignaba era la soberbia con que desde su grandeza contemplaban a los judíos romanos, de arriba abajo, como a parientes pobres y molestos. Sin embargo, el recurso propuesto por el emperador le pareció demasiado peligroso. Ya se ingeniaría él para aplicarles sangrías de otra clase, que no los matasen por la hemorragia pero los obligasen a acordarse de él.

Por el momento, sugirió al emperador un nuevo tributo que afectaría a todo el mundo, y que nadie se había atrevido todavía a aplicar en Oriente: un impuesto sobre los pescados salados o conservados. No ocultaba los riesgos de la aplicación de esta medida. Los alejandrinos tenían una lengua viperina y el emperador pronto empezaría a escuchar toda clase de cosas. Pero Vespasiano no temía los cuplés.

La simpatía que el emperador inspirara a los alejandrinos se hizo humo en cuanto fue establecida la tasa sobre los pescados salados. Maldijeron contra el encarecimiento de un alimento tan necesario y cierto día que el emperador paseaba en carruaje por la ciudad le arrojaron pescados podridos. Vespasiano se rió a carcajadas. Lodo, excremento, zanahorias y ahora pescados putrefactos. Le divertía comprobar que ni siquiera como emperador estaba libre de semejantes porquerías. Ordenó una investigación, y una vez descubiertos los instigadores del tumulto debieron aportar a

su patrimonio tantos pescados de oro como pescados podridos se encontraron en el vehículo real.

En esa época, Vespasiano veía pocas veces a Josef; sus altas funciones lo habían alejado del judío, quien por su parte se había convertido en un occidental, un romano, un extranjero. En una ocasión, Vespasiano le dijo, como de paso:

—Al parecer, siguiendo no sé qué tipo de superstición os habéis hecho administrar cuarenta azotes. Bien querría yo —suspiró— liberarme al mismo precio de mis cuarenta mil millones de deuda.

Josef y Tito estaban reclinados en el comedor de la villa de Canope, donde el príncipe prefería pasar la mayor parte de su tiempo. Se encontraban solos. Era un día de invierno muy templado, que permitía permanecer en la galería descubierta, hasta la puesta del sol. El mar estaba en calma, las copas de los cipreses estaban inmóviles, y el pavo real favorito del príncipe se paseaba ceremoniosamente por el jardín, picoteando los restos de la cena.

Desde el diván Josef veía —a través de la galería lateral— la terraza inferior y el parque.

—¿Hacéis cortar los arbustos con forma de letra, mi príncipe?— preguntó, señalando con un movimiento de cabeza al jardinero, que trabajaba no muy lejos de allí.

Tito, que estaba de excelente humor, comía en ese momento un trozo de pastel. Se iluminó con una sonrisa su gruesa cara infantil, que tenía un no sé qué de ridículo, como si rematara un cuerpo desproporcionadamente corto.

—Sí, mi judío— repuso. Hago cortar también en forma de letra el cerco de mi villa de Alejandría, y hasta los mismos cipreses. —¿En forma de B?— inquirió Josef, sonriendo a su vez.

—Sois perspicaz, mi querido profeta— dijo Tito, aproximándose a Josef, que se había puesto de pie y, mirándolo fijamente, le confesó: —Ella opina que me parezco a mi padre, lo cual la disgusta. Yo la comprendo muy bien, pero me parece que cada vez me le parezco menos. No es fácil convivir con mi padre— prosiguió, quejoso. —Es un gran hombre, conoce muy bien a sus semejantes, ¿y quién, conociéndolos, podría dejar de divertirse a su costa? Pero a veces va demasiado lejos. Hace poco, durante una comida, como el general Prisco dijo no considerarse excesivamente gordo, lo invitó

alegremente a que mostrara el trasero. Era magnífico observar en aquel momento a Berenice, mirando hacia delante, como sin nada ocurriera. Nosotros no podemos hacer como ella— suspiró. —Nos indignarnos o nos ponemos groseros. ¿Cómo se hace para ser indiferente a tanta zafiedad?

—No es tan difícil— repuso Josef, fijando la mirada en el jardinero que tallaba los arbustos. —Basta reinar durante trescientos años sobre un país, y esa sabiduría viene sola.

—Estáis muy orgulloso de vuestra prima, y tenéis razón. He conocido a mujeres de los cuatro extremos del mundo; en el fondo son todas iguales y con un poco de habilidad se las puede llevar adonde se desee. Pero con ella no ocurre así. ¿Creeríais si os dijeran que un hombre de mi edad y de mi posición puede ser tan tímido? Hace algunos días le dije: «En realidad, habría que consideraros como a una prisionera de guerra, pues íntimamente estáis con los Vengadores de Israel». «Sí», me contestó simplemente. Yo habría debido responderle: «Ya que sois prisionera de guerra, os tomo por la parte que me corresponde del botín». Eso es lo que hubiese dicho a cualquier otra mujer, y la habría tomado para mí.— Su rostro de niño mimado pareció entristecerse.

Josef seguía reclinado. Contemplaba al príncipe desde cierta altura. En ese tiempo la expresión del judío se había endurecido, y cada vez más frecuentemente aparecía cierta arrogancia terrible y sombría en su rostro, cuando no se sentía observado. Ahora conocía el poder, la humillación y el sometimiento; la voluptuosidad y el dolor, la muerte, el triunfo, el ascenso y la caída; la libre elección y la violencia, y por ese conocimiento tan duramente obtenido había pagado su precio. Estimaba al príncipe. Le resultaba fácil llegar a un acuerdo con él, compartían muchos sentimientos y le debía muchos favores. Sin embargo, en aquel momento, pese a la simpatía, lo observaba desde la altura de una sabiduría que le había costado muy cara. Él había renunciado a las mujeres, y Berenice no significaba un problema para él. Hasta ese día habría asegurado sin dudarlo que la conquista del príncipe estaba consumada pero, después de su confesión, pensó que era preferible que no fuese así. En tono infantil, confiado y un poco incómodo, el príncipe rogó a Josef que le diese un consejo sobre la forma de lograr a la princesa,

y que intercediese ante ella en su favor, a lo que el judío, después de algunos instantes de reflexión, contestó que la tarea era sumamente difícil.

Pero en realidad no lo era. Desde la flagelación, Berenice había cambiado. En lugar del antiguo sentimiento de atracción y odio ahora existía entre ellos un sentimiento apacible de compenetración, producto del parentesco natural y de sus aspiraciones comunes.

Berenice no se anduvo con remilgos, y reveló a Josef francamente las intimidades de su existencia. ¡Ah!, ella no se había hecho de rogar en ocasiones anteriores, cuando un hombre le parecía simpático. Había tenido más de un amante. Era una mujer experimentada, pero esas relaciones no habían durado demasiado tiempo. Sólo dos hombres habían desempeñado un papel decisivo en su existencia. Uno era su pariente, Alejandro

Tiberio, quien ya no era joven puesto que tenía la edad del emperador. ¡Pero, en cambio, qué magnífica flexibilidad! ¡Cuánta cortesía y versatilidad sin desmedro de su energía y decisión! El otro era su hermano. Los egipcios proceden sabiamente cuando piden a sus reyes que formen parejas entre hermanos. ¿No era Agripa el hombre más inteligente del mundo, el más distinguido, el más dulce y más fuerte, como un vino de cosecha tardía? Le bastaba pensar en él para colmarse de sabiduría, de bondad, y de una ternura que enriquecía su espíritu. Josef había notado más de una vez que el rostro enérgico de la princesa se suavizaba al hablar así y se turbaban sus ojos almendrados. Sonrió sin envidia. Para él también existían mujeres que se transformaban al mencionarlo.

Hábilmente orientó la conversación hacia Tito. Ella le preguntó sin circunloquios:

—¿Tenéis algún presentimiento, doctor Josef? Tito puede ser de una malicia diabólica, pero cuando se trata de mí se vuelve torpe, y su torpeza es contagiosa, aun para un hombre tan fino como vos. Es un poco pesado, este Tito, un niño grande. Verdaderamente, no se le puede llamar de otro modo que *Yanik*. Ha imaginado para esta palabra un signo taquigráfico especial, pues se la digo a menudo y él anota casi todo lo que sale de mi boca. Espera encontrar alguna frase que logre confundirme Es un romano, un excelente jurista. Decidme si creéis de verdad en sus buenos sentimientos. Los tiene,

sí, casi siempre, pero a veces, repentinamente y sólo por curiosidad, se le ocurren cosas que causan la destrucción de millares de vidas, de ciudades enteras. Sus ojos entonces adquieren una frialdad inquietante y no me atrevo a dirigirle la palabra.

—Tito me agrada mucho— dijo Josef seriamente. —Somos muy amigos.

—Me preocupa el Templo— prosiguió ella. —Si Dios le ha inspirado una inclinación por mí, decídmelo vos mismo, Josef: ¿acaso será para salvar a su ciudad? Me he vuelto modesta: ya no aspiro a que Jerusalén llegue a dominar el mundo, pero sí quiero que la ciudad sobreviva: nadie está autorizado a destruir la morada de Yahvé.— Grave, anhelante, haciendo un amplio movimiento con las manos, vueltas las palmas hacia arriba, preguntó: —¿Es esperar demasiado?

Se oscureció el rostro de Josef. Pensó en Demetrio Libán, en Justo, en Tito tumbado a su lado, mirándolo con expresión franca, amistosa, pueril. Parecía imposible que ese hombre joven, benévolo, respetuoso de toda obra antigua y sagrada, algún día levantase la mano contra el Templo.

—Tito— declaró Josef, con decisión, —no hará ninguna tentativa criminal contra Jerusalén.

—Vos confiáis— repuso Berenice, —pero yo no. Ignoro si no se habría apartado de mí, de haberme atrevido a pronunciar una sola palabra en contra de sus proyectos. Me sigue con los ojos cuando camino, encuentra mis rasgos más perfectos que los de otras mujeres, sí, es verdad todo eso, pero, ¿acaso otros no dicen lo mismo?— se aproximó a Josef, le puso la mano en el hombro, una mano fina, cuidada, en la que ya habían desaparecido las señales de los rigores del desierto. —Nosotros conocernos el mundo, primo mío, sabemos que el instinto humano está siempre latente, que es poderoso, y que la persona hábil puede conseguir muchas cosas, si sabe explotarlo. Yo doy gracias a Dios de haber inspirado al romano ese deseo. Pero creo que si lo aceptara en mi lecho, una vez satisfecha su ansiedad no pondría más atención en mis palabras— se sentó, sonriendo, y Josef comprendió que ella veía muy lejos en el futuro. —No lo soltaré— concluyó la princesa fríamente, —pero tampoco lo dejaré aproximarse demasiado.

—Reconozco vuestra habilidad femenina— dijo Josef. —No quiero que el Templo sea destruido.

—¿Qué debo decir a mi amigo Tito?— pensó Josef en voz alta.

—Escuchadme atentamente, primo mío: espero un presagio. ¿Conocéis la aldea de Tecoa, cerca de Belén? Cuando nací, mi padre plantó allí un bosque de pinos, y aunque durante la guerra civil se han librado duros combates en la vecindad de la aldea, el bosque no ha sufrido en lo más mínimo. Pues bien, escuchad, si continúa en pie el bosque cuando los romanos hayan entrado en Jerusalén, Tito podrá ordenar que se construya nuestro lecho nupcial con la madera de mis pinos.

Josef reflexionó profundamente. ¿Debían interpretarse esas palabras como una señal personal para Tito, o para la suerte de todo el país? ¿Haría ella depender su matrimonio con el príncipe de la salvación de su patria, o sólo quería asegurarse a sí misma contra la bárbara curiosidad del joven general? ¿Tenía que transmitir esa declaración a Tito? ¿Qué quería ella, exactamente?

Quiso preguntárselo, pero al observar su rostro delicado y enérgico adivinó que la princesa se había cerrado, orgullosamente, a cualquier otra confidencia. El momento propicio había pasado y Josef comprendió que habría sido inútil preguntar algo más.

Una mañana en que Josef se encontraba en el palacio imperial para asistir a una audiencia, vio en la alcoba de Vespasiano un retrato de Cenis que Fábulo había pintado con esmero, por orden del emperador. Ese retrato estaba destinado al principal despacho de la tesorería. En un primer momento, Vespasiano había querido figurar al lado de Cenis, vestido como Mercurio, dios protector, en compañía de una Fortuna con el cuerno de la abundancia, y tal vez de las tres Parcas, devanando hilos de oro. Pero el pintor le había explicado que no era posible, y había representado a Cenis de modo muy realista, sentada en su escritorio, controlando cuentas. En el rostro ancho y enérgico de la mujer, los ojos castaños lanzaban miradas frías y cortantes. —Seguramente, era ésta su expresión cuando presidía la mesa de su cajero principal, con el propósito de impedir robos y fraudes. Al emperador, aunque lamentaba que faltara su Mercurio, le gustó mucho el retrato. Cenis

también estaba satisfecha. Sólo la contrariaba que el pintor le hubiese desaconsejado un peinado más espectacular.

Entre la inmensa galería de la recepción y las habitaciones del emperador, había una enorme puerta que permanecía siempre abierta para que, según se acostumbraba, éste se hiciera vestir a la vista de todos. Allí, junto a la Cenis pintada, estaba sentada la Cenis real. Su marido, el hombre en quien siempre había creído, incluso en sus primeros y modestos pasos, era ahora el emperador y ella continuaba a su lado. Lo esencial de su personalidad estaba en la tela, y Cenis se identificaba con los rasgos que la pintura había desvelado.

Los cortesanos penetraron lentamente desde la galería a la alcoba, se apretujaron delante del cuadro, y desfilaron en larga procesión, expresando uno tras otro palabras de admiración y respeto. Cenis las registraba con cuidado, y Vespasiano sonreía. Aunque Josef supo captar acertadamente que el cuadro destacaba exactamente los rasgos que motivaban su antipatía por la mujer, y aún otros más, seguía pensando que este tipo de obra era una injuria a la creación. No aceptaba que se reprodujera lo que el Dios invisible había creado. Sólo Yahvé podía animar la torpeza y la frialdad calculadora de esa mujer. Y el pintor Fábulo había sido un presumido al pretender atribuir esos rasgos al retrato. Observó con cierta repugnancia al artista, que no se alejaba mucho del emperador. A través de su rostro carnoso y pesado —muy romano — Fábulo escrutaba impasible y altivamente a los visitantes, saboreando sus alabanzas.

Dorión estaba allí. Esbozaba una sonrisa con los labios entreabiertos, un poco gruesos, y su rostro delicado y altanero irradiaba sólo felicidad. Sabía mejor que nadie que su padre era bastante extravagante, pero este retrato era una obra maestra y demostraba su arte e inteligencia. Desde ese momento la señora Cenis viviría eternamente, pero, eso sí, idéntica a la visión de su padre, como él había querido que perdurase, con toda su sordidez y su avaricia realzadas, para que fueran evidentes a los ojos del mundo. Dorión sentía pasión por la pintura y había aprendido hasta los menores detalles de la técnica. En alguna otra ocasión su padre

había pintado retratos más efectistas, pero en su opinión éste era el mejor: su padre había llegado a una altísima cumbre.

La galería estaba completamente colmada. Dorión estaba de pie, apoyada en una columna. Eran evidentes su buen porte y también su carácter apasionado, su finura. Había echado hacia atrás, altivamente, la delgada cabeza, mostrando su bella tez morena. Disfrutaba del éxito del retrato, exhalando el aire suavemente a través del cerco de sus dientes menudos. Le divertía tanto la incomprensión como la admiración de los espectadores desconcertados. Le agradó ver a Josef. Con una rápida mirada de soslayo se dio cuenta de que también él había descubierto su presencia, por lo cual no dudó de que iría a su encuentro, abriéndose paso entre la concurrencia.

No había vuelto a ver al joven judío desde la fiesta en la isla de Faros. Cuando le comentaron el episodio de los cuarenta azotes, se limitó a hacer algunas bromas malévolas y fáciles, aunque en su cuerpo sintió un estremecimiento idéntico al que experimenta en un instante quien, elevado a mucha altura en un columpio, vuelve bruscamente al suelo. Estaba convencida de que ese joven audaz, colmado de talento y de belleza, había aceptado el suplicio para abrirse un camino hacia su corazón.

Nerviosa, vio que Josef se acercaba. Pero cuando se saludaron tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerlo. Ah, sí, éste era el muchacho judío de quien el emperador quería un retrato hecho por su padre. Las condiciones exigidas se habían cumplido, ahora lo comprobaba. Había oído decir que Josef, voluntariamente, se había sometido a toda clase de mortificaciones. Al menos su cara estaba ahora mucho más delgada que antes e imaginaba que pronto reaparecería en él esa aura profética que echaba de menos el emperador. Excitada por la curiosidad, lo examinó de pies a cabeza y con una voz ligera y despreocupada le preguntó si las cicatrices de la flagelación todavía eran visibles en su cuerpo.

Josef permaneció un momento observando sus manos finas y morenas; después miró el retrato de Cenis y enseguida el rostro de Dorión, como si mentalmente las estuviera comparando, y dijo:

—Vos y la señora Cenis sois las únicas mujeres en Alejandría que no me pueden soportar.

Como lo había previsto, Dorión se enfadó de que la comparase con Cenis.

—Creo— prosiguió él —que mi retrato nunca llegará a realizarse. Vuestro padre no me aprecia más que al cadáver de un cerdo putrefacto y vos, Dorión, opináis que estoy necesitado de ayunos y flagelaciones para convertirme en un buen modelo. Me parece que a la posteridad no le quedará otro recurso que conocerme a través de mis libros y no por una obra de Fábulo.— Al decir estas palabras duras, suavizó tanto la voz que ellas produjeron el efecto de una lisonja, por lo cual el tono de la frase fue más importante para la joven que su significado.

—Sí— replicó Dorión —es cierto, a mi padre no le gustáis. Pero deberíais tratar de remediar esa antipatía. Creedme, merece la pena. Un hombre como vos, doctor Josef, que ha aceptado recibir cuarenta azotes, no debería enfadarse tanto tiempo con un pintor de tanta calidad, por una palabra un poco ruda.— Su voz ya no era estridente, sino tan dulce como cuando hablaba con el gato.

Empujado por el público, Josef se había acercado mucho a ella y casi la tocaba. Hablaba en voz baja, familiarmente, como para impedir que alguien pudiera escucharlos. Adoptó una expresión seria cuando le contestó:

—Vuestro padre puede que sea un gran hombre, Dorión; pero los judíos odiamos su arte. No es un prejuicio. Tenemos para ello buenas razones.

Ella le dirigió la mirada burlona de sus ojos verdes, y le dijo en voz igualmente baja y confidencial:

—No deberíais ser tan cobarde, doctor Josef, pues de vuestra parte eso es únicamente cobardía. Sabéis muy bien que no hay mejor medio que el arte para llegar al fondo de las cosas y supongo que no os atreveréis a oponeros al arte. Eso es así.

Josef sonrió compasivamente desde la altura de su fe.

—Hemos alcanzado lo invisible, que está más allá de lo que perciben los sentidos. Es la única razón por la que no creemos en las cosas visibles. Para nosotros carecen de valor.

Pero Dorión, herida en sus sentimientos más hondos, protestó con voz apasionada y repentinamente chillona:

—El arte es a la vez lo visible y lo invisible. La realidad deforma el arte, no es más que una imitación falsa, incompleta. Un gran artista impone sus normas a la realidad. Mi padre lo ha hecho más de una vez, voluntariamente o no. Acercó la cabeza infantil a la de Josef, y le susurró casi al oído, como en secreto:

—¿Recordáis cómo murió Drusila, la mujer del senador? De una puñalada que le llegó al corazón a través del hombro izquierdo. Nadie sabe quién le dio el golpe. Un año antes, cuando mi padre hizo su retrato, trazó en él una marca en el hombro desnudo, una especie de cicatriz. Fue sólo un detalle técnico, tenía necesidad de esa señal. Pues bien, en aquel preciso punto le asestaron la puñalada.

Estaban en la sala alta y luminosa, rodeados de hombres y mujeres elegantes y parlanchines. Era un día martes como tantos otros, pero ellos se sentían envueltos en un velo de misterio. Rápidamente, Dorión se evadió con una sonrisa de esa suave atmósfera equívoca:

—En suma— dijo, en tono mundano y convencional, —hechos como éste deberían acercar al profeta Josef al pintor Fábulo.

Josef, precisamente porque las razones de la muchacha lo habían impresionado, argumentó obstinadamente que la palabra era superior a la imagen, sobre todo la palabra judía impregnada de Dios. Dorión hizo una mueca, sonrió nuevamente y prorrumpió en una carcajada sonora, aguda, maliciosa. Lo que ella conocía de los libros hebreos —explicó— no probaba gran cosa. Abundaban en ellos las supersticiones más absurdas. Se había hecho leer pasajes del libro sobre los Macabeos. Lamentaba decirle que le parecía recargado de frases vacuas y altisonantes.

La conversación concluyó en términos menos corteses que cualquiera de las que se habían escuchado en la amplia galería.

El príncipe Tito encargó a Fábulo el retrato de Berenice, por lo que Dorión tuvo oportunidad de introducirse en el ambiente festivo de la villa de Canope, y de encontrarse casi todos los días con Josef. El judío observaba que los hombres la trataban con galantería, dándole muchas muestras de cortesía que no excluían cierto desdén —que era el modo como los alejandrinos acostumbraban a tratar a las mujeres bellas. Por lo general, él

también adoptaba la misma actitud con las mujeres, aunque no con ella. Esto lo exasperaba, y se dejaba llevar irreflexivamente por la pasión. Se burlaba brutalmente de la joven en público, para adorarla enseguida, también en presencia de todos, carente en absoluto del sentido de las proporciones. Gracias a su certera intuición, la inteligente joven penetraba en la profundidad de su alma, conocía sus ansias de sobresalir, su vanidad, su falta de escrúpulos. Dorión había aprendido el significado de la dignidad. Sabía cuánto mortificaba a su padre la negativa de los aristócratas a admitirlo en su círculo y cómo los romanos se mostraban soberbios con los egipcios. Su madre y su nodriza, egipcias ambas, le habían enseñado que una sangre antigua circulaba por sus venas y que sus antepasados dormían bajo altas pirámides. ¿No eran acaso los judíos los más despreciables de los hombres, ridículos como monos, en nada superiores a las bestias impuras? Sin embargo, ella no podía librarse de ese judío. Era precisamente su indignidad lo que la atraía, su entrega sin medida a cualquier cosa que lo apasionara; su brusca manera de pasar de un estado eufórico a otro, el nulo recato con que expresaba sus devociones más íntimas. Acariciando a su gato Immutfru, decía:

—No te comprende, no tiene corazón y no sabe quién eres, ni qué es la pintura, ni cuál es el país de Kemet. Immutfru, mi pequeño dios, aráñame y que corra mi sangre. Debe ser impura esta sangre ya que no puedo apartarme de ese hombre, y cuanto más me uno a él, más ridícula me siento.

Sentado en su regazo, el gato la mirada con ojos redondos y brillantes.

Un día, durante una violenta discusión con Josef en presencia de extraños, le dijo con un tono de odio y de triunfo:

—¿Por qué si de verdad me juzgáis tan tonta os habéis hecho flagelar para poder libremente casaros conmigo?

Josef quedó estupefacto y, aunque estuvo a punto de soltar una carcajada, se contuvo y guardó silencio. Pero más tarde, a solas, sintió que lo desgarraba una duda: ¿era una sugerencia del destino, acaso un presagio, que la egipcia interpretase su flagelación así? Había hecho bien en no replicarle; respecto a la mujer deseada se permite la mentira discreta. Pero, ¿sería, en realidad, una mentira?

Desde el primer momento deseó a esa mujer, pero ¿cómo pudo imaginarse que ella se le entregaría sin ninguna ceremonia? Le seducía la idea de tomarla por esposa. A él, como sacerdote, le estaba prohibido hacerlo, aun si Dorión se convirtiese al judaísmo. ¿Para qué habría recibido entonces los azotes, si enseguida volvería a infringir la Ley? Los macabeos se indignarían, o se reirían, lo que era peor. Y bien, ¿qué importaba? Sería dulce, hasta placentero hacer un sacrificio por la egipcia. Desposar a la mujer abandonada por el romano había significado para él una falta innoble, repugnante. Esta falta, en cambio, podría ser magnífica, brillante, un grandioso pecado. «No desposarás a la hija de un extranjero», decían las Escrituras. Cuando Pinhas vio que un miembro de la tribu de Israel frecuentaba a una madianita, tomó una lanza, y persiguiendo al hombre hasta el barrio de las rameras, traspasó a la pareja de un lanzazo. Sí, sería una falta grave. También su primo y homónimo Josef se había casado con la hija de un sacerdote egipcio; Moisés había desposado a una madianita, Salomón a una egipcia. La gente mediocre estaba obligada a someterse a las normas estrictas, pues corrían el riesgo de corromperse junto a las hijas de los extranjeros y de aceptar a sus dioses. En cambio, él era lo bastante fuerte como para asimilar lo extranjero sin sucumbir. «Alejaos de vuestra ancla», había dicho Yahvé. Comprendió de súbito la palabra oscura: había que amar a Dios con los dos instintos, el malo y el bueno.

En el siguiente encuentro, habló a Dorión de esponsales y de matrimonio como de un proyecto conocido, como de algo tratado ya muchas veces. Ella no hizo otra cosa que reír, con risa aguda, ligera. Pero él fingió no escucharla. Estaba absorto pensando en las consecuencias de su falta. Discutió los detalles, la fecha, las formalidades de la conversión de Dorión al judaísmo. ¿Acaso en Roma, lo mismo que en Alejandría, no habían hecho otro tanto mujeres de la más alta alcurnia? Era un poco complicado, por supuesto, pero no le llevaría mucho tiempo. Ella dejó de reír. Lo miraba como se mira a un loco. Pero tal vez fue la extravagancia del proyecto lo que atrajo más a Dorión. Pensó con temor en la cara que pondría su padre, a quien amaba y respetaba, en los antepasados maternos que dormían embalsamados bajo las

pirámides, pero el judío rechazaba todas las objeciones con la obcecación de un demente. No existían las dificultades para él, todos los argumentos razonables se convertían en aire. Irradiando felicidad, con la mirada febril, informó a Tito y a los huéspedes de la villa de Canope de su noviazgo con Dorión.

La joven, riendo siempre, comentó: «Está loco», pero Josef no le dio importancia. ¿Acaso las cosas grandes e importantes no han parecido al principio una locura? Poco a poco, en vista de su impetuosidad y su dura obstinación, ella comenzó a someterse, a defenderse contra las voces que le advertían de la insensatez del proyecto, a apoyar los argumentos de Josef. La idea ya no le parecía tan absurda. Escuchaba interesada cuando Josef entraba en los detalles; empezó a discutirlos con él y regañar por ese motivo.

La conversión al judaísmo no era complicada, sobre todo porque las mujeres no estaban obligadas a observar sus numerosos preceptos sino a respetar tan sólo sus prohibiciones. Josef se declaraba dispuesto a hacer más amplias concesiones: se contentaría con la promesa de que Dorión no infringiría los siete mandamientos de los no judíos. Ella reía e insistía en su parecer: ¿debería abjurar también de sus dioses, de Immutfru, su pequeña deidad felina? Josef discutía con ella sus razones, convencido de que para que algo se ablande hay que dejar primero que se endurezca, que a aquello que se desea comprimir, debe permitírsele explayarse a sus anchas, y repetía una y otra vez, pacientemente, las mismas recomendaciones.

Pero cuando estaba a solas con Tito se desahogaba y se quejaba amargamente de la obstinación de la muchacha. Tito estaba de su parte porque no sentía ninguna prevención contra la doctrina y las costumbres judías: una raza que daba mujeres como Berenice merecía su respeto. Pero, de todos modos, consideró exagerada la exigencia impuesta a Dorión de abjurar de los dioses visibles de sus antepasados, a los que había estado unida desde el nacimiento, para someterse a la divinidad invisible de los judíos. El príncipe buscó entre sus notas algunos apuntes, donde creía haber recogido ciertos preceptos particularmente abstrusos y ciertas opiniones doctrinales de los doctores judíos. No, no se le podía

exigir que se sometiese a supersticiones semejantes. Después de una larga discusión, Josef admitió que la conversión de la joven al judaísmo debería limitarse a una declaración formal en presencia de los funcionarios competentes de la comunidad.

Pero entonces aparecieron las propias exigencias de la egipcia. Sonriente, tierna, imperturbablemente cariñosa, no quiso sin embargo ceder ni un ápice. Pensando en su padre, en su lucha constante por elevarse de su condición, pidió, como una niña juiciosa, sutil y egoísta, que Josef adquiriese el derecho de ciudadanía romana.

Apoyado por Tito, Josef le explicó que sería una empresa larga y difícil. Ella se encogió de hombros. «Es imposible», le gritó él, por último, con irritación. Otra vez Dorión se encogió de hombros y palideció; primero, como siempre le ocurría, alrededor de la boca y después, muy lentamente, la palidez se extendió por todo su rostro.

—Quiero ser la mujer de un ciudadano romano— insistió. Miró fijamente los ojos oscuros de Josef, y agregó con su voz aguda: —Os ruego, doctor Josef, que obtengáis la ciudadanía romana en el plazo de diez días. Si lo hacéis, estaré dispuesta a declarar ante vuestras autoridades que me convierto a vuestra religión; pero si os rehusáis, será mejor, creo, que no volvamos a vernos.

Josef contempló las finas manos morenas que acariciaban el pelaje rojizo de Immutfru; la frente infantil, el perfil puro y delicado. Estaba furioso, pero la deseaba ardientemente. No cabía la menor duda. Sería así: si no adquiría en ese plazo la ciudadanía, no gozaría nunca más de la contemplación de la muchacha de piel morena, reclinada ahora indolentemente frente a él.

Tito intervino. Las exigencias de Dorión le parecieron excesivas pero, ¿acaso no lo eran las de Josef? Sopesó las posibilidades en favor de Josef con espíritu deportivo, como si se tratara de una apuesta. No descartó que el emperador, que estimaba a Josef, le concedería la ciudadanía, pero la cuestión no era sencilla. Posiblemente la señora Cenis fijaría la tasa y, como todos sabían, la señora Cenis no daba nada por poco dinero. Por otra parte, diez días eran muy poco tiempo.

—Preparaos. Deberéis ir volando, mi querido judío— le dijo, y enseguida exclamó sonriente: —¡Hala! como se infunde aliento a los

corredores en los Juegos deportivos.

Dorión escuchó las consideraciones de ambos. Sus ojos color de mar iban del uno al otro. Dirigiéndose a Tito respondió:

—No debéis ponerle las cosas más fáciles a él que a mí. Os ruego, príncipe Tito, que seáis imparcial y que no intervengáis ni en favor ni en contra de Josef.

Josef recurrió a Claudio Regino. Obtener el derecho de ciudadanía en diez días... Si alguien podía conseguirlo ése era Claudio.

En Alejandría Claudio parecía más discreto que antes, pasaba más inadvertido. Pocos conocían sus verdaderas funciones. Naturalmente, Josef era uno de ellos. Sabía que si los más importantes dirigentes de la comunidad se mostraban más benévolos que nunca con sus correligionarios occidentales se debía a la influencia de Regino. Ya había tenido ocasión de comprobar que a Regino se le ocurrían siempre soluciones eficaces cuando a los demás parecían agotárseles los recursos. Tampoco ignoraba por qué simples procedimientos había logrado que Vespasiano —impopular a partir del impuesto sobre el pescado— se convirtiera de pronto en el ídolo del pueblo. Para ello recurrió a los milagros, convencido de que en Oriente los milagros han suscitado casi siempre una gran admiración hacia quienes los han provocado. Había sido necesario que llegase allí el financiero occidental para echar mano a tan probado procedimiento. Josef había asistido a la recuperación de las piernas de un lisiado, conocido en toda la ciudad, y de la vista a un ciego por la simple imposición de manos efectuada por el emperador. Desde entonces, y con bastante disgusto, admiraba cada vez más las extraordinarias virtudes de Claudio.

Parpadeando soñoliento, el obeso y desaliñado economista escuchó a Josef, quien le explicó con cierta cortedad y embarazo que necesitaba el derecho de ciudadanía. Cuando hubo concluido, Claudio quedó silencioso un momento, y después observó, en tono quejoso, que los deseos de Josef eran siempre muy costosos. El impuesto a la concesión del derecho de ciudadanía era una de las principales fuentes de ingreso del gobierno de la provincia. Para

hacer apetecible ese derecho, había que concederlo con parsimonia y mantener la tarifa muy elevada. Josef replicó testarudo:

—Es necesario que yo obtenga mi derecho de ciudadanía muy pronto.

—¿En cuánto tiempo?

—En nueve días.

Regino, repantigado perezosamente en su poltrona, dejó caer sus manos regordetas.

—Necesito el derecho de ciudadanía— prosiguió Josef, obstinado, —porque quiero casarme.

—¿Con quién?

—Con Dorión Fábula, la hija del pintor.

—Una egipcia— comentó Regino, sacudiendo la cabeza con desagrado —y un matrimonio inmediato. Y además, el derecho de ciudadanía.

Josef no se inmutó. Su rostro permaneció impenetrable y altivo.

—Vos habéis escrito primero el «Salmo del ciudadano del mundo»— dijo Regino como si pensara en voz alta. —Muy bien. Después habéis readquirido por medios violentos el derecho a llevar el cinturón de sacerdote. Mejor todavía. Y ahora otra vez deseáis desembarazaros de él. Sois un joven muy impulsivo.

—Quiero a esa mujer.

—De todo estáis necesitado— recriminó Regino con voz bronca. Lo deseáis todo a la vez: Judea y el mundo entero, libros y fortalezas, la ley y el placer. Disculpadme si os hago notar que hay que ser muy rico para pagar todo eso.

—Quiero a esa mujer— repitió Josef obstinada, apasionadamente, e insistió: — Ayudadme, Claudio Regino, conseguidme el derecho de ciudadanía. Creo que me debéis algún agradecimiento. ¿No es beneficioso para todos nosotros, y sobre todo para vos, que ese hombre sea el emperador? ¿No he contribuido yo mismo en ello de alguna manera? ¿No he sido buen profeta cuando lo he llamado el *Adir*?

Regina miró las palmas de sus manos; las dio vuelta y volvió a contemplarlas por el dorso. Dijo:

—Una bendición para todos nosotros, es cierto. Otro emperador habría escuchado más bien al ministro Talas, y no al viejo Etrusco y

a mí. ¿Pero creéis realmente— y envolvió bruscamente a Josef con una mirada especialmente inteligente —que dado que él es el emperador, Jerusalén quedará en pie?

—Lo creo.

—Yo no— dijo Claudio con gesto fatigado. —Si lo creyera, no os ayudaría a casaros con esa joven y a renunciar a vuestro cinturón de sacerdote.

—El emperador no es un bárbaro— repuso Josef, con un estremecimiento, a pesar de sus palabras.

—Es probable: él es un político. Sin duda, todos nosotros nos beneficiamos de que sea emperador. Sus deseos de salvar a Jerusalén son sinceros. Pero— hizo signo a Josef de acercarse, y su gruesa voz se tornó grave, astuta, misteriosa —quiero deciros algo, confidencialmente. Poco importa en el fondo quién esté en el poder. Sobre diez resoluciones políticas que debe tomar un hombre, hay, cualquiera que sea su posición, nueve que le son impuestas por las circunstancias. Cuanto más alto está colocado un estadista, más limitada es su libertad de acción. El imperio es una pirámide, en cuyo vértice se encuentra el soberano. Toda la pirámide se mueve, pero no es él quien la hace mover: el impulso viene de abajo. Todos creen que el emperador obra libremente, pero, realmente, son sus cincuenta millones de súbditos quienes determinan su conducta. Cualquier otro emperador obraría, en nueve de cada diez casos, del mismo modo que Vespasiano.

Estas explicaciones disgustaron a Josef, quien de mal humor preguntó:

—¿Querréis ayudarme a obtener el derecho de ciudadanía? Regino se apartó de él con un gesto de imperceptible decepción.

—Es lamentable que no se pueda contar con vos para entablar una conversación seria y viril. Echo mucho de menos a vuestro colega Justo de Tiberíades.

Sin embargo, le prometió predisponer a Vespasiano en favor de sus proyectos.

Cuando su poder parecía más seguro y el momento de su regreso a Italia se aproximaba, Vespasiano parecía cerrar cada vez más su corazón a la voz de Oriente. Como un auténtico campesino romano, pensaba que desde Roma haría reinar el orden en el

mundo. Su tierra se llamaba Italia, su conciencia, Cenis, y él se sentía feliz de volver a su patria. Estaba fuerte, muy firme sobre sus piernas. Desde Roma no había que viajar mucho para llegar a sus propiedades de la Sabina; dentro de poco sentiría el olor de la buena tierra de su país, contemplaría sus campos, sus viñedos, sus olivares.

Más que antes, el emperador procuraba llevar una vida sana y regular. Seguía cuidadosamente el programa que se había trazado para cada día de la semana. Ayunaba los lunes, según se lo había recomendado su médico Hekateo. Los domingos, martes y viernes, siempre inmediatamente después de la comida, hacía venir a una mujer distinta cada vez. Durante las horas siguientes, por lo general, se mostraba de un humor excelente. En esos días Cenis concedía audiencias por las que exigía una retribución muy elevada.

Un viernes, precisamente, a instancias de Claudio, Vespasiano recibió a Josef. Al emperador le complacía verlo. Pensó que así como le gustaba hacer experimentos de domesticación, por ejemplo intentar la aclimatación de flamencos y faisanes de África, o de limones y de cierto tipo de ciruelas asiáticas en la Sabina, ¿por qué no iba a concederle el derecho de ciudadanía a un judío? Claro que antes lo haría desear un poco.

—Sois muy exigente, Flavio Josefo— dijo pensativo, como si le reprochara algo. — Vosotros los judíos sois condenadamente exclusivistas. Si— supongámoslo —yo me propusiera celebrar un sacrificio en vuestro Templo u otra cosa, si simplemente quisiera ser admitido a escuchar la lectura de la Ley aquí en Alejandría, me opondríais los más insalvables obstáculos. Por lo menos tendría que hacerme circuncidar, y ¡rayos! sabe Dios cuántas cosas más. En cambio vos venís y me pedís que en un dos por tres os otorgue el derecho de la ciudadanía romana. ¿Creéis que vuestros servicios al Estado han sido tan importantes?

—Creo— repuso Josef con humildad —haber prestado un importante servicio al declarar que sois vos el hombre capaz de salvar el imperio.

—¿No seréis demasiado tornadizo en materia de mujeres, mi joven judío?— preguntó sonriente el emperador. —A propósito, ¿qué ha sido de la pequeña...? He olvidado el nombre...—, rebuscó

en su memoria las palabras arameas. —«Sé gentil, mi paloma; sé tierna, niña mía.» Ya sabéis a quién me refiero. ¿Tenéis un hijo?

—Sí.

—¿Un varón?

—Sí.

—¡Cuarenta azotes! — Vespasiano hizo una mueca. —Los judíos sois verdaderamente exigentes. No os gusta lo barato.

Sentado cómodamente, contemplaba al judío que permanecía de pie frente a él.

—En suma— dijo, —no tenéis ningún derecho de vanagloriaros por vuestra antigua hazaña. Me han dicho que estáis siempre corriendo tras alguna mujer. En consecuencia, de acuerdo con vuestra propia teoría, debéis haber perdido completamente el don profético— Josef no contestó. —Vamos a ver— prosiguió Vespasiano, resoplando divertido —si os queda algo de la visión del porvenir: decidme si os concederé o no el derecho de ciudadanía. Josef dudó apenas un segundo, y contestó, con una profunda reverencia:

—Me basta mi razón, sin necesidad del don profético, para pensar que un soberano bondadoso y sabio no tiene ningún motivo para rehusarme el derecho de ciudadanía.

—Estáis dando vueltas a la lengua, judío pedazo de anguila- replicó el emperador.

Josef se dio cuenta que no le habían bastado sus palabras: tendría que inventar otra cosa. Buscó febrilmente, y la encontró.

—Ahora— declaró —que todos han reconocido quién es el Salvador, mi antigua misión ha concluido: tengo un nuevo deber. Los ojos del emperador parecían salirse de las órbitas. Josef le dirigió una mirada inteligente, perspicaz y prosiguió atrevidamente como si, repentinamente, hubiera tomado una resolución:

—Mi tarea de hoy no es actualizar el futuro, sino el pasado. Quiero escribir un libro sobre la extraordinaria trayectoria de Vespasiano en Judea— concluyó en tono resuelto.

El emperador, sorprendido, clavó en el solicitante una mirada dura y brillante y, aproximándose a Josef, le exhaló el aliento en la cara.

—¡Ejem!, no es mala idea, mi pequeño. Yo imaginaba distinto a mi Homero, es cierto.

Josef, enjugándose la frente con el dorso de la mano, contestó modestamente:

—El libro no será indigno de Vuestra Majestad.— Vio que su idea encantaba al emperador, y agregó con entusiasmo, hinchando el pecho: —Concededme el derecho de ciudadanía. Será un inmenso, un máximo favor por el cual, hasta mi último día, entonaré a Vuestra Majestad, de rodillas y desde lo más hondo del corazón, un himno de agradecimiento— y franqueándose completamente, con una familiaridad salvaje y humilde, imploró: —Me hace falta esa mujer. Nada me saldrá bien si no la poseo. No podré ni trabajar ni vivir.

El emperador soltó una carcajada y replicó, con bastante benevolencia:

—Sois demasiado impetuoso, mi judío. Lo hacéis todo con arrebato, ya lo había notado. Rebelde, soldado, escritor, agitador, sacerdote, penitente, libertino, profeta, todo lo que hacéis es a fondo. A propósito, ¿cómo os arregláis? ¿Al menos enviáis bastante dinero a la pequeña de Galilea? Sed generoso, mi judío. No quiero que mi hijo pase hambre.

Josef abandonó el tono humilde y repuso, provocador y un poco necio:

—No soy avaro.

Vespasiano frunció el entrecejo. Josef temió un estallido de cólera pero el emperador se dominó de inmediato.

—¿No sois avaro, jovencito? Pues bien, ésta es una falta— repuso en tono paternal, — una falta que se debe expurgar enseguida porque yo en cambio soy codicioso. Pienso pediros por el derecho de ciudadanía cien mil sestercios. Me lo pagaréis al punto, y además enviaréis cincuenta mil a Cesarea, para el niño.

—No podré reunir jamás semejante suma— objetó Josef blandamente.

Vespasiano avanzó hacia él.

—Dijisteis que vais a escribir una obra que promete mucho éxito, pues hipotecadla.

Josef se aterrorizó. Pero Vespasiano, dándole una palmadita en el hombro y sonriéndole, lo alentó:

—Levantad vuestro corazón, judío mío. Dentro de seis o siete años haremos venir al niño de Cesarea a Roma, y lo examinaremos. Si se me parece, te reembolsaré tus cincuenta mil sestercios.

Josef nunca había tenido preocupaciones pecuniarias. Aunque los macabeos habían confiscado sus terrenos en la Ciudad Nueva de Jerusalén, pensaba que cuando los romanos terminaran con la sublevación se los restituirían. Vivía, mientras tanto, de su sueldo como intérprete y funcionario de la secretaría imperial, del cual enviaba una parte a Mara. Como, por otra parte, casi siempre era el huésped de Tito, podía vivir en Alejandría cómodamente y con pocos gastos. Pero de ahí a pagar los ciento cincuenta mil sestercios exigidos por el emperador había una enorme distancia.

Habría podido pedir prestada la suma a los grandes personajes de la comunidad judía, pero temió los comentarios malintencionados, los patéticos insultos de los macabeos, las bromas encarnizadas y vulgares de los «sandalias blancas». Imaginó con todos los detalles los dibujos que podrían aparecer en los muros de la ciudad, relacionándolo obscenamente con Dorión. No, había que encontrar otros medios.

Después de una noche de amargas reflexiones, resolvió dirigirse a Claudio Regino. El editor sacudió la cabeza:

—No puedo creer— insistió tozudamente —que en el fondo de vuestro corazón confiéis todavía en que el Templo será salvado. De otro modo, no renunciaríais a vuestro cinturón de sacerdote.

—Mi corazón— replicó Josef —cree en la conservación del Templo, pero desea a la egipcia.

—He estado siete veces en Judea— dijo Regino —y seis veces en el Templo, se sobreentiende que en el claustro reservado a los no judíos, y tuve que detenerme en la puerta que los incircuncisos no pueden atravesar. No soy judío, pero de buena gana volvería a detenerme por séptima vez delante de la misma puerta.

—Podréis deteneros allí otra vez.

—Yo, tal vez— repuso Claudio con una mueca siniestra, —¿pero la puerta estará todavía?

—¿Querréis prestarme los ciento cincuenta mil sestercios?— preguntó Josef.

—Venid conmigo— le propuso. —Salgamos en coche de la ciudad, y podremos reflexionar.

Cuando llegaron a las afueras, Regino despidió el coche y continuaron el camino andando. Al principio Josef no supo dónde se encontraban. Vio que se alzaba allí un edificio no muy grande, blanco, con un frontispicio triangular. No había estado jamás en ese lugar, pero reconoció, por las reproducciones que conocía, que se hallaba junto a la tumba del profeta Jeremías. Llamativa e imponente a pesar de su sencillez, se elevaba en un desierto, bajo el sol deslumbrador. Muchos peregrinos venían todas las mañanas al sepulcro de ese gran hombre que predijera la destrucción del primer Templo y con lamentos tan conmovedores. Pero ese atardecer Josef y su compañero estaban solos. Regino se encaminó directamente a la tumba, y Josef lo siguió, a regañadientes, caminando sobre la arena y deteniéndose a veinte pasos del monumento, Un sacerdote no debía aproximarse mucho más a un cadáver. Claudio Regino avanzó solo, y se prosternó en la arena aunque le resultaba incómodo, mientras Josef esperaba a veinte pasos de él. El financiero permaneció arrodillado en silencio, sobre la arena y el polvo, meciendo muy suavemente su torso robusto. Josef comprendió: Claudio lloraba la suerte de Jerusalén y del Templo. Así como Jeremías, hacía más de seiscientos años, profetizó la destrucción, cuando el Templo aún resplandecía y Judea era todavía poderosa, y señaló en las Escrituras los pasajes llenos de tristeza que hablan de la ciudad aniquilada, el gran financiero, acongojado por la pena que colmaba su ser, se había prosternado y lloraba silenciosamente la suerte de la Ciudad y su Santuario.

Caía el sol y ya el rocío se hacía sentir, pero Regino no hacía ningún movimiento, mientras Josef, de pie, esperaba, muerto de frío, con los labios apretados y dando saltitos para entrar en calor. ¡Qué impertinencia obligarlo a presenciar esa escena! Poco a poco sus pensamientos se apartaron de Regino y de los millares de sestercios que esperaba recibir de él, y, sin poderlo evitar, su corazón se colmó con el llanto, las quejas y las maldiciones del profeta: recordó las célebres lamentaciones, tantas veces

invocadas: las más violentas, las más dolorosas que hombre alguno haya podido expresar jamás. Cuando Regino se incorporó, siempre en silencio, Josef lo siguió como un perro. Se sintió pequeño, despreciable, como nunca se había sentido, ante sí y ante Regino.

Al día siguiente, Regino lo mandó llamar y, a su manera, le dispensó una cordialidad un poco ruda.

—Hace tiempo— dijo —que vos no escribís. El emperador me ha informado que estáis preparando un libro sobre la guerra de Judea. Os hago una propuesta, Flavio Josefo: dedicádmelo.

Josef quedó estupefacto. Ésa era la forma como generalmente un editor proponía a un literato la publicación de su obra. Por más antipático que le resultase, no pudo negar que apreciaba el juicio de este hombre y estaba orgulloso de la propuesta. La suerte le sonreía. Dios estaba con él. Aunque provocaba el enfado de todo el mundo, de Yojanán ben Zakai, del emperador, de Claudio Regino, llegada la ocasión todos demostraban tener fe en él y terminaban apoyándolo.

—Escribiré el libro— dijo. —Muchas gracias.

—El dinero está a vuestra disposición— concluyó Claudio, bruscamente.

Cuando Dorión estuvo segura de que Josef cumpliría sus condiciones, se propuso ser fiel a la palabra que le había dado, por inverosímil, grotesca o sorprendente que pareciese la boda. Infatigablemente se ocupó de los preparativos. Lo primero y lo más difícil que debía hacer era comunicárselo a su padre. Cuando comenzó a hablarle de la boda, su tono frívolo pareció más adecuado a una broma o algo sin importancia, por lo cual al principio, el pintor no comprendió; al cabo de algunos segundos captó de qué se trataba y sus ojos redondos se llenaron de angustia. Pero continuó sentado, apretando los labios, con la expresión grave de siempre. Dorión, que lo conocía bien, no esperaba violencia ni insultos pero sí alguna palabra irónica, y hasta mordaz, de parte de su padre. Verlo así inmutable, callado y con la boca crispada fue peor para ella de lo que había supuesto. Salió de la casa precipitadamente, como si huyera, sin llevarse otra cosa que su gato Immutfru. Y fue en busca de Josef.

Con gesto sereno y altivo dejó que se realizaran las formalidades de la conversión y de la boda, limitándose a decir «sí» o «no», cuando fue necesario, con voz nítida y aniñada. Al emperador le habría gustado más solemnidad para celebrar la unión del judío con la egipcia, así como había organizado la boda con Mara. También Tito habría deseado ofrecer a Josef una boda fastuosa, pero éste se opuso. Todo transcurrió sin ostentación.

Quedaron finalmente solos en la bella casa de Canope, cedida por Tito durante el tiempo que durase su estancia en Alejandría. Subieron a la planta alta de la villa que había sido aderezada como una tienda y allí yacieron juntos por primera vez. Josef tenía conciencia de su culpa: «No os uniréis a ellas». Pero esa culpa era agradable y fácil de sobrellevar. La piel de la mujer era perfumada como la madera del sándalo y su aliento le recordaba la brisa de Galilea en primavera. Sin embargo, no sabía cómo llamarla. Tendido a su lado con los ojos cerrados no podía recordar su nombre. Abrió los ojos con esfuerzo. Ella estaba allí, descansando, morena, espigada y larga, con sus ojos color de mar que brillaban a través de la pequeña abertura de los párpados. Amó sus ojos, su vientre, el aliento que exhalaba su boca entreabierta, todo su ser. Pero su nombre se había borrado de su mente. La manta que los cubría era muy fina, la noche estaba fresca y la piel de la muchacha era lisa y cálida; la acarició con suavidad —en Alejandría sus manos habían perdido la rudeza— y por no saber cómo nombrarla murmuró en hebreo, en griego y en arameo palabras muy tiernas: mi amor, mi pastora, mi novia, *Yaniki.*

De los pisos inferiores subía, apagado, un poco gutural y monótono, el canturreo de los sirvientes egipcios. Unos pocos sonidos que se repetían constantemente.

Tendido al lado de su mujer, Josef pensaba: «Los egipcios nos han obligado a construir sus ciudades, Pitón y Ramsés, y a esconder a nuestros hijos mayores, encerrándolos en nuestras casas, pero la hija del Faraón salvó a Moisés de las aguas del Nilo, y cuando partimos de Egipto los niños surgieron de los muros y resucitaron.» Y acariciaba el cuerpo de la egipcia.

Dorión besó las cicatrices de la espalda y del pecho de Josef. Ese hombre vigoroso tenía la piel suave como la de una criatura. Tal

vez fuera posible hacer desaparecer las cicatrices —muchos lo hacían— según la receta de Escribón Largo. Pero ella no deseaba borrarlas nunca, nunca. Por ella él se había sometido a la flagelación. Eran cicatrices en su honor. Debía conservarlas.

Durante todo ese día no permitieron que nadie ni siquiera un criado se acercase a la habitación. No se levantaron para no perder sus olores; no comieron, para no perder sus sabores. Se amaban y nada existía en el mundo fuera de ellos.

Al día siguiente se despertaron poco antes del amanecer. Todo había cambiado. Josef reflexionaba. Veía a Dorión representada en las odiosas pinturas de su padre, siempre con su dios lame leche entre los brazos: era para él una extraña. Aunque Mara no había sido otra cosa que un despojo, un escupitajo de los romanos, nunca la había considerado una extraña. Le había dado un hijo —ciertamente un bastardo— pero cuando él la estrechaba entre los brazos sentía palpitar su corazón. ¿Qué sentía cuando abrazaba a la egipcia?

Dorión yacía a su lado; su boca sensual, deseable, se abría levemente al respirar. A través de sus dientes perfectos le llegaba su aliento fresco, ligero. De la planta baja de la casa subía el can—tuneo gutural y monótono de los servidores egipcios. Por momentos Dorión acompañaba ese sonido maquinalmente. Había renunciado a todo por este hombre. Y, gracias a los dioses, todo estaba bien. Se había dejado comprar, de acuerdo con las leyes judías, las más ridículas y despreciables. Y, gracias a los dioses, todo estaba bien. Había renegado de su padre, el más extraordinario pintor de la época, por el amor de este hombre, que era obtuso y ciego para distinguir una pintura de una mesa. Y, gracias a los dioses, todo estaba bien.

Josef, mientras tanto, la observaba. Yacía desnuda, abandonada a la laxitud del amor. Su rostro aniñado estaba pálido, su cuerpo, frío y sus ojos tenían el color del mar. Era una extraña para él.

Llegó el deslumbrante mediodía. Habían dormido algunas horas y estaban descansados; se contemplaron, se agradaron y les apeteció tomar algún alimento. Almorzaron copiosamente unos

manjares sencillos que los sirvientes habían preparado siguiendo las indicaciones de Dorión. Se sintieron felices y satisfechos.

Después recorrieron la casa. Entre los objetos de Josef encontraron los dados prodigiosos, grabados con caracteres hebreos. Josef quedó pensativo cuando Dorión le preguntó qué eran. Le explicó que se trataba de un amuleto portador de la buena suerte pues, ¿acaso no tenía a Dorión? Resolvió interiormente no jugar más con dados falsos. Había mentido conscientemente a la egipcia cuando le permitió creer que se había hecho flagelar por ella. Riéndose, arrojó los dados al agua.

Vespasiano vigilaba los pasos de su hijo y Cenis no le quitaba el ojo de encima, pues ambos sabían que muchos aspiraban a sustituir al anciano por el joven. Éste poseía coraje y sangre fría y sus tropas le eran adictas. Además, estaba estimulado por la exaltada princesa judía, a quien el fanatismo por su causa hacía creer que podía esperar más en beneficio de Judea del príncipe enamorado que del frío Vespasiano. El emperador lo veía todo muy claramente y le parecía preferible decir las cosas con franqueza. A menudo alentaba a su hijo y juntos calculaban cuánto tiempo éste debería esperar para gobernar; otras veces, por el contrario, se producían entre ellos discusiones violentas. Tito le reprochaba los excesivos poderes que gozaba en Roma su libertino hermano Domiciano y reclamaba para sí mayores derechos en Oriente. El tono se hacía entonces más áspero. Con palabras mordaces, o paternales, o maliciosas, Vespasiano predisponía a su hijo contra la judía. Le recordaba que Antonio, por su amor a una egipcia, había caído muy bajo, pero antes había conquistado Roma y algo más; por tanto Tito —que sólo se había apoderado de algunos picos de montaña en Galilea— no podía pretender que se le permitiera entretenerse con hermosas orientales. «La afición por las orientales me viene por herencia» repuso Tito. Y recordó a su padre el nombre de Mara. Vespasiano se alegró ruidosamente. Era verdad, aquella bribona se llamaba Mara; al fin le recordaban su nombre. Lo había olvidado por completo. Hasta el judío, ese bruto de Josef, dejó que se devanara los sesos inútilmente cuando conversaron sobre ella la última vez.

Por lo demás, confiaba en la inteligencia de su hijo: estaba seguro de que no sería tan torpe de aspirar —cuando tenía pocas posibilidades— a un poder que en pocos años le caería en las manos como un fruto maduro. Amaba a su hijo, quería consolidar la dinastía, y resolvió darle la oportunidad de adquirir mayor prestigio. El había cumplido en Judea la tarea más difícil. El brillante final de la guerra lo confiaría a Tito.

Pero también esta vez hizo esperar penosamente a su séquito antes de hacer públicos sus deseos. Avanzaba el invierno en Alejandría, y era necesario reanudar las operaciones antes del fin de la estación si no se quería correr el riesgo de un serio fracaso. ¿Concluiría el emperador por sí mismo la campaña? ¿A quién confiaría esa tarea? ¿Por qué dudaba tanto?

Por aquel tiempo el emperador hizo llamar a Josef e inició la conversación con sus bromas habituales.

—El matrimonio, judío mío, no os sienta bien, así me lo parece. Estáis agotado y vuestra delgadez no proviene —no me cabe la menor duda— de contemplaciones interiores ni de éxtasis.— Así continuó en tono zumbón, pero Josef sentía acercarse el momento en que hablaría de cosas más serias. —Debo volver a invocar vuestra voz profética, siempre que aún alentéis la idea de hacer el relato de los acontecimientos de Judea. La guerra terminará, efectivamente, el mes que viene, aunque confiaré a mi hijo Tito el cometido de acabar con los rebeldes. Sois libre de optar por veniros conmigo a

Roma o acompañar a mi hijo a Jerusalén.

Josef sintió que se le ensanchaba el pecho. El viejo emperador le confiaba a él antes que a nadie la noticia que todos esperaban con tremenda ansiedad. Pero el dilema que le planteaba Vespasiano era, también, penoso. ¿Iría a Judea para asistir a todo aquello de lo cual había tenido un anticipo junto a la tumba de Jeremías? ¿Debería contemplar con sus propios ojos la destrucción de Jerusalén? La expresión del emperador volvía a ser terriblemente dura y severa. Era consciente de que la resolución era muy difícil para Josef. Pero estaba poniéndolo a prueba y esperaba.

Una cadena misteriosa lo unía a este romano desde que lo vio por primera vez. Si iba a Roma, la cadena se reforzaría; sería

nombrado consejero del monarca, ascendería y alcanzaría una posición encumbrada. Otra cadena lo ataba a la egipcia. Su piel, tersa y morena, sus manos, morenas y delicadas y su cuerpo eran tan deseables que sentía celos cuando la veía acariciar a su gato Immutfru. Algún día no podría contenerse y estrangularía al dios Immutfru, no por repugnancia a la idolatría, sino por celos. Debía alejarse de la egipcia. Sucumbiría si seguía compartiendo durante mucho tiempo su lecho. Su ojo interior estaba casi ciego, su corazón insensible no obedecía ya los dictados de su mente. Debía alejarse también de Vespasiano, pues cuanto más tiempo permaneciera cerca de él más crecería su ambición de poder. Y el poder adormece, nos hace sordos a la voz del espíritu.

Dulce es el poder. Quien lo disfruta siente que los pies parecen elevarse del suelo, la tierra se hace ligera y el aire penetra profundamente en los pulmones. Tersa y morena era la piel de Dorión. Sus miembros largos y elásticos parecían los de una niña, y el pecado con ella era fácil y apetecible.

Si partía hacia Roma, sus días transcurrirían agradablemente, pues allí disfrutaría de la protección del emperador; y sus noches se colmarían de voluptuosidad junto a Dorión. Sin embargo, permanecer en Roma significaba también no poder asistir a la caída de Jerusalén. Su patria y la Casa de Dios desaparecerían para siempre sin que ningún testigo pudiera relatar a las naciones cómo se habían hundido en el abismo de la nada. La posteridad se vería privada de un documento único, escrito por un testigo directo de los hechos.

De pronto se sintió invadido por el ansia incontenible de estar en Judea y colmar sus ojos y su corazón con el espectáculo del magnífico Templo arrasado; de los sacerdotes arrastrados de los cabellos después de haberles arrancado las vestiduras sagradas de color azul; de los pámpanos de oro del pórtico fundidos por el fuego, derramándose gota a gota sobre un lago de sangre, fango e inmundicias. Su pueblo entero se desplomaría cuando cayera el Templo, todo estaría envuelto en la humareda y una furiosa carnicería sería ofrecida en prodigioso holocausto al Señor.

Estaba absorto en su visión infernal cuando oyó una voz chillona que decía:

—Espero vuestra respuesta, Flavio Josefa.

Se llevó la mano a la frente, hizo una reverencia a la manera judía y respondió al emperador:

—Si Vuestra Majestad me lo permite, deseo ser testigo de la culminación de la empresa que vos habéis comenzado.

El emperador esbozó una ligera sonrisa, entre resignada y maliciosa. Pareció envejecer repentinamente y pensó: «Ya ves, el judío a quien concedí tantos privilegios prefiere a mi hijo». Sin embargo, Vespasiano no dejaba de comprender por ello que Tito era joven y que a él no le quedaban más que cinco o diez años o, en el mejor de los casos, quince años de vida.

Los días de Dorión transcurrían tranquila y discretamente en la pequeña villa de Canope cedida por Tito. El invierno era magnífico y la muchacha disfrutaba con toda su alma de la dulzura del aire. El dios Immutfru se entendía bien con su gavilán, y el pavo real recorría majestuoso las pequeñas habitaciones. Dorión era feliz. En otra época había necesitado rodearse de gente; se había dejado dominar por la ambición de su padre y sólo le había interesado deslumbrar, parlotear, sentirse admirada. Ahora, por el contrario, se impacientaba con las visitas —bastante esporádicas— de Tito, y sólo ansiaba estar con Josef.

¡Qué hermoso le parecía! ¡Qué ardientes y llenos de vida sus ojos, qué suaves y fuertes las manos, qué fresco y perfumado el aliento! No había hombre más inteligente en el mundo que él. Les hablaba de Josef a sus animales; y con su voz aguda —no más agradable que el grito del pavo— le cantaba a su marido las breves canciones de amor que le había enseñado su nodriza: «¡Oh, acaricia mis muslos, mi bien amado! Mi amor colma hasta los más ínfimos rincones de mi cuerpo, como el óleo sagrado impregna la piel.»

No se cansaba de pedirle a Josef que le recitase pasajes del *Cantar de los Cantares* y, cuando al fin aprendió algunos de memoria, quiso que le enseñara el texto hebreo, que ella repetía torpemente. Los días, aun los más cortos, le parecían largos, y las noches, aunque fuesen largas, eran para ella demasiado breves.

«Será muy difícil hacerle aceptar la idea de que voy a regresar a mi patria mientras ella deberá permanecer aquí. También para mí

será una separación penosa, pero quiero hablarle de ello inmediatamente y sin vacilaciones», se dijo Josef.

Al principio, Dorión pareció no comprender. Después palideció lentamente, como siempre le ocurría: primero alrededor de la boca, luego en las mejillas y la frente. Sin decir palabra, cayó de bruce, como si fuera una pluma sorprendentemente lenta y silenciosa.

Cuando Dorión volvió en sí, Josef, sentado a su lado, intentaba reanimada con mucha cautela. Los ojos verdes de la muchacha lo miraron con una expresión turbia y hosca. Frunció los labios en un gesto que la afeaba y le lanzó las más denigrantes injurias que conocía en egipcio, griego, latín y arameo. «Hijo de esclavo infecto y de prostituta leprosa, nacido de la podredumbre más abyecta de la humanidad, de los detritos del mundo reunidos por los ocho vientos del cielo.» Mientras tanto, Josef la observaba —estaba poco agraciada sentada en cuclillas y profiriendo chillidos desesperados —, la comprendía y la compadecía; la amaba tiernamente y sentía dolor por la separación. Repentinamente la actitud de Dorión se transformó: comenzó a acariciarlo frenéticamente, quizá esperando seducirlo por medio de lisonjas. En voz baja, como en un ruego, murmuró dulcemente las palabras de amor que él le había enseñado, ofreciéndosele, completamente entregada.

Josef callaba. Suavemente acarició el cuerpo laxo de la muchacha, e intentó convencerla de que no era su deseo abandonarla. Le rogó que accediese a esperarlo hasta su regreso, aunque reconocía que ésa era una exigencia muy dura para ella —tan llena de vida—. Pero él no se resignaba a perderla. Dijo no merecer los insultos de cobarde, voluble o insensible, con que Dorión había pretendido herirlo, y le recordó que él había demostrado su capacidad de apreciar su belleza, de disfrutarla, y colmar su corazón de amor por ella. Pretendió tranquilizarla, asegurándole que su ausencia no sería muy prolongada: a lo sumo el lapso de un año.

—Es una eternidad.

—Y, además— prosiguió Josef, grave, tozudamente, rechazando las objeciones de Dorión: —Lo hago más en vuestro interés que en el mío.

La muchacha quedó en suspenso, con una mezcla de curiosidad, esperanza y recelo. Sin dejar de acariciarla, él le expuso su plan muy pacientemente, adornándolo para hacerlo más creíble, seguro del poder de la palabra, de su palabra, de su capacidad de persuasión. Tuvo la certeza de que lograría convencerla porque sus razones coincidían con las íntimas aspiraciones de Dorión. Su obra —le dijo—, la obra a la que se dedicaría por entero durante ese tiempo, obtendría para ella un sitio y un rango en la clase alta, como lo había soñado su padre durante toda su vida, sin alcanzarlos jamás.

Ella le hizo aún algún reproche, pero la propuesta había empezado a seducirla. El siguió hablándole muy quedo al oído, sobre su boca, sobre su pecho. La fuerza del imperio vendría de Oriente y a Oriente le estaría reservado el dominio del mundo. Josef reconocía que su visión había sido torpe hasta entonces, ofuscada y materialista, pero al fin había comprendido que dominio no es igual a poder. Oriente llegaría a dominar el mundo aunque no ostentara los signos exteriores del poder; su influjo sería sutil, profundo, espiritual. Y su libro constituiría un hito importantísimo en ese proceso.

—Dorión, mi pequeña, mi dulzura, mi pastora, ¿no veis que entre nosotros existe una unión mucho más profunda que la exterior? Vuestro padre ha estado a punto de morir de amargura porque los romanos nunca dejaron de considerarlo como a un animal extraño, una especie de faisán dorado o un elefante blanco. Pero vuestro esposo obtendrá la sortija de oro de la segunda nobleza. Y vos, la egipcia a quien los romanos menosprecian, junto a mí, el judío tratado por Roma con las mismas prevenciones y escaso respeto, conquistaremos Roma.

Dorión escuchaba, atentos los oídos y el corazón. Bebía sus palabras. Con ademán infantil enjugó sus lágrimas, suspirando entrecortadamente. Le creyó. ¡Era tan inteligente! Se dejó penetrar con delicia por sus palabras, por los matices de su voz. Ciertamente, su padre no había hecho otra cosa en su vida que pintar, y aunque no dudaba de la belleza de su arte, no podía dejar de compararlo con el hombre que estaba a su lado. Él había sublevado a su pueblo, había combatido en el frente de batalla y, finalmente, había

seducido a su vencedor, haciéndole creer que dependía de él. Su esposo, su hermoso, fuerte e inteligente esposo, extendería las fronteras del imperio de Jerusalén a Roma. El mundo entero era como un vino que colmaba la copa de Josef. Todo lo que hacía era magnífico.

Josef no cesaba de acariciarla, de cubrirla de besos. Dorión amaba su aliento, sus manos, su piel. Y cuando se unieron, ella quedó totalmente convencida. Suspiró con intensa felicidad, estrujándose y ovillándose en torno al cuerpo de Josef. Encogió las piernas como una criatura en el vientre de la madre y se durmió.

Josef, por el contrario, permaneció despierto. Le había resultado más fácil de lo que esperaba convencer a Dorión, pero a él las cosas no le parecían tan simples. Con mucha delicadeza, evitando despertarla, se desprendió de los brazos de la muchacha y apartó su cabeza. Ella se quejó ligeramente y siguió durmiendo.

Josef pensó en su libro, como si se tratara de una carga tremenda, abrumadora, amenazante. Y, sin embargo, se sentía feliz.

Honda impresión le habían causado las palabras de Vespasiano cuando evocó a Homero al referirse a su obra. No creía llegar a ser alguna vez ni el Homero de Vespasiano ni el Homero de Tito: él cantaría para su patria la Gran Guerra de su pueblo. Si sobrevenían el sufrimiento y el desastre desgarraría su voz para narrarlo, pero él alentaba la esperanza. No creía en la catástrofe. Su fe se asentaba en la alegría y en la sobrevivencia. Él mismo pactaría la paz entre Roma y Judea. Sería una paz honrosa, feliz, razonable. El verbo triunfaría: en su nombre debía partir sin demora hacia Judea. Contempló a Dorión dormida; sonriendo, la acarició con ternura. Aunque la amaba se encontraba ya muy lejos de ella.

Vespasiano anunció a Tito su propósito de encomendarle la conclusión de la campaña de Judea, durante una conversación breve, cordial aunque un poco brusca. Le habló confiadamente, como lo hace un padre a su hijo, y, apoyando un brazo en la espalda de Tito, le hizo recorrer la habitación a lo largo y a lo ancho, mientras conversaban. Le otorgaba plenos y amplios poderes sobre Oriente y sumaba una legión a las tres que le habrían correspondido. Tito estaba muy agradecido y, lleno de entusiasmo, respondió a su padre con sinceridad:

—No aspiro a ocupar el trono antes de que sea llegada la hora, creedme. No siento en mí esa sed de poder que manifiesta mi desenfrenado hermano; por el contrario, en mí está vivo el espíritu de los auténticos romanos. Espero estar un día a la cabeza de un imperio muy bien organizado, cuando deba sucederos, después de que viváis plenamente vuestra ancianidad, que será dichosa. No cometeré la tontería de abandonar un terreno firme para arriesgarme en un cenagal.

Vespasiano creyó en la sinceridad de sus palabras y quedó complacido. Le agradaba observar el rostro de Tito —pálido en el invierno alejandrino y bronceado durante el verano de Judea—. Sabía que su talante resultaba simpático al ejército y a las multitudes. Observaba las buenas líneas de su frente, el mentón breve y pronunciado de soldado, que no desmerecían a pesar de las mejillas un poco fláccidas. En ocasiones advertía en sus ojos una luz turbia e insensata que le producía cierta inquietud. Era la misma expresión que a menudo había visto en Domitila, la madre de Tito, cuando cometía los actos más estúpidos y arbitrarios y sufría accesos de histerismo. Opinaba que, probablemente por ese motivo, el caballero Capella, su primer marido, habría decidido separarse de ella. De todos modos, Vespasiano se tranquilizaba al pensar que Tito no era tonto en absoluto y apostaba porque sabría desempeñarse cuerdamente. Y, para asegurarse de ello, designó al competente Tiberio Alejandro como jefe del estado mayor durante la campaña encomendada a su hijo. «¡Por Júpiter, cuánto mejor sería que el muchacho se ocupara más de los hombres que de las mujeres de Oriente!»

Aprovechando el clima de confianza creado entre ambos —pero con mucha

prudencia—, Vespasiano abordó una vez más el espinoso tema de Berenice.

—Admito que la judía tenga más encantos en la cama que una griega o una romana— comenzó Vespasiano, dando a su voz el tono amistoso y adecuado a una conversación entre hombres.

Tito enarcó las cejas. Habría querido responder, pero en su rostro sólo apareció una expresión infantil. Aunque estas palabras lo mortificaron no podía confesar a su padre que aún no se había

unido a Berenice, habría recibido un auténtico aluvión de bromas. Apretó las mandíbulas y calló.

—Reconozco— continuó el padre —que los orientales han recibido de los dioses ciertas cualidades que a nosotros nos faltan, pero no te inquietes por ello, eso no tiene ninguna importancia— y apoyándose con una mano en el hombro de su hijo, agregó, conciliador y bondadoso: —Observa cómo los dioses de Oriente son decrépitos y débiles. El Dios invisible de los judíos, por ejemplo, aunque ha legado a sus sectarios libros muy valiosos, según me han confesado sólo puede combatir en el agua. Por esa causa al Faraón de Egipto tuvo que ahogarlo en el mar y, al comienzo de su reinado, logró dominar a los hombres sólo después de enviarles un diluvio. En tierra, como te dije, no puede actuar. Nuestros dioses, hijo mío, no tienen tantos escrúpulos de conciencia como los que atormentan a los orientales; son menos delicados y se contentan con algunos bueyes y cerdos o con la mera palabra empeñada de los hombres. No te relaciones íntimamente con un judío, te lo aconsejo. Es cierto que puede ser interesante saber que, además del Foro y el Palatino, en el mundo existen otras cosas; por supuesto, no te hará daño el trato mesurado con mujeres y profetas judíos pero, créeme, el reglamento militar romano y el código político del emperador Augusto son dos pilares que te sostendrán mejor en la vida que el conjunto de todas las Santas Escrituras de Oriente.

Tito lo escuchaba procurando no impacientarse. Admitía que el anciano le prevenía contra algunas cosas con cierta razón, pero, cuando recordaba la figura de Berenice cuando subía, deslizándose, los peldaños de una escalinata, la sabiduría política romana se hacía humo. Cuando la princesa le daba largas, evitando de esa manera responder a sus requerimientos, y le decía con su voz velada, turbadora y un poco ronca: «Dadme tiempo, querido Tito, esperemos a estar en Judea y que yo sienta el suelo de mi patria bajo mis pies: sólo entonces sabré claramente qué cosa debo hacer», no existía voluntad de vencedor o conquistador romano que pudiera resistírsele.

Aunque el imperio se extendiese por toda la superficie del mundo; aunque se enviaran legiones de uno a otro extremo de la

tierra, nunca podrían igualar la majestad de esa mujer, antigua de siglos y generaciones, más legítima y verdadera que el dominio romano, pesado y demasiado austero. Evidentemente, su padre era un anciano por cuya boca se expresaba el temor del romano de no poder competir con el refinamiento de Oriente, con su pensamiento sutil, con su ética profunda. Sin embargo, también era justo reconocer que Roma había sabido asimilar la sabiduría y la sensibilidad griegas y ya estaba suficientemente cultivada para nutrirse asimismo con la sabiduría y la sensibilidad judías. En todo caso, él se sentía capacitado para conciliar el misterio y la profundidad de Oriente con la claridad y eficacia de Roma.

La noticia de que Tito iba a poner fin a la campaña de Judea y de que el emperador regresaría pronto a Roma, provocó revuelo en Alejandría. Los «sandalias blancas» respiraron, felices al verse libres del emperador y de su severo gobernador Tiberio Alejandro, y satisfechos porque se emplearan cuatro legiones para aplastar a la insolente Judea. La antigua burla «¡Judío Apella!» volvió a difundirse. En todas partes donde hubiera judíos se los perseguía al grito de «¡Apella! ¡Apella!». Pero pronto esa injuria fue reemplazada por otra, más escueta y mordaz, que se extendió rápidamente en la ciudad, en Oriente, en el mundo entero. Su autor fue Quereas, aquel joven «sandalia blanca» a quien Josef asestara un golpe con su escribanía. Se componía de las iniciales de las tres palabras *Hierosolyma est perdita* (Jerusalén está perdida). «¡Hep! ¡Hep!», gritaban cuando veían a un judío. «¡Hep! ¡Hep!», repetían sobre todo los más jóvenes, juntando esta palabra a la otra, y en toda la ciudad resonaba el grito, estridente de «¡Hep, Apella!» «¡Hep, Apella!»

Pero la algarabía no llegó a oídos de Josef, quien junto a Berenice y al general en jefe Tiberio Alejandro, asimismo de origen judío, eran la esperanza de los judíos. Otra vez aclamaron a Josef: «*¡Marín, Marín!*» Irradiaba confianza. Conocía las intenciones de Tito y estaba convencido de que Tiberio Alejandro —cuyas ofrendas consagradas al Templo eran las más espectaculares— no permitiría su destrucción. La campaña iba a ser dura y rápida; Jerusalén acabaría por rendirse y el país, libre al fin de los «Vengadores de

Israel», renacería. Yosef ya se imaginaba ocupando un cargo de gran responsabilidad, bien en la provincia bien en Jerusalén.

De todos modos, la tarea que le había sido encomendada era ciertamente difícil. Deseaba ser el intermediario leal entre judíos y romanos, pero suponía que ninguno de los contendientes le brindaría su plena confianza. Si los romanos fracasaran, lo responsabilizarían a él; si, por el contrario, los asuntos judíos dejaran que desear, las autoridades de Jerusalén también lo harían responsable. Pero, aún previendo esta dificultad, él estaba dispuesto a superar todos los rencores y no dejarse vencer por la amargura, manteniendo su sensibilidad y su pensamiento abiertos a todas las contingencias. «¡Oh, Yahvé, ensanchad mi corazón para poder comprender la complejidad de vuestro universo! ¡Dadme más voz para alabar la grandiosidad de vuestra Creación!»

Debía ir y verlo todo, registrar en su mente cuanto ocurriera en el enfrentamiento, captar el frenesí, el espanto y su grandeza. Los años venideros revivirían los hechos a través de su palabra.

Había pasado el invierno. Bajaron las aguas del Nilo, cesaron las lluvias que habían impedido el paso en la región pantanosa cercana a Pelusio y fue posible el traslado del ejército de Nikópolis, remontando el río, hasta Judea, por la antigua vía del desierto.

Los dirigentes de la comunidad judía de Alejandría se mostraban por la calle con la misma actitud orgullosa e imperturbable de los tiempos normales, aunque la angustia desasosegaba su espíritu. La movilización los favorecía; la venta de armamentos y de provisiones para el ejército les dejaba pingües ganancias y, por otra parte, desde el principio ellos habían demostrado su oposición a los rebeldes de Judea. Ansiaban que Roma los eliminara definitivamente. Sin embargo, estaban inquietos. Temían que la expedición aniquilase indiscriminadamente a los sublevados, a la ciudad y al Templo. La fortaleza de Jerusalén estaba considerada entonces como la más invulnerable y parecía lógico suponer que el ejército rebelde, enceguecido por su fanatismo, la defendería hasta el final, aunque éste consistiera en su propia inmolación. ¿Quién podría en ese caso poner freno a la violencia desatada en los dos bandos?

Hasta ese momento, Roma había dispensado un trato correcto y ecuánime a los judíos alejandrinos; la guerra sólo se había declarado contra los judíos del imperio y los judíos alejandrinos confiaban en que el gobierno distinguiría entre una y otra tendencia. Pero sabían por experiencias pasadas que para la mayoría del pueblo los judíos eran todos iguales. Además, buena parte de la guarnición de Alejandría había sido obligada a marchar a Judea para integrarse al ejército de Tito. La angustia los abrumaba, temían que volvieran a producirse los *pogroms* que cuatro años antes habían asolado su comunidad. Sin embargo, ocultaban sus emociones y se esforzaban por demostrar lealtad al emperador y a su hijo.

El Gran Maestre Teodoro bar Daniel ofreció por aquellos días un banquete de despedida al príncipe, pese a las críticas de algunos de sus correligionarios. Asistieron los más importantes personajes: Vespasiano, Agripa, Berenice y el jefe del estado mayor Tiberio Alejandro. Josef y Dorión también habían sido invitados. Permanecieron todo el tiempo con la expresión grave y reservada. Su aspecto desmejorado fue el blanco de todas las miradas. Un centenar de personas, entre judíos y romanos, rodeaba la mesa: celebraban la partida de las tropas a la mañana siguiente, muy bien pertrechadas y compuestas por cuatro legiones: la quinta, la décima, la decimosegunda y la decimoquinta, de Siria y de Egipto, dispuestas a vencer definitivamente a la arrogante capital de los judíos. «Vuestra misión, romano, es gobernar a los pueblos, atender con interés a los que acatan la autoridad y vencer a los rebeldes.» Así había cantado el poeta cuando el fundador de la dinastía gobernaba el imperio, y ahora romanos y judíos estaban dispuestos a confirmar su palabra por la espada y por la ley.

El festín no se prolongó excesivamente. Tito habló después del breve discurso del Gran Maestre. Vestía el uniforme de gala de general en jefe y en sus ojos, claros y fríos, no se expresaba la jovialidad de otros tiempos. Para todos fue evidente el gran parecido con su padre.

Ensalzó al soldado romano, su disciplina, su templanza, su valentía y sus tradiciones.

—Otros pueblos han sido capaces de un pensamiento más profundo y más refinada sensibilidad. A nosotros los dioses nos han concedido el don de saber hacer en el momento preciso lo que es necesario. Los griegos poseen sus estatuas, los judíos su Libro, nosotros tenemos nuestros campamentos. Son una pequeña ciudad: fuertes, móviles y siempre renovados. Son la protección de los súbditos fieles, obedientes de la ley, y el terror de los temerarios que osan hacerle frente. Yo os prometo, padre mío, prometo a Roma y al mundo, que Roma estará presente en nuestro campamento: la antigua Roma, inmisericorde cuando debe serlo y compasiva cuando es posible. Ésta no será una guerra fácil, pero será una excelente guerra, conducida al modo romano.

No fueron vanas las palabras del joven jefe, porque estaban respaldadas por el pensamiento y la esencia más profundas de su raza, su energía, y la virtud viril que hizo de los habitantes de una pequeña aldea en las colinas del Tíber los amos del Lacio, de Italia, del mundo entero.

El emperador escuchó a su hijo, satisfecho y complacido, friccionando suave y maquinalmente la pierna gotosa. La judía no podría apartar a su muchacho del cumplimiento del deber. Observó con atención a Berenice, sonriendo interiormente. Ella escuchaba inmóvil, apoyando su altivo rostro moreno en la palma de la mano. Se sentía triste: él parecía haberla olvidado, como si la hubiera expulsado hasta del más recóndito pliegue de su corazón. Tito era exclusivamente un soldado, y por su oficio había aprendido a taladrar, a cortar, a matar, a pisotear. Sería muy difícil detener su mano cuando la alzara para el ataque.

Hubo un completo silencio en la sala iluminada mientras se escucharon las palabras del príncipe. El pintor Fábulo también se encontraba entre los concurrentes: había terminado el retrato de Berenice pero el príncipe no quería llevárselo, lo que Fábulo interpretó como un importante elogio de la pintura. «El retrato es tan fiel —había dicho Tito— que me atormentará sin descanso si lo llevo conmigo, y mi deber es dirigir una campaña sin permitirme ninguna distracción.»

Fábulo había envejecido, parecía más adusto que de costumbre y un poco menos grueso. Su mirada mortecina aparentaba una

indiferencia engañosa, porque el pintor no perdía detalle de lo que estaba ocurriendo. Distinguía perfectamente cada uno de esos cien rostros: los de los romanos —los amos que iban a castigar a los esclavos leprosos— y los judíos —esos condenados que lamían la mano de sus dueños. Fábulo era parco en palabras; no sabía pintar imágenes por medio del lenguaje pero, como buen artista percibía, sin necesidad de recurrir a ellas, lo que se ocultaba tras una cara, por inexpresiva que fuese. Ahí estaba el general Tiberio Alejandro, frío y elegante. Aunque había logrado lo que Fábulo deseara durante toda su vida, ese hombre rígido, hábil y poderoso no era feliz. Ninguno de los judíos que se habían reunido esa noche en el salón eran felices: ni el rey, ni Claudio Regino, ni el Gran Maestre. Los únicos que estaban alegres y satisfechos eran los romanos. Y como no eran profundos, ni el saber ni la belleza les producían inquietud. Seguirían el recto camino previamente trazado, ciertamente arduo y fatigoso, pero ellos no se inmutarían porque tenían buenas piernas y el ánimo intrépido. No cesarían de avanzar hasta llegar a la meta. Los que los homenajeaban —judíos, egipcios y griegos allí reunidos— estaban haciéndoles justicia. Los reconocían como a sus amos.

Ahí estaba también el hombre en cuyos brazos se había arrojado su hija, ese miserable, ese desecho a quien ella se había entregado. Fábulo comprendió, de todos modos, que no debía limitarse a hacer un juicio superficial. El rostro de Josef no era el de un bribón; era un combatiente que se había resistido durante mucho tiempo contra el poder; que se había adaptado sensatamente a su condición de vencido, dando a la fuerza el valor relativo que debe tener, y sirviéndose de las infinitas astucias de un luchador que reconoce la inferioridad de su situación pero no se somete.

Por resentimiento —Roma consideraba a sus escritores muy superiores de sus artistas— el pintor Fábula odiaba de la literatura; sin embargo, ese rechazo no le inhibía de ser un estudioso de las fisonomías. Mientras observaba la actitud de Josef escuchando el discurso de Tito, pensaba que ese hombre —canalla, perro vil, semental de su hija— marcharía junto al príncipe y asistiría a la destrucción de su propia ciudad sólo para escribir el relato de su caída. Lo leía con claridad en su rostro. Terminadas las palabras de

Tito, Fábulo se acercó a Josef, con un movimiento menos seguro de que lo que era habitual en él. Dorión, que lo había visto avanzar, estaba azorada. Pero no ocurrió nada especial.

—Os deseo mucha suerte, Flavio Josefo, con el libro que vais a escribir sobre la guerra— dijo Fábulo, un poco vacilante.

A la mañana siguiente, en Nikópolis, Josef embarcó en la larga nave que remontaría el Nilo. El puerto estaba atestado de soldados, bultos, cajas, equipaje. A pocos civiles se les permitió el acceso a los muelles ya que, por orden del comando, todos debieron despedirse en Alejandría. Sólo Claudio Regino pudo llegar a Nikópolis y acompañar hasta allí a Josef, como deseaba.

—Abrid vuestro corazón y vuestros ojos, joven— le dijo, antes de que Josef subiera a bordo —para que vuestro libro merezca la pena. Ciento cincuenta mil sestercios es un anticipo sin precedentes.

En el momento de la partida, Tito ordenó restablecer los puestos de señales, que Vespasiano había suprimido. A través de ellos llegaría a Roma el anuncio de la caída de Jerusalén.

LIBRO QUINTO JERUSALÉN

PASADO el primer día del mes de Nisán, las rutas de Judea se colmaron de peregrinos que se dirigían a inmolar el cordero pascual en el altar de Yahvé y celebrar la cena en la ciudad santa. La guerra civil había estallado y por los caminos merodeaban bandidos y circulaban soldados, pero los «Inconcebibles» no querían por nada del mundo renunciar a su peregrinación de Pascua. Iban varones mayores de trece años, solos o formando grandes grupos, a pie la mayoría, con el bastón en una mano y a la espalda el odre lleno de agua y el vaso de asta. Muchos montaban asnos, caballos o camellos. Los ricos se trasladaban en carrozas o en literas y a los más potentados los acompañaban su mujer y sus hijos.

Los que venían desde Babilonia llegaron por la extensa y amplia ruta real; los del sur por los precarios caminos rurales y los restantes confluyeron en la caravana a través de las tres excelentes calzadas estratégicas romanas. Rechinaban los dientes cuando debían pasar delante de las estatuas del dios Mercurio, que jalonaban las vías en toda su extensión, y con gran indignación pagaban el exorbitante impuesto que se les exigía en rutas y puentes. Sin embargo, no dejaban traslucir su rencor e inmediatamente proseguían la marcha con expresión alegre, como prescribía la Ley. Al caer la noche se lavaban los pies, se ungían el cuerpo y recitaban la bendición. Se regocijaban con la idea de ver el Templo y la ciudad santa y comer el impoluto cordero macho de un año, el día de la Pascua.

Tras los peregrinos avanzaban los romanos. Cuatro legiones completas en pie de guerra, más los contingentes auxiliares, cien mil hombres en total. El 23 de abril —o sea el día 10 del mes de Nisán, según el calendario judío— partieron de Cesarea, y el día 25 establecieron su campamento en Gabatsaúl, la población importante más próxima a Jerusalén.

Los soldados, alineados en filas de a seis, ocupaban prácticamente el ancho de la ruta y por tanto obligaban a los

peregrinos a apretujarse en los bordes del camino, pero no los importunaban; sólo detenían a los que llevaban el brazalete con la sediciosa palabra «macabeo». Los peregrinos se alarmaron al comprobar que la serpiente gigantesca formada por las legiones se extendía hasta la ciudad. Algunos de ellos vacilaron un instante pero no retrocedieron sino que, por el contrario, apretaron el paso. Apartando la mirada, avanzaban un poco temerosos, dando grandes zancadas, como si huyeran. Cuando el día 14 del mes de Nisán, víspera de la fiesta y cena pascual, los peregrinos más rezagados entraron en la ciudad, las puertas se cerraron de inmediato tras ellos, pues ya aparecían en los montes vecinos las vanguardias romanas siguiéndoles los pasos.

No les cabía duda de que no podía tratarse sino de un milagro de Yahvé —que siempre distinguía a su pueblo de Israel— que la ciudad de Jerusalén pudiera alojar en esta ocasión a los peregrinos pascuales.

Encerrada entre sus muros y cortadas las comunicaciones que la unían con las aldeas vecinas —que en otros años habían albergado a muchos de los viajeros— la ciudad desbordaba de gente. Pero a los peregrinos no parecía preocuparles la falta de espacio y se lanzaban a las inmensas galerías y patios del Templo, admirando el esplendor de Jerusalén. Tenían bastante dinero y se apretujaban, se empujaban y se ayudaban cordialmente unos a otros, en su afán por comprar en las tiendas los regalos con que pensaban obsequiar a sus amigos. Se tranquilizaban recordando que otro mes de Nisán Yahvé había salvado a los judíos de las garras de los egipcios; por eso la amenaza de los romanos, tan próxima, les causaba perplejidad pero no angustia. Les bastaba el suelo sagrado bajo los pies para sentirse seguros y felices.

Tito y su séquito hicieron alto en la cima de la colina Bellavista. A los pies de ésta, dorada por el sol y atravesada por profundas gargantas, se extendía la ciudad.

El príncipe supo apreciar plenamente la belleza de la famosa urbe rebelde que veía por primera vez. Aparecía blanca, altiva, desafiante sobre sus enhiestas colinas. Tras ella se veía un profundo y amplio panorama donde sobresalían innumerables cumbres peladas, cuyas laderas estaban cubiertas por cedros y

pinos. Contempló los valles cultivados, las terrazas con olivares y viñedos, limitando en la lejanía con la superficie reverberante del Mar Muerto. La muchedumbre se apiñaba en las callejuelas estrechas de la ciudad, pues cada palmo de terreno estaba cubierto por edificios. Y así como un paisaje apacible conducía a la ciudad bulliciosa, la ciudad bulliciosa se detenía a su vez ante la blanca y dorada superficie construida a su espalda: el imponente cuadrilátero del Templo, infinitamente delicado y puro, envuelto en el aire luminoso.

Sorprendió a Tito comprobar que los puntos más altos de Jerusalén —el fuerte Antonia y la cúpula del Templo, situados a menor altura que el sitio donde se encontraba, montado en su caballo— parecían flotar en el aire, ligeros e inaccesibles, mientras él tenía la sensación de estar clavado en tierra.

El príncipe apreció la belleza de la ciudad, y, al mismo tiempo, con ojo de buen soldado, comprobó que era inaccesible. De tres de sus flancos descendían escarpados desfiladeros y, rodeando todo el conjunto, se había construido una gigantesca muralla. Cuando ésta cayera, la ciudad aún quedaría protegida por un segundo muro, y la Ciudad Alta por un tercero. El Templo, elevado sobre una colina muy empinada, y la ciudadela, construida sobre otra elevación, constituían por sí mismas otras dos fortalezas independientes. Únicamente desde el norte, desde el punto en el cual se encontraba Tito, el terreno bajaba sin cortes profundos hacia la ciudad y el Templo. Pero por ese lado la ciudad estaba guarnecida por los muros más sólidos e inexpugnables. El panorama le impresionó por su desafiante arrogancia, provocando en él un deseo incontenible de abrirse camino a través de las espesas murallas, a hierro y fuego, y penetrar en el corazón de la ciudad rebelde.

El príncipe movió la cabeza con un leve gesto de contrariedad. Sintió sobre él la mirada de Tiberio Alejandro. Reconocía que el general era el mejor de todos los soldados de su tiempo, el más firme puntal de los Flavios. Lo admiraba. Su expresión valiente y su andar flexible le recordaban a Berenice. Ante él se sentía como un colegial. La benévola superioridad del gran jefe lo abrumaba.

No obstante su edad, Tiberio Alejandro lucía gallardo montado en su alazán árabe. Impasible, con su rostro de líneas alargadas, su

fina nariz, contemplaba la ciudad extendida a sus pies y juzgaba descabellado que ese gentío que había peregrinado hasta allí se apiñara como los pescados en salmuera. Durante un largo período había sido gobernador de Jerusalén y sabía a qué atenerse. ¿Con qué se iban a alimentar esos centenares de miles de hombres? ¿Acaso los jefes, Simeón bar Giora y Juan de Giscala, pensaban librarse de él fácilmente? ¿Podrían rechazar con sus veinticuatro mil soldados a los cien mil que él conducía? Pensó en la artillería, en los arietes de la décima, sobre todo en el gran «Julio», la magnífica máquina moderna. El veterano soldado, cargado de experiencia, abarcó la ciudad con una mirada compasiva.

Tras los muros, esos incorregibles no habían cesado de luchar entre sí. Se odiaban mutuamente más de lo que detestaban a los romanos. Durante su absurda guerra civil habían incendiado sus abundantes reservas de trigo. Juan había llegado a instalar máquinas de guerra hasta en los mismos pórticos del Templo, para atacar a Simeón.

Sereno, seguro de sí mismo y un poco fatigado, el jefe del estado mayor recorría con la mirada la inmensa mole del Templo. Su padre había hecho colocar los ornamentos de las puertas interiores, esculpidos en oro, plata y bronce de Corinto, cuyo valor equivalía a la suma de los impuestos de toda una provincia. Sin embargo, su propio padre, Gran Maestre de los judíos de Alejandría, lo había animado cuando aún era un niño a abjurar del judaísmo. Le estaba agradecido por ello; privarse de la influencia de la lógica y racional civilización griega habría sido un crimen.

Con cierta ironía observó al secretario e intérprete del príncipe, que estaba contemplando la ciudad con visible inquietud. Este hombre pretendía asociar el judaísmo al helenismo. Imposible, querido amigo: no se pueden conciliar Jerusalén y Roma, a Isaías y Epicuro. Por favor: decidíos por una de las dos.

A su lado estaba el rey Agripa; en su rostro quizá demasiado blando se dibujaba su habitual sonrisa amable. Habría preferido ser un peregrino a encontrarse al mando de cinco mil soldados de caballería. Hacía cuatro años que no volvía a la ciudad, desde que ese pueblo insensato lo expulsara, después de pronunciar su gran discurso pacifista. Apasionado de la arquitectura, la ciudad

encaramada en su colina, llena de luz y bullicio, le inspiraba amor y profunda piedad. Cuando a los dieciocho mil obreros que construyeron el Templo les faltó ocupación, él les hizo repavimentar a su costa todas las calles de Jerusalén. Los macabeos habían reclutado a una parte de esos trabajadores y se habían atrevido a nombrar Gran Sacerdote a uno de ellos, llamado Fanias, para escándalo de los aristócratas. ¡En qué estado habían dejado los edificios de Agripa, el palacio de Herodes y el mucho más antiguo de los Macabeos! Le costaba mucho esfuerzo dominar sus emociones y mantenerse indiferente ante este espectáculo.

Alrededor se afanaban los soldados. Contrastando con el silencio de los jefes, inmóviles en la altura, retumbaba el sonido de las palas y las hachas. Estaban instalando el campamento, y era preciso allanar el terreno para hacer más fácil el asentamiento. Rellenaban hoyos por un lado, allanaban montículos por el otro, abatían viñedos, olivares y árboles frutales en el vergel que rodeaba Jerusalén. Arrasaban las villas del Monte de los Olivos, los almacenes de los hermanos Hanán. *Solo adaequare* —nivelar el suelo—, ésa era la expresión que designaba esta etapa del trabajo, la primera y más sencilla de las reglas para comenzar el asedio, la más elemental de todas las que se enseñaban a los aprendices del arte militar. El rey judío, firme sobre el caballo, traslucía cierto cansancio que, sin embargo, no alteraba su calma. Había llegado a la edad de cuarenta y dos años y nunca antes había renegado del mundo, pese a su estupidez y su barbarie. Pero ese día el espectáculo le resultó demasiado penoso.

De todos ellos, sólo Josef no conseguía dominar sus sentimientos. Con el mismo procedimiento las legiones romanas habían formado un círculo asfixiante en Jotapata. Sabía por experiencia que pretender resistirse lindaba con la locura. Si racionalmente estaba con los romanos, sus sentimientos lo impulsaban hacia sus contrarios. No podía soportar el ruido de las hachas, palas y martillos destrozando la magnífica campiña que abrazaba la ciudad de Jerusalén.

Un ruido formidable se expandió desde el Templo. Los caballos se agitaron nerviosos.

—¿Qué es eso?— preguntó el príncipe.

—Es la *magrefá*— repuso Josef —la trompeta de cien notas. Su sonido se escucha hasta Jericó.

—Vuestro Yahvé posee una voz poderosa— comentó Tito. Por un instante se produjo un silencio prolongado y molesto, que el príncipe interrumpió:

—¿Qué pensáis de esto, señores?— Su voz sonó aguda, su tono fue más autoritario que interrogante. —¿Cuánto tiempo será necesario para tomar la ciudad? Yo opino que, si todo va bien, nos llevará tres semanas, si va mal, dos meses. Me gustaría estar en Roma en la fiesta del caballo, en octubre.

Tres jefes militares se habían disputado hasta entonces el poder absoluto en Jerusalén. Simeón bar Giora gobernaba la Ciudad Alta, Juan de Giscala la Baja y el barrio del sur, fuera del distrito del Templo, y el doctor Eleazar ben Simeón el interior de este distrito, el propio edificio del Templo y la fortaleza Antonia.

Cuando la víspera de la Pascua los peregrinos afluyeron masivamente al Templo para inmolar su cordero a Yahvé, Eleazar no se atrevió a prohibirles la entrada a los patios interiores. Pero Juan de Giscala había mezclado entre los peregrinos a un buen número de soldados, y éstos, una vez llegados al recinto del Templo y ante el inmenso altar de los holocaustos, dejaron caer las vestiduras bajo las cuales ocultaban sus armas y asesinaron a los oficiales de Eleazar, a quien, seguidamente, tomaron prisionero. Juan, que de esta forma llegó a dominar el distrito del Templo, propuso a Simeón bar Giora combatir juntos contra el enemigo que ya estaba a las puertas de la ciudad, y lo invitó a compartir el cordero pascual en el palacio de la princesa Grapte, donde él se había instalado.

A la puesta del sol, el pequeño y astuto Juan esperaba satisfecho a su antiguo enemigo y nuevo compañero de armas, en el pórtico del palacio de la princesa. Simeón caminó ante la guardia que le rindió honores y subió la escalinata. Iba armado, así como sus compañeros. Juan lamentó por un instante encontrarse sin armas, pero pronto se tranquilizó. Retrocedió respetuosamente tres pasos, como era de rigor, hizo una profunda reverencia, y dijo:

—Os agradezco, querido Simeón, que hayáis venido.

Pasaron al interior. El palacio, que en tiempos de la princesa transjordana había sido amueblado lujosamente, acababa de ser saqueado y presentaba el aspecto de un cuartel.

Simeón bar Giora recorría los aposentos vacíos en compañía de Juan, examinándolo todo con sus pequeños ojos castaños. Pensaba en el sufrimiento que le había causado Juan cuando secuestró a su esposa y, para lograr de él ciertas concesiones, la retuvo como rehén; ambos se habían atacado como animales feroces. Lo odiaba y, sin embargo, no podía ocultar la admiración que le producía la astucia de Juan. Quizá Yahvé no le perdonaría haber desenvainado las espadas ocultas bajo las ropas de peregrino ante su altar de piedras toscas que nunca debían ser mancilladas por el hierro, pero él admiraba el ingenio y la valentía del autor de semejante ardid. Seguía avanzando, con rencor y respeto por su huésped.

Hicieron asar el cordero directamente sobre el fuego, como está prescrito por la Ley: entero y con las patas hacia arriba. Dijeron las oraciones, las lecturas prescriptas sobre la fuga de Egipto. Comieron con apetito la carne y el pan ácimo, de acuerdo con los mandamientos, y hierbas amargas, según está ordenado, en memoria de la amarga esclavitud en Egipto. En realidad, las plagas con las cuales Yahvé hiriera a los egipcios parecían un poco risibles cuando se las comparaba con lo que ellos mismos habían sufrido y, por otra parte, el ejército romano era seguramente mucho más temible que el del Faraón. Pero eso ahora no tenía importancia. Ambos se encontraban bajo el mismo techo y, aunque a medias, se habían reconciliado. Por lo demás, el vino era excelente: vino de Eschkol que caldeaba sus corazones embrutecidos. Simeón bar Giora parecía taciturno pero los otros estaban alegres.

Después de la cena se instalaron más cerca uno del otro y bebieron juntos las cuatro últimas copas de vino prescritas; ordenaron a las mujeres y a los hombres de su séquito que se retirasen, y se quedaron solos.

—¿Querríais cederme, a mí y a mis tropas, una parte de vuestras máquinas de guerra?

Así, con esta pregunta, Simeón bar Giora inició la conversación. Aún estaba un poco receloso y su tono ciertamente fue más

imperativo que suplicante. Juan lo miró. Ambos estaban agotados, desalentados e irritados por tantas fatigas, sufrimientos y decepciones. Juan se preguntó cómo era posible que un hombre tan joven tuviera tan mal humor. Menos de tres años atrás, Simeón parecía irradiar un aura como la del mismo Templo.

—Vos podéis disponer de todas mis máquinas— contestó Juan con franqueza, incluso afectuosamente. —No es a Simeón bar Giora sino a los romanos a quienes quiero combatir.

—Os lo agradezco— repuso Simeón, y en sus pequeños ojos castaños asomó nuevamente el destello de la vehemente confianza de antaño. —Ésta es una buena víspera de Pascua, porque Yahvé os ha abierto el espíritu hacia mí. Defenderemos Jerusalén y aniquilaremos a los romanos.

Simeón parecía joven y esbelto comparado con Juan, que estaba bastante obeso. Éste jugueteaba con sus gruesos dedos de labriego en la gran copa de vino vacía —los preceptos prohibían beber más de cuatro veces su contenido.

—No salvaremos Jerusalén, hermano Simeón— dijo entonces. —Seremos aniquilados nosotros y no los romanos. Pero está muy bien que haya gente confiada como vos— y su mirada fue amistosa y cordial.

—Yo sé— repuso Simeón apasionadamente —que Yahvé nos dará la victoria y vos también lo sabéis.

Juan echó una mirada reflexiva a su brazalete, donde se leía la palabra «macabeo».

—No quiero discutir con vos, hermano Simeón, sobre cuál es el motivo de que en Jerusalén yo tenga menos esperanza de la que tenía en Galilea.

—No hablemos de la sangre y el fuego que nos separó. No ha sido vuestra la falta ni mía, sino de los doctores y de los aristócratas — dijo Simeón, con tono contenido.

—Es cierto— y tocándole con el codo familiarmente, exclamó: —Pero vos les habéis hecho pagar bien. Los señores doctores no han tenido otro remedio que brincar con sus largas vestiduras como muñecos de cuerda sirios. El viejo sacerdote Anán, que en *el* Gran Consejo se daba aires como si fuera la representación de la cólera de Yahvé, cayó muerto, desnudo y lleno de porquería, que no

causaba ningún placer verlo. Ya nunca más podrá echaros de la Sala Cuadrangular.

—Doy fe de que vos— repuso Simeón con un esbozo de sonrisa que animó su rostro taciturno, querido Juan, no habéis estado mucho más suave que yo. La forma como habéis liquidado a los últimos aristócratas, los hijos de los arciprestes, o como hicisteis designar por suertes al albañil Fanias como Sumo Sacerdote, o como obligasteis a esos imbéciles a realizar la ceremonia de su investidura, no son para citar como modelo de una vida piadosa y ejemplar.

—No digáis nada en contra del Sumo Sacerdote Fanias— agregó Juan, sonriendo satisfecho. —Reconozco, hermano Simeón, que es un poco pesado, pero es un buen hombre y, finalmente, es un obrero no un aristócrata. Es de los nuestros. Por otra parte, fue el azar quien lo designó.

—¿Y vos no ayudasteis un poco a su suerte?— preguntó malicioso Simeón.

—Nosotros estamos en el mismo campo. Tu Gerasa y mi Giscala están bastante próximas. Vamos, hermano Simeón, paisano mío, abrázame.

Simeón vaciló un instante y abrió los brazos.

Después —era ya cerca de la medianoche— salieron a inspeccionar las murallas y puestos de guardia. Tropezaron varias veces con peregrinos dormidos, pues las casas eran insuficientes para albergados. Estaban en todos los pórticos, en todas las calles, a veces en tiendas improvisadas o, simplemente, envueltos en su manto. La noche era fresca. En el aire flotaba un olor pesado, producido por la aglomeración y la carne asada. Por todas partes se veían trazas de la guerra civil; el enemigo rodeaba las murallas, y las calles de Jerusalén no eran un lecho confortable, pero los peregrinos dormían bien. Era la noche de la protección y ellos tenían fe en que Yahvé echaría al mar a los romanos, a sus caballos y sus carros, como lo hiciera antiguamente con los egipcios. Simeón y Juan caminaban procurando no hacer ruido y daban a menudo un largo rodeo para no molestar a los durmientes.

Ambos sintieron curiosidad profesional por conocer las respectivas medidas defensivas. Comprobaron que en todas partes

reinaba el orden y la disciplina; con regularidad reglamentaria se sucedían las voces de los centinelas.

Llegó el alba, y del otro lado de las murallas resonaron las señales romanas. De pronto, desde el Templo se expandió el estrépito formidable que producía la gran puerta del santuario al abrirse y se oyó la voz poderosa de la *magrefá*, anunciando el comienzo del servicio divino y cubriendo el estruendo de los enemigos.

Las legiones habían comenzado el trabajo de zapa. Los romanos fueron blanco de algunos proyectiles y, a su vez, respondieron con otros. Regularmente, en cuanto se oía el silbido de una pesada carga romana, los centinelas judíos advertían a sus compañeros, gritándoles en arameo: «¡Proyectil!», y éstos se retiraban, entre risas, a sus refugios. Desde la torre Psefino, Simeón y Juan observaban el comienzo del combate.

—Será una buena jornada, hermano Juan— dijo Simeón.

—La jornada será buena, hermano Simeón— replicó el otro.

Los proyectiles romanos continuaron llegando, primero muy visibles debido a su color blanco, y al grito de «¡Proyectil!», los soldados judíos se echaban a tierra, divertidos, pero después aparecieron balas romanas invisibles, camufladas con pintura, que produjeron muchas bajas entre los soldados judíos apostados en la muralla, y entonces ya nadie se atrevió a reír.

El día 11 de mayo el vidriero Alexas se dirigió desde la fábrica, que ahora había convertido en su domicilio, a la casa de su padre Nahúm, en la calle de los Perfumadores, en la Ciudad Nueva. Durante la noche anterior, a pesar de la resistencia judía, los romanos habían instalado los arietes al pie de los muros y toda la Ciudad Nueva había empezado a sacudirse al ritmo de los golpes sordos de «Julio», la más poderosa máquina romana de guerra. Alexas abrigaba la esperanza de convencer a su padre de que debía refugiarse con su familia y sus bienes en la Ciudad Alta.

Nahúm ben Nahúm estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, rodeado de cojines, bajo el voluminoso racimo de cristal que había colocado en la puerta de su tienda. Ese día se habían acercado muchos peregrinos y habían estado regateando el precio de una preciosa pieza de cristal recubierto de oro, un Jerusalén

dorado y un broche para el pelo. Indiferente a los compradores, el doctor Nittai, meciendo el cuerpo, salmodiaba con una especie de gruñido la eterna cantilena de los pasajes doctrinales. Nahúm ben Nahum ni apremiaba ni intervenía en las conversaciones de los clientes. Finalmente, éstos se fueron. Nahúm se volvió hacia su hijo y le dijo:

—Ya volverán. A más tardar dentro de una semana el recibo de compra sellado estará guardado en los archivos.

Parecía completamente normal; la barba cuadrada se veía perfectamente recortada y su rostro estaba tan lozano como siempre. De sus palabras emanaba una gran confianza, pero para Alexas fue evidente que esa fachada optimista escondía la angustia que su padre quería ocultarle. De todos modos, Alexas pensó que, pese a esta obstinada voluntad de demostrar tranquilidad, los golpes tan próximos de «Julio» persuadirían a su padre de que toda la Ciudad Nueva, su casa y su fábrica corrían peligro. Probablemente en pocas semanas o quizá en pocos días más los romanos estarían ocupando ese mismo lugar donde ahora ellos conversaban tranquilamente. Era preciso que su padre fuera consciente de la realidad y se refugiara en su casa. Le habría bastado caminar un corto trecho hacia la muralla para ver desde allí la intensa actividad de las máquinas romanas.

Pero Nahúm no quería perder el optimismo. ¿No sería un crimen ceder a las recomendaciones de su hijo y huir de la ciudad antes de la celebración de la Pascua? Las ventas iban mejor que nunca. ¿Acaso no era una bendición que los peregrinos, obligados a permanecer en la ciudad, dieran vueltas todo el día alrededor de las tiendas y de los bazares? Gracias a Dios no se había dejado convencer por Alexas.

Alexas lo dejó hablar sin interrumpirlo. Después, con calma y pertinacia, reanudó el ataque:

—Padre, hasta en la fortaleza Fasael reconocen en este momento su impotencia para defender la muralla exterior. En la calle de los Herreros y en la de los Roperos, muchas tiendas han sido cenadas y los dueños ya se instalaron en la Ciudad Alta. Sed razonable, dejad que se apague vuestro horno y venid conmigo.

El joven Efraím se acercó. Estaba enfurecido por las palabras de Alexas.

—Nos defenderemos muy bien en la Ciudad Nueva— dijo exaltadamente. —Deberían encerraros a vos en la fortaleza Fasael. Sois peor que el visionario amarillo.

El llamado «visionario amarillo» era un profeta que por entonces reprochaba a los macabeos su política extremista, aconsejándoles negociar la paz y la rendición. En el rostro de Alexas apareció una sonrisa lúgubre y tan sólo respondió:

—Querría poseer la fuerza y la elocuencia de ese profeta.

Nahúm meneó la cabeza y acarició la abundante cabellera oscura de su hijo menor. Los impactos del gran «Julio» retumbaban con una regularidad verdaderamente aterradora, no lo podía negar. Había visto a muchos de sus vecinos abandonar la Ciudad Nueva para buscar refugio en la Ciudad Alta, que se consideraba menos vulnerable, y se asombraba de que los «Vengadores de Israel», amos indiscutibles de Jerusalén, lo toleraran, pues ellos se caracterizaban por su severidad (quizá excesiva, pensó el vidriero, pero se abstuvo de comentarlo en voz alta). Por otra parte, era imposible que lo ignoraran teniendo un oído tan fino. A menudo él mismo había visto cómo se llevaban a algunos vecinos muy respetables a la fortaleza Fasael o a las murallas, para ejecutarlos por haber sido sorprendidos haciendo comentarios inconvenientes.

—Dirigiéndose al doctor Nittai le comentó:

—Mi hijo Alexas me aconseja que nos traslademos a su casa, en la Ciudad Alta, pero el pequeño Efraím asegura que ellos defenderán la Ciudad Nueva. ¿Qué debemos hacer, doctor y señor mío?

El enjuto doctor dirigió a Nahúm una mirada sobresaltada. —El mundo entero es una trampa— contestó, —sólo el Templo es seguro.

Sin embargo, el soplador de vidrio Nahúm no pudo decidirse ese día. Pero a la mañana siguiente se vistió con la gastada ropa de trabajo que no usaba desde hacía mucho tiempo por haberse dedicado exclusivamente a tratar con los clientes. Sentado ante el horno y rodeado de sus hijos y obreros, de acuerdo con una antigua tradición que hacía mucho tiempo no practicaba, sujetó con la pala

una masa translúcida de arena de Belo en fusión, alargó un extremo con una pinza y modeló con la mano una hermosa copa redonda. Inmediatamente dio orden de apagar el gran horno ovalado, que durante largos años había permanecido encendido, y mientras observaba extinguirse el fuego, pronunció la oración que corresponde a los que presencian una defunción: «Loado seáis, oh Yahvé, juez equitativo». Luego se encaminó a la Ciudad Alta, a la casa de Alexas, acompañado de su mujer, sus hijos, sus ayudantes, sus caballos, sus asnos y todos los enseres transportables.

—Quien se expone a un peligro— dijo, —sucumbe. A quien espera demasiado tiempo, Yahvé le retira su protección. Si deseáis acogernos, habitaremos en vuestra casa hasta que los romanos hayan partido.

De los ojos del vidriero Alexas desapareció la preocupación; por primera vez después de muchos años volvía a notársele un extraordinario parecido con su padre. Retrocedió respetuosamente tres pasos, se llevó la mano a la frente y dijo, después de hacer una profunda reverencia:

—Las decisiones de mi progenitor son las mías. Mi humilde casa se alegra cuando mi padre entra en ella.

Tres días después, los romanos se apoderaron de las murallas exteriores. Saquearon la Ciudad Nueva, devastaron las tiendas y talleres de los sastres, herreros, alfareros y la vidriería de Nahúm. Arrasaron todo el barrio, y colocaron al pie de la segunda muralla sus trincheras y máquinas.

El vidriero Nahúm acarició su espesa barba negra, sembrada ya de pelos grises, meneó la cabeza, y dijo:

—Cuando los romanos hayan partido, construiremos un horno más grande.

Pero cuando se quedaba solo, entrecerraba sus hermosos ojos y la inquietud se apoderaba de él. Entonces el parecido con su hijo Alexas se acentuaba.

«¡Ah!» se lamentaba el vidriero. «¡Nahúm, el mejor vidriero de Jerusalén desde hace cien años! Has vivido de acuerdo con la Ley: los doctores te han permitido recortar la hermosa barba que Yahvé te ha dado para que la masa hirviente del vidrio no la chamuscara. El doctor Nittai ha vivido a tus expensas en tu fábrica, y ahora,

¿dónde ha venido a parar Nahúm ben Nahúm? Quizá los macabeos sean muy valientes y temerosos de Dios pero Yahvé no puede bendecir una empresa a causa de la cual el vidriero Nahúm se arruina. Habría que pactar con el enemigo. Mi hijo Alexas lo ha dicho siempre. Se debería pactar la paz. Pero, desgraciadamente, esto no se puede decir en voz alta porque pueden llevarlo a uno a la fortaleza Fasael.»

En esa época el precio de los alimentos aumentó considerablemente en Jerusalén. Alexas compraba cuantos víveres podía conseguir; su padre meneaba la cabeza, y su hermano Efraím le reprochaba violentamente su escasa confianza. Pero Alexas continuaba abasteciéndose y escondiendo algunas provisiones bajo tierra.

El 30 de mayo los romanos tomaron por asalto la segunda muralla. Esta victoria les costó grandes pérdidas en hombres y pertrechos, pues Simeón bar Giora defendió los muros con tenacidad y también con eficacia. Durante una semana los sitiadores debieron permanecer día y noche sobre las armas.

Tito concedió un descanso a sus tropas extenuadas. Finalmente, hizo distribuir la soldada y durante la inspección a las tropas ordenó que se entregaran los galardones a los soldados y oficiales que los habían merecido. El acto se efectuó con gran solemnidad.

Desde su partida de Cesarea había evitado cuidadosamente el encuentro con Berenice. Ni siquiera tenía en su tienda el hermoso retrato de la princesa pintado por

Fábulo porque temía que su presencia, aun en imagen, lo distrajese del cumplimiento de sus deberes. Pero aquel día sintió deseos de concederse una tregua y envió a un mensajero con el único cometido de rogar a Berenice que fuera a visitarlo.

Mientras cabalgaba hacia el lugar de la cita tuvo la impresión de estar cometiendo un error. Había comprobado que cuando ella se encontraba lejos las ideas le surgían claras y ordenadas como corresponde a un buen soldado; en cambio, junto a Berenice su mente parecía confusa; su rostro, su perfume, su andar cadencioso, la leve ronquera de su voz le hacían perder seguridad.

En la mañana del 3 de junio, Tito pasó revista a las tropas en compañía de la princesa. Hicieron el trayecto lejos del alcance de los proyectiles de los asediados, pero manteniéndose perfectamente visibles para éstos. Las legiones desfilaron en grupos de seis con el armamento completo y la espada desenvainada. Los caballeros conducían por la brida las parejas de caballos y las insignias resplandecían al sol. Desde lejos, el conjunto parecía revestido de oro y plata. En las murallas, los judíos contemplaban el espectáculo. La muchedumbre se agolpaba en todo el sector norte sobre los techos de las galerías de columnas, y hasta en la parte superior del Templo, para asistir a la exhibición de poderío, fuerza y fastuosidad de su enemigo, a la luz del sol radiante.

Después del desfile, Tito distribuyó las recompensas. Los romanos eran muy parcos respecto a otorgar banderillas, lanzas o cadenas de oro o de plata: de los cien mil hombres que componían el ejército sólo había un centenar de condecorados. Entre ellos destacaba un oficial subalterno, el centurión Pedán, del primer manípulo de la primera cohorte de la quinta legión. Contaba exactamente cincuenta años y era bastante grueso; se rasuraba la barba cuidadosamente, era rubicundo y en su cabellera rubia ya asomaban algunos cabellos grises. Tenía un ojo de vidrio y su verdadero ojo, de color azul, resultaba un poco inquietante, brillando por encima de su nariz ancha e insolente. A Pedán ya se le había distinguido con la más alta condecoración que podía ostentar un soldado: la corona gramínea, cuya atribución se reservaba no para los generales sino exclusivamente para la tropa, y sólo a aquellos que por su prudencia y valentía hubieran salvado a sus compañeros de un grave peligro.

La corona había sido tejida con hojas de una hierba que crecía en un valle de Armenia, donde, a las órdenes del general Corbulón, Pedán había impedido, gracias a su astucia y sangre fría, que el cuerpo de su ejército cayese en la maniobra envolvente de los partos, cuya fuerza era superior. Este oficial era el favorito de las tropas, por su temeridad y audacia imprevisibles y su lenguaje popular y malicioso.

La cadena de honor que le entregaba Tito ese día no constituía gran cosa para él. El primer centurión de la legión quinta pronunció

negligentemente la fórmula de agradecimiento prescrita y, enseguida, con una voz estridente que fue oída a bastante distancia, dijo:

—Quiero haceros una pregunta, mi general: ¿vos también tenéis pulgas? Si no terminamos pronto lo que tenemos que hacer aquí, con seguridad las cogeréis. Hacedle un favor al centurión Pedán: os devuelvo esta cadena si me permitís ser el primero que arroje una antorcha encendida en ese agujero maldito donde los cerdos judíos esconden a su Dios.

El príncipe fue consciente de la ansiedad con que Berenice esperó su respuesta y, bastante molesto, repuso:

—Lo que haremos del Templo depende de mi padre, el emperador. En todo caso, nadie se sentirá más feliz que yo por otorgaros una segunda condecoración—. Tito se sintió abrumado por no haber podido encontrar una respuesta menos lamentable.

Josef también recibió una pequeña medalla que colocó en su coraza.

—Recibid, Flavio Josefo, el agradecimiento del general y del ejército— fueron las palabras de Tito al entregársela.

Josef observó la placa de plata con sentimientos contradictorios. En ella se había grabado la imagen de la Medusa, y aunque de sobra sabía que Tito deseaba halagarlo, incluyéndolo entre los más destacados, le causaba dolor comprobar cuán poco esfuerzo hacía el príncipe para comprenderlo. Una cabeza de Medusa era doblemente ofensiva para él, por ser una representación prohibida de la imagen humana y un símbolo de idolatría. No era posible el entendimiento entre judíos y romanos. No dudaba de la sincera amistad del príncipe, pero le sorprendía su incapacidad para percibir que esa medalla era para él más una afrenta que un honor. Aunque triste e incómodo, supo dominar sus sentimientos.

—Soy yo— repuso respetuosamente, de acuerdo con la fórmula — quien debe agradecer al general y al ejército. Me esforzaré por ser digno de esta distinción.

Y tomó la medalla. Berenice permanecía altiva y aparentemente impasible. Los judíos apiñados en las murallas y sobre los techos contemplaban la escena. La luz del sol era deslumbrante.

Mientras tanto, la irritación del príncipe contra sí mismo crecía por momentos. ¿Por qué se le había ocurrido organizar esa parada? Berenice conocía tan bien como él el comportamiento del ejército romano. Presentárselo con tanto aparato no había demostrado otra cosa que su falta de tacto, nada más que un signo de barbarie. ¡Si al menos esa muchedumbre de judíos silenciosos hubiesen gritado o insultado! Su mutismo había sido la manifestación de su profundo desprecio. Ni siquiera Berenice había dicho una sola palabra durante el acto. El silencio de los judíos le causaba honda preocupación.

A pesar de su insatisfacción y desconcierto, se le ocurrió reemprender las negociaciones de paz. Así, como preámbulo de un intento de acuerdo, el desfile de las tropas estaría perfectamente justificado. El jefe de un ejército de la categoría del suyo podía permitirse invitar al enemigo a entablar negociaciones, sin que la iniciativa debiera interpretarse como una muestra de debilidad. Sin embargo, no era nada sencillo llevar a la práctica tal decisión: su padre seguía calificando eufemísticamente de «policial» la expedición militar, mientras Tito opinaba exactamente lo contrario. Tanto él como su ejército esperaban que la conclusión de sus penurias fuese recompensada con el triunfo en Roma —un espectáculo magnífico, glorioso—, que no tendría justificación si la operación terminaba en una paz concertada. En ese caso, el triunfo se les escaparía de las manos. Sin embargo, consideró que debía respetar las directivas de Roma, cuyas miras eran de largo alcance, y proponer la reconciliación.

Se sintió más seguro. La revista de las tropas y la presencia de Berenice le parecieron entonces lógicas. En su semblante y en su voz se manifestaron la jovialidad y la confianza de tiempos pasados. Estaba satisfecho de su ejército y la presencia de la princesa lo hacía feliz.

Las conversaciones entre romanos y judíos transcurrieron en las proximidades de la torre Psefino, fácil blanco para los proyectiles de los asediados.

Los romanos, atrincherados en su campamento, y los judíos encaramados en sus murallas, fueron espectadores del encuentro de los representantes. En nombre de los sitiadores habló Josef; en

nombre de los defensores, el doctor y maestro Amrám, su antiguo amigo de infancia. En ningún momento los judíos olvidaron que debían alejarse de Josef el espacio prescrito de siete pasos. Estuvieron impasibles mientras duró la conversación; no dirigieron ni una sola vez la palabra a Josef como si para ellos sólo existiesen los dos romanos que lo acompañaron.

El grupo se situó sobre un terreno llano inundado de sol. Josef no estaba armado; se había preparado fervorosamente para persuadir a sus compatriotas, a los mismos que continuamente le recordaban su odio de mil maneras. En el campamento le habían mostrado unas balas de plomo y otros proyectiles arrojados desde las murallas que tenían grabada en arameo la frase: «Hiere a Josef». Se había enterado de que su padre y su hermano padecían un trato cruel en la fortaleza Fasael, pero nada lo arredró: había desterrado la amargura de su corazón, había orado y ayunado para que Yahvé diera fuerza a sus palabras.

No podía dominar su impaciencia y se movía de un lado al otro. Cuando llegó el momento de hablar, se puso de pie de un salto. Su silueta espigada destacaba a la luz del sol y sus ojos brillaban enfebrecidos por el ayuno y su ansia desesperada de convencer. Pero frente a él sólo vio el rostro hermético y hosco del doctor Amrám. Desde la caída de Jotapata sólo sabía de éste que había exigido el anatema contra él. Nada bueno auguraba, por tanto, que hubiese sido elegido quien tanto afecto le profesó cuando fueron compañeros como odio violento le demostró más tarde.

Las propuestas de Josef fueron, como siempre, moderadas. No tomarlas en cuenta, según él, demostraba insensatez. Dirigiéndose a los representantes judíos les imploró que concertaran la paz. Los romanos —aseguró—, se comprometían a restablecer la situación anterior a la sublevación y garantizarían la vida de todos los que no se habían levantado en armas en la ciudad sitiada, así como a respetar la autonomía del Templo. Sólo exigían que la guarnición de la ciudad depusiera las armas. Al dirigirse al doctor Amrám sus palabras fluyeron con la salmodia y las fórmulas de las antiguas disquisiciones teológico— jurídicas, tan familiares para ambos.

—¿Qué podéis perder si entregáis la ciudad? ¿Qué vais a ganar si no lo hacéis? Entregadla y la población civil, el Templo y el

culto de Yahvé estarán a salvo. Si, por el contrario, la ciudad es tomada por la fuerza, todo se habrá perdido, ejército, población y Templo. «El ejército no es ni más ni menos culpable que nosotros pues ha ejecutado nuestra voluntad», diréis, y es posible que llevéis la razón en eso. Pero, ¿acaso no enviáis el chivo expiatorio al desierto, cargándolo con todos vuestros pecados? Enviad el ejército a los romanos y lograréis que sólo unos pocos expíen lo que, de no ser así, tendréis que expiar todos.— Con súplicas, apasionadamente, daba pasos acercándose al doctor Amrám, pero éste inmediatamente retrocedía para recuperar la distancia de siete pasos.

Cuando Josef concluyó, Amrám expuso fríamente sus propias condiciones. Habría preferido expresarse en arameo, pero como no quería dirigirse particularmente a Josef, habló en latín. Sus exigencias consistieron que se permitiera a la guarnición retirarse libremente, rindiendo honores a sus jefes Simeón bar Giora y Juan de Giscala, y que se dieran garantías de que el ejército romano no sería nuevamente enviado contra Jerusalén. Estas condiciones, extremadamente difíciles de satisfacer por los romanos, habían sido propuestas con la intención de llevar al fracaso cualquier negociación.

A medida que avanzaba su discurso, y a pesar de la apariencia coherente y precisa de sus propuestas, fueron perceptibles en el rostro hosco de Amrám los signos de una arrogante extravagancia. Josef escuchaba, en cuclillas, abatido por la tristeza que le producía su propia impotencia. Desde las altas murallas muchos hombres observaban la escena, paso a paso. Uno de ellos, ofuscado, fanático, con la mirada extraviada, pegado al muro como si formara parte de él, comenzó a insultar a Josef. Hablarle razonablemente habría sido tan inútil como hablar con el muro. La cara de ese joven le pareció conocida, bien podía ser alguno de aquellos que en Judea, mirándolo devotamente, lo habían aclamado al grito de «*¡Marín, Marín!*»

El legado Paulino dijo algunas palabras amistosas y sensatas:

—Señores, no nos separemos de este modo— les pidió. —Presentadnos alguna otra propuesta más factible.

El doctor Amrám se acercó a sus dos compañeros y comentó algo con ellos, en voz muy baja. Enseguida, en su trabajoso latín, en tono muy enérgico aunque cortés, declaró:

—Está bien, haremos otra propuesta. Entregadnos a las personas que nosotros consideramos culpables, y aceptaremos vuestras condiciones.

—¿Quiénes son?— preguntó Paulino con desconfianza.

—Son Agripa, ex rey de los judíos; Berenice, ex princesa de

Judea, y Flavio Josefo, ex sacerdote de primera categoría. — Imposible— respondió el legado.

Los romanos hicieron ademán de retirarse. En ese momento, de las murallas partió el grito de «¡Hiere a Josef!» y, simultáneamente, una flecha se abatió sobre éste, que sólo pudo alcanzar a ver cómo apartaban a su atacante del sitio que había estado ocupando en la muralla. Había sido el gran fanático de expresión obtusa. Después Josef cayó desplomado, la flecha penetró en el antebrazo derecho, pero fue la conmoción, mucho más que el efecto de la herida, lo que derribó a Josef.

El príncipe Tito sintió gran contrariedad por el fracaso de las negociaciones. Sólo por consideración a Berenice había intentado algo tan absurdo; evidentemente ella oscurecía su mente, le impedía seguir rectamente su camino. Tenía que terminar con esa mujer.

¿Cuáles habían sido las condiciones de Berenice?: «Si el bosque de Tecoa está en pie el día en que los romanos entren en Jerusalén, Tito podrá encargar la construcción del lecho nupcial con la madera de sus pinos». Las condiciones estaban cumplidas. No le cabía la menor duda de que tomaría Jerusalén. Había dado al centurión Valens, al mando en Tecoa, la orden de abatir tres árboles: el lecho estaría listo esa misma noche, por tanto ordenó que, una vez terminado, fuera transportado a su tienda. Cenaría a solas con Berenice; no estaba dispuesto a aguardar más. Pero el lecho no se pudo construir porque ya no quedaban pinos en el bosquecillo de Tecoa. Tito, enfurecido, arrojaba espuma por la boca. Si él había dado instrucciones precisas de que el bosquecillo permaneciera intacto y el centurión Valens las conocía, ¿por qué habían sido arrancados los árboles? El centurión Valens respondió que el

general Tiberio Alejandro había dado la contraorden, pues hacía falta madera para construir trincheras y empalizadas. Y aunque Valens, vacilante, había solicitado ratificación, tuvo que acatar la orden firmada por el general, que lo obligaba a abatir el bosquecillo, debido a lo cual se habían incumplido las recomendaciones de Tito. Éste estaba tan espantosamente alterado que sus rasgos firmes de soldado parecían los de una criatura desesperada y rabiosa. Convocó a Tiberio Alejandro, gruñó, rugió, se exaltó, mientras el jefe del estado mayor mantenía una calma imperturbable. Y aún más, afablemente, justificó la medida que se había visto obligado a tomar, recordando al príncipe que estaba vigente una disposición firmada por todas las autoridades competentes, incluido el mismo Tito, que prohibía y castigaba severamente el despilfarro de madera considerada útil para la guerra, cuyas necesidades eran en todo momento prioritarias respecto a las de los particulares. Tiberio afirmó haber sido fiel a esos principios en todas las ocasiones en que le tocó estar al frente de campañas militares, sin permitirse nunca una sola excepción. El príncipe no pudo replicar: el general había actuado juiciosamente. Sólo su conducta era reprobable y esto le causaba un gran disgusto. Un dolor atroz comenzó a atenazarle la cabeza, desde las sienes a la nuca y todo giró a su alrededor. Amaba a Berenice, pero quería alejarse de ella y estaba decidido a hacerlo.

Mientras tanto, la bella Berenice paseaba por las calles del campamento, aparentemente serena pero ocultando una honda preocupación. En Cesarea, lejos de Tito, aunque le pesara reconocerlo, lo había echado mucho de menos. El general ya no era el joven de expresión infantil que había visto la primera vez sino un hombre, un jefe, enajenado por el cumplimiento de su deber. Hasta entonces ella se había esforzado en convencerse de que su resistencia a los requerimientos de Tito se debía a su amor por Jerusalén, pero íntimamente sabía que se engañaba. Cuando recibió la invitación para reunirse con él se sintió feliz, pero su alegría se desvaneció y su espíritu se ensombreció al comprobar que el magnífico paisaje de los alrededores de Jerusalén —de su Jerusalén— había desaparecido. Era como si una plaga hubiera arrasado y aplastado con furia los huertos, olivares, viñedos, villas y

tiendas del Monte de los Olivos. Después, en la tribuna, acompañando al supremo comandante de los romanos en la revista de las tropas, se había estremecido bajo las miradas acusadoras de los judíos encaramados a las murallas y los tejados del Templo de Jerusalén.

Aunque en otras circunstancias había vivido momentos difíciles, y estaba acostumbrada a la atmósfera de los campamentos de soldados y, por otra parte, no se consideraba demasiado sentimental, asistir a ese espectáculo frente a Jerusalén era mucho más amargo de lo que había imaginado. El contraste entre el bien provisto y organizado campamento y la miseria de la ciudad sofocada por la muchedumbre apretujada, la actividad militar del príncipe, la formal cortesía de Tiberio Alejandro y la desolación del paisaje arrasado y sucio, la atormentaron más de lo que podía soportar y ella también deseó apartarse de todo aquello. En muchas ocasiones había estado a punto de preguntar a Tito si el bosquecillo de Tecoa aún estaba en pie. Si no lo hizo fue porque no estaba segura de desear que la respuesta fuera afirmativa o negativa.

Cuando por la noche acudió a la cita, estaba fatigada y nerviosa. Tito se mostró hosco y excitado. Sentía una sorda irritación. Berenice no tuvo fuerzas ni voluntad de defenderse, la embargaba la preocupación y un sentimiento de desdicha. El príncipe la trató con brusquedad; sus ojos, sus modales, toda su persona trasuntaban rudeza y poca benevolencia.

Tito la tomó y Berenice quedó exhausta, abatida. Sus ropas estaban desgarradas, sentía la boca reseca y sus ojos habían perdido la luz. Estaba triste y parecía envejecida. Él la contemplaba, tendida a su lado. Había un extraño rictus en su boca y su aspecto era el de un niño perverso e indefenso. Había ganado pero, ¿acaso esto merecía la pena? No, no había ganado ni en placer ni en voluptuosidad. Lamentaba y se arrepentía de su conducta. Odió a Berenice.

—Si creéis que el bosque de Tecoa existe todavía o que este lecho está hecho con la madera de sus pinos, os equivocáis. Tenemos necesidad absoluta de madera y ha sido vuestro propio primo quien dio la orden de abatir los árboles— le dijo rencorosamente.

Berenice se incorporó con lentitud. No lo miró ni le dijo una palabra de reproche. Comprendía que él era un hombre, un soldado, un buen muchacho en el fondo. La guerra, el ambiente del campamento, que embrutece y deprava y hace bárbaros a los hombres, eran los culpables. Se habían cometido toda clase de crueldades dentro y fuera de las murallas; la humanidad, el país, Yahvé y el Templo habían sido vejados. Aquello era una cacería de bestias feroces y, como sucedía en el circo o en los Grandes Juegos, ya no se distinguía el hombre del animal. Tito la había poseído contra su voluntad, la había engañado y hasta despreciado, y sin embargo sabía que la amaba. Así eran el campamento y la guerra: esa asquerosa y maloliente cloaca humana. Pensó que lo tenía merecido por haber cometido la torpeza de estar ahí.

Ya de pie, triste y sin fuerzas, sacudió su manto como si quisiera quitarle la suciedad del campamento, y se cubrió con él. Sin despedirse salió de la tienda. No obstante su laxitud y humillación, caminaba con la elegancia que la había hecho famosa. Tito la siguió con la mirada, maltrecho, vacío. Se había propuesto alejarse de esa mujer porque quería evitar que interfiriese en el buen desenlace de la expedición; había deseado poseerla para que el deseo no lo importunara más; quería tomar Jerusalén y decidir, después de poner el pie en la ciudad vencida, si deseaba volver a verla. El plan era excelente pero su fracaso lamentable: tuvo que reconocer que no se puede obtener nada de una mujer por medio de la violencia. A pesar de su frustración, deseaba a Berenice con todo su ser. De nada le había servido tomarla. Otra mujer le habría dado lo mismo porque Berenice seguía siendo una extraña para él. Trató de recordar detalles, pero renunció: no la conocía, no conocía su olor, ni sus arrebatos, ni sus abandonos, ni su ardor voluptuoso ni su laxitud. Como si estuviera encerrada bajo siete llaves y envuelta en siete velos. Juzgó diabólica la sutileza de los judíos para designar el acto de amor, pues poseen una expresión profunda e irónica: no dicen «dormir con», «confundirse en una sola carne» o «penetrar uno en el otro», sino «conocer a una mujer». No. Él no había conocido a esa maldita Berenice, ni la conocería jamás a menos que ella se le entregara voluntariamente.

Entretanto, Berenice iba como una exhalación por las calles del campamento; había extraviado el camino y corría de un lado al otro buscando su tienda. Cuando al fin la encontró, presa de la mayor agitación dio unas órdenes y huyó a Cesarea. Pero no era éste su destino porque inmediatamente partió de Cesarea a Transjordania, en busca de su hermano.

El 18 de junio, después del fracaso de los ataques al tercer baluarte, Tito convocó un consejo de guerra. Extraordinarios esfuerzos había costado llevar las trincheras a una posición próxima a la muralla y el fuerte Antonia, para instalar allí las torres de asalto, las catapultas y los arietes, pero los judíos excavaron galerías subterráneas que les permitieron acercarse a las obras de ingeniería romanas. Incendiaron con pez y betún los postes de sujeción y dejaron hundirse las galerías arrastrando consigo las plataformas y máquinas enemigas. Las construcciones que se habían realizado en medio de tantos riesgos y fatigas quedaron completamente aniquiladas.

La atmósfera del consejo de guerra estaba cargada de cólera y crispación; los más jóvenes exigían un ataque general sin reparar en los medios: vía escarpada pero directa por la que se llegaría al triunfo, que ya veían flotar en el aire, al alcance de la mano. Los oficiales más veteranos, en cambio, pensaban que tomar por asalto, sin torres acorazadas ni arietes, una fortaleza provista de toda clase de recursos y defendida por 25.000 hombres desesperados no era un juego, y aun cuando la suerte los favoreciese, sufrirían tremendas pérdidas. Su propuesta consistía en que, por más desagradable que fuese, había que reconstruir las trincheras y plataformas.

Siguió un silencio embarazoso. El príncipe había escuchado, preocupado y atento, sin intervenir en el debate. Por último, pidió que el jefe del estado mayor expusiera su opinión.

—Si el plazo para el asalto general debe ser prolongado para nosotros— comenzó Tiberio Alejandro —¿por qué no hacer que también sea prolongado para nuestros adversarios?

Ansiosamente, sin comprender todavía, todos lo miraron expectantes.

—Poseemos— continuó en voz baja —informaciones seguras, cuya veracidad podemos comprobar nosotros mismos, respecto a que el hambre de los sitiados aumenta. El hambre es nuestra mejor aliada. Propongo, príncipe y señores, que nos apoyemos en ella. Opino que el bloqueo debe hacerse más severo, de modo que ni un ratón pueda entrar o salir de la ciudad. Éste es el primer punto, y ahora pasemos al segundo. Hemos informado hasta hoy, con satisfacción, del número de rebeldes que, a pesar de las amenazas de los sitiados, se pasan a nuestras filas, y los hemos tratado muy bien, lo que a mi modo de ver habla más en favor de nuestros sentimientos que de nuestro juicio. No entiendo por qué hemos de aliviar a las autoridades de Jerusalén de la preocupación de alimentar a una parte tan importante de la población. ¿Puede exigírsenos que sepamos discernir si los que se pasan a nuestro lado son verdaderamente civiles o han empuñado las armas? Propongo pues, príncipe y señores, que en el futuro los tratemos, sin excepción, como a prisioneros de guerra, y empleemos, para crucificarlos, todos los árboles que nos sobren. Esto, así lo espero, obligará a no moverse de su sitio a los que permanecen en el interior de los muros. Buena parte de la población se sienta ya a mesas vacías; confío en que todos ellos y también sus tropas se verán pronto en la misma situación.— Hablaba suavemente, con tono cordial. —Cuanto más duros nos mostremos en las próximas semanas, más humanos podremos ser después. Sugiero, pues, príncipe y señores, que demos la consigna al centurión Luciano, jefe del prebostazgo, para que proceda sin contemplaciones a crucificar a los rebeldes.

El jefe del estado mayor expuso su opinión con absoluta tranquilidad, en tono íntimo de camarada, y fue escuchado en un silencio absoluto. El príncipe, que también era un soldado, no se asombró de que el judío propusiera con tanta ligereza medidas tan rigurosas contra sus propios compatriotas. Ningún miembro del consejo tuvo nada que objetar. Decidieron levantar una muralla de asedio y, en adelante, crucificar a los desertores.

Desde la fortaleza Fasael, los jefes judíos Simeón bar Giora y Juan de Giscala observaban la construcción de la muralla. Juan estimaba su longitud en siete kilómetros, y gracias a su experiencia,

señalaba a Simeón sin vacilar trece lugares en los cuales los romanos colocarían otras tantas torres.

—Es un recurso bastante miserable, ¿no os parece, hermano Si—meón?— preguntó con gesto siniestro. —Yo habría esperado algo así del viejo zorro, pero el joven, que hace gala de valor y virtud militar, debería recurrir a procedimientos más nobles.

La muralla de asedio fue concluida y las rutas y cimas de los alrededores de Jerusalén se erizaron de cruces. El preboste dio muestras de ingeniosa y refinada crueldad en la variedad de posturas que impuso a las víctimas: algunos cabeza abajo, otros atados transversalmente a la cruz, para que se les dislocaran los miembros. En un primer momento, la medida desalentó a los desertores cuyo número disminuyó, y en cambio aumentaron el hambre y el terror en la ciudad. Muchos se convencieron de que todo estaba perdido. Pero pronto los sitiados se preguntaron qué sería peor, si permanecer en Jerusalén asistiendo continuamente a los crímenes de los macabeos contra Dios y contra los hombres, para morir de todas maneras por el hambre, o pasarse del lado de los romanos, donde les esperaba la crucifixión. Fuera o dentro de la muralla todo estaba perdido. Cuando la piedra cae sobre el cántaro, desgracia para el cántaro; cuando el cántaro cae sobre la piedra, desgracia también para el cántaro. Siempre es el cántaro el que sufre. Fueron más los que prefirieron el final en la cruz a la muerte en la ciudad. No pasó un día sin que fuesen ejecutados centenares de tránsfugas. Pronto no hubo ya lugar para las cruces, ni cruces para los cuerpos.

El vidriero Nahúm ben Nahúm pasaba las horas tumbado en el tejado de la casa, en la calle de los Perfumadores. Allí se acomodaban también la mujer de Alexas y sus dos hijos, pues al aire libre el hambre se sentía menos. Si la ropa o el cinturón se ceñían con fuerza al cuerpo se conseguía algún alivio, pero éste era demasiado breve.

Nahúm había perdido bastante de su buen aspecto, y le habían aparecido muchos cabellos grises. A menudo le fastidiaba el silencio de la casa pues a su desdichada familia le faltaban las fuerzas para hablar. Entonces salía fuera de la casa y se encaminaba por el puente estrecho que conducía a la Ciudad Alta, hacia el Templo, a

visitar al doctor Nittai, pariente suyo. El azar había favorecido a la octava clase de sacerdotes, la de Abiya, y por ese motivo el doctor Nittai estaba alojado en el Santuario. Sus ojos hoscos estaban resecos, y el canturreo ritual salía con mucha dificultad de sus labios exangües. Era milagroso que ese anciano demacrado aún pudiese mantenerse en pie, pero lo lograba; parecía menos parco de lo que fuera en otros tiempos y ya no le atemorizaba que se descubriera su acento babilonio. En el fondo se sentía feliz.

—El mundo entero es una trampa— decía; —sólo en el Templo hay seguridad.

El corazón de Nahúm se tranquilizaba al comprobar que, a pesar de la miseria general, el servicio del santuario se mantenía sin alteraciones y que se seguían celebrando las ceremonias minuciosas y magníficas, además de los correspondientes sacrificios matutinos y vespertinos. Aunque toda la ciudad sucumbiera por el hambre, la mesa de Yahvé siempre estaría servida espléndida mente, como desde hacía siglos.

Al salir del Templo, el vidriero Nahúm solía dirigirse a la Bolsa, la Kipá. Varios ciudadanos se reunían allí por hábito, a pesar del hambre que padecían. Ya no se traficaban las mercancías que antes llegaban a Jerusalén en caravanas colmadas de perfumes, ni los cargamentos de madera que venían por mar, sino sólo mínimas cantidades de alimento: una o dos libras de harina fermentada, un puñado de langostas resecas, un barril de salsa de pescado. A comienzos de junio se podía conseguir pan canjeándolo por su peso en vidrio; en pocos días más, hubo de ser en cobre y más tarde, en plata. El 23 de junio el precio de una fanega de trigo —o sea 8,75 litros— era de 40 minas y un poco antes del 1 de julio, de un talento.

Desde el comienzo del sitio los jefes militares judíos habían requisado todos los víveres para el ejército; por esa razón el mercado clandestino de la Bolsa debía preservarse costara lo que costase. Frecuentemente los soldados entraban en las casas y revisaban hasta el último rincón; armados de sables y puñales obligaban a sacar de los escondites hasta el último trozo de alimento, festejando el hallazgo con burlas y bromas groseras. Nahúm bendecía a su hijo Alexas. ¿Qué habría sido de ellos sin él? Alexas alimentaba a toda la familia de la calle de los Perfumadores y

reservaba para su padre la porción más abundante. Nahúm ignoraba el sitio donde su hijo escondía las provisiones, pero no deseaba averiguarlo. Un día Alexas regresó a la casa gravemente herido: había sido sorprendido por una supuesta patrulla de soldados, en el momento en que retiraba alimentos de uno de sus escondites.

Transido de dolor y ansiedad, el vidriero permaneció a la cabecera de su primogénito, que yacía lívido, débil e inconsciente en el lecho. ¡Ay!, ¿por qué no había hecho caso antes de sus palabras? Alexas era el más inteligente de los hombres, pero su padre se le había puesto en contra, únicamente por el temor a los agentes provocadores que las autoridades hacían circular por la ciudad. Pero ya no callaría más. Cuando Alexas mejorara, irían juntos a consultar al visionario amarillo. A pesar del terror, constantemente aparecían nuevos profetas, como si brotasen de la compleja trama de pasadizos y cuevas subterráneas, donde inmediatamente se sumergían antes de que los macabeos pudiesen apresarlos, por predicar la paz y exhortar a la rendición. Nahúm estaba convencido de que Alexas tenía relaciones con el jefe de esos profetas, precisamente con aquel sombrío y misterioso personaje a quien todos en la ciudad llamaban escuetamente «visionario amarillo».

Nahúm sentía gran indignación al pensar en los macabeos y gracias a la excitación conseguía olvidar el hambre. Dirigía su cólera, sobre todo, contra su hijo Efraím.

Reconocía que el joven les había cedido una parte de su abundante ración de soldado, tanto a él como a sus hermanos, pero sospechaba que había denunciado a Alexas a los soldados que le robaron las provisiones. La desconfianza, la debilidad y la angustia llevaban a Nahúm al borde de la locura.

Alexas se recuperó pero el hambre se hizo cada vez más cruel. Los escasísimos alimentos eran tremendamente monótonos y además el calor de ese verano se estaba haciendo insoportable. Murió el hijo menor de Alexas, que tenía dos años y pocos días después sufrió la misma suerte el hijo mayor, de cuatro años. Al pequeño se lo pudo enterrar, pero cuando sucumbió el hermano, ya eran demasiados los cadáveres y a los sepultureros,

tremendamente debilitados, les faltaban las fuerzas para cavar las fosas. Hubo que resignarse a arrojar a los muertos a los precipicios que rodeaban Jerusalén. Nahúm, su hijo y su nuera condujeron al pequeño cadáver a la puerta del sureste, donde el capitán Manaus bar Lazarus, encargado de ese servicio, lo arrojó al abismo.

Después, Alexas permaneció los siete días preceptivos del duelo sin salir de su casa, en cuclillas, balanceando la cabeza y mesándose continuamente la barba sin recortar. Cuando transcurrió ese tiempo, salió a caminar por las calles de Jerusalén. Pero pronto se llenó de asombro, porque lo que juzgara como la máxima penuria había sido sobrepasada con creces. La ciudad, célebre por su limpieza, despedía un hedor espantoso por todos sus rincones. En algunos barrios se amontonaron los cadáveres en edificios públicos que, una vez colmada su capacidad, hubo que clausurar. Pero más impresionante que la fetidez fue para él el silencio que amordazaba la ciudad antes tan animada, pues hasta las personas más activas habían perdido el deseo de conversar. Callada y maloliente, atacada por densas nubes de insectos, la blanca ciudad yacía bajo el sol estival.

En las terrazas y calles se formaban grupos de seres exhaustos, con los ojos resecos y la boca jadeante. Algunos estaban hinchados por la fiebre; otros, en cambio habían quedado reducidos al esqueleto. Ni siquiera el paso de los soldados alteraba su inmovilidad. Se tumbaban en el suelo, azuzados por el hambre, y contemplaban el Templo suspendido en lo más alto de la colina, blanco y dorado a la luz azul del cielo, y así esperaban la muerte. En uno de esos grupos, Alexas se detuvo a mirar un día a una mujer que hurgaba la basura que le disputaban varios perros. Era la anciana Hanna, esposa del Sumo Sacerdote Anán. En otro tiempo hubo que extender alfombras a su paso por la calle, pues sus pies parecían demasiado nobles para ensuciarse con el polvo del camino.

Llegó el día en que Alexas, el más inteligente de los hombres, no supo qué hacer, perplejo y falto de recursos. Había encontrado su escondite subterráneo vacío: le habían robado las últimas provisiones que le quedaban.

A duras penas su padre logró que Alexas le comunicara la desastrosa novedad. El anciano quedó inmóvil y meditabundo, y al cabo de un rato se le ocurrió que si era virtuoso enterrar a los muertos, el mérito postrero a los ojos de Yahvé sería amortajarse a sí mismo, si nadie podía encargarse de ello. Nahúm ben Nahúm decidió hacerse digno de tal mérito. En esos días era posible salir por las puertas de la ciudad, pues los soldados las franqueaban a aquellos cuyo aspecto no les auguraba más de uno o dos días de vida. Nahúm posó una mano sobre la cabeza de su hijo, que contemplaba taciturno a su mujer moribunda, y lo bendijo. Después buscó una pala, su libro de cuentas, la llave de su antigua vidriería, algunas ramas de mirto y de incienso y, arrastrándose, se dirigió a la puerta del sur.

Frente a ella había una enorme caverna cubierta de esqueletos. Pasado un año del entierro, cuando el cadáver quedaba reducido a los huesos, se acostumbraba a recogerlos y guardarlos en pequeños sarcófagos de piedra, que luego se colocaban alineados a lo largo de los muros.

En esa tierra amarillenta y reseca por el sol, en esa tierra de reposo, se arrodilló Nahúm. A su alrededor yacían otros hombres hambrientos, mirando fijamente el Templo, y repitiendo sin cesar: «Oíd, Israel, uno y eterno es nuestro Dios Yahvé». Pensaban en los soldados romanos que en su campamento disponían de manteca y de carne, y en los soldados del Templo, que también contaban con provisiones de pan y pescado conservado. Su cólera era entonces tan intensa que durante un momento ay, demasiado breve mitigaban su sufrimiento.

Aunque Nahúm se encontraba en el límite de sus fuerzas, la debilidad no le resultaba del todo desagradable. Incluso el calor del sol lo confortaba. Pensaba que Alexas era demasiado orgulloso; por ese orgullo habían muerto sus hijos y su mujer, y le habían robado sus provisiones. ¿Qué decía el Libro de Job?: «Los bienes que se ha tragado, es necesario que los vomite. Su trigo le será quitado de su morada.» ¿En cuál de los dos estaba representado Job? ¿En él o en Alexas? Difícil saberlo. Ciertamente, tenía en las manos una pala, ¿pero, acaso se rascaba las costras de sus úlceras? No, por tanto Alexas era como Job.

Sin embargo, se sentía un poco disgustado con la idea de que a Nahúm ben Nahúm el vidriero, el importante comerciante, no pudiesen rendírsele los honores adecuados. Ser el único participante del propio cortejo fúnebre constituía una dura prueba a que lo estaba sometiendo Yahvé. Creyó comprender mejor a Job y decidió finalmente que no era su hijo Alexas sino él mismo quien lo representaba: «Porque llamo a la ruina mi padre, y a los gusanos, mi madre y mi hermana. Y ahora venid, pala mía, cavad, pala mía.»

Enderezó su cuerpo como pudo, gimiendo muy quedo. Cavar era difícil; era necesario ver bien lo que hacía y esas odiosas moscas que se le pegaban a la cara lo oscurecían todo. Miró atenta y lentamente la tierra gris amarillenta, los huesos y restos de sarcófagos de piedra y, de repente, muy cerca de él, advirtió el brillo de un objeto de color de ópalo. Era muy extraño que no lo hubiese visto hasta ese momento: se trataba de un trozo de cristal múrrino. Se preguntó si sería auténtico. De todos modos, si no lo era había sido obtenido por procedimientos muy profesionales. ¿Quién empleaba medios tan artísticos? ¿Dónde lo realizaban? ¿En Tiro? ¿En Carmania? Debía averiguar dónde y cómo se fabricaba un cristal tan artístico. Seguramente su hijo Alexas lo sabía, ¿acaso no era el más inteligente de todos los hombres? Se lo preguntaría a Alexas.

Se internó un poco más en la cueva, cogió el fragmento de cristal y lo guardó cuidadosamente en el bolsillo de su cinturón. Probablemente habría formado parte de un pequeño perfumador colocado en el sarcófago de alguna mujer. Pero ahora el cristal era suyo y, aunque no era ópalo auténtico, se trataba de una imitación tan excelente que sólo un hombre del oficio podía descubrirla. Olvidó que iba a echarse en su propia tumba y no pensó en otra cosa que consultar a Alexas sobre el maravilloso cristal.

Regresó a la calle de los Perfumadores, a casa de Alexas.

Mientras tanto los romanos habían construido cuatro trincheras más. Los soldados que no se ocupaban de ese trabajo se dedicaban al servicio del campamento; hacían ejercicios o contemplaban, ociosos, la blanca ciudad silenciosa y pestilente. Esperaban. Para impedir que la inactividad deprimiese a los soldados, los oficiales organizaban cacerías de los numerosos animales que merodeaban

por los alrededores, atraídos por la carroña. No se habían visto fieras tan extrañas desde hacía generaciones; del Líbano bajaban lobos, de las riberas del Jordán leones, de Galaad y Basán, panteras. Los zorros engordaban sin esforzarse demasiado, también las hienas y las ululantes jaurías de chacales aprovechaban la ocasión. Enjambres de cuervos caían sobre las innumerables cruces que jalonaban todos los caminos y el buitre acechaba en la cima de los montes.

A menudo la diversión de los arqueros consistía en hacer blanco en los famélicos judíos arrodillados en el cementerio. Otros se acercaban a las murallas, solos o formando grupos y, al resguardo de los proyectiles exhibían a la vista de los asediados sus abundantes raciones de comida, devorándolas con deleite y regodeo que sólo interrumpían para gritar «¡Hep!, ¡Hep!» (*Hierosolyma est perlita!).*

El sitio duraba ya siete semanas. Llegó la conmemoración del Pentecostés que los judíos celebraron tristemente. Pasó el mes de julio sin ninguna novedad. Los judíos intentaron varios ataques a las trincheras, sin éxito. Y en las filas romanas cundía un desasosiego como no lo habían sufrido en anteriores campañas consideradas de mayor riesgo. Los soldados eran presa de una furia impotente contra la ciudad callada e infecta; si los judíos lograban destruir las cuatro últimas trincheras, no habría forma de atacar las murallas porque la madera era ya muy escasa y no sería posible seguir construyéndolas. Había que esperar a que el hambre matara al enemigo. La visión del Templo, blanco y dorado, inmutable sobre su colina, les provocaba ira, disgusto y cierto respeto temeroso. Cuando se referían a él no lo mencionaban por su nombre y decían frases como «esa cosa de allí». Se preguntaban angustiados si eternamente permanecerían frente a la silueta blanca y misteriosa de la fortaleza. Fue extendiéndose lentamente un exasperado malhumor en el campamento. La ciudad se resistía como no habían visto que lo hiciera ninguna, a pesar de las disidencias entre sus jefes, del hambre y de la guerra, a pesar del tiempo transcurrido. ¿No recapacitarían nunca esos dementes, esos canallas muertos de hambre? Ni pensar en el regreso a Roma en el mes de octubre, para la celebración del holocausto del caballo. Todo el ejército,

desde los generales que dirigían las legiones hasta el último de los soldados de los cuerpos auxiliares, sentía furia y resentimiento contra ese Dios Yahvé que impedía a la ciencia militar romana triunfar sobre el fanatismo de los bárbaros judíos.

Un día de finales de julio, Tito ordenó a Josef que lo acompañara a hacer una ronda. Los dos caminaron en silencio. Ni el general en jefe llevaba puestas las insignias de su rango ni Josef iba armado. La voz de los centinelas se escuchaba regularmente y, con la misma regularidad, le respondía la palabra de orden: «Roma, adelante».

Los alrededores de Jerusalén se habían convertido en un devastado desierto, en una extensión de veinte kilómetros. Parecían haberse cumplido las palabras de las Escrituras: «La cólera y el encono de Yahvé se han abatido sobre este lugar, sobre los hombres y sobre el ganado, sobre los árboles del campo y sobre los frutos de la tierra».

Los dos hombres llegaron al precipicio donde los sitiados arrojaban a sus muertos; subía de allí un hedor violento y punzante que impedía respirar. Los cuerpos estaban apilados en un estado de espantosa descomposición. Tito se detuvo, y Josef, sumisamente, lo secundó. El príncipe lo miraba discretamente, asombrado de la paciencia con que su acompañante soportaba las exhalaciones pútridas. Ese mismo día había recibido un mensaje confidencial en el que se acusaba a Josef de ser un espía de los sitiados. Tito no le dio crédito —comprendía hasta qué punto era difícil la situación de Josef a quien tanto los judíos como los romanos consideraban un traidor. Confiaba en su amistad leal, pero, a veces, al igual que a sus soldados, Josef le parecía un ser extraño e inquietante. Frente al abismo, Tito creyó que el judío no podría ocultar la repugnancia y el dolor, pero sólo vio en él una expresión impenetrable. El príncipe se estremeció: ¿cómo podía soportarlo?

El ansia de mortificación empujaba a Josef hacia los lugares donde el horror de la guerra resultaba más espantosamente elocuente. Había sido encargado de registrar cuantos hechos se produjeran, por terribles que fueran. Conmoverse habría sido fácil. Menos fácil era permanecer sereno y obligarse a verlo todo. A menudo experimentaba un dolor agudo, desgarrador, una necesidad

imperiosa de alejarse del sitio donde se encontraba, en el exterior de los muros, y un ansia desesperada de mezclarse con sus compatriotas, en el interior de los muros. Ellos eran felices; ¡cuánto podría serlo él si tuviera el derecho de luchar, y sufrir, junto a millares de semejantes!

Había recibido una carta anónima que decía: «Nos molestáis. Debéis desaparecer.» Al leerla, inmediatamente comprendió que esas palabras habían sido escritas por Justo — Justo, una vez más, tenía razón— y que cualquier intento de mediación inspirado por él sería inútil: bastaba su presencia para hacerlo fracasar.

Durante aquel verano, bajo los muros de Jerusalén, Josef tuvo que vivir una etapa especialmente cruel. La herida del brazo derecho cicatrizaba lentamente y, aunque no era grave, le producía fuertes dolores que le impedían escribir. A menudo Tito le preguntaba bromeando si deseaba dictarle, a fin de cuentas él era el mejor taquígrafo del campamento romano. Tal vez para Josef era preferible no escribir lo que entonces estaba viviendo. Él mismo se había propuesto prescindir de los recursos retóricos, de los alardes de la sensibilidad. Todo su cuerpo debía ser como sus ojos, y nada más.

Éste había sido su estado de ánimo aquella noche en que, acompañando a Tito, se detuvo frente al paisaje arrasado de lo que había sido uno de los panoramas más hermosos del mundo, el de su patria. Arrasado y vacío, aparecía ante sus ojos como si precediera a la Creación. Sobre la última muralla de la ciudad, que ya empezaba a tambalearse, aguardaban sus compatriotas: andrajosos, intratables, persuadidos de su impotencia ante la muerte y —bien lo sabía—, llenos del odio más intenso del que podían ser capaces contra él. Su cabeza había sido puesta a precio, un precio altísimo, el más alto que ahora podían imaginar: una fanega completa de trigo. Allí había permanecido callado, silencioso, mirando sólo hacia delante. A su espalda, enfrente, a los lados, se alzaban las cruces donde se había clavado a hombres de su raza; a sus pies se pudrían hombres de su raza, todo su país desierto estaba invadido por alimañas esperando su presa.

Tito se dispuso a hablar y lo hizo en voz baja, aunque sus palabras sonaron demasiado alto en medio de tanta desolación.

—¿Os parece cruel, mi querido Josef, haberos obligado a venir aquí?

Mucho más quedo que el príncipe, lentamente, sopesando sus palabras, Josef replicó:

—Yo lo he querido, príncipe Tito.

El príncipe puso una mano en el hombro de Josef.

—Os comportáis bien, Josef. ¿Podría satisfacer alguno de vuestros deseos?

Josef, con el mismo tono contenido, y sin mirarlo, contestó: —Dejad el Templo en pie, príncipe.

—No lo deseo menos que vos. Quisiera concederos alguna cosa personal.

Josef lo encaró, por fin, y vio en el príncipe una expresión curiosa, interrogante y benévola.

—Concededme— dijo con lentitud y con suma cautela —del botín de la ciudad, cuando caiga... — y se interrumpió.

—¿Qué debo concederos, amigo mío?

—Dadme siete rollos de las Escrituras y siete hombres. —Tendréis setenta de cada cosa, querido Josef— repuso Tito, sonriendo.

Los sacerdotes del servicio se reunían a diario en la Sala Cuadrangular, para determinar por sorteo quién debía presidir el holocausto. En la mañana del 5 de agosto, el 17 de Tamuz del calendario judío, se presentaron en la asamblea los jefes del ejército, Simeón bar Giora y Juan de Giscala, ambos armados, y con ellos el secretario Amrám y numerosos soldados. El presidente del servicio del Templo haciendo grandes esfuerzos por dominarse, les preguntó:

—¿Qué deseáis?

—Es inútil, mi doctor y maestro, que se proceda hoy al sorteo— dijo Juan de Giscala. —No será ya necesario en lo sucesivo. Vosotros podéis volver a vuestras casas: sacerdotes, levitas y laicos. El servicio del Templo queda suspendido.

Los sacerdotes se miraron espantados. El hambre había demacrado tanto sus semblantes que casi no destacaban de sus blancas vestiduras. Aunque la debilidad de estos hombres era extrema, su respeto por el servicio divino mantenía en pie a muchos

de ellos, entre los cuales se encontraba el doctor Nittai. Así que, faltos de fuerzas hasta para dar voces, su respuesta a las palabras de Juan fue un extraño murmullo ininteligible, casi un gemido.

—¿Cuántos carneros de sacrificio quedan aún?— preguntó con rudeza Simeón bar Giora.

—Seis— repuso, esforzándose mucho por parecer enérgico, el jefe del servicio.

—Os equivocáis, doctor y maestro— rectificó con buen tono el secretario Amrám, mostrando los dientes con una sonrisa maliciosa que quiso ser amable —hay nueve.

—Entregadnos los nueve carneros— dijo Juan de Giscala, otra vez indulgente. — Yahvé es desde hace tiempo el único que come carne en esta ciudad. No se debe quemar a esas bestias, Dios ya ha olfateado bastantes buenos aromas en su altar de holocaustos. También los que combaten para conservar el santuario deben comer. Haced salir a los nueve carneros, doctores y maestros.

El jefe del servicio del Templo tragó saliva con dificultad mientras pensaba afanosamente en una respuesta adecuada. Pero no llegó a articular ninguna palabra porque el doctor Nittai se apartó del grupo y, fijando en Juan la mirada relampagueante de sus ojos huraños y resecos, le dijo con su acento gutural de babilonio:

—El mundo entero es una trampa; sólo en el Templo hay seguridad. ¿Vais a desplegar vuestras redes también aquí? Vuestros planes serán desbaratados.

—Eso lo veremos— repuso calmosamente Juan de Giscala. — Tal vez ya estéis enterados de que ha caído el fuerte Antonia. La guerra ha llegado a este recinto, que ya no es la morada sino la ciudadela de Yahvé.

Pero el doctor, sin prestarle atención, siguió gruñendo:

—¿Vosotros queréis despojar el altar? Quien priva a Yahvé de su pan y de su carne, despoja a todo Israel de su sostén.

—¡Callaos! — ordenó sórdido Simeón. —El servicio del Templo ha concluido.

El secretario Amrám se aproximó al doctor Nittai, apoyó una mano en su hombro y le dijo, conciliador:

—Calmaos, querido colega. ¿Qué dice Jeremías?: «Así habla Yahvé: Juntad vuestros holocaustos a vuestras ofrendas de

alimentos y comedlos, pues cuando conduje a vuestros padres fuera de Egipto, no les ordené nada, ni en materia de holocaustos ni en cuestión de obligaciones».

Juan de Giscala paseó la mirada de sus ojos grises sobre el grupo de sacerdotes acongojados, y agregó suavemente:

—Si vosotros deseáis continuar el culto, señores, en lo que respecta a cantar, tañer los instrumentos y recitar la bendición, nadie os lo impedirá. Pero el pan, el vino, el aceite y la carne que aquí se guardan serán requisados.

El Sumo Sacerdote Fanias, advertido de lo que estaba ocurriendo, apareció en ese momento. Cuando ese hombre lento y bastante limitado fue favorecido con la más alta jerarquía de la ciudad y el Templo por el sorteo presidido por Giscala, aceptó la misión agobiado por la angustia que le producía ser responsable de la divina misión. Era consciente de sus carencias, jamás había estudiado ni la doctrina esotérica ni las más sencillas interpretaciones de las Escrituras. La única enseñanza que le había sido impartida en su vida era la del transporte y ensamblaje de piedras y la preparación de la argamasa. Y he aquí que Yahvé lo engalanaba con las vestiduras sagradas, cuyas ocho piezas purifican de los ocho pecados capitales. Por modestos que fuesen su inteligencia y sus conocimientos, la santidad estaba en él, una santidad cuya enorme carga le pesaba como una losa. Estos soldados estaban exigiendo el cese del oficio divino; eso era inadmisible, pero ¿qué hacer? Sentía sobre él la mirada de todos, aguardando sus palabras. ¡Ah, si al menos tuviera puestas las vestiduras! Seguramente Yahvé le habría inspirado las palabras necesarias, pero así sin ellas se sentía desnudo y no hacía otra cosa que mirar azorado a los que lo rodeaban. Finalmente, decidió hablar y, dirigiéndose a Juan de Giscala, le dijo:

—No podéis alimentar a vuestro ejército con nueve carneros. En cambio nosotros podremos continuar con ellos el servicio sagrado durante cuatro días.

Los sacerdotes juzgaron que lo que acababa de decir el Sumo Sacerdote Fanias expresaba nada más que el piadoso y sencillo razonamiento del pueblo; por tanto el jefe del servicio se apresuró a agregar señalando a los sacerdotes:

—Si estos hombres están todavía vivos se debe a su voluntad de celebrar el culto según las Escrituras.

A lo que se limitó a responder escuetamente Simeón bar Giora:

—Los pórticos del Templo han visto cómo os llenabais la tripa gracias a los sacrificios de Yahvé, desde hace bastante tiempo.

Los soldados penetraron seguidamente en el establo y se llevaron los carneros; luego bajaron a la bodega y se apoderaron del vino y del aceite. Después invadieron el santuario. Jamás, desde los tiempos de su construcción, ningún profano había puesto los pies en ese lugar. Recorrían con paso torpe, entre risas entrecortadas, la sala oscura, fresca y sobrecogedora. Allí vieron el candelabro de siete brazos, el pebetero, la mesa con los doce panes de oro y los panes de trigo. Nadie se sintió atraído por el oro pero, señalando los panes comestibles, Simeón ordenó: «Tomadlos», en tono especialmente rudo, que intentaba encubrir su turbación. Los hombres se acercaron a la mesa con timidez, se apoderaron de los panes con un movimiento rápido y torpe y se los llevaron tan cautelosamente como si se tratara de criaturas a las que hubiera que tratar con toda clase de miramientos.

El Sumo Sacerdote Fanias iba detrás, con su paso pesado y vacilante. Se sentía desdichado, enfermo, inútil. Miraba ansiosamente la cortina que cerraba el Santuario de los Santuarios, la morada de Yahvé, donde sólo a él le era permitido entrar el Día de la Expiación. Pero Simeón y Juan se retiraron sin tocarla, por lo cual no sólo el sacerdote se sintió liberado de un tremendo peso sino también los soldados respiraron aliviados al alejarse de los lugares prohibidos. Estaban a salvo: el fuego del cielo no había descendido para aniquilarlos. Se llevaban los panes, exquisitos panes de trigo amasados con la flor, muy blancos, pero, evidentemente, simples panes. Ningún mal podía sobrevenirles a quienes habían osado tocarlos.

Esa misma noche Simeón y Juan invitaron a cenar a los oficiales del estado mayor y al secretario Amrám. Puesto que hacía varias semanas que ninguno de ellos comía carne, esa noche aspiraron ávidamente el aroma que se desprendía de los carneros asados. En la mesa también abundaban el excelente vino de Eschkol y el pan, no sólo para comerlo — bromeaban los

comensales— sino para coger la carne de los platos. Se habían bañado y perfumado con el óleo del Templo y lucían los cabellos y la barba recortados. Se observaban con asombro: los salvajes de la víspera estaban transformados en admirables y elegantes personajes.

—Acomodaos y comed— les invitó Juan de Giscala. —Probablemente ésta sea la última vez que podamos hacerlo y bien nos lo merecemos.

Los soldados procedieron a lavarles las manos. Simeón bar Giora dijo la bendición y partió el pan. Fue una cena opípara cuyos restos fueron distribuidos entre la guardia.

Los dos jefes estaban de buen humor y comenzaron a recordar cosas de su patria, Galilea.

—Recuerdo las algarrobas de la ciudad donde naciste, hermano Simeón— dijo Juan. — Es una hermosa ciudad, Gerasa.

—Y yo de las higueras y los olivares de Giscala, hermano Juan. Vos habéis llegado a

Jerusalén desde el norte y yo desde el sur. Tendríamos que habernos unido desde el principio.

—Sí, hemos sido unos verdaderos estúpidos— confesó Juan. —Parecíamos un par de gallos, cuando el esclavo los lleva con las patas amarradas al patio para degollarlos y ellos, aún colgados y balanceando la cabeza, no cesan de picotearse.

—Dadme ese trozo de pecho que tenéis en vuestro plato, hermano Juan— dijo Simeón — y aceptad que os ofrezca una pierna, tiene más grasa y está más sabrosa. Siento por vos afecto y admiración.

—Os lo agradezco, hermano Simeón. No sabía que erais tan buena persona. Ahora empiezo a darme cuenta, cuando la muerte ya está cerca.

Se ofrecieron sus respectivas raciones de carne y de vino. Juan entonó la tonadilla que exaltaba a Simeón, cuando incendió las máquinas de guerra romanas, y Simeón la que alababa a Juan por haber levantado, tras la muralla del fuerte Antonia, un segundo muro.

—Si hubiéramos tenido tanta suerte como valor— dijo Juan con una sonrisa —hace tiempo que los romanos se habrían ido de aquí.

Continuaron cantando canciones procaces, propias de tabernas, y también otras que ensalzaban la belleza de Galilea. Hablaron de las ciudades de Séforis y Tiberíades, y de Magdala, con sus ochenta telares, destrozados por los romanos. «Bien lejos se ve el mar, rojo de sangre, en las cercanías de Magdala, hasta muy lejos está la ribera cubierta de cadáveres, en las cercanías de Magdala». Escribieron sus nombres en los brazaletes que ostentaban el distintivo de los macabeos, y se los obsequiaron mutuamente.

A intervalos regulares les llegaba desde fuera el ruido que producían los golpes del gran «Julio», el célebre ariete de la segunda legión.

—¡Qué golpes!— exclamaban riendo los oficiales. —Mañana lo quemaremos.

Comían, bebían y bromeaban repantigados indolentemente. La cena era excelente, era la última.

La noche avanzaba y los hombres poco a poco sintieron ensombrecer su espíritu. Recordaron a sus muertos.

—No tenemos lentejas ni huevos— dijo Juan —pero al menos vaciaremos las diez copas de duelo y colocaremos tos cojines del revés.

—Han sido muchos los caídos— observó Simeón. —Merecerían un festín superior a éste. Me refiero a los oficiales que se han ido para siempre. (A ochenta y siete oficiales se les había adiestrado con los métodos de guerra romanos y de ellos habían sucumbido setenta y dos.

—Bendita sea su memoria.

Bebieron.

—Recuerdo al Sumo Sacerdote Anán— comentó el de Giscala, —lo que hizo por los muros estuvo muy bien.

—Era un imbécil— replicó a su vez Simeón, vivamente, —hubo que matarlo.

—Hubo que suprimirlo, pero no por eso dejaba de ser un hombre de bien. Bendita sea su memoria— reconoció Juan, conciliador. Bebieron nuevamente.

—Estoy pensando en otro muerto— dijo amargamente el secretario Amrám. —Fue mi amigo de la infancia, pero es un

miserable. Aprendió a mi lado, en la misma aula, los secretos de la doctrina. Su nombre es Josef ben Matatías. Ninguna paz en su memoria.

Súbitamente tuvo una idea que le pareció divertida: un gesto le bastó para hacerse entender por Simeón y por Juan e, inmediatamente, los tres ordenaron que trajeran a la sala al doctor y maestro Matatís, padre de Josef, desde los calabozos de la fortaleza Fasael.

El escuálido anciano había pasado interminables y atroces días sumido en el hedor de una oscura mazmorra. No tenía casi fuerzas pero el temor a los brutales soldados lo obligaba a sobreponerse a su debilidad. ¡Habían causado la muerte de tantos! Era un milagro que a él le hubiesen respetado la vida: convenía complacerlos. Los saludó, llevándose a la frente la mano temblorosa.

—¿Qué deseáis, señores— balbuceó —de un anciano indefenso?

Parpadeaba, desacostumbrado a la luz y, a su pesar, husmeaba los alimentos.

—La situación no es buena, doctor y maestro Matatías— dijo Juan. —Los romanos estarán pronto aquí, en este lugar donde ahora nos encontramos. No hemos resuelto todavía qué hacer con vos, viejo: si entregaros al enemigo o mataros antes.

El anciano se encogió, estremecido de miedo, sin pronunciar palabra:

—Escuchad: los víveres son escasos en la ciudad, como sabéis, sin duda— dijo el secretario Amrám. —No tenemos más carne y no vamos a poder alimentarnos más que de algarrobas. Esos que estáis viendo ahí son los huesos de los nueve últimos carneros que habían sido destinados al altar de los holocaustos de Yahvé. Nos los hemos comido. No, no pongáis esa cara de asombro. Estaban deliciosos. Y, puesto que así ha sucedido, ¿acaso ha aparecido algún *Mané, tekel* o *farsín* sobre el muro? ¿Lo veis? Yo no lo veo. Cuando comenzó nuestra campaña vuestro hijo estaba con nosotros y, después —si bien es cierto que al menos vos estáis aquí-nos abandonó. Como somos personas bien educadas hemos decidido invitaros a participar de nuestra última cena.

Todavía quedan, como veis, bastantes huesos y, además, algo del pan con que hemos cogido la carne de los platos.

—Vuestro hijo es una inmundicia— dijo Juan de Giscala y sus astutos ojos grises relampaguearon de cólera —un vil canalla; habéis traído al mundo a un pequeño montón de cieno, doctor y maestro Matatías, sacerdote de primera categoría. Estos huesos y este pan los merecen nuestros soldados mucho más que vos, pero confirmamos la invitación del doctor Amrám.

Simeón bar Giora, cuyos modales eran mucho menos corteses, lanzó al anciano una mirada amenazante de sus pequeños ojos castaños, y le ordenó:

—¡Comed!

El anciano sintió que todo su cuerpo se estremecía. El orgullo que le había producido la carrera de su hijo no había tenido límites —Matatías nunca había sido demasiado audaz, y en los últimos tiempos había comprendido plenamente las razones que llevaron a Josef a estar del lado de los romanos. Pero esos hombres no lo entendían así y, en cambio, odiaban a su hijo hasta la muerte. Y ahora lo obligaban a comer de esa comida. Tal vez se tratara de una trampa que le estaban tendiendo para obligarlo a comer y luego despreciarlo y matarlo por haber intentado preservar lo que le quedaba de vida, a costa de cometer un crimen horrible. La hediondez del calabozo, la falta de aire y de luz, el hambre y el cansancio lo habían llevado al borde de la locura. Íntimamente el anciano decidió negarse —tenía delante unos tentadores huesos llenos de meollo, huesos de animales jóvenes y escogidos que se desharían en la boca, y el pan impregnado con los jugos de la carne —, pero sus pies lo traicionaron. Se acercó y con las manos sucias se apoderó de un hueso, lo mordió ávidamente, lo royó, lo desgarró y los jugos rezumaron sobre su enmarañada barba blanca. No pronunció la fórmula de la bendición porque de hacerlo habría cometido un doble sacrilegio; era consciente de que esa carne provenía del altar de Yahvé, que el pan era de su mesa y que el pecado que estaba cometiendo —seis veces mortal— lo excluía a él y a todos sus descendientes de la salvación. No obstante, con un hueso en cada mano, en cuclillas en medio de la amplia sala, no cesaba de desgarrar, morder y masticar con sus dientes

estropeados. Sintió un inmenso placer. Mientras tanto los hombres lo observaban.

—Ved— dijo el doctor Amrám —cómo se burla de la salvación de su alma.

—Éstos son los sujetos que nos han llevado donde estamos, hermano Juan— observó Simeón.

Después callaron y continuaron mirando al doctor y maestro Matatías que, en cuclillas, a la luz de las antorchas, devoraba sin cesar.

A la mañana siguiente, 6 de agosto, el doctor Nittai se encargó de despertar a los sacerdotes de la octava categoría de Abiya, elegidos por sorteo. Debido al aturdimiento que afectaba al jefe del culto divino, el doctor Nittai se había hecho cargo de la dirección. Los sacerdotes le obedecieron y se encaminaron tras él hacia el atrio, donde les dijo:

—Venid y echad a suertes quién debe degollar a la víctima, quién hará verter su sangre, quién llevará a hombros los miembros descuartizados en ofrenda al altar, quién la harina y quién el vino.

El sorteo se realizó.

—Debéis ir vos, que habéis sido designado, y fijaos si ha llegado el momento de degollar a la víctima— ordenó el doctor Nittai. Llegado el momento, el que vigilaba gritó:

—¡Ha llegado el día! ¡Hay claridad en el Este!

—¿Se ve claro hasta Hebrón?— preguntó el doctor Nittai.

—Sí— contestó el interpelado.

El doctor Nittai ordenó entonces a los que habían quedado abajo:

—Traed un carnero del establo.

Los designados fueron en busca de la víctima. No había allí ningún carnero pero ellos hicieron como si lo hubiera, moviéndose como si sujetaran a un animal y le dieran de beber de acuerdo con los ritos, en la copa de oro.

Otros sacerdotes favorecidos pasaron mientras tanto al santuario y con dos enormes llaves de oro abrieron la gran puerta. Cuando ésta giró sobre sus goznes, produjo un sonido que fue la señal para que el sacerdote que se encontraba en la sala degollara — simbólicamente— a la supuesta víctima. Seguidamente la

colocaron sobre la mesa de mármol, la desollaron y despedazaron de acuerdo con los preceptos, y nueve de los sacerdotes depositaron los trozos sobre la balaustrada. Otra vez echaron a suertes quién portaría estos trozos en ofrenda desde la rampa al altar. Penetraron en la sala unos funcionarios del servicio y volvieron a vestir a los sacerdotes elegidos. Una vez encendido el fuego del sacrificio, se quemaron en él perfumes que habían sido vertidos en una copa de oro con cucharas del mismo metal. Inmediatamente, la trompeta de cien notas —cuya poderosa resonancia superaba los innumerables sonidos de Jerusalén—, anunció a los fieles que debían prosternarse en ese instante, en que se realizaba el sacrificio.

Se efectuó la presentación del vino. El doctor Nittai, de pie en uno de los extremos del altar, aguardaba con un trozo de lienzo en la mano. Los sacerdotes elegidos arrojaron al fuego los trozos de la víctima. Cuando el copero se inclinó, el doctor Nittai, agitando el paño, le dio la señal para que vertiera el vino y, mientras se elevaba la columna de humo, los levitas, de pie sobre las gradas del santuario, entonaron el salmo. Desde la balaustrada los sacerdotes pronunciaron la bendición al pueblo arrodillado.

Fue así como ese 6 de agosto los sacerdotes de la octava clase de Abiya, designados por el azar, realizaron el sacrificio con la magnificencia habitual, sin olvidar ningún detalle del ceremonial, compuesto por más de un centenar de ritos. Para esos hombres exánimes, preparados para morir ese mismo día o el siguiente, el establo de los carneros y el altar no estaban vacíos. Compartían la fe del doctor Nittai y, gracias a ella, el holocausto a sus ojos había sido real y había sido posible realizar la ofrenda. Ése era el momento culminante de su existencia. Respiraban sólo por vivirlo, porque era lo único que los separaba de la muerte.

Cuando Tito supo que los judíos habían comido los últimos carneros destinados a su Dios, quedó estupefacto. Ya no tenía la menor duda de que los judíos estaban completamente locos y enceguecidos por los dioses. Si esos insensatos —se preguntaba— no tienen otro apoyo que Yahvé ¿por qué despojan su altar?

De todas formas, los hechos demostraban que los sitiados estaban aniquilados. Parecía fácil asaltar la ciudad carente de todos

los recursos, tal como el ejército reclamaba al cabo del prolongado y fatigoso asedio. Y, además, ése sería el camino más breve y seguro para la obtención del triunfo en Roma. Su padre no tendría ya ningún motivo para calificar la campaña, eufemísticamente, de operación policial. Por otra parte, aunque ésta no había concluido, el prestigio de Vespasiano era muy firme en ese momento, razón por la cual Tito suponía que, si vencía en Jerusalén, Roma no le negaría el triunfo.

El príncipe durmió agitadamente, presa de muchas dudas. Le seducía la idea del triunfo pero había jurado a Berenice, y se había prometido a sí mismo, que no descargaría sobre el Templo la cólera que le provocaban los rebeldes. Violentar a la princesa no le había valido de nada; si era capaz de aguardar la rendición sin emplear la violencia contra el Templo, ¿sería posible resarcir a la mujer del daño que le había infligido?

Confió a Josef la misión de reanudar las conversaciones de paz por última vez y hacer una oferta a los asediados, más generosa que las anteriores.

El corazón de Josef latió violentamente. Hizo una amplia reverencia a Tito, llevando la mano a la frente al modo judío. Nuevamente los romanos ofrecían a los judíos un presente espléndido, otorgado por una potencia generosa que no estaba obligada a hacer concesiones, pues todo indicaba que fácilmente podía imponer su voluntad. Con este planteamiento, Josef se dispuso a intentar persuadir a los judíos, con la esperanza de que si lo lograba, su presencia en el campamento, aun del lado de los gentiles, fuera de los muros de Jerusalén y no en el interior de la ciudad como Justo, estaría al fin justificada.

A la hora convenida, Josef se acercó, solo, a las murallas. Iba vestido con sencillez, no llevaba armas ni las insignias sacerdotales. Permaneció así, entre los sitiados y los sitiadores, pequeño sobre el suelo desnudo, al pie del enorme parapeto en cuya parte superior se apiñaban los judíos, a poca distancia del muro de asedio, repleto de romanos. El calor era intenso, el olor nauseabundo y el silencio tan aplastante que Josef podía escuchar los latidos de su corazón. Adivinaba a sus espaldas la mirada fría e irónica de Tiberio Alejandro y veía frente a él la dura mirada cargada de odio de

Simeón bar Giora, los ojos hostiles de su compañero de infancia Amrám y el desprecio en el rostro de Juan. Bajo el sol abrasador su cuerpo estaba helado. Cuando comenzó a hablar, sus palabras parecían huecas, ajenas, como si las estuviera pronunciando un extraño, pero inmediatamente recuperó el dominio de sus recursos retóricos y el tono de su discurso se hizo caluroso, directo, claro como nunca lo había sido. Según su declaración, si se producía la rendición los romanos tomarían prisioneros a quienes habían empuñado las armas pero sus vidas serían respetadas. Ese mismo día se cederían las víctimas para el holocausto en el Templo, con la condición de que la ceremonia se realizase como antes del asedio: «Por Yahvé, en nombre del emperador, del senado y del pueblo romanos». Hoscos y grávidos de tristeza los judíos habían visto acercarse a Josef. Cuando escucharon sus palabras, hasta los mismos macabeos miraron ansiosamente el semblante de sus jefes, deseando en lo más hondo que esa oferta espléndida y benévola fuese aceptada.

Pero Simeón y Juan no pensaban así. Si se entregaban, ¿qué vida sería la suya después de que los llevaran a rastras en la primera fila del triunfo y los enviaran como esclavos a una mina?

Yaun en el caso de que los romanos los dejasen en libertad, ¿sería posible para ellos vivir entre los judíos, después de todo lo ocurrido? Fracasada la guerra, serían proscritos para siempre por sus compatriotas. Además de éstas, tenían otras razones más profundas para oponerse a la paz: por su causa habían sido arrasados los alrededores de Jerusalén y el Templo se había convertido en una fortaleza ensangrentada. Habían devorado los carneros de Yahvé y ya no les quedaba otra solución que seguir hasta el final

La respuesta de los judíos estaba preparada de antemano. Cuando Josef concluyó su arenga, sorprendentemente no escupieron ni se sacudieron el polvo de las sandalias ni expresaron su cólera ni lo insultaron. Simplemente abrieron una portezuela y dejaron salir, entre gruñidos, a uno de los dos cerdos que habían conseguido arrebatar a los romanos.

Josef palideció. El animal llegó cerca de él, resoplando, mientras los sitiados, asomados al muro, no paraban de reír.

Enseguida, al unísono y en latín —muy difícil para esos hombres extremadamente fatigados, por lo que cabe suponer que habrían ensayado varias veces—, le gritaron:

—¿Os ha crecido un prepucio, Flavio Josefo?

Un coro de carcajadas siguió a la pregunta, que fue acompañado por los romanos. No podía negarse que esos diablos judíos habían ideado una broma excelente. Josef estaba solo con el cerdo en medio de los dos bandos, frente al Templo profanado. Lo acribillaban con proyectiles y lo escarnecían tanto los judíos como los romanos, gritando desaforadamente.

Esos breves minutos fueron años para Josef, quien en ese certísimo lapso expió la arrogancia de toda su vida. «Vuestro doctor Josef es un miserable», había dicho de él en otra ocasión, un hombre de rostro macilento. En Merón se había sembrado hierba para borrar su huella en un camino; en otros sitios se habían alejado de él siete pasos como si fuera un leproso; había sido anatematizado al son de trompetas y lo habían encadenado bajo el látigo del verdugo en Alejandría, pero, ¿qué había sido todo aquello si se lo comparaba con estos instantes? Sus intenciones eran nobles, quería salvar a esos hombres, a esas mujeres, a esos niños y, también, a la ciudad, morada de Yahvé. Y a cambio le soltaban un cerdo. Comprendió que debía alejarse de allí, pero no podía moverse porque el muro lo atraía poderosamente. Retrocedió con la mirada puesta en él. Su cuerpo estaba traspasado por un frío glacial, se sentía maltrecho, dolorido e irritado. No pertenecía ni a los romanos ni a los judíos, la tierra estaba desnuda y vacía como antes de la Creación. Él estaba completamente solo y a su alrededor no existía más que burla y desprecio.

Tito no encontró motivo de risa en el episodio del cerdo que había afectado tanto a Josef. «En resumidas cuentas —se dijo- puedo sentirme satisfecho pues he sabido dominarme; he intentado reparar la afrenta que esos insensatos cometieron contra su Dios y ahora estoy yo en mejores términos con Yahvé que mis enemigos.» Pero ese sentimiento no duró mucho. Cuando alzó los ojos y vio nuevamente el soberbio monumento blanco y dorado, se apoderó de él un súbito y violento deseo de humillar al adversario que tanta zozobra le causaba. ¡Hasta los judíos habían acabado por vejarlo!

Pues bien, finalmente, él lo haría caer rendido desde la colina donde parecía mofarse de todo, con su maldita pureza. Con salvaje y furiosa cadencia retumbaron en su cabeza los gritos que había escuchado de boca de sus soldados: «¡Hep! ¡Hep!», y, a compás de cada exclamación, creyó oír el estallido de un cráneo aplastado y el impacto de un fragmento de muralla caído a tierra. Sintió horror de sí y de sus pensamientos, que le demostraban que su verdadera intención no era lograr la alianza con Yahvé. Ese cometido sólo podrían llevarlo a cabo los que ahora estaban al otro lado del muro.

Una sombría aflicción abrumó su espíritu. Se sintió invadido por la violenta necesidad de hacer suya a la judía. Poseído por la cólera, se reconocía no obstante impotente para luchar contra el fanatismo y la obstinación del pueblo al que pertenecía Berenice. Ella era para Tito tan incomprensible como su pueblo: jamás la poseería totalmente.

Fue en busca de Josef, a quien encontró tendido en su lecho, presa de una laxitud mortal, cubierto por un sudor frío a pesar del calor intenso de aquel día. Cuando Josef advirtió la presencia del príncipe quiso incorporarse.

—No osováis— le dijo Tito —sólo contestadme. Es posible que yo esté enceguecido por la cólera que siento contra todos ellos, pero por eso mismo necesito que me expliquéis, amigo mío, qué es lo que desean. Si no les es posible conseguir sus propósitos, ¿por qué prefieren la muerte a la vida? Si se les ha prometido dejar intacto el Templo —por el que combaten—, ¿por qué parecen desear que sea incendiado? Vos, que sois judío, ¿los comprendéis?

—Sí, los comprendo— repuso Josef, agotado por tantas fatigas, tan apesadumbrado como los judíos que custodiaban las murallas.

—¿Sois nuestro enemigo?— la voz de Tito se hizo cálida. —No, mi príncipe— contestó Josef.

—¿Estáis con los sitiados?

Josef, ensimismado, colmado por su amargura, guardó silencio.

—¿Acompañáis con vuestro corazón a los habitantes de la ciudad?— insistió Tito.

—Sí, mi príncipe.

Tito lo miró sin rencor, aunque nunca habían sido tan extraños el uno para el otro. Luego se retiró, sin dejar de mirar al judío, triste

y pensativo.

En Tiberíades, en la bella y apacible residencia enclavada en una cima que dominaba el lago, Berenice intentó poner al corriente de lo sucedido en el campamento a su hermano Agripa. Al verla llegar alterada, desencajado el rostro, éste rehusó hacerle preguntas. Pero, pasado el primer momento, ella misma le contó con detalles y sin tapujos el episodio. ¿Acaso despreciaba a Tito por aquella brutalidad? No, y esto era lo peor: su conducta bárbara no había despertado su odio. Tras su rostro de niño perverso, tal como se le había mostrado al final de aquella noche, ella vislumbraba los rasgos enérgicos del soldado que se encamina directamente hacia su meta. Había quedado muy atrás el tiempo en que Berenice y su hermano se mofaban de su ridícula manía de anotarlo todo. En el infecto campamento, en la devastada desolación que rodeaba Jerusalén, Tito era un hombre, *el hombre.*

A Agripa no le resultó difícil comprender las dolorosas explicaciones de su hermana. ¿Acaso esa horrible guerra no afectaba sus nervios tanto como a ella? Se había visto obligado a conducir sus tropas para participar en el asedio, después de lo cual partió inmediatamente a su reino de Transjordania. Se había propuesto ignorar cuanto acontecía en el campamento pero, a pesar de ello, ni las pinturas, ni los libros ni las estatuas de su hermoso palacio de Tiberíades lo atraían como antes.

—La situación es más fácil para vos que para mí, querida hermana—. Y con una sonrisa ambigua, por un instante, erró indolente en su bello rostro, un poco fláccido. — Unid vuestro corazón a Judea, al país y a su espíritu, y acudid junto a vuestro romano. Para ti el problema está resuelto: amad a vuestro Tito, Nikión. Lo envidio, pero me es imposible disuadiros. Pensad, en cambio, en qué me queda a mí. Comprendo a los judíos tanto como a los gentiles pero ignoro la forma de conciliarlos. ¡Si me fuera posible ser como alguno de ellos! Veo el fanatismo de los unos, la barbarie de los otros y no puedo optar por ninguno de los dos.

En la calma de Tiberíades, Berenice esperaba ansiosamente las noticias del campamento de Tito. Al principio se obsesionó con la espantosa visión del desierto en que se había convertido la riente campiña de Jerusalén, el hedor del campo militar, el aullido de las

fieras en acecho, que había sentido y oído tan de cerca, pero, poco a poco, la repulsión dio paso a la fascinación. La guerra es fuego y sangre, pero también es un gran espectáculo. La guerra huele intensamente, los rostros de los hombres se tensan por la fe y la pasión de morir heroicamente en el vértigo de un instante. Rodeada por la belleza arrobadora de Tiberíades, Berenice añoraba con ansia creciente el fragor del campamento, brutal y conmovedor. ¿Por qué Tito se mantenía en silencio? ¿Por qué no le escribía? ¿Sentía rechazo físico hacia ella? De su disgusto y de su vergüenza no lo responsabilizaba a él. Ella misma se sentía culpable.

Cuando supo que había comenzado la etapa crucial en la que se decidiría la suerte del Templo y que un consejo de gabinete presidido por el emperador iba a ocuparse del problema, no pudo resistir más y resolvió volver al campamento de Tito. Ese motivo justificaría sobradamente su presencia.

El príncipe experimentó un intenso sentimiento de triunfo al anunciársele la llegada de la princesa. Desde la huida de Berenice había sufrido su ausencia durante dos meses que le resultaron insoportables; durante ese tiempo muchas veces fue incapaz de dominar su nerviosismo, exacerbado por la pestilencia de la muerte y la sofocación del calor, que la hacía aún más mortificante. Sus intentos de lograr la calma por medio de una compulsiva actividad dieron en principio buen resultado, ya que para entonces la guerra golpeaba en las mismas puertas del Templo. Allí donde se había alzado el fuerte Antonia, Tito tenía instalada su tienda. Ésta contaba con tres compartimentos: un gabinete de trabajo, una alcoba y un comedor. En el gabinete había colocado el retrato de Berenice, que, como todas las obras de Fábulo, estaba animado por una expresividad turbadora. Tito había decidido no privarse más del placer de contemplarlo y a menudo se detenía prendado de los grandes ojos castaño dorados de la princesa. ¿Cómo había sido posible que se le ocurriera la loca idea de tratarla como a una ramera hispana? Era una extranjera, pertenecía a una antigua nobleza, a un mundo muy distinto del suyo. Su pasión era tan ardiente como el primer día.

Buscaba en sus tablillas las frases de Berenice que él había taquigrafiado, las analizaba y sopesaba y volvía a admirar el retrato

largamente, lleno de dudas. Sin embargo, no decidía nada. Esperaba.

Llegó el momento. Ella estaría nuevamente allí. Se adelantó a su encuentro, a mucha distancia del campamento. Berenice se mostró amable, jovial; no le manifestó ningún rencor. El triste paisaje del entorno de Jerusalén, los innumerables crucificados, las aves de presa, los rostros adustos y siniestros de los soldados, ese país de muerte, esa *Gehena*, no la intimidaron. Con paso firme atravesó el infierno en compañía del príncipe, *del hombre*. A su lado se sentía penetrada por una inmensa calma.

Cenaron. Él habló de su juventud, de sus soldados, de las fatigas que le causaban los judíos; los juzgó fanáticos, enfurecidos como jabalíes heridos, imprevisibles por sus constantes y desagradables ocurrencias. Con detalles, comenzó a contarle lo sucedido pocos días antes. Los judíos habían rellenado con betún, maderas secas y pez el techo de la galería porticada que unía el fuerte Antonia con el distrito del Templo y, después de atraer a los romanos hacia ese sitio, lo incendiaron. Naturalmente, los soldados se asaron como pescados, pero —advertía— con sus hombres nunca más podrían hacerse esas bromas impunemente.

Por su tono más parecía estar describiendo un atractivo deporte que relatando la guerra. Afirmó que nunca había eludido el peligro y que en varias ocasiones había estado mezclado en la lucha cuerpo a cuerpo. Metido en plena refriega, había sido herido dos veces y perdido su cabalgadura, por lo que sus oficiales le recordaban a menudo que tenía derecho a sustraerse al combate y a dejar que los soldados se ocuparan de él.

Tito proseguía su narración con interés y buen humor, sin hacer ninguna pausa ni siquiera para comprobar si ella lo escuchaba. De pronto advirtió en los ojos de Berenice una expresión que no era la del retrato de Fábulo. El había visto en otras mujeres esa misma mirada, esos ojos velados, fijos en él.

Suavemente, sin dejar de hablar, con un gesto imperativo no exento de ternura, rodeó con sus brazos el talle de Berenice. Ella se abandonó y él no concluyó la frase: en la mitad del relato se tendieron y se unieron.

La princesa permaneció a su lado con los ojos entrecerrados, sonriente. Tito apoyó su pesada cabeza de campesino —ahora parecía juvenil y lozana— sobre el pecho de la mujer. Suavizando su recia voz de jefe, le dijo:

—Sé que no habéis venido por mí, pero dejad que así lo crea, mi dulce y bella reina, mi bienamada. Pienso que habéis venido por vuestro Templo. Bendito sea, puesto que os ha traído hasta aquí. Siempre ha sido mi intención dejarlo en pie, y aun cuando deba sacrificar para ello diez mil hombres, tesoro mío, os aseguro que sobrevivirá. Porque es vuestro Templo, el marco adecuado para vos, y diez mil hombres no son un precio demasiado alto para conseguirlo. Reconstruiré también la casa de vuestra madre, subiréis por su escalinata, Nikión, con ese andar vuestro que me hace tan dichoso, y detrás alzaré vuestro Templo.

Berenice siguió tendida, los ojos entrecerrados, sonriente. Bebía cada palabra de Tito.

—Hombre, criatura, Yanik, Yaniki— le contestó en voz muy baja —es por vos que he venido, Yaniki.

El 21 de agosto, 1 de Ab del calendario judío, el gran «Julio» comenzó a perforar la muralla exterior del santuario. Estuvo funcionando durante seis días sin interrupción y el día 27, junto a otras máquinas que habían sido puestas en movimiento, seguía golpeando aunque sin éxito. Se intentó entonces un ataque directo, para el cual se colocaron dos escalas y avanzaron dos cohortes en formación de tortuga. Los judíos derribaron las escalas, y a los escaladores que habían comenzado a subir por ellas. Algunos legionarios, entre ellos el portador de la insignia, lograron alcanzar el muro, pero fueron abatidos de inmediato y los judíos se apoderaron del emblema.

Tito dio orden de incendiar las puertas, considerando que no faltaba a la palabra dada a Berenice ni contrariaba sus propósitos, porque las columnatas exteriores no eran estrictamente el Templo. Se quemaron las puertas, y la plata fundida de los ornamentos abrió paso al fuego desde todos los rincones conduciéndolo hacia las maderas del edificio. El incendio destruyó durante veinticuatro horas las galerías del norte y del oeste y, finalmente, los soldados se encontraron a pocos pasos de la impresionante mole del Templo.

El 28 de agosto, 8 de Ab de los judíos, mientras las compañías de bomberos romanos se esforzaban por apartar escombros, cenizas, ascuas y desechos de todo tipo, buscando un camino que los condujera directamente al Santuario, Tito convocó un consejo de guerra, que determinaría la táctica que habría de seguirse para dominar el edificio.

En el consejo participaron Tiberio, jefe del estado mayor, los generales al mando de las cuatro legiones: Cerealis, por la quinta; Lépido, por la décima; Literno, por la decimosegunda; Frigo, por la decimoquinta, y Marcantón Juliano, gobernador de Judea. En calidad de secretario, Tito designó a Josef.

El príncipe indicó que se leyera una carta del emperador. Berenice había sido correctamente informada: Vespasiano había reunido un consejo de gabinete para pedir la opinión de sus ministros acerca de qué debía hacerse respecto al Templo. Leída la carta, se supo que algunos habían opinado que era necesario destruir ese baluarte de la rebelión, ese centro y símbolo de la peste, que constituía el orgullo nacional de los judíos. Ése, según ellos, sería el único modo de eliminar de una vez para siempre su punto obligado de encuentro. Otros fueron del parecer que la guerra se hace contra los hombres y no contra los objetos inanimados, y que el prestigio de la civilización romana exigía que se conservase un edificio tan magnífico. El mismo emperador —concluía la carta— recomendaba al jefe de la expedición que respetase, en lo posible, el Santuario.

Los generales escucharon la lectura respetuosamente. Sabían que lo que estaba en juego era el triunfo; si destruían el Templo, la culminación de la campaña se coronaría de tanta gloria que nadie se atrevería a calificarla de punitiva ni llamar la atención sobre ese aspecto. El Senado, por tanto, se vería obligado a concederles las palmas triunfales. A todos deslumbraba la posibilidad de vivir una jornada de triunfo con todo el esplendor de su celebración en Roma, pero aunque ésa era la codiciada meta de cuantos se sentían con derecho a formar parte del cortejo triunfal, guardaron silencio, porque no estaba permitido a los militares hablar de los intereses particulares del ejército, ni en ese consejo ni en el del emperador.

No les resultaba nada difícil imaginar cómo se habría desarrollado la reunión presidida por Vespasiano. Seguramente el obeso Junio Thrax pronunciaría benévolas palabras al referirse al Templo, a las que el no menos obeso Claudio Regino habría agregado algunas frases vagamente conciliadoras, también en el mismo sentido. El ministro Talas, en cambio, exigiría enérgicamente la destrucción del edificio y, finalmente, todos habrían concluido contemporizando con ese «en lo posible» expresado en la carta, mediante el cual se endosaba al ejército toda la responsabilidad de la decisión. Pues bien, el ejército estaba capacitado para asumirla. Ambicionaba el triunfo. La inquietud que agitaba a los soldados, cuyo mayor anhelo era pisotear las ruinas del monumento, se posesionó también de muchos de los jefes. «¡Hep! ¡Hep!», los azuzaba una voz interior. «Respetar *el* Santuario en lo posible», era fácil decirlo en Roma, pero ¿dónde empieza y dónde termina lo posible?

Tiberio Alejandro fue el primero en hacer uso de la palabra. Empezó diciendo que — según sus informaciones— a sus compañeros del consejo les interesaba fundamentalmente subir las escalinatas del Capitolio. Y así como ellos deseaban llegar a esa meta, él estaba interesado exclusivamente en el sometimiento del país, por considerarlo perfectamente razonable. Agregó —concisa y afablemente como acostumbraba hablar— que salvar el edificio del Templo implicaría grandes pérdidas pero que diez mil hombres podrían ser reemplazados algún día; en cambio el Templo no tenía igual y jamás sería posible su sustitución.

Si —como estaba seguro— los romanos iban a ser los indiscutibles vencedores, porque contaban con cien mil hombres contra quince mil que todavía defendían las murallas, la posibilidad de evitar la destrucción del Templo le parecía bastante evidente.

El general Frigo, de la decimoquinta legión, protestó y fue apoyado por el general Literno. «Ciertamente, podría conservarse el Templo para el imperio y para el mundo al alto precio de diez mil legionarios romanos —dijo—, pero me resulta impensable que el emperador, que ama a sus soldados, quiera llevar tan lejos el límite de lo posible. Muchos miles de hombres han perecido ya en forma horrible, desollados o quemados, por los métodos desleales de los

judíos. Nadie tiene el derecho de exponer a otros miles a la misma suerte. Los soldados ansían incendiar el Templo y adueñarse del oro que allí se guarda. Negarles esa mínima represalia provocará en el ejército un descontento absolutamente legítimo.» Mientras Literno ovacionaba ruidosamente estas palabras, Tiberio Alejandro sonreía, invariablemente amable. Frigo era para él el prototipo detestable del oficial obtuso y pagado de sí mismo y de su fuerza. Un general de esa especie quería el triunfo para su beneficio y nada más; un hombre semejante nunca comprendería cuánto significaba un monumento con cuyo ejemplo se había formado el gusto de muchas generaciones: lo aplastaría bajo sus botas de soldado con tal de marchar directamente al Capitolio, sin apartarse un ápice de su camino.

Pero ya el gobernador de la provincia de Judea, Marcantón, había comenzado a hablar. Este funcionario no se preocupaba más que de su distrito y de su futura administración. No quería asumir otras responsabilidades. No dudaba de que al ejército le sería posible aplastar la revuelta, aun respetando el Templo. Pero ésa no sería sino una solución provisional. Nadie admiraba más que él la belleza artística del edificio pero los judíos lo habían transformado en fortaleza, y fortaleza seguiría siendo aunque los rebeldes fueran sometidos. ¿Acaso en otras ocasiones Roma había dejado en pie alguna fortaleza en un país conquistado, después de aplastar el levantamiento del pueblo que se le había resistido? Había que arrasar el Templo si se deseaba evitar que los judíos, una vez retirada parte de las tropas, pensasen en nuevas sublevaciones. Si se decidía conservarlo, ese pueblo levantisco interpretaría el gesto, seguramente, como un signo de debilidad más que de grandeza. Como gobernador de Judea, responsable ante Roma del orden y de la tranquilidad de una provincia tan compleja, pedía encarecidamente que el Santuario fuera destruido: no debía quedar en pie.

Tito escuchaba y algunas veces tomaba notas maquinalmente. El deseo de los generales y de los soldados le parecía comprensible porque él mismo ansiaba obtener el triunfo. Pero, a diferencia de ellos, en sus cavilaciones se decía que Yahvé era un adversario muy temible; solamente la tenacidad con que su pueblo lo defendía

le indicaba que no debía ser menospreciado, aunque a él siguiera pareciéndole ridículo. «En lo posible...» — suspiró—, al recordar la fastidiosa frase. ¡Cuánta ambigüedad contenía la carta de Vespasiano!

Después que los asistentes expusieron sus opiniones, sólo faltaba conocer la suya, que todos esperaban angustiosamente. Hasta a Tiberio Alejandro, tan dueño de sus emociones, le costó disimular un ligero estremecimiento. Tres votos se habían decantado por la preservación del Templo y tres por su destrucción.

Josef, mientras tanto, arañaba impaciente la mesa con el extremo agudo de su estilete; había escuchado atentamente y aunque no logró anotar todo, confiaba en su memoria. Los argumentos de los militares no carecían de fundamento pero escondían su móvil más importante: el deseo de un triunfo en Roma. Tito, por su parte, había prometido a Berenice —y se había prometido a sí mismo— la preservación del Santuario, pero era un soldado, y en su condición de soldado su máxima aspiración sería lógicamente el triunfo. ¿Resistiría? ¿Arriesgada la obtención de tan codiciada recompensa sólo por dejar en pie la morada de Yahvé?

Tito cavilaba. Pero, en lugar de sopesar los pros y los contras de la situación, su pensamiento divagaba entorno a la extraordinaria astucia de Yahvé. Él había puesto en su corazón una pasión tan turbadora por Berenice y, aunque le constaba que ella se le había entregado espontáneamente, era el mismo Yahvé quien impedía que sus deseos se aplacasen. ¡Cómo se burlará mi padre cuando sepa que he incendiado el Templo! «Ya veis, mi vieja Cenis —dirá— no ha podido evitarlo: concedámosle el triunfo.»

Había permanecido unos segundos en silencio.

—Me inclino— dijo al fin —por la opinión de quienes creen posible la conservación del monumento. Las legiones romanas sabrán dominarse virilmente, estoy seguro, aun cuando se les dé por una vez una orden que no les resulte agradable. Muchas gracias, señores.

Frente a la tienda de Tito, siguiendo una antigua costumbre de los campamentos, todos los atardeceres la banda de música ejecutaba el toque de retirada, la fanfarria, símbolo del más alto poder militar. Tito, de pie en la puerta, disfrutaba un placer especial

al escuchar esa música. Los doscientos músicos se acomodaban en sus puestos y a la señal de comienzo arremetían con brío carente de belleza. Retumbaban entonces los tambores, resonaba el zumbido y el mugido de los cuernos y las flautas y la estridencia de las agudas notas de las trompetas de la caballería. El corazón de Tito se regocijaba ante ese espectáculo de la tropa abigarrada y jubilosa, que tocaba exclusivamente en su honor.

Terminada la fanfarria se daba paso a lo más importante: la proclamación de la palabra de orden y del programa de trabajos de la jornada siguiente, que se efectuaba solemnemente. Cada una de las cuatro legiones, por riguroso turno, enviaba a su primer centurión para ser informado por el general en jefe del contenido del comunicado que él, a su vez, debería trasmitir con el mismo ceremonial.

En la tarde de aquel 28 de agosto Tito fue desagradablemente sorprendido cuando se le presentó Pedán, el primer centurión de la quinta legión, para recibir la orden más importante de todas las que había impartido desde hacía bastante tiempo. El texto había sido modificado y corregido tres veces por el príncipe, antes de darle su forma definitiva. Entregó la tablilla al oficial, quién, asiéndola entre sus gruesas manos no muy pulcras, leyó: «Palabra de orden: Que Judea perezca. Orden: en la jornada del 29 de agosto, los trabajos de extinción del fuego y limpieza en los costados norte y oeste del Templo deberán ser concluidos, cueste lo que cueste, a fin de que en la madrugada del 30 el terreno esté listo para el ataque. Si el enemigo intenta perturbar a los destacamentos de trabajadores, se procederá con rigor, sin tocar las construcciones que forman parte del Templo propiamente dicho.»

Conforme al reglamento, Pedán leyó la orden en voz alta. El primer centurión de la quinta, con su único ojo y su mente maliciosa había captado el sentido de la orden antes de comenzar su lectura. Leyó, pues, sin prisa, de pie frente a su jefe. Pedán era corpulento y ancho de espaldas; se afeitaba al ras la cara sonrosada y su poderosa nuca le daba el aspecto de un toro. De su boca ancha brotaron las palabras de la orden con ritmo uniforme pero, en la frase «se procederá con rigor», puso un énfasis especial. Cuando leyó, al final: «sin tocar las edificaciones...», aunque ciertamente no

aceleró la lectura, dio la impresión de no haber comprendido muy bien. Su mirada interrogante se posó en el jefe, vacilando como si hubiese cometido un error. Por segunda vez Tito pudo ver con claridad en el ojo de este hombre fuerte y pendenciero el mismo sentimiento que había adivinado tras las palabras de sus generales: asco y a la vez desenfrenado deseo de ser los primeros en arrojar la antorcha incendiaria en el lugar más recóndito del interior del Templo.

Se produjo un breve silencio. El centurión seguía mirándolo, incrédulo pero atento. No cabía la menor duda: esperaba una explicación.

«Sí, tienes razón, mi bravo Pedán, y también la tienen los otros. Haced lo que os plazca. Todos hacemos que nuestra responsabilidad caiga sobre los demás. Todos lo desean pero nadie se atreve a tomar la iniciativa. Tú eres un hombre, mi bravo Pedán: hazlo tú.» Tal vez éstos fueron los pensamientos de Tito mientras Pedán aguardaba. En realidad, no pensó en nada concreto y no pronunció ninguna palabra; muy por el contrario, el príncipe se cuidó mucho de que nada de eso sucediera. De sus labios sólo se asomó una sonrisa, que fue percibida por el primer centurión de la quinta legión. ¿Dijo algo? El general creyó oír una exclamación, una especie de «¡Hep! ¡Hep!» pero, naturalmente, eso era imposible. Entonces el oficial, tal como lo exigía el reglamento, ciñó la tablilla contra su pecho, saludó con el brazo extendido y la mano abierta y, una vez que su jefe le dijo: «Gracias», se retiró. No había ocurrido nada.

Tito compartió esa noche el lecho de Berenice. Su sueño fue agitado. Ella le oyó murmurar: «Devuélveme la tablilla».

Ya en su tienda, el centurión Pedán releyó el escrito, aunque recordaba perfectamente el texto de la orden. Entreabierta de satisfacción, su boca parecía aún más grande. Nadie podía negar que el calor de ese país, las odiosas moscas, particularmente aficionadas a su piel sonrosada, el hastío agotador del asedio, eran sumamente desagradables. El favorito del ejército, el condecorado con la corona gramínea, habría podido ahorrarse tantas molestias ya que, el año anterior, al suspenderse las operaciones en Judea, se había trasladado a Italia con un contingente de Muciano, para

participar en la campaña contra Vitelio. Tuvo la oportunidad de permanecer allí, ingresar en la guardia y alcanzar los grados superiores. Pero ahora, teniendo en su poder la tablilla, ya no lamentaba haber regresado para ocupar su puesto como primer centurión de la quinta, en ese maldito sitio a la innoble Jerusalén.

Pedán era ante todo un soldado. Había servido en el ejército desde la mínima edad reglamentaria, y le gustaba comer bien, brincar tras las rameras, beber un poco en todas partes y entonar rudas canciones. Se había adiestrado en el tiro al blanco y la esgrima y, no obstante su corpulencia, era ágil y fuerte. Estaba orgulloso de su persona y le gustaba contemplarse en el bonito espejo de oro que llevaba consigo y, cuando no lo tenía a mano, en los regatos que encontraba en los caminos o en el reflejo del escudo. Le agradaban sus rasgos. Cuando perdió el ojo, recurrió al mejor especialista para que le tallara uno artificial como los que se hacían para las estatuas, lo que no menoscabó la autocomplacencia que le producía su físico ni se entristeció por haber recibido esa herida. Le gustaba el peligro y la compensación del botín conquistado. Gracias a su participación en varios saqueos, a las gratificaciones recibidas por algunos servicios privados y a ciertos hábiles tráficos ejercidos en el campamento, había acumulado una considerable fortuna que tenía depositada en un banco de Verona, y que iba incrementando con los intereses año tras año. Algún día, cuando estuviera viejo y sin dientes, se retiraría a esta ciudad donde, seguramente, por ser favorito del ejército y condecorado con la corona gramínea, se le asignaría un cargo importante desde el cual haría girar los asuntos de la ciudad a su conveniencia.

Pero por el momento tenía mejores cosas que hacer: por ejemplo, esa curiosa orden a la cual ansiaba obedecer, por haberse percatado que nadie había sabido interpretar su oculto sentido y que él era el único que podría darle cumplimiento. El extravagante mandato lo resarcía de haber abandonado la frondosa Italia por estar con su legión, pues este primer centurión, tan insensible en general a las personas, este centurión Pedán que con espíritu deportivo abatía al adversario con total indiferencia, abrigaba un sentimiento de odio particular contra los judíos. Todo lo que tuviera relación con ellos: la lengua, las costumbres, las creencias, y hasta

el aliento, lo exasperaban. De los orientales opinaba genéricamente que eran unos bárbaros malolientes e infectos, de hábitos absurdos pero, además, a los judíos los consideraba tan holgazanes que ni siquiera el temor de la muerte podía convencerlos de trabajar en un día sábado. ¡Si hasta tenían un río en el país al que llamaban Sabático porque su curso se interrumpía el séptimo día de la semana! Al comienzo de la guerra —y él lo había comprobado personalmente— los judíos se dejaron matar sin defenderse porque la Ley los obligaba a ser remolones. Los muy imbéciles creían que las almas de los que respetaban esos indignos mandamientos permanecerían eternamente vivas gracias a su Dios. Las creencias de esos desvergonzados los volvían insensibles a cuanto seduce o espanta al resto de los mortales y los hacían sentirse superiores, como si fueran legionarios romanos. Despreciaban y odiaban a todo el mundo y si practicaban la circuncisión era sólo para distinguirse de los demás. Esos provocadores testarudos parecían machos cabríos. Cuando estaban a punto de morir en la cruz, clamaban: «Yahvé, Yahvé es nuestro Dios». Se había dicho en un tiempo que ese Dios era un asno y se aseguraba que se lo adoraba en el Sancta Sanctórum, pero no era cierto porque esos forajidos delirantes creían en un Dios que no se puede ver ni tocar, un Dios tan desvergonzado como ellos, un Dios que sólo podía ser concebido por el espíritu. Muchas veces Pedán se había divertido observando la reacción de los crucificados a quienes había querido disuadir de semejantes locuras. Pero no y no, esos tozudos seguían creyendo en su Dios y sólo gritaban «Yahvé, Yahvé», antes de expirar. Pedán era un enemigo convencido e intransigente de esos disparates y estaba decidido a acabar con ellos. La vida no merecería ser vivida si en esos gritos hubiera algo de verdad, aunque no fuera nada más que una pizca. Pero, por supuesto, eso era imposible.

El centurión Pedán recorrió la tienda con paso tambaleante y un rictus de desprecio le contrajo la gruesa boca. Si ese Yahvé existía de verdad, por poco que valiera debería proteger su morada. Pero no podría: el primer centurión de la quinta se encargaría de impedírselo. Por esa causa había decidido permanecer todo el verano maloliente frente a la infecta Jerusalén. Le jugaría una mala

pasada a Yahvé, le demostraría que no valía nada, que su Templo no era otra cosa que una concha vacía.

Recordó la expresión del príncipe mientras leía el texto de la tablilla. «Sin tocar los edificios que forman parte del Templo propiamente dicho.» ¿Qué significaba «sin tocar» y qué sería eso del «Templo propiamente dicho»? «Se procederá con rigor contra el enemigo»: esta orden sí había sido expresada con claridad, era una orden comprensible.

«¡Hep! ¡Hep!», se dijo el centurión, que esa noche estaba de muy buen humor. Bebió, contó historias obscenas y demostró una alegría feroz que los otros oficiales —a quienes aventajaba en todo — no podían compartir. Por algo Pedán era el favorito del ejército.

A la mañana siguiente, el centurión se lanzó con sus soldados a la tarea de despejar el terreno de escombros. Apartaron con las palas las ruinas humeantes y retiraron las piedras con el propósito de construir una senda amplia y recta que los condujera a la puerta del Templo. Ésta estaba revestida de oro y daba la impresión de no ser de gran tamaño. A la izquierda, a la altura de dos hombres de pie, aproximadamente, se abría una ventana con marco de oro. Los muros, blancos, se alzaban gigantescos e inquebrantables y sólo estaban perforados por pequeñas ventanas abiertas a mucha altura del suelo.

El trabajo era fatigoso, sucio, agotador y los judíos no daban señales de vida. Nadie asomaba la cabeza por las ventanas y la puerta continuaba cerrada. Pedán sentía gran indignación porque a él y a sus hombres se les obligaba a limpiar la basura de los judíos. Transpiraba, mortificado por la tarea. De pronto dio la orden de cantar, y él mismo entonó con voz chillona la ruda canción de la quinta legión: «¿Para qué sirve nuestra quinta? / El legionario lo hace todo/ hace la guerra y lava su ropa/ echa abajo tronos/ y hace la sopa/ vacía las letrinas /y protege al emperador/ y si es necesario amamanta a los niños./ El soldado debe saberlo todo/ para todo sirve nuestra quinta.» Cuando ya habían repetido el estribillo por tercera vez el enemigo apareció. La puerta, que a primera vista les había parecido pequeña era, sin embargo, lo bastante amplia como para dejar pasar en tropel una muchedumbre de judíos en un tiempo increíblemente breve. Los soldados cambiaron las palas por las

espadas y los escudos. El espacio era escaso y resultaba muy difícil en esas condiciones auxiliar a los compañeros que caían sobre las ruinas humeantes. «¡Macabeo!», gritaban los judíos. «¡Abajo Judea!», respondían los romanos. Esta fue una auténtica batalla. Muchos judíos caían sobre las ascuas, pero los que quedaban luchando no se amilanaban por ello; en grupos compactos rodearon al portaestandarte y lo abatieron, y la misma suerte corrió quien lo reemplazó. «¡Macabeo!», gritaban sin parar los judíos. Cuando tuvieron en su poder la insignia romana se replegaron, llevándola triunfalmente al interior del Templo.

Llegaron refuerzos romanos y en el ataque siguiente los judíos no lograron tan buen resultado como en el primero, aunque la pequeña puerta continuaba vomitando soldados incesantemente. Pedán maldecía y con su maza golpeaba a sus hombres que, finalmente, lograron rechazar a los judíos. Algunos romanos, que habían penetrado en el Templo persiguiendo al enemigo en el momento en que la puerta comenzaba a cerrarse, quedaron atrapados. Éstos estaban perdidos, pero a cambio habían logrado ahuyentar a los judíos.

Pedán rechinaba los dientes: sus hombres habían demostrado menos energía de la que esperaba. Era necesario atacar en formación de tortuga. Los soldados, por su parte, comprobaron estupefactos que sus máquinas de asedio no habían logrado hacer mella en el muro gigantesco que se alzaba ante ellos. Puesto que no contaban con artillería que los resguardara, ¿qué pretendía el primer centurión? ¿Que demoliesen la pared con las manos? Sin embargo, obedientemente, juntaron los escudos por encima de sus cabezas y avanzaron. Esperaban la orden de Pedán para atacar la puerta pero, curiosamente, éste no dijo una palabra y los condujo hacia la ventana con marco de oro.

Siguieron avanzando hasta llegar a tan corta distancia del muro que los hombres de la primera fila se apoyaron en él. Entonces fue cuando se produjo algo inimaginable, que ni siquiera la veterana primera cohorte de la quinta legión —acostumbrada a lo imprevisible — había visto jamás. El centurión Pedán, protegido por su pesada coraza, se encaramó sobre los escudos de la última fila y avanzó sobre ellos con las piernas separadas, haciendo crujir el metal con

sus botas claveteadas. ¡Por Hércules, fue capaz de conservar el equilibrio sin caerse, sosteniendo con una mano una antorcha encendida! La arrojó por la abertura enmarcada de oro y enseguida ordenó con un grito: «¡Otra!» Los soldados se la dieron de inmediato, después de encenderla en las ascuas de los escombros y así las siguientes. Bajo los escudos, los hombres sudorosos resistían a duras penas. No oían otra voz que la de su jefe gritándoles «¡otra!» y «¡Hep! ¡Hep!», e igual que los que encendían las antorchas ansiaban comprender qué era lo que se estaba preparando, pero en ningún momento dudaron de que el favorito del ejército, su primer centurión, sabía muy bien de qué se trataba.

En efecto, él lo sabía muy bien. Había estudiado cuidadosamente el plano del Templo por lo cual estaba informado de que, en ese lugar, precisamente en la sala de la ventana con marco de oro, los judíos almacenaban la provisión de madera recogida durante la fiesta del árbol: cada habitante de Jerusalén y cada peregrino había depositado allí una gavilla. «Se debe proceder con rigor» contra el enemigo: era lo que recordaba Pedán, y arremetía. Ordenaba que le pasaran más antorchas, las arrojaba y gritaba «¡Hep! ¡Hep» y «¡otra más!». Los soldados oían rechinar los clavos de sus botas pisando los escudos sobre sus cabezas y se estrechaban un poco más, encorvados hasta el máximo, gimiendo de esperanza.

Finalmente, cuando del interior surgió un estrépito y una columna cada vez más densa de humo comenzó a elevarse, Pedán ordenó:

—¡La escala!

Era demasiado corta y, por lo tanto, sólo izándola sobre la tortuga podría subir por ella. La escala oscilaba espantosamente pero los hombres se mantuvieron firmes bajo los escudos y así fue como el centurión, atravesando la nube de humo, traspuso la ventana y penetró en el Templo. Entre la humareda y el griterío se precipitó hacia la puerta, corrió el cerrojo y, finalmente, apareció en el vano con su cuerpo ennegrecido, gesticulando. La misma puerta que en un tiempo increíblemente breve había vomitado una muchedumbre de soldados judíos, ahora engulló rápidamente a los cincuenta soldados de Pedán, que en pocos instantes fueron cien.

El interior del Templo estaba enteramente recubierto por láminas de madera de cedro, que se habían resecado excesivamente por el calor intenso del verano. Fácilmente fueron presa de las llamas. Antes de que se conocieran exactamente los hechos, en el campamento romano se produjo un clamor extraordinario: «¡Hep! ¡Hep!, ¡Extended el fuego! ¡Avanzad los escudos!». Los gritos se sucedían y nadie aguardaba a recibir órdenes ni nada habría podido hacerse para detener a los soldados romanos. La pequeña puerta continuaba devorándolos por centenares y en muy poco tiempo las otras puertas del Templo quedaron reducidas a astillas. Fueron aniquilados los equipos de bomberos judíos y los romanos avanzaron en filas de a dos, hombro con hombro, juntando los escudos y segando vidas a derecha e izquierda.

La mayor parte de los soldados judíos se encontraba en los fuertes y las torres de la Ciudad Alta. En el Templo sólo había quedado un millar de hombres. Cuando los romanos incendiaron el Santuario se escucharon los alaridos desesperados de sus defensores, intentando apagar las llamas. El incendio, de reducido alcance en un primer momento, persistió tenaz e incontrolable. Evidentemente era imposible extinguir el fuego y luchar contra los invasores. Juan y Simeón, reclamados urgentemente, reconocieron su impotencia para hacer ambas cosas a la vez y ordenaron retirarse al grueso de la guarnición hacia la Ciudad Alta: pequeños destacamentos se harían cargo de la protección de las puertas para cubrir la retirada.

Éstos sabían que encontrarían una muerte segura pero ninguno rehusó. Efraím se presentó voluntario y fue aceptado. Juan de Giscala posó una mano sobre la cabeza del muchacho y le dijo:

—Sois digno. Propagad la fe, hijo mío.

Los doctores eminentes acostumbraban hacer ese gesto, imponiendo las manos a sus alumnos, cuando les otorgaban el título y la autorización de trasmitir la doctrina.

Los romanos eliminaron rápidamente a la reducida tropa que defendía la entrada; ganaron la escalinata y descendieron al patio donde se erigía el altar de los holocaustos, con su inmensa balaustrada y sus alas enormes, construidas para la eternidad con

bloques de piedra rústica. Allí, unos cincuenta judíos habían instalado una balista. A los gritos de «¡Macabeos!» los romanos contestaron «¡Hep! ¡Hep!» y «¡Abajo Judea!», precipitándose en dirección al altar. La máquina lanzó piedras y balas de hierro sobre ellos pero los romanos no cesaron de avanzar. En pocos momentos la rodearon desde ambos flancos y asaltaron la balaustrada. Eran hombres de la quinta, legionarios de Pedán. Producían un alboroto formidable que sólo lograba dominar la voz osada y potente que entonaba la ruda canción de la legión. Poco a poco todos cantaron al unísono. Ya no se oía el grito «¡Macabeos!» sino únicamente el sonsonete «,Para qué sirve nuestra quinta? / El legionario lo hace todo/hace la guerra y lava su ropa./ Para todo sirve nuestra quinta.»

Rápidamente se apoderaron de la otra puerta exterior de ese lado de la muralla, la abrieron y la invasión cundió en todo el recinto. En filas de a dos, avanzando siempre con los escudos al frente, el rostro ligeramente girado hacia un lado, hombro con hombro, los soldados fueron exterminando acompasadamente al enemigo. Habían llegado por los flancos y, rodeando a los judíos que encontraban a su paso, los empujaban hacia el altar, en cuya ala derecha —donde el jefe del servicio divino daba la señal a los sacrificadores y levitas— se encontraba Pedán. Sonaron a su alrededor los cantos de la quinta legión, y el centurión unió su voz a la de sus hombres, mientras blandía alternativamente la espada y la maza, partiendo el cráneo de los judíos que llegaban, empujados incesantemente por los romanos. Gritaban: «¡Oye Israel!» y Pedán, desde un extremo de la balaustrada, les asestaba un golpe certero. Las espadas segaban, la sangre corría y los cadáveres de los judíos se amontonaban a los pies del altar.

Tito se había retirado a su tienda, en procura de reposo. De un salto se incorporó y vio la humareda y el fuego y el avance precipitado de las legiones, obedientes a una orden que nadie había impartido. Salió precipitadamente de su tienda y, tal como estaba, sin las insignias de su grado y sin su armadura, se introdujo en el violento y jubiloso tumulto. Muchos lo reconocieron pero trataron de que él no lo advirtiera. Por el contrario, le gritaron, presurosos y eufóricos:

—¡Venid con nosotros, camarada!, ¡corred con nosotros!, ¡propagad el fuego! ¡Hep!

¡Hep!

Tuvo la intención de contenerlos, de poner orden en el caos. Pero, ¿era sincero su propósito? «¡Hep! ¡Hep!», exclamó a su pesar, como uno más. Y enseguida:

—¡Propagad el fuego, camaradas!

Los centinelas que vigilaban su tienda —y que lo habían visto salir— rápidamente dieron la alarma a los oficiales y los guardias se abrieron paso tras él, en medio de la baraúnda. Cuando lo alcanzaron ya había penetrado en el Templo. Pero entonces había vuelto a ser dueño de sí mismo. ¿Verdaderamente había sido él quien gritó junto a los otros?

—¡Apagad el fuego! ¡Agua! — clamó entonces.

Y sus oficiales repitieron:

—¡Agua! ¡Agua!

Abalanzándose contra los soldados enajenados, los oficiales siguieron gritando:

—¡Apagad el fuego! ¡Traed agua!

Pero los centuriones golpearon con sus mazas a esos energúmenos. Había sido una locura pretender detenerlos. Todo el ejército estaba embriagado por la sangre y la rabia desenfrenada. ¡Habían esperado tanto tiempo, sin vislumbrar el final, soportando el calor bochornoso durante tantos meses con la esperanza de que llegara esta ocasión para aplastar el Templo con sus botas! Vengaban sus padecimientos con impresionante energía, precipitándose, en una abigarrada mezcla, las legiones romanas y los contingentes árabes y sirios. Nadie quería quedarse atrás y todos se daban prisa para no ceder el primer puesto. Como los vertiginosos acontecimientos habían impedido que la senda pudiera construirse, los soldados que llegaban a último momento pisoteaban las ascuas, se atropellaban y se empujaban sin consideración sobre las ruinas humeantes, avanzando sobre montañas de cadáveres.

Tito comprendió que era inútil oponerse a la furia desatada de su ejército. Entonces penetró con sus oficiales en la nave central del Templo, separada por una espesa muralla de las salas incendiadas. Elevado y fresco, impenetrable al calor y a los ruidos exteriores, el

recinto sagrado apareció ante sus ojos. Allí estaban el gran candelabro, el altar de los perfumes, la mesa de los panes de proposición. Tito se acercó a la cortina que custodiaba el misterio del Santísimo, con pasos lentos y vacilantes. Desde los tiempos de Pompeyo ningún romano había estado allí. ¿Qué había detrás de la cortina? ¿Quizá un ídolo, una cabeza de asno, un monstruo, mitad hombre, mitad animal? Con sus gruesas manos, Tito levantó el velo por un extremo. Detrás acechaban expectantes los oficiales, entre los cuales el más tenso era Pedán. ¿Qué se ocultaba del otro lado? El príncipe apartó la cortina. Ante sus ojos apareció una pequeña sala rectangular, suavemente iluminada. Tito entró y percibió el olor de la tierra y de la madera muy antigua. En medio de la habitación sólo había una piedra desnuda y tosca, que coronaba la colina sobre la que se erguía el Templo. El vacío era absoluto, oprimente.

—¡Esto es todo!— graznó el centurión Pedán, encogiéndose de hombros. —¡Insensatos!

Al volver a la antesala iluminada, el príncipe pudo respirar profundamente. No fue indiferente a la noble sobriedad del Santuario, a sus bellas proporciones y a la subyugante simplicidad de los objetos sagrados, que colgaban de los muros.

—Debemos salvar todo esto, señores— dijo sin elevar la voz, pero con firmeza. —No debemos destruir tanta belleza.

El centurión se echó a reír. Habían incendiado todas las puertas y se oía el crepitar de las llamas; evidentemente, la orden llegaba demasiado tarde.

Los soldados se apoderaron apresuradamente de los objetos del culto. Eran de oro macizo, muy pesados. Entre diez, jadeando, trataron de transportar el gran candelabro pero tropezaron, lo dejaron caer y la mole aplastó a uno de los hombres. Azuzados por las voces del príncipe y los golpes de los centuriones, volvieron a cargar los utensilios sagrados y se los llevaron fuera de ese recinto que ya había comenzado a arder y amenazaba desplomarse en cuestión de segundos. Se llevaron los doce panes de la proposición, las ofrendas, las trompetas de plata de los sacerdotes; plegaron la magnífica cortina babilonia, cuyos bordados representaban el cielo. De pie en las gradas del Templo, en medio del incendio devastador, el príncipe contemplaba el candelabro y la mesa de los panes,

conducidos hacia el campamento por encima del tumulto, de los cadáveres, de los cascos y escudos de los soldados, bamboleantes como naves que se deslizaran sobre un mar borrascoso.

Mientras tanto, los legionarios, embriagados de sangre y de triunfo, no cesaban de alborotar. Arrasaban todo a su paso, arrancaban los ornamentos de oro y de plata de las puertas y de los muros, trepaban por las paredes exteriores para descolgar los trofeos, a riesgo de desnucarse. Eran los estandartes y las armas de los antiguos reyes de Siria, y la insignia de la décima legión, arrebatada hacía cuatro años a Cestio Galo. Saqueaban los vestuarios, los almacenes de provisiones y los de instrumentos. Con los brazos cargados con ricos objetos exóticos corrían de un lado a otro de la enorme nave. Ésta era la culminación de la campaña: la destrucción y el saqueo de la morada del Dios invisible, que había costado la vida a millares de camaradas y fatigas y disgustos innumerables. Éste era el momento de disfrutar de la victoria. Gritaban, se empujaban, reían como niños, brincaban y bailaban, golpeando con las botas claveteadas los mármoles y mosaicos cubiertos de cadáveres y de ensangrentados brazaletes con el distintivo de los macabeos.

Una muchedumbre de soldados se había agolpado en los oscuros pasadizos que conducían a las cámaras del tesoro. Ansiosos por continuar el saqueo, los soldados no estaban dispuestos a esperar que las puertas —que aún se mantenían cerradas— fueran abiertas por medio de palancas u otros artilugios, y procedieron a incendiarlas. El fuego se extendió y, en poco tiempo se produjo un torrente de metal fundido que penetró en las cámaras del tesoro, arrastrando en confusa mezcla las ofrendas de los emperadores romanos y de los reyes de los partos; el dinero ahorrado por la gente humilde de Galilea y las fortunas de las familias más ricas de Jerusalén y de las ciudades marítimas; miles de monedas de oro, de plata y de bronce, acuñadas por los «Vengadores de Israel» con el emblema de la soberanía de los macabeos y la fecha: primero, segundo y tercer año de la liberación.

Desgarrados caían los inmensos cortinajes y sus fragmentos abrasados quedaban suspendidos, revoloteando en el aire. Las maderas se quebraban con estrépito y al derrumbarse arrastraban

trozos del muro. Pero, súbitamente, más alto y poderoso que el crepitar del fuego, el estrépito de las vigas, los cantos salvajes de los soldados y los lamentos de los moribundos, se escuchó el sonido de la *magrefá*, la trompeta de cien notas, estridente como un aullido, que resonó espantosamente en las montañas circundantes. Los romanos habían intentado llevársela pero por su excesivo peso y su aparente inutilidad la abandonaron. Un soplo del fuego la había hecho sonar.

El sonido pareció despertar a la Ciudad Alta. Después que los soldados judíos hubieran cortado los puentes que la unían al Templo, había quedado aislada en su colina. Los habitantes, extenuados y hambrientos, vieron propagarse la humareda y las llamas hasta abrasar la montaña blanca del Templo, desde la base a la cima, y sus gargantas resecas no pudieron articular más que un débil gemido. Sin embargo cuando los millares de habitantes de la Ciudad Alta escucharon el poderoso aullido de la trompeta sagrada, estalló en ellos lo que quedaba de vida y el lamento se transformó en un aullido, un clamor agudo, ininterrumpido, estridente, prolongado por el sonido que se repetía en las montañas.

Aquel día muchas personas habían bajado de la Ciudad Alta al Templo incitados por el doctor Nittai, quien aseguraba haber tenido una visión y escuchado una voz. Pese a su agotamiento, el doctor se había dirigido a la Ciudad Alta para exhortar a los habitantes a bajar al Santuario donde, decía, Yahvé se les mostraría como Salvador y Redentor. La palabra del iluminado fue tan persuasiva que convenció a los que aún conservaban un mínimo de fuerzas para arrastrarse. Muy pocos pudieron salvarse junto con las tropas que se retiraban, pues los puentes que conducían a la Ciudad Alta eran demasiado estrechos y los soldados los destruían a medida que los atravesaban. Los rezagados se encontraron expuestos a las llamas y a los romanos, que brotaban por todos lados, por lo cual no les quedó otra solución que refugiarse en la planta inferior del gran edificio del Templo, bajo la galería de columnas del ala sur, situada directamente sobre el abismo. Pero allí también llegaron los romanos, empujando a un grupo de judíos desde el interior del Santuario. Al bajar por la escalinata, los legionarios sorprendieron a una multitud de hombres, mujeres y niños —entre los que había

grandes personajes y personas humildes, es decir, una masa de vida humana— refugiada en las columnas. Tal contingente posiblemente significara a sus ojos una suma de dinero bastante considerable, si bien el precio de los esclavos había bajado bastante a causa de la gran cantidad de prisioneros que había en el mercado, pero en el peor de los casos podrían venderlos por docenas a los empresarios de los Juegos públicos. Sin embargo, ése no era el momento apropiado para hacer cálculos. Los de la quinta legión querían divertirse y habían pagado un precio muy alto por el espectáculo. Rodearon la columnata de modo que los judíos quedaron aprisionados entre ellos y el abismo. Pero en ese momento llegó un grupo de oficiales superiores, entre ellos el general

Lépido, comandante de la décima, quienes dieron la orden de aguardar al general en jefe. Los legionarios, impacientes, se preguntaban por qué el general de la décima quería arruinarles la diversión, a ellos que habían reconquistado para él la insignia caída cuatro años antes. Ni siquiera se molestaron en protestar, sólo se pusieron a reír a carcajadas. Estaban de excelente humor y, por otra parte, ni los mismos oficiales esperaban que el ejército se dejaría arrebatar ese contingente de carne viva.

Colocados frente a las columnas, en cuatro filas por fondo, comenzaron a incendiar el artesonado. Ciertamente, resultaba muy cómico asistir al baile de los de la galería. Algunos de ellos pretendieron huir pero fueron abatidos inmediatamente. No les quedaba otra salida que trepar por el muro y saltar al precipicio. Vacilaban. Se mecían maquinalmente, dudando entre arrojarse al vacío y morir o huir y morir por la espada o quedarse allí y morir por el fuego. Los soldados, cada vez más excitados, advirtieron la incertidumbre de los judíos, que, sin cesar, clamaban: «¡Oíd, Israel, Yahvé es único!».

Habían escuchado muchas veces ese grito de muerte pero nunca de la boca de tantos judíos, por lo que, para extremar la burla, los romanos repitieron a coro: «¡Yahvé! ¡Yahvé!», imitando el rebuzno de un asno.

Entre los acosados se encontraban dos integrantes del Gran Consejo, a quienes el legado Paulino conocía personalmente: Meir

bar Belgas y Josef bar Daleus. El legado les pidió que se rindiesen, ofreciéndoles a cambio respetarles la vida, pero ambos permanecieron en la columnata hasta que ésta cayó derrumbada. Habían preferido morir con sus hermanos, en holocausto a Yahvé.

Los sacerdotes designados por sorteo cumplieron los oficios como si nada ocurriera a su alrededor. Se habían puesto las vestiduras y habían limpiado el altar y los vasos sagrados, como hacían a diario. Refulgieron las primeras llamas y comenzaron a aparecer los primeros romanos, pero los sacerdotes continuaron moviéndose en medio del tumulto como si realmente no se percatasen de nada extraordinario.

En un primer momento, los romanos no prestaron mayor atención a esos hombres vestidos de blanco, ceñidos con el cinturón sacerdotal, pero a poco decidieron matarlos, comprobando con cierta satisfacción que los sacerdotes de Yahvé morían como cualquier mortal, al sucumbir atravesados por la espada.

Cuando decidió abandonar el Templo con las tropas, Juan de Giscala ofreció al Sumo Sacerdote Fanias llevarlo consigo, pero éste rehusó. ¡Si al menos Yahvé le hubiera revelado qué quería de él! Pero todo era inútil porque Dios le había concedido una inteligencia limitada. ¡Qué hermoso habría sido ser un simple albañil como antes! Vagaba lloroso, desorientado, desamparado, buscando con su mirada mortecina alguien a quien pedir consejo, esforzando el oído, con desesperación, esperando que Yahvé dijera alguna palabra a su espíritu. Pero no escuchó ninguna. Achacaba tanta desgracia a su propia debilidad, por haber cedido a las imposiciones de los guardias del tesoro, que lo obligaron a guardar en una caja inviolable su gran toga de ocho piezas, que purificaban ocho pecados. Si la tuviera puesta, así como las joyas de la gran ceremonia, las llamas se habrían acurrucado a sus pies como perros mansos y los romanos habrían caído desplomados, sin vida.

Fanias y otros sacerdotes cayeron en manos de los saqueadores. Ya estaban a punto de degollarlos cuando los detuvo la voz de una de las víctimas que pedía gracia para el Sumo Sacerdote que era uno de ellos. Los condujeron a presencia de Tito. El príncipe disponía de poco tiempo porque lo aguardaban en la puerta sur del Templo. A su lado se encontraba el general Literno,

observándolo con una ligera sonrisa que no pasó inadvertida para Tito. Pocos días antes, en el consejo de guerra, a Literno le había parecido incomprensible que el príncipe quisiera conservar el Santuario, por lo cual opinaba que era un espíritu débil, con excesivas aficiones estéticas. ¿Ese hombre era el Sumo Sacerdote?

—No lo matéis— dijo Tito, —quiero que figure en mi triunfo. Dirigió la mirada a los otros prisioneros, casi veinte hombres al borde de la resistencia física, míseros y temblorosos, enfundados en las blancas vestiduras ceremoniales demasiado amplias para sus cuerpos, y su expresión fue burlona, maliciosa e infantil. Se dio vuelta y, antes de retirarse, les dijo, por encima del hombro:

—Señores: os habría concedido la vida por consideración a vuestro Templo, pero en vista de que vuestro Dios no ha querido conservar su morada, creo que os conviene morir al mismo tiempo que él, ¿no os parece?

Y el preboste se hizo cargo de las víctimas.

Al igual que los otros servidores, el doctor Nittai, después de conducir a sus fieles al Templo, se entregó confiada y gravemente al cumplimiento de sus funciones. Cuando aparecieron las llamas, una sonrisa asomó en su viejo rostro adusto. En lugar de huir como los otros sacerdotes a través de los patios, subió con los ocho que lo acompañaron los peldaños de la escalinata del Santuario. Era muy agradable estar a esa altura. Todavía se encontraban en un edificio construido por la mano del hombre pero pronto se encontrarían en el cielo, muy cerca de Yahvé.

Subieron al tejado. Debajo quedaron el fuego y los romanos. El clamor de los moribundos, el canto militar de las legiones y el aullido de los habitantes de la Ciudad Alta llegaban a sus oídos con claridad. El Espíritu entonces descendió sobre los sacerdotes y —propiciada por el hambre— tuvieron una visión. Meciéndose acompasadamente, recitaron con la monótona salmodia ritual los cantos de guerra y de victoria de las Escrituras. Arrancaron las picas de oro, incrustadas en los techos del Templo para ahuyentar a los pájaros, y las arrojaron sobre los romanos. Sonreían: estaban por encima de las llamas y sobre ellos sentían el soplo de Dios. Al impartir la bendición sacerdotal, alzaron las manos —separando los dedos, como está escrito— y entre el crepitar de las llamas, se les

oyó gritar la fórmula de la bendición y la profesión de fe, que debe decirse a continuación. Se sintieron ligeros y llenos de—devoción. Cuando hubieron concluido, Nittai tomó las pesadas llaves de la gran puerta del Templo, las levantó muy alto para que todos pudiesen verlas y exclamó:

—¡Oh, Yahvé! ¡Hemos sido indignos de administrar vuestra morada! ¡Oh, Yahvé, recuperad vuestras llaves!— y las arrojó al abismo.

—¿Veis? ¿Veis vosotros la mano?—, preguntó.

Y los otros vieron una mano que asomaba en el cielo y recogía las llaves.

En ese momento las maderas del techo se desplomaron y los sacerdotes tuvieron una muerte que —a su parecer— fue una gracia de Dios.

Poco antes del mediodía, Pedán abandonó las antorchas. A las cinco de la tarde la colina estaba totalmente en llamas. El primer puesto de señales que Tito había hecho instalar anunció el incendio y, al caer la noche, trasmitió la noticia: «El Templo ha caído». Inmediatamente fueron encendidas las hogueras, primero la más cercana y a continuación las siguientes hasta las más alejadas, y al cabo de una hora en todo el territorio de Judea y Siria se conocía la novedad.

Cuando la noticia se supo en Jabne, el eminente doctor Yojanán ben Zakai se cubrió la cabeza con ceniza, y esa misma noche convocó a sus discípulos.

«—Hasta hoy —les dijo— el Gran Consejo de Jerusalén ha tenido el poder de interpretar la palabra de Dios, de establecer el comienzo de las estaciones e indicar la luna nueva y la luna llena, de discernir el bien del mal, lo santo de lo impío. Ha sido la suprema autoridad que, exclusivamente, tenía autoridad para unir y desunir. A partir de hoy, el Consejo de Jabne cumplirá ese cometido.

»Nuestro primer deber es establecer los límites de las Sagradas Escrituras. El Templo no existe ya. Las Escrituras son desde ahora nuestro reino, sus libros nuestras provincias, sus versículos nuestras ciudades y aldeas. Hasta hoy la palabra de Yahvé estuvo mezclada con la palabra de los hombres. De ahora en adelante debemos

determinar con exactitud absoluta lo que pertenece a las Escrituras y lo que les es ajeno.

»Nuestro segundo deber es conservar para los tiempos futuros los comentarios de los doctores. Hasta ahora sólo estaba permitida la trasmisión oral de los santos comentarios. Copiaremos los seiscientos trece mandamientos sobre buenos pergaminos, desde el comienzo al fin, los enrollaremos y los enumeraremos para que constituyan el fundamento de Israel por toda la eternidad.

»Nosotros somos setenta y uno: todo lo que queda del imperio de Yahvé. Purificad vuestros corazones para que podamos construir un imperio más duradero que el de Roma.»

Dijeron amén. Esa misma noche seleccionaron los libros y declararon santos a veinticuatro, excluyendo a catorce, aunque para algunos de los miembros del grupo estos eran igualmente auténticos. El debate fue reñido y el control mutuo muy escrupuloso, porque estaban empeñados en evitar que en el modelo que iban a legar a las generaciones futuras prevaleciera la vana sabiduría de los hombres sobre la palabra de Yahvé, tal como ellos la habían recibido. Sintieron descender el Espíritu divino sobre ellos en el momento de efectuar la selección que, a partir de entonces, fue consagrada para todos los tiempos.

Cuando se separaron comenzaba a amanecer. Sólo en ese momento fueron conscientes de su fatiga y de que a pesar del dolor que les causaba la destrucción del Templo, no se sentían desdichados.

Cuando estuvo solo con el maestro, el discípulo Araj le recordó:

—Doctor y maestro, no me habéis dictado todavía la máxima del día.

El doctor Yojanán meditó algunos instantes antes de contestar.

—Cuando os inviten a la mesa de un jefe, poneos un cuchillo sobre la garganta para no desear sus manjares, que son muy engañosos.

Araj percibió cansancio y tristeza en el rostro del eminente doctor y comprendió que sufría por su discípulo predilecto, Josef ben Matatías, y que en el fondo de su corazón temía por él.

El Templo fue destruido el 29 de agosto del año 823 después de la fundación de Roma, 9 de Ab del año 3830 del calendario judío.

También fue un 9 de Ab cuando Nabucodonosor arrasó el primer Templo. El segundo Templo había permanecido 639 años, un mes y diecisiete días en pie, lapso durante el cual todas las mañanas y todas las tardes había sido celebrado el holocausto de Yahvé, y miles de sacerdotes habían cumplido el ritual, tal como está prescrito en el tercer libro mosaico y ha sido pautado hasta en sus menores detalles por generaciones de doctores.

El fuego que destruyó el Templo continuó ardiendo durante dos días y dos noches. Al tercer día sólo se conservaban dos de sus numerosas puertas; entre los escombros, frente a la puerta oriental, que se mantenía solitaria y sin razón de ser, los romanos implantaron sus águilas y les ofrecieron el sacrificio de la victoria.

Cuando en el recuento de los cadáveres que cubrían el campo de batalla se llegó al número de seis mil, el ejército —siguiendo la costumbre— proclamó a su jefe *imperator el* generalísimo. Erguido en el extremo más elevado del altar, Tito recibió el homenaje de sus tropas. Con el bastón de mando en una mano y el rojo manto de general en jefe sobre los hombros, se situó en el mismo lugar donde hasta ese día se elevara la columna de humo de las ofrendas de Yahvé. Detrás estaban las águilas de oro. Parecía un ídolo instalado en el sitial del Dios invisible. Los soldados desfilaron ante él, chocando los escudos y aclamándolo:

—¡Salve, Tito *imperator*!

El estrépito de los hierros y los gritos gozosos de sus soldados colmaron durante varias horas los oídos de Tito.

Muchas veces había soñado con este momento, desde aquel día en Alejandría en que su padre le encomendara la conclusión de la campaña. Sin embargo, ahora se sentía indiferente. Berenice había huido cuando el Santuario fue presa de las llamas; había escapado del perjuro. ¿Era él realmente un perjuro? Había dado órdenes estrictas de preservar el Templo, pero los dioses decidieron que las cosas transcurrieran de otro modo, incluso, probablemente, el Dios de los judíos, indignado por las faltas y la obstinación de su pueblo. Él era el general en jefe y no se sentía responsable por la destrucción del Templo. Decidió explicar cómo habían ocurrido los hechos para que el mundo entero apreciase su inocencia.

Según las declaraciones de algunos prisioneros, el fuego se había originado en el almacén de la madera. Ellos habían hecho todo lo posible por extinguirlo pero la avalancha de antorchas encendidas, que incesantemente arrojaban los romanos, había sido incontenible. Fácilmente se dedujo la responsabilidad del destacamento de bomberos y limpiadores. Tito hizo comparecer a Pedán y a sus soldados ante un consejo de guerra que presidió él mismo. Poco antes de que comenzara la sesión del tribunal, tuvo una entrevista con su jefe de estado mayor, Tiberio Alejandro.

—Os pido que me digáis sinceramente si sentís rencor contra mí por el incendio del Templo.

—¿Sois vos acaso quien ha ordenado incendiario, César Tito? —repuso el general, sin abandonar su acostumbrada cortesía.

—Ignoro todo lo ocurrido— dijo a su vez el príncipe. Procedieron a interrogar a los acusados.

—¿Es verdad que la primera cohorte ha lanzado antorchas dentro del Templo?

—Lo ignoramos, César Tito— contestaron los soldados en tono de camaradería.

Ninguno de ellos dijo haber visto al centurión Pedán arrojar una antorcha.

—Es posible— dijo Pedán —que nos hayamos defendido con antorchas contra los judíos. «Se procederá con rigor» contra el enemigo, decía la orden. «Con rigor» puede incluir la idea de fuego, cuando se tienen a mano vigas encendidas.

—¿Vuestro propósito fue evitar el daño del edificio?

Pedán se encogió de hombros. El veterano soldado cubierto de honores miró a los jueces con expresión franca y simple. Y contestó:

—Era un grueso muro de piedra que ninguna máquina hubiera podido hundir. Dentro había mosaicos y escalinatas de piedra. ¿Quién podía imaginar que el fuego se avivaría en la piedra? Evidentemente ha sido la voluntad de los dioses.

—¿Habíais visto alguna vez un plano del Santuario? ¿Sabíais que la ventana con marco de oro daba al almacén de madera?

El centurión Pedán se tomó un tiempo antes de contestar. A través de su único ojo examinó primero al príncipe, luego a los jueces y finalmente miró otra vez al príncipe. Sonrió astutamente,

dando a entender que existía un acuerdo particular entre él y Tito. Dirigiéndose al general en jefe, dijo en voz alta, con insolente calma:

—No, César Tito, yo desconocía que detrás de la ventana hubiese madera.

Tiberio Alejandro captó claramente la mentira del centurión, quien, para colmo, se sentía con derecho a proclamarla, convencido de haber ejecutado una orden sobreentendida de Tito. El príncipe y el centurión, aunque en apariencia diferentes, eran para Tiberio Alejandro en el fondo idénticos: eran bárbaros. Tito se había comprometido a conservar el Templo intacto y, aunque no dudaba de la sinceridad de sus palabras, opinaba que íntimamente el príncipe deseaba abatir y humillar el monumento, igual que Pedán.

Los otros acusados —centuriones, suboficiales, simples soldados— repitieron la misma cantilena, declarando monótonamente que no habían visto nada. Y nadie pudo explicarse razonablemente en qué momento y por qué se había iniciado el fuego. Todas las preguntas obtuvieron idénticas respuestas, aparentemente sinceras.

—César Tito, no sabemos nada.

En el curso de las deliberaciones del consejo, Tito se sintió muy inseguro. La atrevida mirada de complicidad del desvergonzado Pedán lo había turbado profundamente, pero rechazaba con firmeza haber tenido alguna responsabilidad en unos actos que tanto desasosiego le producían. ¿No había sido suficientemente explícita su orden? ¿Acaso no había sabido mantener la estricta disciplina en todo momento? Esperó ansiosamente el veredicto de los generales, íntimamente resuelto a no conceder la gracia si se condenaba a muerte al centurión favorito del ejército.

Pero en ningún momento los *jueces* pensaron imponer un castigo tan ejemplarizante. Intercambiaron frases vagas.

—Habría que enviar a uno o dos oficiales a una compañía disciplinaria.

—¿Y Pedán?— exclamó impetuosamente Tito, con voz enronquecida.

El silencio que siguió fue bastante molesto. Nadie quería comprometerse a tocar a Pedán, titular de la corona gramínea. Cerealis, el comandante de la quinta legión, se disponía a decir

algunas palabras en ese sentido cuando Tiberio Alejandro lo interrumpió. «Lo que probablemente Pedán ha hecho —dijo— o ha dejado de hacer, representa la voluntad de todo el ejército. No es un solo hombre el responsable de este hecho vergonzoso que manchará para siempre el nombre de Roma.» Propuso con su tono de exquisita amabilidad que se diezmara a los oficiales y soldados que habían estado encargados de la limpieza de los escombros. Nada se podía objetar contra un juicio tan ecuánime, pero los allí presentes protestaron vivamente. Era vergonzoso que ese hombre pretendiera vengar a costa de los legionarios romanos su rencor de judío. El veredicto fue postergado.

Finalmente, no se adoptó ninguna resolución Un comunicado bastante equívoco expresó el descontento de las autoridades militares contra la primera cohorte de la quinta legión, «que no había sabido evitar el incendio del Templo».

Tito quedó muy contrariado. No tenía ningún argumento que lo justificase a los ojos de Berenice. Ni siquiera se atrevía a averiguar dónde estaba ella, pues temía que hubiera cedido a la veleidad de retirarse al desierto, para escuchar la voz de Dios a fuerza de mortificaciones, como lo hiciera tres años antes.

Poco después supo que Berenice estaba en la pequeña población de Tecoa, a pocas horas de camino. La noticia no le alegró. ¿Qué había ido a buscar a esa aldea semiderruida? Quizá deseara tener siempre presente los troncos talados de su antiguo pinar, perpetuo testimonio del incumplimiento de Tito a aquel modesto ruego suyo.

El rostro ancho de Tito se cubrió de hosquedad, el mentón triangular pareció aún más acentuado y todos sus rasgos revelaron el semblante de un pérfido mozo campesino. ¿Qué debía hacer? Nada le parecía válido para enfrentarla. ¿Debería hablarle de las estrictas leyes de la guerra? ¿O mostrarse con toda su autoridad de amo, de romano? De esa forma sabía que no obtendría nada más que lo que tuvo la noche en que la tomó por la fuerza.

Resolvió no volver a pensar en la mujer, puesto que tenía bastantes ocupaciones que requerían su atención. Aún no se había logrado someter la Ciudad Alta y siendo sus murallas muy sólidas, resultaba impensable tomarla por asalto. Por tanto, habría que

recomenzar con los arietes y a socavar las entradas. Se dio un plazo: cuando se hiciera dueño de la Ciudad Alta iría a ver a Berenice.

En primer lugar mandó arrasar toda la región conquistada que estuviera al alcance de los romanos. Las paredes de las casas fueron totalmente demolidas, y sus fragmentos cayeron entremezclándose en una confusa avalancha de piedras. Los romanos experimentaban ahora el placer de la destrucción: demolieron las hermosas villas levantadas en el borde más escarpado del Templo, el barrio obrero de Ofla, las antiguas y sólidas construcciones de la Ciudad Baja. El municipio y los archivos —que ya habían sido quemados al comienzo de la guerra civil— fueron destruidos definitivamente. Los títulos de hipotecas, los documentos comerciales, los tratados oficiales grabados en bronce, las resoluciones de prolongadas y encarnizadas negociaciones en la Kipá, la Bolsa, inscritos en pergamino, desaparecieron para siempre. El distrito del Templo y los barrios circundantes quedaron enteramente sometidos al pillaje de los soldados. Durante semanas enteras éstos extrajeron de los escombros piezas de oro y diversos tesoros. Se introducían por los pasadizos subterráneos de la colina del Templo, buscando allí una mina de oro y afrontando con suerte desigual el riesgo de perderse y no regresar jamás o morir luchando contra los fugitivos refugiados en las cavernas. Sin embargo, merecía la pena aventurarse porque de las galerías se exhumaron objetos de extraordinario valor. Aparecieron los tesoros escondidos del Templo, entre ellos la célebre vestidura de ocho piezas que tan amargamente había echado de menos el Sumo Sacerdote Fanias. Joyas, piedras preciosas, metales y tejidos exóticos se acumularon en los depósitos romanos. Se intensificó la tarea de los mercaderes y el precio del oro bajó el veintisiete por ciento de su valor anterior en todo Oriente.

En la Ciudad Baja existía un santuario instalado en el mausoleo de los reyes David y Salomón. Ochenta años antes, Herodes, secretamente, había hecho abrir la tumba, codicioso de los tesoros espléndidos que, según la tradición, se guardaban allí. Al penetrar en el recinto donde reposaban los antiguos soberanos, repentinamente se encontró rodeado por lenguas de fuego: sucedió

que las antorchas inflamaron el gas que se desprendía de la fosa. Sin embargo, cuando Tito entró en la tumba no sintió ningún temor y„ sin ninguna aprensión penetró hasta la más profunda cámara del monumento. Allí yacían los dos reyes con la armadura de oro, la diadema sobre el cráneo y enormes sortijas en las falanges. En torno a los esqueletos había lámparas, copas, platos, vasos y los libros de cuentas del Templo, para que los reyes pudiesen demostrar su piedad ante Yahvé. Tiberio Alejandro desenrolló los pergaminos y examinó los caracteres y las cifras casi ininteligibles, mientras Tito asía con sus manos bastas la gruesa diadema que reposaba junto a uno de los cráneos. Se la colocó sobre la cabeza y se volvió para que lo miraran sus oficiales.

—Esa diadema no os sienta bien, César Tito— observó secamente el jefe del estado mayor.

Josef contempló el incendio del Templo con la atención apasionada de un sabio ante un fenómeno de la naturaleza. Había logrado endurecer su sensibilidad a costa de esforzarse por ser únicamente ojos y verlo todo sin que se le escapara un detalle: el principio, el núcleo y el desenlace. Llegó a los límites de la ciudad incendiada y penetró en ella, para recorrer centenares de veces la región en llamas; su cuerpo estaba extenuado pero su espíritu permanecía alerta. Veía, escuchaba, olía, comprobaba; su memoria activa y fiel lo registraba todo.

El 25 de septiembre, un mes después de la caída del Templo, cinco meses después del comienzo del asedio, cayó la Ciudad Alta. Mientras las cohortes echaban a suertes los turnos de los barrios, para repartirse el producto del saqueo de cada casa, en provecho propio, Josef se encaminó hacia la fortaleza Fasael, donde los jefes judíos habían encerrado a sus prisioneros. Ansiaba liberar a su padre y a su hermano pero no encontró a nadie; allí sólo estaban los cadáveres de quienes habían muerto por inanición. Probablemente, muchos habían sido exterminados por los macabeos antes de la llegada de los romanos, o habían logrado escapar y esconderse en las cuevas subterráneas.

Josef penetró en el corazón de la ciudad atravesando incendios y matanzas, como un impasible y frío cronista de la realidad objetiva. Durante esa larga y tórrida jornada de verano caminó de

arriba abajo y de abajo arriba, recorriendo callejuelas escarpadas, subiendo escalinatas y metiéndose en pasadizos, desde el palacio de Herodes hasta la puerta del jardín, el Mercado Alto y la Puerta de los Esenios, para volver finalmente al palacio. Durante treinta años había transitado por esas mismas calles, primero siendo niño, luego adolescente y hombre al fin. Acallaba su amargura a la vista de esas piedras que conocía una a una, se empeñaba en no ser nada más que el ojo y el estilete para registrar los acontecimientos.

Iba desarmado. Era sorprendente que sólo llevara la escribanía de oro cuando parecía tan insensato pasearse indefenso por Jerusalén derrumbada, librada al enemigo, máxime si se era judío. De haber querido habría podido protegerse con la condecoración que le concediera Tito —la placa con la cabeza de la Medusa-pero jamás la llevaba consigo.

Se dirigió por tercera vez a la calle de los Pescadores, a la casa de su hermano. La encontró vacía. Los soldados ya habían comenzado el saqueo de la casa vecina y se aprestaban a incendiarla. Fue entonces cuando, desde la puerta entreabierta, Josef descubrió a un anciano que estaba allí sentado en medio del bullicio y el caos, con una estola sobre los hombros, las filacterias sobre la cabeza y los brazos, y los pies muy juntos. Josef se acercó. El anciano se mecía y oraba en voz alta pues era la hora de las dieciocho plegarias. Rezaba fervorosamente con todo el cuerpo, como estaba prescrito, y cuando llegó a la decimocuarta oración la pronunció a la manera antigua, como se decía en el exilio de Babilonia: «Permitid que nuestros ojos puedan ver con piedad, como antiguamente, cuando volváis a Jerusalén». Estas palabras ya pertenecían a la historia, eran anticuadas y sólo habían sido conservadas por los eruditos. Aunque hacía seiscientos cincuenta años que no se utilizaban, aquel día cobraron nuevamente sentido; el anciano, imbuido de su fe, las pronunciaba dándolas por sobreentendidas. Su plegaria conmovió más a Josef que las horrorosas escenas que había presenciado en la jornada. El dolor por la destrucción de su ciudad estalló incontenible, abriéndose paso en la forzada impasibilidad del observador. Su corazón se desgarró.

Ajetreados por el incendio, los soldados no habían advertido la presencia del anciano, y al darse cuenta de que estaba allí lo rodearon alborozados y comenzaron a burlarse: «¡Jijan, jiján!» Lo sujetaron, le arrancaron la estola y lo obligaron a repetir con ellos: «Yahvé es un asno y yo soy el servidor de un asno». Le tiraron de la barba hasta que el infeliz trastabilló y cayó al suelo. Josef se interpuso exigiendo altivamente que dejasen en paz al anciano, pero los soldados no estaban dispuestos a abandonar su diversión: ¿Quién era él para darles órdenes a ellos? «Soy el secretario privado de César Tito, y procedo de acuerdo con sus instrucciones», contestó Josef. ¿Acaso no se le había autorizado a liberar a setenta prisioneros? «Cualquiera puede decir lo mismo», le respondieron los soldados, y profirieron en insultos, blandiendo las armas. «Probablemente —pensaban— éste es un judío como el viejo, que no lleva armas y habla un mal latín.» Habían estado bebiendo copiosamente y ansiaban ver correr la sangre. Josef reconoció que había sido muy imprudente al enfrentarlos sin contar con una autorización que le valiera en estos casos. ¿Moriría allí, después de haber salido con vida de Jotapata y de tantos otros peligros, víctima ridícula del error de unos soldados borrachos? Una idea acudió en su ayuda rápidamente:

—Miradme— dijo a los soldados, —si yo fuese realmente uno de los asediados, ¿no os parece que estaría mucho más delgado?

Los romanos se persuadieron de la verdad de su argumento y le permitieron irse.

Cuando regresó al campamento, fue directamente en busca del príncipe, a quien encontró de pésimo humor. Ya había transcurrido el plazo que se había concedido —toda Jerusalén estaba ahora en sus manos— y debía ir en su caballo a Tecoa, al día siguiente o a lo sumo en dos días. Suponía que la conversación con la judía iba a resultarle muy poco agradable.

Humildemente, Josef le pidió una autorización por escrito que le permitiese rescatar a los setenta prisioneros cuya libertad le había prometido. Tito la escribió de mala gana. De pronto se detuvo, y mirando de soslayo a Josef, le preguntó:

—¿Por qué no me habéis pedido una autorización para traeros a Dorión?

Josef, perplejo, guardó silencio un instante, antes de responder:

—He temido que su presencia me impidiese seguir vuestra campaña atentamente para poder describirla con fidelidad, príncipe Tito.

—Los judíos sois terriblemente consecuentes— observó Tito sarcástico.

Josef se sintió ofendido. Había pensado pedirle más de los setenta prisioneros prometidos, pero su mal talante lo desanimó. Sin embargo, no pudo contenerse e insistió. Presentía que iba a serle absolutamente indispensable que el príncipe le concediera un número mayor de cautivos. Cautelosamente, en el mismo tono sumiso, le rogó:

—No pongáis setenta, César Tito, sino cien.

—De ningún modo— repuso éste, mirándolo de un modo poco amistoso. Su voz fue ruda, brutal. Nunca se había parecido tanto a la de su padre. —Hoy no os concederé ni siquiera setenta.

Jamás se había atrevido a exigir nada a Tito pero en ese momento un extraño impulso dominaba a Josef. Debía insistir, estaría perdido para siempre si no se empeñaba en ello.

—Concededme setenta y siete, César Tito, os lo ruego.

—Callaos— dijo el príncipe, —más me apetece quitaros los setenta.

—Josef cogió la tablilla, dio las gracias y después de pedir una escolta regresó a la ciudad.

Provisto de la tablilla que salvaría tantas vidas ajustada al cinturón, recorrió las calles de la muerte. ¿A quién salvaría? No abrigaba ya ninguna esperanza de encontrar con vida ni a su padre ni a su hermano. Tenía amigos en Jerusalén, había mujeres a las que amaba pero no pensó en ellos cuando, frente al precipicio, Yahvé había enternecido el corazón del príncipe. Ni siquiera lo había motivado un sentimiento generoso cuando insistió tan tercamente ante Tito. Aun pareciéndole loable cualquier intento de salvar a algunos desdichados de la muerte, se preguntaba qué representarían esos infelices frente a los miles que iban a morir.

Se negaba a admitirlo, lo rechazaba con todas sus fuerzas, pero el tenaz recuerdo de un rostro comenzaba a atormentarlo. Sí, era él a quien buscaba.

Comenzó la búsqueda empeñosamente. Necesitaba encontrarlo. El tiempo era muy escaso y no podía perderlo. Debía descubrir forzosamente a un único hombre entre centenares de miles. No le interesaban setenta judíos cualesquiera sino uno solo. Alrededor, la muerte continuaba su carrera irrefrenable y él poseía una tablilla que podía dar la vida. El corazón le palpitaba violentamente: debía cumplir un cometido, debía encontrar ese rostro único. Pero al privilegiado que tenía poderes para detener la muerte de setenta hombres con sólo decir «¡vivid!» le resultaba imposible recorrer su camino indiferente a lo que no fuese el rostro deseado; por eso exclamó «¡vivid!» en cinco ocasiones, en diez, en veinte. Por último, invocó a su sensatez: debía cumplir un deber y esforzarse por dominar sus impulsos. Pasó delante de moribundos sin detenerse todo el tiempo que pudo resistirlo. Y cuando no pudo soportarlo más, en el siguiente encuentro exclamó nuevamente «¡vivid!» y también en el otro, y en muchos más, hasta que arrancó la quincuagésima víctima de las manos de los soldados, que le obedecieron gruñendo y con malos modales. Otra vez lo dominó el sentimiento del deber y pudo dominarse: pensó que no tenía derecho de dejarse llevar por una irreflexiva compasión porque sus manos podrían estar vacías cuando encontrase a quien buscaba.

Huyendo de sí mismo se refugió en la sinagoga de los peregrinos de Alejandría con la intención de rescatar los setenta rollos de las Sagradas Escrituras, tal como se los había concedido Tito.

Ya los saqueadores habían dado cuenta del lugar. Los libros sagrados habían sido extraídos de las arcas y despojados de sus preciosas cubiertas bordadas. Rodaban por el suelo los nobles rollos con sus caracteres venerables, rasgados, manchados de sangre, pisoteados por los soldados. Josef se inclinó y trabajosamente, con muchas precauciones, logró levantar del suelo uno de aquellos pergaminos sucios de lodo y sangre. Comprobó que le faltaban dos trozos y, siguiendo la línea del corte, descubrió que se correspondían con el contorno de los pies de un hombre. Dedujo entonces que los soldados no habían encontrado mejor destino para los rollos sagrados que hacerse con ellos plantillas para sus botas. Maquinalmente, reconstruyó el primero de los pasajes que faltaban:

«No oprimáis al extranjero en tu país y no os mostréis duro con él, pues extranjeros habéis sido en Egipto». Con pausados movimientos recogió los rollos, los acercó con respeto y unción a la frente primero y después a la boca y los besó, como indicaba la costumbre. No debía confiarlos a manos romanas. Salió a la calle en busca de judíos a los que pudiera encargar del traslado de los rollos a su tienda. Vio subir hacia el Monte de los Olivos una columna de prisioneros, al parecer capturados con armas. Después de azotarlos los habían obligado a cargar sobre las magulladas espaldas dos maderos en cruz, a los cuales habían atado sus brazos extendidos. Así, arrastraban ellos mismos hasta el lugar de la ejecución la cruz sobre la que iban a morir. Josef vio sus rostros demacrados, su mirada apagada y olvidó sus propósitos. Gritó: «Alto!», mostrando su tablilla al centurión que conducía el grupo.

Aún podía salvar otras veinte vidas y los prisioneros eran veintitrés. Quitaron las cruces a veinte de ellos. Estaban embrutecidos, exánimes por el castigo, y no comprendían qué les estaba sucediendo: en lugar de la cruz, los hicieron llevar unos rollos de las Escrituras y en lugar de empujarlos al Monte de los Olivos, fueron conducidos hacia la tienda de Josef, en el campamento de los romanos. Éstos prorrumpieron en carcajadas al ver la extraña procesión encabezada por Josef, con su escribanía de oro colgando de la cintura y un rollo sagrado en cada brazo, transportado, con tantas precauciones como si se tratara de frágiles criaturas. Con paso vacilante, los flagelados judíos lo siguieron cargados con los rollos de la Ley.

Tito recorrió velozmente la distancia entre el campamento y la población de Belén. De Belén a Tecoa aminoró *el* paso de su cabalgadura. Lo esperaba la difícil tarea de enfrentarse a Berenice. Pensaba que lo peor de su situación era su propia impotencia para modificarla. Debía presentarse y aceptar la decisión de Berenice, fuese o no favorable para él.

El ascenso fue fatigoso. Tecoa se alzaba sobre una roca desnuda y solitaria, y detrás de ella se extendía el desierto. El comandante del puesto militar había ordenado formar fila a sus hombres para recibir al general en jefe, quien correspondió al saludo. Reconoció entre ellos a Valens, el centurión que había

abatido el pinar. Su expresión no era ni demasiado inteligente ni demasiado estúpida, sencillamente honesta y viril. Había recibido la orden de no tocar los árboles y la había cumplido; después fue encargado de cortarlos y también obedeció. Lo realmente sorprendente era que Tito no hubiera podido cumplir la promesa que hiciera a Berenice.

Llegó a la casa. Estaba muy deteriorada pues había sido construida en la cima de la roca hacía mucho tiempo, para morada de los príncipes Macabeos. Desde allí se veía el desierto: ciertamente, Berenice hacía vida monástica.

Apareció un sirviente vestido modestamente, sin librea. Tito le ordenó que comunicara a la princesa su deseo de verla, aunque admitió que por no haber anunciado su visita, ella podía negarse a recibirlo. Su ánimo era el del acusado esperando el dictamen del juez. No se trataba únicamente de su intervención en el incendio del Templo sino de toda su persona, que sería sometida a juicio.

Su actitud y sus gestos dejaban traslucir una acusación y a la vez una defensa. Él, que era el jefe absoluto de cien mil soldados selectos y de una impresionante maquinaria de guerra, que poseía plenos poderes sobre Oriente, desde Alejandría hasta la frontera con la India, estaba allí esperando una respuesta que determinaría su futuro. Frente a ella no valían sus armas. Debía esperar.

La puerta se abrió y Berenice apareció en el umbral. Era lógico que saliese a recibir con honores al general en jefe, al amo del país, pero Tito no se distrajo en esas consideraciones, para él sólo importaba verla en lo alto de la escalinata. Iba vestida sencillamente, con un traje de una sola pieza, como usaban las campesinas del país. Era hermosa, majestuosa, *la mujer*. Tito la miraba humilde, subyugado. Esperaba.

Berenice comprendió que en ese momento, quizá por última vez, era dueña de su destino. Había previsto que él llegaría un día pero no se había preparado para el encuentro, pues confiaba en que su Dios, su Dios Yahvé, le inspiraría en el momento oportuno la conducta adecuada. Permaneció inmóvil en lo alto de la escalinata, mirando al hombre, adivinando sus deseos, su humildad. Él siempre había faltado a su palabra; la había tratado y la seguiría tratando con violencia. Había comprobado sus buenas intenciones pero lo

juzgaba bárbaro, hijo de bárbaros, e intuía que esa condición prevalecería siempre en él sobre sus más firmes propósitos. Había echado todo por tierra. Ya nada podía exigirle y el pasado no podía volver. Debía tomar una decisión. Hasta entonces había podido justificar su entrega a Tito por su amor al Templo, pero ahora ese pretexto había desaparecido pues del Templo no quedaban más que ruinas. ¿A quién pertenecería desde ese momento? ¿A los judíos o a los romanos? Esta era su última oportunidad de depender de sí misma. ¿Hacia dónde debía encaminarse? ¿Al encuentro de Tito? ¿A Yabne, en busca de Yojanán ben Zakai, quien con extraordinaria habilidad reconstruía el judaísmo con más sigilo, sabiduría y flexibilidad que nunca y, al mismo tiempo, apoyándose en fundamentos más sólidos? ¿Al desierto, a esperar el día en que le fuera dado escuchar la voz de Yahvé? Desde la altura donde estaba veía a Tito y sentía un olor de sangre que se desprendía de él; escuchaba el siniestro «¡Hep! ¡Hep!», que la había perseguido en el campamento y que nunca podría olvidar.

Lo mejor sería volverse. Detrás estaba el desierto, allí estaría bien. Resolvió retroceder pero no hizo ningún movimiento. Permaneció con el pie izquierdo en el umbral y el derecho avanzando. Sin poder dominarse avanzó, impulsada por una fuerza superior a la suya, que la arrastraba hacia abajo. Se dijo «¡atrás!», pero no retrocedió. Bajó un peldaño, luego otro. Supo que estaba perdida. Suya era la culpa, deseó perderse. Fue al encuentro de Tito.

El hombre la vio acercarse. Venía hacia él, era el maravilloso, el adorable andar de Berenice lo que contemplaba. Corrió escaleras arriba. Estaba radiante, con el semblante juvenil, como una criatura feliz bendecida por los dioses. Le tendió las manos con las palmas hacia arriba, y dando un salto exclamó transportado:

—¡Nikión!

Pasó la noche en la pequeña casa abandonada. A la mañana siguiente volvió a Jerusalén, dichoso. Encontró a Josef:

—¿Queríais setenta y siete prisioneros, querido Josef? Podéis tomarlos.

Josef, con la tablilla donde se podía leer la autorización del supremo jefe sujeta al cinturón, se dirigió al patio del Templo

antiguamente reservado a las mujeres, que había sido transformado en depósito de prisioneros. Lamentaba haber despilfarrado su poder de rescate. Recomenzó su atormentada búsqueda con esperanzas renovadas. Frontón, que seguía a cargo del depósito con un grado militar superior, se ocupó personalmente de guiar a Josef. No simpatizaba con el judío pero como se había enterado de que iba a escribir un libro sobre la guerra, pensó que sería estupendo figurar en él con un buen papel. Le explicó pormenorizadamente todas las dificultades que conllevaba su tarea de administrador de un almacén de esa importancia. Puesto que el mercado estaba saturado, ¿qué podía hacer él para conservar en pie a toda esa canalla hasta que fuera posible encontrar un comprador? A esos hombres no les quedaba más que la piel sobre los huesos y para colmo muchos de ellos estaban enfermos. Durante la semana anterior habían muerto once mil, en gran parte voluntariamente: «Nuestros legionarios son unos muchachos excelentes, dados a las bromas, y a menudo ofrecen a los prisioneros sus propias porciones de carne de cerdo, pero los judíos prefieren reventar antes que probarlas».

En cambio, a los prisioneros que habían portado armas, Frontón no les daba ningún alimento y los hacía ejecutar inmediatamente. Del resto trataba de enterarse si tenían parientes para que les pagasen el rescate. A los que quedaran para el final pensaba liquidarlos en el espacio de seis meses, mediante varias subastas masivas. Los que no representaban ningún valor en el mercado —viejos demasiado débiles, viejas sin ningún oficio especial—, serían devorados por las fieras en los espectáculos circenses.

Josef respondía a sus palabras con monosílabos, caminando lentamente a su lado. Del cuello de los prisioneros colgaba una tablilla donde se había escrito su nombre y unos pocos datos más; estaban sentados en cuclillas o tendidos en el suelo, envueltos en la atmósfera caliginosa y hedionda. Hacía muchas semanas que la muerte estaba frente a ellos; habían probado hasta la saciedad el sabor del terror y de la esperanza. Se habían insensibilizado. Estaban vacíos.

En ese momento atravesaban el sector de los prisioneros destinados al circo. «¡Doctor Josef!», gritó un hombre con voz

quejumbrosa. Era un anciano de cabellos grises y revueltos, completamente cubierto de suciedad. Josef indagó en su memoria pero no pudo reconocerlo.

—Soy el vidriero Alexas.

¿Este despojo era aquel hábil negociante, el experto, el dinámico y vigoroso Alexas, que tenía su misma edad?

—La última vez nos vimos en la feria de Cesarea, doctor Josef, y hablamos del sufrimiento que debe soportar quien profesa la verdad.

—Creo— dijo Josef dirigiéndose a Frontón —que este hombre no ha sido un rebelde.

—La comisión investigadora me lo ha señalado así— dijo el otro, encogiéndose de hombros. —¿Adónde iríamos a parar si hubiese que revisar todas las sentencias? «Más vale una injusticia que una falta de disciplina»: ésa fue la norma que me indicó el general en jefe al confiarme la dirección del depósito.

—No os preocupéis por mí, doctor Josef— dijo Alexas, en tono resignado. —He sido tan golpeado por la desgracia que no me queda ningún deseo de vivir.

—Pido a este hombre— exclamó Josef, mostrando su autorización.

—Como os parezca— repuso Frontón afablemente. Os quedan seis más para reclamar— agregó, haciendo una marca en, la tablilla.

Josef hizo que condujeran a Alexas a su tienda y se ocupó de él afectuosamente. Alexas le refirió sus desventuras. Le contó que cuando los romanos entraron en la ciudad, había llevado a su padre a los pasadizos subterráneos, con la esperanza de que pudieran salvarse los dos. Pero el anciano Nahúm no había querido quedarse allí. Le decía que si moría en la casa de la calle de los Perfumadores —decía— podía esperar con alguna posibilidad que alguien lo enterrara, pero si sucumbía en ese lugar no tendría sepultura ni tierra que cubriera su cuerpo, y se presentaría desfigurado el día de la resurrección. A pesar de estas razones, Alexas había logrado convencerlo. Internados ya en el pasadizo, la antorcha que los alumbraba se apagó y quedaron separados. A poco trecho, Alexas fue sorprendido por dos soldados. Al verse amenazado de muerte, Alexas les había ofrecido algunas de sus

provisiones escondidas y, al insinuarles que aún tenía más, decidieron retenerlo. Pero, a cambio, los soldados lo obligaron a contarles historias graciosas. Durante una semana Alexas había tenido que convivir con los dos jóvenes, que no eran demasiado perversos pero se reían hasta las lágrimas de su latín con acento judío. Finalmente se les ocurrió que Alexas podría llegar a ser un excelente portero y resolvieron venderlo como esclavo. A él también le pareció buena la idea —al fin de cuentas era mejor que ir a parar a alguna mina de Egipto o a la arena de algún circo de Siria—, pero los soldados no regresaron a los subterráneos y sus compañeros lo entregaron al depósito.

A la mañana siguiente, Josef regresó. Contaba todavía con la posibilidad de salvar seis vidas humanas, aunque estaba decidido a no reclamarlas hasta que hubiera encontrado a quien buscaba. ¿Cómo haría para descubrirlo entre miles y miles de muertos, de prisioneros, de infelices? Era como buscar un determinado pez en todo el océano.

Cuando Josef volvió por tercera vez, Frontón le dijo bromeando que le satisfacía comprobar que estaba más interesado en su mercancía que todos los traficantes de esclavos juntos. Alentando aún la esperanza, Josef buscó durante todo el día, aunque fue en vano.

Ya empezaba a anochecer cuando escuchó un comentario sobre el resultado de otra *razzia* practicada en los subterráneos. Habían sido entregados ochocientos prisioneros al comandante Frontón, quien de inmediato los había destinado a la crucifixión. Aunque estaba tendido en el lecho, rendido de fatiga, se vistió rápidamente y salió con dirección al Monte de los Olivos.

Era plena noche cuando llegó al sitio donde se efectuaban las ejecuciones. En otro tiempo se habían extendido allí las terrazas de olivares, los almacenes de los hermanos Hanán, las villas de la familia del Sumo Sacerdote Boet, pero ahora se alzaban centenares de cruces. Los cuerpos desnudos mostraban las huellas de la flagelación. Pendían contraídos, con la cabeza inclinada, la mandíbula colgante, los párpados caídos. Josef y su escolta fueron iluminando con sus antorchas los rostros espantosamente descompuestos de los supliciados, que al sentir el efecto de la luz

comenzaban a hablar. Algunos maldecían pero la mayoría sólo balbuceaba: «¡Oíd, Israel!». Josef sentía una fatiga mortal. Varias veces estuvo a punto de decir: «¡Llevaos a éste, lleváoslo!», sin elegir a nadie más, para concluir de una vez la búsqueda siniestra. La tablilla de la salvaguarda se había convertido para él en una carga insoportable. Ansiaba alejarse de allí, dormir, liberar a los setenta y siete, liberarse a sí mismo de toda obligación, caer desplomado en el lecho, en su tienda. Dormir.

Finalmente, encontró a quien buscaba. Una barba crecida cubría las mejillas del hombre cuyo rostro amarillento se había transformado en grisáceo. La lengua tumefacta asomaba por su boca entreabierta.

—Bajadlo de la cruz— dijo Josef en voz baja. Le fatigaba articular las palabras, tenía la garganta agarrotada.

Los lictores dudaron. Hubo que llamar al comandante Frontón. La espera fue insoportablemente larga para la ansiedad de Josef, pues temía que aquel hombre se extinguiera de un momento a otro, mientras él aguardaba a los pies de la cruz. No, no podía ser. La gran polémica entre Justo y él aún no había terminado. Justo no debía sucumbir antes de que ambos hubieran llegado a una conclusión.

Frontón llegó, finalmente, soñoliento y fastidiado pues esa jornada había sido agotadora. No obstante, escuchó a Josef con la afabilidad de otras ocasiones.

—Tenéis ahora derecho a otros cinco— dijo, haciendo una marca sobre la tablilla.

—¡Bajadlos, bajadlos!— exclamó Josef, señalando a los cinco más próximos.

—Ya no os queda ningún otro— declaró el comandante.

Justo había sido clavado a la cruz, lo cual demostraba cierta consideración, aunque al bajarlo se pudo comprobar que este procedimiento no resultaba mucho más suave puesto que, de todos modos, la crucifixión era un castigo extremadamente cruel. Sólo habían transcurrido cinco horas desde que fuera suspendido y, si bien habría sido poco tiempo para un hombre vigoroso, no era ése el caso del doctor de rostro amarillento. Josef hizo comparecer a varios médicos. El dolor reanimó a Justo. Se desvaneció otra vez y

volvió nuevamente en sí. Llegaron los médicos; se había difundido la noticia de que un profeta judío había sido bajado de la cruz por orden del príncipe. Se trataba de un caso extraordinario y, por tanto, los mejores cirujanos del campamento le dedicaron la máxima atención. Josef quiso saber cuál era el diagnóstico, pero ellos se lo reservaron: en tres días más podrían determinar con exactitud si el supliciado viviría o no.

Josef caminaba al lado de las andas en las que Justo fue llevado al campamento. Su antiguo rival no lo había reconocido. Cansado hasta la muerte, y sin embargo sosegado, Josef se colmó con las palabras de acción de gracias, como si hubiera escapado de un gran peligro. Jamás el sueño habría podido darle reposo, ni los alimentos nutrirle, ni los libros consolarle, ni el éxito producirle satisfacciones, si Justo hubiera muerto o desaparecido. No le habrían hecho feliz ni el reencuentro con Dorión ni la conclusión de su libro. Justo vivía y estaba allí para medirse con él. Para Josef él era el único hombre con quien merecía la pena confrontarse. «Vuestro doctor Josef es un miserable»: Justo tendría que haber pensado que las palabras no tienen el mismo sabor en el oído que en la boca. Una paz inmensa se adueñó de Josef, se sintió ligero, aliviado y esa noche durmió profundamente durante muchas horas, casi hasta el mediodía.

Luego fue a la tienda de Justo. Los médicos seguían negándose a dar un diagnóstico y él ya no se alejó de allí. El supliciado permaneció inconsciente todo el día. A la madrugada comenzó a delirar. Su aspecto era terrible. Los médicos, considerándose impotentes, dieron por descontado que no sobreviviría. Josef no se apartó de la cabecera ni probó bocado, ni se mudo de ropa, ni se afeitó la barba. Imprecaba a Yahvé: «Por qué me habéis salvado de tantas pruebas si no me permitís continuar la gran polémica con Justo?»

El príncipe envió a buscarlo. Berenice lo invitó a Tecoa pero él se sentía indiferente a todo; permaneció al lado de Justo, con la mirada atenta, reviviendo interiormente las conversaciones que había mantenido con él. La gran controversia no estaba concluida. Justo no podía morir.

Al cuarto día los médicos amputaron al enfermo el antebrazo izquierdo y lo declararon fuera de peligro.

Cuando Josef supo que Justo estaba salvado, abandonó su cabecera, dejó algún dinero y no se ocupó más de él. Aunque su naturaleza era proclive a la jactancia, no quiso que su rival supiera que le debía la vida.

Algún día la polémica entre él y Justo continuaría. Eso le bastaba.

Por aquellos días Tito pidió un favor a Josef. El príncipe se sentía muy feliz por lo ocurrido en Tecoa pero estaba inquieto respecto al porvenir. No se atrevía a dar ningún paso más: ¿qué sucedería cuando abandonara el país? Encargó a Josef que indagara en las intenciones de Berenice. ¿Querría acompañarlo a Roma?

En la desguarnecida casa de Tecoa, Josef y Berenice conversaron, sentados frente a frente, embargados por idéntica sensación de desamparo. ¿Su sumisión al romano no había tenido acaso el único objeto de salvar el Templo? Sin embargo, el Templo había sido destruido. Ambos se sentían como moluscos a los que se ha arrancado la concha pero, como estaban hechos de la misma materia, no los avergonzaba la desnudez. Despojados de todo, examinaron su situación sopesándola calculadoramente. Debían forjarse una nueva vida sin otros apoyos que los propios. Él poseería su libro y su ambición; ella poseía a Tito y también su ambición. El porvenir de ambos estaba en Roma.

Sí, ella estaba dispuesta a ir a Roma cuando fuera necesario. El consentimiento de Berenice significó un inmenso alivio para el príncipe. Se sintió muy agradecido a Josef.

—¿Querido Josef, poseéis algunas tierras en la Ciudad Nueva? — le preguntó un día. —Seguramente debéis haber heredado algunas de vuestro padre. Mi propósito es confiscar todas las propiedades que existen en Jerusalén en beneficio de la guarnición que dejaré instalada. Decidme en cuánto estimáis vuestras pérdidas y os compensaré con algunas de las propiedades confiscadas en otros lugares del país.

Josef agradeció el obsequio. Con una intuición muy certera para los negocios ordenó su situación en Judea, porque deseaba

dejar todo perfectamente aclarado antes de regresar a Italia.

Tito, como en otros tiempos habían hecho los conquistadores victoriosos en Cartago y Corinto, dejó a Jerusalén completamente desmantelada; sólo quedaron en pie las torres Fasael, Mariana e Hípica, así como una parte de la muralla occidental, expuesta como testimonio de la poderosa fortificación que había rodeado la ciudad sometida a su destino.

El 24 de octubre, con ocasión del cumpleaños de su hermano Domiciano, Tito organizó unos Grandes Juegos en el estadio de Cesarea, para los que, gracias a la abundancia de cautivos, pudo suministrar un contingente excepcional.

—Venid a verlos— dijo a Josef.

Y Josef fue.

Cuando los dos mil quinientos participantes fueron conducidos a la arena, dos grupos de judíos tuvieron que representar, unos como defensores y otros como sitiadores, el asalto a una fortaleza. Los desdichados y grotescos barbudos daban saltos ridículos cuando se herían o los alcanzaba un golpe mortal. Los que rehuían el juego eran obligados a combatir a fuerza de azotes o aplicándoles hierros candentes. Y a los que ni siquiera con esos métodos se persuadían de matar a sus compañeros, se los obligaba a luchar con gladiadores profesionales. Los servidores del teatro, cubiertos con las máscaras del dios de los infiernos, se aseguraban por medio de hierros al rojo vivo que los caídos no simulaban la muerte. En la arena resonaba el grito «¡Oíd, Israel, Yahvé es único!».

Muchos morían de forma muy poco espectacular para el gusto de los asistentes, que los azuzaban gritando: «¿Qué forma es esa de destripar a un adversario? ¡Esto no es pelear! ¡Esto es hacer cosquillas! ¡Adelante, barbudo! ¡Arremétele, viejo! ¡Más coraje! ¡No se debe morir como pescados, cobardicas!»

Josef oía los gritos y se sentía decepcionado por la impresión de pasividad que daban los judíos ante la muerte, sobre todo porque se había informado al público que en el combate se entregaba a la muerte bravíamente.

Al cabo de un rato de tanta monotonía, parecía difícil animar el espectáculo. Para hacer más excitante la función se soltaron a la arena algunos leones de África, elefantes de la India y uros de

Germania. Parte de los prisioneros judíos habían sido vestidos con ropas de gala de color blanco, con bordados negros y ornamentos azules que contrastaban bellamente al colorearse con el rojo de la sangre. Pero la mayoría de los hombres, mujeres y niños aparecieron desnudos para que los espectadores pudieran apreciar la contracción de los músculos en el instante de la muerte. Algunos de los prisioneros, bien provistos de armas, debían combatir contra un elefante. Sombríos y angustiados asestaban golpes profundos al animal hasta que éste, enfurecido, los asía con la trompa y los aplastaba bajo las patas, con el resultado de que el público se compadecía del elefante.

También hubo cuadros cómicos. Algunos prisioneros eran obligados a morir con la cara cubierta por máscaras grotescas y varios ancianos salieron a la arena con la mitad del cráneo rasurado, por lo cual resultaban muy graciosos cuando giraban, mostrando de un solo lado la copiosa barba y la abundante cabellera. A otros se los obligó a correr vestidos con ropas de tejidos inflamables, que se encendían en cuanto emprendían la carrera. Si lograban alcanzar un estanque situado a doscientos pasos de distancia se libraban de la muerte. Nada era tan gracioso como verlos levantar las piernas para saltar y arrojarse al agua, aun los que no sabían nadar. Gran diversión produjo el espectáculo que se montó utilizando una escalera apoyada sobre un muro, por la que debían subir los condenados a muerte. Había sido untada con sustancias resbaladizas para provocar la caída de los pobres infelices que quedaban ensartados en unas picas clavadas en el suelo.

Mediante estos métodos, durante dos días murieron en el estadio de Cesarea dos mil quinientos judíos, para mayor diversión de los incircuncisos. Josef oyó y asistió a su muerte; muchas veces tuvo la impresión de reconocer algunos de aquellos rostros, pero estaba convencido de equivocarse porque Frontón había seleccionado para esos juegos a una multitud anónima de obreros y campesinos de la provincia.

Más tarde Josef afirmaría con absoluta convicción: «Yo lo he visto», «lo he visto con mis propios ojos».

Se acercaba el día en que tendría que abandonar Judea, sin duda para siempre. Dudó mucho antes de decidir que no visitaría a Mara, privándose con ello de un placer. Le aseguró una renta adecuada y la autorizó a vivir en una de las propiedades del valle de Jezreel, que Tito le había cedido.

Los judíos habían visto a Josef dirigirse a los Juegos. Sentían por él odio y desprecio y no trasgredían jamás la prescripción de alejarse siete pasos ante su presencia. Ningún judío lo acompañó hasta la nave que lo llevó a Italia.

El puerto de Cesarea, las estatuas colosales de la diosa Roma y del emperador

Augusto, la fortaleza Estratón, las montañas violáceas de Judea y —finalmente— la cima verdosa del Monte Carmelo, desaparecieron de su vista. Josef viajaba rumbo a Roma. No llevaba de Judea más que el recuerdo en su memoria de todo cuanto había visto; los setenta rollos de las Sagradas Escrituras y una cajita que contenía un poco de tierra recogida en las ruinas de Jerusalén.

En la Vía Apia, cerca de la tumba de Cecilia Metela, el cochero *se* detuvo, según la costumbre, y Josef recorrió con los ojos el grandioso espectáculo de la ciudad que se dominaba desde la altura. Era un fresco día de marzo y Roma estaba bañada por su luz transparente. Roma, Fuerza, *Guevurá*. La urbe se extendía aún más poderosa que cuando partiera hacia Jerusalén. Todo cuanto había soñado la primera vez que contempló a la Soberana del Mundo desde el Capitolio, estaba al alcance de su mano. El emperador y el príncipe le pedían consejo y a través de su palabra recibían la voz y el espíritu de Oriente.

Sin embargo, Josef apretaba los labios con amargura. Para su desgracia, el doctor Yojanán ben Zakai había tenido razón. Lo que creyó el final sólo era el comienzo. Pretender asociar la sabiduría oriental a la técnica de Occidente constituía una tarea ardua y poco gratificante.

El coche se puso en movimiento y, finalmente, se detuvo frente a la casa de Dorión. No había olvidado su imagen, con su gato en los brazos, tal como la viera la primera vez, ni su voz agudísima de impúber, ni el modo como se estrechaba contra el suyo su cuerpo moreno y esbelto, en el arrebato de la pasión. ¡Pero ahora se

interponían tantos rostros entre ellos, tantas cosas a las que ella era completamente extraña! Necesitaba darse tiempo, no alentaría las esperanzas de Dorión. Quería saber si, realmente, aún sentía la poderosa atracción que lo uniera a la muchacha.

La casa de Dorión era pequeña, agradable, moderna. El esclavo portero preguntó a Josef qué deseaba. Él dijo su nombre y el servidor echó a correr después de hacer una profunda reverencia. Cuando quedó solo en el vestíbulo se sintió perplejo. A su alrededor había mosaicos, estatuas y pinturas —probablemente de Fábulo—, cubriendo las paredes. ¿Qué estaba haciendo él allí? Imposible vivir en esa casa.

He ahí a Dorión. Así la recordaba: sobre su delgado cuello infantil se yergue, como antes, pura y ligera, la delicada cabeza. El observaba su boca voluptuosa. Ella queda contemplándolo con sus ojos verdes, por los que pasa visiblemente una sombra. Desea sonreír pero no puede: la emoción se lo impide. ¡Hace tanto tiempo que lo espera! ¡Loados sean los dioses, ya está allí! Dorión ha temido que la odiosa Judea lo retuviese para siempre, pero ¡gracias a los dioses! ha regresado. Palidece, primero alrededor de la boca y enseguida en todo el rostro; lo mira fijamente, camina hacia él, lanza un gritito agudo y se desploma sobre Josef, que debe sostenerla entre sus brazos. Ésta es la piel dorada que tanto amó. Suave, tersa, fría. ¡Oh, siente que es muy fría la piel de la mujer que lo ama!

Pasan los minutos y todavía no se han dicho una palabra. No hay encanto en el mundo como el de Dorión. Ella lo abraza, pálida, extremadamente pálida y vencida por la emoción, y él siente un estremecimiento en las rodillas. «No las desposaréis...» Ante él aparecen su libro, el paisaje desolado con la hondonada de cadáveres, la colina del Templo, incendiada desde la base a la cima. ¿Qué significan esos absurdos mosaicos que ve alrededor, esas triviales y frívolas imágenes de la vida doméstica? ¿Qué hace él allí? ¿Qué quiere esta mujer de él? Siente que es un extraño en la casa.

—Sois un extraño en esta casa— le dice ella.

Han sido sus primeras palabras después de un año de separación.

Apoya los brazos firmes en los hombros de él, lo examina. «Sois un extraño», dice. Lo afirma seriamente, sin lamentarse. Lo comprende porque lo ama. Los dulces consuelos y las palabras triviales habrían carecido de sentido.

—Sí— replica él, —no puedo vivir aquí. No puedo vivir con vos, Dorión.

Dorión no deja escapar ni una sola queja. Intuye que este Josef ya no es suyo. Es otro, su mente está colmada por visiones que ella no puede compartir. Pero ella sí le pertenece; pese a su apariencia es tenaz y valiente: conquistará a este hombre tal como es ahora. No lo retiene. Sólo le dice:

—Cuando me deseéis, hacedme llamar.

Josef se fue. Era un extraño en Roma. Recorrió la ciudad, atravesando calles y columnatas. Si veía acercarse a algún conocido volvía sobre sus pasos, no deseaba hablar con nadie. Luego de caminar un tiempo sin rumbo decidió ir a visitar a Claudio Regino.

El editor parecía cansado y desmejorado.

—Bien venido el que llega— dijo sonriendo. —Y bien, mi querido profeta, ¿dónde está vuestro libro? Vuestra predicción se ha cumplido de un modo asombroso. Creo que ahora podríais pone— ros a trabajar. ¿O queréis libraros de vuestro compromiso?

—No pienso eludirlo— repuso Josef, amargamente. —Nunca podréis saber hasta qué punto ha sido duro, pero lo he soportado todo.

—En algunas ocasiones he visto a vuestra hermosa mujer, la egipcia.

—No viviré con Dorión mientras esté redactando mi libro. —Esto sí que es sorprendente— comentó el editor, con un gesto de asombro. —Finalmente, la dama ha sido el motivo del libro. —Un pretexto, tal vez— protestó Josef.

—Mi casa está a vuestra disposición— agregó Claudio.

—Prefiero vivir solo— repuso Josef, después de dudar un instante —mientras esté ocupado con mi obra.

—Además, creo que el emperador os cederá su antigua casa. Está amueblada con sencillez pues, como sabéis, Su Majestad ha sido siempre muy económico.

Josef se instaló en la casa de Vespasiano con un solo esclavo a su servicio. La casa era grande y ostentosa, y estaba un poco descuidada. Su vida transcurría austeramente y sus comidas era frugales. No comunicó a nadie su regreso a Roma. Se deslizaba por las calles en las horas de poco movimiento para observar los preparativos del triunfo. Por todas partes se levantaban podios y tribunas. Sobre las paredes y en los pórticos se exhibían enormes retratos de Vespasiano y Tito, adornados con banderolas en las que se leían loas celebrando a los vencedores y burlas escarneciendo a la vencida Judea. Ampliados hasta lo gigantesco, los rostros del emperador y del príncipe observaban a Josef desde los muros, burdamente deformados, carentes de expresión y personalidad. Ambos se parecían igualmente al centurión Pedán.

Por aquellos días, bajo las columnatas del Campo de Marte, Josef encontró al senador Marullo, que viajaba en su litera. Trató de pasar inadvertido pero el senador lo reconoció y lo llamó.

—Os habéis hecho una carrera, joven— le dijo, —habéis cambiado mucho. Sí, es el destino quien determina las fisonomías— y diciendo eso lo examinó a través de su lupa de esmeralda. —¿Os acordáis de aquel día en el Circo Máximo cuando os instruí sobre Roma? Pasaron ya cinco años. Yo comprendí entonces que merecía la pena poneros al corriente. Habéis sabido arrimaros a tiempo al sitio donde el sol calienta más.

No permitió que Josef siguiera su camino. Lo invitó a seguir con [él][1] y le contó sus proyectos. Estaba escribiendo una farsa que se representaría en el Teatro Marcelo, a comienzos de la semana del triunfo. El protagonista era el judío Zacarías, un prisionero condenado a participar en los Juegos. Lo personificaría Demetrio Libán. El miedo a la muerte, que él manifestaría repitiendo súplicas sin cesar, su esperanza de ser indultado, su desempeño en el combate y las muestras de su cobardía, darían lugar a escenas, chanzas, bailes y tonadillas muy divertidas. El problema estaba en el desenlace. Sería extraordinario encontrar un sosias de Libán —precisamente había mucho material donde buscarlo— tan parecido que ni sus propias madres pudiesen distinguirlos, y hacerlo matar al final por un gladiador profesional. Ciertamente, el público ya estaba harto de crucifixiones y matanzas por lo que tal vez sería más

novedoso hacer indultar al prisionero. La alegría que éste demostraría al concedérsele la gracia compondría una escena interesante y, como gran final, el personaje, agradecido, podría distribuir entre los espectadores unos tesoros que extraería de un escondite. El asunto podría arreglarse así: se lo crucificaría en un momento próximo al desenlace de la obra, enseguida aparecería alguien que lo salvaría de la cruz — ¿no habéis hecho vos, Flavio Josefo, algo parecido?— y desde su sitio, el crucificado lanzaría al público monedas nuevas, acuñadas en conmemoración de la victoria.

Josef no tuvo escapatoria. Cenó con Marullo y pasó con él la velada. El vivaz personaje se interesó minuciosamente por innumerables detalles relativos a la campaña. Se hizo relatar todo lo que Josef pudo decirle y, por su parte, le informó de algunas novedades. Se había resuelto que de los tres personajes judíos que desfilarían tras el carro del triunfador, sólo Simeón bar Giora sería ejecutado, de acuerdo con la costumbre, en el transcurso de la ceremonia. Los otros dos, Juan de Giscala y el Sumo Sacerdote Fanias, serían vendidos como esclavos. Ya había tres interesados: Muciano, el ministro Talas y él. Tenía razones para suponer que obtendría la preferencia. La señora Cenis era muy exigente en asuntos de dinero, pero él no era mezquino. ¿A quién le aconsejaba Josef que comprase? ¿Al general o al Sumo Sacerdote?

Al día siguiente, haciendo un gran esfuerzo, Josef fue a visitar al cómico Demetrio Libán. Había envejecido notablemente y estaba muy nervioso.

—¡Ah, sois vos!— exclamó al verlo. —Naturalmente, no podíais faltar. A decir verdad, hace tiempo que os esperaba.

Destilaba una hostil ironía contra Josef. Pasados algunos momentos, éste comenzó a comprender: el actor se consideraba responsable de la destrucción del Templo. Él había llevado a Josef a presencia de Popea; él, en resumidas cuentas, había obtenido el indulto de los tres ancianos presos. ¿Acaso todo el mal que sobrevino no se había originado en aquellos hechos? La amnistía, el edicto de Cesarea, la revuelta, el incendio del Templo, todo formaba parte de una cadena de la cual él había sido el primer eslabón. Al comienzo, las apariencias habían indicado que los buenos

resultados dependían de la decisión de interpretar el papel del judío Apella, pero, en realidad, sólo en manos de Yahvé habían estado las suertes que iban a determinar la conservación o la destrucción del Templo y él había tenido la desdicha de elegir la de la destrucción.

Se puso de pie y comenzó a recitar la gran maldición del quinto libro de Moisés. Demetrio Libán jamás había visto a ningún profeta —verdadero o falso— de los muchos que proliferaron en Jerusalén, veinte o treinta años antes, pero las frases que él decía en griego adquirían por su arte el mismo tono, el mismo canturreo que habían sido característicos de aquéllos, y aun los gestos eran idénticos. Pese a su pequeña estatura, el cómico lograba elevarse como un árbol siniestro.

«*Por la mañana diréis: ¿quién diese la tarde?*
y por la tarde diréis: ¿quién diese la mañana?,
por el miedo que amedrentará vuestro corazón.»

Las sombrías maldiciones surgían monótonas, desgarradoras, agobiantes. «Y así ha sido», repetía con gran calma, como si la sombría comprobación le produjera una satisfacción desesperada.

Durante dos días, Josef permaneció solo en su casa amplia y sombría, después de la entrevista con Demetrio Libán.

Al tercer día cruzó el puente Emilio, con el propósito de visitar el barrio judío, al otro lado del río.

Los judíos romanos habían demostrado repetidas veces durante la campaña militar su lealtad al gobierno: ellos se consideraban súbditos leales y hacían recaer toda la responsabilidad, sin ninguna reserva, en los rebeldes. Pero esas declaraciones no les impedían manifestar abiertamente su duelo por la destrucción del Templo ni demostrar su repudio por los judíos que habían contribuido al desastre. Al llegar al barrio de la margen derecha, Josef encontró un muro de odio intenso que lo cercó inmediatamente. Todos se alejaban de él a la distancia prescrita para los leprosos. Caminaba por un espacio vacío, entre murallas de desprecio.

Se dirigió a la casa de Cayo Barzaarone. El presidente del clan de Agripa, que en otro tiempo había deseado darle su hija en matrimonio, se mantuvo alejado siete pasos de él. El rostro de este hombre antes jovial y vivaz, se mostraba sombrío y alterado por el encono. Su gran parecido con su anciano y quejoso padre confundió a Josef, quien quedó profundamente desconcertado por la expresión adusta de Cayo.

—Disculpadme— dijo, con un sentimiento total de impotencia y, desesperado, volvió sobre sus pasos, flanqueado por el odio de acérrimos enemigos. Regresó al puente Emilio.

En la otra orilla, cuando ya había doblado la esquina y estaba fuera del alcance de los ojos de los judíos, oyó acercarse unos pasos que no le eran desconocidos. A pesar suyo apoyó la mano sobre la pesada escribanía de oro, con intención de defenderse. Pero oyó que alguien le decía en arameo:

—No temáis, soy yo.

Se trataba de un hombre muy joven, que a Josef le pareció conocer.

—Nos hemos visto antes— dijo el adolescente, —cuando llegasteis a Roma por primera vez.

—¿Sois...?— preguntó Josef, tratando de adivinar.

—Cornel, el hijo de Cayo Barzaarone.

—¿Qué queréis de mí? ¿Por qué no guardáis la distancia prescrita de siete pasos?

El joven Cornel se acercó.

—Perdonad a los otros— dijo cordialmente, con confianza y firmeza. —No os comprenden, pero yo sí os comprendo. Creedme, os lo ruego.

Se acercó un poco más.

—He leído vuestro «Salmo del ciudadano del mundo». Muchas veces, cuando todo me parece absurdo y confuso, lo recito en voz baja. Aquí todo es mezquino, enclaustrado, encerrado entre cuatro paredes. Vos, en cambio, sabéis ver muy lejos. Sois un grande de Israel, Flavio Josefo, sois un profeta.

Al escuchar estas palabras, Josef se sintió consolado en lo más profundo. Ese joven, que sin conocer de él más que sus palabras, lo

defendía con tanto entusiasmo, constituyó el mejor testimonio de su vida.

—Me alegro, Cornel, me alegro mucho. He traído conmigo tierra de las ruinas de Jerusalén y rollos de las Escrituras. Permitidme que os los muestre. Venid conmigo, Cornel.

El adolescente resplandeció de alegría.

Mientras tanto, Tito había regresado a Italia. Todo tipo de tentaciones se le habían ofrecido en Oriente. En nombre de la quinta y de la decimoquinta legiones, destinadas a ocupar poco envidiables guarniciones en el Bajo Danubio, el centurión Pedán le había suplicado que se quedara con sus tropas o se las llevara a Roma. Al príncipe no se le había escapado lo que se ocultaba tras la astucia ingenua de ese viejo soldado leal: le había sugerido la proclamación para reemplazar a Vespasiano. La oferta era muy seductora —no lo podía negar—, pero, en igual medida, arriesgada, y Tito no dudó en rechazarla en el mismo tono de broma y con unos términos no menos simples que Pedán. Días atrás, al brindársele honores de soberano independiente, no había podido resistirse a colocarse la corona de Egipto en Menfis, durante la consagración del buey Apis. Admitía que el gesto era imprudente y que hasta podría ser malévolamente interpretado, por lo que, sin demora, aseguró a su padre, por medio de una misiva, que no había obrado de otra forma que como su representante. Vespasiano le contestó amistosamente que en ningún momento había imaginado otra cosa pero, por ser hombre precavido, había ordenado prepararse a unos cuantos miles de soldados, para una expedición a Oriente.

Tito se dio prisa en regresar. Decidió prescindir de toda ostentación y llegó a Roma con un reducido séquito. Si aspiraba a obtener el triunfo debía entrar en la ciudad el día del cortejo. Así lo establecían las costumbres más antiguas. Vespasiano se adelantó al encuentro de su hijo en la Via Apia.

—Heme aquí, padre, heme aquí— exclamó Tito, saludándolo cordialmente.

—De nada os habría servido, jovencito— chilló Vespasiano —permanecer más tiempo en Oriente.

Dicho esto, lo abrazó.

Al concluir la cena, padre e hijo abordaron los temas que habían quedado pendientes, en presencia de Muciano y de Cenis.

—No siempre habéis dado motivo de satisfacción a vuestro padre— dijo Cenis, muy resuelta. —Nos han disgustado bastante ciertas noticias acerca de vuestra coronación en Menfis, durante las fiestas del buey Apis.

—Está bien, no seré yo quien haga de ese buey un elefante— intervino Vespasiano, indulgente. Hay otro asunto que nos interesa mucho más. Sinceramente: ¿no hubo forma de salvar el Templo de los judíos?

Padre e hijo se miraron con dureza. Se produjo una pausa y Tito contestó:

—¿Acaso lo creíais posible?

—Si realmente no hubo otra forma de realizar la operación policial en Jerusalén que como si se tratara de una campaña que culminara con el triunfo —que nos he hecho conceder por el senado —, cabe admitir que quizás no era posible— contestó Vespasiano, en tono circunspecto, mirando a su hijo astutamente.

—No era posible— afirmó Tito secamente, sonrojándose.

—Admitamos pues que era imposible— confirmó el emperador con una sonrisa —de lo contrario creo que habríais salvado ese monumento aunque sólo hubiera sido por amor a Berenice. Y aquí tocamos el segundo punto que nos interesa a todos. La princesa es una mujer extraordinaria. Comprendo perfectamente que desearais tenerla cerca durante esa fastidiosa operación policial. Pero aquí, en Roma, ¿es necesario que siga permaneciendo a vuestro lado?

Tito ya iba a replicar pero se lo impidió su padre con un gesto, un ligero resoplido y la mirada de sus duros ojos grises.

—Miradme a mí un momento— continuó Vespasiano con tono familiar. Mi Cenis es una persona corriente, ¿no es así, mi vieja amiga? Sin pretensiones ni grandes títulos. Me hace ganar sumas cuantiosas, sin embargo. Muchas de las cosas que mis ojos cansados ya no ven, ella las descubre con los suyos. No obstante, toda Roma la aprecia salvo, naturalmente, aquellos que deben pagarle alguna comisión. Es una auténtica romana. Pero vuestra judía, vuestra princesa, precisamente porque se destaca tanto, con esos andares majestuosos y sus modales de oriental... Nosotros

formamos una dinastía aún muy nueva, hijo mío, y no podemos permitirnos aceptar a una persona tan extravagante. Os lo digo con afecto, pero muy en serio: si se tratara de un Nerón, un emperador proveniente de una familia antigua, sí podría permitirse semejante fantasía. Pero si se trata de nosotros, sólo conseguimos provocar indignación. Sí, hijito, están descontentos. Decídselo, Cenis, y vos, querido Muciano: ¿Están o no descontentos? Ya lo oís, lo están.

—Voy a deciros algo que quiero que sepáis, padre— comenzó a hablar Tito con un tono tan rudo como si comandara las tropas. —Yo habría podido ceñir en Alejandría la diadema. Las legiones lo deseaban, y estuve a punto de hacerlo. Sólo me habría bastado que la princesa dijera una sola palabra. Pero no dijo esa palabra.

Vespasiano se puso de pie. Se había advertido a Tito que su padre estaba muy envejecido pero, frente a él, y en ese momento, comprobó que las advertencias no habían sido otra cosa que habladurías. El campesino sabino dada la impresión de estar más vigoroso que nunca. Dio unos pasos para acercarse a su hijo y ambos quedaron frente a frente como dos bestias poderosas y salvajes a punto de atacar. Muciano los observaba con curiosidad, con los rasgos un poco contraídos y un rictus de excitación, insinuado en los delgados labios de su boca reseca. Cenis quiso interponerse, pero antes de que lo hiciera el anciano había recobrado el aplomo.

—Esto que me decís es muy interesante— pero yo os digo que, en todo caso, ahora no estamos en Alejandría sino en Roma y aunque vuestra encantadora amiga lo desease, a vos ya no os es posible ni soñar siquiera con la idea de deponerme. ¿De acuerdo?

Se inclinó, quejándose discretamente; friccionó su brazo gotoso y continuó hablando con un tono muy razonable:

—No podéis tenerla encerrada como a una niña. La dama tiene todo el derecho de desear exhibirse junto a vos. Es verdad que pertenece a una familia noble más antigua que la nuestra, pero los romanos no tolerarán que estéis con esa mujer, creedme. ¿O deseáis que se hagan bromas a su costa en el teatro? ¿O que durante el triunfo se canten cuplés con vuestros nombres? ¿Acaso pretenderíais prohibirlos? Hijo mío: sed razonable, ¡eso no se puede hacer!

Tito mientras tanto tragaba su cólera.

—Lo que os digo es la verdad. Es un sentimiento recíproco: si todo hubiera dependido de ella nosotros no estaríamos ahora aquí. Podría hacer un par de bromas respecto a esto, pero prefiero guardármelas. Puesto que esa dama goza de vuestro amor no diré nada contra ella. Pero no la quiero en Roma y vos debéis hacérselo comprender. Ha sido una tontería traerla. Vosotros podéis hacerlo que os plazca, pero ella debe irse de Italia. Decídselo.

—No acepto esa idea ni por un instante. Pienso conservarla a mi lado.

Vespasiano miró atentamente a su hijo y percibió en su mirada aquella expresión turbia, insensata, que tanto le había inquietado en los ojos de Domitila, la madre de Tito.

—Ya tenéis treinta años, hijo mío— le dijo, apoyando una mano en su hombro. —No seáis niño.

—¿Podría hacer una sugerencia?— intervino hábilmente Muciano, y se adelantó con el bastón a la espalda.

Tito lo miró receloso. Muciano simulaba el andar vacilante de una supuesta senilidad, para hacer resaltar el vigor del emperador. Éste era consciente de ello y se sentía complacido por el halago.

—Sobre las relaciones de César Tito con la princesa, Su Majestad lleva sin duda la razón— continuó, —provocan el descontento pero ello es debido, únicamente, a que Berenice pertenece a un pueblo rebelde. Nosotros, aquí, sabemos que la princesa forma parte de nuestros fieles súbditos judíos, pero en la mente del pueblo no se distingue entre un judío y otro. Habría que lograr que la princesa se declarase inequívocamente de nuestra parte. Bastaría —creo yo— con que presenciara el triunfo desde el podio imperial.

Todos captaron la intención de la propuesta. Vespasiano comprendió que su hábil amigo había preparado para la judía una situación de la que difícilmente podría salir airosa. Tito no podría rechazar el plan. ¿Qué haría Berenice? Si asistía al triunfo sobre sus compatriotas, se pondría en ridículo a los ojos de los romanos. Para Tito, en ese caso, ya no sería posible pensar en una boda. También Cenis lo comprendió.

—Cuando una mujer pertenece a un hombre— dijo, apoyando enérgicamente la propuesta —debe tener la valentía de estar siempre a su lado.

Los tres esperaron impacientes la respuesta de Tito. No había nada que objetar contra el argumento de Cenis. En el fondo —reflexionó el príncipe— ella tiene razón. Puesto que él recibiría honores públicos podía pretender que su amiga, a quien pensaba hacer su esposa, asistiese a su triunfo. Discutirlo con Berenice no sería agradable, pero mucho menos penoso que renunciar a ella. Protestó débilmente que no se podía exigir tal cosa de la princesa. «Tampoco se debe exigir de los romanos que la acepten», le contestaron. Intentó objetar. Buscó razones en el respeto debido a la sensibilidad de la princesa oriental, a su acallada rebeldía, a su particular visión del mundo. Pasada media hora de discusión, Tito aceptó el dilema: la princesa asistiría al triunfo desde el podio imperial o, en caso contrario, se marcharía de Italia.

Se persuadió de que podría concluir el penoso asunto en cinco minutos e hizo llamar a la princesa. Durante la espera, instalado en el vestíbulo, resolvió tratar la cuestión con la mayor naturalidad, como si no tuviera que preocuparse por ello.

La princesa se presentó, sonriente y grave a la vez. Inclinó ante él su rostro delgado. Sus ojos vivaces estaban llenos de confianza. De pronto, Tito comprendió que su proyecto era absurdo. ¿Cómo podría imponer a esta mujer tan burdas exigencias? Reunió todas sus fuerzas y se dijo que evitaría los preámbulos, de un solo impulso. Inspiró profundamente —como si fuera a arrojarse al agua helada— y comenzó a hablarle, con voz aparentemente natural.

—El triunfo tendrá lugar dentro de diez días. Te veré en el podio imperial, ¿verdad, Nikión?

Berenice palideció. Habría caído desplomada de no estar, afortunadamente, sentada. Ese hombre había abatido el pinar de Tecoa, la había tomado por la fuerza y no había hecho nada para impedir el incendio del Templo. Ante eso ella nunca se había negado, todo lo había consentido, todo lo había aceptado, porque le era imposible vivir separada de él, de su gruesa cara de campesino, de su brutalidad, de su barbarie de criatura caprichosa, de sus dientes pequeños. Había aspirado el olor de la sangre y del fuego

que él exhalaba, había renunciado por él a la vida en el desierto, a la voz de su Dios. Y él, ahora, la invitaba a asistir en el podio imperial a su triunfo sobre Yahvé. Estaba muy claro: el triunfo tendría para los romanos un excitante atractivo si ella, la princesa descendiente de los Macabeos, la concubina del triunfador, estuviese presente en el acto. Pero no, no estaría allí. Habría preferido seguir el carro triunfal como prisionera cargada de cadenas antes que ocupar un sitio —voluntariamente— en el podio del vencedor, para adornar su apoteosis. ¡Eso no!

—Os lo agradezco— repuso, sin levantar la voz, un poco ronca. —No estaré en Roma el día de vuestro triunfo. Regreso a casa de mi hermano.

Al mirarla, Tito comprendió que había herido a la mujer en lo más vivo.

Jamás había tenido la intención de hacerle daño y, sin embargo, su comportamiento respecto a ella había sido siempre equivocado. Siempre cometía errores: su padre lo había atacado y él no había hecho nada por defenderse. Los orientales estaban hechos de una materia tan frágil, tan sutil, y él, en cambio era tan rudo, tan tosco, tan pesado y, para colmo, carente de lucidez hasta que era demasiado tarde. ¿Cómo pudo pretender que ella presenciara ese grotesco triunfo? Renunciaría, se declararía enfermo. Balbuceó, tartamudeó. Pero fue en vano. Berenice había partido, había desaparecido.

La furia contrajo sus rasgos. De su boca crispada brotaron las injurias del soldado a la melindrosa oriental. ¿Qué motivo le impedía asistir al triunfo? ¿Acaso no hubo príncipes germánicos que vieron desfilar encadenados a sus hijos, hermanos o nietos, formando parte de un cortejo triunfal? Tendría que haber sido menos condescendiente con ella, más viril. Fácil habría sido para él hacerle cometer algún acto de infidelidad, algún gesto de rebeldía y tomarla prisionera, arrastrarla cargada de cadenas siguiendo su carro y, después de imponerle una humillación tan severa, tratarla con dulzura y bondad, mostrarse protector y compasivo. Entonces, sí, la arrogante habría comprendido dónde estaba su verdadero lugar...

Así discurría su pensamiento. Pero, íntimamente, reconocía que no eran más que pueriles fantasías. Berenice era una auténtica

reina; era un disparate compararla con Segesto, el jefe de las hordas germánicas. Ella estaba impregnada de nobleza antigua y de sabiduría oriental. Entonces sintió cólera contra sí mismo, y odió a Roma y a todo lo relacionado con el triunfo. Pensó que en Oriente estaba la vida verdadera y que en Roma todo se tornaba repugnante, estrecho, mezquino. El Capitolio le pareció un desecho miserable comparado con el Templo de Yahvé que él —obstinado como siempre— había reducido a cenizas. Dejándose llevar por su brutalidad de romano había expulsado tres *veces* de su lado a la mujer que, tres veces, se le había entregado generosamente. Y esta vez ella había partido para siempre.

A la mañana siguiente, Josef presentó sus saludos al príncipe. Tito, jovialmente, le dispensó una cortesía alegre y superficial que él detestaba. Entre bromas, le dijo que el triunfo le estaba ocasionando más fatigas que toda la campaña y que ansiaba que todo concluyera de una buena vez para instalarse en su villa. Pero las estúpidas costumbres lo obligaban a aguardar hasta el día de la entrada oficial. ¿No le parecía lamentable? Por ello tenía que privarse de asistir al estreno de la obra de Demetrio Libán en el Teatro Marcelo. Le encargó que asistiera a los ensayos para evitar que se cometiera algún error en la representación de las costumbres judías.

—Me he ocupado personalmente— le dijo —de la organización del triunfo y de todos los detalles. Me interesará conocer vuestras impresiones del cortejo. Porque supongo que lo presenciaréis desde las tribunas del Gran Hipódromo.

Josef notó que el príncipe esperaba su respuesta con impaciencia. Pensó que para los romanos sería muy lógico que el cronista de la campaña también fuera testigo de su culminación. Curiosamente, todavía no se había planteado si debía ir o no. Imaginó la inmensa satisfacción que experimentaría si pudiera decirle: «No, César Tito, permaneceré en mi casa». Sería de su parte un gesto digno y significativo, pero dijo:

—Sí, César Tito, veré pasar el cortejo desde el Gran Hipódromo. Entonces la actitud de Tito se transformó. La cortesía distante dio paso a un tono familiar y afectuoso.

—Querido judío, espero que os hayan asegurado en Roma una existencia holgada y agradable. Deseo que os sintáis aquí

perfectamente cómodo—. Y agregó cordialmente:

—Haré todo lo que dependa de mí para que así sea.

Dispuesto a preparar su ánimo para el día del triunfo, Josef asistió a la representación de la pieza sobre el prisionero Zacarías, en el Teatro Marcelo. Demetrio Libán era realmente un actor extraordinario. Interpretaba su personaje con tanta veracidad y gracia que producía escalofríos. En la escena final, apareció con una pequeña máscara de payaso, bastante similar a la que se ponía a los condenados cuando iban a la arena, para conseguir mayor efecto de contraste entre el aspecto burlesco del rostro simulado y la muerte del supliciado. De esa manera nadie pudo ver que, bajo la careta del prisionero Zacarías, el cómico jadeaba y desfallecía de angustia. Pero fue capaz de soportarlo. Lo colgaron de la cruz y él, como lo exigía el papel, gritó: «¡Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios!», y los once payasos bailaron a su alrededor, con sus cabezas de asno, parodiando su invocación: «¡Jiján, jiján!» Resistió hasta el final, hasta el momento en que se le iba a anunciar que lo bajarían de la cruz y él debía arrojar monedas al público. Llegó al límite de sus fuerzas, y sufrió un desmayo que fue interpretado por el público como un recurso dramático, a juzgar por las carcajadas y los gritos ensordecedores con que lo festejaron. Los espectadores olvidaron rápidamente al cómico y entre la baraúnda Josef llegó a atrapar algunas monedas, dos de plata y varias de cobre. Habían sido acuñadas ese mismo día: en la cara mostraban la efigie del emperador y en la cruz a una mujer encadenada, al pie de una palmera, con esta inscripción: «*Iudea est capta*». La mujer —¿habría sido una idea de Cenis?— había sido dibujada con los mismos rasgos de la princesa Berenice.

Al día siguiente el editor Claudio Regino lo hizo llamar.

—He sido encargado de entregaras personalmente este billete de entrada para el Circo Máximo— le dijo. Era una localidad para las gradas de la segunda nobleza.

—Os pagan espléndidamente vuestro libro— agregó.

—Debo estar allí para ver— repuso Josef con amargura.

—Sin duda— asintió Claudio con una risa siniestra. —Yo, como editor vuestro, tengo interés en que presenciéis todo directamente. Flavio Josefo, seréis el único judío entre los espectadores. Esperad

— dijo, deteniéndolo, al ver su gesto impetuoso. —No será fácil, yo lo comprendo. Por mi parte, cuando desfile en el cortejo entre los funcionarios de la casa imperial, ajustaré muy bien los cordones de mis sandalias, pero os aseguro que aun así no me sentiré muy cómodo.

En la mañana del 8 de abril, Josef se encontraba en el Circo Máximo, el nuevo Hipódromo, cuya capacidad era de 383.000 espectadores. No había un solo asiento desocupado. Todos los anhelos de Josef se habían satisfecho: estaba sentado en las gradas de la segunda nobleza, en el mismo sitio donde cinco años atrás creyó que ése era el objeto de sus sueños. Estaba rígido y erguido entre sus agitados vecinos y su expresión orgullosa llamaba la atención. Todos sabían que el emperador le había confiado la tarea de escribir un libro sobre la historia de la guerra. En Roma se daba mucha importancia a la literatura, por tanto, todos observaban con interés al hombre que distribuiría elogios y críticas entre los innumerables personajes de su obra.

Aunque aparentaba serenidad, la emoción lo sacudía intensamente. Había atravesado la ciudad jubilosa, vocinglera y expectante. Todas las casas y columnatas habían sido decoradas y se veía a mucha gente encaramada a las puertas, a las cornisas, a los andamios y a los árboles, luciendo coronas sobre la cabeza. También en el inmenso anfiteatro los espectadores aparecían coronados y tenían flores sobre las rodillas y en los brazos, para arrojarlas al paso de las tropas. Sólo Josef se había atrevido a ir con las manos vacías.

A la cabeza del cortejo, los senadores marchaban con visible dificultad debido a sus altas botas rojas. La mayoría participaba en la parada de mal grado y algunos, con especiales reservas. Menospreciaban íntimamente a los advenedizos a quienes estaban obligados a glorificar. El «transportista» y su hijo se habían apoderado del trono pero seguían siendo para ellos unos simples y rústicos plebeyos. Josef reconoció el rostro enjuto y el aire escéptico del senador Marullo y también la menuda cabeza y la actitud cansada y triste de Muciano. Aunque iba engalanado para la ceremonia, no había abandonado su bastón y las muecas contraían su rostro continuamente. Hubo un día en que el equilibrio de

poderes había sido muy distinto y a Josef le habría bastado pronunciar una palabra para que los platillos de la balanza se inclinasen en favor de Muciano y en contra de Vespasiano.

A continuación avanzaron los ministros. Talas, encogido y enfermizo, se arrastraba con dificultad, pero se sobreponía con gran esfuerzo porque creía que ese triunfo era obra suya y estaba dispuesto a disfrutar del gran día. Solo, como si estuviera separado de los otros por una atmósfera diferente, avanzaba Claudio Regino, serio y muy erguido. En realidad, no daba la impresión de estar muy a gusto. Miraba fijamente con sus ojos duros, maliciosos y penetrantes a los curiosos que habían pensado divertirse a su costa. Éstos buscaron en vano la sortija de la célebre perla en su dedo, pero comprobaron decepcionados que ya no la tenía y que, asombrosamente, los cordones de sus sandalias estaban firmemente atados.

Seguía un nutrido grupo de músicos. Las fanfarrias tocaban aires militares, en particular el himno de la quinta, que para entonces, se había hecho muy popular: «Nuestra quinta sabe hacerlo todo»...

Enseguida llegó el botín de la expedición, acerca del cual el público había oído contar maravillas. Habían comenzado a hastiarse del espectáculo pero cuando pudieron admirar tanta riqueza, tal cantidad de oro, de plata, de marfil, no en pequeñas piezas sino en grandes cantidades, el entusiasmo los hizo levantarse de sus asientos. Estiraban el cuello para poder ver por encima de las cabezas de los personajes de más categoría, instalados en la primera fila. Las mujeres lanzaban chillidos de entusiasmo y envidia. Aquello fue una columna interminable de oro, plata, telas preciosísimas, vestiduras y, nuevamente, el oro en todas las formas: monedas, lingotes, vasos de todos los tipos. Desfiló a continuación el material de guerra, las armas, los brazaletes con la divisa de los macabeos, unos limpios, otros manchados de sangre, colocados por millares en cestas y en carrozas; insignias y estandartes con las inscripciones dibujadas en gruesos caracteres hebreos, siriacos o arameos, que habían exaltado el espíritu de los judíos y ahora se exhibían con el hábil propósito de divertir a un público de gusto depravado. Desfilaron teatros ambulantes, donde se representaban

sangrientas escenas militares en escenarios gigantescos, algunos de cuatro pisos de altura que, al balancearse para equilibrar su enorme peso, obligaban a los espectadores más próximos a inclinarse hacia atrás, para evitar ser aplastados. Se exhibieron los navíos dañados en la batalla de las costas de Jope y las embarcaciones capturadas en Magdala y, otra vez, el oro, de cuya baja en el mercado —casi a la mitad de su valor antes de la guerra — daba sobradas razones tanta abundancia.

De pronto se hizo un silencio. Pasado un momento de expectación, aparecieron los funcionarios del tesoro imperial, vestidos lujosamente y portando ramas de laurel. Escoltaban las principales piezas del botín: el enorme candelabro de siete brazos, los noventa y tres vasos sagrados del Templo y los rollos de la Ley. Estos fueron izados para que todo el público pudiese apreciarlos: la Ley de Yahvé conquistada por el magnánimo y poderoso Júpiter romano.

Se oyó a lo lejos una música grotesca que, poco a poco, se hizo más nítida: eran los instrumentos del Templo, los címbalos del primer levita, las cornetas estridentes de la fiesta de Año Nuevo, las trompetas de plata que cada cincuenta años proclamaban que los bienes inmuebles volvían a poder del Estado. Los romanos no supieron arrancar a los instrumentos otra cosa que sonidos bárbaros. De repente, a un gracioso se le ocurrió imitar el rebuzno de un asno, «¡Ji-ján, ji-ján!», que todos acompañaron con gritos, a los que se mezclaron los sonidos distorsionados de los instrumentos sagrados de los judíos. Una ola de carcajadas cubrió los inmensos graderíos del Circo.

Josef se mantuvo impasible. Se dijo: «Debes conservar la compostura. Todos te vigilan. Para ser dignos de tocar esos complejos instrumentos los sacerdotes estudian durante diez años. Que tu rostro parezca de piedra, Josef. Tú representas a Israel. Derrama tu cólera sobre los pueblos.» Y en ese instante apareció el botín viviente: los prisioneros de guerra. Habían sido seleccionados setecientos entre la multitud de prisioneros e iban engalanados con vestimentas muy pintorescas, que contrastaban violentamente con las cadenas y los rostros adustos. Un grupo de sacerdotes había sido obligado a desfilar con ellos, con sus tocados y cinturones

sagrados. El público del Circo contemplaba excitado a sus enemigos vencidos. Los prisioneros tenían buen aspecto. Pocos días antes habían sido alimentados abundantemente, a fin de que no desfalleciesen por la debilidad y se malograse el espectáculo que los romanos merecían. Una vez acabada la ceremonia, muchos serían enviados a las minas, a los molinos o a las cloacas; el resto iría a parar a los juegos circenses. Cuando llegaron a la arena, se hizo silencio en los graderíos. Los espectadores se limitaron a observarlos pero, de pronto, surgió de la masa el furioso clamor del odio: «¡Hep! ¡Hep! ¡Perros, hijos de perros apestosos e impíos!». Entonces les arrojaron zanahorias podridas y desechos y los escupieron aunque, naturalmente, nunca dieron en el blanco.

Cargados de cadenas, humillados por los dioses, aparecieron seguidamente los jefes, aquellos que habían extendido el terror del enemigo: Simeón bar Giora y Juan de Giscala. La alegría de los romanos era desbordante. Para ellos, lo más hermoso de ese bello día fue poder presenciar el desfile de sus enemigos abatidos, los arrogantes enemigos que habían osado oponerse al engrandecimiento del imperio, deseado por los dioses.

Simeón llevaba puesta una corona de ortigas y de ramas secas, y de su cuello colgaba una tablilla que decía: «Simeón bar Giora, rey de los judíos». Juan, el general en jefe del ejército vencido, iba vestido con una ridícula coraza de hierro pintada de blanco. Simeón sabía que moriría antes de que se disolviese el cortejo. La misma pena habían impuesto los romanos a Vercingetórix, a Yugurta y a tantos otros que murieron al pie del Capitolio, mientras en la cima de la colina el vencedor ofrecía un sacrificio en honor de sus dioses. Sereno bajo el peso de los hierros, caminaba al lado de Juan de Giscala, también encadenado. Los dos conversaban tranquilamente:

—El cielo de Italia es hermoso— dijo Simeón —¡pero qué pálido me parece comparado con el de nuestra Galilea! Sin embargo, me siento feliz de ir hacia la muerte bajo un bello cielo

—Yo ignoro cuál será mi destino— dijo Juan, —aunque creo que me perdonarán la vida.

—Para mí es un gran consuelo, querido Juan, pensar que vos no moriréis, pues esta guerra no está terminada. ¡Me asombro cuando pienso que alguna vez he sentido deseos de mataros!

Aunque la situación sea terrible, no me arrepiento de lo que hemos hecho: la guerra no está terminada y los que nos sucedan aprenderán de nuestra experiencia. ¡Oh, Juan, hermano mío! Me azotarán, el populacho me escupirá, me arrojará nabos podridos y se me dará una muerte horrible. Sin embargo, estoy convencido de que esta guerra fue necesaria. Sólo me aflige pensar que mi cadáver va a permanecer insepulto.

Juan de Giscala se mantuvo en silencio, por lo que Simeón prosiguió:

—¿Sabéis? Creo que tendríamos que haber excavado más a la derecha nuestra mina L. Así su torre F se habría derrumbado, y ¿qué habrían podido hacer?

Aunque Juan era un hombre conciliador, en cuestiones de táctica se mostraba intransigente y no toleraba discusiones. Sabía que había tenido razón respecto a la mina L pero, en estas circunstancias, sabiendo que él conservaría la vida y que Simeón iba a morir, se contuvo y repuso:

—Sí, querido Simeón, tendríamos que haber excavado más a la derecha. Los que vendrán después de nosotros corregirán nuestros errores.

—Si hubiésemos podido llegar a un acuerdo cuando todavía estábamos a tiempo, habríamos vencido al enemigo. He podido observar a Tito de cerca, es un buen muchacho pero no es un guerrero.

Josef los vio avanzar lentamente, delante del sitio donde estaba sentado. Los miró y percibió el aura que rodeaba la cabeza de Simeón, como aquel día cuando se vieron por primera vez cerca del Templo. No pudo contenerse. Quiso reprimir el grito que le subía de la garganta pero no lo logró y un gemido sofocado de desesperación salió de su boca, tan impresionante que el hombre que estaba sentado a su lado, gritando como todos: «¡perros, hijos de perra!», palideció y calló, atemorizado. Josef, que no apartaba los ojos de los prisioneros, temía que ellos también lo viesen. Él se sabía valiente y no eludía la responsabilidad de sus actos, pero, en ese momento, habría muerto de humillación y de vergüenza si aquellos hombres le hubiesen dirigido una mirada. Estrujado por la angustia de ser el único judío asistente al espectáculo, se decía a sí mismo que su

sufrimiento era insoportable e inhumano y que nadie en su lugar habría sido capaz de resistirlo. Recordó el hambre y la sed, la flagelación, las innumerables ocasiones en que vio la muerte a su lado y tantas pruebas ignominiosas por las que tuvo que pasar, y juzgó que el peor y menos merecido de todos los castigos que había sufrido era el padecimiento de ese día.

Los dos jefes estaban ya muy cerca.

Fundaría una sinagoga. Todo lo que poseía, incluso el producto de su libro, lo consagraría a esa obra. Sería una sinagoga como nunca se había visto otra igual en Roma. Le legaría los rollos de las Sagradas Escrituras traídas de Jerusalén. Pero ¡ay! no sería aceptado. Los judíos, que en tantas ocasiones habían recibido de buen grado ofrendas de incircuncisos, no querrían nada de él, y tendrían razón.

Los dos prisioneros se encontraban exactamente frente a Josef pero no lo veían. Se puso de pie. Ni Juan ni Simeón podían oírlo en medio del formidable alboroto. No obstante, abrió la boca y pronunció con todas sus fuerzas su profesión de fe. Hasta ese día había ignorado que pudiera haber en él tanto fervor. Gritó como nunca: «¡Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único!»

Súbitamente, como si lo hubiesen podido escuchar, los prisioneros —primero unos pocos, enseguida muchos más, y finalmente todos— prorrumpieron al unísono: «¡Oíd, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único!». Los espectadores estallaron en carcajadas e imitaron el rebuzno del asno: «¡Jiján, jiján!», pero pronto enmudecieron. En el corazón de muchos romanos penetró la duda de si, verdaderamente, era a un asno a quien clamaban los judíos.

Al escuchar la voz de su pueblo, Josef se calmó. Imaginó que en esa hora en todas las sinagogas se pronunciaría la misma invocación: «¡Oíd, Israel!». ¿Había renegado alguna vez de ella? No. Había actuado siempre con la intención de que todos los hombres, libremente, pudiesen declarar su fe. Escribiría su libro devotamente y Yahvé estaría con él. Sabía que ni los romanos ni los judíos lo aceptarían y que pasaría mucho tiempo antes de que pudiesen comprenderlo, pero en ningún momento dudó de que, algún día, llegaría para él el justo reconocimiento.

¿Quién era ése que avanzaba detrás de los jefes, magníficamente ataviado con la célebre vestidura de ocho piezas? Era el Sumo Sacerdote, el obrero Fanias, el albañil. Estaba más delgado y miraba hacia delante con expresión huraña, perpleja. El senador Marullo lo examinó desde lejos. Verdaderamente, no merecía la pena comprarlo en lugar de Juan de Giscala. Éste le parecía más despierto, seguramente su conversación sería bastante interesante, aunque, tener a un Sumo Sacerdote de portero sería, sin duda, mucho más divertido.

La banda de músicos y los animales para el sacrificio siguieron al sacerdote. Al fondo apareció la coronación del cortejo: los carros triunfales precedidos por los lictores, con sus fasces adornados de laureles, y los magistrados que ostentaban el decreto por el cual se había concedido el triunfo, seguidos por una cuadrilla de payasos que, con chanzas insolentes, parodiaban algunos de los rasgos más populares de los triunfadores: la avaricia de Vespasiano y la minuciosidad de Tito y su manía de taquigrafiar. Detrás de los payasos iban los mimos que caricaturizaban a los vencidos; éstos eran los favoritos del público, sobre todo Demetrio Libán, el mejor. Se había sobrepuesto a la enfermedad y al desfallecimiento; había vencido su rebelión interior en aras de su arte y de su ambición. Invitado por el emperador a participar en los festejos, la distinción del soberano lo animó definitivamente a representar nuevamente el papel que le correspondía: él era el judío Apella. Saltaba, bailaba, se mesaba la barba de dos puntas, mostraba las filacterias y su Dios invisible. Dividido entre el arte y la salvación eterna —la opción implicaba una renuncia—, se había decidido por el arte. Josef vio pasar al gran cómico y pensó que era un pobre hombre.

Precediendo a los héroes de la jornada, se adelantaron los comandantes de las legiones, los oficiales y soldados que se habían distinguido en la campaña. Uno de ellos fue aclamado con vivas de alegría. Cuando el favorito del ejército, el tan mentado Pedán, aparecía en público ornado con la corona gramínea, de inmediato se entonaba la atrevida cancioncilla de la quinta y los corazones de los romanos palpitaban de admiración. El era carne de su carne, era la misma Roma. Estaba feliz, se sentía seguro de sí mismo, dueño del inundo: Júpiter Capitolino estaba con él. Se rumoreaba que también

en esta ocasión él había sido el factor decisivo del éxito y que, por ciertos motivos, no se podían difundir abiertamente los hechos en los que había intervenido. Pero todos opinaban que serían extraordinarios, porque a Pedán se le había concedido —una vez más— la suprema distinción. Josef observaba su rostro detestable, rigurosamente rasurado, con su ojo ciego y su expresión astuta. Lo observó avanzar, firme, seguro, orgulloso de sentirse un auténtico hombre; era imposible avasallar tanta vulgaridad satisfecha. Ese soldado que desconocía la duda, que siempre estaba de acuerdo consigo mismo, podía considerarse el verdadero dueño del mundo. Júpiter lo había creado para él.

Resplandeciente, alto como una torre, coronado de laureles y conducido por cuatro caballos blancos, apareció el carro triunfal de Vespasiano, quien para semejarse más al Júpiter Capitolino se había hecho aplicar una capa de minio en el rostro, para endurecerlo. Sobre su robusta cabeza de campesino se había colocado la corona de laurel y su ajetreada y gruesa humanidad estaba envuelta en la toga purpúrea constelada de oro, que el dios le había cedido para la celebración. Vespasiano contemplaba a la multitud con cierto gesto de disgusto; el acto duraría aún cerca de tres horas y el ropaje de Júpiter era demasiado pesado para resistir tanto tiempo de pie sobre ese carro bamboleante. No estaba cómodo. Sólo por honor a su hijo se había impuesto ese sacrificio. Grandes fatigas le causaba crear una dinastía. Hacía calor. Pensaba en el dinero que se había gastado para organizar el triunfo y no se atrevía a calcularlo. Claudio Regino había hablado de doce millones, pero seguramente lo subiría a trece o a catorce. Habría que haber empleado ese dinero en una causa mejor, pero esas cabezas huecas exigían un espectáculo y *era* inútil oponérseles.

En fin, el Templo había desaparecido y eso significaba un alivio. Su muchacho se había desenvuelto con habilidad. «Cuando es necesario cometer una indecencia hay que olvidarse de los escrúpulos y dejarlos para otra ocasión. Ese es el único modo de obtener éxito en la vida. Y también así opinan los dioses.» El esclavo que tras él sostenía la corona de oro de Júpiter sobre su cabeza, repetía constantemente la fórmula: «Mirad atrás y recordad que sólo sois un hombre». ¡Ah!, felizmente todavía le quedaba

tiempo para convertirse en deidad. Pensó en las estatuas de sus antecesores, los emperadores divinizados, y calculó que el triunfo contribuiría a hacer de él un dios con una anticipación de ocho días. El carro se tambaleó y Vespasiano, gimiendo, pudo ver, al inclinarse, el cuadrante del reloj solar.

En el segundo carro de triunfo iba Tito. Miraba constantemente el amuleto que debía protegerlo de la envidia y de los maleficios, pues muy cerca de él iba a caballo su hermano, el libertino Domiciano. De todos modos, la preocupación que éste le causaba no empañaba la brillantez del día de su gloria. Enhiesto, con el rostro impasible, como una figura situada por encima del resto de los mortales, Tito era el soldado que ha alcanzado la meta, la encarnación de Júpiter.

Cuando el carro pasó frente al podio imperial su rostro se ensombreció por un instante: *la mujer* no estaba allí, se la habían quitado. ¿Ante quién exhibía su gloria? ¿Qué significaba el triunfo sin ella? Recorrió la multitud con la mirada, observó atentamente los graderíos de los caballeros, y cuando descubrió a Josef lo saludó con el brazo extendido.

Los carros de los triunfadores prosiguieron su camino y se detuvieron al pie del Capitolio. Los que podían ver directamente transmitían al resto del público lo que estaba sucediendo: «Ahora están flagelando a Simeón bar Giora.» «Ahora lo están crucificando.» Los heraldos lo anunciaron al pueblo y el pueblo se agitó con un clamor de alegría: la guerra había terminado.

Vespasiano y su hijo descendieron de los carros y procedieron a sacrificar un cerdo, un carnero y un toro, para su purificación y la de su ejército, en precaución de que durante la campaña alguno de los dioses hubiera sido ofendido.

En el Circo Máximo desfilaba el ejército, dos cohortes de cada legión munidas de sus pertrechos, catapultas y balistas, el gran «Julio» y los arietes. Al paso de las insignias las aclamaciones rayaron con el delirio: se trataba de las águilas de oro, la de la decimosegunda, especialmente, que había sido reconquistada a los judíos, así como en otra ocasión se les había quitado a los germanos las águilas capturadas por Arminio, el pérfido bárbaro. Josef observaba la alegría serena con que desfilaban los soldados,

imbuidos de su fuerza y su poder, conscientes de ser los guardianes del orden del imperio. Pero existía otra cara del ejército que él conocía. Sabía muy bien que esos soldados eran otros tantos Pedán, que habían gritado «¡Hep, Hep!», que habían bailoteado embriagados por la sangre de sus víctimas sobre el suelo de mármol del Templo, cubierto de cadáveres.

El desfile de las tropas fue muy prolongado. Muchos de los presentes, sobre todo los ocupantes de las gradas de los patricios, se retiraron antes del final. En cambio, Josef permaneció sentado hasta que todo hubo concluido, y vio pasar el último manípulo de las legiones que habían saqueado Jerusalén y su Templo.

En la noche del 8 de abril se presentaron algunos judíos al superintendente de turno en la Cárcel Mamertina, y le mostraron una tablilla sellada. El funcionario la leyó y enseguida los condujo al sótano de la prisión, llamado «baño frío» porque antiguamente había sido una gruta de la que brotaba un manantial. En ese reducto siniestro y abandonado había concluido la vida de Simeón bar Giora. Según indicaba la costumbre, su cuerpo debía ser arrojado a los buitres del Monte Esquilino, pero en este caso los judíos exhibían una autorización para llevarse el cadáver y disponer de él a su antojo. Claudio Regino había pagado a Cenis con su perla la obtención del permiso.

Levantaron el cadáver cubierto de cicatrices sanguinolentas del general judío, lo colocaron sobre unas andas, lo cubrieron con una sábana y, descalzos, lo transportaron a través de la ciudad completamente iluminada. En la puerta Capena los esperaban centenares de judíos, entre ellos Cayo Barzaarone, también descalzos y con las vestiduras desgarradas. Condujeron el cadáver entre todos, alternándose cada cincuenta pasos, hasta la segunda piedra miliar de la Via Apia. Claudio Regino estaba allí. Bajaron a las catacumbas judías, colocaron al supliciado dentro de un ataúd, con la cabeza lívida apoyada sobre un montón de tierra traída de Judea, y sobre él derramaron agua perfumada. Luego cubrieron la fosa con una lápida, donde se había escrito con torpes caracteres griegos: «Simeón bar Giora, soldado de Yahvé». Finalmente, se lavaron las manos y se retiraron.

Josef regresó a su casa. Había cumplido su deber sin hacerse ninguna concesión. Había asistido a la guerra de los judíos hasta el final. Pero sus fuerzas se habían agotado y el sueño, parecido a la muerte, lo venció. Estaba en la amplia casa vacía y desmantelada con la única compañía de un anciano esclavo. Nadie interrumpió su descanso. Durmió veinte horas seguidas. Cuando, se despertó, se sentó en cuclillas, en actitud de duelo.

Llegó a la casa un correo del palacio imperial con la rama de laurel del buen augurio. El esclavo lo condujo a presencia de su amo, que continuaba en la misma actitud, con la barba crecida, las ropas desgarradas y la cabeza cubierta de ceniza. Al mensajero le costó creer que ese hombre era el destinatario de la carta y se la entregó con recelo. Se trataba de un mensaje autógrafo de Vespasiano, ordenando al secretario general que pusiera a disposición de Josef los documentos que le fueran necesarios para la redacción de su libro. Además, el emperador le concedía la sortija de oro de la orden ecuestre.

Ésa fue la primera vez que un mensajero portador del laurel no recibió ninguna gratificación. Josef se limitó a firmar el documento de recibo del mensaje y volvió a acomodarse como estaba.

Otro día fue a la casa el joven Cornel, pero el esclavo no se atrevió a permitirle entrar.

Pasada una semana, Josef se puso en pie, preguntó qué había ocurrido en el intervalo y, al enterarse de la visita de Cornel, lo hizo llamar. Cuando llegó, Josef le dijo pocas cosas. Sólo quería comunicarle que necesitaba un buen secretario, en quien pudiese depositar toda su confianza. ¿Querría ayudarlo Cornel a escribir su libro? El muchacho resplandeció de felicidad.

Ese mismo día Josef comenzó a trabajar y le dictó:

> «*Muchos escritores tratarán, probablemente, de relatar la guerra de los judíos contra los romanos; esos autores no han sido testigos de los acontecimientos y se inclinarán a hacer narraciones absurdas y llenas de contradicciones. Yo, Josef, hijo de Matatías, sacerdote de primera categoría, de Jerusalén, testigo de la guerra desde*

el comienzo al final, he resuelto escribir su historia tal como ha ocurrido realmente, para memoria de los contemporáneos e información de la posteridad.»

Aquí concluye la primera de las tres novelas sobre el historiador Flavio Josefo.

---

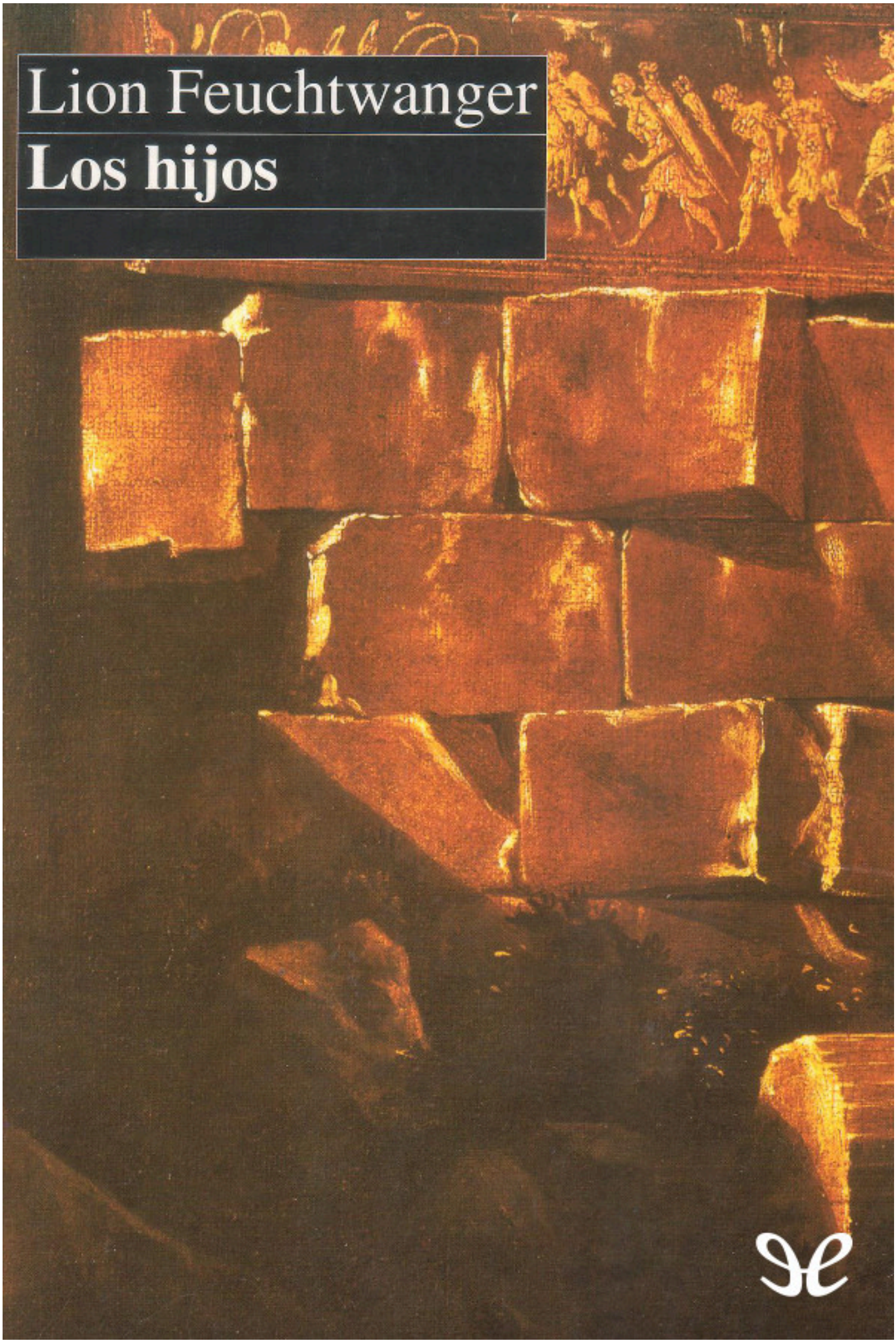
notes

Notas a pie de página

[1] No aparece en el original [Nota del digitalizador].

Lion Feuchtwanger

Los hijos



Después de *La guerra de los judíos,* esta obra es la segunda parte de la trilogía monumental que el gran novelista alemán Lion Feuchtwanger dedicó a la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo.

Josef ben Matatías, que como escritor ha adoptado el nombre de la dinastía de los Flavios y ahora se apoda Flavio Josefo, vive su momento de máximo esplendor. Hombre ambicioso, apasionado y ávido de éxito, ha logrado muchas cosas: es el favorito del emperador Tito, es miembro de la nobleza romana de segundo rango, su efigie figura entre las esculturas de los grandes escritores en la sala de honor del Templo de la Paz; pero al mismo tiempo ve, impotente, cómo confluyen en él las grandes contradicciones de su tiempo. Quiere ser judío y romano, israelita y ciudadano del mundo. Es esto lo que conspira contra su matrimonio con la bella egipcia Dorión; y el destino de sus hijos —*los hijos,* del título— le revela que la dureza de la realidad romana impone límites a su ambición, tal vez desmedida.

Lion Feuchtwanger

Los hijos

Trilogía de Flavio Josefo - 2

ePub r1.1
IbnKhaldun, armauirumque 19.10.15

Título original: *Die Söhne*
Lion Feuchtwanger, 1935
Traducción: Cristina García Ohlrich
Ilustración de cubierta: *Ruinas imaginarias, columna y pirámide* (detalle), de Monsu Desiderio (s. XVII). Roma
Diseño de cubierta: Mario Muchnik

La trilogía de Flavio Josefo está compuesta de las siguientes novelas:

La guerra de los judíos
Los hijos
El día llegará

Editor digital: IbnKhaldun
Digitalización mecánica: armauirumque
ePub base r1.2

LIBRO PRIMERO

EL ESCRITOR

Cuando el escritor Flavio Josefo escuchó de labios de su secretario la noticia de la agonía del emperador logró dominar sus emociones de modo que su rostro permaneciera impasible. Incluso se obligó a seguir trabajando como de costumbre. Sin duda le fue beneficioso que el secretario permaneciera sentado junto al escritorio mientras él caminaba de un lado a otro a sus espaldas. Aquel día le habría resultado intolerable la visión de aquel rostro tranquilo con su cínica amabilidad. Como siempre, se contuvo, aguantó y, tras una hora de trabajo, anunció que ya era bastante por hoy.

Pero en cuanto se vio solo se le iluminaron los claros y almendrados ojos, respiró hondo, resplandeciente. Vespasiano se moría. Su emperador. Se lo repitió en voz alta, en arameo, varias veces, henchido de una honda satisfacción: «Se muere el emperador, el Mesías, el señor del universo, mi emperador».

Podía decir mi emperador. Estaba unido a él desde su primer encuentro, cuando, general apresado del ejército rebelde judío, lo condujeron exhausto y muerto de hambre, tras la caída de su última fortaleza, ante el romano Vespasiano. Josef apretó los labios rememorando el encuentro. Entonces saludó a aquel hombre como al Mesías, como al futuro emperador. Era un recuerdo que le dolía. ¿Acaso fue producto de la fiebre causada por indecibles penalidades? ¿O una hábil jugarreta de su instinto de conservación? Era inútil darle más vueltas. Los acontecimientos le dieron la razón, Dios le dio la razón.

Veía ante sí al viejo que ahora agonizaba: la dura y ancha boca en el imponente y calvo cráneo de campesino, los ojos astutos, joviales, implacables. ¿Acaso le tiene algún afecto? Se esfuerza por hacerle justicia. Él, el guerrero judío, se pasó a los romanos mientras ellos combatían a su pueblo. Una y otra vez medió entre Roma y sus compatriotas a pesar de las indecibles humillaciones de que fue objeto por ambas partes. Más tarde colaboró a aplacar a los judíos de la parte oriental del Imperio gracias a su enjundioso libro sobre la guerra judía. Era necesario hacerlo, ya que, tras la destrucción de la ciudad y del Templo, aquéllos se sentían peligrosamente tentados de alzarse de nuevo contra los vencedores. ¿Acaso lo había recompensado por sus importantes servicios el hombre que ahora agonizaba? Le concedió un vestido de gala, una renta anual, una propiedad, la banda purpúrea y la sortija dorada de la segunda nobleza y le permitió residir de por vida en la casa que él había habitado. Sí, aparentemente el emperador romano Vespasiano había pagado al estadista, general y escritor judío Josef ben Matatías hasta el último sestercio. Sin embargo, ahora que Josef se apresta a hacer cuentas con el moribundo se le enturbia la mirada, y su enjuto rostro de fanático se ciega de odio. Alza el dorado estilete que lleva al cinto, regalo de Tito, el heredero del trono. Golpea mecánicamente la madera de la mesa. El emperador lo ha humillado una y otra vez de un modo muy particular y amargo. Le arrojó a la joven Mara tras haberse saciado con ella; lo obligó a desposarse con ese despojo, a pesar de saber que aquello le acarrearía la expulsión de la clase sacerdotal y el destierro. Una y mil veces lo torturó, cada vez que lo tuvo cerca, con groseras y perversas bromas de campesino, quizá porque sabía que Josef poseía unos poderes y unas cualidades que le eran ajenas y le estaban vedadas. Con todo, el emperador había tratado a Josef como la altiva Roma solía tratar a Oriente. Oriente era más viejo, más civilizado, disfrutaba de unas relaciones más estrechas con Dios. Temían a Oriente, los atraía y los inquietaba. Lo necesitaban, lo explotaban y, en agradecimiento y en venganza, se le hacía objeto de benevolencia o de desprecio.

Josef rememoró su último encuentro con el emperador. Apretó los dientes de tal forma que el arco cigomático de su huesudo y cetrino rostro sobresalió alcanzando el doble de su volumen. Fue durante la gran fiesta organizada por Vespasiano poco antes de emprender su infructuoso viaje de recreo.

—¿Por fin veremos vuestra nueva versión de *La guerra de los judíos,* doctor Josef? —le preguntó, y muchas personas lo escucharon—. Esta vez, tratad de ser más justo con vuestros judíos —añadió con rudeza

—. Os concedo ser justo. Ahora nos lo podemos permitir.

¿Acaso podía concebirse un cinismo más desvergonzado? ¿Acaso se merecía ser desechado cual mercancía comprada, y que tachasen su libro de pueril zalamería? Josef se sonrojó y redobló los golpes que asestaba a la mesa. Aún resonaba en sus oídos el altivo tono pagado de sí del viejo. «Os concedo ser justo». Bien está que la boca que profirió tales palabras no vuelva a tener ocasión de repetirlas. Se imagina esa boca de labios finos ahora contraída, muy abierta o tal vez firmemente apretada, esforzándose con ahínco por retener al menos una última bocanada de aire. No tendrá una muerte fácil su emperador, está tan lleno de vida que sin duda le costará dejarla. Por otra parte, no sería justo que se le otorgase una muerte fácil a ese hombre.

«Os concedo ser justo». Bien, había escrito, el libro con la intención de afianzar el dominio romano y de disuadir a los judíos de la parte oriental de sublevarse de nuevo. ¿No era eso la expresión más palpable de la «justicia»? Los judíos habían sido derrotados de una vez por todas. Relatar su gran guerra de modo que cualquiera pudiera constatar la insensatez de una nueva sublevación, ¿no tenía cierto mérito, más en el sentido judío que en el de los romanos? Ah, bien sabe él lo que es la tentación de abandonarse a la embriaguez nacionalista. Él mismo se dejó llevar por ella al estallar la revuelta. Pero que entonces, tras reconocer la inutilidad de la salvaje y monumental empresa, sofocase aquel incendiario patriotismo en su corazón y siguiese los consejos de su razón, más sabia, constituyó sin duda la mejor acción de su vida y, en el mejor sentido de la palabra, una acción justa.

¿Quién sino él habría podido escribir el libro sobre la guerra judía? Había vivido aquella guerra desde Jerusalén y desde Roma. No rehuyó nada, estuvo en ella hasta su amargo final para poder escribir el libro. No cerró los ojos al incendiarse Jerusalén y el Templo, la casa de Yahvé, el monumento más altivo del mundo. Había visto morir a sus compatriotas en Cesarea, en Antioquía, en Roma, cómo se les rasgaba la carne en el Circo hasta que desfallecían; cómo se les ahogaba, quemaba, arrojaba a las fieras para diversión de las masas enfervorizadas. Desde el palco imperial presenció como único judío la entrada triunfal de los destructores de Jerusalén arrastrando a sus más dignos defensores, flagelados, gimientes, condenados a morir. Y todo lo había soportado. Decidió consignarlo tal y como había ocurrido para que todos reconociesen el sentido de aquella guerra.

Se habría podido escribir su historia con más valor del que él había demostrado, de un modo más claro, más directo, más libre. Él se había permitido ciertas concesiones, tachó algunas palabras grandilocuentes, tal confesión apasionada, porque en la Roma de Vespasiano habría suscitado rechazo. Pero ¿qué era mejor? ¿Lograr parte del efecto deseado claudicando en cierta medida o no lograr nada?

Qué bendición que se muera ahora el viejo dejando el puesto a su hijo, Tito, el amigo de Josef, el amigo de la judía Berenice. La judía se instalará en el Monte Palatino y entonces, sí, bondadoso y gran emperador Vespasiano, sólo entonces mi guerra judía será verdaderamente eficaz y se apreciará su «justicia». Josef camina de un lado a otro saboreando su éxito por anticipado y al máximo. Inconscientemente se lleva la mano a la negra barba, que cuelga triangular en rígidos y cuidados rizos en torno a los labios despejados. Tararea para sí esa cadencia antiquísima con la que de niño aprendió a recitar la Biblia en las horas de estudio en la Universidad de Jerusalén. Su enjuto rostro irradia altivez y felicidad.

Puede darse por satisfecho con lo alcanzado. Ha soportado innumerables penalidades, el destino lo ha zarandeado con más fuerza que a la mayoría, pero, en esencia, cada nuevo embate lo ha encumbrado aún más. Hoy, a sus cuarenta y dos años, en posesión de todas sus facultades, sabe exactamente de lo que es capaz. Y es mucho. Ha sido soldado y político; ahora es un escritor, de corazón: alguien que alumbra las ideas por las que debe regirse el soldado y el político. Sus colegas griegos le juzgan con palabras duras y maliciosas, se ríen de lo defectuoso de su griego. Que lo hagan. Ahí está su trabajo, el mundo lo ha aprobado. Cuando lee sus libros en voz alta, toda la buena sociedad de Roma se agolpa para escucharlo, a pesar de su griego: «Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos». La antiquísima y altiva frase de aquel sacerdote ya muerto resuena en sus oídos. Está satisfecho.

No está satisfecho. Sus grandes y vehementes ojos se enturbian. Piensa en aquellos que se le oponen.

Primero en Justo, su amigo enemigo, Justo de Tiberíades, quien desde sus comienzos se interpuso en su camino cual eterno reproche. Ambos sabían muy bien cuál debía ser la misión de un escritor judío tras la derrota política. Era necesario vencer al vencedor, a Roma, desde dentro, mediante el espíritu. Desplegar el espíritu judío en toda su grandeza ante la poderosa Roma, ante los admirados y odiados griegos, de modo que se entreguen a él, ésa es la misión que corresponde hoy a un escritor judío. Lo intuyó en el mismo instante en que contempló por primera vez la ciudad de Roma desde el Capitolio. Pero no sólo él lo sintió así, sino también, desgraciadamente, Justo. Sí, Justo tampoco tardó en hacer de sus sentimientos claros pensamientos. «Dios está ahora en Italia». Josef ya no sabe muy bien quién pronunció aquella frase por

primera vez, si él o el otro. De cualquier modo, sin el otro no habría visto la luz.

Como siempre, el trabajo de ambos persigue el mismo objetivo: presentar al mundo occidental la esencia del judaísmo, su difícil e ignorado espíritu, que con tanta frecuencia se ha ocultado tras costumbres aparentemente extravagantes. Pero el método de Justo es mucho más directo, más duro: no quiere comprender que es imposible convencer a los romanos o a los griegos sin hacer concesiones. Cuando finalmente Josef logró, henchido de gozo, presentar públicamente los siete volúmenes de su *Guerra de los judíos,* entonces, en medio del clamoroso aplauso de la capital, Justo no le dedicó más que una desvergonzada sonrisa mortal. «No conozco a nadie capaz de fabricar mejores trampolines para su carrera que vos», dijo, dando así por zanjada la obra de su vida. A continuación, él, el más terco de los hombres, que no seguiría siquiera con vida de no ser por Josef, se dispuso a escribir de nuevo la obra de Josef, otra *Guerra de los judíos* tal como él la veía. Que lo haga, Josef no tiene por qué temer. El libro será como los otros libros breves que Justo ha publicado hasta el momento: directo, claro, agudo y sin efecto. Su propio libro, sin embargo, el libro que ha escrito con su pobre griego y todas esas concesiones, ha superado la prueba. Ha surtido efecto, seguirá teniéndolo, y pervivirá.

Y ahora basta de Justo. Está muy lejos, en Alejandría, y por él puede quedarse allí. Josef se sienta delante del escritorio y retoma el manuscrito de Fineas, el secretario. Como tantas otras veces, lo irrita la descuidada y desordenada letra de ese hombre. Sin duda, lo importante de esta tarea no es su aspecto técnico; pero Josef está habituado al esmero con el que se confeccionan los rollos de los libros de leyes hebreos y se siente molesto.

Echa un vistazo rápido al papel. Magistral el griego de Fineas, de eso no cabe duda. Josef depende de su ayuda. Por muy fluido que sea su arameo y su hebreo, en griego le faltan los matices. Compró a Fineas como esclavo por una suma importante. No tardó en comprobar que no podría encontrar otro colaborador tan competente como él. Nadie comprende mejor lo que quiere decir. Pero tampoco tardó en descubrir que Fineas, orgulloso como está de ser griego, desprecia en principio todo lo judío. El secretario se lo hace ver a su manera. A menudo, casi con sorna, le demuestra su habilidad para adaptarse al curso de sus ideas, rematando con toque certero esa expresión que Josef tanto ansía. Pero después, de nuevo, precisamente cuando Josef se empeña en expresar una idea, un sentimiento con la máxima sutileza, fracasa el muy artero, se hace el tonto, busca diligente, afanoso, sin dar con ello, disfrutando al ver a Josef devanarse los sesos para encontrar la ansiada palabra, y termina dejándolo en la estacada con su propia torpeza. A pesar de los servicios que le presta, su mayor deseo sería arrojarlo de su casa.

Pero eso no es posible. No podrá quitárselo de encima, como tampoco a Justo. Su esposa, Dorión, no podría prescindir de él, lo ha designado como preceptor del pequeño Pablo, y el niño también está irremisiblemente encandilado con el griego.

«Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos».

Todos lo creen afortunado. Es un gran escritor en un mundo en el que sólo el emperador aventaja al escritor en honores. Pero ese gran escritor ya no puede alcanzar lo que antaño alcanzara, cuando aún estaba empezando y no había probado su valía. Entonces tuvo la fuerza de anular la extrañeza que lo separaba de Dorión. Entonces, en Alejandría, se fundieron en uno él y aquella muchacha, Dorión, su esposa.

Cuán lejos queda todo aquello. Muchas cosas han cambiado en esos diez años. Ella ha vuelto a ser la griega egipcia de antes, y él el judío.

Pero ahora que Tito va a ser emperador, ahora que va a producirse el gran cambio, ¿no podría volver a ser todo como en Alejandría? Dorión ama el éxito. Dorión no es capaz de separar al hombre de sus éxitos. Sin duda aún no sabe nada de la inminente muerte del emperador. Acudirá junto a ella para comunicarle en persona la feliz nueva. La encontrará sentada, delicada, alta; su cuerpo sigue siendo frágil, no se ha deformado a pesar de los hijos que le ha dado. Alzará la rubia cabeza echándola hacia atrás y arrugará ligeramente la chata nariz. Con sus delgadas manos acariciará mecánicamente al gato Cronos, su amado gato, que él no aprecia y que ella considera un dios, igual que a su gata Immutfru, que afortunadamente ya murió. La desea ardientemente al imaginarla así, con la necia boca de pequeños dientes entreabierta a causa de la sorpresa, pensativa, con ese aire infantil. Dorión es una niña, tiene el don de poder alegrarse sin inhibiciones, como una chiquilla. Es fácil ver cómo surge en ella la alegría, cómo va creciendo, cómo se le alegra primero la boca, luego los ojos, después el rostro entero, y finalmente todo su cuerpo. Es maravillosa cuando está contenta.

A pesar de todo, no irá a verla para comunicarle la noticia. Sería un triunfo demasiado fácil, significaría reconocer lo mucho que la necesita, debe moderarse con ella, no debe relajarse; alberga ciertos deseos que no le concede. Demostrarle cuán ardiente es el suyo significaría humillarse ante ella.

Pero le cuesta un gran esfuerzo no correr a su lado. Ha tenido innumerables mujeres, aún conserva un

aspecto juvenil y un tanto especial, es fuerte, elegante, el éxito y la fama lo acompañan, las mujeres lo acosan. Pero sólo desde que conoció a Dorión sabe lo que es el amor y lo que significa el deseo, y ya no encuentra sentido a los versos del *Cantar de los Cantares* si no los refiere a ella. Su piel tiene el aroma de la madera de sándalo, el aliento que mana de su adorable y voluptuosa boca es como la brisa de Galilea en primavera. Hay pocas mujeres a las que pueda amar más allá del tiempo en que se une a ellas con el cuerpo. Sería capaz de renunciar a todas las mujeres del mundo, pero no concibe vivir sin esa mujer, sin Dorión.

Están hechos el uno para el otro. Ella sabe que es la mujer creada de su costilla. Cuántas cosas le ha sacrificado. Poco después de casarse tuvo que separarse de ella para dirigirse a Jerusalén en compañía del príncipe y asistir a la derrota de la ciudad. Cómo se comportó cuando por fin regresó junto a ella, para enviarla lejos de nuevo. Toda su vida la recordará de pie ante él, en silencio. Pura y ligera se alzaba, sobre su delgado cuello infantil, la delicada cabeza con su boca voluptuosa. Lo miraba con esos ojos color mar que poco a poco se iban oscureciendo. Veía su piel, sabía que esa piel era dulce, lisa y muy fría. Toda la dulzura del mundo se resumía en ella, su esposa Dorión; lo había esperado interminablemente, y ahora había regresado, la tenía ante sí, y era todo deseo por él. Pero allí estaba también su libro, aquel maldito libro en cuyo nombre había aceptado tantos compromisos y, si permanecía junto a ella, no podría escribirlo, y si no lo escribía se le escaparía para siempre. Tuvo que decirle aquello, tuvo que enviarla lejos. Allí estaba, de pie, escuchándolo, sin querer retenerlo, sin contradecirlo. Sin decirle siquiera que durante el tiempo que había pasado a las puertas de Jerusalén le había dado un hijo.

La Dorión de hoy es muy distinta de aquella Dorión. Durante los quince meses que tardó en escribir su libro, ese bendito, maldito libro, se había transformado de nuevo en la sarcástica y altiva dama de antaño, en aquella muchacha de Alejandría distante y curiosa, fascinada por las frívolas visiones de las fábulas griegas. Y de esa guisa regresó junto a él cuando la llamó a su lado tras concluir su libro. Se había vuelto belicosa, crítica. Desde que introdujeron —le explicó— aquel vergonzoso impuesto judío había anulado los trámites para convertirse al judaísmo, y no tenía la menor intención de hacer circuncidar al pequeño Pablo. Sostuvieron agrias disputas. Él no quería permitir que se educase a su hijo como a un griego, que su hijo permaneciese excluido de la comunidad de los elegidos, de los creyentes. Pero su matrimonio, que era el de un ciudadano romano con una mujer que no disfrutaba de tal ciudadanía, no era totalmente legal ante la ley. Pablo estaba bajo la tutela de la madre, era un griego egipcio como ella. Josef no podía hacer de él un judío sin el beneplácito de la madre. No le habría resultado difícil validar su matrimonio, y su hijo habría pasado con ello a formar parte de la nobleza de segundo rango, a la que él pertenecía. Cuántas veces había tratado de convencer a Dorión para que lo aceptase. Quiso prepararlo todo, a ella no le habría costado más que una única visita a los tribunales. Dorión se negó. En otro tiempo, en Alejandría, lo había conminado a solicitar la ciudadanía. Puso como condición para desposarlo que hiciese lo imposible por conseguir ser ciudadano romano en un plazo de diez días. Ahora en cambio prefería seguir siendo una ciudadana de segunda clase sólo para que su hijo permaneciese bajo su tutela y no se convirtiese al judaísmo.

Pablo. Josef lo ama con todo su corazón. Pero Pablo es hijo de su madre. Su admiración es para el griego, el esclavo al que Josef regaló la libertad. Ama a ese maldito Fineas. Cada vez que Josef trata de acercarse a él se cierra, se vuelve extraño y amable, quizá se avergüence de su padre por ser judío. Él mismo es un griego, el pequeño Pablo.

Pero quizás ahora, cuando todo cambie bajo el mandato de Tito, tal vez logre derrumbar la pared que lo separa del muchacho. Tiene que conseguirlo. Llegará aún más lejos, cosechará más éxitos, y Dorión se dejará convencer, lo ayudará. Comprenderá que ahora el escritor Flavio Josefo ya no constituye una amenaza para el futuro de su hijo, incluso convirtiéndolo al judaísmo.

Josef está lleno de esperanza. Tiene cuarenta y dos años y está en posesión de todas sus fuerzas. Vespasiano está agonizando. Tito, su amigo, será nombrado emperador. Josef impondrá su voluntad, borrará de su vida cualquier episodio molesto. Escribirá su *Historia universal del pueblo judío,* el libro con el que sueña, y Justo callará y no atinará a formular ningún reparo. También obligará a Dorión a regresar junto a él, y a su hijo lo convertirá en judío y en ciudadano del mundo, en su primer discípulo y apóstol. Josef ha vuelto a enrollar el pergamino con los desordenados garabatos de Fineas. Fineas, el griego, el enemigo de los judíos, constituye un obstáculo para sus propósitos, debe marcharse. Le resultará difícil pasar sin él. Josef ha escrito un salmo, el salmo del ciudadano del mundo. En voz baja pronuncia para sí los versos hebreos:

Oh Yahvé, dadme más oídos y más ojos
para ver y oír la inmensidad de tu mundo.

Oh Yahvé, dadme más corazón
para comprender la diversidad de tu mundo.
Oh Yahvé, dadme más voz
para confesar la grandeza del mundo.
Oídme, pueblos; escuchad bien, naciones:
No guardéis, dijo Yahvé, el espíritu que he derramado sobre vosotros.

Gastadlo, prosiguió la voz del Señor,
pues escupo sobre el que lo escatima,
y de quien tiene cerrado el corazón y la bolsa
aparto mi rostro.

Alejaos de vuestra ancla, dijo Yahvé.
No amo a los que se embarrancan en el puerto.
Abomino de los que se pudren en el olor infecto de su molicie.
He dado al hombre muslos para que lo sostengan sobre
la tierra y piernas para correr,
para que no quede plantado como un árbol por sus raíces.
Pues el árbol tiene un solo alimento,
pero el hombre se nutre de todo
lo que he creado bajo el cielo.
Un árbol conoce sólo una cosa
pero el hombre posee ojos para asimilar lo exterior y una piel para palpar y gustar lo ajeno.

Load a Dios y dispersaos sobre la tierra,
load a Dios y extendeos sobre los mares.
Es esclavo quien se ata a un país.
No se llama Sión el reino que os he prometido;
Su nombre es: el universo.

Son buenos versos, dicen exactamente lo que quiere decir. Pero son versos compuestos en hebreo, y tal como están traducidos suenan pobres y resultan poco musicales. Sólo podrían ejercer su efecto sobre el mundo si también en griego resonase su música, la música de los escalones del Templo de Yahvé. Cuando, hace más de trescientos años, se tradujeron las Sagradas Escrituras al griego, trabajaron en ello setenta y dos doctores familiarizados con la obra, a puerta cerrada, y cada uno separado de los demás. Sin embargo, el texto de cada uno coincidió al final palabra por palabra con el texto de los demás, y resultó una obra magnífica. Pero tales milagros ya no ocurren. No podría encontrar setenta y dos personas capaces de traducir su salmo. No encontrará a ninguna, a excepción, tal vez, de Fineas, y, además, tendría que encontrarlo con el ánimo dispuesto y preparado para aplicar todo su talento en ello.

Sea como fuere, el salmo ya ha visto la luz, si bien en un griego defectuoso. Pero ahora que Tito va a ser emperador Flavio Josefo podrá permitirse de nuevo ser el doctor Josef ben Matatías. Podrá expresar sus sentimientos de un modo más puro, más profundo, más judío, en un griego aún peor. Renuncia a Fineas, ha terminado con él. Algún día, sin embargo, llegará la hora en que todos los pueblos entiendan su salmo.

El emperador Tito Flavio Vespasiano se encontraba en la tarde de aquel día tumbado en el dormitorio de su anticuada mansión campestre en las proximidades de la ciudad de Cosa. Al notar que su fin estaba cercano ordenó que lo condujesen a la posesión etrusca heredada de su abuela donde se había criado. Amaba aquella casa de aire campesino y paredes ahumadas, ampliada y transformada por sucesivas generaciones. Él lo había dejado todo tal como estaba, oscuro y poco confortable, como lo conociera de niño sesenta años antes. El techo de la habitación era bajo y oscuro, la puerta de la amplia sala desprovista de ventanas se abría a un enorme patio a la sombra de una encina milenaria donde mantenían a una cerda con sus crías. La ancha cama que se elevaba tan sólo un par de palmos sobre el suelo estaba empotrada en un nicho no demasiado alto; consistía en un lecho de piedra recubierto de abundante lana y un lienzo crudo de campesino.

De modo que la gran ciudad de Roma dirigía sus ojos hacia aquel primitivo dormitorio, sí: incluso toda

Italia y las provincias más cercanas. Pues la noticia de la inminente muerte del emperador no había tardado en propagarse.

Sólo pocas personas acompañaban al emperador: su hijo Tito, su médico Hekateo, el ayudante Floro, el mayordomo, el peluquero. Y, junto a éstos, Claudio Regino, el joyero imperial, hijo de un esclavo siciliano y de una judía, el gran financiero cuyo consejo solía buscar el emperador para los asuntos monetarios. Vespasiano había convocado a aquel hombre a su lecho de muerte. En cambio, rechazó expresamente la presencia de su hijo menor, Domiciano.

Eran las siete de la tarde, pero estaban a veintitrés de junio y aún tardaría en anochecer. Así tumbado, el emperador mostraba una delgadez penosa. Los calambres y las diarreas que lo habían torturado durante todo el día habían remitido, pero su debilidad era por ello mayor. Pensaba que inmediatamente después de su muerte un dictamen del senado lo elevaría al rango de dios. Contrajo la ancha boca hasta dibujar una sonrisa, y, volviéndose hacia el médico, con una respiración ligeramente bronca pues no le resultaba fácil hablar, dijo:

—Ay, doctor Hekateo. Esta vez no hay remedio, esta vez me convertiré en dios. ¿O crees que tendré que esperar a que llegue la noche?

Todos miraron al doctor Hekateo, pendientes de su respuesta.

Hekateo era famoso por su franqueza. Y también repuso sin rodeos:

—No, majestad. Creo que no tendréis que esperar a la noche.

Vespasiano jadeó ostentosamente.

—Bien —dijo—, entonces puedes empezar.

Había dado orden de que, cuando le llegara la hora, lo vistieran, afeitaran y peinaran. No concedía gran importancia a los detalles externos, pero consideraba que el senado y el pueblo de Roma tenían derecho a que el emperador muriese dignamente. Tito se le acercó, el ancho rostro de niño de aquel hombre de treinta y nueve años parecía preocupado. Sabía el esfuerzo que supondría para el moribundo dejarse bañar y vestir. Pero Vespasiano lo rechazó con un gesto de la mano:

—No, hijo mío. La disciplina ante todo.

Trató de sonreír a su ayudante Floro. Porque Floro valoraba las formas y sufría con la poca importancia que les concedía el emperador, con su burdo dialecto. No hacía ni tres días, al pronunciar Vespasiano el nombre de la ciudad de Cosa, donde quería ser llevado, como «Causa», Floro no pudo evitar corregirlo, apuntando que no se decía Causa, sino Cosa. A lo que el emperador respondió al ayudante Floro:

—Ya lo sé, Flaurus. La disciplina ante todo —repitió también ahora, con cierta dificultad y con un acento muy marcado—. ¿No es cierto, Flaurus?

Bañaron al moribundo. Extenuado, con la dura piel formándole arrugas, el pecho y el vientre con un vello sucio sobre el blanco de la piel, jadeante, el viejo pendía de los brazos de su gente. Lo secaron, y el peluquero se le acercó con la navaja de afeitar. Era un buen peluquero que había estudiado con un maestro egipcio de primer orden, pero como peluquero imperial había tenido el pobre pocas oportunidades de demostrar su talento. En lugar del buen jabón galo debía utilizar la barata arcilla de Lemnos, la otra le resultaba demasiado cara al emperador, y, tras el baño, en vez de la auténtica pomada de nardos sólo toleraba la horrible imitación napolitana. Pero hoy el peluquero podía utilizar lo más caro de lo que tenían a su disposición. De una pequeña cajita de alabastro y ónice, regalo de la provincia de Betania, tomó un poco de bálsamo, opobálsamo, el preparado más noble del mundo, que traían en cantidades ínfimas desde el interior de Arabia. En total había en el mundo dos cajitas de ese opobálsamo, ambas en posesión de la princesa judía Berenice. Una de ellas se la había regalado años antes al príncipe Tito, quien se la había entregado al peluquero para que la emplease ese día. La estrecha cámara campesina rebosaba de exquisitas fragancias que se fundían con el olor de los cerdos procedente del patio.

—Bueno, Flaurus —dijo el emperador—, confío en que ese pestazo sea de tu agrado.

Todos recordaron cómo, al protestar un día Tito por el indigno impuesto de letrinas que él mismo había maquinado, le presentaron un sestercio procedente de dicho impuesto y le dijeron: «¿Acaso te parece que apesta?».

Una vez bañado y ungido se dejó el moribundo poner el vestido de gala purpúreo y las altas botas rojas con borde negro reservadas a la más alta nobleza. Cuando terminaron exhaló un profundo suspiro y ordenó que lo recostaran.

—Un vaso de agua helada —ordenó. Vio que vacilaban—. No creo que importe gran cosa —le dijo al doctor—. ¿No te parece, doctor Hekateo?

El hombre respondió con sinceridad:

—Te costará a lo sumo diez minutos de vida.

Le trajeron el vaso de aguanieve. Cayó goteando en su boca reseca, tenía un sabor muy dulce. Era probable que el doctor Hekateo hubiera introducido en ella algún narcótico para aliviar sus dolores. Con la áspera lengua lamió las últimas gotas de sus largos labios despellejados. Pero ahora, antes de que se le nuble el sentido, debe repetirlo una vez más:

—No dejéis de alzarme cuando os lo indique con el dedo. Quiero morir de pie. Nada de estúpidas consideraciones. Prometédmelo. Prometédmelo por Hércules.

Dirigió una sonrisa desencajada a su hijo Tito, quien en cierta ocasión había ordenado componer un complejo y costoso árbol genealógico de su dinastía que se remontaba hasta los tiempos de Hércules. Pero, aunque Vespasiano solía plegarse al criterio de su hijo en los asuntos de representación, en aquella ocasión se enfadó. Su padre había sido empleado de hacienda, después banquero en Suiza; su abuelo, propietario de una oficina de cobros; su bisabuelo, de una agencia de colocación de braceros. Así era y no de otro modo. Nadie iba a cambiarlo. Así que nada de Hércules.

Jadeó, parpadeó con los ojos vueltos hacia el patio blanquecino y tranquilo. Se había levantado una ligera brisa vespertina que soplaba desde el mar; se la oía mover las hojas de la encina. Dentro de poco se verían las estrellas, seguramente ya podía divisarse el lucero de la noche.

Está bien que todo se acabe. Hasta ahora la muerte le ha resultado relativamente fácil. La última vez que, por complacer a su hijo Tito, se subió a la carroza triunfal para festejar la victoria sobre los judíos viéndose obligado a permanecer todo el día sobre ella vestido con los pesados ropajes de Júpiter Capitolino, ¡ah!, queridos, aquello le resultó mucho más duro. Ahora no tendrá que permanecer de pie más que un par de minutos a lo sumo.

Ha trajinado como un poseso por todo el orbe. Se batió con los bárbaros en Inglaterra, en Roma con el senado y los mandos del Ejército. En Judea lo admiraron; en África le arrojaron bosta de caballo, en Egipto cabezas de arenque. Su vida había sido un vaivén enloquecido. Fue prefecto de Roma, cónsul, *triunfator;* pero también comisionista de tránsito, mediador en la obtención de títulos nobiliarios, agente en oscuros negocios financieros; y había quebrado en varias ocasiones. Y si no sucumbió fue en realidad por la encina que está allí afuera, en el patio: esa vieja y sagrada encina consagrada a Marte. Pues de ella brotó, así se lo han contado una y otra vez su madre y su abuela, un retoño extraordinariamente fuerte en el momento de su nacimiento, signo de que el destino le deparaba lo más alto. Pero durante mucho tiempo su vida pareció empeñada en desacreditar a la encina sagrada. Había gemido al escuchar a su madre y más tarde a su amiga, la dama Cenis, torturarlo una y otra vez apelando a aquella encina; no le permitían asentarse tranquilamente en la mansión como un campesino satisfecho, como era su deseo. Bien, cedió y siguió trabajando como un poseso sin dejar de maldecir. Pero finalmente la encina tuvo razón, y su madre y su abuela, cuyos ahumados bustos de cera aún conserva en el vestíbulo, pueden darse por satisfechas.

Anochece. Sus pensamientos se tornan romos y confusos, el bebedizo narcótico comienza a surtir efecto. Una mano grasienta se esfuerza por ahuyentar los mosquitos que tratan de posarse una y otra vez sobre la sudorosa y correosa piel de su rostro. Parpadea. Es Claudio Regino el que los aleja de él. Medio judío, pero un hombre bueno. La deuda imperial ascendía a cuarenta mil millones de sestercios cuando Vespasiano se hizo cargo de los negocios. Cuarenta mil millones. Una suma para echarse a temblar. Pues bien, el judío no lo hizo. Sin el judío jamás la habría obtenido.

Claudio Regino, medio judío, un hombre oriental. Vespasiano sabe que sin la ayuda de Oriente no habría llegado a ser emperador. Pero él es romano, y Oriente lo inquieta, no le gusta. Hay que sacar el mayor provecho posible de Oriente, pero no se debe ir más allá. En cuanto dejó de necesitarlo, lo acalló. Abolió los privilegios de provincias enteras, entre ellos los de Grecia. También ese muchacho, Josef, le resulta insoportable. Todos los literatos son insoportables, y los judíos doblemente. Por desgracia, no se puede pasar sin ellos. Las biografías son importantes. Es más fácil morir cuando uno sabe que la posteridad lo admirará. Un libro acertado dura más que un monumento. El libro de ese judío Josef pervivirá. Y no le ha salido nada caro, todo hay que decirlo. No llega al millón lo que ha gastado en ese hombre. Un precio irrisorio para un par de siglos de fama. Suponiendo que el libro mantenga su vigencia durante dos mil años, ¿cuánto habrá gastado por día para asegurarse la fama? Veamos. Primero, dos mil por trescientos sesenta y cinco. Después, un millón dividido por el total. Si no sintiera ese torpor en el cráneo. Dos mil por trescientos sesenta y cinco. Ya no puede más. Pero, en cualquier caso, un buen negocio.

Se le ha metido un mosquito en la manga. Es buena señal que aún sea capaz de notarlo. Sin duda también lo será de calcular cuánto le cuesta cada día de fama. Habría que ahuyentar al mosquito. Pero hablar supone un esfuerzo, y debe guardar sus fuerzas para pronunciar unas palabras finales decentes. Un emperador romano debe morir pronunciando unas últimas palabras nobles. «Echad al mosquito» no estaría mal, pero carece de la dignidad necesaria.

Ya se ha ido. Tiene suerte con su muerte. Aquí, en esta vieja y agradable estancia campesina junto al patio, la encina y los cerdos, morir resulta algo fácil, honrado, respetable.

Tito es un buen hijo. Quizá demasiado ambicioso. Si no lo hubiera sometido a una estricta vigilancia probablemente él lo habría quitado de en medio hace años. Durante todo ese tiempo ha estado tratando de imponerle a su médico Valens. ¿Tal vez sea cierto que lo ha envenenado? No. El doctor Hekateo se muestra confiado: no es más que una afección del intestino. Dos mil años de fama por, en total, un millón de sestercios. Dos mil por trescientos sesenta y cinco… Por otra parte, no le habría reprochado a Tito que hubiera añadido una pequeña dosis de veneno. Sesenta y nueve años, un mes y siete días, ha vivido bastante, se puede dar por satisfecho. Los cuarenta mil millones de deudas también están liquidados. Pero habría sido poco cortés, y nada infantil, que Tito lo hubiera envenenado, pues durante el tiempo en que gobernaron conjuntamente lo dejó salirse con la suya casi siempre. Dos mil por trescientos sesenta y cinco. Con la buena cabeza que tenía para las sumas.

Está bien que haya dado orden de no dejar entrar a su hijo Domiciano. No le gustaría tenerlo ahora en la habitación. Domiciano, el Chiquillo, ¡vaya pieza! No le agrada. ¿Por qué habrá sido tan putero este maldito Tito? Ahora no tiene más que una hija, por lo que no se podrá quitar al Chiquillo de encima; lo necesitan para asegurar la continuidad de la dinastía.

Dos mil por trescientos sesenta y cinco… Habría que tener a un filósofo. Pero él ha arrojado de Italia a todos los filósofos. Hay cuatro clases de filósofos. En primer lugar, los que callan y filosofan para sí: ésos son temibles y sospechosos precisamente por callar. Después están los que imparten clases de forma regular: son temibles y resultan sospechosos porque hablan. En tercer lugar, tenemos los que hacen giras dando conferencias, que son particularmente temibles y sospechosos, porque hablan mucho. En cuarto lugar están los filósofos mendigos, los cínicos: ésos son los peores de todos, porque se mezclan entre el proletariado y hablan. A pesar del incómodo respeto que siente por la literatura ha expulsado a todos esos muchachos del país. Ciertos nobles ensoberbecidos declararon que aquello había sido una grosería. Bien, él no tiene maneras de salón, es un viejo campesino. El que más improperios le dedicó en aquella ocasión fue el senador Helvid. Un tipo francamente insolente, aquel Helvid. Hasta hace muy poco le ha denegado el título imperial. En realidad, tanta insolencia resultaba imponente. Pero un tanto insensata si uno no contaba con veinte cohortes para respaldarla. Hubo mucha mala sangre cuando lo liquidó. Pero esa historia no enturbiará su biografía. Cuando vio el revuelo que había provocado la sentencia la anuló de inmediato. Pero sólo tras asegurarse de que su hijo Tito ya había dispuesto la ejecución, de modo que, por mucho que demostrase su buena voluntad, la revocación de la sentencia llegaría demasiado tarde. Lo planeó con astucia. En asuntos como aquél Tito y él se habían entendido siempre a las mil maravillas sin necesidad de hablar. Se comportaron con nobleza el uno con el otro. De las alegrías del poder le había dejado a Tito la mayor parte. Como contrapartida, debía asumir todas las medidas desagradables con el fin de que el fundador de la dinastía no resultase excesivamente impopular. De cualquier modo, tampoco es popular. Cuando uno hace uso de la razón es difícil llegar a ser popular. Pero si una dinastía perdura lo bastante cabe la posibilidad de que llegue a serlo, aunque actúe razonablemente.

Dos mil por trescientos sesenta y cinco… Ya no lo conseguirá. Y todavía ha de decirle a Tito que debe acabar también con el joven Helvid; y con Senecio y Arulo, por muy inteligentes y discretos que sean, además de con toda una serie de filosóficos señores de la oposición. Ahora se pueden permitir el lujo de intervenir. La dinastía es lo bastante firme y —el moribundo sonríe ahora con ademán astuto— su propia biografía ya no se verá salpicada por ello.

Hay que liquidar a esos tipos. La oposición es un gran placer para el que la ejerce. Pero también hay que saber lo que se arriesga y estar dispuesto a pagar por ello. Si no le costase tanto hablar… Debe sopesar detenidamente si le conviene gastar el poco aliento que le resta en impartir estas indicaciones o en unas dignas palabras finales.

Una pena que Tito no tenga un hijo. Julia, su hija, es una chica agradable. Blanca, carnosa, un buen pedazo de mujer; y lleva su artístico peinado como si verdaderamente descendiese de Hércules y no del dueño de una oficina de cobros. Una recia romana sigue siendo lo mejor, tanto para alternar en sociedad como en la cama. Para eso las viejas familias patricias aún pueden dar algún juego, hay que admitirlo. El Chiquillo no ha tenido mal gusto desplegando semejante energía para llevarse a su cama a Lucía.

Costó Dios y ayuda entonces, hace ocho años, despegar a Tito de su judía. Si alguien hubiese intentado separarlo de su Cenis también él se habría soliviantado. Pero hay ciertas cosas que no pueden ser. Imponer altos tributos y apoyar al mismo tiempo a los judíos, no, eso no puede ser, querido. Cuando uno está endeudado hasta las cejas hay que azuzar a las masas contra los judíos. Esta regla no tiene vuelta de hoja. A veces el muchacho tiene la mirada de su madre, esa cosa vaga, confusa, irresponsable, directa y un poco

loca de Domitila que siempre lo asustó. Pero también posee cierto aire aristocrático. Probablemente se ha enamorado de ella con tal vehemencia porque tiene sangre de reyes. Esperemos que no vuelva a liarse con ella tras su muerte.

La brisa arrecia, se la oye acariciar la encina. Su buena y vieja encina. Ahí sigue. Ha refrescado, y los viejos aromas con los que ungieran a Vespasiano se dispersan. Los cerdos se han retirado a su pocilga, en un rincón del patio. Vespasiano es un viejo campesino, cae la tarde y él ha hecho lo que debía hacer, ya puede morir tranquilo. Hasta ahora albergaba el secreto temor de tener de nuevo un retortijón y manchar, tal vez, su costosa túnica de moribundo. Pero ahora está seguro de que, en los pocos minutos que le quedan, no ocurrirá nada. Lo hará todo bien hasta el final. Y cuando, en la ceremonia fúnebre, sus padres y ancestros, su madre y su abuela desfilen delante de él, podrá dejarse ver junto a ellos. Todos los logros de sus ancestros: el banquero, el recaudador de impuestos y el de la agencia de colocación, y los laboriosos terratenientes de los que desciende por parte materna, todo desemboca en él como los ríos en un ancho mar. Ha conservado su hacienda, la ha administrado admirablemente, ha prosperado; se ha convertido en una propiedad inmensa que ha llegado a cruzar el mar, abarcando todo el orbe; el mar no es más que una parte de sus posesiones, que llegan hasta Asia, África, hasta Britania. Su territorio se llama Roma.

Está a punto de anochecer. Tito permanece junto a la ancha puerta que conduce al patio. Allí lo tiene, no muy alto, pero fuerte y majestuoso, con su redondo y abierto rostro, el mentón breve y prominente que se curva hacia dentro, triangular. Vespasiano ve a su hijo, oye el viento meciendo la encina, sus peludas orejas están llenas de ese viento. Y, de la lejanía, éste le trae el tronar de las trompetas, como antaño, cuando en Britania o en Judea encabezaba el ataque. Desgraciadamente, Tito no tiene sentido del humor, pero en cambio, de cuando en cuando resuena en su voz algo de ese tronar. Vespasiano puede estar tranquilo y dejarse consagrar, puede ir sin cuidado a engrosar las filas de los dioses. Aunque Hércules no sea ancestro suyo puede permitirse hablarle de igual a igual. Se darán un topetazo en las costillas; Hércules soltará una carcajada y bajará la maza, se sentarán el uno junto al otro y se contarán chistes.

Dos mil por trescientos sesenta y cinco. El torpor bajo su cráneo da paso de pronto a una lucidez diáfana. Dos mil por trescientos sesenta y cinco, muy sencillo, son setecientos treinta mil. Exactamente un millón se ha gastado en ese muchacho Josef. De modo que un día de fama no pasa de un sestercio y medio. Un regalo.

Se siente ligero, pletórico de satisfacción. Dentro de poco todo habrá terminado. Sólo un poco más, dos minutos más, uno. Tiene que aguantar. Tiene que mostrarse digno, se lo debe a la encina.

Hace la señal con la mano, débil, casi imperceptiblemente. Pero ellos lo notan, lo levantan. Que lo dejen. Le hacen muchísimo daño, se siente terriblemente débil, que lo dejen tumbado. Aún ha de decir algo. ¿Qué? Lo sabía tan bien. Hace días que prepara sus últimas palabras. Lo incorporan aún más. Es insoportable, pero ellos no muestran ninguna consideración.

De fuera les llega una ráfaga de viento. Eso lo alivia un poco. Que no tengan consideración. La disciplina ante todo. Quiere morir de pie, así lo ha decidido.

Y, de hecho, ya está de pie, o más bien cuelga inclinado hacia adelante, con los brazos rodeando los hombros de los otros: rodeando los hombros de su hijo Tito y de su consejero, Claudio Regino.

Cuelga pesadamente hacia adelante, jadea penosamente, mana el sudor de la dura y correosa piel de su frente, unas gotas de sudor penden de su voluminosa calva.

Ya no puede más. ¿Para qué todo ese tormento? El medio judío Claudio Regino ya no quiere colaborar, le indica algo a Tito con un gesto. Le permiten deslizarse hacia atrás.

El viejo, el amo del orbe, el que ha cargado con ese orbe con tal tozudez, maldiciendo, gastando bromas, durante tanto tiempo, se deja deslizar. Siente que se deshace de un peso imponente. Contempla la encina, siente el viento, siente la bendición de dejarse caer. Está tumbado sobre el duro lecho, orgulloso, feliz. ¡Ah!, ya no tiene que hacer cuentas, puede prodigar su aliento, puede permitirse comunicarle al astuto financiero Regino, antes de sus dignas palabras finales, el inteligentísimo negocio que ha hecho. Susurrando y con una sorna cruel, jadea junto a su oído:

—¿Sabes cuánto me cuesta un día de fama? Un sestercio, un as y seis onzas y media. Una ganga, ¿no te parece?

Y sólo entonces, haciendo acopio de sus últimas fuerzas y volviendo la cabeza a uno y a otro con un esfuerzo sobrehumano, prorrumpe:

—César Tito, señores, decidle al senado y al pueblo de Roma que su emperador Vespasiano ha muerto de pie.

Y con esta mentira, tumbado, expira.

Transcurridos dos días, el cadáver cuidadosamente embalsamado del emperador fue conducido a Roma

e instalado en la mansión imperial del Palatino en un alto catafalco, en la sala donde figuraban, junto a las paredes, los bustos de cera de sus antepasados. De modo que allí estaba el difunto Vespasiano, los pies vueltos hacia la salida, con el vestido imperial purpúreo, una moneda de bronce bajo la lengua con la inscripción «Judea vencida» para pagar al barquero que lo conduciría a la otra vida, una corona sobre la cabeza, un anillo de sello en el dedo, y ante él los lictores vestidos de negro con las fasces hacia abajo. Diariamente acudían a verlo Tito, Domiciano, Julia, Lucía, llamándolo por sus numerosos nombres y títulos. Por otra parte, oficialmente seguía con vida, ya que el senado había determinado elevarlo al rango de dios. De modo que hasta que no se le incinerase no se le consideraría muerto y le llevaban alimentos, le presentaban documentos, acudían médicos que lo auscultaban para presentar después informes sobre su estado.

Pero a la tarde, para despedirse de su emperador, desfiló ante el lujoso catafalco un cortejo interminable compuesto por el senado y el pueblo de Roma: cientos de nobles de primer rango, miles del segundo, cientos de miles de los dos millones de habitantes que contaba la ciudad de Roma.

Nadie se atrevía a ausentarse, se sabía que la policía llevaba un registro. Incluso acudieron los muy aristocráticos señores de la oposición encabezados por el senador Helvid. El emperador había permitido que se ejecutase a su padre por haber defendido con arrojo los derechos del senado, el órgano legislativo. Estos señores no eran como sus padres, que hablaban mucho y en voz alta; éstos se plegaban. Pero no olvidaban. Algún día se les permitiría hablar y actuar.

Así que incluso ahora se sometían al régimen, presentándose ante el cadáver vestidos de luto, según la costumbre. Contemplaron al emperador: incluso muerto, con los ojos cerrados, su imponente cráneo se les figuraba rudo y malvado. Helvid padre protestó en su día con altivas palabras cuando Vespasiano quiso arrogarse el derecho de reedificar el Capitolio destruido. Ellos, los jóvenes, eran más avispados, habían decidido en el senado que se elevase al advenedizo al rango de dios. No les importaba que se erigiesen templos y estatuas en su honor, de cualquier modo estaba muerto. Allí está, no dibuja una perversa sonrisa con los largos y finos labios, ya no puede bromear a su costa de aquel modo malévolo, tan poco adecuado a sus ojos, dignos y elegantes señores. Con el corazón lleno de odio y de desprecio contemplaban el cadáver, y con gestos temerosos y dolientes se cubrían la cabeza, como los demás, exclamando con ellos: «¡Oh nuestro emperador Vespasiano, oh magnánimo y gran emperador Vespasiano!».

También acudió el senador Junio Marullo, gran abogado y famoso orador, uno de los hombres más ricos de la ciudad. No se había opuesto, en lo político, al emperador, pero le había hecho la competencia en sus negocios y ambos habían librado un combate amargo y secreto que duró muchos años. Al comprobar Vespasiano que no podría vencer al otro en lo económico trató de liquidarlo política y socialmente: lo excluyó del senado porque —una excusa cargada de burda ironía— tiempo atrás había aparecido en el Circo luchando contra una atleta espartana. El elegante y refinado Marullo aceptó dicha disposición con el mismo ademán cínico e indiferente con el que aceptaba todas las decisiones del emperador campesino. Aquella vejación no constituyó para el indolente señor, que había degustado ya todos los placeres del mundo, más que una nueva experiencia. Despectivo, cambió la ancha banda purpúrea de la toga senatorial y las altas botas de la alta nobleza por el uniforme de la renuncia, el manto de crin y el bastón y la talega de mendigo de los estoicos, los filósofos que seguían las normas más estrictas. Por supuesto, su manto de crin fue confeccionado por el mejor sastre de la ciudad, su bastón tenía incrustaciones de oro y marfil y el cuero de su talega era de la mejor calidad. Por lo demás, aquel nuevo estoicismo no le sentaba peor que la pompa con que solía vivir. Nadie era capaz de transmitir las enseñanzas de la escuela estoica con mayor elegancia y, cuando filosofaba en la bella biblioteca de su casa, todos los personajes influyentes de la ciudad se agolpaban para escucharlo.

También aquel día acudió Junio Marullo vestido de filósofo. Resultaba chocante que el antiguo senador se presentase ante el cadáver de esa guisa, pero los responsables del protocolo no encontraron ningún motivo para impedírselo. Con la esmeralda que le servía de monóculo ante el ojo azul claro miró al muerto más escrutadora y largamente de lo aceptable, y después, con su potente y gangosa voz, dijo:

—Quiero observar detenidamente a nuestro bondadoso y gran emperador antes de que se convierta en dios.

Un estoico puede permitirse ciertas cosas que tal vez no convengan a un senador.

El actor imperial judío Demetrio Libán también permaneció durante un tiempo excesivo ante el cadáver. Todos los ojos se fijaron en el celebérrimo actor cuando éste se acercó al catafalco con paso estudiado que expresaba dignidad, duelo y veneración. El comediante, que no era de gran estatura, permaneció a cierta distancia, dirigiendo con vehemencia sus ojos grisáceos un tanto turbios hacia los cerrados del emperador. Tenía un litigio con aquel hombre. Los últimos años habían sido difíciles para él, y la culpa de ello la tenía

el difunto. Había sido él quien le negara la oportunidad de mostrarse ante su público, le había obligado a renunciar al título de primer actor dramático de la época en favor de otros. ¿Acaso no era legendario que en tiempos hubiera que hacer intervenir a la policía y al ejército para sofocar las revueltas que provocaban sus bromas? Con el nuevo emperador, con Tito, el amigo de la princesa judía, todo será distinto. Los inútiles, los tipos como Favor, como Latín, ya no tendrán ocasión de hacerle sombra a Demetrio Libán.

Allí estaba, el muerto, el enemigo. No sabe lo que le ha hecho. Tal vez no lo supo tampoco en vida. Para él se trataba de un asunto muy claro: las masas no ven con buenos ojos que el príncipe heredero se líe con una judía, de modo que el emperador ha de dejar patente que no aprueba tal unión, que no aprecia a los judíos, impidiendo que actúe el actor judío. No sabía una palabra de arte ese labriego, ese arribista. Probablemente no tenía la menor idea de lo que le había hecho a él, a Demetrio. ¿Por qué habría de tener conciencia un zote como él de las consecuencias de su estúpida política? Jamás habría comprendido lo que significa tener que contemplar cómo otro destroza un papel que uno mismo habría podido elevar al más alto grado de perfección. Uno se ahoga de rabia por las oportunidades perdidas. ¡A cuántos peligros ha debido exponerse para obtener siquiera un papel! En una ocasión, el viejo Helvid, el cabecilla de los senadores de la oposición, el ajusticiado, escribió una pieza insolente, un *Catón,* y quiso representarla en su casa para sus invitados. Cuánto tuvo que luchar consigo, él, Demetrio, antes de decidirse a participar en ella. Aparecer en aquella representación contraria al régimen suponía arriesgar la vida; él no era un hombre valiente, y, además, ni siquiera encajaba en el personaje.

Tranquilo, recogido, respetuoso, permaneció ante el muerto, pero en su fuero interno forcejaba con él violentamente. Ahora que estás muerto ya no podrás detenerme, ahora resurgiré. Ya no soy joven, cincuenta y uno, y este oficio desgasta. En cuatro largos años no he representado más que cinco obras, uno pierde práctica al no tener contacto con el público. Pero estoy preparado, no he abandonado la dieta, lo lograré. Estás muerto, ahora eres un «dios», pero yo soy el actor vivo Demetrio Libán, y, si es necesario, aún soy capaz de hacer reír a las estatuas, como dijo de mí Séneca el Viejo en una ocasión. Ten cuidado; el que viene, tu hijo, entiende de arte más que tú; ése me dejará subir. Hace doce años representé en el cortejo fúnebre de la emperatriz Popea su caricatura, eso sí que tuvo miga, aquello fue importante. Ahora me permitirán acercarme a ti. Yo os representaré, Majestad, en vuestro cortejo fúnebre, yo, no ese Favor. Aún no es seguro, no debería decirlo en voz alta, ni siquiera pensarlo. Desgraciadamente, no tengo a mano nada de madera para tocarlo. Tal vez me dejen acercarme al catafalco para darle un golpecito. No, no puede ser, además, ni siquiera es de madera. Pero me darán el papel. Ahora que estás muerto ya no hay razón para que no me lo den. Yo soy quien mejor lo haría; el papel me pertenece, eso está claro, todos están de acuerdo. Hay que tenerme mucha inquina para no reconocerlo, y Tito no me la tiene. ¡Y cómo te representaré, cuánto provecho te sacaré, emperador, dios, muerto, enemigo de los judíos!

El actor Demetrio Libán mira al muerto con la cabeza cubierta dando muestras de respeto. Pero en sus ojos no hay respeto. Malévolos, examinan el rostro del emperador tratando de descubrir lo que en él es susceptible de mover a risa, descubrir lo que otros no ven, la huella de su dura codicia, el fuerte contraste entre su aspecto rudo, su simpleza, su campesina aspereza y la ceremoniosa pompa de su posición. Tantos años a la sombra por tu culpa, me relegaste durante los mejores años de mi vida. Pero ha llegado mi turno. Permanecerás en la memoria de las gentes tal y como yo te represente. Yo decidiré qué marcará, qué forma adoptará tu recuerdo.

Con la cabeza cubierta, como los demás, saluda al muerto con el brazo extendido y la mano abierta, y con los demás exclama: «¡Oh, nuestro emperador Vespasiano, oh, magnánimo y gran emperador Vespasiano!».

El telégrafo ígneo no tardó en propagar la noticia de la muerte del emperador hasta las provincias más lejanas, y, con la noticia, el temor y la esperanza.

En Britania, el gobernador Agrícola envió a las tropas asentadas en los puestos fronterizos hasta el río Taus, temiendo que el advenimiento de un nuevo monarca pudiese animar a los pictos del norte a emprender nuevas incursiones en los territorios pacificados. En el bajo Rin acechaban catos y bátavos. En la provincia de África, el gobernador Valer Festus armó a toda prisa a un segundo destacamento de camellos con la intención de demostrar sin demora a las tribus del desierto meridional —los gármatas, propensos a protagonizar saqueos— que bajo el nuevo amo no debían esperar merma alguna en el espíritu vigilante del regimiento. También en el confín inferior del Danubio volaron los correos entre los cabecillas de los dacios: ¿convenía osar un nuevo avance más allá de la frontera romana? En el Cáucaso, junto al mar de Asov, los alanos alzaron sus cabezas, meditando si no habría llegado ya el momento propicio para la sublevación.

Todo el este se tensó expectante. El avaro Vespasiano había anulado los privilegios de la provincia de Grecia, privilegios concedidos por Nerón, el amante de las artes. El nuevo emperador era más joven y se había criado entre modos e ideas griegos, era de formación griega. Sin duda devolverá a la más noble de las naciones del Reino los derechos usurpados.

En Egipto, el gobernador Tiberio Alejandro ordenó regresar a todos sus oficiales y guarniciones de su retiro estival. Su residencia, la ciudad de Alejandría, la segunda en tamaño y la más dinámica del mundo habitado, bullía febril. Los judíos que allí vivían, y que superaban la mitad de la población, eran ricos y poderosos. En su día habían sido los primeros en demostrar su apoyo a la nueva dinastía, encumbrando al pretendiente Vespasiano con dinero e influencia. Pero éste no se lo agradeció. Por el contrario, los humilló introduciendo un impuesto especial vergonzoso, y permitió que los «sandalias blancas», el partido antijudío egipcio, se mostrasen cada vez más insolentes bajo el auspicio de ciertos profesores de la Universidad de Alejandría. Ahora, se decían los judíos confiados, Berenice será emperatriz, ahora acabarán con los «sandalias blancas».

La misma provincia de Judea preocupaba a su gobierno. El procurador general Flavio Silva era un hombre justo, pero se encontraba en una situación difícil. Muchos judíos habían caído víctimas de la guerra, otros habían pasado a la condición de esclavos, no pocos habían emigrado. Sus ciudades se despoblaban mientras las griegas florecían, y cada vez se fundaban más colonias sirio-griegas. La rivalidad entre los oprimidos y amargados judíos y los privilegiados colonos griegos provocaba sangrientos altercados. El cambio de monarca permitiría a los judíos alzar la cabeza, azuzaba sus esperanzas de que sobre el desolado suelo de Jerusalén, donde sólo se alzaban ya, amenazantes, las desnudas y frías barracas militares romanas, volvería a brillar de nuevo su ciudad y su Templo.

El descanso estival de toda Siria estaba amenazado. En la corte del rey persa aguardaban, vigilantes, los príncipes de Comagene Magno y Calinico, cuyos países había anexionado Vespasiano. Por todas partes surgieron proclamas en favor de los príncipes, y el gobernador Trajano tuvo que adoptar severas medidas para garantizar la seguridad de la población.

Hasta la lejana China llegó el impacto de la noticia de la muerte del viejo emperador. Vespasiano había limitado en gran medida el comercio de la seda china y sus bronces mediante su impuesto de lujo. Las ciudades marítimas del Mar Rojo esperaban poder gozar de un nuevo auge gracias al joven emperador. Con el fin de restablecer los viejos contactos, enviaron una legación al general Pan Tschao, el gran mariscal de la dinastía Han.

Y así, todo el orbe dirigía sus ojos esperanzados y trémulos hacia el Palatino, hacia el nuevo amo: Tito.

Al cuarto día de la muerte del emperador Vespasiano, Tito discutía en su despacho con el maestro de ceremonias y con el responsable de los espectáculos los detalles de los festejos fúnebres. El ceremonial de las exequias de un emperador elevado al rango de dios no estaba muy definido, por lo que debía fijarse hasta el último detalle; porque Tito sabía que el senado y el pueblo caerían sobre él con su malévola sorna en cuanto cometiese la menor torpeza. Bien, ya se han tocado todos los asuntos, los señores podían marcharse, ¿a qué esperan?

Tito sabe en su fuero interno a qué esperan. Hay *un asunto* sobre el que no se ha hablado, insignificante, pero que despierta la curiosidad de toda Roma: la cuestión de quién representará al difunto en el cortejo fúnebre. Demetrio Libán cuenta con grandes simpatías, pero no deja de ser un arduo problema si debe encomendarse la representación del emperador al judío o no. Tito alza la mirada hacia el retrato de Berenice. Hasta ahora, para no disgustar a su padre, lo mantuvo expuesto en su pequeño despacho privado; ahora lo ha colgado en esta sala, accesible también a las visitas de carácter oficial. El alargado y noble rostro de la princesa judía lo mira, con una de sus bellas y grandes manos a la vista, el retrato tiene tal vida que casi llega a infundir miedo. Se trata de una obra maestra del pintor Fábulo. Mientras lo contempla Tito escucha su profunda y vibrante voz, levemente ronca, ve ante sí sus majestuosos andares.

—En cuanto a quién representará a Vespasiano —les espeta finalmente a los señores que, indecisos, continúan allí—, durante el día de hoy admitiré vuestras propuestas.

Y, por fin, se queda solo. Se reclina, cierra los ojos relajando el ancho y redondo rostro. En un cuarto de hora aparecerá el Chiquillo, Domiciano, su hermano. No será una charla agradable. Tito está sinceramente dispuesto a hacerle concesiones; pero, precisamente porque lo sabe, el Chiquillo se mostrará arrogante.

El nuevo emperador ha abierto los ojos y se queda absorto, con una expresión soñadora un tanto boba, adelantando los labios como un niño glotón. Sólo cinco minutos. Está terriblemente cansado. ¿Debe permanecer con el traje de diario? El Chiquillo aparecerá sin duda vestido de gala. Haga lo que haga, el

Chiquillo lo tomará como una ofensa. Si lo recibe con el atuendo propio del emperador lo considerará una provocación; si lo recibe con la ropa de casa lo interpretará como una falta de respeto. Se quedará como está.

Los oficiales que montan la guardia a su puerta presentan sus respetos con un tintineo: ahí llega Domiciano. Es cierto, lleva el uniforme completo. Tito se levanta y avanza con gesto cortés hacia el hermano doce años menor. El Chiquillo tiene por cierto mejor aspecto que él, el rostro menos carnoso, y es más alto. También es verdad que sus brazos cuelgan de un modo extrañamente rígido. Pero por lo demás no tiene mal porte, da la impresión de ser joven, vital. Únicamente su abultado labio superior, piensa Tito, permite entrever su arrogancia.

—Buenos días, Chiquillo —dice Tito besándolo, como prescribe la costumbre. Domiciano le deja hacer con frío ademán. Sin embargo, no puede evitar que su bello rostro se sonroje. Además, está sudando. Tito lo constata con satisfacción. Eso es por haberse vestido con ropajes tan formales e incómodos a pesar del calor.

No es sólo el calor lo que agobia a Domiciano. La entrevista es más importante para él que para su hermano. Es verdad que se ha preparado a conciencia. El senador Marullo, que simpatizaba poco con el viejo emperador, y que, por tanto, es amigo suyo, ha estrechado aún más sus vínculos con él desde su degradación, y con ese consejero endiabladamente astuto ha analizado con todo detalle su situación que es la siguiente: el viejo emperador no le tenía simpatía, y éste tampoco. Habrían preferido deshacerse de él. Tito, además, podría hacerlo fácilmente, tiene poder para ello. Pero no lo hará, Marullo se lo ha probado del modo más contundente. Al contrario, Tito le hará a lo largo de esa entrevista toda clase de concesiones. Porque la dinastía es el eje de su vida, y la dinastía depende de él, de Domiciano. Es cierto que Tito tiene a su hija, Julia, pero aunque se acostase todavía con mil mujeres no alberga ninguna esperanza de poder engendrar un hijo varón.

Domiciano titubea antes de empezar a hablar. Está dispuesto a decir cosas duras, acres, pero concede mucha importancia a las formas. También sabe que cuando se excita, cuando alza la voz, tiende a soltar gallos, por eso quiere permanecer sosegado, hablar con voz queda. Finalmente le dice a su hermano que lo perdona por no haberle concedido hoy mismo los títulos que le corresponden. Probablemente aún debe acostumbrarse a su nueva situación.

Con los ojos entornados y como vueltos hacia dentro Tito mira atentamente la boca de Domiciano.

—¿Quieres explicarme qué títulos son ésos? —le pregunta con un asombro sincero.

Domiciano replica que está convencido de que el hombre cuyo cadáver descansa sobre el catafalco de la sala bajo sus pies lo ha nombrado único heredero. Lo comentaron en muchas ocasiones, y sabe que incluso redactó un escrito en ese sentido. Tito lo mantuvo alejado del lecho de muerte del padre precisamente para que aquel testamento no viese la luz. Todo ello lo expone con voz queda, sonrojado, tartamudeando ligeramente y con ademanes muy suaves.

Tito lo escucha siempre atento y sosegado; sí, incluso toma notas de algunas frases, como es su costumbre. Como Domiciano tarda en concluir su discurso borra mecánicamente con el punzón lo que acaba de escribir, alisa la cera.

—Mira, Chiquillo —le replica cortés una vez que ha acabado—, te he hecho venir para sincerarme contigo. ¿No te parece que podríamos hablar como dos hombres adultos y razonables?

Está decidido a no darse por aludido, a no hacer caso de las insensateces que le acaba de exponer su hermano. A pesar de ello, y contra su voluntad, también se ha sonrojado. Eso les viene de su madre, que no era capaz de disimular su excitación.

Domiciano ha estado esperando temeroso y expectante la reacción de Tito ante su insolencia. Había temido que arremetiese contra él con su voz atronadora, y ese tronar soldadesco siempre lo pone nervioso y lo inhibe. Que el hermano conserve la calma constituye para él una confirmación. El método propuesto por Marullo parece ser el adecuado. Considera que es su deber, prosigue, por tanto, siempre con la misma amabilidad, no ocultar a su hermano su punto de vista. Tampoco ocultaría a terceros su opinión sobre el testamento desaparecido. Si Tito quiere evitarse problemas debe admitir al menos la corregencia.

Tito está cansado. ¿A qué tanta palabrería inútil? Hay tanto que hacer. Los ministros, el senado, los generales, los gobernadores de las provincias exigen decisiones. Las ceremonias de la semana de duelo, los preparativos de las exequias resultan fatigosos y llevan tiempo. ¿Acaso el Chiquillo no es capaz de comprender que desea sinceramente llegar a un acuerdo? ¡Ah!, con cuánto gusto le permitiría participar en la regencia. Pero, desgraciadamente, es imposible trabajar con él. El Chiquillo es tan violento y tan perverso que en sólo tres semanas sería capaz de destruir todo lo alcanzado en diez años de arduos esfuerzos.

Los ojos de Domiciano están ahora prendidos del retrato, del gran retrato de Berenice. Tito tiene motivos, opina siempre con el mismo tono cortés y socarrón, para estar a bien con él. No le resultará fácil

imponer a la dama al senado y al pueblo. Sin querer despreciarlo, considera que disfruta de mayor popularidad entre los romanos que él. Se permite recordarle que probablemente hoy no se encontrarían sentados en esa sala si él, Domiciano, no hubiese gobernado la ciudad en su día.

Tito escucha atentamente el discurso enloquecido y fantástico. Lo único cierto de todo ello era que diez años antes, mientras él y Vespasiano aún permanecían en el este al mando del ejército, el Chiquillo había logrado salvarse escapando del Capitolio asediado provisto de un disfraz.

—¿Puedo preguntarte —le replica, y en esta ocasión su voz tiene ese soniquete que tanto desagrada a Domiciano— qué tiene que ver tu huida del Capitolio con Berenice?

El Chiquillo se sonroja aún más. Ha sido Marullo quien le ha aconsejado que nombre a Berenice en cuanto la cosa se ponga difícil para tocar el punto débil de Tito. Por lo demás, considera que tiene razón en el caso de la judía: allí defiende el parecer de Roma. Por supuesto que Tito puede gozar de su Berenice tanto como le plazca. Pero que las relaciones de su hermano con la judía se hagan públicas de ese modo les acarreará problemas, y la dinastía, precisamente por ser tan joven, ha de evitar cualquier escándalo. Contempla el cuadro larga y ostentosamente. Después, aún más amable y ceremonioso que antes, expone:

—No conseguirás imponer a una emperatriz judía, hermano. Tal vez te la puedan perdonar si les ofrecéis además una emperatriz romana. Quizá toleren a vuestra Berenice junto a mi Lucía. Como veis, la sensatez exige que me nombréis al menos corregente.

Eso es cierto. La dinastía es impopular. Rechazarán a Berenice. Y con Lucia, la esposa del Chiquillo, la hija del popularísimo general Corbulón, uno puede dejarse ver, Roma la venera. Pero ¿acaso no tiene tiempo? ¿No lo apoya el ejército? Con que le den un poco de tiempo logrará que las masas acaben por tragarse cualquier cosa. De todos modos, precisamente por ser éste el primer argumento con sentido que ha esgrimido Domiciano, lo irrita. Mira a su hermano entornando los ojos implacables, ahora carmesí su redondo y abierto rostro.

—Eso es asunto mío —le espeta, arrogante—. Créeme, tomaré medidas que me asegurarán la popularidad en cualquier circunstancia.

Aturdido por aquella voz atronadora, Domiciano se encoge a ojos vista, está atemorizado.

—Pero tal vez permitas que participe en el entierro de nuestro padre —le dice con fingida humildad.

—¿Qué significa eso? —replica Tito, molesto—. Naturalmente, desfilarás junto a mí detrás del catafalco.

—Muy amable por vuestra parte —le agradece Domiciano con la misma falsa modestia—. ¿Y también habéis ordenado que se exhiba el botín del triunfo sobre los judíos? —pregunta preocupado. Esta pregunta es capciosa, pues en el cortejo fúnebre se exhibe todo aquello que conmemora los logros del fallecido; pero el botín obtenido en la guerra contra los judíos le corresponde a Tito, no a Vespasiano.

Tito se encontraba en ese momento junto al escritorio. Era bastante más bajo que su hermano, pero ahora también él estaba excitado y miraba con tanto desdén al Chiquillo que éste no era capaz de sostener su mirada. Tito pensaba en el muerto que yacía abajo, en la sala, con la toga purpúrea del *triunfator;* los romanos desfilaban ante el suntuoso lecho en un cortejo interminable. Tito se preguntaba qué es lo que habría respondido en ese caso el padre a aquella buena pieza. Y dio con la respuesta.

—Me han presentado tus cuentas —dijo en tono frío, cortante—. Sólo en tus dominios junto al lago Albano tienes una deuda de un millón doscientos mil. ¿El testamento perdido de padre se refería también a tus deudas? —Domiciano traga saliva. Su padre siempre le regateó el dinero, de modo que se había visto obligado a abandonar la construcción de la villa y del teatro del lago Albano, las lujosas edificaciones que había comenzado para Lucía.

—¿Quieres que hablemos por fin en serio? —comenzó de nuevo Tito cambiando de tono—. Quiero estar a bien contigo, quiero que seamos amigos. Tendrás dinero, podrás seguir construyendo en tus dominios, podrás darle a Lucía todo lo que desees. Pero sé razonable. No me causes más problemas.

Domiciano se siente muy tentado. Pero sabe que Tito lo necesita, que de él depende la dinastía, Marullo le ha asegurado que podrá lograr mucho más.

—Os ruego que meditéis —le responde—, que en derecho me pertenece todo el orbe. Si estuvierais en mi lugar, ¿acaso os conformaríais con un puñado de sestercios?

Sonriendo, Tito ha extendido una orden de pago y un recibo.

—¿Quieres el dinero o no? —le pregunta.

—Por supuesto que quiero el dinero —responde de mala gana el Chiquillo, firma el recibo y guarda la orden de pago en la ancha banda purpúrea de su traje de gala.

Tito está exhausto. Durante todos estos años ha sentido ese cansancio. ¡Ha esperado tanto tiempo para reinar! A menudo ha coqueteado con la idea de hacerse con el poder por la fuerza; le ha costado un gran esfuerzo esperar, pero decidió ser razonable y se dominó. Confió en que cuando fuese el amo del mundo por

derecho propio y de acuerdo con la ley se acabaría aquella fatiga, que una inmensa dicha lo colmaría, apartándola de él. Y ahora ha llegado el momento, el viejo yace abajo en la sala. Pero el cansancio sigue ahí, como siempre se apodera de él una profunda indiferencia; este primer logro ha revelado ser una decepción. Ahora el mundo sólo tiene dos cosas que le interesen. Estar con Berenice, con Nikión, unirse a ella para siempre, es una de ellas. La otra es ganarse a su hermano. ¿Realmente no va a ser capaz de lograrlo? Se ha hecho con el ejército, ha logrado incluso que su prosaico y cerrado padre le cobrase afecto, que Nikión, a pesar de su apego a su antiquísimo pueblo, le perdonase la destrucción del Templo y lo amase. ¿Acaso va a fracasar de un modo tan lamentable con este joven? ¿A qué viene esta mezquina y lamentable disputa?

Se levanta, se acerca al otro, que permanece sentado, y rodea sus hombros con el brazo.

—Sé razonable, Chiquillo —le ruega una vez más—. No te obstines en cosas que a fin de cuentas acabarán perjudicándote. No me obligues a ser duro contigo.

Le expone otros favores que está dispuesto a concederle para demostrarle que es sincero con él. Para ganarse definitivamente al pueblo para la dinastía quiere erigir grandiosos edificios públicos, quiere organizar unos juegos como jamás se han visto. Él, el Chiquillo —le ofrece—, será el protector de muchos de esos edificios, de los juegos más importantes, y se llevará los honores.

Domiciano adelanta aún más el labio superior, permanece rígido y despectivo. Sin duda se trata de trampas que le tiende Tito. ¿Quiere ganarse definitivamente al pueblo para la causa de la dinastía? Ya, eso demuestra el poco aprecio que le tiene el pueblo. Lo necesita, necesita el nombre del joven. ¿Que quiere erigir grandiosos edificios? Ya, lo que quiere es arrebatarle a sus magníficos arquitectos, a Grovius y Rabirius.

—Quiero la corregencia o nada —dice hostil, tozudo.

Tito lo escucha. Le asalta la cólera. Pero no debe dejarse llevar. Si se enfurece lo estropeará todo. Para conservar la calma rememora los episodios de la vida del hermano que hablan en su favor. De niño tuvo que soportar la mezquindad del padre; después, al cumplir los dieciocho, se vio obligado a sustituir a su padre en el gobierno de Roma, asumiendo el mando sobre medio mundo. Cualquiera se habría trastornado. El Chiquillo no carece de talento. Tiene ideas, estilo. El ímpetu con el que el muchachito de dieciocho años logró que la joven y altiva Lucía se divorciase y se casase con él fue impresionante. También fue impresionante, si bien superfluo, el arrojo con el que se unió a las filas del ejército en las Galias. ¿Acaso no hay ningún medio de dejarle notar lo pueril de su desconfianza, lo vano de sus maquinaciones?

No, no lo hay. El Chiquillo no se da cuenta de nada.

—¿Sin duda querrás contratar a tu amigo Demetrio Libán para las exequias? —le pregunta malicioso. Tito ha dudado si debe hacerlo. Ahora, irritado por el tono del hermano, no puede contenerse más por mucho que se esfuerce.

—Sí —dice con dureza—, me permitiré servirme de ese artista.

—Sabes —replica Domiciano alevoso, deponiendo su amabilidad, con lo que su voz se quiebra— que nuestro padre habría elegido a Favor. Y a ningún otro. Y, desde luego, nunca a tu judío con sus vulgares excesos.

—¿Sin duda tu Favor es un tipo discreto? —le responde sarcástico Tito—. ¿Acaso te parece discreto el cuplé de los cerdos?

A pesar de su voz estridente, el Chiquillo no se deja amedrentar.

—Era de esperar —le replica—, con tus gustos orientales es normal que te repugnen los cerdos.

Tito lamenta haberse dejado llevar por el tono infantil de su hermano, no haberse dominado. Hace un último y gran esfuerzo por ganarse al Chiquillo.

—No puedo nombrarte corregente —dice, con los ojos absortos, ensimismado, casi atormentado—. Conoces los motivos. Pero estoy dispuesto a darte todo lo demás. Cásate con Julia.

Domiciano se levanta. Eso es más de lo que había esperado. Si quiere darle a su hija por esposa en lugar de mandar que lo asesinen, eso significa mucho. Quién sabe si Tito seguirá demostrándole semejante benevolencia o si llegará el día en que se decida a terminar con el peligroso rival, quitarle de en medio, Él, Domiciano, lo habría hecho hace tiempo de estar en su lugar. Si se casa con Julia asegurará su vida y sus pretensiones al trono. Además, Julia es una mujer bella. Rubia, carnosa, de piel blanca y de una laxitud que la vuelve muy atractiva. Durante unos minutos vacila. Pero muy pronto retoma su antigua desconfianza. ¿Quiere que se case con Julia, que se divorcie de Lucía? Ajá, Tito quiere a Lucía para sí, quiere demostrarle que la mujer que el hermano ha tomado por esposa le resulta lo bastante buena como amante. Has errado el tiro, querido. En esa trampa no caerá Domiciano.

Se imagina cómo describirá esta entrevista a sus amigos, al senador Marullo y su ayudante Annio, y,

sobre todo, cómo se la referirá, triunfante, a su amada Lucía. Describirá con todo detalle cómo su hermano trató de zafarse de él, y cómo él supo descubrir su juego, mandándolo a paseo. Lucía se echará a reír; sabe reír, y cuando él logra que lo haga ya ha conseguido bastante. Es un hombre desconfiado, está rodeado de sabandijas, de eso está totalmente convencido, pero cuando Lucía se ríe se siente feliz. Si logra hacerla reír de buena gana con su historia y que le dé la razón tal vez le permita volver a besar la cicatriz bajo su pecho izquierdo, cuyo roce le deniega tan a menudo.

—Reconozco vuestra buena voluntad —declara por fin muy cortés—. Sólo que vuestro ofrecimiento no altera en absoluto la situación. La ocultación del testamento constituye un delito que tal vez pueda perdonarse, pero que no podréis reparar con semejantes ofrecimientos. Me reservo mi decisión —concluye. Saluda, y se va.

Cuando más tarde, el treinta de julio, se vio avanzando junto al catafalco del padre, no se sentía insatisfecho. Que, por ejemplo, se hubiese añadido al triunfo el botín de la guerra judía, las mesas del pan de la proposición, los candelabros de oro, que, por tanto, se rindiese honor a la verdad, reconociendo que había sido Vespasiano, y no Tito, quien había sometido a Judea, era mérito suyo, tuvo que concedérselo su hermano. Cuanto más duraba la ceremonia más crecía su satisfacción. Está bien que se haya muerto el viejo. En eso coincide con Tito: en que, a partir de ahora, podrán salvaguardar la dignidad de la dinastía de un modo muy distinto. Sin duda, el muerto que tiene delante reclinado en sus altas parihuelas de forma que parece vivo, apoyada la mejilla en una mano, no muestra precisamente dignidad a pesar de la purpúrea toga imperial. Pero ahora sólo la procesión de los antepasados que le preceden constituye un espectáculo impresionante. Porque Tito y él tienen vía libre. Los actores, allá delante, en fila interminable, a pie, a caballo, reclinados en camastros y personificando a los ancestros con sus máscaras en la mano, no representan al recaudador de impuestos ni al propietario de la agencia de colocación, sino a los generales, jueces y presidentes, y su cortejo encuentra su colofón en Hércules, el primero de la estirpe. Las pruebas que demuestran la existencia de estos antepasados son quizá dudosas: pero si se exhiben machaconamente ante las masas terminarán por darles crédito; él mismo empieza a creerlo.

Junto a su hermano, más joven y fuerte, Tito parece fatigado. De cuando en cuando musita con los coros: «Oh, Vespasiano, oh, padre mío Vespasiano»; pero no pasa de ser un movimiento mecánico de los labios. Lo agota el calor, su propia debilidad. Es posible que el Chiquillo le haya dado un veneno, un veneno taimado que actúa lentamente. Su médico Valens lo niega, y Valens es hombre de confianza. Tal vez sea cierto que su agotamiento sólo se daba a su inquieta y trepidante vida. Tal vez a la enfermedad que le contagió su esposa. Quizá no se deba ni al veneno ni a la enfermedad, sino que sea simplemente un castigo del Dios judío.

Hace ya nueve años que se quemó la casa de ese Dios. No él: «se». Le había prometido a Berenice que respetarían el Templo, y él lo intentó. Si al final todo ocurrió de otro modo él no es más culpable que su padre, y si ahora permite que se exhiba en el cortejo fúnebre el botín arrebatado entonces, los objetos del Templo, ello supone atribuir al difunto y con razón los honores de la victoria, pero también, y con el mismo derecho, hace pesar sobre él la responsabilidad del sacrilegio cometido contra el Dios judío.

Recuerda exactamente cómo transmitió al que entonces era primer centurión de la quinta legión la orden del día de aquel funesto veintidós de agosto: «Si el enemigo intenta perturbar a los destacamentos de trabajadores se procederá con rigor, sin tocar las construcciones que forman parte del Templo propiamente dicho». Así lo formuló. Tiene las espaldas cubiertas. El tribunal militar lo corroboró todo. La cúpula militar expuso su descontento por la actuación de la primera cohorte de la quinta legión al no haber sabido evitar el incendio del Templo. No precisó la ayuda de un buen abogado para justificar su proceder.

Otra cuestión es saber si el mejor orador o el más astuto abogado, si incluso un Marullo o un Helvid serían capaces de hacer que lo perdonase ese dios oriental rematadamente listo, ese invisible Yahvé. El centurión de la quinta legión repitió la orden del día, como mandan los preceptos. Aún puede verlo, a aquel capitán Pedán, cómo se presentó ante él, entrado en carnes, con el rostro desnudo y sonrosado, sus fuertes hombros y robusto cuello, su ojo vivo y su ojo de cristal. Aún resuenan en sus oídos las palabras que pronunció entonces el capitán, repitiendo, leyendo la orden con su estridente voz. Entonces, nada más terminar Pedán, se hizo el silencio durante unos segundos. Aún recordaba lo que sintió durante aquel brevísimo silencio. Que había que derribar el Templo blanco y dorado, el templo de ese misterioso e invisible dios, que había que pisotearlo, eso es lo que pensó. Jerusalén debía ser destruida, *Hierosolyma est perdita;* sus iniciales: Hep, Hep. Eso es lo que sintió entonces, al igual que sus soldados. Pero lo que sintió es cosa suya, los pensamientos son invisibles, y sólo hay que responder de los hechos. Sin duda es posible que

ese astuto Yahvé vea las cosas de otro modo, ya que desgraciadamente es capaz de percibirlo todo desde su invisibilidad. Es posible que por ello se vengue ahora de él, enfermándolo y robándole todas sus fuerzas y sus alegrías. Quizá fuese más sabio solicitar el consejo de un buen sacerdote judío en lugar de recurrir al doctor Valens. Lo discutirá con su judío Josef.

¡Ah, si lo pudiera comentar con Berenice! Si pudiera tenerla a su lado. Por su causa ha instalado ese telégrafo ígneo. Sin duda en Judea ya están al tanto de la muerte del viejo. Sin duda Berenice ha recibido la noticia en la soledad de su mansión judía. Sin duda sabe cuánto la necesita, sin duda ya ha partido para reunirse con él. «Oh, Vespasiano, oh, padre mío, Vespasiano», susurra moviendo los labios. Pero sus pensamientos están con Berenice. Calcula que, con viento favorable, podría llegar en diez días.

Por fin alcanzan el Foro. Se detienen delante de la tribuna de los oradores y Tito sube a ella. Es un buen orador, los discursos de encomio de los muertos son siempre agradecidos y se ha preparado a conciencia. En uno de los pliegues de su manga esconde unas tablillas con anotaciones.

Y así, seguro y con una cierta euforia, comenzó a hablar. Pero curiosamente no tardó en desviarse de lo que pensaba decir. Apenas mencionó la campaña británica del fallecido, y dijo muy poco sobre la salvación del Imperio y la estabilización de la economía. Con aguda voz de mando, sin embargo, y con largas frases, alabó al muerto por haber tomado y destruido Jerusalén, la Muerta, la ciudad jamás conquistada. Los romanos lo escucharon sorprendidos, el Chiquillo sonreía abiertamente. También los judíos se quedaron perplejos. ¿Por qué motivo se negaba el nuevo emperador a admitir que había destruido el Templo? ¿Se trataba de una buena o mala señal que su nuevo amo quisiera incinerar sus propias acciones junto con aquel cadáver?

En el Campo de Marte se había erigido una enorme pira funeraria de siete pisos escalonados en forma de pirámide. La pirámide estaba revestida de colchas bordadas de oro, relieves de marfil y pinturas que ensalzaban los hechos del hombre que se disponía a convertirse en dios. Los regalos que el senado y el pueblo habían ofrecido al difunto se habían dispuesto en los siete pisos de la pira: alimentos, vestidos, joyas, armas, instrumentos, cualquier cosa que pudiera agradar y ser útil en el más allá. Además, la pira olía magníficamente a especias, incienso y bálsamos, con el fin de sofocar el apestoso olor del incendio.

Los tejados de los edificios que rodeaban el lugar —el teatro, los baños, las galerías— estaban repletos de espectadores. Se habían erigido cuatro grandes tribunas para los que no habían podido participar en el cortejo, porque la distancia que mediaba entre el Palatino y el Campo de Marte no era lo bastante grande como para que pudiesen desfilar todos los que tenían derecho a ello.

En una de esas tribunas estaban los asientos adjudicados a los presidentes de las siete comunidades judías de Roma. Con ellos se encontraba Claudio Regino. Eran buenos asientos, y los judíos notables lo consideraron un buen presagio.

Era absolutamente necesario que soplasen por fin vientos más propicios. El gobierno no hizo expiar en su día a los judíos de Roma el levantamiento de Judea. Sin embargo, la destrucción de su Estado y de su Templo les había deparado un gran dolor. A pesar de que muchos de ellos llevaban casi un siglo y medio en Roma jamás dejaron de ver a Judea como su tierra natal, y cada dos años peregrinaban, con el corazón rebosante de alegría, a celebrar la Pascua, a Jerusalén, a la casa de Yahvé. Ahora los habían privado definitivamente de su verdadero hogar. Y no sólo eso: cada día se les recordaba de un modo particularmente humillante la destrucción de su santuario. Pues el hombre cuyo cadáver cargaban no se había sentido inclinado a eximirles de la pequeña aportación que antaño debían tributar para el Templo de Jerusalén. Por el contrario, tuvo el sarcasmo de ordenar que los cinco millones de judíos que habitaban en el Imperio destinasen dicho tributo al culto de Júpiter Capitolino. Se les prohibió acercarse más de diez millas al enclave de su propio templo devastado so pena de perder la vida, mientras se alzaba ante sus ojos, con un brillo despiadado y renovado a costa de su dinero, el santuario de la trinidad capitolina, la casa de ese Júpiter que, en opinión de los romanos, había vencido a su Yahvé reduciéndolo a escombros.

Y no era sólo ese tributo extraordinario lo que los oprimía. También estaba la cuestión de los emigrantes procedentes de Judea. La guerra había expulsado de allí a una gran cantidad de judíos. Las provincias orientales con sus grandes ciudades de Antioquía y Alejandría habían acogido a cientos de miles; pero cerca de treinta mil habían llegado hasta la capital. En Roma había judíos muy ricos que gozaban de gran influencia, pero la mayor parte eran proletarios que vivían miserablemente en un gueto constituido voluntariamente en la margen derecha del Tíber, cuya pobreza y aislamiento provocaban rechazo e hilaridad, y la nueva oleada de emigrantes, en gran medida mendigos, no era bien vista por los que se habían asentado allí hacía tiempo. A ello se añadía que un gran número de judíos se habían visto

condenados a la esclavitud a causa de la guerra; una parte importante del material humano que se utilizaba como reserva para las cacerías de fieras y demás juegos sangrientos sobre la arena se componía de judíos. Naturalmente, hacían todo lo posible por comprar el mayor número de estos esclavos; pero ello requería grandes sumas de dinero, y el liberto dependía después del que lo había comprado. Las comunidades judías de Alejandría y de Antioquía no dejaban además de enviar delegados para rogar que los judíos romanos aportasen por fin mayores sumas para el comité de ayuda conjunto. Cierto que aquellas comunidades orientales habían socorrido en mayor medida a las víctimas de la guerra que Roma. Pero Roma ya no daba más de sí; resultaba doloroso tener que oír una y otra vez lo ricos y poderosos que eran los judíos orientales en comparación con los occidentales, sentir una y otra vez su mirada displicente.

Pero aquel día estos pensamientos no torturaban como de costumbre a los judíos de la ciudad de Roma. Vespasiano había muerto. Sobre la tribuna del Campo de Marte se encontraban los representantes de las siete comunidades, sus presidentes, síndicos y doctores, aguardando su ingreso en el círculo de los dioses. Habían cifrado sus esperanzas en aquel momento, con Vespasiano convertido por fin en dios y Tito nombrado emperador. El retrato de Berenice colgaba enorme y visible para todos en la sala de audiencias del nuevo amo, la princesa judía se trasladaría al Palatino muy pronto. Ella, la nueva Ester, salvará a su pueblo de las humillaciones que le infligen sus enemigos.

Las siete comunidades no se tenían aprecio. Una era moderna, liberal, aquélla sólo contaba con esclavos y manumitidos entre sus miembros, otra estaba compuesta por ciudadanos romanos y grandes señores; sin embargo, todos, tanto los señores más distinguidos como los proletarios, eran librepensadores o fieles que respetaban sus ritos a pies juntillas, unidos por un único dolor por su Estado perdido, por la vergüenza común que constituía el impuesto judío y la inclusión en listas de contribuyentes especiales. Y ahora, por la esperanza común de un cambio.

Los judíos notables de la tribuna se habían sentado formando un grupo numeroso. Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad agripense, la más numerosa, no es tan optimista como los demás. Ha vivido muchas cosas y ha visto mucho. Yahvé es un dios bondadoso y bastante tolerante, pero el emperador, todos los emperadores, le arrebatan con frecuencia sus derechos y se lo ponen difícil a los judíos. El anciano señor inclina la sabia cabeza. No es fácil ser un buen judío y a la vez un buen romano. A él mismo le resulta difícil mantener su fábrica de muebles, la más importante de Roma, a la cabeza, y respetar al mismo tiempo todos los preceptos de Yahvé. Su padre, al que amaba profundamente, vio enturbiada su vejez por los conflictos internos que acarreó dicha situación. Tampoco esta vez, afirma, será tan fácil como se lo imaginan esos señores. Sin duda todavía correrá mucha agua por el Tíber antes de que la princesa Berenice sea emperatriz, y, si llega a serlo, quién sabe los sacrificios que tendrá que hacer como judía. Ya hay bastantes ejemplos de ello.

Todos saben en quién piensa el sabio señor que mueve la cabeza. El escritor Josef ben Matatías es motivo de continuas riñas e irritación entre los judíos. Ese hombre, su vida, su libro, sus múltiples traiciones y sus muchos logros en favor del judaísmo, sigue siendo un misterio para él. El Consejo en funciones de Jerusalén lo desterró en su día. Algunos de los doctores de Roma opinan que, tras la destrucción del Templo, su dictamen ya no es válido. Pero para la mayoría de los judíos de la ciudad Josef sigue siendo un traidor, y cada vez que se acercan a él mantienen la distancia de siete pasos que se guarda con los leprosos. Así lo hace también Cayo Barzaarone.

—Me parece —dice el financiero Claudio Regino mirando fijamente con sus inteligentes y soñolientos ojos bajo su abultada frente los astutos e inquietos del fabricante de muebles— que ahora quedará demostrado que el doctor Josef ben Matatías no ha olvidado su judaísmo.

No es casualidad que llame a Josef por su nombre y su título judío. Desea aprovechar la ocasión para interceder por él ante los judíos. Es probable que este hombre de mundo conozca mucho mejor las debilidades de Josef que los congregados en la tribuna, y a menudo se lo ha dado a entender a su manera, a pesar de su parquedad. De cualquier modo, siente una inclinación por él que viene de lo más profundo de su ser, le ayuda siempre que puede, y, en su calidad de editor del escritor, a él se debe gran parte de su fama.

Los judíos de la tribuna escuchan con atención las primeras palabras de Claudio Regino. Es cierto que no deja de señalar que no es de los suyos, que se congratula de que su padre siciliano se opusiera a su circuncisión, resistiéndose a los ruegos de su madre judía. Pero, como todos saben, si hay *alguien* que sea amigo de los judíos, ése es Claudio Regino.

—Creo —prosigue— que convendría apoyar al doctor Josef ben Matatías cuando ponga en evidencia su judaísmo.

—¿Acaso es posible apoyar a alguien en semejante tesitura? —murmura Cayo Barzaarone con un gesto

de rechazo. Pero Claudio Regino sabe que los judíos congregados en la tribuna meditarán sus palabras.

El cortejo se aproximaba a ellos rodeando el Campo de Marte. Los que permanecían en la tribuna se levantaron con el brazo extendido y la mano abierta, saludando al emperador muerto. Pero a quien todos esperaban expectantes no era al difunto, sino al Vespasiano viviente, al actor, su actor: a Demetrio Libán, el judío. Y allí venía, en efecto, se le reconocía desde lejos por su risa estrepitosa, que le abría camino. Entre el senado y los grupos de nobles pertenecientes al segundo rango avanzaba por segunda vez el cortejo completo de antepasados representados por actores y bailarines, pero sus máscaras y gestos eran ahora más acres, casi grotescos, deformados hasta la comicidad. Y a continuación, por fin, cerrándolo, Vespasiano. Nuestro Demetrio Libán.

No, aquél no era Demetrio, era realmente Vespasiano. Una pena que el fallecido no pueda verse a sí mismo, le habría divertido enormemente. Demetrio-Vespasiano avanzaba con paso vigoroso y firme, su boca era quizás un poquito más grande, sus arrugas tal vez un poco más duras, un poco más ancha la frente, un poco más sobrio y vulgar el rostro comparado con el del muerto que yacía allá delante. Pero precisamente por ello era más Vespasiano. Ante los cientos de miles de asistentes se realzaba el fuerte contraste entre la dignidad y el carácter místico del poder imperial romano y la calculadora y burda personalidad de su último representante. Con júbilo saludaron a su emperador, que avanzaba entre ellos profiriendo y recibiendo burlas. Se sentía dichoso, dijo a las masas al borde de la calzada, hoy era un día caluroso y eso daba sed, lo cual revertiría en beneficio del impuesto de letrinas.

Demetrio Libán se reservaba el número principal para más tarde. ¿Quizá debería suprimirlo? Una y otra vez lo asaltó el temor y se asombró de su propio arrojo. Pero ahora divisó en una de las tribunas a su colega Favor, el primer actor de la época, el inútil por cuya causa el difunto le relegó del fulgor a la sombra. Entonces se enardeció y se decidió a expresar todo lo que llevaba dentro. Con paso firme se abrió camino hasta el responsable de los fastos, aguardó a que se hiciera el silencio y, señalando hacia la pira y el suntuoso cortejo, preguntó con voz potente y chillona:

—Decidme, señor, ¿cuánto os ha costado el tinglado?

El sorprendido intendente respondió con veracidad:

—Diez millones.

El basto rostro de campesino de Demetrio-Vespasiano se demudó con una sonrisa astuta, echó a un lado al otro, le tendió la mano y le guiñó un ojo proponiéndole:

—Dadme cien mil y os permitiré arrojarme al Tíber.

Los asistentes se quedaron petrificados durante unos instantes, pero después estallaron en carcajadas: ni los espectadores junto a la calzada, ni los senadores en su tribuna, ni siquiera los soldados en formación de la escolta imperial pudieron evitar reírse. Una risa incontenible retumbó de un extremo a otro de la plaza.

Sin embargo, aunque el regocijo general no los dejó indiferentes, los judíos de la tribuna se vieron asaltados por la duda. Libán es un actor excelente, opinaron algunos: la broma ha sido buena, y se la puede permitir. No, opinaron otros: un judío ha de andarse con cuidado, aquello traería cola. Y así continuaron, que si sí, que si no, unos llenos de admiración alabando a Demetrio, otros moviendo la cabeza preocupados, maldiciendo.

El cortejo llegó a la pira. Subieron el catafalco a la pirámide depositándolo en el último piso. Tito abrió los ojos del muerto, él y Domiciano lo besaron, permaneciendo a su lado mientras abajo desfilaba por última vez un regimiento de la escolta con trompas y cuernos. Después descendieron y prendieron fuego a la pira funeraria con el rostro vuelto hacia otro lado. En el mismo instante en que se elevaron las llamas surgió un águila del hastial del piso superior y echó a volar.

Las llamas cubrieron la pirámide en pocos minutos. Las ingentes cantidades de perfume incendiadas desprendían un terrible y turbador aroma. Pero los espectadores se acercaron, indiferentes al calor y al olor, rompiendo las filas de la guardia. «Adiós, Vespasiano, adiós, magnánimo y gran emperador. Bienvenido, Dios Vespasiano», exclamaban acercándose a la pira, arrojando las últimas ofrendas a las llamas: coronas, vestidos, rizos, joyas. Estaban enardecidos, transportados por un dolor medio fingido, medio real, bramaban, los cuernos y las trompas ululaban. Aún podía verse al águila alejarse en el cielo.

El obeso financiero Claudio Regino contemplaba desde su tribuna aquel tumulto con sus pesados y soñolientos ojos ocultos bajo la abultada frente. Tal vez sólo su pesar fuese auténtico en medio del dolor de cientos de miles. Él, el medio judío, era el único al que el emperador, sin derrochar palabras, había permitido conocer sus cuitas secretas y sus más íntimas alegrías. Probablemente nadie conocía mejor que él las debilidades del difunto, pero tampoco nadie conocía mejor su sabia objetividad, su seco y sarcástico

intelecto, su profundo conocimiento de lo humano. Claudio Regino perdía con él a un amigo. Arrastrando las pesadas piernas descendió presuroso y con dificultad de la tribuna adentrándose en el ardiente círculo en torno a la pira y se unió al lamento de los otros. Se desató los zapatos y los arrojó a las llamas.

El calor era cada vez mayor, el griterío, el alboroto. Ni siquiera la alta y muy romana Lucía pudo refrenarse: destrozó su negro vestido y arrojó los jirones al fuego, dejando al descubierto su pecho izquierdo con la cicatriz debajo.

—Adiós, emperador Vespasiano. Ave, Dios —exclamó con los demás.

La pirámide no tardó en consumirse. Después apagaron los rescoldos con vino y reunieron los huesos del fallecido, los rociaron con leche, los secaron con trapos de lino y los colocaron en una urna mezclados con pomadas y esencias olorosas. Pero al mismo tiempo enterraron en una pequeña cavidad preparada a tal efecto en el mausoleo de Augusto el dedo corazón del muerto, que habían seccionado antes de incinerarlo.

Josef trabajaba desde el alba hasta muy entrada la noche a pesar del asfixiante calor. Se trataba de algo más que de pulir su estilo. Tras la muerte de Vespasiano deseaba fijar en la versión griega la actitud esencialmente judía del libro tan claramente como en la versión original aramea.

Fineas se encontraba sentado a la mesa, en silencio, reconcentrado. Josef se mantenía a sus espaldas. Sin duda el secretario, el griego convencido, sentía cierto desprecio por la tendencia judaizante del libro y lo desdeñaba en su fuero interno. Pero su rostro grande y pálido, con su poderosa nariz, permanecía liso, amable, concentrado. Josef no le exigía menos de lo que se exigía a sí mismo, y Fineas lo soportaba sin una sola queja. Josef veía su fuerte nuca poco poblada, escuchaba su voz grave, indiferente y armoniosa. Toda la estancia rebosaba su impenetrable desdén. Pero el desdén de Josef era mejor, más profundo; su decisión de deshacerse de aquel hombre le procuraba cierta sensación de superioridad.

Y así prosiguió con su trabajo, veloz, decidido, sin dejarse importunar por los muchos obstáculos que se le interponían, hasta terminar de limar los siete libros de *La guerra de los judíos.* Cuando terminó respiró aliviado. Hasta entonces no se había permitido un solo pensamiento que no tuviera relación con su trabajo. Y ahora resurgía. Ahora quería abrir los ojos, quería ver lo que había ocurrido a su alrededor en aquellas semanas.

Deambuló por la ciudad. Tras el silencio de las últimas semanas y su recogimiento era agradable sentir la amplitud de Roma, su bulliciosa vida.

Josef se encontró de pronto en el Foro que llevaba el nombre del emperador fallecido. Blanca y arrogante se erigía ante él la casa de la Diosa de la Paz. Todos los miércoles se pronunciaban allí discursos públicos. Josef solía evitar ese tipo de reuniones. Sin embargo, aquel día se sintió tentado de escuchar a un orador griego sin verse obligado a juzgar cada fórmula y cada giro en provecho de su propia obra. Entró en el templo y se dirigió a la sala de declamación.

El ingente número de discursos literarios que se organizaban había llegado a convertirse en una plaga; los discursos del Templo de la Paz tenían fama de ser los más refinados, y excesivamente cultos, y por lo general la amplia sala permanecía casi vacía. Pero aquel día Josef tuvo dificultades para encontrar un sitio. Y es que el orador, un tal Dión de Prusa, había alcanzado cierta notoriedad en los últimos tiempos, sobre todo por la protección que le dispensaba Tito, y su tema, «Los griegos y los romanos», era un asunto de gran actualidad. Pues el astuto emperador Vespasiano había retirado al Oriente griego un sinnúmero de privilegios económicos y políticos, pero sin olvidar compensar semejante afrenta con alabanzas de la cultura y la sabiduría griegas, así como con sueldos astronómicos para una serie de artistas y científicos griegos. El incremento de los impuestos que resultó de la anulación de los privilegios ascendía a cinco mil millones, mientras que los sueldos especiales no le costaban ni un cuarto de millón. A pesar de ello, aquel gesto no había dejado indiferentes a los griegos ávidos de honores. Sin embargo, en Roma, los senadores de la oposición, siempre empeñados en irritar al emperador con argucias ya que no les era dado hacerlo mediante una abierta resistencia, no dudaron en hacer percibir a los «grieguecillos» su tradicional desprecio con mayor vehemencia que nunca. Dión, el orador de aquel día, era el portavoz de los griegos en Roma, y todos aguardaban expectantes lo que diría y qué respuesta encontrarían sus palabras.

El célebre hombre no aportó mucho de original, aunque lo poco aducido fue expuesto con gran brillantez. Ante todo alabó, en una referencia explícita a la aristocracia adversaria del senado, que había acudido en gran número, la libertad espiritual que había traído consigo la monarquía, un logro que el Oriente griego valoraba particularmente. La libertad política —explicó— era un prejuicio propio de cínicos. Un organismo tan inmenso como el Imperio romano caería rápidamente en la anarquía y la barbarie si se permitía que lo gobernase una corporación amplia en lugar de una voluntad unitaria. Por el contrario, un

todo ordenado sería la premisa de una auténtica libertad, la libertad del espíritu. De modo que, por paradójico que pudiese parecer, únicamente el gobierno de un hombre podía garantizar la libertad espiritual. Y la libertad espiritual siempre había sido la esencia de la cultura helénica; por ello la monarquía griega era la forma de gobierno más adecuada. La monarquía romana se correspondería, por tanto, enteramente con la imagen que los mejores griegos que han existido desde los tiempos de Homero se han forjado del Estado. No se trataría, así, de una tiranía como la de los países orientales, sino precisamente de ese reino ilustrado al que había aspirado desde siempre la ideología política de los clásicos helénicos. Por ello no debía sorprender que desde los tiempos de Augusto la educación griega hubiese conocido un nuevo auge. Ahora, el poder romano y el espíritu griego se encontraban en vías de fundirse para siempre en un todo armonioso.

Los aristócratas adversarios, a los que se distinguía por la ancha banda purpúrea de sus blancas togas de gala y por sus altas botas rojas con borde negro, escucharon el discurso con disgusto. Suponían que el portavoz de Tito utilizaría el asunto para arremeter contra ellos. Se aferraban a la idea, ficticia, de que el dominio del Imperio correspondía a los seiscientos senadores, siendo el emperador únicamente el primero entre iguales, y el discurso del orador no había sido otra cosa que un ataque contra semejante teoría. Cuando terminó se había reunido en un grupo que miraba a los demás con aire arrogante. Josef, junto con muchos otros, se acercó al grupo; todos se preguntaban si accederían a discutir sus ideas. Josef se reía para sus adentros de sus utópicas pretensiones. No eran un ápice mejores, esos señores de altisonantes títulos y cargos, que aquellos «Vengadores de Israel» que en su día dirigieron el levantamiento judío cuando hacía tiempo que había sido derrotado.

Entonces, uno de los aristócratas más jóvenes comenzó efectivamente a hablar. No se atrevió a atacar las teorías monárquicas de Dión, prefirió aliviar su irritación ofendiendo al espíritu helénico. Las fricciones que se producían una y otra vez en Oriente —explicó— se debían únicamente a la arrogancia de los griegos. Éstos pretendían enseñar a los romanos qué debían hacer y qué no, qué correspondía a un romano y qué no. Pero ¿cómo eran en realidad esas personas que se consideraban la sal de la tierra? No negaba su destreza a la hora de formular rápidos y graciosos juicios, eso no lo negaba, su elocuencia resultaba turbadora, pero carecían absolutamente de escrúpulos en la elección de sus argumentos. Su voluble fantasía les impedía distinguir entre la verdad y la mentira. Por lo demás, los largos años de esclavitud los habían formado en la lisonja, desarrollando su talento para la comedia. Naturalmente, tales características también podrían describirse con palabras más benévolas, que se podrían denominar capacidad de adaptación, belleza de espíritu y del discurso, inventiva, talento comercial. Pero si los griegos aspiraban realmente a entenderse con Roma harían bien en verse a sí mismos tal como eran.

—Nosotros —concluyó— los romanos consideramos sin duda como ventajas saber hablar y escribir bien y pintar hermosos cuadros. Pero la capacidad de organizar un imperio y un ejército se nos figura mucho más valiosa. No estamos dispuestos —prosiguió, refiriéndose al reconocimiento del que disfrutaba Dión en la corte— a aceptar que nos preceda en la mesa un cualquiera que nos ha traído el mismo viento que nos trae las ciruelas damascenas y los higos sirios. Haber respirado desde niños los vientos del Aventino y habernos alimentado con los frutos sabinos es para nosotros un privilegio que no deseamos trocar por la fluidez de la oratoria griega.

Por muy burda que le resultase semejante expresión del orgullo romano, Josef escuchó con agrado a aquel hombre que con tanta petulancia despachaba al griego. Se habían reunido muchos en torno al grupo, griegos y romanos, que seguían atentamente sus palabras. El orador Dión permaneció frente al joven aristócrata, alto, distinguido, muy seguro de sí, con una sonrisa cortés en los finos labios. Parecía indiferente, pero se adivinaba que urdía algo tras su alta y rectilínea frente, y todos aguardaban expectantes a que el profesor griego, aquella luz de Oriente, respondiese a las insolencias del joven romano de modos cortesanos.

Pero antes de que Dión abriese siquiera la boca otro se aprestaba a la tarea, un hombre de cabeza grande e inteligente sobre un cuerpo enjuto y elegante. Su rostro era de una palidez enfermiza; sus manos, delgadas, y desproporcionadamente largas. Pero en cuanto comenzó a hablar todos dejaron de ver aquella palidez y las largas y grandes manos, y sólo escucharon su profunda, armoniosa y modulada voz. Josef lo había experimentado en su propia carne. Por mucho que le desagradase su secretario Fineas le costaba sustraerse al encanto de su elocuencia. Que Fineas participase en semejantes discusiones era algo que desconocía, por lo que lo escuchó atento y emocionado.

Sus palabras fueron valientes hasta rozar el peligro.

—No es seguro —opinó, y su tono era particularmente cortés— que nosotros, los griegos, habríamos sido derrotados si hubiéramos empleado todas nuestras fuerzas en la conservación de nuestra libertad

política. El que haya leído con atención a Isócrates sabrá que en todas las épocas ha habido hombres en nuestro pueblo que han renunciado conscientemente a la libertad política con el fin de preservar la libertad espiritual. Sin duda en este punto tiene razón este grande y sabio señor Dión de Prusa. Pero desde luego no hemos renunciado a nuestra soberanía política para dejarnos vejar ahora por hombres que ni siquiera conocen los entresijos de nuestra situación. Hemos aspirado a crear un imperio universal. Roma ha creado este imperio universal, al menos ha puesto los cimientos. Pero nosotros debemos protestar si se nos niega nuestro mérito. Damos a Roma lo que es de Roma. Que se reconozca también lo nuestro. Nuestro mérito no es escaso. Si despojáramos a la educación romana de su base griega todo se derrumbaría. Cicerón es impensable sin Demóstenes, Virgilio sin Homero. Tan cierto como que Roma dicta al mundo sus leyes en lo político y en lo económico es que todo lo espiritual lleva la impronta helénica. El emperador Vespasiano nos ha privado de las libertades que otro monarca nos concedió en su día. No nos quejamos de ello. Tampoco gritamos jubilosos cuando aquél nos otorgó dichas libertades. Por muy poderoso que sea el emperador romano no nos puede quitar ni conceder aquello que los griegos tienen por más importante. En todo caso, podría recibirlo de nosotros. Ese joven caballero que desde la altura de su bota senatorial nos mira desdeñoso a nosotros, los «grieguecillos», con nuestras sandalias plateadas, debe saber que, por muy moldeables que seamos, hay *una* característica que no negaremos ni ocultaremos jamás por nadie: el orgullo de ser griegos. El poder es una gran cosa, la política es un asunto importante, pero, en el ámbito del espíritu, y desde la perspectiva del filósofo que dicta los preceptos, los políticos no son mejores que cualquier policía, órganos ejecutivos del espíritu del único gobernante. Sin Aristóteles, sin la ideología griega, Alejandro no habría existido. ¿Y qué otra cosa es este gran Imperio romano que la repetición, en formato reducido, de lo que forjó, por primera vez, Alejandro?

Josef se encontraba en una de las últimas filas. Le costaba ver a Fineas y confiaba en que él no lo hubiera visto. La voz de aquel hombre lo conmovió. No necesitaba grandes palabras, una leve vibración de su voz podía enterrar a su opositor bajo una montaña de desdén. Con gran emoción reconoció Josef que incluso los férreos y petulantes aristócratas romanos se mostraban fascinados por su discurso. Hacían ademán de marcharse, pero se quedaban, escuchaban, miraban hacia la gran cabeza pálida de la que fluían aquellas palabras. Josef comprendió lo profundo de aquel éxito. Fineas hablaba ante hombres que no tenían su altura; él, el esclavo manumitido, ante los caballeros de la alta aristocracia. Sin duda no era la primera vez que participaba en tales discusiones: nadie que no haya hablado antes es capaz de hablar así. ¿A qué se debía que jamás hubiera hecho ostentación de su talento? Qué arrogancia la del liberto, qué reproche íntimo para él que no hubiera considerado que valía la pena hablarle siquiera de ello.

Pero mucho más que todo aquello lo conmocionó el contenido de su discurso, aquel orgullo natural por la superioridad griega. ¿Acaso no equivalía a sus propios sueños sobre la superioridad judía, sólo que aplicada al ser griego? ¿Qué ocurriría si, como decía con razón Fineas, aquel gran Imperio romano no fuese realmente otra cosa que una imitación de la monarquía universal instaurada por Alejandro? ¿No sería entonces el destino judío, aunque pudiese ensalzarse hasta el punto con el que soñaba Josef, nada más que un ridículo calco reducido del destino griego? ¿Acaso era su objetivo en la vida, el de Josef, sólo una imitación de lo que ya se había alcanzado tiempo antes?

El orgullo del romano por su procedencia romana resultaba ridículo. No cabía duda de que Fineas era mejor que el joven ser petulante que había querido denigrar a los griegos. Fineas le había respondido bien, pero, si se analizaban con detenimiento, sus argumentos no resistían el peso de los del otro. Que alguien se considerase mejor porque los antepasados de las gentes entre las que había nacido y cuya lengua hablaba fuesen responsables de grandes hechos era irrisorio y despreciable.

Al llegar a este punto Josef se asustó. Si aquello era válido en el caso de los romanos y en el de los griegos, ¿acaso no lo era menos para él, el judío? De inmediato introdujo una salvedad. Bien, él ha escrito el salmo del ciudadano del mundo, y sin duda su fin último es que todas las estirpes del mundo lleguen a formar un *único* pueblo unido en el espíritu. Pero mientras no se alcance este objetivo, ¿no es necesario mantener unido el propio grupo, aunque sólo sea porque es el único que aspira a realizarlo?

Trató de proteger el baqueteado edificio de su orgullo de estirpe mediante este argumento, pero no lo logró. No llevó a su fin aquel pensamiento, no escuchó el final del discurso de Fineas. Se deslizó fuera, escabulléndose por los altos peldaños del Templo de la Paz, emocionado, confundido, casi huyendo.

Aquella misma tarde, sin embargo, al dirigirse a la casa de Claudio Regino, su editor, para entregarle el manuscrito completo, aquel hombre descuidado ya había enterrado las impresiones e ideas de la mañana en lo más profundo de su pecho.

El gran financiero se encontraba tendido, tras la comida, en el diván, mal vestido y desaliñado, y bebía vino a pequeños sorbos; debía beberlo templado a causa de la debilidad de su estómago. La actitud de Tito lo había decepcionado, le refirió a Josef. El emperador se mostraba extrañamente apático. El médico no se despegaba de él, aquel doctor Valens. Incluso cuando se trataba de sumas de cuarenta o cincuenta mil millones se mostraba distraído, una actitud sorprendente en un hijo de Vespasiano. Posponía las decisiones una y otra vez. Tampoco se decidía a proteger seriamente a los judíos, como sin duda era su intención. Probablemente se debía a los rumores que propagaba Domiciano, el Chiquillo. Tito no se había dejado importunar antes por los comentarios de la calle. Pero ahora los temía tanto que no se atrevía a mostrar públicamente la simpatía que profesaba a los judíos. Sería bueno que llegase por fin Berenice.

Si bien Josef estimaba en mucho la experiencia y criterio de su editor, la íntima esperanza que comenzó a albergar al recibir las primeras noticias de la muerte de Vespasiano era tan fuerte que no se dejó confundir por las palabras de Claudio Regino.

Éste tenía ahora el manuscrito de Josef ante sí.

—Lee el comienzo del sexto libro —le rogó Josef—, el capítulo que precede al asalto de la fortaleza del Templo.

—Los romanos —leyó Claudio Regino— corrían de un lado a otro para abastecerse con madera para las trincheras de asedio que circundaban la ciudad y alcanzaban un diámetro de noventa estadios. Aquella tierra, que antes relucía adornada de numerosos árboles y jardines de recreo, estaba ahora totalmente yerma. Ningún extranjero que hubiera conocido los magníficos alrededores de Jerusalén habría podido reaccionar ahora ante la terrible transformación de otro modo que con un lamento de desesperación. Si alguien previamente familiarizado con la región hubiera sido trasladado aquí involuntariamente no la habría reconocido, habría tenido que buscar la ciudad que, sin embargo, tenía ante sus ojos.

Josef esperaba expectante lo que diría Regino; sabía que aquel hombre era un experto de primera fila.

—Me alegro —dijo por fin el editor— de que hayáis reforzado la tendencia judía. Vuestro libro, doctor y señor mío, es sin duda el mejor que se ha escrito sobre la guerra.

Josef se alegró. Pero Claudio Regino no había terminado.

—Me pregunto —concluyó—, qué dirá Justo cuando lo lea.

En la tarde del viernes siguiente Josef cruzó el puente de Emilio que conducía a la margen derecha del Tíber, donde vivían los judíos. Rebosaba de satisfacción. Cayo Barzaarone, el presidente de la comunidad agripense, lo había invitado a pasar en su casa la víspera del sábado tras meditar las palabras que pronunciara Claudio Regino durante los funerales del emperador. De modo que Josef se dirigió hacia la puerta de las Tres Calles, a la casa de Cayo.

Con satisfacción reconoció el comedor. Igual que quince años antes, cuando lo pisó por primera vez, la habitación estaba alumbrada no al modo romano, sino a la usanza de Judea: del cielo raso pendían lámparas de plata adornadas con guirnaldas de violetas. Hoy como entonces el armario mostraba una vieja cubertería con el emblema de Israel: el racimo de uvas. Pero lo que más lo conmovió fueron las cajas de paja donde se conservaban calientes los alimentos: dado que no estaba permitido cocinar el sábado, se conservaban en esos envoltorios ya preparados, y su olor familiar llenaba la estancia.

Cayo Barzaarone acudió cordialmente a su encuentro, como si se hubieran visto ayer por última vez.

—La paz sea contigo, mi doctor y señor Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría —le dijo aplicándole respetuoso el saludo hebreo, y lo condujo hasta el diván del centro, el puesto de honor. Sólo entonces, aparentemente lo habían estado esperando para hacerlo, consagró con una oración la víspera del sábado con una copa de vino judío, el vino de Eschkol. A continuación bendijo el pan y lo partió y distribuyó entre los comensales, que dijeron «amén», tras lo cual comenzó la cena.

Mientras estuvieron presentes las mujeres y los niños no surgió una auténtica conversación. Por fin terminaron de comer, y Josef, Cayo y su yerno, el doctor Licino, se quedaron solos. Los tres estaban sentados, los tres hombres, con vino, confituras y frutas. El viejo y astuto comerciante de muebles dejó a un lado su precavida reserva. Si no hubieran ocurrido ciertas cosas, comenzó, no habría invitado a Josef a su casa, pero es que no había sucedido nada de lo que los judíos habían esperado que trajera consigo el nuevo régimen; al contrario, la esperanza de que el emperador desposase a una judía sólo había servido para reforzar la hostilidad contra ellos. Y el emperador no hacía nada por evitarlo, y Berenice no llegaba. Había tenido noticia de que Josef iba a tener la oportunidad, con motivo de la conclusión de la nueva versión de su libro, de conversar largamente con el emperador. Pidió a Josef que recordara a Tito que los angustiados judíos de Roma esperaban una palabra que revelase su buena voluntad hacia ellos.

Josef no se engañaba acerca de los motivos que habían dado pie a Cayo Barzaarone a reconciliarse con él. A pesar del desprecio que le habían mostrado los judíos, ya antes se le habían acercado en varias ocasiones cuando se trataba de presentar alguna queja en la corte o de solicitar algún favor. Pero que aquel hombre formulase ahora de un modo tan directo lo que de él esperaba lo irritó. Lo escuchó con las cejas levantadas.

—Haré lo que esté en mi mano —le respondió brevemente. El diplomático doctor Licino observó el disgusto de Josef.

—Os ruego me prestéis atención también para otro asunto —dijo rápidamente y con gran amabilidad. Josef constató casi contra su voluntad cuánto había cambiado, y para bien, aquel hombre de modos un tanto afectados. Probablemente ha sido Irene quien lo ha pulido. Poco había faltado para que él mismo se casara con la hija del rico ebanista; ella lo había venerado durante su primera época en Roma, cuando él, soldado amnistiado de Yahvé, quiso partir para luchar por su tierra. ¡Cuán distinto habría sido todo de haberla tomado por esposa! Entonces probablemente habría permanecido en Roma y jamás habría dirigido un ejército, conduciéndolo a la ruina. No habría llegado a compartir la mesa con el emperador y el príncipe. Seguramente hoy viviría en Roma como escritor, rico, disfrutando de cierta paz, como ese doctor Licino. La tranquila y seria Irene lo habría disuadido de cometer aquellos actos extravagantes, habría perpetrado aquellas hazañas tan sólo en su fantasía y no en la realidad, y se habría conformado con llevarlas al papel. Posiblemente envidiaba ligeramente al doctor Licino: pero en lo más hondo aprobaba que hubiera sido aquél quien desposase a Irene y no él.

—Ya es seguro —le explicó el doctor Licino— que mi sinagoga, la de Velia, será demolida cuando el emperador empiece a construir allí. El vidriero Alexas me acaba de comunicar que siguen con la firme intención de fundar una sinagoga para albergar los setenta rollos de la Torá que se salvaron del saqueo de Jerusalén. Naturalmente, nosotros también queremos construir una nueva casa en la orilla izquierda del Tíber que sustituya a la sinagoga de Velia. Escuchad lo que os propongo. ¿Qué os parece si la construimos juntos? Sería muy hermoso que el nuevo templo se llamase sinagoga de Josef.

Josef se quedó perplejo. ¿Cómo? ¿Los judíos de la margen izquierda del Tíber, los más distinguidos de la ciudad, querían nombrarlo protector de su nueva sinagoga? El doctor Licino es, sin duda, un buen hombre, en realidad siempre ha estado de su lado, él mismo escribe tragedias griegas con asuntos tomados de la Biblia, y los doctores ortodoxos le perdonan que acometa una empresa tan arriesgada sólo por ser el yerno de Cayo Barzaarone. Desde luego sería formidable que él, Josef, se convirtiera en protector y presidente de la sinagoga más distinguida de Roma. Pero no debe precipitarse. En caso de aceptar, ¿podría entonces negarse a la exigencia de circuncidar a su hijo Pablo y convertirlo en judío? Y, al margen de eso, ¿de dónde obtendría los medios para aportar una cantidad digna para la construcción de la sinagoga? La fama de un escritor no se traduce en dinero.

—Desearía poder reflexionar sobre ese asunto un par de semanas —dijo vacilante—. Pero lo que me acabáis de ofrecer —añadió en seguida, y su voz y su rostro brillaron con esa luz que unos instantes antes invadiera su corazón— constituye para mí una inmensa alegría. Os doy las gracias, doctor Licino —y le tendió la mano.

En aquellos días se sentía dichoso por haber concluido su obra. Había olvidado que tenía un asunto pendiente con el secretario Fineas y que su esposa y su hijo se alejaban de él. Porque todo lo demás iba sobre ruedas. Los judíos deseaban reconciliarse con él, y en el Palatino lo recibían con una sonrisa. Habían pospuesto su audiencia hasta el jueves, el día reservado para los amigos e íntimos del emperador, y Tito había adjuntado a la invitación oficial una nota de su puño y letra en la que decía que se alegraba de tener por fin la oportunidad de hablar con él largo y tendido.

Y ahora, fortalecido por aquella felicidad, Josef se sintió con el ímpetu necesario y el humor adecuado para enfrentarse a la conversación que debía mantener con Dorión y que había pospuesto tanto tiempo.

Atravesó el sinuoso corredor que conducía al otro lado de la casa, a sus aposentos. La echaba de menos; sentía nostalgia de su larga cabeza con sus ojos color mar, su delgado cuerpo, su aguda voz de niña con la que pronunciaba aquellas frases tiernas y malvadas. Se había vestido sencillamente, pero con elegancia. Su abundante cabello caía en oscuros rizos no muy largos, llevaba los finos y poderosos labios cuidadosamente afeitados, la barba recortada en un rígido y firme triángulo. Caminaba con paso ligero, como en los mejores tiempos de su juventud; rebosaba de viril ternura por Dorión y se alegraba de llevarle aquellas buenas nuevas.

No la encontró sola. Un par de señores y una dama la rodeaban junto a una hilera de asientos vacíos;

aparentemente había reunido en torno a sí un grupo bastante numeroso. Reposaba tendida en un diván, envuelta en un vestido de finísimo tul de Cos, y su amado gato, de un negro verdoso, Cronos, al que Josef odiaba, estaba a su lado.

Un destello iluminó su rostro tostado y cetrino, una ligera indignación con un asomo de triunfo, al ver entrar a Josef. Le tendió la mano.

—Qué pena que no hayas venido antes, mi querido Josef —le dijo—. El senador Valer nos ha leído un fragmento de sus *Argonautas.*

Josef, volviéndose hacia el senador, dijo, ligeramente cortante:

—Sí, es una lástima.

El viejo Valer permanecía allí sentado, un poco rígido y muy digno. El Imperio contaba entonces únicamente con treinta y dos familias de la más pura y antigua nobleza, y si alguna podía pretender rotundamente que su origen se remontaba al troyano Eneas era la suya. Valer solía consignar su nombre completo en inscripciones y documentos: Q. Tullius Valerius Senecio Roscius Murena Coelius Sex. Julius Frontinus Silius C. Pius Augustanus L. Proculus Valens Rufinus Fuscus Claudius Rutilianus. Cada uno de estos nombres revelaba sus vínculos con la sangre más noble del Imperio. Sin embargo, el patrimonio del senador Valer no se correspondía, por desgracia, con tal nobleza. Si aún se le llamaba senador era por deferencia, pues Tullius Valer no poseía siquiera el millón de sestercios que constituía el nivel mínimo exigible a los miembros de la nobleza de primer rango. Por ello, el emperador Vespasiano, en su calidad de censor, lo había tachado de las listas del senado. Pero para endulzar la despedida le permitió habitar de por vida en la casa en la que él mismo había vivido. De modo que el viejo Valer ocupaba el piso superior de la misma, mientras que Josef tenía asignados los dos pisos inferiores. El senador proscrito soportaba su sino con dignidad. Su nueva vivienda no le permitía siquiera tener consigo los bustos de cera de sus distinguidos antepasados; había depositado una parte de ellos en un guardamuebles. Pero no se quejaba. Vivía retirado con su hija, la estricta Tullia, de veintidós años y pálido rostro, en la tortuosa casa del distrito sexto, entre reliquias, lujosos ropajes apolillados, polvorientos haces de lictores y las coronas de triunfo de sus antepasados. Se dedicaba únicamente a su actividad literaria escribiendo una gran novela en verso sobre los Argonautas, con los que, naturalmente, también estaba emparentado. Tampoco él perdonaba al advenedizo Vespasiano la ofensa de su expulsión; urdía en secreto una epopeya valiente y revolucionaria destinada a celebrar las hazañas de su pariente Bruto, pletórica de sentencias republicanas y subversivas. Por cierto que, a pesar de su sigilo, toda Roma conocía su empresa y divulgaba con una sonrisa irónica una frase de Vespasiano: había concedido una vivienda gratuita al buen Valer precisamente para que escribiera con toda tranquilidad sus himnos a la República, pues, tras escuchar una vez los versos republicanos de ese ceremonioso asno, cualquiera se limitaría a bostezar al oír la palabra «república».

Josef saludó a los invitados de Dorión. Tullia permaneció sentada, pálida y cerrada, y apenas agradeció su saludo. También su suegro Fábulo, el pintor, el arrogante, se limitó a pronunciar un par de sílabas. Tanto más ruidoso resultó, por tanto, el saludo del amigo más íntimo de Dorión, el coronel Annius Bassus. Pero su sonora amabilidad no ocultó a Josef que su aparición había molestado a los huéspedes de Dorión. Era evidente que antes de entrar Josef habían estado conversando plácidamente, confiados; sin embargo, ahora comentaban a duras penas asuntos banales. No se lo agradecieron. Y no tardaron en retirarse.

A Dorión no le disgustó quedarse a solas con él. Siempre, incluso en momentos de crisis, le había parecido excitante y misterioso, siempre sentía curiosidad por saber qué ocurrencia había tenido ese tipo extravagante. ¿Acaso otro habría sido capaz de callar su opinión ante un acontecimiento tan grave como el cambio en el trono? ¿Podría encontrarse otro hombre que, gozando de la confianza de su mujer, no hubiera sentido la necesidad de comentar semejante asunto con ella?

Con un gesto torpe volvió su frágil y delgado cuerpo hacia él, mirándolo fijamente a la cara. Lástima, opinó, que no hubiera llegado antes, ya que el viejo Valer no les había leído los *Argonautas,* sino un fragmento de su *Bruto;* resultaba asombroso lo que se atrevía a afirmar.

—Por lo que conozco —respondió sonriendo Josef—, sus versos son tan sebosos como su propia persona.

Pues el viejo Valer solía llevar únicamente la vieja toga ceremonial sin nada debajo, como exigía la costumbre de trescientos años antes; tales eran las normas de la casa de los Valerios por ser una familia tan antigua.

Dorión se incorporó a medias de modo que sus amplias mangas cayeron hacia atrás, dejando al descubierto sus largos brazos morenos. Le divertía oír a Josef burlarse de sus amigos. Pero esta vez no comentó sus palabras. Le preguntó qué pasaba con Fineas. Durante las últimas semanas no se había preocupado del pequeño Pablo.

A Josef le vino bien que mencionase a Fineas. Estaba decidido a deshacerse de él, pero no quería

precipitarse, debía hacerlo sin grandes palabras ni gestos grandilocuentes, fríamente, con amabilidad, elegancia e ironía. El hombre había hecho un trabajo correcto, de eso no cabía duda. Pero no se había entregado a él en cuerpo y alma, había trabajado sin entusiasmo. Igualmente displicente debía ser, por tanto, su recompensa: generosa, pero sin delatar un agradecimiento sincero.

Se había visto obligado a hacer trabajar duramente a Fineas en las últimas semanas, le respondió Josef. Pero aquello había terminado. Por lo demás, había hecho un buen trabajo, y quería gratificarle por ello. ¿Qué le parecía si completaba y renovaba su vestuario? Los vestidos de Fineas estaban desgastados. Vestirse a la usanza griega resultaba caro, desde luego. Tal vez querría hacerse cargo del asunto. Ella entendía más de esas cosas.

Dorión lo miró a la cara con la boca entreabierta, sonriendo. Bien, respondió; se ocupará del asunto. Le agradaba que por fin volviera a tener tiempo para su hijo. Si el coronel Annius no se hubiera ocupado a ratos de la educación de Pablo nadie se habría hecho cargo de él.

—Annius —dijo Josef despectivo—, Annius Bassus —y dibujó un gesto con la mano como si quisiera borrar al hombre. Todo lo que atañía a aquel oficial lo irritaba: su risa, sus modos ruidosos, abiertos, entrañables. Annius Bassus había sido comandante en la guerra judía y se había distinguido en varias ocasiones. Sin embargo, Josef no le había perdonado cierto comentario antisemita y había omitido sus méritos en su libro. Pero el coronel no tuvo en cuenta aquel silencio hostil, para gran irritación suya, y siguió tratando a Josef con la misma abrumadora cortesía, contándole anécdotas picantes de otros militares y dándole palmadas en el hombro. A Josef le roía las entrañas, y aún más le molestaba que Dorión no aceptara poner fin a su amistad con el oficial.

También aquel día rechazó el gesto desdeñoso de Josef. Afortunadamente, él no era el único que se interesaba por las cualidades de Annius. El antiguo emperador, por ejemplo, no compartía su opinión en absoluto. De ser así no habría nombrado a Annius coronel de la guardia ni le habría encomendado el difícil puesto de mayordomo mayor y ayudante del príncipe Domiciano.

Era cierto. Annius había cumplido bien incluso aquella espinosa tarea, había logrado ganarse la amistad del joven príncipe sin perder la confianza del viejo.

El coronel no lo iba a tener fácil con Tito, opinó Josef con sequedad y cierto sarcasmo. Aunque a él le traía sin cuidado. Para él aquel tipo estaba acabado. La gran oportunidad de Annius había sido la guerra, y la había dejado pasar. Ante Jerusalén no se había comportado de modo que sus actos mereciesen siquiera mención por su parte.

Dorión sonrió y se acercó a él.

—Naturalmente —opinó—, lo que merezca mención o no es asunto tuyo. Sé que un artista no puede trabajar sin convencimiento. Tampoco mi padre podía hacerlo. Pero ¿no eres demasiado arrogante, querido Josef?

Él escuchaba sus puyas. Se había erguido apoyándose sobre las manos. Veía su recta y alta frente, su ligero y puro perfil, las palabras fluían tiernas y agudas de su boca grande e insolente, y no le dolían. La amaba profundamente.

—¿Estás totalmente seguro —prosiguió—, de que tu juicio tiene un valor absoluto, de que tu criterio es determinante?

—Sí —dijo Josef, y sonó muy convencido, sin arrogancia. Se sentó junto a ella y tomó su cabeza entre sus manos, manteniéndola en su regazo, hablándole desde lo alto—: Mira, en vuestra Alejandría creéis en el juicio a los muertos. Osiris reina en lo alto, Anubis y Horus sobre la balanza, y cuarenta y dos espectadores tocados con plumas de avestruz y una espada en la mano procesan a los muertos y vuestro Hermes con su cabeza de pájaro pronuncia la sentencia. Yo tengo la balanza, yo pronuncio el juicio. No necesito ni a Osiris ni a esos cuarenta y dos asistentes.

Dorión lo escuchaba. A lo que parece, el hombre se ha vuelto loco, tiene delirios de grandeza. Pero su voz es agradable, penetra suavemente en su oído y en su corazón. Su cabeza reposa en el regazo de él, con una mano acaricia a su gato, al grande y peludo Cronos, mientras rasca suavemente su barba tiesa y triangular. Muchas veces se ha sentido ajena a él durante las últimas semanas. A menudo, y coincidiendo precisamente con la presencia de aquel amable y viril coronel Annius, se ha preguntado por qué motivo se ha echado a perder entregándose a ese extraño judío que, durante meses e incluso años, no tiene tiempo para ella. Pero en cuanto él aparece, en cuanto la mira de arriba abajo con sus poderosos y brutales ojos, en cuanto la toma con sus poderosas y brutales manos, lo ama, le pertenece.

—Ya sé, mi Hermes —dice ella sin dejar de sonreír, despeinando con sus delgados y hábiles dedos su barba artísticamente anudada—, ya sé que sólo necesitas a tu Dios invisible.

Josef no estaba dispuesto a discutir con ella aquel asunto. La abrazó con más fuerza, se inclinó todavía

más hacia ella, y le habló con su bella y seductora voz. La había descuidado terriblemente durante aquellas semanas, le había costado un tremendo esfuerzo, pero deseaba estar enteramente a su disposición, sin distracciones. Eso no había sido posible mientras no terminase su obra. Ahora había llegado ese momento. Había hecho un buen trabajo. El jueves le entregaría el libro al emperador. Poco después lo leería públicamente. Pero antes, y antes de que lo viese el emperador, quería dárselo a ella. El primer ejemplar era para ella.

Dorión tarda en responder. Se siente a gusto con la cabeza en su regazo y la mano en su barba. Después, de pronto, sonriendo, pregunta con su aguda voz de impúber:

—Dime, querido Josef, ¿tendremos por fin dinero ahora que Tito es emperador?

Josef no cambia de actitud. Permanece inclinado hacia delante sujetando la cabeza de ella con una mano. Dinero, piensa, ¿qué es eso? Considera que con sus cerca de sesenta mil sestercios de renta anual pueden vivir holgadamente. Aparentemente, Dorión no opina lo mismo.

—¿Dinero? —le responde sin dejar de sonreír—. ¿Qué necesitas? ¿Joyas? ¿Más criados? ¿Debes ahorrar mucho? Dime lo que necesitas.

Dorión responde indolente y soñadora, estirándose a sus anchas:

—¿Yo? Yo no necesito nada, a excepción, tal vez, de que se ocupen un poco de mí. Pero nosotros, quiero decir tú y yo y el niño necesitamos una villa, una casa en el campo, ya que no podemos construirnos una nueva en la ciudad.

Y de un salto se incorpora y se queda allí sentada, con la actitud de una niña, un poco rígida, con el gato en el regazo.

Josef no se esperaba aquello. Cierto que sabía que jamás le había gustado la oscura casa de Roma. Recibir del emperador una casa que él mismo había habitado constituía un honor, pero no podía negarse que aquella casa resultaba anticuada, tortuosa, sombría y mohosa. Cuando Josef tuvo su primer gran éxito Dorión formuló el deseo de tener en Roma una casa propia. Pero, en caso de construirse una, habría sido una casa modesta, cómoda, nada del gusto de la mimada hija del pintor de corte Fábulo. Realmente, Josef le había dedicado a Dorión poco tiempo y atención; si no, habría podido prever que el cambio de situación alentaría de nuevo sus sueños.

Ella continuó hablando. Ya se había preocupado de decidir cómo y dónde. La perezosa podía volverse muy laboriosa cuando se trataba de satisfacer sus caprichos. Su padre era amigo del maestro de obras Grovius, arquitecto favorito del príncipe Domiciano. El príncipe tenía intención de erigir un grandioso edificio en sus posesiones del Albano. El arquitecto Grovius, apoyado por el amigo del príncipe, nuestro Annius, está dispuesto a ayudarnos para que podamos hacernos por poco dinero con un terreno en aquel lugar, comprándolo o mediante un contrato de arrendamiento largo. Ya ha proyectado, naturalmente sin compromiso, una casa para ella. Nada cara, modesta, como corresponde a los ingresos de un escritor, pero luminosa y aireada. La mansión señorial y dos dependencias para los criados, eso es todo. Su padre Fábulo ha ideado hace tiempo un motivo para un fresco destinado a cubrir por completo, en armoniosa composición, las galerías de una villa. Ha tenido numerosas oportunidades de llevarlo a cabo, pero le ha prometido reservarlo para ella. Por fin había llegado el momento. Miró a Josef radiante.

Él escuchó sus planes con disgusto. La vieja casa no le molestaba, ni la oscuridad de su despacho. Lo construirán por «poco» dinero. ¿Qué se imagina Dorión? Como poco serán trescientos mil. Tendrá que pedir dinero prestado, y los intereses son muy altos. Y qué no necesitará Dorión cuando se mude a la villa. Nuevas carrozas, nuevos criados. Esas casas modernas y luminosas requieren un sinnúmero de estatuas y frescos. «No os hagáis ídolos», se dice en las Escrituras. A pesar de atenerse muy poco a los ritos judíos, Josef odia las imágenes, le repugnan.

Entre tanto, Dorión prosigue con su charla, feliz. Le explica el proyecto del arquitecto Grovius. Le quita el estilete dorado del cinturón y traza con un par de líneas la planta de la casa. Aquí el gran comedor para el verano, con vistas sobre el lago y sobre el mar. Aquí las galerías para los días de lluvia. Por ellas podrá deambular Josef y dejarse inspirar por su Dios invisible en su oficio de juez de los muertos. Y aquí —su voz vibra de orgullo—, cruzando toda la galería, estará el fresco de su padre Fábulo, su obra más bella, que dará renombre a su villa junto al lago Albano, el fresco llamado *Las oportunidades perdidas.* Un joven contempla a un grupo de mujeres jóvenes que, en un largo cortejo, se alejan de él; se van, volviendo sin embargo la cabeza por encima del hombro y sonriéndole, son muy bellas, en su sonrisa hay un asomo de pena y mucha sorna, y el joven permanece sentado mirándolas fijamente.

Josef no está muy interesado en los detalles del fresco *Las oportunidades perdidas.* Dorión ha hecho muchos sacrificios por él, sacrificios terribles; pero también le ha exigido mucho, más de lo que un ser corriente está dispuesto a dar. Si le regala la villa no le quedará dinero para la sinagoga. Siempre lo pone

ante semejantes disyuntivas. No desposarás a las hijas del pecado. Ella era medio griega, medio egipcia: vástago de los dos pueblos que más torturaron al suyo. Cuando el sacerdote Pinhas vio que un miembro de la tribu de Israel frecuentaba a una madianita tomó una lanza, y persiguiendo al hombre hasta el barrio de las rameras traspasó a la pareja de un lanzazo. «No os uniréis a ellas». Era un gran pecado. Por otra parte, Moisés había desposado a una madianita, y Salomón a una egipcia. A él, a quien se había encomendado transformarse de ciudadano de un pequeño estado en ciudadano del mundo, debían permitírsele ciertas cosas. Hasta entonces había salido bien parado: seguía siendo judío y se había vuelto romano. Se ha mezclado con la hija de Edom y sigue siendo Josef ben Matatías.

Salió de su ensoñación y vio a la mujer, su rostro altivo y frágil tan deseable, sus relajados miembros. Ha ofendido a esta mujer gravemente, y a menudo. Ahora no puede decirle que no tratándose de una nimiedad como el dinero. Se ha mezclado con ella, le es extraña, sangre de antiquísimos idólatras fluye por sus venas, sus padres, que han torturado y humillado a los suyos, duermen bajo altas montañas triangulares y puntiagudas, está llena de estúpidas supersticiones, los libros que él tiene por sagrados y a los que ama por encima de todo le parecen estúpidos y despreciables, y su forma de vida un juego vano. Hace tan solo un instante, al hablarle de su tarea, de su cargo de juez de los muertos, se ha reído de él. Y, sin embargo, le pertenece, y él a ella, el judío a la mujer extranjera. Ha escrito el salmo del ciudadano del mundo: «No se llama Sión el reino que os he prometido; su nombre es: el universo». Tiene ante sí a la mujer, y no puede decirle que no por dinero.

La agarró con tal fuerza que el gato Cronos salió corriendo dando brincos, le echó la cabeza hacia atrás y le dijo, muy cerca de su boca entreabierta:

—Si te regalo esa villa, Dorión, ¿me darás a Pablo?

Entonces Dorión se echa a reír con una risa sonora, aguda, perversa.

—No tengo la menor intención de hacerlo, mi querido Josef —dice, pero su voz es tierna. Sin embargo, un instante después se suelta de su abrazo y corre detrás de una de las sillas vacías que poco antes ocuparan los invitados que habían atendido a la lectura del viejo Valer. Él la sigue con su paso certero. La agarra con mayor brío, casi con violencia.

—¿Me darás la villa? —pregunta ella, defendiéndose, pero ya con la mirada turbia.

Josef no dice ni sí ni no. La toma. En torno a ellos las sillas vacías. Desde un rincón los mira el gato Cronos, resoplando bajito, con el lomo arqueado.

Trescientos cincuenta escribas esclavos, divididos en siete grupos, trabajaron en la composición de *La guerra de los judíos* al dictado de siete especialistas. Dos días antes de la audiencia, Claudio Regino pudo entregar a Josef el ejemplar para el emperador. Era un rollo grande y bello, el estuche y la empuñadura labrada en marfil antiguo muy valioso, el material un magnífico pergamino. Las iniciales de cada capítulo estaban primorosamente decoradas, y al principio figuraba, en colores, el retrato del autor.

Josef lo contempló detenidamente, sin concesiones, como si se tratase del de un extraño. Una cabeza grande, morena; ojos vivaces; gruesas cejas; la frente alta, con varias hendiduras; la nariz larga y ligeramente curva; el pelo espeso, negro y brillante, la barba rígida, terminada en una punta triangular; los finos y combados labios bien perfilados. «Flavius Josephus Caballero Romano», reza la inscripción; pero se trata de la cabeza del doctor y señor Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, primo de la princesa Berenice, de la estirpe de David. El idioma es el griego, pero es un libro judío. Es un libro judío, pero su espíritu es el de un ciudadano del mundo.

«Flavius Josephus Caballero Romano». Josef sigue mirando el retrato. Los judíos no recortan las puntas de sus cabellos, ni en la barba ni en la cabeza. «No recortaréis los bordes de vuestro cabello ni destrozaréis las puntas de vuestras barbas», dicen las Escrituras. Los romanos, por el contrario, llevan la cara afeitada. Hasta que termina de formarse, se dejan crecer la barba; pero después, cuando consideran que su cara está terminada, la muestran en toda su desnudez. Josef ha trabajado bastante en sí mismo y en su libro. Puede atreverse a llevar la cara descubierta.

Pero ¿acaso le conviene hacerlo ahora que por primera vez va a ser recibido por Tito? ¿Debe mostrarse sin barba? Tito ha solicitado ver al judío, no al romano.

Josef enrolla el libro. Ha escrito un libro judío. Su judaísmo no depende de su pelo ni de su barba. Puede permitirse el lujo de visitar a Tito con el rostro desnudo.

Éste lo aguarda con una agradable expectación. Hace semanas que desea ver a Josef; sólo esa extraña indolencia que lo ha tenido paralizado durante los últimos tiempos le impidió mandarle llamar antes de que se presentase.

El emperador no ha tenido una buena época en sus primeras semanas de reinado. Estaba abotargado, sin ánimos, perdida toda su frescura. Le torturaba pensar que el pueblo romano se cerraba hostil ante él a pesar de sus esfuerzos, que las masas veían en él a un tirano, a un arribista, a un explotador. Por lo demás, todo iba mal. Crecía la hostilidad a los judíos, el pueblo de su amada Berenice, y él, envenenado por esa torturante apatía, no era capaz de tomar medidas serias para combatirla.

Si hubiera llegado ya Berenice. Debe buscar a alguien con quien desahogarse. Su médico Valens lo perfora con su mirada pesada, lenta y severa; eso le duele y le hace bien. Intenta tenerlo cerca siempre que puede; también ahora está a su lado. Pero sobre lo único que echa de menos no puede hablar Tito con su médico; éste es romano, y lo que él necesita es precisamente lo otro, Oriente.

De modo que aguarda a Josef con gran expectación. Pues Josef sabe de sus artimañas y su lucha por ganarse a Berenice, conoce el tira y afloja que precedió a la destrucción del Templo, su combate con el invisible Dios judío. Relajado y bien dispuesto aguarda a su amigo judío.

Al entrar Josef se levantó y fue a su encuentro. Pero a mitad de camino se detuvo. ¿Qué es esto, esa cara desnuda? ¿Es éste su judío Josef? Vacila, decepcionado. ¿Acaso también perderá esa alegría? Busca en la cara del otro, reconoce la frente poderosa llena de prominencias, sus vivaces ojos, la larga nariz ligeramente curva, los combados y ávidos labios, el hombre entero de Oriente y de Occidente. Sólo que la extrañeza que le produce no se disuelve tan fácilmente. Cierto que abraza y besa a Josef, como exige la costumbre cuando se recibe a un amigo, pero sus gestos no dejan de ser fríos, formales.

—Me alegro de verte de nuevo, Flavius Josephus —dice. Lo llama por su título romano, y en su voz no hay rastro de la familiaridad que Josef esperaba.

De cualquier modo, Josef no se desanima. Con una sola mirada se ha dado cuenta de lo que ocurre. El retrato de Berenice, la mirada distante, acechante, torturada de Tito, el emperador, su amigo. Que éste tenga que acostumbrarse primero a su nuevo rostro es algo que esperaba. Debe darle tiempo. Con su hermosa y cálida voz le responde cuánto se alegra de poder entregar al emperador la nueva versión de su obra. Después le presenta al hombre que trae el rollo, a su secretario Fineas. Comenta prolijamente los aciertos de su colaborador. Con esta generosidad paga al griego su odio al tiempo que da al emperador la oportunidad de hablar de asuntos menos comprometidos para que vaya acostumbrándose a su nuevo rostro.

Tito dedica al secretario un par de palabras corteses e indiferentes. Después toma el pesado rollo de *La guerra de los judíos,* lo abre y descubre el retrato de Josef. Contempla el retrato largo rato, después mira al hombre, sus ojos se tornan más frescos, una sonrisa de satisfacción recorre su cara de niño.

—Aquí todavía conservabas tu barba, mi querido Josef —le dice cortés con una suave carcajada. Josef responde, devolviéndosela abierta y cordialmente al emperador:

—Por favor, leed mi libro, Majestad, y decidme si estoy ya en condiciones de enseñar mi rostro desnudo o si debo dejarme crecer la barba de nuevo.

Tito, que continúa desenrollando el libro, responde, ya más satisfecho y confiado:

—Puedes estar seguro de que te lo diré con toda franqueza.

Después lo enrolla cuidadosamente, colocándolo casi con ternura sobre la mesa. Su debilidad se ha desvanecido. Pasa el brazo sobre los hombros de Josef, más alto que él, y comienza a hablarle, se apartan de los otros y comienzan a pasear por la amplia sala; habla fresco, relajado, aunque en voz baja, de modo que no puedan oírlo.

Sin embargo, le habla de los largos meses que pasaron juntos ante las murallas de la hambrienta y desfalleciente Jerusalén.

—¿Recuerdas, mi Josef —le dice—, cuando estábamos ante el foso del distrito noveno? ¿Recuerdas aún lo que dijimos entonces?

Claro que lo recordaba. Aquél era el foso junto a la muralla donde los habitantes de la ciudad arrojaban a sus muertos, que se contaban por miles cada día. Fue hacia finales de julio, hace exactamente nueve años. Reinaba un gran silencio, se encontraban en medio de un paraje antaño tan rico y ahora yermo y transido de un olor acre, fortísimo, que quitaba la respiración. Allí estaba, a sus pies, el abismo donde se pudrían hombres de la raza de Josef, y tras ellos, ante ellos, junto a ellos, las cruces de las que pendían los prisioneros, hombres de la raza de Josef. Y el aire, toda aquella tierra devastada, repleto de bestias que aguardaban su comida. Fue un verano muy amargo para el hombre Josef y, a pesar del orgullo y de la felicidad que pudiera sentir, también un doloroso verano para el romano.

—¿Recuerdas también —prosiguió el emperador—, lo que hablamos cuando te visité? Estabas herido, te habían alcanzado los disparos de los judíos.

Claro que lo recordaba. «¿Eres nuestro enemigo, mi judío?», le preguntó entonces Tito; y «No, mi príncipe» fue su respuesta. «¿Estás con los sitiados?», le preguntó entonces Tito, insistente, y Josef le

respondió «Sí, mi príncipe». Recuerda exactamente cómo lo miró entonces Tito, sin rencor, pero abrumado por la preocupación; pues también Berenice pertenecía a esos seres fanáticos, incomprensibles, cegados, y jamás conseguiría entenderla del todo. «¿Recuerdas, recuerdas?», prosiguió el emperador, y Josef lo recordaba, y ahora volvían a entenderse. Ambos habían envejecido, el rostro de uno, ahora desnudo, parecía tallado, un sinfín de nuevas experiencias se habían grabado en él, el del otro estaba abotargado, cansado, lleno de renuncia. Pero se relajaron, ambos, y rememoraron tiempos pasados, la antigua confianza volvía a rondarles. Josef había proseguido su camino hacia Occidente, y Tito se dejaba arrastrar por Oriente. Josef confiaba, sentía, que llegaría el día en que podría hablar abiertamente con aquel hombre de sus secretos propósitos, de la victoriosa fusión de Oriente con Roma. Ese día, el emperador romano y el escritor judío serán uno solo: los primeros ciudadanos del mundo, los primeros hombres de un siglo futuro.

—Por cierto, debo decirte —le confió Tito— lo que me recomendó mi padre en una ocasión: «No te relaciones íntimamente con un judío», me dijo. «Es cierto que puede ser interesante saber que, además del Foro y el Palatino, en el mundo existen otras cosas; por supuesto, no te hará daño que de vez en cuando te acaricien la piel y el corazón las mujeres y los profetas judíos; pero, créeme, el reglamento militar romano y el código político del emperador Augusto son dos pilares que te sostendrán mejor en la vida que el conjunto de todas las Santas Escrituras de Oriente».

—¿Y te registe por su consejo, Majestad? —le preguntó Josef.

—Ya lo estás viendo —sonrió Tito satisfecho contemplando el retrato de Berenice. Su rostro noble y alargado los miraba con aquellos ojos de un castaño dorado con extrema vivacidad—. Este cuadro de tu suegro Fábulo es una auténtica obra maestra —prosiguió pensativo—. Pero ¿de qué me vale? No es más que pintura y madera. ¿Dónde está su voz? ¿Recuerdas que siempre había una leve ronquera en su voz? Al principio no me gustó en absoluto. ¿Y dónde están sus andares? Mientras aguardábamos a las puertas de Jerusalén, cuántas veces soñé que bajaba los escalones del Templo, que descendía del Templo blanco y dorado. Nikión, Nikión, mi paloma silvestre, mi joya —dijo en un arameo un tanto burdo mirando el retrato. Era la primera vez que dirigía al retrato de la mujer aquellos cariñosos apelativos delante de un tercero—. Nos aguardan buenos tiempos —prosiguió radiante—. Nos costará un poco imponer a nuestra Nikión, pero lo lograremos.

Parecía muy seguro de sí, el soldado que Josef conocía tan bien, con el breve mentón y los duros ojos entornados dirigidos a su objetivo. En su voz resonó aquel tronar militar de antes que hizo levantar la vista a los otros.

Éstos han estado conversando entre tanto; Fineas, el secretario, con el médico Mucius Valens, propietario de la dorada sortija de la segunda nobleza, un gran señor, uno de los más poderosos del Imperio. Valens ha revolucionado la ciencia médica, ha inventado un nuevo método de diagnosis, reconoce la índole de prácticamente cualquier enfermedad en los ojos del paciente, y su ciencia le ha proporcionado una fama notable y mucho dinero. Es un hombre frío, el médico Valens, un realista al que en el fondo nada le importa a excepción de su carrera y sus beneficios. No se deja arrastrar por la conversación. Tampoco al griego Fineas, al que tanto ha alabado el judío, quiere decirle nada, quiere escucharlo; no va a darle nada: lo que quiere es recoger lo que el otro pueda ofrecerle. Pero Fineas es un conversador más hábil que el romano. Cuenta pocas cosas de su persona, habla con desprecio de los que atacan a Valens, halaga con inteligencia su vanidad: lo engaña, y Valens le revela sus ideas en materia de medicina con gran suficiencia y abiertamente.

Los dos hombres tienen mucho tiempo para escudriñarse, pues el emperador no deja de hablar con el judío. Lo perciben con impaciencia, envidia y acritud. Transcurre una eternidad hasta que regresa el emperador acompañado por Josef.

—Debemos vernos a menudo, querido Josef —dice el emperador dando por terminada la íntima charla. Después se yergue, llama a un secretario con una palmada y anuncia—: Nos alegramos, Flavius Josephus, de que hayáis concluido la segunda versión de vuestra gran obra. Según nos refiere Horacio, hacen falta nueve para que madure una obra, y ahora hace nueve años que trabajáis en ésta. Vuestro libro es todo un monumento a la memoria de Nuestro Padre, el divino Vespasiano, un honor para nosotros que aceptamos con agrado. Deseamos, pues, proporcionaros también en el futuro la posibilidad de dedicar con la debida holgura vuestra ciencia y vuestro arte a nuestros intereses y a los de nuestro Imperio. Permitidme que os entregue, en señal de nuestro agradecimiento y nuestro reconocimiento, una libranza a cargo del Fondo para el Fomento de las Ciencias.

Con estas palabras tomó de las manos del secretario la libranza y se la entregó a Josef.

A Josef, que no era precisamente codicioso, le habría gustado saber en esa ocasión a cuánto ascendía. Muchas cosas dependían de ello. Pero tuvo que introducirla en la manga sin leerla. Se aprestó a darle las

gracias al emperador. Éste lo miró directamente a la cara con una sonrisa casi imperceptible; después, involuntariamente —posiblemente se tratase de una decisión repentina—, prosiguió, y ahora su voz ya no era atronadora, sino la del amigo que quiere darle una alegría a su amigo:

—Además, estimado Josef, quiero que tu libro sea depositado en la biblioteca del Templo de la Paz y que te erijan allí una columna honorífica.

Josef inspiró y un repentino sonrojo cruzó su desnudo rostro. Tuvo que contenerse para no llevarse la mano al pecho. Ni siquiera Valens y Fineas lograron ocultar del todo su sorpresa. ¡Un busto en la sala de honor del Templo de la Paz! Había muchas estatuas en Roma, pero tener un busto en aquella sala constituía la máxima aspiración de cualquier escritor, ya que, de todos los autores de todos los tiempos de obras en lengua griega o latina, sólo se había considerado a ciento noventa y siete dignos de figurar en los armarios de honor del Templo de la Paz, y tan sólo diecisiete eran autores vivos, once griegos y seis romanos. Paseando junto a aquellas tablas en las que aparecían, grabados en cobre, los nombres de esos grandes autores, Josef se había perdido a menudo en arrogantes y envidiosas reflexiones. ¿Por qué razón han de ser precisamente esos once griegos y seis romanos representados en esas columnas honoríficas los que se perpetúen en los siglos venideros? Hace tres siglos que se tradujo la Biblia al griego: ¿por qué faltan en estas tablas nombres como el de Isaías, Jeremías o Ezequiel? ¿Acaso son peores los himnos del rey David que los de Píndaro? Pero que él mismo fuera el primer extranjero, el primer bárbaro que entrase en tan ilustre círculo era algo que no había osado imaginar por miedo a ser objeto de un sino fatal ni en sus sueños más íntimos. Aquello resonó en su cerebro cual tronar de tubas y cuernos, se sintió como entonces, cuando, de niño, escuchó cantar por primera vez a los vestidos de blanco en los escalones del Templo. Volvió a escuchar la vieja cantinela: «Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos», y se sintió abrumado por la dicha.

Pero en ese mismo instante, incluso antes de poder expresar su agradecimiento al emperador y amigo, una preocupación vino a interferir en la felicidad que lo embargaba. «No os hagáis ídolos». Fue él quien permitió, incluso quien ordenó que se atacase e incendiase en su día el palacio del rey titular Agripa en Tiberíades a causa de sus estatuas. Muchos judíos, la gran mayoría, se sentirán orgullosos del honor que se rinde a uno de los suyos. Pero oficialmente, en las sinagogas y en las escuelas, arremeterán de nuevo contra él, y en todo el Imperio, incluso más allá de las fronteras, entre los judíos del Lejano Oriente, su nombre será maldito. Poco a poco se añadían a éstas otras inquietudes. Si acepta que se le erija una estatua, ¿acaso podrá negarle a Dorión el fresco de Fábulo? ¿Y cómo logrará reunir el dinero que todo eso requiere? Posiblemente tendría que pagarla de su bolsillo, no faltaban precedentes.

Pero en seguida se vio liberado de esta última preocupación. Pues nada más balbucir su agradecimiento, Tito, que ahora, para agradarle, optó por el arameo esforzándose por recordar las palabras, le dijo:

—En los próximos días te enviaré al escultor Basil. Pero medita —prosiguió con una sonrisa—, si no prefieres que te retrate con barba.

Cerca de cuarenta amigos habían acompañado a Josef al Palatino. Lo aguardaban en la sala. Cuando regresó, exultante, ya eran sesenta. Con pasmosa velocidad se había extendido por la ciudad el rumor de que el emperador había retenido a Josef durante cerca de dos horas en audiencia privada. Lo recibieron con jubilosa alegría. Cuando les relató, con modestia en parte falsa y en parte verdadera, las distinciones que le deparaba el emperador, todos gritaron abrazándolo y besándolo. Fue Demetrio Libán quien expresó su júbilo de un modo más ostentoso. Lo saludó con el brazo extendido y la mano abierta, lo bajó, se besó la mano y arrojó a Josef el beso, se cubrió el rostro a excepción de la frente y los ojos, y así, en la pose de quien venera a su dios, en un gesto al tiempo cómico y conmovedor, exclamó una y otra vez: «¡Oh, magnánimo y gran judío Josef!». Pero al hacerlo meditaba que, ya que el emperador honraba a aquél de tal modo, sin duda preparaba para él otros honores bien distintos.

Formando un gran cortejo triunfal acompañaron a Josef a su casa. «¿Qué es lo que ocurre?», preguntaban los transeúntes. «Es el escritor Flavio Josefo», les respondían, «el judío. Ha escrito un nuevo libro. El emperador le ha regalado un millón y ha mandado erigirle un monumento. La cosa está hecha. Tendremos una emperatriz judía».

Dos días después, el escultor Basil invitó a Josef para discutir con él los detalles de la columna honorífica que se le había encomendado. ¿No sería mejor rechazar aquella distinción, después de todo? La actitud que debía adoptarse con los preceptos judíos seguía siendo para él un problema constante y acuciante. Muchas vías conducían a Yahvé, y esos usos eran una de ellas. El propio Josef no los necesitaba ya, pues había encontrado su propio camino hasta Dios. Pero para la gran masa aún eran necesarios. Y precisamente ahora, una vez desaparecido el Estado, posiblemente no había otro medio para quien quisiera afirmar su adscripción al principio espiritual del «judaísmo». Tolerar cualquier tipo de imagen suponía por

otra parte mucho más que violar una de las muchas prohibiciones de aquél: era la negación del principio espiritual básico, el del Dios invisible.

¿Acaso todavía está en disposición de rechazar la distinción? Posiblemente. En ese caso podría aducir que sólo se sentiría digno de ella cuando concluyese su segunda obra, aún más valiosa. Eso supondría un sacrificio, una renuncia que le pesaría terriblemente. E incluso si se decidiese a asumir aquel sacrificio, ¿podía hacerlo? ¿No dañaría su renuncia a la totalidad del pueblo judío?

Josef solicitó el consejo de Claudio Regino. El editor lo miró de arriba abajo con aquellos ojos pesados y soñolientos y una sonrisa en los gruesos y mal rasurados labios. Sabía que el corazón de Josef ansiaba aquel honor, sabía que sólo deseaba que se le persuadiese de aceptarlo. Pero se permitió la broma de no hablar en su favor, lo dejó sufrir. Sin duda, alegó perezoso, constituiría un perjuicio para los judíos que Josef declinase el honor. Pero los judíos habían soportado ya tantas cosas, la destrucción del Templo, por ejemplo; posiblemente también sobrevivirían si no se llegaba a erigir ese busto. Josef le rogó que dejase las bromas. Josef había protagonizado ciertos hechos, respondió Regino, que él no habría realizado jamás. Pero que fuese esencial que, de las trescientas sesenta y cinco prohibiciones de la Escritura señaladas por los doctores, se violasen ciento setenta y ocho o ciento ochenta y una, y cuáles de aquellas trescientas sesenta y cinco debían pesar más, y cuántas onzas más, reflexionar sobre aquello, era más bien deber de los doctores de la Universidad del Templo de Jerusalén o de Josef, y no de un financiero tan ocupado como él. En ese terreno Josef sabía sin duda mucho más que él, y por eso aquélla era una cuestión que él mismo debía aclarar. Por lo demás, se alegraba de poderle comunicar que la nueva edición de *La guerra de los judíos* se estaba vendiendo muy bien. Sobre todo abundaban los encargos de los judíos. Suponía que se debía a que la nueva versión resultaba, digamos, menos cuidadosa. Tal vez aquel detalle podría servirle de indicio.

Muy irritado, Josef se dirigió a ver a Cayo Barzaarone. Lo encontró con mejor disposición.

—Si queréis saber lo que pienso —dijo el viejo comerciante de muebles—, os remito a mi propio caso. Sabéis que he accedido a que se tallen en mis muebles figuras de animales a modo de ornamento, de otro modo la competencia me habría desbancado. Ciertos doctores reputados me han extendido amables permisos aduciendo que en mi caso la fabricación de ornamentos con figuras de animales constituye un pecado menor, o incluso algo permitido. Pero sé muy bien que estas concesiones son dudosas; a fin de cuentas, en las Escrituras se dice claramente «No os hagáis ídolos». Sea como fuere, lo cierto es que mi liberalismo procuró a mi padre, honrada sea la memoria de aquel justo, graves preocupaciones en sus últimos años, y a veces me digo que tal vez el naufragio y la muerte de mi primogénito Cornel haya sido un castigo a mis pecados. Intento reparar mi culpa. He entregado tres veces más del diezmo exigido para la liberación de los esclavos judíos. Sin embargo, me oprime la duda de si es lícito hacerse con el dinero por procedimientos dudosos, aunque se dedique a semejantes fines. Vuestra situación, doctor Josef, es aún más difícil. Permitir la confección de un busto choca sin duda con el espíritu de la doctrina. En vuestro caso, los doctores de Yabne tendrán dificultades en dar con un atenuante.

—¿De modo que me lo desaconsejáis? —preguntó Josef.

—Os aconsejo que aceptéis —respondió lentamente Cayo Barzaarone con la mirada fija—. En interés de todos nosotros. Habéis cometido graves faltas que no redundaban en interés de todos. Aceptad la distinción.

De pronto lo miró de frente y dijo, con sorprendente énfasis: —Pero ahora debéis demostrar que sois un judío. Haced circuncidar a vuestro hijo de una vez, doctor Josef.

El hombre siguió hablando. No le resultaba difícil. Sin embargo, sabía que Josef no podía ampararse en ningún mecanismo legal para obligar a su hijo a hacerse judío sin la aquiescencia de Dorión, como si Cayo Barzaarone hubiese adivinado sus pensamientos, añadió:

—Si vuestra esposa os ama no tendrá reparos en educar al chico de acuerdo con vuestros deseos —Josef no respondió. No tenía sentido explicarle que Dorión le amaba y que, a pesar de ello, jamás aceptaría que su hijo fuese judío.

En realidad, el ebanista tiene razón. Cuanto más se convierte Josef ben Matatías en Flavio Josefo tanto más está obligado a hacer de su Pablo un judío. Aceptará la distinción, y retomará la lucha por su hijo. Cuando llegue Berenice logrará incluso que se invaliden los obstáculos legales y que Pablo se convierta al judaísmo sin el beneplácito de Dorión.

Pero, por el momento, quien llegó no fue la princesa Berenice, sino el gobernador de la provincia de Judea, Flavio Silva. Traía consigo el proyecto de un libro sobre los judíos que tenía intención de escribir y un memorial que deseaba entregar al emperador. Ahora que Roma aguardaba la llegada de Berenice consideró oportuno estar allí, y le alegró saber que aquélla se demoraba.

El gobernador Flavio Silva era un hombre risueño y bullicioso, primo del coronel Annius Bassus y muy parecido a éste. Tras el fracaso de los generales Cerealis y Lucil se le había encomendado el gobierno de aquella difícil provincia, y él se propuso pacificar Judea e incluso romanizarla. Tras su talante jovial y vocinglero ocultaba una astucia tenaz e implacable.

El país había sido devastado, la famosa ciudad de Jerusalén destruida, y muchos judíos habían muerto o habían sido vendidos como esclavos. El nuevo gobernador se esforzaba con éxito por poblar de nuevo el país. Con la aquiescencia del gobierno central de Roma repartía a cientos de miles de judíos pertenecientes a su provincia por todo el Imperio, facilitando su exilio, y atraía al mayor número posible de colonos no judíos a Judea. Reconstruyó un gran número de ciudades judías arrasadas convirtiéndolas en colonias grecorromanas, fundó otras nuevas, como la ciudad de Nápoles Flavia, por ejemplo, y las hizo prosperar. Transcurridos nueve años desde la destrucción de Jerusalén pudo anunciar a Roma que su Nápoles tenía ya cuarenta mil habitantes, y que su capital, la ciudad costera Cesarea, había reunido sesenta mil.

Flavio Silva era un hombre justo que no aborrecía a los judíos. Pero era romano hasta la médula, fiel al emperador y estaba firmemente decidido a imponer también en su provincia la paz y el orden romanos, tal y como hiciera el emperador Vespasiano en todo el Imperio. Hizo entrar a sus sirios en razón cuando éstos pretendieron abusar impunemente de los judíos, pero tampoco toleró los intentos de los judíos por convertir, con su ridículo afán religioso, a los sirios y a los griegos a su propia fe. Roma era tolerante, y la fe judía se aceptaba por razones de Estado. Tras grandes derramamientos de sangre se había renunciado a obligar a la población judía a rendir honores a las estatuas de los emperadores consagrados. Por deferencia hacia la población judía, en las ciudades de Alejandría y Antioquía incluso se había adelantado la entrega gratuita semanal de grano del sábado al viernes. Pero si, a pesar de todo ello, los judíos de su provincia pretendían apartar a los griegos o a los romanos de su tradicional fe en los dioses encumbrados por el Estado, aquello era ir demasiado lejos, y Flavio Silva no estaba dispuesto a aceptar sin más tal fervor proselitista contrario a los intereses de Roma.

Cierto que los judíos no dejaban de enviarle legaciones a su palacio gubernamental, doctores y juristas afanados en probarle mediante largos discursos y prolijos escritos que no tenían la intención de convertir a los gentiles su fe. Pero eso no impedía que hubiese un gran número de filósofos mendicantes merodeando por su provincia, lanzando encendidas prédicas ante sirios y griegos y encomiando su cielo judío. Al señalárselo a los doctores judíos éstos le replicaron que aquellos filósofos mendicantes y cínicos no constituían más que un grupo sectario ínfimo, denominados mineos o también cristianos, una secta sin importancia que sostenía doctrinas divergentes que a nadie obligaban. Pero el gobernador no era hombre que se diera por satisfecho con semejante maniobra de distracción. ¿Cómo? ¿Qué? Aquellos hombres que se denominaban cristianos tenían el mismo aspecto que el resto de los judíos, hacían lo mismo, enseñaban lo mismo, reconocían las mismas Sagradas Escrituras, las mismas fiestas, hablaban idéntico latín defectuoso, y le resultaban igualmente problemáticos. En realidad, Flavio Silva pensaba que todos los judíos eran bárbaros y su religión una superstición sumamente extraña. En la medida en que lograba entender las sinuosas explicaciones de los doctores, aquella secta de mineos o cristianos creía que el Mesías había venido a la tierra hacía ya cuarenta o cincuenta años, mientras que el resto de los judíos consideraba que aparecería en veinte o treinta años. Ambos supuestos constituían sin lugar a dudas una superstición absolutamente pueril, pues en realidad el Mesías se había encarnado ya diez años antes en la persona del emperador Vespasiano, hecho que incluso el representante legítimo de la casta sacerdotal judía, Flavio Josefo, había admitido. En cualquier caso, un funcionario de la administración responsable de mantener el orden en el país no podía dejarse llevar por distinciones tan sutiles como las que se aducían en el caso de los mineos y el resto de los judíos. Y así, Flavio Silva mantuvo frente a todos ellos el reproche de hacer proselitismo, firmemente decidido a acabar con semejantes desmanes por todos los medios a su alcance.

Por ese motivo había acudido a Roma pertrechado con el ingente material que hizo reunir a sus ayudantes. Antes de que llegase la princesa Berenice e hiciese sentir su influencia deseaba obtener medidas legales que atajasen los desórdenes. Quería apoyarse en una ley que amenazase con la esclavitud o con la muerte a todo aquel que empujara a un seguidor de la religión del Estado a abjurar de la fe de sus padres y lo condujese a otra fe, ya fuera mediante la circuncisión o zambulléndolo en el agua.

El gobernador se mezcló con los ministros y con los senadores. Era un hábil político, y trataba a los señores del gabinete imperial de forma muy distinta que a los del senado. Explicó a los ministros cuán rápidamente podría instaurarse el orden en su provincia de una vez por todas imponiendo duras penas contra los impíos mediante un edicto imperial. Respaldado por semejante edicto, también podría proteger de un modo eficaz a los que profesaban la religión del Estado contra el afán proselitista de los judíos sin atacarlos abiertamente. A los senadores, en cambio, les habló de cómo habían aumentado, sobre todo desde

que el trono cambiara de manos, las tropelías de los judíos. Entre bromas les comunicó que, de seguir así, pronto todas las ciudades sirias de Judea estarían repletas de judíos buscando cuchillo en mano a alguien a quien circuncidar. El senado debía promulgar por fin una ley, o al menos ampliar las leyes relativas a las lesiones corporales y al eunuquismo, de modo que también afectasen a la circuncisión de un no judío.

El modo fresco y abierto con que se expresaba el gobernador agradó a todos. Sin embargo, Tito posponía una y otra vez la audiencia solicitada por Flavio Silva para exponer la situación de Judea y entregarle su memorial. Pero a los senadores, sobre todo a los de la oposición, les gustaba la idea de transmitir al cuerpo legislativo un proyecto en el sentido de lo reclamado por el gobernador. Porque, aunque el emperador lo vetase, habrían demostrado con ello que no estaban dispuestos a permitir que la política imperial estuviese marcada por ciertas concesiones a la dama judía.

Por lo demás, sus complicadas negociaciones políticas no impedían a Flavio Silva disfrutar, tras las renuncias a que lo obligaba su cargo en la provincia, de la alegre y bulliciosa vida de la capital. Se le veía en multitud de fiestas, en las elegantes villas de Antium y de los montes Albanos.

Su primo Annius le presentó a la dama Dorión. Annius le había hablado largamente de los sacrificios que había aceptado aquella atractiva mujer para impedir que su hijo fuera circuncidado. Sólo por ese motivo había rechazado la ciudadanía romana; pues en cuanto disfrutase de semejante condición su alianza con Josef pasaría de ser un matrimonio parcialmente legal a serlo de pleno derecho, y entonces sería Josef quien determinaría la fe de su hijo. Flavio Silva estaba encantado con la actitud de la dama Dorión, y no dejó de hacerle ver al modo militar su entusiasmo.

El hecho de que la esposa del escritor judío más celebrado se opusiese con tanta tenacidad y a costa de tan grandes sacrificios a la circuncisión de su hijo confirmaba la idea del gobernador de lo mucho que repugnaba la superstición judía a cualquier súbdito normal del Imperio, y lo justificado de su proceder. La lucha de Dorión fue, a partir de entonces, la suya.

Rápidamente se extendió por la margen derecha del Tíber la noticia de la llegada del gobernador y de su intención de adoptar medidas más severas contra el derrotado pueblo judío. Pero les quedaba un consuelo: que el emperador no lo recibía. A pesar de ello, la inquietud y el temor entre los judíos iba en aumento.

Y Berenice no llegaba.

Cayo Barzaarone visitó de nuevo a Josef y le rogó que olvidase de una vez sus escrúpulos. Debía superarlos en interés de todos y aceptar la erección de la columna honorífica. El doctor Licino también trató de convencerlo, así como el vidriero Alexas, y, con una sonrisa casi imperceptible, Claudio Regino. Demetrio Libán también desplegó su consabida elocuencia. Todos insistieron. Pero él se mostró reticente y dudó mucho antes de hacer lo que desde el principio había sido su determinación.

Con cierta inquietud caminaba por el distrito noveno, donde el escultor Basil había instalado su estudio. En aquel distrito se habían asentado la mayor parte de los picapedreros. Aquí estaban, uno junto a otro, los numerosos talleres en los que se tallaban, casi en serie, las estatuas y bustos que requerían las ingentes necesidades de la ciudad y del Imperio. Ahora, por ejemplo, tras el nombramiento del nuevo emperador, se habían solicitado más de treinta mil bustos y estatuas de Tito de gran tamaño. Podía verse allí al nuevo emperador en toda clase de posiciones, como *triunfator,* a caballo, sentado en el trono. Su ancha cabeza pensativa de muchacho con los cortos rizos encrespados sobre la frente se utilizaba para adornos domésticos de todo tipo. Los escrúpulos artísticos brillaban por su ausencia. En su día se fabricaron como reserva cerca de cuatrocientas estatuas de cuerpo entero de Vespasiano, que ahora, tras la muerte del emperador, se habían convertido en material de depósito que sólo ocupaba espacio; por ello, se decidió hacer uso del cuerpo, colocando sobre él la cabeza del nuevo emperador.

Josef odiaba el distrito noveno. Malhumorado avanzó por el caluroso, polvoriento y bullicioso bosque de figuras de piedra o bronce, gigantes o minúsculas, de dioses, emperadores, héroes y filósofos. Asqueado pasó junto a los graves o burlescos productos de aquellos artesanos, junto a espejos, candelabros, trípodes y vasijas que mostraban silenos ebrios, ninfas danzantes, leones alados, niños con gansos, polimorfos engendros de una fantasía frívola e infantil.

Por fin llegó a la casa del escultor Basil. Se encontraba en medio de aquel batiburrillo de talleres. Casi sintió temor al asaltarlo el repentino silencio que reinaba en la antesala. El taller era una sala grande, muy luminosa; contenía un par de esculturas, posiblemente antiguas, Josef no entendía mucho de esas cosas. El escultor Basil surgió en medio de la amplia sala, descarado, pequeño, como perdido.

Rogó a Josef que se sentase y comenzó a pasearse en torno a él sin dejar de parlotear.

—Naturalmente que me alegra, Flavio Josefo —dijo escrutándolo con sus ojos claros y

desagradablemente perspicaces—, que el emperador me haya encomendado este trabajo. Pero habría preferido que lo hubiera hecho dentro de seis meses. Ya os podéis figurar el trabajo que tenemos ahora. Mi sociedad acaba de contratar a quinientos empleados. Bien —suspiró, yendo por fin al grano—, pero ahora vamos a esforzarnos por hacer algo hermoso. ¿Te has fijado bien en el señor, Critias? —dijo volviéndose hacia un tipo bastante rechoncho, posiblemente un esclavo o un liberto—. Aquí tenéis a mi ayudante —le explicó a Josef—. Cuando llegue el momento os pondrá los ojos. Es su especialidad.

El muchacho le devolvió la escrutadora mirada; Josef se sintió como un animal en la plaza del mercado, como un esclavo a punto de ser subastado.

El pequeño y ágil Basil continuó parloteando sin dejar de dar vueltas en torno a Josef, que permanecía sentado y terriblemente incómodo.

—¿Qué habéis pensado, Flavio Josefo? —le preguntó—. ¿Qué os parece que hagamos un grupo grande, vos sentado con un libro en la mano y dos o tres estudiantes a vuestros pies, mirándoos? Un busto sobre un zócalo o sobre una columna tampoco estaría mal. Tenéis una cabeza de rasgos muy marcados. Por otra parte, yo os había imaginado siempre con barba. ¿Sabéis?, sois algo más que un ciudadano romano, con vos puedo sincerarme. En realidad, los romanos no saben nada de arte. Únicamente con los retratos hay que andarse con cuidado. De eso sí entienden. Desgraciadamente. Bueno, ¿qué opináis? ¿Nos decidimos por el grupo o por el busto? El grupo sería más fácil. Decidme algo, por favor —lo animó, al ver que Josef guardaba un silencio obstinado—. Contadme algo de vuestro pasado para que pueda imaginarme cómo ha sido vuestra vida. Ah, ya veo —dijo volviéndose hacia Critias—, el señor quiere dejar en mis manos toda la responsabilidad. Bien, haremos un busto —se decidió con un suspiro—. Tenemos algunos factores en contra, debo decíroslo abiertamente, Flavio Josefo. Vuestra cabeza es extraordinaria pero, desde nuestro punto de vista, no es la típica cabeza de escritor. Demasiada energía y poca contemplación. A ti tampoco te resultará fácil, mi Critias. Esos ojos tan vivaces… No será fácil. Debéis saber, Flavio Josefo, que si el artista se conforma con el modo clásico y deja los ojos cerrados se ahorra tiempo, trabajo y alma. Pero no nos arredraremos. Manos a la obra, Critias.

Josef tuvo que tomar asiento en un estrado. Basil llamó con unas palmadas a un par de estudiantes y, sin preocuparse por aquel hombre enojado que tenía delante, analizó el rostro y el porte de su modelo.

—Aquí tenéis, muchachos —explicó—, al ilustre Flavio Josefo, un escritor de renombre inusitado, según he oído…, desgraciadamente yo no he tenido tiempo de leer sus libros, a quien Su Majestad desea erigir una columna honorífica en la biblioteca del Templo de la Paz. Se trata de una misión importante, y debemos estudiar nuestro modelo atentamente antes de emprender la tarea.

»El señor muestra a primera vista una expresión un tanto sombría, pero no debemos subrayarla; en mi opinión, se trata de un humor pasajero. Los ojos están hundidos, y eso ya confiere de por sí una expresión trágica. Habrás de darle mucho brillo a los ojos, querido Critias. ¿Ves ese destello ligeramente malicioso que ha tenido ahora? Eso es lo que quiero que conserves. De sus finos labios el filósofo sin duda deduciría una actitud poco dada a lo mundano. Pero nosotros, por nuestra parte, reconocemos al instante que el señor se las ingenia bastante bien en ese terreno. Debemos averiguar, muchachos, lo fuertes que son estos labios a pesar de su finura. Giraremos la cabeza ligeramente por encima del hombro. Se trata de un experimento, esto contraviene todas las normas de escuela. Pero así veremos los ojos de soslayo. Eso le conferirá la expresión de un hombre que quiere abarcar el mundo entero con los ojos. Y también le daremos ese gesto orgulloso, ávido, que tanto le favorece. El gesto propio del escritor, por otra parte, que es lo que debemos plasmar a toda costa; porque nos permitiremos representar al señor sin un libro en la mano, y este rostro no es, desde luego, demasiado literario. Lo que, excepto en este caso particular, no constituye una desventaja. Contemplad lo enjuto, lo huesudo de la cabeza, muchachos: la extraordinaria frente, las protuberancias sobre los ojos, las que tiene bajo el nacimiento del pelo, ese vaivén, esos rasgos que parecen tallados, escarpados. Nuestro colega Diodoro sin duda subrayaría cada uno de ellos. Pero nosotros no lo haremos. Nosotros caracterizaremos, no caricaturizaremos.

»Es una cabeza judía lo que debemos representar. El ilustre Flavio Josefo es judío. Imaginaos que le añadimos una barba, y entonces lo veréis más claramente. Debemos lograr que el espectador se imagine la barba sin darse cuenta. Abrid bien los ojos, muchachos. Contemplad bien esta cabeza, tal y como la tenéis aquí, ante vuestros ojos. Cuando la haya modelado sólo podréis ver lo que veo yo ahora.

A continuación despidió a los aprendices y también a Critias.

—Estos preparativos resultan un tanto aburridos —dijo dirigiéndose de nuevo a Josef—. Pero no puedo empezar a trabajar antes de aclarar todos los detalles y la mejor forma de hacerlo es explicar el modelo a mis estudiantes. ¿Y qué vamos a hacer con la columna? —preguntó pensativo—. Si lográsemos convencer a Fábulo, vuestro suegro, de que pintase la columna, eso sí que estaría bien.

—No quiero importunar a Fábulo —dijo Josef rechazando la propuesta con sequedad.

—Fábulo es un magnífico pintor —insistió Basil—, y sin duda el más indicado de nuestra época para un trabajo de esta índole. Me agrada trabajar con él.

—No deseo implicar a Fábulo —respondió Josef con vehemencia.

—Si lo rechazáis de plano —suspiró Basil—, tendremos que adornar el zócalo con relieves. Habéis sido general, según me han contado. Por tanto, lo más adecuado será que reproduzcamos vuestras hazañas bélicas en los relieves.

Josef se disponía a rechazar enérgicamente aquella propuesta cuando una joven dama penetró con paso decidido en el taller, avanzando junto a los esclavos que se inclinaban ante ella, distinguida, bella, altiva. No había previsto que tendría dos horas libres, le explicó al escultor, visiblemente halagado por su visita, y deseaba contemplar su estatua colosal antes de que la terminase. Esperaba no molestar demasiado, se interrumpió señalando a Josef con un leve movimiento de cabeza. Durante todo ese tiempo Josef se había preguntado a quién correspondían los rasgos de la estatua de Juno que tenía enfrente. Ahora comprendía que, desde luego, debían de ser los de aquella dama, la esposa del príncipe heredero: Lucía Domitia Longina. El escultor le respondió con su acostumbrado desparpajo que no molestaba. Pero, como era natural, antes terminaría de hablar con el señor para solventar unos asuntos. Después estaría encantado de mostrarle la estatua.

Sin embargo, el señor parecía molesto, observó la princesa mirando con descaro a Josef de arriba abajo, ligeramente divertida por su rostro rígido y hermético.

Basil se lo presentó. Desde el primer momento pensó que conocía aquel rostro, dijo Lucía. Lo había visto varias veces, y le había llamado mucho la atención. Pero su cara había cambiado.

—Un libro muy interesante, vuestra *Guerra de los judíos* —prosiguió observándolo sin recato—. Por lo general, en ese tipo de libros se miente de un modo inaudito. Incluso en las memorias de mi padre, el mariscal, hay algunas cosas que me resultan sospechosas. Pero al leer vuestro libro tuve la impresión de que sólo mentís cuando se trata de vos. Tengo cierta intuición para esas cosas.

El rostro de Josef perdió su expresión sombría. Cada vez que se había tropezado con aquella dama, con Lucía, en algún acto oficial, le había parecido una mujer seria, severa, con cierto aire teatral, como la Juno de la estatua. Jamás habría pensado que esa Juno podía resultar tan ligera y agradable. Desapareció su malhumor. Ante mujeres de ese tipo se sentía seguro e inspirado. Era posible, le explicó, que hubiese en su libro algo de forzado y ciertos detalles poco convincentes. Pero aquello se debía a que había tenido que expresar sus pensamientos en una lengua ajena. Ahora, en la nueva versión, le había salido mejor.

—Bien, entonces, ¿en qué quedamos? —le interrumpió Basil—. ¿Nos decidimos por los relieves? —Josef se disgustó de nuevo. ¿Qué es lo que quiere tallar en piedra de su anterior vida ese pesado? ¿Sus hazañas en la guerra judía? Ésas no tendrán buena acogida entre los romanos. ¿Su encuentro con Vespasiano, ese encuentro ambiguo que le pesa, que le mancha ante los ojos de los judíos, es eso lo que quiere tallar?

Entre tanto, el pequeño y ágil Basil —Lucía lo llamaba «mi ardillita»— seguía parloteando muy animado. Cuando se trataba de escritores no era fácil encontrar material adecuado para el zócalo, pero siendo Josef un héroe de guerra el único problema era seleccionarlo. Josef lo interrumpió bruscamente. No es plato de gusto que se consignen en piedra las propias derrotas, dijo. Por ello le rogaba dejar la columna desnuda, sin adornos y sin relieve. Quizá podría parecer arrogante, pero consideraba que su propia representación de los hechos era ya lo bastante elocuente.

—Bien —repuso Basil acatando sus deseos—. Me ahorráis trabajo.

Lucía los había escuchado en silencio.

—Sois un hombre difícil —le dijo entonces a Josef sonriendo—. Es curioso que alguien que ha vivido tanto siga siendo tan susceptible.

Después se desplazaron para contemplar la estatua colosal. Lucía invitó a Josef a acompañarlos. En medio de aquel polvo y aquel ruido se elevaba la inmensa Juno, apresada aún en buena parte en la piedra. La mano izquierda sobresalía, y Basil trepó por ella. De pie sobre la poderosa mano de piedra les explicó su trabajo. Una Juno no constituía un encargo agradable. Una Juno siempre sería sosa y ceremonial, incluso utilizando a una dama como Lucía como modelo. Algún día querría representar a la auténtica Lucía, no a la oficial, la representativa.

—¿Y cómo os imagináis a la auténtica Lucía? —inquirió desde abajo la princesa sin dejar de reír.

—Por ejemplo —dijo, esquivo, Basil—, como la bailarina Tais montada sobre la espalda del filósofo, agradablemente ebria. Ése sería un buen encargo.

La alta Lucía se estiró, lo asió de la mano y lo hizo descender de su estatua. Aunque ella no diera gran importancia al respeto, dijo conciliadora, su Chiquillo se irritaría si llegara a escuchar semejante insolencia.

—Ahora —dijo, dirigiéndose a Josef—, que estamos a punto de recibir a la judía, a Berenice, debo ser más intransigente que nunca con estas cosas. Vosotros, los judíos, nos dais muchas molestias —suspiró—. Aunque éste, por cierto, pertenece al tipo del judío agradable, ¿no estáis de acuerdo, mi ardillita? —dijo volviéndose hacia Basil. A Josef le molestó que se hablase de él como si no estuviese presente. A pesar de todo, cuando Lucía se subió a su litera, él le preguntó mirándola fijamente con sus vivaces ojos:

—¿Me permitís que os lleve la nueva versión de mi libro?

—Hacedlo, querido —respondió ella. También esto lo dijo con displicencia. Sin embargo, despidió al criado que se aprestaba a cerrar los visillos y, mientras la litera se ponía en movimiento, miró a Josef sonriendo con los labios cerrados, un poco burlona y muy tentadora. Bajo la torre de rizos que formaba su peinado la frente era pura e infantil, sus ojos, muy separados sobre la larga y poderosa nariz, miraban sin miedo, ávidos de vida. Josef sonreía para sus adentros y no se molestó.

A una hora desacostumbrada apareció en la casa del distrito sexto el vidriero Alexas, a quien Josef consideraba, entre todos los judíos de Roma, su mejor amigo. Alexas había permanecido en Jerusalén durante el asedio por deferencia hacia su anciano padre, que no quiso abandonar la ciudad. Allí vivió cosas terribles, toda su familia fue asesinada de un modo bárbaro, y a él mismo lo había rescatado Josef en el último momento de un grupo de esclavos destinados a las cacerías de fieras y los combates de gladiadores. Aquel hombre de mundo no tardó en prosperar en Roma con sus avanzados métodos de fabricación. Pero su imponente corpulencia y la frescura de su rostro habían desaparecido para siempre, su brillante barba negra había perdido su color, y en todo lo que decía y hacía había una cierta pena sabia y callada. Constituía un modelo de cómo ser al mismo tiempo, y sin grandes desgarros, un buen judío y un buen súbdito romano.

Hoy, aquel hombre por lo general sereno, parecía muy excitado, y eran más vivos sus turbios y apesadumbrados ojos. Dos invitados inesperados habían llegado a su casa: una joven de Judea, o más bien una mujer, acompañada de un niño de diez años a quienes no conocía de antes. Se trataba de la primera esposa de Josef, Mara, y de su hijo Simeón.

A Alexas le habían gustado la mujer y el niño. Sin embargo, Josef pareció contrariado, disgustado. ¿Por qué había acudido esa mujer precisamente a su casa?, le preguntó a Alexas. Porque en Judea había oído su nombre como el de un amigo de Josef. No le había confiado, prosiguió Alexas, lo que la había traído a Roma, respondiendo a todas sus preguntas con una sonrisa dulce y misteriosa, un tanto pícara. Únicamente le rogó que fuese a ver al doctor Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, amigo del emperador, su señor y antiguo esposo, para que, aunque él mismo la hubiese arrojado de su lado, dejase brillar su rostro ante su hijo, Simeón, Janiki, su primogénito.

Josef no había vuelto a ver a su anterior esposa en diez años, ni conocía a su hijo, y prácticamente había dejado de pensar en ellos. Se había conformado con enviarle la pensión que le correspondía. Mara vivió durante un tiempo en el campo, en sus posesiones, y después se mudó a la ciudad, a la ciudad costera de Cesarea, para que el pequeño Simeón fuese a la escuela. Mara habría preferido enviarlo a la escuela de Yabne, centro de la sabiduría judía. Pero Josef temió que su hijo no fuera bien recibido y por ello instó a Mara a trasladarse con él a Cesarea, la capital del país, habitada casi exclusivamente por griegos y romanos. No era nada fácil ser admitido allí como judío, se requería un pase especial. Pero el administrador de Josef, Teodoro bar Teodoro, lo consiguió rápidamente para Mara y su hijo. De modo que allí había vivido durante los últimos años, silenciosa, obediente, sin importunarlo; cada año, con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, le enviaba una humilde carta en la que le comunicaba que ella y su hijo se encontraban bien y que le agradecían su bondad.

Ahora, por primera vez desde que la conocía, había tomado una resolución por propia iniciativa, acudiendo a Roma sin su beneplácito. Se había divorciado de ella, aceptando el estigma que el hecho entrañaba. Su verdadera mujer, su costilla, es Dorión, y Pablo el primogénito de su corazón. ¿Qué buscaba ésa aquí? ¿Cómo se atrevía? ¿Qué querría? Lo más acertado sería enviarla de regreso a Judea sin verla, tras una dura amonestación.

Su imagen le vino a la mente: cómo, tras ser tomada por Vespasiano, llegó a él, aniquilada, cual una muerta maquillada. Cómo floreció después, tras obligarle el romano a desposarla. En aquel entonces tenía quince años, su rostro era puro, redondo, su estrecha frente de niña resplandecía. Humildes fluían las palabras de su boca voluptuosa, dulce y tierna se deslizaba en torno a él, satisfaciendo los más mínimos deseos antes incluso de que se formulasen. Y él se dejó querer. Mara, quien, si bien contra su voluntad, había llegado a convertirse en la prostituta del romano tras ser prisionera de guerra y cortesana, era agradable a su corazón y a su piel. No por mucho tiempo, ciertamente. Jamás sintió por ella esa profunda

atracción que lo ataba a Dorión.

De modo que está aquí. Como amante no valdría más de tres semanas, pero era sin duda una buena madre. Él se encontraba en Alejandría cuando dio a luz a su hijo, al primogénito, al que jamás llegó a ver. Recuerda exactamente cómo se lo comunicó. La carta era obra de un escribano, pero era fácil reconocer su tono: «Oh, Josef, mi señor: Yahvé ha visto que ya no me amabais y, bendiciendo mi cuerpo, me ha juzgado digna de daros un hijo. Nació el día sábado, pesa 7 *litraot* y 65 *zuzim,* y la pared devolvió su grito. Le he puesto el nombre de Simeón, o sea, "el hijo de la rogativa", pues Yahvé ha atendido mi ruego cuando yo perdí vuestro afecto. Josef, mi señor, recibid mi saludo. Deseo que seáis grande al sol del emperador y que Dios brille en vuestro rostro. Y no comáis coles, porque os pesarán en el estómago». Esa carta navegó por el mar desde Cesarea hasta Alejandría mientras otra misiva, en la que le comunicaba su intención de divorciarse de ella, lo hacía desde Alejandría hasta Cesarea.

No quiere remover cosas pasadas. Ama al hijo nacido de su matrimonio con Dorión. ¡Oh!, cuánto le ama, a su hijo Pablo. Pero Pablo no ha sido admitido en la comunidad de los creyentes, se cierra a ella y se aferra a Fineas, el maligno, el perro. Es un muchacho griego, arrogante, lleno de extrañeza y desdén por el padre judío. Así que ahora ha llegado el otro, su hijo judío. Pero ése, fruto del matrimonio de un sacerdote con una prisionera de guerra, es un *mamser,* un bastardo.

Es terrible no tener ningún hijo judío que pueda reconocer como tal. El busto del Templo de la Paz constituye un honor como jamás se rindió a ningún judío. El doctor Licino lo ha invitado a fundar la sinagoga. Sería muy deseable que los rollos de la Torá que se salvaron de Jerusalén se guardasen en una sinagoga que llevase el nombre de Josef mientras su imagen se erige en el Templo de la Paz. Pero los judíos romanos sólo honrarían la fundación de una sinagoga de Josef si éste tuviese un hijo judío. Entonces podría dormir tranquilo, con un sueño profundo y sin sobresaltos.

En realidad, siempre se había equiparado al bastardo con el ciudadano judío de pleno derecho. Ahora, una vez destruido el Templo, está permitido interpretar la legislación sobre los bastardos en un sentido mucho más laxo. Aunque, desde luego, el bastardo no está autorizado a contraer matrimonio. Pero hay formas de soslayar esa prohibición. Sería muy agradable tener en Roma a un hijo judío. Sería muy bello tener una sinagoga de Josef. Pero si permite que Mara lo vea, sin duda surgirán mil y una incomodidades y complicaciones. Si se funda una sinagoga de Josef y logra que su imagen figure en el Templo de la Paz su sueño será profundo.

—Os agradezco que me hayáis traído el mensaje, querido Alexas —dice, poniendo fin a su meditación—. Decidle a Mara que acudiré a verla mañana.

Al día siguiente, de camino hacia allí, se dijo que lo más importante era no precipitarse, no dejarse arrancar ninguna promesa. Simplemente los verá, eso es todo. No se comprometerá a nada.

La mujer se inclinó ante él al verlo entrar. Llevaba puesto el sencillo vestido del norte de Judea hecho de una sola pieza rectangular de color marrón oscuro con rayas rojas. Aspiró un olor familiar; aún le gustaba perfumar sus sandalias.

—¡Oh mi amo! —dijo ella—, has sacrificado tu barba, pero tu rostro es fuerte, bello y resplandeciente incluso sin ella.

Hablaba con humildad, como siempre, pero con una seguridad como nunca antes él conociera. Con su pequeña y firme mano señaló al muchacho, lo tomó por los hombros y lo acercó a Josef. Éste vio que era de constitución ancha, bien conformado; en el redondo cráneo de Mara figuraban unos labios decididos, una nariz poderosa, unos ojos almendrados y vivaces, como los suyos. Josef puso su mano sobre el espeso y crespo cabello del hijo y lo bendijo, deseando que Dios le concediese el don de ser como Efraím y Manasés.

El niño miró de frente a aquel hombre extraño, pero no respondió más que con monosílabos. Hablaron en arameo. Mara instó a su hijo a que hablase en griego; lo hablaba muy bien, explicó orgullosa. Pero Simeón era tozudo, no veía por qué debía hablar en griego si el señor conocía el arameo.

Se relajó un poco cuando Josef le preguntó por ciertos detalles del viaje. El *Victoria* era un buen barco, aunque no demasiado grande. Al estallar la tormenta, poco después de abandonar Alejandría, se marearon casi todos, pero él no. El barco transportaba además un cargamento de animales salvajes para el Circo. Aullaron como locos durante la tormenta. El barco tenía dos cañones, por si eran asaltados por piratas. Cierto que ya no quedaban piratas, pero la ley que dictaba que todo barco debía llevar defensas aún no había sido derogada. Simeón se había interesado mucho por los cañones. Hizo que la tripulación le explicase detenidamente su funcionamiento e incluso construyó una pequeña maqueta de las piezas de artillería. Mara insistió en que se la mostrase a su padre. Y no tuvo que repetírselo. Su rostro se iluminaba al hablar de su invento, mostrándose más animado que Josef, que a ratos parecía sombrío y adujo no poseer ningún talento en esa materia.

Por esas cosas, explicó Mara, mostraba interés Simeón, ahí sí prestaba atención, y además sabía griego. Pero en la escuela su comportamiento no era de ningún modo satisfactorio, Se distraía fácilmente, y, a pesar de sus advertencias, pasaba demasiado tiempo deambulando por las calles de Cesarea, donde no aprendía más que maldades de los chicos de los *goyim*. Pero su grave voz se dulcificaba cuando se quejaba de su Simeón-Janiki; denotaba cierto orgullo por su vivaz hijo, que tanto interés mostraba por el mundo.

Con gran cuidado, dirigiéndose a él como a un adulto, trató de sonsacar al niño lo que había aprendido en la escuela. No parecía gran cosa. Y, sin embargo, Josef se sintió dolorosamente conmovido al escuchar ciertas palabras hebreas de labios de su hijo, antiguos y familiares sonidos con el acento de la tierra de Israel. Se justificó ante las quejas de su madre. ¿Por qué motivo debía aprender de memoria las complicadas normas del servicio del Templo y los sacrificios, ahora que, desgraciadamente, el Templo había sido destruido? Los puertos de Cesarea, sus barcos y sus silos le interesaban más que todo eso. No podía evitarlo.

Mara temió que aquellas palabras, un tanto arriesgadas, irritasen a Josef. Pero Josef no se enfadó. Él mismo había sido un buen alumno y había pasado muchas horas sentado en la escuela. Pero después se hizo soldado y corrió mil y una aventuras y al parecer, el espíritu militar estaba más arraigado en él de lo que creía. Y ahora afloraba en aquel niño. Habló con él de los cañones; le explicó cómo se había construido la gran «Débora», aquel famoso cañón judío que los romanos conquistaron sólo tras grandes esfuerzos y que mostraron con gran orgullo, a pesar de estar parcialmente destruido, durante el desfile triunfal. El niño lo escuchaba con los ojos brillantes. El mismo Josef se aplicó en el relato. Había incluido en su libro una descripción clásica de aquella máquina, y por ello se expresó en griego al hablar de ella, comprobando que Simeón-Janiki lo entendía muy bien. Mara escuchaba satisfecha la charla que mantenían esposo e hijo.

Entonces el niño preguntó a su padre por algunas rarezas de la ciudad de Roma de las que había oído hablar.

—Roma es muy grande —opinó pensativo—. Pero nuestra Cesarea tampoco es pequeña —añadió al instante con cierto orgullo—. Tenemos el palacio del Gobernador y los colosos del puerto, la Gran Pista de Carreras y catorce templos, el Gran Teatro y el Pequeño Teatro. Podemos decir que somos la ciudad más grande de toda la provincia. Madre no me permite asistir a las carreras de carros, pero yo he hablado con el campeón Tallus, que cuenta con mil trescientas treinta y cuatro victorias. Ha ganado más de tres millones y me ha dejado montar su primer caballo, Silvano. ¿Habéis montado alguna vez un primer caballo?

Ahora el niño volvía a hablar en arameo, y Josef pensó que era de natural sosegado y agradable. «Un bastardo sabio siempre será más que un sacerdote ignorante», reza un precepto de los doctores. Esa frase no podía aplicarse realmente a Simeón, pero, en todo caso, su hijo le gustaba. Mara se sentía dichosa de que Josef no se enfadara con el niño por su ignorancia. No era su culpa si no tenía madera de doctor. Ella había hecho todo lo posible por él. Ya durante su embarazo había comido salmonetes para que su hijo Simeón creciese sano y fuerte. «En realidad, sí sirvió de algo» se dijo con cierto orgullo.

—Es un poco salvaje, le gusta la calle y dice palabras malsonantes, y he tenido que venir a Roma porque en Cesarea no conseguía meterlo en cintura. Pero tiene buenas entendederas y la mano hábil, y cae simpático a los demás. No, puedo decir, sin que sea una petulancia, que hemos salido adelante, no nos hemos quedado sin blanca.

—¿Aquí todavía se dice «sin blanca»? —Simeón inquirió un tanto despreciativo—. En Cesarea decimos «quedarse en cueros». Eso me gusta más. Pero lo mejor lo aprendí en el barco, con los marineros. Ésos dicen: «Con el culo al aire».

Mara se lamentó:

—¡Siempre a vueltas con esas expresiones!

Simeón insistió:

—A mí me gusta: con el culo al aire.

—Ya que no te gusta lo de la blanca —le sugirió Josef—, ¿qué te parece «estar a dos velas»?

Simeón reflexionó unos instantes.

—No me entusiasma —dijo por fin—. Lo otro suena mejor. Pero si madre insiste lo diré, así que «a dos velas» —e intercambió una mirada de complicidad con Josef, un adulto capaz de tomar en consideración las estúpidas manías de una mujer.

Josef preguntó a su hijo si tenía muchos amigos en Cesarea. Resultó que tenía varios compañeros griegos. Si alguno se propasaba le daba una paliza. Entre la policía tenía algunos buenos conocidos, que lo defendían de los mocosos. Estuvo a punto de decir una palabra más fuerte en lugar de «mocosos», pero la reprimió con masculina deferencia hacia su madre.

Ésta envió poco después a su hijo a la calle; ya había hecho amigos allí. En cuanto se quedaron solos contempló Josef detenidamente a Mara. Era más madura que antes, un poco regordeta por cierto, firme y

sosegada, llena de una humilde satisfacción. Él en cambio había fracasado con su hijo Pablo. Él, que quería inundar el mundo con el espíritu judío, no era capaz de insuflárselo a su hijo. Y aquí estaba aquella mujer con una leve sonrisa de satisfacción en la boca prominente. Su hijo no tenía madera para convertirse en doctor de la Ley, era un poco vulgar, había algunas cosas en él que recordaban a su abuelo, el acomodador de teatro Lakisch. Pero no dejaba de ser judío, educado y despierto.

A pesar de todo, a Josef lo irritó la satisfacción de la mujer. En un tono más hostil del que en principio pretendía dar a sus palabras le preguntó qué es lo que buscaba en Roma, qué quería de él.

Su mal humor no la asustó. Pensaba, le respondió, que Simeón-Janiki se había embrutecido un poco. Cesarea, donde se pasaba el día haciendo trastadas con los chicos griegos, tal vez no fuera lo más adecuado para él, en Yabne lo habrían vigilado mejor. Confiaba en encontrar aquí, en Roma, a alguien lo suficientemente estricto como para domeñarlo. Josef seguía con la vista fija y no respondió. Pero ésa era sólo una de las razones, prosiguió ella. Tenía un motivo aún más importante. Que Josef, su amo y señor, no hubiera permitido que su hijo se educase en Yabne había sido una grave carga para su corazón durante todos aquellos años; pues, a pesar de su ignorancia, creía adivinar el motivo. Por eso se dirigió sola a Yabne con el bastón en la mano, la manga de agua y varios recipientes de cuero para las viandas colgados al hombro, como hacían antaño los que se dirigían a Jerusalén, y preguntó entre los doctores de la Universidad si no habría ningún medio de liberar a su hijo, su bien criado Simeón-Janiki, de la maldición que pesaba sobre él; pues de momento seguía siendo un *mamser,* un bastardo. Logró ver al más sabio de todos los hombres, poco antes de su fallecimiento, por cierto: al Doctor Supremo Yojanán ben Zakai, honrada sea la memoria del justo. Y, ciertamente, aquél le habló con dulzura sopesando las palabras de ella como si procediesen de la boca de una joven ternera y le aconsejó dirigirse a Roma y decirle a Josef que él la enviaba. Entonces comenzó a ahorrar el dinero que Josef, en su bondad, le enviaba, y precisamente cuando reunió la suma que necesitaban para el viaje estalló aquella noticia jubilosa para todos los judíos: que una mujer judía iba a ser emperatriz de Roma. Así que allí estaba, confiando en que su amo Josef no se encolerizase con ella. Lo expuso todo con palabras dulces, sin pretensión, siempre con aquella sonrisa callada, sutil, algo pícara.

Josef se sintió conmovido al escuchar de labios de la mujer el nombre de Yojanán ben Zakai. Había supuesto que había venido por indiscreción, por propia iniciativa, a pedir algo. Y resultaba que era Yojanán ben Zakai quien la había enviado, su maestro, el venerado, el astuto, el que, en su Universidad de Yabne, se había aprestado con bendita y sobrehumana tenacidad a sustituir el perdido Estado de los judíos por la doctrina de Moisés y los usos de los doctores. Aquel hombre había creído en Josef hasta el final, cuando los demás lo escupían a la cara. Así que había sido él, preocupado por su suerte incluso a dos pasos de la tumba, quien le había enviado a la mujer y al niño, que llegaban en el preciso instante en que se sentía sumido en la mayor confusión a causa del busto que le estaban haciendo.

La mujer continuó hablando. Le inquietaban muchas cosas. Si lo alimentaban bien. Si le daban bastantes rábanos y hojas de algarrobo. Si la salsa de alcaparras que le servían no sería demasiado picante. Eso siempre le había sentado mal. Le había traído un poco de hisopo y mejorana, y también buena sal del Mar Muerto, pues le habían dicho que la sal de Roma era muy mala.

Le entregó los pequeños presentes, feliz de respirar el mismo aire que respiraba aquel hombre, de poder hablarle de su hijo, que era el de ella, del hijo más listo y valiente de todos los hijos, Simeón-Janiki. Josef escuchó sus quedas palabras, vio su estrecha y luminosa frente. Pensó en la tortuosa y esforzada fe de aquel gran anciano, Yojanán ben Zakai. «La majestad de Dios no sufre porque sus fieles deban ir a él por senderos enmarañados». Había sido un gran regalo que Yojanán ben Zakai le hubiera enviado a la mujer y al niño.

Mara se aproximó a él.

—¿Te molesta, mi amo, que haya venido? —preguntó, al ver que aquél callaba largo rato.

—Habrías debido escribirme para pedirme mi beneplácito —respondió él. Pero al instante, compasivo, añadió—: Pero, ya que has venido, dejémoslo estar.

Basil, el escultor, mostró a Josef el pedazo de metal del que surgiría su cabeza. Se trataba de bronce corintio, ese metal particularmente noble formado hacía ya más de doscientos veintiséis años cuando, al destruirse la ciudad de Corinto, se fundieron los torrentes líquidos del oro, la plata y el cobre de sus numerosas obras de arte, uniéndose en una mezcla de sorprendente belleza jamás superada. El escultor confiaba en darle un magnífico brillo pálido y ajeno a la cabeza de Josef cuando la fundiese con aquel metal.

Basil trabajaba por el momento en un modelo de arcilla, tras haber hecho uno de cera. Josef se

encontraba sentado en el estrado del gran taller y escuchaba a aquel hombre que le hablaba de cosas que desconocía. De las innumerables falsificaciones, por ejemplo, que trataban de colocarle en Roma a los coleccionistas. No había razón para no engañar a los ricos que concedían más importancia a la antigüedad de las obras y a los dudosos y ya olvidados maestros que a la obra en sí.

—Hace poco —refirió—, estuve en la casa del coleccionista Tullus. Había mucha gente, todos amigos de Tullus. Llenaban las mesas más de trescientas copas de plata y cubertería varia, a cuál más cara, con inscripciones cinceladas casi borradas. Y, te puedo asegurar, Flavio Josefo, que aquellas obras eran tan auténticas como los propios amigos. Había, por ejemplo, un centro de mesa con el dibujo de un león asaltando a un antílope con unas letras de una lengua antigua debajo, que apenas se podían leer, con el nombre del gran Mirón. Lleva muerto más de quinientos años, pero si preguntas a mi buen Critias, os podría decir con toda exactitud si Mirón se ha levantado hoy con el pie izquierdo o con el derecho.

Mientras oía parlotear a aquel hombre pequeño y ágil Josef observaba asombrado y profundamente conmovido cómo surgía su rostro de sus manos. El desagradable Basil no se había excedido, desgraciadamente, en sus afirmaciones: lo que salía en aquel momento de sus manos era en verdad su cabeza, no menos viva que la de carne y hueso, y en el futuro sería difícil, incluso quizá para él mismo, verla de otro modo. Ésos eran sus labios, sus orificios nasales, su frente. Y, sin embargo, era una cabeza extraña, misteriosa. Trató de dominarse, quería pensar con claridad. ¿Acaso eran ésos los labios que habían ordenado bajar de la cruz a Justo, el amigo-enemigo que ahora escribía su propia *Guerra de los judíos,* el muy desvergonzado? ¿Era aquélla la nariz que había aspirado el humo y el fétido olor de la caída de Jerusalén y del Templo? ¿Era ésa la frente que había albergado la firme intención de mantener en pie el fuerte de Jotapata durante siete veces siete días? Sí, aquél era su rostro y no lo era, como lo fueron y no lo fueron aquellos hechos; pues ahora no los realizaría, o lo haría de otro modo. Se contempló, el Josef vivo al de arcilla. Mucho de lo que había hecho aquel hombre con su rostro le agradaba, otras cosas le disgustaban, pero la mayor parte le resultaba incomprensible. ¿Cuál de los dos es el auténtico Josef: el vivo o el de arcilla? ¿Qué Josef es el auténtico: el que cometió aquellas acciones o el que está aquí sentado? ¿Qué es lo que hace al hombre: lo que es ahora o lo que hizo en el pasado?

Reflexionó con ahínco. Y llegó a una conclusión. El hombre Flavio Josefo, habitante de la ciudad de Roma en el año 832 tras la fundación de la ciudad, año 3839 de la creación del mundo, no tiene nada en común con el hombre Josef ben Matatías, en su día segundo comisario de Galilea. El escritor Flavio Josefo escrutó con un interés puramente literario y científico los actos del doctor Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría. Pergeñó la historia de Josef ben Matatías con la misma fría curiosidad con que se aplicó al estudio de la del rey Herodes, a la agitada biografía de un hombre ajeno y ya fallecido. Y, al llegar a esa conclusión, Flavio Josefo se sintió muy superior al Josef de antaño, a aquel hombre muerto, extinto.

Pero de pronto lo asaltó una idea terrible: ¿quién es este Josef de hoy comparado con el Josef del futuro? Sopesó lo que había hecho y lo que aún le quedaba por hacer y se quedó sin aliento.

Ha escrito un libro sobre la guerra judía que gusta a los romanos; los romanos agasajan al Josef de ahora y funden su imagen en el metal más costoso del mundo. Parte de su labor ya está cumplida, la más fácil, la más agradecida. Pero ante él tiene ahora, alta como una montaña, amenazante, aún sin iniciar, la auténtica tarea, la obra del futuro, la gran historia de su pueblo, la que se ha comprometido a escribir y a transmitir al mundo occidental. Por esa obra ha aceptado cargar con tantos pecados, ha provocado tantas desgracias. Y lo que ha hecho este Josef de hoy es *La guerra de los judíos.* ¿Es eso un comienzo válido? ¿Basta acaso para pagar su enorme culpa? No es nada. Sopesa, sopesa y cuenta y desecha. Se siente trastornado al asaltarle el sentimiento de su impotencia. Mintió cuando hace diez años nombró a Vespasiano como el Mesías. Ha mentido ahora, al sentirse llamado a realizar aquella obra y, por hacerla, pretendió cargar con pecados que oprimirían a cualquiera. De pronto una voz clara y amarga se despierta en él, una voz que hace mucho que no escucha. «Vuestro doctor Josef es un miserable», dice la voz, que es la de Justo de Tiberíades, el amigo-enemigo. No es una voz potente, pero basta para acallar el parloteo del escultor llenando todo el enorme taller, haciendo tambalearse y difuminarse el modelo de arcilla, le desgarra el corazón con su desdén, su resignación, su torpe arameo. Ha de contenerse para no golpearse allí mismo el pecho ante el escultor Basil y confesar: vanidad. Todo lo que he hecho era pura vanidad. No estoy a la altura de la obra. Estoy corrompido.

Su busto, sin embargo, aquel busto de honor, avanzaba. No tardó en estar terminado, primero la prueba fundida en un bronce corriente; sólo faltaba resolver el problema de los ojos. Pero Critias había prometido tener lista su parte para mañana.

Cuando Josef penetró en el taller al día siguiente para que le enseñaran la obra en su forma definitiva se encontró allí a la princesa Lucía. Era la tercera vez que la veía en el taller de Basil. Al saber de qué se trataba decidió quedarse.

Josef miró intrigado cómo Critias insertaba dos piedras opalinas, redondas como huevos, en el modelo de bronce. Las piedras lanzaron una mirada terrible. Habían dejado de ser unas piedras seminobles incrustadas en un tipo cualquiera de bronce, eran realmente sus ojos. Josef reconoció consternado que aquel tipo grosero y enigmático llamado Critias había calado sus más recónditos pensamientos, sus pecados, sus vicios, su orgullo, su impotencia. Odiaba al griego Critias y odiaba al griego Basil porque habían contemplado su alma en toda su desnudez. No pudo soportar la vista del busto y volvió la cabeza hacia otro lado.

Entonces vio a Lucía; cómo ésta contemplaba el busto con detenimiento, alzando las cejas. Rápidamente, tratando de escapar a la confusión de sus sentimientos, se aferró a ella, a su valiente y claro rostro. Estos romanos no saben lo que es el pecado, probablemente en ello resida su fortaleza, el origen de su increíble éxito. Sin dejarse importunar por escrúpulo alguno han puesto en pie su imperio y han destruido nuestro Estado. ¿No es cierto que perdimos nuestra primera gran batalla por no avenirnos a combatir en sábado, y que preferimos dejarnos masacrar sin oponer resistencia? Pero hoy estoy mejor avisado. He aprendido algunas cosas. Conozco el pecado, pero lo cometo. Mis pecados me hacen fuerte. «Debes amar a Dios, incluso con tu peor instinto». Resulta fácil ser fuerte cuando la conciencia no pone trabas al instinto. Pecar conscientemente y no buscar cobijo en la piedad y la resignación, ése es el verdadero triunfo.

Y de nuevo volvió los ojos hacia el busto. Lo contempló en un terco intento de autoafirmarse. La cabeza de bronce entera, su forma de mirar levemente girada sobre el hombro, al espectador y al mundo, mostraba la tensión de una curiosidad profunda, sabia y peligrosa, y Josef aprobó aquella voracidad y sus pecados. Quizás hubiera algo repudiable en aquellos ojos opalinos: pero eran ojos llenos de vida y de fuerza, eran sus ojos, y se felicitaba de que fuesen como eran.

Todos contemplaron el busto con atención y recogimiento, el confundido y terco Josef, Lucía, sedienta de todo lo vivo y fuerte, el escéptico y seguro Basil, el callado y desdeñoso ayudante Critias.

—¡Por Hércules! —exclamó finalmente la princesa; trataba de expresarse con soltura, pero en su voz había una gran tensión—. ¡Estáis maldito, mi querido Flavio Josefo.

Josef se volvió hacia ella sorprendido, sombrío, altivo. Lo que decía sonaba ciertamente como un elogio, pero ¿cómo se arrogaba el derecho de adivinar sus pensamientos? Lo que él osaba pensar no podía, ni de lejos, pensarlo otra persona. No respondió.

—Te has superado a ti mismo, amigo Critias —dijo Basil finalmente, conmovido incluso él, en contra de su costumbre—. Pero creo —añadió, y su usual afabilidad sonó en esta ocasión un tanto forzada—, que dejaremos la cabeza sin ojos.

Titubeante aceptó Josef:

—Bien, hagámoslo.

Y Lucía dijo:

—Lástima.

En cuanto el busto estuvo terminado el emperador llamó de nuevo a Josef ante sí. Esta vez se encontraba solo, y Josef notó de inmediato que la apatía que había mostrado en las primeras semanas había desaparecido. El pueblo había inventado para él en el ínterin un mote extraño: lo llamaban el «ballenato». Probablemente querían expresar con ello su gran poder junto con su escasa capacidad de decisión y su lentitud. De cualquier modo, aquel día no era, sin duda, un ballenato. Más bien parecía de un humor excelente, se mostró muy abierto, y tampoco ocultó a Josef los motivos de su transformación.

El miedo que había provocado en él la tardanza de Berenice había desaparecido. No había vacilado tanto porque, como él temiera, se hubiesen interpuesto entre ellos de nuevo las sombras de sus actos de antaño, la destrucción del Templo, la insolente y masculina treta de la que se valió entonces para atraerla hacia él y violarla. No, todo se ha aclarado del modo más feliz: lo que la retiene son inquietudes ingenuas y adorables. Porque, piadosa insensata como es, quiere ponerse a bien con su Dios antes de instalarse definitivamente con él en Roma, quiere fundar su futura felicidad con sacrificios, mortificando su carne con renuncias y penitencias. Se ha cortado el pelo para honrar a Yahvé y ha prometido no acudir a Roma hasta que le crezca. Por temor a Dios, le ha escrito, se niega la dicha de verlo en seguida. Quizá también, opina él en tono familiar y dándole un codazo, tenga algo que ver con ello el deseo de no mostrarse ante él con el pelo corto. ¡Qué loca! Como si él fuese a amarla menos, aunque la viese completamente calva. Al principio

no quiso comunicarle ni siquiera el motivo de su tardanza, para que su sacrificio fuese mayor: su promesa, pensaba, era un asunto entre ella y su Dios. Pero finalmente entró en razón y le escribió. En lo más hondo de su ser se siente feliz de ver que todo se ha resuelto a su gusto y por asunto tan pueril.

Josef se asombró y no dio crédito a lo que se le refería. Conocía a Berenice, y conocía las costumbres y usos judíos. Renunciar al vino y cortarse el pelo eran promesas que se hacían cuando Yahvé le había salvado a uno de un peligro grave e inmediato. No, aquélla no podía ser la verdadera razón de que Berenice no llegase, debía haber otra, algún motivo secreto. Quizá logre engañar al romano, pero no a él. Pero, sea como fuere, llegará, y Tito arde en deseos de verla como antaño en Alejandría. Éstas son las reflexiones de Josef durante el prolijo y dichoso relato del emperador, pero no permite que se trasluzcan sus dudas.

El emperador continúa parloteando, feliz, le habla de una sorpresa que ha preparado para ella. Allí está. Ha mandado llamar al astrónomo Konon para recibirlo en su presencia. El sabio debe hablarle de la nueva constelación que ha descubierto. Se encuentra cerca del león, siete estrellas pequeñitas, algunas gentes de ojos más certeros adivinan incluso diez o doce. Brillan muy débilmente, allá a lo lejos, delicadas como un cabello.

—¿Habéis pensado ya en un nombre para vuestra constelación? —le preguntó el emperador.

—Deseaba rogar a Su Majestad que la bautizase —replicó humilde el sabio.

—Llamadla «Cabello de Berenice» —le ordenó Tito con una sonrisa—, pues la princesa Berenice ha sacrificado su cabello al cielo. Pienso que el cielo ha aceptado su ofrenda y que tiene intención de conservarla.

Toda Roma se agolpaba en la biblioteca del Templo de la Paz cuando el emperador se disponía a erigir allí la primera columna en honor de un judío. Josef había tenido dificultades incluso para conseguir las veinte entradas que Dorión necesitaba para sus amigos.

Unos esclavos entraron acarreando con dificultad el busto y lo colocaron sobre el liso zócalo de mármol. La gran congregación se mantuvo en silencio, formando un semicírculo. Enjuta, con un extraño brillo, sin ojos, y, sin embargo, henchida de una sabia curiosidad, la cabeza de Josef miraba alta y altiva, girada sobre el hombro, por encima de la masa engalanada.

Junio Marullo, a quien habían nombrado orador para la ocasión por deseo de Josef, se acercó al busto. Habló del escritor, del historiador, alabó al hombre capaz de retener el hecho, lo pasajero. El estadista perece, y su obra perece. El que conduce a los ejércitos muere, y su victoria se desvanece. Pero ¿son auténticos esos hechos? ¿Acaso no se modifican al tiempo que ocurren? Son ambiguos, significan cosas distintas según quién participe en ellos, cada uno los ve de otro modo. Pero de pronto surge el escritor que los retiene y los vuelve unívocos, para que figuren de una vez para siempre, claros, deslumbrantes. Más poderoso que la muerte es el gran historiador. Posee el secreto que le permite detener a la ola, para que no se derrame sino que permanezca para siempre.

Los judíos lo reconocieron muy pronto. Han fijado su historia desde sus albores en una tradición que su propio Dios les ha revelado. Son grandes historiadores, como demuestra la traducción de su *Canon* por los setenta doctores. Por ello considero un doble triunfo que el emperador Tito no sólo haya vencido a los judíos, sino también que haya convencido a este excelente judío Flavio Josefo a escribir la historia de su victoria.

Si hoy el magnánimo y gran Tito admite a su historiador como el primer judío que engrosa las filas de aquellos cuyas obras se conservan en esta sala de los inmortales ello constituye un alto honor, pero no demasiado alto; pues sólo gracias al libro de nuestro Josefo se recordarán los hechos de los romanos en Judea en las generaciones venideras.

Allí reposa ahora, en su vitrina, el libro de nuestro amigo. No es nada. Nada más que un libro: pergamino y tinta. Pero este material indeciblemente frágil es al mismo tiempo el material más duro del mundo, no menos perenne que este bronce corintio con el que se ha modelado su busto. Pues, de todas las dádivas que concedieron los dioses a los hombres, no hay nada más grande que la palabra escrita.

Así habló Junio Marullo. Después se adelantó el emperador, coronó el busto y abrazó y besó a Josef. La amplia y solemne sala se llenó de jubilosos gritos y aplausos. «¡Oh, nuestro emperador Tito, oh, gran escritor Flavio Josefo!», resonó en todas partes. Así gritaban los senadores con sus togas adornadas con la banda purpúrea y sus altas botas rojas con borde negro, así gritaban, ligeramente contrariados, los colegas de Josef, así gritaban las numerosas damas, así gritaban, orgullosos y conmovidos, los pocos judíos que habían sido invitados: el doctor Licino y Cayo Barzaarone.

«¡Oh, nuestro emperador Tito, oh, gran escritor Flavio Josefo!». Y, con los demás, lo gritaba, feliz, la

dama Dorión. Por unos instantes logra quitarle importancia a la celebración ante el viejo Valer, ante Annius Bassus, y hacerse pasar por la altiva y sarcástica dama de siempre, pero no por mucho tiempo. Ni ellos mismos son capaces de sustraerse a lo emotivo de la ceremonia. Y así se yergue, orgullosa, la dama Dorión, la delgada y delicada cabeza ligeramente sonrosada, la boca grande abierta en un gesto infantil. Ante todos, también ante Annius y Valer y ante Flavio Silva, Josef dejará de ser el despreciado judío y será el gran escritor cuyo busto se yergue ceremonioso, aquí, en el Templo de la Paz. Ella se burló de él cuando hablaba de sí mismo como de un hombre de infinito poder, de un poder definitivo como el del juez de los muertos. Pero ¿acaso no acaba de decir incluso el burlón Marullo algo parecido al hacer su panegírico? Sus ojos vagan del enjuto y bello rostro de él al pálido y altivo brillo del busto, y es un nuevo Josef lo que ve: lo rodea ese misterioso resplandor tal y como mana del bronce corintio de su efigie, su cabeza mira altiva y ajena por encima de los demás, como el mismo busto. Y ella siente afluir su mejor disposición hacia él, como en los primeros tiempos, en Alejandría, cuando se le unió.

El propio Josef asiste en actitud discreta, digna, a estos honores. Tras su frente alta y abultada, se enmarañan, sin embargo, confusos pensamientos. Es un día glorioso, el ansiado día en que se ven cumplidos sus deseos. Israel atraviesa ahora la primera puerta que lo conducirá a la sala de honor de los pueblos. Pero ¿acaso no se trata de un honor robado? Allí está su busto; pálido y noble brilla el bronce bajo la corona verde oscuro. Pero él mismo está hecho de un material ínfimo. ¡Cuán pobre es su libro comparado con el que está llamado a escribir! E incluso sólo pudo ser terminado, ese pobre libro, con la ayuda de Fineas. Han pasado los tiempos en que, como antaño tras la conclusión de su obra sobre los macabeos, se sentía orgulloso de su griego. Ahora sabe que necesita apoyos y muletas por todas partes. Ni siquiera es capaz de ganarse a su hijo Pablo para su causa. ¿Cómo podría ganarse entonces al mundo? Se pierde, consciente de su nimiedad. Escucha el festivo alboroto de los que lo honran; pero a través de aquel ruido escucha de nuevo, queda y, sin embargo, capaz de acallarlo, la amarga y desdeñosa voz —la voz del amigo-enemigo—, decidida, aniquilando desde un principio cualquier réplica: «Vuestro doctor Josef es un miserable». Mira las caras que lo rodean: ¿acaso no ven lo miserable que es? El sentimiento de su impotencia amenaza con ahogarlo, no tardará en desplomarse. Mira a su alrededor buscando algún apoyo. No hay nadie que pueda ayudarlo. Ni siquiera está Alexas, el vidriero. Si al menos pudiera poner su mano en la cabeza de su hijo judío, Simeón-Janiki. Pero no hay nadie.

Su pálida y huesuda cabeza retiene entre tanto la misma sonrisa modesta y altiva. Tal vez se haya añadido tan sólo una sombra más a su palidez. Todos opinan que es un hombre que sabe encajar su fortuna, digno de su éxito.

LIBRO SEGUNDO

EL HOMBRE

Tras el agobiante calor de las últimas semanas, aquel día, el veintisiete de agosto, se levantó un viento benévolo, y Josef, de camino en su litera hacia el Palatino, disfrutaba de la leve y fresca brisa con todos sus sentidos. Se sentía dichoso. Constituía un triunfo para él que Tito lo mandara llamar incluso ahora, durante el incendio. Pues aquel día, el cuarto desde que se iniciara, aún no habían logrado apagarlo, el mayor desde los tiempos de Nerón. Tal vez éste había provocado aún mayores desgracias. Pues entonces el fuego destruyó el angosto y feo barrio del centro, mientras que esta vez había alcanzado las partes más bellas de la ciudad, el Campo de Marte, el Palatino. Habían sido destruidos el Panteón, los baños de Agripa, los templos de Isis y de Neptuno, el teatro Balbus, el de Pompeyo, la Sala del Pueblo, la Oficina de finanzas del Ejército, y cientos de las más bellas mansiones privadas. Pero lo más grave era que, por segunda vez y al poco tiempo de su reconstrucción, yacía destruido el Capitolio, el centro del Imperio mundial romano.

¿Acaso se trataba de una señal de los dioses contra el ballenato? Los rumores difundidos por los que le eran hostiles iban en aumento. Sobre todo los judíos eran presa de gran agitación. Se había visto afectada por el fuego su más bella sinagoga, la de la margen izquierda del Tíber, la de Velia, que fue destruida. A pesar de eso saludaron el incendio con satisfacción. Era con su dinero, el que antaño destinaran al Templo de Yahvé con el que el pretencioso vencedor había construido la casa de la Trinidad Capitolina. Y ahora, tras existencia tan breve, fue aniquilado por segunda vez ese Capitolio cuya vista tanto desdén y pesar les había deparado. Es la mano de Yahvé, proclamaban triunfantes. Su mano hace rodar al hombre que convirtió su Templo en cenizas y que humilló a su pueblo. Por doquier, en todos sus barrios, surgían vagabundos que anunciaban el fin del mundo y repartían tratados sobre el Mesías, el vengador, el que traerá la espada.

Josef veía las cosas de otro modo. Estaba henchido de satisfacción. Tito había intervenido de inmediato con una resolución desacostumbrada en las últimas semanas, enviando a todas partes patrullas de extinción y desescombro, sofocando de raíz cualquier intento de saqueo, proporcionando albergue a los que se habían quedado sin hogar, y, a pesar de todo ello, aún tenía tiempo para mandarle llamar.

Mecido suavemente en su litera, perdido en agradables pensamientos, Josef aspiraba aquella suave brisa. Todo se iba arreglando. Dorión se había transformado desde la erección del busto, están unidos como en sus primeros y mejores tiempos, en Alejandría. Se alegra de poder satisfacer sus deseos, o más bien —¿por qué habría de usar ese eufemismo?— sus caprichos. Aunque no le resulta fácil. Ha estudiado los presupuestos que le ha presentado para la villa. A pesar del regalo inesperadamente cuantioso que le ha hecho el emperador deberá pedir dinero prestado si quiere donar una cantidad medianamente decente a la sinagoga que llevará su nombre y construir al mismo tiempo la villa de Dorión. Claudio Regino, su editor, no le negará las sumas necesarias, pero sin duda aprovechará la ocasión para hacer comentarios desagradables. Pero que los caprichos de Dorión le cuesten esos sacrificios es lo que más lo atrae. Anoche le prometió la villa. Sonríe al pensar con cuánta astucia le sonsacó su beneplácito. Ahora, tras el incendio, le expuso en tono imparcial, aumentará la actividad de los constructores. Muchos que hasta ahora vivían en el centro construirán sus casas en los alrededores, con lo que subirán los precios de los terrenos del Albano y los de la construcción. Pero ella, como es lista, ya se ha puesto de acuerdo con el arquitecto Grovius. Mantendrá su palabra, le reserva el terreno, y no modificará su presupuesto.

Josef sabe cómo funcionan esas cosas, sabe que, naturalmente, el arquitecto sobrepasará la suma indicada en el presupuesto, sabe que tendrá que pagar cara su promesa. Pero él piensa en ella tumbada a su lado, con la cabeza apoyada en su pecho, hablándole con su aguda voz de niña, y no lamenta, ni siquiera ahora, a la luz del día, haber accedido. Puede permitirse ser generoso. No es hombre que se conforme con poco, no, eso hay que decirlo. Jamás fue acomodaticio, siempre tuvo sed de más vida, más éxito, más

logros, amor, sabiduría, Dios. Y ahora está en vena, ahora comienza a cosechar.

Tito fue a su encuentro con paso veloz, cálido. Desde que el emperador conoce el motivo del retraso de la llegada de Berenice, desde que sabe que no depende de él, se le ve animado, abierto, su debilidad ha desaparecido. El incendio no podrá mermar su seguridad. Que la felicidad se paga, eso ya lo sabía. ¿Acaso la inteligente Berenice no se ha sacrificado ya voluntariamente en otras ocasiones? Además, el incendio le brinda la ocasión de manifestar su generosidad frente a la avaricia de su padre. En realidad, le asegura a Josef dejándose llevar ante él, incluso le conviene. Siempre tuvo intención de construir. La destrucción de la vieja Roma no hacía más que confirmar que el cielo aprobaba su proyecto. Diligente y excitado le habla de la nueva Roma, cuya imagen lleva grabada en el alma, cuán majestuoso será su Capitolio comparado con el anterior, cuánta magnificencia nueva sustituirá a lo malo de antes.

Pero mucho más que la reconstrucción de Roma, más que todo lo demás, le obsesiona, como siempre, Berenice. En tono confiado, y sin que sea la primera vez, le pregunta al judío Josef, a su amigo, si será capaz de superar el abismo que los separa.

—Tú mismo, mi Josef —le dice—, te has casado con una egipcia. Sé que hay muchos que lo cuentan entre tus pecados. Tampoco mis romanos verían con buenos ojos que me desposase con una extranjera. Dime sin ambages, ¿qué opináis vosotros, los judíos, del matrimonio con una extranjera? ¿Constituye un pecado a los ojos de vuestro Dios?

A Josef le agradaba que el emperador se sincerase con él de ese modo. Pacientemente, como ya hiciera antes, le explicó:

—Josef, nuestro héroe cuyo nombre llevo, tomó a una egipcia por esposa, Moisés, que nos dio nuestras leyes, a una madianita. El rey Salomón compartió el lecho con muchas mujeres extranjeras, además de con sus esposas. Y nosotros, los judíos, rendimos tributo a Ester, la esposa del rey persa Asuero.

—Eso me consuela —respondió Tito taciturno—. Debo decirte una cosa, mi querido Josef —añadió después, muy cerca de él, rodeando sus hombros con el brazo, sonriendo con cierta turbación juvenil—: ante ella sigo comportándome como un niño. Es ajena y superior a mí, incluso cuando la tomo. Quiero que se una a mí, quiero mezclarme con ella. Pero ella está cerrada, incluso cuando se entrega. Vosotros los judíos tenéis esa expresión infernalmente aguda para designar el acto: el hombre que conoce mujer. Yo no la he conocido hasta ahora. Pero cuando venga estoy seguro de que se abrirá ante mí. Porque he descubierto el motivo por el que no lograba acercarme a ella. Estaba constreñido por un residuo de estúpida convención, mi vanidad de romano era una coraza que nos separaba. Pero en estas últimas semanas me he vuelto más sabio. Ahora sé que el Imperio es algo más que una prolongación de Italia. Tal vez esta catástrofe haya sido un aviso de vuestro Dios. Pero ya no hacía falta. He sido indolente, lo reconozco, mis manos se han mostrado perezosas a la hora de hacer lo que me dictaba mi corazón y mi cabeza. Pero a partir de ahora no lo seré. Flavio Silva no logrará que el senado apruebe su proyecto sobre la circuncisión. Pondremos en su sitio a los «sandalias blancas» de Alejandría. Díselo a tus judíos. Deben creer en mí. En los próximos días trataré con Claudio Regino todos los detalles de este asunto.

En realidad Josef deseaba regresar a su casa nada más terminar la audiencia. Pero desde el principio había experimentado el infantil deseo de mostrarse ante Mara y el joven Simeón con la toga de gala. Y ahora, tras ser objeto de la benevolencia de Tito, no fue capaz de reprimirlo. Se dirigió a la casa del vidriero Alexas.

Todo se iba arreglando, tanto dentro como fuera de su casa. Aquel opresivo sentimiento de incapacidad que lo asaltara en el instante de su más sonado triunfo había desaparecido. Es cierto, su vida es complicada, el asunto de Dorión es complicado, el de Mara no es sencillo. Pero ha dado con la solución. La mujer que ama, y de la cual ni su corazón ni sus sentidos podrían prescindir, le niega al hijo. Así que tomará al de la otra, a la que no ama pero que nada le niega.

Al joven Simeón no le han ido tan bien las cosas en Roma como se había imaginado Mara. En la escuela ortodoxa de la margen derecha del Tíber, donde envió a su hijo tras su llegada, él, el bastardo, el hijo del despreciado Josef, tuvo que escuchar toda clase de inconveniencias. Mara lo sacó de allí y lo envió, por consejo del vidriero Alexas, que le había cobrado afecto a aquel muchacho tan espabilado, a una escuela liberal. Simeón se sintió a gusto en ella, a nadie parecía molestarle que fuese hijo de Josefo. Pero su madre, que temerosa aún se aferra a los viejos usos, no está satisfecha. Su Simeón-Janiki aprende cosas dudosas en esa escuela tan distinguida. Nadie le prohíbe, ni siquiera en sábado, jugar en la calle con los chicos paganos a esos juegos salvajes. Y, sobre todo, está el pequeño Constans, el hijo del capitán jubilado Lucrio. Un día se burlaron los dos de unos sacerdotes de Isis y se organizó un alboroto, incluso intervino la policía. En una ocasión los vieron en el restaurante «El gran almacén de olivas». No hay manera de saber si llegó a comer allí algo prohibido, pues él calla tozudo cuando Mara lo interroga. Pero ¿qué será de él si, por casualidad,

ha probado allí el jamón, que el cartel del restaurante anuncia como su especialidad?

A Josef no le inquietan esas travesuras. Ha visto al pequeño Constans, el compañero de su hijo, un muchacho revoltoso y sucio. Los dos se atizan buenas palizas, pero se tienen afecto, sí, el pequeño Constans venera a Simeón desde que éste mostrara en una ocasión una de sus maquetas de piezas de artillería al capitán jubilado, su padre, que musitó:

—No está nada mal. Para ser de un niño judío tiene su mérito.

Pero la educación de Simeón no es, desde luego, la más adecuada, eso hay que reconorcérselo a Mara, y es hora de que alguien se haga cargo de él. Bien. Los deseos de Mara son más fáciles de satisfacer que los de Dorión, y no se desvían mucho de los propios. De modo que se ha decidido. Dejará a Pablo con Dorión, pero él mismo se ocupará de la educación de Simeón, y quizá, si se porta bien, más adelante lo acogerá en su casa. Una solución adecuada que agradará a todos, o al menos eso cree. Incluso los judíos de la capital llegarán a aceptar a su hijo griego si les muestra a su hijo judío. Aún no le ha hablado a Dorión de sus intenciones. Pero ¿qué podría objetar ella? Sonríe, calculador, con un cinismo sin malicia. Le ha regalado la villa, le debe un favor a cambio. Y toda generosidad lleva su premio en sí misma.

Pretencioso, se presenta con su espléndido vestido de gala ante Mara. Ella es todo admiración; incluso Simeón, tan crítico por lo general, admite en tono objetivo lo bien que le sienta.

Josef tiene intención de discutir primero su proyecto con Dorión. Pero está de buen humor y desea compartir su alegría con los demás. Mara podrá quedarse definitivamente en Roma, anuncia benévolo, y el chico irá a vivir con unos amigos bien situados y quizá más adelante lo acoja en su propia casa.

Por lo general Mara tarda en comprender las cosas; pero esta vez, al tratarse de su hijo, reconoce al instante el cambio que supondrá para su vida la decisión de Josef. Si el muchacho es educado en la casa de unos amigos de Josef, o incluso en la suya, eso significa que deberá separarse de su hijo. Sin duda lo vería muy poco si eso llegara a ocurrir. Su amo y benefactor Josef es muy sabio. ¿Pero acaso no sabe ella, como madre, algunas cosas del chico que Josef desconoce? ¿Y no olvidará Simeón muchos de los buenos usos de antaño? A pesar de todo, se siente feliz. Su Simeón-Janiki se ha ganado el corazón de su padre, se convertirá en un gran hombre como él aunque no llegue a ser doctor, caballero y sabio en Israel. Besa la mano de Josef, le pide a su hijo que la bese también, se muestra humilde, orgullosa, feliz.

Ese mismo día, un día grande, Josef decide que, ya que ha aprobado la construcción de la villa, debe organizar definitivamente la fundación de la sinagoga. Comunica al doctor Licino que desea participar en su construcción. Licino se alegra sinceramente. Con habilidad, para no ofenderle, roza la cuestión de su financiación. La sinagoga de Josef no ha de ser una casa de oración excesivamente lujosa. Por el momento, y sin que tenga carácter definitivo, calcula que el coste de su construcción se elevará a un millón setecientos mil sestercios. Josef se asusta. De ningún modo puede dedicar más de doscientos mil a la fundación de la sinagoga, y, con una aportación tan nimia, ¿puede pretender que le den su nombre? El doctor Licino continúa hablando sin dejarle siquiera expresarse. Había previsto que él y Josef compartieran los gastos. Josef debía aportar los setenta valiosos rollos de la Torá que había salvado de la destrucción de Jerusalén y que él, Licino, cifraba en unos setecientos mil sestercios; y así, Josef tendría que agregar unos quinientos mil en efectivo. Esos rollos de la Torá constituirían parte esencial del nuevo templo. En caso de que lo exterior, la construcción, superase inesperadamente el presupuesto inicial, los gastos añadidos irían por cuenta de Licino y de su gente.

Ésa es la generosa oferta del joven doctor, y aquél era un gran día. Josef casi no puede ocultar su alegría: ante los romanos tiene su efigie en el Templo de la Paz, y ante los judíos podrá reconciliarse con su Dios invisible por medio de la sinagoga de Josef.

Henchida de orgullo y con gran detalle explicaba la dama Dorión a su padre, el pintor de la corte Fábulo, que Josef había accedido finalmente a construir su villa en Albano. El corpulento caballero permanecía muy digno, particularmente atildado como era su costumbre; porque, como su oficio era el de pintor, la sociedad no lo reconocía plenamente, y por ello mostraba especial interés en vestirse con gran corrección y al modo romano. Cuando en su día Dorión, a la que amaba apasionadamente, se convirtió en la esposa del judío, se sintió herido en lo más profundo. Desde entonces se mostraba más estricto y aún más parco.

De modo que Dorión se pavoneaba, vivaz, contenta, con su voz aguda e infantil, de su habilidad para organizarlo todo. Hacía años que había acordado con el arquitecto Grovius un precio sorprendentemente bajo para el terreno y también para la construcción. No había sido fácil hacerlo esperar tanto tiempo. Ella lo había conseguido. Incluso ahora, tras el incendio, a pesar de que los precios subían de hora en hora, el arquitecto mantenía su palabra.

Fábulo la escuchaba con rostro impenetrable. Al principio, tras la boda de Dorión, no había sentido más que odio y desprecio por aquel judío, el miserable, el perro, con el que su niña se había perdido. El hecho de que Josef fuera, además, escritor, avivaba su odio; no quería saber nada de literatura, lo amargaba pensar que Roma estimaba a los literatos y no a los artistas. Y es que él era un gran retratista, acostumbrado a leer en los rostros de las personas, y en el de Josef adivinó muchas cosas de su destino y de su carácter. No podía ignorar la importancia de aquel hombre, y con los años llegaron a una especie de entendimiento. Sí, poco a poco fue creciendo en el pintor Fábulo algo así como una admiración teñida de odio. Aquel hombre, Josef, describía en su libro personas, paisajes, procesos de un modo extraordinariamente gráfico, con el ojo de un pintor; y eso que repudiaba toda representación pictórica. Finalmente terminó considerándolo un ser siniestro. Aquel hombre poseía poderes mágicos. No sólo había embrujado a su niña, sino también al viejo emperador y al joven. Prácticamente lo asediaban con ese reconocimiento social que tanto echaba en falta él, Fábulo. Su rencor se avivó aún más con la confidencia del escultor Basil, quien le refirió que Josef se había negado a que él pintase la columna de la biblioteca. Sin duda, su negativa nada tenía que ver con su propia valía, pues pasaba por ser el primer pintor de la época; pero todo el odio irracional que albergaba contra el yerno se reavivó al saberlo.

Al escuchar ahora el relato de la hija sobre la suerte de Josef, y que su riqueza le permitía ahora regalarle la villa con la que tanto había soñado, una rabia aún mayor lo asaltó. Él mismo gozaba de una buena posición y no era en absoluto avaro, le habría gustado regalarle a su hija, a la que amaba, la casa de campo; si no lo hacía era sólo por demostrarle que, a pesar del aparente y gran éxito del que gozaba Josef, le faltaba algo esencial. Le satisfacía ver que al menos pagaba su amor por aquel Josef con ciertas renuncias.

Con su acostumbrado silencio la escuchó hablar largo rato, feliz. Pensaba que su Dorión le había arrebatado al menos *una* cosa: no había permitido que su hijo Pablo se convirtiese al judaísmo. Ése era su consuelo. Su nieto llevaba camino de ser, aunque sin disfrutar de sus derechos, lo que él mismo era: romano por sus opiniones y su actitud y griego de formación. Pero aquel pensamiento no aminoraba su encono. Cuando finalmente Dorión tomó en sus manos su solemne cabeza diciendo: «Me alegro tanto, padrecito, de que por fin puedas pintar para mí *Las oportunidades perdidas*», el anciano se liberó con cuidado, pero decidido, de sus amadas manos y, con pocas palabras, le respondió con su masculina voz:

—Lo siento, Dorión, no pintaré ese fresco para el judío.

Dorión se quedó perpleja y respondió ofendida, indignada:

—¿Qué significa eso? Me lo habías prometido. No me resultó fácil convencer a Josef.

El viejo dijo lleno de odio:

—No me extraña nada. Precisamente por eso no lo haré. El emperador no es tan quisquilloso como tu judío; el emperador me ha pedido que pinte la gran sala de los Nuevos Baños. *Las oportunidades perdidas* encontrarán allí probablemente espectadores más competentes y, en cualquier caso, mejor dispuestos que los que tendría en la casa de campo de Flavio Josefo.

Dorión estalló:

—Me pondrás en ridículo ante él después de haber pataleado tanto para conseguirlo. Nunca antes has faltado a tu palabra —le rogó.

—La situación es ahora muy distinta —respondió Fábulo—. Flavio Josefo se ha negado expresamente a que trabajase para él. Me rechazó cuando el escultor Basil propuso mi nombre.

Dorión calló consternada, pues no estaba al corriente de aquello. Pero su padre continuó hablando.

—¿Ponerte a ti en ridículo ante él? —dijo sarcástico—. Él es quien se ha puesto en ridículo ante todo el mundo incontables veces. Se dejó azotar, recorrió las calles arrastrando la cadena de los esclavos. Y, aunque hayan colocado su efigie en la biblioteca, seguirá siendo ridículo, está marcado. El judío, el perro, el despojo.

Dorión no había escuchado jamás palabras tan desmedidas de labios de su padre. Durante un instante se había sentido tentada de darle la razón; pero ahora, al escuchar todo aquello, cambió de parecer. Años atrás, cuando le anunció su decisión de vivir con el judío, pensó que la increparía con duras y sarcásticas palabras, pero él no dijo nada, apretó los labios hasta que se volvieron delgadísimos, sus ojos se desorbitaron de un modo terrible, fue espantoso, y ella salió corriendo de la casa al encuentro de Josef. En aquel entonces calló, y durante todos aquellos años, y le sorprendía enormemente que ahora, diez años después, se decidiese de pronto a hablar.

De puro asombro le faltaron de pronto, a ella, tan elocuente, las palabras. Pero después vio ante sí el busto de la sala de honor, su pálido y altivo brillo, el misterioso resplandor en torno a la cabeza de Josef, escuchó la festiva algarabía en su honor y su asombro se trastocó en indignación.

—No permitiré que lo insultes —estalló—. Ni siquiera tú. ¿Él un perro? ¿Él un despojo? Tiene el poder de un juzgador de muertos —prosiguió con su delicada voz. Cuando el propio Josef se vanaglorió de ello le sonó pueril, ella misma se había burlado de él, pero sus ojos refulgieron claros, casi en éxtasis, al repetirlo ahora—. Él juzga a los vivos y a los muertos, tiene poder para ello. Es Hermes con su cabeza de pájaro consignando la sentencia en sus tablillas.

Casi se alegraba de que el padre hubiera formulado aquellos reproches tanto tiempo acallados, acumulados, para poder responderle.

Fábulo continuó hablando, insultando con palabras duras y soeces como las de un cochero. Lamentaba dejarse llevar de aquel modo. Amaba a su hija, la amaba por su madre egipcia, por su talento para el arte, por su hijo al que educaba de acuerdo con sus principios. Sabía que con cada palabra la apartaba un poco más de sí, y él mismo sufría profiriéndolas; no era su estilo hablar de aquel modo duro, vulgar. Pero cuando pensaba en aquel hombre, en el judío, el miserable, el perro, entonces olvidaba toda moderación, se dejaba llevar y decía más de lo que quería decir. Todo lo que se había guardado durante tanto tiempo estalló, sucio, mezquino, malvado.

Dorión palideció, primero en torno a los labios, como solía ocurrirle, después en todo el rostro. ¿Era ése su padre, el que veía caminar de un lado a otro e insultar y maldecir de un modo tan brutal, el artista más grande de su tiempo al que amaba? En una ocasión tuvo que elegir entre él y Josef, y eligió al esposo. Pero al final todo se arregló: conservó al esposo y al padre, ¡y se habría alegrado tanto de tener ahora en la casa que le regalaba el esposo la obra de su padre, esa obra conmovedora y ligeramente burlona, la mejor, *Las oportunidades perdidas*…! Y, sin embargo, ahora todo desembocaba en terribles y brutales insultos. Pero no había remedio, tampoco ella pudo contenerse.

—Vete —le interrumpió de pronto con su fina y aguda voz, pálida, fea, desgarrada—. Vete —dijo de nuevo—, y pinta tu mural para quien quieras, para el emperador o para la plebe de Roma.

Fábulo se quedó allí sentado, inmóvil, como antaño, cuando le habló por primera vez de su unión con el judío, con la boca crispada y los ojos desorbitados. Y, como entonces, calló. Ella deseaba ardientemente que dijera una sola palabra, que se retractase o se disculpase. Pero él no dijo nada, simplemente se quedó allí sentado, quizá se bamboleaba levemente, de un modo imperceptible. Su silencio se posó alrededor de Dorión y la oprimió de tal modo que sintió todo su tronco dolorido. Pero tampoco ella retiró nada y cuando por fin se levantó no lo retuvo. De modo que se fue, titubeando un poco, la espalda menos recta que de costumbre.

Aquél era el estado de ánimo de Dorión cuando Josef acudió a verla para comunicarle los planes que tenía para su hijo Simeón. Lo formuló con sencillez, como de pasada. En el fondo se sentía orgulloso de su idea y no se le ocurrió pensar que Dorión podría oponer serias objeciones.

Su pálida tez morena permaneció impertérrita mientras lo escuchaba. Sus amigos le habían informado de la presencia de la primera esposa de Josef, todos se burlaban de aquella mujer provinciana, había sido una aventura juvenil, la misma Dorión se había limitado a sonreír al saberlo, olvidando muy pronto aquella historia. Pero ahora, mientras Josef hablaba, el asunto tomó de pronto otro cariz. Había hecho enormes sacrificios por aquel hombre y él lo había considerado lo más natural, sometiéndola a mil humillaciones. Y ahora se atrevía a equiparar al bastardo de aquella insignificante provinciana a su Pablo, a traerlo a su casa. ¿Acaso estaba tan obcecado que no se daba cuenta de lo que le pedía? ¿O es que los vínculos que lo unían a aquella hembra eran quizá más profundos de lo que imaginaba? Le habían dicho que se trataba de una pequeña judía tonta y rechoncha, una mosquita muerta; pero ¿quién podía saber lo que la ligaba a aquel extraño Josef? El judío sigue siendo siempre un judío, el judío va a la judía, como el lobo a la loba, como el perro a la perra. Aún ayer lo había defendido con tanta vehemencia ante su padre, con uñas y dientes, arrojando por su causa de su casa a la única persona que amaba. Así que aquél era el sustituto que le proponía para su padre: su hijo bastardo. Pero se contuvo, no dejó traslucir la amargura y la maldad que la inundaron, y se contentó con decir en voz baja y secamente:

—No. No estoy de acuerdo con que equipares a ese chico con nuestro Pablo.

Josef no se dejó engañar por aquel tono frío. No había nada extraño en que hubiera un pequeño tira y afloja antes de que le concediera su autorización. De modo que siguió hablando muy sereno.

—¿Nuestro Pablo? —le replicó—. De eso se trata, precisamente, de que nuestro Pablo no es, desgraciadamente, más que tu Pablo, no el nuestro. Debes comprender que deseo tener por fin un auténtico hijo judío. Medítalo detenidamente, mi querida e inteligente Dorión, y verás que no te pido nada que no sea justo.

Dorión continuó impenetrable.

—No soy yo —dijo con malicia, aunque conteniéndose— la que te niega al chico. Él mismo se cierra ante ti. Y hace bien, porque no es judío. Tú lo has logrado, has sabido sobresalir de entre la plebe. ¿Por qué razón debería rebajarse mi hijo al nivel de tus judíos? Intuye con razón que no le conviene. Míralo, habla con él: sencillamente no quiere. Intenta convencerlo. Llévatelo si eres capaz.

Su sosegado sarcasmo lo indignó. ¿Acaso no había impedido ella que tuviese contacto con las enseñanzas judías y con personas judías? ¿No le había impuesto a Fineas? Y ahora se atrevía a burlarse de él por no haber logrado que su hijo se aviniese a ser judío. Se imaginó a Pablo, le comparó con Simeón. Pablo era esbelto, bien formado, tenía los sosegados y afables modos de Fineas, no cabía duda de que, si se lo comparaba con Simeón, el bullicioso y desfachatado muchacho judío no saldría bien parado. Pero ¿qué derecho tenía a reírse de él por no lograr hacer de Pablo un judío? La culpa de que ella se muestre tan insolente es mía, se dijo. *Pherizus,* emancipación: es el peor rasgo que puede tener una mujer, eso enseñan los doctores, y ninguna clase de hembra es para ellos más peligrosa que las emancipadas. Le vinieron a la mente ciertos versículos de la Biblia: «Y hallé que es la mujer más amarga que la muerte y lazo para el corazón, y sus manos, ataduras. El que agrada a Dios escapará de ella, mas el pecador en ella quedará preso». Los recitó en voz baja, casi inaudible, como lo hiciera de niño, cuando los memorizó.

—¿Decías algo? —preguntó Dorión. Pero él había recuperado el control de sí mismo. Debe tener paciencia. Las mujeres no poseen ninguna lógica. Dios les ha negado la capacidad de razonar de un modo constructivo. Incluso a la judía le está vedada la lógica: ¿cómo habría de ser lógica ésta, que es griega?

—No deberías decir eso, Dorión —le replicó, por tanto, muy tranquilo—. ¿No has hecho tú todo lo posible por convertirlo en un griego? ¿No te has opuesto cada vez que traté de enseñarle algo del judaísmo? No te lo estoy reprochando, pero, por favor, sé razonable y no te opongas a mi deseo de tener un hijo judío.

Pero ella no cejó. Su hijo era griego, griego en cada una de las fibras de su ser. Injertar en él el judaísmo habría constituido un delito. Sí, ella había logrado, y no sin esfuerzo, que Pablo desarrollara su propio talento mediante la educación y los modos de Fineas. Y se enorgullecía de ello, pues era lo mínimo que una buena madre debía hacer por un hijo como el suyo.

Su tenacidad lo irritó.

—¿Y qué —preguntó burlón— es lo que has conseguido con los métodos de tu Fineas? ¿Que Pablo, cuando sea adulto, sea amado por todo el mundo y se convierta en un cabezahueca como tu Annius y el resto de tus amigos?

Mientras lo decía lamentaba haber pronunciado aquellas palabras. Pero era demasiado tarde. Dorión se levantó y se enfrentó a él, delgada, esbelta, pálida. En un primer momento logró dominarse.

—No entiendes al muchacho —le dijo—. Es un griego, y tú seguirás siendo siempre un judío, por mucho cuidado que pongas en afeitarte la barba.

Pero después, como si sólo entonces se diese cuenta de lo que él había dicho, dio rienda suelta a toda su rabia. Él, estalló, osaba echarle en cara su amistad con Annius, él, que tan ciego y tan poco selectivo era en su lascivia. ¿Quién era ella, aquella mujer por cuyo hijo era capaz de luchar tan denodadamente? ¡Oh!, sabía muy bien quién era, se lo habían dicho. Una insignificante provinciana, una mosquita muerta, una estúpida judía regordeta, a la que el viejo Vespasiano no había tolerado a su lado más de *una* noche. Y ahora pretendía comparar a su vástago con su Pablo, criado entre algodones. Era capaz de ofenderla en su nombre. ¿Cómo podía saber siquiera si aquel golfo era hijo suyo y no de Vespasiano?

Mientras lo imprecaba de aquel modo, estridente, delgada, malvada, rememoraba con amargura, lamentándolo, con cuánta vehemencia lo había alabado ayer en ese mismo lugar. Aún lo ama. Ha demostrado que está dispuesta a acatar sus deseos, a escucharlo aunque no lo comprenda. ¿Por qué no es capaz de tener la más mínima consideración? ¿Por qué le exige tanto y da tan poco? ¿Por qué la obliga a insultarlo de ese modo abyecto y mezquino? Se la veía muy pálida mientras le hablaba, sólo con un gran esfuerzo logró que su rabia se impusiese al amor que sentía por él.

El rostro desnudo de Josef enrojeció al verse azotado por sus palabras. Sintió deseos de arrojarse sobre ella, de golpear aquel cuerpo delgado, insolente, frágil, con sus manos, con su estilete. Detrás de su cara adivinaba la cara amable y burlona de Fineas, tras su débil voz escuchaba la voz armoniosa, elegante, de Fineas. Pero, a pesar de toda su rabia, sabía que era la humillación de muchos años la que estallaba ahora. Pensó en todo lo que ella le había dado, y era como si sus palabras dejasen traslucir sus pensamientos tanto tiempo acallados. La veía ante él: cómo permitió que la enviase lejos, en silencio, sin mencionar siquiera al hijo, a su hijo Pablo al que con razón llamaba suyo; pues era de ella y no suyo. ¿Acaso no es culpa de él que haya cambiado tanto? No debe tener en cuenta lo que le está diciendo. Está trastornada. Sus insultos son palabras inspiradas por el instante, dentro de una hora se habrá arrepentido de pronunciarlas. Lo que él no

sabe es que ya se arrepiente al hablar, incluso antes.

Se acercó a ella, se sentó y la atrajo hacia sí, le habló con dulzura tratando de convencerla. Tenía razón. Él era judío y ella griega, y sólo en sus mejores y más felices instantes podían ser uno. Así lo había dispuesto el cielo. Pero precisamente en eso se basaba su propuesta. Debía pensar que aquel compromiso también encerraba un sacrificio para él: renunciar a Pablo. No era cierto que siempre tomaba sin dar nada a cambio. Permitirle construir la villa, por ejemplo, supondría para él una carga nada desdeñable.

No debió haber dicho esto último. Ella se levantó de un salto y se alejó de él. Dura, fría, con una voz cuya serenidad lo inquietó y asustó aún más que su rabia, le explicó que conocía a un montón de hombres que estarían encantados de regalarle esa villa, e incluso una mejor, y sin echárselo en cara. Por lo demás, por lo que se refería al fresco *Las oportunidades perdidas,* ya no era necesario que se esforzase por aceptarlo, pues su padre se había negado a pintarlo para *él:* lo haría para el emperador.

Los ojos de Josef adoptaron una expresión casi imbécil. No alcanzaba a comprender los motivos ni la situación, no entendía a esas personas. Calló. Pero ella, probablemente azuzada por el recuerdo de su padre, le habló cada vez más frenética, más alocada.

—¡Deshazte de esa mujer! —le exigió de pronto cambiando de tema, dura y dominadora—. De la mujer y del bastardo.

Josef la miró sorprendido hasta la médula. Se había equivocado, eso estaba claro. La conocía bien, pero no del todo. Había exigido tanto de ella en el pasado que ahora incluso una petición justa la enfurecía.

—Deshazte de esa mujer —repitió obstinada con la misma mirada clara y salvaje. Había perdido el control de sí misma.

Como siempre que le ocurría alguna desgracia, alguna sorpresa, Josef se volvió frío como el hielo, reprimió sus sentimientos y buscó apoyo en la cordura.

—Medita mi propuesta con calma, Dorión —le rogó, y su voz sonó indiferente—. Medítala dos o tres días. Y, por lo que respecta a la construcción de la villa, no permitas que te engañen y exige que se aceleren. Ya he pagado dos mensualidades. Reflexiona sobre todo ello, Dorión.

Tomó su larga y fina cabeza entre sus manos, su piel era suave y muy fresca; la besó, ella le dejó hacer sin moverse y después se alejó.

Josef exigió a Claudio Regino un adelanto sobre sus futuros trabajos, ciento cincuenta mil sestercios. Fue, tal como había previsto, una conversación desagradable. Regino se lo abonó, pero le entregó la orden de pago con una serie de observaciones quisquillosas e irónicas de índole general. Aquel día se mostró particularmente agrio. Con la muerte de Vespasiano, le explicó, se había iniciado una época de despilfarro. Si el viejo viese con qué alegría derrochaba Tito el capital que con tanto esfuerzo había reunido levantaría admonitorio el dedo de su tumba.

—Vespasiano —dijo quejumbroso— jamás habría tirado esa suma para la nueva versión de *La guerra de los judíos.* Sí, claro, la dama Dorión debe tener su villa. ¿Acaso es necesario dar todos los caprichos a las damas? No me gusta que construyáis ahora. Todo el mundo se apresta a construir. Nuestro Tito acaba de invertir doce millones y medio más en su anfiteatro. Los juegos con los que lo inaugurará durarán cien días. Cada día cuesta casi medio millón. Al viejo se le cortaría el resuello. Con la ayuda de Júpiter y la mía dejó un par de miles. Si seguimos así, pronto estaremos en la ruina.

»El problema no es esa suma en concreto. Duele, pero se puede pagar. Lo grave es que sienta un precedente. Después de construir los baños y el anfiteatro nuestros queridos romanos querrán también una galería; después de la galería un templo, y querrán bañarse en los baños, y no es posible celebrar unos juegos de cien días todos los años. Ya lo veréis, doctor Josef. Lo experimentaréis en carne propia. Vuestra dama Dorión necesitará una docena de esclavos nuevos para su villa, y caballos, y una carroza. Es cierto que hemos bajado los precios. Una fanega de trigo no cuesta más que cinco sestercios, y por catorce se puede conseguir un buen par de zapatos. El sastre ya sólo exige un jornal de siete sestercios, y el escriba se conforma con tres y medio por cien líneas. Son cantidades que no os arruinan, os lo podéis permitir. Pero os quedaréis de piedra cuando veáis cómo se incrementa vuestro presupuesto cuando la dama Dorión se instale en su villa. Miradme. Esta túnica tiene ya cuatro años, estos zapatos tres. Podría permitirme otros nuevos, pero no considero sabio elevar mi nivel de vida así como así.

»No veo con agrado, doctor Josef, que turbéis vuestra mente con problemas económicos en lugar de mantenerla despejada para vuestra *Historia de los judíos.* He invertido mucho en vos, doctor Josef. He invertido en vos, dejadme que lo calcule, un porcentaje dos mil veces mayor del que he invertido en vuestro colega Justo de Tiberíades, y la vida en Roma resulta sólo un treinta y siete por ciento más cara que la vida

en Alejandría. Bien, sea —suspiró entregándole la orden de pago.

«No soy yo», había dicho Dorión, «la que te niega a Pablo. Él mismo se cierra ante ti. Trata de ganártelo. Llévatelo si eres capaz». Aquellas palabras le roían el alma. Pues Dorión tenía razón, siempre había existido entre ellos un sentimiento de extrañeza. ¿Pero a qué se debía? Era cierto, los niños no le interesaban, le resultaba difícil ponerse en su lugar. Él mismo había sido un niño precoz que creció demasiado deprisa, y no le agradaba pensar en su infancia. Se había sentido más libre y más feliz al pasar los años, sólo entonces disfrutó del sentimiento que le proporcionaba crecer, madurar. Sin embargo, si se empeñaba era capaz de entender a las personas, también a los jóvenes; pero era arrogante y lo deseaba raras veces. Le habría gustado ganarse a su hijo Pablo, pues lo amaba. ¿Por qué razón fracasaba precisamente cuando se trataba de él y no era capaz de expresarle su amor? Si lo meditaba fríamente, el chico era la única persona ante la que se sentía inhibido. Siempre se había sentido inseguro ante Pablo, y tampoco ahora sería capaz de superar aquella extrañeza. Dorión tenía razón.

A pesar de ello reconocía con amargura y alegría que Pablo era un hijo que merecía ser amado y del que podía sentirse orgulloso. Los miembros del niño, que contaba nueve años, eran delicados, y, sin embargo, fuertes, sus movimientos seguros y gráciles. Sobre un largo cuello descansaba, fina y morena, la cabeza, la cabeza de la madre, pero los vivaces ojos eran los del padre: brillaban altivos en el estrecho y fino rostro.

En la escuela de Nikias, donde estudiaba, tenía pocos amigos. Aquello se debía no sólo a que no se le permitía llevar el vestido propio de los jóvenes ciudadanos romanos —entre los ochenta escolares de Nikias había dos docenas sin la banda que distinguía al ciudadano—, sino a que, además, pasaba por arrogante. Cuando jugaban con él, cuando participaba en las peleas de gallos de sus compañeros y se traía sus propios gallos, solían acabar no sólo pegándose —eso no habría tenido mayores consecuencias—, sino lanzándose acres y maliciosos insultos que no dejaban de reprocharse más tarde. Y eso que los demás lo respetaban; era valiente, eso nadie lo negaba, incluso su arrogancia les agradaba, y cuando se detenía delante de la escuela de Nikias con su carro de cabras, el más bonito de toda la calle, incluso se sentían orgullosos de él, lo que no les impedía burlarse del olor a cabras que llevaba impregnado; quien quisiera tener un buen carro no podía dejar el cuidado de los animales en manos de los esclavos sino que debía ocuparse personalmente de ellos. Pero del apestoso olor de las cabras no era difícil pasar a otras injurias dolorosas sobre el apestoso olor de los judíos e insultos similares. Pablo sabía que era únicamente la envidia la que llevaba a sus compañeros a insultarlo de aquel modo, envidia de sus cabras y de su padre, pero no por ello lo afectaban menos sus ofensas. No lo dejaba traslucir, un chico romano debía ocultar su irritación. Apretaba los labios y miraba altivo por encima de los otros. Había algo especial en él que lo elevaba sobre los demás, y eso lo reconcomía.

En principio le habría gustado muchísimo jugar con los otros niños. Cuando modelaban sus muñecos en forma de animales hechos de cera y arcilla o hacían rudimentarias caricaturas de profesores, compañeros, conocidos, le habría encantado participar, pero era de carácter colérico, sabía que no tardarían en pelearse, y no podía soportar que lo insultasen tachándolo de judío. Si se le enfrentaban con aquel insulto específico no sabía qué replicar. De modo que, contra su propia voluntad, lo obligaron a acercarse cada vez más a los adultos. Pasaba mucho tiempo en compañía de su madre, admiraba al viejo Valer, tan rígido y distinguido, veneraba tímido y distante a la blanca y estricta Tullia, buscaba la conversación del ruidoso y decidido coronel Annius, con el que resultaba tan fácil intimar, y se aferraba cada vez más a su maestro Fineas. Cuando le permitían estar con él o cuidar de sus cabras era cuando se sentía más dichoso.

Las cosas le iban bien. Aprendía con facilidad, en historia destacaba sin esfuerzo entre sus camaradas. Como único hijo de una familia pudiente contaba con los medios necesarios, iba bien vestido, poseía los mejores modales y el mejor tiro de cabras. Hay que decir que a menudo ocultaba cera y mástique en las amplias mangas de su vestido con las que amasaba figuras de animales, y que la pulcritud de su aspecto se resentía debido a dicha costumbre. Sin embargo, no cabía duda de que era uno de los muchachos más elegantes y distinguidos de la escuela de Nikias. Lo que arruinaba aquel brillo era, sin que llegase a confesárselo abiertamente, el judaísmo de su padre. Su padre era un ilustre romano, un gran escritor y amigo del emperador, le amaba y se sentía orgulloso de él: pero era un judío. Nadie le había explicado qué era eso exactamente. Debía de ser algo bueno, pues si no su padre no sería judío, pero al mismo tiempo debía de ser algo muy malo, porque de otro modo su madre habría permitido que él también fuese judío y, con ello, un joven aristócrata romano. Cada vez que formulaba alguna pregunta al respecto lo consolaban asegurándole que le explicarían todo cuando fuese mayor; sin embargo, él daría su tiro de cabras por salir de aquella confusa situación.

A menudo, cuando estaba con su padre, lo miraba tímido, tratando de acercarse a él. Miraba sus manos, la desnuda piel de sus piernas, todo aquello le resultaba ajeno, y, sin embargo, era su padre. A veces llegaba a acariciar, curioso y tierno, su piel. Su padre no lo notaba, o si lo hacía, se retiraba en seguida, un poco extrañado. Lo que más le llamaba la atención en su padre era la barba, aquella barba negra y triangular artísticamente anudada. De niño había tratado muchas veces de jugar con ella, de acariciarla. Más tarde le dijeron que sólo los orientales llevaban esas barbas. Cuando, no hacía mucho, se la cortó, el rostro desnudo del padre le resultó aún más extraño que cuando la llevaba, y a veces sentía nostalgia de la severa y artística barba.

Solía ocurrir que el padre le relatase historias referidas a las leyendas judías, o que le describiese el lujo del Templo. Pero por muy certeramente que Josef contase aquellas cosas en sus libros no lograba reproducirlas fielmente ante su hijo. Las historias del ámbito griego que le enseñaba Fineas eran más bellas, más sutiles. También el griego del padre era tosco, lleno de acentos y entonaciones que Fineas le tenía terminantemente prohibidos. Pablo lo escuchaba cortés, pero se sentía aliviado en cuanto su padre concluía el relato.

En una ocasión le preguntó a su tío Annius directamente qué eran los judíos, si debía considerárseles bárbaros. El tío Annius pareció dudar por un momento, pero después se sinceró con el chico a su manera jovial y abierta. Durante la guerra, los judíos habían demostrado ser buenos soldados, de eso no había duda. No cabía pensar que, como solía decirse, veneraran en su Templo a un asno o que celebrasen sacrificios con muchachos griegos. Pero, por lo demás, estaban llenos de supersticiones. Éstas los llevaban, por ejemplo, a gandulear cada siete días, es decir, durante la séptima parte de sus vidas. Y no se trataba sólo de pereza. Él mismo había visto cómo eran capaces de dejarse ajusticiar sin oponer resistencia en ese séptimo día a causa de tal superstición. Había que tomarlos como eran. Un auténtico romano debía tolerar a cualquier criatura del mundo habitado. ¿Que si eran bárbaros? Sí, en cierto sentido sí, pero pertenecían a la especie más fina, más distinguida de los bárbaros. No se les podía comparar con los germanos, por ejemplo, o con los británicos.

Pablo meditaba a menudo en esa conversación, sobre todo al ocuparse de alimentar a sus cabras en el establo. Conseguir buen forraje y mezclarlo adecuadamente no era cosa fácil. Tenían muchos caprichos, sobre todo Paniscus, el hermoso chivo castrado que era su orgullo. Necesitaban plantas secas y de calidad, sus pequeñas porciones de sal cuidadosamente medida, y mucha hierba fresca que no siempre era fácil de conseguir en la ciudad. Pablo cortaba y mezclaba, las cabras se agolpaban en derredor, pastaban, mascaban con ruido mientras él meditaba. Entonces, de pronto, tuvo una idea. Si los judíos eran bárbaros, y si su padre era judío, entonces debía de ser algo bueno ser bárbaro y, por tanto, se ufanaba de descender de un bárbaro. Había terminado su tarea, pero permaneció en el establo. Se quedó en cuclillas en una esquina. Lo rodeaba el ruido de las cabras al mascar, y él perseguía sus pensamientos. «Sí, así es, mi Paniscus», dijo satisfecho acariciando al animal, que mascaba afanoso, detrás de la pequeña y puntiaguda oreja.

Como es natural, Josef sabía que el niño oiría probablemente toda clase de comentarios irritantes sobre su procedencia judía, pero no sabía cuánto le hacía sufrir aquello, y Pablo tampoco se lo confesó. Ni siquiera durante aquellos días, en que lo abrumaba el recuerdo de las duras palabras de Dorión, intuyó algo de las zozobras de su hijo.

Un día de aquéllos se encontró inesperadamente en una ocasión con Pablo en el Campo de Marte. El niño conducía su tiro de cabras. Josef se alegró de verlo. Él iba en su litera y le propuso una carrera para ver quién llegaba antes a casa, Pablo con sus cabras o él con sus expertos porteadores capadocios. Y se sintió casi tan orgulloso como Pablo cuando éste lo venció por una pequeña diferencia.

Invitó a su hijo a acompañarlo a su despacho. Lo hacía en raras ocasiones, y constituía un gran honor para el niño. Padre e hijo estuvieron charlando un rato. Con un porte excelente, aquel muchacho fuerte y hermoso se sentó frente a su padre, iluminado por un destello del potente sol estival que caía oblicuo sobre él. Una vez más, Josef comparó en su mente al hijo de Mara con el de Dorión, y su hijo judío le pareció basto.

Le preguntó y supo que Pablo estaba leyendo la *Odisea,* tanto en la escuela como con Fineas, en particular el canto decimoquinto. El propio Josef había estudiado a Homero con gran ahínco encontrándose ya en Roma. Y ahora, con aire benévolo, con desacostrumbrada torpeza y, al tiempo, orgulloso, le citó a Pablo un par de versos. El niño lo escuchó cortés. Las nobles palabras griegas manaban desabridas de la boca del padre. Eran unos bárbaros esos judíos, arruinaban el griego con su acento; sin duda, si su padre era un bárbaro, había razón para estar orgulloso de pertenecer a ellos, pero, a pesar de todo, Pablo no pudo sustraerse a la tentación, al concluir aquél, de recitar a su vez un par de versos con la perfecta pronunciación y la elegante entonación de moda en aquellos días, medio prosa medio verso, que había

aprendido de Fineas. Sin ofenderse en lo más mínimo, Josef escuchó complacido el hermoso sonido de las bellas líneas tal como salían de la boca de su hijo. Ese Fineas domina el griego. Cuán orgulloso se había sentido él de su griego, entonces, mientras escribía el libro de los Macabeos. Ahora sabe lo pobre que era. Fineas debía traducir el salmo del ciudadano del mundo. Lástima que sea tan pérfido.

El chico continuó recitando sus versos.

—«Ved, así también hube yo de abandonar la tierra de mis padres, y así fui un extraño y un fugitivo entre los hombres» —concluyó, y los versos aún flotaban por la estancia; Josef únicamente había atendido a su sonido, y sólo ahora meditaba en su sentido, y le supieron amargos.

—Mi acento en griego es malo —dijo de pronto sin preámbulo alguno, por lo que sonó como un ruego o como una disculpa. Se preguntaba qué comentario usaría Fineas con Homero. Había cuatro o cinco comentarios muy buenos, uno de ellos repleto de observaciones antisemitas, el de Apión. Si utiliza el de Apión, pensó Josef, lo echo de mi casa. Pero no se atrevió a preguntárselo a su hijo.

Éste manipulaba entre tanto el mástique que llevaba oculto en su amplía manga.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Josef. El niño, que un instante antes se ufanaba de ser superior al padre por su excelente griego, se sonrojó hasta la raíz. Josef rió benévolo, raras veces reía. Pero en su fuero interno pensó: le enseñan todo aquello que saben me está prohibido y que aborrezco. Si utiliza el comentario de Apión lo echo.

Pocos días después fue a la habitación de Pablo mientras Fineas impartía su clase. Se sentó sin decir palabra y escuchó. Fineas procedía metódicamente, analizaba los versos, evitaba cualquier dificultad y, sin embargo, presentaba todo ante el niño de forma que resultase comprensible y agradable. Josef se mostró interesado; Homero era a los griegos lo que la Biblia a los judíos. Homero era un cúmulo de mentiras y fantasías bellamente entretejidas, pero era posible comentarlas con gran agudeza. Era un método distinto, pero constituía una enseñanza provechosa. Le habría divertido zarandear alguna vez a Homero con los métodos interpretativos que se aplicaban en las universidades judías para comentar la Biblia. Así es como *él* le habría enseñado Homero a Pablo. Lástima que no pudiera hacerlo.

Sonriente, con el interés que muestra un adulto por los juegos infantiles, Josef hojeó los manuscritos que había sobre la mesa. De pronto, mientras leía entre líneas un libro abierto —se trataba de uno de esos volúmenes de papiro cuyas hojas se vuelven que no agradaban a Josef, y no un rollo de pergamino de los antiguos, tan sólidos— se le dispararon el corazón y los pensamientos. ¿No era aquél…? Volvió hacia atrás. Sí, aquél era el comentario de Apión.

Calma, se dijo Josef. No dejarse llevar, no mostrar su ira ante el niño. Tengo que echarlo. Puesto que se ha atrevido a esto no debo tener más consideraciones con él, sería una locura. Pero me gustaría saber si tendrá la insolencia de presentarle a Pablo el libro de este perro en mi presencia. Josef tuvo que hacer un esfuerzo para seguir las palabras de Fineas, sus vivaces ojos estaban velados de rabia, le costaba respirar. Pero estaba seguro de que hasta el momento Fineas no había citado aún a Apión. No dijo nada, siguió escuchando, aguardó.

Hacía rato que el inteligente Fineas se había percatado de lo que ocurría. Desde el último trabajo que realizara para Josef contaba con que aquél no tardaría en negarle pan y servicio. Poco le importaba: no tenía recursos, y la ley obligaba a Josef a garantizar la subsistencia de su liberto. Sin embargo, sí sentiría que le hurtasen la influencia que ejercía sobre el niño al que había cobrado afecto. Pero no tiene la menor intención de negar por semejante motivo su procedencia y su verdad griegas.

Así que, en tono indiferente, habiendo transcurrido apenas media hora desde que Josef entrase en la estancia, dice:

—Con respecto a esto, Apión opina —y coge el libro y comienza a citar de él. Josef lo interrumpe.

—¿Realmente quieres enseñarle al muchacho lo que dice ese libro? —pregunta—. ¿A mi hijo?

Su voz es ronca, se reprime para no mostrarse agresivo, habla en voz baja, pero todo un mundo de indignación subyace a ese «mi».

—¿Acaso consideráis malo el comentario que hace Apión de Homero? —replica sereno Fineas mientras Pablo mira expectante ora a uno, ora al otro—. Pero no voy a discutir semejante asunto con el escritor Flavio Josefo —prosigue servicial—. ¿Conocéis quizás a otro que haya encontrado mejores palabras para alabar al escritor que las de Apión? ¿Os percatasteis de que el senador Marullo utilizó, sin darse cuenta, ciertas palabras de Apión en el discurso de inauguración de vuestro busto? Creo que no existe mejor medio para enseñar a nuestro Pablo —dijo, subrayando ligeramente el «nuestro»— cuán alto y noble es el oficio que desempeña su padre.

Había vuelto a poner el libro sobre la mesa. Josef lo cogió sin pensárselo dos veces; solía ser muy cuidadoso con la letra escrita, pero en esta ocasión no pudo dominarse, lo agarró con tanta vehemencia que

lo rasgó, aunque aún lograba reprimir su tono y no alzó la voz.

—¿Y vos os atrevéis —dijo— a darle a leer al niño las sucias barbaridades que es capaz de inventar ese egipcio sobre el pueblo de su padre?

Y mientras lo decía pensaba: «Ha llegado el momento, lo echaré de mi casa. Pero debo hacerlo serenamente, sin violencia. Aunque es una lástima que no llegue a traducir el salmo del ciudadano del mundo. También es un buen maestro. Lástima que sea tan pérfido. Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos. Pero no poseo el oído de mi hijo. Él lo tiene. Y lo envenena, me lo roba para siempre, me lo ensucia con la porquería de ese repugnante perro egipcio. Y por eso voy a echarlo».

La cabeza grande y pálida de Fineas estaba aún más blanca. Pero su voz era sosegada, elegante y fría como de costumbre, cuando respondió:

—Es posible que no haya reparado en las aseveraciones hostiles a los judíos que contiene el comentario, no me parecen relevantes. Pero debo decir una cosa: tenía la intención de leer con nuestro Pablo, dentro de dos o tres años, el escrito de Apión *Contra los judíos,* y también la *Historia de Egipto* del sacerdote Manetón.

Aquéllas eran las obras más hostiles al judaísmo que se conocían.

Calma, se dijo Josef.

—¿En la escuela también leéis el comentario de Apión? —dijo dirigiéndose a Pablo. Su voz sonó serena. A pesar de ello, contenía tal rabia que Pablo se levantó colocándose (¿una huida o una afirmación de su parecer?) junto a Fineas.

—Sí —respondió en su nombre Fineas, ya que éste callaba—, también en la escuela de Nikias leen el comentario de Apión. Y con razón. Considero que sería erróneo —añadió, y sus claros ojos grises escrutaron sin temor el desnudo y violento rostro de Josef como si fuesen los de un científico— ocultar al niño la existencia de los libros de Manetón y de Apión. Lo que estos autores dicen de los judíos tal vez sea cierto en una pequeña proporción y falso en gran medida, yo por ejemplo considero absurdo suponer que hayan tomado parte alguna vez en el sacrificio de jóvenes griegos, pero se trata de opiniones de grandes hombres que cuentan con amplia aceptación, y no parece razonable silenciarlas. No pretendo educar a nuestro Pablo de tal manera que, cuando se apreste a estudiar *La guerra de los judíos,* no pueda hacerlo sin espíritu crítico. Tal vez apreciará doblemente sus excelencias si conoce también la opinión de otros autores.

Ante aquel cortés y frío sarcasmo la serenidad de Josef se quebró definitivamente.

—Habéis traicionado pérfidamente la confianza que he depositado en vos, Fineas —dijo—. Sois un miserable, liberto Fineas —y con estas palabras colocó de nuevo el libro sobre la mesa con un cuidado sorprendente. Su voz también era queda, pero no pudo impedir que trasluciese un infinito odio y que su rostro se desencajase. ¿Qué estoy haciendo?, pensó. ¿Cómo puedo cometer semejante locura en presencia de Pablo? Sois un miserable, he dicho. Es una locura, ¿y acaso no me dijo una vez alguien en mi presencia que era un miserable? ¿Acaso no me mira Pablo? Sí, Pablo me mira a la cara, Pablo escucha mi voz, Pablo ha aprendido que un hombre debe dominarse y que el que no se domina es un ser despreciable, un bárbaro. A sus ojos soy despreciable, soy un bárbaro para Pablo. Yo mismo he interpuesto ahora un muro entre los dos, un muro inmenso. Soy un loco. Y Fineas será un miserable, pero es el único con el que Pablo aprende lo que es Homero y el único capaz de traducir el salmo. ¿Y qué aspecto tenía en el Templo de la Paz, tras el discurso de Dión, cuando se dirigió a los senadores? Soy un loco. No habría debido dejarme incitar a esta disputa.

El niño permanecía muy cerca de su profesor con una mano en la manga, moldeando nervioso un pedazo de mástique y agarrando la mano de Fineas con la otra. Con las cejas levantadas miraba, pálido, a su padre, que había perdido de tal manera todo control sobre sí.

—Habéis sido mi amo, Flavio Josefo —dijo Fineas—, soy vuestro manumitido y os debo obediencia y respeto, tal como prescribe la Ley. Por otra parte, la ira no conviene al hombre, como he tratado de enseñarle a nuestro Pablo, y no deseo obrar en contra de mis propias enseñanzas. ¿Qué puedo responderos, Flavio Josefo? No creo que haya traicionado la confianza de nadie. Desgraciadamente, jamás habéis hablado conmigo de Pablo, pero la dama Dorión me ha brindado a menudo la oportunidad de comentar con ella los métodos que aplico en su educación. Y ella los aprueba.

Ante este último y diabólico argumento del griego, Josef no supo qué responder. No, no estaba a la altura de Fineas. Tenía una efigie en el Templo de la Paz fundida en cobre corintio, había escrito un libro que era la admiración de todo Occidente y Oriente, pero no era capaz de dominar a su liberto, se ponía en ridículo y se portaba como un imbécil en su propia casa, no le era dado liberar a su hijo, al que amaba, de las falsas doctrinas del griego.

—Yo no apruebo tus métodos, Fineas —dijo, por fin, seco, retirándose más o menos airosamente y sin que su voz delatase sus amargos e impotentes pensamientos—. No necesito ya de vuestros servicios, ni

como educador de mi hijo ni como secretario.

Pasó la mano varias veces sobre el libro de Apión, sonrió a Pablo, que permanecía de pie, pálido, junto a su maestro, y se marchó.

Al día siguiente apareció la doncella de Dorión, y con gran ceremonia preguntó por orden de su ama si Josef querría recibir a la dama Dorión. Josef respondió:

—Sí, por supuesto.

Pero se sintió incómodo, inseguro.

Y después, al instante, apareció Dorión, fría, cortés. A Josef le desagradaba verla con los finísimos vestidos que solía ponerse para estar en casa. Sin embargo, aquel día habría preferido que vistiera uno de ellos antes que las ropas de visita que había elegido. Fue al grano. El estallido de Josef, la forma en que se había dejado llevar por la ira ante su querido hijo, habían colmado su paciencia. Fineas era el instructor ideal del muchacho, un instructor que Pablo necesitaba de modo perentorio. No quería seguir viviendo con un hombre que era capaz de quitarle a su hijo su maestro. Sabía que ante el Tribunal de Moralidad aquel argumento no bastaba para concederle el divorcio, pero, así le habían referido sus amigos, el hecho de que Josef hubiera dejado que su anterior concubina viniese a Roma con su hijo sí constituiría razón suficiente para hacerlo. De modo que le rogaba que, en el plazo de tres días, le comunicase si estaba dispuesto a acceder de buena fe a divorciarse o si la obligaría a iniciar un procedimiento judicial.

Josef se sintió profundamente irritado. Sabía que Dorión no lo decía en serio, que mediante aquella amenaza únicamente quería obligarlo a llamar de nuevo a Fineas. Pero nunca antes había utilizado métodos tan burdos. Por otra parte, había referido lo ocurrido a sus amigos, poniéndolo en ridículo con aquel lamentable incidente ante el insoportable Annius, el torpe y senil Valer, ante todo aquel abominable clan. Y eso que había sido ella la que lo había azuzado en el asunto de Fineas. ¿Acaso no lo había invitado burlona a ganarse a Pablo? La escuchó taciturno, sin interrumpirla, y cuando terminó repuso con sequedad, tras un breve silencio:

—Bien, lo meditaré.

Pero antes del anochecer ya se había arrepentido. ¿Meditar? Tonterías. No tenía la menor intención de renunciar a ella. ¿Qué? ¿Separarse de Dorión y de Pablo sólo porque Fineas tiene a Apión y Manetón por grandes escritores? Eso lo sabía desde hacía tiempo. Y que Fineas no le enseñaba a Pablo la Biblia ni las enseñanzas de los profetas, sino Homero y Apión, también lo podía haber supuesto. Se está volviendo demasiado cómodo, cada vez se deja arrastrar más por sus impulsos en lugar de guiarse por la razón. Debe tomar baños más fríos, entonces no perderá el control tan fácilmente. Se ha comportado indignamente. Su hijo, educado de acuerdo con los principios de la escuela estoica basados en el autodominio, no se lo perdonará sin más.

Tiene que poner orden en ese asunto.

Sin pensarlo dos veces, y sin enviar a nadie para anunciarlo, va a ver a Dorión. Abre la puerta. La encuentra en su litera, sin maquillar, furiosa y deshecha en lágrimas. Sus ojos ya no tienen nada de su clara vehemencia: son ojos turbios, mimosos, de niña. Se sienta a su lado, rodea sus hombros, le habla con dulzura.

Entre dos abrazos llegan a un acuerdo. Todo seguirá como antes. Él revocará el despido de Fineas. Ella no volverá a exigir que eche a Mara y le pedirá a Fineas que no obligue al hijo a leer a Apión y Manetón.

La princesa Berenice había estado nadando en la pequeña piscina de su palacio ateniense, y ahora se dejaba friccionar y ungir por su masajista bajo la vigilancia de su médico personal. Si echaba la cabeza hacia atrás la piel de su cuello aparecía lisa y noble; pero si la alzaba podían adivinarse, a pesar de todos sus cuidados, algunas arruguitas.

Mientras el médico, el masajista y la camarera se ocupaban de ella, charlaba con su hermano, el rey titular judío Agripa. Desde su más tierna infancia había existido entre los hermanos la mayor confianza, ante él no tenía que fingir, no se avergonzaba de su desnudez, le preguntaba lisa y llanamente si no le parecía fofa y envejecida. Una luz verde acuosa llenaba la bóveda de cueva de la piscina y del gimnasio, reinaba un agradable frescor.

—Deberíamos ampliar la piscina —opinó Berenice como ausente.

—¿Por qué no? —replicó Agripa igualmente distraído. Los hermanos, los príncipes más ricos de Oriente, eran conocidos en todo el mundo por su afición a las obras; pero aquel día ni él ni ella estaban de humor

para proyectos de esa índole.

—Más fuerte, fricciona más fuerte —le exigió Berenice al masajista macedonio, que ahora se afanaba con su pie.

—No demasiado fuerte, Majestad —le advirtió el médico—. Con ello sólo empeoraréis y aumentaréis vuestros dolores.

El rostro de Berenice parecía en verdad ligeramente desencajado. Pero todos los presentes sabían que habría estado dispuesta a soportar un dolor diez veces mayor si con ello lograse acelerar, aunque fuese lo más mínimo, la curación de su pie.

—¿Es cierto que nadie ha notado nada? —inquirió temerosa, por tercera vez, dirigiéndose a su hermano.

—Te lo habría dicho, Nikión —la tranquilizó Agripa—. ¿Acaso te he ocultado algo alguna vez? Confirmádselo, doctor —dijo volviéndose hacia el médico—. ¿No hemos acordado no ocultarle nada a Nikión, bajo ningún concepto? Debe saberlo todo, cada detalle.

—Esta mañana me habéis dado tan pocos motivos, Majestad —le explicó el médico—, para ocuparme de vos, que tuve tiempo de estudiar los rostros, los de la tribuna y los de la calle. Nadie ha sospechado siquiera que pudiese haber algún problema con vuestro pie.

—Si llevo vestidos largos —meditó Berenice—, probablemente será difícil que lo vean. Pero ¿qué ocurrirá si alguien llega a ver mi pie?

—Yo he estado informándome —interrumpió entonces la camarera—. Tanto en Grecia como en Siria y Egipto se piensa que la princesa vacila en acudir a Roma sólo a causa de su pelo y de su promesa.

Berenice era valiente, estaba acostumbrada a solucionar por sí misma sus asuntos. Pero esta vez experimentaba el deseo de que le corroborasen una y otra vez que su pie sanaría del todo. Exigía incesantemente palabras de consuelo. Aquella mañana le habían erigido en la ciudad de Atenas un arco honorífico; la ceremonia a la que acababa de asistir había sido larga y fatigosa. El gobernador de la provincia había pronunciado un discurso, así como el intendente de Atenas y el presidente de la Academia, ella misma había respondido, y durante todo aquel tiempo tuvo que permanecer de pie. Se sentía cansada, pero tenía la sensación de haber salido airosa de la prueba.

—Más fuerte, fricciona más fuerte —exigió de nuevo. A pesar de lo que le decía el médico, creía que con un tratamiento más enérgico, con un dolor aún mayor, lograría sanar antes.

Realmente ha obsequiado a la ciudad con una generosidad digna de un rey: ha financiado la construcción de una gran galería, unos espléndidos baños. Esa noche recibirá al intendente por segunda vez. Ella sabe por qué. Grecia agradece su pasión por la cultura griega: es la única mujer a la que la ciudad ha erigido un arco honorífico. Ahora, confían, logrará obtener de Tito los derechos y privilegios que el emperador Nerón concedió a la ciudad y a la provincia y que Vespasiano anuló. Berenice se muestra dispuesta a interceder en su favor, se alegra de que vean en ella con tanta seguridad a la futura emperatriz; pero no sin temor piensa que esa misma noche deberá volver a dominarse y a representar su papel durante la audiencia. Pues se le permitirá escuchar sentada los discursos de los delegados, pero después, cuando deba replicarles, tendrá que levantarse y permanecer de pie largo rato. Disciplina. Hace tiempo, poco antes de que emprendiese su marcha hacia Jerusalén, durante el gran banquete de despedida celebrado en Alejandría, Tito había hablado de la disciplina romana. Aquéllas fueron palabras muy sentidas, y ella lo había amado mucho por ellas. Ahora tiene la oportunidad de probar que es capaz de mantener esa disciplina. Hasta ahora, piensa, no se ha portado nada mal.

Tres semanas todavía, eso es lo máximo, no podrá retrasar durante más tiempo su viaje a Roma.

—¿Creéis que lo lograremos, Estratón? —pregunta por enésima vez volviéndose hacia el médico—, ¿en tres semanas?

Y «Sí, Majestad» le replica por enésima vez.

—Lo lograréis, incluso con la mitad de vuestra energía.

El masaje ha terminado. Estratón envuelve con ayuda de la camarera la pierna hinchada, entumecida, rota, con hierbas y vendajes, después deja solos a Berenice y a su hermano. Ella permanece tumbada en la litera en la estancia verdosa, llena de vaho; está desnuda, mueve el pie enfermo hacia arriba y hacia abajo, mecánicamente, se ha acostumbrado a ejercitarlo de continuo a pesar de las advertencias.

Pero ahora, tras el terrible esfuerzo requerido por la ceremonia y ante el nuevo que exigirá de ella la audiencia, le asalta a pesar de todo una gran debilidad. Delante de su hermano puede dejarse ir, quejarse. Permanece tumbada, exhausta, cierra los ojos, los párpados violeta se arrugan bajo las cejas finamente depiladas. No ve a su hermano, pero nota cómo la mira, callado, uno con ella, la persona que más ama de este mundo. Y, con voz queda, en el arameo de sus años mozos, le habla de forma inconexa, pero sabiendo que conoce los entresijos; debe desahogarse, decir lo que tantas veces ha pensado, debe lamentarse,

quejarse, quejarse ante Dios y el mundo por todas las tropelías que han cometido con ella.

—¡Oh! Agripa, ¡oh, hermano mío! —se lamenta—. ¿Por qué tuvo que organizar el gobernador aquella cacería para mí? Si tengo algún amigo es Tiberio Alejandro. ¿Y por qué tuvo que darme ese maldito caballo Saxo? ¿Por qué tuvo que ocurrirme este estúpido accidente? Dímelo, hermano, explícamelo. Me estoy volviendo loca de pensarlo. Cuando murió el viejo estaba segura de convertirme en la segunda Ester. Tú mismo dejaste de llamarme Nikión y me decías siempre Ester. Ahora hace tiempo que no me llamas así. Sí, ya lo sé, dentro de lo malo tuve suerte, y todos hicieron lo que debían. Fue una suerte que pudiera reprimir mis dolores durante la cacería. Es una suerte que sólo haya nueve personas al corriente del accidente y que sean de confianza, todas ellas. Tiberio Alejandro no dirá nada, no le interesa, y los demás dependen de nosotros, ya lo sé: les has dejado bien claro que obtendrán la libertad y serán ricos si nos siguen el juego hasta el final, y que, si no lo hacen, no podrán escapar a tu poder y serán aniquilados. También la idea de la promesa fue otra bendita idea tuya. Eres listo, hermano mío, y conoces el mundo. Sí, sí, todo saldrá bien, tiene que salir bien, dímelo otra vez, dímelo mil veces.

»Pero aunque me lo digas mil veces, y aunque yo misma me lo repita, ahí sigue ese gusano royéndome por dentro. No saldrá bien. Es un castigo, y no podremos sustraernos a él. Queríamos ser griegos y también judíos, y eso no puede ser. Yahvé no lo permite. Queríamos demasiado, fuimos demasiado arrogantes. Sólo hay un pecado que los dioses griegos castigan al igual que Yahvé, y es la arrogancia, la *hybris*. Nosotros lo hemos cometido y he aquí el castigo.

»Sí, Tito me ha amado y aún me ama. Pero aunque lo consiguiera, aunque lograse borrar cualquier rastro visible y no cojease, ¿acaso no habrá desaparecido ese toque indescriptible por el que alababan mi andar? Sí, dímelo otra vez, dímelo mil veces: que Tito no me ama por mi forma de caminar. Pero te pregunto ahora: ¿no es cierto que siempre es una nimiedad sin importancia lo que atrae a un hombre? ¿Y no es cierto que cuando desaparece, aunque él no se dé cuenta, se pierde la magia? ¡Oh Agripa! ¡Oh, hermano mío, todo es inútil! Todo lo que hacemos, aunque lo hayas urdido con tanto ingenio, es en vano. Hemos sido arrogantes y he aquí el castigo.

Sin embargo, tres horas después, al recibir al intendente y al Consejo de la ciudad de Atenas, apareció más espléndida y majestuosa que nunca. Y la ciudad de Atenas se alegró de que la futura emperatriz se mostrase tan benévola con sus delegados.

El príncipe Domiciano enseñó a su amigo Marullo cómo progresaban las obras que realizaba en sus propiedades de Alban: la villa con sus numerosas dependencias anejas, el teatro, los pabellones que se adentraban en el lago. Los acompañaban los arquitectos Grovius y Rabirius seguidos por un numeroso cortejo, el administrador del príncipe, el jardinero mayor y Sileno, un enano gordo y velludo que el príncipe había adquirido por una suma importante a causa de su aspecto grotesco y temible y que no dejó de gastarles maliciosas bromas con su aguda voz de falsete.

Desde que el Chiquillo constatara que podía sacarle a Tito grandes sumas de dinero dejó de poner trabas a sus costosos caprichos. Lo que construía no podía quedar a la zaga de las grandes obras de Estado de su hermano. Aquella villa sería para Lucía, ¿y había algo demasiado costoso si iba a constituir el marco adecuado para Lucía? Las fantasías del príncipe incitaban a sus arquitectos e ingenieros a inventar sin descanso nuevas sorpresas, extrañas máquinas, a mover a su antojo los muros de una sala, a hacer desaparecer los techos para que todo se adecuase al voluble humor de Lucía. En los desiertos de África, en las estepas y selvas de Asia, cazaban animales para llenar sus jardines —los jardines de Lucía— de animales extraños, terribles y grotescos.

Hacía calor, el paseo los había fatigado. Marullo se sintió aliviado cuando terminaron y les sirvieron bebidas heladas en una sala pequeña y sombría. Domiciano rogó a su amigo que emitiese un juicio sincero. Éste no se reprimió y alternó con mesura la crítica y el elogio. Comprendía el siniestro y fabuloso humor del príncipe por muy zafios que fuesen en ocasiones sus caprichos. En un principio se había acercado a Domiciano por motivos ajenos a él: después de que Vespasiano lo expulsase del senado quiso vengarse del emperador trabando amistad con su hijo, al que tenía poco aprecio. Pero poco a poco, aun reconociendo los defectos del príncipe, aquella unión fortuita llegó a convertirse en algo parecido a una sincera amistad.

Al ver que el Chiquillo le explicaba sus nuevas obras tan prolijamente Marullo intuyó de inmediato que deseaba algo más que su beneplácito. Pronto quedó demostrado que su intuición era acertada. Domiciano necesitaba su ayuda para poner en práctica una idea original. Pues deseaba representar con motivo de la inauguración del teatro de la villa una parodia en la que se mostrase la conquista de aquella bárbara provincia oriental por los macedonios.

—¿Y? —preguntó Marullo expectante escrutando al príncipe con sus agudos ojos azul claro y su lente de esmeralda. El rostro de Domiciano enrojeció levemente mientras su abultado labio superior dibujaba una sonrisa maliciosa.

—Por supuesto —dijo—, no será una de esas representaciones anticuadas de tipo histórico, sino que, sin que sea necesario subrayarlo en demasía, debe resaltar la ligazón con el presente de modo que quede patente para todos. Si vos, por ejemplo, querido Marullo, me pudierais prestar a vuestro ayudante Juan de Giscala para la obra, mi hermanito comprendería sin lugar a dudas de qué se trata.

Marullo golpeó pensativo el suelo con su elegante bastón de mendigo. Había probado todo lo que podía probar el hombre más mimado de su época, y se había saciado. Una sensación nueva tenía que ser verdaderamente estrafalaria para divertirlo. Quizá la única persona que realmente le importaba era precisamente Juan de Giscala, su esclavo, que había sido jefe del ejército en la guerra judía y, junto al comandante Simeón bar Giora, el personaje judío más relevante de aquella guerra; había incitado a los campesinos de Galilea a iniciarla, los había conducido. A Simeón bar Giora lo habían crucificado, y él, Marullo, había comprado a Juan de Giscala entre el botín a cambio de mucho dinero y haciendo uso de toda su influencia. Ahora era su acompañante perpetuo; ayudado por su extraordinaria memoria, Juan debía susurrarle los nombres y las características de las personas con las que se encontraban y que el propio Marullo no lograba recordar. Pero no era por su memoria por lo que Marullo apreciaba a aquel hombre. Quería, como estoico que era, tener junto a sí un símbolo del destino, un símbolo de su ineludible poder, el más lúcido e incomprensible, un símbolo de la grandeza humana y de su derrota, una advertencia constante e irónica.

Al exigirle ahora el príncipe que se lo prestase para su representación vaciló. Lo que en él quedaba de calor humano le había cobrado afecto a Juan. Al principio sólo había querido gastar una broma con sentido: había supuesto que, tras tantas experiencias insignes y duras, Juan se volvería taciturno y patético, lleno de un oscuro desprecio por los hombres. Pero nada de eso había ocurrido. A pesar de su excelente memoria Juan demostró ser capaz de digerir su propio pasado sin que quedase rastro de él. Había aplicado toda la intensidad de que era capaz a la campaña judía, había enviado a la muerte a cientos de miles arriesgando su propia vida otras tantas, había determinado y padecido su destino. Fue expuesto en el cortejo triunfal junto con Simeón bar Giora, aherrojado, y depositado después en las manos de Marullo. Y con ello terminó para él la campaña judía, desvaneciéndose su *pathos*. La empresa había fracasado, él aceptó sus consecuencias y la liquidó. Aquello era agua pasada, punto final, comenzaba una nueva existencia.

Ése era el sencillo y escaso contenido que Marullo pudo sacar de Juan, nada más, nada más interesante que aquello, por mucha astucia y cuidado que emplease en escrutarlo. Al principio pensó que lo estaba engañando y que se trataba de una estratagema. Pero cada vez resultaba más evidente que la actitud de Juan era sincera. Por muy dramáticos que fuesen para los romanos los motivos que desencadenaron la guerra, aquel hombre, uno de sus principales instigadores, no la había iniciado por motivos dramáticos. Juan de Giscala era un pequeño terrateniente galileo. Le tenía apego a su propiedad, poseía ese acusado sentido de la tierra propio del campesino, quería vender su aceite y hacer dinero, ampliar sus terrenos, y consideraba intolerable que aquellos romanos cruzaran el mar para llegar hasta allí e interponerse en sus negocios. Contra eso había que hacer algo, había que rebelarse; había que, si llegaba el caso, iniciar una guerra. Declararon la guerra, Juan se vio arrastrado contra su voluntad por su patetismo, y luchó, como él mismo creyó e hizo creer a cientos de miles más, por Yahvé contra Júpiter. Ahora la guerra estaba perdida. Y, en realidad, aquel hombre cuyo entendimiento nada turbaba se había sentido aliviado al liberarse de su patetismo. Había comprendido que la guerra no es la forma más adecuada de arreglar las cosas. Por tanto, había que buscar otro medio. La tarea que debía cumplir a continuación era, en cualquier caso, obtener de nuevo un terreno y hacerse con aceite para venderlo a buen precio.

Tal actitud, que resultaba completamente ajena a Marullo, le agradaba precisamente por su rareza. A su manera, le cobró afecto a aquel hombre. A menudo jugaba con la idea de concederle la libertad, pero temía que el muy hábil lograse encontrar el modo de regresar a Galilea desapareciendo para siempre de su vida. Juan se había convertido para Marullo en algo más que un guiño esnob: veía en él a un amigo y no deseaba perderlo.

Al escuchar ahora la pretensión de Domiciano tuvo Marullo reacciones encontradas. Hacer intervenir a los jefes del ejército en una parodia sobre aquella guerra podía constituir una broma divertida, pero el parodiado debía ser el vencedor, no el vencido. En verdad, la guerra judía había sido cualquier cosa menos una broma, y le parecía un tanto ruin ridiculizarla diez años después de alcanzar la victoria. Marullo no tenía nada en contra de que se enfrentase a una persona a sus debilidades de forma mordaz y ofensiva. Pero los judíos habían dado muestras de gran valentía, y ver cómo se ridiculizaba su guerra no podía afectarlos.

Sus amigos judíos —Flavio Josefo, Demetrio Libán, el propio Juan de Giscala— sin duda considerarían gélida aquella broma, y toda la empresa como un estúpido proyecto digno de un simple.

Le presentó corteses pretextos. Sin duda, la idea del príncipe era excelente, pero ¿era realmente digna de aquella gran ocasión? ¿No era más bien una bufonada?

Domiciano se animó precisamente a causa de su vacilación. De ella colegía que su proyecto era realmente temerario. También lo tentaba obligar a Marullo a hacer algo en contra de su voluntad. Tras haber padecido mil humillaciones disfrutaba humillando a los demás. Marullo dependía de él. El enemigo de Vespasiano, su amigo, era necesariamente también enemigo de Tito, y él, Domiciano, constituía su principal apoyo. De modo que, taimado y cortés, el príncipe insistió en su propósito. Su teatro de Albano debía ser digno de Lucía, debía superar a todos los teatros del Imperio. Que su proyecto tuviera algo de bufonada, como su buen y crítico amigo había observado con agudeza y tal vez no sin razón, no importaba. El teatro no debe ser la casa de la plebe. A él, a Domiciano, tan sólo le importaba escuchar la risa de Lucía. Y para eso necesitaba a Juan de Giscala.

No dio su brazo a torcer, y, tras oponer cierta resistencia, a Marullo no le quedó otro remedio que aceptar. Sin embargo, puso un reparo. Juan de Giscala era un tipo sibilino; se podía obligar a un hombre a morir, pero no a representar un papel.

De camino hacia Roma se sintió irritado por haberse dejado arrancar aquella promesa. ¿Acaso esa humillación de los impotentes judíos, tal como la ha planeado el Chiquillo, no resultaba aún menos graciosa que, por ejemplo, el combate con la espartana por cuyo motivo Vespasiano lo expulsó del senado? Esos campesinos, los Flavios, son realmente unos advenedizos, Domiciano no menos que el viejo. Consiguió resistirse a aquél, no le tuvo miedo, pero ahora sabe que el joven es aún más peligroso. Había hecho mal en involucrarse tanto con él.

Pero habiendo llegado a ese punto no puede retroceder. La conversación que deberá mantener con Juan de Giscala no será, desde luego, agradable.

Efectivamente, Marullo da mil rodeos antes de encarar el asunto. Habla con su estilo burlón de siempre sobre los problemas del mercado urbanístico romano. Los precios siguen subiendo a causa del gran incendio. Juan tiene un gran talento para todo lo relativo a los terrenos, es capaz de intuir qué zona preferirán los romanos en el futuro para instalar sus viviendas: el norte. Permanece allí sentado, muy tranquilo, acaricia su bigote y justifica su opinión con muchas y buenas razones. Pero no sólo tiene olfato para el urbanismo, sino que nota también que a Marullo le preocupan hoy otros asuntos. Lo mira con sus astutos ojillos sin bajar la guardia.

Finalmente Marullo interrumpe su conversación sobre los terrenos y le explica con palabras sencillas lo que el príncipe quiere. Él considera que la broma no es muy profunda, concluye, y que el príncipe se ha excedido al pedírselo. Pero Juan sabe muy bien cómo es el Chiquillo, y conoce también su situación, la de Marullo. Es muy posible que otros líderes de la revuelta prefirieran, de encontrarse en su situación, acabar con su vida o con la del príncipe. Y sin duda sólo lo primero sería viable. Sin embargo, Juan es un hombre inteligente, libre de aquel irracional patetismo. Precisamente por eso ha preferido ser franco con él.

—Ya nos conocemos, mi Juan —concluye—: sabes que para mí eres algo más que un buen ayudante. Dudo mucho que seas un buen actor y considero una broma estúpida querer emplearte para ello. No necesito decirte cuánto me repugna todo este asunto.

Mientras Marullo habla, Juan ve ante sí con sus astutos e incorruptibles ojos de campesino todo lo que vivió en la guerra: las luchas en Galilea; las atrocidades del asedio a Jerusalén, esa desolada y pestilente cloaca que pocos meses antes había sido la ciudad más hermosa del mundo; la terrible rivalidad con Simeón bar Giora: cómo se habían peleado él y Simeón como gallos que fuesen conducidos al matadero con las patas atadas, y, sin embargo, no dejasen de atacarse con las garras y con el pico; aquella cena en la que tomó los últimos corderos destinados al sacrificio y cómo se los había comido, obligando al sacerdote a chupar los huesos. De modo que ahora debía parodiar todo aquello y a sí mismo en una comedia, para diversión de los romanos.

Escruta atentamente la fina boca de Marullo, espera a que concluya. Después, sin titubear, dice:

—Bien, lo haré. Pero con una condición. Me concederéis por fin la libertad, y me daréis cien mil sestercios para que pueda comprar unos terrenos en el norte. El papel no es fácil —añade, dibujando incluso una sonrisa—: Demetrio Libán habría exigido al menos doscientos mil.

Pues al rememorar las imágenes de la asediada Jerusalén no lo hizo con entusiasmo ni rencor, sino con satisfacción. Sí, poco a poco crecía en él un sentimiento de satisfacción al ver que no había asistido en vano

a todas aquellas atrocidades que tal vez ahora le valiesen un nuevo ascenso. Y antes incluso de que Marullo terminase se vio a sí mismo de otro modo: como liberto en una oficina en Roma comerciando con propiedades y ganando el dinero suficiente para adquirir en Galilea aceite nuevo y un nuevo terreno. Pues ha nacido campesino, y su vida habrá sido buena si logra pasar el resto de ella como campesino y morir como tal en Galilea.

A Marullo le asombró que Juan accediese tan fácilmente. En realidad lo ha subestimado. Creía que no era más que un héroe nacional, y ahora demuestra ser un hombre razonable.

—Bien —dice—, de acuerdo. Pero para empezar te bastan cincuenta mil.

Domiciano corrió a ver a Lucía con la carta en la que Marullo le comunicaba que Juan aceptaba su propuesta. En ese momento se estaba aseando. El peluquero y las doncellas se esforzaban por rizar su pelo en innumerables bucles para formar una artística torre. Domiciano estaba alegre y excitado. Con el hermoso rostro sonrojado se presentó ante su amada esposa doblando un brazo hacia atrás y con la carta en la otra mano. Su gordo y velludo enano Sileno entró tras él trastabillando, esforzándose por mantener el brazo doblado detrás de su joroba, imitando a su amo. El príncipe habló deprisa y dándose importancia, sin reparar en que se atropellaba; tampoco le importaban los numerosos esclavos, perros para él. Pensaba que la divertida Lucía encontraría tanto placer en aquel plan como él mismo, y esperaba oír su sonora y alegre risa. En su fuero interno confiaba en que, tras haberse esforzado con tanto ingenio en darle gusto, por fin le permitiría volver a besar la cicatriz bajo su pecho izquierdo.

—Y ese judío está dispuesto a hacerlo —concluyó con aire triunfal—. Acabo de recibir una carta de Marullo en la que me confirma que lo hará. El ballenato tendrá que venir a la inauguración. No le quedará más remedio, si no quiere ofendernos mortalmente a ti y a mí. ¡Imagínate la cara que pondrá!

Y se rió con aquella risa suya estridente y atropellada, a la que se unió el atronador balido del enano con su voz de falsete.

Lucía se había vuelto hacia él. Al principio el peluquero y las doncellas continuaron trabajando en la torre de bucles, pero pronto notaron que la inocente visita matinal amenazaba con convertirse en una terrible pelea, y se retiraron temerosos con sus útiles a un rincón. Lucía había vuelto su apasionado rostro hacia el príncipe con un brusco movimiento, de modo que la estructura a medio terminar de su peinado se derrumbó. No, la idea del Chiquillo le desagradaba profundamente.

—¿Te has vuelto loco? —lo increpó con brusquedad—. No comprendo cómo ha podido prestarse Marullo a una cosa tan burda y estúpida.

Pensaba en el judío Josef y en lo que había leído en su libro sobre Juan. Sus grandes ojos, muy separados, miraban iracundos y desdeñosos a su esposo.

Domiciano no entendía qué era lo que reprobaba de su proyecto. Por un instante le vino a la memoria la vacilación de Marullo, quien había hablado de una bufonada. Quizá fuese una expresión amable por «falta de gusto» o «burdo». No, su idea era buena, lo que ocurría era que Lucía estaba de mal humor. Todos se habían puesto de nuevo de acuerdo para contrariarlo. El enano Sileno se adelantó con una expresión de estúpida altanería en su grotesca cara, parodiando la orgullosa ira de Lucía. El príncipe lo lanzó a una esquina de un puntapié. Pero después, de inmediato, retomó su afabilidad de siempre. Con el rostro encarnado, aunque esbozando una cortés sonrisa que casi parecía darle la razón, dijo:

—Parece que esta mañana estáis de mal humor, princesa. Quizá no me habéis escuchado bien. También me parece que vuestros esclavos no han sido muy hábiles con vuestro peinado. Tal vez deberíais ser más severa con ellos. Ahora hablemos de otras cosas; me permitiréis que os exponga mi idea más adelante, con más calma.

Pero Lucía, violenta y precisamente de esa guisa, no tenía reparo alguno en seguir humillándolo delante de los esclavos.

—No te esfuerces, Chiquillo —le replicó con acritud—. Guárdate tu idea hasta que encuentres a alguien a quien le guste. Yo no estoy dispuesta a ir a Albano si allí se representa lo que acabas de mencionar.

Domiciano sudaba. No tenía intención de renunciar a su plan, pero consideraba que lo más sensato era tomar a Lucía como era. Se sentó y comentó con ella cortés y prolijamente otros asuntos sin importancia. Incluso llamó al enano para que saliera del rincón y le ordenó que continuara con su trabajo. Lucía, sin embargo, se limitó a responder con monosílabos y, finalmente, le comunicó sin ambages que aquel día no estaba de humor para recibirlo y que le estaría agradecida si él y su gente le permitiesen proseguir con su aseo en paz. Domiciano lo tomó como una broma y se despidió muy amable y sin perder la compostura.

Pero Lucía sabía que no era fácil hacerle desistir de una idea en cuanto se le metía en la cabeza. No era malvada, y le tenía aprecio a su Chiquillo. Se propuso impedir, aun contra su voluntad, que hiciera el ridículo de aquel modo.

Pocos días más tarde, el cuatro de septiembre, con motivo de la inauguración de los grandes juegos del teatro del distrito segundo, que duraban quince días, halló la ocasión de ver cumplido su propósito. Se encontraba en el palco imperial. Tito parecía fresco y de muy buen humor. Había perdido aquella mirada turbia y triste de las últimas semanas, más bien la miraba con ojos atentos, y cuando le hablaba resonaba en su voz aquel leve tronar de sus mejores tiempos. Ella nunca había aprobado las maquinaciones de Domiciano contra Tito; era una mujer ávida de vida y de lujo, pero pertenecía a una familia demasiado excelsa como para ser codiciosa. También percibía en las relaciones de Tito con Berenice una pasión auténtica, y la tozudez de su afecto le imponía. Era la primera vez que veía a su cuñado desde su transformación y le gustó, realmente ya no tenía nada de ballenato. Decidió inmediatamente acabar con el pérfido y poco elegante proyecto de Domiciano.

Fue como si Tito hubiese adivinado sus pensamientos, pues en el descanso le preguntó cómo iban las obras de su villa de Albano y si podían contar con la apertura de su teatro próximamente. Ella dirigió sus grandes ojos, muy separados, directamente a los suyos, más turbios, duros y pequeños, y repuso que si no se inauguraba antes no era por problemas que afectasen a su construcción, sino porque aún persistían diferencias de opinión entre ella y el Chiquillo con respecto a lo que debía representarse en él. Y con aire indiferente le refirió el proyecto de aquél.

Tito la miró atentamente, opinó que era muy interesante, y le dio las gracias sonriendo. Ella le gustaba, en verdad era digna hija del mariscal Corbulo, que había sabido vivir con tanta grandeza y alegría, y que con tanta grandeza y temeridad había muerto. Le asombraba que el Chiquillo hubiese logrado ganársela y que continuara a su lado, lo envidiaba y la envidiaba a ella por la naturalidad con que se comportaba, por su fuerza, porque rebosaba romanidad.

Sobre el escenario la obra seguía su curso. Tito miraba de soslayo a Lucía, su compañera de palco. Ella y su estirpe no se han visto zarandeados como él y la suya por mil y una dudas. Son sus propios jueces, les importa un comino la opinión del mundo. Aman la vida, no temen la muerte, y precisamente por eso son capaces de disfrutarla. Aparentemente había olvidado ya la conversación que acababa de mantener con él y ahora seguía, absorta, la representación. Si Berenice no existiese, esa mujer sería la única capaz de incitarlo. Los médicos le habían dicho que había perdido definitivamente la capacidad de engendrar un hijo. Se quedó ensimismado, meditando, soñando. Veía la mejilla de la mujer, el brazo y la mano sobre la que la apoyaba. Una queda e insensata esperanza se abrió paso en su interior: que aquella mujer pudiese darle un hijo a pesar del dictamen de los médicos.

Dos días después recibió con sorpresa la visita de Domiciano. El Chiquillo se mostró cortés, incluso sumiso. Sin duda era el frustrado proyecto teatral, supuso, y la negativa de Lucía lo que achantaba de tal forma a su recalcitrante hermano. Él, Tito, resplandecía, se sentía fresco, en forma. Berenice no tardaría en llegar, y el hecho de que su hermano se mostrase tan humilde le levantó aún más el ánimo.

Pero pronto se demostró que el príncipe no había acudido a verlo a causa de esos supuestos remordimientos. Con gran cuidado, aunque no sin que Tito lo advirtiese, fue conduciendo la conversación hacia un objetivo determinado. Una y otra vez la guiaba hacia una ley que el emperador había hecho aprobar en el senado unos días antes y que suponía un endurecimiento de las penas impuestas a los falsos denunciantes de delitos de lesa majestad. Aparentemente, al príncipe le preocupaba la aplicación y consecuencias de aquella ley. Pero Tito no lograba dar con el motivo.

Él mismo había aprobado la ley porque no lograba acallar las voces que proclamaban en Roma que el incendio era una señal del cielo condenando su unión con Berenice. De modo que debía demostrar a las masas lo pío y comedido que era. Aquella nueva ley le brindaba la ocasión de hacerlo. A nadie agradaban los procesos por lesa majestad, y se despreciaba a los denunciantes. Al endurecer las penas impuestas a los que hacían denuncias falsas halagaba a las masas y honraba a los dioses.

Sin embargo, ni la corte ni los tribunales tomaban muy en serio el endurecimiento de las leyes. Las penas por lesa majestad eran extraordinariamente duras: muerte, destierro, en cualquier caso confiscación de bienes. Y lo importante era precisamente la confiscación; pues el dinero y los bienes confiscados en el transcurso de esos procesos constituían una parte sustancial de los ingresos del tesoro estatal e imperial. El que presentaba una denuncia que concluía con la condena del acusado recibía buena parte de los bienes confiscados. Tito y sus ministros contaban con que, gracias a estas cuantiosas recompensas, se interpusiese un número igualmente elevado de denuncias a pesar de la dureza de las penas.

Jugaba con el Chiquillo, respondía como de pasada a sus observaciones sobre la ley, se desviaba del tema, comentaba alegre esto y lo otro. Pero el Chiquillo volvía siempre, con gran destreza y por toda clase

de vericuetos, al edicto contra los denunciantes, de modo que Tito comenzó a preguntarse con creciente expectación qué era lo que en realidad pretendía.

Finalmente, Domiciano mencionó un nombre: el nombre de Junio Marullo. Lo hizo con la boca pequeña, como de pasada. Pero en cuanto lo escuchó Tito comprendió, reconoció al instante de lo que se trataba. Sonrió en silencio, burlón, satisfecho. Acababa de hacerse, sin proponérselo siquiera, con un arma eficaz contra las pretensiones del Chiquillo.

Las finanzas del senador Marullo habían salido beneficiadas con su expulsión del senado: aquella regresión social se vio compensada con un enorme auge económico. Mientras fue senador le había estado prohibido presentar denuncias. Tras su expulsión pudo permitirse denunciar a algunos de sus antiguos colegas del delito de lesa majestad. Era un jurista experimentado, un extraordinario orador, y logró saciar su desmedido apetito económico. Había presentado nueve jugosas denuncias. Vespasiano, siempre preocupado por incrementar el tesoro del Estado y el propio, no se lo había impedido; y aquellos juicios sirvieron para aumentar el reconocimiento de la capacidad financiera tanto suya como de su enemigo Marullo. Sólo en un caso, que carecía de relevancia, permitió Vespasiano que se declarase inocente a un acusado para mantener su prestigio; pero durante el reinado del emperador ahorrativo, las penas impuestas a los falsos denunciantes fueron muy moderadas, y Marullo se libró previo pago de una pequeña multa.

Al ver que el nuevo edicto establecía penas tan duras contra los denunciantes Marullo pensó, con su buen olfato, que el emperador podría, en caso que querer atacarlo, conceder carácter retroactivo a la ley sin necesidad de introducir un nuevo proyecto en el senado, lo que le permitiría utilizarla contra él. Al comunicárselo a Domiciano, naturalmente de pasada, como corresponde a un estoico, de un modo elegante y despreocupado, el príncipe, siempre taciturno y desconfiado, fue convenciéndose de que el único fin de Tito al introducir aquella ley había sido atacar a Marullo, a su amigo Marullo.

Sentía un afecto sincero por Marullo, aunque no pudiese evitar torturarlo de vez en cuando. Precisamente ahora que asistía al fracaso de su proyecto teatral constataba de nuevo que sólo había en el mundo tres personas a las que amaba. Lucía, Annius y Marullo. Si alguien le hubiese traicionado con tanta brusquedad como acababa de hacerlo Lucía, lo habría odiado y perseguido hasta la muerte; pero ella le parecía aún más adorable precisamente por aquella traición. Si alguien aparte de ellos hubiese tachado, si bien eufemísticamente, de burdo su proyecto, alardeando de un gusto más fino que el suyo, no se lo habría perdonado; pero a Marullo lo amaba aún más por ello.

Y así, al mencionarle Marullo el peligro al que lo exponía la nueva ley, decidió de inmediato salvar al amigo de las intrigas de su hermano. Sin decirle a aquél una sola palabra acudió a ver al ballenato.

Éste no había pensado ni por un momento en utilizar la ley contra Marullo. Pero al percibir ahora los temores del Chiquillo fue lo bastante astuto como para no tranquilizarlo. No mencionó en ningún momento el nombre de Marullo. Pero sí, de pasada, que sus consejeros aún no habían decidido si el decreto contra los falsos denunciantes podría aplicarse también con carácter retroactivo. Domiciano opinó que no era aconsejable, pues de ese modo deberían proceder contra algunos hombres muy influyentes a los que el tesoro estatal e imperial debía mucho; no harían bien en reavivar aquellas antiguas historias que en nada favorecían el buen nombre de la dinastía. Un argumento más bien flojo. El Chiquillo era consciente de ello y cuando Tito le replicó con ligereza que era muy amable por su parte preocuparse tanto por una posible merma de su popularidad no supo qué responderle y se retiró disgustado, esforzándose por mantener su acostumbrada cortesía.

El senador Marullo se encontraba ante un difícil dilema: se preguntaba si realmente debía liberar a Juan de Giscala tal como éste le había propuesto con motivo del penoso proyecto teatral del Chiquillo. Naturalmente, nadie podía obligarlo a mantener su promesa, y el astuto galileo era lo suficientemente prudente como para no recordárselo, Pero Juan no era para Marullo un esclavo en el sentido estricto y, si no deseaba ver disuelto el vínculo que los unía, no podía mantenerlo siempre en aquel estado indigno. A ello se añadía otra consideración. Aunque Marullo no creía que existiese un peligro inminente, podía ocurrir que, teniendo en cuenta las extrañas relaciones que mantenían Tito y Domiciano, el ballenato tuviese de pronto la idea de volver contra él la ley relativa a los denunciantes, y sería muy desagradable que Juan cayese en manos de un cualquiera. Por tanto, Marullo decidió manumitirlo.

Pero antes necesitaba su ayuda para una broma. Marullo, que en los últimos tiempos padecía de dolor de muelas, y, por tanto, de una creciente misantropía, consideraba que Josefo, desde que recibiera aquel gran honor, se mostraba particularmente pagado de sí, y Libán siempre le había parecido un arrogante. Decidió darles una lección a sus dos altivos amigos, y como sabía que se consideraban responsables, por sus

manejos en Roma, de la guerra judía, pensó que su esclavo, cuya caída no había podido ser mayor, era el hombre adecuado para ocuparse de su propósito.

Y, así, invitó a su casa a Josef y a Libán junto con Claudio Regino y algunos otros. El actor le facilitó la tarea. Pues en cuanto Marullo comenzó a hablar, tras la cena, de la guerra judía y de sus causas, Demetrio se dejó llevar por sus meditaciones con ese aire suyo particularmente modesto y por ello tanto más significativo, argumentando sobre el extraño modo en que Yahvé y el destino jugaban con las personas; se diría que lo hacía, para citar las palabras del poeta, «como el viento que dispersa gotas de agua sobre las anchas hojas». En aquel entonces, al representar al judío Apella no pensó que le estaba haciendo un servicio a los judíos, ¿pero acaso no provocó con ello, como podría testimoniar el doctor Josef allí presente, la resolución de la cuestión de Cesarea y, por tanto, el inicio de la guerra? Josef callaba. No le gustaba que le recordasen aquel episodio. Pero Marullo insistió:

—Dad testimonio, mi Josef, como quiere nuestro Demetrio. ¿Es cierto que vos y él fuisteis los causantes de la guerra?

—Posiblemente los desencadenantes —replicó Josef, un tanto molesto, encogiéndose de hombros.

—¿Qué opinas *tú,* mi Juan? —preguntó Marullo de pronto volviéndose hacia el galileo, que permanecía en una esquina junto a los criados en actitud humilde. Demetrio y Josef levantaron los ojos disgustados. Marullo sabía sin duda que desde el comienzo de la guerra judía había surgido una acre enemistad entre Juan y Josef, y, que el galileo siempre le había caído antipático al actor. Un héroe nacional debía parecer romántico, interesante. Sólo a él, al actor, le era dado convertir a aquel personaje en lo contrario mediante un ingenioso juego mental. No obstante, aquel Juan osaba ser lo que él mismo, Demetrio, tenía previsto representar.

Juan se aproximó con gran modestia.

—¿Qué debo hacer? —preguntó cortés.

—Ya has oído —dijo Marullo—, lo que piensan nuestros amigos Flavio Josefo y Demetrio Libán sobre el origen de la guerra judía. No puede decirse que hayas sido ajeno a esta guerra. ¿No quieres decirnos lo que piensas *tú* al respecto?

—Si el gran actor Demetrio Libán explica —opinó Juan en tono imparcial— que fue la lucha por un par de asientos en el Consejo de Cesarea lo que provocó la guerra, los doctores de Yabne por su parte sostienen que fueron los pecados de Israel, y los nacionalistas judíos lo achacan a los desmanes de los gobernadores romanos. A su vez, los «creyentes», los llamados mineos o cristianos, opinan que la culpa de la guerra y de su estallido fue el juicio celebrado contra cierto falso Mesías. Ya ven, señores que hay división de opiniones —a continuación guardó silencio, se acarició pensativo el corto bigote y volvió a mirar humildemente con sus pícaros ojos grises los rostros de los que lo escuchaban.

—También nuestro Flavio Josefo —dijo entonces Marullo muy amable— expone en su famoso libro una serie de motivos patrióticos y religiosos. Pero —prosiguió, animando al modesto Juan—, ¿qué opinas *tú,* mi Juan?

—Yo opino —dijo Juan mirando de frente a Josef— que en realidad los motivos de la guerra son más simples y profundos.

Josef había decidido no participar en aquel indigno debate con su antiguo enemigo Juan; y, sin embargo, se sintió impelido, contra su voluntad, a responder.

—¿Y se puede saber cuáles son esos misteriosos motivos? —preguntó altivo y malicioso.

—Te lo diré, doctor Josef —replicó pacífico Juan—, aunque preferiría hacerlo en arameo. Nosotros lo hablamos mejor que el latín y hemos conversado a menudo en buen arameo. Pero ello constituiría posiblemente una falta de cortesía hacia los demás señores, según me parece. De modo que hablaremos en nuestro mal latín. Al iniciarse la guerra yo desconocía sus causas igual que vos, quizá tampoco quise conocerlas. En cualquier caso, al azuzar a mis campesinos para que luchasen, les conté mil veces para incitarles, igual que hicisteis vos, que se trataba de una guerra de Yahvé contra Júpiter, y entonces así lo creía. Fui, como vos habéis escrito, uno de los instigadores y conductores de esa guerra, participé en ella mientras duró, y muchas veces estuve a punto de perecer. En tal caso habría tenido una muerte bien extraña al no saber a ciencia cierta qué se perseguía con aquella guerra.

—¿Y ahora sí lo sabéis? —le espetó Josef con la misma aviesa frialdad.

—Sí —replicó sereno, casi cortés, Juan de Giscala—. Al finalizar la guerra, estando ya al servicio del benévolo senador Marullo, tuve tiempo de reflexionar sobre ello. Y conseguí averiguarlo.

—Habla de una vez —lo incitó Marullo.

—En aquella ocasión —prosiguió Juan—, no se trataba de Yahvé ni de Júpiter: se trataba del precio del aceite, del vino, del trigo y de los higos. Si la aristocracia del Templo de Jerusalén —dijo volviéndose con

amable aire doctoral hacia Josef— no hubiese gravado nuestros escasos productos con unos tributos tan perversos, y si el gobierno de Roma —dijo volviéndose con la misma cortés imparcialidad hacia Marullo— no nos hubiese oprimido con tan infames aranceles y contribuciones, Yahvé y Júpiter habrían podido seguir conviviendo pacíficamente largo tiempo. Aquí, en Roma, el litro de falerno se vendía a cinco sestercios y medio, mientras que nosotros debíamos deshacernos del nuestro por menos de uno, y entregar, además, medio sestercio en concepto de impuesto. Si no se tiene esto en cuenta, y si no se comparan los precios que tenía el grano en nuestro país antes de la guerra con los de Italia, no es posible saber una mierda de los motivos de la guerra, dicho en buen galileo. He leído atentamente vuestro libro, doctor Josef: no he encontrado en él ni precios ni cifras que se refieran a la economía. Permitid que este sencillo campesino os diga una cosa: vuestro libro tal vez sea una obra de arte, pero el que lo lea no sabrá un ápice más sobre las causas y circunstancias de la guerra que antes de hacerlo. Porque, desgraciadamente, habéis olvidado lo más importante.

Claudio Regino se había levantado; con la copa en la mano —bebía el vino caliente a causa de su delicado estómago— caminaba de un lado a otro profiriendo de cuando en cuando un murmullo indescifrable que sonaba a aprobación. Josef mordisqueaba sin cesar un pedazo de confite, para mostrar su indiferencia, Libán mostraba una expresión irónica y altanera, Marullo parecía encantado. Nadie dijo nada, todos aguardaban expectantes que Juan prosiguiese.

—Tengo a Judea —continuó éste, perdiendo aparentemente la hilazón— por un país bueno y sano, y su doctrina por algo grande, magnífico, que merece ser defendido. No me refiero al Dios invisible ni a los grandes discursos de los profetas. Todo eso es sin duda muy digno, pero es asunto que concierne más bien a nuestro doctor Josef. Para mí, lo mejor de su doctrina son las leyes agrarias, sobre todo las que se refieren a la obligatoriedad del barbecho cada siete años. Ésos son preceptos eminentemente razonables, y es una lástima que hayan sido saboteados tantas veces por la codicia de la aristocracia jerosolimitana —opinó mordaz dirigiéndose a Josef.

»Creo —prosiguió mirando a los demás— que ese séptimo año nuestro será en gran medida responsable de que consigamos vencer a Roma. Me permitiréis, senador Marullo, que exprese sin ambages mi burda opinión de campesino. “Los vencidos dictan sus leyes a los vencedores”, decís indignado una y otra vez citando la frase de vuestro Séneca. Me dicen que nuestro doctor Josef piensa hacerlo por medio del espíritu. Eso no es más que un castillo en el aire. Pero mediante la competencia de nuestra agricultura sí podremos, según creo, dictaros en verdad nuestras leyes en un tiempo no muy lejano, y leyes bien palpables. Porque la agricultura de Italia está en las últimas, senador Marullo. Estáis importando y acumulando por razones políticas para poder suministrar el grano a la población gratuitamente, o a muy bajo precio, y hay tanto grano en Roma que habéis logrado que en Italia su producción deje de ser rentable. A cambio de eso os habéis especializado en vinos costosos. En un principio esa economía planificada no dio mal resultado, incluso fue magnífica. Pero ahora el mercado se ha vuelto demasiado pequeño para vuestros vinos. África produce vino en exceso, Hispania cubre ya ahora el ochenta por ciento de sus necesidades con producción propia, Galia el cuarenta; nosotros, los judíos, suministramos a la mitad de Asia, y pronto lo haremos a toda ella. ¿Acaso pensáis que podréis vivir del vino que consumen Britania y las dos provincias germanas? Habéis actuado con firmeza en todos los terrenos. Pero hace cien años que evitáis enfrentaros a este problema. Ahora es demasiado tarde para modificar la agricultura de Italia y no lograréis hacerla subsistir por mucho tiempo. Roma no sucumbirá a manos del espíritu griego, ni del judío, ni por culpa de los bárbaros, sino por la quiebra de su agricultura. Os lo digo yo, senador Marullo, Juan de Giscala, campesino de Galilea. Pues a la larga no se puede vivir sólo de la especulación inmobiliaria ni del dominio del mundo. Nada funciona sin una agricultura razonablemente organizada. Y no creáis que con ello pretendo discutir el mérito artístico de vuestro libro —concluyó volviéndose seco y amable hacia Josef.

—¿No creéis que vuestros puntos de vista son demasiado agrarios? —preguntó Demetrio en vista de que Josef callaba. Su voz sonaba sólo ligeramente burlona; durante el discurso de Juan había tenido tiempo de prepararse a conciencia de modo que en ella resonó todo el desprecio que un idealista podía sentir por el burdo materialismo de un hombre apegado a la tierra.

—Nosotros los galileos —explicó pacífico Juan— somos campesinos hasta la médula. Los sabios señores de Jerusalén —sonrió— suelen sustituir la palabra necio por la de labriego o galileo.

Todos miraron a Josef esperando que le replicase. Pero Josef se atuvo a su intención y no respondió nada. Las objeciones de Juan eran ridículas, verdaderamente dignas de un campesino, las objeciones de una tortuga ante un águila. Precios del grano, precios del vino, precios del aceite. ¿Acaso la política dependía de tales cosas? ¿Acaso podían conducir a la guerra? ¡Ah!, habría podido rebatir sus argumentos. ¿Tal vez también queráis, podría haberle dicho, explicar por medio de los precios del pan y del vino la huida de

Egipto, la travesía del desierto, la creación del reino de Judea y de Israel y las luchas con Babilonia, Assur y la Hélade? Pero se contuvo y guardó silencio. Ya tendría ocasiones más propicias para expresar su opinión. Su *Historia universal de los judíos* versará sobre las causas y los efectos, y precisamente allí demostrará cómo el destino de las naciones ha sido conformado siempre por pensamientos, conceptos religiosos, por el espíritu. Precios, estadísticas, pensó. He explicado el origen de la guerra a partir de la evolución de todo un siglo, no de un par de cifras casuales. ¿Acaso hay precios o estadísticas en los libros históricos de la Biblia? ¿Hay precios o estadísticas en Homero? Este loco, este burdo campesino galileo, ¿qué es lo que pretende? Hace tiempo que Yahvé se ha pronunciado contra él. Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos. Pero a él, ¿quién lo escucha? Marullo nos quiere gastar una broma y por eso permite que esgrima sus cifras contra mí. No tengo la menor intención de seguirle el juego al romano.

Pero quedamente, contra su voluntad, se fue abriendo camino en él el recuerdo de que Justo de Tiberíades había citado precios y estadísticas en los escasos y finos volúmenes de sus obras históricas.

A Demetrio Libán lo irritó ver que había dejado de ser el centro de atención. No se había avenido a ser el causante de la destrucción del Templo para dar a Juan la ocasión de lanzarles un discurso sobre agroeconomía. ¿Quién cree a ese tipo? ¿Pretende ponernos a su Galilea como ejemplo? Gracias a Dios, aquí aún se valora el arte, y la entonación que el actor Demetrio Libán pueda darle a una palabra todavía interesa más a los romanos que los precios del aceite en las provincias.

Como Josef callaba, y tampoco Libán sabía qué decir, finalmente Claudio Regino dijo con su clara y gruesa voz y cierto aire pensativo:

—Es una pena que no seáis escritor, Juan de Giscala. Con esas opiniones vuestras podría escribirse un libro digno de ser leído.

Dos semanas después, el senador Marullo, Claudio Regino y el esclavo Juan de Giscala penetraron en la gran Sala Juliana, ante una de las cámaras del Tribunal de los Cien. La lanza estaba erecta, signo de la toma de posesión, pues en aquellos tribunales sólo se dirimían litigios civiles.

Las negociaciones eran muy formales, oficiaba el propio presidente del Tribunal, uno de los ochenta jueces supremos del Reino, y los lictores se mostraban con su uniforme completo, provistos de fasces y segures. Pero aquella formalidad contrastaba con el gran número de los procesos que se dirimían simultáneamente. En una única sala se reunían ocho cámaras separadas tan sólo por cortinas, de modo que aquí y allí se oían a la vez varias negociaciones.

Las partes de la falsa causa «Claudio Regino contra Junio Marullo» no tardaron en ser convocadas.

Regino tocó con la prolongación de su mano, es decir, con un pequeño bastón, el hombro de Juan y pronunció la fórmula:

—Exijo a este hombre como hombre libre.

El juez preguntó a Marullo:

—¿Tenéis algo que objetar?

Marullo guardó silencio. A continuación, el lictor rozó con la prolongación de su mano el hombro de Juan y dijo:

—Exigimos a este hombre como hombre libre. ¿Hay alguien que se oponga a ello?

Y Marullo permaneció callado. Tras esto, el juez declaró:

—Apruebo la exigencia de libertad y declaro a este hombre libre conforme al derecho romano.

Una vez concluida la formalidad Marullo se dirigió a Juan esbozando una sonrisita un tanto desagradable:

—Bien, mi querido Juan, ahora te entregaré cincuenta mil sestercios, y cuando hayas obtenido quinientos mil no me opondré a que regreses a Judea.

Juan replicó:

—Dadme diez mil y dejadme marchar cuando tenga cien mil.

Claudio Regino escuchaba atentamente. Marullo se dijo que tal vez no había sido sensato mantener aquella conversación en presencia del editor. Ahora no le quedaba más remedio que asentir.

Tras las preocupaciones que le había acarreado la toma de posesión y la gran catástrofe que había supuesto el incendio, Tito se dirigió a su propiedad de Cosa, con la única compañía de su médico Valens, para disfrutar de un breve descanso.

Que fue más breve de lo que pretendía. Pocos días después llegó de la ciudad una mala noticia: una

epidemia que había costado numerosas víctimas en Egipto y en Sicilia había alcanzado, poco antes de concluir el verano, la ciudad de Roma. El Servicio de Sanidad había contabilizado hasta el día anterior ciento dieciocho fallecimientos.

—¿No deberíamos regresar a Roma, mi querido Valens? —preguntó Tito en confianza a su médico.

Valens lo negó. Adujo muchas razones. La epidemia no le venía bien. Era un experto en la diagnosis, pero no se requieren diagnósticos en las epidemias: éstas surgen de tal modo que hasta un niño es capaz de reconocer al instante los síntomas. No, Roma no va a reconocerle ahora ningún mérito. La ciudad prefiere de cualquier modo a los médicos egipcios, judíos y griegos. Es innegable que los griegos y egipcios cuentan con una experiencia mucho mayor que él en la lucha contra las epidemias.

El médico de cámara Valens es un hombre frío y cansino, un realista. Ha conseguido ya todo lo que podía conseguir, cuenta con innumerables seguidores, ha fundado una nueva escuela. Su carrera no ha sido fácil. A pesar de sus métodos originales, no habría llegado tan alto de no haber ayudado con éxito a abortar a un par de damas de la aristocracia. Aun así no le había resultado fácil. Cierto que sus honorarios eran los más altos de Roma, pero durante años no le habían reconocido plenamente, y algunos colegas judíos y griegos se atrevían a tacharlo abiertamente de charlatán. Aquellos rumores sólo se acallaron cuando Tito lo nombró médico de cámara. Ahora tenía dinero y fama y era el confidente de Tito. Corregente, en cierto sentido. Había llegado a lo más alto.

Pero todo el que llega tan alto tiene dificultades para mantenerse. ¿Acaso no había descendido ya un poco? En las últimas semanas se había producido un cambio en Tito que constituía un éxito para el médico Valens, pero una amenaza para el hombre. Tito parecía más fresco, se mostraba más independiente y amenazaba con escapársele. Y ahora se añadía a esto aquella epidemia que sin duda ciertas personas aprovecharían para llamar la atención.

Ya al día siguiente Valens tuvo ocasión de ver constatados sus temores. Pues tras la llegada de Claudio Regino el emperador consultó largo rato con él sin llamarlo. Aquel día se anunciaron trescientas cuarenta y tres muertes, al día siguiente más de cuatrocientas. Era un tipo de peste distinta a la que se conocía, no surgía en forma de bultos negros, sino con fuertes diarreas y un temible enfriamiento de la piel y de todo el cuerpo. Los médicos judíos y griegos se jactaban de haber logrado algunas curaciones. También habían aplicado nuevos métodos preventivos, aparentemente con éxito. Valens estaba disgustado.

Muchos ciudadanos pudientes abandonaban de nuevo la ciudad a pesar de que, a punto de terminar ya sus vacaciones estivales, acababan de regresar de sus propiedades rurales. Tito regresó a la ciudad contraviniendo el consejo de los médicos. Claudio Regino le había aconsejado que, dado que sus enemigos habían aprovechado la aparición de la epidemia presentándola como otro signo divino en su contra, ahora más que nunca debía demostrar que era un buen padre para los romanos.

A su llegada recibió un escrito de Berenice. Pensaba que no sería bueno celebrar su reencuentro mientras la epidemia continuase asolando Roma. Confiaba en que se sofocase en dos o tres semanas, y entonces acudiría. El primer pensamiento de Tito al recibir la noticia del estallido de la epidemia fue que su espera se prolongaría aún más. Ahora se preguntaba si no debía viajar a Grecia para reunirse con ella. Pero al instante desechó aquel plan. Estaba seguro de sí, seguro de Berenice, y no quería que los romanos lo tuvieran por un cobarde. La peste era un buen augurio, le brindaba la oportunidad de hacer un buen papel.

Y, en efecto, se demostró que los romanos estimaron en esta ocasión su comportamiento; sí, incluso consideraron que la epidemia había remitido desde la llegada del ballenato.

Nada más escuchar los primeros rumores sobre la epidemia Dorión propuso a Josef que abandonasen la ciudad, pues a pesar de la presencia del emperador todo el que podía permitírselo huía de allí. La villa de Albano no estaba terminada, pero en caso necesario podían pernoctar en ella, y de cualquier modo pasarían la mayor parte del tiempo al aire libre. A Josef le pareció sensato que quisiese abandonar con el niño la apestada Roma. Pero él odiaba la villa de Albano, y le propuso que se dirigieran a la Campania. Ella insistió, intercambiaron duras palabras, y quedó demostrado que su reconciliación no había sido más que aparente. Finalmente, él declaró que se sentía seguro en la ciudad pues su Dios lo protegía, y permaneció en Roma mientras ella marchaba a Albano con Pablo y Fineas.

A Dorión le apenaba profundamente haber reñido con su padre. Amaba ardientemente a su hombre Josef, pero su unión con el padre era más equilibrada; con él se entendía, y con Josef no. Pensó en buscar a Fábulo a pesar de sus desavenencias y rogarle de nuevo con infantil insistencia que cumpliese su mayor deseo: pintar su casa de Albano. De ningún modo podía permanecer ahora en la apestada Roma.

Pero en cuanto hubo ordenado que preparasen la litera resonaron en ella las maliciosas y mezquinas

palabras que había pronunciado contra Josef. No, no podía ir a verlo. Ella sí podía insultar a Josef, incluso podía injuriarlo delante de otros, pero no admitía que otro lo hiciera, ni siquiera su padre. A pesar de todo, trató de sobreponerse. Amaba a su padre, y entre ella y Josef las cosas iban de mal en peor: ¿cómo va a vivir sin reconciliarse con su padre? Ordenó a sus pies que se pusieran en marcha, pero no se movieron. Se fue a Albano sin haber visto a su padre.

Albano estaba precioso. Las montañas se alzaban con su noble perfil; el mar se mostraba amplio y magnífico, y delicioso el lago, el aire era ligero. También las obras avanzaban sin problemas y ella repartía nuevas instrucciones con deleite. Pero sus paredes permanecían vacías, no era capaz de ordenar que las pintasen por muy buenos que fuesen los artistas que le proponía el arquitecto Grovius. Veía los muros vacíos y eso le partía el corazón.

Josef se quedó en Roma. Lo que había dicho era cierto. En verdad rebosaba una altiva y fatalista seguridad. La peste no lo atacaría. Había perdido toda esperanza de volver a entenderse con Dorión. Dorión se le escapaba de las manos, había perdido todo poder sobre ella. Se ha humillado ante ella, ha renunciado a su hijo Pablo, le ha permitido construir su villa de Albano. Pero no hay nada que pueda hacer, así nada logrará; ella lo quiere todo o nada. Sólo la conservará a su lado si se doblega totalmente a sus deseos y renuncia a ser él mismo.

En aquellos días iba a menudo a la Suburra a ver a Mara y a su hijo Simeón. Le había ordenado que abandonase Roma, pero ella se había acostumbrado en Galilea a aceptar las epidemias con mentalidad fatalista. Deseaba permanecer donde estuviera Josef; en su fuero interno se alegró de tener la oportunidad, gracias a la peste, de verlo más a menudo. Ahora llevaba casi siempre sus sandalias de cáñamo perfumadas: quería esperarlo siempre con el atuendo ceremonial.

Josef estaba sentado en la agradable estancia que les había cedido el vidriero Alexas. Incluso ahora, con la peste, la Suburra era un lugar tan transitado que su bullicio llegaba hasta la habitación. Josef solía leer o conversar un rato con Mara, o bien se ocupaba de Simeón-Janiki, su hijo judío. A causa de la peste a Simeón no le permitían entretenerse en la calle como solía. ¿Acaso Mara no tenía razones para considerar la epidemia como un regalo del cielo? Estaba obligado a permanecer en la casa para evitar el contagio, y, mal que bien, se ocupaba más de los libros. Josef le trajo *La guerra de los judíos.* Se trataba de la versión aramea, la original, más radical que la griega. A Simeón le interesó el libro, era un chico despierto, y a Josef lo asaltó un sentimiento de amargura y pesar al ver que su hijo pequeño se devanaba los sesos en los temas que Josef había dejado incompletos o poco claros por motivos políticos. Por otra parte, en ocasiones como aquella disputaba en su fuero interno con Juan de Giscala y con Justo de Tiberíades y se mofaba de ellos por sus cifras económicas y sus estadísticas.

Mara permanecía junto a ellos, silenciosa y satisfecha, mientras su amo Josef comentaba su libro con el hijo que le había dado. El gran doctor Yojanán ben Zakai había sido un hombre santo, Yahvé había hablado por su boca.

Lo que más le interesaba a Simeón-Janiki de *La guerra de los judíos* era la descripción de los asuntos militares, en particular de las máquinas de guerra: la artillería, los instrumentos de asedio, los cañones, el ariete, las catapultas y balistas, nunca se cansaba de oír lo que se decía de ellos. Su robusto cuerpo se instalaba frente a su padre, sus vivaces ojos lo miraban desde el ovalado rostro preguntando infatigable por cada detalle. Muy pronto llegó a saber con exactitud la diferencia entre un *oxybol* y un *petrobol,* entre un tensor rectilíneo, un *euthyton* y un tensor angular, o *palython.* Sabía cómo construir una balista cuyo tensor corre hacia lo alto entre los pernos, y otra cuyo nervio recorre tras la primera vuelta el mismo camino de regreso entre los pernos. Estaba tan interesado en esas cosas que, superando su pereza para escribir, anotaba lo más importante y se lo leía varias veces a su madre en voz alta para memorizarlo. Y Mara se enorgullecía de aquel hijo tan inteligente.

Durante las horas de ocio al que lo obligaba la epidemia, que duró varias semanas, Simeón urdió un curioso plan. Josef le había hablado de una máquina de guerra eficacísima de los judíos, una catapulta llamada la gran «Débora». Parecía ser una construcción genial: el inventor había tenido la sorprendente idea de unir el eje posterior del recorrido del proyectil con el tensor del arco mediante un polipasto. La longitud del proyectil de esa máquina de guerra suponía 1,36, su diámetro 0,148 y su alcance era de 458,20 metros. Simeón quería aprovechar la ociosidad a la que lo condenaban las aburridas semanas en que debía permanecer en casa para fabricar una maqueta de aquella gran «Débora», con una mejora además: una especie de rayo de mano debía permitir retrotraer sin dificultad y muy deprisa el tensor del arco hasta el disparador. Deseaba sorprender a su padre con esa maqueta.

Pero al querer ejecutarla reconoció que no le bastarían dos manos, que necesitaba al menos cuatro. Se lo confió a su madre. Ella lo ayudó como pudo, pero su diligencia le valió de poco; las mujeres, sencillamente,

no servían para asuntos tan masculinos. Tendría que llamar a su amigo, a su compañero Constans.

Pero éste había desaparecido desde que se declarara la epidemia. Así como le habían repetido a Simeón mil veces que debía alejarse de los demás para no contagiarse, sin duda su amigo Constans había recibido instrucciones semejantes. Pero ahora, al tratarse de la gran «Débora», Simeón pensó que aquellos temores eran exagerados y se dispuso a visitar a su compañero. A su madre, que quiso retenerlo, le dijo que quería encargar más madera de sierra para su maqueta.

Pero en la casa del amigo tuvo una dura experiencia, pues el padre de Constans, el capitán Lucrio, había vivido en los años en que sirviera en el ejército un par de desagradables epidemias, había visto a gente morir como moscas en días fríos, y ahora, al declararse aquélla en Roma, se puso nervioso. Su situación no le permitía abandonar la ciudad; pero al menos en su casa dispuso todas las medidas preventivas necesarias. Dos veces al día realizaba un sacrificio en el pequeño altar doméstico, llevaba siempre un paño empapado en vinagre delante de la nariz, quemaba madera de sándalo para ahuyentar con su humo los gérmenes contagiosos, evitaba todo lo que pudiese irritar a los dioses y prohibió terminantemente a su hijo Constans ver a Simeón para que no se manchase tratando con un judío, con un impío. Y así, en cuanto lo vio llegar, se apartó iracundo y aterrorizado del sorprendido chico y lo cubrió de terribles improperios. Debía largarse de allí, apestaba el aire con su aliento e infectaba a todo aquel que se le acercase. Su vieja puerca judía —se refería a Berenice, pero Simeón no podía saberlo— era la culpable de aquella epidemia y, si no se marchaba de allí a la velocidad de un conejo azuzado, entonces él, el capitán Lucrio, lo convertiría en un *ragout* en toda regla. Simeón se fue, su asombro era casi mayor que su vergüenza y su rabia.

Nada le comentó a sus padres del extraño comportamiento del capitán. Aquello era una cosa entre ellos dos. Pero por eso mismo meditó con fruición sobre él, su ira y sus palabras. Lucrio era un militar rudo, eso lo sabía, y ya antes le había oído expresarse en contra de los judíos. Pero Simeón no era rencoroso, él mismo utilizaba a menudo palabras soeces. Además, le pareció más razonable pensar, como muchacho sensato que era, que Lucrio se había puesto nervioso a causa de la peste. A pesar de todo, uno tiene su orgullo, y a nadie le gusta que le digan que apesta el aire y que infecta a los otros. Simeón decidió preguntar al capitán los motivos que le habían llevado a proferir expresiones tan ofensivas. Sin duda lo hará cuando la peste haya pasado y el capitán se muestre de nuevo tratable.

Por lo demás, su visita a la casa del amigo cumplió sus objetivos a pesar del soldadesco arranque de ira de Lucrio, pues su camarada Constans era un chico decente y un buen amigo que se avergonzó de la actitud de su padre. Mientras el viejo insultaba a Simeón éste lo vio detrás de él, sonrojado e impotente, haciendo gestos conciliadores. Dos días después Constans consiguió escaparse a escondidas y fue a ver a Simeón. Mara no dominaba el rudo vocabulario del capitán Lucrio, pero cuando lo vio aparecer se mostró no menos indignada que el capitán ante Simeón, quien comprendiendo que su madre se disponía a echar a su querido amigo ahora que por fin lo tenía allí, lanzó tales insultos y juramentos que el capitán Lucrio no habría podido mejorarlo. Ante todo utilizó varias veces la palabrota «por Hérquel», una abreviación inventada por él del juramento «por Hércules». Sabía que su madre se asustaría terriblemente si conminaba al monstruoso dios pagano, y, de hecho, ella calló de inmediato y se retiró.

Cuando por fin se quedaron solos Constans estuvo remoloneando, trató de disculpar a su padre, de justificarlo. Simeón pensó que no era el momento más adecuado para confiarle a Constans lo que había estado pensando sobre el capitán Lucrio en aquellos dos días, se sentía feliz de tener con él a su amigo, y lo que más le importaba en aquel momento era la gran «Débora». De modo que le hizo callar y le confió su plan. Constans, contento de que Simeón no le echase en cara la actitud de su padre, se puso manos a la obra y pronto vieron que avanzaban rápidamente.

Constans regresó una segunda vez poco después. A partir de entonces, y para disgusto de Mara, los chicos se veían cada vez más, azuzados por la dificultad y el misterio que rodeaba su empresa, y mientras a su alrededor la ciudad se deshacía temerosa en rezos a causa de la peste ellos continuaron trabajando en su gran «Débora».

A Mara la torturaba la duda de si debía contarle algo de aquellas visitas a Josef. Pero no podía hacerle una cosa así a su Janiki. Además, se sentía orgullosa de compartir aquel secreto de su hijo. Asistía en silencio a sus encuentros con el padre, en los que Simeón le preguntaba con astucia y dando mil rodeos detalles sobre la construcción de la gran «Débora», y a veces no lograba siquiera reprimir un guiño cómplice.

Josef no advirtió nada del secreto que se traían entre manos. Iba a menudo a la Suburra, le agradaba su hijo judío. Era un muchacho amable y despierto, aunque sin duda muy apegado a los sentidos y a lo material. Pero Josef no pensaba demasiado en él. Una y otra vez, mientras conversaba se imaginaba a su hijo Pablo, esbelto, altanero, con su pálida tez cetrina, recorriendo las colinas de Albano en su carro de

cabras. Respondía con paciencia a las preguntas de su hijo Simeón, contemplaba el rostro ovalado de Mara, luminoso y satisfecho, y sentía cuánto amaba a su hijo Pablo.

El pintor Fábulo se vio abrumado por los encargos a causa del incendio y del impulso que había recibido la construcción. Trabajaba. Cuando no trabajaba esperaba a su hija, se imaginaba que llegaría y le rogaría que la perdonase, y la espera roía el alma de aquel hombre arrogante y taciturno. Ella sabía cuánto la amaba; ella lo amaba, vendría sin duda. Él esperaba. Y trabajaba con redoblado ahínco para no tener que esperar.

La peste no lo preocupaba. No podía creer que lo alcanzara antes de haber concluido su gran obra y de reconciliarse con su amada niña. Trabajaba. Se vestía con penosa corrección, como siempre, y ya sólo pintaba con sus vestidos de gala. Cuando no pintaba esperaba a su hija. Así transcurrían para él los días y las noches. El sol aún se elevaba temprano y se escondía tarde, tenía mucho tiempo para pintar.

La imponente construcción de los Nuevos Baños estaba además tan avanzada que podía empezar su gran fresco, *Las oportunidades perdidas.* Llevaba años preparando aquel cuadro. Había soñado con pintarlo para su hija y le disgustaba profundamente no poder hacerlo. Pero el artista que había en él no olvidaba que las proporciones de la sala donde había decidido pintarlo eran más apropiadas que las que le habría podido ofrecer cualquier construcción particular. Con enconado afán inició su tarea. *Las oportunidades perdidas* será un buen cuadro, no sólo lo llamarán primer pintor de los Flavios, sino primer pintor de todos los emperadores. Han acarreado hasta Roma los más bellos cuadros de seis o siete siglos, pero el que no haya visto el suyo no habrá visto Roma.

Acababa de abrir su caballete y de dar las primeras pinceladas cuando la peste hizo presa en él. Le obligó a guardar cama, torturó al caballero de intachable pulcritud y corrección con diarreas y vómitos, y en pocas horas los médicos constataron que estaba perdido. Permanecía tumbado con los ojos hundidos, la carnosa cabeza encogida y la nariz afilada, el rostro y las manos azulados y la piel fría como la de un cadáver. A su alrededor habían encendido sahumerios para prevenir el contagio y sofocar el terrible olor que despedía. Sus pantorrillas se contraían, su mente seguía lúcida, pero los oídos le zumbaban, se mareaba, trató de imaginarse su cuadro, pero se le nublaba la vista. Una terrible sed lo torturaba; veía y comprendía lo que ocurría a su alrededor. Sabía que debía pagar cada trago con vómitos, dolores, debilidad, y lo que más asustó a los médicos, que conocían sus escrúpulos de limpieza y corrección rayanos en el esnobismo, fue que, a pesar de todo, no dejaba de pedir que le dieran de beber. Todo empezó a resultarle indiferente: primero sus amigos, después sus cuadros, por último su hija. Tampoco le importaba la muerte que sin duda pronto le sobrevendría, sólo rogaba que le diesen una cosa: agua, agua.

Cuando, en la tarde del tercer día, el escultor Basil recibió la noticia de la muerte de su amigo Fábulo, le dijo a su ayudante Critias:

—Ves, mi querido Critias, ¿y ahora qué? Se empeñó en pintar sus *Oportunidades perdidas* y por eso ha muerto. Uno se deja la piel trabajando, calcula, acepta un encargo y otro, y otro más. Uno sabe que le basta con el dinero que ha ganado. Y que lo ha hecho lo mejor que podía. Pero siempre aspiramos a más, a más dinero, a hacer cosas aún mejores, a la fama, nos empeñamos en que el taller produzca al año siguiente doscientos treinta mil bustos en lugar de doscientos diez mil. Somos unos zotes, querido Critias. Yo debería comprarme una pequeña casita confortable junto al mar Jónico y trabajar tan sólo cuando me viniera en gana, cada cuatro o cinco días, y no recibir más que a un par de mujeres amables. Y tal vez a ti si no te muestras excesivamente huraño. Deberíamos tumbarnos al sol, beber vino y leer de vez en cuando un buen libro. Y, sobre todo, deberíamos coger un carro ahora mismo y huir de esta maldita ciudad. Yo desde luego no tengo tanto amor propio como para morir trabajando como ese ridículo y fantasioso Fábulo. Bien, veamos, ¿cómo me has organizado el día de mañana?

Dorión se desmayó al recibir la noticia de la muerte de su padre. Desde que lo echara de su casa no había sabido nada de él, había supuesto que huiría de la ciudad apestada. Cuando le comunicaron que había caído víctima de la epidemia sintió casi físicamente que la invadía un sentimiento de culpa opresivo, aniquilador: ella lo había matado.

Al despertar de su largo desmayo estaba sorprendentemente alterada, pálida, con la cara cubierta de manchas. Permaneció impasible ante los esfuerzos de sus doncellas, de Pablo, de Fineas. Dio orden de que la llevasen a Roma. Aunque le comunicaron que el cadáver sin duda habría sido incinerado tras el fallecimiento, insistió. Y finalmente regresó a la ciudad.

No acudió a su casa. Tal y como estaba, con el mismo vestido con el que había recibido la noticia, sin lavarse ni peinarse, fue al taller de su padre a ver a los médicos. Pidió sus cenizas. Le respondieron con evasivas. Conforme a las prescripciones, habían quemado su cadáver junto con otros, pero no se atrevieron

a decírselo. Con gran profusión de explicaciones adujeron que la ceniza sólo podía obtenerse con un permiso especial concedido por la más alta instancia de los Servicios de Sanidad. Fue a ver a los médicos más influyentes y se abrió camino hasta llegar a Valens. Al menos quería recuperar sus cenizas. Finalmente le entregaron una urna llena de cenizas.

Quizá sospechaba en lo más profundo de su ser que aquélla era la ceniza de otro, pero no quería saberlo. Eran las cenizas de su padre, al que ella había matado, al que habían quemado indignamente de modo que ahora también su alma, su *ka,* se había desintegrado. Y ella lo había permitido.

Regresó a la casa de Fábulo con el montoncito de ceniza en aquella urna mezquina y barata. Quisieron echarla, pues consideraban que podía contagiarse a pesar de que la habían desinfectado. Pero ella se negó. Deambuló con la urna por el taller de Fábulo aún lleno de cuadros sin terminar y esbozos para *Las oportunidades perdidas* y otras obras. En cuclillas en el suelo le habló a la urna.

La dama Dorión era una mujer culta, no era una ilusa, pero en lo relativo a la muerte y al más allá su madre le había insuflado desde su más tierna infancia las antiquísimas y oscuras imágenes de la tierra del Nilo. Ella misma había sido embalsamada de acuerdo con el rígido rito antiguo; su cuerpo conservado por toda la eternidad permanecía en la pequeña tumba que Fábulo había ordenado construir en el cementerio de Alejandría. Pero su padre Fábulo no sólo había perecido por su causa, sino que había sido aniquilado por su terrible dejadez. Había permitido que su sagrado cuerpo fuese incinerado al modo bárbaro de forma que jamás podría penetrar en su morada eterna ni subir al barco que lo aguardaba para conducirlo al país de los benditos.

Permanecía en cuclillas sobre el suelo, delgada, sucia, turbios los ojos color de mar, apretando la urna con sus delgadas manos. Había encontrado en el taller uno de esos libros de los muertos que solía entregarse a los embalsamados, un libro con los conjuros y fórmulas mágicas que servían para conminar los peligros que amenazaban al peregrino en el más allá. Arrastrando la voz recitó aturdida las antiquísimas fórmulas egipcias.

De pronto se detuvo, calló y se quedó absorta llena de odio y de temor. Había llegado al capítulo sobre el juicio de los muertos. En ese momento resonaron en ella, terribles, las misteriosas palabras de Josef; sus altivas palabras cuando dijo que él tenía poder para juzgar a los muertos. Su discurso le pareció de pronto odioso. Era él, era su deseo de venganza lo que había acabado con su padre para siempre.

Al tercer día apareció Josef. Dorión saltó profiriendo un leve grito. Se apartó de él con tal espanto, lo arrojó de su lado gimiendo con tanto odio, que no se atrevió a quedarse.

Le envió a sus médicos, a sus cuidadores. Sólo días más tarde regresó a su casa.

Cuando, transcurridos algunos días, él la buscó en sus aposentos, le pareció más delgada y frágil que nunca, pero estaba cuidadosamente vestida y arreglada como siempre; sí, incluso llevaba uno de esos trajes finísimos que tanto le gustaban, y tenía a su lado a su gato Cronos. Había logrado dominarse, tenía ciertos planes. Sólo le quedaban por hacer dos cosas: lo primero era educar a su hijo de acuerdo con las enseñanzas de su abuelo; y lo segundo devolverle al judío lo que le había hecho a ella y a él. Ambas cosas requerían serenidad y astucia, cualidades que no poseía. Pero aquello era lo único que daba ya sentido a su vida, y por ello se comportaría con serenidad y astucia.

Tranquila y amablemente, le explicó que deseaba marcharse a Alejandría. El alma, el *ka* de su padre había sido aniquilado, pero a pesar de ello quería depositar sus cenizas en la casa de los muertos que le correspondía en Alejandría. Se llevaría consigo a su Pablo para educarlo en aquella ciudad. Si Josef la autorizaba a llevarse a Fineas le estaría agradecida. Para él constituiría un alivio en lo económico, y a ella no le importaba, pues tras la muerte de su padre contaba con medios.

Josef había reconocido hacía tiempo que no podría conservar a Dorión, que no podría seguir viviendo con ella. Pero lo que su razón reconocía no quería verlo su corazón. Le rogó, la conminó a permanecer en Roma. Le expuso que su padre habría preferido educar al muchacho como romano y no como alejandrino. Le prometió solemnemente no volver a inmiscuirse en la educación de su hijo. Pero debía quedarse.

Ella había contado con que le dijese todo aquello. Con serena satisfacción constató que era capaz de escuchar sus palabras sin inmutarse, que ya no había nada en él, ni en su voz ni en sus ojos, que la conmoviesen. Podrá llevar a término su plan sin que su antigua inclinación lo eche todo por tierra.

Había estado dispuesta desde un principio a permanecer en Roma, pero quería que le comprasen su disposición, que se la pagasen caro. Poco a poco, pasito a pasito, con astutas maniobras, fue cediendo. Regresó entonces a su antigua exigencia. Dominando la fina voz, y mirándolo fríamente con sus salvajes y claros ojos, le dijo que insistía en que arrojase de Roma, de la provincia, a aquella mujer, a aquella judía.

Josef pensó en la historia de Abraham. «Y entonces Sara le habló a Abraham: arroja de aquí a esa muchacha Hagar con su hijo; pues el hijo de esa muchacha no deberá heredar junto con mi hijo, Isaac. Y

mucho le dolió aquel asunto a Abraham. Pero a la mañana siguiente se puso en camino y tomó pan y un odre con agua y se lo entregó a Hagar, se lo puso al hombro, así como su hijo, y la envió lejos. Y ella partió».

Josef le prometió a Dorión que echaría a Mara de Roma.

A la mañana siguiente fue a la casa de la Suburra a ver a Mara. Ella resplandecía cada vez que Josef acudía; en su luminoso rostro ovalado, ahora de mejillas más llenas, era fácil reconocer al instante cualquier emoción. El muchacho tampoco ocultó su alegría. Había avanzado mucho con su maqueta, pronto podría enseñársela a su padre. Mara iba de un lado a otro, muy ocupada. Preparó a Josef un baño frío para los pies; sabía que, cuando venía caminando, le gustaba tomar un pediluvio. Hizo todo lo posible para que se sintiera a gusto, le trajo el escabel y bebidas heladas.

Josef se dejó cuidar con aire señorial. Pero no le quitaba la vista de encima mientras iba y venía. Había engordado un poco en los últimos diez años. Pero eso no lo veía ahora, sino que la veía como no la había visto durante toda su estancia en Roma: como había sido entonces, en Cesarea. Su fantasía borró las infladas mejillas de su cara, contempló su rostro puro, ovalado, la pequeña y luminosa frente de antaño, los ojos rasgados, la boca prominente, aquel rostro galileo joven, dulce, sumiso en toda su plenitud, cuya pureza subrayaba aún más el vestido rectangular marrón oscuro y a rayas rojas hecho de sola una pieza que solían llevar las campesinas del norte de Judea. Y la deseó como en sus primeros tiempos, en Cesarea.

«Y mucho le dolió aquel asunto a Abraham». Le ha dado su palabra a Dorión. Tal como es ahora Dorión no hará concesiones. Él ama a su hijo Pablo, y le tiene apego a Dorión. Quizá sea una desgracia que se lo tenga; pero sea como fuere no puede separarse de ella. Ahora no hay más remedio que armarse de valor y decírselo a Mara.

Titubeó un rato, le costaba empezar, turbar la paz de aquella casa. Los rodeaba la peste, pero en aquella estancia reinaba la calma. El niño, Simeón-Janiki, su hijo judío, permanecía allí sentado, robusto, afanoso, leyendo *La guerra de los judíos* despacio, pero esforzándose con éxito por retener su sentido; Mara lo escuchaba en silencio, feliz y sin comprenderlo, y él debía destruir todo aquello.

Hizo acopio de todas sus fuerzas. Se apresuró a explicar que, ahora que su suegro Fábulo había muerto de peste, no consideraba apropiado que Mara permaneciese en Roma con el niño. Simeón levantó sorprendido la vista.

—¿Cómo? —preguntó—. Si durante todo este tiempo no nos ha atacado la enfermedad, no la temo.

Dentro de poco, pensó para sus adentros, podrá enseñarle la maqueta a su amo y padre. Durante aquellas semanas se había dedicado en cuerpo y alma a su maqueta. ¿Acaso había sido en vano? ¿Dónde encontrará a un colaborador tan diligente como su amigo Constans?

Mara no era inteligente, pero cuando se trataba de Josef poseía un instinto especial. Aquel día reconoció desde el primer instante que Josef tenía algo que decirle, y no precisamente agradable, y se asustó mucho. Al instante descubrió lo que ocurría. Le habían referido muchas cosas de la dama Dorión, sabía que para ella era una espina en el ojo. A ella se debía sin duda la propuesta de Josef. Josef la había tolerado en Roma durante mucho tiempo; en las últimas semanas parecía incluso que su presencia y la del muchacho lo habían animado. ¿A qué venía aquella preocupación por la epidemia, ahora que había empezado a remitir? Sin duda era la dama la que insistía en verlos lejos. Y, una vez lejos, ya se encargará ella de que no regresen jamás. ¡Ah! La entendía muy bien. De haber estado en su lugar, ella tampoco habría tolerado la presencia de una segunda mujer y de su hijo.

Todo esto lo sintió en un instante y la alegría se borró a ojos vista de su rostro sereno y feliz. Pero no quiso entregarse a largas y penosas objeciones. Reprobó la negativa del muchacho y se plegó. En lo más profundo de su ser jamás creyó que aquella felicidad fuese duradera, y había empezado a dudar precisamente cuando Josef le prometió educar a su hijo en la casa de unos amigos. Si Josef, su amo, así lo quería, se marcharía, naturalmente. Sí, él lo deseaba; deseaba que regresase a Judea.

—¿A Judea? —preguntó sombrío y reacio Simeón. Pero su madre le lanzó una mirada de reprobación al tiempo triste y suplicante, y éste calló.

Pero en cuanto se encontró a solas con él cambió de actitud. Comprendía a la dama Dorión, ella por su parte respetaba y amaba a su hombre Josef, pero esta vez no estaba dispuesta a acatar sus deseos sin más. Si se hubiera tratado tan sólo de ella lo habría hecho, pero también estaba en juego su hijo. Cualquiera habría podido ver que en Roma florecía; cómo la ciudad, así como la presencia de su padre, colaboraban a su desarrollo y maduración. En Judea se embrutecería. ¿Acaso debe hacerle regresar de la luz a la sombra? De ninguna manera.

Se confió al amigo de Josef, Alexas. El corpulento vidriero la escuchó sin interrumpirla. Era un hombre con experiencia, había padecido más sufrimientos que la mayor parte de las personas, había perdido a todos sus seres queridos. Ahora le había cobrado afecto a aquella mujer de Judea y a su hijo; gracias al cordial y espabilado Simeón su yerma casa se había llenado de un nuevo y alegre bullicio, no quería verlos marchar y que en su casa volviese a reinar el silencio. Sabía lo fácilmente que se extingue la felicidad. Le parecía una frivolidad renunciar a aquella vida dichosa sin luchar, y no comprendía por qué Josef quería apartarlos de su lado.

Alexas reflexionó durante toda la noche. Al día siguiente creía haber encontrado una salida: se casará con Mara. Naturalmente, sabía por qué Josef quería echar a Mara de Roma. Pero si Mara se convierte en la esposa de otro hombre su presencia no podrá molestar a la dama Dorión.

Cuando Josef acudió de nuevo a la casa de la Suburra para comentar con Mara los detalles de su viaje se encontró, para su disgusto, con Alexas, quien le refirió la solución que había encontrado. A Josef no pareció agradarle aquel plan. Por desgracia sabía que no podrían contentar a la dama Dorión tan fácilmente como creía Alexas. Dorión era una mujer violenta, y sin duda no estaría de acuerdo con una solución parcial como aquélla. Josef la perdería si Mara permanecía en Roma. Pero no se atrevió a contradecir a su amigo. Si quería desposar a Mara, ¿con qué derecho podría impedírselo? Ninguno de ellos mencionó el nombre de la dama Dorión, pero todos sabían que en realidad todo se debía a ella. Estuvieron hablando largo rato sin encontrar ninguna solución.

Mara veía dudar a Josef. La amistad de Alexas, su propuesta, le habían parecido un nuevo e inesperado golpe de suerte. Pero ahora debía reconocer que, si permanecía en Roma, su presencia sólo provocaría la ira de Josef, su amo, y que como esposa de Alexas se sentiría más lejos de él en Roma que en Judea. Pero ¿no estaba en juego también el futuro de su hijo? ¿Acaso no era esencial que Simeón-Janiki permaneciera en Roma sujeto a una vigilancia más estricta? No veía ninguna salida.

Alexas dio finalmente con ella. Si tanto temía su amigo Josef por la salud de Mara tal vez sería razonable que ella regresase por un tiempo a Judea, aunque sólo fuese para arreglar allí su situación y la de Simeón. Pero el chico no tenía nada que temer, pues se daban muy pocos casos de contagio entre personas tan jóvenes. De modo que proponía que Mara viajase por el momento sola a Judea y que Simeón-Janiki permaneciese, en parte en calidad de prenda, en su casa.

Mara lo escuchó en silencio, pálida. Sin duda Alexas proponía aquello con buena voluntad, pero de aquel modo perdía de un golpe al hombre y al hijo. Aunque comprendía que no había otro camino si no quería provocar la ira de Josef. Se aferró a la idea de que aquella disposición sería «transitoria» y aceptó.

Josef y su hijo la acompañaron hasta el barco. El viaje duraba tres días y ella le agradeció mucho aquel gesto a Josef, pues se había resfriado y solía cuidarse mucho.

Curiosamente, durante aquel viaje Mara se transformó en la Mara de antes. Olvidó completamente el poco latín y el griego que sabía. Admiraba a su hijo, mucho más hábil y maduro que ella. Una y otra vez rogó humildemente a Josef que se hiciera cargo de él. Alexas es un hombre bueno y le tiene afecto a su querido Simeón-Janiki, pero ¿cómo puede madurar un hijo sin la bendición y el amor de su padre? Al menos dos veces por semana, o una, debía llevarle a su presencia, debía prometérselo. Josef se lo prometió, incluso prometió más. Estaba dispuesto a mantener su promesa, pues amaba a su hijo judío. Simeón-Janiki era su primogénito. Aunque el primogénito de su corazón seguía siendo su hijo Pablo.

Al partir, una vez retirada la escalerilla y al zarpar la nave, le gritó que debía regresar de inmediato. Por lo más sagrado debía tomar a su regreso manzanilla con acelgas y berros machacados, todo ello mezclado con vino viejo, y sudar. Con el próximo correo debía escribirle cómo seguía de su resfriado. En su fuero interno se reprochaba haber aceptado que la acompañase; temía que ahora fuese más vulnerable al contagio.

El barco se hizo a la mar. Permaneció largo rato en la cubierta de popa. Josef y Simeón no tardaron en borrarse de su vista mientras la costa de Italia se alejaba lentamente. Pero ella continuaba allí mucho después de que hubiera desaparecido.

Simeón-Janiki amaba a su madre; se sentía muy masculino ante ella, como un adulto frente a alguien que no es responsable de sus actos. A pesar de ello, si era sincero debía admitir que, durante las semanas que siguieron a su partida, se alegró de no tenerla a su lado, pues fueron unas semanas llenas de acontecimientos y su madre habría supuesto un obstáculo.

Porque, cuando la epidemia hubo perdido fuerza y los pudientes regresaron de sus posesiones en el campo, el «Informe del día» anunció por fin que la princesa Berenice llegaría a Roma transcurridas dos

semanas. Asimismo, el emperador había comunicado ya al senado que había decidido celebrar la apertura del nuevo anfiteatro, el más grande del mundo, cuya construcción iniciara su padre, con unos juegos de cien días y un esplendor sin parangón. En su escrito omitió decir que aquellos juegos se celebraban en honor de Berenice, pero todo el mundo lo sabía.

La ciudad volvió a florecer con su alegre vida de antaño, los preparativos de los juegos la hicieron bullir. Simeón y Constans tenían mucho trabajo, no podían imaginarse que las cosas pudiesen salir adelante sin su colaboración. Incluso dejaron a un lado la maqueta de la gran «Débora».

Deambulaban por las cuadras de los domadores de caballos y entre los empresarios que suministraban el material necesario para las carreras de carros, los «Azules» y los «Verdes». El reino entero estaba dividido entre estos dos equipos. Porque desde hacía cien años, desde que los romanos perdiesen, junto con la posibilidad de participar en ella, la pasión por la política, todo su ardor se dedicaba a las carreras de caballos, y cada cual seguía entusiasmado las victorias y derrotas de su equipo. Ni siquiera los «creyentes», los mineos o «cristianos» como los llamaban algunos, seguidores de una nueva secta ascética al tiempo estricta y moderada, lograban sustraerse a dicha tendencia generalizada. El especulador inmobiliario Trifón, por ejemplo, adepto a esta secta, paisano y socio del liberto Juan de Giscala, se interesaba ahora más por las posibilidades de los «Azules» que por los terrenos del norte de la ciudad o las desviaciones de su fe frente a las doctrinas de los doctores. Al preguntarle Juan sorprendido si las enseñanzas de su secta le permitían asistir a las carreras, este «creyente» le replicó con pasmosa liberalidad que no había que rechazar los placeres cuya existencia Dios, en su bondad, había admitido. Y, al ver que Juan meneaba la cabeza, el cristiano Trifón se refirió a las Escrituras apoyando sus palabras en lo enseñado por el profeta Elías. Si aquél había subido al cielo en un carro, el arte de conducirlo no podía, a sus ojos, disgustar a Dios.

Simeón era «verde», y Constans «azul». Los «Azules» habían conseguido hacerse con Víndex, la baza principal de su mejor cuadriga. Aquél era un acontecimiento capaz de relegar a un segundo plano incluso la proyectada boda del ballenato con la judía. El capitán Lucrio, por ejemplo, era «azul», y casi logró olvidar su antipatía por la dama oriental al saber que ahora verían correr en Roma al corcel Víndex en el equipo de los «Azules».

Los dos chicos eran expulsados a diario de las caballerizas, y cada día inventaban nuevos pretextos para acceder a ellas. Poco a poco, a Constans se le agotó la imaginación. Pero Simeón era muy ingenioso. Sobornaba al portero con amuletos que debían procurar la victoria a los aurigas del propio equipo y hacer fracasar a los del contrario; él mismo los fabricaba incluyendo misteriosas fórmulas egipcias, monedas con la efigie de Alejandro, extrañas inscripciones y campanillas mágicas para los caballos. Logró hablar con algún que otro auriga. Con las piernas abiertas y gran suficiencia se plantaba allí y citaba lo que le había dicho en una ocasión en Cesarea el campeón Tallus, vencedor en mil ocasiones; con ínfulas de experto palmoteaba los cuellos y corvas de los caballos comparándolos con el corcel Silvano, que había llegado a montar, mientras Constans permanecía a su lado mirándolo envidioso y admirado.

Constans había obtenido de un compañero una ardillita gris que se había perdido en la ciudad, y prometió a Simeón que se la regalaría si lograba que le dejasen montar a Víndex. Simeón, que era un fresco, no dudaba de que lo lograría. Pero puso una objeción. El corcel Víndex corría con los «Azules», y él, Simeón, era «verde». Se había hecho «verde» al ver que el campeón Tallus le mostraba tanta deferencia, y no habría abdicado de su condición de «verde» ni por aquel caballo. Afortunadamente, nadie le preguntó a qué bando pertenecía. A fin de cuentas, circulaba entre los «Azules» con tanto desparpajo como entre los «Verdes», y consiguió que el auriga Avil, el mejor hombre de los «Azules», le permitiese montar a Víndex. Pequeño, robusto y con el pecho a punto de reventar de orgullo, se subió a aquel pura sangre de cinco años.

—Por Hérquel —exclamó—, con este caballo podríamos conquistar la India.

De momento se trataba tan sólo de conquistar la ardillita gris. Pero cuando estaba a punto de exponer a Avil el ruego de que dejase montar también a su amigo Constans se produjo una desgracia que conmovió a toda la ciudad. Junto con Tallus, Avil era posiblemente el mejor hombre de la pista, también él tenía más de mil victorias a sus espaldas, mil siete. Vivía en Galia y había venido a Roma para comenzar con tiempo suficiente los entrenamientos sobre la Gran Pista. Y allí, dos semanas antes de su extinción definitiva, la peste hizo presa en él y falleció antes de que Constans llegase a montar a Víndex.

La muerte de su amigo Avil arruinó el placer que suponía para el muchacho visitar las cuadras, por lo que se dedicaron a frecuentar más a menudo los cuarteles de los gladiadores. Allí reinaba un bullicio casi mayor que entre los corredores. Por otra parte, entrar en los cuarteles de los gladiadores no resultaba difícil. Los encargados de la organización de los combates desplegaron una febril actividad reclutando gente. El material humano que se precisaba para los Juegos de los Cien Días era enorme, cerca de quince mil personas; a la mayor parte de las incluidas en las listas de actuación se la marcaba desde el principio con

una «P» en negro, que significaba *periturus,* y designaba a los que debían morir en el transcurso de los juegos. Aún disponían de cerca de ocho mil esclavos procedentes del botín de la guerra librada contra los judíos hacía ya diez años. Pero ¿era conveniente utilizarlos en una representación destinada a honrar a una princesa judía, o incluso a la futura emperatriz? En cualquier caso parecía razonable, por si se vieran obligados a renunciar a aquella reserva principal, preparar otro contingente en cantidades suficientes. En aquella gran ciudad siempre era posible encontrar personas a punto de morir de hambre, dispuestas por ello a luchar en la arena. Cierto que todos temían la estricta disciplina de los cuarteles, y el juramento que debían prestar al presentarse voluntarios —«dejarse azotar con las varas, quemar con fuego, matar a hierro»— espantaba a todos. Pero la manutención en los cuarteles tenía fama de ser buena, los cebaban directamente, y la perspectiva de ser el centro de atención como si de un senador se tratase dos veces en la vida —durante el gran banquete público que se ofrecía a los gladiadores antes de su actuación y después en la arena— constituía para algunos suficiente compensación por sus temores. Ser gladiador también suponía una ventaja frente a las mujeres; se rumoreaba que ciertas damas de la alta aristocracia elegían a los gladiadores como compañeros para sus noches, sobre todo poco antes de su actuación, lo que reducía sus posibilidades de escapar con vida pero no dejaba de tener su encanto. A pesar de tales tentaciones, los organizadores sólo pudieron hacerse con el número necesario de gladiadores mediante una ingente actividad y desplegando una gran fantasía. Simeón y Constans escucharon en una ocasión con enorme interés cómo un director de una de las escuelas de gladiadores mostraba ante un recitador del «Informe del día» el material recién adquirido, que incluía a un gran número de hombres libres. El director le hizo reparar en un joven de aspecto bastante enclenque que llevaba el nombre de una familia ilustre. Aquel muchacho explicó que se había ofrecido como gladiador porque necesitaba dinero para la fianza que debía depositar para evitar que incinerasen el cadáver de su padre, una de las últimas víctimas de la peste, y poder enterrarlo de acuerdo con lo indicado en su testamento. Probablemente su padre había pertenecido a los llamados «creyentes» o cristianos. El director albergaba grandes esperanzas sobre la conmoción que causaría aquella romántica historia.

Los gladiadores eran por lo demás casi siempre tipos muy tratables, que no se negaban, a no ser que se estuviesen entrenando, comiendo o durmiendo, a hablar con los dos muchachos. Con gran pericia Simeón y Constans valoraban su técnica, tocaban sus armas, palpaban sus músculos y les daban consejos.

El juego predilecto de los dos niños había sido hasta entonces «británicos y soldados». Los salvajes británicos habían dejado en la última guerra un recuerdo pertinaz en Roma, sobre todo por sus bárbaras pinturas azules de guerra y para disgusto de sus madres no había forma de evitar que se ensuciasen con pintura azul para representarlos. Ahora, por iniciativa de Simeón, sustituyeron ese juego por el de los gladiadores. Los muchachos se golpeaban blandiendo sus armas de madera por la calle mientras gritaban a coro el juramento «dejarse azotar con la vara, quemar con fuego, matar a hierro». ¡Oh!, cuánto lamentaban no tener la edad prescrita para poder prestarlo de verdad y enrolarse como gladiadores.

Lo peor era que, como aún no habían cumplido los catorce, no tenían ni siquiera la posibilidad de entrar en la sala de los espectadores del anfiteatro. Pero Simeón se jactó de que podría conseguirlo. Constans le prometió de nuevo la ardillita gris si lograba meterlo también a él, por el procedimiento que fuere.

—¡Por Hérquel! —le aseguró Simeón sin darle importancia—, ya veremos cómo lo hacemos.

Pero aquella promesa insensata le costó muchas noches en vela, incluso de día permanecía absorto meditando. A veces, consciente de que su madre no estaba allí y que, por tanto, no debía temer sus insistentes y molestas preguntas acerca de la ingestión de alimentos prohibidos, se compraba satisfecho una salchicha de burro untada con miel, y entonces podía vérsele, robusto y pequeño como era, sentado en los altos escalones de algún templo comiendo su salchicha perdido en ensoñaciones y urdiendo planes para poder entrar con Constans en el anfiteatro durante los juegos.

—¿Qué opináis, mi querido Demetrio? —dijo Marullo interrumpiendo de pronto su trabajo en el manuscrito de *El pirata Laureol.*

—¿Qué os parece si convertimos a los piratas en esclavos fugados?

El actor Demetrio Libán alzó la vista.

—¿Cómo? —preguntó. Su disgusto se había desvanecido de un golpe, y su rostro entumecido se tensó.

También él disfrutaba de aquellas semanas que precedían a los juegos. Desde las ceremonias fúnebres en honor del fallecido emperador no había vuelto a aparecer públicamente. Quiso reservarse para una gran ocasión, y ahora se le brindaba, con los Juegos de los Cien Días. Ya de niño había soñado con representar al pirata Laureol, el delincuente más amado del siglo, héroe de una vieja comedia de costumbres de Catulo.

Una y otra vez se había negado a representar aquel papel por no sentirse preparado. Ahora, tras tantas vicisitudes, se sentía interiormente maduro; ahora podría insuflarle al viejo e inerte personaje un nuevo hálito, el hálito de su propio tiempo. Pero los trabajos no avanzaban como esperaba. También Marullo, encargado de escribir el texto, parecía falto de inspiración. Llevaban ya tres semanas trabajando febrilmente; y ambos sentían, sin atreverse a confesarlo, que el manuscrito era torpe. Aquél no era el Laureol con el que habían soñado.

Al exponer Marullo de pronto aquella nueva idea sobre los esclavos el actor se vio impulsado por una nueva esperanza.

—Ya verás, mi querido Demetrio, cómo funciona —prosiguió Marullo excitado y seguro—. Recapitulo lo que tengo para el prólogo —dijo con la objetividad a la que sus actividades como jurista lo tenían acostumbrado—. La chusma se ha reunido. En su mayor parte desertores, esclavos fugados si aprobamos mi ocurrencia. Han dado ya su primer golpe de mano, se han hecho con su primer barco y se han adentrado en una bahía recóndita para poder repartirse con calma el botín. Están satisfechos, imaginan cómo utilizarán esa primera ganancia de su vida de piratas. La mayoría lleva marcada a fuego la «E» de los esclavos destinados a trabajos forzados.

—Ya veo —dijo Demetrio—. Excelente. Y ahora hacemos que aparezca un buhonero al que estos tipos compran una buena porción de la pomada de Escribón Largo para hacer desaparecer la marca.

—Sí —replicó Marullo—. Aunque, como es natural, no confían en la efectividad de la pomada. Temen que el tipo les haya encasquetado mercancía dudosa, como suele ocurrir en estos tiempos.

El secretario tomaba afanoso notas.

—¿No os parece —preguntó Marullo— que salimos ganando con esta historia de los esclavos? ¿Habéis notado adónde quiero ir a parar?

Y tanto que se había dado cuenta. Aquél era el punto clave, la solución. De ese modo obtenían por fin la actualidad que tanto ansiaban. Hace varios siglos que los modernos filósofos y juristas se esfuerzan por aliviar la existencia de los esclavos. Naturalmente, nadie, griego o romano, judío, egipcio o cristiano; nadie, ideólogo o político en funciones, piensa en eliminar por completo la esclavitud. Es evidente que entonces desaparecerían cualquier producción regulada, la civilización y el orden social. Sin embargo, un gran número de escritores y políticos modernos no dejan de proclamar que sería más razonable, y más acorde con la visión del hombre de hoy, aliviar la dependencia de los esclavos. En las últimas décadas también han tenido algunos éxitos. Así, por ejemplo, un edicto prohíbe ya, para disgusto de los conservadores y de los adeptos al grupo de los «Hombres auténticamente romanos», matar a un esclavo sin una sentencia judicial previa; los liberales han logrado incluso forzar una resolución del senado según la cual ni siquiera es posible vender sin más un esclavo a un burdel. Marullo ha ido aún más lejos: cuando era senador introdujo una ley por la cual se prohibía arrojar a la calle a los esclavos agotados, inservibles ya, y dejarlos morir de hambre; por el contrario, los propietarios de esclavos seniles e inútiles debían, a no ser que les fueran requisados para los juegos de la arena, mantenerlos y entregarles diariamente un pedazo de pan y dos veces al mes un poco de ajo y cebolla. Naturalmente, un liberalismo tan radical no consiguió calar. Pero es una idea grandiosa, y nadie sabe apreciarla mejor que Libán ahora que Marullo quiere volver de nuevo sobre este problema con motivo del *Laureol.*

—Sí —replicó consecuentemente—, ésa es la solución. Ahora lo habéis conseguido, senador Marullo. Proseguid, os lo ruego. Decidme, ¿qué ocurre a continuación?

Marullo estaba inspirado, improvisó, y lo hizo con acierto.

—Nuestros piratas se ponen a beber. Beben mucho. Bajo el influjo del vino charlan sobre su pasado. Relatan las fatigas y malos tratos de su anterior vida de esclavos; ninguno quiere quedarse a la zaga en las desgracias padecidas. Se pelean, se exaltan cada vez más. «¿Quién ha sufrido más?», se gritan. «¿Tú, a quien apenas ha rozado la tenaza al rojo? ¿Y eso te parece terrible?». Y se lanzan sobre los otros a golpe de puño, remo y hacha de abordaje.

—Ya veo —dijo Demetrio entusiasmado—, comprendo, te sigo.

Y con su veloz fantasía de escenógrafo amplió la idea de Marullo.

—Cantan un cuplé. Algo así como: «Conozco el látigo conozco el hierro / conozco el fuego la argolla al cuello / y yo, yo estuve todo un día colgado en la cruz…». —Se puso a silbarlo.

—Sí —dijo Marullo—, muy bien. Algo así. Y luego venís vos, Laureol, y amedrentáis incluso a los piratas más salvajes.

Demetrio prosiguió afanoso:

—Y entonces paso a un primer plano. Cuento lo que yo mismo he padecido, cómo me arrojaron primero a la galera, después a la mina, más tarde a la cantera, cómo me colocaron junto a la bomba de agua de los

baños, y al final junto al molino.

—Sí.

Lo interrumpió Marullo:

—Pero vos, Libán-Laureol, no hacéis un mundo de eso. Lo habéis soportado bien y sin excesivo disgusto, y admitís sin reparos que cualquiera de vuestros camaradas lo ha pasado peor.

Demetrio, que ya se veía dando aquella explicación con aniquiladora sencillez, exclamó:

—Sublime. En vista de lo cual no les queda más remedio que nombrarme su jefe —concluyó radiante.

—Y ahora vamos a ocuparnos —dijo pensativo Marullo— de que esta idea de los esclavos encaje realmente con el resto de la acción.

Y, volviendo a adoptar aquel aire escrupuloso tan característico de él expuso el resto de la obra, mientras el secretario tomaba notas: cómo el famoso pirata, viejo, gordo, convertido en un señorón, se retira bajo un nombre falso, y, felizmente casado, acepta los cargos más honorables de su pueblo. Entonces aparece un mendigo, un esclavo fugado que, adoptando un aire novelesco para medrar, les dice en secreto a las mujeres que es el gran pirata desaparecido Laureol, al que la policía sigue buscando en vano. Al instante se arma un gran revuelo y todos lo temen y admiran. El auténtico Laureol no lo tolera. Susurra a sus amigos, a sus colegas del Consejo, quién es. Pero todos lo consideran una broma graciosa, nadie lo cree, ni siquiera su esposa. Simplemente se ríen de él. El hombre, grueso, cada vez más amargado, insiste en que es el gran pirata, ya fuera de sí. Y como nadie le hace caso aporta finalmente las pruebas que lo demuestran. A golpe de tambor reúne a sus viejos compañeros, los esclavos, y se entrega a la policía, a los tribunales. Termina ajusticiado en la cruz, pero ha demostrado quién es. Y cuando los demás cantan su cuplé: «Conozco el látigo / conozco el hierro / conozco el fuego / la argolla al cuello», entonces él responde con todo derecho desde lo alto de la cruz: «Y yo, yo estuve todo un día colgado en la cruz».

Demetrio escuchaba con la cara casi desencajada de la expectación cómo resumía Marullo el contenido de la obra. Sí, por fin la tenía. Aquello era lo que había soñado, su obra. Ahora el personaje patético y sentimental del viejo pirata se había convertido en lo que él quería representar, en un símbolo de la Roma de hoy.

—Sí —dijo respirando aliviado cuando concluyó Marullo—, eso es, ya lo tenemos. Ya lo tenéis —se corrigió cortés—. Jamás podré agradecéroslo lo bastante —añadió transido de una profunda alegría.

—¿Sabéis —replicó Marullo golpeando pensativo el suelo con su elegante bastón de mendigo— a quién debéis agradecérselo en realidad? A nuestro amigo Juan de Giscala. Ya sé que no os agrada. Pero reflexionad y decidme si habríamos podido llegar a este Laureol de no existir él.

Demetrio Libán, conmovido hasta la médula por aquella felicidad interior, no pensaba de ningún modo en los paralelismos que unían el destino de aquel Laureol, al menos en su primera parte, con la historia del héroe nacional Juan de Giscala. Inspiró profundamente varias veces. Se había librado de un gran peso. Su preocupación era que Yahvé había apartado su rostro de él, y la ausencia de inspiración de aquellas últimas semanas le confirmaba que Dios seguía enojado. Pues todavía no se había saldado la deuda entre él y Yahvé. Aparte de aquel asunto del judío Apella no cumplió con su obligación de peregrinar a Jerusalén durante el tiempo en que el Templo estuvo en pie. Siempre había tenido intención de hacerlo, y podía aducir ciertos motivos que lo disculpaban. ¿Acaso no colaboraba lo suyo, aquí, en Roma, para mayor gloria de los judíos, y, por ello, para honra de Yahvé? ¿No utilizaba su influencia y parte de sus ingresos para fines que beneficiaban a los judíos? Además, se mareaba en los barcos, y por eso había llegado incluso a negarse a participar en tentadores festivales de la relativamente cercana Grecia. ¿No le obligaba su arte a mantener fresco el cuerpo y el espíritu? Sin duda aquéllas eran razones de peso. Pero en su fuero interno dudaba de que Yahvé las diese por buenas, pues de otro modo no le habría golpeado con tantas tribulaciones. Pero ahora por fin veía alejarse las nubes. Yahvé volvía su rostro hacia él, sin duda. Libán dio las gracias a su Dios de todo corazón por haberle inspirado a Marullo aquella magnífica idea de los esclavos.

Deja que prospere, rezó en su corazón, haz que salga bien. Y nada más representar el *Laureol* yo iré a Judea. Créeme, Adonai, lo haré. Ten por seguro que iré, aunque tu Templo ya no exista. Acéptalo. Permite que no sea demasiado tarde. Se dejó llevar por sus pensamientos de tal modo que él, que tan bien solía dominarse, movió los labios, y Marullo lo miró perplejo y divertido.

Muchas y muy diversas eran las personas de la ciudad de Roma que se preparaban para la inminente llegada de la princesa Berenice.

Quintiliano, uno de los oradores y procuradores más afamados de la ciudad, en posesión de la sortija dorada de la segunda nobleza, trabajaba día y noche puliendo los dos informes de defensa que había

presentado ante el senado siendo procurador de la princesa. No era un asunto judicial lo que le instó a reelaborar ambos discursos. Hacía tiempo que habían cumplido con su cometido. Uno lo había pronunciado tres años antes, el otro hacía cuatro. Pero Quintiliano era muy puntilloso en cuanto al estilo, y se habían publicado en aquel entonces sus discursos en defensa de la princesa Berenice sin su consentimiento y plagados de faltas ortográficas y errores de audición. Y a él, a quien un adverbio incorrecto o una coma fuera de lugar le robaba el sueño, le había puesto enfermo que aquellos discursos fuesen dados a conocer, con su nombre, en todo el mundo. Ahora que recibirían a la princesa judía quería entregarle ambos discursos en una versión de cuyos más nimios detalles pudiese responder.

La inminente llegada de la princesa también alteró la vida y la rutina diaria del capitán Catualdo. Catualdo, o Julio Claudio Catualdus, como ahora se llamaba, era hijo del jefe de una tribu germana y había llegado a edad muy temprana como rehén a la corte del emperador Claudio. El príncipe germano permaneció en Roma incluso al desaparecer las diferencias entre su tribu y el Imperio. Le agradaba la vida de la ciudad, donde le habían puesto a prueba encomendándole un destacamento de la guardia personal germana del emperador. Ahora Tito había ordenado que el destacamento de Catualdo sirviese a la princesa Berenice como guardia de honor durante su estancia en Roma, pues los soldados germanos tenían fama de eficaces, así como de tercos. No entendían la lengua del país, eran salvajes y, por tanto, mantenían la disciplina. Pero —el capitán Catualdo era consciente de ello— había un tipo de personas que les sacaban de quicio: los judíos. En los bosques y pantanos de los germanos se contaban historias terribles sobre los pueblos orientales, en particular de los judíos, de la inquina que le profesaban a las gentes de cabellos rubios y de su preferencia por inmolar personas rubias a su Dios de cabeza de asno. Aquellos relatos llegaron hasta las tropas germanas estacionadas en Roma, y en numerosas ocasiones habían sido presa del pánico al tenérselas que ver con orientales. Por ejemplo, cuando Augusto, fundador del Imperio, envió a Jerusalén a una guardia personal germana como presente especial para el rey de los judíos, Herodes se vio obligado a devolverlos muy pronto con una cortés excusa, razón por la que el capitán Julio Claudio Catualdo estaba inquieto y lleno de dudas y maldecía a las diosas del destino, que denominaba alternativamente parcas y nornas, por haber encomendado precisamente a su destacamento aquella equívoca tarea.

Entre los judíos reinaba el alborozo y la confianza. Éstos se expresaban del modo más dispar. Por una parte estaban los que se habían propuesto reunir dinero para liberar a los esclavos estatales capturados durante la guerra judía. Por lo general abundaban los donativos para ese fin, en particular en vísperas de los juegos. Pero en esta ocasión los encargados de recoger fondos lo tenían difícil. Una y otra vez les decían que era altamente improbable que se utilizasen judíos en unos juegos en honor de una princesa judía, y en casi todos los hogares los rechazaron.

Por otra parte, la actitud de los romanos cambió, puesto que el ballenato parecía dispuesto a elevar al trono a la judía. Muchos que hasta entonces los habían considerado inferiores pensaban ahora que, al tratarlos, se diferenciaban muy poco de ellos. Muchos que habían evitado todo trato con sus vecinos judíos comenzaron a acercárseles. Los judíos sintieron que, tras tantas tribulaciones como habían padecido, Yahvé volvía de nuevo su rostro hacia el pueblo enviándoles a una nueva Ester.

Un gran número de ellos, y sobre todo aquellos que antes se mostraron más temerosos y serviles, se acomodaron rápidamente a la nueva situación y se llenaron de soberbia. Los doctores, preocupados por tanta arrogancia, ordenaron que se leyese en las sinagogas de todo el reino durante tres sábados seguidos aquel estricto capítulo del profeta Amós que comienza con las palabras: «Ay de los descuidados de Sión», y que amenaza con los más terribles castigos a aquellos que «se tienden en marfileños divanes y comen corderos del rebaño y terneros sacados del establo». Al presidente de la sinagoga agripense, el fabricante de muebles Cayo Barzaarone, no le hizo gracia que hubieran elegido precisamente el capítulo sobre los «marfileños divanes».

Berenice permanecía en la cubierta de proa mientras su barco se acercaba al puerto de Ostia. Se mantenía erguida, sus dorados ojos buscaban el puerto cada vez más cercano llenos de forzada confianza. Yahvé era benévolo, había enviado aquella peste para permitirle retrasar una vez más su regreso. Sin duda sus médicos y su energía habían logrado superar su mal, todos se lo decían. No era posible que mintieran todos.

Una gran muchedumbre acudió a recibirla cuando pisó la pasarela de desembarco acompañada por su hermano Agripa. Miles de personas la aclamaron saludándola con el brazo derecho en alto y la mano extendida; el senado había enviado a una numerosa delegación, habían erigido arcos de triunfo. Pasó junto a las hileras de los soldados en formación de a dos y el capitán Catualdo le presentó la guardia germana que

había sido destinada para protegerla. Fue conducida a Roma, al Palatino, en triunfo.

Tito se encontraba en el gran pórtico. Berenice subió las escaleras sonriente al lado de su hermano. Había llegado el momento decisivo. Había vivido muchos años para este minuto, soportando indecibles dolores durante los últimos meses. Los escalones eran altos. ¿Tal vez avanzaba demasiado deprisa? ¿O muy despacio? Se resiente de su pie, no debe notarlo, no debe pensar en ello.

Allá arriba, al final de la escalera estaba el hombre adornado con las insignias del poder. Conocía su rostro, el rostro ancho y abierto de muchacho que amaba, con su agudo mentón triangular y los rizos peinados sobre la frente. Era capaz de distinguir la menor sombra en él, sabía que sus ojos se volvían duros, pequeños y turbios cuando se irritaba, cuán rápidamente podía descender, fláccido, aquel labio cuando se sentía decepcionado. No, no ha descendido. Aunque los ojos están turbios. Pero ¿cuándo los ha visto claros? Sin duda están colmados de ella, satisfechos. Y, en efecto, se le aproxima, por fin han terminado sus fatigas, ha vencido, sin duda ha vencido, su vida ha tenido sentido. El sufrimiento que ha aceptado, esos terribles dolores que padecieron su alma y su cuerpo deben tener algún sentido.

Sí, Tito fue a su encuentro. Como prescribía la costumbre, primero abrazó y besó a Agripa, después a ella. Le dedicó un par de bromas sobre lo mucho que había crecido ya su pelo, se mostró juvenil, contento. Le susurró sus cariñosos apelativos al oído en su torpe arameo de los primeros tiempos:

—Nikión, mi paloma silvestre, mi joya.

La condujo a sus aposentos. Mientras los germanos tomaban posiciones con un tintineo de espadas le preguntó si lograría recuperarse de su agotador viaje en una hora como para poder recibirlo, y a continuación se despidió.

Durante esa hora Berenice se bañó y se dejó ungir. Dedicó todos sus pensamientos a su aseo y adornos. No quería pensar en nada más. Se probó esta joya, y aquélla, y después ordenó que lo retiraran todo conservando tan sólo una perla. Utilizó su perfume más costoso, ese opobálsamo del que ya no quedaba más que aquella botellita en todo el mundo habitado.

Durante aquella hora Tito escuchó informes. Le refirieron los progresos de las construcciones, en particular la de los Nuevos Baños, casi concluidos, y los preparativos de los juegos. Atendió a todos, pero estaba como ausente y por fin les dijo, distraído:

—Dejémoslo para más tarde. Más adelante lo decidiré.

¿Qué había ocurrido? Había esperado tantos años con una alegría incontenible poder ver a aquella mujer subiendo la escalera, mil veces su fantasía había adornado aquellos escalones con Berenice elevándose, y ahora que había llegado, ¿por qué todo le resultaba tan plano y tan vacío? ¿Dónde estaba aquella magia que emanaba de ella? ¿Acaso había cambiado? ¿Había cambiado él? Sin duda todo hombre está destinado a ver que el cumplimiento del deseo más ferviente no logra llenar el inmenso espacio que la esperanza ha horadado en él. O quizá es que el hombre es un recipiente demasiado frágil, incapaz de asumir una alegría excesiva. O tal vez ha tenido que esperar demasiado tiempo, y aquello se ha convertido en un vino muy noble y añejo que ya no se puede degustar.

La hora transcurrió, y se reunió con Berenice. Era la misma Berenice de siempre, era la mujer que tanto había deseado, la lejana, la oriental, la altiva descendiente de antiquísima sangre de reyes, era su misma voz velada, incitante, ligeramente ronca, eran sus ojos. Pero no era Berenice, el brillo de antaño había desaparecido definitivamente, era una mujer hermosa, inteligente y amable; pero había muchas mujeres más bellas, más inteligentes y amables que ella. Rememoró todo lo que había significado para él esa mujer, pero fue en vano. Su alegría se desvaneció, sintió un enorme vacío y un abatimiento.

Cenó con los dos hermanos, esforzándose por parecer contento. Agripa era inteligente y se mostró animado como siempre, Berenice estaba bella y deslumbrante, era la mujer más deseable del mundo. Pero él no la deseaba.

Bebió para despertar su deseo.

Al encontrarse más tarde a solas con ella fue capaz de encontrar las titubeantes palabras del amor como antaño, pero mientras las decía se sentía torturado por la idea de que eran palabras gastadas, rutinarias. Durmió con ella. Sintió placer. Pero sabía que otras mujeres habrían podido procurarle el mismo placer.

Era extraño que Berenice, de común tan perspicaz, no hubiera notado durante la larga comida lo que le ocurría a Tito. Su hermano lo advirtió al instante, pero no se atrevió a desengañarla. De modo que ella tuvo que constatar sola la verdad en el transcurso de la noche. Tardó mucho en darse cuenta. No quería confesarse lo que ocurría, y cuando lo hizo tuvo una experiencia nueva: que había sufrimientos más terribles que los que había padecido durante los últimos meses.

Cuando Tito la dejó antes de la medianoche dedicándole tibias palabras de amor ambos sabían que todo había terminado entre ellos.

Berenice pasó el resto de la noche sintiéndose vacía, hueca. Al disolverse la tensión de los últimos meses se quedó exhausta; le dolían todos los miembros, pensó que jamás lograría liberarse de aquel doloroso cansancio. Había un candil encendido. Pensó: llevamos siglos viendo estos candiles corintios, nos hemos cansado de verlos, son banales, los de Cartago son mucho mejores, habrá que decirle a Tito que deje de utilizar los corintios. Lo pensó varias veces. Después la asaltó de nuevo el sentimiento de aquella terrible fatiga, el dolor de su pie se le hizo insoportable. Quiso tomar algo para poder dormir, pero temía el esfuerzo que le costaría llamar a su camarera. Por fin se durmió.

A la mañana siguiente, muy temprano, su hermano fue a verla. La encontró serena. Nada quedaba en ella de aquella forzada intensidad con la que había logrado dominarse hasta entonces. Al contrario, reflejaba una gran serenidad. Pero el brillo había desaparecido, aquella magia que ni siquiera sus enemigos habían podido negar.

Agripa se quedó a desayunar. Berenice comió con apetito. Comunicó a su hermano las decisiones que había tomado. Deseaba regresar a Judea tan pronto como fuera posible para pasar el invierno en sus posesiones. Suponía que el emperador organizaría una fiesta de despedida en su honor. Era la primera vez que citaba a Tito aquel día, y a Agripa le dolió en el alma oír que lo llamaba «el emperador». Por lo demás, prosiguió, sólo deseaba ver allí a dos personas: a su representante jurídico Quintiliano y al cronista Josef ben Matatías. Hablaba con tanta resolución que no tenía sentido discutir con ella.

—¿Quieres que te acompañe, Nikión? —preguntó Agripa. Aparentemente, Berenice también había previsto aquella pregunta.

—Eso estaría bien —replicó—. Pero me parece que, por muchas razones, será mejor para los dos que permanezcas en Roma hasta la inauguración del anfiteatro.

Agripa era un hombre sabio y experimentado. Había visto torcerse y cumplirse muchos destinos, había asistido a increíbles transformaciones de individuos y de pueblos enteros, creía conocer a los hombres, y se sentía íntimamente ligado a Berenice desde su nacimiento. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, pero no aquellas frías y serenas reflexiones. ¿Era ésa Nikión, su hermana?

Cogió su mano y la acarició, ella se lo permitió. No, ésa no era Nikión, la mujer pasional a la que no bastaba ni el objetivo más ambicioso. Ésa no era la mujer que, pocas semanas antes, yacía desnuda ante él exponiéndole su terrible sufrimiento y su esperanza aún mayor. Era otra mujer: Berenice, princesa de Judea, señora de Calcis y de Cilicia, una de las primeras damas del Reino, ahora razonable y tan alejada de los ardientes sueños en los que le había permitido participar.

El procurador permanecía muy digno con los arqueados ojos castaños mirando ora a Berenice, ora a Agripa. Descendía de una de esas familias españolas que habían emigrado a Roma en los primeros tiempos de la monarquía y que no tardaron en forjarse una posición social, y había obtenido pronto cierto reconocimiento por sus méritos literarios. Lo había logrado, a pesar de contar con poco tiempo: los discursos que sostuviera antaño durante el proceso de la princesa habían sido pulidos al máximo y eran dignos de servir como ejemplo de la prosa más excelsa de su época. Sus esfuerzos, opinó cortés mientras le entregaba los dos pequeños volúmenes a Berenice, ya no suponían servicio alguno, ya que con su llegada a Roma el juicio sin duda se daría por concluido. De modo que sólo le restaba agradecerle la oportunidad que le había brindado de mostrar a tantas personas lo que era el buen latín.

Estaba equivocado, replicó Berenice, precisamente ahora necesitaba su ayuda más que nunca. Pues en los próximos días abandonaría Roma de nuevo.

A aquel hombre imponente y digno le costó un gran esfuerzo ocultar su sorpresa. Había aceptado representar a la princesa, a la «Venus hebrea» como la llamaba en el círculo de sus íntimos, sólo por considerarlo una ocasión muy tentadora de desplegar su arte oratoria. Las pretensiones legales de Berenice se derivaban de complicadas circunstancias. Precisamente eso es lo que le había atraído; era famoso por su capacidad de clarificar lo intrincado, la lógica de la lengua latina permitía exponer con claridad hasta los asuntos más tortuosos, y la lengua latina, así como la conservación de su noble tradición, eran asuntos que le atañían en lo más íntimo. El proceso en sí le importaba bien poco; el hecho de que su resolución estuviese clara desde un principio había sido la premisa tácita bajo la cual había aceptado aquel encargo.

Se trataba de dirimir en qué medida los títulos que ostentaba Berenice en Calcis y en Cilicia implicaban una posesión *de facto,* y, en particular, independencia fiscal. En principio, las pretensiones de la princesa eran legítimas. Era verdad que, unas décadas antes, uno de sus predecesores había emprendido acciones que

cualquier tribunal romano habría debido interpretar como un levantamiento, lo que implicaría ser castigado con la anulación de la soberanía fiscal. Pero, como el Senado y el pueblo de Roma no lo hicieron en su día, los derechos del Reino habían expirado y Berenice disfrutaba legítimamente de sus privilegios. Aunque, tratándose de sumas importantes, las disposiciones legales podían prolongarse indefinidamente.

Toda la ciudad suponía que, gozando la «Venus hebrea» del favor de Tito, el complicado litigio no era ya más que mera formalidad y que culminaría con una segura victoria de Berenice. Si el asunto se dilataba tanto era tan sólo porque el cicatero Vespasiano no había accedido a renunciar formalmente a derechos tan valiosos a pesar de que en la práctica ya no los poseía, pues durante todos aquellos años los impuestos habían ido a parar al tesoro de Berenice. Ahora, con Tito en el poder, no cabía duda de que Roma pronto confirmaría a Berenice la posesión de sus derechos.

Ésa era la situación cuando Quintiliano saludó a la princesa. Pero, con una breve frase de Berenice se había alterado de un modo pavoroso. En el transcurso de un cuarto de minuto el litigio había pasado de ser un asunto meramente literario a otro de índole política, y muy peligroso. Si Tito no apoyaba a la propietaria de aquellos títulos era dudoso que Roma accediese a perder tan inmenso y fácil botín.

Mientras se esforzaba por parecer sereno y ofrecer la respuesta adecuada a una noticia tan inesperada Quintiliano sopesó rápidamente cuáles podrían ser las consecuencias de caer en desgracia con Berenice. Se le planteaban un montón de problemas. ¿Acaso no era posible que, a instancias del gobierno, se le pidiese que traicionase a su cliente? Por otra parte, ¿no cabía pensar que el emperador querría indemnizarla precisamente por romper su relación con ella? Él había acudido a verla impulsado por la conveniencia de entregar a quien era capaz de apreciarlas un par de páginas de excelente prosa. En lugar de eso se veía de pronto ante decisiones de importancia vital. La defensa de semejante mandataria era dudosa, incluso podía resultar peligrosa. ¿No sería más sensato aducir que hacía tiempo que tenía intención de dedicarse en exclusiva a sus trabajos literarios, lo cual era cierto, y que, a la vista de que el proceso amenazaba con complicarse de nuevo a raíz de la inesperada partida de la princesa, declinaba, con gran pesar, su defensa?

A Quintiliano no le habían gustado nunca los judíos, y la influencia que ejercía la «Venus hebrea» sobre la política romana le resultaba desagradable. Se sintió tentado de librarse de ella, pero era un apasionado estilista. Demostrar que el latín nada tenía que envidiarle al griego, y que incluso lo aventajaba, era lo que daba sentido a su vida. Era en primer lugar un latinista, y después un romano. Estaba convencido de que el hombre y el estilo eran una misma cosa, que un proceder poco honesto repercutiría indefectiblemente en su estilo y que, si no se enfrentaba a aquella prueba dignamente, su latín se resentiría. Decidió ser honesto.

Mientras Quintiliano dudaba y se decidía, Berenice expuso sus pretensiones y sus argumentos. Habló con sorprendente lógica, sin emoción. Necesitaba hacer uso de la lógica y la razón. Una Berenice favorecida por el rey, una Berenice emperatriz habría podido hacer concesiones. Pero una Berenice abandonada por Tito, la dueña de Calcis y de Cilicia, no tenía la menor intención de renunciar a ningún derecho, ni al más nimio. Descendía de grandes reyes que, apresados entre las potencias más grandes del mundo, necesitaron dar pruebas una y otra vez de un gran ingenio en asuntos de Estado y de una enorme capacidad de resolución. Era cierto que era nieta de esos reyes. Aquél era un campo nuevo para ella, pero superaría la prueba. Obligará a Tito a pensar en ella alguna vez. Sabía tan bien como Quintiliano que en última instancia la decisión dependía únicamente de él. Le obligará a mostrar su rostro.

Quintiliano estaba asombrado por su agudeza. Y aún más sorprendido se mostró Agripa.

—¿Qué prefieres, Berenice? —le dijo al marchar Quintiliano, llamándola Berenice y no Nikión—. ¿Qué prefieres? ¿Que Tito te arrebate los privilegios o que te los deje?

Berenice miró a su hermano sin sonreír, sabía en qué estaba pensando:

—Prefiero un buen odio —replicó— a una tibia justicia.

Cuando más tarde llegó Josef se dejó ir por última vez. Aquel primo suyo había asistido a los inicios de su amistad con Tito, él mismo había intervenido y la había ayudado. Ahora que iba a alejarse para siempre de Roma y de sus sueños quería aparecer ante él, el historiador de su época, tal y como deseaba que la viesen los tiempos posteriores. Pero al verlo allí olvidó el motivo que le había hecho convocarlo. Hubo un día en que despreció a aquel hombre porque se había doblegado a los romanos, y guardó ante él la distancia de siete pasos como ante un leproso. ¿En qué medida se diferenciaba de él? ¿Acaso no había hecho lo mismo que él durante aquella década, aunque con menos éxito? Los pensamientos y sentimientos de la terrible noche anterior la asaltaron y se confesó, lamentándose.

—Nos equivocamos —se inculpó—. Todo lo que hemos hecho mi hermano y yo fue erróneo. Sin duda, todos sabíamos que la guerra acabaría mal, aunque hubiéramos participado en ella, e hicimos bien en insistir en que no debía iniciarse. Pero nos equivocamos al no ponernos a la cabeza cuando estalló. Debimos morir con los demás. Nos hemos portado como miserables. También vos habéis sido un miserable, mi

querido primo Josef. Pero vos al menos habéis tenido éxito. Yo ni siquiera lo tuve. Si hubiéramos participado en el levantamiento —prosiguió colérica y amargada— tal vez habríamos arrastrado a Tito en nuestra derrota.

Josef la escuchaba. Desde sus primeras palabras, incluso al primer vistazo, vio derrumbarse todo lo que él había soñado para ella desde la muerte de Vespasiano. Había ido a verla orgulloso, lleno de esperanza y triunfo, el gran escritor visita a la emperatriz, que le hace partícipe de su benevolencia. Pero ya no era la emperatriz, ahora tenía ante sí a una mujer ajada y desencantada, y se sintió superior. Pues era cierto lo que decía: al menos él había tenido éxito.

Ella en cambio siguió lamentándose:

—No hay entendimiento posible entre nosotros y los demás. Tienen un corazón frío. Nosotros sentimos lo que sienten los otros, mientras que ellos no pueden. Pero es posible que también eso sea un don, que no sean capaces de sentirlo, y la razón de su éxito.

Ese mismo día expuso al emperador como de pasada y en tono cortés que esta vez el clima y el festivo tumulto de Roma le estaban sentando muy mal. Se sentía exhausta y rogaba al emperador que, una vez transmitida su felicitación por su ascensión al trono y tras rendirle honores, le permitiese regresar a la soledad de sus posesiones de Judea.

¡Oh, cuán atribulado se mostró Tito, cuán poco le costó encontrar encantadoras y tibias palabras para expresarle lo mucho que lo lamentaba! Realmente era un caballero y había que tener un oído muy fino para percibir cierto alivio en sus palabras. Por lo demás, Berenice se refirió en la misma audiencia, a pesar de que había resuelto no hacerlo, a la cuestión de su proceso. Opinaba que, ahora que iba a abandonar Roma por mucho tiempo, sería conveniente comentar con él la penosa cuestión de sus privilegios de Calcis y Cilicia. Pues, a fin de cuentas, era él quien debía decidir. Mientras hablaba lamentaba haberlo mencionado. La prueba resultaba demasiado fácil. Se alegrará de tener un medio tan cómodo de «indemnizarla». No debería haber hablado tan pronto. Pero estaba ansiosa por saber cómo reaccionaría.

Él pareció alegrarse al oírla comentar aquel litigio. Naturalmente, le explicó, ya era hora de acabar con aquel burdo asunto. Sus ministros y juristas no servían más que para revolver en las actas. Hacía tiempo que había tomado una resolución y le agradecía que se lo hubiera recordado. Sin duda todas sus pretensiones eran legítimas, sólo que su padre, el dios Vespasiano, había sido ciertamente extraño y reservado en ciertos aspectos, como ella bien sabía. Daría orden para poner aquel asunto en orden a la mayor brevedad.

—¿A la mayor brevedad? —dijo, corrigiéndose atropelladamente—. No, hoy incluso, debemos arreglarlo de inmediato —y con una palmada llamó a su secretario dándole órdenes muy específicas.

Berenice permanecía allí sentada sonriendo, escuchando las alegres y afanosas órdenes del emperador, que le aseguraban a ella y a su hermano la posesión tan largamente debatida de muchos millones. Ella y su hermano, los últimos asmoneos, habían gastado gran parte de su fortuna en financiar el golpe de estado que había elevado a ese hombre y a su padre al trono. La reconcomía ver ahora a Tito librarse de su deuda con tanta generosidad. Ella lo ha amado, y ahora él la indemniza.

Tres días después, Tito organizó en su honor una fiesta oficial de despedida. Con un bello discurso celebró a la adorable y magnífica princesa oriental lamentando que volviese tan pronto la espalda a Roma, antes incluso de darle ocasión de mostrarle su nuevo teatro y sus juegos. Berenice notó con una especie de amarga satisfacción que había preparado unas notas para la ocasión, que llevaba ocultas en sus mangas.

Después partió. Del mismo puerto de Ostia donde desembarcara. Agripa, Claudio Regino, Quintiliano, Cayo Barzaarone y el capitán Catualdo con su guardia germana la acompañaron hasta la nave. Dos galeras de guerra romanas la guiaron hasta que perdieron de vista la costa. Y, antes incluso, el capitán Catualdo regresó contento a la ciudad con sus soldados germanos. Los judíos permanecieron junto a la orilla hasta ver desaparecer el barco y con él sus esperanzas.

Nada más zarpar, Berenice se retiró a su cámara. En Roma nadie había notado que se había herido el pie.

Jamás se había despedido a un huésped del emperador con mayores honores. Además, el mismo día de su partida se publicó el edicto asignándole las debatidas posesiones de Calcis y Cilicia, así como el título de reina. Su retrato aún pendía, imponente, en la sala de audiencias del emperador. A excepción de Agripa y Josef nadie sabía lo que había ocurrido entre Tito y ella. Sin embargo, en poco tiempo la ciudad y el Imperio entero estuvieron al corriente. Aquellos que sólo pocas semanas antes se habían convencido, con celeridad y fruición, de las excelentes cualidades de los habitantes de la margen derecha del Tíber volvían

de nuevo con mayor celeridad y fruición a sus viejas convicciones haciendo sentir a los judíos su inferioridad con un desdén aún más brutal. Los judíos que una semana antes se paseaban arrogantes y seguros de sí se replegaron de nuevo, presas de desesperación, y los doctores ordenaron que se leyese en todas las sinagogas del Imperio durante tres sábados consecutivos aquel bello capítulo de los profetas que comienza con las palabras: «Consolad, consolad a mi pueblo».

En las oficinas en las que se organizaban los juegos dejaron de dudar si debían utilizar los restos del depósito de prisioneros de la guerra judía. Los precios de los que se presentaban voluntarios descendieron en un cuarenta por ciento. Nadie se interesaba ya por el joven de buena familia que se había enrolado para costear el entierro de su padre.

Incluso en los depósitos de prisioneros estaban al tanto de aquello. Enviaron conmovedores escritos a las comunidades judías solicitando aportaciones para liberarlos. Los que reunían el dinero para tal fin lograron en esta ocasión mayores éxitos. A pesar de todo, las posibilidades de que un prisionero fuera liberado eran escasas, había demasiados, y en los depósitos continuaron trabajando, tristes y defraudados. Se aconsejaba al contrincante que no tuviese miramientos, así como ellos no pensaban tenerlos; pues el que lograba vencer a muchos adversarios tenía la posibilidad de salvar su vida. Pero todos sabían que aquélla era remota, que tras la mayor parte de los nombres incluidos en la lista figuraba la fatal «P». Y, mientras se entrenaban, se preparaban para morir, confesaban sus pecados, disponían sus asuntos, oraban.

Tito se hundía a menudo, tras la partida de Berenice, en un estado de profunda dispersión. Miraba su retrato y meditaba. No alcanzaba a entender lo que había ocurrido. Berenice seguía siendo la misma mujer de antes. Ésos eran el rostro, el pecho, los miembros, el porte, aquéllos eran el alma y el cuerpo que había amado en los últimos diez años. ¿Cómo podía evaporarse de pronto un sentimiento tan fuerte, el más irresistible que había tenido en su vida? ¿Acaso era un castigo de ese dios Yahvé, que le arrebataba su mayor felicidad? También cabía pensar, por el contrario, que fuese un acto de gracia de Júpiter Capitolino, que le abría los ojos indicándole cuál era su verdadera misión. Pero aquella explicación tan consoladora no lograba desterrar de su mente la primera, terrible.

De cualquier modo, su ruptura con la judía le valió al ballenato su primer gran éxito con los romanos. De pronto recayó en él el amor del pueblo por el que tanto había luchado en vano. Y se deleitó en él. Llevaba mucho tiempo permitiéndose extrañas inclinaciones: esa esotérica predilección por Oriente. Respiró aliviado al lograr liberarse de aquellos sentimientos que tan caros le habían costado.

Satisfecho, gozó a sus anchas del amor de su pueblo. Descubrió nuevos y sofisticados medios para reforzarlo. Comenzó a derrochar. Empezó a disfrutar realmente de sus construcciones, de los grandiosos preparativos de los juegos. Cada vez convocaba menos al incómodo amonestador Claudio Regino. Sin compañía, sin máscara, como un hombre cualquiera, se paseaba por las calles y engullía los comentarios que sobre él hacían las masas. Pues si utilizaban el apodo de ballenato lo hacían con simpatía, con ternura, y ya no parecía existir gran diferencia entre aquel apelativo y el que habían inventado sus retóricos poetas de corte: «El amor y la alegría del género humano».

Contra el consejo de su administrador decidió no festejar la conclusión de los Nuevos Baños con un acto de inauguración reservado a la nobleza, sino admitir a las masas el primer día. Él mismo acudió al inmenso e imponente establecimiento, sin guardia, un ciudadano más entre muchos miles de visitantes. Se desnudó con ellos, nadó con ellos en la piscina de agua fría y en la caliente, se dejó friccionar con ellos, conversó con sus vecinos en dialecto, en una mezcla de sabino y romano, pronunciando para su regocijo «Rauma» en lugar de «Roma», bromeó sobre la propina que debía entregarse a los maestros bañistas. Permaneció con los demás en la gran sala contemplando el fresco, que no era la obra maestra *Las oportunidades perdidas,* sino tan sólo un cuadrito de poca monta de tema mitológico: *Venus surgiendo de la espuma.* Como siempre, el fresco brindó a los concurrentes una excusa oportuna para hacer chistes obscenos. Él mismo contó los más fuertes. Todos reconocieron al emperador pero le siguieron el juego de todo corazón e hicieron como si no supieran de quién se trataba.

Sin embargo, de cuando en cuando sentía de pronto un curioso sentimiento de extrañeza. ¿Era realmente él quien, tras proferir un grito, saltaba al agua de cabeza? ¿Era él quien se regocijaba en decir «Rauma» en lugar de «Roma» y el que bromeaba sobre las partes pudendas de Venus? Con gran algarabía recorría el magnífico edificio golpeando a sus romanos en la barriga, permitiendo que éstos le diesen palmadas en el hombro, sintiéndose enormemente querido. Finalmente preguntó si no estarían alegrándose tan sólo de tener entre ellos al ballenato. La respuesta fue una sonora carcajada, un júbilo incontenible. Pero mientras él les acompañaba riendo y gritando, incluso tomando nota mentalmente de sus palabras, pensó que el que reía y gritaba era, quizás, el ballenato, pero no el verdadero Tito. El auténtico Tito se encontraba muy lejos de allí, no en los Nuevos Baños; seguía con la mirada un barco que no había visto

jamás y en el que navegaba Berenice, y pensó que no podría alcanzarla ni en la nave de guerra más veloz de su flota.

Demetrio Libán llevó al director artístico encargado de los espectáculos el manuscrito de *El pirata Laureol.* Se sentía muy orgulloso. El texto de la comedia cantada era magnifico; realmente, aquélla era la obra que había soñado representar desde niño y llegaba en el instante adecuado. Se encontraba en plenas facultades, estaba preparado para representar ese papel en el que se reflejaba toda su época.

Lleno de orgullo explicó al director artístico la forma en que debía dirigirse y exponerse. Pero aquél, por lo general tan amable y entusiasta, le respondió con frialdad. No creía, dijo, que fueran a decidirse a representar una nueva comedia cantada. Había que pensar en algo de mayor actualidad: en la farsa de *El judío Apella,* por ejemplo; en cierto círculo influyente de la corte se había expresado el deseo de ver de nuevo aquella pieza y sin duda el público romano la saludaría con agrado precisamente en ese momento.

Demetrio Libán abrió asombrado los turbios ojos azul pálido que adoptaron una expresión casi cerril. ¿Estaría soñando? ¿Estaba hablando realmente con el director artístico? ¿Estaban en el año 833 de la fundación de la ciudad? ¿Qué musitaba aquel señor? Había ido a verlo para representar al pirata Laureol. ¿Había mencionado no se qué del judío Apella? ¿Cómo podía ser? ¿Qué? ¿Acaso era una broma? ¿Acaso quería agriarle la alegría, hacerle revivir la pesadilla de quince años antes, los miedos y escrúpulos que suscitó aquella peligrosa farsa que, en tiempos como aquéllos, sin duda les traerían *persecuciones* y toda suerte de desgracias?

—¿El emperador desea ver *El judío Apella*? —farfulló. Y, cosa que no había vuelto a ocurrir en treinta años, su selecto griego se tiñó de acento dialectal, de aquel dialecto medio arameo por cuya causa se desdeñaba a los habitantes de la margen derecha del Tíber.

—Aún no hay órdenes concretas —dijo el director precavido—, pero considero altamente improbable que decida volver sobre una obra como *El pirata Laureol.*

Esta vez Libán había oído bien. No era un sueño, eran palabras: palabras imparciales, serias. Le sentaron como un golpe en la cabeza, lo conmovieron hasta la médula. Tambaleante, con la mirada turbia, se alejó de allí.

Envió a los corredores capadocios y su litera a su casa; debía pasear, moverse. Caminó a lo largo del Palatino hasta el Foro, tambaleándose, musitando para sí. Los transeúntes lo miraban asombrados. Muchos lo reconocieron. Algunos lo siguieron: gentes ociosas, niños, cada vez eran más. No los veía. De pronto sintió una fatiga mortal, se sentó en los escalones del Templo de la Paz, jadeando. Allí se puso en cuclillas meciendo el torso, moviendo la cabeza, un viejo judío. Unos amigos lo condujeron a casa.

Se sintió culpable, la amargura lo roía por dentro. Lo que le había ocurrido no era casualidad. Había esperado tanto tiempo aquel momento de plenitud y, al encontrarse ante él, al estar su ser dispuesto, con un texto logrado, con el marco adecuado, entonces, en el último instante, en el instante en cierto sentido en el que se disponía a entrar en escena, el suelo se derrumbaba bajo sus pies. Era un castigo de Yahvé.

Sus turbios ojos azul pálido adoptaron una expresión de apatía, su pálido rostro ligeramente abotargado se volvió gris, arrugado como un saco a medio llenar. Se devanaba los sesos, decaído.

Así lo encontró Josef. Posiblemente fuera el que menos había notado el cambio; lo que él podía alcanzar ya lo había alcanzado antes. Al ver al actor destrozado se le ocurrió pensar que podía haber corrido la misma suerte. También recordó todo lo que había hecho por él Demetrio Libán en su primer viaje a Roma. A pesar de no haber citado ninguna cifra en su libro Josef era un excelente calculador. No olvidaba las ofensas, pero tampoco los favores. Al ver ahora al actor tan abrumado y decaído, al relatarle éste lo que pretendían de él —que interpretara el judío Apella en lugar del pirata Laureol—, Josef decidió hacer justicia a su amigo. Urdió un plan arriesgado y fue a ver a Lucía.

Josef entendía de mujeres. Desde su primer encuentro con Lucía supo cómo debía tratarla. Era una mujer ávida de vida capaz de mostrarse receptiva ante las grandes pasiones, que desconocía el miedo. Marullo le había contado que no había visto con buenos ojos que Tito hiciese partir a Berenice, por mucho que ello redundase en su beneficio y en el de Domiciano. Si conseguía explicarle lo injustos que habían sido con el actor estaba seguro de poder ganarla para su causa.

Lucía no ocultó su alegría al ver a Josef. Él le habló abiertamente como si se tratara de una buena amiga comprensiva. Habló de Berenice, le refirió cosas de su primera época, cosas que no había contado a nadie. Habló de Tito con aprecio, lamentando que se hubiera separado de Berenice, aunque le dio la razón, y se

regocijó al ver que Lucía se indignaba por aquel punto de vista masculino. A partir de ese momento todo fue como la seda. En poco tiempo, y sin necesidad de expresarse con dureza, logró que estuviera dispuesta a condenar aquel proceder tan pernicioso para los judíos de la ciudad y, en particular, para el actor. Era injusto mimar primero a esas personas y permitirles albergar mil esperanzas para arrojarlas después a un lado de un puntapié. Sí, eso era lo que opinaba. Y no se reservará su opinión ni siquiera ante su cuñado Tito. Josef la tenía ante sí con sus grandes y atrevidos ojos muy separados sobre la aguda nariz, la alta torre de rizos artísticamente peinados agitada por un leve temblor; Josef estaba convencido de que Tito tendría que pensárselo dos veces.

Tito se mostró radiante al ver a Lucía. La veía transformada. Durante las últimas semanas había notado lo bella que era, la vida que rebosaba, pero entonces aún estaba embrujado por la judía. Sólo ahora la veía realmente, en cierto modo por primera vez, ese rostro arrebatado, sensual, libre de temores. Ella sabía vivir. El insensato era él, y el Chiquillo tenía razón. Si hubiera encontrado de joven a una mujer como aquélla, parecida a ella como le había ocurrido al Chiquillo, no se habría mezclado con todas esas prostitutas; todo habría ido bien y conservaría la capacidad de engendrar hijos. Pues entonces tampoco habría caído en las garras de la judía y se habría ahorrado aquel penoso rodeo.

¿Qué es lo que le decía Lucía?

—¿Qué habéis hecho, cuñado? No ha sido digno de vos. Que a uno deje de gustarle una mujer puede ocurrir, está en la naturaleza de las cosas, contra eso no puedo decir nada. Pero considero injusto que cinco millones de seres deban pagar por esa alteración de vuestros gustos. Salvo algunas excepciones, los judíos me resultan antipáticos, probablemente me resultan aún más antipáticos que a vos. Pero no podéis tratarlos como lo hacéis, Tito, eso no puede ser. Si el Chiquillo hiciese una cosa parecida ya me encargaría yo de decirle cuatro cosas.

—¿Sabéis, Lucía? —dijo Tito de pronto en tono enigmático tras experimentar un extraño alivio—. Esa fascinación que emanaba de ella no era natural, no era sana. Lo que me atraía era lo exótico, ese maldito encanto oriental. Ahora es cuando la veo tal como es, con ojos de romano. Es una vieja judía, mis romanos tienen razón. He sanado, tal vez ha sido demasiado repentino, y es posible que me haya equivocado. Es posible que tengáis razón en lo que decís. Vigilaré que nadie se exceda.

La miró, y ella lo miró, y le gustó. A su manera amaba al Chiquillo, pero Tito le resultaba más interesante. Por Júpiter, no era un ballenato: era un delfín a punto de saltar. Qué encanto tenía aquel ser impredecible con el aire militar que lucía en ese momento, que de pronto se volvía un niño y al instante parecía torturado por su nostalgia de Oriente, hundido. Aquel día le mostraba despreocupado, infantil, lo mucho que lo alegraba verla. Encontró las palabras certeras, ni demasiado insistentes ni tímidas. No era el emperador, ni el hermano de su esposo: era sencillamente un hombre que le gustaba y al que ella gustaba.

Claudio Regino anunció su visita. El emperador no quiso recibirlo y ordenó que se le citara al día siguiente. Cuando Lucía quiso marcharse la retuvo, y cuando por fin se separaron ambos sentían una fuerte y agradable inclinación por el otro. Sólo ahora, pensaba Tito, había sanado por completo de la judía, y de nuevo albergó la tonta y supersticiosa esperanza de que Lucía pudiese darle un hijo.

Al día siguiente dio orden de descolgar el retrato de Berenice. Nada en Roma le traería ya su recuerdo salvo esa constelación cercana a la de Leo, aquel lejano y delicado brillo tenue como un cabello que llevaba su nombre.

El director artístico se había percatado con regocijo de la sorpresa y humillación de Demetrio Libán. Como el actor le había irritado frecuentemente con sus ínfulas de estrella, aprovechó encantado la ocasión para hacérselo pagar. En su siguiente entrevista con Tito intentó convencerlo para encargar la representación de la farsa de *El judío Apella.*

Pero en cuanto se refirió al asunto percibió en la actitud del emperador que no le resultaría tan fácil como había pensado obtener su beneplácito. El hombre que tenía delante era un ballenato, un animal basto aunque peligroso precisamente por su carácter monstruoso, de modo que aquella cacería requeriría paciencia y astucia. Y, así, se desvió con habilidad del asunto para retomarlo más adelante, mencionando con palabras más vagas y como de pasada que los romanos deseaban volver a ver la farsa de *El judío Apella.* Conocía las debilidades del ballenato, sabía cuánto le importaba el aplauso de las masas. Subrayó que a él personalmente *El judío Apella* no le agradaba demasiado, y que el *Laureol* de Marullo era muy bueno. Pero consideraba que era su deber informar al emperador del gran deseo que mostraban las masas por ver, precisamente ahora, una representación de *El judío Apella.*

Tito miró con una expresión rara y ausente al hombre que aguardaba en actitud humilde su decisión.

¿Acaso va a denegar a su pueblo un deseo que tan fácil le resultaría satisfacer? Sin duda, se lo ha prometido a Lucía. Se ha comprometido a vigilar que «nadie se exceda». Tampoco tiene ninguna intención de ofender a Demetrio.

Permaneció allí sentado, disgustado, escribiendo notas inconexas en su tablilla. Solía evitar tomar decisiones, prefería las componendas.

—¿Qué os parecería —dijo— si dejamos que Libán represente a su *Laureol* y encargamos a un tercero, a Latín, por ejemplo, o a Favor, que haga *El judío Apella*?

El director artístico se encogió de hombros.

—Me temo —replicó— que la representación perdería su encanto. Los romanos se extrañarían de que no fuese un judío el que representase al judío. Por otra parte, tal solución constituiría una ofensa tanto para Libán como para el pueblo; pues Libán bordó el papel.

Al ver que el emperador seguía sin decidirse cedió en parte. Que el monarca, opinó, no quisiese ejercer una presión desproporcionada sobre el actor respondía sin duda a su talante de natural benévolo. Pero quizás hubiera una vía intermedia: se podía dar al pueblo la admirada y actual farsa sin disgustar al actor. ¿Qué pasaría si rogaban por ejemplo a Libán que hiciese de Apella en los juegos, prometiéndole que podría representar su *Laureol* más adelante?

Tito reflexionaba. Pero, a pesar de su vacilación, el director vio claramente que había llevado al emperador a su terreno. Y así era. Si Tito dudaba era sólo para no hacer el ridículo. En su fuero interno se alegraba de que le hubiera sugerido tal componenda. Eso le permitiría mantener la promesa dada a Lucía sin necesidad de irritar a sus romanos.

—Sea —dijo.

Libán maldijo su sino. Una y otra vez lo ponía ante semejantes disyuntivas. Cuando en aquella ocasión y tras pensárselo mucho decidió interpretar al judío Apella se trataba de un asunto que afectaba a todos los judíos. Que hubiera desembocado en una desgracia; que, por decirlo de alguna manera, el Estado y el Templo hubieran sucumbido por su causa, no era culpa suya. Pero en ese momento el problema era sólo de él, no de la comunidad, aunque no por ello lo abrumaba menos. Si no lo representaba, si aceptaba que lo ignorasen en los Juegos de los Cien Días, estaría acabado para siempre. Dejará de contar con el apoyo del emperador. Sin duda quería, tal vez incluso sin saberlo, vengarse de todos los judíos por la decepción que había sufrido con Berenice. Si ahora se negaba a poner en escena *El judío Apella* Tito tendría una excusa perfecta para no dejarlo ascender jamás. Y ya contaba cincuenta y un años.

En realidad tenía cincuenta y dos, pero no quería admitirlo.

Entonces, cuando interpretó por primera vez al judío Apella, solicitó el beneplácito de los doctores. Su dictamen había sido ambiguo: prohibía en su segunda proposición lo que permitía en la primera. Esta vez no pidió el dictamen. Sabía que si se avenía a interpretarlo ahora los doctores lo considerarían unánimemente y sin paliativos un pecado mortal. Los doctores eran sabios, y él los respetaba. Pero en aquel asunto no podían aconsejarlo, sus principios eran inamovibles.

Habló con Josef, con Claudio Regino. ¿Podía aceptar mofarse de su judaísmo interpretando al judío Apella, tal y como pretendían que hiciera? Por otra parte, dado que Yahvé le había concedido un talento artístico tan extraordinario, ¿podía negarse y cerrarse con ello para siempre las puertas del teatro? Ni Josef ni Regino fueron capaces de darle un sí o un no, ambos estaban perplejos.

Finalmente, Demetrio Liban decidió liberar, con un gasto considerable, a cinco judíos prisioneros de guerra destinados a participar en los juegos y aceptar el papel.

—No soy sentimental, pero no te permito que beses la cicatriz bajo mi pecho izquierdo —le dijo Lucía a Tito con una sonrisa mostrando sus grandes y parejos dientes—. A él tampoco se lo permito.

Era la víspera de la inauguración del Anfiteatro Flavio, la primera noche que pasaba con él.

—¿Por qué me das celos, Lucía? —replicó Tito—. ¿Por qué me torturas?

Estaba tumbada, grande, saciada, desnuda.

—Nunca te he ocultado que lo amo —respondió ella—. ¿Pero qué tiene eso que ver contigo? ¿Qué tiene que ver con nosotros? No hables de él. Tú eres muy distinto, mi querido Tito. Está bien que los dioses hayan hecho tan distintos a los hombres.

—Creo —dijo Tito, también saciado, en un susurro, dándose aires de misterio, feliz—, creo que ahora he lavado mi sangre de ese maldito Oriente. Gracias a ti, Lucía. Ahora soy un romano, y te amo.

Se sentía totalmente feliz cuando al día siguiente penetró en el teatro entre gritos de aclamación y sabiendo que en esa ocasión el júbilo no se debía a la policía. Siempre se había sentido tentado de dar su

nombre al teatro, pero se había dominado atribuyendo el mérito de la fabulosa obra a la familia, de modo que lo designó con el nombre de «Anfiteatro Flavio». Sin embargo, el triunfo era suyo, y una señal de la benevolencia divina que le fuese concedido inaugurarlo a él y no a Vespasiano, que tanto esfuerzo había invertido en él. Sus ojos miraron claros y alegres aquel inmenso espacio que bullía de gente, esta vez conocía el número de los asistentes, ochenta y siete mil. Las tres mil estatuas de mármol que había ordenado erigir se perdían entre la masa de los vivos.

A continuación comenzaron los juegos. Era muy temprano, y duraron hasta la puesta de sol. Los preparativos para aquel primer día habían sido especialmente fastuosos, y en su transcurso perecieron nueve mil animales salvajes y cerca de cuatro mil personas. Incluso en los descansos se quiso demostrar a las masas que habían sido invitados por un emperador realmente generoso. No sólo se les sirvió vino, carne y pan gratuitamente, sino que también se arrojaron papeletas: el que consiguiera atraparlas adquiría el derecho a un terreno, dinero, esclavos, y algunos boletos concedían a su propietario el derecho a una hora de amor gratuita con una de las numerosas prostitutas seleccionadas para tal fin.

El día era magnífico, ni demasiado caluroso ni demasiado frío, y quien compartía el palco con el emperador no era la judía, sino Lucía, Lucía Domitia Longina, la romana, la fuerte, la exuberante, la sonriente; las masas se sentían satisfechas. También en los bancos de la nobleza, incluso en el mismo palco imperial reinaba la alegría por haber alejado el peligro del dominio oriental. «¡Oh, magnánimo y gran emperador Tito!» retumbó una y otra vez desde todas partes, «¡Oh!, amor y alegría del género humano», y, casi con ternura: «¡Oh, nuestro buen, nuestro gran ballenato!».

En el transcurso de aquellos largos juegos, y concretamente después del mediodía, Tito tuvo uno de esos accesos que se le conocían de sus primeras semanas de reinado. Se quedó ensimismado, con la mirada perdida, y de pronto prorrumpió en llanto. Nadie supo por qué, ni siquiera él habría podido explicarlo, y muchos de los ochenta y siete mil asistentes se dieron cuenta de ello, pues el palco imperial era visible desde la mayoría de los asientos.

Esto ocurrió durante un interludio cómico titulado *Los inventos de Dédalo*. En la arena se elevaba a personas dotadas de alas mediante unas ingeniosas máquinas de modo que parecían volar de verdad. Cada cuerda era distinta, pero todas ellas se habían fabricado con la intención de arrancar a los participantes movimientos desconocidos. El que lograse recorrer toda la arena se salvaría, al menos por aquel día, pero muchas cuerdas se rasgaban antes y los seres alados se precipitaban en una caída mortal. Lo más gracioso era ver cómo aquellas personas-pájaro se esforzaban por alcanzar la meta, especialmente durante la última parte del trayecto, y cómo muchos se precipitaban entonces precisamente por acelerar su marcha. Los organizadores habían puesto todas sus esperanzas en este número. Y verdaderamente tuvo mucho éxito. Aunque perdió parte de su efectividad por el hecho de que los espectadores dividieron su atención entre los seres alados y el palco imperial, preguntándose conmovidos, o al menos curiosos, qué le ocurría al ballenato.

El trayecto que recorrían los hombres-pájaro los obligaba a dirigir la mirada hacia el palco imperial. Tal vez a alguno lo consolase ver llorar al hombre que los había hecho prisioneros y que los condenaba a morir.

LIBRO TERCERO

EL PADRE

La dama Dorión pasaba ahora la mayor parte del tiempo en su villa de Albano; las obras estaban lo suficientemente avanzadas como para poder habitar en ella cómodamente. Sin embargo, aún no estaba terminada; Dorión ideaba cada día nuevos refinamientos. Tenía dinero para ello, la herencia de su padre era considerable. A pesar de todo enviaba a Josef todas las facturas de los trabajos realizados en la villa. El dinero no le importaba gran cosa, pero sabía que a Josef aquellos gastos le suponían un sacrificio y estaba deseosa de humillarlo. ¿Cuándo se decidirá a venir para decirle que no está dispuesto a pagar más? Se preparaba para aquel día. Se imaginaba su altivo rostro desencajado por tener que comunicárselo. Reflexionó detenidamente lo que le respondería. ¡Ah!, ya no volverá a engañarla. No se dejará convencer por ese artista de las palabras, ese juez de muertos, por ese embaucador, falso visionario, ese judío. Ahora está a salvo de sus malas artes. El recuerdo de su padre es un amuleto que la protege de todas las tentaciones que entraña Josef.

Pero Josef no tenía intención de tentarla. Él vivía en Roma, ella en Albano; rara vez lo veía, y cuando lo hacía él se mostraba cortés, casi alegre, evitando cualquier conversación íntima. La única alegría que experimentaba en tales encuentros era la hambrienta mirada que dirigía a veces, cuando pensaba que no lo observaban, a su hijo Pablo. Sin embargo, no parecía darse por vencido. Mantuvo su palabra, pagaba las cuentas de la casa y no le brindó ninguna ocasión para exponerle el discurso que tan bien había preparado.

Dorión se había transformado en aquellas semanas. Sus ojos parecían más fieros, más claros y exigentes en su fina cabeza, su ancha boca con los pequeños dientes se abría con un deseo más poderoso; era hermosa, delgada y peligrosa. Pero su fragilidad, ese aire infantil que antes tenía, se había desvanecido. Si alguien refería en su presencia la creciente hostilidad de los romanos por los judíos era capaz de reír con tanta malicia y satisfacción que hasta sus amigos se asustaban.

Josef vivía en su sombría e incómoda casa del distrito sexto. Solía ir a la casa de Alexas en la Suburra y conversaba con el pequeño Simeón, aunque no dejó de ver a sus amigos. Pero no encontraba placer ni en el trabajo ni en la conversación, ni en los libros ni en las mujeres, tampoco en los honores o en la ciudad de Roma, ni en los griegos, o romanos, ni siquiera en el trato con los judíos. No le atraía ocuparse de Dios, y le tenía sin cuidado lo que hiciera el emperador. Tal vez echaba de menos a su secretario Fineas, pero no lo admitía. Sabía que sentía nostalgia de Dorión y de su hijo Pablo. Había previsto que su sacrificio, la partida de Mara, sería en vano. Pero no lo lamentaba; si Dorión se lo hubiera pedido de nuevo la habría obligado a partir una vez más.

Entregaba el dinero que le exigían para las obras de la villa sin discutir, con una especie de amargura no exenta de voluptuosidad. Al principio no comprobaba el importe de las facturas, después se percató de que superaban el presupuesto inicial en cada una de las partidas. Las adquisiciones de Dorión eran cada vez más caras. Pero él callaba. Estaba convencido de que su silencio irritaría a Dorión aún más y que la incitaría a exigencias cada vez mayores, de modo que al final su dinero no le bastaría para satisfacerla. A pesar de todo callaba.

Al fin las obras alcanzaron un punto en el que poco quedaba ya por hacer. Dorión no lograba decidirse en *una* cosa: en cómo pintaría la galería que había reservado para el fresco *Las oportunidades perdidas.* Finalmente decidió convertir aquella sala, que en un principio había destinado a Josef para que pudiese meditar con calma, en un mausoleo dedicado a su padre. Quería colocar allí la urna con sus cenizas debajo de un busto de Fábulo, y las imágenes de los acontecimientos de su vida llenarían sus paredes como un constante recordatorio del amado difunto, cuyo cuerpo y cuya alma habían sido aniquilados por el pérfido Josef.

Reflexionó largo tiempo sobre quién sería digno de esculpir el busto de Fábulo y de pintar su vida. Se

dirigió a Basil. Aquel hombre superado por el trabajo rechazó en un principio su propuesta con gran prolijidad. Pero Dorión, con su tenacidad y su característica habilidad para engatusar a los hombres, logró que cambiase de parecer; suspirando, y tras largas conversaciones, se declaró dispuesto a asumir aquella tarea como deferencia hacia su difunto amigo. Desde luego, no antes de que ella le indicase que nada le parecería caro tratándose de la memoria de su padre. Tras convencer a Basil logró ganarse al muy valorado y carísimo pintor Teón para la decoración de la galería.

Josef palideció cuando los dos artistas le exigieron los honorarios convenidos de cerca de cincuenta mil sestercios. ¿Qué no hará esa mujer para ofenderlo? Sin duda, al encargar aquellos trabajos su intención no era tanto honrar a su padre como irritarlo. ¿Qué tenían que ver el busto de Basil, o los cuadros de Teón, con su promesa de permitirle construir la villa? Por otra parte, a él le resultaba imposible, por mucho que quisiera, reunir semejante suma sin la ayuda de Claudio Regino. Decidió hablar con Dorión franca y razonablemente.

Dorión había escuchado de labios de ambos artistas que Josef se negaba a pagar. Al anunciar éste su visita se puso rígida. Aquél iba a ser el primer plato de su gran banquete de venganza. Se regocijó al imaginarlo reconociendo su impotencia y su pobreza, incapaz de mantener su promesa.

Cuando lo tuvo ante sí lo recorrió con una mirada fría, la voluptuosa boca entreabierta, olfateando con su ancha nariz. Josef se confesó que todavía la deseaba. Lo escuchó hasta el final. Después le dijo, y su tono aún era acre y tranquilo, que ya sabía que todo lo que le había dicho tras la muerte de su padre no había sido más que palabrería. No había echado a la mujer por su causa, sino para proteger a su limpia zorrita de la peste, y por eso había permitido que su bastardo, que no corría peligro alguno, permaneciese en Roma. No la sorprendía que su odio por su padre le hiciese perseguirlo más allá de la muerte y que intentase impedir que ella lo honrase como pretendía.

Conmovido, con el corazón apesadumbrado y los ojos muy abiertos, Josef escuchó sus insensatas frases inspiradas por el odio y la amargura. Tardaron un tiempo en penetrar en su corazón. Dorión concluyó con aire triunfal que había llegado al límite de su paciencia, que iniciaría los trámites de divorcio basándose en la ofensa que le había infligido.

Josef seguía escuchándola en silencio. Miró a Dorión y comprendió. No le respondió. Se inclinó, se despidió y se retiró. Ella percibió satisfecha que se tambaleaba ligeramente, que no caminaba tan erguido como siempre, al igual que su padre la última vez que lo viera.

Josef pidió consejo a Marullo. Ya no podía negarse a sí mismo que había perdido a Dorión para siempre. Pero no era capaz de concebir que tuviese que renunciar también a su hijo Pablo. El derecho judío concedía todos los poderes al hombre. Josef pensaba que era absurdo que un hombre que deseaba elevar a su hijo a su propio rango tuviese que dejarlo en otro inferior por motivos puramente formales.

—El Imperio romano —arguyó excitado— se basa en el sentido común. Lo que esta mujer quiere hacerme es a todas luces contrario a la razón y al espíritu de la ley. ¿Acaso puede un tribunal romano obligarme a aceptarlo?

El senador Marullo contempló con su anteojo de esmeralda a aquel hombre exasperado, amargado. Los dientes de Marullo se debilitaban cada vez más, los médicos no podían ayudarlo, y sus dolores reforzaban el escepticismo con que se enfrentaba a los hombres y sus instituciones.

—Me asombra —respondió a Josef— que un hombre tan inteligente como vos haya reflexionado tan poco sobre la esencia del derecho. La promulgación de leyes y la jurisprudencia no son más que intentos de justificar en un plano ideal, y de ordenar, circunstancias políticas y económicas previas. Dado que estas circunstancias son variables y mudan sin cesar, mientras que la ley y el derecho son rígidos y muy lentos en sus transformaciones, jamás se alcanza una absoluta congruencia del derecho con la realidad y sus exigencias. Por tanto, el juez sabio, o el procurador sabio, está ahí para proteger de la ley al hombre que lo merece.

Tras esta enseñanza genérica se refirió al caso concretó.

—¿Ha aportado la dama Dorión una dote considerable al matrimonio? —inquirió.

—No, que yo sepa —le respondió Josef con cierta amargura—. Su padre no era avaro, pero no me apreciaba. Dorión no ha aportado nada al matrimonio a excepción de sus vestidos, un par de chucherías y un gato que, por cierto, me resultaba muy desagradable. Y el gato ya ha muerto.

—La dama Dorión —opinó Marullo— se empeñará a pesar de todo en exigir los jirones que puedan quedar de tales vestidos, y nosotros tendremos que defenderlos con uñas y dientes. Pues sólo entonces, cuando mediante una acción procesal civil logre que se le restituya su dote, podrá solicitar que el Tribunal

de moralidad actúe contra vos y que el censor os retire como mucho el título de la segunda nobleza. Naturalmente, en ese caso —dijo golpeando suavemente el suelo con su elegante bastón de mendigo— no podréis reclamar bajo ninguna circunstancia una relación jurídico-familiar con vuestro hijo. Pero la dama Dorión no ha llegado a ese punto —concluyó tranquilizador—. Afortunadamente, las leyes que regulan el divorcio son muy complicadas. Podríamos prolongar indefinidamente el proceso, dos años, o tres incluso.

Josef permanecía absorto, indignado; era curioso lo sombría que podía llegar a ser su frente llena de prominencias. Por su parte, a Marullo le interesaban menos los aspectos jurídicos del caso que los psicológicos. Lo asombraba que la dama Dorión no considerase que un honor tan importante como la pertenencia a la segunda nobleza merecía sacrificar un prepucio. Tras su resistencia creía ver a sus antiguos enemigos, a esos borricos del Senado tan apegados a la tradición. Sin duda eran ellos los que animaban a Dorión a proceder de un modo tan irracional. Y así, aquel combate por el hijo del judío Josef se convertía en una lucha emblemática entre los rígidos aristócratas de la vieja Roma y los liberales deseosos de dotar al Imperio de un auténtico cosmopolitismo. Era difícil predecir quién vencería. Los papeles se habían repartido de un modo extraño. Pues en esa ocasión, debido a la caída de Berenice, la dinastía liberal, el monarca liberal se pondría del lado de los conservadores, defensores de la tradición republicana y nacionalista. Si él, Marullo, asumía la defensa de Josef, incurriría abiertamente en un peligro; todavía pesaba sobre su cabeza la amenaza de aquella ley que condenaba a los denunciantes. Aunque precisamente eso era lo que lo atraía de aquel combate.

Tuvo una idea.

—¿Qué ocurriría si adoptáis a vuestro hijo? —propuso a Josef. Josef alzó la vista sorprendido, pero, conociendo la casuística de la Universidad de Jerusalén, no tardó en reconocer las posibilidades que entrañaba el plan del romano—. La adopción —le explicó Marullo con aire doctrinal— es la inclusión de un nuevo miembro en la familia mediante la elección. Como en vuestro caso la procreación no ha bastado para convertir a vuestro hijo en un miembro más de vuestra familia solventaremos esa carencia mediante la inclusión a través de la elección. ¿Me explico? ¿O es que vuestro derecho judío no conoce el concepto de adopción? —inquirió cortés.

Josef estuvo a punto de ofenderse. Naturalmente que había paralelismos con el derecho judío. Cuando Lía y Raquel condujeron a sus esclavas junto a Jacob y éste reconoció a los hijos habidos en tal unión, ¿no fue aquello una adopción? ¿Acaso no era Ester hija adoptiva de Mardoqueo? A todo ello se añadían los preceptos sobre el levirato. Con aire de experto el jurista judío expuso al jurista romano las reglas, a su juicio muy sencillas, de dicha institución.

—Tenemos una ley muy clara —dijo—. Cuando un hombre muere sin descendencia su hermano debe desposar a su viuda y darle al hijo engendrado con ella el nombre del difunto. De modo que el futuro hijo de una viuda sin descendencia que se casa con el hermano del esposo fallecido se considera como el hijo adoptivo de este último.

—Eso es sencillo —reconoció el jurista romano—. Nuestro derecho es más complicado en lo que se refiere a ese punto. Aunque el procedimiento judicial no lo es. Se divide en tres acciones principales, la liberación del niño del tutor previo y su traslado a una nueva tutela. La liberación se efectúa mediante una triple venta con metal y balanza que le convierte en esclavo. De modo que en vuestro caso la dama Dorión tendría que vender al chico a un tercero, digamos, por ejemplo, a mí. Yo lo libero y vuelve a la madre. Ella me lo vende una segunda vez, yo lo vuelvo a liberar, de modo que vuelve a ella. Me lo vende por tercera vez, con lo que anula definitivamente su derecho a ejercer la tutoría sobre el niño en caso de una nueva liberación, pues de acuerdo con los preceptos de la Ley de las Doce Tablas la tutoría sólo se extingue tras tres ventas. Entonces comienza la segunda parte de los trámites necesarios para la adopción: que el hijo pase al tutelaje del padre. Vos, Flavio Josefo, aparecéis en un falso juicio como demandante, y exigís la tutela del muchacho. La madre, como demandada, calla, con lo que reconoce vuestra exigencia, y Pablo pasa a vuestras manos. Ya veis que es relativamente sencillo.

—Pero Dorión estaría loca —replicó Josef— si se aviniese a hacer lo que decís.

—Estaría loca —sonrió Marullo con una expresión astuta de leguleyo— si se negase. Pues si la dama Dorión se resiste a que su hijo pase de ser un provinciano sin derecho alguno a la ciudadanía, a ser miembro de la segunda nobleza, entonces le negaremos la capacidad de educarlo. Por otra parte, si se opusiera os proporcionaría un estupendo motivo de divorcio.

—Pero Dorión —dijo Josef pensando en voz alta— se ha negado durante todo este tiempo a solicitar la ciudadanía para sí y para su hijo, impidiendo con ello que nuestro matrimonio tuviese plena legalidad.

—Vuestra mente procede de un modo demasiado natural y poco jurídico —le reprendió Marullo—. Sólo habríais podido obtener el derecho de ciudadanía para vuestra esposa mediante la protección y la

aplicación de métodos ilegales.

Josef reflexionó.

—Entiendo —dijo, a pesar de que la cabeza le zumbaba ligeramente.

—Ya veis —concluyó Marullo su instructivo discurso con aire satisfecho—, con un poco de destreza es posible imponer el sentido común incluso aplicando el derecho romano.

Mientras conversaba con Marullo el plan de adoptar a su hijo no le pareció del todo descabellado. Pero al quedarse solo volvieron a surgir sus primeros reparos, y la idea de Marullo le pareció demasiado arriesgada. El sentido de un matrimonio medio legal era precisamente dejar a los hijos bajo la tutela de la madre, y el sentido de la adopción introducir en la familia a hijos ajenos, a hijos de otra sangre. Estos romanos eran medio bárbaros, no cabía duda, y sus leyes y su derecho se derivaban en parte de la época en que aún eran bárbaros; pero su justicia no podía ser tan indecente como para poder volver del revés el sentido de sus leyes.

Josef no se entretuvo mucho tiempo con estas meditaciones. Todo aquello era un círculo vicioso. Si el derecho era injusto, ¿por qué no transformarlo, mediante una hábil interpretación, en justo? Únicamente quedaba por saber si su caso resultaría tan moldeable en la sala del Tribunal de Moralidad como en las habitaciones de Marullo.

Unos días más tarde Marullo mandó llamar a Josef. En esta ocasión se encontraba con él un tal Oppius Cotta, un agente de pleitos. Era costumbre que para defender a un mandatario se reuniesen un buen orador y un experto en leyes; éste debía pergeñar los argumentos jurídicos en sus aspectos formales mientras el otro los elaboraba estilísticamente. Marullo ya había comentado el caso con Oppius Cotta. Naturalmente, opinó el agente, la parte contraria trataría de posponer la adopción con toda clase de subterfugios hasta que el muchacho alcanzase la mayoría de edad. Se trataba, por tanto, de aplazar en lo posible el proceso de divorcio puesto en marcha por la dama Dorión y de acelerar los trámites de adopción. Todo dependía de quien lograse avanzar más deprisa, la dama Dorión con el divorcio o Flavio Josefo con la adopción.

Josef reconoció que Marullo le había entregado un arma muy eficaz con su propuesta. Pero en aquel asunto con Dorión su pasión siempre lograba echar por tierra su prudencia. En lugar de esperar a que Dorión iniciara alguna acción decidió hacer un último intento para llegar a un acuerdo. Desde luego, no parecía sensato informar a Dorión sobre la vía jurídica que pensaban utilizar. Sin duda Marullo trataría de que desistiera de verla de nuevo. Pero Josef no deseaba escucharlo, de modo que no comunicó su propósito a Marullo. Lo único que le importaba era ver a Dorión, escuchar su voz. Se trasladó a Albano.

Sobre la colina apareció la casa, blanca y luminosa. El portero lo condujo hasta la galería. Olía a pintura. El fresco estaba sin terminar, pero Josef pudo distinguir en tres paredes la arrogante y carnosa cabeza de Fábulo. La urna con las cenizas se encontraba sobre un zócalo bellamente decorado. Todo lo que lo rodeaba había sido dispuesto para irritarlo. En tono burlón se dijo que aquella ceniza no debía de ser la de Fábulo, sino de cualquier otro, tal vez incluso de un animal.

Dorión no tardó en acudir. Cuando le anunciaron su visita lo asaltó un perverso sentimiento de triunfo. Ya podía venir. Le sorprendía verlo allí, le dijo. ¿No lo habían hablado ya todo? No, dijo él en tono suplicante tratando de apaciguarla. Había tenido una idea, tenía una propuesta que les permitiría separarse amistosamente sin tener que soportar como repugnante testigo a toda Roma. Ella no respondió y esperó a que hablase con una expresión de rechazo en la cara.

Josef se encontraba a disgusto en la galería rodeado por las cabezas recién pintadas de Fábulo. Era imposible entenderse allí, cada palabra se volvía rígida y forzada. En el interior de la sala había un cuidado jardín con una mesa y asientos y bancos de piedra. Le habría gustado sentarse, pero ella no lo invitó a hacerlo. Permaneció de pie y le hizo permanecer también a él de pie. Su figura se elevaba aguda y delgada en medio de aquel aire tan puro. Se le figuraba que estaban sobre un estrado. Le parecía odiosa, se odiaba a sí mismo, habría debido preguntar antes a Marullo, no debería haber venido. Pero lo había hecho, y tenía que hablar.

Estaba dispuesto, dijo, a admitir el divorcio y a mantenerla, siempre que sus exigencias fueran justas. Había pensado en una renta de cuarenta mil sestercios. Aquello suponía una tercera parte de sus ingresos. También estaba dispuesto —y no le resultó fácil formular esa oferta— a pagar el busto de Basil y también los cuadros de Teón. Desde luego, no estaba en situación de aportar semejante suma de una vez, pero podrían ponerse de acuerdo en cuanto a los plazos.

—Bien —dijo Dorión disfrutando al ver su tribulación y la humillación reflejada en su desnudo y turbado rostro.

—Sólo quiero pedirte una cosa —prosiguió—. Mis amigos me aconsejan que adopte a Pablo. Te ruego que te declares dispuesta. Eso facilitaría los trámites, que serían menos dolorosos.

Dorión lo miró con sus claros ojos. Lentamente, su boca se contrajo. Sonreía. Reía. Se echó a reír con una risa clara, trepidante, desdeñosa, malvada, prolongada. Disfrutaba de la propuesta de Josef, y disfrutaba de su risa. Aquella risa le agradaría sin duda a su padre Fábulo; sin duda las tres cabezas pintadas la estaban disfrutando.

Al día siguiente Dorión refirió a su amigo Annius la infantil pataleta de Josef, lo amedrentado y quejoso que lo había visto. Rebosaba una alegría salvaje, exultante, y reía de nuevo. Annius se echó a reír. Riendo refirió a su primo Flavio Silva la cómica propuesta de Josef de adoptar a Pablo. También Flavio Silva se echó a reír en un primer momento. Pero después pensó que aquellos judíos eran unos fanáticos enfervorizados, y, además, endiabladamente listos; tratándose de sus supersticiones eran capaces de torcer lo más recto.

Dorión le contó también al viejo Valer, al poeta, la idea de Josef. Valer también se rió, pero con una risa cargada de odio. Las costumbres se habían pervertido y había que temer lo peor. Nada era imposible en una época en la que un judío era capaz de erigirse en caballero romano mientras los auténticos romanos, los descendientes de Eneas, eran despojados de su dignidad, obligados a guardar los bustos de cera de sus ancestros en los depósitos de los comisionistas. No le extrañaría, prosiguió, que un judío lograse hacer aprobar a un tribunal romano su exigencia de circuncidar a un romano. Ya el viejo Séneca, un mal hombre por otra parte que, sin embargo, había tenido algunos aciertos y que compensó su indecorosa vida con una muerte decente, había señalado que los judíos vencidos dictarían sus leyes a los romanos vencedores.

El viejo Valer se tomó el caso tan a pecho que fue a ver a Helvid, cabecilla del partido opositor del senado, quien solía defender con particular firmeza los principios tradicionales de la justicia del país. Helvid no se rió de los deseos de Josef, sino que prorrumpió en amargas sentencias sobre la pervertida aristocracia y el Estado sometido a la influencia judía, sentencias que aplacaron el ánimo de Valer. Pero Helvid no se tomó el asunto muy en serio. Recomendó al anciano que se dirigiera a su agente de pleitos. No consideró apropiado intervenir él mismo como orador. Suponía que el proceso de divorcio de la dama Dorión se resolvería a su favor mucho antes de que sus colitigantes lograsen poner en marcha los trámites de la adopción.

Pero pronto se demostró que el proceso de divorcio se retrasaba por la intervención de hombres muy hábiles e influyentes. En un primer momento un tal Publius Niger se erigió en defensor de Josef. Pero los amigos de Dorión no tardaron en comunicarle que éste estaba respaldado por un tal Calpurnius Salvian, y que a su vez contaba con el apoyo de un tal Clinius Macro. Poco después los amigos de Dorión descubrieron tras todos estos nombres los manejos de Oppius Cotta y la cancillería de Junio Marullo. A partir de ese momento nadie más osó reírse de la pretensión de Josef de adoptar al pequeño Pablo.

La maqueta de la gran «Débora» avanzaba, pero requería más tiempo y más trabajo de lo que habían supuesto los muchachos. Y cuando finalmente la terminaron resultó que no podía utilizarse en la práctica, pues podía moverse hacia arriba y hacia abajo en cualquier ángulo pero al disparar giraba siempre de forma inesperada y caprichosa sin que pudiesen detenerla. Intentaron arreglarlo de varias formas, pero fue en vano. Los dos amigos, que habían aprendido mucho con el experimento, comenzaron a preguntarse sarcásticos si no harían mejor en arrojarla a las cloacas.

Admitieron que no podrían perfeccionarla solos, que necesitaban el consejo de un experto. Josef estaba excluido; la maqueta debía ser una sorpresa. De modo que sólo quedaba el padre de Constans, el capitán Lucrio.

Desde su primer y torpe intento por disculpar a su padre Constans no había vuelto a hablar con su amigo de la burda ofensa que el capitán había infligido a Simeón. Pero aún sentía remordimientos. Simeón había tenido desde entonces varias oportunidades de demostrar su superioridad; en efecto, había logrado meter al amigo en la sala de espectadores del anfiteatro durante los juegos haciéndose merecedor de la ardillita gris. Constans quería que se aclarase aquel estúpido altercado. De modo que su impotencia ante la gran «Débora» no le vino del todo mal. Y, así, un día en que Simeón volvió a colocar la catapulta sobre su pequeño pedestal de madera tras intentar arreglarla en vano, y al oírle constatar resignado: «Por Hérquel, no hay quien lo enderece», hizo de tripas corazón, le dio una palmada en el hombro y exclamó con forzado entusiasmo:

—Venga, vamos a ver a mi viejo.

Simeón no había olvidado los terribles insultos que le había dedicado el capitán Lucrio ni su decisión de

pedirle explicaciones por sus indignas palabras. También él esperaba la ocasión propicia. De modo que miró de refilón al camarada que lo invitaba a ver a su padre, se puso de pie lentamente, se colocó con las piernas abiertas y los puños pegados a los costados bajo las anchas mangas, meditando como solía hacer antes de tomar una decisión, y finalmente dijo, tras pensarlo durante unos instantes:

—Hecho.

Y fueron a ver al capitán Lucrio. Llevaron la gran «Débora» a rastras atada a una cuerda, orgullosos de la expectación que levantaba a su paso la extraña máquina. Simeón no gozó plenamente del placer de aquella admiración. Estaba muy ocupado pensando en cómo debía comportarse un joven de sus características ante el capitán. Desde la partida de Berenice la ciudad se mostraba cada vez más hostil con los judíos; por todas partes se oía cantar el cuplé que tenía como refrán aquel «Hep, Hep» con el que los soldados romanos asolaron en su día Jerusalén y su Templo, las iniciales del vejatorio *Hierosolyma est perdita,* Jerusalén está perdida. Por todas partes se oían las desdeñosas palabras: «¿Qué tiene el judío en el Templo? / Un cerdo, Hep, Hep, un cerdo / ¿Por qué lo guarda en el Templo? / Porque apesta como él. / Hep, judío, Hep, judío, Apella, Hep». Incluso Simeón, por muy querido que fuese en su barrio, percibía aquella creciente hostilidad pero no lo afectaba demasiado. Su padre Josef era poseedor de la sortija de la segunda nobleza, y sin duda no desmerecía en la mesa del ballenato. De modo que si alguien llamaba a Simeón «cerdo judío» él devolvía el insulto, espetándole «hijo de jamelgo de desollador y de puta vieja» o algo parecido y, convencido de haber ganado por puntos, daba por zanjado el asunto. Para él, el problema de los judíos se solventaría cuando lo discutiera con el capitán Lucrio, y estaba decidido a mantener el tipo.

El capitán Lucrio, por mucho que le repugnasen los judíos, había echado de menos al ingenioso y espabilado Simeón; como los demás, le tenía aprecio al muchacho. «Es una excepción» solía decirse y decir a los demás. Encontraba natural haberse portado con rudeza durante la epidemia. Se trataba nada menos que de su supervivencia, mientras durase la peste estaba obligado a no ofender a los dioses, y él, Lucrio, no tenía ninguna culpa de que Simeón fuese judío.

Cuando vio a los muchachos entrar en su casa los saludó efusivamente. La maqueta conmovió su viejo corazón de artillero. No tardó mucho en descubrir cierto defecto de construcción. Él mismo los ayudó a tallarla y a pulirla. En seguida estuvo lista para una prueba. La hicieron en la calle, delante de la casa de Lucrio, quien amasó los proyectiles con masa de pan; los curiosos se agolparon. Él mismo dirigía la operación, como si estuviese en el campo de batalla: «Proyectil-listos», o «Proyectil-¡fuego!». Y, ¡eureka!, la gran «Débora» funcionó. Dispararon sobre cuervos y palomas y consiguieron abatir una, un triunfo increíble.

Pero ni el respeto que le infundía la pericia artillera del capitán ni su talante gruñón impidieron al valiente Simeón exigirle una explicación, tal como se había propuesto. De modo que, en cuanto terminaron de probar la máquina, zanjó la primera parte de su encuentro limpiamente constatando satisfecho:

—Bien, asunto resuelto.

Después se volvió impetuoso hacia Lucrio, alzó la vista hacia él y le preguntó con aire desafiante:

—Bueno, y ahora, capitán Lucrio, decidme por qué apesto el aire con mi aliento y por qué contagio a todo el que se me acerca.

Durante unos instantes el capitán miró perplejo al chico sentado sobre el bastidor con ruedas de la gran «Débora». Después recordó que aquéllos habían sido los reproches que le había hecho a Simeón durante la epidemia y prorrumpiendo en carcajadas le respondió:

—Es evidente. Porque eres judío.

—¿Por qué es evidente? —insistió Simeón—. ¿Acaso habéis visto a alguien que se contagiase por tocar a un judío?

—La epidemia —lo aleccionó arrogante el capitán— se ha producido únicamente porque el emperador quería casarse con una judía. Si la mera intención es capaz de atraer la peste, ¡quién sabe qué habría ocurrido si se produce de verdad un contacto!

Ante semejante prueba, Simeón sólo supo contestar:

—¿Por qué?

Y, pensativo, prosiguió:

—¿Es que creéis que los judíos han provocado la ira de los dioses?

—No te hagas el tonto —replicó Lucrio furioso—. Todo el mundo lo sabe. En primer lugar porque sois un hatajo de mierdas, y en segundo, porque tenéis unas supersticiones perversas y alevosas.

—¿Por qué somos un hatajo de mierdas? —preguntó Simeón cortés e insistente.

Lucrio se sonrojó.

—Sois unos gandules —dijo, detallando su acusación—. Ganduleáis cada siete días y os ponéis hasta

arriba de manjares. Y tenéis la osadía de llamar a vuestra holgazanería sábado, por la baba, la saliva de los apestados a quienes traéis la peste. Además sois lascivos, más lascivos que los machos cabríos. Pero vuestra arrogancia supera incluso vuestra lujuria. Por eso no tocáis a ninguna mujer que no sea judía.

Simeón permanecía enfurruñado sobre su máquina, reflexionando con ahínco.

—Yo no soy lascivo —protestó por fin beligerante.

—Tampoco me estaba refiriendo a ti —replicó el capitán en tono conciliador.

Simeón meditaba. Era muy meticuloso y no se daba por satisfecho fácilmente.

—¿Y a qué os referís cuando habláis de supersticiones? —le preguntó.

—Pues a que veneráis a un asno como si fuera un dios —exclamó, irritado por tanta fingida ignorancia, el capitán—. Porque inmoláis a jóvenes griegos. Porque entre vosotros un cerdo está más seguro de no perder la piel que un gentil decente.

—¡Por Hérquel! —dijo Simeón—. No sabía nada.

Lucrio miró al chico con desconfianza. Pero su expresión le hizo pensar que no fingía.

—Quizá no te hayan contado nada —opinó— por ser demasiado joven.

Y para acallar de antemano cualquier reparo agregó:

—En Judea llegó a haber ochenta mil soldados romanos de los buenos. Ellos lo vieron con sus propios ojos, con sus ojos de romanos. Por otra parte, una cosa está clara: el que profesa la verdadera religión vence. ¿Acaso vencisteis vosotros? Eso demuestra que vuestra religión no es más que superstición. ¿Tengo razón o no?

Desgraciadamente, Simeón no supo responder a aquel argumento.

—Sois un magnífico oficial, capitán Lucrio —se limitó a decir—. Pero yo os digo que el judaísmo es una cosa estupenda.

Aquella conversación le había amargado a Simeón el placer de probar la catapulta. Los argumentos del capitán lo reconcomían desbaratando su orgullo. Si un hombre sabía tanto de armas como Lucrio algo de razón tendrían sus argumentos. Pensó en preguntarle a su padre. El interés que mostró Josef cuando le enseño la gran «Débora» lo animó a hacerlo. En un par de ocasiones intentó comentarle sus dudas, pero no lograba superar su timidez ante el altivo y serio señor. Notaba la reserva que mantenía, por muy amable que se mostrase. Si Josef hubiese sido más abierto de mente y de corazón el chico le habría confiado sus dudas sin vacilar; estaba tan atribulado que hasta un extraño habría notado que lo abrumaba una terrible preocupación. Pero Josef seguía tan inmerso en su lucha por su hijo Pablo que no notó nada y dejó a su hijo Simeón solo con sus penas.

Finalmente se dirigió a Alexas. Le contó lo que el capitán reprochaba a los judíos y le rogó que le dijese «con el corazón en la mano» si era cierto lo del culto del asno, la inmolación de los jóvenes griegos y todas esas injurias. Alexas estaba furioso con Josef por haber permitido que el chico se embruteciese. Con palabras serenas y benévolas le explicó que no eran más que estúpidas y torpes calumnias. Le contó que los dioses de otros pueblos eran dioses comprensibles, que pertenecían a un determinado grupo, visible para todos, hasta para los más tontos, que se les podía presentar ofrendas si lo ayudaban a uno o insultar y pegar si le negaban un favor. Pero el dios Yahvé era invisible, sólo podían comprenderlo los que se esforzaban poniendo su cerebro a trabajar. No era un dios heredado del padre. Era el Dios de todos, si bien sólo comprensible para los que se esforzaban por entenderlo. Por ello, los tontos y los perezosos gustaban de injuriar a sus adeptos. Sin embargo, muchos romanos y muchos griegos lo habían reconocido ya. Era un dios que perduraría, y pronto llegaría el tiempo en que todos lo reconocerían y entonces ya no habría diferencias entre romanos, griegos, egipcios o judíos. Incluso ahora era vano querer establecer tales distinciones, y un día se trataría de imbécil al que afirmase que uno era mejor que su vecino por pertenecer a un pueblo o a otro.

Simeón meditó sobre ello, lo consideró razonable, y pensó que en realidad Lucrio habría debido meditarlo también. Un hombre tan inteligente, y por añadidura artillero, tenía la maldita obligación de sonarse tres veces la nariz antes de soltar semejantes tonterías sobre los judíos. Decidió castigar al capitán por su insolente y cómoda credulidad.

Entre los tesoros que había traído consigo de Judea había una raíz con unos poderes especiales. La trituró e introdujo el polvo extraído en las mangas de la ropa de calle de su camarada Constans, justo antes de que éste regresara a su casa y sin que lo notase. Sabía que en cuanto llegase tendría que cambiarse de ropa y que su vestido se guardaría cuidadosamente, vuelto del revés, en un lugar aireado.

Ocurrió lo que Simeón había previsto. Cuando el capitán Lucrio se disponía a sentarse a la mesa su esposa comenzó a estornudar, después él, y a continuación Constans.

—Señal recibida —exclamó el capitán, pues se consideraba al estornudo un buen presagio. Pero la señal

duraba ya demasiado. Acudió el esclavo y les sirvió las viandas y aún no se había extinguido. El capitán lo llamó y le ordenó que se llevase la comida y la recalentase, pero el esclavo no lo entendió, sino que participó también él en el buen presagio. La comida se enfrió y el augurio no cesaba.

Finalmente se dejaron caer agotados en el suelo o en sillas. Tratando de recuperar el aliento y de forma inconexa, el capitán le preguntó a Constans:

—¿Has estado con Simeón? —Constans no era excesivamente inteligente, pero en este caso también sospechaba algo—. ¿Has contado al menos —siguió el capitán con la respiración entrecortada— cuántas veces hemos estornudado? —Pues si el número de estornudos era divisible por seis el presagio era particularmente favorable.

—Ochenta y cinco —respondió Constans al azar, pues no los había contado. El capitán había obtenido la cifra de ciento treinta y dos, pero no estaba demasiado seguro y habría querido que Constans la confirmase.

—¡Ya te enseñaré yo —exclamó— a estropearme mis buenos presagios! —y con estas palabras agarró al muchacho y le dio una paliza en la medida en que se lo permitieron sus escasas fuerzas.

Cuando al día siguiente se tropezó con su amigo, Constans no le contó nada de lo ocurrido. Pero de pronto, sin motivo aparente, prorrumpió en insultos:

—¡Imbécil, cerdo judío! —exclamó golpeando con alevosía en las costillas al que caminaba despreocupado junto a él. Simeón se percató entonces de que todo había salido como quería, y en la pelea que se desencadenó a raíz del empellón de Constans lo trató con nobleza y generosidad.

Durante aquellas semanas Josef trató en varias ocasiones de ponerse a trabajar seriamente para clasificar el ingente material de su *Historia universal del pueblo judío.* Pero no lograba concentrarse. Su pensamiento se desviaba hacia su hijo Pablo. Amargado, no dejaba de imaginar lo seguro que se habría sentido de su causa de reinar Berenice en el Palatino. Cierto que después le parecía casi correcto y una prueba de aquella providencia que pesaba sobre él que las esperanzas puestas en Berenice se hubiesen truncado. Había expresado burdamente sus sueños sobre el dominio espiritual de Israel, había utilizado símbolos vacuos, toscos, como la efigie de la biblioteca del Templo de la Paz: aquello se había acabado, y estaba bien que así fuese.

No lograba avanzar en su tarea. Su nuevo secretario, el sirio Macón, lo molestaba más de lo que le ayudaba. Su griego era intachable, pero carecía de música. Las frases que elaboraba con Josef reproducían correctamente el sentido, pero carecían de los matices que éste habría podido darles en arameo o en hebreo. Josef padecía su falta de pericia, echaba de menos a Fineas.

Sin embargo, durante un cierto tiempo se esforzó en trabajar metódicamente unas horas al día. Pero un día no pudo soportarlo más. Llevaba meses sin ver a su hijo Pablo. Lo veía ante sí, esbelto, el rostro oliváceo, frágil y fuerte, oyó su voz. No tenía fuerzas para proseguir con aquel trabajo. Debía salir de la ciudad, ir al campo.

El camino más directo hacia Albano era la Via Apia. Pero se dirigió a la Puerta Latina y dejó que lo condujesen un buen trecho por la Via Latina. Poco antes de llegar al Ferentino ordenó al cochero que se desviase para dirigirse al lago de Albano. No era su intención ver a Dorión o a Pablo, pero ¿quién podía impedirle respirar el mismo aire que respiraba su hijo?

Se paseó por aquella región cuajada de colinas. El lago estaba muy hermoso, más allá brillaba el mar, y a su alrededor se elevaban, lujosos, los blancos edificios del príncipe. Josef era hombre de ciudad, aquel hermoso paisaje no le decía gran cosa. Estaban a finales del verano, pronto anochecería; y soplaba una brisa fresca. Caminaba pensativo, cansado y triste.

Allí estaba la villa de Dorión. Si le hubieran consultado a él la habría hecho más alta, más imponente, con más terrazas. Pero seguramente Dorión entendía más de esas cosas. En cualquier caso, su sencillez había resultado bastante más costosa, eso, por desgracia, lo sabía bien. ¿Qué cara pondría si se presentase ahora ante ella? ¡Oh!, lo sabía perfectamente, no necesitaba probarlo de nuevo.

Regresó hacia la carretera donde le aguardaba su carruaje. De pronto, sobre la cima de una colina, vio aparecer un carro tirado por cabras que conocía muy bien. Sabía que había estado esperando aquello todo el tiempo, aunque no se había atrevido a confesárselo. Pues, ¿por qué si no había venido aquí, para qué se había dirigido a aquellos parajes a la hora en que su hijo Pablo acostumbraba a dar su paseo? Lo vio en la cima de la colina, su figura destacaba en aquel aire tan limpio, erguido sobre su pequeño carro, relajado y hábil, muy serio. Josef podía ver cada detalle con extraordinaria precisión, cada pliegue del vestido que ondeaba ligeramente al viento, cada pelo del chivo Paniscus.

Josef se encontraba en una hondonada de espaldas a la luz. El muchacho podía verlo, pero era mejor

que no lo descubriera. Si permanecía quieto era posible que no se percatase de su presencia, pero si se movía o seguía caminando sin duda lo vería. Se avergonzó y permaneció inmóvil.

Pablo avanzaba por el estrecho camino, allá arriba, en la cima. Con la vista clavada en él, conducía despacio, relajado, elegante. De pronto se puso rígido y sus movimientos se volvieron torpes, su porte parecía forzado. Josef continuaba inmóvil. ¿Seguirá de largo? Pablo siguió de largo.

Josef, ahora a sus espaldas, seguía sin moverse. Temblaba. Su hijo pasaba de largo. Su hijo lo había visto y pasaba de largo.

Entonces, de repente, Pablo desvió el carro. No era fácil, pero lo logró. Descendió por la colina en zigzag, el chivo Paniscus avanzaba muy seguro, y el carro se dirigió hacia Josef. Pablo tomó el pequeño látigo con la mano izquierda, la bajó y levantó el brazo derecho con la mano extendida para saludarlo como solían hacer los aurigas que se exhibían en la arena. Josef se emocionó, su corazón parecía a punto de estallar. El muchacho se acercó un poco más, y se detuvo ante él sonriendo ligeramente, disimulando a duras penas su timidez.

Con voz temblorosa y cierta torpeza, Josef le dijo:

—Conduces tan bien que podrías dejarte ver en la arena.

—Sí, mi Paniscus está bien adiestrado— dijo Pablo.

Se sentía emocionado, al divisar a su padre experimentó ternura y una tímida alegría. No era su costumbre salir al campo a pasear. En los últimos tiempos, desde la muerte de su abuelo Fábulo, Fineas y su madre hablaban mal con frecuencia del padre, y la vehemencia con la que aquél había reprendido a su venerado profesor Fineas en su presencia seguía turbándolo. Pero ahora, al tenerlo delante, lo asaltó un cálido sentimiento. Le extrañaba que aquel hombre, su padre, el gran escritor y amigo del emperador, deambulase apocado por el paraje como si fuese un esclavo fugado; como si merodease por la zona con la vaga esperanza de verlo. Sin embargo, también recordó que había ofendido a su madre y a Fineas, se sintió confundido y disgustado, y su primer pensamiento fue fingir no haberlo visto y seguir su camino. Pero después se dijo que sería una cobardía rehuirlo. No hay que evitar lo incómodo, lo difícil; hay que enfrentarse a los problemas tal como prescriben los principios de lo bueno y lo bello: eso era lo que Fineas le enseñaba cada día. Y, a pesar de su enojo, se sentía orgulloso de que hubiese viajado hasta allí tal vez sólo para verlo; y, sobre todo, se sentía orgulloso de haberse encontrado con su padre precisamente en el momento en que mejor podía mostrarle su destreza. ¡Por Hércules!, girar allá arriba, en la cima de la colina, le había resultado endiabladamente difícil, pocos lo habrían logrado; se alegraba de haber hecho buen papel ante su padre. Pero al ir a su encuentro pensó de nuevo lo mucho que irritaría a su madre y a Fineas verlos juntos y decidió no prolongar su conversación con él. Si al conducir se había mostrado elegante, ahora permanecía de pie rígido y torpe sobre su pequeño y tambaleante carro agitado por sus sentimientos.

Josef, que no solía ser muy perspicaz cuando se trataba de Pablo, adivinó exactamente en esta ocasión los pensamientos del muchacho. Le habría gustado preguntar por su madre y si avanzaban los trabajos de la villa, pero temía tocar con ello su punto más débil y turbarlo aún más. Se limitó a un par de generalidades sobre lo agradable que resultaba a esas horas vivir en el campo y la comodidad con la que sin duda repartiría Pablo su jornada entre sus estudios y el deporte.

Pablo apenas acertó a responder que echaba en falta a los compañeros, que se aburría tan solo. Necesitaba la competición, agregó petulante.

Josef creyó escuchar a Fineas en esas últimas palabras. Aún se sentía dichoso de que Pablo no hubiera pasado de largo ante él, como había temido al principio, con el corazón en un puño, aún disfrutaba de la visión de su hijo. Se deleitaba viendo su cabello al viento, oyendo su voz; pero no tardó en decirse: es a Fineas, al maldito, a quien debo agradecérselo. Fineas le enseña a dominarse, le enseña que no hay que esquivar lo desagradable. Fineas le inculca las doctrinas estoicas. ¡Vaya cosa! ¡Cuán planas y pobres son comparadas con la sabiduría del predicador, de Cohelet! Le gustaría enseñarle lo que dice Cohelet. No ahora, más adelante, claro. Es un libro endiabladamente difícil. Cohelet entendía a los griegos, pero a los griegos no les resulta fácil entenderlo. ¡Ay! Pablo, mi hijo, sería capaz de comprenderlo si yo pudiese explicárselo. Es el colmo que incluso esta breve conversación deba agradecérsela a Fineas.

Josef sabe que no le conviene prolongar su encuentro. Conoce con exactitud los principios de lo bueno y lo bello que Fineas enseña a su hijo, el encomio del autodominio, sabe que a Pablo le repugna verlo allí cediendo a sus impulsos, incapaz de separarse de él. Debería decirle «mi carroza me está esperando allá abajo». Y «que sigas progresando con Homero y con tu carro, saluda de mi parte a tu madre y a Fineas». Debería decirlo como de pasada, pero no es capaz, no puede hacerlo, y en cambio sigue hablando, tenso, en un griego más torpe que el que suele usar, de cosas insulsas, inconexas:

—Sí, Homero —dice—. Escribió muchas tonterías. Pero sabía lo que es la belleza y la sabiduría. Cuando

Ulises decide matar a todos los pretendientes, a los violentos, a los hombres de acción, se detiene ante el poeta. Los griegos saben lo que vale un poeta.

¿Qué está diciendo? ¿Qué le importa eso a su hijo? ¿Qué pensará Pablo de él? A pesar de todo, sigue hablando un rato más en ese tono. Por fin se calla y se queda allí, mirándolo. Y eso que casi ha anochecido, es hora de pensar en regresar. Pero allí sigue, mirándolo.

Esperó hasta que el propio Pablo hizo ademán de marcharse.

—Ya es de noche —dijo—, debo volver a casa.

Entonces Josef logró por fin dominarse y se apresuró a decir con cierta brusquedad:

—Sí, es cierto, mi carroza me está esperando allá abajo.

Y el muchacho partió.

Pero Josef, y eso tampoco está bien, se queda mirándolo hasta perderlo de vista. Después, tambaleándose ligeramente, sumido en confusos pensamientos, regresa a la carretera.

Simeón consideraba zanjado el asunto con el capitán Lucrio tras enviarle aquellos presagios de forma tan palpable. Simeón-Janiki no era un filósofo. Lo que había querido demostrarle al capitán, y aún más a su compañero Constans, era que un muchacho judío de once años era capaz de manejar los signos premonitorios de fortuna y desgracia tan bien como un romano adulto que ausculta entrañas o predice el futuro guiándose por las plumas de los pájaros, y que, por tanto, las opiniones del capitán en materia de religión no tenían ningún fundamento. No le importaba saber si los otros lo habían visto del mismo modo, tal vez ni él mismo sabía exactamente cómo interpretarlo; en cualquier caso, y de eso estaba seguro, había rematado aquel asunto de un modo viril y justo.

Constans, sin embargo, no lograba olvidarlo. Le reconcomía que Simeón se hubiese burlado de su padre. Y que más tarde, durante la pelea que se desencadenó después, lo tratara con tanta benevolencia, lo irritó aún más. No quería romper con su compañero, pero le expresaba su rencor de un modo torpe y sordo. Cuando jugaban a soldados y ladrones, por ejemplo, solía separarse de Simeón, cosa que jamás habían hecho antes, y si Simeón se pasaba al bando de los ladrones él se incorporaba al de los soldados. A Simeón aquello lo molestó, pero su sorpresa fue aún mayor. En una ocasión preguntó directamente a Constans qué ocurría, qué es lo que ¡por Hérquel! le había hecho para que se portase así. Constans le respondió con evasivas. Simeón pensó que su actitud se debía sin duda al asunto de la ardillita gris. Generoso, le ofreció prestarle el animalillo un mes. Pero, tras titubear unos instantes, Constans respondió con aire viril:

—Un trato es un trato.

No aceptó la ardillita y siguió mostrándose tenso y malhumorado.

Un día, habiéndose alistado Constans de nuevo con los soldados y Simeón con los ladrones, protagonizaron un combate particularmente enconado. Era natural que fuesen los soldados, y no los ladrones, quienes utilizasen la gran «Débora». Lo que no era natural, en cambio, era que los soldados entonasen la canción con el estribillo «Hep ¿Qué tiene el judío en el Templo? / un cerdo, Hep, Hep, un cerdo». Al contrario, era una insolencia, ya que, a fin de cuentas, los inventores de la gran «Débora» habían sido judíos, por lo que era una bajeza cantar aquella canción mientras la utilizaban. Irritado, Simeón puso entonces todo su empeño en recuperar la catapulta con sus ladrones. Pero el primer ataque fue infructuoso, sus adversarios contaban con mejores hombres. Los ladrones se alejaron para hacerse con la gran «Débora» en un ataque definitivo para el que necesitaban tomar carrerilla. La misma catapulta entró en acción y Constans, que la manipulaba, lanzó un par de disparos rápidos y certeros. Preveía que aquel ataque tendría éxito y que su próximo disparo sería el último. Dirigió el cañón hacia Simeón, disparó y acertó.

Acertó de pleno. Simeón, a punto de lanzarse sobre ellos, se desplomó y se quedó inmóvil. Los demás pensaron en un principio que estaba fingiendo, los ladrones prosiguieron con el ataque mientras los soldados se defendían. Pero, al ver que no se movía, se volvieron y descubrieron que la bola que le habían disparado no estaba hecha de pan, sino de piedra. Constans no había cargado la máquina, habían sido otros, y no fue posible saber quién había metido la piedra en el disparador y si lo había hecho a propósito, por descuido o por simple curiosidad. En cualquier caso, Simeón seguía tumbado, sin moverse; la bola le había dado en la frente, justo encima del ojo. Todos lo rodearon conmovidos, incapaces de hablar, hasta que intervinieron unos transeúntes. Entonces trasladaron al muchacho, muerto, a la casa de Alexas.

Alexas mandó llamar a Josef de inmediato. Cuando le contó lo que le habían referido, Josef permaneció sereno, aunque sus dientes rechinaron de un modo muy extraño. Tenía un solo pensamiento, un pensamiento que lo llenaba por completo, sin permitirle hacer otra consideración: me he ocupado sólo del otro para que no se convirtiera en un *goi* y, entretanto, los *goyim* han asesinado a mi hijo judío. No dejaba

de repetírselo.

Alexas había dejado de hablar. Josef permanecía en el centro de la sala tambaleándose ligeramente, sin decir nada.

—¿No queréis ver a Janiki? —preguntó por fin Alexas con voz ronca, trémula. Josef no parecía escucharlo. De pronto, preguntó:

—¿Cómo?

Y Alexas repitió en tono hostil:

—¿No queréis ver a Janiki?

Josef permaneció en silencio unos instantes y después dijo con cierta brusquedad:

—Pero no es posible.

Alexas lo miró perplejo; se le ocurrió que posiblemente estuviese pensando en el precepto que prohibía a un sacerdote acercarse a un cadáver más de cuatro pasos.

—¡Ah! —exclamó, y en su voz resonó cierto desprecio y decepción—. Podríais verlo desde la habitación de al lado —propuso entonces.

—Sí, así sí —respondió vacilante Josef, y siguió a Alexas.

Se sentó en la habitación contigua. Miró a su hijo muerto a través de la puerta abierta. Estaba tendido sobre la cama volcada; Alexas, quien lo dejó a solas con el muerto, la había volcado como solía hacerse en señal de duelo. Josef permaneció allí toda la noche.

Aquella noche pensó en muchas cosas sobre las que no solía reflexionar, y a la mañana siguiente había envejecido muchas noches. Por lo general le asustaba profundizar en su alma, era demasiado cómodo. Pero esta vez su alma se había desgarrado y estaba obligado a contemplarla. Aquella noche no pensó en griego, ni en latín, ni en hebreo, formuló todos sus pensamientos en el arameo de su primera juventud: un arameo que le desagradaba y que desdeñaba.

Se debatía, razonaba, se echaba toda la culpa; y después al destino, a Dios, a Dorión. Su dolor era inmenso, inmensos sus remordimientos, terribles sus reproches.

No había amado lo bastante a su hijo judío. Le prometió a Mara ocuparse de él, pero no ha sabido protegerlo, y cuando ella le pregunte: «¿Dónde está Janiki, mi niño, mi hijo?», no podrá responderle nada. Había puesto todo su amor en el hijo de la griega. Se sentía orgulloso de aquel hijo predilecto; lo ha protegido a él mientras arrojaba lejos de sí a la protectora de su hijo judío y él mismo no lo vigilaba; así, la muerte de aquel hijo era un castigo merecido.

Se había ensoberbecido del modo más ridículo. En cuanto Mara se alejó despreciada, repudiada por segunda vez, su hijo desprotegido se pervirtió y fue asesinado por esos *goyim* a los que ella tanto temía, entre los que, sin embargo, él, Josef, se movía con desdeñosa altanería, un señor entre inferiores. Y ahora allí estaba, un montón de escoria. Él, que era a un tiempo oriental y occidental, el hombre del salmo cosmopolita. Había querido ser romano y judío a la vez, un ciudadano del mundo. Un buen ciudadano del mundo. Si ser ciudadano del mundo significaba ser de todas partes y, así, de ninguna, entonces él lo era. No era nada. Ni romano, ni judío. Nada.

Flavio Josefo. El gran historiador. Su busto se erguía en el Templo de la Paz. Había escrito un libro famoso. Trabajaba en una *Historia universal de los judíos.* «Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos». Un montón de escoria.

Ahondó en su interior y no encontró nada. Ahondó aún más, y encontró placer. Ahondó más, y encontró vanidad. Quiso ahondar aún más, y no encontró nada. Más, y volvió a encontrar vanidad. Entonces sintió su corazón atenazado y se espantó.

Quiso refugiarse en la doctrina aprendida. Pero no le ofreció consuelo alguno. «Conocí que cuanto hace Dios es permanente y nada se le puede añadir, nada quitar. Lo que es, eso fue ya, y lo que fue, eso será. Otra cosa he visto debajo del sol: que en el puesto del derecho está la injusticia, y en el lugar de la justicia está la prevaricación. Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerlos ver y conocer que sí son como las bestias; porque *una misma* es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias, y la muerte del uno es la muerte de las otras, y no hay más que *un* hálito para todos, y no tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van al *mismo* lugar; todos han salido del mismo polvo, y al polvo vuelven todos. ¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo, a la tierra?». Así había hablado alguien llamado Cohelet un par de siglos antes, y ¿quién podría decirlo mejor? ¿Quién lo necesita entonces, quién necesita a Flavio Josefo y su *Historia universal*?

El que lo había dicho, Cohelet, había sido un hombre sabio. No gustaba a la gente y sigue sin gustarles,

ni él ni su libro. Durante siglos se discutió en Jerusalén si debían incluir su obra entre las Sagradas Escrituras y en Yabne aún seguían discutiéndolo. Era demasiado listo y demasiado sarcástico, Cohelet. «No hay para el hombre cosa mejor que comer y beber y gozar de su trabajo». Ése era el resultado, ésa la conclusión final del más insigne investigador de todos los tiempos. Había aplicado dieciséis formas distintas de análisis, y encontró dieciséis buenas palabras para los dieciséis impulsos. Y el resultado era éste: «Todo es apacentarse de viento» y «No hay para el hombre cosa mejor que comer y beber».

De nuevo lo asaltó la ira. Dios se burlaba de él, Dios lo elevaba para dejarlo caer de nuevo, jugaba con él como con un pedazo de corcho flotando en el mar. ¿Acaso no hacía pocas semanas que había visitado a Tito exultante, en la cumbre de su felicidad, todo brillo y plenitud a su alrededor y dentro de él? Y ahora Yahvé se permitía aquella estúpida broma a su costa. Lo único que había llegado a enseñarle a su hijo Simeón era ciertos principios básicos de artillería, y precisamente con esa estúpida parodia de máquina de guerra que con tanto orgullo le había descrito lo asesinaron Yahvé y los *goyim*.

¿Qué había hecho para que Dios le gastase una broma tan burda? Había querido conducir a su hijo griego hasta Dios. ¿Era eso un pecado?

Se levantó jadeando, se revolvió contra Dios. Bien, podían pelarle como a una cebolla una capa tras otra: no encontrarían sino una cáscara vacía tras otra. En su superficie era romano, pero si rascaba un poco se convertía en ciudadano del mundo, y arañando aún más, en un judío, y si arañaba hasta el fondo entonces también dejaba de serlo. Pero *una* cosa permanecía, había *algo* que no podía desecharse, *una cosa* sí era: Josef ben Matatías, Flavio Josefo, un cúmulo de vanidad, tal vez, pero alguien, un yo. Tal vez fuera su deshonra, pero más aún era su orgullo. No hablaba, por ejemplo, de cifras, no lo hacía, no le gustaba: hablaba de personas como él, de los que, como él, tenían una identidad. Y trató de justificarse ante Dios. Dios no tenía derecho a jugar así con él. De otro modo no debería haberlo hecho como era.

Como Job, se volvió contra Dios y se enfrentó con él:

—He sido arrogante, me he ensoberbecido —admitió ante el Juez invisible—. No oculto nada. A pesar de ello, Yahvé me ofende sin razón y ha matado a mi hijo injustamente. Si he sido arrogante, ¿acaso Dios no me creó así? Si he sido arrogante, ¿no lo fui por él? Quería demostrar que un siervo de Yahvé es más humano, más divino que un siervo de Júpiter. Ésa fue mi arrogancia. Y la defiendo. Y ahora es el tiempo de Yahvé: que hable.

Pero tras este acceso de cólera y de orgullo se hundió y se sintió aún más insignificante. Sabía perfectamente que había amado poco a aquel hijo Simeón y que había sido castigado por ello. Su corazón había sido perezoso, pobre su afecto. La culpa era suya: una culpa terrible.

Revivió todo lo que había hecho hasta entonces, sus actos y sus penas. Se había desahogado vaciándose por completo, podía empezar de nuevo. Pero esta vez no puede hacerlo. Aquello seguirá allí para siempre. Durante toda su vida sentirá la presencia de Simeón y, con él, sus reproches.

Josef permaneció toda la noche en la habitación junto al cadáver. Alexas no se ocupó de él. Las noches eran ya bastante frías, Josef estaba exhausto y posiblemente hambriento, pero no lo percibió.

A última hora de la mañana le trajeron a dos visitantes, el capitán Lucrio y su hijo Constans. Los dos permanecieron en pie turbados. No sabían qué decirle a aquel hombre pálido, sin afeitar, desaliñado.

—Estoy libre de culpa —dijo finalmente Constans, su voz sonó áspera y forzada, no le resultaba fácil hablar—. Fue una piedra. No sé quién la metió en el disparador. Pero lo descubriré y le romperé los huesos. ¡Por Hérquel! —agregó, había adoptado aquella costumbre de su amigo Simeón.

Josef callaba. Así que acudían los asesinos. Trató de comprender las palabras de Constans, le resultaba difícil. Pero lo logró. ¿No había dicho que estaba libre de culpa? Quizá sea cierto, sin duda lo cree. Pero ¿quién está libre de culpa? Todos son cómplices, todos persiguieron a su hijo judío. Finalmente abrió la boca y logró proferir algunas palabras:

—Sí —dijo—, naturalmente, estás libre de culpa, ¡por Hérquel!

Incluso sonrió, aunque le costó mucho trabajo.

El capitán Lucrio había tenido que hacer un esfuerzo para acceder a visitarlo. Consideraba una prueba de honestidad haber acudido a verlo y le parecía que Josef no lo apreciaba. Era verdad que Flavio Josefo era un ilustre romano que incluso trataba al emperador, pero a fin de cuentas no dejaba de ser un judío. Lo delataba incluso su comportamiento. Permanecer en la habitación contigua, volcar la cama, ¡qué costumbres más bárbaras y supersticiosas! Lucrio, como viejo soldado que era, gustaba de hablar sin tapujos, y estuvo tentado de expresar abiertamente su parecer. Pero dado que, por un desdichado azar, era su hijo quien había matado a Simeón, y como sabía que los muertos escuchan y son capaces de vengarse, prefirió guardar silencio.

Se acercó al cadáver con su hijo. Desde el principio intuyó que la amistad con el judío no les depararía

nada bueno. Ahora Simeón yacía muerto sobre la cama volcada y su Constans cargaba con la culpa. Sea como fuere, él se ocupará de Constans y le dará una buena paliza para anticiparse a la venganza del muerto. Lo correcto era comportarse dignamente con el muerto; por otra parte, el muchacho había sido extraordinariamente amable y despierto para ser judío. Habían volcado la cama, esos supersticiosos, pero seguramente habían olvidado lo esencial. Lucrio sacó una moneda de cobre y se la puso a Simeón debajo de la lengua para que pudiese pagar al barquero Caronte.

Constans miraba el cadáver de reojo, hundido por la vergüenza y la pena. Se había portado como un estúpido. Seguramente su amigo ni siquiera sabía por qué se había distanciado de él. Era un tipo fabuloso su amigo Simeón. Que hubiera llegado a construir la gran «Débora» ya era toda una hazaña, e incluso llegó a ofrecerle la ardillita gris. Si se hubiera sincerado con él habrían seguido unidos, ya fueran ladrones o soldados, y no habría ocurrido esa tragedia.

Así permanecieron los dos junto al cadáver mientras Josef seguía en cuclillas en la habitación contigua. Después, tras unos minutos, el capitán levantó la mano tres veces para saludar al muerto como un romano decente debía hacer en esos casos y lo mismo hizo su hijo, y exclamaron: «Adiós, mi Simeón». Acto seguido Lucrio se retiró con Constans rezongando y dirigiendo un breve saludo a Josef.

Más tarde llegó Alexas. Aquel hombre por lo general tan sereno y cortés le mostró el mismo rostro desafiante de la víspera.

—He dispuesto los preparativos del entierro con el doctor Licino —dijo—. Lo enterraremos mañana, delante de la Puerta Apia.

Josef no se movió, estaba absolutamente vacío. Sentía como si una bruma cubriese sus ojos como antaño en la caverna, cuando estuvo a punto de morir de sed. Escuchó el tono agresivo de Alexas y le pareció entender que a sus ojos tampoco él estaba libre de culpa. Pero eso no le importaba. Seguía rememorando los versos de Cohelet: «Todo tiene su momento y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de buscar y tiempo de perder; tiempo de abrazarse y tiempo de separarse; tiempo de guerra y tiempo de paz. ¿Qué provecho saca el que se afana de aquello que hace?». Esto era lo que meditaba, y allí continuó con expresión terca, salvaje. Se le habían dormido los miembros, pero no se movió.

Llegaron algunos amigos a visitarlo, Demetrio Libán, Claudio Regino, el doctor Licino. Le enviaron el plato de lentejas del duelo en un cesto de mimbre. Pero aunque la norma era consolar al doliente no acudieron muchos judíos. Josef no había conseguido convertir al difunto en su hijo, y a su otro hijo no le había hecho judío. Todos pensaban que la muerte del muchacho era un castigo de Yahvé.

Al día siguiente enterraron a Simeón-Janiki. Sólo unos pocos estuvieron con él. Había tenido muchos amigos entre los romanos que sin duda lo habrían acompañado a la pira. Pero que no lo incinerasen, sino que lo enterrasen, les indignaba. El judaísmo no era una religión proscrita y nadie impedía a los judíos celebrar sus ritos fúnebres. Pero todos se compadecían del muchacho, de que su cuerpo fuese entregado de forma tan bárbara a los gusanos y le negaron el cortejo a tal ceremonia.

Por tanto, sólo unos pocos acompañaron a Simeón a la «casa de la eternidad», pero fue un cortejo muy llamativo. Josef aportó lo suyo para que así fuera. Caminaba detrás del catafalco según la costumbre jerosolimitana, sin afeitar, con las vestiduras rasgadas, terriblemente trastornado. Pataleó, se arrancó las sandalias, se golpeó con ellas. Y los romanos que se cruzaban con el cortejo decían: «He ahí al escritor Flavio Josefo, el judío. Los dioses lo han golpeado. Primero el emperador devolvió a su princesa y ahora los de abajo se han llevado a su hijo». Meneaban la cabeza al ver al hombre harapiento, embrutecido. Muchos se rieron, algunos desocupados se unieron a la comitiva y se regocijaron con el espectáculo del judío doliente.

Josef se lamentaba a voz en grito, y sus lamentos en verdad eran extraños, pues aunque estuviera permitido exagerar las alabanzas al muerto sólo podían hacerlo los que precedían al catafalco, pero quien caminase tras él debía atenerse estrictamente a la verdad, y Jerusalén estimaba doblemente esta norma. De modo que Josef gritaba: «¡Ay! ¡Ay de mi hijo Simeón, mi primogénito, el bastardo! Conocía el manejo de las armas, de pequeñas catapultas, como si fuera romano, y ha perecido a causa de una de ellas, como si hubiera estado en la guerra, y *yo* le enseñé lo que eran. ¡Ay! ¡Ay de mi primogénito Simeón, el bastardo! Y, ¿dónde está el emperador, pues este chico tal vez fuese su hermano?». Con ello quería decir que no estaba claro si no habría sido el viejo Vespasiano quien engendrase a Simeón, pues había conocido antes a la prisionera de guerra Mara. Pero todo el que había visto al muchacho sabía que no existía el menor parecido

entre él y Vespasiano, y sí ciertas similitudes entre él y Josef.

Los que comprendían a Josef se asombraban de su desnudez y su desgarro. Los romanos, sin embargo, se reían cada vez más. A él no le importaba. Exclamaba: «¡Ay! ¡Ay! Ahora veo, demasiado tarde, que era el hijo amado de mi corazón». Y pataleaba con todas sus fuerzas, y se golpeaba con las sandalias, sin percatarse de que unos meneaban la cabeza escandalizados por sus extrañas palabras y que otros hacían lo propio horrorizados de su insensata conducta. Así se rio sin duda Mical, la esposa de David, al verlo brincar fuera de sí ante el arca de Yahvé; mas David no lo tuvo en cuenta.

Pocos visitaron la tumba del pequeño Simeón. Al tercer día acudió Constans con la ardillita gris que Alexas le había regalado. Muy excitado y con gran dificultad sacrificó al animal para que su camarada tuviera con qué jugar en el Hades. Había meditado largamente si debía renunciar en nombre de su amigo fallecido a la gran «Débora» o a la ardillita y decidió sacrificar al animal. De modo que allí estaba, la ardillita lo había mordido y arañado, sus manos estaban llenas de sangre —la del animal y la suya propia—, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no marearse. De cualquier modo, ahora estaba seguro de ser el legítimo heredero de la gran «Débora».

Josef respetó el duelo de siete días que dictan los preceptos, en cuclillas en el suelo, con las vestiduras rasgadas, y en ese tiempo no dejó de escudriñar su alma. Después se sentó y escribió el *Salmo del yo:*

¿Por qué eres tan ambiguo, Yahvé,
como un poste del camino al que los chicos
arrancan jugando un brazo, cambiando la inscripción del otro,
de modo que ahora sólo queda un brazo
que señala al mismo tiempo al este y al oeste?
¿Por qué reprochaste al hombre la construcción de Babel
y confundiste su habla,
de modo que ahora uno se llama griego, y el otro judío,
y el tercero romano,
a pesar de que todos están hechos de un *aliento*
y provienen de una costilla*?*
Tengo un litigio contigo, Yahvé,
un litigio bien fundado.
Josef ben Matatías contra Yahvé, así se llama mi litigio.
¿Por qué si soy Josef ben Matatías no puedo ser además
romano, o judío, o ambas cosas al tiempo?
Quiero ser yo, quiero ser Josef
tal y como surgí del vientre de mi madre,
y no desgarrado entre dos pueblos
y obligado a decir: de éste soy, o de aquél.

Desde mi tribulación
elevo mi voz hacia ti, Yahvé:
déjame que sea yo
o arrójame al caos y al vacío
del que me separaste
para entregarme a la luz de esta tierra.

Durante los siete días de duelo Josef meditó largamente qué conclusiones debía sacar de la muerte de su hijo para su comportamiento. No creía en el azar. Yahvé y el destino eran una sola cosa. Estaba dispuesto a admitir que la muerte de Simeón era un castigo, pero ¿cuál era la penitencia que Yahvé exigía de él? Creía en la interrelación de todo lo que acontecía a su alrededor. Todo era una cadena, y así como ninguna letra de las Sagradas Escrituras ocupaba su lugar por mera coincidencia, y así como sus leyes y relatos se debían a una sucesión cargada de un profundo sentido por muy inconexos que pareciesen, también debía de tener algún sentido que Simeón hubiera muerto precisamente cuando más se afanaba por recuperar a Pablo.

La muerte de Simeón era una advertencia para que hiciera resucitar a Simeón en Pablo.

Taciturno y con redoblado afán retomó la lucha por Pablo. No era cierto lo que Dorión había dicho, que su hijo lo rechazaba. A pesar de que lo habían azuzado contra él Dorión y Fineas, Pablo no lo había ignorado en Albano, no había pasado de largo. Sólo esos dos querían apartar a su hijo de él. Si conseguía

liberar a Pablo de ellos le pertenecería.

Pero primero había que librar un combate ante los tribunales. Marullo era un buen abogado. Apreciaba a Josef. La desgracia acaecida a su hijo había despojado al hombre de su altanería y lo que descubrió bajo ésta atrajo al romano, que gustaba de los experimentos. En general, pensaba Marullo, una inteligencia aguda solía matar toda pasión; sin embargo, Josef era inteligente y a la vez pasional, una rara mezcla. Marullo se lanzó con todas sus fuerzas al combate por Pablo.

Explicó a Josef cuáles eran sus perspectivas en lo que atañía a sus aspectos legales. El Tribunal de los Cien se encargaba de los contenciosos de divorcio y adopción. El presidente de dicho tribunal era el senador Arulo, juez supremo del Reino. Pertenecía a la oposición republicano-conservadora y probablemente se sentiría inclinado a arrebatarle el chico a Josef. Pero precisamente por ser muy clara su opción política debía ser doblemente cuidadoso en sus decisiones para no exponerse a ser corregido por los jurisconsultos imperiales. Todo dependía de la política que Tito aplicase ahora a los judíos tras la caída de Berenice. Era verdad que en los últimos tiempos había tolerado ciertos desmanes de los enemigos de los judíos, pero el gobernador Flavio Silva aún no había conseguido que aprobase el edicto contra la circuncisión que tanto deseaba ver publicado. Además, Tito seguía honrando al rey Agripa, y últimamente había distinguido particularmente al mariscal de campo Tiberio Alejandro después de que éste renunciase a seguir administrando la provincia de Egipto por razones de edad. En cualquier caso, aún no podía saberse si el emperador se mostraría hostil o favorable a los judíos, o sencillamente indiferente, y antes de que se aclarase ese punto el juez supremo Arulo se cuidaría de adoptar una decisión. Los esfuerzos de Marullo de posponer la vista de la solicitud de divorcio le venían al pelo.

La dama Dorión había fundamentado su demanda alegando que Josef había hecho venir a la ciudad a su anterior esposa para irritarla y que había yacido con ella, a pesar de haberse separado anteriormente por tratarse de una mujer inferior en rango, llegando incluso Josef a aceptar la humillación que entrañaba dicho divorcio. Se solicitaron pruebas y los amigos de Josef lograron posponer el juicio. Finalmente llegó el momento en que se determinó la fecha en que la demandante y el demandado debían enfrentarse por primera vez ante los tribunales.

Los manejos legales de Josef interesaron a toda la ciudad, y como, además, se había dado a conocer que el senador Helvid, el cabecilla de la oposición, tenía intención de representar personalmente a la demandante en tales negociaciones, muchos curiosos se acercaron para presenciarlas. El tribunal tuvo que utilizar la enorme Sala Juliana para acoger a los oyentes.

Josef apareció ante el tribunal acompañado no sólo por los procuradores Publius Niger, Calpurnius Salvian, Clinius Macro y Oppius Cotta, sino incluso por el propio Junio Marullo. No le importó ponerse el vestido de la humillación y el duelo. Era posible que llevase aquellos ropajes a causa de su difunto hijo. Pero probablemente quisiera demostrar que la argumentación de Dorión pretendía presentarlo como un criminal a quien corresponderían semejantes vestiduras. El hombre, consumido, destrozado, alcanzó su objetivo y despertó la indignación de los asistentes contra la demandante.

Para el senador Helvid y los suyos el juicio constituía fundamentalmente un medio de hacer propaganda política. Tito se había vuelto popular desde la caída de la judía y gastaba ingentes sumas de dinero para incrementar esa popularidad; los Nuevos Baños y los Juegos de los Cien Días habían logrado conquistar el corazón de los romanos. Tal vez el juicio les brindara la oportunidad de darle una lección al emperador que consideraban el «amor y alegría del género humano». Si lograban demostrar que bajo su gobierno un judío podía forzar la circuncisión de un gentil por medio de un tribunal romano entonces el «amor y la alegría» se convertirían de nuevo en el «ballenato». Sin duda, en un litigio público sólo podrían insinuar puntos de vista políticos, pero el punto fuerte del orador Helvid era precisamente su capacidad de abrumar a los oyentes con una grandilocuencia siniestra y amenazadora.

—Este hombre, Flavio Josefo —explicó—, se avino primero a un matrimonio que él mismo consideraba indigno. Se sometió a la flagelación pública sólo para librarse de la mujer a la que, posiblemente bajo el influjo de un cierto ofuscamiento, se había unido. Y después, durante el último año, al crecer la arrogancia de Oriente, que llegó a ser muy grande, parece que este oriental cayó de nuevo en su antigua alienación. Tras haber despertado, aparentemente, de su encantamiento, gracias a un largo y feliz matrimonio, llamó de nuevo a aquella mujer a la ciudad, permitiéndole hacer el largo viaje por mar; la buscó innumerables veces y, así, ofendió públicamente y en lo más profundo a la mujer que por su causa llegó a abandonar a su querido y gran padre y con la que había vivido muchos y muy honorables años. La mujer se mostró paciente hasta el exceso. Durante mucho tiempo se conformó con amonestarlo quedamente para que abandonase aquella relación indigna. Pero él siguió ofuscado, y, nuevamente subyugado por la fascinación y la inmoralidad orientales, dio rienda suelta a su lascivia hasta que por fin el cielo enfurecido le envió un

castigo bien visible. Jueces y jurados, ¿estáis dispuestos a condenar a una mujer a seguir viviendo con un hombre que se ha comportado con ella con tanta rudeza? ¿Deseáis condenarla a que su hijo se eduque en la casa de un hombre que venera costumbres y usos que ofenden el sentir de cualquier romano? El demandado es un gran escritor, según se dice; pero no estamos aquí para hablar de literatura. La literatura no se puede enseñar, el arte no se puede enseñar. Lo que se puede enseñar, lo que un niño aprende en la casa de sus padres, son costumbres y aberraciones, lo recto y lo perverso. Y el acusado, que tal vez sea un gran escritor, es un hombre depravado e inmoral. La demandante ha logrado hasta ahora casi milagrosamente mantener la pureza y la romanidad de su hijo. Ayudadla, jueces y jurados, para que pueda seguir haciéndolo. Admitid su queja, la devolución de su dote, con el fin de que pueda separar a su hijo de este hombre y educarlo para que llegue a ser un buen romano.

El plazo estipulado para que hablasen los procuradores era breve, la clepsidra de Helvid marcó su final antes de que pudiese concluir el alegato. Pero todos lo escuchaban con apasionado interés y, cuando el reloj marcó la hora, los jueces dirigieron a los jurados la pregunta permitida, si bien raras veces pronunciada, de: «¿Deseáis seguir escuchando al procurador?». Todos respondieron al unísono: «Debe seguir hablando, Helvid debe seguir hablando».

Después, tras una breve pausa para el almuerzo, apareció Marullo. Los romanos sabían ciertamente que Vespasiano se había permitido un par de rudas bromas a costa de Josef, pero nadie estaba al tanto de la historia de su primer matrimonio, y que Josef, o el mismo Marullo, se atreviesen a involucrar en aquel ambiguo asunto a la persona del emperador difunto era algo que los amigos y consejeros de Dorión tenían por impensable. Pero Marullo osó hacerlo. Últimamente, sus estropeados dientes le habían impedido en otras ocasiones hablar con corrección; pero hoy tenía un buen día y, con claridad, insolencia y frescura adujo con su gangosa voz:

—Lo que ha formulado la contraparte linda con el delito de lesa majestad, y cualquiera que denunciase al senador Helvid por lesa majestad tendría poco que temer de las penas con las que se castiga a los falsos denunciantes y que acaban de recrudecerse. Nada más fácil que demostrar que el matrimonio del noble romano Flavio Josefo, amigo del emperador, que estas personas han tachado de indigno, responde a un deseo expreso e imperioso del dios Vespasiano, y que el propio dios Vespasiano tomó parte en él representando el papel del padre al lado de la novia. Que un matrimonio decretado por el padre de la patria probablemente en provecho del Reino se tache de indigno y se pretenda fundar en él las pretensiones de la dama Dorión resulta incomprensible para un buen romano. ¿Cabe considerar a este hombre un miserable por haber cumplido las órdenes del dios Vespasiano? Si el caballero Flavio Josefo anuló más tarde su primer matrimonio fue por motivos que Su Majestad el emperador Tito aprobó y que nadie conoce mejor que la parte contraria. El procurador de la parte contraria ha rebasado el plazo marcado por la clepsidra para fundamentar sus argumentos. Yo necesitaré mucho menos para refutarlos. Me limitaré a declarar que las acusaciones vertidas contra mi señor mandatario constituyen una absurda calumnia, y para demostrarlo hago entrega a los señores jueces de una lista en la que se incluye por el momento a seiscientos cuarenta y cuatro testigos que han visto con sus propios ojos que el dios Vespasiano asistió a la boda del noble Flavio Josefo con venerable regocijo, aprobándola a ojos vista. También os confío, por lo que la coloco «bajo la lanza», una lista de treinta y tres testigos que están dispuestos a declarar bajo juramento que dicho matrimonio se celebró por expreso deseo del dios Vespasiano.

Las afirmaciones de Marullo causaron sensación en la Sala Juliana, rebosante de público. El juez supremo se apresuró a decretar el aplazamiento de la vista.

De este modo, haciendo pública su mayor deshonra, logró Josef desviar el primer golpe que quisieron asestarle Dorión y sus amigos. En los últimos años ya sólo corrían de vez en cuando en Roma confusos rumores sobre aquella vieja historia; ahora volvía a estar en boca de todos.

Por lo demás, Helvid y los suyos no se arredraron por la insolente amenaza de Marullo. En la causa abierta por la solicitud de adopción el valiente Helvid no pareció preocupado por la posibilidad de una denuncia y basó sus reparos en los mismos argumentos en los que basaba la pretensión de divorcio de la dama Dorión: tenía dudas de que Josef fuera digno de ello. Tampoco el juez supremo Arulo cedió un ápice más ante Marullo. Si bien éste solicitó que se rechazasen por absurdos los reparos de Helvid a un hombre cuyo busto figuraba en la biblioteca del Templo de la Paz a petición del propio emperador, y a pesar de que trató de defender aquel matrimonio de Josef con los mismos medios que utilizase en el juicio por divorcio, el tribunal decidió investigar las razones aducidas por Helvid. Debía indagarse en Judea si realmente el dios Vespasiano había aprobado ese primer matrimonio de Josef.

La tensión crecía. ¿No resultaba altamente peligroso remover asuntos que tocaban tan de cerca a la dinastía? Todos aguardaban temerosos la reacción del Palatino. El juez supremo Arulo logró convencer a

uno de los ministros para que mencionase el juicio en uno de sus informes destinados al emperador. Sin embargo, Tito no hizo nada. No intervino en el desarrollo de ninguno de los dos procesos ni con el más leve indicio sobre su parecer.

De regreso de un acto oficial organizado por los miembros de la segunda nobleza, y mientras cabalgaba acompañado por sus amigos y un par de esclavos, Josef se encontró inesperadamente con el gobernador Flavio Silva. Fue en el Campo de Marte, y también Flavio Silva iba a caballo. Se detuvo. Con sus modos ruidosos y joviales saludó a Josef y alabó la delicada cabeza de su noble yegua árabe. Dilató la conversación y acompañó a su asombrado interlocutor parte del camino.

Ambos caballeros avanzaban lentamente uno junto al otro. El flaco y taciturno Josef tenía buen aspecto con el uniforme oficial y la banda purpúrea; Flavio Silva, ligeramente obeso, desmerecía a su lado. Pero al gobernador eso no lo molestaba. Consideró que la ocasión era propicia para comunicar cierto asunto a Josef. Había progresado en la consecución de su objetivo lenta y arduamente, pero ahora los juicios de Josef le habían hecho avanzar de un modo decisivo y consideraba justo que él lo supiera.

Pues había llegado el momento. Los senadores republicanos presentarán por fin el proyecto que con tanta urgencia necesitaba Flavio Silva para poder gobernar Judea, y habían sido los litigios de Josef los que habían empujado a Helvid y a los suyos a proceder de ese modo. En la próxima sesión, que se celebrará en febrero, el antiguo juez supremo Antisto propondrá un debate sobre un proyecto de ley que prohíba claramente la circuncisión de un gentil, con lo que se pondrá fin de una vez por todas al arrogante proselitismo de los judíos. Helvid se había cerciorado, le comunicó el gobernador a Josef, de que el senado aprobaría el texto por mayoría.

Josef se esforzó por ocultar su turbación. Flavio Silva había venido a Roma para conseguir que se promulgase aquella ley. Desde el principio era previsible que sería capaz de incitar a sus amigos del senado a presentar tal documento. Tras la caída de Berenice era seguro, a pesar de lo cual, la noticia lo conmovió. Se contuvo, trató de moderar su excitación por todos los medios, se dijo, que cualquier decisión que adoptara el senado seguía siendo, al menos por el momento, tan sólo expresión formal de una voluntad y que todo dependía de que el emperador quisiese hacer uso de su derecho de veto.

El gobernador continuó hablando. Se sentía orgulloso de ser el autor del documento. Le importaba que los judíos comprendiesen que deseaba esta ley precisamente en su provecho. Pues sólo así podrían determinarse claramente los límites que separaban en Judea la política de la religión, y sin una distinción precisa no era posible gobernar aquella provincia. Se exaltó.

—Estoy protegiendo —le aseguró a Josef— por todos los medios la religión judía como religión admitida. No deseo atentar contra la sensibilidad de vuestros correligionarios. He recordado con insistencia a los mandos del ejército la prohibición de exhibir imágenes del emperador en las poblaciones predominantemente judías. En la medida en que me es posible fomento la existencia de una justicia judía autónoma. He concedido exenciones fiscales a la Universidad de Yabne, a sus doctores y alumnos. Si hay alguien tolerante, ése soy yo. Pero en el momento en que la religión judía se torna política me convierto en su enemigo más acérrimo. Es una suerte para los judíos que precisamente su Dios invisible y sus preceptos no sean más que religión, lejos de toda intención política.

—Me temo, señor gobernador —dijo Josef—, que, incluso si la nueva proposición llega a convertirse en ley, no podréis separar totalmente la religión judía como ámbito puramente ideológico de la política real, tal como deseáis. No me malinterpretéis, os lo ruego. Confío en haber demostrado de modo fehaciente con mi propio ejemplo que nadie puede ser al tiempo un buen judío y un buen romano. A pesar de todo, el judaísmo es más que una opinión, más que una ideología. Pues Yahvé no sólo es el Dios, sino también el rey de Israel.

—Un título, un nombre —replicó Flavio Silva encogiéndose de hombros—. También Júpiter es el señor de Roma.

—Y por ello también el emperador se declara Sumo Sacerdote de Júpiter —respondió Josef.

Flavio Silva sonrió.

—Nada os impide convertir al emperador en Sumo Sacerdote de Yahvé.

—Por desgracia eso no es posible —se lamentó Josef.

—Lo sé —respondió Flavio Silva—. Para ello el emperador tendría que dejarse circuncidar. No —prosiguió—, estáis jugando con las palabras. Debo proteger vuestro judaísmo contra vos. Es una religión, nada más. Alegraos de que así sea. Pues si tuvierais razón hoy mismo debería ordenar que se clausurase la Universidad de Yabne.

Aminoró aún más la marcha y miró a Josef directamente a la cara.

—Me parece —dijo en un tono inesperadamente duro— que nos consideráis más tontos de lo que somos, mi Flavio Josefo. Quien carece de poder debe contentarse con una religión abstracta, con un Dios invisible. Nosotros nos ocuparemos de que ciertas ambiciones no se entrometan en el ámbito político con el subterfugio de la religión. Admitimos toda una serie de religiones foráneas y las fomentamos, siempre que sean religiones. Pero dejan de serlo en el instante en que entran en conflicto con la religión del Estado, pues ésta no es únicamente una ideología sino un elemento más del aparato político. Por eso nos cuidamos de que las personas que han nacido en el seno de la religión del Estado no abandonen sus filas.

Josef levantó la vista hacia el que cabalgaba junto a él. El rostro amable y satisfecho de aquel hombre se había endurecido, había desaparecido toda jovialidad; ante él tenía ahora el implacable rostro de Roma dispuesto a aniquilar todo aquello que entrañase el más leve indicio de peligro para su poder.

El gobernador siguió hablando.

—En vista de nuestra superioridad podemos admitir tranquilamente que el que lo desee profese una superstición. Pero no debemos permitir que semejante superstición ponga en peligro a la religión estatal, pues ésta constituye un instrumento político, un arma. El que trata de arrebatar esta fe a alguien que haya sido educado en la religión del Estado le está arrebatando un arma a Roma. Y eso es alta traición. Por ello castigamos el ateísmo de los que han crecido en el seno de la fe romana. Por ello es necesario prohibir la circuncisión. Por ello he hecho que mis amigos introduzcan esta ley en el senado.

Y, tras esto, Flavio Silva cambió de tema, su rostro se relajó y, cuando los dos caballeros se separaron, volvía a ser el viejo camarada de guerra franco y vocinglero.

En ningún momento se había referido a los juicios de Josef, pero éste comprendió que todo lo que le había dicho el gobernador se refería a sus litigios. A pesar de todo, no quiso ver que su contrincante en aquel proceso no era un individuo sino toda Roma. La noticia que le había comunicado Flavio Silva sólo sirvió para acrecentar su inquina contra Dorión y Fineas.

Llamó a su presencia al liberto Fineas, la ley le permitía hacerlo. Cuando tuvo al griego ante sí se mostró particularmente cortés. No se ocultó que, por mucho que odiase a Fineas, sentía en lo más íntimo cierta alegría al tener de nuevo ante sí su gran cabeza y su pálida tez. Trató de sofocar lo que en él se oponía a Fineas, le habló incluso con amabilidad, sin avergonzarse de su torpe griego.

—Nada más lejos de mi intención —le expuso— que borrar lo que de griego hay en el muchacho. Sólo deseo añadir algo nuevo. Dejadme intentar aunar en nuestro Pablo lo griego y lo judío. Educáis a mi hijo en los principios de la *stoa*. Conocéis nuestro libro *Cohelet*. ¿No sería posible aunar a Cohelet con Zenón y Crisipo, con Séneca y Musón? No me cerréis el camino a Pablo. Vos tenéis su corazón. Dejadme parte de él.

Se rebajó y se aproximó a Fineas, suplicante.

Desgraciadamente, le replicó Fineas sosegado y cortés, debía negarse a sus deseos en aquel punto. Consideraría una ofensa al muchacho exponerlo a la influencia judía. El doctor Josef había mencionado al filósofo Cohelet. En el libro de ese hombre figuraban muchas cosas extraordinarias y otras absurdas, pero lo extraordinario no hacía más que repetir lo que ciertos griegos habían expresado ya mucho antes que él. Sí, con franqueza, cuantos más libros judíos leyó durante el tiempo que estuvo al servicio de Josef más claramente reconoció con cuánta razón tantos griegos no veían en la doctrina judía más que una colección de nociones inconexas y supersticiosas. No tenía nada en contra de que una persona cultivada practicase con moderación alguna de esas supersticiones. Cuando, por ejemplo, la dama Dorión expresaba a veces opiniones procedentes del ámbito de su nodriza egipcia le parecía muy tierno y sugerente. Pero sólo en boca de la dama Dorión. Si llenaban el espíritu de Pablo, en cambio, de doctrinas y opiniones judías, entonces, temía, esa gracia natural que el cielo le había concedido no se acrecentaría de ningún modo, sino que con ello se insuflaría al bello y dotado niño esa timidez y ese carácter sombrío que podía percibirse en tantos habitantes de la margen derecha del Tíber.

Josef caminaba de un lado a otro. Curiosamente, más que la negativa del hombre lo indignó su insolente palabrería en torno a Cohelet. Ese hombre era capaz de percibir el ritmo del poeta gnómico griego más insignificante, pero ante la profunda música de Cohelet cerraba su corazón y su oído. Josef se contuvo, no hablará de Cohelet con un tipo como Fineas. ¿Quién es en realidad Fineas? Un pobre hombre. Su estúpido orgullo de griego le impide reconocer toda grandeza que no provenga de un griego. Sea como fuere, despreciable o malvado, no debía existir ninguna afinidad entre aquel hombre y su Pablo.

Antes de que el secretario concluyese Josef se dominó y se mantuvo sereno, con las piernas ligeramente abiertas y las manos detrás de la espalda. Tras un breve silencio constató fríamente:

—Bien, Fineas, ¿de modo que no queréis ayudarme?

—En este asunto no —confirmó el otro.

—Entonces, liberto Fineas —dijo Josef sin elevar apenas la voz—, te ordeno que permanezcáis aquí, en mi casa de Roma. Revisa el libro de Cohelet en la traducción de los Setenta y anota para mí en qué puntos consideráis el griego de la obra duro y anticuado. Me presentaréis algunas propuestas para corregirlo. — Fineas asintió con su gran cabeza cortés y sin pronunciar una sola palabra.

Pocos días después Dorión escribió a Josef para que la visitase en Albano. De modo que esta vez había acertado, había molestado a la altiva. Cómo había hablado de ella el griego, el perro. Con cuánta ternura, a pesar de su arrogancia.

Dorión lo recibió de nuevo en la galería. Sin embargo, en esta ocasión lo invitó a sentarse, lo hicieron junto a la mesa de piedra del jardín y se mostró amable. La desgracia que había golpeado a Josef, la muerte de su hijo y su desgarrado e incontenible dolor había supuesto para ella un profundo y amargo desagravio. Ha perdido su juicio contra los dioses, él, el altivo, el que antaño juzgara a los muertos. Ahora puede rendir a su difunto bastardo los honores que le denegó a su padre. Sabe muy bien lo mucho que ha debido afectarle la muerte de su hijo judío una vez que ella le ha arrebatado definitivamente a su hijo griego.

Como no lo había recibido con el frío ademán de rechazo de la última vez Josef se dejó llevar. ¿Acaso no era una insensatez, preguntó él, destrozarse mutuamente ante los ojos del mundo? Debía permitirle circuncidar a Pablo. La muerte de su hijo Simeón, ¿no era acaso un aviso del cielo para que convirtiese a Pablo en judío? Con mucho gusto le dejaría al muchacho durante la mayor parte del año para que ella y Fineas le transmitiesen su ser griego: pero durante un breve lapso, cuatro meses, o tres, debía dejarle a Pablo.

¡Ah!, la amabilidad de Dorión no pasaba de ser superficial. No tardó en insultarlo. Sin duda la muerte de Simeón era una señal de los dioses. Pero él la había interpretado mal. El cielo sólo quería demostrarle *una* cosa: cuán grande había sido su arrogancia. La señal se dirigía contra él y sus ideas, no contra ella y Pablo.

Josef dijo:

—Tómalo como quieras, Dorión. No he venido aquí a pelearme. Déjame tranquilo, Dorión. Estoy mortalmente cansado.

Dorión vio que había cambiado, que había envejecido terriblemente. Conocía bien esa fatiga. Había sentido esa misma fatiga y esa aniquilación sentada en el taller de su padre muerto; taller en cuyas paredes colgaban los bocetos de *Las oportunidades perdidas.* En su cabeza resonaron los antiquísimos versos egipcios:

La muerte está hoy ante mí
como el aroma de los mirtos,
como cuando navego bajo la vela con buen viento.

La muerte está hoy ante mí
como un camino bajo la amable lluvia,
como el regreso del hombre que navega en un barco de guerra.

La muerte está hoy ante mí
como la visión de la casa familiar
cuando uno ha estado preso muchos años.

—Lamento —dijo—, que hayas tenido que sufrir. Yo también he sufrido lo mío. Pero no tiene sentido que sigas repitiendo siempre lo mismo. Te he llamado porque quiero que nos reconciliemos. Tengo una propuesta razonable que hacerte. Me dicen que has mandado construir un templo judío y que necesitas dinero. Yo tengo dinero. Quiero comprarte a tu manumitido Fineas.

Josef contempló su delgado rostro. Sus claros ojos permanecían serenos. Si aquello era una burla era una maestra del engaño. Se marchó.

Nada más regresar ordenó a Fineas que se dirigiese a Albano y se pusiese a disposición de Dorión.

El editor Claudio Regino se presentó en la casa de Josef sin previo aviso y le preguntó si progresaba en su trabajo.

—Ahora no puedo trabajar —le explicó Josef irritado.

—Me parece —replicó Regino con su gruesa voz— que trabajar es lo único que se puede hacer en estos

tiempos. Pero claro, ya no tenéis a Fineas —prosiguió malicioso.

Josef encontró a su visitante gordo, fofo, envejecido. Se guardó la soez respuesta que afloró a sus labios. Regino siempre conseguía irritarlo, pero sabía que era una de las pocas personas que lo querían.

Regino prosiguió con su desagradable parloteo:

—El señor rehúye el trabajo. Por otra parte, el señor es generoso. El señor le hace regalos a la dama Dorión; si ella desea tapizar una silla de nuevo se corta el cuero de su propia piel. Sin duda se dice: cuando ya no pueda más el viejo Regino me sacará de apuros. Y tiene razón. Ese imbécil siempre termina pagando. ¿Sabéis que este vestido me dura ya cinco años? —dijo iracundo señalando su desaliñado atuendo—. Tampoco hay forma de hablar con el emperador —siguió refunfuñando—. Es un derrochador patológico. No sé cómo voy a equilibrar el presupuesto. Lo que más me gustaría sería retirarme a Judea con Juan de Giscala y dedicarme a la agricultura.

Durante unos minutos permanecieron sentados, a disgusto.

—Ya sabéis —comenzó por fin Josef— cómo marchan mis juicios. He logrado pararle los pies a mis oponentes, pero yo mismo estoy paralizado. No consigo que me den al muchacho. ¿Qué me aconsejáis?

—Resulta irritante —le respondió Regino— no poder arrancarle una decisión a Tito. No hay quien le saque una firma. El Reino marcha. Los dineros que Vespasiano y yo conseguimos reunir no se agotarán rápidamente; pero las ruedas avanzan cada vez más despacio y cada vez crujen más. Y a eso se debe todo. Por eso no conseguís recuperar a vuestro Pablo.

—No os comprendo —dijo Josef encogiéndose de hombros.

—Sois algo lento de entendederas —lo reprendió Claudio Regino— para ser un hombre que ha estudiado en la Universidad de Jerusalén. Naturalmente que al juez supremo Arulo lo llenaría de gozo poder denegaros a vuestro hijo. Pero no se atreve a quitaros la razón y tampoco se atreve a dárosla. Pues, por mucho que agudice el oído, desde el Palatino no le llega ni un sí ni un no. No lo tiene fácil el juez Arulo.

—¿Pensáis —preguntó Josef— que debería intentar que Tito se pronunciase?

—Habéis entendido mal a vuestro humilde servidor y alumno, doctor y señor mío —replicó sarcástico Claudio Regino echando mano de las complicadas fórmulas de cortesía arameas—. Tan sólo he analizado la situación, no os he dado ningún consejo. ¿Sabéis qué efectos tendría un pronunciamiento del emperador? Yo no. Y sus enemigos tampoco lo saben.

—No creo que Tito sea mi enemigo —dijo Josef pensativo.

—¿Y sabéis si es vuestro amigo? —replicó Regino—.

—Probablemente sienta ciertos remordimientos en lo que atañe a los judíos —meditó Josef.

—La princesa Lucía lo frecuenta ahora mucho —calibró Regino con su gruesa voz.

—La princesa Lucía me tiene aprecio —dijo Josef.

—Es cosa de suerte con qué humor se encuentra uno al emperador —opinó Claudio Regino.

—Yo tengo fe en mi suerte. Ahora tengo derecho a ella —afirmó Josef arrogante.

Claudio Regino lo miró divertido con sus soñolientos ojos.

—Estáis muy al tanto de la contabilidad de Yahvé.

—¿Podéis conseguirme una audiencia? —le rogó Josef.

—Tal vez pueda —replicó huraño Claudio Regino—. Pero últimamente veo muy poco al emperador, y no creo que os convenga que sea precisamente yo quien os la facilite.

—Os agradezco el consejo —dijo Josef cordial.

—Os prohíbo que me lo agradezcáis —rechazó con brusquedad Claudio Regino—. No os he dado ningún consejo. Y una vez más te recuerdo que tal audiencia puede tener consecuencias muy desagradables.

Finalmente fue Lucía quien le proporcionó la audiencia a Josef. Le gustaba la fanática tenacidad con que aquel hombre luchaba por su hijo. Por lo demás, y éste tal vez fuera el factor decisivo, la dama Dorión le resultaba tan antipática como agradable Josef.

El humor del emperador no era bueno cuando recibió a Josef. Estaba resfriado, con los ojos turbios, la cara hinchada, estornudaba a menudo y penosamente. Recibió a Josef como si fuera un extraño, con expresión ausente aunque no del todo hostil. En el transcurso de la conversación se animó y se puso sentimental.

—He oído —dijo—, que has sufrido una desgracia. Quizá tendría que haberme ocupado más de ti. Pero, créeme, tampoco yo lo tengo fácil. Te tengo aprecio, querido Josef. Juntos hemos recorrido un largo trecho del camino, posiblemente el mejor. Sin duda el más fácil.

Finalmente Josef se refirió a su proceso. Marullo consideraba que la audiencia era peligrosa; el emperador era impenetrable, impredecible, y, además, enfermizo y casi siempre estaba de mal humor. Marullo sabía por propia experiencia que el dolor físico a menudo ejercía sobre las decisiones una

influencia nefasta para el suplicante. A pesar de que Lucía le había preparado el camino el asunto estaba en el aire. Como insistiera en su propósito se esforzó Marullo por darle la forma más adecuada a la petición que quería hacer, de modo que Josef rogó al emperador que encargase a uno de los jurisconsultos imperiales la redacción de un dictamen sobre sus acciones para la consecución de la adopción, a ser posible a Cecil, por ser el más ducho en cuestiones de derecho de familia. Pero resultaba que Cecil era un buen amigo y colaborador de Marullo, y los dictámenes de los jurisconsultos imperiales eran vinculantes en la jurisprudencia romana.

Tito se sonó y, esbozando una sonrisa, caviló:

—Juicios. Vosotros los judíos abrís muchos juicios. De modo que tú también has entablado ahora un pleito. O más bien dos, ¿no es así?

Dibujó una sonrisa aún más amplia, incluso se animó.

—Nuestro amigo Marullo es quien los lleva. Mi padre no quería a tu Marullo, y el Chiquillo lo quiere. Me alegra que aún sepa interceder por ti con tanta vehemencia. Aunque sus propios asuntos también le dan que hacer, según me han referido: el decreto sobre los falsos denunciantes pende sobre su cabeza. De cualquier modo, un hombre interesante, una cabeza diabólica, extremadamente inteligente. Quizá sea también un miserable. Y sin duda él y Cecil pergeñarán un dictamen fabuloso. Bien, sea.

Y a continuación dispuso que se encargase la elaboración del dictamen al jurisconsulto Cecil.

En otro tiempo tal vez habría irritado a Josef que el emperador no mencionase en absoluto sus libros. Aquel día sencillamente se sentía feliz. Efusivo y de todo corazón dio las gracias a todos los que lo habían ayudado, a Tito, a Lucía, a Regino, Marullo.

Naturalmente, Tito no tenía la menor intención de poner en peligro su popularidad por el favor que concedía al judío Josef. Quería seguir siendo el «amor y la alegría del género humano». Y por ello, el mismo día en que encomendó al jurisconsulto imperial la elaboración del dictamen comunicó al cónsul Polio que si el senado aprobaba una ley contra el movimiento de los impíos y la circuncisión la corona no la vetaría.

Las formalidades de la adopción eran lentas, pero el juez supremo Arulo las impulsó de pronto como movido por ocho caballos. Sin que intercambiasen una sola palabra al respecto, de pronto todos los implicados supieron súbitamente lo que ocurría: el emperador concedía a la oposición la ley sobre la circuncisión, pero deseaba que no se sometiese al judío Josef a dicha ley. Se trataba de un trueque fabuloso: la entrega del joven Pablo al judío se compensaba mil veces con la renuncia del emperador a ejercer su veto. Una vez que Arulo se hizo su composición de lugar no permitió ya ninguna maniobra destinada a dilatar el proceso.

Dorión estaba fuera de sí. No comprendía lo que estaba ocurriendo. Sólo dos semanas antes sus amigos le aseguraban que la cosa no podía ir mejor, y ahora, de un día para otro, todo estaba perdido. Cuando la emplazaron para que efectuase la venta de su hijo Pablo ante el Tribunal de los Cien se indignó. Después se dio a las lágrimas. Más tarde se declaró enferma. Pero no había nada que hacer. Llegó el día en que tuvo que presentarse a su pesar en la Sala Juliana con Pablo.

La lanza estaba erecta. Ahí estaban el metal y la balanza, así como el odiado Marullo. Le preguntaron si estaba dispuesta a vender a su hijo Pablo con metal y balanza a Junio Marullo. Marullo rozó el hombro del chico con el pequeño bastón, con la prolongación de la mano, y lo tomó bajo su tutela. Tres veces se repitió el indigno procedimiento, tres veces tuvo que tolerarlo la mujer, profundamente amargada. Allí estaba Pablo, pálido, ocultando con esfuerzo sus temblores. Había sufrido lo indecible por la expectación que había levantado su juicio, su orgullo se sublevaba contra el ridículo espectáculo que brindaba a aquellos ilustres varones.

Cuando terminaron apareció Josef como demandante. Exigía la entrega del muchacho Pablo a su potestad. El juez preguntó a Dorión si tenía algo que objetar a la entrega del muchacho Pablo a Flavio Josefo, allí presente. Dorión calló. El lictor miró hacia el reloj de arena hasta que transcurrió un minuto. Durante todo ese minuto Dorión debía permanecer allí en silencio. Josef disfrutó de aquel silencio. Era un inmenso triunfo para él ver a Dorión de pie junto a él sin hablar, al exigir a su hijo para sí; su inteligencia y la bondad de Dios así lo habían dispuesto. Pero se prohibió —y tal vez ése fue su mayor triunfo— mirar a Dorión durante el tiempo en que permaneció callada.

Entonces el lictor constató:

—La interrogada calla.

Y el juez constató:

—La interrogada calla —y a continuación afirmó—: Por tanto, concedo al demandante lo que solicita;

pongo a este muchacho Pablo bajo su custodia.

Y Josef rozó el hombro de Pablo con la prolongación de la mano y se llevó al muchacho, que seguía pálido y con la boca crispada, a su casa del sexto distrito. La sesión del senado en la que se trataría el asunto de la propuesta del juez supremo Antisto sobre la prohibición de circuncidar, el «edicto contra los judíos» como lo llamaban las masas, se celebró el primero de febrero. Era un día frío y luminoso, y previendo que la sesión sería larga se convocó al senado a primera hora de la mañana, pues las decisiones sólo se consideraban válidas si se adoptaban durante el lapso que mediaba entre la salida y la puesta del sol.

Aún era de noche y ya se había congregado una gran muchedumbre ante el bello y grandioso edificio del Templo de la Paz, donde se reunía el senado con motivo de los asuntos más relevantes. Ante todo habían acudido miles de personas que habitaban en la margen derecha del Tíber. Incluso aquellos que antes de la destrucción del Templo se habían preocupado muy poco por los ritos comenzaban ahora a darles importancia. Puesto que la casa de Yahvé había dejado de existir las costumbres debían ser al judaísmo lo que el cuerpo al espíritu; si los usos se extinguían se extinguiría también el judaísmo. La propia circuncisión, que sella en la misma carne la alianza entre Yahvé y su pueblo, era considerada por los judíos como distintivo esencial de su nación y de su ser. La circuncisión, enseñaba Filón, el filósofo judío más grande del siglo, inhibía el impulso carnal para que los instintos del corazón humano no se desbocasen. Pues, como ocurre con la vid, también el hombre está destinado a perfeccionarse por encima del estado que la naturaleza le concede. Y mediante la circuncisión el ser humano demostraba su disposición de moldear la materia prima heredada para que su voluntad respondiese a la voluntad, más alta, de Yahvé. Todos, incluso los tibios, estaban de acuerdo en que la circuncisión distinguía al pueblo bendecido por Dios del resto de los mortales. Y que se hubieran destruido el Estado y el Templo no les parecía tan terrible como que ahora se proyectase acabar también con el vínculo que los ligaba a Yahvé.

Y así, presos de una gran excitación, permanecían ante el Templo de la Paz. Era seguro que se promulgaría el edicto; pero todo, su existencia como nación, dependía de las limitaciones o de las disposiciones adicionales que adoptase el senado. El emperador había declarado que, en principio, aprobaba el edicto; pero encontrar la forma precisa era competencia de los padres convocados. Sin embargo, nadie podía prever qué forma elegirían. La postura de los partidos y de cada uno de los senadores era tortuosa y ambigua. En esta ocasión la corona se ponía de parte de la oposición formada por los tradicionalistas republicanos, mientras que los liberales, adictos a la monarquía, se oponían al edicto.

Blanco y majestuoso se elevaba a la luz del amanecer el enorme edificio del Templo de la Paz en medio de sus columnatas. La muchedumbre en torno a él se protegía enfundada en las capuchas de sus mantos y encendía hogueras en las calles, en las galerías. Parecía que el frío arreciaba. Incluso habían envuelto en trapos las estatuas ante la entrada del edificio para que el mármol no se resquebrajase.

Sólo podían acceder al interior del templo aquellos que acudieran provistos de un permiso especial. Los senadores se presentaron temblando, con pequeños recipientes llenos de agua caliente bajo las mangas, sin sus literas, pues la costumbre exigía que se dirigiesen a pie al senado. Los policías y sus criados les franquearon con gran esfuerzo la entrada en el edificio. La muchedumbre reconoció a muchos de ellos. Los saludaron con corteses exclamaciones, aunque algunas fueron acres; no todos fueron capaces de atravesar aquel crítico corredor humano con la debida dignidad.

A pesar de que también las salas del interior estaban llenas de gente, tras el bullicio del Foro Flavio parecían amplias y silenciosas. Habían encendido braseros. No les servía de mucho, pues el calor se iba hacia el techo mientras que el suelo permanecía frío, y los senadores avanzaban penosamente con sus incómodos y lujosos zapatos altos, echando de menos la calefacción central de sus casas. Los rodeaban las estatuas, los cuadros fríos y desagradablemente amenazadores con los que Vespasiano adornara aquel imponente edificio en su honor, la colosal estatua del Nilo con sus dieciséis genios, Laoconte enredado en la serpiente, el cuadro de la batalla de Alejandro —el más costoso del mundo— que ensalzaba el triunfo de Europa sobre Asia. Helados y dorados brillaban en el lugar más visible los trofeos de la gran guerra de los Flavios, la guerra judía, los noventa y tres instrumentos sagrados del Templo de Jerusalén, las mesas del pan de la proposición, el candelabro de siete brazos. Todo en aquellas salas debía recordar a los senadores que Vespasiano y su hijo habían procurado la victoria de Occidente sobré Oriente, que la paz reinaba en el mundo y que esa paz era romana, y que Tito y su padre la habían impuesto.

Antes de entrar en la sala de reuniones cada uno de los senadores se detuvo ante la estatua de la Diosa de la Paz para ofrecerle vino e incienso. La estatua se elevaba majestuosa, flanqueada por las del viejo emperador y de Tito para que todo aquel que le presentase una ofrenda reconociese que esos dos hombres eran los guardianes de la Diosa de la Paz, que sin ellos quedaría desnuda, desprotegida. Algunos de los

senadores republicanos sintieron envidia del rey titular judío Agripa, del viejo Tiberio Alejandro, antiguo gobernador de Egipto, y de los otros cuatro ilustres judíos del senado, pues podían permitirse pasar delante de aquella estatua de la Diosa de la Paz sin ninguna ceremonia.

Había seiscientos ochenta y un senadores. Quinientos setenta y siete tenían derecho de voto. Los padres convocados llenaban la sala de honor del templo desde mucho antes de que amaneciese. Permanecían de pie con sus mantos y vestidos purpúreos bajo la temblorosa luz que arrojaban los candelabros encendidos y los braseros, charlando, carraspeando, ateridos. A lo largo de las paredes se alineaban, solemnes, las estatuas de los grandes literatos y pensadores. Una y otra vez surgía de las sombras, contemplando aquella suntuosa muchedumbre, la cabeza de Josefo, que miraba erguida y altiva sobre su hombro, enjuta, con un extraño brillo, sin ojos, llena de una sabia curiosidad.

En cuanto salió el sol los funcionarios determinaron la cifra de los asistentes. Establecieron la presencia de quinientos dieciséis senadores, un número favorable, pues era divisible por seis. Después, el cónsul en funciones, Verus Pollio, ordenó que se abrieran todas las puertas del edificio para poner de relieve el carácter público de la asamblea e inauguró la sesión con la fórmula prescrita, para que trajese fortuna y progreso al pueblo romano. Constató que, al encontrarse presentes dos terceras partes de sus miembros, el senado estaba en disposición de adoptar acuerdos, y que había abierto la sesión tras la salida del sol. Rogó al jefe del protocolo imperial que tomase nota de ello.

A continuación se sometía a debate el documento presentado por el antiguo ministro de finanzas, Quintus Pedo, por el cual se proponía que no se utilizase en la construcción de edificios la máquina inventada por el arquitecto de Su Majestad Acil Aviola. Quintus Pedo fundamentó su propuesta. Aunque él mismo admirase la perfección técnica de dicha máquina, que implicaba el ahorro de cientos de miles de hombres, había experimentado, sin embargo, cómo la utilización de estas máquinas en el sector de la construcción conllevaba un preocupante desempleo. Su Majestad había concedido al genial arquitecto e ingeniero una gratificación, prohibiendo a su pesar la utilización de las máquinas en las obras imperiales. Rogaba al senado que se pronunciase en ese sentido. La proposición no despertó gran interés. Uno de los senadores no pudo evitar comentar que, en lugar de prohibir el invento de Aviola, debían introducir en los edificios públicos por decreto el benéfico invento del ingeniero Sergio Orata: la calefacción central. Por lo demás, se aceptó la propuesta sin necesidad de celebrar un debate. Durante el largo proceso de la votación los senadores charlaron despreocupados sobre la ley contra los judíos.

Por fin llegó el momento. El cónsul comunicó a los padres convocados el texto de la proposición de ley del juez supremo Antisto: «Todo aquel que, movido por la lascivia o con el fin de beneficiarse de algún modo, someta a castración a alguien, ya sea libre o esclavo, se hará merecedor de las penas previstas en la ley de Cornel sobre lesiones corporales. Todo aquel que incite a semejante castración, o colabore a efectuarla, se hará merecedor de las mismas penas». Entonces el cónsul llamó a los senadores por orden de edad para preguntarles uno a uno: «¿Cuál es tu opinión?».

Todos sabían que Antisto había formulado su propuesta de aquel modo tan inocuo porque quería evitar que se tomase por un ataque a las prácticas religiosas de los judíos, que la Constitución permitía. Pero ya el primero de los senadores republicanos a los que se preguntó desveló la auténtica intención de la proposición y explicó que deseaba que se borrasen las palabras «movido por la lascivia o con el fin de beneficiarse de algún modo», y rogó además que se precisase el concepto de castración, por ejemplo con las palabras: ‘castración, o circuncide su miembro’.

Los senadores del partido liberal sabían que no tenía sentido rechazar la ley en su totalidad. Su portavoz sugirió que se admitiera la ley con la formulación de quien la proponía, pero que, en lugar de considerarla una ley privativa, se contemplase como un anexo a las determinaciones sobre lesiones corporales como se recogían en las leyes de Labeo y de Cornel.

Quien sin duda alguna despertó mayor interés de todos los oradores fue el rey Agripa. Desde la partida de su hermana su posición en Roma no era fácil. Cierto que Tito lo distinguía con un trato particularmente cordial, pero evitaba quedarse a solas con él y no hacía nada por impedir los ataques de que era objeto, con frecuencia cada vez mayor, por parte del pueblo de Roma. En los teatros, en los versos de los moralistas, en los cuplés que se cantaban en las calles y en los cabarés no dejaban de comentar, en ocasiones con gracia y en ocasiones sin ella, la inmoral relación que mantenía con su hermana, su esnobismo y la nefasta influencia que ejercía sobre el emperador, por lo que debía hacer acopio de la imperturbabilidad que le confería su amplia experiencia para mantenerse firme contra tanta charlatanería.

Sufría a causa del frío y no le agradaba la expectación que suscitaba en aquella ocasión. Pero era un orador competente y experimentado, su agradable voz llenó sin dificultad la sala y atravesó el imponente silencio hasta llegar incluso a la plaza que presidía el templo. Se concentró. Sabía que no hablaba sólo por

él sino en nombre de los cinco millones de judíos del Reino, él, el último nieto de los reyes que dominaron Judea durante siglos. Comenzó con un cumplido para el autor de la proposición. Su documento se basaba en un principio ético verdaderamente digno de la gran Roma. Sin embargo, opinó, no debían poner en peligro las rectas intenciones del autor de la proposición permitiendo que algún intérprete malicioso falsease en la práctica la moral de la ley convirtiéndola en una medida intolerante, indigna del Reino. A dos grandes pueblos de Oriente, los egipcios y los judíos, sus preceptos religiosos les imponían el deber de la circuncisión, pueblos cuya religión el Reino no sólo permitía, sino cuyos dioses veneraba. ¿Acaso no había hecho hasta hace poco el procurador romano de Judea sacrificios en el Templo del Dios invisible Yahvé? ¿Cabía pensar que el Reino quisiese obligar a los que creían en ese Dios Yahvé a violar los mandamientos que cumplían desde hacía siglos? La ley de Antisto, en su formulación pura, encontraba aceptación entre los que pensaban como romanos; sin embargo, era imprescindible impedir mediante un texto lo más claro posible cualquier deformación del principio moral sobre la que descansaba. Por ello rogaba a la insigne congregación que se eximiese a los sacerdotes egipcios, a quienes su fe prescribía la circuncisión, así como a los judíos, de la obligación de acatar la ley.

El rey Agripa habló con entusiasmo, aunque sin perder la serenidad; las toses y los carraspeos, el pataleo de los senadores para entrar en calor se detuvo mientras habló. Sólo se oía el bullicio de la plebe que aguardaba en la plaza, los excitados y sarcásticos gritos de los oponentes, las voces enfervorizadas de los judíos.

Tras el discurso de Agripa, el cónsul Pollio prosiguió con la ronda de preguntas a los padres convocados; pero la atención de los senadores había decaído. La mayor parte de ellos se limitaron a decir: «Me uno a lo aducido por Antisto, o por Agripa, o por Corvin». Finalmente, el cónsul cerró el debate. Con la ayuda de sus funcionarios y amanuenses constató que se habían propuesto en total cinco versiones de la ley. Las leyó y dio a los miembros de la casa una hora de tiempo para sopesar detenidamente cuál de ellas aprobarían.

Los senadores se alegraron de poder levantarse y mover los pies. Aprovecharon ese tiempo para tomar una sopa caliente o algo similar. Tras la reanudación de la sesión el cónsul rogó a los autores de las cinco versiones que se levantasen de sus bancos, y a los senadores que se uniesen a aquel cuya versión deseaban ver aceptada. Resultó que, de acuerdo con las previsiones que se habían hecho durante el descanso, la mayoría de los padres convocados se reunió en torno a Agripa.

Sin embargo, en su versión definitiva, que se fijó por escrito, su texto rezaba: «Todo aquel que someta a castración a otro, ya sea libre o esclavo; es decir, si mutila o circuncida sus genitales, se hará merecedor de las penas sobre lesiones corporales previstas en la ley de Cornel. Todo aquel que incite a semejante castración, o colabore a efectuarla, se hará merecedor de las mismas penas. Se eximirá del cumplimiento de esta ley a los sacerdotes egipcios, a quienes su fe prescribe la circuncisión, así como a los miembros de la nación judía, quienes, de acuerdo con los mandamientos de su fe, circuncidan o hacen circuncidar a los hijos bajo su tutela».

El presidente propuso dar a esta ley el nombre del autor del proyecto, Antisto. Todos asintieron. Después les comunicó que se había llegado a una resolución antes de la puesta del sol y rogó al jefe del protocolo imperial tomar nota de ello. A continuación se levantó, saludó a los congregados con el brazo levantado y la mano extendida y los despidió con la fórmula prescrita: «No os retendré por más tiempo, padres convocados». Todos se marcharon presurosos para refugiarse en alguna estancia caldeada.

Los funcionarios del templo tardaron aún algún tiempo en limpiar y ventilar el edificio. A la luz de los candelabros y antorchas trabajaron hasta bien entrada la noche. Las estatuas de los literatos y pensadores permanecieron solitarias en la gran sala vacía mientras la cabeza de Josef dirigía enjuta su mirada sobre la estancia, irradiando aquel extraño brillo.

El texto de la proposición de ley y la aprobación imperial se grabaron en cobre y a la mañana del décimo día, antes del cual ninguna ley tenía validez, la tabla de cobre con la «Ley de Antisto» fue depositada, con el número 2.217, en el archivo estatal. Se enviaron copias de la ley en lengua griega y latina a todas las provincias y los intendentes de todas las ciudades comunicaron a sus consejos municipales que había llegado un escrito del emperador y del senado. Se hizo circular el escrito para que se confirmase la autenticidad de los sellos, y todos los miembros del Consejo, también los judíos, debían, de acuerdo con lo prescrito, sostener el documento de pie con la cabeza descubierta, apretarlo contra el pecho y besarlo. Sólo después se procedía a su lectura.

Los ministros imperiales y los miembros del cuerpo legislativo eran buenos psicólogos y decidieron conferir una forma moderada a la ley. A fin de cuentas, con aquella «Ley de Antisto» se tachaba de bárbara una costumbre cara a los egipcios, y los judíos podrían seguir expresando el vínculo que unía a los oriundos de su nación con Dios, pero no difundir dicha alianza por toda la tierra como les ordenaban sus profetas.

Hubo un gran revuelo. Por primera vez desde la fundación de Alejandría, la capital de Oriente, judíos y egipcios marcharon juntos en una manifestación para expresar su repulsa ante la ley romana.

En el lejano Oriente, en la región del Éufrates, donde proliferaban los asentamientos judíos, creció la hostilidad al Reino. El nuevo régimen, se decía, la nueva dinastía, quería acabar con la libertad y las costumbres nativas. En aquella región se levantó un hombre que decía ser el emperador Nerón, que había conseguido escapar doce años antes de las intrigas del senado, y que estaba armándose para regresar a Italia y a Roma y restituir al pueblo la libertad que le había arrancado la nueva dinastía y la despótica aristocracia de la capital. El impostor encontró muchos adeptos, en la corte del rey parto se consideró seriamente si no debían reconocerle oficialmente, y el gobernador de la provincia de Siria se vio obligado a enviar un considerable contingente de tropas para reducirlo.

Uno de los pocos judíos a quienes no impresionó la ley contra la circuncisión fue el actor Demetrio Libán. Estaba tan absorto en sus dificultades laborales que le traía sin cuidado lo que ocurría en el mundo.

Había sido un error dejarse convencer para interpretar al judío Apella con motivo de los Juegos de los Cien Días. Lo había interpretado no sólo con mala conciencia, sino con poco arte. A pesar de que ahora estaba más preparado que dieciséis años antes, su Apella resultó peor que entonces. El temor a las consecuencias políticas de la obra lo oprimía de modo que no osó explayarse. Estaba paralizado, no supo darle un tono trágico ni tampoco cómico, los romanos se aburrieron, los judíos se irritaron y ambos tenían razón: Demetrio aún tenía suficiente juicio para admitirlo.

Pero lo peor fue que el administrador encargado de los espectáculos intentó escatimarle el premio de su sacrificio. Se escabullía para no cumplir su promesa de permitirle interpretar por fin al pirata Laureol. Con prolija y perversa cortesía le dijo que, en su propio interés, debía esperar un tiempo con el *Laureol,* hasta que se olvidase el fracaso del *Apella.* Con sus incesantes puyas, con sus empalagosos sermones sobre el cuidado que debía prodigarse a la fama de un actor, consiguió sacarlo de quicio.

Fue Marullo quien dio con la solución. Se había volcado en la redacción del *Laureol* y le faltaba paciencia para aceptar la táctica dilatoria del Palatino. Convenció a Domiciano para que representase la obra en la inauguración del teatro de Albano. Demetrio dudaba. La propuesta era peligrosa. Si ahora se decidía a representar la obra ante Domiciano en lugar de estrenarla en el Palatino corría el riesgo de caer en desgracia, y esta vez para siempre, con Tito. Le parecía estar condenado a comprar el ejercicio de su arte con renovados riesgos. Al encarnar en el *Catón* al viejo rebelde Helvid puso en peligro su propia cabeza. Pero la larga espera para ver representado el *Laureol* lo reconcomía. Al fin aceptó la propuesta de Marullo.

Mientras Tito mostró su preferencia por Demetrio, Domiciano había hablado de él con desprecio. Ahora que parecía haber caído en desgracia se declaró dispuesto a inaugurar el teatro de Lucía con el *Laureol.*

Al observar al público que se había reunido en Albano Demetrio se felicitó por actuar para Domiciano y no para Tito. El teatro de Lucía no era grande, apenas había en él lugar para diez mil espectadores, pero era de una sencillez suntuosa, en la línea de ciertos teatros griegos modernos; resultaba muy adecuado para el *Laureol,* en perfecta armonía con el paisaje, con una bella vista sobre el mar y sobre el lago. También lo alegraba no representar el *Laureol* ante el ingente y bullicioso populacho de Roma, sino ante una selecta asamblea de expertos.

El emperador hizo acto de presencia. Se procedió a las ceremonias de inauguración, los sacerdotes salpicaron las puertas y el altar con sangre de cerdo, cordero y toro. Finalmente, el telón se hundió en el suelo.

Aquel diecinueve de marzo era un día hermoso, ni demasiado caluroso ni demasiado frío, el público se mostraba de buen humor, curioso, receptivo. Escucharon con interés y rieron de todo corazón con las primeras escenas y canciones. Pero pronto dejaron de prestar atención. Nadie habría podido decir por qué y cómo: la obra era buena, Demetrio jamás había interpretado un papel más acorde con él. Pero los espectadores se aburrían, las bromas caían sin suscitar ningún eco, los cuplés sonaban fríos, casi todo reventó. Cansar a un público romano con un papel tan agradecido como el de Laureol le habría resultado difícil hasta a un actor sin talento; pero el gran actor Demetrio lo logró.

Marullo, el estoico cuya formación lo obligaba a permanecer impasible ante la fortuna y la desgracia, se irritó. No era su obra lo que lo preocupaba. Sabía que la amarga y elegante farsa que había escrito era buena. También sabía que cada representación teatral dependía de mil casualidades y que a veces la alteración de algún pequeño detalle sin importancia bastaba para enardecer al mismo público que ahora se aburría en actitud muy digna. Todo eso lo sabía y hacía tiempo que lo aceptaba. A pesar de todo, la mala fortuna de la representación y de Demetrio Libán lo afectaron más que cualquier otro acontecimiento de los últimos años. Y eso que Demetrio no parecía notar lo que ocurría. Aquel hombre, de común tan sensible a la más mínima reacción de su público, no quería advertir la frialdad de sus oyentes. Sabía que lo que ofrecía

era arte, y aunque nadie más disfrutase de aquel arte, él sí lo hacía. No cejó, no se desinfló. Actuó de todo corazón, con aquel corazón valiente, cobarde, cansado, aniquilado por las vanidades de este mundo. Llegó entonces la escena en la que Laureol presenta al tribunal las pruebas de su identidad. Demetrio apareció en escena, cantó su cuplé: «Sí, ésta es la piel / éste el pelo. / Sí, éste es el pirata Laureol en persona». Y sólo entonces arrastró al público que hacía tiempo había decidido dar por malos la obra, la representación y el teatro, y le exigieron que cantase de nuevo el cuplé, y después una tercera vez, e incluso en esta ocasión se oyó la risa sonora, plena y sincera de la princesa Lucía. Pero ya no había nada que hacer.

Demetrio-Laureol fue ejecutado. Pendía de la cruz. Con amargos versos el moribundo meditó si no habría hecho mejor en renunciar a las honras que se dispensaban al ladrón y pasar sus últimos años en paz en su retiro campestre. Sin embargo, ante sus compañeros exclama por última vez que, digan lo que digan, sus sufrimientos son mayores que los de ellos. Y después, por fin, mientras interpretaba todo esto ante los espectadores, admitió para sí que lo que estaba ofreciendo era arte, del más excelso, pero que en ese momento ponía fin a su carrera.

El príncipe Domiciano no quería admitir que la inauguración del teatro de Lucía había sido un fracaso. La obra no le gustó demasiado. Pero como Lucía y Marullo opinaban que había salido bien y que Demetrio-Laureol había estado incomparable, pensó que no era la representación lo que había fracasado, sino que todo se debía a la mala voluntad de los espectadores. Tampoco era de extrañar que no se atreviesen a disfrutarla al ver el gesto aburrido que su querido hermano se complacía en mostrar.

Estaban sentados en el palco uno junto al otro: él, Tito, Julia y Lucía. El Chiquillo miraba por encima de su hombro las caras de los demás, veía el rostro interesado, divertido de Lucía, el fláccido de su hermano. Sin duda lo intuía, prácticamente era seguro que Domiciano sabía lo que había entre ella y Tito, pero no quería saberlo. Por mucho que lo reconcomiese la idea de que Lucía lo había elegido precisamente a él, no se permitía justificar el odio que sentía por el ballenato, y que crecía día a día, con otro motivo que no fueran los de siempre. Ahora, al ver la expresión fatigada, aburrida, de Tito, sólo se dijo que su hermano lo odiaba tanto que incluso era capaz de amargarle la inocua alegría por la inauguración de su teatro con aquella pasividad tan palpable. Su disgusto iba en aumento. Sólo con su rostro impedía Tito a sus invitados, los invitados de Domiciano, divertirse con la obra, obligándolos a expresar aburrimiento, desaprobación, por el solo hecho de encontrarse en el teatro de Domiciano. Y mientras Laureol increpaba desde la cruz a sus compañeros para que le nombrasen a otro cuyos sufrimientos pudiesen compararse con los suyos, Domiciano llegó al convencimiento de que no había espacio en el mundo para él y su hermano.

Justo detrás de Tito se encontraba su médico personal, el doctor Valens. Con los brazos doblados hacia atrás, el labio superior arqueado, Domiciano contempló atentamente el pálido rostro alargado de aquel hombre. Marullo le había contado cuánto le molestó que el ballenato solicitase los servicios de médicos egipcios y judíos durante la epidemia. La cara de Tito estaba hinchada, tenía un aspecto enfermizo y no quedaba en ella nada que recordase al «amor y la alegría del género humano». Tal vez pudiera servirse de Valens, con su método de diagnosis por los ojos. Gozaba de la confianza de Tito y se sentía relegado. Marullo no dejaba de quejarse de que los médicos no habían sabido aliviar sus dolores de muelas. ¿Qué ocurriría si Marullo le pidiese consejo a Valens y dejase caer con tal ocasión alguna palabrita acerca de la enfermedad de Tito? Quizá encontrase suelo fértil.

Pablo siguió viviendo en la casa de Josef. La casa le parecía ahora aún más sombría; su madre y su maestro Fineas ya no estaban con él. Josef le permitía marchar cada quince días a Albano para visitar a Dorión. Pero Fineas no debía encontrarse allí, ésa era la condición que había puesto. El propio Josef solía acompañar al chico a Alban. Durante las dos horas que Pablo pasaba en casa de su madre se paseaba por aquella región cuajada de colinas esperando que transcurriesen, y la idea de tener al padre esperándolo le amargaba al chico la alegría de ver a su madre.

Josef se entregó a su hijo de todo corazón y con todos los recursos de que disponía. Estudiaba lo que él aprendía en la escuela. Trataba de mejorar su propio acento al hablarle en griego. Cuando conversaba con el hijo le preocupaba más la pureza de la palabra griega que si recitara algo ante el emperador y los literatos de Roma. Tomaba todas sus comidas junto a su hijo Pablo. Se interesó por sus aficiones. Él mismo intentó, por cierto sin éxito ni talento, modelar pequeñas figuritas de barro. Escribió al administrador de sus bienes en Judea para que le refiriese detalles de cómo se alimentaba y cuidaba allí a las cabras, pues las cabras de Judea eran las más hermosas y las más fuertes. Los machos cabríos de Job habían llegado a enfrentarse a los lobos, y los del doctor Chama habían vencido a los osos. Pero Pablo escuchaba aquellas historias con cortés incredulidad, y se limitó a aceptar las hojas de cinamomo que envió el administrador

por considerarlas particularmente benéficas para las cabras, y que llegaron bastante deterioradas, dando las gracias educadamente, pero sin entusiasmo.

Los escasos y modestos intentos de Josef por enseñar a su hijo la ciencia judía fueron poco afortunados. ¡Ah!, no cabía pensar en estudiar con él el libro de Cohelet, ni en escuchar de sus labios las familiares palabras hebreas. Pablo leía atento y cortés en el gran libro de las historias del pueblo judío aquellas que le recomendaba el padre: la de David y Goliat, por ejemplo, o la de Sansón, la de Ester o la de José, primer ministro del faraón egipcio. La traducción de los Setenta resultaba fácil de leer, Pablo comprendía rápidamente y su memoria estaba bien adiestrada. Pero en el transcurso de aquellos últimos meses su madre y Fineas le habían inculcado la convicción de que la doctrina de los judíos era cosa de bárbaros. Así como disfrutaba con las narraciones de Ulises y Polifemo, rechazaba la historia de David y Goliat. Se entusiasmaba con la pareja de amigos Neso y Eurito y con los trabajos de Hércules, pero David y Jonás y los hechos de Sansón lo dejaban frío.

Era consciente de los esfuerzos que, de todo corazón, hacía su padre. A veces también se enorgullecía de ello y trataba de responder al amor que le profesaba. Pero no era posible. Siempre había sido arrogante, y Fineas y la madre habían alimentado su natural autoestima. No comprendía por qué su padre no se avenía a ser un griego, o un romano. ¿Por qué querían obligarlo precisamente a él a descender a un estrato inferior haciéndose judío?, ¿y por qué no podían protegerlo de su sino su madre y Fineas, si lo amaban? Su padre era un extraño, cada vez veía más rasgos indignos en él y, por mucho que se esforzase por hablar un griego puro, al oírlo le parecía estar escuchando el odiado dialecto de la margen derecha del Tíber.

En una ocasión creyó Josef haberse ganado el corazón de su hijo. Pues un día, sobreponiéndose a su timidez, comenzó a decirle que había tenido un hermano, Simeón, y le preguntó por qué nunca le había presentado a aquel hermano, rogándole que le hablase de él. Josef accedió gustoso. Le parecía una gran victoria, y una satisfacción, que Pablo le preguntase por él y con vivacidad y elocuencia le habló de su hijo judío, al que había perdido. No sabía que era la envidia lo que había movido a Pablo a informarse sobre el difunto. Pablo envidiaba al muerto.

Siguiendo los principios estoicos Fineas le había enseñado que el hombre es capaz de vencer el dolor gracias a la fuerza de su ánimo y que puede soportar las desgracias más grandes. Cuando el hombre llegaba al final de sus fuerzas había una salida digna que lo hacía más poderoso incluso que los dioses: tenía a su disposición la posibilidad de darse muerte. Muchos grandes hombres lo habían hecho, era un final digno, una solución que cada vez le resultaba más consoladora. A veces, al ir al establo para mezclar el forraje en su justa medida, permanecía allí en cuclillas meditando en un rincón y ni siquiera los balidos de su chivo Paniscus lograban sacarlo de su ensimismamiento. Pensaba en lo que ocurriría si se suicidase. En la escuela les habían hecho escribir redacciones sobre aquella Arria que, adelantándose a su esposo en el momento de recibir la muerte, le entrega la daga diciéndole: «Mi Peto, no duele». Se imaginaba que en el futuro se escribirían en las escuelas redacciones con el título de: «Pablo, ante la disyuntiva de ser un bárbaro o morir, prefiere la muerte. ¿Cuáles son sus últimos pensamientos?». Antes, eso lo sabía, era fácil conseguir veneno. Ahora te lo ponen más difícil. Pero también podía abrirse las venas en el baño. O, y eso lo atraía aún más, hacerse con polvo de oro y respirarlo. Si vendía sus cabras le darían suficiente polvo de oro. Cuando lo vea allí tendido, muerto, su padre comprenderá lo que ha hecho. Todos percibirán la grandeza de una muerte como la suya y, por mucho que Fineas y su madre lo lloren, sin duda ofrecerán sacrificios a su preclaro genio.

Ni Josef ni el chico hablaban de lo que les oprimía el corazón. En la mesa Josef citaba versos de Homero, hablaba de viajes, de libros, de lo que ocurría en la ciudad, de la escuela de Pablo y de sus compañeros. Veía que la pálida cabeza olivácea de su hijo se volvía cada vez más pálida y enjuta. Veía que no lograba acercarse a él. Su victoria carecía de sentido. Dorión tenía razón: el rechazo procedía de lo más hondo; el muchacho era un griego y no estaba dispuesto a que hicieran de él un judío. Lo que él podía ofrecerle no le servía de nada. Josef sólo conseguía con ello que se marchitase. Hay ciertos animales y plantas que se alimentan de sustancias que resultarían letales para los humanos; pero ellos no pueden vivir sin esas sustancias nocivas. Y así, su hijo no puede vivir sin Dorión y sin Fineas.

Poco a poco, durante noches enteras en vela, Josef meditó sobre el sentido de todo aquello. ¿Qué significaba que ni siquiera lograra que su hijo, su carne y su sangre, recibiese ni una chispa de su espíritu? ¿Se había excedido al sopesar sus fuerzas? Tal vez Dios lo rechazaba por considerarlo demasiado débil, a él, que se había propuesto difundir el espíritu judío por todo el mundo y que ni siquiera lograba transmitírselo a su propio hijo. ¿O tal vez la señal significase otra cosa? A los romanos y a los griegos les exigía altivo y atrevido que renunciasen a lo que más estimaban de sus rasgos nacionales, pero ¿acaso no dependía él excesivamente de su judaísmo? ¿Era ése el sentido de la señal? ¿Era el fracaso ante su propio hijo una

advertencia para que renunciase en mayor medida a su judaísmo?

No, el sentido no podía ser ése. No había otro camino para instaurar la ciudadanía universal que la doctrina judía. Los dioses de Roma y de Grecia tenían muchas caras, pero todas eran caras nacionales: el Dios invisible Yahvé era un Dios que prevalecía *por encima* de las naciones y que conminaba a todos a acercársele. «Poco es para mí que tú seas mi siervo», así le confió a su profeta Isaías, «para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones». Yahvé no excluía a nadie, ni a los griegos ni a los romanos, ni a los despreciados egipcios y árabes. Era el único que, entre todos los dioses, predicaba por boca de sus profetas la paz eterna entre todos los pueblos, un mundo en el que los lobos yacerían junto a los corderos y un tiempo en que la tierra rebosaría de pacífica sabiduría como el mar de agua. No había más escalera que condujese a la altura de tal idea que la doctrina judía. Mientras no hubiera un segundo y más afortunado Dédalo que inventase una máquina que permitiese al hombre volar había que escalar si se quería alcanzar la cima de una montaña, y nadie podía ahorrarse la escalada. Y hoy, y en el mundo en que vivimos, esa montaña y su escala se llaman: judaísmo.

Pero todo eso no son más que sofisterías con las que disfraza su propio nacionalismo. Inundado por el Espíritu ha escrito el salmo del ciudadano del mundo; pero es fácil ser valiente y ser un ciudadano del mundo sentado a una mesa. No es difícil ser cosmopolita mientras sólo se exijan sacrificios a los otros, no a uno mismo.

Abraham recibió la orden de sacrificar a su hijo para cumplir su misión. ¿Acaso era una prueba lo que ahora le ocurría?

Load a Dios y dispersaos sobre la tierra,
load a Dios y extendeos sobre los mares.
Es esclavo quien se ata a un país.
No se llama Sión el reino que os he prometido;
Su nombre es: el universo.

Ésos eran versos valientes. Pero no eran más que versos. El muchacho era de carne y hueso. Era la primera vez que el judío Josef debía demostrar que era algo más que un judío. Cuán fácil era elevarse en espíritu sobre los demás y después, al llegar la hora de la renuncia, dejarse llevar, perezoso y obediente, por el sentimiento de antaño en contra del nuevo juicio, mejor y más doloroso. No, no se escabullirá.

Pero si ahora libera al chico nadie lo entenderá, ni siquiera Alexas, ni Licino. Todos habían seguido atentamente el litigio en torno a Pablo, fue una lucha en la que se dirimían grandes principios, y él se había alzado con el triunfo. Si ahora renuncia voluntariamente al fruto de esa victoria, si se deja caer, si no hace de su hijo un judío, dejará de ser un héroe a los ojos de todos para convertirse en un personaje de sainete, o en el mejor de los casos, en un comediante. Su renuncia no será ejemplar, sino simplemente ridícula. Los judíos pensarán que abdica para engatusar a griegos y a romanos. Los griegos sencillamente le tendrán por loco. Sus colegas aducirán que su esnobismo no responde más que al deseo de hacer publicidad de sus libros.

Debe ser fuerte para obedecer a la voz que le habla en su interior, no la voz de los demás.

Se sobrepuso. Le dijo a Pablo que podía regresar junto a su madre y seguir viviendo en Albano. Por primera vez desde que el muchacho regresó a su casa —Josef lo constató con el corazón desgarrado— su rostro se iluminó. Tomó la mano de su padre y la apretó con fuerza.

La renuncia de Josef al hijo por el que tan arduamente había luchado desencadenó la tormenta que había previsto. Se le consideró un loco, o un miserable, o ambas cosas. Lo esperaba; a pesar de todo, aquello lo llenó de ira y de desesperación. Se dijo que no tenía sentido seguir trabajando en favor de un entendimiento entre judíos y griegos, ya que no había entendimiento posible. Y después, con la misma fogosidad, se llamaba al orden atribuyendo sus pensamientos al mero resentimiento. Su propio sino, un pedazo de presente, no demostraba nada. La fusión con la que soñaba no era cosa de diez o veinte años, era un asunto de varios siglos.

Pero estos pensamientos no lo ayudaron a superar su rabia. En aquellos días solía permanecer solo, sin abandonar su casa, y no se anunció ninguna visita.

Una semana más tarde fue a ver a Claudio Regino. Quería pagar con él el odio que le inspiraban sus semejantes y su propia persona. Era un apacible día de primavera, pero Regino, de común tan ahorrador aunque muy friolero, había ordenado caldear toda su casa, provista de calefacción central. A Josef le agradó

poder azuzar su cólera con el disgusto que le producía la contradicción entre los sermones de alabanza del ahorro de Regino y aquel patente derroche. Empezó exigiéndole dinero, una suma importante, en un tono insolente, exigente. Necesitaba el dinero para la construcción de la sinagoga de Josef, le explicó. No era verdad. Tras los últimos acontecimientos resultaba dudoso que aceptasen su donativo. Y, en efecto, Josef esperaba que el editor le respondiera con sarcasmo que, tal y como estaban las cosas, quizá fuese más conveniente que dirigiese sus dádivas a Júpiter o a Minerva en lugar de a Yahvé. Pero Regino se prohibió cualquier comentario desabrido. Se conformó con responderle «Bien», se sentó y procedió a extender la orden de pago.

A continuación le dijo:

—Insulta, mi Josef, maldice, despáchate a gusto. Realmente sois un hombre derrotado.

Habló sin ironía, lleno de sincera compasión.

Josef levantó los ojos asombrado. ¿Qué quería Claudio Regino? Entregarse a un discurso sentimental por un acto como su renuncia a Pablo no era propio de aquel hombre de negocios. ¿Qué quería decir en realidad?

—No os comprendo —dijo irritado, desconfiado.

—Me he reprochado amargamente —respondió Regino— no haberos desaconsejado aquella audiencia. Debería haberme dicho a mí mismo que emprender una acción semejante os acarrearía una desgracia. Realmente le habéis puesto en bandeja la decisión que tanto le costaba. Era previsible que el hijo de Vespasiano se cobraría con creces, haciéndoselo pagar a la totalidad, el favor que os hizo a título personal.

Josef comprendió al instante. Pero permaneció allí perplejo e indeciso; el golpe lo había pillado desprevenido. Lo que Regino decía era cierto, por supuesto, y no tenía sentido negarlo. Tras cederle a Pablo Tito se había sentido autorizado a dar a sus romanos la ley que prohibía la circuncisión.

—No perdió ni un minuto —prosiguió Regino, como si quisiera fundamentar su afirmación—. El mismo día en que encomendó a Cecil el dictamen sobre vuestro asunto hizo saber al cónsul que no vetaría la proposición de Antisto.

Sí, había que estar ciego para no verlo. Había ocurrido exactamente lo mismo que antaño con el asunto de los tres doctores. Él, con su nefasto celo, brindaba a Roma la oportunidad de conservar su máscara de noble imparcialidad. Le concedieron el pequeño favor que deseaba, y a cambio obtuvieron lo que querían. La totalidad de los judíos tuvo que pagar entonces por su orgullo, y ahora pagaba de nuevo el amor que sentía por su hijo.

¿Por qué lo perseguían las desgracias precisamente a él? ¿Por qué arruinaba todo lo que tocaba? No tenía sentido romperse la cabeza pensando en ello. Ni siquiera aquel hombre rematadamente inteligente que tenía ante sí era capaz de explicárselo. «Pues mis pensamientos no son tus pensamientos, y vuestros caminos no son mis caminos».

—Explicadme una cosa, Claudio Regino —le rogó de forma aparentemente inconexa, con la voz quebrada—: Sabéis que para mí Yahvé no es un Dios nacional, sino el Dios del universo. Explicadme qué fuerza tira de mí para que llegue a renunciar al judaísmo de mi Pablo.

—Pretendéis que se os regale todo —rezongó Regino con aquel tono desabrido tan propio de él—. No estáis dispuesto a pagar nada por vuestros descubrimientos. ¿Aún no os habéis dado cuenta de que la cabeza se vuelve sabia más rápidamente que el corazón? ¿Acaso pensáis que el nuevo pensamiento, mejor, borra sin más los viejos sentimientos que manaron de la idea anterior? Y está bien —prosiguió con amargura— que haya que pagar por los nuevos conocimientos. Sólo lo que se paga caro se respeta. Ahora no son muchos los que luchan por las ideas, pero el que ha tenido que pagar por ellas una vez las conserva.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó Josef sumiso, casi desamparado.

Regino guardó silencio. Después, con la pereza que siempre mostraba al hablar, pero con un cuidado inusual, dijo:

—Tal vez lo mejor sería que os olvidarais de los judíos y de los griegos y os ocuparais de vuestra *Historia judía.* Hay ahora en vuestra vida bastantes historias y situaciones que corren paralelas con las de la historia judía. Ya representéis a Abraham o a José, a Judas Macabeo o a Job, no os faltará inspiración.

Josef se asustó ante la poderosa intuición de Regino. Era un misterio cómo aquel medio judío era capaz de interpretar y de formular lo que él mismo apenas se atrevía a pensar. Abraham, que expulsa a Hagar; José, que se convierte en el protegido del faraón; Judas Macabeo, que conduce al pueblo a la guerra; Job que lo pierde todo, y de nuevo Abraham inmolando a su hijo: verdaderamente, parecía llamado a revivir las historias y situaciones de la Biblia de una forma amarga y extrañamente deformada.

Regino no estaba dispuesto a permitirle llevar aquella idea, cargada de vanidad, hasta el final.

—Siempre os malinterpretarán —prosiguió—. Escribid con tanta imparcialidad como habéis actuado

ahora, por primera vez en vuestra vida. Por otra parte, admito que resulta más difícil escribir de un modo imparcial que actuar de un modo imparcial. Pero al menos deberíais intentarlo. He invertido tanto dinero en vos que considero que puedo exigiros semejante prueba.

Josef sabía muy bien que aquel hombre, por muy zafio y sarcástico que se mostrara en ocasiones, le tenía aprecio y lo entendía mejor que nadie. A pesar de ello, titubeó.

—Ahora no puedo trabajar —se excusó—. Mis pensamientos luchan unos con otros. *Vos* tal vez me entendáis, Claudio Regino, pero me temo que no soy capaz de hacerme entender por un tercero.

Regino replicó:

—Habéis ido tan lejos que ya no podéis retractaros. Sólo os quedan dos caminos. O bien renunciáis a lo que queda en vos del judaísmo, que no es mucho, y os convertís en un escritor griego de cabo a rabo. ¿Os atrae la idea de desposaros con una hermosa dama de alguna buena familia romana? Podríamos arreglarlo. No sería una solución muy original, pero tendría sus ventajas, y yo recuperaría mi dinero.

Josef quería saber cuál era la segunda vía que insinuaba Regino. Pero éste se conformó con el «o bien» y se agachó jadeando para atarse los cordones de sus sandalias. Y así, tras un silencio, Josef tomó de nuevo la palabra y dijo:

—No puedo trabajar en Roma. No soy capaz de discernir nada. No siento nada. No he sido capaz de explicarle a mi hijo la historia judía: ¿cómo habría de explicársela a otros? Hubo un tiempo en que veía la historia, Moisés, David, Isaías. Ahora mis ojos están velados y nada distingo —Regino lo escuchaba atentamente, pero callaba. Tras un breve silencio Josef prosiguió—: Tal vez sería bueno que marchase a Judea.

Y sólo entonces, por fin, volvió a hablar Regino. Ocupado aún con los cordones de sus sandalias, citó a Horacio; aquellas insignes palabras sonaron extrañas al ser pronunciadas por sus gruesos labios: «El amargo verano se derrite antes de que torne el primaveral viento del sur. Sobre secos rieles se deslizan los barcos en el mar».

—Quiero ver Galilea de nuevo —dijo con repentina determinación Josef—, las nuevas ciudades griegas y las viejas ciudades judías. Quiero ver la arrasada Jerusalén. Quiero ver a Flavio Silva y a los doctores de Yabne.

—Bien —dijo Regino satisfecho—. Ése es el segundo camino al que me refería.

LIBRO CUARTO

EL NACIONALISTA

Los judíos vencidos se movían con timidez en el país que su Dios Yahvé les había dado, apenas tolerados en el pedazo de tierra que gobernaran hacía tan solo media generación. Muchos de ellos habían sido asesinados o convertidos en esclavos, lo que permitió al emperador apropiarse de sus bienes. Todavía se declaraba a éste o a aquél sospechoso de haber participado en la revuelta, y sobre todos pesaba la amenaza de ser acusado por un rival o un vecino malintencionado. Muchos emigraron. Las colonias judías menguaban, se marchitaban, el país se llenaba cada vez más de sirios, de griegos, de romanos. Las ciudades paganas de Nápoles Flavia y Emaús pasaron a ser las más prósperas del país y, mientras Jerusalén era un yermo, la nueva capital, Cesarea, la ciudad portuaria, rebosaba de lujosas edificaciones, santuarios de dioses extranjeros, palacios del Gobierno, baños, estadios, teatros; sin embargo, los judíos no podían pisar ni la destruida Jerusalén ni la nueva capital sin un permiso especial.

En lugar de los aristócratas y los sacerdotes del Templo de Jerusalén, en su mayoría víctimas de la guerra, habían tomado el mando los estudiosos de las escrituras, los juristas y doctores. Con el fin de salvaguardar la unidad de la nación, el Doctor Supremo, Yojanán ben Zakai, había urdido un astuto y osado plan: sustituir el Estado por la doctrina. Su sucesor, Gamaliel, lo cumplía con gran empeño y cautela para conducirlo a su fin. El canon ritual que él y su Colegio de Yabne determinaron hasta en sus más nimios detalles mantenía más unidos a los judíos de lo que lo hiciera el Estado.

Pero aquel sistema obligaba a los doctores a restringir la doctrina cada vez más y a renunciar a lo más provechoso de ella, a su universalidad. «El extranjero deberá vivir con vosotros como un nativo, y tú lo amarás como a ti mismo», había ordenado Yahvé por boca de Moisés, y, por boca de Isaías: «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob; también te di por luz de las naciones». Los judíos comenzaban ahora a renunciar a aquella misión cosmopolita que durante varios siglos cumplieran fielmente. Ya no propagaban su mensaje por toda la tierra, al contrario, muchos sostenían que, tras la destrucción del Templo, el pueblo de Israel era la morada de Yahvé y que sólo a ese pueblo pertenecía. La presión ejercida por los romanos, y en particular la prohibición de circuncidar, hacía que cada vez más miembros del Colegio de los doctores defendiesen esta noción, hostil a todo lo foráneo. Dejaron a un lado los puntos en los que la Escritura recordaba a los judíos su misión ecuménica, y su boca se llenó de aquellas frases en las que se festejaba la alianza de Yahvé con Israel, su pueblo predilecto. Con ayuda de los preceptos rituales nacionalizaron la vida de los judíos. Les prohibieron aprender la lengua de los gentiles, leer sus libros, reconocer la validez de sus testimonios ante los tribunales, aceptar sus regalos, mezclarse con ellos. El vino que no procediera de un judío era impuro, así como la leche ordeñada por un gentil. Con una arrogancia férrea, ciega, elevaron muros cada vez más altos que separaron al pueblo de Yahvé del resto de los pueblos de la tierra. Así lo hicieron casi todos los dirigentes de los judíos, también los sectarios, los esenios, los ebionistas y los mineos o cristianos. Al hombre, por ejemplo, que aquellos mineos ensalzaban como su Mesías, a Jesús de Nazaret, uno de sus acólitos le puso en la boca las palabras: «No vayáis a la calle de los gentiles y no os instaléis en las ciudades de los samaritanos, id sólo a las ovejas descarriadas de la casa de Israel».

En poco tiempo los judíos, que habían sido los primeros en el mundo habitado en proclamar que su Dios no les pertenecía a ellos sino al mundo entero, se convirtieron en fanáticos particulalistas. Los doctores acaparaban la ley con un rigor cada vez más acusado y se mostraban cada vez más intolerantes con cualquier objeción. Sin duda, muchos protestaron. Los judíos siempre habían sido testarudos, no una masa uniforme, sino un pueblo formado por muchos individuos y muchas opiniones. Entre ellos había tradicionalistas y renovadores, fariseos, saduceos, esenios, tolerantes e intolerantes, partidarios de Hillel y partidarios de Shammay, seguidores de los sacerdotes y seguidores de los profetas. Algunas sectas habían

desaparecido al desaparecer el Estado y el Templo, pero la división que reinaba en el seno del pueblo judío no había desaparecido.

Siempre había habido judíos que, deseosos de adueñarse de los conocimientos de otros, habían indagado en la ciencia de pueblos extranjeros. Ahora no querían que se les arrebatase todo aquello. Los dirigentes de los judíos, con el gran pensador Filón a la cabeza, se habían esforzado durante siglos en fusionar de un modo orgánico la cultura griega con su propia doctrina, «para que la belleza de Jafet viva bajo la tienda de Jacob». ¿Cómo era posible que, de pronto, aquello constituyese un delito? Y muchos no se sometieron, no reconocieron la autoridad de los doctores y aceptaron el destierro, abandonaron el país antes de renunciar a la parte griega que había en ellos.

Los doctores se mantuvieron firmes en su propósito. Si los judíos no querían ser engullidos por otros pueblos, su doctrina debía ser clara y unívoca hasta en los más nimios detalles. Debían tener *un* rito y *un* precepto que distinguieran al judío de los demás. Toda la vida podía regirse por la Ley, no debía tolerarse ninguna desviación.

Hasta entonces habían circulado muchas opiniones acerca del Mesías. Unos creían que traería la espada, otros que llevaría consigo la palma de la paz. Muchos habían creído reconocer al Mesías en otros, los habían dejado hablar. Pero ahora los doctores prescribían la fe en un único Mesías que aparecería en breve, que arrojaría a los romanos del país, reconstruiría Jerusalén y obligaría a todos los pueblos a reconocer al Dios de Israel.

Pero había unos cuantos, los mineos, los «creyentes», también llamados cristianos, que explicaban que el Mesías ya había llegado; su misión, sin embargo, no se cumpliría en este mundo, sino que había venido para enseñar al pueblo entero el camino de la misericordia, para que no sólo los doctores, sino cualquiera, hasta el más simple de los espíritus, pudiera reconocer a Yahvé. Sin embargo, no habían creído al Mesías, sino que lo negaron y finalmente lo mataron.

Ya antes de la caída del Templo había quien propagaba aquella nueva, pero fueron pocos los adeptos. Ahora decían: «Ved, Jerusalén ha sido destruida porque los sacerdotes y doctores asesinaron al Mesías», y muchos empezaban a pensar: ¿Tendrán razón? ¿No era verdad que los sacerdotes y doctores estaban llenos de orgullo y de ínfulas? Resultaba difícil saber por qué otra razón habría podido destruir Yahvé su Templo, entregando a su pueblo a los gentiles.

También el resto de las doctrinas de los mineos penetraba con facilidad en las mentes y en los corazones de las gentes. Los doctores habían sometido todos los aspectos de la vida a la Ley, habían fijado seiscientos trece mandamientos y prohibiciones principales, cada uno de ellos con innumerables prescripciones menores, reglamentando el transcurso del día desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche con mil pequeñas y estrictas ceremonias y oraciones, y amenazando a quienes los incumplieran con penas en esta vida y en el más allá. Los mineos en cambio enseñaban que estaba bien vivir de acuerdo con la Ley; pero bastaba con creer en el bendito Mesías, que había redimido a los hombres, compensándoles con las dulzuras del más allá las privaciones de este mundo. Y muchos se entregaron a la nueva doctrina, más moderada.

Los doctores tenían que luchar contra todas estas tendencias: contra la helenizante y cosmopolita de los cultos y contra el tibio mesianismo de los pobres de espíritu. Luchaban tercos y taimados, ora con dulzura, ora con violencia, sin perder de vista su objetivo: la unidad de la Ley.

Y lucharon con éxito. La gran mayoría de los judíos confiaba en ellos, se sometía a su mandato. Supeditaron toda su vida a sus ritos y preceptos, desde el amanecer hasta la noche: comían y ayunaban, oraban y maldecían, festejaban y trabajaban cuando ellos se lo ordenaban. Renunciaron a sus ideales y opiniones, se cerraron ante los gentiles con los que hasta entonces mantenían amistad. El amigo rehuyó al amigo si se trataba de un gentil. El vecino al vecino, el amado a la amada. Aceptaron el yugo de esos seiscientos trece mandamientos y prohibiciones, llevaron una vida estrecha y yerma, y sobrevivieron gracias a la idea de que eran el *único* pueblo, el pueblo elegido de Yahvé, y gracias a la ardiente esperanza de que pronto aparecería el Mesías en toda su gloria para someter a los pueblos ciegos al único capaz de ver. Contemplaban la arrasada Jerusalén, y aquella Jerusalén inexistente unía a los judíos, a los de Israel y a los dispersos por todo el mundo, más estrechamente que el Jerusalén que un día albergara, blanco y dorado y visible para todos, el Templo de Jehová.

Mucho antes de que amaneciera los judíos se agolparon en la cubierta del *Gloria;* les habían dicho que aquella mañana verían aparecer la costa de Judea. Expectantes, miraban hacia Oriente, que comenzaba a alborear. La mayoría se había puesto sus mantos de oración rectangulares a rayas negras con sus valiosas

bandas azul púrpura y se habían anudado las filacterias en la frente y los brazos. Durante mucho tiempo no vieron más que un vapor de nubes. Después surgieron tenues contornos violetas; sí, aquéllas eran las cárdenas montañas de Judea. Y ahora ya podía distinguirse incluso la verde cima del Monte Carmelo. Inspiraron profundamente, se aceleraron sus corazones. El aire que les llegaba de su tierra era distinto al de otros lugares, más ligero y limpio, más puro, les hacía pensar más deprisa y daba brillo a sus ojos. Con fervor recitaron la bendición: «Bendito seas, Yahvé, nuestro Dios, que nos permites ver este día».

El actor Demetrio Libán había vivido unas semanas muy duras. Durante la mayor parte del tiempo había permanecido tumbado en su camarote, lívido, mareado, acuciado por las convulsiones, rogando que le llegase la muerte. Pero ahora que tenía ante sí su objetivo sentía que no había pagado demasiado cara su peregrinación al país de Yahvé.

Josef se mantenía alejado de los demás, aunque sin mostrar presunción alguna. Pero contemplaba con ojos no menos ardientes aquel pálido brillo cárdeno, aspiraba con igual avidez el ligero y excitante aire. ¡Oh, dulces líneas de las montañas, oh, luz tan clara, bendita costa, verde Monte Carmelo! ¡Oh, tierra mía, cautivadora, mágica tierra de Israel, la tierra de Dios!

También los romanos y griegos de a bordo, altos funcionarios, oficiales y ricos comerciantes, acudieron para observar cómo se acercaban a la costa. Con una sonrisa altanera contemplaban al grupo de los judíos que gesticulaban excitados, a los «nativos».

Cuando el *Gloria* atracó por fin en el puerto de Cesarea la policía subió a bordo y separó a los romanos y los griegos de los judíos. Los primeros podían desembarcar sin ser molestados; los judíos tuvieron que esperar y soportar un sinnúmero de complicadas formalidades. Sólo podían bajar a tierra bajo una estricta vigilancia. Se anotaron sus nombres y a la mayoría no se le permitió pasar más de una noche en Cesarea.

Josef y Demetrio Libán poseían unos salvoconductos que exigían un trato especial por parte de las autoridades. A pesar de ello, los retuvieron en el edificio de la policía del puerto y sus quejas no recibieron más que palabras soeces por respuesta. Josef se había vestido con sencillez para aquel viaje y, con la barba que se había dejado crecer, ahora sin rizar y sin anudar como antaño, mostraba un aspecto muy judío.

Por fin apareció el asistente del gobernador para hacerse cargo de ellos. Se mostró extremadamente cortés e increpó a los funcionarios del puerto por su rudeza. Éstos refunfuñaron cuando se hubieran alejado y se ensañaron con los judíos que aún permanecían allí.

A la noche, sentados a la mesa junto a un par de altos funcionarios y varios oficiales, el gobernador se mostró jovial y bullicioso como siempre. En los últimos meses había estudiado las obras de Filón de Alejandría, el gran filósofo judío, mientras preparaba su propio libro sobre los judíos.

—Era muy humano vuestro Filón, eso hay que admitirlo —opinó—, aún más humano que nuestros estoicos. ¿Habéis notado ya que los que más se precian de humanos son siempre los perdedores?

Se rió a su modo, abiertamente, y golpeó a Josef en el hombro.

—Reduce todas vuestras doctrinas a una única regla de oro vuestro Filón: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti». Suena bien. Pero ¿a dónde iría yo a parar con tales principios? Si no os hiciese lo que de ningún modo podría consentiros, ¿no creéis que mañana tendríamos una segunda revuelta, y, además, con éxito? Quizá quien se siente en esta casa dentro de cien años pueda permitirse ser humano. Pero, si *yo* fuese humano, no habría sucesor dentro de cien años. Por lo demás, hay un punto en el que me he mostrado tan humano con vosotros que me cuesta justificarlo ante el Palatino. En este país todavía hay gente que, según se descubre, participó en el levantamiento. Como es natural, los apresamos y confiscamos sus bienes. ¿Sabéis que los doctores de Yabne han dado orden de boicotear las subastas en las que rematamos esos terrenos confiscados? No reconocen la legalidad de nuestras confiscaciones. ¿No os parece que con ello violan la autoridad del Estado? Y yo lo tolero.

Sonrió astuto, confianzudo.

—Gracias al boicot de los judíos las tierras de por aquí les salen muy baratas a mis romanos y a mis griegos. Yo que vuestros doctores no habría ordenado el boicot. Sea como fuere, en este caso no se pueden quejar de falta de humanidad —y, más tarde—: Quizá hayamos sido demasiado duros en ocasiones. Pero algún resultado hemos tenido, hemos hecho de vuestra Judea un lugar próspero, mi querido Flavio Josefo. Siento curiosidad por saber qué me diréis en vuestra calidad de experto. Y vos, estimado Demetrio —prosiguió volviéndose hacia el actor—, debéis fijaros sobre todo en la antigua Siquem. Ahora se llama Nápoles Flavia, y en dos semanas estará concluido el teatro; en septiembre lo inauguraremos. Los juegos que daré serán el asombro de todo Oriente, debemos desbancar a Antioquía. Sería fabuloso, querido Demetrio, que os decidieseis a intervenir en ellos. No somos el Palatino, pero en cuanto a los honorarios —

dijo, tentando al actor ruda y abiertamente—, no tendríais queja. Y el público que encontraréis aquí es al menos igual de receptivo que el romano. Somos agradecidos. Tenemos un hambre de siglos. ¿No es cierto, señores? —añadió, exigiendo la aquiescencia de sus funcionarios.

Demetrio le replicó con evasivas, pero el gobernador no cejaba.

—Debéis acompañarme los dos a Nápoles Flavia —insistió—, y me permitiréis que os enseñe mi ciudad personalmente. Nápoles Flavia, eso os lo puedo decir desde ahora, se convertirá en el centro cultural no sólo de Judea, sino de toda Siria.

Con aquellas maneras tiernas y exaltadas trataba de ganarse sus simpatías.

Hacía tiempo que Josef había percibido, admirándola a su pesar, la seguridad con que los romanos eran capaces de tomar posesión de algo, y aquel primer día en Cesarea le proporcionó una nueva prueba. Debía reconocer, aunque le rechinasen los dientes, que Flavio Silva era el hombre más adecuado para romanizar la provincia. En el siglo y medio que duraba su dominio los judíos no habían logrado hacer suyo al país en la medida en que Silva lo había hecho en los ocho años de su gobierno.

Josef se lanzó a recorrer el país y a observar. Al principio evitó los lugares donde habitaban predominantemente judíos, cruzó la Samaria, poblada por los sirios, en dirección noroeste, a través de la tierra de las cien ciudades, hasta llegar a la frontera del Auranitis. Allí había vivido Job. Con gesto mecánico, mientras reflexionaba, recogió una de aquellas piedrecitas redondas color violeta que la candorosa simpleza de los nativos tomaba por gusanos petrificados que habían caído a tierra de las llagas de Job.

—Sí, hombre —le dijo el arriero que conducía su asno—, cógelas, llévatelas de recuerdo. Ojalá te enseñen a no olvidar a Yahvé en la dicha y no disputar con él en la desgracia.

Y, al recorrer Josef a primera hora de la mañana un páramo montañoso, encontró el suelo cubierto de esos dulces tallos granulosos que más al sur muchos tomaban por maná.

Después se dirigió de nuevo al oeste, cruzó los dominios del rey Agripa y pisó por fin suelo judío: Galilea. En aquella región había vivido el período álgido de su vida y su mayor humillación. Igual que entonces, cuando llegó aquí por primera vez siendo comisario del gobierno jerosolimitano, lo emocionó en lo más profundo la belleza de la tierra galilea. Rica y fértil, con profusión de valles, colinas y montañas, con su lago Genezaret y sus doscientas ciudades, era un auténtico paraíso bajo un aire inexplicablemente puro.

Desde luego, el número de judíos que allí residían había mermado mucho. El nombre del país significaba «cantón de los gentiles», pues había tardado mucho en caer bajo la férula de los judíos, y Flavio Silva había aportado lo suyo para dotar de nuevo de contenido a aquel nombre. El país estaba romanizado. Una tupida red de excelentes carreteras unía sus numerosas colonias: calzadas romanas bordeadas de estatuas dedicadas a Mercurio, el dios del tránsito. Todavía no se habían concluido, y para aquella ingrata tarea se servían fundamentalmente de trabajadores forzados judíos, restos del botín de guerra. El gobernador, tal como le explicó a Josef el ingeniero jefe, esperaba que de ese modo las comunidades judías se esforzarían aún más en reunir el dinero necesario para la liberación de los esclavos al ver que no se les concedía precisamente un trato de favor. El rescate cubría además con creces el coste que entrañaba la construcción y el mantenimiento de las carreteras.

De modo que Josef recorrió el país por aquellas buenas calzadas a lomos de caballos o asnos alquilados. No reveló su nombre, no sonaba bien allí. Trece años antes había cabalgado por la región a lomos de Flecha tras el estandarte con la insignia de los rebeldes macabeos. Allí había librado su magnífica e insensata guerra. Ahora todo había terminado, su gloria y su caída, y no descubrió rastro alguno de entonces. Las ciudades y fortalezas destruidas se habían vuelto a erigir y ahora eran aún más bellas; un inteligente sistema de riego hacía la tierra más fértil de lo que lo fuera antes de la guerra. Por lo general, Josef no era dado a apreciar la belleza de un paisaje, pero aquél siempre lo fascinaba. Era el cantón de los gentiles, Galilea, pero, a pesar de todo, tierra judía, su tierra, patria luminosa, dulce, olorosa. Ávido, disfrutó del aire puro, de su luz tenue y clara.

Josef se dio cuenta de que la rigidez patriótica y el oscurantismo doctrinal de los doctores impulsaba a muchos galileos a adoptar la fe de los mineos, de los llamados cristianos.

Deambuló por el país y, como era historiador, trató de recoger información acerca del hombre que esos mineos veneraban como su Mesías. Creía saber algo de aquellos que en el transcurso del siglo habían sido convocados ante los tribunales como falsos profetas; pero del Jesús de los mineos no había oído nada. Según se decía, aquel Jesús había sido crucificado siendo gobernador Poncio Pilato. Pero si fue crucificado no podía haberlo condenado ningún tribunal judío: la crucifixión era una pena que sólo imponían los romanos. Si hubiera sido condenado por los judíos por proclamarse el Mesías ellos mismos se habrían encargado de ejecutarlo, por lapidación: tal era la Ley. Poncio Pilato, eso era cierto, había ordenado

crucificar a un samaritano que se tenía y afirmaba ser descendiente de Moisés el legislador, y el Mesías; a él pertenecían los antiquísimos cálices sagrados que su antepasado había enterrado en el monte sagrado de Garizim. Cabía pensar que los mineos atribuían a aquel hombre rasgos de otros mesías.

En cualquier caso, Josef, el historiador, aprovechó su estancia en Galilea para seguir las huellas del Jesús de los mineos. Preguntó aquí y allá. Preguntó en Nazaret, donde se decía que había nacido, preguntó junto al lago Genezaret. Pero en Nazaret y en el lago Genezaret le respondieron: «No sabemos nada», y en Magdala le dijeron: «No sabemos nada», y «No sabemos nada», le replicaron en Tiberíades y en Cafarnaúm.

En Cafarnaúm Josef pasó junto a una taberna, una casa descuidada ante la que pendía una bandera, signo de que habían recibido vino nuevo. Recordó que tiempo atrás había entrado en aquella taberna, donde conversó con unos galileos acerca del Mesías. Entró en ella.

Era la misma estancia de techo bajo de entonces, mal ventilada, y como entonces había algunos hombres sentados en torno a la gran mesa. El mesonero era otro y las gentes eran otras, pero discutían igual que antaño.

Hablaban torpemente en su tosco arameo, las frases brotaban lentamente de sus bocas, pero parecían alterados. Uno, al que llamaban «Hijodequeso» con lo que parecía ser un apodo, les acababa de referir que el alcalde había recibido de los doctores de Yabne un nuevo aviso, muy estricto, que se leería el sábado. Los de Yabne querían prohibir ahora en toda regla que se preparasen las aves con leche, el plato nacional y predilecto de Galilea.

Los hombres maldijeron. Hacía siglos que se debatía si la prohibición de cocer la carne en leche debía afectar también a las aves o si éstas constituían, como el pescado, un tipo especial de alimento. Una y otra vez Jerusalén había tratado de prohibir a los galileos su pollo en salsa de nata; pero, por muy estrictamente que cumpliesen los campesinos galileos el resto de los preceptos, en ese punto no cedieron. Era un viejo privilegio, no permitirían que se les arrebatase por mucho que se los injuriase tachándolos de zafios y labriegos. Lo que Jerusalén no había logrado quitarles, ¿iban a dejar que se lo prohibiese ahora Yabne? Los doctores no atienden a razones. Desde que no les respalda ni el Templo ni el poder del Estado se muestran cada día más exigentes. Hijodequeso ordenó al mesonero que le preparase, precisamente por eso, un pollo a la nata.

—Dos pollos —rectificó—. El señor también está invitado —dijo volviéndose con una expresión de franca hospitalidad a Josef—. ¿O acaso el señor viene de Yabne? —le preguntó en tono amenazador—. ¿Está de acuerdo con los doctores? ¿Nos desprecia por ser unos incultos labriegos galileos?

Josef se apresuró a responder lo mucho que lo honraba la invitación, y se sentó a la mesa de aquellos hombres.

Éstos prosiguieron su disputa sobre los doctores.

—Eso de prohibir la salsa de nata para las aves —opinaban— no es más que el principio. Prohibirán cada vez más cosas. Llegará un momento en que nos prohibirán incluso hablar de las cosas de Dios. Podrán imponernos cada vez más preceptos, y más difíciles; lo cierto es que no quieren que el hombre común medite sobre Yahvé. Están celosos de su Yahvé, esos señores de Yabne, quieren tener el monopolio, lo envuelven en misterios y nos excluyen de su vista. Se expresan de tal forma que no se les entiende. ¿Quién, por ejemplo, es capaz de entenderlos cuando explican la caída de Jerusalén? Hay otros que la interpretan mucho mejor. ¿No es cierto, Tajlifa? —dijo uno volviéndose hacia un joven de pelo largo y greñudo que permanecía allí sentado en silencio.

Josef miró interesado al joven. Aquél era al parecer uno de esos mineos o cristianos. Era un hombre fuerte, musculoso, enjuto, de aspecto bonachón; sobre una nuez enorme y un mentón de líneas suaves tenía una boca ancha en la que asomaban unos dientes cariados.

—Señor Tajlifa, ¿podrías decirme —le rogó muy cortés volviéndose hacia él—, por qué fue destruida Jerusalén?

El joven volvió afable su rostro hacia el desconocido y replicó:

—Ha sido destruida porque había asesinado al profeta del Señor y se mostró insensible ante el Ungido.

Quiso seguir hablando. Pero aquel que llamaban Hijodequeso golpeó torpemente a Josef en el hombro confiándole:

—Sí, noble extranjero, si queréis saber algo preguntádselo a Tajlifa. Está bien que alguna vez seamos nosotros quienes expliquemos a Dios y las cosas divinas, y no sólo los doctores. Están tan engreídos que tienen a cada uno de sus pedos por santo y por dogma. ¿No es así? —inquirió agitando sus enormes manos —. ¿Acaso entendéis algo de lo que se dice en Yabne? —y acercó a Josef su rostro hinchado por el vino.

Éste se cuidó de retirarse y le replicó comedido:

—A veces me parece que los entiendo, a veces no.

El borrachín se tranquilizó. Josef rogó a Tajlifa que prosiguiese con su explicación.

—Nuestros padres —refirió Tajlifa en tono objetivo— no han reconocido al Mesías. Él envió señales y obró milagros, pero los doctores no quisieron verlo porque eran avariciosos de su Yahvé y no querían tolerar que alguien difundiese su nueva por todo el mundo. Querían encerrar a Yahvé como un usurero encierra sus dinares y pagarés. Veneraban más la casa visible de Yahvé que la invisible donde mora. Por eso Yahvé permitió que un Mesías emanara de él. Pero los doctores seguían sin querer ver. Entonces Yahvé destruyó el Templo, vacío y sin sentido como la casa de una crisálida que la mariposa ya ha abandonado, para que todos pudieran ver. Y por eso nosotros decimos: el Mesías ha venido. Se dejó matar para redimirnos de nuestro pecado, que pesa sobre nosotros desde los tiempos de Adán, y después resucitó. Su nombre era Jesús de Nazaret.

Hijodequeso volvió a inmiscuirse.

—¿Es una buena explicación o no? —le preguntó a gritos.

—Es sencillo. Cualquiera puede entenderlo, también vos, noble extranjero. Los doctores tienen gusanos en el cerebro. Dicen que creen en la resurrección. ¿Por qué no iba entonces a resucitar el Mesías? ¿Eh? —le preguntó excitado a Josef, acercándosele de nuevo.

—Deja en paz al señor, Hijodequeso —saltaron los otros tratando de retenerlo—. No ha dicho nada contra ti.

—¿Cuándo ocurrió eso, cuándo lo mataron? —le preguntó Josef al mineo.

—Dicen que hace siete veces siete años —respondió Tajlifa.

—He oído —replicó Josef— que pasó su juventud aquí, en Galilea. Alguien quedará de los que lo conocieron. Pero yo no he encontrado a ninguno.

—¿Cuándo es posible saber algo de un profeta en su propia tierra? —opinó el mineo—. Y después llegó la guerra, y muchos que lo conocieron tal vez hayan muerto o estén desterrados.

—Era galileo —dijo otro—, de eso podemos jactarnos. Pero los doctores no lo quieren porque era galileo. No les gusta nada que proceda de Galilea.

—Por eso también nos prohíben el pollo en salsa de nata —exclamó otro furioso.

Y un hombre de cierta edad añadió:

—Los doctores no quieren admitir que uno redima las faltas de otro. Nos quieren imponer cada vez más pecados y más prohibiciones.

Hijodequeso, que ahora se encontraba en el otro extremo de la mesa, se tumbó iracundo sobre ésta y, en tono amenazador, le espetó a Josef el refrán que dice: «Cuando la carga se vuelve demasiado pesada el camello no se levanta».

—Ten cuidado, Tajlifa —le dijo uno al mineo—, dentro de poco nos prohibirán que nos sentemos a tu lado. Incluso ahora nos advierten que no debemos discutir con vosotros sobre vuestras doctrinas y vuestro Mesías.

El mineo se encogió de hombros.

—Sería para mí una pena, hermanos y señores míos —dijo con su usual dulzura—, no poder sentarme a vuestra mesa.

Hijodequeso arremetió contra él.

—¿Qué? ¿Ya no quieres tratarte con nosotros, mariquita?

—Si debo elegir entre la palabra del Ungido —respondió comedido, aunque firme, el mineo— y la palabra de los doctores, acataré la del Ungido.

—¡Ya te enseñaré yo a quién tienes que acatar…! —exclamó Hijodequeso a punto de emprenderla a golpes con él. Pero los otros lo detuvieron.

—Dime por favor, señor Tajlifa —le rogó Josef de nuevo—, ¿en qué se distingue vuestra doctrina de la de éstos?

—Yo creo —respondió Tajlifa— que el Mesías nos redimió a todos con su muerte. Así enseñó el camino al Reino de los Cielos también a los que no son sabios como los doctores, sino pobres de espíritu, y que carecen de esos complicados conocimientos de la Ley.

—¿Pero seguís respetando la Ley? —quiso saber Josef.

—Jesús, nuestro Ungido —respondió Tajlifa—, no ha abolido la Ley, ha venido para que se cumpla. Nos atenemos escrupulosamente a la Ley.

—¿Significa eso —preguntó Hijodequeso, de nuevo muy cerca de él— que no probarás mi pollo a la nata, so perro, si te lo ofreciese?

—De ningún modo. No deseo disgustarte —replicó el joven en tono benévolo y burlón tras un breve silencio, y todos rieron.

Los hombres bebían lentamente aquel vino negro, empalagoso. Del fogón les llegaba el denso humo del fuego que el mesonero había encendido para guisar los pollos y que llenaba la enmohecida estancia.

—Todos queremos que la doctrina sea una —le dijo a Josef un hombre de cierta edad—. Pero si los de Yabne siguen complicándonos la vida de ese modo terminaré por pasarme a los mineos. La Ley está bien, pero verdaderamente sólo tenemos dos hombros para cargar con ella, y la fe de los mineos es ligera. No se trata tan sólo de la salsa de nata. Lo peor es que no nos permiten comprar tierras en las subastas romanas. ¿Cómo vamos a resistir frente a los sirios si los terrenos son cada vez más baratos y no nos dejan comprarlos?

Josef pensó con disgusto en las cifras y estadísticas de Juan de Giscala. Pero antes de que pudiese seguir con sus preguntas pusieron al fuego los pollos, y los hombres dejaron de hablar de los doctores y del Mesías, se acercaron al hogar, oliscaron, chascaron la lengua y se pusieron a dar consejos al mesonero.

Cuando llegó a Giscala Josef escuchó a las gentes hablar de Juan con rencor. El liberto Junio Juan había hecho caso omiso del boicot que ordenaran los doctores y había comprado algunos de los terrenos confiscados por los romanos sin el menor escrúpulo. Los galileos tomaron por una cínica provocación que el hombre que en su día condujese a aquella región a la guerra les arrebatase ahora, como liberto romano, parte del botín de guerra a los romanos.

Josef sabía que su viejo enemigo había regresado al país. Lo tentaba la idea de ir en su busca. Vaciló. Finalmente lo hizo.

Juan sonrió satisfecho al verlo. Le enseñó sus terrenos. Habría resultado más ventajoso comprarlos en el sur, en Judea, donde el propio Josef tenía los suyos. Pero Juan siempre había sentido cierta debilidad precisamente por Giscala. Los terrenos que ha comprado son grandes. Sus vasta hacienda aún está abandonada, pero es fértil, da trigo, olivos, frutales, viñas. Piensa con regocijo en el aspecto que tendrá dentro de tres años. Y le ha salido increíblemente barata. Las gentes de aquí están locas por no haberle arrebatado hace tiempo al Gobierno estos terrenos tan buenos. El boicot a las subastas es ridículo. Con ello sólo consiguen incrementar el número de extranjeros. Si la cosa sigue así, los sirios y los romanos se harán con todo el suelo de Judea a cambio de una algarroba seca. Él, Juan, no piensa colaborar. Ha cogido lo que ha podido. Es un escándalo que los demás no sigan su ejemplo. Tiene intención de viajar a Yabne en un par de semanas para hablar con los doctores. Esos señores son unos ideólogos que viven de espaldas al mundo. No entienden de números. Y al decir esto sonrió a Josef de soslayo.

—¿De qué les vale —le confió más tarde— seguir azuzando a las masas contra los romanos? Su odio parece algo abstracto. Sería más sensato batirse con los romanos practicando una competencia inteligente en lo económico, no en el terreno político. No haremos más que tirar piedras contra nuestro propio tejado si no nos avenimos. El país entero está lleno de ellos, y cada cual ha de convivir con sus vecinos romanos, sirios, o griegos.

»Tomemos, por ejemplo, el asunto de los bueyes. Los doctores prohíben que se les castre. Pero cuando no se tienen más que vacas y ningún animal de tiro, ¿qué se puede hacer? Hasta ahora solíamos dirigirnos a nuestros vecinos sirios o romanos para pedirles que nos robasen algún toro y nos lo restituyesen como buey. Los sirios nos hacían el favor de buen grado, y con ello se zanjaba el asunto. Pero ¿qué ocurre ahora? Por menos de cuarenta sestercios no hay quien le robe a uno un toro, y encima hay algún canalla que se permite la broma de devolver al toro tal cual. ¿Qué podemos hacer? Ni siquiera podemos denunciarlo, pues este pacto atenta contra las buenas costumbres.

Josef escuchaba. Naturalmente, Juan tenía razón. Pero si él mismo, sin haber estado nunca en el extranjero, formase parte del Colegio de doctores de Yabne, seguramente opinaría como ellos. Había que cercar la doctrina, ¿pero dónde debían colocar la cerca? Ya en una ocasión se quiso helenizar al país, y el judaísmo estuvo a punto de disolverse.

Se encaminó hacia el sur y llegó a la propia Judea. En cuanto pisó el país, poblado casi exclusivamente por judíos, se mostró aún más reservado. En la bella ciudad de Tamna, por ejemplo, en la cordillera Efraím, se alojó en la modesta casa de un aceitero con el que mantenía relaciones comerciales el administrador de sus posesiones. Josef rogó a su anfitrión que no citase su nombre. Sin embargo, pronto lo reconocieron éste y el de más allá, y al cuarto día se presentó a verlo el presidente de la comunidad judía acompañado por dos miembros del Consejo de la ciudad con una petición.

Era la siguiente: hacía tiempo que reinaba cierta animadversión entre el alcalde griego de la ciudad de

Tamna y la gran mayoría judía del Consejo. Cuando, recientemente, el alcalde griego entregó a cada uno de sus miembros, para que lo besasen y le rindiesen honores, el documento por el cual el senado comunicaba a la ciudad de Tamna la Ley de Antisto que prohibía la circuncisión, el iracundo concejal Akiba creyó adivinar una sonrisa irónica en el rostro del alcalde, perdió la compostura y, en lugar de besar el documento, escupió sobre él y lo rompió en pedazos. Habían enviado al concejal a Cesarea, reo de un delito contra el Imperio, y los jueces romanos presididos por el gobernador lo habían condenado a morir en la cruz. Pero en su calidad de ciudadano romano Akiba hizo uso del derecho a apelar a los jurisconsultos imperiales de Roma. Ahora esperaba a que lo condujesen a la capital. Entre tanto, los judíos de Tamna enviaron legaciones a Flavio Silva para obtener el perdón del gobernador aduciendo que Akiba había sufrido un ataque repentino de locura.

De modo que ahora se presentaban ante Josef para solicitar que aprovechase su influencia en Cesarea en favor de su compatriota. Los caballeros se mostraron al tiempo cohibidos y arrogantes. Rogaban y exigían. Por su forma de expresarse, a Josef le pareció entrever que, tras el dolor que había causado a la totalidad de los judíos, le creían obligado a ayudar a todos y a cada uno de ellos.

Durante aquel viaje se había vuelto más modesto. Que todos se dirigiesen a él no halagaba su vanidad, y el modo en que se lo exigían no lo ofendió. Respondió sencillamente:

—Veré si puedo hacer algo por vuestro conciudadano.

—Muy pobre es la respuesta que nos dais, doctor Josef —le replicó un miembro de la comisión en tono hostil—. Nos tratáis como a molestos suplicantes. Ya veo que no habéis olvidado nada. Desde el principio temí que os resultaríamos molestos y desaconsejé venir a veros.

Un año antes Josef le habría replicado con altivez. Ahora calló. Ni siquiera sonrió ante las necias sospechas de ese hombre que pensaba que Flavio Josefo sin duda descargaría en aquel Akiba toda su ira por la actitud hostil de los judíos. Se limitó a decir:

—He visto a muchos hombres colgando en la cruz. Quiero ayudar a Akiba. Pero también quiero ayudar a muchos otros, y mis fuerzas son escasas.

El presidente le dijo entonces:

—Os hemos expuesto el caso. Desde luego no se trata tan sólo de Akiba: se trata de todos los judíos de Tamna, una de las pocas ciudades de este país que siguen siendo judías, pero que tal vez no seguirá siéndolo por mucho tiempo. Haced lo que os parezca justo, doctor Josef. Fui yo quien recomendó venir a veros, y sigo pensando que no fue una mala idea.

Por fin, tras algo más de un mes, Josef se decidió a ir a ver sus propiedades. Eran tres terrenos grandes en una región situada entre las ciudades de Gazara y Emaús. Abarcaban serranías cuajadas de abedules, colinas con sicomoros y llanuras llenas de palmeras.

Su administrador Teodoro bar Teodoro, un hombre tranquilo, astuto y de cierta edad, recibió dichoso a Josef. Ordenó que se sacrificara una oveja particularmente gruesa y sirvió a su amo la parte más suculenta, el rabo. Sus modos, aquel aire reposado y taimado, le recordaron a Josef un poco a Juan de Giscala.

A caballo, con el administrador a su lado, recorrió sus propiedades, atravesó las terrazas llenas de vides y olivos, cabalgó entre palmeras datileras y trigales, entre granados, avellanos, almendros e higueras. Allá en lo alto se erguía, antiquísima y obstinada, la ciudad de Gazara con los fuertes que los romanos les arrebataran. La administración de sus terrenos le pareció ejemplar, se empleaba en ellos a doscientos setenta esclavos de aspecto cuidado, entre los que se contaban muchos negros, y su trabajo estaba bien organizado. Era una lástima que, a pesar de tanto esfuerzo y habilidad, no pudieran obtener una renta mayor de aquellos fértiles terrenos.

Teodoro bar Teodoro explicó a su amo las causas. Los terrenos estaban bajo la jurisdicción de la ciudad de Gazara, que no gozaba del estatuto de colonia, por lo que los impuestos y tributos que debía pagar eran muy altos. La ciudad de Emaús, habitada casi exclusivamente por soldados romanos veteranos de la guerra, disfrutaba de los privilegios de las ciudades coloniales y se negaba a incorporar sus propiedades a su municipio. Los motivos aducidos eran incongruentes. El capitán Pedán, por ejemplo, vecino de Josef, había obtenido al retirarse unos terrenos que en muchos puntos se adentraban en las posesiones de Josef y que en gran parte se encontraban más cerca de la ciudad de Gazara que de la de Emaús. A pesar de todo, la hacienda completa del capitán pertenecía a Emaús, de forma que, a pesar de ser menor y estar peor administrada que los bienes de Josef, daba una renta más alta debido a su escasa contribución. El capitán Pedán podía vender sus productos en Emaús libres de impuestos, mientras que Teodoro bar Teodoro debía hacerlo en la ciudad de Gazara o en Lida, donde había de abonar unos impuestos altísimos. Además, la

mayor parte de la población judía se negaba a comprar productos procedentes de las propiedades de Josef por haberlo repudiado Jerusalén, y los griegos y romanos de Lida y de Gazara se aprovechaban de ello. Con sentimientos encontrados contemplaba Josef aquel fértil suelo suyo, aquella grasa, aquel aceite y aquel vino que no hacían más que alimentar a los extranjeros que conquistaron su tierra.

Mientras Josef cabalgaba lentamente junto a él sobre el asno, que avanzaba cauteloso, el administrador siguió relatándole las muchas dificultades que los deparaba tener por vecino al capitán Pedán. Entre ellas estaba el asunto de la conducción del agua. Sería beneficioso para ambas partes que se prolongase el magnífico acueducto de Emaús hasta Gazara. La comunidad de Emaús se ahorraría mucho dinero, y ellos aún más. Pero la municipalidad de Emaús se negaba. La culpa la tenía el capitán Pedán. Titular de la corona gramínea y favorito del ejército, era el mandamás en Emaús. Las razones que aducía contra la realización del proyecto eran, al parecer, de carácter personal; pues él, a quien el nuevo canal abastecería en primer lugar, sería el principal beneficiario.

Josef dijo que iría a ver al capitán Pedán. En realidad, no pensaba hacerlo por las razones que el administrador acababa de exponerle, lo que le tentaba era ver al hombre cuya mano había acelerado el incendio del Templo y cuyo nombre no citaba en su libro. Pues su nombre debía ser olvidado.

Hasta el tercer día de su llegada, no visitó Josef el terrazgo llamado «Pozo de Yalta», donde vivía Mara. El terrazgo estaba yermo, según le refirió el administrador, pero Mara se había empeñado en hacerlo prosperar.

Josef se encontró a Mara en la viña vestida con ropa de trabajo, con los pies desnudos y sucios de tierra y un gran sombrero para protegerse del sol. No había anunciado su visita, y no estaba seguro de que ella supiera de su llegada. Permanecía en cuclillas sobre la tierra abriendo, al parecer, surcos para regar las vides. Al verlo se quedó como estaba, echó la cabeza hacia atrás, su rostro ovalado palideció bajo su piel morena, sus ojos se desorbitaron, y, con la voz ahogada por la ira y el miedo, le gritó:

—¿De modo que vienes, asesino del Señor? ¿Te atreves a visitarme? Aléjate de mí, proscrito.

Josef se quedó sin habla. ¿Qué podía replicarle? En buena ley, él tenía razón. Habría podido decirle: ¿quién puede cuidar de un chico de once años? ¿Acaso habría que atarlo? Aunque hubieras permanecido en Roma no habrías podido evitar nada. Pero ¿de qué le valdría? Ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Sabía que Simeón había muerto por su culpa. Ningún juez lo habría condenado si se le hubiera juzgado en Roma o en la Sala Cuadrangular del Templo de Jerusalén. Y, a pesar de ello, era culpable. Lo sabía muy bien. Y cuando ella le gritó, demudada, con una vehemencia que jamás le había visto, con aquella expresión salvaje en sus ojos castaños: «Me has convertido en una rama seca. Quise permanecer junto a él, pero tú me arrancaste de su lado y terminaste con su vida», no pudo replicarle nada.

Finalmente habló, a pesar de todo. Estaba de pie, iluminado por el claro sol. Se esforzó y le dedicó amables palabras, pero sabía que era como hablarle a la pared. Ella no dijo nada más. Entonces dio la vuelta y se marchó.

Cuando se volvió de nuevo hacia ella antes de perderse en un recodo del camino vio que lo miraba. Su rostro era ahora distinto. Ya no había ira o miedo en él, tan sólo un inmenso dolor.

Entre los esclavos de Josef había un mineo que, según le refirió el administrador, sabía explicar muy bien las enseñanzas de esa secta, de forma que había llegado a ganar para su fe a algunos de sus oyentes. Josef trató de conversar con él. Pero no era fácil. Aunque se repetía que él mismo fue esclavo en su día no era capaz de sincerarse con aquel hombre privado de sus derechos. Aunque no lo quisiera, había cierto desdén en su tono; llevaba en la sangre el precepto de los doctores que dice que el esclavo ha de considerarse como un bien inmueble.

Pero al conversar con el esclavo samaritano no tardó mucho en perder su rigidez. Josef no sabía cuál era su verdadero nombre; el administrador le había dado uno de los usuales de esclavos, Samuel, «el Obediente», y, como al resto, lo obligaba a llevar la esquila que lo caracterizaba como siervo, equiparable al ganado. Pese a ello y a su diligencia Samuel tenía los modos y la dignidad de un hombre libre. De acuerdo con sus palabras, cuando en la ciudad samaritana de Esdraela quisieron acabar, al comienzo de la revuelta, con los judíos, intercedió en su favor y por ello sus conciudadanos lo acusaron ante los romanos de participar en el levantamiento y fue apresado y vendido como esclavo. Posiblemente fuera cierto, y la sola idea resultaba inquietante. En cualquier caso, Josef decidió indicarle al administrador que en el futuro debía tratar al Obediente como a un esclavo judío, es decir, aplicarle el mismo rasero que al amo en lo que atañía a su vivienda y a sus ropas, de acuerdo con lo prescrito: «Que no ocurra que tú comas pan blanco y tu esclavo negro, que bebas vino añejo y él joven, que duermas sobre jergones y él sobre paja, que vivas en

el campo y él en la ciudad, o tú en la ciudad y él en el campo». Sin duda, aquello no le gustaría al administrador.

Josef conversó con el Obediente sobre las doctrinas de los cristianos, y no tardó en comprobar que el samaritano sabía más que Tajlifa, el de la taberna de Cafarnaúm. Sí, aunque no pudiera considerársele instruido en el sentido en que lo eran los doctores, sí era ducho en la Escritura y en los comentarios transmitidos oralmente. De modo que Josef le preguntó:

—Como veo, Obediente, que conoces bien las opiniones de los doctores, dime, ¿qué es lo que te ha llevado a no conformarte con esas opiniones y a adscribirte a la doctrina de los mineos?

El Obediente respondió:

—Los doctores son avaros de espíritu. Han olvidado la palabra de los viejos profetas cuando decían que Yahvé era el Dios universal. Creen que son los únicos que tienen derecho a impartir sus enseñanzas y a estudiarlas. Y por ello también se mostraron celosos cuando Jesús de Nazaret se proclamó profeta de Dios, y por eso mataron al Ungido. Pero ahora se ha demostrado que Yahvé no es el Dios de los sacerdotes y de los doctores. ¿Por qué si no habría destruido Jerusalén, su sede y antigua casa? A eso no saben qué responder. Hablan mucho de la culpa de otros, y afirman que Yahvé reedificará Jerusalén. Pero eso es una esperanza, no una respuesta.

Allí estaba de nuevo aquel argumento que Josef ya había escuchado en Galilea y que, al parecer, los cristianos tenían por más eficaz. El mineo lo explicaba aún más claramente.

—Yahvé —dijo— ha roto el recipiente que hasta ahora contenía la doctrina, Jerusalén y el Templo. Es imposible extraer otra conclusión que la de que quiere ver expandirse la doctrina por toda la tierra, entre legos y doctos, gentiles y judíos. Quiere demostrar que habita en todas partes donde se cree en él.

El Obediente hablaba con voz queda y grave, pero clara y decididamente. Era un hombre fuerte, curtido por el sol. Cada vez que se movía se oía tintinear la esquila que proclamaba su condición de esclavo.

Josef continuó interrogándolo. Lo que más atraía al Obediente de la doctrina de Jesús de Nazaret era el desprecio por las riquezas y el ensalzamiento de la pobreza, la alabanza de la vida sencilla, la hermandad.

—En las Escrituras se dice: ama a tu prójimo como a ti mismo —dijo—, pero los doctores proclaman la regla de oro: no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Nosotros nos planteamos mayores exigencias. Nosotros enseñamos que no sólo hay que amar al prójimo como a uno mismo, sino al enemigo, sí, que hay que ofrecer la otra mejilla cuando te golpean.

Y, sonriendo con aíre benévolo, añadió:

—Creo, doctor y señor mío, que sólo puede favorecer a los propietarios de esclavos que nos hagamos cristianos. Pues la doctrina cristiana niega aquella orden que los esclavos paganos heredaron de Canaán, su tierra originaria: amaos los unos a los otros y odiad a vuestros amos, amad el robo, amad la holganza y odiad la verdad.

Josef pensó que aquellos principios éticos de hermandad y desprecio por las riquezas le resultaban familiares de la época en que estudió la doctrina esenia y practicó sus ejercicios morales. En esencia, no se distinguían de los preceptos de los doctores.

—Entonces —preguntó—, ¿en qué se diferencia la enseñanza de los mineos de las demás?

—Por lo que yo sé, aun siendo un hombre inculto —replicó con modestia el Obediente—, la distinguen dos principios. Nosotros creemos que el Mesías ya ha venido, y que no es bueno seguir confiando en que Jerusalén volverá a surgir, que se reedificará en piedra con todo el esplendor de antaño. Y, además, creemos que las obras y el saber son buenos, pero aún mejor la fe. Y la fe es accesible a todos, no sólo a los doctos, sino también a los pobres de espíritu y de formación, como el Obediente, tu siervo.

Entonces Josef le preguntó:

—¿No puedes decirme nada más, Obediente, sobre los hechos y las palabras de tu Jesús de Nazaret?

—Hay uno que vive cerca de la ciudad de Lida —replicó el Obediente—, en Sekanja, un tal Jacob. Ése tiene un librito donde se han consignado las enseñanzas y las parábolas de nuestro Ungido, así como su vida y sus andanzas por las tierras de Galilea y Judea. A pesar de poseer tres grandes heredades, ese Jacob renunció a ellas y ahora es de los nuestros, los Pobres. Hace milagros, cura a los enfermos y libera a los poseídos. Al principio, el doctor Ben Ismael arremetió contra él. Pero tras un par de conversaciones cambió de opinión. Ahora el doctor Ben Ismael busca la compañía de Jacob de Sekanja y a menudo se sienta en el círculo de los creyentes, aunque sus colegas de Yabne no lo ven con buenos ojos.

Josef decidió ir a ver a aquel Jacob de Sekanja.

Antes de la guerra, la Universidad de Lida gozaba de gran prestigio. Ahora, sin embargo, había perdido sus

privilegios, y la reglamentación del rito y la jurisprudencia judía dependían enteramente de los doctores de Yabne, pues los romanos sólo reconocían aquella Universidad. Pero a causa del rigor del nuevo Doctor Supremo Gamaliel varios doctores se retiraron furiosos a Lida, y congregaron a algunos discípulos en torno a sí, a pesar de que no se les permitía graduarse allí. Poco a poco, la ciudad de Lida se convirtió en el centro de reunión de todos los que profesaban las creencias helenísticas o mineas.

El más popular de todos los doctores rebeldes era el joven Janai, llamado el Ajer, «el Otro», «el Apóstata». Hijo único de una rica familia de la vieja aristocracia sacerdotal, era un muchacho muy dotado que ya de estudiante había llamado la atención del Colegio, aprobando su examen con la nota más alta. Pero poco después, Janai, que contaba a la sazón veinticinco años, renegó de la doctrina de los doctores renunciando a la carrera que lo esperaba, ancha y segura, y ahora se le solía ver por Lida con algunos colegas, tanto jóvenes como viejos, denostando los usos y preceptos de los doctores con hechos y de palabra. Sus muchos saberes, su elegante elocuencia, la firmeza con la que exponía su idea de Dios, deslumbraban a muchos. Había escrito en lengua griega un poema sobre el Juicio Final, que hizo imprimir, repartiendo unos pocos ejemplares, y los que lo conocían se habían sentido profundamente conmovidos por aquellos emocionantes y significativos versos. Respetuosos, espantados y admirados, citaban sobre todo las oscuras y heréticas estrofas en las que se describía el horror del mundo ante el Juicio Final y que desembocaban en la duda: «Cuando finalmente venga el Mesías, ¿quién sabe si, tras tantos tormentos, la humanidad tendrá aún fuerzas para recibirlo?». Yabne invitó al joven doctor a comparecer ante el tribunal espiritual, pero no acudió. Prohibieron sus poemas y lo proscribieron. El Doctor Supremo Gamaliel borró con su propia mano su nombre de la tabla de los doctores, donde hacía poco lo había incluido, y le dio un nuevo nombre, precisamente aquel de Ajer, «el Otro», «el Hereje». Orgulloso, Janai se llamó a sí mismo, y obligó a los demás a que lo llamaran a partir de entonces, por aquellos nombres, y los corazones de los jóvenes seguían acercándosele.

Josef había oído hablar de Ajer, sabía que trataba de aunar la sencillez de los creyentes, el estricto método de los doctores y la belleza de la educación griega. Había leído una de las pocas copias que existían de su poema y, por mucho que le disgustase cualquier tipo de mística, no pudo resistirse al oscuro brillo de aquellos versos. De todos los doctores de Lida fue a Janai a quien buscó en primer lugar.

El doctor Janai lo recibió contento, interesado, ligeramente burlón. Le habló en griego, despacio pero sopesando cada palabra, aparentemente sorprendido por el pésimo acento de Josef. Era un poco regordete para su edad, con una frente que se erguía amplia e imponente sobre sus ojillos. Sobre su carnosa boca se alzaba una nariz chata; pero sus movimientos eran rápidos, incluso vehementes, no era capaz de permanecer sentado mucho tiempo y gesticulaba constantemente con unas manos cuya delicadeza llamaba la atención.

Josef no tardó en reconocer que aquel joven apasionado y elocuente podría encontrar muchos adeptos en Alejandría, o en Roma, incluso entre los judíos, que gustosamente lo habrían nombrado su guía. Le preguntó sin ambages por qué vivía en aquella pequeña ciudad de provincia, en un país vencido, despreciado por los vencedores, proscrito por los vencidos. Ajer contrajo su imponente rostro hasta dibujar una leve sonrisa.

—No quiero ponérmelo fácil, doctor Josef —dijo—. Ser un ciudadano del mundo entre los romanos y los griegos no tiene mucho mérito: quiero ser un ciudadano del mundo como judío entre judíos. Y eso a la gente no le gusta, no te lo perdona. Pero sábelo, doctor Josef: sólo si lo soporto, si logro serlo, sólo entonces, creo, habré demostrado algo.

Más adelante habló de la inclusión del *Cantar de los Cantares* y del libro de Cohelet en el canon de las Sagradas Escrituras; hacía diez años que el Colegio de doctores de Yabne era incapaz de tomar una decisión sobre ello. Resultó que Ajer, al igual que Josef, apreciaba el libro de Cohelet más que ningún otro libro de las Escrituras. Habló de cómo habían banalizado los Setenta en su traducción griega los nobles versos del original, y recitó algunos de su propia versión. Mientras hablaban penetró en la estancia, con aire indolente y desvergonzado, una joven muy bella de tez oscura, una de sus libertas como le explicó Ajer. Miró curiosa y sin recato al extranjero, se puso en cuclillas en el suelo, perezosa, exuberante.

—No nos molestará —dijo Ajer—. Cuando no se habla de cosas muy simples no entiende nada. Se quedará ahí sentada, y resulta agradable de ver. Como es de suponer, me critican y me dedican toda clase de maldiciones porque mantengo a mi antigua esclava como si fuera mi esposa. ¿Qué hay de malo en ello? Me gusta más que la mayoría de las mujeres que nadie me tomó a mal que desposase. Pienso mejor y con más agudeza cuando está presente y la miro.

Ordenó que les trajesen vino y dulces. Su casa era bonita, la más hermosa de Lida, de una sencillez costosa; las paredes estaban cubiertas de cuadros. La morena seguía sentada en su lecho. Ajer continuó

hablando del *Cantar de los Cantares* y de Cohelet.

—No entiendo —se mofó— por qué los señores de Yabne vacilan tanto y no excluyen esos libros definitivamente de la Sagrada Escritura. ¿Qué entienden ellos del *Cantar* si me reprenden por leer la Escritura en presencia de mi morena Tabita? ¿Qué entienden de Cohelet si me prohíben ocuparme a mi manera de Satanás y del Juicio Final? Incluso en su forma actual les plantea ya bastantes dificultades la Escritura para hacerla coincidir con las prosaicas normas de su moral nacionalista.

—Y, sin embargo —objetó Josef—, habéis dedicado toda vuestra juventud al estudio de los doctores y de su doctrina.

El rostro carnoso del joven, incapaz de ocultar sus emociones, se llenó de amargo dolor.

—No faltó mucho —replicó— para que siguiera con ellos aún hoy. Mi profesor fue el doctor Ben Ismael. Trató de retenerme con buenas razones. Le dolió que renegara de Yabne. Y eso que fue culpa suya. ¿Conocéis al doctor Ben Ismael? —se interrumpió. Y, como Josef lo negara, exclamó impetuoso—: Un gran hombre, tenéis que verle. Debéis escucharlo. Es el único que todavía vale algo en este país.

Se levantó y se puso a caminar de un lado a otro.

—Me han contado —dijo Josef cauteloso— que el doctor Ben Ismael no goza del aprecio del Doctor Supremo Gamaliel, a pesar de estar casado con su hermana.

—¿Eso os han contado? —le respondió sarcástico Ajer con una sonrisa de lado a lado—. ¿Has oído, Tabita? —dijo acariciando el hombro de la mujer—. A este señor le han contado que el doctor Ben Ismael no goza del aprecio de Gamaliel.

La morena siguió chupando los dulces y, sonriendo, levantó la vista hacia él. Ajer se apartó de ella.

—Os han informado bien, doctor y señor mío —dijo en tono frío e irónico volviéndose de nuevo hacia Josef—. No goza de su aprecio.

—He oído comentar algo de una desavenencia —siguió tanteando Josef— entre él y el Doctor Supremo, en la última fiesta de la Expiación.

—Sí —se mofó Ajer—, también puede llamársele desavenencia.

Aquellos ojillos bajo la ancha frente miraron intensamente a Josef.

—Ben Ismael es un hombre sabio —dijo—, el más docto de Yabne. Y el Doctor Supremo es un político.

Era sorprendente cuánto odio y cuánto desprecio rezumaba en labios de Ajer aquella palabra, «político». —Imposible evitar que surgieran «desavenencias» entre el sabio y el político.

Volvió a sentarse, era evidente que quería dominarse y mostrarse relajado.

—Desde que el Doctor Supremo Gamaliel ocupó su cargo, hubo una y otra vez discrepancias entre él y el Colegio sobre quién debía establecer el calendario y los días de fiesta, si el Doctor Supremo únicamente o todo el Colegio. Por último, este año, a comienzos del mes de Tischri, estalló el conflicto. La mayoría del Colegio, con Ben Ismael a la cabeza, declaró que los testigos de los movimientos lunares del Doctor Supremo no eran fiables. El Doctor Supremo insistió y determinó las fechas del comienzo del mes de Tischri y las fiestas de Año Nuevo, de la Expiación y de los Tabernáculos de acuerdo con las afirmaciones de sus dudosos testigos, y decretó su obligatoriedad anunciándolas por todo el país. Ben Ismael no es un luchador. Se doblegó y cumplió los ritos del primer día del año según lo ordenado por el Doctor Supremo. Aunque también los cumplió en el día fijado por él. Pero Gamaliel no quería concesiones, quería zanjar el asunto de una vez por todas. No le bastaba con que Ben Ismael estuviese dispuesto a celebrar la fiesta de la Expiación el diez del mes de Tischri, según lo estipulado por él. Quería, además, que Ben Ismael *profanase* el día que él y sus amigos habían determinado como décimo del mes de Tischri y el sábado de todos los sábados, su Día de la Expiación. Le ordenó que aquel día se pusiese en camino vestido con las ropas propias del peregrino y se presentase ante él con el bastón, la talega y la alforja. Su intención era que, de ese modo, Ben Ismael anunciase ante el pueblo entero que su Día de la Expiación, aquel supuesto día diez del mes de Tischri, era en realidad un día ordinario de trabajo de acuerdo con lo dispuesto por Gamaliel. El Colegio entero instó a Gamaliel para que renunciara a su plan. No lo hizo. Naturalmente, se apoyó como siempre en la «unidad de la doctrina». Había que enseñar a Israel, insistió insolente e implacable ante el Colegio, que sólo había *una* interpretación de la doctrina sancionada por Dios: la suya. Amenazó a Ben Ismael con la expulsión y el anatema si no se avenía.

Ajer no lograba permanecer quieto en su asiento. Se levantó de un salto, se limpió el sudor de la frente y se puso a caminar de un lado a otro.

—Nosotros —prosiguió— tratamos de convencerlo, en primer lugar su esposa, la hermana del Doctor Supremo. Confiábamos, y con razón, en que, si Ben Ismael se negaba, una gran parte del Colegio se pondría de su parte. Contábamos con poder destituir a Gamaliel. Si Ben Ismael y sus amigos se separaban del Colegio tal vez fuera posible quebrar la ignominiosa dictadura nacionalista del Doctor Supremo. Ben Ismael

gemía. Todo su ser se sublevaba. Lo acosamos con nuestras razones, no le permitimos reposo alguno. Pero aquella diabólica frase sobre la unidad de la doctrina lo había afectado. No se arriesgó a provocar el cisma. Se sometió.

Ajer estaba ahora de pie ante Josef; respiraba con dificultad, su voluminoso rostro parecía sombrío, triste.

—Aún me parece verlo —le contó— llegar a Yabne cubierto de polvo, absolutamente derrotado, aquel hombre vigoroso, como si su ligera alforja pesase un quintal. Los habitantes de Yabne salieron de sus casas y se acercaron al camino, nadie dijo una palabra, todos estaban emocionados, y Ben Ismael subió a duras penas los escalones de la Escuela, donde lo esperaba el Doctor Supremo. Yo he asistido, con quince años, al incendio y la caída de Jerusalén. Pero antes olvidaré aquello que la visión de ese hombre triste, acosado, con el bastón y la alforja. Había aceptado el peso del pecado mortal a causa de esa maldita unidad de la doctrina, era el chivo que carga con el pecado de todos. Cualquiera podía ver cómo lo oprimía aquella carga robándole el aliento. Pero él siguió cargando con ella. Eso es lo que vi. Entonces renegué de los doctores y me marché de Yabne.

Aparentemente, Ajer se avergonzó del patetismo de su narración.

—Pásame los dulces, Tabita —le rogó entonces, y cogió un par de ellos—. A los señores de Yabne les habría gustado que me quedara —dijo para completar su informe—. Habrían estado dispuestos a dejarme por una vez y excepcionalmente a mi Filón y a mi Aristóteles. Hacen semejantes concesiones, sólo hay que mantener la boca callada; si uno encuentra su propia verdad, debe seguir siendo de uno, y, por lo más sagrado, no debe propagarse.

Escupió los dulces.

—La unidad de la doctrina. *Un* Dios, *una* nación, *una* interpretación. Los doctores no nos permiten discutir sobre los libros de los griegos, sobre las emanaciones de Dios, de Satanás, del Espíritu Santo. Con tanto centralismo y nacionalismo conseguirán que las gentes pierdan el juicio. Con su *única* interpretación explican el mundo a partir de la Escritura y le agregan una nacioncilla ridícula, que se deja llevar por sus delirios de grandeza. Si Yahvé no es el Dios del mundo entero, ¿qué es entonces? Un Dios como muchos otros, un Dios nacional. Predican la estrechez, esos señores de Yabne, quieren la Nación y proscriben a Dios. Dicen que se basan en Yojanán ben Zakai. Pero yo apuesto mi Tabita contra una algarroba a que Yojanán habría preferido renunciar al judaísmo antes que verlo tan mutilado y osificado. Yojanán quería llenar el mundo del espíritu judío; Gamaliel está arrojando al Espíritu lejos de los judíos. Las masas no entienden de qué se trata, pero sí notan que hay algo que no funciona con Yahvé y con los doctores. Advierten que el Jerusalén espiritual que se forjan los doctores es aún más estrecho y arrogante que el de piedra, que fue destruido. Por eso hay muchos que se hacen mineos.

El joven trató de dominarse.

—Me estoy dejando llevar —se disculpó—. Sin duda piensas que me anima el resentimiento. Cómo exagera éste sólo porque lo han expulsado y ha caído sobre él el anatema, diréis. Tal vez exagere, aunque no excesivamente. Pero ya basta. Comed, os lo ruego, bebed, contemplad a mi Tabita. Soy un mal anfitrión. Prefiero que me consideréis un cerdo más de la piara de Epicuro a que me toméis por un asno patético.

Contrajo su carnoso rostro hasta esbozar una sonrisa. Pero Josef no era ya capaz de olvidar el dolor que había visto dibujado en aquella cara, aunque sonriera.

Fue en la casa de Ajer donde Josef conoció al mineo Jacob del pueblo de Sekanja, el que obraba milagros, de quien le hablara su esclavo el Obediente. El mineo Jacob era distinto a como se lo había imaginado: carecía de toda pompa y pretensión, era un hombre sin barba, sencillo y cortés; en Roma habría pasado por banquero o jurisconsulto. Se había declarado dispuesto a leer a Ajer y a sus amigos una biografía y una colección de sentencias de Jesús de Nazaret que había compilado uno de sus correligionarios.

Los amigos que había invitado Ajer eran el doctor Ben Ismael y su esposa, Chanah. Ben Ismael, un hombre alto de ojos dulces y mirar fanático bajo una frente imponente y despejada, hablaba poco y sosegadamente, aunque con una voz profunda que parecía llenar la estancia entera; a pesar de la fuerza de su presencia emanaba un infinito cansancio. Por ello, la viveza de Chanah destacaba más: era joven, hermosa, decidida, y se expresaba con vehemencia y prolijidad sobre los asuntos de su marido.

El mineo Jacob procedió en seguida a la lectura.

—Se trata —dijo a modo de preámbulo— de la historia y las sentencias de Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, tal y como los ha consignado un amigo mío según el relato de un tal Juan Marcos, judío de nacimiento, para nuestra pequeña comunidad de Roma.

Y salmodiando ligeramente como era usual en las escuelas judías, leyó en un griego fuertemente teñido

por su arameo el relato de la vida de Jesús, carpintero de Galilea, dotado de la capacidad de obrar milagros. Sana a enfermos, devuelve la luz a los ciegos, expulsa los malos espíritus de los poseídos. De este modo se gana la confianza del pueblo llano. Asume el combate con los altivos doctores y provoca su ira contraviniendo a propósito los preceptos sobre el sábado y los alimentos. Después marcha a Jerusalén y se enfrenta a los saduceos que sostienen que no habrá resurrección, y a los «Vengadores de Israel», a los que dice que hay que dar al César lo que es del César. Pronto llega el momento en que se le convoca a juicio. El Gran Consejo lo condena a muerte y lo entrega al gobernador Pilato. Reticente, acuciado por los judíos, el romano ordena la ejecución del Hijo del Hombre. Muere en la cruz, es enterrado por un tal José de Arimatea, resucita y otorga a sus discípulos el poder de obrar milagros y de predicar la revelación a todas las criaturas. En su relato se engarzaban aquí y allá sentencias, alabanzas de la pobreza y parábolas.

Josef lo escuchó atentamente. Aquel hombre de cara tan vulgar y voz corriente se sentía, a ojos vista, emocionado por lo que leía. Algo en verdad curioso, pues, ¿qué otra cosa era aquello sino una leyenda como las que tantas veces había escuchado Josef, ataques que los agitadores dirigían a los doctores, informes mil veces narrados y negados sobre personas que se hacían pasar por el Mesías? Realmente, la doctrina de los mineos sólo le pareció apropiada para personas de espíritu muy simple. Le sorprendió comprobar que los demás no parecían compartir su opinión, sino que escuchaban conmovidos con una expresión vacua aunque entregada en sus rostros, como quien escucha buena música.

—Ésta es la nueva, tal y como la ha transmitido mi amigo a los hermanos mineos de Roma —dijo para concluir Jacob de Sekanja, tras lo cual enrolló el pergamino y lo metió de nuevo en su estuche.

Todos callaron largo rato. Sólo se oía la bronca respiración de Ajer. A Josef le pareció que todos esperaban a que hablase él, el extranjero.

—Mucho de lo que he escuchado me ha parecido muy bello —dijo por fin y, aunque el mineo Jacob no había declamado, su propia voz le sonó de pronto sorprendentemente dura y prosaica—. Pero ¿qué hay de nuevo en estas enseñanzas y doctrinas? ¿Acaso no proceden casi todas de la Escritura o de los discursos de los doctores?

El mineo Jacob volvió hacia él su rostro sosegado y desnudo, y Josef creyó descubrir con desagrado un deje de compasión ante sus críticas. Pero Jacob de Sekanja no le respondió. En su lugar habló Ajer.

—El mensaje no es muy nuevo —admitió—. Pero ¿acaso no suena todo más simple, más relajado, blando, de lo que nos parecía antaño? ¿No percibes la conmovedora dulzura que emana de esta doctrina del no-hacer? No luchar más contra los romanos ni contra el mundo, dejar de perseguir el poder en esta tierra, disolverse en Dios, creer sencillamente.

Josef creyó adivinar lo que atraía a Ajer del mensaje de aquel Marcos; pero él no sentía lo mismo. Con cierto aire belicoso, ya que lo irritaba que los demás lo considerasen un tanto obtuso, prosiguió:

—¿Y no hay ciertas contradicciones en el relato de su vida? Si Jesús fue condenado por los judíos por blasfemia, ¿por qué no lo lapidaron? Por otra parte, si los romanos lo juzgaron por proclamarse rey de los judíos, es decir, por perturbar el orden y sublevarse, ¿a qué venía el juicio de los judíos? Y si hubo miles de personas que salieron a su encuentro gritando «Hosanna», si todo el mundo lo conoce, ¿para qué necesitaron los sacerdotes y su gente que Judas lo traicionase? Sin duda, estas objeciones os parecerán prosaicas si consideráis todo el asunto como mera literatura. Pero ¿acaso no lo tomáis por un hecho cierto?

—Yo no sostengo, y ninguno de nosotros lo sostiene —dijo el mineo Jacob muy sereno— que el informe de Marcos, tal y como lo compiló mi amigo, responda a la verdad en el sentido que se le da en las actas jurídicas. Pero sé por propia experiencia que sólo cuando mi alma se llena de fe en el Hijo del Hombre Jesús de Nazaret tengo la fuerza necesaria para sanar a los enfermos.

Habló con la misma sencillez que si dijera: por ese darico os puedo dar seiscientos doce sestercios, un as y dos onzas.

—Si el informe parece verídico a pesar de su inverosimilitud —quiso explicarle Ajer— es seguramente porque para comprender el mundo no bastan *un* principio y *una* verdad. Es posible que Juan Marcos esté refiriéndonos los hechos y opiniones de muchos mesías, que acaban por fundirse en uno solo. En ese caso tal vez sería erróneo hablar de verdad histórica, pero sería igualmente erróneo hablar de literatura. Ambas cosas juntas forman otra cosa.

El doctor Ben Ismael preguntó con su voz suave y profunda:

—Explicadme una cosa, por favor, ¿por qué murió vuestro Jesús de Nazaret?

—Murió —replicó escuetamente Jacob de Sekanja— para redimir a los hombres del pecado de Adán, del pecado original. Pues está escrito: «Los anhelos del corazón humano son malos desde su juventud», y «Ved, nací en el pecado, y con culpa me concibió mi madre».

—Entonces es muy posible —meditó Ben Ismael en voz alta— que el chivo que enviamos al desierto y la

vaca roja sin mácula que sacrificamos sean soluciones demasiado cómodas.

—Una solución muy propia de los doctores —le interrumpió sarcástico Ajer.

Y Ben Ismael concluyó:

—En verdad debe ser un hombre.

Y todos, también Josef, pensaron en aquel Día de la Expiación, cuando se arrastró por los escalones de la Escuela con su bastón y su alforja.

El mineo Jacob proclamó entonces sin levantar la voz, pero con firmeza:

—Jesús de Nazaret cargó con los pecados del mundo entero, no sólo con los de *un* pueblo.

—Es una doctrina peligrosa —dijo Chanah pensativa—, todo en ella es para el santo. Deja muchas cosas al azar. ¿Acaso no favorece excesivamente al santo a costa del justo? ¿No es verdad que en muchas ocasiones resulta más difícil vivir con justicia que morir santamente?

—Por lo que parece —le respondió Jacob cortante, en un tono levemente sarcástico que no todos percibieron—, no habéis llegado muy lejos con vuestra justicia. ¿No fue por justicia por lo que matasteis al Santo? ¿Y no os ha conducido vuestra justicia a que tuvierais que ver cómo destruían Jerusalén?

Josef pensó irritado: allí donde hay mineos siempre se habla de la destrucción de Jerusalén. Sin ese Jerusalén arrasado no existirían.

Jacob se despidió poco después, pues quería regresar a su pueblo, Sekanja. Cuando se hubo marchado, preguntó Josef a Ben Ismael:

—¿Qué es, doctor y señor mío, lo que os atrae de las enseñanzas de los mineos? Lo que ha leído ese hombre no es gran cosa, y, sin embargo, lo escuchasteis con devoción.

Ben Ismael replicó:

—Creo, doctor Josef, que somos demasiado arrogantes; me avergüenzo de haberme jactado de mi saber. Éstos buscan a un Dios simple, y por una vía directa. A veces se me antoja que se acercan más a Yahvé que nosotros con nuestra tortuosa erudición. Y, además, abren sus puertas a todos para que puedan acceder a él, mientras que nuestros preceptos hacen este acceso cada vez más estrecho y difícil.

—Me parece entender lo que decís —asintió Josef pensativo—. Pero ¿qué puede hacer Yabne una vez que Roma prohíbe la circuncisión? ¿Qué hacer con el gentil que desea convertirse? ¿Hay que aconsejarlo que renuncie a la circuncisión y que cometa con ello un pecado mortal? ¿O hay que circuncidarlo y arriesgarse a que los romanos maten al converso y al que lo convierte? ¿Acaso no es culpa de la presión a la que se somete al pueblo judío que los preceptos sean cada vez más estrictos y nacionalistas?

—Hay personas —dijo Ajer— a las que la prohibición de circuncidar les viene al pelo. El Doctor Supremo, creo, no la recibió con disgusto. Le pareció una buena excusa para afinar aún más la doctrina.

—Estoy convencida —exclamó la vehemente Chanah— de que habría estado dispuesto a rogar a los romanos que decretasen la prohibición. Teme a los prosélitos. Quiere mantenerlos alejados. Teme todo lo nuevo, toda mezcla en la doctrina. Antes de adoptar nada nuevo interpreta y despoja a la doctrina de todo lo que hay en ella de rico y profundo. La quiere pobre y escueta, abarcable. Sus creyentes deben ser una única y gran horda fácil de proteger, a cual más comedido y todos en formación, cortados por el mismo patrón. Él es el pastor y el Colegio el perro, y el que no se aviene es sacrificado.

Ben Ismael pasó su larga mano por la frente despejada y manoseó con gesto mecánico sus cejas, alisándolas.

—No digas disparates, querida Chanah —le rogó—. La tarea del Doctor Supremo no es fácil. Tenemos tendencia a expandirnos por toda la tierra. Ha de haber alguien que nos mantenga unidos.

—Ahí lo tenéis, doctor Josef —se lamentó Chanah—. Todavía defiende a quien lo golpea. Sí, ya tenemos unidad en la doctrina, ya hay un marco férreo que mantiene unida a la Ley, pero es tan férreo y tan estrecho que acaba con lo que pueda haber de vivo en ella. ¿Habéis oído hablar de lo que ocurrió el Día de la Expiación, doctor Josef? En esa ocasión Ben Ismael experimentó en carne propia el peso de ese marco.

—Sé razonable, Chanah —le advirtió Ben Ismael con su voz profunda—. No hay ningún modo de mantener unido el judaísmo si no se equiparan los usos y las obras. Hay que recordar a cada cual una y otra vez, de la noche a la mañana, que ahora lo acompañan cinco millones de personas que adoran al mismo Dios. Debe sentir de continuo que forma parte de esos cinco millones y de su Espíritu. De otro modo, el pueblo se disgregará y se extinguirá.

—Y, ahora, con tanta obra y tanto rito, ha desaparecido el sentido y la fe —constató Ajer con amargura.

—No olvidéis —dijo Ben Ismael tratando de apaciguarlos— que hasta ahora Gamaliel no se ha expresado ni una sola vez en contra de los mineos. Éstos celebran sus fiestas con nosotros, acuden a la

sinagoga, nada ni nadie se contamina con su contacto. Cuando los colegas Helbo, o Jesús, o Simón el Tejedor mencionan en el Colegio la pregunta de quién ha de incluirse bajo el concepto «negadores del principio», Gamaliel jamás les dedica una sola palabra de apoyo. Si hoy la doctrina de los cristianos se considera meramente una «desviación», y no una «negación del principio», se debe únicamente a él, pues todos saben que los discursos de mis colegas apuntan sólo a los mineos. Pero él los deja hablar y no saca conclusiones. Gamaliel no ama a los cristianos, pero, eso hay que concedérselo, en lo que atañe al dogma es liberal, tal vez incluso más que yo.

—Porque no sabe nada —constató Ajer.

En ese momento Chanah se irguió.

—Os voy a decir exactamente lo que va a ocurrir —explicó—. A vosotros, doctor Janai, y mi amado Ben Ismael, y conmino al doctor Josef para que de fe de mis palabras cuando se confirme lo que digo. Los señores Helbo, Jesús y Simón el Tejedor seguirán discutiendo en el Colegio dónde empieza la «negación del principio» y dónde acaba, todos sabrán que sus discursos se refieren a los mineos, y nadie los tomará en serio ni sacará conclusiones. Pero cuando Gamaliel haya rematado ese cerco que piensa imponer a la Ley se aprestará a golpear con él cualquier doctrina que no sea de su agrado. Y entonces de pronto las discusiones sobre la «negación del principio» pasarán a ser algo más que meros devaneos teóricos. Conozco a mi hermano. Lo conozco mejor que a ti. Lo conozco desde cuando era un niño y he visto cómo arremetía contra todo el que le llevase la contraria. Los mineos no son de su agrado. No sé de qué modo procederá contra ellos. Pero de que lo hará, estoy segura, y sin duda no como esperamos.

Chanah no hablaba en voz alta, pero subrayaba cada sílaba.

—Todos mis amigos —le respondió Ben Ismael, esta vez con mayor vehemencia— están contentos de que haya mineos en el mundo. Está bien que Yahvé no pertenezca tan sólo a los doctores, y está bien que Yahvé no pertenezca tan sólo a los judíos. Y la doctrina de los cristianos sirve para que esta noción perviva. Jamás permitiremos que se apruebe una moción contra ellos.

—Naturalmente que os resistiréis, querido —replicó Chanah con una serenidad teñida de amargura—, os resistiréis violentamente y esgrimiendo certeros argumentos. Pero después Gamaliel os volverá a hablar de la unidad de la doctrina, y acabarás celebrando un segundo Día de la Expiación.

—Jamás —dijo Ben Ismael. Sus dulces y hermosos ojos adoptaron una expresión fanática, y su profundo «jamás» colmó la estancia por mucho tiempo.

—Cuando se escucha su voz —dijo entonces Chanah con cierto resentimiento, pero más allá de su sarcasmo Josef percibió su admiración y su amor por él— uno cree que su voluntad es inquebrantable. Pero al final todo ocurre como lo desea Gamaliel. Ése de ahí —dijo volviéndose hacia Josef y señalando a Ajer— es demasiado vehemente, y este hombre mío sabe demasiado; y saber demasiado incapacita para la resistencia. Mi hermano no entiende nada, pero sabe lo que quiere y se los mete a todos en el bolsillo con sólo mover un dedo.

—No llegan a veinte los miembros del Colegio, y son setenta y dos, los que apoyarían una moción contra los mineos —dijo Ben Ismael sin alterarse.

—Porque el Doctor Supremo no la apoya —se exaltó Chanah—, porque se muestra neutral. Dejad que enseñe su rostro y veréis.

Josef miraba ora la imponente y despejada frente de Ben Ismael, ora el rostro demudado de Chanah. Aún resonaba en su oído el profundo «jamás» de Ben Ismael. A pesar de todo, le pareció que la ira de Chanah veía más lejos que la modesta confianza de su cónyuge.

Chanah se volvió hacia él.

—Hay *un* modo —dijo— de conservar el sentido y la multiplicidad de la doctrina, al tiempo que se la protege de una nacionalización perjudicial. Vos podéis ayudarnos, doctor Josef. Ayudadnos.

Josef volvió hacia ella su rostro con expresión cortés, pero en su interior se sentía inquieto. ¿Cómo podría ayudar a esas personas? ¿Qué querían de él?

Chanah prosiguió:

—Los romanos toleran las escuelas de Lida, pero no reconocen la autoridad de nuestras doctrinas y decisiones. Yabne podría cerrar nuestras instalaciones de un día para otro. Vos gozáis de cierto predicamento con el gobernador, doctor Josef. Lograd que Roma reconozca a la Escuela de Lida la misma autoridad en materia religiosa que tiene la Universidad de Yabne. Así se quebrará el despotismo de mi hermano, los judíos instruidos podrán seguir cultivando la poesía y el saber griegos, y las masas profesando la doctrina de los mineos.

El disgusto inicial de Josef se transformó en perplejidad, casi en susto. Una vez más lo obligaban a tomar decisiones, lo cargaban con responsabilidades. Había venido a Judea con la intención de recuperar fuerzas

para su actividad en el extranjero. Ahora Judea le pedía que fuera fuerte, a él, al fracasado.

La reunión se había prolongado mucho, el crepúsculo difuminaba ya los muros y volvía imprecisos los rostros.

—Sería hermoso —les llegó la voz de Ajer traspasando aquella penumbra— fundar una universidad aquí, en Lida, no para discutir acerca de los preceptos y los usos, sino sobre Dios y las doctrinas. Una universidad donde no mandasen el sacerdote y el jurista, sino el profeta, donde no se argumentase formalmente, sino que se realizase un esfuerzo por aunar visión y pensamiento, donde se estudie el significado de los viejos preceptos en lugar de enfrentarse por su apariencia y sus gestos. Donde pudiéramos completar al luminoso Filón con el oscuro Cohelet y el oscuro Job. Puedo imaginar que de este modo nos sería dado difundir el auténtico espíritu judío por todo el mundo y ampliarlo en lugar de constreñirlo. Tendría que ser una universidad que predicase a Yahvé no como herencia de Israel, sino como el Dios de todo el orbe, capaz de aunar judaísmo, helenismo y doctrina minea.

Poco podía verse ya del triste y carnoso rostro de Ajer, y en sus palabras no quedaba nada de aquella juguetona ironía tras la que solía ocultar sus íntimos pesares. Josef pensó en los versos que había leído, en las misteriosas y amargas profecías sobre el Juicio Final. Aquel profeta, aquel poeta y poseso era diferente de los demás profetas. Sus ropas no eran de fieltro basto y no se alimentaba de bayas y saltamontes; más bien nutría su grueso cuerpo con viandas escogidas, lo cuidaba con baños y esencias, y convivía con una hermosa mujer morena. Pero lo que emanaba de él no era por ello menos salvaje y apasionado que la voz de aquellos que clamaban en el desierto. Josef sintió cuán grande era el deseo de aquel joven por ganárselo, cuánto ansiaba su aquiescencia para el proyecto de la Universidad de Lida. Notó con qué inquietud aguardaba Ben Ismael su respuesta. Sería fabuloso trabajar con hombres como aquéllos. Estaría bien verter en la propia clara sobriedad algo de la excitante oscuridad de ese joven, de la modesta verdad del anciano. Deseaba decirles: sí, fundaremos aquí una universidad de judíos, griegos y romanos, una escuela de ciudadanos del mundo. Me quedaré aquí. Dejadme trabajar con vosotros.

Pero no era lo bastante joven. Las dudas lo atenazaban y el cansancio y el dolor del país vencido no eran para él un acicate capaz de ahuyentarlas; lo tenían envenenado y lo oprimían. Si hubiera conocido a Ajer o a Ben Ismael unos años antes sin duda habría aceptado. Pero en ese instante calló.

No fue un largo silencio. Pues ante un ruego tan insistente sólo cabía responder con un rápido y cálido «sí», cualquier titubeo equivalía a una negativa. Las grandilocuentes e idealistas palabras de Ajer aún flotaban en la estancia cuando todos sintieron que Josef rehusaba.

Fue Ben Ismael quien lo excusó de tener que responder poniendo fin a aquel silencio embarazoso.

—Volved a la realidad, mi querido Janai —advirtió a Ajer. Y entonces trajeron luz y hablaron de asuntos banales.

En la hacienda de Pedán le comunicaron que el capitán se encontraba en Emaús, en la feria anual. Josef no quería posponer su visita por más tiempo y cabalgó hacia allí.

Recordaba Emaús como una pequeña y hermosa estación termal, y se encontró con una ciudad ruidosa de un tamaño considerable. Flavio Silva había instalado allí al grueso de los ex combatientes que, al concluir la guerra y dejar el servicio, quisieron permanecer en el país. Modernos baños griegos bordeaban los manantiales, y el cabildo y la plaza, centro de la feria, habrían podido encontrarse en cualquier lugar de Grecia. Josef buscó la famosa columna en recuerdo de la victoria que Judas Macabeo alcanzara allí. Pero no la encontró, estaba oculta tras el puesto de un feriante que hacía bailar a un camello sobre un botijo.

Josef anunció su visita a Pedán. Lo oyó berrear y preguntar a sus esclavos con grandes alharacas si no haría mejor en echar de allí al judío. Finalmente Josef fue conducido a una sala grande y desordenada. El capitán, medio desnudo, lo escrutó interesado con su brillante ojo azul y con el ojo muerto de cristal sobre la insolente nariz de grandes fosas.

—¡Josefo! —exclamó—. ¡Mi señor vecino en persona! Hasta ahora sólo había tenido el placer de tratar a vuestro administrador. Un hombre insoportable, vuestro señor administrador. No me deja en paz con su maldito acueducto. Me alegra poder conoceros también a vos. Es decir, en realidad ya nos conocemos de vista, de la guerra. Aunque tal vez no os agrade recordarlo. Me han dicho que en vuestro libro, que tanto alboroto ha causado, no mencionáis al capitán Pedán con una sola palabra. Vuestras razones tendréis. Yo y el ballenato las imaginamos. No soy rencoroso. Jamás fui amigo de los libros. La palabra puede retorcerse y deformarse. Lo importante son los hechos, ¿no es cierto? Ésos quedan.

»La verdad es que no venís en un momento muy oportuno. Uno ya se ha echado sus buenos sesenta a la espalda, quién sabe cuántos años me quedarán. En una feria como ésta hay que echar el resto. Probar de

todo, vinos, muchachas. He mandado reservar una esclava, escandalosamente cara, pero creo que terminaré comprándola. Os lo aseguro, una espalda…, de primera. Por cierto, compatriota vuestra.

»Sentaos. Dejad que os vea. No habéis cambiado demasiado, por lo que recuerdo de vuestra cara. Los dos hemos medrado lo nuestro. Yo al menos vivo aquí a mis anchas, y se me respeta. Somos los amos del país, y está bien saber que uno ha aportado lo suyo a este dominio. Pero ahora decidme, Flavio Josefo, ¿qué sentís al volver a ver eso?

«Eso» había dicho. ¿Cabía imaginar sarcasmo más insolente? «Eso» era el nombre que daban los soldados al Templo: el templo blanco y dorado que durante tanto tiempo se irguió ante ellos, altivo e inalcanzable. El deseo de demolerlo y de pisotearlo con sus botas los había vuelto medio locos, y finalmente la roja y basta mano del capitán Pedán logró derribarlo de verdad.

Josef miró aquella mano. Era una mano ancha de un rojo cárdeno, con un vello casi albino, fea, descomunal. Pero estaba viva; sin duda aún sabía cómo agarrar y asestar un golpe certero. Josef miró al poseedor de aquella mano. Caminaba de un lado a otro ante sus ojos, corpulento, meciéndose rechoncho, con el rostro desnudo, sonrosado, el pelo rubio y encanecido. No llevaba más que una camisa, tal vez acababa de despedir a alguna amante. Pedán, poseedor de la corona gramínea, la más alta condecoración a que pueda aspirar un soldado, podía permitirse el lujo de recibirlo de ese modo; seguramente era capaz de recibir así hasta al gobernador. Se consideraba el mandamás de la provincia, tal vez incluso lo fuera. El aura misteriosa que lo rodeaba tras la guerra lo distinguía aún más que la corona gramínea; pues, a pesar de la absolución del tribunal de guerra, todo el mundo sabía que había sido él quien arrojara la antorcha dentro del Templo.

Y así campaba Pedán por aquel país desde hacía diez años, solazándose insolente bajo su cielo. ¿Cómo podían soportar los judíos de Emaús, de Gazara, de Lida, la vista de aquella mano, de aquel rostro desnudo, el cacareo de aquella boca? ¿Cómo podía soportarlo él mismo, Josef?

—En la medida en que puedo juzgarlo, capitán Pedán —dijo esforzándose por mantener la calma—, me parece que la región es fértil y el clima bueno. Nuestras posesiones, las vuestras y las mías, parecen prosperar. Sin duda podrían prosperar aún más, según me dice mi administrador, si por fin se regulase con sensatez el asunto del acueducto.

El famoso centurión de la quinta legión prorrumpió en una carcajada clara, atronadora.

—En eso probablemente tiene razón vuestro administrador, Flavio Josefo —exclamó regocijado—. Pero, mira: yo no quiero que se regule sensatamente ese asunto del acueducto. Cierto que yo ganaría con ello. Pero vuestro ínclito administrador ganaría aún más. Y, fijaos, eso no me gustaría —al mirar a Josef su ojo vivo relampagueó azul mientras el de cristal permanecía fijo, amenazador; lo había confeccionado Critias, especialista en engarzar ojos en las estatuas—. Según me han dicho —prosiguió— sabéis bastante sobre el ejército romano, mi Flavio Josefo, pero me parece que no comprendes al capitán Pedán. El viejo emperador Vespasiano y el ballenato me han invitado varias veces con insistencia a regresar a Italia. La ciudad de Verona, donde nací, es una hermosa ciudad, y si el titular de la corona gramínea se instalase allí con sus buenos cuartos, ¡por Hércules!, se daría la gran vida. Entonces, ¿por qué, mi Flavio Josefo, perito en la milicia romana, prefiero permanecer en tu piojosa Judea y pelearme con tu administrador, al que ni siquiera puedo, para decirlo en buen romano, zurrarle la badana? ¡Ah!, docto señor. Parece que no sabéis qué responder.

Se le acercó, y le puso tan cerca el rostro desnudo y sonrosado que Josef aspiró su aliento, las emanaciones de su carnoso cuerpo.

—Estoy aquí —dijo— porque «eso» está hecho añicos, pero aún queda demasiado de vosotros en pie. Hace ya algún tiempo que inventaron una nueva palabra en Roma, «humanidad». Una palabra estúpida, no me agrada, no se llega muy lejos con ella. Sobre todo cuando se trata de vosotros. A vosotros deberíamos haberos machacado. Pero los romanos esgrimen su maldita humanidad y dicen «no», y farfullan que hay que distinguir entre el Estado y la religión, y que la religión está permitida. Eso se lo habéis contagiado vosotros, panda de bribones. Sois endiabladamente astutos. Cómo cantasteis victoria cuando apareció en Roma vuestra Berenice para pescar al ballenato. Por fortuna, esa fiesta os la aguaron después los dioses. Pero sois tan tercos como astutos, y no hay precaución que valga con vosotros. Y, fijaos bien, por eso estoy yo aquí. Porque no soy partidario de la humanidad. Estoy a favor de arrancar de cuajo, de aniquilar, eliminar y aplastar todo lo que no me gusta. Tiene que haber un hombre como yo que impida que volváis a subiros a la parra. Contemplad nuestro Emaús. Hay allí un montón de camaradas, gente de la quinta, oficiales y tropas, personas decentes. Pero no pueden con vosotros, tipos taimados, alevosos como sois. Si no estuviera yo aquí probablemente los habríais convencido y habríais construido conjuntamente un acueducto porque es evidente que con ello nos ahorraríamos medio millón al año. Pero también que os

proporcionaría una ganancia de millón y medio. Y que de ese modo nos tendríais de nuevo bajo el zapato dentro de diez años, eso no son capaces de verlo los chicos de la quinta, eso hay que metérselo en la cabeza. Y por eso, estimado Flavio Josefo, me he quedado en esta miserable Emaús en lugar de vivir en mi hermosa Verona. ¿Entendido? No me gustáis, confío en que llegue el día en que os pisoteemos, y yo quiero estar presente.

El capitán resopló. Había pronunciado un largo discurso, un buen discurso, pensó, y le había resultado refrescante soltárselo a la enjuta y barbuda cara de judío de aquel tipo silencioso. Desde la calle les llegaba el bullicio de los clientes de la feria. Y, más allá, en algún lugar, resonaba la famosa canción de la quinta legión: «¿Para qué sirve nuestra quinta? / El legionario lo hace todo / hace la guerra y lava su ropa / derriba tronos / y hace la sopa… / Para todo sirve nuestra quinta».

Josef siempre había sabido que en aquel hombre se concentraba todo el odio de Esaú contra Jacob. ¿Qué le había hecho a Pedán el agua que debía regar sus árboles y sus campos? Pero él la odiaba porque también debía regar los árboles y campos de los judíos. No era plato de gusto ver verter a tal boca insolente todo aquel sucio triunfo. Pero le servía para reconocer que aún debían recorrer un largo camino antes de entenderse con gentes de la calaña de Pedán, y eso tenía cierta utilidad.

—Parece —dijo Josef, y ni siquiera había ironía en sus palabras— que habrá que esperar algún tiempo antes de que nos pongamos de acuerdo en el asunto del acueducto.

—Eso parece —replicó sonriente el capitán Pedán.

El soldado romano que vigilaba sobre la colina Bellavista, al norte del lugar donde diez años antes se encontrara Jerusalén, dejó de bostezar repentinamente y agudizó la mirada. Realmente, aquel hombre seguía cabalgando, se acercaba. Y ahora distinguía perfectamente sus rasgos judíos. Tal vez pudieran pasar un buen rato, quizá, si no llevaba los documentos en regla, podrían examinar su cuerpo, ver si aún conservaba el frenillo. Pues, como decía la inscripción que tenía a su lado en latín, en griego y en arameo, los judíos no podían pisar la región de la antigua ciudad de Jerusalén, y adentrarse en ella se castigaba con la muerte. Alguna vez los soldados se habían permitido la broma de dejar pasar a personas que suponían judías para registrarlas más tarde. En diez años sólo en dos ocasiones se demostró que auténticos judíos habían penetrado en los territorios prohibidos.

Entre tanto, el jinete, un hombre que rondaba los cuarenta de aspecto marcadamente judío y vestido con sencillez, seguía avanzando. Cabalgaba directamente hacia los soldados del puesto de guardia. ¿Sería un loco? Después se detuvo y los saludó. El soldado estaba de buen humor.

—Lárgate, hombre —le dijo señalando con la cabeza la inscripción de piedra.

Los demás salieron del puesto de vigilancia. El hombre sacó un papel de su bolsa y se lo tendió a los soldados.

—Llamad a vuestro capitán —dijo. Como el papel llevaba el sello del gobernador, avisaron al capitán. Tras leerlo, éste lo saludó con la consabida fórmula de respeto.

—¿Puedo conduciros hasta el coronel, estimado Flavio Josefo? —preguntó. Los soldados se miraron. Aquel nombre les resultaba familiar. Era la primera vez desde que sentaran allí sus cuarteles que un judío pisaba aquel lugar.

El escrito del gobernador ordenaba franquear la entrada a Josef a cualquier lugar que desease dentro del territorio de la antigua Jerusalén, y prestarle la ayuda que precisara. El comandante del campamento, el coronel Gellio, sin saber lo que debía hacer con su distinguido e incómodo invitado, le ofreció la compañía de un oficial; pero Josef lo rechazó muy cortés.

Avanzó solo por aquella tierra yerma, ardiente. Cuando, diez años antes, tuvo que contemplar cómo pasaban, de acuerdo con la costumbre, el arado por una parte de la ciudad medio destruida, sintió como si aquél traspasase su propio cuerpo. Pero la aridez y el abandono que hoy veía lo apenaron aún más. Lo que ocurrió entonces había supuesto una elevación y una caída al abismo; el lugar, tal y como era hoy, parecía querer engullirlo a uno en su aridez y su vaciedad, y nadie que lo contemplase podría zafarse jamás de la paralizadora tristeza de su visión.

Josef caminó, cada vez más cansino, colina arriba, colina abajo. De toda aquella gran ciudad no quedaban más que las torres de Fasael, Mariana e Hípica, y parte del muro occidental; Tito lo había dejado en pie como testimonio de las excelentes fortificaciones de Jerusalén, que sucumbió a su destino. Todo lo demás había sido aplastado, en el sentido literal de la palabra, con gran destreza y energía. Los picos, palas y máquinas de los romanos sin duda habían tenido que trabajar con dureza para demoler definitivamente los inmensos sillares del Templo y de los numerosos palacios. Habían hecho su trabajo a conciencia, eso

había que admitirlo. Los escombros grises, amarillentos, levantaban un palmo del suelo; el fino polvillo penetraba en la piel a través de la ropa llenando boca, nariz y orejas; escombros por todas partes, y sobre ellos un aire trémulo, cegador, ardiente. El ojo de Josef y su pie buscaban un pedazo de tierra, un poco de tierra desnuda, auténtica. Pero sólo encontró aquel polvillo gris amarillento, blancuzco. Raro era el lugar en que se atrevía a crecer un yerbajo o donde se veía surgir de la piedra machacada alguna insolente higuera.

Josef trataba de abrirse camino apesadumbrado, avanzando paso a paso por aquellos escombros. Si alguien conocía Jerusalén, ése era él, pero ahora ni siquiera era capaz de reconocer el trazado de las calles. Tan sólo las colinas y valles le permitieron orientarse, y las pocas fuentes que los soldados no habían podido demoler porque las necesitaban.

Trepó hasta el enclave del Templo atravesando mil promontorios, tropezando una y otra vez, con la vista clavada en el suelo. Una vez arriba se puso en cuclillas. Allí se habían asentado primero los gobernadores de los faraones y más tarde los cabecillas de los jebuseos, hasta que el rey David conquistó la fortaleza y la ciudad. Varias veces habían tenido que rectificar las murallas, y finalmente Babilonia las destruyó. Pero jamás en miles de años se había visto aquel paraje tan desolado y yermo como ahora. Conmovedoramente desnuda se erguía la roca sobre la que en su día Abraham recibió la orden de sacrificar a su hijo, el ombligo del mundo a partir del cual se fundó la ciudad, el *sancta sanctorum* que durante cientos de años nadie pudo pisar a excepción del sumo sacerdote en el Día de la Expiación. Ahora la roca volvía a estar desnuda como hacía dos o tres mil años; sobre ella el cielo vacío, azul; en torno suyo nada más que escombros, y los soldados romanos que cuidaban de que aquel páramo continuara yermo para toda la eternidad.

El calor era abrasador, el aire vibraba, los mosquitos zumbaban a su alrededor. Un feo chucho, probablemente de algún soldado, corrió sobre los escombros hacia el santuario ladrando rabioso al hombre solitario.

Éste seguía en cuclillas con la boca entreabierta, los miembros pesados, totalmente cubierto de polvo. En su cabeza resonaba el terrible lamento de Jeremías: «¡Cómo se sienta en soledad la ciudad populosa! Es como viuda la grande entre las naciones; la señora de provincias ha sido hecha tributaria. Llora copiosamente en la noche y corre el llanto por sus mejillas; no tiene quien le consuele entre todos sus amantes; le fallaron todos sus amigos y se le volvieron enemigos. / Alejaos, es impura, se dice de ella, alejaos, no la toquéis. / Todos tus enemigos abren su boca contra ti, silban y dentellean, diciendo: ¡La hemos devorado! / ¡Ah! Yahvé entró como un ladrón en su propia casa y destruyó su morada». No a todos les es dado convertir antiguos versos en imágenes y vivencias propias. Pero, en aquella hora, la queja olvidada fue para Josef imagen y posesión eterna, inseparable ya de su propio ser.

Cubierto de polvo en medio de aquellos escombros de repugnante color, se fue hundiendo en sí mismo, abrumado por la aridez del lugar. Repetía una pregunta sin cesar: ¿por qué? ¿Por qué penetró Yahvé en su propia morada como un ladrón? Josef conoce los entresijos. Sabe exactamente que Tito deseó y no deseó la destrucción del Templo. Era evidente que Tito no había sido más que un instrumento. Y era ridículo pensar que el capitán Pedán, esa repugnante mano que provocó el incendio, fuera algo más que eso. ¿Por qué, entonces? De nada le vale la respuesta de los romanos, ni la respuesta de los doctores, ni la de los mineos. Una cosa era cierta, eran responsables Roma y Judea, algunos doctores y miembros del pueblo, y también él había incurrido en culpa, una culpa terrible. «Sí, sí, he pecado, sí, sí, he cometido sacrilegio, sí, he ofendido». Pero ¿dónde empezaba su culpa y dónde terminaba?

Un agudo tronar lo sacó de su ensoñación. Durante un instante pensó que era la *magrefá,* la trompeta de las cien notas que antaño anunciara con su fragor el comienzo del servicio del Templo y cuya llamada llegaba hasta Jericó. Pero después vio que eran los cuernos y trompetas que anunciaban el fin de la jornada militar. Tronaron en medio de aquel páramo, se escuchó cierto bullicio, la formación y el relevo de la guardia, voces de mando. Más tarde anocheció. Profundamente apenado, Josef se puso en camino.

El coronel Gellio y sus soldados respiraron aliviados cuando vieron alejarse sobre su caballo al extraño visitante.

Ahora, por fin, tras haber recorrido gran parte del país, Josef se decidió a ir a Yabne, la ciudad que los judíos consideraban su capital tras la caída de Jerusalén, pues era la sede de la Universidad judía y del Gran Consejo.

La llegada de Josef suscitó cierta inquietud entre los doctores y la población. ¿Qué debían hacer? ¿Era aún efectivo el anatema que Jerusalén pronunciara un día contra él? Todos sabían que en Lida había entablado una relación amistosa con Ben Ismael, con Ajer y el mineo Jacob. Había hecho muchas cosas por las cuales habrían podido citarlo ante el tribunal de los doctores y expulsarlo del judaísmo. Si habían llegado a tildar al doctor Janai de «Ajer», de hereje, entonces Josef Ben Matatías era el hereje supremo. Por

otra parte, en Roma había intervenido varias veces con éxito en favor de la comunidad judía, y también en favor de la Universidad. Su presencia en Yabne resultaba inquietante, incómoda.

El Doctor Supremo solucionó el problema con rapidez y firmeza. Invitó a Josef a comer de un modo inusualmente amable y cordial.

Josef meditó inquieto y expectante qué clase de hombre sería Gamaliel, a quien los judíos habían elegido como su guía y los romanos reconocido como tal. El padre del Doctor Supremo había sido vicepresidente del gobierno nacional jerosolimitano que trató en vano de retirar de su puesto a Josef cuando era éste comisario de Galilea. Más tarde, aquel violento doctor Simón tuvo una muerte atroz: el populacho exaltado, para el que no era aún lo bastante patriota, lo torturó del modo más infame hasta matarlo. Gamaliel era entonces casi un muchacho y acababa de ser consagrado en secreto Sumo Sacerdote, pues, como descendiente de una antiquísima estirpe de la nobleza y seguidor de Hillel, el más grande de los doctores, desde joven fue educado para ejercer el mando. En aquel entonces, Yojanán ben Zakai hizo uso de su influencia y con gran habilidad le proporcionó un pase que le permitió salir de la ciudad sitiada y salvarse. Era natural que, tras la muerte de Yojanán ben Zakai, le encomendasen la presidencia del Colegio de Yabne. Josef había oído opiniones contradictorias sobre su ejercicio en el cargo de Doctor Supremo. Muchos lo odiaban, pocos lo amaban, casi todos lo respetaban.

Gamaliel fue al encuentro de Josef con paso veloz, lo saludó respetuoso, y lo abrazó y besó llamándolo «doctor y señor mío».

—Hubo enemistad entre mi padre y vos —dijo—. He leído con satisfacción con qué caballerosa sobriedad habláis de mi padre en vuestro libro. Os doy las gracias.

Josef se alegró de no haberse dejado llevar y de no haber sido más vehemente con el violento doctor Simón.

Gamaliel contaba poco más de treinta años. Josef se admiró de su aspecto extraordinariamente joven. Elegante, de movimientos agradables y mesurados, tenía un rostro abierto y moreno con unos vivaces ojos castaños muy redondos. Su barba corta, pelirroja, cuadrada y cuidadosamente recortada revelaba más de lo que ocultaba: una poderosa barbilla y una boca carnosa con unos dientes grandes un tanto separados.

La cortina que cerraba el comedor se alzó y se sentaron a la mesa. Las estancias eran grandes, y los muebles, la presentación de la mesa, suntuosos; en los muros, en el mosaico del suelo, en platos y fuentes podía verse el emblema de Israel, el racimo de uvas. El Doctor Supremo y su entorno congeniaban; Josef se dijo que Gamaliel también haría un buen papel en el senado romano.

—Me han dicho —dijo Gamaliel volviéndose con burlona franqueza hacia Josef, al que había asignado un puesto de honor en el diván central— que mis doctores os han puesto toda clase de trabas a vuestra llegada. No siempre resulta fácil tratar con mis doctores —suspiró sonriendo, sin preocuparse por que algunos de ellos estuvieran presentes—. Nadie lo sabe mejor que el hombre que los dirige. Tienen argumentos para todo y en cualquier situación. «Me sirven presentándome atinados argumentos —dijo citando a Aristófanes en griego— sobre lo justo y oportuno que es que el hijo golpee al padre».

—Os ruego que instruyáis —dijo Josef afable— a un hombre que se ha vuelto ajeno a su patria tras diez años de ausencia. Decidme, ¿cómo es que prohibís los libros griegos si vos mismo citáis versos griegos?

—Mi estimado Flavio Josefo —replicó el Doctor Supremo en un griego fluido—, la política nos obliga a tratar constantemente con griegos y romanos. De modo que no sólo permitimos a nuestros políticos que hablen griego, sino que los obligamos a estudiarlo. Sin duda no siempre resulta fácil determinar a quién debe concederse el permiso. Pero en eso no somos mezquinos. Por ejemplo, vimos con agrado cómo vuestro amigo Janai, llamado Ajer, se interesaba por la cultura griega. Es muy posible que yo mismo tenga que trasladarme dentro de poco a Roma con algunos de mis doctores para tratar en la corte ciertos asuntos urgentes relativos a la Universidad. Creo que no sería conveniente hablar allí sólo arameo. Por lo demás, ya tengo a algunos de mis doctores mesándose los cabellos sobre el pecado mortal que supondrá encontrarse en alta mar en sábado. Pero pienso que la reconstrucción de Judea bien vale dos o tres sábados en alta mar.

Cuando Josef quiso marcharse con los demás tras la comida el Doctor Supremo lo retuvo con amable insistencia. Josef se quedó.

—Decidme, mi querido doctor Josef —le rogó Gamaliel con la familiaridad con que un gran señor pregunta a un igual—, ¿habéis recibido muchas quejas de mi despótica autoridad? ¿Soy un Calígula judío, un Nerón judío?

—Muchos hablan de vuestro carácter tiránico —dijo Josef tratando de medir sus palabras.

—¿Me permitiréis —dijo el Doctor Supremo— que tras haberlo hecho los demás me pronuncie sobre mis despóticos principios? No me gustaría que precisamente vos os llevarais una impresión equivocada. Sé que en realidad no puedo consideraros de los nuestros; en buena ley debería convocaros ante nuestro tribunal

por hereje. Pero no soy un insensato, veo a los hombres como son, y deseo deciros, como aquel rey griego: «Ya que eres como eres, desearía que estuvieras de nuestra parte».

Se había levantado, pero rogó a Josef que permaneciera recostado; se apoyó en el quicio de la puerta y le lanzó un discurso. Pero habló con tanta sencillez que lo que dijo no sonó artificial, sino más bien como una explicación de hombre a hombre.

—Mis enemigos me acusan —comenzó— de renunciar al universalismo que prescribe la Ley. No renuncio a él. Pero sé que en estos momentos resulta imposible poner en práctica ese universalismo. Hay en la Ley preceptos que pueden cumplirse en cualquier época, y preceptos de un talante tan idealista que sólo podrán cumplirse tras la venida del Mesías, y cuando el lobo habite junto al cordero. Yo he estudiado atentamente al lobo: de momento no muestra ninguna inclinación a hacerlo. De modo que el cordero hace bien en precaverse.

»Conozco bien a Filón y sé que su fin último es colmar el mundo del espíritu judío. Pero, antes de que podamos hacerlo, debemos vigilar que el espíritu judío no se disuelva, pues está muy amenazado. Yahvé dijo a Isaías: "Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra". Yo no soy Isaías. Me conformo con ese "poco". Y no es poco, requiere un gran esfuerzo. "Levantad un cerco en torno a la Ley", nos dijo Yojanán ben Zakai, y ésa es la tarea que me corresponde. Levantaré el cerco y no miraré más allá, pues no deseo hacerlo. No me han encomendado este cargo para entrar en la historia del mundo. No puedo pensar en los próximos cinco siglos. Me basta con lograr que el judaísmo sobreviva los próximos treinta años. Es mi obligación que los cinco millones de judíos que hay sobre la tierra puedan seguir venerando a Yahvé como hasta ahora, que el pueblo de Israel no se extinga, que la enseñanza oral se transmita a las próximas generaciones sin falsear, como se me transmitió a mí. Pero no es de mi incumbencia ocuparme de que Yahvé domine la tierra. Eso es cosa suya.

Josef lo escuchaba. Se esforzaba por imaginarse el sabio y triste rostro de Ben Ismael, su ancha y despejada frente, los dulces y fervorosos ojos. Pero lo ocultaba el rostro moreno y emprendedor del Doctor Supremo, y Josef tampoco pudo escuchar con su oído interior la profunda voz de Ben Ismael. Sólo oía la clara voz de Gamaliel, que le recordaba la de Tito cuando se refería a los asuntos militares.

—Soy un político —prosiguió aquella voz—, me acusan de eso. Sí, lo soy. Lo admito sin ambages, me interesa más la organización del Colegio que la cuestión de saber si está permitido comer un huevo puesto en sábado. Lo que me importa es que no haya seis ni dos opiniones al respecto con rango de precepto, sino tan sólo una. Quiero que el huevo pueda comerse bien en todas partes, en Roma y en Alejandría y en Yabne, o en ninguna; pero no que el doctor Peraja lo prohíba y que el doctor Ben Ismael lo permita. Desgraciadamente, tal y como son nuestros doctores, esta unidad sólo puede alcanzarse mediante el despotismo. Cuando el pastor está paralítico, dice el proverbio, las cabras se dispersan. Yo no permitiré que mis cabras se dispersen.

»Le he dicho a Ben Ismael: no tengo intención de imponerte tu fe. Imagínate a Yahvé como quieras, puedes creer en Satanás o en el Santísimo. Pero el canon ritual ha de ser unívoco, en eso no toleraré ninguna ambigüedad. La Ley es el vino, y los ritos son el receptáculo, y si el receptáculo se quiebra, incluso o si llega a agujerearse, la Ley se derrama y se pierde. No permitiré que se perfore el recipiente. No soy tan insensato como para querer imponer mi fe a nadie, pero sí prescribiré su comportamiento.

»Regulad el comportamiento del hombre y sus opiniones se regularán por sí mismas.

»Estoy convencido de que la comunidad sólo puede subsistir mediante un comportamiento unívoco, mediante un canon ritual estricto. Los judíos de la diáspora se disgregarían rápidamente si no sintieran el peso de la autoridad. Debo reservarme el derecho a ser estricto en cuanto al canon ritual. Cada cual podrá tener su opinión particular sobre Yahvé, pero no toleraré en la comunidad a quien contravenga los preceptos.

Su rostro estaba tenso, todo rasgo afable había desaparecido de él, ahora se mostraba fuerte, duro; Josef había visto rostros como aquel cuando, alguna vez, en la capital, ciertos amigos pasaban sin darse cuenta de ser hombres complacientes de talante liberal a romanos.

—Me limito a cumplir la misión que nos encomendó Yojanán ben Zakai —prosiguió el Doctor Supremo —, nada más. Sustituyo al Estado perdido por la Ley. Se dice que mi canon ritual es nacionalista. ¿Qué otra cosa podría ser, si no? Si Yahvé ha de suplantar al Estado, tendrá que avenirse a que lo defienda con los medios del Estado, con instrumentos políticos, a que lo nacionalice.

»Mis doctores me dicen que no puedo ordenar a los creyentes que experimenten la suprema bondad de Dios justo dos horas antes del anochecer, y además, ante un texto preciso. Puede ser que la oración última, la más ferviente, sólo pueda tener un tinte individual, que no deba vincularse a ningún momento y a

ninguna forma. A pesar de eso, prescribo que los cinco millones de judíos recen a *una hora* determinada y con las mismas palabras. Cada vez habrá más entre ellos que no sólo pronuncien las palabras, sino que también crean en ellas y que, por tanto, sientan que son el pueblo de *un* Dios, con *una* forma determinada, llenos de *una* vida, avanzando por *un único camino.*

El Doctor Supremo hizo un esfuerzo por refrenarse, se relajó y volvió a convertirse en el amable hombre de mundo de antes. Se aproximó a Josef, le puso la mano en el hombro, y sonrió descubriendo sus grandes dientes excesivamente separados en medio de aquella barba pelirroja y cuadrada.

—Disculpadme, doctor Josef —le rogó—, os he soltado un discurso como si fuerais mi cuñado Ben Ismael. Por otra parte —se apresuró a añadir—, creed que si hay alguien a quien yo ame y respete, ése es Ben Ismael. Mi dolor no fue menor que el suyo cuando tuve que ordenarle profanar su Día de la Expiación. Yo en su lugar no habría podido hacerlo, lo admito abiertamente. Él es más grande que yo. Lástima que sea un ideólogo.

Y cuando Josef se aprestaba a despedirse le aseguró una vez más:

—Sin duda, de todos los que hoy interpretan la Ley, Ben Ismael es el más profundo y el más docto. Debéis verlo a menudo, querido Josef. Nadie ha estudiado mejor a Filón ni lo ha comprendido mejor que él. Ni siquiera Ajer, y desde luego yo tampoco. Pero hay *una* frase de Filón que he entendido mejor que ambos señores.

Se rió con una risa cordial, familiar, y citó la frase: «Lo que no responde a la razón es feo».

Cuando Josef fue a comer con el Doctor Supremo por segunda vez se encontró, para su sorpresa, con Juan de Giscala. De modo que Juan había ido realmente a Yabne «para decirles un par de cosas a esos ideólogos que viven de espaldas al mundo».

El Doctor Supremo sonrió.

—Ya sé, señores —dijo—, que por aquel entonces, en Galilea, no hicisteis buenas migas. Pero desde entonces ha corrido mucha agua por el Jordán, y el doctor Josef sin duda ha aprendido a toleraros mejor. Os ruego que habléis claro en su presencia. Creo saber de qué queréis hablar, y sólo deseo que el doctor Josef informe al gobernador sobre esta entrevista cuando regrese a Cesarea. El secretismo diplomático no me agrada.

Y, efectivamente, Juan de Giscala fue directo al grano. El boicot a las subastas romanas de terrenos decretado por los doctores, expuso, carecía de sentido. El boicot se decretó en su día como protesta y custodia del derecho, puesto que el Gobierno había declarado cuatro años después de finalizar la guerra que la revuelta había sido sofocada y el país pacificado, y, a pesar de ello, hasta la fecha continuaba acusando a los judíos de participar en el levantamiento y confiscando sus bienes. Esa argumentación aducida por los doctores sonaba muy bien. Pero resultaba que los romanos tenían el poder, y la negativa de los doctores a reconocer las confiscaciones se traducía en la práctica en un mero arrebato de ira infantil e impotente, cuyas consecuencias sólo perjudicaban a los propios judíos. Los doctores podrían haber proclamado igualmente que no reconocían la destrucción del Templo. Los judíos, al boicotear las subastas, sólo lograban que los sirios y los griegos adquiriesen los terrenos a precios aún más bajos. El Doctor Supremo añadiría a los muchos servicios prestados al país uno más si pudiese obligar al Colegio a poner los pies en la tierra, en lugar de perderse en divagaciones nacionalistas puramente teóricas.

—Sin duda tienen razón, estimado Juan —replicó el Doctor Supremo levantándose. Rogó a los invitados que permanecieran sentados y comenzó a caminar de un lado a otro como era su costumbre—. Pero ya sabéis cómo son mis doctores. Es verdad que no reconocen la destrucción del Templo. En una de cada dos reuniones hay alguno que suelta un largo discurso aduciendo que nuestra pérdida de soberanía no es más que una situación transitoria, y que es un error legalizar esa situación temporal, es decir, el dominio romano, alterando los preceptos religiosos. En una de cada tres se discute aguzando el ingenio hasta límites insospechados de qué modo ha de reglamentarse el servicio divino en el Templo de Jerusalén, a pesar de que dicho servicio ya no existe. En una de cada cuatro surgen fuertes controversias sobre las diversas modalidades de ejecución por lapidación, aunque es bien sabido que ya no tenemos potestad para imponer la pena capital. Mis doctores consideran que reconoceríamos la legalidad de la confiscación de los bienes si permitiéramos a los judíos participar en las subastas: semejante comportamiento supondría traicionar a Yahvé y al Estado judío. Si en alguna ocasión me permito recordar a los señores que ese Estado no existe ya *de facto,* suscito su disgusto. A ellos les basta que exista *de iure.*

—Pero los sirios y los griegos —replicó Juan un tanto alterado— se ríen de nosotros y se quedan con nuestros terrenos a cambio de una algarroba. Y no hablo en mi nombre. Yo personalmente me he

beneficiado de la reglamentación actual, pues he participado en las subastas prohibidas y seguiré haciéndolo.

—En nombre de Dios —le interrumpió el Doctor Supremo mientras se reía mostrando sus grandes dientes—, creo que no he oído lo que habéis dicho. Naturalmente, estoy al tanto. Una y otra vez me llegan quejas de vos y solicitudes para hacer caer sobre vos el anatema. Pero entonces soy *yo* quien se pone en el punto de vista *de iure* de mis doctores y no me doy por enterado. Cuando mis doctores arremeten de nuevo con ese asunto me vuelvo sordo, simplemente no escucho, y mientras no los oiga, el hecho no existe *de iure.*

Grande, imponente y con una gran sonrisa, Gamaliel permanecía apoyado en el quicio de la puerta ante sus dos invitados.

—Sencillamente, soy un déspota —bromeó.

—Entonces confío en que seáis lo bastante déspota —le sugirió Juan de Giscala— como para salvar al país de verse arrasado por la ideología de los doctores.

—Me alegro —replicó ya más serio el Doctor Supremo— de que hayáis venido para explicarme con franqueza cuál es la situación. No he terminado de estudiar vuestro memorándum. Incluís muchas cifras y estadísticas que han de ser meditadas a conciencia. Pero os agradezco de corazón que me hayáis facilitado tal cúmulo de material para fundamentar vuestras afirmaciones, aunque me temo que aún habremos de esperar algún tiempo antes de que pueda eliminar dichas disposiciones. Ya sabéis que el Colegio procede con modos harto tortuosos. Cada cual quiere exponer su punto de vista diez veces y salvarse ante sí, ante Israel y ante Dios. Con suerte, podríamos lograr eliminarla en el plazo de un año.

Pero el Doctor Supremo había sido excesivamente pesimista en su vaticinio. Un acontecimiento inesperado le permitió revocar mucho antes la ley que consideraba tan perniciosa, pues había trascendido con qué fin había acudido a Yabne el líder campesino Juan de Giscala. También lo escuchó un tal Efraím, un galileo que había luchado como suboficial a las órdenes de Juan. Herido, cayó en manos de los romanos. Unos judíos alejandrinos lo liberaron, comprándolo en un depósito de prisioneros destinados a los combates de gladiadores. Efraím jamás renegó de las ideas de los «Vengadores de Israel». No estaba dispuesto a aceptar el dominio de los romanos. La traición de Juan, su renuncia a las ideas que había predicado, lo indignaban. Lo siguió hasta Yabne y, tras la audiencia con el Doctor Supremo, lo asaltó de improviso cuando regresaba a su alojamiento y por dos veces le atravesó el hombro con su daga. Unos transeúntes salvaron a Juan antes de que Efraím pudiera rematar su trabajo.

El atentado suscitó gran inquietud. Hasta entonces, Flavio Silva había aceptado regocijado el edicto del Colegio sobre el boicot, pues, como ya le insinuara a Josef, sólo servía para poner al país en manos de los gentiles y favorecer sus planes de romanización. Pero ahora no le quedó más remedio que darse por enterado y proceder contra aquella violación de la soberanía romana. De modo que la rabia suscitada por el atentado y el temor a las represalias de los romanos permitieron al Doctor Supremo anular la ley tras una rápida y turbulenta sesión tan sólo dos semanas después de su entrevista con Juan.

El propio Gamaliel visitó a Juan en su lecho de convaleciente para comunicarle lo ocurrido. El galileo estaba muy débil y le costaba hablar, pero lo invadió una gran alegría. Bromeó sobre aquel Efraím que lo había herido. Los romanos habían gastado esfuerzo y dinero en formar al tipo en la lucha y ahora, con el atentado, se demostraba que su brazo era tan inútil como su cerebro.

—Una vez más —concluyó Juan en tono filosófico— se revela que hay una providencia y un destino preclaro. Pues sin la estúpida acción de Efraím no se habría eliminado tan rápidamente esa estúpida ley. Con lo que se demuestra que hay acciones altamente imprudentes que apuntan hacia una razón superior.

Y, mientras así hablaba, el liberto Junio Juan pensó que debía escribir a Marullo y que aquél se deleitaría con ese pensamiento suyo.

Los doctores Helbo bar Nahúm, Jesús de Gofna y Simón, apodado el Tejedor, habían suscitado de nuevo en el Colegio la pregunta sobre qué opiniones merecían entrar en la categoría de «negación del principio divino». Desde la perspectiva del judaísmo, la «negación del principio», el asesinato y el incesto eran los peores pecados, y la «negación del principio» se consideraba aún más grave que los otros dos. Hasta entonces, la doctrina de los mineos se tenía por *schittuf,* o mera «desviación»; el Colegio no se atrevía a ir más allá, y las discusiones sobre la escabrosa pregunta de cómo ampliar el concepto de «negación del principio» no eran bien recibidas. Únicamente esos tres, Helbo, Jesús y Simón el Tejedor, removían el asunto una y otra vez. También en esta ocasión los señores del Colegio los dejaron hablar y no se llegó a ningún debate serio, no se hizo ninguna propuesta ni se adoptó ninguna resolución.

Recordando la conversación de Lida, Josef aprovechó el planteamiento de los tres doctores para

preguntar a Gamaliel sobre su postura ante los mineos.

—Las enseñanzas de los mineos —dijo el Doctor Supremo— no tienen nada que ver con mi política, sencillamente no las tomo en consideración. Esas personas creen que nosotros, los doctores, no les dejamos una parte lo bastante grande de Yahvé y quieren hacerse con una mayor por sus propios medios. ¿Por qué habría de aguarles la fiesta? Por lo demás, se trata fundamentalmente de gentes sin influencia, y nada pueden hacer contra el privilegio concedido a los doctores de comentar la Ley con autoridad y dictar los preceptos. Se ocupan de asuntos dogmáticos que no afectan a la propia vida, de sueños. Es una religión de mujeres y de esclavos —concluyó, desdeñoso.

Josef lo escuchó sorprendido y escéptico.

—¿Les dejáis que profesen su fe en el Mesías? —preguntó—. ¿No hacéis nada para contrarrestar su propaganda?

—¿Y por qué habría de hacerlo? —le replicó el Doctor Supremo—. Uno de mis doctores elaboró en una ocasión un gran proyecto de contrapropaganda. Allí donde los mineos predicasen su doctrina debían enfrentárseles nuestros predicadores con argumentos de peso. Cifraba sus esperanzas en la demostración de que el profeta de los mineos, Jesús de Nazaret, no había existido jamás.

Josef le preguntó intrigado:

—¿Y?

El Doctor Supremo soltó una carcajada:

—Como es natural, envié al ingenuo doctor de vuelta a casa con su proyecto. Una asamblea popular, una asamblea de creyentes y de seres ávidos de fe, no entra en razón con argumentos. Lo que afirman los mineos no tiene nada que ver con la razón, está más allá de la razón, no cabe probarlo ni refutarlo con argumentos lógicos. A esos cristianos no les interesa si existen pruebas fiables de la existencia de su Cristo. Están decididos a creer en él y, por tanto, no las necesitan. Fijaos en el hombre que se ha levantado ahora en Siria y que afirma ser el fallecido emperador Nerón. Sus adeptos quieren creer que Nerón vive, y hete aquí que no está muerto. Se le unen cientos de miles, el gobernador ya ha movilizado a una legión entera para combatirlo.

—Es curioso —observó Josef— que haya tantos que se nieguen a aceptar lo que se les demuestra, y que crean a pies juntillas lo que es evidente que jamás ha existido.

—Tampoco afirméis con tanta seguridad, doctor Josef —opinó pensativo Gamaliel—, que ese Jesús de Nazaret no ha existido jamás.

Y como Josef levantase la cabeza sorprendido, prosiguió tras cierta vacilación.

—¿Recordáis el juicio que condujo en aquel entonces el Sumo Sacerdote Anás contra el falso Mesías Jacob y sus discípulos?

—Sí, claro —replicó Josef—. El caso no tenía mayor interés. Además, me parece que lo que le importaba al Sumo Sacerdote en aquella ocasión no era el falso Mesías. Lo que quería era aprovechar el interregno entre la muerte de Festus y el nombramiento del nuevo gobernador para restablecer una jurisdicción religiosa autónoma.

—Habría sido mejor —dijo el Doctor Supremo— que no lo hubiera intentado.

—Sí —opinó Josef—, fracasó en toda regla, y el Sumo Sacerdote tuvo que pagarlo caro.

—No me refiero a eso —dijo el Doctor Supremo con una lentitud inusual en él, con gran reticencia—. Pero cuanto más lo pienso más me convenzo de que sin ese juicio el Mesías de los mineos no existiría.

—Pero vos debíais ser un niño —meditó Josef— cuando se celebró aquel juicio.

—Sí —replicó el Doctor Supremo, que seguía hablando con desacostumbrada lentitud—, pero he leído las actas. Cuando el Sumo Sacerdote me inició en el secreto del nombre de Dios, también me dejó ver los protocolos de ese proceso.

—¿Podríais contarme algo más sobre el asunto? —le rogó Josef. Su interés de historiador se había despertado y la vacilación de Gamaliel, por lo general tan seguro de sí y tan vivaz, lo azuzaba aún más.

El Doctor Supremo titubeó.

—Aún no he hablado con nadie de ello —dijo pensativo—. ¿Tiene algún sentido investigar el origen de la fe minea? No nos conduce a nada.

Y, medio en broma, medio en serio, citó los versos finales de Cohelet: «Ve con cuidado, hijo mío, que el componer libros es cosa sin fin, y demasiado estudio fatiga al hombre».

Josef, que ahora sentía una gran curiosidad, pero al que también imponía la vacilación del Doctor Supremo, siguió insistiendo:

—¿Por qué citáis esos versos? Sabéis que dicen falsedad. ¿En tan poco tenéis a la ciencia?

—No era mi intención ofenderos —le aseguró el Doctor Supremo—. Seguramente haríamos bien en

olvidar aquel infausto proceso.

—Pero vos lo habéis mencionado —insistió Josef con un interés y una ansiedad aún mayores.

—Creo —se decidió Gamaliel por fin— que con la caída del Templo ha desaparecido la obligación del secreto, y que puedo confiaros lo que ocurrió entonces.

—Aquel Jacob —comenzó a relatar— entró con sus acólitos en el Templo —que hubiera entre ellos un Jesús o no, no puedo afirmarlo con seguridad— y molestó a los mercaderes que comerciaban allí con los animales destinados al sacrificio. Se justificó diciendo que, de acuerdo con el dicho de los profetas, cuando llegara el Mesías no debía haber más mercaderes en la casa de Yahvé, y afirmó ser el Mesías. Y para demostrarlo llamó a Yahvé ante el pueblo por su misterioso nombre, que sólo el Sumo Sacerdote puede nombrar en el Día de la Expiación, y, al permanecer incólume y no caer fuego del cielo, muchos salieron corriendo, y muchos lo creyeron.

—Hasta ahí lo recuerdo —dijo Josef al ver que el Doctor Supremo enmudecía—, y también que el Sumo Sacerdote Anás lo mandó apresar y juzgar por su tribunal. Pero más no sé. Porque, al tratarse de un juicio por blasfemia y al tener que pronunciar los testigos el nombre, se excluyó al pueblo. Sólo conozco el final, que el tribunal de los sacerdotes condenó a ese Jacob y a sus acólitos a la pena de muerte y que fueron lapidados.

Aguardó con insólita expectación lo que el Doctor Supremo le referiría a continuación.

Éste le refirió titubeando, inquieto, como si dudara si debía o no comunicar sus conocimientos:

—Eso es lo que ocurrió de acuerdo con las actas. Cuando el Sumo Sacerdote Anás preguntó a Jacob: «¿Eres, como afirmas, el Mesías, el hijo de Dios?», entonces, por toda respuesta, el acusado pronunció de nuevo el nombre de Dios en su presencia. Pero aquélla también fue su respuesta, pues el Nombre significa, como ya sabéis, «Yo soy quien soy». Y los sacerdotes y los jueces fueron presa del terror y se levantaron, como es preceptivo en los casos de blasfemia, y se desgarraron las vestiduras. No hizo falta convocar a los testigos. El profeta había repetido la blasfemia ante los mismos jueces.

Gamaliel le dejó tiempo para meditar sobre su relato. Josef pensó en lo que los mineos del pueblo de Sekanja habían leído en la casa de Ajer. De modo que no era mera palabrería, al parecer en todo aquello se imbricaban fantasía y realidad.

—Ése fue el último juicio contra un falso Mesías —prosiguió el Doctor Supremo, que ahora hablaba con mayor ligereza, menos preocupado—. Hacía varios decenios que no se producía un juicio de ese tipo, y habría sido mejor no celebrar aquél. Y ahora, os ruego que meditéis una cosa —le pidió—. Es un hecho que hubo alguien que se tenía por el Mesías y que fue crucificado por el gobernador Pilato en calidad de rey de los judíos, y es un hecho que nosotros ejecutamos a otro Cristo similar. En estas circunstancias, ¿tiene sentido que discutamos con los mineos en qué medida es ajustado su relato sobre la vida y los sufrimientos de su Mesías? Ellos mismos saben que no es tan exacto como podría serlo el informe de un general romano. Pero me parece que no es eso lo que les importa.

Y, para concluir, dijo en tono objetivo:

—Dejemos a esos cristianos que crean lo que quieran. Cada cual puede tener su opinión particular sobre Yahvé y el Mesías mientras no atente contra los preceptos. Los mineos respetan los ritos, no conozco ni un solo caso en que se hayan negado a cumplirlos. Podéis tranquilizar a vuestros amigos —concluyó sonriendo —, no veo ningún motivo para proceder contra los cristianos. Mientras no toquen mi canon ritual yo no los tocaré a ellos.

Josef refirió en Lida su conversación con el Doctor Supremo; incluso Jacob había venido de Sekanja.

A Chanah no la tranquilizaron las promesas del Doctor Supremo.

—Conozco a mi hermano —dijo—. Es uno de esos hipócritas sinceros. Lo que dice siempre es cierto, pero sólo si se atiende a la palabra. Elige sus palabras de forma que pueda actuar después a su antojo. «No tocaré a aquel que no toque los ritos». ¿Y qué ocurrirá cuando restrinja los ritos de tal forma que no haya más remedio que contravenirlos? ¿Acaso no tenemos ya ejemplos de ello? Es generoso, deja libertad de opinión a los doctores y a los legos. Pero sólo porque aún no tiene poder suficiente para arrebatársela. Cuando considere que ha llegado el momento propicio declarará que se ha atentado contra el canon ritual y procederá contra la libertad de opinión.

Ben Ismael se acarició las cejas bajo la ancha e imponente frente con su larga mano.

—Ah, Chanah —dijo—, para ti todo es tan sencillo. Gamaliel no es un hipócrita. No lo creo. El sentido de sus acciones es preservar Israel, y nada más. Dice: «Yahvé es la única herencia de Israel; si la pierde, si comete la frivolidad de mostrársela a los demás y permite que se la roben, ¿qué le quedará?». Por ello

protege celosamente a su, a nuestro Yahvé. Simplifica la doctrina, es verdad. Pero así es como entiende él su misión, y es el hombre más adecuado para cumplirla.

El mineo Jacob dijo entonces:

—Creo que Chanah tiene razón, y, como a ella, las palabras del Doctor Supremo me parecen sospechosas. Nosotros somos judíos, nos atenemos escrupulosamente a los preceptos, formamos una sola comunidad con los demás, y queremos seguir haciéndolo. Pero ¿qué ocurrirá si llega un gentil a vernos y nos dice: «Quiero unirme a vosotros»? ¿Acaso podemos cerrarle el camino sólo porque los romanos han prohibido la circuncisión? ¿Atentamos contra el canon ritual si le decimos: «Retrasa tu circuncisión hasta que los romanos la permitan»? ¿Exige el Doctor Supremo que excluyamos de la Buena Nueva a quien demuestre su buena voluntad? Las obras son importantes, ¿pero no es más importante la fe? ¿No es mejor dejar entrar también a los paganos sin obligarlos a respetar las normas ceremoniales en lugar de excluirlos?

Y, al ver que Ben Ismael no respondía, añadió:

—Incluso los pobres de espíritu sienten que no basta que Yahvé sea el Dios de *una* nación. Por eso vienen a nosotros. El pueblo no quiere teología, quiere religión. El pueblo no quiere una iglesia judía, quiere judaísmo.

—Así es —dijo Chanah.

—Así sea —dijo Ajer.

Ben Ismael, sin embargo, callaba, y Ajer se mofó de él:

—¡De Gamaliel exigís tan poco, doctor y señor mío, y de nosotros tanto! Si el Doctor Supremo tiene razón, ¿por qué no nos conformamos también nosotros con proteger a nuestro Yahvé? ¿Por qué nos esforzamos con tanto ahínco y a costa de tantos sufrimientos por hacer de él el Yahvé del mundo entero?

—Porque nosotros —replicó Ben Ismael— somos menos fuertes y menos inteligentes que Gamaliel, pero tal vez más sabios. Él ha de levantar los muros mientras nosotros abrimos las puertas. Él guarda la Ley para que no entre en ella nada falso, nosotros debemos encargarnos de que lo bueno no permanezca encerrado, sino que salga y pueda ser difundido. Yo no puedo renunciar a Israel, y no puedo renunciar al mundo. Dios quiere ambas cosas.

Se expresaba con más vehemencia de lo que era su costumbre, estaba tenso.

Josef comenzó a hablar lentamente, las ideas surgían en él a medida que lo hacía:

—No os entiendo del todo, mi señor y amigo. Decís que los medios que usa el Doctor Supremo para conservar el judaísmo son los adecuados. Pero si el judaísmo adopta el rostro que quiere conferirle Gamaliel, ¿no será éste entonces un rostro meramente nacionalista, egoísta, ajeno al mundo? Decís que tenemos dos misiones. Me temo que si Gamaliel conserva la razón sólo tendremos una disyuntiva: Judea *o* el mundo. Y, antes de que el judaísmo llegue a ser lo que Gamaliel quiere que sea, ¿no es mejor decir sí al mundo y no a Judea?

Y a continuación se atrevió a concluir lo que nadie osaba pensar, y se le oyó decir:

—¿No es mejor que sacrifiquemos nuestro judaísmo en aras de la universalidad?

De pronto reinó un silencio cargado de vacilación. Al cabo, Ajer se decidió a hablar y dijo rotundo:

—No.

Y a continuación se expresó Chanah, aún más vehemente:

—No.

Y también lo negó Ben Ismael. Y finalmente lo negó, vacilante, el propio mineo Jacob.

Tras unos minutos, Josef inquirió:

—¿Por qué no?

Ben Ismael le replicó:

—No veo ningún otro camino hacia lo supranacional que el judaísmo; pues el Dios de Israel no es un Dios nacional como los dioses del resto de los pueblos, sino que es invisible, es el Espíritu del mundo en sí, y sin duda llegará el tiempo en que el que carece de forma no necesite ningún medio para ser comprendido. Pero de momento debemos darle una forma para hacerlo inteligible, por ahora no cabe imaginar un Yahvé sin judaísmo. Se disiparía en la nada antes de que hubiera transcurrido una generación. ¿No es mejor que le otorguemos provisionalmente los emblemas nacionales en lugar de permitir que sucumba la noción que representa? No es la primera vez que la vocación ecuménica del judaísmo se esconde tras una máscara grosera, nacional. Los métodos que utilizaron por ejemplo Esdras y Nehemías para conservar el judaísmo eran altamente dudosos. Pero su estratagema era santa, y su éxito demuestra que Dios la aprobaba. Las Sagradas Escrituras arrastran muchas cosas que sólo servían a ciertos fines tácticos del momento; pero sólo de ese modo pudo salvarse lo esencial, la idea supranacional. Considero que hay muchos rasgos meramente nacionales de los antiguos, bastante risibles, que hoy nos parecen dignificados por la gran idea de la

superación de lo nacional.

—Estáis defendiendo a Gamaliel —dijo Ajer, y en sus palabras había más dolor que acusación.

—Me parece que debo hacerlo —dijo Ben Ismael—, dado que lo atacáis más de lo debido. No debemos permitir que se nos arrebate nuestra tradición nacional; de ser así perderíamos el cuerpo que sustenta la idea, la propia idea. Suena contradictorio que el espíritu universal sólo pueda transmitirse con un ropaje nacional, pero no por ello es menos cierto. Como historiador deberías comprenderme, doctor Josef —dijo, volviéndose insistente hacia él—. Cada uno de nosotros recibe nuevas fuerzas de la historia de los padres, más allá de nuestra vida particular, más allá de nuestras opiniones individuales, y esas fuerzas sobrepasan el ámbito de lo nacional; pues la historia judía es la historia de la lucha que el Espíritu libra contra su antítesis, y quien toma parte en la historia judía participa del propio Espíritu. Si profesamos nuestra fe en el Dios judío tres veces al día, tres veces nos declaramos afectos al principio del Espíritu; pues Yahvé es el Espíritu en sí.

El mineo Jacob afirmó entonces:

—Admito que ni siquiera el espíritu más puro puede conservarse sin una forma. Pero lo que decís, doctor Ben Ismael, me confirma lo que pienso en lugar de contradecirlo. Precisamente por lo que decís: ¿no es responsabilidad nuestra aceptar a todos los que desean participar del Espíritu? ¿Podemos rechazarlos sólo porque los romanos prohíben la circuncisión, porque en este momento nos impiden dar a lo espiritual una forma en la carne? Creo que precisamente vos, doctor Ben Ismael, deberíais comprender la alternativa que nos propone uno de nuestros hermanos, un tal Pablo.

—¿Cuál es la alternativa de ese Pablo? —preguntó Ben Ismael. Y el mineo Jacob le respondió:

—Pablo enseña: para el que nace judío la circuncisión sigue siendo obligatoria. Pero si algún pagano quiere venir a vosotros, hermanos míos, entonces renunciad a la circuncisión.

—Una doctrina peligrosa —dijo Ben Ismael.

—Una buena doctrina —opinó Ajer.

—Una doctrina —discrepó Chanah— de la que el Doctor Supremo no tardará en extraer conclusiones en caso de que tratéis de ponerla en práctica.

Josef, sin embargo, que no había mandado circuncidar a su hijo, no sabía si debía aceptar o rechazar aquella doctrina. Estaba bien que hubiera un Gamaliel, pero también era bueno que hubiera gentes como el mineo Jacob, o como Ajer y, mediando entre éstos y el Doctor Supremo, Ben Ismael.

Y Josef abandonó la región de Yabne y de Lida para dirigirse a Cesarea sin saber muy bien si debía interceder allí en favor de la creación de la Universidad de Lida o no.

En Cesarea Flavio Silva lo recibió con su abrumadora simpatía y le preguntó largo y tendido, y con todo detalle, qué impresión le había causado la provincia de Judea. Josef alabó muchas cosas y no ocultó ciertos reparos. A Flavio Silva pareció agradarle precisamente aquel reconocimiento casi involuntario.

El gobernador estaba de buen humor. Su colega en Siria se enfrentaba a dificultades cada vez mayores a causa del falso Nerón. Necesitaba dinero y soldados para combatir al agitador, y en Roma comenzaban a admirarse de lo mucho que tardaba en reducir al ridículo pretendiente. No era difícil reconocer en las palabras con las que Flavio Silva lamentaba aquel penoso incidente la alegría que le procuraban las contrariedades de su colega.

Invitó a sus amigos judíos a un viaje de inspección por Samaria proyectado hacía tiempo. Lo que más le importaba era mostrarles la ciudad de Nápoles Flavia.

Era verdaderamente sorprendente lo que había hecho en tan pocos años con la antigua ciudad samaritana de Siquem. Se regocijaba con la admiración que le profesaron los honorables judíos, se mostró alegre y muy accesible. Josef se dio cuenta de que era el momento adecuado para sonsacarlo en favor de la causa judía. Ahora era cuando debía insinuar el asunto de la Universidad de Lida.

Como buen psicólogo que era sabía cómo encauzar su propuesta. Por ejemplo, podía explicarle al gobernador cuán ventajoso sería para su provincia contar con una Universidad que enseñase al mismo tiempo disciplinas judías y griegas. La Universidad de Antioquía, la más importante de Asia hasta la fecha, no se ocupaba de las necesidades de los judíos y despreciaba la tendencia de los orientales a discutir sobre la cosmovisión judía. Una universidad moderna que solventase estas carencias sin duda superaría con facilidad a Antioquía convirtiéndose en el centro cultural de todo Oriente. Atraería a su provincia a un número ingente de jóvenes adinerados de todo el mundo. No cabía duda de que tales argumentos conmoverían al gobernador.

Pero cuando Josef se aprestaba a hablarle de la Universidad de Lida vio ante sí el rostro moreno y

vigoroso de Gamaliel con su breve barba cuadrada y los prominentes dientes, y su ojo interior escuchó las altivas y cínicas frases del Doctor Supremo sobre el canon ritual, único garante de la pervivencia del judaísmo. Y, cuando por fin se decidió a hablar, notó para su propio asombro que no hablaba en favor de Lida y de su Universidad, sino de la ciudad de Tamna y el concejal Akiba.

Antes de terminar se disgustó consigo mismo. Se maldijo por rehuir la difícil tarea y haber aprovechado oportunidad tan favorable para un asunto tan nimio como el de Akiba.

Por lo demás, no se mostró inspirado, y al gobernador no le resultó difícil rechazar su ruego.

—El que se permite el lujo —opinó Flavio Silva indolente— de mostrar sus sentimientos de un modo tan ostentoso como vuestro Akiba debe estar dispuesto a pagar por ello. Si lo dejase marchar, en seis meses todos escupiríais sobre los edictos del Gobierno, y en dos años romperíais las tablillas que los promulgan en las plazas.

Pero el gobernador, por lo general tan apegado a sus principios, no tardó de cambiar de opinión en el asunto del concejal Akiba. El motivo de su inconsecuencia fue el caballo Víndex. Éste debía correr en la inauguración del estadio de Nápoles Flavia, pero se lesionó en Jotapata mientras lo bajaban del barco. El gobernador recibió la noticia encontrándose ya en Nápoles Flavia, poco después de aquella entrevista con Josef. Estaba fuera de sí. Aquella desgracia le arrebataba la mayor atracción de sus juegos. En seguida dio orden de crucificar a los esclavos encargados del transporte del caballo. Pero el programa de sus juegos no mejoró por ello. Debía, tenía que encontrar algún sustituto para el corcel Víndex. Retomó su antiguo plan de convencer a Demetrio Libán, que hasta el momento se había resistido a sus insistentes ruegos, para que actuase en su provincia costase lo que costase. Durante la cena, y en presencia de Josef, comenzó a hablar de nuevo del asunto del concejal Akiba, una vez más adujo sus argumentos en contra del indulto y después, inesperadamente, se dirigió directamente al actor.

—Pero no deseo —dijo insinuante— que los judíos me consideren su enemigo. Quiero demostrar, sobre todo ante vosotros, señores, que no lo soy. En vuestras manos está, mi Demetrio, salvar a Akiba. Dadme una prueba de vuestra amistad y yo os demostraré la mía. Actuad en mis juegos, y os pagaré con la vida de vuestro correligionario.

Libán palideció. La propuesta de Silva de enseñarles a aquellos provincianos lo que era un actor de verdad le había parecido desde el principio muy tentadora, pero la resistió con gallardía. Quería mantener su promesa, quería renunciar a su arte en honor de Yahvé, y ¿acaso no constituiría una ofensa diez veces más grave actuar en la tierra de Israel, durante su peregrinación y su viaje de expiación? Pero aquella nueva oferta echaba por tierra todos sus cálculos. Ya no se trataba de él, sino de la vida de un hombre, de un hermano judío, por el cual, al parecer, luchaba todo Israel. ¿Era una señal de Yahvé, o se trataba de otra tentación de Satanás? En cualquier caso, el ofrecimiento lo ponía de nuevo entre la espada y la pared.

—¿Queréis que interprete de nuevo al judío Apella? —le preguntó sombrío. Sin embargo, sólo Josef comprendió el tono de su respuesta. El gobernador no entendía nada de teatro; inmediatamente, replicó vivaz sin intuir el sentido de sus palabras:

—Lo que queráis, mi Demetrio, representad lo que queráis.

Con aquella respuesta se acercó mucho más a su objetivo de lo que él mismo imaginaba, pues echó a rodar una montaña entera de seductoras fantasías en la mente del actor. El gobernador le permitía representar lo que quisiera. ¿Qué ocurriría si lo intentaba de nuevo con el *Laureol*? Tal vez ese rodeo por la provincia le sirviese para triunfar más tarde en Roma y recuperarse de su fracaso de Albano. Sin duda era voluntad de Yahvé que actuase en la tierra de Israel. ¿Por qué si no habría ligado la vida del judío Akiba a su actuación? Yahvé se servía de él para demostrar a los paganos lo que era capaz de hacer un judío, exigiéndoles así un mayor respeto e indulgencia para el judaísmo en su totalidad. El actor se vio agitado por un sinnúmero de pensamientos y fantasías de esa índole hasta que, ufano e indulgente, replicó:

—Resulta difícil resistirse a un amigo de las artes tan terco como vos, señor gobernador. Tal vez podría decidirme a interpretar al pirata Laureol. Ya sabéis que lo pusimos en escena para Su Majestad y para el príncipe Domiciano con motivo de la inauguración del teatro de Lucía.

Naturalmente, Silva no sabía nada de todo aquello.

—Eso sería estupendo —dijo entusiasmado.

—Me lo pensaré —dijo Libán con aire indulgente.

Josef, sin embargo, se avergonzó de no haber hablado de la Universidad de Lida, y ni siquiera osó burlarse del actor para sus adentros.

Días después, el gobernador le preguntó a Josef lo que pensaba del Doctor Supremo. Él mismo lo tenía en

gran estima. Era un hombre con el que podía hablar claramente, sin rodeos. Era un tipo listo que sabía lo que quería, siempre imparcial: merecía ser romano. Que no quisiera serlo era su único defecto.

Y entonces Josef descubrió algo que reforzó aún más la admiración que sentía por la inteligencia del Doctor Supremo. Resultó que el gobernador le había ofrecido a Gamaliel la ciudadanía romana y la sortija dorada de la segunda nobleza. Pero Gamaliel lo había rechazado cortés y resuelto y, además, ocultó el ofrecimiento a los judíos; de no ser así, Josef lo habría sabido a través de Ben Ismael o de Ajer. Sin duda era un acierto que el Doctor Supremo se limitase a ser judío, y aún más astuto ocultar a los judíos la posibilidad que había tenido de gozar de los privilegios de la ciudadanía para no irritar a los romanos con una negativa pública. Josef se dijo que, de estar en el lugar de Gamaliel, no habría sabido resistirse a la tentación de revelar a los demás su firmeza.

Flavio Silva tenía sus razones al preguntar a Josef qué opinaba del Doctor Supremo. Gamaliel, le confió, tendría muy pronto ocasión de poner a prueba su famosa imparcialidad. Él, el gobernador, debía ponerlo ante un difícil dilema. Pues desdichadamente, la esperanza que habían albergado de que, tras la publicación del edicto que prohibía la circuncisión, los judíos se apaciguarían y abandonarían aquel nefasto fervor proselitista no se había cumplido. Hasta la fecha no habían encontrado ningún pretexto legal para proceder contra ellos, pues se cuidaban muy mucho de animar a sus oyentes a circuncidarse, y ya se sabía que, como tal, la religión judía estaba permitida. Pero le habían informado de que los profetas mendicantes no eran auténticos judíos, que pertenecían más bien a una secta nueva y extraña, cuyos adeptos se denominaban mineos o cristianos. Por supuesto, ellos mismos lo negaban exaltados, arguyendo que un judío era un judío, ya fuese fariseo o mineo, así como un lulú de Malta no es menos perro que un dogo moloso. Los expertos judíos no le habían proporcionado hasta la fecha más que un batiburrillo de conceptos teológicos muy prolijo, nada contundente, ni sí ni no. Él, Flavio Silva, estaba harto de aquello. Por tanto, había solicitado oficialmente al Doctor Supremo y al Colegio de Yabne que se pronunciasen con la mayor precisión sobre si debía considerarse judíos o no a los mineos.

Josef estaba consternado. Yabne se había mostrado hasta entonces tolerante con los mineos a pesar de que, en principio, la mayoría de los doctores no les tenían simpatía. Pero si ahora Roma les insinuaba la posibilidad de traicionar a los cristianos era probable que los doctores cedieran a aquella doble presión para quitarse de encima a esos peligrosos correligionarios, enemigos del Estado. Sin duda lo harían. Le dolió constatar tan rápidamente que Chanah tenía razón en contra de los argumentos de su esposo, Ben Ismael.

Acuciado por la prisa, meditó si no habría algún modo de desviar el peligro que amenazaba a los mineos. Antes de que el gobernador terminase de hablar vio que sólo había un camino. En el Colegio eran pocos los partidarios de los mineos, pero sus voces eran voces de peso. Si no lograban imponerse era porque no había ninguna autoridad estatal que los respaldase. Pero ¿qué ocurriría si se creaba tal autoridad? Si una Universidad de Lida aceptada por Roma se pronunciase en favor de los mineos los de Yabne no osarían reconocer, informando contra ellos, que la división de los judíos afectaba incluso a sus más ínclitos prohombres.

La pregunta de si, pudiendo conservar el judaísmo nacionalizándolo y eliminando su vocación cosmopolita, merecía la pena conservarlo, que en Lida le había parecido un problema irrelevante y lejano, se tradujo de pronto en un peligro acuciante. Si optaban por los mineos provocarían las represalias de la irritada Roma. Si los rechazaban supondría que la comunidad judía decidía separarse, aún más estricta y altiva, del resto del mundo. De pronto, hablar o no en favor de la Universidad de Lida se le antojó decisivo. Gozaba de las simpatías del gobernador, la situación era propicia, sin duda sus argumentos debían resultarle muy sugerentes a un hombre como Flavio Silva.

Todo lo que había en Josef de oscuro anhelo religioso lo conminaba a hablar en favor de los mineos, de Ben Ismael, de Ajer. Sin embargo, en su espíritu resonó la clara voz de Gamaliel: «Lo que no responde a la razón es feo». El objetivo que perseguían Ben Ismael y Ajer era irracional. Y, aunque tal vez consiguiesen alcanzarlo en mil años, en ese instante constituía una utopía cuya persecución ponía en peligro la propia existencia del judaísmo. El que admitiese que el Mesías ya había venido; el que renunciase a la esperanza de la reedificación del Templo, prescindía de la totalidad de la tradición judía. Si Josef intercedía ahora para que se fundase una Universidad en Lida admitía la definitiva destrucción de Jerusalén y del Templo como un hecho irrefutable, y él mismo se excluiría del Reino del futuro Mesías.

Calló. No habló de la Universidad de Lida.

No sabía que había sido el propio Gamaliel quien, a través de ciertos intermediarios, incitó al gobernador a solicitar a Yabne un informe sobre los mineos.

Josef sintió la necesidad de encaminarse hacia el sur. Primero fue a su propiedad. Antes de buscar a sus amigos de Lida y de Yabne deseaba pensar allí con calma sobre lo que les respondería cuando le preguntasen: ¿por qué nos has dejado en la estacada?

Llevaba apenas dos días en sus tierras cuando recibió una visita inesperada: Justo de Tiberíades.

Josef no había visto a aquel hombre en seis años. No había nadie a quien se sintiera más ligado y que, al tiempo, despertase en él tanta hostilidad. Tenía un litigio permanente con él, un debate que había comenzado en Roma dieciséis años antes, cuando se encontraron por primera vez, una conversación que no había concluido y que daba sentido a su vida. En esa conversación Justo siempre atacaba, lo perseguía burlándose de él amargamente, con la aguda mirada del odio, y Josef a su vez odiaba a aquel hombre que tan bien conocía sus debilidades descubriéndolas ante todos; sin embargo, sólo vivía para demostrarle quién era. Que le hubiera salvado la vida dos veces, que incluso lo bajara de la cruz en una ocasión, no constituía una respuesta satisfactoria y no había zanjado el debate. Esos acontecimientos tampoco incitaron a Justo a hacer concesiones, de ningún modo. Antes bien, mientras todo el mundo alababa *La guerra de los judíos,* él tachó el libro de ambiguo, de inconsecuente, de superficial, y se aprestó a oscurecerlo con otro más profundo. Josef había aguardado durante todos aquellos años poder continuar aquella conversación. Y ahora que tenía al hombre ante sí se asustó como un chiquillo que, convocado inesperadamente por su profesor, no sabe qué responder.

Mientras saludaba a su invitado, locuaz, para ocultar su inquietud, escrutó, primero con timidez, después casi abiertamente, el rostro amarillento del otro. Justo tenía cuarenta y tres años, como él y, al encontrarse en Roma por primera vez dieciséis años antes, el parecido entre ellos había sido sorprendente. Ahora ya no había ninguno. El rostro de Justo se había vuelto más duro, seco, lleno de surcos; su color ocre lindaba con el gris. Iba sin barba, escrupulosamente afeitado, y su cabeza se erguía sobre un cuello alarmantemente delgado. Justo estaba avejentado, desgastado; se mantenía muy erguido, pero se veía cuánto esfuerzo le costaba. Aquel día, al bajarlo de la cruz, tuvieron que amputarle el brazo izquierdo por debajo del codo, y Josef buscó involuntariamente su muñón con la mirada.

Justo habló muy poco durante la comida y apenas probó las excelentes viandas que Josef ordenó servir. Estaba al tanto de todo lo que había hecho Josef durante aquel tiempo y lo que le había ocurrido. Comentó malicioso que Josef había sido consecuente dentro de su inconsecuencia y que había seguido avanzando por aquel camino en zigzag que era su vida. Y no sin éxito, como acababa de comprobar. El combate por su hijo Pablo, del que había salido airoso, guardaba un enorme parecido con sus desvelos por los tres doctores que salvara con la ayuda de la emperatriz Popea. También sus efectos eran similares. El mismo carácter parecía suscitar siempre parecidas situaciones y estar abocado al mismo destino. Y, mientras lo decía, Justo se reía por lo bajo, una desagradable costumbre que había adoptado en los últimos años aquel hombre por lo demás tan digno.

El desdén atraviesa incluso la concha de una tortuga, y tiempo atrás Josef llegó a pensar que no podría seguir viviendo despreciado por Justo. Pero esta vez escuchó muy tranquilo las insidiosas palabras del amargado. Veía cómo Justo, a pesar de sus esfuerzos y su habilidad, tenía dificultades para comer por la falta de su brazo izquierdo, de modo que sus rápidos movimientos parecían ajenos y él mismo rígido y lastimoso. Lo invadió un cálido sentimiento por aquel hombre duro, estricto, abatido, y casi no percibió la ofensa que entrañaban sus palabras.

Lo que ahora sentía era más bien curiosidad por saber lo que quería de él. Sin duda Justo había venido a Judea para recuperar fuerzas para su libro, y que ambos hubieran buscado el suelo patrio al mismo tiempo y por idéntico motivo constituía a sus ojos una corroboración, pues tenía a Justo por el escritor más importante de su época, y su comportamiento era para él la pauta de su propia vida.

Pero durante la comida Justo no reveló el motivo de su visita, ni tampoco más tarde, y se retiraron a descansar sin que Justo hubiese hablado. Josef durmió mal. Durante toda la noche se debatió con Justo mentalmente, y encontró acertadas respuestas a frases que el otro desgraciadamente no había pronunciado. La ofensa que no le había herido mientras Justo estuvo presente le corroía ahora con fuerza. Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y yo soy uno de ellos. Pero el oído de Justo no lo tenía.

Al día siguiente ya no pudo contenerse y le preguntó abiertamente si podía servirle en algo y cómo. Justo le explicó que necesitaba un salvoconducto del Gobierno para permanecer cuatro o cinco semanas en Cesarea. Josef, que se había ganado con sus escritos el favor de los grandes, podía ser de utilidad en aquel lance a un colega menos agraciado por la fortuna.

Josef asintió gustoso de inmediato. Le preguntó sorprendido cómo podía ser que el secretario del rey Agripa tuviese que dirigirse a él por asunto tan nimio. Resultó que Justo ya no ejercía como secretario de Agripa. Hacía tiempo que tenía la sensación de que su agudeza e intransigencia incomodaban al rey, y

últimamente Agripa lo mantenía cada vez menos ocupado. No obstante, no se avenía a percibir un sueldo a cambio de nada y, cuando Berenice pasó por Alejandría en su viaje de regreso de Roma, Justo la buscó, confiando en poder recuperar el favor de Agripa con su mediación. Berenice lo recibió amablemente. Pero después, Justo no recordaba en qué ocasión, mencionaron el libro de Ester y él se burló ligeramente de Asuero, ese rey de harén un tanto lerdo, que permitía que su favorita le sugiriese en el lecho los deseos de su clan. Al parecer, Berenice creyó que Justo se refería con aquel rasgo a Tito y se irritó profundamente. De cualquier manera, su malhumor era tan patente que Justo, orgulloso y terco, ni siquiera llegó a mencionar sus propios asuntos, sino que prefirió solicitarle directamente a Agripa su cese.

Josef escuchó su informe con gran pesar y cierta satisfacción. Comprendía que Agripa no quisiera tener en torno suyo la maliciosa risita de aquel hombre cáustico. Era curioso que alguien tan versado en la teoría psicológica fuese tan poco hábil en el trato con las gentes.

Tal y como estaban las cosas no tuvo Josef dificultades en convencer a su amigo para que permaneciese en su casa hasta que llegase el salvoconducto de Cesarea. Esperaba que Justo le preguntase por sus planes y que le hablaría de su propia obra. Finalmente, como callaba, le preguntó sin ambages si había venido a Judea a causa de su trabajo. Justo asintió. Josef opinó alegre que él mismo también confiaba en que su obra saldría beneficiada gracias al aire de aquella tierra, a sus colores, sus hombres, su lengua.

Pero Justo se limitó a esbozar una mueca con sus finos labios. No había venido por razones de ambientación. Buscaba material, le explicó secamente: cifras, estadísticas. A Josef le molestó que el viaje de Justo a Judea corroborase las teorías de Juan de Giscala y no las suyas.

Josef y Justo se entrevistaron con el esclavo de aquél, el Obediente, el mineo. Le preguntaron, Justo con irritante altanería, cuáles eran sus principios religiosos. Se habían sentado en una sala de techo bajo, que servía a la vez de cocina y de sala. Atardecía y reinaba el silencio. Desde lejos les llegaba el trapaleo y el balar de los rebaños de ovejas que regresaban; en algún lugar los esclavos entonaban una monótona cantinela en lengua extranjera. Los dos señores interrogaron al Obediente cual investigadores que estudiasen a los nativos de un pueblo primitivo. El Obediente no puso objeciones a exponer con paciencia sus creencias ante aquellos oyentes a todas luces escépticos, y a veces incisivos. Cuando se movía se oía el leve tintinear de la esquila que denunciaba su condición de esclavo. A pesar de su altivez, Justo se mostró interesado. No dejaba de preguntar, y Josef también tenía muchas preguntas; se hizo de noche, trajeron luz, y aún seguían preguntando. El Obediente respondía infatigable.

Josef le propuso a Justo dar un paseo cuando por fin le dejaron marchar. Justo estaba dispuesto, y se pusieron en camino. Hacía una noche agradable y Josef encontró a su difícil amigo inusualmente accesible y muy relajado. Quería aprovechar su buen humor para conversar con él sobre los asuntos que lo preocupaban.

Se sentaron al borde de un aljibe. Una luna borrosa al comienzo de su creciente nadaba por el brumoso cielo de un azul negruzco, de cuando en cuando se oía el grito apagado de un pájaro cruzar la noche. Josef le abrió su corazón, le expuso sus dudas, su confusión. Allí estaban los incultos, los pobres de espíritu, que de pronto exigían que se les dejase participar de Yahvé y de la doctrina junto a los doctos. ¿Tenían razón en su exigencia? ¿Había que permitírselo? Allí estaban por otro lado las tolerantes enseñanzas de Ben Ismael y los sarcásticos ataques de Ajer, que lo llevaban a ponerse de su parte, y también los argumentos de política práctica de Gamaliel, que lo zarandeaban hacia el lado contrario. Sí, Josef se preguntaba a veces muy en serio si toda su sabiduría, el método que con tanto esfuerzo se había forjado, no sería un vano espejismo, si no era cierto que, gracias a su fe y a su intuición, personas como el mineo Jacob, o incluso aquel Obediente, poseían un conocimiento más profundo de Yahvé y del mundo.

Justo vestía un atuendo ligero, primaveral; su delgadez era alarmante, y el muñón con su piel seca y arrugada surgía en toda su fealdad de la túnica sin mangas. Permanecía así, delgado y frágil bajo la trémula luz, sentado sobre el borde del aljibe, junto a Josef.

—Querido Josef —dijo con su acostumbrada risita, pero su mofa carecía esta vez de amargura—, no os inquietéis por ello. Incluso vuestra erudición, aunque no pueda considerarla fundamentada, vale más que el saber que surge de la «santa contemplación» de vuestro esclavo o de ese mineo que obra milagros. A menudo he tratado de obtener algún conocimiento de la famosa e inculta alma del lego, pero, por muy objetivo que quiera ser, la intuición del lego jamás me ha hecho avanzar un ápice. Cuando se trata de hacer una mesa, de construir una granja o de curar el estreñimiento, posiblemente baste con el sentido común del lego. Pero si quiero un escritorio de verdad voy a ver a un ebanista de formación, y si quiero construir una casa de verdad voy al arquitecto, y si tengo gangrena voy al cirujano. No sé por qué tendría que acudir a los

pobres de espíritu si quiero conocer mejor a Yahvé, y no al especialista que ha estudiado sus libros. No puedo simpatizar con aquellos que arremeten contra el intelecto y que no se cansan de alabar la intuición. Pitágoras no se guió por su intuición cuando descubrió que la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa, y si el ingeniero Sergio Orata hubiera confiado en su intuición jamás habría inventado la calefacción de agua. Si preferir los ricos de espíritu a los pobres es signo de racionalismo, entonces me declaro racionalista.

Y con un gesto mecánico tiró, como jugando, de la cadena que movía la polea del aljibe. Se oyó un crujido tan fuerte que la soltó asustado. Volvió a sentarse poniéndose cómodo y prosiguió con voz queda, pero firme:

—Nuestros padres no eran numerosos, cruzaban el desierto, desconocían lo que era un asentamiento, luchaban con animales salvajes y contra las inclemencias de un cielo implacable, se asesinaban unos a otros, tenían poco tiempo para investigar; dependían, por tanto, de la intuición. Entre tanto nos hemos multiplicado, hemos aprendido a vivir en pueblos y ciudades y hemos dado con ciertos métodos para reconocer hechos irrefutables por medio de la lógica. Ya no necesitamos la intuición, pues tenemos la ciencia. Me alegro de vivir en una época de ciudades y de vínculos sociales, no siento nostalgia por los tiempos del desierto, de la intuición y los profetas. Si hoy alguien se presenta ante mí como profeta lo considero un charlatán o un loco, y si alguien defiende su intuición indemostrable contra mis hechos probados, me pongo desagradable. Tengo por enemigos a los que quieren prohibirme hacer uso de mi cabeza. No admito que alguien con entendimiento esté menos capacitado para reconocer a Dios que otro que carece de él.

El amor propio de Josef había sufrido varios reveses en las últimas semanas. Las palabras de Justo lo aliviaban, deseaba oír más. Le dijo:

—No queréis ver, mi Justo, lo que les importa a estas gentes. Creen que si uno se adentra lo bastante en sí mismo es posible inspirar a Dios como si fuera aire. Creen que una confianza desmesurada en el propio saber acaba por crear una coraza en torno al corazón, de modo que se cierra y se vuelve incapaz de recibir a Dios cuando acude. Conozco a hombres muy doctos, duchos en los métodos de la investigación lógica, que no tienen reparos en aprender de los mineos.

La noche era tan apacible que podía oírse hasta el más leve crujir de una rama. El cielo, de un azul negruzco, parecía aún más oscuro por los numerosos insectos, que brillaban con un fulgor lejano.

—La melodía que entonáis me resulta conocida —dijo el flaco Justo con su risita—. Regresemos al desierto, lejos de la civilización, lejos del pensamiento, volvamos a la contemplación pura: así encontraremos a Dios. Todos aquellos a quienes Dios ha denegado capacidad de juicio lo predican extasiados. Pero los que lo predican a pesar de tener raciocinio acabarán convirtiéndose por cobardía en traidores al espíritu, pues temen el fruto de su saber.

Tras unos instantes, Josef se atrevió a avanzar aún más. Se sentía impulsado a solicitar el juicio de Justo en relación con el dilema que en ese momento inquietaba a la mayoría, pues sólo en él reconocía a un juez competente.

—Hace poco —admitió, y su voz sonó sorprendentemente frágil, vacilante— estuvo en mi poder hacer algo decisivo en favor de los mineos. No lo hice. A veces creo que me equivoqué, a veces me parece que no debería haberme escabullido.

Aguardó temeroso, como si todo dependiese de la respuesta de Justo.

Pero éste se echó a reír y le respondió en tono casi bondadoso:

—Sois un necio, mi querido Josef. Al escabulliros habéis cometido el primer acto sensato de vuestra vida.

Y Josef se alegró de que lo absolviera, se sentía dichoso y cercano a él.

Pero Justo siguió hablando. Su voz cruzaba ahora altiva, dura, aguda, la tibia noche:

—No, querido, no esperéis nada de esa parva, de esa angosta doctrina de los mineos. Sus enseñanzas se dirigen tan sólo a los débiles. Resulta fácil prometer un dulce paraíso alcanzable por la mera fe. Que uno haya sufrido por todos, y que por ello los demás se liberen de su parte de responsabilidad y de culpa, esa doctrina me resulta demasiado facilona. Y, si el dogma de los mineos es simple, su moral es tanto más alambicada. Nosotros ya pedimos mucho. Que no se deba odiar al prójimo es una dura exigencia; quizá sea posible lograrlo con un gran esfuerzo de la voluntad. Pero que haya que poner la mejilla izquierda cuando alguien nos golpee la derecha, eso es sobrehumano, inhumano, y, por tanto, está condenado a seguir siendo un bello ideal puramente abstracto. No, mi querido Josef, no me vengáis con la cómoda doctrina del no-hacer y de la renuncia.

—Debéis admitir, mi estimado Justo —replicó tras unos minutos Josef, oponiéndole otro reparo—, que

entre los judíos, a excepción de un par de helenistas, los mineos son hoy los únicos que aún defienden la vocación universalista de la Escritura.

—El cosmopolitismo de esas gentes —dijo Justo desdeñoso— es un artículo de masas, como todo lo que enseñan. Adquieren su universalismo a costa de todo aquello que constituye la gran tradición, esa poderosa tradición del judaísmo, su historia convertida en Espíritu. El ecumenismo hay que ganarlo a pulso. Hay que haber sentido el nacionalismo para saber lo que es ser un ciudadano del mundo. Si debo elegir entre los doctores y los mineos, prefiero a los doctores. Ese nacionalismo suyo tan angosto y sutil es repugnante. Pero al menos no claudican, luchan. Exigen que se viva confiando en la llegada de un Mesías activo y peligroso, cuya aparición, por lo demás, debería incitarnos o disuadirnos en nuestras acciones. Los mineos se limitan a renunciar. Pero lo importante es no enquistarse en lo nacional sin perderse por ello en una confusa mezcolanza de ideas. Los doctores no han resuelto ese problema, pero los mineos están mucho más lejos que ellos de lograrlo.

Después calló. Se levantaron. Caminaron en silencio al amparo de la noche. Cuando casi habían alcanzado la casa, Josef le preguntó lo que ya le preguntara en Roma años antes: «¿Qué ha de hacer hoy un escritor judío?». Pero el flaco no le respondió ya. Se limitó a encogerse de hombros. Resultaba curioso ver cómo se elevaba, manco, su hombro izquierdo, y Josef no supo si se trataba de un gesto de desesperanza. Sin embargo, bajo el quicio de la puerta, mientras se despedían, recordando tal vez aquella frase que había pronunciado en su primer encuentro, Justo le dijo:

—Es curioso. Dios, desde que destruyeron su Templo, está de nuevo en Judea.

¿Era aquello una respuesta?

Al día siguiente llegó su salvoconducto y Justo partió.

Josef, en memoria de la conversación nocturna que habían mantenido junto al aljibe, escribió en aquellos días el *Salmo de las tres parábolas.*

Pertenezco a esos
a los que Yahvé ha encomendado
ser la sal de su tierra.
Pero ¿cómo haremos para ser la sal
si hay tanta agua
y pereceríamos en el agua,
nos disolveríamos para siempre en la nada
de modo que no quedaría de nosotros ni rastro ni sabor
y nuestra misión se perdería?
No quiero perderme.
No quiero ser la sal.

¡Oh! qué placer ser fuego
que puede compartir su fuerza
y que no por ello merma ni se extingue.
Dichosa luz, dichosa llama.
Pero tal don sólo es propio del zarzal.
Incluso a Moisés, al querer asir la llama,
se le abrasó la boca,
y se volvió parco en palabras y tartamudo.
¿Cómo puedo soñar yo, pobre de mí,
con semejante privilegio?
No puedo ser fuego
Tal vez carezca de sentido el brillante arco
que nace cuando el sol irrumpe en la lluvia,
tal vez sólo sea una alegría de niños y soñadores.
Y, sin embargo, fue precisamente ese arco
el que eligió Yahvé como signo
de su alianza con la carne perecedera.
Déjame ser arco iris, Yahvé,
que me extinga veloz, pero renazca una y otra vez,
restallando de colores, y, sin embargo, de una única luz;

un puente desde tu tierra a tu cielo,
mezcla de agua y sol,
siempre presente
allí donde se mezclan agua y sol.
No quiero ser la sal.
No puedo ser fuego.
Déjame ser arco iris, Yahvé.

Josef comenzó a sentirse a gusto en su propiedad. La conversación con Justo lo había aliviado. Pasaba mucho tiempo solo, daba largos paseos solitarios, pero no se cerró a las personas. A menudo conversaba tranquilamente con el administrador Teodoro, con el Obediente, con algunos criados.

Durante aquel período contemplativo se acercó un día al terrazgo «Pozo de Yalta», donde vivía Mara. Mara se sonrojó cuando lo vio llegar, pero no fue el terrible e iracundo sofoco de su primer encuentro.

—Salud, Mara —dijo Josef con la fórmula aramea usual, y ella le respondió:

—La paz sea contigo, mi señor.

Pero entonces le preguntó, como antaño hiciera Dorión:

—¿No nos lo hemos dicho ya todo?

Y, como él callara, añadió:

—Tengo mucho trabajo, los viñedos están abandonados y los frutos del olivo se han echado a perder. La burra de clara piel, la babilonia, está encinta. Hay que cuidarla con esmero, me costó muy cara.

—Déjame que me siente aquí y te mire —le rogó él. Y se sentó en silencio y la miró. Había regresado a la tierra de Israel para procurarse cierta claridad, pero su paso por Cesarea y Galilea, por la Samaria y Emaús, por Lida y por Yabne, no había hecho más que acrecentar su profunda turbación. El sosiego, la fuerza que necesitaba su trabajo, sólo podría encontrarlos allí, en su hacienda.

Se había sentado sobre un murete soleado y contemplaba a Mara, que trabajaba descalza con su sombrero de paja de ala ancha que la protegía del sol. Permaneció en silencio y dejó vagar sus pensamientos.

Antes de que lleguen las tormentas invernales e interrumpan el tráfico por barco regresará a Roma, así se lo ha propuesto. Aunque, ¿no sería más sabio quedarse en el país para escribir allí en paz la historia de Israel? Pero, si lo hace, ¿no le molestará el mismo país, la excesiva cercanía de cosas y personas, la confusión de los acontecimientos que siguen su curso en torno a él? Para escribir la historia, ¿no se requiere cierta distancia, también física?

Así miraría Boas a Ruth, como miraba él ahora, sentado, a Mara. Ruth era una moabita, una extranjera, una no judía, y precisamente ella, dice la Escritura, fue elegida para fundar la estirpe de David. La Escritura no es restrictiva ni nacionalista. Yahvé, se refiere en otro punto, se enojó con Jonás y lo castigó porque sólo quería propagar su palabra en Israel y se negaba a difundirla entre los gentiles de la gran ciudad de Nínive. Así dice la Escritura. Él, Josef, se desposó con la gentil, como Moisés con la madianita. Pero él no es Moisés, y su matrimonio no tuvo buen fin.

El levirato es una extraña institución. Cuando un hombre muere sin haber engendrado un varón con su esposa, el hermano de aquél está obligado a desposar a la mujer y a engendrar hijos con ella. Cuánto más obligado no estará un hombre con una mujer cuyo único vástago ha muerto por su culpa. Muchos doctores alaban a quien desposa a una divorciada, considerándolo una acción noble y meritoria. Si ahora viese jugar ante él a unos niños en torno a la mujer que trabaja se sentiría reconfortado. Gamaliel es un hombre listo y le tiene simpatía. Si Josef se casara de nuevo con esta mujer encontraría la forma de lograr que todos aceptasen ese matrimonio como plenamente válido.

Permaneció allí hasta el anochecer sin forzar a sus pensamientos a seguir un curso determinado, sino que los dejó fluir y desvanecerse a su antojo. Al oscurecer, Mara llamó a sus criados y siervas a la mesa. Aguardó por si lo invitaba a quedarse. Ella no lo hizo. Entonces él saludó muy serio y cortés y se marchó. Al parecer, en Lida nadie había oído hablar del informe sobre los mineos que el gobernador había mencionado a Josef. Ni Chanah, ni Ajer, ni siquiera Ben Ismael lo atosigaron con desagradables preguntas sobre su intercesión ante Flavio Silva en relación con su universidad. A pesar de todo, la confianza que existiera entre el grupo de Lida y Josef antes de su viaje había desaparecido. Cierto que, gracias a la conversación con Justo, había recuperado parte de su antigua seguridad. Sin embargo, le dolió que los de Lida lo tratasen ahora como a un extraño. Seguramente Chanah lo consideraba un ser débil, por muy agradable que se mostrase.

La actitud de Ajer era muy extraña. Rogó a Josef que acudiese a verlo a su casa, cenaron juntos los dos hombres y la bella morena Tabita. Ajer no se mostró aquel día tan hablador como de costumbre. Agobiado por su silencio, Josef se lanzó a hablar, le habló del gobernador, de Nápoles Flavia, de Libán, del concejal Akiba, incluso de Justo. Lentamente Ajer volvió hacia él su carnoso rostro y lo miró con sus tristes y sabios ojos, y de pronto le espetó:

—Habéis hecho muchas cosas en vuestra vida, habéis hablado mucho y escrito mucho, más que la mayoría de las personas. Sin duda siempre buscasteis la concordancia de vuestras palabras y vuestras acciones. Resulta extraño que lo hayáis logrado en tan pocas ocasiones.

Josef se sorprendió ante aquella repentina y grave injuria. De no ser por la conversación con Justo lo habría rebatido enérgicamente. Pero en aquel momento las acres palabras del joven le parecieron más llevaderas que el silencio de los otros. Tal vez tuviera razón por lo que se refería al pasado, pero desde luego no sería así en el futuro. Y no respondió.

La morena Tabita estaba tumbada en su diván, hermosa y soñolienta. Ajer dijo:

—Por cierto, he traducido vuestro salmo cosmopolita a versos griegos.

Josef ardía de curiosidad por saber cómo sonarían sus estrofas en el griego de Ajer, aunque no se atrevió a rogarle que las declamase. Pero Ajer, tras hacer esperar a Josef unos minutos, las recitó por propia iniciativa.

—Esperad— dijo. Se colocó detrás de la mesa, apoyó las manos en ella, y, con la mirada clavada al frente y los ojos bajos, comenzó a hablar, concentrado, en su griego lento y puro.

En su versión había captado cada giro, cada asonancia de los versos hebreos de Josef. Precisamente así habría dado forma Josef a sus sentimientos de haber nacido griego. Se sintió arrebatado por la belleza de los versos tal y como fluían en aquel momento hacia su oído y hacia su corazón en aquella lengua extraña, amada, odiada, ansiada. Se levantó de un salto, abrazó a Ajer, lo besó.

—Tenéis que venir conmigo a Roma, mi Janai —exclamó arrebatado—. Tenemos que trabajar juntos. Debemos escribir juntos la *Historia universal de los judíos,* vos y yo. No debéis permanecer aquí. Sería un atentado contra vos, contra mí, contra Israel y el mundo entero.

La morena se había despertado al oír las altas y vehementes palabras de Josef y lo miraba curiosa. Ajer le dijo, acariciándola con ternura:

—Sigue durmiendo, mi paloma.

Pero a Josef le replicó con sequedad:

—Olvidáis, mi Flavio Josefo, que es mi deseo que mi vida concuerde con mis palabras. Pero me alegro de que mi traducción sea de vuestro agrado.

Josef acababa de llegar a Yabne cuando el Doctor Supremo lo mandó llamar. Gamaliel parecía saber que Josef no había hablado en Cesarea en favor de los de Lida.

—No resulta difícil imaginar —dijo— que nuestros amigos comunes os habrán importunado con su vieja demanda. No cabe duda de que al autor del «Salmo del ciudadano del mundo» le habrá resultado muy tentador contraponer a la Universidad nacional de Yabne otra con vocación supranacional.

—Así fue —replicó Josef con sinceridad.

—Me alegro —replicó Gamaliel— de que mis razones encontrasen eco en vuestro ánimo. Eso me ayudará a formular mi ruego.

—Aquí me tenéis —respondió Josef valiéndose de la fórmula al uso.

—¿Sabéis —comenzó impetuoso el Doctor Supremo— que Flavio Silva me ha pedido un informe sobre los mineos?

—Sí —respondió Josef.

—He oído —prosiguió Gamaliel— que el gobernador está dispuesto a indultar al concejal Akiba. ¿Es obra tuya?

Josef replicó:

—Le he hablado de él. El gobernador lo ha hecho por deferencia hacia Libán.

El Doctor Supremo se sentó al lado de Josef, le habló como le habla un joven amigo a otro, con ternura, confiado.

—Aún hay muchos asuntos pendientes entre Yabne y el gobierno de Cesarea. Sería muy provechoso tener allí a un representante permanente. Mantener unidos a los doctores y al pueblo requiere la plena dedicación de un hombre. Representar al judaísmo ante Roma excede esta dedicación.

Y, sin darle importancia, como si hablase del tiempo, le expuso la siguiente propuesta:

—¿Queréis relevarme en la política exterior, doctor Josef? Vos tenéis más experiencia en estos asuntos y, de todos los judíos, sois el más respetado por Roma. Cabe pensar que si un hombre tan hábil como vos dirige nuestros asuntos Roma nos concederá más competencias en cinco o seis años, de modo que, poco a poco, el Colegio de Yabne pasará de ser el representante religioso de los judíos a representarlos también en lo político. Nunca os he ocultado nada, doctor Josef, supongo que me consideráis sincero. Compartid el poder conmigo. Dejadme los asuntos internos, y sed nuestro enviado en Cesarea. Sed nuestro representante ante Roma. Sólo vos podéis hacerlo.

Y, adoptando de pronto un tono burlón, concluyó:

—Debéis hacerlo aunque sólo sea para ahorrarles a mis doctores nuevas disputas. Si rechazáis mi oferta tendré que viajar a Roma tarde o temprano. Imaginad los debates que se producirán sobre la pertinencia de profanar los preceptos del sábado al emprender el viaje hacia Roma por mar.

Josef era un hombre que vivía el instante, su enjuto rostro reproducía cada una de sus emociones, y a Gamaliel no le costó ver cómo lo había conmovido su ruego. Muchos pensamientos cruzaron por la cabeza de Josef. El cargo que le ofrecía Gamaliel podía dar consistencia a su vida, facilitándole, sin embargo, el ocio que requerían sus libros. Cuán dulce y tierna es la patria. Sentado sobre el soleado muro del terrazgo «Pozo de Yalta» había soñado con permanecer en el país, en el suelo que por tanto tiempo pisaran sus padres, respirando el aire que ellos habían respirado. Era un cargo tentador: podría mediar entre los de Lida y los de Yabne. Con Gamaliel se entiende fácilmente, y con los de Lida podía tratarse. Sería una hermosa vida, medio año en Cesarea y el resto en su hacienda, con Mara. Podría relajarse, podría hablar arameo, dejaría de ser el extranjero como era en Roma. Aquí ha descubierto cuántas cosas echaba de menos en Roma. Cuando se reúne con hombres como Gamaliel, con Ajer o Ben Ismael siente que sus raíces están allí, e incluso las torpes meditaciones de los campesinos galileos y las abstrusas discusiones de los doctores, sus salmodias, sus estúpidas disputas, le pertenecen. Es indudable que todo ello le da fuerzas. ¿No sería una locura renunciar a aquella fuerza, depender sólo de sí mismo?

Pero ¿y su obra, su historia? Si la escribe aquí, ¿no resultará tendenciosa? ¿No se inmiscuirá en ella irremediablemente la mezquina y tonta cotidianidad de la provincia?

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Gamaliel prosiguió:

—Habéis logrado escribir la historia de la guerra de tal modo que los judíos la leen sin amargura y los romanos con regocijo. Pero me temo —dijo señalando el mosaico del suelo, el racimo de uvas emblema de Israel— que aún no ha llegado el día en que pueda beberse al mismo tiempo el jugo de la uva y la leche de la loba. Dios os ha dado mucha fuerza; pero es posible que haya que tener la pasta de los viejos profetas para poder digerir ambas cosas. Roma es grande, pero cuando uno está allí, la tierra de Israel se ve muy lejos y muy pequeña. En Roma se desbordan los cuencos de carne mientras aquí escasea la leche y la miel.

Se levantó, pero no se acercó a la jamba para soltar un discurso, sino que permaneció de pie junto a Josef y le habló amablemente, con ternura, sí, incluso le puso la mano sobre el hombro.

—Soy más joven que vos, y tal vez os parezca demasiado insistente. Admito que hasta ahora habéis logrado ser al tiempo romano y judío; y cuando todos creíamos que no podríais más, que ibais a pronunciaros en favor de unos u otros, siempre encontrabais la forma de jugar a dos bandas. Pero si ahora os embarcáis rumbo a Roma, entonces, me temo, será vuestra última decisión, la definitiva. ¿Qué preferís, ser un escritor griego o judío? ¿Queréis que os recuerden como el historiador del pueblo judío o como el del Palatino?

Gamaliel hablaba con premura tratando de convencerlo, y había encontrado el tono adecuado; Josef se sentía muy tentado. Aquella tierra lo atraía, sus gentes, la ocupación que se le ofrecía, el propio hombre, su juventud, su fuerza, su astuta entereza, sus silencios, sus palabras. Le tentaba la idea de regular los asuntos públicos de los judíos codo con codo con aquel hombre. Pero, en lugar de forjar la historia de los judíos en lo pequeño, ¿no sería mejor escribirla a lo grande?

Gamaliel notó que si añadía una palabra más debilitaría el efecto de su discurso. No le urgió a responderle.

—Meditad mi oferta con calma —concluyó—. Tenéis tiempo hasta que llegue el invierno y se interrumpan los viajes.

Antes de comunicar oficialmente al Colegio la solicitud de Roma el Doctor Supremo mandó llamar a los doctores que pasaban por ser amigos de los mineos para consultarlos.

Reunidos en el gabinete de Gamaliel, Ben Ismael y sus amigos se miraban consternados. Al instante reconocieron la situación, y que si trataban de proteger a los mineos y a sus predicadores se reforzaría la

opresión de Israel a manos de Roma. Se miraron, miraron al Doctor Supremo, no sabían qué hacer.

Finalmente fue el propio Gamaliel quien hubo de animar a aquellos hombres abatidos. Lo que más le importaba, les explicó, era impedir la división de los judíos. Naturalmente, la medida más apremiante era que los cristianos renunciasen a su propaganda, doblemente peligrosa tras la publicación del edicto sobre la circuncisión, para no agravar el disgusto de Roma. En tal caso existía la remota posibilidad de que pudieran seguir formando parte de la comunidad. Pues, aunque en alguna ocasión expresasen opiniones que rozaban la «negación del principio», la mayor parte de los mineos no se desviaban, más que en ciertos puntos sin importancia, de la doctrina de Yahvé. A su parecer, lo mejor era que los dirigentes de los mineos debatieran con los doctores públicamente y con calma sobre las cuestiones en litigio. Confiaba en que tal disputa permitiría al Colegio anunciar en su informe pericial que los cristianos pertenecían a la comunidad judía.

Incluso aquellos doctores que consideraban a Gamaliel un enemigo tácito de los mineos, a pesar de la neutralidad de que había hecho gala hasta entonces tuvieron que admitir que su oferta era justa. Los propios cristianos confesaban que había mucha confusión en sus enseñanzas. Un debate, tal y como lo proponía Gamaliel, permitiría a los dirigentes de los mineos adecuar sus principios a los dogmas de los doctores sin verse obligados a renunciar a su esencia. La propuesta del Doctor Supremo ofrecía a los cristianos una salida a su difícil situación, dejando generosamente en sus manos la decisión de permanecer o no en la comunidad. Los doctores que simpatizaban con los mineos alabaron la sabiduría y benevolencia de Gamaliel y asintieron.

El doctor Ben Ismael se encargó de transmitir la propuesta del Doctor Supremo al taumaturgo Jacob, del pueblo de Sekanja, como dirigente reconocido de los mineos de las comarcas de Lida y Yabne. Ocurrió lo que Ben Ismael había temido en su fuero interno. Jacob rechazó el ofrecimiento sin meditarlo ni un instante. Su liso e imperturbable rostro de banquero se sonrojó ligeramente; permaneció sereno, pero fue una serenidad ganada a pulso.

—No haremos regresar a nuestros predicadores —declaró—. Ése sería a nuestros ojos el peor pecado que podríamos cometer, en verdad una «negación del principio». Porque para nosotros Yahvé no es sólo el dios de Israel, sino del mundo entero, y no permitiremos que se nos impida difundir sus enseñanzas entre los paganos, tal y como se nos ha encomendado, aunque los romanos hayan prohibido la circuncisión. Proclamamos nuestra fe y nos alegramos de que haya cada vez más personas que la adoptan, pues nosotros mismos hemos visto que esta fe proporciona un gran consuelo y que el que habita en ella está a salvo.

»También nos negamos a disputar con los doctores sobre nuestra fe. No podríamos hacerlo, aunque quisiéramos. Ninguno de nosotros debe osar hablar por boca de otro, sino sólo en su nombre. Esto es precisamente lo que nos distingue de los doctores: que no queremos obligar a nadie a profesar una doctrina determinada. Nosotros no sopesamos, comparándolos, argumentos lógicos y teológicos, nosotros nos sumergimos en la historia de nuestro Salvador. De sus palabras y de nuestro corazón obtenemos nuestra fe. Permitimos que cada uno entienda las palabras del Salvador a su manera. Ninguno está obligado a aceptar la interpretación de otro. Por eso muchos de nosotros se llaman a sí mismos “creyentes”: porque no aceptamos que se dicten las opiniones, sino que cada uno de nosotros ha de interrogar a su propio corazón en busca de la fe.

»Nuestra fe no conoce fronteras, no queremos tenerlas. Ni siquiera tenemos un nombre común. A veces nos llamamos creyentes, a veces nos llamamos pobres, o bien cristianos. Dejamos a los doctores que definan nuestra fe; ellos confían más en su saber. Nosotros mismos no podemos dar un nombre a lo que nos une, y tampoco deseamos hacerlo; somos demasiado humildes para ello.

»Nos consideramos judíos. Creemos lo que creen los doctores, respetamos los usos tal y como los prescriben los doctores. Pero nuestra fe es mayor y sometemos nuestra vida a preceptos aún más estrictos. No sólo creemos en los sacerdotes, también creemos en los profetas. Damos al César lo que es del César, pero no creemos que una prohibición imperial pueda librarnos de la obligación de cumplir los mandamientos de Yahvé. Y también creemos que somos hijos no sólo de un Dios judío, sino de Dios sin más. No queremos sacar a nadie de sus límites si se siente a gusto en su estrechez, pero a nosotros nos ha sido encomendado alabar la amplitud de Yahvé. Queremos teología, pero también queremos religión. Queremos una iglesia judía, pero también que perviva el judaísmo.

»¿No veis, mi doctor y señor Ben Ismael, tan benévolo con nosotros y no demasiado alejado de nuestra fe, no veis que el Doctor Supremo quiere ponernos la soga al cuello con su oferta? Nos preguntarán cosas a las que no podremos responder ni sí ni no, se levantará acta y en lugar de redactar un informe se pondrá sobre la mesa el acta de los romanos, conseguirán que los romanos declaren que el cristianismo es una religión prohibida. Los doctores no nos excluirán, pero dejarán que los romanos se ocupen de proscribirnos, al igual que encomendaron en su día a los romanos el asesinato del Mesías y se lavarán las manos

proclamando su inocencia.

»Si lo que queréis es conocer mi opinión, querido doctor Ben Ismael, indagaré gustoso en mi corazón y os expondré lo que en él encuentre. Cuando alguien se aproxima a nosotros con intención recta y sencilla pidiendo explicaciones no descansamos hasta encontrar la palabra justa y más simple pero se me figura que sería una profanación ponerme delante de los doctores en la Escuela de Yabne y escatimar los más nimios detalles de mi fe. Que nos la prohíban, o que fuercen a los romanos a prohibírnosla. No pienso comprar la tolerancia de los doctores a cambio de proclamar una verdad a medias, ocultando la otra mitad. Antes prefiero ser denostado y perseguido por proclamarla entera. Quien dice media verdad escupe a Dios de su boca. Benditos aquéllos que sufren persecución por decir la verdad entera».

Muy pronto, y de un modo harto amargo, el doctor Ben Ismael hubo de constatar que la equidad de Gamaliel no era más que un disfraz. Recibió un golpe terrible e inesperado.

Había una oración antiquísima que los judíos estaban obligados a rezar desde hacía siglos y que desde la destrucción del Templo servía como sustituto del sacrificio: las Dieciocho Plegarias. Algunas de estas plegarias, que trataban del bienestar de la comunidad, carecían ya de sentido desde que se destruyera el Templo y resultaban contradictorias. Las sustituyeron temporalmente por ciertas súplicas del tiempo de Judas Macabeo. Pero tampoco éstas, aunque procedieran de una época marcada por la opresión y se refirieran al cese del servicio divino, concordaban plenamente con la situación actual.

Y de pronto, sin previo aviso, en el transcurso de un debate en el que se dirimía la revisión de la fórmula de alabanza que debía pronunciarse al partir el pan, el doctor Helbo Bar Nahúm insistió en que se diese asimismo al texto de las tres plegarias nacionales una forma unívoca y adecuada a la situación política que atravesaban. Ante todo, la plegaria por la reedificación de Jerusalén era, en su forma actual, excesivamente vaga y daba pie a falsas interpretaciones; él mismo había oído cómo personas de dudosa fe, o incluso infieles, interpretaban ese ruego a su manera confiriéndole un sentido muy particular, herético. Gentes que afirmaban, tercas y taimadas, que el Mesías había venido hacía tiempo y que la destrucción de las murallas de Jerusalén constituía un merecido castigo y una bendición, incluso esas gentes, repetían sin pensarlo esa terrible y conmovedora plegaria por la reedificación de Jerusalén y decían «amén» cuando el recitador la formulaba. Se limitaban a aducir, insolentes, que se trataba de la reconstrucción de una Jerusalén «espiritual». El doctor Helbo era un hombre obeso de mentón carnoso, imponente, y una voz grave que resonaba en toda la sala.

—¿Qué opinan los doctores y señores? —dijo poniendo fin a su discurso, mirando expectante a su alrededor.

El Colegio solía asistir sin gran interés a los debates en torno a la «negación del principio» que él y los doctores Jesús y Simón el Tejedor suscitaban una y otra vez. El doctor Helbo sabía que todos querían retrasar en lo posible cualquier fallo sobre la espinosa cuestión de si se debía considerar o no judíos a los mineos. Pero ¿acaso sus colegas pensaban rehuir de nuevo aquel debate ahora que el Gobierno había solicitado su informe? Levantó la vista hacia los asientos del otro lado, donde se alineaban los amigos de los mineos. Éstos se miraron inquietos. No sabían a ciencia cierta qué era lo que buscaba el doctor Helbo. Prefirieron callar.

Como nadie pidió la palabra se levantó el doctor Jesús de Gofna y habló. Era un hombre sereno, que solía medir sus palabras. También a él, explicó, le parecía una blasfemia que sus oraciones se mezclasen en el oído de Yahvé con las de los «negadores del principio». Su propia oración se manchaba si el que oraba a su lado decía las mismas palabras, pero retorciéndolas con alevosía hasta darles otro sentido. No era posible decir «amén» de corazón al ruego por la reconstrucción de Jerusalén si junto a uno lo hacía alguien que tenía por una bendición la destrucción de su ciudad, pronunciando así un «amén» desvirtuado, en suma, una herejía. Era inevitable que hasta al más sosegado lo asaltase el rencor por el hipócrita, y, en lugar de servir mediante la oración, se caía en el pecado.

Todos esperaban escuchar ahora una propuesta. Pero no, también el doctor Jesús se conformó con la mera constatación. ¿Debía servir también aquel debate, se preguntaron los amigos de los mineos, únicamente para caldear el ambiente, o es que aquellos tres pensaban que había llegado la hora de asestar el golpe?

Lo asestaron. Simón el Tejedor pidió la palabra. Preguntó al doctor Helbo si conocía algún medio para librar al servicio divino del maligno veneno al que se habían referido él y su colega Jesús.

El doctor Helbo conocía un medio. Cuando diez años antes se procedió a revisar la oración de las Dieciocho Plegarias se decidió eliminar una de ellas sin sustituirla, destruyendo el ritmo básico de la

oración. Y así, las plegarias ni siquiera eran dieciocho, el número sagrado de la vida. Era necesario, propuso el doctor Helbo, recomponer por fin aquel número, lo que podría hacerse añadiendo a los tres ruegos por la reconstrucción del Templo y la Nación una deprecación contra aquellos perversos de palabra que deseaban falsear «espiritualmente» esos ruegos malinterpretándolos. Semejante disposición no sólo restituiría el orden originario de las plegarias sino que eliminaría el peligro del que habían hablado él y sus colegas; pues difícilmente podrían repetir los herejes un ruego semejante, difícilmente podrían decir «amén» a tal súplica.

Ahora ya sabían Ben Ismael y sus amigos de qué se trataba. Ninguno había nombrado a los mineos, pero era evidente que querían convertir las Dieciocho Plegarias en un arma capaz de expulsar a los cristianos de las sinagogas y de la comunidad. Los mineos insistían en participar en el servicio divino de la comunidad. Solían citar al profeta: «Mejor que el sacrificio es la oración», y las antiquísimas Dieciocho Plegarias eran para ellos tan preciadas como para el resto de los judíos. Amaban de todo corazón el piadoso y sencillo canto que acompañaba a los ruegos, en muchas casas de oración eran ellos quienes ocupaban el puesto del recitador. Si ahora, tal y como pedía el doctor Helbo, se engarzaba en ellos una maldición que atacaba de modo unívoco a los mineos, éstos no podrían responder «amén», como rezaban los preceptos, pues no podían rogar a Dios que los exterminara. Por lo que tendrían que alejarse de las casas de oración.

La propuesta ideada por aquellos tres doctores era muy astuta. Si se aceptaba, no sólo obligarían a los mineos a adoptar una decisión que hasta entonces habían rehuido, sino que lograrían aplacar el odio que suscitarían al facilitar a los romanos un informe, y, por tanto, una excusa, para perseguirlos. Podrían limitarse a explicarle a Flavio Silva: hay un modo muy simple de determinar quién es judío y quién no. Nuestra doctrina está contenida en las Dieciocho Plegarias. Quien las pronuncie, quien diga «amén» al escucharlas, es judío. El que no lo haga no pertenece a nuestra comunidad. Sin duda, dependía tan sólo de los mineos que quisieran decir «amén» a la maldición contra los herejes o no.

Ben Ismael no tardó en reconocer el peligro que entrañaba la propuesta del doctor Helbo. Rehuir el comprometido informe mediante un precepto litúrgico bastante justo debió parecerles a la mayoría de los doctores una solución afortunada. Pero, en lugar de pensar en el modo de atajar aquel peligroso golpe, a Ben Ismael únicamente lo torturaba una pregunta: aquella perversa maniobra, ¿era obra de los tres o la había urdido su cuñado Gamaliel? Le habría dolido en lo más profundo saber que Gamaliel se había aliado con los tres doctores.

El Doctor Supremo disipó de inmediato toda duda. Tomó la palabra, y brevemente y con sequedad expuso que la solución que había encontrado el doctor Helbo le parecía justa y sabia; la aprobaba.

La voluminosa cabeza de Ben Ismael bullía de pensamientos amargos, acusadores, indignados, resignados. No habían transcurrido muchas semanas desde que le dijera a Chanah que sus amigos jamás permitirían que se aprobase una moción contra los mineos. Ahora se había interpuesto la exigencia de los romanos para obtener su informe, y a nadie cabía reprochar que se aprobase la propuesta infernalmente astuta de Helbo; al contrario, oponerse a ella equivaldría a declararse enemigo de la comunidad. Estaba tan consternado que no encontró palabras para responder a los tres y al Doctor Supremo.

En su lugar habló uno de sus amigos. La oración, explicó, se creó para rogar el perdón de Dios, no para pedir venganza; había que dejar en manos de Yahvé el castigo de ateos y blasfemos.

Pero con ello sólo logró que el doctor Simón, con el apodo de «el Tejedor», se levantase por segunda vez y se expresase, tras el pronunciamiento del Doctor Supremo, rotunda y claramente. Había, dijo, que obligar a enseñar su verdadero rostro a los herejes, a esos ambiguos que afirmaban ser judíos pero que se arrodillaban cual idólatras ante un semidiós que, según decían, los había liberado del peso de sus pecados. Las opiniones eran muchas, algunas buenas y otras menos; había muchas casas en la morada de Yahvé, pero no podía admitirse en ella a los que por medio de su fe en aquel semidiós contravenían el único credo de la doctrina judía: «Oye, Israel, Yahvé es nuestro Dios, el único».

Si el Doctor Supremo hubiera ordenado en ese momento que se procediese a la votación sin duda sesenta de los setenta doctores del Colegio habrían votado en favor de la propuesta. Pero Gamaliel se mostró justo, como siempre. Le parecía, dijo cerrando la sesión, que algunos se habían encolerizado, y proponía posponer la votación para el día siguiente; pues no era bueno adoptar una resolución tan importante con el ánimo alterado.

Ben Ismael no durmió aquella noche. Lo acompañaban sus amigos, incluso el mineo Jacob había acudido a toda prisa a Yabne desde su pueblo, Sekanja. Todos rodeaban a Ben Ismael, dolidos, consternados.

El mineo Jacob le dijo:

—Sabéis que somos judíos y que no queremos contravenir la Ley. Nuestro Mesías ha venido para que se

cumpla la Ley. Somos personas pacíficas. No nos excluyáis. Hay una doctrina vieja y una doctrina nueva. Nosotros creemos en la nueva, pero no desechamos la antigua. Si nos excluís se unirán a nosotros cada vez más paganos y habrá en nuestra fe cada vez más partidarios de la nueva doctrina y menos de la vieja. No nos obliguéis a renunciar a la antigua en nombre de la nueva doctrina.

Chanah permanecía sentada entre los hombres con expresión sombría y vehemente. Los conminó a rechazar la propuesta y a abandonar el Colegio en caso de que se aprobase. Muchos se les unirían, y, si se aliaban con los mineos, podrían hacerle frente a Yabne.

Ben Ismael se sentía abrumado por las dudas. Una cosa estaba clara: si se aprobaba la propuesta los mineos abandonarían el cumplimiento de los ritos, y si no se aprobaba los romanos infligirían nuevas vejaciones a los suyos. Amaba a los mineos, valoraba en mucho algunas de sus enseñanzas. Pero también tenía en mucho a Israel y su pervivencia.

Acudió a la sesión del Colegio sin haber decidido nada. Sus enemigos, en cambio, se habían preparado a conciencia. Insistieron en que primero debía determinarse con claridad el contenido de la nueva plegaria, aunque no sus palabras. Se determinó que se rogaría por que la maldición de Yahvé cayese sobre dos tipos de «negadores del principio»: sobre los que no creían en la unidad de Yahvé, sino en un Mesías que ya había venido para interceder ante él por los hombres, y sobre aquellos que creían poder interpretar la Ley sin ayuda de las enseñanzas orales heredadas y de sus exponentes autorizados.

Cuando se procedió a la votación, Ben Ismael y los suyos no dijeron ni sí ni no. La propuesta se aprobó por mayoría. La sesión había sido breve, pero Ben Ismael estaba tan fatigado como si hubiera realizado un terrible esfuerzo físico. Sintió nostalgia de su ciudad de Lida. Probablemente no regresará jamás a Yabne. Abandonará el Colegio sin odio, pero cansado de los muchos e inútiles discursos, y vivirá en Lida ocupado en el estudio de la doctrina sin rebelarse contra los doctores, sin discípulos; vivirá para sí, para Chanah, para su amigo Ajer.

Pero cuando él y los suyos quisieron partir, el doctor Simón, apodado «el Tejedor», tomó de nuevo la palabra. Ben Ismael, dijo, había callado y se había abstenido de votar. Por muy profundo que fuese su respeto por tan comedida actitud consideraba que, en tiempos como aquéllos resultaba también necesario evitar dar la impresión de que un miembro del Colegio tenía tratos con los blasfemos que el Colegio acababa de condenar. Y, si resultaba que tal sospecha recaía precisamente sobre un hombre tan docto y que gozaba de un reconocimiento tan merecido como Ben Ismael, ello causaría un grave perjuicio a la autoridad de Yahvé. Lo importante era demostrar, sobre todo ante los millones de judíos que vivían en el extranjero, que en Yabne sólo se enseñaba *una* doctrina. Lamentaba que, Ben Ismael hubiera callado, y rogaba al Colegio que buscase el medio de reparar semejante daño.

Todos guardaron silencio consternados. Entonces el doctor Helbo se puso en pie. De nuevo era él quien conocía el remedio. Ben Ismael, opinó, había sido bendecido con el don de la palabra en mayor medida que el resto, y las oraciones que procedían de su mano poseían una profundidad y un fervor particulares. Por ello debía encargarse al doctor Ben Ismael la redacción de la nueva plegaria. Si él la redactaba tendrían la seguridad de encontrar las palabras adecuadas, y, además, todo el mundo constataría la unidad de Yahvé y la unidad de la doctrina.

El discurso de Helbo fue bastante largo. Mientras hablaba, Ben Ismael mantuvo la vista fija; su pálido rostro permaneció inmóvil. Sólo cuando se acercaba a su final levantó los ojos, pero no miró a Helbo, sino a su cuñado, el Doctor Supremo. Durante largo rato ambos hombres se miraron, pero sin rencor, más bien curiosos y expectantes. En cuanto comprendió las intenciones de Helbo le sobrevino una calma gélida, pero en medio de aquella calma sus pensamientos se confundieron a una velocidad vertiginosa. No dudaba de que la propuesta de Helbo había sido pactada de antemano con el Doctor Supremo. Pero ya no sentía, como ayer, un odio teñido de desdén. Gamaliel quería destruir todo lo que pudiera perjudicar a Israel, y consideraba que él era perjudicial. Era un individuo que no quería renunciar a nada de su fe, y toda comunidad tiene tendencia a excluir a quien se aferra a su propio ser. Gamaliel no es su enemigo. Lo respeta, jamás lo ofendería si algún día llegasen a enfrentarse en lo personal. Pero ahora lo tiene ante sí representando a la comunidad y, por tanto, a la infamia, y se siente con derecho a hacerlo.

El chivo que antaño enviaban al desierto para redimir sus culpas no lo logró, y el Jesús de los mineos que quiso ser el chivo, el cordero que toma sobre sí el pecado del mundo, tampoco lo había logrado. Porque, si no, ¿cómo podría encomendarle Yahvé *a él* lo que ahora le encomienda?

Si hay alguno entre los doctores dispuesto a proteger a los mineos, si hay alguien capaz de comprender la amplitud y moderación de su doctrina, es él. Y ahora quieren que sea él precisamente quien los maldiga y los expulse de la comunidad.

Es una amarga disyuntiva. Debe elegir entre judaísmo e iglesia judía, sabiendo que el judaísmo no

sobrevivirá sin esa iglesia.

Conoce perfectamente el razonamiento de Gamaliel: estamos obligados a renunciar a una parte de la verdad si no queremos renunciar a toda. Pero ¿acaso la verdad sigue siendo verdad si se renuncia a una parte? ¿No tendrá razón Gamaliel al preguntarse si es posible preservar la verdad si no hay nada que la represente?

Lentamente alza la mano; se acaricia, sin perder de vista a Gamaliel, la frente despejada; tira con gesto mecánico de sus cejas, alisándolas. Han procedido con una astucia diabólica Gamaliel y sus compinches. Si hace lo que le piden que haga, si maldice a los que ama, los mineos tendrán motivos para acusarlo de ser el hombre que los ha expulsado. Y si no lo hace, los otros lo expulsarán a él, y con razón, pues estará proporcionando a los romanos una nueva excusa para desconfiar de la doctrina y perseguirla. Y, haga lo que haga, en cualquier caso habrá una nueva división en Israel.

Permanece sentado y en silencio, un hombre de aspecto imponente. Pero sobre él pesa una carga inconmensurable como antaño en el Día de la Expiación, cuando, tras la caminata, subió los escalones de la Escuela con su bastón, su alforja y su talega, con aquella pesadez y aquella fatiga, sintiendo un deseo irrefrenable de dejar de pensar, dejarse caer, huir en un desmayo. Pero, como antaño, hoy sabe que no puede ceder a ese deseo, que debe permanecer allí sentado, escuchar a los demás y responder.

El doctor Helbo ha concluido su discurso. Todos miran ahora a Ben Ismael. Tras un silencio que les parece eterno se oye la voz de Gamaliel:

—Ruego al doctor y señor Ben Ismael que se pronuncie.

Ben Ismael no se levanta. Se mantiene sereno, nadie nota que es incapaz de levantarse. Pero su gran cabeza con la amplia frente está extraordinariamente pálida y su voz grave suena hueca y metálica cuando por fin replica:

—Redactaré la oración.

Profundamente irritado por la brutalidad con que se había obligado al comedido Ben Ismael a traicionar sus propias convicciones, Josef fue a ver al Doctor Supremo. Lo reconcomía no haber intercedido en Cesarea en favor de la Universidad de Lida. Estaba decidido a decirle abiertamente a Gamaliel lo que pensaba de sus métodos y a arrojarle a la cara el cargo que le había ofrecido. Su política le repugnaba.

El Doctor Supremo no interrumpió su violento alegato en ningún momento.

—Sois tan joven y tan vehemente —afirmó cuando Josef hubo terminado. Había un deje de fatiga, ironía y envidia en su voz.

—Dijisteis —insistió Josef en tono sombrío— aquí, en esta misma habitación me dijisteis que no tocaríais a los mineos mientras éstos respetasen vuestros preceptos.

—No los han respetado —replicó el Doctor Supremo—. Tengo informes fiables de que en Antioquía, en Corinto y en Roma predican, de acuerdo con las enseñanzas de un tal Saulo o Pablo, que el precepto de la circuncisión sólo obliga a los que se adhieren a ellos provenientes del judaísmo, pero no a los paganos que se convierten a su fe.

Josef recordó ciertas palabras que pronunciara Jacob, el milagrero.

—Aunque algunos de sus predicadores enseñen eso —le replicó dubitativo—, ¿no cabe considerarlo como una medida provisional que les permite eludir la prohibición de los romanos?

—Esgrimes un argumento típicamente mineo —replicó el Doctor Supremo con acritud, y su amable rostro se volvió duro como el de un romano—. No puedo admitir que los motivos alteren el hecho. No puedo permitir que se admita a alguien en la comunidad de Israel y no se le circuncide. Una secta que acoja a incircuncisos no puede ser tolerada en nuestra comunidad. Apelad a vuestra razón, doctor Josef —dijo en tono persuasivo—. El reconocimiento de semejante principio acarrearía la disolución del judaísmo. Hemos logrado que el canon ritual vincule a los judíos, incluso a los que viven en el extranjero, con tanta firmeza como antaño lo hiciera el Templo, sí, incluso se sienten más impelidos hoy a mirar hacia Yabne que antaño a Jerusalén. Si permito que los ritos se tambaleen, entonces esa unión se quiebra, y se quiebra todo.

Y, acercándose a él confianzudo, taimado, enigmático, agregó:

—Es más. El hecho de que los romanos hayan prohibido la circuncisión se me figura una señal de Yahvé. No desea acoger a más paganos en su seno. Quiere que primero nos afiancemos en nosotros mismos. Por el momento ha cerrado el cupo.

Josef le opuso, taciturno, sus viejos reparos:

—¿Y qué ocurre con la universalidad de la doctrina si le hurtáis a los paganos la posibilidad de participar de Yahvé?

—Debo elegir —replicó el Doctor Supremo— entre poner en peligro el universalismo de los judíos o su propia existencia. ¿Debo hacer peligrar la idea misma en aras de una parte de ella? Prefiero restringir durante un tiempo el judaísmo afianzando su aspecto nacionalista a permitir que se disuelva. Debo garantizar la subsistencia de la comunidad en los próximos treinta años, los más peligrosos desde que Yahvé sellase su alianza con Abraham. Cuando hayamos desterrado ese peligro el espíritu judío podrá desarrollar de nuevo su carácter cosmopolita.

—¿Y era necesario —preguntó Josef apesadumbrado tras unos minutos— humillar por segunda vez a Ben Ismael, y con tanta dureza? Sin duda sabéis que no se recuperará de este golpe.

—Lo sé —admitió Gamaliel—. No pude impedirlo. Dado que había que asestar ese golpe era necesario hacerlo de un modo efectivo. Sabéis lo obsesionado que está Flavio Silva, lo mucho que odia el proselitismo. Sin duda ha preparado perversas represalias para el caso de que no nos separemos de forma palmaria de los mineos. Cuenta con muchos medios para ello: puede anular nuestros privilegios, la jurisdicción, la Universidad de Yabne. Por ello tuve que cercenar las cabezas de aquellos sobre los que recaía la sospecha de favorecer a los mineos. La humildad de Ben Ismael ha asegurado los privilegios de que goza Yabne.

Seguramente Gamaliel tenía razón. Pero Josef pensaba en el rostro pálido, alargado, dolorido de Ben Ismael; la pena y la ira lo acongojaron hasta el punto de que se tapó los ojos con los puños como un niño.

—Amo a Ben Ismael —dijo tras unos instantes el Doctor Supremo, midiendo sus palabras—. Aquí, en la paz de esta estancia, mientras converso con vos, me asombro de mí mismo, de cómo he sido capaz de irritarlo hasta el punto de causarle la muerte. Aquí no habría podido hacerlo. Gamaliel no habría podido hacerle tal cosa a Ben Ismael, antes habría preferido abandonar él mismo el país. Pero Gamaliel no es el Doctor Supremo. El Doctor Supremo ha de tener la fuerza necesaria para ejercer la violencia y aplastar a las personas si la razón política se lo exige. Sería un delincuente si fuera capaz de perjudicar los intereses de la comunidad para proteger al hombre Ben Ismael.

—Yo jamás podría ser tan consecuente —dijo Josef lleno de renuncia y amargura.

—Entonces, ¿no queréis interceder por nosotros en Cesarea, querido Josef? —le preguntó Gamaliel sin ocultar su decepción.

—Admiro la lógica de vuestra política —replicó Josef—. Pero pensar que estuve a punto de aceptar vuestra oferta me produce escalofríos.

En la oración de las Dieciocho Plegarias, tras el bello ruego undécimo, que dice «Entroniza a nuestros jueces como antes, y a nuestros príncipes como antaño», se introdujo una nueva, que comenzaba con las palabras: «Ninguna esperanza para los herejes», y que concluía diciendo: «Alabado seas, Yahvé, que denostas a los herejes y golpeas en la cabeza a los arrogantes».

La inclusión de ese ruego en las oraciones diarias tuvo el efecto deseado. Cierto que muchos de los mineos cedieron, negaron la nueva doctrina y dijeron «amén» cuando se suplicaba a Yahvé que exterminase a aquellos que creían que el Mesías ya se había encarnado. Pero otros muchos, la mayoría, permanecieron firmes en su fe. Se separaron de la comunidad, tuvieron que soportar que los demás los rehuyeran. Muchos emigraron, entre ellos el taumaturgo Jacob, de Sekanja.

Los adeptos de la nueva doctrina asumieron entonces muy resueltos la misión que antaño los judíos consideraron como su tarea más importante: divulgar la nueva de Yahvé entre los paganos. Cierto que todavía había algún libro mineo que incluía aquella vieja frase: «No vayáis a los gentiles, ni penetréis en la ciudad de los samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel», pero su propaganda comenzó a basarse en las enseñanzas del tal Saulo, o Pablo, de que el mensaje de Yahvé y su Mesías estaba destinado ante todo a ser la luz de los paganos. Mientras los judíos renunciaban cada vez más a divulgar su fe bajo la presión de la prohibición de circuncidar, las persecuciones no arredraron a los mineos, que continuaron predicando a su Mesías.

Los cristianos se distinguían cada vez más de aquellos de cuyo seno procedían. Negaron el canon ritual que hasta entonces los mantenía unidos. En su mensaje de salvación arremetían con violencia contra el antiguo judaísmo. Transida de odio, la nueva doctrina ecuménica se separó para siempre de la antigua, ligada ya a un pueblo, para conquistar el mundo bajo esa forma.

Tras la entrevista con el Doctor Supremo, Josef regresó a sus posesiones. Permaneció allí un tiempo; conversaba plácidamente con su administrador, sopesaba si no debería liberar a su esclavo, el Obediente.

Doce días más y zarparía el *Fortuna,* que lo conduciría de regreso a Italia; en cuatro días debía partir hacia Cesarea.

Cabalgó hacia el «Pozo de Yalta». Se sentó sobre el pequeño murete que tanto le gustaba, pero no encontró allí a Mara. Se quedó sentado bajo el sol, que ya no quemaba. Ahora que había decidido marcharse sentía más que nunca el deseo de permanecer en el país.

Si al menos tuviera hijos en Roma, hijos del espíritu y de la carne. Pero Simeón está muerto, y a Pablo lo ha perdido para siempre.

Un hombre tiene una gran culpa que expiar cuando por su causa ha muerto el único hijo de una mujer. Pero si la tomase de nuevo, ¿no sería eso más un premio que un castigo? Mara no está con él, pero él la ve ante sí, descalza, con su gran sombrero de paja, sentada, de pie, caminando de un lado a otro; después, de rodillas, cavando aquella tierra negra y fértil.

Muchos doctores alaban los desposorios con la divorciada como un acto meritorio. Cuánto se reirían en Roma si, después de todo lo que había ocurrido, regresase con su primera esposa. Desde luego, uno se equivoca a menudo. Jamás pensó que lo recibirían tan bien en la tierra de Israel. En verdad, Gamaliel es un gran hombre. No hay nadie más indicado para conducir a los judíos en estos tiempos.

Sería magnífico tener un hijo de Mara, de la mujer de los pies descalzos y el sombrero de paja. No le importa que los judíos reconozcan a ese hijo o no, con tal de que pueda educarlo desde el principio junto a la mujer de los pies descalzos.

Cuando al día siguiente regresó al terrazgo vio a Mara. Estaba trabajando. Se puso a su lado y comenzó a hablarle. Le habló de aquella curiosa institución del levirato. Le explicó que no debía tomarse el concepto al pie de la letra, que él se sentía en deuda con ella y que quería pagar esa deuda. Ella siguió trabajando mientras hablaba y no levantó la vista, de modo que él no pudo saber si lo escuchaba o qué pensaba de sus palabras, pues aquel sombrero grande ocultaba su rostro y él no pudo ver lo que éste expresaba.

Siguió hablando, y dijo más de lo que pensaba decirle. Le preguntó si quería ir con él a Roma y vivir en su casa. Le conseguiría el derecho de ciudadanía, y, si no les permitían casarse por el rito judío, en cualquier caso la haría su esposa al modo romano. Su hijo llevaría su apellido, se llamaría Flavio Josefo, y ella podría decidir si lo llamaban Lakisch como el padre de ella, o Matías, como el suyo, y sería un romano, y, sobre todo, un judío. Y ellos lo protegerían juntos y lo educarían.

No se expresó con claridad, a pesar de ser un orador experimentado; a veces su propio aliento entrecortado interrumpía sus frases.

Mara había dejado de trabajar. Estaba en cuclillas en el suelo, bajo un sol henchido que calentaba sin abrasar, con la cabeza inclinada de modo que su sombrero la ocultaba por completo. Sin embargo, permaneció largo rato inmóvil y sin pronunciar palabra. Finalmente, Josef le preguntó:

—¿Me has escuchado, Mara?

Y como ella se limitara a mover ligeramente la cabeza se le acercó un poco más, se inclinó, tomó su mano, que era áspera, y le dijo:

—¿No quieres mostrarme tu rostro, Mara?

Entonces ella levantó la cabeza y le sonrió bajo el sombrero de paja, y dijo:

—¿Cómo sabes que será un chico?

Josef sintió una gran alegría y la llamó:

—Mara.

Y ella replicó:

—Aquí estoy.

Y él la atrajo hacia sí y la condujo hacia el soleado muro, donde se sentaron.

Pero ella le comunicó seria y decidida:

—Antes debo poner en orden estas viñas salvajes, y también debo esperar a que la burra clara, la babilonia, tenga su cría y la destete. Debo poner en pie la propiedad entera.

—¿Y cuánto tardarás en hacerlo? —preguntó él.

—A principios del año que viene, creo, habré terminado —respondió ella.

—Eso es mucho tiempo —dijo Josef. Pero después se le ocurrió algo—: Entonces aprovecharé ese tiempo para hacer en Roma todo lo necesario de modo que sólo tengas que presentarte ante el juez, que te concederá la ciudadanía.

Al día siguiente Josef trató de convencerla para que lo acompañase a Roma. Pero ella se negó. Había cuidado aquella tierra asilvestrada como una madre, no quería abandonarla hasta estar segura de que prosperaría. Y Josef tuvo que ceder.

Pero no quería partir de Judea antes de sellar una nueva alianza. Durmió con ella. Deseaba engendrar

un hijo en Judea.

Tal como había previsto, al cuarto día abandonó su hacienda para dirigirse a Cesarea y después a Roma. Mara colocó un huevo de gallina entre sus pechos para ver si de él nacería un gallo o una gallina.

Los juegos de Nápoles Flavia no habían desbancado a los sirios, pero en términos generales el gobernador podía darse por satisfecho. Que su principal atracción, el corcel Víndex, no hubiera podido participar, aminoró su efecto, pero el *Laureol* fue todo un éxito. Los asistentes —también los sirios, que era lo importante— no dejaron de reír y de aplaudir, asombrados.

Demetrio Libán había ansiado aquellos aplausos como el ciervo el agua. Pero era lo suficientemente inteligente como para reconocer que eran de escaso valor. El auditorio se mostró extraordinariamente receptivo, pero poco crítico. En las escenas en que los espectadores tendrían que haber gritado entusiasmados permanecieron callados como muertos, y donde deberían haber llorado, se rieron. Al menos se rieron de todo corazón; en ocasiones pareció que temblaban hasta las imponentes gradas de piedra del teatro. ¿Suponía aquello que Demetrio volvía a «hacer reír a las estatuas»?

Había representado el *Laureol* con mala conciencia; que la cosa saliera bien fue un regalo inmerecido de Yahvé. Ahora era su deber permanecer en el país. Además, había otras razones que hablaban en favor de ello. El gobernador, para retenerlo, le ofreció terrenos e importantes privilegios, de modo que, si se decidía a permanecer en Judea, viviría como un rey.

No terminaba de decidirse. Precisamente aquel triunfo en Nápoles Flavia avivó la inquina que despertara en él el fracaso del teatro de Lucía. Había sido un fracaso inmerecido. Había probado que su *Laureol* podía llegar incluso a un público ingenuo, incapaz de saborear su sutileza. No, no quería morir sin resarcirse de la humillación que le infligieran en Roma. Aunque Yahvé se enojara, aunque la nueva travesía por mar le deparase nuevos temores, era su deber arrancar a los romanos el debido reconocimiento por su *Laureol.*

Buscó un barco que le auspiciara un viaje lo más tranquilo posible. Tras mucho ir y venir reservó un camarote en la nave *Argos.* Era un viejo cascarón, pero ancho y espacioso. Y sobre todo no se aventuraba, como la nave cuyo nombre llevaba, a emprender arriesgados viajes, al contrario, rehuía temerosa el mar abierto y navegaba siempre bordeando la costa. El viaje duraría varias semanas, pero no le depararía sufrimientos tan terribles como la primera travesía.

Se equivocó. A la tercera semana un fuerte viento alejó al barco de la costa; el piloto se mostraba incapaz de sostener su timón. El barco fue a la deriva. Una y otra vez lo embestían enormes olas frías, grises. Los marineros se rociaron con ceniza, los pasajeros clamaron a sus dioses, los esclavos que remaban aherrojados en la bodega gemían esperando la muerte. Entre tanto, el capitán no dejaba de afirmar que no debían encontrarse muy lejos de la costa.

Demetrio Libán yacía en su camarote con la tez gris y los miembros helados. Se sentía terriblemente débil, no había dejado de vomitar desde el día anterior, le repugnaba la comida y permanecía tumbado con los ojos cerrados pidiendo la muerte. ¿Cómo podría salvarse? El barco estaba perdido, decían: los dos botes no bastaban para todos. No lo dejarán subir voluntariamente y le faltan fuerzas para imponerse. Al principio lo trataron con deferencia; ahora no es más que un pedazo de madera para ellos, dejarán que se pudra. Si al menos todo hubiera acabado ya. Imploraba a Yahvé, quiso ponerse el manto de oración y las filacterias, pero la fatiga lo venció.

De pronto escuchó un terrible crujido y un griterío que procedía de cubierta. Un miedo espantoso lo asaltó. Con los miembros doloridos se arrastró hasta la cubierta superior. Antes de llegar se desplomó varias veces. Allí no lo miraron siquiera, ni quisieron mirarlo; cada cual estaba ocupado consigo mismo. Su miedo fue en aumento. Cuando se dio cuenta de que los otros se cortaban los cabellos para ofrecérselos a Neptuno trató de arrancarse el suyo para aquel dios, rogándole al mismo tiempo a Yahvé que lo perdonase por rendir culto al ídolo.

Las olas eran inmensas; venían de todas partes, pensó Demetrio. ¿Había cambiado el viento? Alguien dijo que se aproximaban a la costa, que habían lanzado una sonda comprobando que no había mucho fondo, que corrían peligro de zozobrar, pero que conseguirían llegar a tierra con los botes. Los prepararon, aunque no los ocuparon. Libán se refugió en un rincón, pero después se vio arrastrado por el agua y rodó cual cadáver.

Esto es el fin, pensó. No tengo ninguna esperanza, no quiero agarrarme a nada, no quiero esperar. Pero si me ayudas por esta vez, Yahvé, sólo esta vez, renunciaré a representar el *Laureol* en Roma, renunciaré a ello en tu honor. O si no, no me ayudes, pero acaba ya. Ahogarse es espantoso, dejas de respirar. No sé

nadar. Está bien que no sepa nadar, de ese modo todo será más rápido. Quizá debería abrirme las venas. Me horroriza la sangre. Y, si Yahvé en su bondad hubiese decidido salvarme, no estaría bien que me opusiera a su voluntad precipitándome. Lo peor es morir en alta mar, te quedas sin tumba. Al peor enemigo de uno se le maldice: «¡Ojalá te ahogues en medio del océano!», pero los doctores lo han prohibido, incluso contra un gentil. Te comen los peces. Primero se comen los ojos, ¿no se dice eso en algún lugar de los *Persas* de Esquilo? No, no es allí, pero poco importa eso ahora; antes déjame morir, Yahvé. Pero ¡qué frío hace! Quizá algún marinero o un esclavo pueda asestarme un golpe mortal a cambio de unas monedas. No quiero pensar en nada, sólo quiero rezar, pero ¿qué puedo rezar? Sí, sí, he pecado, sí, he ofendido, sí, sí, he errado. «Oye, Israel, el Eterno es tu Dios…», pero no debo decir «Oye, Israel», porque si estoy convencido de que ésta es la hora de mi muerte debo convocar a Yahvé y rogarle que acabe conmigo. Si me salvo tomaré un pedazo de madera del barco para que me crean cuando les cuente qué clase de tormenta tuvimos. Nunca te creen cuando haces una heroicidad. Debería afeitarme la cabeza para que vieran que he ofrecido mi cabello a Neptuno, pero, por otra parte, eso ofendería a Yahvé. Aunque no debo pensar de ningún modo que nos hundiremos. Si llego a interpretar a Laureol en Roma, en lugar de subrayar el «tú» en la tercera escena subrayaré la palabra «cruz». Y la máscara debe llegar medio centímetro más abajo. Debo respirar hondo para que se me pase el mareo. Si respiro profundamente y estiro los brazos rodaré también menos. ¡Oh!, ahí llega otra ola. Pensamos que era una tontería, Marullo y yo, eso de ser pirata. Si se piensa que encima tenían que luchar con una tormenta como ésta. Ojalá todo hubiera acabado ya.

Al llegar a este punto notó Libán un fuerte golpe y un ruido ensordecedor. El barco había zozobrado. Se oyeron gritos. Rápidamente arrojaron los botes al agua. A pesar de saber que no le serviría de nada, Demetrio les rogó a gritos que lo llevaran consigo. Los botes partieron sin él.

En el *Argos* aún quedaban unas veinte personas, esclavos, enfermos, los más débiles. Las olas socavaron ahora definitivamente la deteriorada popa del barco. Demetrio se arrastró junto con otros hasta el lugar que le pareció más seguro y se asió con todas sus fuerzas. La tormenta parecía haber remitido un poco, pero las olas no dejaban de embestirlo amenazando con arrastrarlo mientras él luchaba por recuperar el aliento.

Pero antes de que el barco se hundiese por completo llegaron unos hombres en unos botes. Demetrio pensó que estaba salvado, aunque tal vez no lo pensó, ya no era capaz de discernir con claridad. ¿Eran quizá Laureol y sus piratas? Parecían tener prisa, no se demoraron con charlas; después de trasegar un rato arramblaron con todo lo que pudieron cargar. No se preocuparon por las personas: tal vez pensaran que no merecía la pena alimentarlos para que los sirvieran de criados, quizá les resultase demasiado peligroso convertirlos en esclavos. Los ocupantes de los botes eran bondadosos a su manera: a algún que otro náufrago lo golpearon en la cabeza para acortar su agonía. A Demetrio ni lo miraron.

Los habitantes de aquellas costas estuvieron muy entretenidos en los días que siguieron al naufragio. Les llegaron objetos de todo tipo. Encontraron, entre otros, una arqueta de ébano adornada con relieves de marfil que reproducían las joyas de algún semidiós, con una inscripción: las iniciales D. L. Aquel cofre les pareció muy valioso. No pudieron determinar su finalidad y estuvieron discutiéndolo largo rato. A Demetrio Libán le había servido para guardar su maquillaje. También descubrieron un estuche con las iniciales D. L. que se les antojó muy costoso y que despertó en ellos grandes esperanzas; pero al abrirlo ávidos no encontraron más que una corona marchita.

Josef se alegró de encontrar a Justo en Cesarea.

Se sentaron en el muelle frente a la nave *Fortuna,* que dos días más tarde conduciría a Josef de regreso a Italia. Los rodeaban gentes y ruidos. Pero Josef sólo veía el rostro enjuto, agudo y macilento de Justo.

Éste se congratulaba de que Gamaliel se hubiera decidido por fin a actuar contra los mineos.

—La verdad —constató— no puede enseñarse sin mezclar en ella la mentira. La mentira que los doctores añaden a la verdad es menos peligrosa que la de los mineos. La renuncia al cosmopolitismo falsea la idea judía, pero renunciar al Mesías que ha de llegar la falsea aún más. Pues la llegada de ese Mesías se producirá cuando cada individuo lleve una vida estricta tras un duro combate, de modo que la creencia de que el Mesías ya se ha aparecido equivale a renunciar a la idea de progreso. El que suponga que el Reino de los mil días ya está aquí puede ahorrarse seguir luchando por él. Está bien que Gamaliel se haya opuesto a una doctrina que anima a sus adeptos a evitar la lucha por el progreso.

Josef, que lo observaba de soslayo, seguía dándole vueltas a sus primeras palabras.

—¿Es cierto que creéis —inquirió— que la verdad sólo puede transmitirse añadiéndole una mentira? ¿Así que creéis que lo que debe perdurar ha de ser una mezcolanza de verdad y mentira? Supongo que debo tomarlo por un aforismo.

Justo volvió su rostro hacia él con ademán sarcástico:

—Pasáis por ser un gran escritor, Flavio Josefo. ¿Y a vuestros cuarenta y tres años aún no conocéis los rudimentos de nuestro oficio? Fijaos en la leyenda del Mesías de los mineos. Lo que refieren está lleno de contradicciones patentes. Cualquiera que tenga dos dedos de frente comprenderá que no pudo ocurrir así; aún viven en Jerusalén y en Galilea personas que tendrían que haber visto lo que relatan los mineos y que no lo han visto. ¿No demuestra eso cuánto más poderosa es una leyenda agradable a los hombres que una verdad histórica incómoda? La realidad no es más que materia prima, poco adecuada para el sentimiento. Sólo resulta útil cuando se torna leyenda. Quien quiera retener una verdad ha de sazonarla con la mentira.

El estrépito en torno suyo era ahora mayor. Algunos conocidos saludaron a Josef. Mientras les respondía miraba de soslayo al otro, que seguía allí sentado, delgado y rígido, con un aire extraño por faltarle el brazo, y esa desagradable risita que se había convertido ya en una costumbre. Josef lo escuchaba atento, pero no fue capaz de comprender las palabras de Justo tan rápidamente, y preguntó un poco confundido:

—¿Qué habéis dicho, mi Justo?

Y Justo se lo repitió como el que habla a un niño al que le costara comprender, subrayando cada palabra y en arameo, aunque hasta ahora se había expresado en griego: «Quien quiera retener una verdad ha de sazonarla con la mentira».

Pero Josef, enormemente tentado por sus ideas y al tiempo irritado, le espetó:

—¿Y eso lo decís vos, Justo, el primero en arremeter contra la más nimia concesión?

Justo, sin embargo, le replicó impaciente:

—¿Estáis fingiendo? ¿Acaso no queréis comprender lo que digo? ¿Estoy defendiendo las componendas? La verdad pura, absoluta, es insoportable, nadie la tiene y tampoco merece que se la persiga: es inhumana, no debe conocerse. Pero cada uno tiene su propia verdad y sabe además perfectamente cuál es, pues está bien delimitada y es única. Y si alguien se desvía aunque sea un ápice de esa verdad individual suya, lo percibe y sabe que ha cometido un pecado. ¿Vos no? —le preguntó inquisitorial.

—¿De qué sirve —preguntó Josef con amargura— proclamar una verdad si no es más que una verdad subjetiva y no *la* verdad?

Justo meneó la cabeza ante tanta estulticia. A continuación le explicó, con cierta impaciencia:

—Las verdades que el político traduce hoy en acciones son las verdades que el historiador ha proclamado ayer o anteayer. ¿No lo sabías? Y las verdades que el historiador enuncia hoy las hará realidad el político mañana o pasado mañana. La verdad del escritor es siempre más pura que la del hombre de acción. El hombre de acción, el político, no tiene además, ni siquiera en el mejor de los casos, la posibilidad de llevar a la práctica su concepción, su verdad, en su estado puro. El material con el que trabaja son los demás, las masas, y en aras de ellas ha de hacer concesiones de continuo, debe moldearlas. Pero el pueblo es estúpido por naturaleza. El político trabaja así con el material menos agradecido, más indigno que pueda haber: el mísero ha de adornar su verdad no con una digna mentira, sino con la estulticia de las masas. Y así, cualquier cosa que haga será siempre frágil y estará condenada al olvido. El escritor goza de una situación mejor. Cierto que también su verdad es una mezcolanza de los hechos, el entorno, la realidad y su propio yo, inconstante e ilusorio; pero al menos puede exponer esa verdad subjetiva suya a la luz, sí: incluso puede albergar ciertas esperanzas de que poco a poco llegue a convertirse en una verdad absoluta, a causa de su duración, pues dado que los hombres de acción no cesan de experimentar con su verdad teórica cabe la remota posibilidad de que alguna vez, en circunstancias favorables, la realidad se adecue a su teoría. Los hechos son perecederos, las leyendas permanecen. Y las leyendas incitan a nuevos actos.

Los cargadores corrían de un lado a otro llenando la nave *Fortuna.* Josef los miraba, pero sólo su ojo los percibía mientras permanecía absorto en las palabras de Justo. Éste lo miró ahora fijamente y le habló con una mezcla de lástima y malicia:

—Sin duda, al gran escritor no le resulta siempre fácil permanecer fiel a sus verdades. Casi siempre se trata de verdades desagradables, y a la larga suelen perjudicarle. Por lo general, el éxito duradero sólo le llega a un escritor cuando ha incorporado a sus conocimientos ciertos elementos propios de la necedad de las masas.

Josef se sintió incómodo. Justo, que de nuevo se mostraba muy cortés y volvía a hablar en griego, afirmó entonces:

—Por favor, mi querido Josef, no penséis que me estoy burlando de vos. ¿Por qué no habríais de preocuparos por el éxito? Que hayáis escrito ciertas mentiras indignas os ha valido un busto en el Templo de la Paz. Cualquiera pensaría que merece la pena.

Su rostro volvió a demudarse, adoptó una expresión astuta y al tiempo resignada y se aproximó a Josef.

—Os confiaré un secreto —dijo. Y en medio del estrépito que reinaba en el puerto de Cesarea, como si

estuvieran solos, aquel hombre delgado, raquítico, deforme, abrió su boca muy cerca del rostro de Josef y le confió un secreto al oído—: También la difusión del conocimiento subjetivo más puro deja de proporcionar placer una vez que se ha constatado lo siguiente: que todo saber emana del deseo de reunir razones que justifiquen el propio ser, que todo conocimiento no es más que un medio de elaborar la propia esencia, de afirmarse frente al mundo. Y cuando una idea no sirve para justificarnos la manipulamos hasta que lo haga.

Y, entre risitas, siguiendo la melodía de una copla callejera cualquiera, entonó un proverbio que posiblemente surgiera a medida que lo cantaba: «Sólo lo que te sirve reconoces / para confirmarte a cada paso / que de nada has de hacer caso / y que eres lo que eres».

Josef no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué restamos importancia a nuestro oficio, Justo? —se lamentó.

—Tonterías —declinó Justo con rudeza—. No me parece que sea irrelevante.

Aunque lo herían sus palabras, Josef sintió la necesidad de volver a oírlas una y otra vez. Contempló la nave *Fortuna*.

—¿Queréis venir conmigo a Roma, Justo? —le rogó—. Os necesito.

—Sí —dijo Justo, arisco.

LIBRO QUINTO

EL CIUDADANO DEL MUNDO

Josef llegó a Roma con Justo un día frío, turbio y ventoso. A pesar de ello, ya en la litera que lo condujo a su casa experimentó una honda satisfacción por haber regresado a aquella ciudad. No entendía cómo no hacía ni ocho meses había saludado a Judea como su patria, cómo había podido temer sentirse extranjero en Roma. Desde luego, todo era allí más seco, menos pintoresco que en Judea. Pero no se puede vivir siempre rodeado de una atmósfera tan especial y exigente como la de su patria, uno no puede convertir su existencia en una penitencia y una condena eterna. Su viaje a Judea había sido un espléndido interludio heroico. En Roma estaba su vida de siempre, ajetreada, fría, sucia. Aquél era su sitio, su sitio era el mundo, no la pequeña y pasional provincia de Judea.

Ese mismo día pidió a Justo que lo acompañase a recorrer la ciudad. Entonces saboreó con más deleite aún la dicha que le causaba su regreso. Le habría gustado asentir ante cada casa, cada piedra. Todos, hasta los vendedores ambulantes que gritaban en las calles, incluso los templos y las estatuas de los dioses le pertenecían, eran parte de él. Le agradecía a Judea que le permitiese sentir tan nítidamente que formaba parte de Roma y del mundo.

Justo permanecía silencioso. Caminaba por la ciudad como un observador crítico; se había ausentado mucho tiempo. Pero la nueva dinastía, Vespasiano y Tito, habían sabido demostrar, incluso en la imagen externa de Roma, que aquél era el centro del orbe. Josef enseñó a su reservado acompañante los nuevos edificios blancos y dorados de los Flavios como si fuesen obra suya, vanagloriándose del crecimiento y la monumentalidad de la ciudad, de su ciudad. Al llegar al Foro incluso el sol despuntó por unos instantes, y bajo la tribuna de oradores pudieron leer la hora en el cuadrante solar que pasaba por ser el corazón del mundo; Josef sonreía pletórico como un niño.

Pero cuando llegaron al Campo de Marte el cielo se encapotó de nuevo, y vieron caer una mezcla de nieve y lluvia, reinaba un ambiente invernal, y se apresuraron a refugiarse bajo las nuevas arcadas, reconstruidas tras el último incendio. Los que allí se habían congregado temblaban bajo sus mantos con las narices enrojecidas, carraspeando, tosiendo. Josef saludó a sus conocidos, quienes se avenían a hablar con él a regañadientes, se esforzaban por ser breves, saltando impacientes de un pie a otro, excusándose de inmediato y alejándose de él. Josef por su parte trataba de alargar la conversación, les preguntaba esto y lo otro, les presentaba a Justo. Las voces latinas que tanto le habían desagradado en Judea le sonaban ahora a gloria, sus ojos se regocijaban de ver aquellos rostros romanos, aquellos vestidos romanos. Esas gentes eran ciudadanos romanos, y ciudadano romano era él también.

Justo permaneció silencioso, pero no se mofó de Josef. Cruzaron el Foro de Vespasiano. De pronto apareció ante ellos un inmenso edificio blanco.

—¿El Templo de la Paz? —preguntó Justo, pero era más una constatación que una pregunta. Josef le había explicado profusamente la estructura y detalles del resto de los nuevos edificios, pero ante éste hizo ademán de pasar de largo sin dedicarle ni una palabra.

Justo se detuvo. Temblando ligeramente, impedido por el brazo que le faltaba, el escritor se arrebujó en su manto de fieltro y contempló el edificio.

—¿No vamos a entrar? —instó a Josef, quien lo miró de soslayo, disgustado, temiendo el momento en que Justo descubriese su efigie. Pero su rostro enjuto no expresaba burla, tan sólo curiosidad.

Josef se encogió de hombros y subieron los escalones. Pasaron junto a la Diosa de la Paz, que se erguía dulce y tranquila protegida por sus dos emperadores, junto a las magníficas pinturas y estatuas, los trofeos de la guerra judía, el candelabro de siete brazos, las mesas del pan de la proposición. Justo caminaba lentamente contemplándolo todo con detenimiento y respirando profundamente. Ninguno de ellos dijo una sola palabra.

Cruzaron la biblioteca. Ante ellos se abrió, amplia y silenciosa, una sala.

—¿La sala de honor? —preguntó Justo. Josef asintió. A menudo se había tropezado, en situaciones difíciles, con el rostro de hombres que habrían podido cambiar el curso de su vida, pero jamás había sentido un desasosiego tan intenso como ahora que debía aparecer con Justo ante su efigie.

En la espaciosa sala reinaba el silencio, las escasas personas que se habían atrevido a acercarse hasta el templo en un día como ése se perdían en ella mientras el vigilante tiritaba en un rincón. Entraron. Se detuvieron ante las tablillas de cobre con los nombres de los ciento ochenta y nueve escritores que se tenían por los más grandes de todos los tiempos. Justo permaneció allí largo rato, leyó cuidadosamente un nombre tras otro moviendo los labios. Josef lo miraba expectante, temblaba de frío al tiempo que sudaba de excitación, su corazón parecía a punto de estallar. Justo se levantó y siguió leyendo, y Josef lo miraba; Justo ni siquiera sonrió. Josef experimentó de nuevo aquel penoso sentimiento del escolar que no ha hecho su tarea.

Por fin, Justo se alejó de las tablillas. Se aprestaron a contemplar los bustos, uno tras otro, según el orden dispuesto a lo largo de la pared circular de la sala. Llegaron a la cabeza de Josef. Tallada en bronce corintio, resplandecía girada sobre el hombro, enjuta, extraña, sin ojos pero grávida de curiosidad, alta y altiva. El Josef de carne y hueso no se mostraba ahora en absoluto altivo, hacía tiempo que no se le veía tan apocado. ¿Qué hacía allí su efigie? Su fama era algo robado; al ver a Justo contemplarla se sentía como un ladrón ante su víctima.

Pero tras un silencio interminable Justo se limitó a decir:

—Este Basil es un gran artista.

Y, al abandonar la sala:

—Falta uno, y tal vez habría sido bueno para vos que su busto se hubiese añadido a éstos antes que el vuestro.

Josef dijo con humildad:

—Sí.

Y le pareció incomprensible haber permitido que se le erigiese un busto en aquella sala que no contaba con uno de Filón.

Se preguntó qué habría pensado Justo mientras contemplaba su columna. Justo no era envidioso, era demasiado arrogante para serlo, pero habría sido un milagro que todo aquello no lo llenase de amargura. En contra de su costumbre, Justo se mostró críptico y, al abandonar el templo, dijo:

—No es fácil ser humilde siendo judío. No es necesario ser profeta, basta con tener cierto criterio literario para saber que de todos los que en nuestro siglo escriben en griego sólo tres sobrevivirán a su época: el judío Filón, el judío Justo de Tiberíades y el judío Flavio Josefo.

No se rió, en su tono no había rastro de sarcasmo.

Al día siguiente entregó a Josef un librito: las primeras doscientas páginas de su análisis de la guerra judía. Que se lo entregase supuso para Josef un reconocimiento y una confirmación. Permaneció en vela toda la noche leyendo el manuscrito. Sólo había querido echarle un vistazo, pero no le fue posible; el estilo denso y sutil de la obra obligaba al lector a meditar cada palabra. Y, así, leyó con detenimiento las claras frases del otro, que parecían talladas, llenas de cifras y de datos, y mientras lo leía y admiraba fue dolorosamente consciente de su insuficiencia, oculta tras tanto falso brillo.

Sin embargo, la obra de Justo no lo acomplejó. A él le faltaban talentos que aquél poseía, pero también tenía otros de los que el otro carecía. Justo poseía una inteligencia más aguda, una visión más amplia, pero él era capaz de convertir lo que vivía en imágenes y personajes mucho más expresivos. Y la obra de Justo se convirtió para él en un aguijón que no lo hería sino que lo espoleaba.

Por mucho que Josef se alegrase de poder saludar de nuevo a sus romanos aguardaba con inquietud su primer encuentro con los judíos de Roma. El asunto de la sinagoga de Josef seguía sin aclararse. Tras la tormenta de reprobación y risas que suscitara su renuncia a Pablo era dudoso que el doctor Licino quisiese llevar a la práctica su intención de dar a la sinagoga el nombre de Josef. Y así, Josef recibió al señor Cayo Barzaarone y al doctor Licino tenso e inquieto cuando éstos anunciaron su visita.

Pero pronto advirtió que ambos se sentían más en deuda con Josef que él con ellos. Durante el intercambio de saludos, el jovial Cayo Barzaarone deslizó sus astutos ojos por el rostro de Josef tratando de adivinar sus pensamientos, y Josef no tardó en descubrir que la excelente acogida que recibiera en Yabne había causado cierto impacto en Roma. El antiguo presidente de la sinagoga agripense alabó profusamente la sabiduría del Doctor Supremo Gamaliel. Los judíos habían encontrado por fin en aquel hombre, tras

tantas vicisitudes, a un gran líder, comparable a Esdras y Nehemías. Al principio, las comunidades romanas temieron que un caballero tan joven se precipitara en sus decisiones en situación tan espinosa. Pero Gamaliel aunaba la fuerza de un joven con la sabiduría de un anciano. Con cuánta firmeza lograba mantener unidos a los judíos, empeñados en disgregarse. Con qué magistral argucia había arrojado de la comunidad a aquellos mineos, cuya insensata propaganda incitaba una y otra vez a los romanos a atacar a los judíos. Con qué destreza adaptaba a pesar de su autoridad su teoría a las exigencias de la realidad. Y Cayo Barzaarone relató un ejemplo de su propia cosecha. Como el Doctor Supremo concedía tanta importancia al cumplimiento de los ritos, los fanáticos romanos habían intentado atacarlo una vez más, a él, Cayo, removiendo de nuevo aquella vieja historia de los ornamentos de animales en sus muebles con el fin de arruinarlo valiéndose de Yabne. Pero el joven y sabio Gamaliel puso fin a sus intrigas de un plumazo. Naturalmente, es mejor que la primera fábrica de muebles de Roma sea judía, incluso con los ornamentos, a que la presidencia del influyente gremio de ebanistas pase a manos de un *goi.* Un sabio maestro de la Ley, un gran político.

Nadie mencionó que se hubiera dudado jamás en dar a la nueva sinagoga de la margen izquierda del Tíber el nombre de Josef. Antes bien, el doctor Licino lo instó a visitar cuanto antes aquella hermosa casa para constatar cuánto habían avanzado en su construcción.

Josef se sintió enormemente aliviado. Tal y como estaban las cosas, los judíos romanos no pondrían trabas a su nuevo matrimonio con Mara.

Fue a ver a Alexas. No le resultaría fácil comunicar a aquel hombre, a quien le unía una gran amistad, lo que había convenido con Mara. El vidriero lo recibió expectante, quiso conocer todos los detalles de la vida judía, pero vaciló en hablar de Mara, aparentemente tenía miedo de mencionarla, y Josef tampoco lo hizo.

Permanecieron largo rato sentados. Cuando ya no supieron qué decir de Judea hablaron de Roma. Alexas le contó a Josef los rumores que corrían en la margen izquierda del Tíber, entre los judíos, acerca del emperador Tito. Josef ya había oído decir que el estado de salud del emperador no era muy bueno. Los judíos achacaban su decadencia a su modo de ser, cuchicheaban que la mano de Yahvé había caído sobre el destructor de su Templo. Tito había osado decir que Yahvé sólo era amo y señor del agua, y por ello logró aniquilar al faraón de Egipto en el Mar Rojo; en cambio él, Tito, no había tenido dificultad en dominar al Dios en tierra. Para castigarlo por su arrogancia, Yahvé le había enviado a una de sus criaturas más pequeñas, un insecto diminuto, para aniquilarlo. Éste había penetrado en su cerebro a través de la nariz, y allí vivía, creciendo, asustando al emperador día y noche, hasta matarlo.

Tuviesen o no fundamento aquellos rumores Josef sabía con certeza que el autor de la devastación de Jerusalén no era feliz. Pero tampoco lo era Alexas, un hombre inteligente, razonable, que buscaba lo bueno y lo bello. Ese hombre había amado a su padre, a su mujer y a sus hijos, y únicamente por su padre permaneció en Jerusalén, cuya decadencia había previsto antes y con mayor claridad que nadie; pero, curiosamente, sólo él se salvó mientras los demás, aquéllos por cuya salvación se había quedado, murieron. Ahora tenía todas sus esperanzas puestas en Mara. Josef no era capaz de hablarle de su futura boda.

Alexas le rogó que lo acompañara a la fábrica. El vidriero se había entregado a su trabajo con la vehemencia que lo caracterizaba; había trasladado su tienda a las arcadas del Campo de Marte para destinar el edificio de la Suburra enteramente a talleres. Importaba por mar polvo de cuarzo procedente el río Belo, y con ayuda de aquel material y de sus capataces sidonios libraba un combate singular contra la industria local. Ahora fabricaba en la ciudad aquellos lujosos vasos tan artísticos que hasta entonces debían traer de Egipto y Fenicia.

Condujo a Josef por la fábrica. Josef contempló largo rato y con atención el trabajo de los grandes hornos de fusión. Se puso en cuclillas y miró la llama multicolor, alimentada de multitud de sustancias. Alexas lo previno: él ya estaba habituado a la llama, pero los ojos del lego podrían resentirse de su visión. Josef, sin embargo, no podía dejar de mirar. Veía la llama, veía la arena y la sosa y contemplaba cómo se mezclaban y se convertían en una nueva masa aquellos dos materiales en medio de aquel calor indescriptible.

Y mientras permanecía allí, mirando la llama, por fin fue capaz de hablarle a Alexas. Le refirió su encuentro con Mara y lo que había hablado con ella.

Alexas lo escuchó taciturno y resignado. Había albergado la dulce esperanza de regresar a Judea y desposar a Mara, para envejecer con ella en la tierra de Israel. Pero había querido esperar uno o dos años, hasta que Mara superase la muerte del muchacho, para proponerle nuevamente matrimonio. Tenía demasiado tacto, ése era su problema. Con tacto no se llegaba a ninguna parte. Si los romanos hubieran tenido tacto jamás habrían conquistado el mundo. El otro tampoco lo había tenido. Y por eso se había llevado a Mara.

Alexas permanecía en cuclillas; a pesar de tener los hombros relajados era ancho y de aspecto imponente. Había engordado un poco. Era curioso, pensó Josef, cómo el vidriero se iba pareciendo con los años a su padre, a pesar de que aquél siempre fue un hombre satisfecho y confiado, mientras que Alexas se mostró desde su juventud abrumado por el conocimiento de la miseria del mundo y la fragilidad de los asuntos humanos.

Por lo demás, Alexas ni siquiera se encolerizó con Josef. Se limitó a levantarse, pesado, se inclinó varias veces ante Josef, que seguía contemplando el fuego multicolor, cuyos reflejos alargaban y acortaban su sombra de un modo grotesco, se agachó junto a él y le dijo:

—A vos, doctor Josef, no necesito deciros «Salud», o «Dios os bendiga». En verdad habéis sido bendecido desde vuestro nacimiento.

Josef también se irguió y estiró los dormidos miembros. No le resultó fácil aceptar aquellas palabras con la debida modestia y contestarlas. Estaba henchido de orgullo: Alexas tenía razón.

Marullo estaba de pésimo humor cuando Josef fue a verlo para consultarlo sobre la solicitud del derecho de ciudadanía para Mara. Los dolores de muelas que padecía se habían agudizado con el inicio del invierno. Además, la nave *Argos,* que debía traer a su amigo Demetrio Libán de regreso de Judea, hacía tiempo que tendría que haber llegado. Lo consolaba un poco haber culminado con éxito la gigantesca operación especulativa con el trigo que ideara con Claudio Regino; lo más gratificante era que muchos senadores republicanos enemigos suyos habían salido mal parados con aquel negocio. Pero desgraciadamente no era capaz de recrearse en tales meditaciones, su espíritu estaba dispuesto a volver una y otra vez sobre la imagen de aquellos incautos, pero la carne era débil, sus dolores terminaban royendo los escasos minutos de disfrute y conducían su mente a ingratas consideraciones: por ejemplo, sobre el barco *Argos* y su amigo Demetrio Libán.

Se explayó con Josef sobre la mala suerte que tenía con sus amigos. Primero lo había abandonado Juan de Giscala, para terminar involucrado en ese estúpido atentado judío de cuyas consecuencias, según había sabido, probablemente no lograría recuperarse jamás. Y ahora, al parecer, Demetrio se había esfumado en una tierra aún más remota que Juan; la nave *Argos* no aparecía, y pocos confiaban en volver a ver a Libán con vida. Ya de regreso, desde Éfeso, el actor le había escrito refiriéndole lo mucho que se alegraba de poder representar por segunda vez el *Laureol* en Roma. No era capaz de disfrutar de los alimentos pensando en que el autor de la misiva probablemente era ya pasto de los peces cuando él la recibió.

Josef se dijo contrito que durante aquellas semanas apenas había echado de menos al actor. Y eso que su vida estaba estrechamente ligada a la de Libán. Sin él jamás habría llegado a conocer a la emperatriz Popea; quién sabe cuándo y cómo habría estallado la guerra judía de no haberse tropezado con el actor, y, a su vez, sin su mediación Demetrio jamás habría viajado a Judea y perecido en el empeño.

Marullo seguía hablando. Si Demetrio regresase, meditó, las posibilidades de volver a poner en escena su *Laureol* eran extraordinariamente altas. Sin considerar la sensación que supondría el regreso de quien se creía perdido. Ahora que todo el mundo sabía que Tito no sanaría jamás era impensable que desechasen una obra patrocinada por el príncipe Domiciano. Quiso conocer todos los detalles de la representación en Nápoles Flavia. En particular le interesaba saber si Demetrio había subrayado en la tercera escena la palabra «cruz» o el «tú». Lo decepcionó comprobar que Josef no le había prestado atención. Probablemente no llegara a saberlo jamás.

Finalmente dejó de pensar en Demetrio y Josef pudo hablarle de sus propios asuntos. A Marullo pareció divertirlo el complicado tira y afloja de sus deseos y anhelos. Así son las cosas: Josef logra, con grandes sacrificios, divorciarse de Mara, y ahora emplea tiempo, dinero, nervios y vida en desposarla de nuevo; pues la adopción de una judía mayor de edad era un asunto complejo y agotador. Cierto que había un medio para acortar el proceso y evitar las probables contrariedades y el escándalo que acarrearía. Puesto que el emperador parecía tener cierta debilidad por él, ¿qué le parecía si iba a verlo sin más preámbulo?

Josef vaciló y adujo que, según sus noticias, el emperador estaba enfermo y se mostraba poco accesible, escurridizo. Marullo lo miró fijamente con su lente de esmeralda.

—Vuestras noticias son ciertas, querido Josefo —constató—. Las manías de Su Majestad se han recrudecido durante vuestra ausencia. El emperador se queda absorto con una frecuencia cada vez mayor, y deja de oír y de ver lo que lo rodea. La princesa Lucía es la única compañía que tolera a la larga.

Y entonces, para sorpresa de Josef, resultó que las gentes de la margen derecha del Tíber no iban del todo descaminadas.

—Ya sabéis —prosiguió Marullo— que debido a mis problemas de boca me veo obligado a visitar de vez en cuando al doctor Valens. Mientras me hurga en ella me cuenta historias muy curiosas. El emperador tiene fuertes accesos de llanto. Después, de pronto, pide oír ruido con insistencia. En una ocasión se dirigió

en plena noche al arsenal, mandó llamar a todos los empleados y puso los talleres a funcionar. En plena noche. Deseaba, y sin dilación, escuchar un ruido atronador. Al sorprendido Valens le explicó medio en serio medio en broma que cuando el bicho en su cabeza percibía aquel estruendo se asustaba y lo dejaba en paz.

Tras una pausa, Marullo concluyó en tono objetivo:

—En cualquier caso, querido Josefo, haréis bien en solicitar cuanto antes una audiencia.

—¡Por Hércules, muchacho! —exclamó Lucía al ver entrar a Josef—. ¡Qué barba más hermosa!

Josef aún la llevaba como en Judea, breve, cuadrada, recortada, si bien no se la rizaba y anudaba como antaño. Ella lo rodeó, mirándolo desde todos los ángulos.

—¿Sabéis —dijo admirada— que esa barba os sienta mucho mejor? Os da cierto aire judío, pero no demasiado, y tampoco parecéis tan pulcro y atildado como nuestro Agripa.

Su oscura risa, que tanto gustaba a Domiciano, llenó la estancia. Se sentó frente a él, alta, muy digna, con la elevada torre que formaban sus bucles; a su lado, Josef parecía pequeño.

—Contadme cosas de Judea —le rogó—. Ahora que nos hemos librado de Berenice —admitió dicharachera— siento de nuevo cierta simpatía por vuestra tierra.

Josef le relató su viaje. Se esforzó por mostrarse expresivo, ameno. Y Lucía parecía divertida, se acercó a él, palmeó su mano.

—Sois un buen conversador —lo alabó—. Y tenéis unas bonitas manos.

Josef se sentía pletórico, y no solía despreciar los placeres de la vida; pero aquella Lucía, su opulencia, lo retraían. Sin duda todavía le tenía, a su manera, aprecio al Chiquillo, y seguramente su inclinación por Tito era sincera, pero Roma bullía de historias sobre la franqueza con la que había mostrado sus sentimientos por Paris, el joven bailarín de moda en la ciudad. Lo había recibido en su palco en presencia del emperador y de Domiciano, y ante veinte mil ojos le pasó el brazo por los hombros. Descendía de una estirpe que jamás había temido la muerte, ella misma ignoraba lo que era el temor; tomaba de cada instante lo que éste le ofrecía. Mientras la mayoría de las viejas familias sucumbían ante la expansión de Roma, como si la ciudad y el Imperio consumieran todas sus fuerzas, la estirpe de Lucía había crecido con Roma; ella representaba la culminación de Roma y de su estirpe. En verdad simbolizaba a aquella Roma Flavia, pletórica, nunca ahíta, que devoraba con placer cada vez más vida.

Cuando Josef le habló de su proyecto de convertir a Mara en ciudadana romana y desposarla se mostró divertida, como Marullo. Pero, a pesar de su aparente benevolencia, dudaba de que fuera conveniente que se presentase ante Tito.

—Dudo —le confió sin ambages— que sea sensato que os conduzca ante el emperador. Oriente no le ha sentado bien, dejó un amargo poso en él cuando por fin logró sustraerse a su influjo y le quedó una herida que no quiere sanar. El emperador Tito no ha digerido Judea.

Volvió hacia él sus grandes y temerarios ojos, un poco separados, y aquella frente bajo la imponente torre de bucles se le antojó pura e infantil.

—Sin duda a otros les sienta mejor —dijo despacio, pensativa, mirándolo fijamente. Josef asió su mano con vehemencia—. ¡No! —dijo ella, y le golpeó con tal fuerza en los dedos que le dolió.

Tres días más tarde lo llamaron del Palatino.

En la antesala, antes de que lo condujeran ante Tito, acudió a verlo el médico Valens.

—Es preciso, estimado Flavio Josefo —le dijo muy cortés—, que no permanezcáis más de veinte minutos con Su Majestad.

Josef, un tanto disgustado por la fría y ajena, aunque escrutadora mirada del médico, preguntó:

—¿Quién lo ha ordenado?

Valens le replicó enigmático:

—Uno que tiene derecho a hacerlo.

Tito había envejecido mucho. Su rostro ovalado estaba hinchado, los ojos insertos en la ancha cabeza parecían aún más pequeños, más hundidos. El emperador parecía un niño viejo con aquellos rizos repeinados sobre la breve y arrugada frente. No ocultó su alegría por ver de nuevo a Josef.

—Por fin, mi judío —le dijo. Y le rogó—: Cuéntame cosas de nuestra Judea.

Josef así lo hizo. Le contó que el país florecía, próspero. El gobernador parecía, a pesar de ciertos rasgos algo desagradables, el hombre más adecuado para administrarlo; sus medidas y las de aquel inteligente

Doctor Supremo se complementaban tan bien que los romanos no parecían tener grandes roces con los judíos.

El emperador se mostró decepcionado. No era eso lo que quería oír. Era evidente que esperaba otra cosa, pero no se atrevía a decirlo abiertamente. Josef se preguntaba una y otra vez qué sería lo que quería saber el emperador, pero no daba con ello. Casi había agotado los veinte minutos de los que le hablara Valens. Tito se debilitaba a ojos vista, casi no atendía a lo que le decía Josef, miraba hacia el lugar donde en su día colgara el retrato de Berenice.

—¿Estuviste allí? —resolvió preguntar de pronto. Josef siguió la mirada del emperador.

—¿Dónde? —le respondió vacilante; pensó que el emperador tal vez se refería a Berenice.

—En Jerusalén, naturalmente —dijo Tito con cierta impaciencia; había bajado la voz, casi susurraba.

—Sí, estuve allí —replicó finalmente Josef.

—¿Y? —le preguntó Tito ansioso.

—Vi los cuarteles de la décima legión, algunas fuentes y los muros de las torres Hípica, Fasael y Mariana.

Sarcástico dijo el emperador:

—No ignoro que siguen allí.

Josef, sin embargo, pensaba en aquel páramo; dejó a un lado su prudencia, y dijo sin levantar la voz, pero subrayando cada palabra:

—No hay nada más.

Tito se quedó absorto con una mirada ansiosa, torturada. Habló tan quedo que a Josef le costó trabajo entenderlo.

—No debimos hacerlo —dijo—. Debimos dejar eso en pie. Se lo había prometido a Berenice, y siempre soñé con verla subir los escalones. Pero después, en lugar de eso, subió los del Palatino, y fue un error.

Y, como si Josef hubiera objetado algo, prosiguió, más vehemente:

—Te lo aseguro, mi judío, no estuvo bien. Por eso se torció todo. ¿Recuerdas cuando divisamos por primera vez la ciudad? Escuchamos un terrible estruendo que procedía de vuestro Templo. Ahora siento de vez en cuando necesidad de escuchar un ruido semejante, pero aquel estruendo no era agradable, no consigo sacármelo del cerebro, me da dolor de cabeza. Por lo demás, no logro recordar cómo se llamaba la cosa con la que hacíais ese ruido.

—Era la *magrefá* —dijo Josef—, la trompeta de las cien notas.

Las palabras del emperador lo conmovieron; no lo que había dicho, sino cómo lo había dicho, aquel musitar quedo, enigmático, mortecino.

—Exacto —dijo Tito—, la *magrefá.* Vuestro Dios Yahvé tiene una voz imponente. Ahora, al regresar a Jerusalén, ¿volviste a escucharla? —inquirió interesado.

—Sí —replicó Josef vacilante—, he escuchado la voz de Yahvé.

—¿Ves? —dijo el emperador asintiendo con la ancha y pesada cabeza, y casi había alegría en sus palabras, como si desde el principio hubiera esperado oír eso de sus labios—. ¿Por qué no me lo dijiste nada más llegar? —agregó—. Por cierto —prosiguió—, ¿sabes que el capitán Pedán ha muerto? Sí —le refirió, al ver que Josef levantaba lo ojos sorprendido—, murió de repente, en un banquete. No vivió mucho. Era un hombre fuerte, y yo contaba con que viviese muchos años más. Llevaba la corona gramínea, pero era un tipo perverso. No debimos hacerlo —dijo, repitiendo las palabras de antes—. Y es verdad que no quise hacerlo —meditó— y, si vuestro dios Yahvé fuese un dios justo, no me habría cargado con la culpa. Pero creo que no es un dios justo, y yo ya no viviré mucho. Mi buen Valens entiende de lo suyo, me consuela y me da ánimos, pero ¿qué puede hacer él, si vuestro Dios Yahvé es tan injusto?

Josef tembló al escuchar al amo del mundo hablar de ese modo. Pensó en el capitán Pedán, en la ancha y grosera mano con su vello casi albino que ya no podría agarrar ni golpear nada. También pensó por un instante que ahora la ciudad de Emaús no se opondría a la inclusión de sus propiedades en su municipio, y se alegró de haber podido servirse de la influencia que ejercía sobre Flavio Silva no sólo en su propio beneficio, sino para bien de todos.

—No, no lo quise —le aseguró de nuevo el emperador—. ¿Y por qué no protegió vuestro Dios su casa y permitió que fuese precisamente Pedán quien recibiera la orden aquel día? Creo que vuestro Dios no se ha portado bien conmigo. Aunque Valens tuviera razón, y yo consiguiera recuperarme, vuestro Yahvé me ha destrozado la vida. Ella debería haber subido los escalones de su Templo, y él hizo que fuesen los del Palatino. ¡Pero basta ya! —se interrumpió de pronto haciendo un esfuerzo por cambiar de tono. Josef salió de su ensimismamiento al oírlo, sobresaltado, y miró la clepsidra. Hacía tiempo que se habían cumplido los veinte minutos. Pero poco le importaba lo que hiciera el que tenía poder de imponerle un plazo: por ahora

seguía con Tito, y aún no le había hablado de su asunto.

—¿Habéis visto ya a la princesa Lucía? —farfulló el emperador en un tono más fresco, más ligero—. ¿No es estupenda? ¿No encanta toda Roma? Es para mí un gran apoyo.

Y de nuevo miró hacia el lugar donde un día colgara el retrato de Berenice.

—Cierto que no es una Berenice —dijo sonriendo. Y cambiando de nuevo el tono, constató serio, objetivo, para finalizar—: Oíd, Flavio Josefo, mi cronista: me he ganado la confianza de mis romanos y soy el «amor y la alegría del género humano». Pero mi propia dicha, la gran oportunidad de mi vida, ésa la he perdido.

Después, amable, bondadoso, preguntó a Josef cuál era su ruego. Asintió, sonrió, rió, llamó a un secretario con un par de palmadas, y en unos minutos solventó el asunto concediéndole el derecho de ciudadanía a Mara, hija de Lakisch, residente en el terrazgo «Pozo de Yalta», de la ciudad de Emaús, tal y como deseaban Marullo y Josef.

Al abandonar el Palatino Josef no logró degustar la alegría que debía producirle aquel triunfo. Durante mucho tiempo lo confundieron las extrañas disquisiciones del emperador.

Dorión estaba muy ocupada. Acudía con su amigo Annius Bassus a los espectáculos en los que era de buen tono que se dejase ver una mujer de mundo. Proseguía con la construcción de su villa de Albano, célebre por su arquitectura y su decoración. Amaba la comodidad, disfrutaba intensamente de las cosas bellas de la vida, y cuando pensaba en la sombría y desordenada casa del distrito sexto se decía que tenía motivos para considerarse afortunada. Tampoco estaba mal tener por amigo y protector al coronel Annius Bassus en lugar de al estridente e inseguro Josef. Sin duda Tito no tardará en cederle el puesto a su hermano, y hay razones bien fundadas para pensar que Annius será nombrado jefe de la guardia pretoriana, convirtiéndose así en el hombre más influyente del Reino después de Domiciano.

A pesar de ello, desde que se separara de Josef, Dorión parecía más desequilibrada e irritable que antes, y, sobre todo, se mostraba desagradable con su amigo Annius. Annius la amaba y toleraba paciente sus cambios de humor, aunque, como hombre de orden, estaba disgustado por que no poseyera la ciudadanía romana, e insistía en legalizar sus relaciones. Pero Dorión no se decidía a realizar las formalidades que requería un matrimonio de pleno derecho, y rechazaba sus ruegos con torpes excusas.

Que Josef le hubiera enviado de vuelta al muchacho la había desequilibrado, y durante meses no pasó un día sin que lo amase y lo odiase ardientemente. Respiró aliviada cuando él marchó a Judea. Estaba bien que volviese a su ridícula y bárbara provincia, ése era su sitio. Sus relaciones con Annius eran ahora más estables, más familiares, y cuando, antes de concluir el verano, él le ofreció como regalo su pequeño palacio de la capital, aceptó y se trasladó a Roma a pasar el invierno.

Un día —Josef ya había regresado— lo vio en una recitación de Dión de Prusa en el Templo de la Paz. Le pareció transformado, más judío, y, al tiempo, rejuvenecido; así había sido en Alejandría, cuando lo vio por primera vez, y el deseo que entonces la impulsó hacia él la colmó de nuevo. Había notado que, al concluir la lectura, Josef trató de acercarse a ella, pero, temerosa de aquel encuentro, rehuyó su mirada y no le brindó la menor oportunidad de hablarle. Desde entonces volvió a mostrarse irascible con Annius y, al llegar la primavera, insistió en abandonar Roma y regresar a Albano.

Con motivo de su nueva mudanza Annius le llevó un regalo para su salón: una figura de bronce corintio destinada a servir de candelabro, una estatuilla de un judío circuncidado desnudo. La obra era delicada, fresca, ligeramente obscena: una de esas obras que las damas gustaban de colocar en sus salas; procedía del taller de Termo, el principal rival de Basil. Annius se asombró al ver que Dorión no sólo no le agradecía el regalo sino que le echaba en cara, iracunda, su falta de gusto. Él solía zanjar aquellos estallidos con una broma, pero esta vez se enfadó. Le espetó que aún amaba a Josef. Ella le replicó que Josef tenía ciertas cualidades que muchos hombres le envidiarían. De hecho, había empezado a ver a Annius con los ojos de Josef: su amistad con el futuro emperador, sus dotes militares, la certeza de que llegaría a dirigir los ejércitos del Reino la dejaban fría, su ruidosa y cordial jovialidad y su brutalidad soldadesca la ponían nerviosa. Se recriminaron duramente analizando sendos caracteres. Durante varios días, Annius se mantuvo alejado de Dorión.

Pablo no preguntó por los motivos de la repentina ausencia de Annius. Nunca había sido fácil acercarse al muchacho, pero Dorión lo conocía, sabía que, desde que Josef se lo enviara de vuelta, ya no la amaba tan incondicionalmente como antes. Ella misma seguía amándolo tiernamente, pero su comportamiento oscilaba según sus cambiantes sentimientos por Josef. Tan pronto lo abrumaba, sin motivo aparente, con muestras de su cálido amor maternal, como se cerraba ante él cuando la buscaba. No ignoraba su

volubilidad, le molestaba mostrarse tan fría con el chico, pero no podía evitarlo. También sabía cuánto sufría Pablo con sus poco claras relaciones con Annius. Los juicios por su tutela, la expectación que había suscitado, lo habían hecho muy susceptible ante todo lo ambiguo. Dorión conocía su deseo por tener, ahora que por fin era ciudadano de pleno derecho gracias a la adopción, una madre romana. Sabía cuánto le habría agradado tener a Annius por padre: su carácter viril, lo que en él había de espíritu militar lo aproximaba a aquél, y se regocijaba pensando en que pronto él mismo ingresaría en el ejército.

Todo esto lo meditaba Dorión en los días en que Annius se mantuvo alejado de ella; también consideró que a Josef le agradaría que rompiese definitivamente con Annius. Escribió a éste una breve nota ligeramente burlona, que podría tomar, si así lo deseaba, por una disculpa.

Cuando Annius regresó a Alban ella ya había colocado el candelabro en su lugar.

La renuncia de su padre supuso un vuelco en la vida de Pablo. Hasta entonces había aplicado a todas las cosas de la vida un rasero inamovible: el juicio de su maestro Fineas. El gesto de su padre demostraba que Fineas había sido injusto con él. El joven seguía venerando a su profesor, pero ya no era para él la instancia máxima, última.

Tampoco le agradaba que su madre y Fineas respetasen tan poco el comportamiento, extremadamente honesto, de su padre. Nada habrían perdido por verlo de cuando en cuando, por ejemplo.

Por eso lo alegró que, un día, sentados a la mesa y en presencia de Fineas, Dorión le preguntara sin preámbulos si le agradaría volver a ver a su padre. Fineas, por lo general tan moderado, tuvo que poner en el plato el cubierto que estaba a punto de llevarse a la boca, y su ancha y pálida cabeza palideció aún más; Dorión no le había dicho nada de aquella decisión. Pablo miraba ora a su maestro, ora a su madre; ambos aguardaban su respuesta.

—Lo visitaré gustoso —replicó.

Cohibido, no sin cierta alegría un tanto tensa, penetró de nuevo en la casa del distrito sexto donde por tanto tiempo se sintiera prisionero. Se había propuesto comportarse como un hombre con Josef, cordial, al modo de Annius. Pero el padre que encontró no era el padre que conocía: era un señor ajeno a él con una barba que no le había visto antes.

Josef no ocultó la alegría que le produjo verlo, pero era una alegría moderada, sin atropellos. Josef le preguntó por sus progresos en la conducción del tiro de cabras, por el chivo Paniscus. Pablo se interesaba en ese momento más por otro deporte, por las complicadas modalidades del juego de pelota. En el juego a tres bandas con la pelota de cuero tenía, así creía, cierta habilidad, pronto se atrevería incluso con la pelota de cristal. Eso sólo podía hacerse tras un largo entrenamiento, pues las pelotas de cristal eran caras, un tiro errado podía costarle una pequeña fortuna. A Josef también le había gustado en su día el juego de pelota, él mismo lo había practicado, y durante unos minutos padre e hijo conversaron animadamente sobre ello. Pero pronto la charla decayó, y, con gesto mecánico, Pablo metió la mano en la manga de su túnica, donde hasta hacía poco solía llevar la masilla con la que modelaba sus figuritas. Un par de semanas antes, en el día de su cumpleaños, se había prometido dejar aquella infantil costumbre.

Josef miró al joven esbelto con aires de príncipe, a su hijo; le gustaba, y le tenía un gran afecto. Pero ¿era posible que un día lo amargase tanto no entenderse con aquel muchacho?

Pablo se devanaba los sesos buscando el modo de demostrar a su padre lo admirablemente que se había comportado con él. Pero Josef no mencionó el pasado en ningún momento. Aquello fue una prueba de su tacto, pero no le facilitó las cosas a Pablo. El joven no había aprendido a ser cariñoso, al contrario, Fineas le había enseñado que un hombre debía ocultar sus sentimientos. Al cabo, dijo atropelladamente:

—¿No me vas a dar el libro con las historias del coloso Sansón? Me gustaría volver a leerlas.

Josef levantó la vista ligeramente sorprendido. Pero se limitó a replicarle:

—Claro que te lo daré —sin reconocer el esfuerzo que le había costado pedirle el libro.

Con todo, el encuentro con su padre supuso una decepción para Pablo; sin embargo, no le desagradó que Dorión insistiese en que repitiese su visita. Tomaron por costumbre que fuese a ver a Josef una vez a la semana. Pero no lograron intimar. El muchacho se comportaba a su manera, un tanto reticente, Josef se mostraba afectuoso y amable, pero no llegaron a establecer una confianza real, última.

Un día Pablo preguntó a su padre, como ya hiciera en una ocasión, por su hermano muerto, Simeón. Aquel hermano muerto lo tenía intrigado. Josef se sintió conmovido. Pero el hombre que había sido capaz de representar con tanta viveza los personajes y batallas de la guerra judía no logró vivificar la persona de su hijo judío. Le contó algunas cosas, pero no cómo había introducido Simeón a su amigo Constans en el Anfiteatro, haciéndose así con la ardillita, no le habló de la preferencia de Simeón por el corcel Silvano ni

de sus esfuerzos por construir la maqueta de la gran «Débora», ni de su maldición favorita, «por Hérquel». Antes bien, a pesar de sus esfuerzos, trazó un pálido retrato idealizado de Simeón-Janiki que no agradó demasiado a Pablo. Y el muchacho no volvió a preguntar por su hermano muerto.

A veces, cuando Pablo iba a ver a Josef, Dorión lo acompañaba. Su amistad con Valer le servía de pretexto. Naturalmente, no buscaba a Josef, sino al viejo, al relegado senador gruñón. Valer vivía en el piso superior; de acuerdo con la costumbre, su esclavo hacía descender la cesta elevadora por el exterior de la casa para ahorrarle a la distinguida visitante tener que subir las escaleras, pero Dorión adujo que el esclavo del anciano Valer estaba tan viejo y achacoso que no se atrevía a ponerse en sus manos. Y utilizaba las escaleras.

Pero jamás se tropezó con el que fuera su esposo, Josef.

Cuando su madre visitaba al viejo Valer, Pablo solía subir a recogerla. El senador degradado había participado como oponente de Marullo y de Claudio Regino en la operación especulativa que arruinó a tantos miembros del partido republicano, por lo que se vio privado del último resto de sus bienes. Ahora sólo conservaba en su casa el ajuar imprescindible: su mobiliario se componía básicamente de los numerosos bustos de cera de sus antepasados, polvorientos haces de lictores, apolilladas túnicas de gala, coronas de triunfador a punto de deshacerse; por toda servidumbre tenía a aquel viejo y frágil esclavo.

El propio Valer parecía aún más rígido y flaco que antes. La pobreza lo llevaba a extremar su dignidad. Como antaño, se negaba a llevar la ropa interior, más blanda, que se introdujera en los últimos trescientos años, y se atenía a la dura y simple vestimenta de sus antepasados. No le importaba tener que pagar su talante conservador con un resfriado que solía tenerlo postrado durante la mayor parte del año. Por otra parte, había renunciado a los numerosos y excelsos nombres que llevaba. Ya que el populacho se atrevía, con la aquiescencia del Gobierno, a utilizar los nombres de las viejas estirpes, no le parecía adecuado que él, el último descendiente vivo de Eneas, llevase más de dos; de los veintiún nombres tachó diecinueve, y se hacía llamar, sencillamente, Valerius Tullius.

Dorión era bienvenida en su casa. Le agradaba que se hubiera rebelado contra su desagradable vecino Flavio Josefo, ese arribista oriundo de la bárbara provincia de Judea, agraciado por la prostituta Fortuna. Con placer veía al esbelto y arrogante Pablo, que ella le había arrebatado al judío y ganado para los romanos. Pero el placer que le procuraba la vista de Dorión y del muchacho no lo hacía más tratable; incluso en su presencia se mostraba digno, resentido, parco en palabras. Su hija, la pálida Tullia de negros cabellos, no era más habladora. Dorión tuvo que pagar caros sus intentos por ver a Josef.

Pablo parecía sentirse a sus anchas en el estricto ambiente de la casa de los Valer. Como su unión con la madre y con Fineas no era ya tan estrecha ni tan segura, y como le costaba acercarse a su padre, sabía valorar el afecto que le mostraban y, a pesar de la reserva del viejo, notaba que le tenía aprecio. Lo enorgullecía que Valer viese en él a un adolescente romano, y se sentía feliz cuando, ocasionalmente, el viejo les llamaba «hijos» a él y a su hija Tullia.

Tullia había cumplido ya los veintidós, pero cualquiera que no estuviese al tanto habría pensado que era la nieta, y no la hija, de Valer. Su larga y pálida cabeza se erguía con infantil rigidez sobre el esbelto cuello y los finos hombros un poco caídos, y bajo el alto y artístico peinado de sus negrísimos cabellos la piel de su rostro parecía extraordinariamente delicada. Josef, que apreciaba tan poco a su vecino del piso superior como éste a él, y que gustaba de mofarse del viejo, le había dicho en una ocasión a Marullo que Tullia se había convertido ya, a pesar de sus veintidós años, en una vieja solterona, y al replicarle Marullo que la rígida y áspera belleza de la chica no carecía de encanto, Josef le citó, dándose aires de vividor, los versos de Ovidio: «Sólo es casta aquella a quien nadie pretende». Pero Marullo no estaba de acuerdo con él. Pensaba, y no era el único, que Tullia era tímida pero de ningún modo avinagrada, y en su altivez sólo veía una máscara que ocultaba su turbación. Y, además, ¿cómo podía desarrollar ningún talento social llevando aquella vida retirada a que la obligaba su estrafalario y testarudo padre?

En esos días se procedió a reformar el Templo de la Diosa Roma. La dinastía Flavia profesaba su culto con fruición, y Tito encargó al escultor Basil la confección de una nueva estatua de cobre de la diosa. Tan ocupado como siempre, el artista se puso a trabajar a regañadientes, y nadie pudo ver su obra antes de la inauguración del santuario. Entonces, para sorpresa de todos, la diosa se mostró bajo una forma muy distinta a la que tuviera hasta el momento. Sobre el zócalo se alzaba no la furibunda heroína a la que estaban habituados sino la figura de una muchacha esbelta con un rostro conmovedor, serio e infantil, y sus imponentes atributos, la corona mural, la cornucopia, la lanza y el escudo, no hacían más que subrayar por contraste la estricta delicadeza del cuerpo y del rostro. La particular modernidad de la obra suscitó fuertes

controversias en los círculos artísticos de Roma. Tampoco Fineas dejó de acudir a ver la estatua, acompañado por su pupilo.

A él, que siempre había admirado a Basil, le agradó extraordinariamente su creación, y con vehemencia expuso a Pablo las excelencias de la estatua. Pablo permaneció largo rato ante ella, la contempló con detenimiento, entregado, pero no pronunció una sola palabra. Fineas pensaba que la cara de la diosa era extraordinariamente vivaz, sin duda era un retrato, y le recordaba el rostro de una persona que conocía. Trató de recordar a quién.

—¡Claro! —dijo finalmente—. ¡Si es Tullia!

Y entonces Pablo, que había permanecido callado, se animó.

—No, no es Tullia —rechazó, al señalarle Fineas el parecido de cada uno de los rasgos.

Dorión se sorprendió cuando, en su siguiente encuentro con Valer, Pablo estalló de pronto con aire juvenil, volviéndose hacia Tullia en una de las muchas pausas de la conversación:

—No, no la ha retratado.

Al principio Dorión no comprendió a qué se refería; pero Tullia lo entendió al instante, y su fino y delicado rostro enrojeció levemente.

—¿Qué quieres decir con eso, Pablo? —le reprendió Dorión—. ¿Quién no ha retratado a nuestra Tullia?

—El escultor Basil, naturalmente —replicó Pablo, un tanto turbado por su impulsividad y, con cierta petulancia, se defendió—: Todos dicen que la diosa Roma se parece mucho a Tullia. ¿No es cierto, querido Fineas? Vos también lo habéis dicho. Pero no, no es verdad, no hay ningún parecido.

Al senador le había halagado que se eligiese a su hija como modelo para la diosa Roma.

—Es mejor así —gruñó ahora, mientras Tullia permanecía sentada, pálida, rígida, orgullosa e inaccesible. Con una sonrisa casi imperceptible, Dorión llamó al orden a su hijo:

—Te estás tomando muchas libertades, Pablo —y, a modo de disculpa, se dirigió a Valer—: Cree que, por ser nieto del pintor Fábulo, es un crítico de arte nato.

Cuando se aprestaban a marcharse, Pablo se sobrepuso una vez más a su timidez. Sonrojándose a su pesar, y sin dominar del todo su respiración, preguntó a Tullia si querría visitarlos alguna vez en Albano para enseñarle su tiro de cabras. Dorión estaba agradablemente sorprendida de que su hijo, por lo general tan comedido, se soltase de ese modo en la polvorienta y estirada atmósfera de museo de aquella casa, y, cuando él invitó a Tullia a jugar a la pelota con él en Albano, quiso ayudarlo diciendo:

—Lo cierto es que es un buen jugador. No os resultará fácil batirle, querida Tullia.

La muchacha replicó que sólo había jugado a la pelota de niña, mientras vivieron en su mansión de la Campania; prácticamente lo había olvidado.

—No hay más que verla —dijo Pablo impetuoso— para saber que es una campeona nata. Cuando hayáis jugado un par de veces, os confiaré sin dudarlo mis pelotas de cristal.

—Sabed que no podríamos restituíroslas, querido Pablo —respondió la muchacha. Y la sonrisa con la que se refería a su pobreza la hizo parecer aún más arrogante.

Pablo iba ahora a menudo al templo de la diosa Roma, a pesar de que no le quedaba de camino, y sus sacerdotes y sirvientes se alegraban de tener a aquel joven admirador.

Tullia se decidió a salir de su casa del distrito sexto y fue a Albano. Jugaron a la pelota, y ella depuso su frialdad y demostró ser una rival nada torpe. Sin embargo, al jugar por cuarta vez, Pablo prefirió hacerlo con sus pelotas de cuero y dejar a un lado las de cristal.

A su padre no le contó nada de su nueva amistad. Josef lo descubrió por casualidad. Un día, tras haberlo hecho esperar, lo encontró amasando con fruición una figurita de masilla, como solía hacer antaño. Josef aún conservaba su antigua animadversión por las imágenes, y le molestó que el chico empezase ahora de nuevo con eso.

—¿Qué haces? —le preguntó tomando la figurita sin acabar.

—Una diosa —replicó Pablo un tanto cohibido. A Josef le irritaba que su hijo reprodujese figuras de dioses en su propia casa. Pero ocultó su disgusto y le preguntó en tono sosegado:

—¿Qué diosa?

Pablo no había aprendido a mentir. Encarnado, le dijo:

—Es la diosa Roma. Pero en realidad no es una diosa, es vuestra vecina Valeria Tullia —Josef se quedó perplejo, siguió preguntando, y Pablo le habló, titubeando pero abiertamente, de Tullia, de la diosa Roma y el juego de pelota.

Como es natural, Josef sabía que la amistad entre su joven hijo y Tullia no pasaba de ser una inclinación

juvenil como las que él mismo había experimentado a la edad de Pablo. Sin embargo, le desagradó que su hijo se hubiera prendado precisamente de aquella romana amargada que era Tullia. Al parecer, el muchacho había heredado la veneración del pintor Fábulo por la rigidez romana, por su tradición. Eso irritó a Josef. Quería que su hijo fuera algo más que un romano. Por primera vez dudó si había hecho bien al devolverle el chico a Dorión.

Comenzó a ocuparse más de Pablo. Quiso ganarse su corazón y se mostró insistente, directo, brusco. Pero era demasiado tarde. Las palabras que unas semanas antes lo habrían hecho feliz lo dejaban ahora frío. Josef tampoco era capaz de ocultar en ocasiones su desdén por sus modos grecorromanos. El muro que los separaba parecía infranqueable.

Un día, estando Pablo en su casa, entró Justo en la habitación; pensó que encontraría a Josef solo. Miró al muchacho, pero sin curiosidad. Eso agradó a Pablo. Desde aquellos juicios, la mayoría de las personas lo miraban insolentes a la cara al reconocerlo. Pero Justo se sentó, delgado y estricto, y no reparó en él, sino que conversó tranquilamente con su padre, contradiciéndolo en varias ocasiones, relajado y, al parecer, muy seguro de sí. Aquel hombre extraño con sus férreas opiniones impresionó a Pablo, y se quedó de piedra al colegir de su conversación que Justo era judío. Y, cuando averiguó que incluso lo habían colgado de la cruz y lo habían bajado con vida, dejó a un lado su estoica circunspección. Con infantil insistencia le preguntó por su vida y escuchó su relato boquiabierto.

Sí, aquel judío Justo, con su exquisito griego, aquel aventurero que no hacía alarde de sus proezas, sino que ironizaba secamente sobre ellas, conquistó el corazón del muchacho desde su primer encuentro. Le costaba apartar la mirada de su enjuto rostro y su manga vacía, y, cuando por fin se marchó, más tarde de lo que era su costumbre, quiso saber si volvería a verlo en su próxima visita a la casa del padre.

Josef se sorprendió al descubrir que su hijo se abría de ese modo ante aquel extraño. Le alegraba que un judío lo impresionara tanto, pero le reconcomía que ese judío fuese precisamente Justo. Cuando Pablo le preguntó con insistencia quién y qué era aquel Justo, estuvo tentado de contarle cosas desagradables sobre él. Pero se dominó y le dijo, de acuerdo con su propia convicción, que aquel hombre era el más insigne escritor vivo. Lo molestó ligeramente que Pablo lo aceptase sin rechistar y que no mencionase su busto del Templo de la Paz.

Con sentimientos encontrados veía cómo su hijo hacía lo imposible por ganarse al manco. Así como con él se había mostrado reservado, ahora gustaba de charlar con Justo. Era evidente que el judío Justo había reemplazado a la romana Tullia en su afecto y en su fantasía. A Josef le pareció bien, y, sin embargo, lo irritó. Lo que más lo molestaba era que Justo se regodease con el impulsivo afecto que le brindaba Pablo. Sabía muy bien lo que ocurría: que el chico trataba de ganárselo, mientras Justo lo rechazaba en lugar de animarlo; a pesar de todo, empezó a creer que Justo, su secreto rival, quería arrebatarle a su hijo. Decidió espiarlos para averiguar si Justo ponía al chico en su contra, y aunque aquél jamás pronunció una sola palabra negativa sobre él eso no lo consoló. ¿No cabía pensar que el muchacho, siendo como era perspicaz, descubriría cuál era su opinión, aunque el otro no la expresase abiertamente? ¿Era posible que el que venerase a Justo admirase también a Josef?

En una ocasión, mientras conversaban sobre Pablo, lo interrumpió bruscamente y con malicia.

—¿Os agrada mi Pablo? —preguntó.

—Sí, no me desagrada —replicó Justo inocente.

—Lo encuentras muy distinto a mí, ¿no es cierto? —insistió Josef. Justo se encogió de hombros y replicó burlón:

—«No seáis como vuestros padres», se dice en la Escritura.

—Una frase que no puede irritar al que no tiene hijos —opinó Josef.

—No creo —meditó Justo— que me irritase que un hijo mío no siguiese mis pasos. Las generaciones de hoy —prosiguió, generalizando— tienen pocos motivos para imitar a sus padres. Éstos han librado esa estúpida guerra y han sido justamente derrotados. Y, siendo así, ¿puedes exigir que tu hijo apoye a su padre judío y no se incline más por su parte griega? Hiciste bien —añadió con cierta calidez— en dejarle elegir y no tratar de retenerle por la fuerza.

Josef calló por unos minutos. Después, en tono quedo y amargo, dijo:

—Ojalá no hubiera sido tan débil entonces.

Justo lo miró perplejo.

—Por favor, medita —replicó con inusual suavidad—, ¿qué aprende hoy un hijo judío de su padre, excepto a creer lo contrario de lo que éste cree? Los padres se han rebelado contra Roma. Los hijos ya no creen en la acción. Desconfían de los hechos, se inclinan más por los mineos y su doctrina del no-hacer y de la renuncia.

—Aún recuerdo una noche —se mofó Josef—, y una conversación junto a un aljibe, cuando un tal Justo dedicó acres palabras al no-hacer y a la renuncia.

—¿Acaso dije algo —le replicó Justo exaltado— que diese la razón a los partidarios del no-hacer y de la renuncia? Nada más lejos de mí, y lo mismo pienso hoy. No defiendo a los hijos. Están hechos de la misma pasta que los viejos. Los padres no confiaron en su propia fuerza, se creían débiles individualmente: por eso se fabricaron unas muletas, inventaron esa teoría de la nación, creyeron que la fuerza y la grandeza de la nación fortalecería al individuo. Los hijos en cambio se hicieron otras muletas para su debilidad, se figuraron que había un Mesías que podría ayudarles, uno que murió por ellos en la cruz. Fe en la nación, fe en el Mesías: ambas, necedades fruto de la propia debilidad.

—Ésas son inteligentes abstracciones —repuso Josef burlón— que me consolaron mientras no tuve un hijo a mi lado. Pero ahora lo tengo, y es griego, no judío, y vuestras generalidades no me sirven de nada.

Y concluyó con amargura:

—Sois un gran escritor, Justo de Tiberíades, mucho más grande que yo. Tal vez podáis ayudarme mejorando mi griego, o incluso mi pensamiento: pero con mi ser y mi vida, con mis circunstancias, he de apañármelas yo solo.

Que Josef le dedicase tan amargas palabras a Justo no se debía tan sólo a su relación con Pablo. Más bien revelaban su disgusto por la impotencia que sentía frente a su nuevo libro. La presencia de Justo había dejado muy pronto de constituir para él un acicate; ahora volvía a ser un reproche, como antaño. La acometiese por donde fuera, su *Historia universal* no cuajaba, sus frases carecían de inspiración, como él mismo, y no tardó en sentirse paralizado.

Justo, por el contrario, afirmaba que su último viaje por el mundo, su paso por Judea y Roma, lo había curado de muchos resentimientos, reforzando su orgullo individualista y su fe en la misión del escritor. Le había demostrado una vez más cuánto debía el hombre a las oscilaciones de datos y cifras, de esas circunstancias políticas y económicas que habían dado en llamar destino, pero que arrojaban una imagen muy distinta de la vida una vez que el individuo acogía en su ser tales cifras y datos, fertilizándolas con su jugo. De modo que ahora trabajaba en aquella imagen justa de la vida, y era evidente que lo hacía con placer y con éxito.

Josef lo había percibido, y la envidia lo corroía. Ansioso, rogó al amigo-enemigo que le mostrase lo que había escrito desde su llegada a Roma. Justo vaciló, pero acabó entregándole su manuscrito. En esa semana había escrito las cincuenta páginas sobre el asedio de Jerusalén que más tarde los críticos considerarían la mejor prosa del siglo.

Josef las leyó. Con cuánta claridad se relataba en ellas lo que había ocurrido tras los muros de Jerusalén y fuera, los motivos aducidos por los judíos y los romanos, y los auténticos: aquella maraña de intereses económicos, sociales, religiosos y militares, de fe y superstición, de política y ansia de Dios, de arrogancia, amor y odio de cada individuo. Lo que Josef había insinuado vagamente en trescientas páginas se exponía allí con claridad y agudeza en no más de cincuenta. Josef leía, y le agradaba que alguien hubiera podido escribir aquello, pero le roía el alma que fuese el otro quien lo hubiera escrito.

Devolvió a Justo el manuscrito.

—Es lo mejor que habéis escrito nunca, Justo. Es lo mejor que se ha hecho en nuestra época. Ahora ya se ha dicho todo sobre la guerra.

Lo dijo con la voz ronca, pero logró pronunciar aquella verdad.

Al quedarse a solas lo sopesó todo. Se había debatido con la vida y con la realidad. No sólo era escritor, había sido político y soldado. Los amos del mundo lo respetaban, las más bellas mujeres de la ciudad lo amaban. Había escrito su gran obra, y su busto se erguía en el Templo de la Paz. Pero todo lo que había tratado en vano de expresar en su azarosa vida y con aquel grueso libro lo decía Justo en apenas cincuenta páginas. Y Pablo, por el que tanto había luchado a costa de su sosiego, se entregaba voluntariamente al judío.

Sintió un terrible vacío. Tras leer aquellas páginas le pareció que no tenía sentido seguir trabajando.

Escribió a Mara. Le rogó, la conminó a acudir pronto. Su presencia, creía, le daría ánimos a él e impulso a su obra. Pero sabía que Mara no cedería y que no abandonaría su propiedad del «Pozo de Yalta» hasta haber concluido su tarea.

Transcurrieron el invierno y la primavera, y Dorión no había tenido ocasión de ver a Josef.

Llegó el día en que se enteró de su proyecto de llamar junto a sí a Mara, de hacerla ciudadana romana, de desposarla.

Fue Marullo quien se lo contó. Logró dominarse, hablar sonriente de banalidades mientras Marullo permaneció a su lado. Y después, al quedarse sola, sintió todo el peso de la noticia, su respiración se aceleró, la cabeza le dolía terriblemente, y durante horas permaneció tumbada en un diván con la cara demudada.

Que Mara llegase a convertirse en romana gracias a Josef mientras ella seguía sin serlo se le antojó una ofensa inaudita. Olvidó que ella misma se había negado en su día a legalizar su matrimonio con Josef, y que ahora le bastaría con decirle una palabra a Annius. Pero no quería serlo gracias a él, quería ser romana por mediación de Josef. Pero ¿qué quedaba entre ellos desde que le devolviera el muchacho? Bien, ella había esperado que él diera el primer paso, y él creyó haber hecho bastante renunciando a su hijo. Su punto de vista era correcto, pero los argumentos de él no carecían de razón. Todo había sido un malentendido. Sería ridículo que ella, Dorión, no fuese capaz de hacerle olvidar a aquella campesina judía.

Pero cuando, dos horas más tarde, recibió a Annius, había olvidado su propósito de recuperar a Josef y no sentía más que rabia. Y se puso a denigrarlo ante la sorpresa de Annius. No hablaba en voz alta como Annius, hablaba quedo y con ligereza, pero se burló de Josef más duramente de lo que pudiera hacerlo Annius. Conocía muy bien la personalidad y la vida de Josef, y de aquel íntimo conocimiento rescató todos esos pequeños rasgos y episodios que le parecieron adecuados para presentarlo como un ser ridículo y repelente, y los expuso ante Annius. Éste se rió, se rió cada vez más, se rió estrepitosamente. Pero poco a poco sintió repugnancia por aquel odio incontenible que desplegaba ante él, por muy elegante que fuera su discurso.

—Por favor, no dejes que esto llegue a oídos de Pablo —fue lo único que replicó tras el estallido de Dorión.

Estallido que acabó por cierto con su ira; ya no pensaba más que en recuperar a Josef. Antes de la siguiente visita de Pablo le encargó, con un tono un tanto forzado, que lo invitase a ver la casa de Albano, que ya estaba concluida.

Dos días después, Josef se dirigió a Albano. No era capaz de apreciar el bello paisaje ondulado casi primaveral, ni aquellas suaves colinas, el hermoso lago, el deslumbrante mar, ni aquellas villas que, pendiente arriba, bordeaban su orilla. Llegó sin ningún propósito concreto, sin querer nada de Dorión, pero no se sentía seguro, no sabía qué efecto ejercerían ahora sus palabras sobre él, y se sentía excitado y lleno de inquietud.

Esta vez ella lo recibió a la entrada de la casa. La alegría de verlo de nuevo iluminó su rostro. Le tendió ambas manos, lo acompañó a la casa, se mostró como en sus mejores tiempos, infantil y aguda. Con amable atención lo escrutó buscando el cambio más nimio, le dijo mil y una maldades, trató de ganárselo desplegando todos sus recursos. Incluso arrojó de la estancia a su gato Cronos cuando percibió que su presencia lo molestaba.

A Josef le agradó mucho, se deleitó con todos sus encantos. Pero eso fue todo. Se había sometido a esa última prueba temeroso, pero pronto constató con alegría que la había superado. Estaba curado, y para siempre, de aquella pasión que en tantas ocasiones le hizo humillarse obligándolo a hacer cosas en contra de su voluntad y su determinación. Podía mantener una amistad con esa mujer, si ella quería, pero jamás volvería a poner en peligro su vida o su obra por su causa. Se sintió seguro y disfrutó relajado de su triunfo.

Incluso fue capaz de enfrentarse a Fineas sin alterarse. Fineas había contado con que Josef le recriminase su pasado común. Pero Josef no lo hizo, no se permitió la menor expresión facilona de triunfo, incluso bromeó en tono bonachón sobre lo que un día fue una lucha a vida o muerte. La tranquilidad de Josef irritó a Fineas y lo puso nervioso, su superioridad se disipó, y su gran cabeza palideció aún más y se tensó. A Dorión, la serenidad que Josef mostraba en todas sus palabras y en su comportamiento la hirió más de lo que podría haberla herido cualquier reproche.

Cuando Pablo y Fineas se alejaron hizo un último intento. Refirió a Josef lo mucho que insistía Annius en que se casasen; pero él, Josef, tenía razón: Annius era un tipo ruidoso y a menudo la sacaba de quicio, le faltaban muchas cosas que ella apreciaba: el oído interior. Traicionó a su soldado confiando en que Josef le propondría al instante despedirlo y vivir de nuevo con él.

Pero Josef no propuso nada similar. Más bien se mostró preocupado por el futuro de Dorión y opinó que Annius, siendo íntimo amigo del príncipe, sin duda obtendría la comandancia del ejército, y Dorión debía pensarse dos veces si estaba dispuesta a renunciar a semejante oportunidad por tales nimiedades.

Dorión estaba pálida de ira, al marchar Josef; su corazón parecía a punto de estallar. Sacó de nuevo la estatuilla del circuncidado que había retirado antes de que llegara y cuando Annius le pidió que fijase la

fecha de la boda no tuvo ningún reparo en hacerlo.

Los asuntos de Josef no iban mal a comienzos de aquella primavera. No tenía problemas de salud, Claudio Regino se mostraba generoso, de modo que pudo pagar las deudas que le impusiera la separación de Dorión; nadie ponía en duda sus méritos literarios desde que se erigiera su busto, y los judíos ya no lo perseguían desde que se enteraron de la estima que le profesaba el Doctor Supremo. A pesar de todo, aquel sentimiento de felicidad que lo embargara a su regreso a Roma había desaparecido. Sufría por su incapacidad para trabajar, y el tiempo, que durante toda su vida le había parecido escaso, se le figuraba ahora eterno.

Pasaba muchas horas en el taller de Alexas. El vidriero y sus colaboradores le enseñaron los menores detalles de su arte, le mostraron cómo cortar figuritas de la masa de cristal endurecida, cómo colorear la masa de vidrio con un método astuto y complejo, cómo formar con aquel material quebradizo y extremadamente frágil hilos finísimos en los que engarzar placas de oro. Pero no eran esos refinamientos lo que atraía a Josef, que era capaz de permanecer en cuclillas durante horas mirando el horno del que surgía un nuevo material de la arena y la sosa, el cristal; una leve alteración de la dosis hacía que la frita fuese noble o basta, y ni el más ducho podía prever el resultado con absoluta certeza. A menudo Josef se pasaba horas observando la fabricación de los más sencillos objetos. Le fascinaba cómo los trabajadores creaban aquellas simples formas, recipientes diminutos o grandes, estrechos o abombados, soplando la masa ardiente con sus largas cañas contra la plancha de hierro hasta que adoptaba la forma deseada. Una y otra vez se asombraba de que bastase con una gota de agua para separar lo soplado de la caña. Contemplaba cómo dos empleados, cada uno con su caña, soplaban al tiempo para crear una forma, uno el cuello del recipiente, el otro la base, y le asombraba ver cómo debían mezclarse en cada caso particular arte y suerte para crear hasta lo más simple. Pues al más experimentado podía ocurrirle que, por alguna razón impredecible, apareciese en la masa ardiente un agujero, un abombamiento que restaba todo valor a lo soplado o que incluso podía hacerlo estallar antes de su conclusión, con peligro de la vida del artesano.

Alexas había notado tiempo atrás que Josef ya no era aquel hombre al que no hacía falta desear suerte. A menudo lo miraba, se ponía en cuclillas a su lado un rato, obeso, sombrío y silencioso, y le entristecía que también él, el único hombre feliz que conociera, pareciese ahora tan desdichado.

Josef, en cambio, seguía allí observando cómo se formaban las figuras de vidrio: cómo a veces se lograba la forma soñada, y a veces no, un juego taimado, traicionero, que dependía del arte de cada cual, pero no sólo de aquél, verdadera imagen de la vida. Pues, ¿qué vida no estaba mezclada de su propia esencia y de otra cosa, inescrutable, ya se la llamase circunstancias económicas, o destino, o incluso Yahvé? Y, ¿quién estaba libre de aquella mezcla, al igual que el material con el que se soplaban todas esas formas, de muchos componentes azarosos inseparablemente urdidos y, a pesar de ello, de tal modo que un día cada uno de esos componentes llegaba a surtir efecto? ¿No estaba él, Josef, hecho de lo más alto y lo más bajo, de vulgar ansia de fama y placer y de puro amor por lo bello y lo bueno, de barro y fango y del aliento de Dios y su doctrina, de la historia de sus padres y de sus propios vicios, de un pedazo de Moisés y otro de Coré, de un pedazo de Cohelet y, sí, otro de Pedán? Y mientras las llamas se entrelazaban cambiantes y multicolores arrojando sombras grotescas Josef pensó en las numerosas imágenes que componían su vida, en la aridez de Jerusalén, en su busto del Templo de la Paz, en su amigo Justo, en su hijo Pablo, en la obra que se le había encomendado y que probablemente no llegaría a concluir.

Respiró aliviado cuando Justo abandonó Roma y regresó a Alejandría para terminar allí su libro.

El barco que se llevó a Justo había traído la respuesta de Mara. Le comunicaba que le había dado un hijo, una niña, y que su nombre era Yalta. Volvería con ella a Roma, seguramente no antes del final del otoño, en uno de los últimos barcos.

En aquel tiempo Josef escribió el *Salmo de los sopladores de vidrio.*

Como la masa fea y deforme
en la caña del vidriero
somos nosotros, y ninguno de nosotros sabe
qué será de él.
El aliento del vidriero nos hace de pronto
pequeños, agradables, vistosos cual
muñecas, o desagradables
después, de nuevo algo grande, abombado, útil,

o bien basto, informe.

Así nos forma nuestro destino,
el mundo de datos y cifras en torno nuestro.

Pero no siempre el vidriero
logra la forma deseada. A menudo
la masa se hincha hasta reventar
abrasándole el rostro.

Así también tiene sus límites
el mundo de datos y cifras.
Más allá de él está
lo inconmensurable, la razón más alta,
y su nombre es: Yahvé.

Excelsa visión es cuando, de pronto,
surge de arena y feos materiales,
anhelado y, sin embargo, no previsto
con certeza, relampagueante,
el gran fulgor multicolor,
para alegría del maestro
y de quien lo contempla.
Pero ¿qué fue antes
el gran resplandor?
Un granito de arena, nada más, una parte
minúscula de masa roma y deslucida.

Por eso no debe envanecerse
el resplandor, sino ser consciente
de su origen: que antes no fue
más que un grano de arena
del que nadie podría adivinar el brillo
que después emanaría de él, y nadie la gracia
que en él resplandece.

Y, por ello, tampoco ha de estar sin fe
ningún grano de arena.
Pues tal vez esté llamado
a que un día la grandeza
reverbere en él.

Y luego, no ha de jactarse
el maestro. Sopla y sopla en la materia
con su pipa.
Pero no está en su mano
que la forma cuaje.
A éste lo arruinan, sin saber cómo,
huecos y pompas su cristal,
e inútil es su afán.
Pero al otro le sonríe de pronto,
sin que sepa cómo, la gracia,
y se abomba, bella, como deseaba, la bola,
su cristal es noble e irradia luz.

Hacia finales de agosto Josef se había retirado unos días a Campania; huyendo del agobiante calor de la ciudad le comunicaron que las obras de la sinagoga de Josef estaban tan avanzadas que ya podían depositar

en ella los rollos de la Torá rescatados de Jerusalén.

Josef regresó a Roma. Junto con el doctor Licino visitó la casa de oración. El alto cubo blanco se ajustaba a los edificios en derredor y, sin embargo, presentaba un aspecto extraño, pues mientras que las viviendas en torno suyo se agolpaban, ya que los terrenos de aquel lugar eran caros, el esqueleto de la sinagoga se erguía altivo y solo en medio de un espacio vacío, sobresaliendo oblicuo de la hilera de casas. La habían construido de modo que los oradores volvieran su rostro hacia Oriente, hacia Jerusalén.

El arquitecto Zenón conducía a los visitantes. La bóveda subterránea en cuyo muro oriental se encontraba el gran relicario destinado a los setenta rollos era fría, iluminada por muchas rendijas; el lugar era apacible y, sin embargo, grávido de misterio.

Tres días más tarde, en festivo cortejo, Josef y los más insignes judíos romanos llevaron los rollos de la Torá hasta el lugar donde serían custodiados a partir de entonces. Los rollos estaban envueltos en valiosas telas bordadas, adornados con coronas doradas, pero debajo de éstas estaban rasgados, manchados de sangre, pisoteados por las botas de los soldados que saquearon las casas de oración de la Jerusalén incendiada. Josef recordó cómo los había rescatado de la sinagoga de los peregrinos de Alejandría. Rememoró cómo había recorrido la ciudad con su escribanía de oro al cinto y un rollo en cada brazo, seguido por los judíos flagelados, tambaleantes, a los que había encomendado los rollos de la Escritura salvándolos de las cruces en los que los habían condenado a morir. Veía y oía en su interior a los soldados mofarse de tan extraña comitiva. Nadie se burlaba ahora del cortejo de los dignos señores que llevaban los rollos a la casa construida por él; antes bien, funcionarios imperiales precedían y cerraban el cortejo, los soldados de la guardia imperial con sus uniformes de gala los escoltaban, y los transeúntes con los que se cruzaban los saludaban con una reverencia venerando al Dios foráneo. A pesar de ello, Josef sintió una desazonadora sensación de desamparo, y se alegró cuando los rollos estuvieron a salvo en la fresca sala en penumbra donde se guardarían a partir de ese día.

Tras despedir a los demás, Josef se quedó solo en la cueva con los rollos. Se sentó delante del relicario, grande y sencillo, ante la cortina blanca con sus pálidas letras doradas bordadas que recordaba vagamente los cortinajes del Templo de Jerusalén. Sabía que uno de los pergaminos mancillados tenía dos agujeros en forma de pie: un soldado había recortado en ellos unas suelas para sus botas, por lo que faltaba el lugar donde se decía: «No oprimáis al extranjero en vuestro país y no os mostréis duro con él, pues extranjeros habéis sido en la tierra de Egipto».

Josef se sintió de pronto emparentado con aquellos rollos. Allí, en aquel cofre, estaban reunidos sus padres y antepasados, y todos ellos habían vivido únicamente para desembocar en él. El sentido y la culminación de sus vidas era ser custodiados en aquel cofre.

Los reyes de los egipcios creían que podrían vencer a la muerte encerrando sus cuerpos embalsamados en enormes montañas triangulares. No, esos muertos no habían dado con la fórmula: nosotros sí. Con un par de letras, por medio de la magia de la palabra, vencemos a la muerte. En esos pequeños rollos hemos encerrado la vida de Judea de forma que perviva para siempre. Podrán ser destruidos el Reino de Israel, el Reino de Judea, el segundo Reino de Judea, el Templo: pero el espíritu de los rollos es indestructible.

Y, así, conversó con los rollos del cofre. El recorte de aquel rollo manchado de sangre se convirtió en una gran boca aulladora que le hablaba. Todos los rollos abrieron sus bocas y le hablaron. La bóveda en penumbra a su alrededor se llenó de figuras, creció, se ensanchó, hasta que perdió de vista sus muros. Israel lo rodeaba, amplio como la arena del mar, infinito en el espacio, infinito en el tiempo.

Lo que Claudio Regino le había dicho en una ocasión sobre las historias y situaciones de la Biblia, que él mismo había vivido en su carne y en su espíritu, dejó de ser una frase y se hizo realidad. Conversó con los seres invisibles que llenaban la estancia, con sus padres, tíos y primos muertos hacía tiempo. Se dejó adoctrinar por ellos. Disputó con ellos. Amenazó, entre bromas, a aquellos que se habían excedido en el amor por su pueblo, a Pinhas, Esdras y Nehemías. Habló, y dio sabias razones meneando la cabeza, con el sabio Mardoqueo sobre el sentido y el sinsentido del nacionalismo. Hacía tiempo que sabía que la grandeza y la historia de una nación sólo pueden incrementarse gracias a la fuerza de los que son fuertes por naturaleza, y que aquélla no ayuda al débil. Si éste quiere apoyarse en la nación, la nación no será más que un vehículo falso, y el falso orgullo por su fuerza le impedirá reconocer su propia debilidad. Que ningún débil confíe en poder salvarse aferrándose a otro. Cada cual ha de pagar sus faltas, cada uno responder de sí, la fuerza sólo fortalece al fuerte, al débil lo arrastra al abismo. El sabio Mardoqueo asintió conforme con su cabeza ligeramente temblorosa: opinaba que siempre había dicho que no debían haber asesinado a tantos enemigos de los judíos tras la caída de Amán, y que, por lo demás, y entre nosotros, no eran tantos como afirmaba el compilador del libro de Ester. Y, al fondo, a punto de desvanecerse, la imponente figura de Isaías asentía.

Josef escuchaba, preguntaba, inquiría y replicaba, muy excitado. No, nadie podía escribir mejor la historia del judaísmo que él, que encarnaba sus virtudes y sus lacras. Su corazón patriota se alineaba con los judíos, su cabeza, cosmopolita, se elevaba sobre ellos, y nadie era capaz de reconocer como él los límites donde el amor por la patria bordeaba el sinsentido.

Se levantó, se acercó al relicario, se llevó los dedos a la boca, tocó la blanca cortina con sus pálidas letras doradas inclinándose en una profunda reverencia. Y, mientras permanecía así, pesaba sobre él la carga de su misión al tiempo que sentía un incontenible deseo de emprender la tarea y una inmensa confianza en sus fuerzas.

Alado, pletórico de visiones, abandonó la estancia que guardaba los rollos de la Torá para adentrarse en el camino que ya vislumbraba ante sí hasta en sus más nimios recodos.

Los dedos regordetes de Claudio Regino revolvían papeles, buscaban tablas, comentándolos con su aguda voz. El asunto que explicaba al príncipe Domiciano era complejo. Una vez más, se trataba de los terrenos sobrantes de la adjudicación de suelo a las colonias militares, que los funcionarios encargados del reparto, e incluso ciertos particulares, se habían apropiado sin título alguno. Durante décadas el Gobierno había tolerado dicha costumbre. No obstante, Vespasiano se había aprestado a confiscar aquellas ilícitas propiedades, haciéndose con terrenos por un valor de doscientos sesenta millones. Determinó como fecha límite de las investigaciones el 9 de junio del 821 de la fundación de la ciudad, fecha del fallecimiento del emperador Nerón. Pero ya sus ministros habían comentado el proyecto de establecer una fecha anterior, posiblemente el 13 de octubre del año 807, día de la muerte del emperador Claudio. Las ganancias que se obtendrían de las confiscaciones serían considerables. El único reparo era si la nueva dinastía no se granjearía demasiados enemigos políticos mediante tales expropiaciones. Regino proponía ahora prorrogar el plazo, que alcanzaría hasta el 24 de enero del 794, día de la muerte del emperador Cayo. Por medio de numerosas tablas compuestas con esmero y astucia pretendía demostrarle a Domiciano que el daño político no sería excesivo en comparación con los beneficios económicos que obtendría de la operación.

Domiciano lo escuchaba con el abultado labio superior crispado sobre el inferior, lo que confería a su rostro cierto aire de expectación. No le agradaba Claudio Regino, pero no cabía duda de que no había experto más aventajado en asuntos financieros. Diez minutos después Domiciano decidió seguir su consejo también en aquel asunto.

Tras haber tomado esa resolución atendió sólo a medias su informe, y dejó que vagaran sus pensamientos. Resulta desagradable tener que perder tanto tiempo con tipos como este Regino. Pero son necesarios para gobernar, su padre sabía muy bien por qué trataba con ese medio judío, y él, Domiciano, tiene razones para urdir un plan preciso para cuando sea emperador. Los informes sobre el estado de su hermano que le llegan por medio de Marullo demuestran que es hora de prepararse.

Sonríe cuando piensa en que hace sólo seis meses concibió un cuidadoso plan para escapar de la capital en la que la inquina de Tito lo mantenía encerrado, y huir a Galia o a Germania, donde se haría proclamar emperador por los destacamentos allí establecidos. Ahora puede olvidarse definitivamente de tan fantástico plan, su acceso al trono está garantizado. Resulta sorprendente, por lo demás, que desde que tiene esa certeza se tome muy en serio detalles que antes lo aburrían. Con la creciente confianza en su ascenso al trono surge en él el placer de organizar heredado del padre y, cuando Annius Bassus le refiere los problemas militares, Marullo los políticos, o incluso cuando ese repelente Regino le informa sobre los asuntos financieros, se excita discutiendo cada detalle de sus complicadas exposiciones.

Para meditar con lógica necesita tranquilidad y recogimiento. A menudo se encierra durante horas; sabe que sus enemigos afirman que no hace sino cazar moscas. Que hablen. No le importa que hagan circular los rumores más atrevidos sobre su afán de poder, sobre su falta de escrúpulos y su inmoralidad. Sabe que entre la aristocracia republicana circula una carta en la que él, que entonces contaba quince años y al que su padre escatimaba el dinero, le ofrecía al senador Palfurius Sura pasar una noche con él pidiéndole a cambio tan sólo quinientos sestercios, una suma vergonzosamente baja. Palfurius Sura es un idiota por haber dejado que le roben el escrito, pero aún más idiotas son las gentes que se regocijan leyéndolo. Da igual que la carta sea auténtica o falsa: cada día que pasa es más falsa, y aún más cuanto más se debilita el aliento de Tito, y no falta mucho para que lo sea definitivamente.

Recaudaríamos ciento cuarenta y tres millones, le explica Claudio Regino, si estableciéramos como fecha límite el 24 de enero del 794. Sin duda Tito renunciaría a dicha suma en aras de su popularidad. Pero él no tiene la menor intención de hacerlo. Ciento cuarenta y tres millones es mucho dinero. Mientras se vio obligado a pedirle dinero a su padre y a su hermano tales cifras lo habían dejado indiferente. Pero, siendo él

el único beneficiario, la cosa cambia. Una vez en el poder necesitará mucho dinero. Construirá a lo grande. Para Lucía. Lucía es la única persona cuya opinión le importa. Cierto que no se deja comprar. Ni siquiera su risa puede comprarse. Se ríe cuando le viene en gana.

—El círculo de las personas afectadas —le explica Regino— no es tan grande como podría pensarse. Están por ejemplo…

Domiciano trata de alejar de su mente al bailarín Paris y a los cinco o seis hombres de los que Roma sospecha que se acuestan con Lucía. Pero no lo logra del todo. Ese Paris no es tan formidable, piensa. Y es que pocos saben distinguir lo bueno de lo malo. También sobrevaloran al judío Josefo. Su libro no está mal, tal vez sea incluso bueno, pero es una locura lo que ha desencadenado. No me agrada. Me resulta aún más antipático que Regino. Esos orientales son unos falsos. No hay quien los entienda, tienen algo de escurridizo, y ese Josefo es aún más peligroso que la judía que destrozó la vida de Tito.

Se yergue; se sienta muy recto, con los brazos detrás de la espalda. Sí, piensa, Tito está acabado. Será una bendición que se convierta pronto en dios. No deben dilatar ese proceso. Marullo debe hablar de nuevo con Valens.

—Con las nuevas mediciones topográficas —decía Regino en ese momento— de las provincias de Egipto y Siria deberíamos establecer nuevos impuestos agrarios; ya es hora de hacerlo.

Ya es hora, pensó Domiciano, de hacer cuentas con Tito. Si no, sería capaz de escabullirse entre los dioses sin que liquidáramos nuestras deudas. Seguramente no habría aguantado más de cinco años de no intervenir yo; pero que deba morir cinco años antes por mi culpa es un buen golpe. Sólo que no sabe que es culpa mía, y no debe saberlo. Si no, es capaz de devolvérmelo. No, lo de Julia fue realmente la única solución. Rechazar primero la boda con ella y tomarla de todos modos fue una buena idea, y sin duda lo habrá afectado. Sobre todo porque ella no quería, y, si yo no hubiese sido tan terco y fuerte, no lo habría logrado. Y eso que es hermosa, blanca, carnosa, agradable. Daría un par de millones por saber qué piensa de ello mi señor hermano. Si no lo hubiera notado no le habría dado a ese insulso Sabino por esposo. Y que calle con tanta obstinación sólo demuestra cuánto le duele la historia.

Que los romanos pensasen que el asunto de Tito con Lucía debía dolerle a él mucho más no quería saberlo, y no lo sabía.

«Aún tendré que escuchar muchas cosas sobre el excelente gobernante que fue, y sobre mis propias virtudes. Incluso ese Josefo me ha alabado un par de veces, por si acaso, en su libro. Naturalmente, no es más que palabrería y adulación. Es un lameculos ese Josefo, y me parece indigno ocuparse siquiera de lo que pueda escribir un judío sobre uno. Pero no me desagrada que me haya puesto bien en su libro. Cuando Tito sea por fin dios no quedará de él más que ese grueso arco de triunfo, un poco raído ya, y lo que el judío haya escrito de él. En realidad, podría hacerle un arco un poco más decente cuando sea dios. Y a un tipo como ese judío no hay que irritarlo, no sea que escriba algo feo sobre mí. Pero no me gusta. No entiendo qué ve en él Lucía.

»Ella ama los libros. Las memorias de su padre están bien, un poco escuetas, pero muy claras. Creo que, en general, la prosa de nuestra época es mejor que sus versos. Con mis propios versos tampoco hay mucho que hacer. Mi epopeya en verso sobre la historia del Capitolio es una fruslería de adolescente. Pero mi prosa no está mal. En cualquier caso, disfruté de lo lindo escribiendo mi ensayo *Elogio de las calvas.* Y sin duda es preferible que yo mismo me ría de lo finos que son mis cabellos a que lo hagan otros.

»Pero me alegra no tener que escribir más versos. El que no sea capaz de actuar puede refugiarse en los versos. La literatura siempre es un buen pasatiempo para aquel que la escribe, y a veces también para el que la lee. Cuando llegue el momento la fomentaré. Eso no cuesta mucho. Un certamen literario, aunque sea de primera, no cuesta ni la centésima parte de lo que cuesta una buena carrera de carros. Naturalmente, tampoco da tanta popularidad. Pero sí mayores honores. Si de los ciento cincuenta millones que me procurarán esos terrenos dedico tan sólo el tres por ciento a certámenes literarios y premios me cubriré de gloria, y las protestas sobre las expropiaciones ni me tocarán.

»Bajo el emperador Domiciano, queridos, los concursos literarios serán muy distintos de lo que son ahora. Lograré que se afanen tanto con ellos como con las carreras de carros. Sólo que, ¿a quién podríamos nombrar hoy jurado? Chusma. Gentuza. No distinguen lo bueno de lo malo. Basta un gesto para hacerles ver negro lo que un instante antes era dorado. No merece la pena ser su emperador. Con estas cifras del repelente Regino al menos sé a qué atenerme. Podría pensarse que la literatura, la poesía, están más allá de su inmundicia. Pero en cuanto ponen la mano en la laureola la ensucian como si se tratara de dinero.

»El viejo sabía bromear. Pero las mejores bromas, las más refinadas y sutiles, no supo gastarlas. Es una generación de mierda. Hay que machacar a estos tipos, humillarlos hasta que se encojan; entonces quizá nos sea dado sentir que somos grandes».

Regino llevaba ya un rato callado. Domiciano se espabiló.

—Os agradezco vuestro informe —dijo—, querido Regino. Seguiré vuestro consejo cuando llegue el momento.

Regino se alejó satisfecho. Domiciano era un miserable, su alma estaba corrompida. Pero había heredado el talento organizador de su padre y la contabilidad no se le daba mal. Claudio Regino se animó al vislumbrar la posibilidad de poner de nuevo en práctica aquel deportivo interés suyo por la regulación de las finanzas del Imperio.

Al declinar el verano, cuando el calor remitió, Tito revivió de pronto. El dos de septiembre se anunció que el emperador, que llevaba ya algún tiempo sin mostrarse en público, acudiría el cuatro al Anfiteatro para inaugurar los Grandes Juegos.

Roma se alegró. Los rumores sobre la enfermedad de Tito habían inquietado a la ciudad. Domiciano era impopular, el temor que suscitaba el infausto heredero incrementaba su amor por el emperador reinante. Además, había cierta desazón por las noticias que llegaban del falso Nerón, al que aún no habían logrado reducir. Cada semana surgían nuevas proclamas en las que el pretendiente —nieto de Augusto, descendiente de Julio César y de la diosa Venus, como se haría llamar— anunciaba que había escapado a las intrigas del alevoso senado y que surgiría en breve de Oriente con el rayo en la mano para aniquilar a los arribistas Flavios. Hacía casi un año que aquel Nerón tenía en vilo a las provincias asiáticas, aparentemente asistido por los poderosos vecinos de los romanos, los partos. Ya se hablaba de una nueva guerra parta, y estaba bien que el ballenato se mostrase de nuevo a su pueblo.

De modo que decenas de miles asistieron al festivo sacrificio con el que el emperador inauguraría los Juegos. Habían traído el toro blanco, el Sumo Sacerdote había elevado ya el cuchillo, y Tito se aprestaba a recoger la sangre en el platillo y verterla ante el altar cuando, poco antes de la mortal estocada, el toro se soltó y, con la cuerda rodeándole aún pata y testuz, se lanzó hacia la muchedumbre enardecida. Cundió el pánico, muchos dijeron después que habían oído un trueno bajo el cielo despejado. Tito hizo como si aquel mal augurio no lo asustase. Su fláccida y ancha cabeza de muchacho, que en los últimos días había tomado algo de color, palideció de nuevo, y los ojillos soñolientos y febriles casi desaparecieron bajo los párpados. Pero permaneció sereno y esperó hasta que dieron alcance al toro. Entonces se realizó el sacrificio. Después, como había anunciado, se dirigió con gran pompa hacia el Anfiteatro.

Allí permaneció apocado, sentado en el imponente sillón; le costaba un gran esfuerzo agradecer debidamente los gritos de las masas. La vista de la enorme construcción, los animados espectadores, los hombres y animales que morían en su honor y para su regocijo en la arena, no lo alegraban. Tenía la vaga sensación de que era la última vez que se sentaba allí y disfrutaba de la popularidad que tan cara había pagado. Lo asustaba que el sacrificio hubiera fracasado. Lo apesadumbraba no poder aniquilar el recuerdo de Nerón entre el pueblo, por mucho que él mismo y sus predecesores se hubieran esforzado tras la caída del emperador por destruir todos sus monumentos y borrar todas sus huellas visibles. Sólo con un gran esfuerzo logró aguantar las cuatro horas que debía permanecer según la costumbre en el Anfiteatro. Deseaba huir de Roma; en cuanto inaugurase los juegos marcharía a su propiedad de Cosa. Pensaba con agrado en la paz campestre de aquella primitiva hacienda que no había alterado, conservándola tal y como la recibiera de su padre y su abuelo. Respiró aliviado al ver que habían transcurrido las cuatro horas y se le permitía subir a su carruaje.

Pero en cuanto abandonó el término municipal de Roma lo asaltó un terrible malestar. Había deseado deponer la digna actitud que debió mantener durante aquellas cuatro horas. Pero ahora tampoco podía disfrutar de su debilidad. Los calambres lo atenazaban, temblaba bajo el efecto de una fiebre altísima. El médico Valens envió correos a Roma convocando a la hija del emperador, Julia, a Domiciano y a Lucía a su presencia.

El emperador Tito yacía en la vetusta mansión, en el nicho, en la ancha cama que no levantaba más de un par de palmos del suelo en la que falleciera su padre. Allí permaneció una semana entera y dos días más sin saber dónde se encontraba.

A veces conversaba con Nerón. No estaba seguro con cuál de ellos: si con el jovencito tímido y patoso, con el hombre bello y fascinante, o con el tipo prematuramente envejecido, obeso y malhumorado como una mujer ajada. Tito quería averiguar con qué Nerón hablaba, y por qué, y de qué. Pero era difícil, porque Nerón tenía una cabeza dorada como la de las estatuas colosales, y el fulgor de su cabeza parecía borrarlo todo. ¿Sería el auténtico Nerón? Él mismo había dado orden de sustituir la cabeza del coloso por la de su padre y, sin embargo, Nerón conservaba su propia cabeza. Eso era una insolencia inconcebible, y lo

asustaba. ¿Cómo demoler una cabeza tan imponente si es de oro y, además, el hombre a la que pertenece ya ha muerto? Se volvió hacia Británico, su amigo de la infancia, que había crecido con él. Afortunadamente, éste había cambiado poco en los muchos años que llevaba muerto. Pero tampoco él supo aconsejarlo, y aunque ahora eran dos, no lograban cortarle a Nerón la dorada cabeza. Por el contrario, éste abría la boca una y otra vez, diciendo: «Yo, Claudio Nerón, nieto de Augusto, surgiré de Oriente portando el rayo».

De pronto Tito supo por qué no caía la cabeza: era por el ojo de cristal. Pero si tenía un ojo de cristal no podía ser Nerón. Tito buscaba y buscaba y no lograba dar con el poseedor del ojo de cristal. Se trataba de la orden del día, eso estaba claro, y la orden del día era peligrosa. Cierto que Tito había pasado largo rato elaborando su texto, nadie podía acusarle de nada, pero, a pesar de todo, la orden seguía siendo ambigua, y el del ojo de cristal se percató de ello, olisqueó con la insolente nariz de grandes fosas y lanzó un guiño cómplice al emperador. «Si el enemigo intenta perturbar a los destacamentos de trabajadores» leyó, y ahora volvía a ser Nerón. El ojo de cristal entonaba perfectamente con la cabeza dorada, el hombre entero le pareció perverso, pero eminentemente aristocrático. Tonterías. No tenía una cabeza dorada, tenía una cara desnuda y sonrosada, y un aspecto vulgar. Naturalmente, no podía ser Nerón; pues los que parecían vulgares eran ellos mismos, los Flavios, mientras que Nerón siguió siendo, aun en sus últimos y más indignos devaneos, el aristócrata, el descendiente del gran Julio y de la diosa Venus.

Si el tipo interpreta mal la orden todo se torcerá, entonces dispararán, y el Capitolio, que tanto costó reedificar, volverá a ser destruido. Ha terminado de leer la orden, pronto se cuadrará. Tito debe anular la peligrosa orden, de inmediato, si aguarda un minuto más será demasiado tarde. Y quiere hacerlo, pero no puede, lo que le oprime el estómago. Y eso que la mujer ya sube los escalones del Templo. Es la Via Sacra, y es la sacerdotisa mayor de las vestales, y él, Tito, la acompaña, pues como emperador se le ha encomendado el cargo de Sumo Sacerdote. Se queda rezagado, debe ver cómo camina, pues no camina, avanza, «se pasea», para definir sus andares sólo cabe usar la expresión homérica. No debe retrasarse por más tiempo, ha de caminar a su lado, lo exige el protocolo. Y también debe arreglar lo de la orden; si no, dispararán. Seguramente dispararán cuando ella ascienda por las gradas del Capitolio, y entonces dispararán a su pierna. ¿Debe dejar que disparen o no? El deseo de ver la pierna de la vestal lo consume, debe verla, desde la planta del pie hasta el muslo, quiere acariciarla, apretarla, masajearla. Que disparen: regocijado, se apresta a ver cómo disparan a la pierna. ¿A qué esperan? Sí, claro: esperan a ése, al tipo sin nombre de la cabeza dorada y el ojo de cristal. Ése sigue leyendo su orden. Pero ahora se convierte —y pronto será demasiado tarde, entonces dispararán— en el capitán Pedán.

Tito suelta una carcajada, se ilumina. Pedán se llama. Claro. ¡Cómo no se le ha ocurrido antes! Cuarenta y tres años, y su memoria empieza a fallarle. Escribe el nombre en el aire: Pedán, el capitán Pedán de la quinta legión. Lo escribe varias veces para que no se le olvide. Pedán, de la quinta, portador de la corona gramínea.

Entre tanto, la mujer sigue avanzando. Ahora se ha levantado la larga túnica sacerdotal, como una bailarina, y él contempla su pierna desnuda hasta los muslos. La vista es agradable y extremadamente obscena. ¿Quién iba a pensar que la sacerdotisa mayor de las vestales tenía una pierna tan joven y bella de bailarina?

Ya han llegado al *sancta sanctorum* del Templo. Pero ¿dónde está la estatua de Júpiter? ¿Es que Júpiter Capitolino carece ya de forma? ¿Tienen razón los que dicen que no hay nada en el *sancta sanctorum*? Sería una lástima. Entonces no podrían celebrar sacrificios. Los sacrificios tampoco le salen bien. El toro blanco se escapa. Un mal augurio. Pero no deben ver que le importa. Siente un terrible malestar, pero debe seguir allí, erguido, mantener la disciplina y esperar.

Pero de pronto divisa algo en el *sancta sanctorum.* La pierna, claro, la pierna de la mujer, la que pasea, la magnífica, esa pierna ruin que le ha sorbido el seso. ¡Qué abominable sacrilegio que esa pierna esté en la celda de Júpiter Capitolino! Debe sacarla de ahí, pisotearla, hacerla añicos, que no quede nada de ella. Debe salir de allí, eso, la pierna. Hep, Hep, debe caer.

Advierte la presencia de su padre detrás de él; en tono familiar, con su voz chirriante, le da un consejo. Es muy sencillo. Hay que cortar la pierna, entonces la cabeza de Nerón caerá por sí misma. El viejo tiene razón, como tantas veces. Cualquiera sabe que es más fácil cortar el tendón de una pierna de carne y hueso que cercenar una cabeza de metal. Asiente a su padre, alza la espada.

Se sobresalta. Un objeto agudo, doloroso y al tiempo benéfico traspasa su carne. Le frotan el cuerpo con nieve, el ardiente frío hace remitir la fiebre, y con ella sus fantasías.

Reconoce dónde está: en su mansión de Cosa. Sonríe. Aquí quería venir. Todo ha ocurrido exactamente como deseaba. Lo soportó, inauguró los juegos, sus romanos se regocijaron. «Oh, alegría y amor del género humano», le habían gritado, y aún resonaba en sus oídos la ternura con que dijeron: «Oh, nuestro

magnánimo, nuestro querido ballenato». Y ahora está en Cosa y lo ha superado. Se concederá dos semanas de vacaciones, o tres, durante las cuales no hará nada ni pensará en nada. Y después, cuando regrese a Roma ya repuesto, estudiará los proyectos para el ajuste de los impuestos que le ha presentado Claudio Regino para preparar la guerra contra los partos.

Allí está también el Chiquillo. El Chiquillo se ha sometido, Tito ha conseguido que se muestre sumiso y flexible. Eso sí, su buen dinero le ha costado. Si compara su propiedad de Cosa con las construcciones del Chiquillo en Albano, desde luego no es un hermano barato. Y tampoco ha conseguido domeñarlo por completo. Ese asunto con Julia, sin duda sólo quiso jugarle una mala pasada. Es una broma insulsa, qué raro que no se le haya ocurrido nada mejor, pues ésa le ha salido mal. A Tito no le ha molestado lo más mínimo. Si al Chiquillo le agrada su Julia bien está que la tenga, y con ella su placer. La pálida y carnosa Julia es, por cierto, bastante caprichosa, y le extrañaría que le gustara Domiciano. Sea como fuere, sigue siendo una broma plana, sin ingenio, con la que pretende retarlo. ¿Qué clase de «venganza» es esa? Lucía, él le ha quitado a Lucía, y aunque Julia sea carne de su carne, no se la puede comparar con Lucía. Por lo demás, Julia parece no haber estado de acuerdo, y Lucía sí quería. Y Tito se echa a reír, ríe con una voz aguda y fina, ji, ji, se ríe de la insulsa e impotente venganza del otro.

No sospecha en que tal vez yace allí porque Domiciano así lo ha querido.

Lo que hace es volver la vista —no es capaz de mover la cabeza, pero sí los ojos— hacia Lucía. Allí está Lucía, piensa. Si la hubiera conocido antes su vida habría transcurrido de otro modo. Pero también está bien así. Tiene el reconocimiento de sus romanos, la dinastía se ha consolidado, ningún Nerón puede ya asustarlo. Allí está, sudando. Es un sudor sano, esa enfermedad es la crisis definitiva, y con ella exuda a Oriente por completo de sus venas. En el futuro, ninguna judía podrá tentarlo ya.

Pero ¿por qué están todos allí, el Chiquillo, Julia y Lucía? Ah, por su enfermedad. Al parecer, ha estado muy enfermo. Pero ya ha pasado. No será pequeña la decepción del Chiquillo. Y Tito le sonríe divertido, burlón, como ofreciéndole disculpas por no haberse convertido aún en dios.

Pero echa en falta a alguien. Uno al que quiere decir que por fin ha sanado y que ha exudado a Oriente de sus venas. Precisamente él ha de saberlo, es de suma importancia, y debe decírselo de inmediato, antes de regresar a Roma. Envía a un correo a Roma, a la casa del distrito sexto, en busca de Flavio Josefo.

Pero poco después, mucho antes de que llegase Josef, le sobrevino un nuevo acceso de fiebre más intenso que el primero. Domiciano preguntó al doctor Valens. Éste lo miró con sus ojos fríos y escrutadores y dijo:

—Mandaré introducir a Su Majestad en un baño de nieve. Si todo va bien, el enfermo sanará de nuevo. Pero hay pocas esperanzas de que llegue a mañana.

—¿Creéis —le preguntó Domiciano en tono objetivo— que el emperador Tito Flavio se convertirá en dios el catorce de septiembre?

—Sí, lo creo —respondió el médico, y, ante la mirada inquisitiva del príncipe, afirmó—: Estoy seguro de ello —y agregó la fórmula—, Majestad.

Cuando la fiebre subía peligrosamente los médicos solían introducir al paciente en un baño de nieve. Dosificar con acierto la duración de tales baños era difícil y se consideraba la piedra de toque del buen hacer de un médico. Los baños de nieve habían salvado en muchas ocasiones de una muerte segura a los pacientes pero había quien moría en el mismo baño.

En el rocoso sótano de la mansión de Cosa la nieve se mantenía bien, y suficientemente dura. Bajo la vigilancia del médico Valens introdujeron el pesado y ardiente cuerpo del emperador a una profundidad considerable. Las damas Lucía y Julia —Domiciano había abandonado la propiedad— permanecían en el sótano tiritando, el estrecho tragaluz y la nieve arrojaban una luz mate, y ambas miraban expectantes y a su pesar cómo enterraban al emperador en la nieve.

Tito recobró la conciencia. Estaba excitado y atemorizado al ver que Josef no llegaba. Ahora sabía que iba a morir. Temblaba de debilidad y de frío. Su piel estaba azulada; apretaba los dientes para no castañetear. Le dieron un bebedizo preparado por Valens para que recobrase fuerzas. No hablaba, las dos mujeres también callaban, los rodeaba una lúgubre penumbra. Primero se alejó Julia, y más tarde Lucía. Cuando llegó Josef, no había nadie con el emperador a excepción de Valens.

Tito ordenó al médico que se retirara. Josef estaba solo ante el moribundo que yacía en la nieve con los miembros rígidos. Volvió a inclinarse en una profunda reverencia y repitió el saludo:

—Aquí estoy.

Pero en su fuero interno pensaba: no hay más sabiduría que la de Cohelet: «Y no tiene el hombre ventaja

sobre la bestia, y la muerte del uno es la muerte de la otra, y todo es vanidad».

Tito parecía indeciblemente cansado, agitado por el frío y el dolor, si bien, quizá por efecto del bebedizo, estaba completamente lúcido. La romanidad heredada y adquirida era en él lo bastante fuerte como para vencer el miedo que siente la criatura en la hora de la muerte. Cierto que no exigía morir de pie, como el viejo, pero también él deseaba que no hubiera nada mezquino en sus últimos instantes de vida, y quería que fuese precisamente aquel hombre oriental quien lo presenciase y diese fe de que el emperador romano Tito no moría indignamente. Con un supremo esfuerzo logró abrir los labios azulados, pero su voz era audible, sí, aún quedaba en ella un último resto de aquella atronadora voz de mando que tantas veces escuchara Josef ante las murallas de Jerusalén, y dijo:

—Te he hecho venir, Flavio Josefo, para que escribas una cosa. Te he erigido la columna honorífica: conserva tú para la posteridad lo que digo. Me he esforzado por ser el «amor y la alegría del género humano», llegué a ser el magnánimo y gran ballenato, y cada día en que no hice algo bueno me dije: he perdido este día. Pero no es esto lo que quiero que escribas. He matado a muchos hombres, y estuvo bien, no lo lamento. Pero hay una cosa que no estuvo bien. Escribe esto, mi judío, gran historiador: el emperador Tito no lamentó ningún acto de su vida, excepto uno. ¿Me escuchas? Escríbelo, mi judío, mi cronista.

Al ver que callaba, Josef le preguntó:

—¿Qué acto, mi emperador?

Pero, por toda respuesta, éste inquirió con los ojos apagados y una extraña mirada hacia dentro:

—¿Por qué fue destruida Jerusalén?

Entonces Josef fue presa de la desesperación, sus entrañas se contrajeron, paralizándolo, y se quedó rígido, sin saber qué replicar. Mas el emperador prosiguió, y le rogó:

—¿No quieres responderme, mi judío? He esperado mucho tiempo esa respuesta, y nadie sabe dármela, sólo tú, y, si ahora no me la das, será demasiado tarde.

Josef en cambio se dominó haciendo acopio de todas sus fuerzas y replicó, diciendo la verdad:

—No lo sé.

Pero Tito siguió lamentándose en medio de la nieve:

—Veo que no me lo quieres decir. Vosotros, los judíos, tenéis buena memoria. Sois como vuestro Dios, tenaces, y jamás olvidáis lo que se os ha hecho.

Y siguió gimiendo y lamentándose como un niño.

—Nunca fui tu enemigo, mi judío, y no te hice pagar lo que me hizo esa mujer. Seguí siendo tu amigo cuando ella se marchó. Pero no quieres responderme.

Josef se sintió conmovido por los desvaríos del hombre. A las puertas de la muerte aún trataba de mentirle y de mentirse a sí mismo, y se imaginaba que la mujer que había arrojado de su lado lo había abandonado por su propia voluntad, y lo hacía para obtener una respuesta a la pregunta de por qué había sido destruida la ciudad de Jerusalén, que él mismo había arrasado. Lo asaltó tal espanto ante la fragilidad del entendimiento humano que olvidó el frío y la oscuridad de aquella miserable estancia y el terrible abandono de aquel moribundo. De modo que los judíos, los de la otra margen del Tíber, tenían razón: Yahvé había introducido una mosca que no dejaba de zumbar en el cerebro del emperador, y ni el estruendo del arsenal había sido capaz de acallarla. Tito no había sido más que un instrumento, tanto como la mano peluda, encarnada, del capitán Pedán. Ahora trataba de defenderse afirmando haber sido un instrumento: pero entonces, cuando actuó, no quiso darse cuenta. Se excedió. Sabía que se trataba de aunar Oriente y Occidente, pero se desdijo a medio camino, y, en lugar de ganarse a Oriente, lo aniquiló y volvió a convertirse en el romano que había sido desde el principio, un lamentable hombre de acción, un loco, que conocía la futilidad de los afanes del hombre, y que, sin embargo, no podía dejar de actuar. Ahí lo tiene ahora, y su rostro es el de su padre, el rostro de un viejo labriego; pero el viejo estaba conforme y se sentía orgulloso de ello, mientras que éste se avergüenza de serlo. El amo del mundo, el emperador, el romano, el frustrado proyecto del ciudadano del mundo, el montón de mierda, el hombre que se extingue como una bestia.

Y cuando el hombre enterrado en la nieve volvió a mover los azulados labios —Josef ya no pudo oír nada, pero sabía que repetía su pregunta, insistiendo en obtener una respuesta— lo asaltó el dolor de aquella pregunta, y sintió la inanidad de su propio ser y de toda criatura. No podía soportar por más tiempo la visión del agonizante; tuvo que dominarse para no salir corriendo, para no escapar a aquel inquisidor, y respiró aliviado al ver entrar al médico Valens.

—Esta vez no tengo reparos —dijo Valens— en molestaros tras quince minutos de audiencia.

Se volvió hacia el hombre enterrado en la nieve.

—El emperador Tito Flavio ha muerto— constató fríamente.

Entre tanto, Domiciano cabalgaba a toda prisa hacia Roma sin séquito alguno. Cayó la noche, apenas se veía la luna y reinaba la oscuridad. Domiciano no dudó en espolear a su caballo. Ahora que había llegado el momento no podía creer que finalmente accedería al trono que tanto y tan dolorosamente había anhelado, y se figuraba todo lo que aún podía interponerse entre él y el cumplimiento de sus deseos. ¿Qué ocurriría si Valens lo traicionaba y le refería a Tito sus conversaciones con Marullo? Tito era débil, y estaba obsesionado por un deseo infantil de garantizar la continuidad de la dinastía a cualquier precio. Pero, aun olvidando el asunto de Julia y todo lo demás, no podía ser tan necio como para no reaccionar ante semejante traición y no mandarlos ajusticiar a él y a Marullo.

Tonterías. No hacía falta ningún médico para saber que Tito estaba a punto de morir, con o sin baño de nieve. Aunque Valens se equivocara, aunque Tito viviese un día más, o incluso una semana entera, contra él, contra Domiciano, ha agotado ya sus bazas. En cuanto llegue a Roma se hará cargo de la guardia, todo está preparado. Con la ayuda de la guardia pretoriana podrá mantenerse, ocurra lo que ocurra, hasta que muera Tito.

Pero ya ha muerto, ya es un dios, ha dejado de vivir. Domiciano lo siente en su fuero interno. Está muerto, el otro, el hermano. Nunca más volverá a escuchar la desagradable y atronadora voz de mando, no volverá a oír sus meditadas y sarcásticas observaciones. Está muerto. Y eso está bien, también por Lucía. Sin duda se alegrará de ello. Domiciano se sonroja. Mientras, galopa a toda prisa al amparo de la noche. *Tiene* que alegrarse.

Es extraño que una mujer como Lucía no desprecie a Tito, el loco, el débil. ¿Qué le habrá dicho al final al judío? Necesita la popularidad, también tras la muerte, necesita al historiador, muere para el historiador, así como vivió para él. Necesita esos artificios, eso es, no se basta a sí mismo. Sea como fuere, le interesa saber lo que ha hablado con el judío. ¿Tal vez de Julia? Es una lástima que no fuera él, Domiciano, quien lo mencionara hoy. Ahora es demasiado tarde, y nunca sabrá si el otro llegó a percibir que habían saldado sus cuentas. ¿Acaso el judío le revelará lo que le ha confiado Tito?

Él mismo no necesitará a ningún judío, a ningún historiador, cuando muera. Está seguro de sí. Lo único que le faltaba era hacerse con el poder legítimamente. Ahora que lo tiene no necesita a ningún cronista. Tal vez debería matar a Josef. Ese hombre sabe muchas cosas que sería mejor no dar a conocer. Pero a Lucía no le gustará que acabe con él. Al que detenta el poder le basta con saber que puede ceder a sus inclinaciones, no necesita hacerlo. Dejemos que viva.

Domiciano entró en Roma. Cabalgó —ya era noche cerrada— hacia los cuarteles que la guardia tenía en el Palatino. Mandó llamar al comandante. Comunicó al hombre, un tanto asustado, que el emperador había muerto. Ordenó dar la voz de alarma. Soñolientas, las tropas se congregaron en los patios. Se les comunicó que Tito había muerto; la primera decisión del nuevo emperador en funciones consistía en asignar a cada hombre una gratificación de ochocientos sestercios. La orden se leyó en el resto de los cuarteles de la ciudad. Los oficiales y soldados prestaron juramento al emperador Flavio Domiciano. Con un tintinear de espadas saludaron a su nuevo amo y pasaron la noche velando sus armas.

Los despachos recorrieron las calles de la ciudad. Reinaba la inquietud; por todas partes surgían antorchas, patrullas, las casas se iluminaron. Antes de que los convocaran los cónsules muchos senadores se dirigieron presurosos y excitados a la Sala Juliana. Encontraron el edificio tomado; todos los puntos estratégicos de la ciudad estaban vigilados. A cada uno de los senadores se le comunicó que el emperador Domiciano los esperaba en la biblioteca del Palatino. Vieron con desagrado cómo se unía a cada uno de ellos un destacamento, sin brusquedad, más bien a modo de escolta. Los disgustó ver tropas delante de todos los edificios importantes aquella noche, les desagradó ver el Palatino convertido en fortaleza.

Unos criados trastornados condujeron a los senadores a la biblioteca a través de corredores mal iluminados por los que cruzaban presurosos los oficiales. Los padres convocados, a los que habían sacado de sus camas y que en buena parte no habían podido terminar de vestirse, formaron grupos. Se dudaba de la autenticidad de la noticia, pero ninguno se fiaba de nadie, sólo se atrevían a susurrar lo que los preocupaba; en voz alta comentaban tan sólo banalidades, que deberían haber caldeado el lugar, y asuntos de esa índole. Finalmente apareció Domiciano escoltado por los oficiales de guardia que lo saludaron con la fórmula y los honores reservados al emperador. Con los brazos a la espalda formando un ángulo, cuidadosamente vestido, si bien portando únicamente las insignias de senador, y sin señal de duelo, se paseó entre los corrillos afable, incluso humilde y con cierto aire de falsa timidez. Nadie sabía a ciencia cierta lo que pretendía. No cabía pensar que les exigiese el juramento de fidelidad, pues de otro modo no habría movilizado a las tropas. Pero lo que atemorizaba a los caballeros era si corroboraría sus privilegios; los amigos de Tito, en particular, temían ser degradados y ver disminuidos sus ingresos. ¿Qué hará este nuevo amo con la memoria de su hermano? ¿Quería que se alegrasen de tener a un emperador con su talento, o que

lamentasen haber perdido a un emperador tan agraciado? Naturalmente, sabían cuánto había odiado y despreciado el Chiquillo a su hermano. Pero ¿no cabe pensar que, para dar lustre a la dinastía, proponga que se le eleve, como al padre, al rango de dios? Aquellas dudas ocupaban de tal modo a los senadores que no se atrevían a llamar Chiquillo a Domiciano ni en pensamientos, o a admitir que tenía una barriga incipiente y que su porte, tan rígido, no hacía más que ponerla de relieve.

Domiciano, seguro bajo el amparo de su guardia, no tardó en percatarse de que tenía al senado a su merced. Comenzó por deleitarse con la inseguridad de los senadores. Recordó aquella noche del veinte de diciembre cuando, mientras Vespasiano y Tito permanecían en Judea, los seguidores de Vitelio y de Vespasiano luchaban por el poder. Él, su tío Sabino y los senadores fieles a Vespasiano se atrincheraron en el Capitolio, que finalmente fue asaltado, y sus enemigos asesinaron a Sabino y a la mayoría de los suyos. Él mismo pudo salvarse a duras penas disfrazado de sacerdote de Isis. Pensaba en el miedo que pasara aquella noche, y se regocijaba con el pánico que ahora inspiraba a los amigos de Tito, azuzándolo con macabras bromas.

—¿Os parece adecuado, querido Eliano —preguntó, por ejemplo—, elevar a Su Majestad mi hermano, como a mi padre, al rango de dios?

Pero cuando el senador Eliano replicó presuroso y atropellado que sí, lo miró con aire preocupado e inquirió, en tono casi humilde:

—¿No creéis, mi querido Eliano, que debemos sopesar cuidadosamente los méritos de un monarca antes de brindarle semejante honor? ¿Qué opináis vos, querido Rutilo? —dijo volviéndose a otro. Y, al ver que el turbado senador Rutilo vacilaba, se admiró, cortés pero con patente disgusto—: Es extraño que ni siquiera un hombre tan estrechamente ligado al fallecido como vos, querido Rutilo, piense en dedicarle semejante distinción.

El desdichado Rutilo se apresuró a farfullar no sé qué, pero Domiciano ya se dirigía a un tercero.

Todos respiraron aliviados cuando el nuevo amo se alejó de ellos. Debían esperar a la salida del sol para iniciar la sesión. Pero ¿qué debían decidir? El Chiquillo se deleitaba ocultándoles sus intenciones. Aún faltaban muchas horas, estaban ateridos y fatigados, y había pocos asientos. Algunos se sentaron en el suelo o se estiraron para dar una cabezada.

Por fin apareció Annius Bassus, quien les comunicó que el emperador esperaba que el senado concediese a su hermano los mismos honores que se brindaron a su padre. Ahora al menos sabían a qué atenerse y podrían dormir un poco antes de reunirse. Pero aquella noche no la olvidarían fácilmente.

Entre tanto, Domiciano se encerró en su despacho a solas con su enano Sileno. El enano, vestido con un pesado traje de seda rojo, permanecía en cuclillas en un rincón. Por mí que piensen que me dedico a cazar moscas, se dijo Domiciano regocijado, chascando con la lengua y caminando de un lado a otro. El enano lo imitó: chascó con la lengua y se paseó por la estancia.

Domiciano había dado orden de no admitir a nadie a su presencia a excepción de Lucía y Flavio Josefo. No deseaba escuchar la noticia de la muerte de Tito y la confirmación de su ascenso al trono de labios de otro que no fueran esos dos. En la casa de Josef había apostado a un correo que debía conducirlo al Palatino en cuanto regresase, y se preguntaba quién sería el primero en traerle la nueva, Lucía o Josef. Si es Lucía, será una buena señal, si lo hace Josef, mala.

Una hora antes del amanecer llegó Lucía.

—Ha muerto —dijo—. No tuvo un mal final.

—Soy emperador —dijo Domiciano—; soy emperador, Lucía.

Soltó una carcajada, la voz se le quebró, ante ella podía dejarse ir.

—Somos emperadores —graznó, imitándolo, el enano. Domiciano se regocijaba con su triunfo—: Esto es lo que me propuse desde que defendí el Capitolio contra Vitelio. Ha sido un arduo camino, y avancé por él sin desmayo, derecho hasta la cumbre. Y lo he recorrido por ti, Lucía. Te he convertido en emperatriz, como te prometí. —Lucía se había sentado; las últimas horas de Tito, el regreso a Roma en medio de la noche la habían fatigado, estaba exhausta. Miró al hombre, que recorría excitado la estancia, y bostezó.

—Deberías hacer más deporte, Chiquillo —dijo—. ¡Por Hércules, estás echando barriga!

—No sabes lo que es ser emperador, Lucía —dijo Domiciano—. Tendrías que haber visto cómo se arrastraban ante mí.

—Todo el mundo sabe que no quedan muchos hombres en Roma —replicó Lucía con una frialdad desagradable.

—En el senado no hay muchos, desde luego —asintió Domiciano en parte irritado, en parte satisfecho.

—Me voy a dormir —dijo Lucía—, estoy muy cansada.

—Espera un poco —le rogó Domiciano—. Antes del amanecer no podrán nombrar dios a Tito, ni a mí

emperador. Quiero llamar a un par de ellos y hacerlos bailar para mí.

—Eso no me interesa —dijo Lucía.

—Pero si es divertido —opinó Domiciano—. Quédate, querida Lucía —le rogó, insistente.

Hizo llamar a algunos senadores de la biblioteca. Con las piernas rígidas, los brazos en ángulo, el vientre abultado, conversó con ellos; y caminó campechano entre los asustados hombres, que temían por sus privilegios. Habló de literatura.

—¿Habéis leído mí ensayo sobre las calvas, querido Eliano? —preguntó. El senador miró la cabeza no precisamente hirsuta del nuevo emperador; recordaba vagamente el ensayo titulado *Elogio de las calvas,* escrito al hilo del humor en boga; al leerlo, no supo a ciencia cierta cuándo bromeaba y cuándo hablaba en serio.

—Sí, Majestad —replicó titubeando; estaba seguro de que Domiciano le tendería otra trampa.

—¿Qué opináis de él? —preguntó de hecho, con maligna cortesía, el emperador.

—El ensayo me parece excelente —replicó vehemente Eliano—, serio y humorístico a un tiempo. Al leerlo lloré de pena y de risa.

—Yo lo encuentro lamentable —constató Domiciano con sequedad—. Me avergüenzo de haber escrito algo semejante en la época de Silio Itálico, o de Estacio. ¿Qué opináis de Silio Itálico, querido Varo? —dijo volviéndose hacia el más cercano.

—Es el escritor más grande del país —respondió el senador Varo con entusiasmo.

—Pero un tanto aburrido —opinó Domiciano mirando al senador pensativo, apenado, cordial—. Muy aburrido, mortalmente aburrido. Al menos, mi *Elogio de las calvas* es divertido. ¿A quién preferís vos, querido Rutilo? —dijo, eligiendo de nuevo al protegido de Tito. Los temerosos ojos de pájaro de Rutilo quisieron rehuir su mirada—. Venga, venga, querido Rutilo —lo animó el emperador.

—¡Venga, venga, querido Rutilo! —insistió el enano.

—Prefiero a Silio Itálico —optó finalmente Rutilo con una sonrisa deforme y pretendidamente pícara.

—Así son nuestros senadores —exclamó Domiciano chascando con la lengua—. Prefieren a un tipo tan aburrido como Silio Itálico a mis propias bromas.

Se volvió, pensando que se lo había dicho a Lucía. Pero tras él no encontró más que al enano; Lucía se había marchado.

—Está amaneciendo —les comunicó a los angustiados senadores—, y debéis aprestaros a dar al senado y al pueblo de Roma un nuevo dirigente. Un día difícil para vosotros. Y también para mí, pues tendré que decidir a quién le mantendré sus privilegios y a quién no. Que los dioses iluminen vuestro juicio y el mío, padres convocados —y los dejó marchar.

Poco antes del amanecer llegó Josef. Domiciano sabía por Lucía que aquel hombre era la última persona con la que había hablado su hermano. Sin duda el judío era el único que sabía cómo y cuán profundamente había afectado al muerto su broma, el asunto con Julia, aquel último ajuste de cuentas.

—Tengo entendido que vivís en el distrito sexto —le comentó el emperador, iniciando la conversación —, en la calle de la Granada.

—Tuve la fortuna —replicó Josef— de que el magnánimo emperador Tito me permitiera permanecer en la casa que el dios Vespasiano me asignó.

—¿Sabéis que yo nací en esa casa? —le preguntó Domiciano.

—Desde luego, Majestad —replicó Josef.

—¿Trabajáis a gusto en ella? —quiso saber Domiciano—. ¿Y os cunde el trabajo que allí realizáis?

—La casa me agrada mucho —respondió Josef—, y trabajo a gusto en ella. No me corresponde a mí juzgar si el trabajo que realizo es bueno.

—Lamento comunicaros —le espetó Domiciano acercándose a él tenso y con paso extrañamente sigiloso — que tendréis que mudaros. Quiero dedicar a los dioses y convertir en monumento nacional la casa en la que tanto tiempo vivió mi padre, el dios Vespasiano, y que tanta felicidad procuró al Reino.

Josef guardó silencio. Sabía cuánta influencia ejercía Marullo sobre Domiciano, pero también conocía de la influencia de Annius Bassus, y el talante caprichoso de Domiciano y estaba al tanto del peligro que corría. Pero no lo temía, se sentía a salvo. Vanidad, triunfo, derrotas, dolor, placer, ira, duelo, Dorión, Pablo, Justo… todo eso pertenecía al pasado, ante él no había nada más que su obra. Todo lo que había vivido hasta entonces había beneficiado a su obra, y cobraba sentido sólo si lo refería a ella. Yahvé lo protegerá, de eso está seguro, para que no le ocurra nada que lo perjudique.

De modo que, sereno y curioso, aguarda a que Domiciano le diga lo que quiere de él.

—Habéis tenido el privilegio —dijo aquél— de asistir a la muerte y a la última confesión de mi hermano, el emperador Tito. ¿Qué quería de vos mi hermano en su última hora?

La pregunta debía sonar indiferente, pero Domiciano no fue capaz de dominarse, se sonrojó y se le quebró la voz.

—El emperador Tito —le informó Josef— deseaba encomendarme una tarea.

Domiciano lo miró con una expresión temerosa en la boca.

—Me pidió —continuó Josef— que dejase constancia de que sólo lamentaba un único hecho de su vida.

—¿Cuál? —le preguntó Domiciano. Ajá, pensó, de modo que el asunto de Julia sí lo afectó. Le ha dicho que lamentaba no haberse deshecho de mí. Y, con la boca entreabierta, aguardó la respuesta de Josef.

—No llegó a decírmelo —fue todo lo que Josef pudo agregar.

Domiciano respiró aliviado. Pero un instante después sintió una especie de decepción. De modo que jamás sabrá qué efecto tuvo sobre él lo de Julia. Por supuesto, pensó, que Tito se lo ha dicho; pero el pillastre no me lo quiere contar. Y, en voz alta, dijo:

—Muy pocos de nosotros estamos en situación de lamentar únicamente una acción. Mi hermano era un hombre virtuoso. Mi hermano —prosiguió con una leve sonrisa maliciosa en los labios—, era, además, un hombre feliz.

Y, con una franqueza ambigua, peligrosa, agregó:

—Murió en la cúspide de su fama. Si hubiera muerto más tarde, ¿quién sabe si habría podido conservarla? Y él apreciaba mucho su fama. Los que aceleraron su muerte —añadió, y aquella sonrisa taimada e insolente era ahora aún más patente—, le hicieron un favor.

Cuando despidió a Josef con tales palabras ya era de día, y el senado de Roma se aprestaba a elevar a Tito al rango de dios y a nombrar emperador a Domiciano.

Tres días después, el primero del mes de Tischri, es decir, el día de Año Nuevo del 3842, según el calendario judío, Josef se encontraba en la sinagoga que llevaba su nombre. El cuerno de carnero que llamaba, estridente, horrísono, a la penitencia, lo conmovió en lo más profundo, le abrió las entrañas. Era un desgarramiento benéfico: el arado abría su alma para recibir la simiente. Cuando, a la tarde, se acercó a la orilla del río Tíber para lavar su culpa, como mandaban los preceptos, y que las aguas las llevasen al mar para ahogarlas, se sentía verdaderamente purificado.

El primer día del mes de Tischri Yahvé reparte la suerte, pero sólo la sella el décimo, el gran Día de la Expiación, el sábado de todos los sábados; éste es el plazo que concede a los hombres de su pueblo para que apelen contra su juicio mediante la penitencia. En aquel tiempo tenían los judíos mayor capacidad para hacer penitencia que ningún otro pueblo; habían padecido más penalidades y más culpa que otros, sabían que aquellos males y aquella culpa no tendrían fin y que desembocarían en un nuevo comienzo. Josef en particular, siempre mudable, era capaz de deshacerse de su pasado como el agua que se desliza sobre la lisa piel, y, si bien recibía cual recién nacido la esencia de sus padres y ancestros, no así su destino, por lo que ahora, al comenzar su nueva y gran obra, iniciaba una nueva vida sin que su pasado le pesara. No olvidó lo que podía serle útil, y borró lo que de aquél le estorbaba.

El diez de Tischri se encontraba como los demás en su sinagoga, vestido con la sencilla túnica blanca hecha de lino que debía acompañarlo en el ataúd tras su muerte; pues debía presentarse ante la faz de Yahvé como un hombre preparado para morir.

El Colegio de Yabne había ordenado que se sustituyese el gran sacrificio que antaño, en los tiempos en que aún subsistía el Templo, solía hacerse en el Día de la Expiación por una descripción del servicio religioso. El levita Jubal ben Jubal, uno de los pocos cantores y músicos del Templo que se habían salvado de la destrucción, actuaba como recitador en la sinagoga de Josef. Así pues, era él, acompañado por los fieles de la comunidad, quien exponía los detalles del servicio del Templo. Conocía bien las melodías heredadas y, en los lugares adecuados, al referirse y entonar el cántico del reconocimiento de los pecados o del recuento de las veces que se vertía la sangre de sacrificio que salpicaba al Sumo Sacerdote, entretejía la fiera y monótona cantinela que los levitas habían conservado desde los tiempos remotos en que los judíos aún vagaban por el desierto.

«Bendito sea el ojo», cantaba, «que ha visto a los veinticuatro mil jóvenes sacerdotes, los instrumentos del Templo, el boato del servicio; cuando nuestro oído lo percibe se turba nuestra alma. Bendito el ojo que ha visto al Sumo Sacerdote salir del santuario, reconciliado, en paz, incólume, anunciando que el hilo encarnado de la culpa había sido lavado por la gracia de Dios. Bendito el ojo que lo contempló; cuando nuestro oído lo percibe ahora se turba nuestra alma».

«Pues nosotros», prosiguió, «nosotros ya no encontraremos perdón a nuestros incontables pecados. La tierra está en manos de blasfemos, los extranjeros son ahora cabeza, nosotros la planta. Sin profetas

vagamos por ahí, cual ciegos, sin oráculos. Y ninguna purificación nos sanará ya. No tenemos Sumo Sacerdote que ofrezca sacrificios por nosotros, ningún chivo expiatorio que lleve nuestra culpa al desierto».

Y siguió hablando y entonando los detalles de aquel gran sacrificio de expiación. Cómo el Sumo Sacerdote se encerraba siete días antes, absteniéndose de todo contacto con el mundo, entregando su corazón a su sagrada misión. Cómo permanecía en vela y sin probar alimento en la noche anterior al gran Día de la Expiación, ocupado en la lectura y recitación de las Escrituras. Cómo después, en la mañana, con blancos ropajes y adornado con las joyas del Templo, se dirigía a la parte oriental del patio donde lo aguardaban, escoltados por los sacerdotes, los dos machos cabríos idénticos en tamaño y forma, para los cuales los habitantes de Israel debían aportar una fracción de cada céntimo ganado. Cómo más tarde extraía de la urna los dorados billetes determinando cuál de los dos chivos era el elegido por Yahvé, y cuál el pernicioso. Y cómo ahora, con las manos sobre la testuz del chivo, enumeraba los pecados que habían cometido él, su casa, su estirpe, todo Israel, colocándolos sobre su cabeza, y cómo anudaba esos pecados, en forma de hilo rojo, al cuerno del chivo y lo enviaba lejos para que los llevase al desierto. Cómo finalmente penetraba en el santuario y llamaba a Yahvé por su verdadero, nobilísimo y temible Nombre, que nadie excepto él y en ese día podía pronunciar, y cómo el pueblo se arrojaba al suelo al escuchar el Nombre de sus labios.

Así habló y cantó el levita Jubal ben Jubal. Josef había vivido todo aquello, el servicio entero; lo había presenciado desde los escalones del Templo, en primera fila, y si aquél bendecía los ojos que lo habían contemplado, entonces los suyos eran benditos, y, si las almas se turbaban al escuchar todo aquello la suya era la primera en turbarse. Ningún viviente había visto tan de cerca como él la destrucción del Templo y su santuario y la matanza de los sacerdotes. Había visto lo que se perdió, había asistido a todo ello, y fue capaz de soportarlo. Pero al escuchar ahora la descripción de lo que se había perdido no lo soportó. Su corazón se detuvo, los ojos que habían sido capaces de contemplar el incendio y la caída del Templo se anegaron, los oídos que escucharon el crujir y crepitar del Templo no pudieron oír la descripción del servicio divino, y mientras el levita continuaba alabando la perdida grandeza de su nación el ciudadano del mundo Flavio Josefo se desplomó y cayó desmayado con la sencilla y blanca túnica con la que un día lo enterrarían.

Desde que el emperador lo desalojara de su antigua vivienda Josef vivía en el distrito «Baños», una zona más plebeya situada al sur, en una casita comprimida entre dos altas casas de vecindad. Vivía retirado en medio de un populacho activo y ruidoso. Al abandonar Josef su antigua casa Justo había alquilado una vivienda. Pablo ya no lo visitaba, posiblemente a instancias de la madre. Josef pasaba la mayor parte del tiempo solo, esperando a Mara. No trabajaba mal en su nueva vivienda; en realidad, poco podía importarle a un hombre como él instalar su despacho en un lugar o en otro.

Y entonces llegó Mara con la niña.

Afanosa, sin grandes alharacas, se hizo cargo de la casa, y dos semanas más tarde parecía que llevase allí toda la vida.

Transcurrieron las semanas, los meses. Nadie se ocupaba de Josef, y él tampoco se ocupaba de los demás, trabajaba y se mostraba conforme con su destino.

Un día sintió deseos de ver de nuevo su antigua casa, que Domiciano había transformado convirtiéndola en un templo consagrado a la estirpe Flavia por haber pertenecido a Domiciano, por haber albergado tantos años a su padre el dios Vespasiano, y porque él mismo había nacido en ella. Josef salió de su casa y se dirigió al distrito sexto.

Curioso, y con una leve inquietud disfrazada de sarcasmo, contempló la casa en la que tantas cosas había vivido. La fachada había sufrido pocas modificaciones, al parecer convenía conservar su sencillez. Pasó al interior. Un olor vago y dulzón a incienso lo recibió. Era ya tarde, pronto cerrarían el templo y sólo quedaban un par de visitantes. Habían demolido tabiques, techos y suelos, confiriéndole una mayor amplitud y altura al espacio. Sin embargo, aquella penumbra que durante tanto tiempo preocupó a Dorión se había conservado, posiblemente porque concordaba con el carácter del templo, y Josef, procedente de la claridad de la calle, tardó unos minutos en orientarse en la oscuridad. Entonces pudo ver.

En tres grandes nichos habían colocado las efigies de los dioses a los que se consagraba la casa. En el central, la diosa Roma, esta vez representada al modo tradicional, imponente, heroica. A su derecha se alzaba, poderoso, con su armadura, el dios Vespasiano; la cabeza de Medusa de su coraza ofrecía un extraño contraste con el cuerpo regordete y el astuto cráneo de labriego. El nicho de la izquierda, donde Josef había tenido su escritorio, se había transformado en una capilla consagrada a Tito. La estatua del nuevo dios, una obra rara y temeraria, llenaba todo el nicho. Tito cabalgaba sobre un águila. Con el pico levantado en

oblicuo hacia la izquierda, el ave alzaba sus garras cubiertas de penachos y desplegaba sus alas; un imponente plumaje lo envolvía. El dios Tito, sin embargo, cabalgaba sobre ella con las piernas semicubiertas por las plumas, y su breve torso parecía fundirse con el cuerpo del ave.

Josef lo contempló compungido. La cabeza que veía era la de Tito, que tan bien conocía: la cara redonda, el breve y prominente mentón triangular, los rizos repeinados sobre la frente. Aquéllos eran los ojos finos, vueltos hacia dentro, que tantas veces buscaran los suyos. Y, sin embargo, la cabeza que veía, que apenas se erguía sobre la del animal, no era la suya. El odio de la Escritura por las imágenes estaba bien fundamentado, y Basil tenía razón cuando, antes de modelar la cabeza de Josef, advirtió a sus aprendices: «Mirad bien esta cabeza tal y como la tenéis aquí, ante vuestros ojos. Cuando la haya modelado sólo podréis ver lo que veo yo ahora».

Maldita imagen. Repelente, y al tiempo atrayente, se alzaba ante él. La misma enigmática fascinación debieron sentir sus antepasados ante la imagen de la serpiente de cobre o del toro dorado, que sus profetas denominaron, sarcásticos, becerro. Trató de imaginarse el rostro del Tito viviente que tantas veces había contemplado. Pero ya no lo logró. La burlona y triunfante cabeza del dios Tito cabalgando sobre el águila hacia el Olimpo había relegado a la verdadera: la de Tito ante el foso de los cadáveres, la del Palatino o el baño de nieve.

Josef se rebeló. Se dominó. Trató de dialogar con aquel hombre, como antaño.

—¿No es extraño, mi querido emperador —preguntó a la cabeza de cobre—, que estéis ahora en el lugar donde escribí mi libro sobre vuestras hazañas? ¿Estáis ya más cerca de resolver el problema de por qué se destruyó Jerusalén?

Pero ahí finalizó su diálogo; le asustó su propia temeridad. Bruscamente, temiendo que alguien lo hubiera escuchado, se volvió. Pero todos se habían marchado; estaba a solas con el dios Tito. Delgado, insignificante, permaneció ante la imponente efigie, miró la cabeza, y la cabeza le devolvió la mirada, burlona, férrea, silenciosa. No, para éste la caída de Jerusalén había dejado de ser un problema. Jerusalén se había rebelado, y Roma la aniquiló, pues tal es la misión de Roma, gobernar el mundo, proteger a los sumisos y golpear a los insolentes. Ése no era el hombre que le lanzara tímidas preguntas en un susurro, el que se dejara convencer por Josef de que Roma no era el mundo, de que había que aunar Roma, Grecia y Judea. No, ese Tito le replicaba: Roma *es* el mundo. El férreo silencio del muerto proclamaba aquella verdad con más fuerza de lo que pudiera hacerlo nunca la atronadora voz de mando del vivo. Roma había engullido y digerido el mundo, el poder y la presencia de Roma se mofaban de las fútiles y ridículas pretensiones del Espíritu. Él, Josef, que buscaba el mundo, era un loco y un necio: siempre acababa tropezándose con Roma.

Quiso alejarse de allí, pero no era capaz de librarse de la terrible visión del hombre sobre el águila. Realmente era un dios; nunca un mortal tuvo tal orgullo y tal fuerza. En vano se rebelaba Josef con todo su ser contra la temible arrogancia de la imagen. Justo tenía razón: la artística mezcla de verdad y mentira era más poderosa que la realidad. Ante aquella imagen maldita, mentirosa, grotesca y fascinante palidecía el pobre mortal que tan bien conociera, y se transformaba incluso a sus ojos en el intocable emperador romano.

Josef regresó a su casa abatido, aliviado tras abandonar el templo silencioso envuelto en incienso y verse de nuevo entre el bullicio, las gentes y los olores de su barrio.

En el distrito «Baños» se produjo un gran revuelo al aparecer un día dos correos imperiales enarbolando en sus bastones la rama de laurel, signo de buen augurio. Se dirigieron ceremoniosos a la casa de Josef, entraron en ella, y, con un gran gentío agolpado ante su puerta, le comunicaron al modo tradicional la invitación del emperador a asistir, de allí en cuatro días, en la hora quinta, a la inauguración del arco de triunfo que el emperador había erigido en memoria del dios Tito.

Josef se asustó. Pero al instante se inclinó y replicó, como prescribía la costumbre: «Escucho, agradezco y obedezco».

No confió a nadie la noticia, y nadie le habló de ello. Pero estaba seguro de que todos lo sabían. La forma en que le habían transmitido la invitación probaba que el Palatino deseaba que lo supiera toda la ciudad. Sin duda su presencia en la ceremonia les procuraría una buena diversión.

Pues los judíos habían visto con amargura cómo crecía el monumento con el que Domiciano quería sustituir el viejo y raído memorial del Gran Hipódromo. El arco de triunfo se erigió a la altura de la Via Sacra, frente al Capitolio, en el centro mismo de la ciudad, y estaba destinado a conmemorar y conservar para siempre la derrota infligida por Tito a los judíos. Ya en los meses en que se iniciara su construcción

habían evitado éstos la Via Sacra, la arteria más importante que atravesaba el Foro, prefiriendo dar amplios rodeos sólo por evitar aquel monumento a su vergüenza. De modo que en tres días, él, Josef, deberá atravesar el arco con el séquito del amo de Roma e inclinarse ante el dios y triunfador Tito. Hacía tiempo que Domiciano no le prestaba atención: en esta ocasión ha tenido a bien acordarse de él, y ahora se regocija, y con él toda la ciudad, pensando en el espectáculo que dará Josef cuando se incline ante el yugo.

Cuando se trataba de sus macabras bromas el emperador solía ser meticuloso. Poco después de marcharse los correos, aquel mismo día, apareció en casa de Josef el doctor Valens. Hablaron de esto y de aquello, y Valens mencionó de pasada cuánto se alegraba de ver a Josef tan sano; a Su Majestad también le agradaría comprobar personalmente su excelente estado de salud en la ceremonia con motivo de la inauguración del arco de triunfo. No era difícil percibir la amenaza que entrañaban sus palabras.

Incluso sin la visita del médico, Josef no habría utilizado la excusa de ausentarse por motivos de salud. Sí, aunque hubiese estado postrado, moribundo, habría empleado sus últimas fuerzas para unirse al cortejo. Aun antes de que terminasen de hablar los correos sabía que debía obedecer y aceptar la invitación a cruzar bajo el arco inclinando la cabeza como los demás. Si se negaba, si se rebelaba, no haría más que fomentar ese falso patriotismo que aún no había comprendido que la misión política de Judea era irrealizable, y nadie habría ganado más con su negativa que los herederos de los «Vengadores de Israel», esos insensatos que habían vuelto a las andadas desde que Domiciano subiera al trono. Por otra parte, si Josef osara negarse, o tan sólo escabullirse, destruiría su propia posición. Aún tenía cierto predicamento en la corte y en el mundo, él, el gran escritor. Pero Domiciano no le tiene simpatía, muchos aguardan el instante en que por fin podrán deshacerse de ese incómodo y dotado rival, y Josef sería un necio brindándoles un pretexto. No tiene la menor duda sobre lo que ha de hacer. En tres días se unirá al cortejo, tal y como desea el emperador.

Aquel día trabajó poco y esa noche no durmió bien.

Si el primer día la tarea que le imponía su decisión le había parecido difícil al segundo se le figuró insoportable. Decidió ayunar, como solía hacer cuando se enfrentaba a alguna prueba. Leyó la descripción de Livio de los prisioneros sometidos al yugo: se clavan dos lanzas en tierra, y se coloca una tercera sobre ellas, tan baja que el prisionero que ha de pasar al otro lado debe inclinarse profundamente. Ser sometido al yugo constituía para los romanos el mayor agravio que podía infligirse a un hombre, y las pocas veces en que se sometiera a un romano al yugo se habían grabado en los corazones de los romanos como días de profunda vergüenza. Pero él no es romano, y a los ojos de la razón, a los ojos de Dios, la «honra» de un hombre se mide con otro rasero que el que se aplica en el Foro romano.

Resulta fácil pensar así ante el escritorio. Pero cuando se encuentre pasado mañana ante el arco de triunfo, ante el yugo de la vergüenza, tendrá que apretar con fuerza los dientes. Había comprobado que las pruebas más duras le resultaban más fáciles cuando había degustado antes su amargura en su imaginación, por lo que trató de representarse, extremando su dureza, tal imagen: los silbidos y risas de los romanos, el odio y el salvaje desdén de los judíos. Pues sólo unos pocos judíos sabrán comprenderlo, y, por razones políticas, ni siquiera ésos le apoyarán.

Permaneció largo rato ante su escritorio, inmóvil. No sentía el aguijón del hambre; le roía, mucho más terrible y casi palpable, la idea del odio y el desprecio que inspiraría. Conocía bien ese gélido desdén de sus judíos, y el desdén es capaz de atravesar hasta el caparazón de una tortuga.

Antaño, al terminar la guerra, presenció como único judío el cortejo triunfal de Tito. Vio pasar ante él a los dirigentes del levantamiento, a Simeón bar Giora y a Juan de Giscala, maniatados, condenados a muerte; uno con una corona de ortigas y ramas secas, el otro enfundado en una cómica coraza de hojalata. Recordaba exactamente el agobiante temor que lo asaltó entonces ante la idea de que lo vieran. Había vivido cosas terribles: padeció el hambre y la sed más extrema, lo habían flagelado, había soportado toda clase de humillaciones, y en mil ocasiones regresó de la muerte. Pero aquello fue lo más grave; fue inhumano. ¿Debe tolerarlo ahora por segunda vez?

Entonces tenía una coartada: era el cronista, debía ver, debía estar presente, era su deber observar. ¿Acaso son más débiles hoy sus motivos? No, al contrario, sus principios son más firmes. Se ha sometido por el bien de la comunidad y el suyo propio. La razón lo exige, y él está allí para servir a la razón. Si no se sometiera traicionaría el sentido de su vida, todo aquello que ha hecho, escrito, padecido hasta ahora.

Dibuja un gesto con la mano para disipar sus dudas. Su decisión es firme, es una buena decisión, la única posible. Y ahora dejará de pensar en ese desagradable asunto. Saca su manuscrito. Trabaja.

Logra olvidarlo media hora, treinta minutos completos. Pero después, a pesar de sus esfuerzos, surgen ante él tentadoras imágenes. ¿Qué ocurriría si se rebelara, si se negara a acatar la orden del emperador y no se sometiera; si se mantuviera alejado, altivo y sombrío? Sería hermoso, y muy dulce. Podría caminar con el

pecho henchido, como entonces al cabalgar sobre mi caballo Flecha a la cabeza de los rebeldes tras las insignias con el emblema de los macabeos. ¡Qué bendición experimentar de nuevo esa sensación! Y, sea como fuere, esa felicidad compensaría las peores penalidades. Y por siempre se hablará entonces en la historia judía de Josef ben Matatías, el mártir, y el historiador Flavio Josefo no saldrá malparado.

El propio Domiciano no podrá evitar admirarme, aunque me mande ejecutar. Y los judíos, incluso aquellos que condenen mi proceder —Alexas, Cayo Barzaarone, el Doctor Supremo— pensarán en mí con veneración. Durante una fracción de segundo, sin embargo, surge ante él un rostro enjuto, amargo, macilento, con una expresión totalmente ajena a la admiración, pero también a aquél lo aleja raudo. Más lo retiene el de Fineas. Cuán turbado se sentirá cuando llegue a él la noticia de mi acto, tratará de condenarlo, pero no podrá dejar de respetar mi estoicismo. Y qué decir de Pablo: el padre muerto cosechará la entrega que el vivo jamás supo ganarse.

Mas ¿es seguro tan nefasto final si obedezco a mi sentimiento y me resisto? ¿No impresionará a los romanos que me oponga al emperador? Se burlan de los judíos por su cobardía, su sumisión, su indignidad. Si me niego de un modo tan palpable, ¿no demostraré a los romanos que es posible golpear al judío, matarlo, pero que no se le puede domeñar? Dos cosas han alabado desde siempre los historiadores de todos los tiempos y todos los pueblos: éxito y dignidad. Las crestomatías están llenas de hechos dignos y triunfales: poco refieren de los razonables, y ningún historiador ha encomiado hasta hoy la razón.

Pero antes de concluir esta reflexión se avergüenza de ella. No quiere dejarse llevar por la vanidad, no debe dispersarse pensando en lo inmediato. No quiere convertirse en un héroe de libro.

En la noche de ese segundo día tampoco encuentra reposo. Al amanecer lee en su Filón: «Lo que no responde a la razón es feo. La razón», lee, «el logos, es el hijo primogénito de Dios».

—Muy cierto —replica en voz alta—. Pero ¿no está escrito: «Debes amar a Dios con tu instinto bueno y tu instinto malo»? —convoca ante sí a sus amigos: a Justo, al Doctor Supremo, a Ben Ismael y a Ajer. Su espíritu habla con ellos, les pregunta y replica.

«Esta época miserable», comienza el Doctor Supremo con su voz clara y cortés, «incita más que otras a seguir el instinto malo, el necio instinto patriótico. A nadie reprocho permitir que se desboque su patriotismo, oponerse al emperador romano y dar testimonio de su judaísmo. Pero ¿no está más obligado que otros un tal Josef ben Matatías a resistir ese impulso?». El Doctor Supremo calla, pero al instante toma la palabra su enemigo, Ajer, y dice, respirando ruidosamente, sin resuello: «¿Acaso el citado doctor Ben Matatías no ha llegado aún, tras una vida larga y no siempre fácil, a la conclusión de que Yahvé no protege al Estado de Judea, sino tan sólo al Logos, la Razón suprema?». Y en cuanto éste concluye Justo agrega, duro y agudo como siempre: «Un general, un político de tres al cuarto puede sentirse tentado por ese bello y fácil gesto patriótico: pero vos, Josefo, sois un escritor». La voz llena y profunda de Ben Ismael concluye, tras sus intervenciones: «Si os negáis, querido doctor Josef, os convertiréis en un “negador del principio”. Traicionaréis con ello la idea en cuyo nombre habéis soportado tantas vejaciones, que también exigisteis a otros».

«No soy lo bastante viejo», replica Josef en su defensa, «para seguir tan sólo los dictados de la razón. La vida no valdría nada si nos atuviéramos únicamente a la razón».

«A fin de cuentas, son ya cuarenta y cinco años», opina Ajer afable e irónico. «Ya habéis servido bastante a Dios con vuestro instinto malo». Y de nuevo lo interrumpe Justo: «Lo que os habéis permitido en nombre de la dignidad y de necedades similares bastaría a un Matusalén.». Y suelta su desagradable risita.

«Hoy por hoy soy el único», replica Josef, «que puede demostrarles a los romanos que los judíos no han perdido su dignidad».

«Y ¿qué habréis ganado», le pregunta cortés el Doctor Supremo, «demostrándoselo a los romanos? Los “Vengadores de Israel” creerán que se trata de una invitación a rebelarse de nuevo. ¿Creéis que tal levantamiento tendría hoy más sentido del que tuvo hace quince años, que tendría más éxito?». Y el impaciente Justo tercia cortante: «Vuestro bello gesto os proporcionará seguramente media hora de honda satisfacción, y pensaréis que sois un gran hombre. Pero miles de personas tendrán que pagar esa media hora de gloria del escritor Josefo con su vida o con una opresión intolerable».

Así debatía Josef con sus amigos. Pero no pudo resistir sus voces por mucho tiempo. El día se le hacía de nuevo insoportablemente largo. Si al menos no tuviera que esperar. Resistirá esta humillación, como tantas otras cosas. Y, por mucho que se prolongue la ceremonia, por muy amplio que sea el rodeo para acceder desde el Palatino hasta el arco, más de una hora no podrán retenerle, y para cruzar el arco basta una fracción de minuto: pero esperar al amanecer se le figura una eternidad.

Y, así como a la tarde dijera: «Oh, ojalá amaneciese», saludó el amanecer diciendo: «Oh, ojalá anocheciese ya».

Cuando por fin se acercaba la tarde de aquel viscoso y plomizo día no pudo resistir el peso de su tormento y fue a ver a Mara. Y le habló.

Ella permanecía en silencio con la niña en el regazo, y él recorría la estancia, y todo aquel dolor contenido estalló ante sus ojos. Buscó las palabras más sencillas, en arameo, pero aquéllas se multiplicaban y no lograba concluir. Le contó lo que le exigían, y por qué debía hacerlo, y por qué todo su ser se rebelaba.

—Aquéllos a los que debo acatar y ante los que debo inclinarme —dijo indignado— son las gentes que incendiaron el Templo y descuartizaron a los veinticuatro mil sacerdotes. La colina del Templo estaba en llamas, y todo en derredor cuajado de cruces, y, bajo tierra, en los pasadizos secretos, los hombres se mataban por un mendrugo de pan mohoso. El hombre ante quien debo inclinarme es el hijo del hombre que, viejo y lascivo, te violó y que, para reconciliarnos a nosotros, organizó nuestra primera y ridícula boda. ¿Acaso debo acceder ahora, trece años después, y someterme de nuevo? Dios quiere que lo haga, la razón lo exige. Pero me hierve la sangre al pensar que debo cruzar bajo el arco, y la garganta se me agarrota, y siento que me ahogo y que no puedo hacerlo. Seré el hazmerreír de los romanos, y los judíos me odiarán. La razón está bien, y alguna vez verá uno su recompensa, tal vez en quinientos años. Y la razón es el hijo primogénito de Dios, pero el propio Dios sólo nos paga después de muertos, y mientras vivimos no obtenemos a cambio más que patadas y mierda.

Caminaba de un lado a otro ante Mara, delgado y agotado, su túnica revoloteaba tras él, los ojos se hundían grandes, turbios y febriles en el rostro enjuto, la barba y el pelo se ensortijaban sucios, descoloridos, y su voz sonaba tan alicaída como lo estaba su rostro.

Mara lo escuchaba en silencio, sus ojos lo seguían en su deambular. Había cumplido veintisiete años, era un poco regordeta, pero prieta, fuerte, y no estaba de ningún modo ajada. Cierto que aquel tímido brillo lunar de su primera juventud había desaparecido. Había sufrido mucho, había visto la vida y la muerte, la alegría y la desesperación, ancianos y niños, Judea y el mundo. También a aquel doctor y señor Josef ben Matatías; había visto cómo florecía y se iluminaba. Hubo un día en que fue la luz de todo un pueblo, en que se alzó contra el opresor y alcanzó la felicidad gracias a él. Aún hoy miles de hombres lo tienen por un gran judío y un gran hombre, en Judea se inclinan a su paso, es sacerdote de primera categoría —un elegido de Dios— y al tiempo un noble romano que ha compartido mesa con tres emperadores, y su efigie figura en la sala de honor. Pero ahora lo tiene ante sí deambulando inquieto, proclamando su pena como un animal acosado. Dios le ha enviado pruebas más duras que a otros. Ella no comprende todo lo que dice, pero alcanza a ver que siente un gran dolor. Siempre lo amó, ahora sabe que también lo amaba cuando creía odiarlo, y una dulce y dolorosa compasión la estremece de pies a cabeza. Desea ardientemente volver a ver el rostro resplandeciente de su doctor y señor elevarse como antaño sobre los demás, como Saúl se elevó sobre Israel. Siente, como él, cuán bello y grandioso sería oponerse al emperador romano, al enemigo de los judíos, al asesino, al perro. Pero, aunque no sepa qué responder, sabe muy bien de qué se trata, que Dios ve con buenos ojos que renuncie al glorioso gesto y que acepte cargar con el yugo de la vergüenza.

El hombre, su hombre, sigue hablando; y su voz, de la que un día emanara tanta magia y convicción, suena ahora hueca y metálica.

—¿Qué debo hacer, Mara? —pregunta—. Si me someto y soy razonable, apareceré ante mi pueblo como un traidor. Si no me someto, traicionaré al verdadero Israel, a Dios y a mí mismo. Aconséjame, Mara.

Calló, se puso en cuclillas y cerró los ojos, exhausto. Mara le respondió entonces:

—Debe ser difícil lamer la mano del arrogante y besar el polvo de sus pies, y yo, Mara, no podría hacerlo. Sería muy bello y alegraría mi corazón que te negases y le escupieses a la cara tu desdén al emperador de los romanos, pues es el hijo del hombre que me humilló y que yació sobre mí en su lecho de ramera. Pero tú eres sabio, y yo, Mara, soy ignorante, y si dices: «Mi voluntad lo quiere, pero mi razón me lo prohíbe», entonces debe resultarte igualmente difícil rebelarte como no rebelarte, ya que tu voluntad es fuerte, oh, mi señor, y tu razón poderosa. Yo, Mara, tu esposa, te he escuchado y me siento orgullosa de que me hayas hablado. Pero no puedo decirte nada, sino que me abruma tu pesar como si fuera el mío propio. Toma el camino de la derecha, mi querido señor, o el de la izquierda: seguirás siendo mi amo y amado.

Josef la escuchó y se sintió avergonzado. Le había revelado lo que lo acongojaba. Pero le había ocultado algo: que, al pensar en someterse, le asustaba enfrentarse al rostro de una única persona, el de su hijo Pablo, y, si no se sometía, no podría tolerar la visión de otro, el de su amigo Justo.

A la mañana siguiente Josef se levantó muy temprano. Tomó un baño, se ungió y se perfumó. Se vistió con cuidado, eligiendo el vestido de gala de la segunda nobleza con la banda purpúrea, la sortija dorada y la toga roja. Así marchó al Palatino, donde debía formarse el cortejo.

El maestro de ceremonias le indicó el lugar que le correspondía en él. La procesión descendió lentamente por el Palatino, ascendiendo luego a un pequeño promontorio que conducía al arco de triunfo. Había gente por todas partes, atestaban los portales, los tejados de las casas, pendían, aferrándose con riesgo de sus vidas, de columnas y aleros. Josef estaba pálido, pero su aspecto era digno y sosegado; su corta barba judía contrastaba con la túnica de gala romana. Llevaba al cinto la escribanía de oro que Tito le regalara.

Camina con la cabeza erguida y la vista al frente. Ve un mar de cabezas que avanza a cada paso formando nuevas ondas. No es capaz de distinguir ni un único rostro, pero una y otra vez cree reconocer la cara de su hijo Pablo, la cabeza fina, de una palidez cetrina, sobre el largo cuello, los ojos expresivos, apasionados, sus propios ojos, ahora velados por la ira que suscita en él la humillación que su padre le inflige, velados de desprecio. Todos lo despreciarán: los senadores republicanos, Fineas, Dorión, e incluso tal vez, a pesar de su sentido común, Marullo. Pero, sobre todo, lo despreciará su hijo Pablo.

El cortejo se aproxima al arco de triunfo. El cornisamento aún queda lejos; se alza blanco y altivo, hecho de mármol de Paros, no muy alto, pero de nobles formas, adornado con relieves procedentes del taller del escultor Basil. Como siempre, Basil había protestado y refunfuñado por la indigna y poco artística prisa que le impuso el monarca; a pesar de todo, parece haber hecho un buen trabajo. En cualquier caso, hace semanas que no se habla en Roma de otra cosa que de sus relieves, y hace tiempo que Josef sabe lo que representan: el cortejo triunfal de Tito, el botín de los judíos derrotados, los instrumentos del Templo; es posible que el irónico Basil haya incluido su cabeza, la de Josef, en el relieve.

El cortejo asciende lentamente por el pequeño promontorio. El arco refulge ante Josef. Es lo bastante alto como para cruzarlo con la cabeza erguida, pero a Josef le parecerá somero como el yugo de la vergüenza y la derrota, dos lanzas clavadas en la tierra, y una tercera sobre ellas, tan baja que obliga a inclinarse. Debe inclinarse. Una vez más debe celebrar la derrota de sus judíos, inclinarse ante el vencedor, renegar de su propio pueblo. ¿Y quién ve que su humillación también ayuda a ese pueblo? Pero que reniega de él, eso lo ven todos: los diez mil espectadores sobre los tejados. Y también lo ve su hijo.

Josef avanza con el cortejo, paso a paso. Avanza sobre los duros sillares bellamente labrados, lisos, sobre los que se camina bien, y no debe recorrer un largo camino; sólo cincuenta pasos lo separan del arco. Serán cincuenta duros pasos. Pero los dará, se inclinará. Así lo ha resuelto tras el forcejeo de esos tres terribles días; se lo han impuesto, y lo ha aceptado. Y ahora lo lleva a cabo, ahora se dirige hacia el lugar donde lo humillarán y lo obligarán a renegar de su pueblo.

Es un día agradable, no demasiado caluroso, pero Josef suda, está muy pálido, siente un vacío en su interior. Pensó que la espera era lo peor. Se equivocó. ¿Cuántos pasos faltarán ahora? Cuarenta y cinco. No, sólo cuarenta. Levanta el pie: ¿tiene plomo bajo las suelas? Y alza el pie. Le crujen los dientes, le rechinan. No debe permitirlo, los que lo rodean podrían oírlo.

De pronto lo asalta la imagen de Bilam, un gran mago y profeta gentil. Dios torció sus palabras cuando se aprestaba a maldecir al pueblo de Israel, y tuvo que bendecirlo. Soy la antítesis de Bilam, pensó. Me apresto a hacer algo en favor de mi pueblo, y todos piensan que reniego de él. Para aliviar su congoja se aferra a los versos, a los antiquísimos versos que la Escritura pone a Bilam en la boca, y a su ritmo: «¿Cómo he de maldecir / paso / a quien Dios no maldice? / paso / ¿Cómo imprecaré / paso / a quien Dios no impreca? / paso / He allí un pueblo / paso / que vive apartado / paso / y distinto a los demás / paso / ¿Quién mide el polvo de Jacob? / paso / ¿Quién los ejércitos de Israel? / paso / ¡Cuán bellas son tus tiendas, Jacob / paso / tus moradas, Israel! / paso / Quien te bendice, es bendecido / paso / Quien te maldice está maldito / paso / Ya lo vislumbro / paso / aunque no esté ante mí / paso / le miro / lo miro aunque no esté próximo / paso / Brilla como una estrella en el rostro de Jacob».

Y ya no le quedan más de veinte pasos.

Súbitamente, sin duda así lo han ordenado, nota que todos se han alejado de él, que avanza solo entre la muchedumbre agolpada. Las piernas parecen colgarle de las caderas, pesadas, como muertas; por mucho que se esfuerce pronto no logrará elevar el pie del suelo. Pero lo alza. Sí, y su rostro permanece sereno al hacerlo; cierto que aprieta los dientes con tanta fuerza que los maseteros se le dibujan en las mejillas. Y vuelve a alzar el pie, y otra vez, y no ve a nadie delante de él, y a nadie detrás.

Pero no. A su espalda, a cierta distancia, imitando cada uno de sus movimientos, avanza el enano del emperador: el rechoncho, peludo, malicioso y burlón Sileno.

Josef sabe que ahora todos lo miran, aguardando con burlona expectación verlo someterse al yugo. Dentro de un instante estallarán en silbidos: un estrépito incontenible que recorrerá todo Roma, un huracán de sarcasmo y risas. «Cómo se ha sometido. Cuán profunda y sumisa fue su reverencia. Qué miedicas son estos judíos, hatajo de apocados. Este judío Josef es un gallina». Y cientos de miles de judíos romanos, y, en

dos semanas, cinco millones de judíos repartidos por todo el mundo, contraerán la cara en una mueca de disgusto y lo maldecirán. «¡Cómo ha vuelto a mancillar ese miserable Josef ben Matatías su judaísmo y a todos los judíos! Este Josef ben Matatías es un miserable y un perro». Y todos, romanos y judíos, sonreirán, se mofarán, lo maldecirán: «Ja, Josef el perro. Ja, Josef el perro».

Ante él se elevan ahora las letras latinas del arco, una sencilla inscripción que sustituye a la anterior, más pomposa: «El senado y el pueblo de Roma al dios Tito, hijo del dios Vespasiano». Lee las palabras latinas al tiempo que piensa, en arameo: si pudiera detenerme ahora, dar la vuelta. ¡Cuán afortunados los que entonces se levantaron en armas contra Roma y asesinaron a Cestio Galo y a su legión! Insensatos y afortunados. Benditos los simples de espíritu, benditos los insensatos. Cuán afortunado yo mismo al cabalgar en Galilea al frente de los rebeldes sobre mi caballo Flecha. ¡Oh, mi fuerza! ¡Oh, mi alegría! ¡Oh, mi juventud!, aunque no sea viejo.

Sólo unos pasos lo separan del arco. Ya ve en los muros internos las odiadas imágenes talladas en piedra, los dos famosos relieves: a un lado los instrumentos conquistados, realzados, al otro Tito en su carro triunfal. Ya vislumbra, tras el arco, el Capitolio, que se alza en el extremo opuesto de la Via Sacra, erigido en honor de Júpiter con el dinero de los judíos sometidos: Roma triunfa sobre Judea.

Entonces descubre en la tribuna instalada ante el estrecho edificio de la Nueva Moneda el rostro de su hijo Pablo. Y al instante vuelve a perderse en la marea de los rostros del público. Pero Josef lo ha visto claramente, pálido y cetrino, delgado, con un brillo casi transparente, y desgarrado de odio y desdén. Pablo también ha abierto la boca, contra su costumbre. Sí, así es, su hijo Pablo grita como los demás. No, no como los demás. Pues éstos exclaman: «¡Oh, magnánimo y gran emperador y dios Tito!». Josef sabe muy bien que su hijo Pablo grita, en cambio: «Mi padre el miserable, mi padre el miserable», y su rostro aparece desfigurado, horrendo.

Josef ha llegado al arco. Por un instante cesa el griterío en torno suyo; el propio cortejo y los miles de espectadores están paralizados, aguardando su reacción. Lo asalta un deseo irrefrenable: detenerse, regresar, arrojarle al enano su escribanía a la repugnante cara. Dios exigió, piensa en ese instante infinitamente largo, que Abraham sacrificase a su hijo. Sacrificar al hijo, eso puede hacerse. Pero actuar de tal modo que la cara del hijo de uno se desgane como ésa de allí, eso sobrepasa sus fuerzas, eso no puede exigirse a ningún padre. No, piensa, no puedo hacerlo. Siento arder mi cuerpo, y, ante mí, fuego, y a mi espalda, agua; no puedo seguir avanzando, debo regresar.

Tonterías. ¿Cómo saber lo que ha gritado Pablo? Ha gritado porque los demás lo han hecho, y todos los rostros se deforman al gritar. Me figuro esto para hacerme con una coartada, porque quiero dar la vuelta. Sería espléndido, sí, dar la vuelta. Bálsamo y consuelo, dulce y honroso.

Sería una insensatez criminal, se responde vehemente. No es fácil ser razonable, y nadie lo agradece. Pero la razón es el hijo primogénito de Dios, y a ella me aferro.

Y el ciudadano del mundo Josef ben Matatías, llamado Flavio Josefo, sabiendo que con ello perderá para siempre el respeto que le profesaban los judíos y los romanos, y el amor de su hijo, cobró ánimos, apeló a su voluntad y dio el último paso. Tal como prescribe la costumbre, inclinó la velada cabeza, se llevó la mano a la boca, enmarcada por su barba judía, lanzó un beso a la imagen de Tito divinizado y atravesó el arco; sobre él y a ambos lados la diosa Roma, victoriosa, el carro triunfal del emperador, y los judíos vergonzosamente aherrojados.

Y, tras él, el enano Sileno imitando cada uno de sus movimientos.

Aquí concluye la segunda de las tres novelas sobre el historiador Flavio Josefo.

LION FEUCHTWANGER
(1884-1958)
es probablemente el gran maestro de la novela histórica. Alemán, participa de cerca en los hechos de 1918 en Berlín «a la sombra de los jefes de la revolución» y se entera, durante una gira por Estados Unidos en 1933, que los nazis le han quitado su ciudadanía y su doctorado y han prohibido todos sus libros. Refugiado en Francia funda, junto con Brecht y Bredel, *Das Wort,* la revista antinazi más importante de los exiliados alemanes. El gobierno de Vichy lo arresta; logra escapar de la Gestapo; y llega por fin a Estados Unidos, en donde vive desde 1941 hasta su muerte. En 1954 obtiene el Premio Nacional de la República Democrática Alemana.

Lion Feuchtwanger

El día llegará

Bajo el despótico régimen del último emperador Flavio, el ambicioso Domiciano, el historiador Flavio Josefo se ve inmerso en nuevos conflictos. Josef, el judío, que un día se sintiera llamado a proclamar el ascenso de los Flavios y a erigirse en mediador entre Roma y Judea, regresa a la tierra de sus padres, Palestina; tras ver cómo su hijo Matías sucumbe a las pérfidas maquinaciones del emperador. Este hombre experimentado, que parece haber culminado ya su carrera, vive ajeno a la vida política. Pero al volverse a inflamar el movimiento libertario judío, nunca del todo sofocado, que se alza contra la odiada dominación romana —el ambiguo, el escurridizo, el traidor— se ve arrastrado como lo fuera al comienzo de su carrera. Antes de que pueda hacerse valer, sin embargo, su extraña y extraordinaria vida se apaga al borde de una calzada.

Después de *La guerra de los judíos* y *Los hijos,* ésta es la tercera parte de la trilogía monumental que el gran novelista alemán Lion Feuchtwanger dedicó a la vida del historiador judeo-romano Flavio Josefo. Feuchtwanger intuyó, en la fabulosa historia individual y colectiva de esa época, una gran oportunidad para un escritor comprometido, contemporáneo de Hitler. Ésa y no otra era la preocupación central de su quehacer literario. Y, fascinado por las figuras que podríamos decir pertenecen más a la mitología que a la historia de Occidente, Feuchtwanger construye una saga caleidoscópica en la que insufla, junto con los elementos más apasionantes de toda buena trama novelística, la descripción verosímil de una época histórica que, así, cobra vida en la imaginación del lector; y, con ello, no lo olvida, no: un mensaje dirigido específicamente al público de este siglo, atormentado por fenómenos sociales, políticos y militares singularmente afines a los de veinte siglos atrás.

Lion Feuchtwanger

El día llegará

Trilogía de Flavio Josefo - 3

ePub r1.1
IbnKhaldun, armauirumque 19.10.15

Título original: *Der Tag wird kommen*
Lion Feuchtwanger, 1942
Traducción: Cristina García Ohlrich
Ilustración de cubierta: *San Jorge abatiendo al dragón* (detalle, 1622), de Monsu Desiderio, Galerie Harrach, castillo de Rohrau, Austria
Diseño de cubierta: Mario Muchnik

La trilogía de Flavio Josefo está compuesta de las siguientes novelas:

La guerra de los judíos
Los hijos
El día llegará

Editor digital: IbnKhaldun
Digitalización mecánica: armauirumque
ePub base r1.2

LIBRO PRIMERO

DOMICIANO

Capítulo primero

No, lo que Josef acaba de escribir no podrá dejarlo como está. De nuevo relee sus frases sobre Saúl, el rey de los hebreos, cómo aquél, aunque se le había anunciado que encontraría la muerte y causaría la destrucción de los suyos, partió decidido a luchar. «Eso hizo Saúl», ha escrito, «demostrando con ello que los que aspiran a la gloria eterna han de actuar de igual modo». No, no deben actuar de igual modo. Precisamente ahora no debería escribir algo así. Durante esas últimas décadas, desde que fueron destruidos su Estado y su Templo, sus compatriotas muestran continuamente cierta inclinación a lanzarse a una nueva e insensata revuelta. Esa asociación secreta que desea acelerar su advenimiento, los «Fanáticos del día», ganan cada vez más adeptos e influencia. Josef no debe espolear aún más con su libro su insensato arrojo. Por mucho que lo atraiga el sombrío valor del rey Saúl debe atenerse a la razón, no a sus sentimientos; no debe presentar a ese rey ante sus judíos como un héroe digno de ser imitado.

Flavio Josefo, caballero de la segunda nobleza romana, el gran escritor cuyo busto honorífico figura en la biblioteca del Templo de la Paz, o, mejor dicho, el doctor Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, oriundo de Jerusalén, deja su estilete sobre la mesa, camina de un lado a otro y acaba por sentarse en un rincón de su despacho. Permanece sentado en la penumbra; la lámpara de aceite apenas ilumina el escritorio sobre el que reposan un par de libros, algunos rollos y la escribanía de oro que le regalara el difunto emperador Tito. Tiembla de frío —pues no hay fuego que venza la gélida humedad de aquel temprano diciembre—, y, absortos, sus ojos se quedan prendidos del dorado fulgor mate.

Qué extraño que haya escrito esas frases entusiastas sobre el insensato valor de Saúl. ¿De nuevo va a dejarse llevar por la pasión? ¿Es cierto que aún no se quiere sensato ese corazón suyo cuando frisa los cincuenta, y que aún no se ha aquietado en la sosegada contemplación ahora que sólo tomará la palabra para su gran libro?

Al menos cada vez se percata más cuando se le va el estilete o la pluma. Se ha forjado a pulso la imparcialidad que requiere su gran obra, su *Historia Universal del pueblo judío.* Ha renunciado al ajetreo, no siente nostalgia de la bulliciosa vida que llevó. En su día se lanzó con ardiente fervor a la gran guerra de su pueblo, participó en ella, en el bando de los judíos y en el de los romanos, como político y como soldado. Ha podido analizar las circunstancias de esa guerra mejor que la mayor parte de sus contemporáneos. Ha vivido los grandes acontecimientos muy cerca del primer emperador Flavio y del segundo, como agresor y agredido, como romano, judío y ciudadano del mundo. Al fin y al cabo, ha escrito la historia clásica de esa guerra judía. Se le aclamó como a pocos, y fue humillado y denostado como pocos. Ahora está cansado de los éxitos y de las derrotas, todo ese trajín se le figura vacuo, ha reconocido que su fuerza y su tarea radican en la contemplación. Dios y el hombre no le han encomendado que haga historia, sino que ordene y conserve la historia de su pueblo; que escudriñe su sentido y exponga a la luz a sus protagonistas como advertencia y como acicate. Para eso está allí, y eso le satisface.

¿Está satisfecho? Esa hermosa y poco razonable frase sobre el rey Saúl no lo atestigua. Ronda ya los cincuenta y aún no ha encontrado la ansiada ecuanimidad.

Ha tratado de hacerse con ella por todos los medios. No se ha dejado distraer de su obra por ninguna ambición de éxito externo. Durante esos cuatro años no ha ocurrido en su vida nada notable. Vespasiano y Tito le tuvieron afecto, pero no movió ni un dedo por acercarse al que hoy es emperador, al receloso Domiciano. No, en este silencioso y retirado Josef de los últimos tiempos no queda nada del de antes, tan apasionado e inquieto.

Las frases sobre el oscuro valor del rey Saúl que acaba de consignar son bellas y arrebatadoras, y los «Fanáticos del día» las leerían entusiasmados. Pero, ¡ay!, precisamente es eso lo que deben hacer. No deben ejercitarse en el entusiasmo, sino en la razón, en la artera paciencia. Deben someterse y no osar levantar por segunda vez, y en vano, sus armas contra Roma.

¿Por qué le han venido a la pluma precisamente hoy las bellas y malditas frases sobre el rey Saúl? Lo supo en el mismo instante de escribirlas; no quiso reconocerlo, pero ahora no puede ocultárselo por más tiempo. Ha ocurrido porque ayer se encontró con Pablo, su hijo, el adolescente, el hijo de la mujer de la que se ha divorciado. Josef no quiso registrar ese encuentro, no quiso admitir que el joven con quien se cruzó a caballo era su Pablo. No quiso mirarlo mientras se alejaba, pero su corazón se había sobresaltado, y supo que era él.

El hombre sentado en la penumbra profiere un leve gemido. Cuánto luchó en su día por aquel hijo suyo, Pablo, el medio extranjero, el hijo de la griega; con cuánta culpa cargó por su causa. El joven, en cambio, ha borrado todo lo que él trató de inculcarle con aquella tímida insistencia, y ahora sólo siente desprecio por él, el padre, el judío. Josef piensa en la hora terrible en que tuvo que someterse al yugo del vencedor, cruzar bajo el arco de Tito; piensa cómo se le apareció entonces, por una fracción de segundo, la cara de su hijo Pablo. Jamás la olvidará; entre los miles de rostros desdeñosos de aquella oscura hora se le ha grabado en el corazón esa cara pálida y cetrina, delgada, hostil. No es sino el recuerdo de esa cara lo que guiaba su pluma cuando escribió esas frases sobre el rey judío Saúl.

Pues, ¡ay, cuán fácil es lanzarse al combate, aunque traiga la derrota segura, comparado con lo que tuvo que aceptar entonces! ¡Qué humillación, qué dolor inflige al corazón tener que mostrar admiración por el insolente vencedor sabiendo que esa humillación es el único servicio que cabe ya rendir al propio pueblo!

Más adelante, en cien o en mil años, lo reconocerán. Pero ahora, en este nueve de *kislev* del año 3847 de la creación del mundo, le consuela bien poco pensar que los que le sucederán admirarán su gesto. En sus oídos no resuena el eco de esa fama, en su corazón no queda más que el recuerdo de aquel griterío de cien mil bocas: «Miserable, traidor, perro», y, sobre ellos, la voz inaudible, y, sin embargo, más alta que las otras, de su hijo Pablo: «Mi padre, el miserable; mi padre, el perro».

Porque quería defenderse de esa voz, por eso ha escrito las frases sobre el oscuro valor de Saúl. Dulce, embriagador fue escribirlas. Dulce y embriagador dejarse llevar por su valor, sin pensar. Resulta diabólicamente difícil, y paralizador, permanecer sordo a la tentación y no oír más que la queda y nunca arrebatada voz de la razón.

El hombre, que no es un anciano, sigue allí, y la estancia en penumbra a excepción del escritorio iluminado por el candil está llena de los hechos no consumados que anhela. Pues el sosiego del que se jacta, la paz de la que disfruta aislado en medio de esa Roma ruidosa, bulliciosa, pletórica de acontecimientos, es artificial, forzada, es un engaño. Todo él es una herida de amor propio hambriento y ansia de acción. Dar que hablar, el impulso de actuar, eso sí vale la pena. Ser capaz de contar la historia del rey Saúl de tal modo que los jóvenes de su pueblo lo aclamen y se lancen entusiasmados en brazos de la muerte, como antaño, cuando él, joven y necio como era, los arrastró con su libro sobre los Macabeos. Eso estaría bien. Escribir la historia de Saúl y de David, y de los reyes y príncipes macabeos cuya sangre lleva en las venas, de modo que su hijo Pablo piense: mi padre es un hombre y un héroe. Eso estaría bien. Y la aquiescencia de su propia razón, la admiración de las generaciones venideras, no son más que humo y vanidad.

No debe pensarlo. Debe ahuyentar las visiones que lo acechan allí, en la oscuridad. Llama al criado con una palmada, ordena: ¡Luz! ¡Luz! Que prendan todas las lámparas y velas. Aliviado, siente cómo al iluminarse la estancia vuelve a ser él mismo. Ahora puede seguir los dictados de la razón, su verdadera guía.

Se sienta de nuevo al escritorio, se obliga a concentrarse. «Para que nadie piense», escribe, «que es mi intención extremar la alabanza al rey Saúl, proseguiré ahora con el verdadero objeto de mi relato». Y así lo hace, narrando con objetividad y mesura.

Llevaba cerca de una hora trabajando cuando el criado le comunicó que había venido a verle un extranjero al que no había forma de ahuyentar, un tal doctor Justo de Tiberíades.

En los últimos años Josef había visto a su gran rival literario en escasas ocasiones, y rara vez a solas. Que Justo lo buscara a una hora tan intempestiva no auguraba nada bueno.

El rostro amarillo grisáceo del hombre que en ese momento penetraba en la estancia trayendo consigo el frío y la humedad le pareció a Josef aún más duro, seco y cuajado de surcos de lo que lo recordaba. A duras penas sujetaba la vieja y desgastada cabeza sobre el cuello, espantosamente delgado. Por mucha curiosidad que sintiera por lo que iría a decirle el otro, Josef dirigió mecánicamente la vista hacia el muñón de aquel brazo izquierdo que tuvieron que amputarle tras bajarlo Josef de la cruz. Al hacerlo, bajó de la cruz a un agudo oponente que con cruel seguridad era capaz de adivinar sus puntos débiles, a un hombre que Josef siempre había temido y del que, sin embargo, jamás pudo prescindir.

—¿Qué deseáis, querido Justo? —le preguntó sin ambages tras intercambiar un par de frases.

—Quiero daros un consejo perentorio —replicó Justo—. Mirad con quién y de qué habláis en las próximas semanas. Meditad también si no habréis dicho últimamente alguna cosa que gentes malintencionadas pudieran interpretar de un modo perjudicial para vos, y en cómo podrían neutralizarse tales comentarios. En el círculo más cercano al emperador hay personas que no os quieren bien, y, al parecer, vos mismo recibís a gente cuya lealtad al Estado es dudosa.

—¿Acaso no puede uno tener trato con personas —preguntó Josef— que disfrutan de la ciudadanía romana y en las que jamás han recaído las sospechas de la autoridad?

Justo torció los finos labios.

—Se puede —replicó— en tiempo de paz. Pero ahora vale más cuidar con quién se intercambia una palabra, y no atenerse únicamente a si se le ha imputado alguna vez una culpa, sino también a si en el futuro podría acusársele de algo.

—¿Pensáis que la paz con Oriente…?

Josef no llegó a terminar la frase.

—Pienso que la paz con Oriente se ha acabado una vez más —replicó Justo—. Los dacios han cruzado el Danubio y han penetrado en el Imperio. La noticia procede del Palatino.

Josef se levantó. Le costaba ocultar lo mucho que lo había conmovido la noticia. Esa nueva guerra que se cernía, esa guerra de Oriente, tal vez tenga consecuencias insospechadas para él y para Judea. Si las legiones orientales se inmiscuyen en la lucha; si intervienen los partos, ¿no estallarán entonces los «Fanáticos del día»? ¿No osarán acometer el insensato alzamiento?

Y él, hace no más de una hora, ha ensalzado al rey Saúl, al hombre que, sabiendo que su derrota es segura, se lanza, sin embargo, a la lucha. A sus cincuenta años es un loco y un asesino, aún más de lo que lo fuera a los treinta.

—Querido Justo, ¿qué podemos hacer? —le dijo sin ocultar su preocupación, con la voz ronca por la emoción.

—Hombre, Josef, eso lo sabéis vos mejor que yo —le respondió Justo, y se mofó—: Setenta y siete son, tienen el oído del mundo, y vos sois uno de ellos. Debéis haceros oír. Debéis redactar un manifiesto tajante que disuada de cualquier precipitación. Cuanto más simple mejor. Eso sabéis hacerlo. Conocéis el lenguaje del hombre común, sois un maestro de las grandes palabras fatuas.

Su aguda voz sonó particularmente desagradable, los finos labios dibujaron una mueca, y soltó de nuevo esa desagradable risita que tanto irritaba a Josef.

Josef no se dio por aludido.

—¿Cómo vamos a combatir un sentimiento tan poderoso con palabras? —inquirió. Y—: Yo mismo deseo ir a Judea —estalló—, participar en esta revuelta haciendo lo que sea, morir combatiendo.

—No lo dudo —se burló Justo—, concuerda con vos. Cuando nos golpea alguien más fuerte devolvemos el golpe y provocamos al otro hasta que termina por aplastarnos. Pero si los «Fanáticos del día» tienen una disculpa, vos no. Vos no sois tan necio.

Y, al ver a Josef absorto, desvalido, compungido, agregó:

—¡Escribid el manifiesto! ¡No es poco lo que debéis reparar!

Al marchar Justo, Josef se sentó para seguir su consejo. Requería, escribió, más valor sobreponerse y condenar la revuelta que instigarla. Por el momento, aunque estallase la guerra en Oriente, lo que verdaderamente convenía a los judíos era proseguir con la construcción del Estado de la Ley y de los ritos, por lo que tenían la obligación de emplear todas sus fuerzas en dicha tarea. Debemos dejar en manos de Dios y de la razón conductora crear las condiciones previas para que este Estado de la Ley y de los ritos, la Jerusalén del espíritu, obtenga también un marco y una estructura visible, una Jerusalén de piedra. Aún no ha llegado el día por el cual todos nos afanamos. Un ataque armado a destiempo no haría más que posponerlo.

Escribió. Trató de insuflarse todo el entusiasmo por la razón de que era capaz, hasta que el agua le supo a vino, hasta que las frases que enunciaba le parecieron no sólo cosa del entendimiento sino asunto de su corazón. Dos veces tuvo que reponer el criado las velas y el aceite de las lámparas antes de que Josef se diera por satisfecho con su texto.

A la tarde del día siguiente Josef recibió en su casa a cuatro invitados: el fabricante de muebles Cayo Barzaarone, presidente de la comunidad agripense, representante de los judíos de Roma y hombre moderado, razonable y apreciado también en Judea; Juan de Giscala, en su día cabecilla de la guerra judía,

un hombre listo y valiente que ahora traficaba con terrenos en Roma y en todo el Reino, aunque en Judea, sin embargo, aún perdurara en las mentes de los «Fanáticos del día» el recuerdo de su participación en la guerra; Justo de Tiberíades, y, por último, Claudio Regino, ministro de finanzas del emperador, de madre judía: un hombre que nunca había ocultado su simpatía por la causa de los judíos, editor de los libros de Josef y su benefactor siempre que lo necesitó.

Bajo el reinado del receloso emperador Domiciano las reuniones debían parecer realmente inocuas para no pasar por una conspiración, pues en casi todas las casas había un confidente del ministro de policía Norban. De modo que, durante la cena, los comensales se entretuvieron comentando trivialidades. Naturalmente, se habló de la guerra.

—En realidad —opinó Juan de Giscala, y su rostro moreno, afable, avispado, sonreía divertido y taimado—, en realidad este emperador no es muy guerrero para ser un Flavio.

Claudio Regino se volvió hacia él; yacía con aire desenfadado, burlones los ojos soñolientos bajo los pesados párpados y la frente abultada. Sabía que el emperador no podía prescindir de él y por ello de vez en cuando se permitía alguna insolencia. Tampoco ese día tuvo reparos en hablar delante de los criados que los atendían.

—No, DDD no es belicoso —le replicó a Juan; solían llamar al emperador DDD, anagrama de su título y nombre: *Dominus ac Deus Domitianus,* amo y dios Domiciano—. Sólo que, por desgracia, piensa que el manto triunfal de Júpiter no le queda mal, y el atuendo resulta un poco caro. Por menos de doce millones no puedo fabricarle un triunfo, sin contar los gastos de guerra.

Por fin, Josef dio por terminada la cena despidiendo a los criados y pudieron hablar de lo suyo. El primero en hacerlo fue Cayo Barzaarone. No creía, adujo el jovial caballero de ojos astutos, que ellos, los judíos romanos, estuvieran amenazados por la guerra que parecía avecinarse. Naturalmente, deberían mantenerse callados durante ese delicado período y evitar cualquier escándalo. Él ya había encargado oficios para rogar en su comunidad agripense por el emperador y la victoria de sus águilas y, naturalmente, el resto de las sinagogas seguirían su ejemplo.

Su discurso resultó vago, poco satisfactorio. Barzaarone habría podido hablar así ante el gremio de fabricantes de muebles que presidía, o como mucho a los miembros del consejo de su comunidad; pero en aquel lugar, ante aquellos hombres, no tenía ningún sentido cerrar los ojos y volver la espalda al peligro.

Juan de Giscala meneó la cabeza ancha y morena. Por desgracia, opinó ligeramente burlón, no todos los judíos eran tan mansos y razonables como la disciplinada comunidad agripense. También estaban, como sin duda su estimado Cayo Barzaarone no ignoraba, los «Fanáticos del día».

Esos «Fanáticos del día», constató entonces Justo con sequedad, como solía, encontrarían por desgracia apoyo en alguna expresión del Doctor Supremo Gamaliel. Y era precisamente él, el Doctor Supremo Gamaliel, presidente de la Universidad y del Colegio de Yabne, el líder reconocido de todo el pueblo judío. Por muy moderado que fuese, prosiguió Justo, el Doctor Supremo se había visto obligado a azuzar la esperanza de la pronta reedificación del Estado y del Templo, e incluso había tenido que usar alguna expresión más atrevida con el fin de que los «Fanáticos del día» no lo dejaran en la estacada. Los fanáticos recordarían eso ahora.

—El Doctor Supremo no lo tendrá fácil —concluyó.

—No nos hagamos ilusiones, señores —resumió a su modo, sin tapujos, Juan de Giscala—. Es prácticamente seguro que los «Fanáticos del día» se lanzarán a la lucha.

En realidad todos lo sabían ya; y, sin embargo, se sobresaltaron al oír a Juan constatarlo con tal objetividad. Josef miró a Juan: su cuerpo pequeño, aunque ancho y robusto, el rostro bronceado y bondadoso con el breve bigote, la nariz aplastada, los pícaros ojos grises. Sí, Juan era el campesino galileo por antonomasia, conocía su Judea desde dentro, había sido el más popular de los instigadores y líderes de la guerra judía y, por mucho que a Josef le repugnasen sus modales, no podía negar que el amor que sentía por su patria procedía de lo más hondo de su ser.

—Aquí, en Roma —quiso justificar Juan de Giscala la determinación con que se había expresado—, nos resulta difícil imaginarnos cómo conmoverá la guerra de Oriente a los habitantes de Judea. Aquí experimentamos, por decirlo de algún modo, la fuerza del Imperio romano en nuestra propia carne, nos rodea allá donde vayamos; el sentimiento de ese poder fluye ya por nuestras venas y pone coto a cualquier amago de resistencia. Pero si yo —reflexionó en voz alta, y su rostro adoptó una expresión de doloroso recogimiento que no lograba apartar de sí cierta ansiedad—, si yo no estuviese aquí, en Roma, sino en Judea, y escuchara allí la noticia de un descalabro de los romanos no respondería de mí. Naturalmente, sé a ciencia cierta que semejante fracaso no alteraría el resultado de la guerra; sé por propia experiencia adónde conduce un alzamiento semejante. Ya no soy joven. Y, a pesar de todo, siento el impulso de unirme a ellos,

de lanzarme a la batalla. Yo os digo: los «Fanáticos del día» no permanecerán de brazos cruzados.

Las palabras de Juan les conmovieron.

—¿Qué podemos hacer para aplacarlos? —dijo Justo rompiendo el silencio. Hablaba con una agudeza fría, casi desagradable; pero la seriedad de su porte, lo incorruptible de su juicio, le hacía respetable, y que hubiera participado en la guerra judía, que hubiera sido colgado de la cruz por Jerusalén demostraba que no era la cobardía lo que le hacía desdeñar esa nueva empresa.

—Quizá podríamos —propuso cauteloso Cayo Barzaarone— insinuar al emperador que revoque la capitación. Habría que exponerle la conveniencia de no herir, en estos tiempos tan delicados, la sensibilidad de la población judía. Tal vez nuestro Claudio Regino pueda interceder por nosotros en ese sentido.

Pues, entre todas las medidas antijudías que se habían adoptado, el cobro de ese impuesto era lo que más les disgustaba. No se trataba únicamente de que esos dos dracmas, que constituían el impuesto obligado para el Templo de Jerusalén y que los romanos recaudaban ahora entre los judíos para mantener el Templo de Júpiter Capitolino, representasen un sarcástico recordatorio de su derrota, sino que el registro de los judíos en las llamadas «listas de judíos», su anuncio público y la recaudación del impuesto se efectuaban de un modo brutal, humillante.

—Hoy en día se requiere cierto valor, señores —dijo tras un breve silencio Claudio Regino—, para no ocultar que se simpatiza con vosotros. A pesar de ello, es posible que yo reúna ese valor y transmita al emperador la propuesta de nuestro Cayo Barzaarone. Pero ¿no creéis que si DDD se decidiera realmente a renunciar al impuesto exigirá a cambio una compensación desorbitada? En el mejor de los casos prescribirá como compensación otro impuesto especial, que resultará tal vez menos irritante para vuestra sensibilidad, pero más para vuestro bolsillo. No sé, querido Cayo Barzaarone, si preferís conservar vuestra fábrica de muebles o veros libre del impuesto judío. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a aceptar la injuria si con ello conservo mi dinero. Un judío rico, por muy ofendido que se sienta, sigue teniendo algo de poder y de influencia, mientras que el judío pobre, aunque no se humille, no es nada.

Justo rechazó las perogrulladas de Claudio Regino y las propuestas irrealizables de Cayo Barzaarone con un movimiento de la mano.

—Lo que podemos hacer —dijo— es realmente poco. Palabras, y nada más. Poca cosa, lo sé. Pero si esas palabras se redactan con inteligencia tal vez surtan efecto. Le he sugerido al doctor Josef que redacte un manifiesto.

Todos miraron a Josef, quien callaba inmóvil; tras las palabras de Justo le pareció escuchar un ligero y acre sarcasmo.

—¿Habéis escrito ya el texto? —preguntó finalmente Juan.

Josef sacó el manuscrito de la manga de su túnica y lo leyó.

—Sin duda un manifiesto eficaz —dijo Justo cuando aquél terminó, y, a excepción de Josef, nadie percibió la ironía que subyacía en su observación.

—A los «Fanáticos del día» no les hará efecto —opinó Juan.

—Nada detendrá a los «Fanáticos del día» —admitió Justo—, y los que rodean al Doctor Supremo no necesitan ningún aviso. Pero hay personas que vacilan entre los dos partidos, gentes que dudan, y ésos tal vez se dejen aconsejar por nosotros, que vivimos aquí, en Roma, y que podemos calibrar mejor la situación. Algún efecto tendrá el escrito —insistió. Había hablado casi con vehemencia, como si quisiera convencer no sólo a los otros, sino a sí mismo. Pero ahora sintió que sus fuerzas lo abandonaban y, taciturno, añadió—: Y además, algo debemos hacer, aunque sólo sea para tranquilizar nuestra conciencia. ¿No os reconcome el corazón quedaros ahí mientras los demás corren hacia su destrucción?

Recordaba sus vanas advertencias antes y al comienzo de la guerra. También esta vez sus palabras caerían en terreno baldío, lo sabía. Pero, aunque transcurrieran veinte años, si viera que se repetía la misma situación, volvería a decirlas, por muy fuerte que fuera su convencimiento de que sus palabras sólo agitarían el aire.

—Creo —quiso incitar a los demás— que deberíamos poner nuestro nombre debajo del escrito y meditar cómo podríamos animar a otros a hacer lo mismo.

El amargo tesón de aquel hombre, de común tan retraído, les llegó al alma. A pesar de todo, el ebanista Cayo Barzaarone seguía haciéndose el remolón.

—Me parece —opinó— que no importa tanto el número de firmas como el hecho de que los firmantes posean cierto predicamento entre los jóvenes de Judea. Por ejemplo, ¿de qué sirve que figure en este manifiesto la firma de un viejo fabricante de muebles?

—Quizá no sirva de mucho —replicó Justo, y resultaba difícil percibir el disgusto que se ocultaba tras sus palabras—. Pero es necesario incluir también las firmas de personas libres de toda sospecha, aunque

sólo sea para proteger al resto de los firmantes.

—Eso es cierto —afirmó Claudio Regino, tratando de acorralar al pusilánime Barzaarone—. Los agentes de nuestro ministro de policía Norban sospechan de todos, y si este manifiesto cayera en sus manos dirían que los firmantes conocían ciertas agitaciones en Judea. Cuanto menos dudosas sean las firmas del manifiesto, menos peligro correrá cada uno de los firmantes.

—No os lo penséis más, querido Barzaarone —dijo Juan de Giscala acariciándose el bigote—. No os queda más remedio que firmar.

Discutieron el modo de introducir el escrito en Judea. Entre otros muchos impedimentos estaba el hecho de que el invierno solía interrumpir el tráfico marítimo. Sólo podía encomendarse el documento a un hombre de toda confianza.

—Realmente no estoy seguro —opinó una vez más Cayo Barzaarone— de si el beneficio que obtendremos de este escrito en el mejor de los casos guarda proporción con el riesgo al que nos exponemos, nosotros y nuestra comunidad. Pues quien se aventure ahora, en invierno y en semejantes condiciones, a viajar a Judea, deberá poder aducir una buena razón para ello si no quiere llamar la atención de las autoridades.

—Sí, pero no creáis que vais a zafaros por eso, querido Cayo Barzaarone —insistió el pícaro Juan de Giscala—. Sé de un hombre que tiene poderosas razones para viajar ahora a Judea, razones que aceptarán incluso las autoridades. No cabe duda de que, como consecuencia de la guerra, los precios del suelo bajarán en Judea. En cuyo caso nos será muy útil contar con un especulador: yo mismo. Mi empresa posee amplios terrenos en Judea. Convencida de la veloz victoria de las legiones, desea aprovechar la coyuntura y completar su propiedad. ¿No es ésta una razón de peso? Enviaré a mi procurador, el elocuente Gorión, a Judea. Confiadme el escrito. No dudéis de que llegará a manos de sus destinatarios.

Firmaron. También Cayo Barzaarone acabó por escribir su nombre, titubeando, bajo el manifiesto de Josef.

Tres días después supieron, para su sorpresa, que no había sido Gorión, sino el propio Juan de Giscala quien había partido hacia Judea.

Josef subió por la escalera que conducía a las habitaciones que ocupaban Mara y los niños. Era una escalera estrecha, incómoda; todo en su casa era estrecho, incómodo, retorcido. Ya entonces, cuando Domiciano lo desalojó del bello edificio que el viejo emperador le asignara como vivienda, todos se asombraron de que un hombre tan célebre se alojase en una vivienda tan pobre, reducida y pasada de moda en el distrito nada elegante de «Baños»; pero Josef, que se había empeñado en vivir con forzada modestia, se contentó con construir un piso más. Y allí estaba, estrecha, pequeña, frágil, frente a varios puestos de buhoneros con toda clase de bártulos malolientes, indigna residencia de un hombre de su rango y de su fama.

A pesar de su sencillez, Mara no se encontró nunca a gusto en aquella casa. Quería vivir bajo el cielo; habitar en una gran ciudad entre muros de piedra iba contra su naturaleza. Y allí, entre aquellas paredes mohosas e intrincadas, en aquella habitación con el techo bajo ennegrecido, se sentía doblemente incómoda. Si por ella fuera, hacía tiempo que habrían regresado a Judea, a alguna de las propiedades de Josef.

Habían transcurrido cinco días desde el anuncio de la invasión de los dacios. Entre tanto, Josef se había reunido muchas veces con Mara, había compartido con ella la mayor parte de las comidas y habían hablado largo y tendido. Pero apenas se había referido a la guerra que parecía a punto de estallar en la frontera. Probablemente Mara no intuía las consecuencias que podrían tener para Judea los sucesos del Danubio. Pero sin duda sentía, ella que tan bien lo conocía, que tras aquella máscara de indiferencia escondía un secreto pesar.

Al subir ahora a verla se asombró de haberse esforzado tanto tiempo en ocultarle esa preocupación. Es la única persona ante la cual puede mostrarse sin pudor, tal como es. Cuando la otra se lo exigió permitió que la enviara lejos, y regresó a él cuando la llamó. Allí está cuando la necesita, y cuando lo molesta se esfuma. Ante ella puede dar rienda suelta a sus sentimientos, a su orgullo, sus dudas, su debilidad.

Retiró la cortina y penetró en la estancia. La baja sala estaba atestada de objetos de todo tipo; del techo, siguiendo una costumbre de los pueblecitos de Judea, colgaban cestas con alimentos y ropa. Los niños rodeaban a Mara: la niña Jalta y los dos varones menores, Matías y Daniel.

Josef dejaba a la hija y a los chicos al cuidado de Mara; él no sabía muy bien cómo tratar a los niños. Pero, como solía ocurrirle últimamente, también aquel día miró con una especie de conmovido asombro a Matías, el tercero de sus hijos, y, en realidad, el mayor, pues Simeón estaba muerto y Pablo más que

muerto. Josef tenía sus esperanzas y sus deseos puestos en este hijo suyo, Matías. Era evidente que tenía rasgos del padre y de la madre, pero la mezcla daba por resultado algo completamente nuevo, muy prometedor, y Josef esperaba poder redimirse gracias a Matías, que alcanzaría lo que él mismo no alcanzó: ser judío y también griego, ciudadano del mundo.

Allí estaba, pues, la mujer, trabajando en un lienzo con la ayuda de una criada y contándoles una historia a los niños. Josef le rogó con un gesto que prosiguiera. De modo que siguió parloteando, y Josef escuchó un piadoso cuento un tanto insulso: trataba de un río cuya lengua entendían solamente aquellas personas que sentían auténtico temor de Dios; el río les aconsejaba lo que debían hacer y lo que no. Es un hermoso río que fluye por una tierra hermosa, su patria Israel, y algún día irá allí con los niños y, si los niños se portan bien, el río también hablará con ellos y les aconsejará.

Josef estuvo observándola mientras lo contaba. A sus treinta y dos años se había redondeado y estaba un poco ajada. No quedaba rastro del brillo lunar de su primera juventud, no había ningún peligro de que un romano la exigiera hoy para su cama como antaño el viejo Vespasiano. Pero para Josef seguía siendo lo que fue para él entonces; su rostro redondo continuaba luminoso y frágil, su estrecha frente brillaba como antaño.

A Mara se le iluminó la cara al verlo entrar. En los últimos días había notado que algo lo oprimía, y había esperado que se lo comunicase. Solía hablarle en griego, pero cuando se sentía más próximo a ella o se trataba de algo importante usaban el arameo, la lengua de la patria. Ahora, tras ordenar a los niños que se retiren, aguarda tensa en qué idioma le hablará.

Y, mira por dónde, le habla en arameo. Ya no es el hombre de antes; tiene el rostro surcado de arrugas, su barba ya no está cuidadosamente rizada: es un hombre de cincuenta años y se le nota que ha vivido mucho. También le ha hecho mucho daño, y nunca se lo ha perdonado del todo. Pero, a pesar de ello, a sus ojos sigue irradiando ese resplandor que solía envolverlo, y se siente orgullosa de que le hable.

Le habla de su encuentro con los otros y de sus temores ante un posible levantamiento. Le confía sus penas; sí, en realidad, tan sólo ahora, mientras habla, reconoce claramente lo que este peligro que amenaza a Judea remueve en él. Tiene una agitada vida a sus espaldas, llena de cumbres y abismos; pensó que por fin le sería dado vivir en paz y concentrarse en sus libros, y que comenzaría para él un plácido ocaso. En lugar de eso se avecinan nuevas pruebas y amarguras. El alzamiento de Judea, por insensato que sea, estallará; y Josef se opondrá, y de nuevo tendrá que aceptar los insultos y la vergüenza por reprimir sus sentimientos en nombre de la razón.

Mara ya le ha escuchado esa terrible letanía otras veces. Pero si antes le daba la razón incondicionalmente, pues él era sabio y ella ignorante, ahora su corazón se rebeló contra él. ¿Por qué, si sentía como los otros, actuaba de otro modo? ¿No sería mejor para todos ellos que fuera menos sabio? Era un hombre ilustre, el doctor y señor Josef, su esposo, y ella estaba orgullosa de él, pero en ocasiones, y también en ésta, pensaba que sería mucho mejor que fuera menos grande.

—Tu preocupación me oprime como si fuera mía —dijo; y después, y su espalda se arqueó relajándose, agregó en voz queda—: Tierra de Israel, mi pobre tierra de Israel.

«Tierra de Israel», dijo, en arameo. Josef la comprendía y la envidiaba. Era un ciudadano del mundo, pero estaba dividido. Ella en cambio era una sola cosa. Era uña y carne con el suelo de Judea, pertenecía a Judea, al cielo de Judea y a su pueblo, y cada vez que ella, a su modo sosegado, lo había animado a regresar allí, Josef supo que tenía razón y que él se equivocaba al negarse.

Pensó en los innumerables y alambicados argumentos que había ideado para justificar su negativa. En Judea, le explicó, su visión quedaría turbada por la cercanía de las cosas, se dejaría arrastrar por la pasión de los demás, no podría trabajar en su obra con la objetividad que constituye la premisa esencial del éxito. Pero ambos sabían que eso no era más que un pretexto. Todas las razones que aparentemente lo retenían en Roma eran meras excusas. Allí habría podido escribir mucho mejor su libro sobre Judea que aquí; habría resultado más judío, en el buen sentido. Y tal vez también tenía razón cuando decía que sería más provechoso para sus hijos crecer en Judea, a cielo abierto, que en las estrechas callejuelas de la ciudad de Roma. Esto último era dudoso, sin embargo, porque si su pequeño Matías debía ser lo que Josef proyectaba debía permanecer en Roma.

En cualquier caso, se resistía y hacía caso omiso de las humildes súplicas de Mara. Había optado por llevar una vida retirada, pero no quería renunciar a tener en torno a sí el bullicio de la ciudad de Roma. Vivir en la provincia lo habría oprimido; en Roma, aunque se encerrase en su habitación, lo consolaba la idea de que a un par de cientos de pasos tenía el Capitolio, donde latía el corazón del mundo.

Pero en su fuero interno sentía cierto disgusto, incluso un ligero sentimiento de culpa por retener a Mara en Roma.

—Pobre tierra de Israel —oyó suspirar a Mara.
—Será un invierno lleno de preocupaciones —concluyó él.

Esa noche, durante la cena, ante su esposa Dorión y su hijastro Pablo, Annius Bassus, ministro de guerra de Domiciano, se dejó llevar por sus emociones. Ante esos dos podía hablar, y que estuviera presente el preceptor de Pablo, el griego Fineas, no le molestaba. Fineas era un liberto, no contaba. Pero, por muy grande que fuera su confianza, sus relaciones con la mujer y el hijastro dejaban bastante que desear. A veces tenía la sensación de que ella no lo tomaba en serio a pesar de su inusual carrera, y de que, pese a todo su odio, recordaba con nostalgia a Flavio Josefo, a ese repulsivo intelectual judío. Era seguro que no apreciaba excesivamente al chico que le había dado a él, al pequeño Junio, mientras que admiraba y mimaba a Pablo, el hijo de Josefo. Por lo demás, ni él mismo era capaz de sustraerse al encanto que emanaba de éste.

Sí, amaba a Dorión, y amaba a Pablo. Y, por mucho que el afecto que éstos sentían por él fuese mucho menor que el suyo, eran las únicas personas ante quienes podía dar rienda suelta a su indignación, a la rabia que lo reconcomía en ese puesto bajo aquel emperador impredecible y misántropo. Y eso que Annius apreciaba sinceramente a Domiciano, lo veneraba, y DDD, aun sin ser un soldado nato, poseía cierto talento para los asuntos militares. Pero la desconfianza del emperador no tenía límites, y exigía a sus consejeros deponer a hombres válidos de los puestos adecuados y sustituirlos por otros mucho menos dotados que sólo destacaban por no despertar las sospechas del emperador.

También ahora los sombríos reparos de Domiciano ponían trabas, una vez más, a la campaña dacia. Lo lógico habría sido confiar el mando a Frontín, ingeniero y constructor de las excelentes fortificaciones que recorrían el bajo Danubio. Pero como el emperador quería impedir que Frontín se creyera imprescindible y, con ello, se soliviantara, había tenido la feliz idea de encomendar su conducción al enemigo de Frontín, el general Fusco, el osado.

Dorión no parecía interesarse mucho por su exposición, sus claros ojos verdes miraban indiferentes a Annius, o bien sencillamente al frente. También Fineas estaba como ausente, por mucho que, siendo un griego fanático, por fuerza debía de sentir cierta satisfacción al enterarse de las dificultades que entrañaba la administración del Imperio. El que se mostró más interesado fue Pablo. Contaba ahora dieciséis años, no hacía ni uno que se le había investido por primera vez con gran ceremonia la toga de adulto. Su madre habría visto con agrado que ingresase en una universidad griega, acompañado de su preceptor Fineas. Pero él mismo se esforzaba por combatir las tendencias griegas que ambos habían querido insuflarle; quería ser romano, y sólo romano. Por eso se había unido a un amigo de Annius, el coronel Juliano, un soldado extraordinario que disfrutaba de su permiso estival en Roma. Juliano se había hecho cargo del chico aconsejándole en todo lo relativo a la vida militar; pero al llegar el otoño tuvo que regresar a Judea, a su legión, la décima. Pablo habría dado la vida por poder acompañarlo; también a Annius, que era un soldado entusiasta, le habría agradado hacer de su hijastro un buen oficial. Pero Dorión se negó. Y Fineas explicó al chico a su modo elegante, quedo, y por ello eficaz, lo desabrida que sería la vida de soldado en la lejana provincia y el terrible efecto que tendría en él no empaparse antes de las costumbres griegas. Y Pablo tuvo que resignarse. Pero ahora, tras el estallido de la revuelta dacia, albergó nuevas esperanzas. Aprender el oficio de soldado en la guerra le parecía una oportunidad única que nadie le escatimaría.

De modo que escuchaba con un interés apasionado los comentarios de Annius sobre las dificultades de la campaña que acababa de iniciarse. Realmente, el frente del Danubio requería un comandante de talla, precisamente a ese Frontín, y no al botarate de Fusco. Los dacios ya no eran unos bárbaros, su rey Diurpan era un estratega nada desdeñable; las fuerzas romanas desplegadas en la región, apenas tres legiones, no bastaban para asegurar una frontera de casi mil kilómetros, y el duro invierno de aquel año dificultaba aún más la defensa, pues brindaba al atacante la posibilidad de enviar una y otra vez refuerzos sobre el Danubio helado. A ello se añadía que el rey de los dacios, Diurpan, era un hábil político, con influencias en todo Oriente y buenas perspectivas de poder batir incluso a los partos si éstos intervenían. De cualquier forma, era casi seguro que se producirían disturbios en ciertas provincias orientales que sólo toleraban el dominio romano a regañadientes, como por ejemplo Siria y, en particular, la siempre insatisfecha Judea.

Al oír las explicaciones de Annius la indiferencia de Dorión se disipó de pronto. Hacía tiempo que no sabía nada de Josef, el hombre que más había marcado su destino. Una revuelta en Judea, eso sería un acontecimiento que haría salir a Josef de su actual retiro. En su cabeza bulleron los recuerdos de lo que había vivido a su lado. Cómo aceptó ser flagelado para poder divorciarse de su ridícula mujer judía y desposarla; cómo huyeron y se recluyeron, a solas con su amor, en la casita que les prestó Tito; cómo más

tarde surgieron las diferencias entre ellos; lo que había luchado por su hijo, por ese Pablo; su triunfo, toda Roma aclamándolo al erigirse su busto en el Templo de la Paz… todo eso, su odio salvaje y su fiero amor, resurgían ahora en ella, inextricables.

Incluso Fineas renunció a hacerse el indiferente cuando Annius comenzó a hablar de Judea, y su cabeza grande y pálida se sonrojó. ¡Ojalá estallase realmente la revuelta en Judea para que tuvieran que domeñar a esa tierra bárbara! ¡Ah, qué delicia! Fineas se alegraría de que los supersticiosos judíos sintieran de nuevo la fuerza del puño de Roma. Y se alegraría en particular por *uno,* por Josefo, su antiguo amo. Lo despreciaba, a ese Josefo, despreciaba todo lo suyo: su ridículo combate por Pablo, su orgullo y su modestia, sus creencias supersticiosas, sus éxitos baratos, su pobre griego, todo, todo. Sería estupendo que le demostraran de nuevo cuán miserable era su Judea; que volviera a experimentar lo que significaba padecer la esclavitud.

Entre aquella confusión de ideas y sentimientos de ambos, de Fineas y Dorión, se abrieron paso las palabras de Pablo:

—Eso le acarreará algunas dificultades a cierto señor —dijo Pablo. Eran palabras sencillas, pero la voz que las pronunció estaba tan llena de odio y de triunfo que Dorión se asustó, y hasta Annius Bassus alzó la mirada. También a él le desagradaba Flavio Josefo; el soldado campechano y bullicioso encontraba al judío taimado, retorcido. Pero si él, el oficial romano que había combatido a los judíos, increpaba o bromeaba en ocasiones sobre Josefo, a él le estaba permitido. También a Fineas, su liberto. Pero no les estaba permitido a los otros dos comensales: ni a la mujer que había estado casada con el judío, ni a su hijo. No era únicamente su dignidad de soldado lo que se rebelaba contra ello, también sentía que el odio excesivo de Dorión por Josef procedía de la inseguridad de sus sentimientos. Cierto que a veces le dedicaba comentarios injustos, incluso indecentes, pero después sus ojos se velaban de un modo un tanto sospechoso al oír hablar de él. Annius habría preferido que su esposa y su hijastro se hubieran desligado interiormente de aquel hombre ambiguo, de modo que ni lo amasen ni lo odiasen.

Pero, por el momento, Pablo seguía con su discurso teñido de odio. Sería fabuloso que Judea se alzase y diese motivos para aplastarla definitivamente. ¡Qué fortuna poder ir allí, participar en una expedición de castigo semejante bajo las órdenes de Juliano, su buen maestro! Cómo le dolería eso a su padre, el judío.

—¡Debéis permitirme ir a Judea! —exclamó.

Dorión volvió su fina y alargada cabeza hacia él, y sus ojos color mar sobre la chata nariz lo miraron abiertamente.

—¿A Judea? ¿Tú a Judea? —inquirió. Sonó como una negativa, pero Pablo notó que compartía su odio por el judío, su padre.

—Sí —insistió él, y sus ojos claros respondieron vehementes a la mirada escrutadora de la madre—, debo ir a Judea ahora que la cosa va a estallar. Debo purificarme.

Sus apasionadas palabras sonaron terribles: «Debo purificarme», y, a pesar de todo, incluso el simple soldado Annius entendió lo que significaban. Pablo se avergonzaba de su progenitor y quería reparar el hecho de ser hijo de semejante padre.

Pero ya estaba bien. Annius no quería seguir oyendo tales irreverencias, e intervino.

—No me gusta oír esas cosas de tu boca —lo recriminó.

Pablo notó que había ido demasiado lejos, pero no cejó, aunque moderó su tono.

—El coronel Juliano no entenderá —dijo— que no acuda ahora a Judea. No quiero perder su estima.

Dorión seguía allí sentada, delicada y frágil, relajada aunque estricta; su ancha boca, insolente, abultada en el distinguido rostro, dibujó una leve y ambigua sonrisa. Por mucho que lo irritase aquella sonrisa Annius constató lo mucho que amaba a esa mujer, que la amaría siempre. Pero ella, Dorión, dirigió la vista al preceptor de su hijo.

—¿Qué opináis vos de todo esto, querido Fineas? —le preguntó.

Aquel hombre por lo general tan sereno y elegante no logró ocultar por completo su excitación. Nervioso, encogía y estiraba los largos dedos de sus manos grandes, delgadas, pálidas hasta lo enfermizo, y no lograba mantener quietos ni los pies enfundados en sus zapatos griegos. Se sentía escindido por sentimientos contrarios. Le dolía perder definitivamente a Pablo. Amaba al hermoso y dotado chico, se había esforzado mucho en insuflarle su ser griego. No se le oculta que Pablo se le escapa poco a poco, pero le cuesta aceptar que se convierta enteramente y para siempre en un romano, y eso será inevitable si se incorpora a la legión de Judea. Por otra parte, sería un gran consuelo imaginarse el dolor que depararía a Josefo saber que su propio hijo, su Pablo, participaba en la represión de su pueblo, en el bando de los romanos. Con su profunda y armoniosa voz declaró:

—Me apenaría ver partir a nuestro Pablo rumbo a Judea, pero debo decir que en esta ocasión lo comprendo.

—Yo también lo comprendo —dijo la dama Dorión, y—: Me temo, hijo mío —dijo—, que no podré negarme por mucho tiempo.

El viaje a Judea en esa época del año resultaba azaroso, incluso peligroso. Pablo se dispuso a prepararlo con tesón y cuidado. Se sentía dichoso; nada quedaba en él de aquellos arrebatos imprevisibles, de esa pasión que tanto asustara a sus allegados. Habían desaparecido aquellas opiniones y rasgos judíos que su padre quiso insuflarle. También se evaporó el talante griego que tanto se habían esforzado por imbuirle su madre y su preceptor. Su entorno, su tiempo, habían salido victoriosos: él, el hijo del judío y de la griega, era romano de pies a cabeza.

El emperador avanzaba con paso torpe y envarado entre las jaulas de su zoológico del Albano. El palacio debía servir en principio de residencia estival, pero Domiciano se refugiaba allí en cualquier época del año. Amaba su palacio del Albano más que cualquier otra de sus posesiones; había comenzado a construir el amplio y lujoso edificio siendo aún un príncipe de escasos medios, y ahora estaba empeñado en concluirlo confiriéndole una grandeza aún mayor. El artístico parque se extendía sin que pudieran adivinarse sus límites; dondequiera que se dirigiera la vista surgían anexos.

Deslucido, con un manto de fieltro, capucha y zapatos de piel, avanzaba a grandes zancadas a lo largo de las jaulas seguido por el enano Sileno, gordo, velludo, deforme. El día era frío y húmedo, una fina niebla se había posado sobre el lago; el paisaje, ordinariamente tan colorido, parecía desvaído, las hojas de los olivos carecían de brillo. De cuando en cuando el emperador se detenía ante una jaula y contemplaba a los animales con mirada ausente.

Se alegraba de haberse decidido a abandonar el Palatino y viajar hasta allí. Se encontraba a gusto paseando en la neblina de aquel paraje invernal. El día anterior habían llegado prolijos despachos procedentes de la frontera del Danubio; la incursión de los dacios había tenido consecuencias más graves de lo que había previsto, ya no podía hablarse de meros altercados en la frontera: lo que se avecinaba allá era una guerra.

Apretó el abultado labio superior sobre el otro. Ahora él mismo se verá obligado a combatir. Una perspectiva poco agradable. No le gustan los viajes incómodos y precipitados, no le agrada montar largo rato a caballo, y ahora, en invierno, todo resulta doblemente incómodo. No, no es un soldado, no es como su padre Vespasiano y su hermano Tito. Ésos no eran más que soldados, *milites* transformados en gigantes. Por un instante le parece oír la voz atronadora de Tito y un estremecimiento de repulsa cruza su rostro. No, poco le importan las gloriosas victorias que no tienen continuación. Él ha afianzado sus posiciones en Germania, en Britania. Representa la culminación de la estirpe Flavia. Si ha permitido que el Senado le reconozca el título de «amo y dios Domiciano» es porque sobran razones para hacerlo.

Se detuvo ante la jaula de la loba. Se trataba de un animal extraordinariamente hermoso y fuerte; el emperador amaba especialmente a esa loba, su inquietud, aquella fiereza impredecible, su astucia y su fuerza; amaba a esa loba como emblema de la ciudad y del Imperio. Erguido, con los brazos apretados a la espada en ángulo y el vientre abultado, permaneció ante la jaula. «Amo y dios, *Imperator Flavius Domitianus Germanicus»,* pronunció para sí, y, tras él, el enano repitió las mismas palabras ante la jaula de la loba.

Su padre y su hermano quizás alcanzaron victorias más gloriosas. Pero lo importante no son las grandes victorias sino únicamente el resultado final de una guerra. Hay generales que saben ganar batallas, pero no guerras. Lo que él ha conseguido en Germania junto con su prudente ingeniero Frontín, la erección de aquel muro para contener a los bárbaros germanos, no es espectacular, pero vale más que diez grandes victorias sin consecuencias. Los soldados Vespasiano y Tito jamás habrían comprendido ni llevado a cabo las ideas de ese Frontín.

Es una lástima que no pueda enviar a Frontín al Danubio como comandante en jefe. Pero contravendría sus principios. No debe permitir que nadie se envanezca. Los dioses no aman la arrogancia. El dios Domiciano no ama la arrogancia.

Naturalmente, es una lástima que el vigésimo quinto cuerpo del ejército haya sido aniquilado, pero también tiene su lado bueno. Bien mirado, constituye una ventaja que la causa dacia haya tomado ese cariz y que se hayan lanzado a una auténtica guerra. Pues esa guerra viene en el momento oportuno, acallará voces que no resulta demasiado fácil acallar. Esa guerra le brindará a él, al emperador, la excusa que necesita para adoptar finalmente ciertas medidas de política interior poco populares que de otro modo tendría que posponer varios años. Ahora, con el pretexto de la guerra, podrá obligar a sus díscolos senadores a hacer ciertas concesiones que jamás aceptarían en tiempos de paz.

De pronto se aparta de la jaula ante la que se había quedado absorto. No quiere dejarse tentar, no quiere

soñar; su fantasía se desboca demasiado fácilmente. Es metódico, y en los asuntos de gobierno raya en la pedantería. Desea sentarse a su escritorio. Quiere anotar un par de cosas, organizarse.

—¡La litera! —ordena volviendo la cabeza por encima del hombro.

—¡La litera! —transmite el enano la orden con un graznido, y el emperador se deja llevar de vuelta al palacio. Es un buen trecho. Primero atraviesan varias terrazas de olivares, después una avenida de plátanos, más tarde los invernaderos, a continuación primorosos jardines y columnatas, pabellones, cenadores, grutas, surtidores de todo tipo. Es un parque grande y hermoso que agrada al emperador, pero hoy no tiene ojos para él.

—¡Aprisa! —ordena a los porteadores. Sólo desea trabajar.

Finalmente llega a su despacho, y ordena que no lo molesten por ningún motivo. Cierra la puerta, se queda solo. Sonríe malicioso; piensa en todos esos estúpidos rumores que circulan sobre lo que hace cuando se encierra durante días. Que ensarta moscas, dicen; que se dedica a cortar ancas de ranas, y cosas así.

Se pone manos a la obra. Pulcramente, punto por punto, anota todo lo que pretende sonsacarle al Senado con el pretexto de esta guerra. En primer lugar, quiere realizar por fin su ansiado proyecto y que lo nombren censor vitalicio, lo que le garantizará el control absoluto del presupuesto, costumbres y derecho del Estado, y, con ello, el pleno dominio del Senado, con capacidad de excluir de él a cualquiera de sus miembros. Hasta ahora se le investía de este cargo cada dos años. En estos momentos, ante el estallido de una guerra de duración impredecible, los senadores no pueden negarle esta medida, que equilibrará sus derechos. Respeta la tradición y, como es natural, no se le ocurre modificar la Constitución, que prevé la división del poder estatal entre el emperador y el Senado. No pretende anular esta sabia división: sólo desea tener la capacidad de ejercer el necesario control sobre la corporación corregente.

La guerra también brinda una excelente oportunidad para recrudecer las leyes de moralidad. Naturalmente, esos ridículos y engreídos aristócratas de su Senado se mofarán de nuevo de que condene la menor desviación en los demás mientras se permite a sí mismo cualquier capricho, todos y cada uno de esos «vicios» que castiga. ¡Insensatos! ¿Cómo va él, el dios, a quien el destino ha encomendado proteger con mano de hierro el decoro y la decencia romanos, cómo va a conocer y castigar a los hombres y sus pecados si no se digna descender, cual Júpiter, a su altura?

Formula cuidadosamente los preceptos y leyes que deben ser promulgados numerándolos, detallándolos, pergeñando escrupulosamente la justificación de cada detalle.

Después se apresta a ocuparse de la parte de su trabajo que más le agrada: la confección de una lista, no muy larga, pero de importantes consecuencias.

En el Senado hay unos noventa miembros que no ocultan su hostilidad. Lo miran por encima del hombro esos señores cuyos antepasados se remontan hasta la fundación de la ciudad y, más lejos aún, a la destrucción de Troya. Lo consideran un advenedizo. Porque su tatarabuelo dirigía una oficina de cobros y su abuelo tampoco fue famoso, por eso creen que él, Domiciano, no sabe lo que es la auténtica romanidad. Quiere demostrarles quién es más romano, si el biznieto del pequeño banquero o los tataranietos de los héroes troyanos.

Conoce bien los nombres de esos noventa señores. Noventa es un número alto, no puede consignar tantos nombres en su lista; desgraciadamente, durante su ausencia sólo podrá deshacerse de unos pocos de esos desagradables sujetos. No. Quiere proceder con cautela, no le gusta precipitarse. Pero algunos de ellos, siete, seis o, digamos, cinco, podrán figurar de cualquier modo en la lista, y la idea de que no tendrá que volver a verlos a su regreso lo confortará mientras permanezca lejos de Roma.

Por el momento, y de forma provisional, anota una larga ristra de nombres. Después se dispone a tacharlos. No le resulta fácil, y al borrar alguno que otro lanza un suspiro. Pero es un gobernador meticuloso; no quiere dejarse llevar por la simpatía o la antipatía, sino únicamente por consideraciones de política de Estado. Medita con atención cuál será más peligroso, si este hombre o aquél; si la eliminación de éste levantará más revuelo que la de aquel otro, o si la confiscación de estos bienes constituirá una mayor aportación al tesoro del Estado que la de ese otro patrimonio. Únicamente cuando constata cierto equilibrio se deja guiar en su decisión por su antipatía personal.

Revisa nombre tras nombre. Con gran pesar tacha a Helvid de nuevo de su lista. Es una lástima, pero no puede ser; por el momento, Helvid junior seguirá con vida. A Helvid senior ya lo aniquiló en su día el viejo Vespasiano. Pero llegará el día, y ojalá no sea muy lejano, en que él podrá enviar al hijo tras los pasos del padre. También es una lástima que no pueda dejar el nombre de Aelio en su lista: el hombre al que le arrebató la esposa, Lucía, su emperatriz. Ese Aelio solía llamarlo «Varriguita», nunca se dirigió a él de otra forma, no lo ha olvidado, porque tenía una barriga incipiente y muchas veces le costaba trabajo pronunciar la «b». Bien, que Aelio siga llamándolo «Varriguita» por un tiempo; también a él le llegará la hora en que se

le quiten las ganas de bromear.

Por fin sólo quedan cinco nombres en la lista. Pero incluso esos cinco le parecen demasiados al emperador. Debe contentarse con cuatro. Solicitará el consejo de Norban, su ministro de policía, antes de decidir a quién enviará definitivamente al Hades.

Bien, tras concluir su tarea puede disponer libremente de su tiempo. Se levanta, se estira, va hacia la puerta y la abre. Ha olvidado la hora de la comida, absorto en su trabajo, y nadie se ha atrevido a molestarlo. Ahora quiere comer. Ha hecho venir a casi toda su corte y a medio Senado al Albano, más o menos a todos sus amigos y enemigos; antes de abandonar la capital del Imperio quiere arreglar aquí, en el Albano, todos los asuntos que le conciernen. ¿Debe buscarse compañía? ¿Debe hacer llamar a alguien para que se siente a su mesa? Piensa en todos los que han ido llegando en interminables riadas; imagina el sufrimiento, la tensa espera intentando averiguar qué decidirá el dios Domiciano. En su rostro se dibuja una sonrisa maliciosa. No, que sigan solos, quiere dejarlos solos. Que esperen todo el día, la noche entera, e incluso un día más o una segunda noche, pues el dios Domiciano meditará con gran cuidado sus decisiones y no se precipitará en nada.

Es posible que Lucía haya llegado ya a esta residencia suya del Albano: Lucía Domitia, su emperatriz. La sonrisa de Domiciano abandona su rostro al pensar en Lucía. Durante mucho tiempo no fue para ella más que el hombre Domiciano, pero después ha debido mostrarle también quién es el amo y dios Domiciano; ha tenido que eliminar a su favorito Paris y hacer que el Senado la desterrara a la isla Pandataria por adulterio. Bien está que hace tres semanas indicara al Senado y al pueblo de Roma la conveniencia de atosigarlo para que llamase de nuevo a la amada emperatriz Lucía. De hecho, se dejó ablandar y la hizo llamar. De otro modo habría debido partir a la guerra sin verla. ¿Habrá llegado ya? Si el viaje ha ido bien, debe de haber llegado. No desea demostrar lo mucho que le importa si ha llegado ya o no; ha dado orden de no ser molestado, no quiere saber de la llegada de nadie. Su corazón le dice que está allí. ¿Debe preguntar por ella? ¿Debe rogarle que coma con él? No, es el *imperator,* el dios Domiciano; se domina, no pregunta por ella.

Almuerza solo, deprisa, sin prestar atención a lo que come; engulle, traga los bocados ayudándose con vino. Pronto termina la extraña colación. Y ¿qué hará ahora? ¿Qué hacer para dejar de pensar en Lucía?

Fue a ver al escultor Basílides, a quien el Senado había encargado la confección de una estatua colosal del emperador. Hacía tiempo que el artista le había rogado que acudiese a ver su trabajo.

Contempló la muestra en silencio. Lo había representado a caballo portando las insignias del poder. Era un jinete notable, heroico, imperial, el que había creado el escultor Basílides. El emperador no tenía nada que objetar a la escultura, que, sin embargo, no fue de su agrado.

El jinete mostraba ciertamente sus rasgos, los de Domiciano; pero podía ser un emperador cualquiera, no necesariamente el emperador Domiciano.

—Interesante —dijo finalmente en un tono que no ocultaba su decepción.

El pequeño y escurridizo escultor Basílides, que no había dejado de observar atentamente cada gesto del emperador, le replicó:

—¿De modo que no estáis satisfecho, Majestad? Yo tampoco lo estoy. El caballo y el torso del jinete ocupan demasiado espacio, dejando en un segundo plano la cabeza, el rostro, lo espiritual.

Y, como el emperador callase, prosiguió:

—Es una pena que el Senado me encomendase representaros a caballo. Si Su Majestad me lo permite, yo propondría otra solución a los senadores. Se me ha ocurrido una idea que considero muy sugerente. He pensado en una estatua colosal del dios Marte que exhiba vuestros rasgos. Naturalmente, no estoy pensando en el Marte de siempre tocado con el yelmo. El yelmo me hurtaría gran parte de esa frente leonina vuestra. He pensado más bien en Marte en reposo. ¿Me permitís que os muestre un prototipo?

Y al ver asentir al emperador hizo que le trajeran el otro modelo.

Había representado a un hombre corpulento, pero sentado, descansando cómodamente. El dios había depuesto las armas, adelantando relajado la pierna derecha, y rodeaba con las dos manos la rodilla izquierda levantada. Un lobo yacía a sus pies, un pájaro carpintero se había posado insolente sobre su escudo. La muestra aún estaba en su primera fase, pero ya había modelado la cabeza, y esa cabeza, sí, era una auténtica cabeza de las que le gustaban a Domiciano. La frente tenía ese aire verdaderamente leonino del que había hablado el artista: recordaba la frente del gran Alejandro. Y el peinado, los breves rizos, le conferían un ligero parecido con ciertas cabezas, muy conocidas, de Hércules, el supuesto antepasado de los Flavios, un parecido que desde luego irritaría a más de un senador. La nariz sobresalía ligeramente curva.

Las hinchadas fosas, la boca entreabierta, trasuntaban arrojo, voluntad de mando.

—Imaginaos, Majestad —le explicó excitado el escultor al constatar que su obra le agradaba de forma manifiesta—, el efecto que tendrá la estatua cuando la esculpamos en su verdadero tamaño. Si me permitís que ejecute mi proyecto, Majestad, esta estatua representará aún más al dios Domiciano que al dios Marte. Pues aquí no es el usual yelmo el que atrae la atención del observador, ni el voluminoso torso, sino que cada detalle está pensado para centrar su atención en el rostro, y es la expresión de ese rostro la que eleva al dios por encima de toda medida humana. Ese rostro ha de mostrar al orbe lo que significan los títulos de amo y dios.

El emperador callaba, pero con sus ojos miopes y saltones observaba su efigie con creciente agrado. Sí, es una buena idea. Marte y Domiciano hacen buena pareja. Incluso el cabello, dejarlo adentrarse levemente en la mejilla; también esa insinuación de la existencia de patillas conviene a la representación del dios Marte. Y el ceño amenazador, los ojos llenos de orgullo y de insolencia, el poderoso cuello: todos rasgos propios del dios Marte y al tiempo características que harán pensar en Domiciano. A ello se añade el decidido mentón, lo único bueno de la cabeza de su padre y, por fortuna, lo único que él, Domiciano, heredó de aquél. Tiene razón ese escultor Basílides: el título que se ha hecho conferir, el título de amo y dios, resulta fácilmente explicable a la vista de ese Marte. Como ese Marte en reposo quiere ser él, y así es: sombrío, divino, peligroso justamente en su reposo. Así quieren verlo sus aristócratas, así lo ama su pueblo, así lo aman sus soldados, y lo que Vespasiano no logró con su afabilidad ni Tito con su vehemencia, con su campechanía, lo ha logrado él, Domiciano, precisamente con su lúgubre majestuosidad.

—Interesante, muy interesante —admitió, pero esta vez en el tono adecuado, y agregó—: No lo habéis hecho nada mal, mi querido Basílides.

Le espera una larga tarde. ¿Qué puede hacer antes de irse a dormir? Si trata de imaginarse las caras de las personas que ha invitado a acudir al Albano no encuentra a nadie, por muchos que sean, cuya compañía le agrade. Sólo desea la presencia de una, pero su orgullo le impide llamarla. De modo que prefiere pasar la tarde a solas, no encontrará mejor compañía que la suya.

Ordena que enciendan todas las luces del salón de ceremonias. También hace llamar a los mecánicos para que se ocupen de la ingeniosa maquinaria de la sala, cuyos muros desplaza a su antojo y cuyo techo se alza hasta que desaparece y permite divisar el cielo. La ingeniosa maquinaria fue en su día una sorpresa destinada a Lucía. Ella no la apreció debidamente. No valoró como se merecían muchos de sus regalos.

Acompañado únicamente por su enano Sileno el emperador penetra en la amplia y luminosa sala. Su fantasía la llena con sus innumerables invitados. Se sienta, relajado; inconscientemente ha adoptado la actitud de esa estatua de Marte, y se imagina cómo permanecen sentados, o tumbados, sus invitados, diseminados por las numerosas habitaciones de su palacio, consumiéndose temerosos en la espera. Manda ampliar y menguar la sala; juguetón, ordena que eleven y vuelvan a hacer descender el techo. Después se pasea durante un rato de un lado a otro, ordena que apaguen de nuevo la mayor parte de las lámparas dejando únicamente ciertas zonas en una débil penumbra. Y vuelve a pasearse por la inmensa sala, y su sombra lo acompaña, gigantesca, y su enano lo sigue, diminuto.

¿Estará Lucía ya en el Albano?

De pronto —a pesar de todo se siente con fuerzas para emprender una nueva tarea— manda llamar a su ministro de policía Norban.

Norban se había acostado ya. La mayoría de los ministros no sabían cómo debían presentarse ante el emperador cuando éste los convocaba a horas intempestivas. Por un lado al emperador le disgustaba esperar, y por otro, se sentía ofendido si no se mostraban cuidadosamente vestidos. Norban, sin embargo, sabía que gozaba del favor de su amo, y por ello se conformó con echarse la toga ceremonial sobre la camisa de noche.

Su cuerpo no muy alto pero imponente aún exhalaba, por tanto, el calor de la cama al presentarse ante el emperador. La cabeza poderosa, cuadrada, sobre los hombros aún más fuertes, puntiagudos, no estaba peinada; el firme mentón sin afeitar parecía aún más brutal que de costumbre, y los rizos de pelo negrísimo, embadurnados de grasa y, a pesar de todo, desordenados, que según la moda al uso llevaba sobre la frente, colgaban grotescos sobre su rechoncha cara. El emperador no le tomó a mal semejante dejadez, ni siquiera se percató de ella. Se mostró afable. Aquel hombre alto rodeó los hombros del otro, mucho más bajo, y lo condujo de un lado a otro por la amplia sala en penumbra, hablándole a media voz y expresándose por medio de insinuaciones.

Le habló de que la guerra y su ausencia podrían utilizarse para desbrozar ligeramente las filas del

Senado. Una vez más, en esta ocasión con Norban, repasó los nombres de sus enemigos. Él conocía sus vidas y tenía buena memoria, pero Norban conservaba en su ancha cabeza aún más datos, sospechas y certezas, argumentos en favor y en contra. El emperador se paseó con él de un lado para otro, envarado, rígido, sin soltarlo. Lo escuchaba, le lanzaba preguntas, expresaba ciertas dudas. No vacilaba en permitirle vislumbrar su interior, confiaba en él con una seguridad que procedía de un rincón secreto de su alma.

Naturalmente, Norban también mencionó a Aelio, primer esposo de la emperatriz Lucía, el senador que había bautizado a Domiciano con el nombre de Varriguita y al que Domiciano habría querido conservar a toda costa en su lista. Ese Aelio era un vividor. Había amado a Lucía, seguramente aún la amaba; también amaba las muchas otras cosas agradables con las que el destino lo había favorecido: sus títulos y privilegios, su dinero, su buen aspecto y natural dicharachero que le procuraban amigos dondequiera que fuera. Pero mucho más que todo eso amaba su ingenio, y le gustaba sacarlo a la luz. Ya bajo los primeros Flavios sus chistes le acarrearon disgustos. Bajo Domiciano, que le había arrebatado a Lucía, estaba doblemente amenazado y tenía aún más razones para domeñar su lengua. En lugar de ello se atrevía a afirmar que conocía exactamente la enfermedad de la que moriría. Esa enfermedad sería alguna feliz ocurrencia. También aquel día Norban le contó al emperador algunos de los nuevos e irreverentes chistes de Aelio. Al reproducir el último, sin embargo, se detuvo antes de llegar al final.

—¡Continúa! —le ordenó el emperador. Norban vaciló. El emperador enrojeció, insultó a su ministro, gritó, se deshizo en amenazas. Finalmente Norban le contó el final. Se trataba de un chiste tan refinado como obsceno acerca de aquella parte del cuerpo de Lucía que emparentaba, por así decir, a Aelio con el emperador. Domiciano se puso lívido—. Tienes una buena cabeza, ministro Norban —dijo finalmente no sin esfuerzo—. Lástima que te la juegues por hablar demasiado.

—Me habéis ordenado que hable, Majestad —dijo Norban.

—Poco importa —replicó el emperador, que, inesperadamente, aulló—: ¡No habrías debido repetir esas palabras, perro!

Norban no se inquietó demasiado. De hecho, el emperador no tardó en sosegarse, y continuaron hablando fríamente sobre los candidatos de la lista. Como Domiciano había temido, no podía contar con que se eliminase en su ausencia a más de cuatro enemigos del Estado; más habría sido excesivamente arriesgado. Norban, que no estaba totalmente de acuerdo con la lista del emperador, insistió en aplazar asimismo la ejecución del segundo senador que figuraba en ella. Finalmente, el emperador tuvo que tachar dos nombres de su lista de cinco, aunque a cambio Norban le concedió incluir uno nuevo, de modo que le quedaron cuatro. A esos cuatro nombres pudo añadirles por fin la letra M.

Esa misteriosa M era la inicial del nombre Mesalino, y ese Mesalino era el hombre más adusto de la ciudad de Roma. Al ser pariente del poeta Catulo descendía de una de las estirpes más antiguas del país, por lo que todos esperaban que se uniese a la oposición del Senado. En lugar de ello se puso de parte del emperador. Era rico, y no lo hacía por los pingües beneficios que extraía de acusar a éste o a aquél, incluso a amigos y parientes, de lesa majestad: lo hacía porque la perfidia le procuraba un inmenso placer. Mesalino era ciego, pero nadie lo superaba a la hora de husmear ocultas debilidades, o transformar en sospechosas inocentes afirmaciones y en criminales actos inocuos. Quien llegase a ser objeto del interés del ciego Mesalino estaba perdido: una acusación suya equivalía a una condena. El Senado tenía seiscientos miembros, cuya piel se había curtido en la Roma del emperador Domiciano, y todos sabían que quien quisiese prosperar en ella debía dejar a un lado todo escrúpulo. Pero al escuchar el nombre de Mesalino incluso los más avezados torcían el gesto. El ciego concedía importancia a que no se le recordase su ceguera; se había aprendido el camino hacia su escaño en el Senado y avanzaba entre los bancos hasta su puesto solo y como si viera. Todos tenían cuentas pendientes con ese tipo torvo y peligroso: la caída de algún familiar, de algún amigo; todos habrían disfrutado viéndolo tropezar con algún obstáculo que le recordase su ceguera. Pero nadie se atrevía a ceder a su deseo, lo rehuían, y apartaban cualquier obstáculo que se le interpusiese.

De modo que el emperador anotó la letra M tras los cuatro nombres.

Con ello había solventado la cuestión, y, en realidad, pensó Norban, DDD habría podido dejarlo regresar ahora tranquilamente a su lecho. Pero el emperador le hizo permanecer a su lado, y Norban sabía por qué. DDD estaba deseoso de oír alguna noticia de Lucía, deseaba saber de él qué había hecho Lucía en su exilio en Pandataria. Pero había perdido la oportunidad de hacerlo. No debería haberle gritado de ese modo hace un rato. Ahora Norban se cuidará muy mucho de contarle lo que quiere oír, no volverá a hacerse reo de lesa majestad. Enseñará a su emperador con sutileza a dominarse.

Era cierto que Domiciano ardía en deseos de preguntar a Norban. Pero, aunque no le ocultara nada, se avergonzaba cuando se trataba de Lucía, y no se atrevió a preguntarle. Norban, a su vez, callaba

astutamente.

En lugar de hablar de Lucía refirió al emperador, en vista de que no lo dejaba marchar, toda clase de chismes de negocios y pequeñas vicisitudes políticas. También le habló de los sospechosos movimientos que se habían detectado en la casa del escritor Flavio Josefo desde el estallido de las revueltas en las provincias orientales, sí, incluso estaba en situación de mostrarle una copia del manifiesto elaborado por Josef.

—Interesante —dijo Domiciano—, muy interesante. Nuestro Josef. El gran historiador. El hombre que ha descrito y conservado nuestra guerra judía para la posteridad, el hombre en cuyas manos está repartir gloria y afrenta. Para los hechos de mi divinizado padre y de mi divinizado hermano encontró toda clase de elogios, pero conmigo ha sido más bien mezquino. De modo que ahora compone dudosos manifiestos. ¡Mira por dónde!

Y encargó a Norban que siguiese vigilando a aquel hombre, aunque sin intervenir. Él mismo se ocupará, y seguramente antes de su partida, de ese judío Josef; hace tiempo que tiene ganas de volver a hablar con él.

Lucía, la emperatriz, había llegado al Albano a última hora de la tarde. Confiaba en que Domiciano la saludaría. Que no lo hiciera pareció divertirla más que irritarla.

Mientras su espíritu presidía la entrevista de Domiciano con Norban, sin que ninguno de ellos mencionase su nombre, comía rodeada de un círculo de íntimos. No habían acudido todos los invitados, pues aunque el emperador había llamado junto a sí a Lucía nadie sabía a ciencia cierta el efecto que tendría en él que compartiesen su mesa. Nadie estaba a salvo de encontrarse con una sorpresa mortal; ya había ocurrido en alguna ocasión que el emperador se mostrase particularmente benévolo con alguien justo antes de proceder a aniquilarlo.

Los que participaban en la cena de la emperatriz se mostraban alegres, y la propia Lucía estaba de un humor excelente. Nada en ella revelaba las fatigas del exilio. Allí estaba, grande, joven, pletórica; reían los ojos quizás excesivamente separados bajo la frente pura e infantil, todo su luminoso y valiente rostro irradiaba alegría. No tenía reparo alguno en hablar de Pandataria, la isla de su exilio. Probablemente Domiciano la había desterrado a aquella isla para que sintiese el peso de las sombras de las excelsas damas que fueron proscritas antes que ella: las sombras de Agripina, de la Octavia de Nerón, de la Julia augustina. Pero en eso se había equivocado. Al evocar a aquella Julia de Augusto no pensaba Lucía en su final, sino únicamente en su amistad con Sileno y Ovidio y en los placeres que fueron la causa de aquel final.

Les refirió los detalles de su vida en la isla. En ella convivían diecisiete proscritos y cerca de quinientos nativos. Naturalmente, vivían con cierta estrechez, y también resultaba molesto ver siempre a las mismas personas en torno a uno. No se tardaba en conocer hasta sus más mínimas arrugas. La vida en aquella roca yerma, con el mar infinito a su alrededor, volvía a más de uno melancólico, adusto, y producía desagradables roces; había épocas en las que se odiaban tanto que, cual arañas encarceladas, sentían deseos de comerse unos a otros. Pero también era bueno librarse por una vez de los excesos de Roma, perder de vista algunos de sus rostros y depender tan sólo de uno mismo. Ella no había tenido malas experiencias en esa conversación consigo misma. Además, disfrutó de ciertas sensaciones de las que nada podían saber en Roma; por ejemplo, la emoción que les procuraba ver llegar cada seis semanas el barco que les traía de Roma las cartas, los diarios y todos los pequeños objetos que habían solicitado. En resumidas cuentas, afirmó, no había sido una mala época. Y al verla allí tan alegre y vivaz no resultaba difícil creerla.

Pero aún no se había dilucidado cómo viviría ahora Lucía en Roma, qué actitud adoptaría el emperador ante ella. Lo comentó sin tapujos, y también los demás se expresaron al respecto con particular franqueza: Claudio Regino, el senador Junio Marullo, y el que fuera su esposo, Aelio, al que no había tenido reparos en invitar a su mesa. Al día siguiente, opinó Aelio, Lucía sabría con seguridad lo que podía esperar en el futuro de Varriguita. Malo sería que éste expresase el deseo de encontrarse con ella a solas, pues posiblemente querría discutir. Pero probablemente Varriguita temía tanto discutir con ella como él lo temió en su día, por lo que sin duda pospondría en lo posible tal encuentro. Sí, él, Aelio, estaba dispuesto a apostar a que el emperador organizaría mañana una comida familiar, porque preferiría ver a Lucía en compañía de otros a enfrentarse con ella a solas.

Lucía por su parte no daba muestras de temer semejante confrontación. No le importaba llamarlo por su apodo y, en presencia de todos, dijo dirigiéndose a Claudio Regino:

—Más tarde quiero que me dediquéis cinco minutos, querido Regino, para que me aconsejéis sobre lo que puedo exigirle a Varriguita antes de reconciliarme con él. Si es cierto que ha engordado, como me han dicho, la cosa le saldrá más cara.

Como la mayoría de sus invitados, el propio Domiciano no durmió bien aquella noche. Seguía sin atreverse a preguntar si Lucía había llegado ya, pero una voz interior le aseguraba que sí, que estaba allí; que de nuevo dormían bajo un mismo techo.

Lamentó haber ofendido a Norban. Si no lo hubiera hecho ahora sabría lo que había hecho Lucía en su exilio de Pandataria. Eran muy pocos los hombres con los que habría podido tratar allí, y no concebía que ninguno de ellos le pudiera resultar atractivo. Pero ella era impredecible y se lo permitía todo. Quizá llegó a acostarse con alguno de esos hombres, o tal vez con algún pescador; o con cualquiera de esa morralla que poblaba la isla. Sólo que nadie se lo podía decir a excepción de Norban, a quien había cerrado la boca del modo más estúpido.

Pero, aun conociendo lo que había ocurrido en Pandataria, aunque supiera, minuto a minuto, lo que había hecho allí, no le serviría de mucho. Tenso, con una mezcla de desagrado y deseo, aguarda la conversación que mantendrá al día siguiente con Lucía. Busca frases con las que herirla, él, el altivo Domiciano, el dios, a la pecadora que, magnánimo, se digna recibir. Pero sabe de antemano que, por muy agudas que sean las frases que encuentre, ella se limitará a sonreír y al final estallará en una carcajada, esa oscura y plena risa suya; y le replicará algo como: Vamos, vamos, Varriguita, basta ya. Diga lo que diga, y haga lo que haga, está hecha de tal pasta que será incapaz de amedrentarla. Pues mientras los demás, sus insolentes aristócratas, parecen tener horchata en las venas, en ella, en Lucía, habita en verdad esa pujanza, esa fuerza de los antiguos patricios. Odia a Lucía por esa orgullosa fuerza suya, pero la necesita, la echa de menos si no la tiene a su lado. Se dice que es la diosa Roma personificada, y que sólo por eso la ama y la necesita. Pero lo que él necesita y ama es sencillamente a Lucía, la mujer y nada más. Sabe que no podrá ir al campo de batalla sin haberle besado antes la pequeña cicatriz bajo el pecho izquierdo, y que, si le permite besarla, será un regalo. Ay, a ella no puede ordenarle nada, se limita a reír; de todos los vivos que conoce es la única que no teme a la muerte. Ama la vida, toma del instante lo que éste le ofrece, pero precisamente por eso no teme a la muerte.

El emperador había convocado a primeras horas de la mañana a los consejeros más próximos a él a un consejo secreto. Los cinco caballeros que se reunieron en la sala de Hermes estaban soñolientos. Todos habrían preferido quedarse en sus camas, pero aunque en alguna ocasión pudiera ocurrir que el emperador los hiciera esperar indefinidamente, ¡ay del que se atreviese a ser impuntual con él!

A su manera, franca y ruidosa, Annius Bassus confió a Claudio Regino sus dudas sobre la futura campaña: aparentemente quería que Regino intercediese por él ante el emperador. Por una parte, opinó, DDD no consideraba digno de él, de un dios, ahorrar; de modo que el mantenimiento de la corte, y en particular las obras, requerirían grandes sumas de dinero también en su ausencia. Y, por otra parte, concedía gran importancia —rasgo heredado del padre— a que se evitasen a toda costa los descubiertos. Pero lo que se resentiría con todo ello sería la conducción de la guerra. Temía que no se enviasen suficientes tropas y material a los generales del frente del Danubio. Lo que faltase en fuerzas y medios lo sustituiría el comandante en jefe, Fusco, con su arrojo. Y ahí radicaba el mayor peligro.

—No, la administración del Estado no es asunto fácil —le replicó Regino con un suspiro—, qué me vais a decir a mí, Annius. Ayer mismo recibí un poema que me ha dedicado el poeta de corte Estacio.

Y, con una sonrisa que le cubría toda la carnosa cara sin afeitar y bizqueando irónico con los pesados ojos soñolientos, extrajo el manuscrito de la manga de su túnica de gala; sujetando el valioso poema con sus gruesos dedos lo leyó con su voz aguda y sebosa:

—A ti solo se confiere la administración de los sagrados tesoros del emperador, las riquezas de todos los pueblos, los ingresos del orbe entero. Toda la ganancia de las minas de oro de Iberia, todo lo que reluce en los altos de Dalmacia, las cosechas de Libia, lo que trae el fango del arrebatado Nilo, las perlas que sacan a la luz los buceadores del mar de Oriente, y el marfil de los elefantes del Indo a ti se confía como único administrador. Sin descanso, vigilas tenaz, y con precisa celeridad calculas lo que requieren cada día los ejércitos del Imperio, el mantenimiento de la ciudad; qué los templos, los canales; qué la conservación de la ingente red viaria. Onza a onza conoces el precio, peso y aleación de cualquier metal que, al surgir del fuego, transforma en imagen a los dioses, y al emperador en imagen, en moneda romana. El hombre del que se habla aquí soy yo —afirmó sonriente Claudio Regino, y verdaderamente resultaba un tanto cómico comparar a aquel hombre desaliñado, escéptico y carente de toda presunción, con los excelsos versos que se le habían dedicado.

El gran chambelán Crispín recorría la pequeña estancia con paso nervioso. El joven y elegante egipcio se había vestido con extremo cuidado a pesar de lo temprano de la hora. Sin duda había dedicado mucho

tiempo a su arreglo: como de costumbre, olía a esencias como si se dispusiera a acompañar el cortejo fúnebre de un patricio. Los sosegados y vigilantes ojos del ministro de policía Norban lo seguían con evidente desaprobación. No le gustaba ese joven pisaverde, sentía que se mofaba de su propia grosería. Pero Crispín era una de las pocas personas contra las que Norban nada podía. Cierto que el ministro de policía conocía muchos detalles oscuros de las finanzas del derrochador Crispín. Pero el emperador sentía una inexplicable debilidad por el joven egipcio. Veía en él, ducho en todos los refinados vicios de su Alejandría, el espejo de la elegancia y del buen tono. Pues Domiciano, el defensor de la más pura tradición romana, despreciaba aquellas artes, pero Domiciano el hombre experimentaba un gran interés por ellas.

Crispín exclamó sin detenerse:

—Seguramente se tratará de nuevas leyes sobre moralidad, más estrictas. DDD no cejará hasta convertir nuestra Roma en una gigantesca Esparta.

Nadie le respondió. ¿De qué servía rumiar las cosas cien veces?

—También cabe pensar —opinó Marullo con un matinal bostezo— que nos ha convocado a causa de algún rodaballo o de una langosta.

Se refería a aquella malvada broma que el emperador se había permitido no hacía mucho, cuando, en medio de la noche, ordenó a sus ministros acudir a toda prisa a Albano para preguntarles cómo debía prepararse un rodaballo enorme que le acababan de regalar.

Los ojos del omnisciente Norban, en cuyos informes figuraban con todo lujo de detalles los actos y afirmaciones de todos y cada uno de ellos, aún seguían al irritado Crispín; eran unos ojos castaños, hasta su blanco estaba teñido de castaño, y su atenta y serena expresión recordaba los ojos de un can al acecho.

—¿Habéis descubierto algo nuevo sobre mí? —acabó por preguntarle el egipcio irritado por su mirada.

—Sí —le replicó escueto Norban—. Vuestro amigo Metio ha muerto.

Crispín se detuvo de pronto y volvió el fino, esbelto y vicioso rostro hacia Norban; en él se mezclaban la esperanza, la alegría y la preocupación. El viejo Metio era un hombre muy rico; Crispín lo había acosado hábilmente alternando las muestras de afecto y las amenazas, y el anciano terminó por acceder a dejarle una suma muy considerable en su testamento.

—Vuestra amistad no parece haberle sentado muy bien, querido Crispín —dijo el ministro de policía; todos seguían ahora su conversación—. Metio se ha abierto las venas. Por cierto, poco antes legó toda su fortuna —Norban subrayó expresamente la palabra «toda»— a nuestro querido amo y dios Domiciano.

Crispín logró mantenerse sereno.

—Siempre nos traéis buenas nuevas, querido Norban —replicó cortés.

Si aquella enorme fortuna no le correspondía a él, que recayese en el emperador, a él se lo concedía. A pesar de su retorcimiento, los cinco hombres reunidos en la pequeña sala sentían un sincero afecto por Domiciano. Pese a sus siniestros caprichos DDD fascinaba a las masas y a todos los que se le acercaban.

Claudio Regino había escuchado aquello haciendo visajes. Ahora volvió a relajarse y se recostó, desaliñado y soñoliento, en un sillón.

—Ellos lo tienen fácil —le dijo a Junio Marullo a media voz volviendo la cabeza hacia los otros tres—, son jóvenes. Vos, en cambio, Marullo, y yo, hemos logrado algo que ninguno de los amigos del emperador ha conseguido: los dos hemos superado los cincuenta.

Entre tanto, Norban había acorralado a Crispín en un rincón. A su manera, serena pero levemente amenazadora, amortiguando la pastosa voz de forma que los demás no pudieran oírle, le espetó:

—Tengo otra buena noticia para vos. Las vestales asistirán a los Juegos Palatinos. Podréis ver a vuestra Cornelia, querido Crispín.

El rostro cetrino de Crispín casi se desencajó por la sorpresa. En un par de ocasiones había expresado con cierta osadía los deseos que le inspiraba la vestal Cornelia, pero sólo ante sus íntimos, pues el emperador se tomaba muy en serio el sacerdocio y no toleraba el más leve comentario irreverente sobre sus vestales. Crispín recordaba exactamente lo que había osado decir: que aunque Cornelia se hubiera cosido a la piel aquel vestido blanco la haría suya. ¿Por qué endiablados vericuetos había llegado aquello a oídos del maldito Norban?

Finalmente los consejeros fueron conducidos al gabinete interior.

El emperador estaba sentado en una silla con alzas delante de su escritorio, rígido y primorosamente engalanado con la túnica mayestática reservada para él, y llevaba puestos los incómodos zapatos de gruesas suelas, si bien la mesa ocultaba sus pies. Le agradaba ser en todo un dios, y se limitó a replicar con un altivo y hierático asentimiento al ceremonioso y humilde saludo que le dedicaron los consejeros.

La objetividad con que condujo la reunión resultó por ello más chocante. Aunque transido del sentimiento de su carácter divino, juzgaba con un humano sentido común los motivos y argumentos que le

exponían aquellos señores.

Para empezar trataron el proyecto de ley según el cual debía encomendarse para siempre al emperador el control supremo de la moralidad y el Senado limitando a lo puramente formal los derechos de la corporación corregente, con lo cual harían realidad el principio de la monarquía absoluta. Desarrollaron hasta en sus más nimios detalles estilísticos los argumentos en que basarían su proyecto. A continuación estudiaron el modo de armonizar el presupuesto de guerra con el aprobado para tiempos de paz. Por una parte, debía asignarse una suma bastante elevada al constructor Frontín para proseguir con el muro que les protegía del avance de los bárbaros germanos, y por otra era necesario conceder importantes primas y bonificaciones a los contingentes que partían hacia el frente. Pero tampoco podían detener sin más las ambiciosas obras iniciadas en la ciudad y en las provincias, so pena de mermar el prestigio del emperador. ¿En qué podían ahorrar? ¿Y dónde, en qué partidas podían elevar aún más los impuestos sin abrumar excesivamente a sus súbditos? A continuación debatieron qué medidas debían adoptar contra las provincias cuyo dominio no era tan firme, qué privilegios debían concederles o arrebatarles. Después comentaron con mayor pro[fusión en[1]] qué medida podían atemperarse los preceptos que limitaban el cultivo de la vid en favor del cereal; no deseaban que dicha reforma, tan necesaria, resultase demasiado impopular. Finalmente, se demoraron al llegar a las proyectadas leyes de moralidad: preceptos que regulaban la creciente emancipación de las mujeres, preceptos que limitaban el lujo en el vestir, decretos que debían favorecer un mayor control de los espectáculos. Una vez más, los consejeros hubieron de reconocer que no era la hipocresía lo que llevaba a Domiciano a alabar su misión sacerdotal, que lo impelía a recuperar por todos los medios a su alcance las virtudes y las tradiciones de la vieja Roma. Por esclavo que fuera de sus propios deseos irrefrenables, estaba profundamente convencido de su misión, que consistía en reconducir a su pueblo a la moralidad y a los orígenes religiosos de sus ancestros. «La virtud y el poder romano son lo mismo, lo uno no subsiste sin lo otro: una moral estricta es la base del Imperio». Allí estaba, explicándolo, una estatua parlante rígida e imperial de la que emanaba la profunda convicción de su misión, y, aunque no era la primera vez que los congregados asistían al espectáculo del dios Domiciano revelándose, aquella obsesión se les antojó levemente siniestra.

Pero, a excepción de esta última, el resto de las cuestiones fueron consideradas con la objetividad y eficacia que caracterizaban el proceder del emperador, sin resentimiento alguno contra nadie. Domiciano había sabido fundirse con sus consejeros hasta formar un solo organismo que pensaba con un único cerebro. Fue una larga sesión, todos ansiaban relajarse, pero el emperador no se concedió un respiro ni a sí mismo ni a sus asesores.

Y, tras despedir a los agotados señores, conservó a Norban a su lado. Sin duda haría bien en reposar un poco. Aún le aguardaba una agotadora comida en familia —Aelio, gran conocedor de los hombres, no se había equivocado: el emperador deseaba recibir a Lucía en el círculo familiar— y después el ansiado y temido encuentro con ella. Era precisamente por ese encuentro por lo que Domiciano deseaba hablar con su ministro de policía, el único que podía proporcionarle material —material contra Lucía— que tal vez le resultara útil en dicha conversación. Pero Norban tampoco se explayó entonces, y el emperador no osó formular la pregunta. Aguardó a que su consejero mencionara el asunto por sí mismo; era una bajeza que no informase a su emperador, incluso sin ser preguntado. Pero Norban era testarudo, y no habló.

El emperador renunció con un suspiro a saber algo de Lucía de sus labios. Pero, ya que lo tenía ante él, se decidió a preguntarle al menos por Julia. Su relación con su sobrina Julia era ambigua y cambiante. Tito, su hermano, le ofreció en su día a su hija por esposa; pero Domiciano, que entonces no pensaba más que en ser corregente, no se contentó con eso. Sin embargo, después, en parte por el odio que le inspiraba su hermano, en parte porque la hermosa lasitud y la blanda opulencia de Julia lo atraía, la poseyó por medio de argucias y violencia. Y cuando Tito casó a Julia con el primo Sabino, sí, precisamente por ello, prosiguió con aquella escandalosa relación. Ahora Tito estaba muerto y Domiciano no tenía ningún motivo para irritarlo, pero entre tanto había llegado a habituarse a la rubia, blanca y perezosa Julia. Ella lo amaba, era indudable, y él se refugiaba en ese amor cuando lo reconcomía el resentimiento por el inapelable orgullo de Lucía. Su inclinación hacia Julia dependía de cómo lo tratase Lucía.

Julia estaba embarazada. Hacía tiempo que él le había prohibido acostarse con su esposo, Sabino. Ella juraba que el niño era suyo, no de Sabino, y el hombre Domiciano gustaba de creerlo, no así el desconfiado emperador Domiciano. O tal vez el emperador Domiciano llegase a creérselo, pues nadie era capaz de engañarlo a él, al dios, pero el hombre Domiciano era desconfiado. No se avergonzó de exponer sus dudas ante Norban. Lucía le había dado un hijo, que falleció a los dos años de edad, y el médico Valens no confiaba en absoluto en que pudiera volver a darle descendencia. Sería magnífico que Julia tuviese un niño. Pero ¿quién podría decirle si el fruto que llevaba en su seno era realmente suyo? Jamás llegaría a estar

completamente seguro, pues, aunque el niño tuviera rasgos flavios de cualquier tipo podían proceder de ella, de él, o de Sabino. ¿Quién disiparía sus dudas?

Norban se había entregado en cuerpo y alma al servicio de su amo, y también sentía un sincero afecto por él. Le habría alegrado enormemente que Domiciano tuviese un hijo al que poder confiar el trono.

—Tengo gente de confianza en la casa del príncipe Sabino —le explicó—, personas observadoras. No por parte de la princesa Julia, sino del príncipe Sabino. Me dicen con toda seguridad que ambos viven como primo y prima, no como esposos.

El emperador dirigió sus turbios y rígidos ojos, un tanto saltones, hacia Norban.

—Deseas consolar al amo y dios Domiciano —le replicó— porque eres amigo del hombre Domiciano.

Norban se encogió de hombros y dijo:

—No hago más que referiros lo que me han dicho personas de toda confianza.

—En cualquier caso, su mera existencia resulta irritante —opinó Domiciano— Sabino, ese altivo botarate. Es tonto por naturaleza. Que se haya vuelto tan altanero se lo debemos a Tito. Te lo aseguro, Norban, con todo su empuje, mi hermano Tito no pasaba de ser un sentimental. Mimó a Sabino por pura debilidad hacia la familia. Fue una estupidez darle a Julia por esposa.

—No me corresponde a mí —le replicó Norban— criticar al dios Tito.

—Puedes creerme —replicó impaciente el emperador—: el dios Tito hizo muchas tonterías. El orgullo de ese Sabino es verdaderamente intolerable. Raya casi en la alta traición.

—Se mantiene escrupulosamente alejado de toda actividad política —le espetó, casi lamentándolo, el ministro de policía.

—Eso es lo malo —repuso Domiciano—. Y en cambio se las da de mecenas de toda clase de intelectuales esnobs, naturalmente de la oposición.

—¿Es eso alta traición? —meditó Norban—. Creo que no basta.

—Hizo que sus criados vistiesen la librea blanca reservada al servicio del emperador —prosiguió Domiciano.

—No es bastante —insistió Norban—. Dejaron de usarla en cuanto se lo ordenasteis. No, todo eso no basta —concluyó—. Confiad en vuestro Norban, amo y dios —le dijo—. El príncipe Sabino está hecho de tal pasta que seguro que podremos buscarle las cosquillas. Y en cuanto ocurra, tal vez a vuestro regreso de la campaña, mi amo y dios, os lo comunicaré de inmediato.

Esa noche el emperador cenó primero solo, deprisa y en abundancia, pues quería saciarse para no distraerse en la mesa y poder observar atentamente a sus invitados. Éstos acudieron a la pequeña, íntima y ceremoniosa sala de Minerva. Se trataba de Lucía, los dos primos del emperador —Sabino y Clemente— con sus esposas Julia y Domitila, y los dos gemelos hijos de Clemente.

Los guardias depusieron las lanzas con un tintineo y Domiciano entró en la sala. De pronto divisó a Lucía. Su arrogante y luminoso rostro lo saludó con una sonrisa ligeramente burlona. ¡Ay, no! La estancia en la yerma isla no la había amansado, no había cambiado nada. Se alegraba de que no estuvieran a solas.

Se dirigió hacia ella con esos andares penosos y envarados de siempre y la besó como, de acuerdo con el protocolo, debía besar a todos los presentes. Se contentó con un beso breve y formal, sus labios apenas rozaron sus mejillas. Pero ella percibió bajo su toga de gala el latido desbocado de su corazón. Él habría sido capaz de renunciar a una provincia entera por saber si se había acostado con otro en la isla. ¿Por qué no se lo había preguntado a Norban? ¿Acaso temía la respuesta?

Sintió un deseo salvaje y apenas refrenable de ver la cicatriz bajo su pecho izquierdo y acariciarla suavemente. En verdad es un gran gobernante, un verdadero romano, pues consigue dominarse y volverse hacia los demás con rostro sereno mientras experimenta ese anhelo indecible.

De modo que abraza a su primo Sabino y lo besa, tal como prescribe la costumbre. Un tipo repelente ese Sabino, tan necio como engreído. Pero Domiciano confía en su ministro de policía. Llegará el día en que no tendrá que sentir la piel de Sabino junto a la suya.

A continuación se volvió hacia Julia. Nada denotaba aún su estado, pero todos estaban al tanto. Seguramente Lucía, también ella, se preguntaría si el niño era de Varriguita o del estúpido de Sabino. El rostro del emperador se tornó carmesí al encaminarse hacia Julia con los brazos a la espalda formando un ángulo, metiendo la barriga; pero eso no tenía importancia, se sonrojaba fácilmente y por cualquier motivo. Los ojos de Julia de un azul grisáceo lo miraron abiertamente, escrutándolo. En esos últimos meses no se había mostrado particularmente caprichoso, pero, como era razonable, preveía que todo cambiaría en cuanto regresase junto a Lucía. Allí estaba, pues, una auténtica flavia, llenando la estancia. Su existencia no

podía negarse. ¿Pero no resultaba ligeramente vulgar comparada con Lucía? Domiciano la besó, y su blanca y fina piel, que tanto le agradara unos días antes, le pareció falta de encanto.

Después saludó con un beso y un abrazo a su primo menor, Clemente, el dulce y perezoso Clemente —como le gustaba llamarlo—, pues nunca se había interesado por la política, carecía de ambición, y la afable lasitud que revelaba todo su ser irritaba enormemente al emperador, que se tenía por garante de la esencia romana. Clemente pasaba la mayor parte del tiempo en el campo con su esposa Domitila y sus hijos gemelos. Allí practicaba la ridícula doctrina pietista de una secta judía, los llamados mineos o cristianos, que todo lo esperaban del más allá, ya que no parecían apreciar excesivamente la vida terrenal. A Domiciano esa doctrina se le antojaba repugnante, blandengue, afeminada, necia, de todo punto indigna de un romano. No, ¡por Hércules!, tampoco le gustaba su primo Clemente, quien, sin embargo, le aventajaba en una cosa, había algo que Domiciano le envidiaba: los gemelos de cuatro años Constancio y Petronio, los cachorrillos o leoncitos, como Domiciano solía llamar a aquellos chicos ágiles, blandos y fuertes. La dinastía debía sobrevivir, ése era su mayor deseo. Ni Sabino ni Clemente estaban hechos para el trono, y aún no se sabía qué ocurriría con el vástago de Julia, de modo que por el momento los gemelos eran los únicos con los que contaba Domiciano, y en su fuero interno acariciaba la idea de adoptarlos. Sólo por ellos aceptaba la presencia de su primo Clemente. Éste, que —dicho sea de paso— le correspondía en su aversión, se dejó besar y abrazar con evidente disgusto.

Su esposa, en cambio, Domitila, a quien saludó en último lugar, provocaba y regocijaba al emperador. Hija de su hermana, que falleció tempranamente, también ella mostraba ciertos rasgos típicamente flavios: cabellos rubios y un poderoso mentón. Pero era muy delgada, delgada en todos los sentidos, y también parca en palabras. Sin embargo, sus claros ojos eran muy elocuentes, incluso fanáticos. Para designar a Domiciano no usaba más que el desdeñoso epíteto de «ése» —incluso «Varriguita» era demasiado benévolo a sus ojos—, y el emperador no necesitaba a Norban para saber que Domitila veía en él a la encarnación de la maldad. Sin duda era ella quien imbuía en su débil marido aquella pasiva hostilidad, la frágil y callada dulzura de su resistencia. Sin duda era ella quien lo impelía a adherirse a aquella sospechosa secta judía. Al besarla, Domiciano la abrazó más estrechamente que al resto. No le importaba, pero quiso ir más allá del beso ceremonial, abrazando a la remisa cordial y largamente sólo para irritarla.

Durante la cena, se mostró alegre y locuaz, si bien no dejó de mofarse, como era su costumbre, de sus primos Sabino y Clemente, y de Domitila. Pero no se tomó a mal que Lucía lo ofendiese alabando su moderación, y reconociese admirada que su barriga sólo había aumentado un poquito. También expresó su preocupación por Julia, recomendándole que se cuidase dado su estado y comiese de ciertas viandas absteniéndose de otras. Pero, sobre todo, bromeó con los gemelos. Dulcemente les acarició el claro y blando cabello llamándolos «mis cachorrillos». Los príncipes se dejaban querer; aparentemente correspondían al afecto que les mostraba su tío.

—El pueblo, los soldados y los niños me quieren —constató satisfecho el emperador—. Todos los que conservan sanos sus instintos me aman.

—¿Acaso tengo yo los instintos corrompidos? —le replicó Lucía. Y Julia, afable y serena, inquirió:

—¿Significa eso que no amas a nuestro dios Domiciano, querida Lucía, o que lo amas a pesar de tus corruptos instintos?

Al terminar la comida y despedir a los comensales Domiciano se sintió con ánimos para enfrentarse a la ansiada entrevista con Lucía. A pesar de todo, cuando se quedaron a solas no supo cómo empezar. Lucía se dio cuenta, y una sonrisa cubrió su rostro. De modo que fue ella la que inició la conversación conduciéndola por los derroteros que más le convenían.

—En realidad —dijo—, debo agradecerte que me condenaras al exilio. Cuando supe que ni siquiera me enviabas a Sicilia, sino a la yerma Pandataria, me ofendí, debo reconocerlo, y temí que mi estancia fuera terriblemente aburrida. Pero, en cambio, la isla ha resultado ser toda una experiencia que no me habría gustado perderme. Condenada a tratar con una docena de proscritos y con la población proletaria indígena, descubrí que una isla tan desolada como ésa favorece mucho más la vida interior de sus moradores que el Albano, por ejemplo, o el Palatino.

De todos modos, se dijo Domiciano con acritud, le preguntaré a Norban si tuvo alguna relación y con quién.

—Cuando accediste —continuó Lucía— a llamarme, casi lo lamenté. Y eso que no voy a negar que ahora, tras la yerma Pandataria, el Albano me resulta aún más divertido.

—Debería haber aplicado más estrictamente las leyes sobre adulterio —opinó Domiciano sonrojándose —. Debí haberme deshecho de ti, Lucía.

—Eres bastante inconsecuente, mi amo y dios —le replicó Lucía sin deponer su sonrisa—. Primero me

haces llamar, y después me endilgas semejante grosería. ¿No te parece un tanto primitivo proponer siempre soluciones tan sangrientas?

Se le acercó aún más, era mayor que él, y le acarició el cabello cada vez más ralo.

—Un signo de mal gusto, Varriguita —dijo—, nada propio de un hombre de casta. Por otra parte, no temo a la muerte. Creía que ya lo sabías. Si tuviera que morir ahora no me parecería un alto precio por todo lo que la vida me ha dado.

Había sabido sacar provecho de la vida, Domiciano debía admitirlo. Y era cierto que no temía a la muerte, él mismo había hecho la prueba. Y también le creía que hubiera sido capaz de disfrutar de su exilio. No, no había forma de domeñarla, no sabía imponerse. El arrojo con que defendía su proceder no dejaba de escandalizarlo, pero siempre terminaba sometiéndose a él.

Trató de mostrarse firme. No era irreemplazable, eso había quedado claro en su ausencia. ¿Acaso no se había convertido Julia en algo más que una amante? ¿No esperaba un hijo de Julia? ¿Y no había aprovechado también él su ausencia?

—Yo tampoco he perdido el tiempo, Lucía —le espetó socarrón—. Roma es ahora más grande, más poderosa, más fuerte y más virtuosa.

Lucía se limitó a reír.

—¡No te rías, Lucía! —exclamó Domiciano, y aquello sonó como un ruego y una orden—. Así es.

Y ablandándose, casi suplicante:

—También lo he hecho por ti, lo he hecho sólo por ti, Lucía.

Lucía permanecía en silencio, observándolo. Era capaz de descubrir sus rasgos más ruines y ridículos, pero también veía su fuerza y sus dotes de mando. Una cosa estaba clara: alguien que reuniera un poder tan inmenso como ese Domiciano tenía que ser un gran hombre para no perder la cabeza. No se le podía exigir que fuese razonable. Ella no lo hacía. De cuando en cuando incluso lo amaba por su locura, veía hablar y actuar en él al dios. Lo despreciaba por no ser capaz de matarla; sin embargo, durante su exilio a menudo lo había añorado. Lo observaba pensativa, con los ojos turbios: sentía deseos de acostarse con él. Pero no le cabía ninguna duda de que antes debía sonsacarle lo que se había propuesto. Después, una vez que la haya poseído de nuevo, será demasiado tarde y tendrá que pelearse con él durante años. Había meditado bien lo que quería pedirle, y el astuto Claudio Regino le había dado la razón.

—Deberías concederme por fin el monopolio de los tejares —dijo, por tanto, en lugar de responderle. Lo había amedrentado.

—Yo os hablo de Roma y de amor, y tú me pides dinero —se lamentó.

—Durante mi exilio —repuso ella— he aprendido lo importante que es el dinero. Incluso en una isla desierta me habría ahorrado muchas incomodidades, a mí y a los demás. Fue muy poco cortés por tu parte regular mis gastos. ¿Me cederás el monopolio o no, Varriguita? —dijo.

Él sólo pensaba en la cicatriz bajo su seno, henchido de rabia y deseo.

—¡Calla! —le ordenó.

—No tengo la menor intención de hacerlo —insistió ella—. Vamos a zanjarlo de una vez. Y no irás a ninguna parte antes de darme un sí rotundo. No pienses ni por un instante que has acabado conmigo enviándome a Pandataria. Sin duda creíste que no haría más que pensar en el terrible destino de Octavia o en el de la Julia de Augusto.

Él se sonrojó: precisamente ésa había sido su intención.

—Esta vez te has equivocado de plano. Y, aunque me enviases allí de nuevo, no cambiaré, y así como Julia constituye para mí un recuerdo placentero, la próxima proscrita pensará en mí con más envidia que terror.

Eran insinuaciones que le demostraban sin lugar a dudas su impotencia ante aquella mujer. Buscó una respuesta. Antes de que encontrara alguna, ella le reiteró su exigencia e, inflexible, le espetó:

—¿Crees que eres el único que necesita oropeles? Si quieres construir más alto que los que te precedieron yo también quiero beneficiarme de ello. ¿Me darás el monopolio?

Tuvo que concedérselo, y aquella noche no lo lamentó ni un solo instante.

Las determinaciones que el consejo del emperador había dado por buenas debían ser aprobadas por el Senado para convertirse en leyes. De modo que se elaboraron cuatro proyectos de ley y, pocos días después de la reunión del consejo, se convocó al Senado para debatirlos.

Allí estaban, pues, los padres convocados, adormilados en la blanca, enorme e imponente sala del Templo de la Paz. Era muy temprano; la sesión debía comenzar puntualmente a la salida del sol, pues el

Senado sólo podía reunirse entre la salida y la puesta de sol y, si querían debatir y aprobar los cuatro decretos, debían aprovechar el tiempo.

Era un día gélido, los braseros no llegaban a caldear las amplias salas. Los senadores estaban dispersos, envueltos en sus mantos púrpura y sus vestidos orlados bajo la temblorosa luz de innumerables candelabros y braseros, charlando, tosiendo, ateridos; saltando para calentarse los pies enfundados en sus altos, incómodos y lujosísimos zapatos, tratando de calentarse las manos con el contenido de los recipientes que llevaban en las mangas de sus túnicas de gala.

Casi todos consideraban una humillación infernal tener que someterse a aquellas incomodidades para aprobar a bombo y platillo leyes que los despojaban de sus derechos y los dejaban a merced de Domiciano, el insolente biznieto de un funcionario de segunda. Pero ni los más valientes habrían osado ausentarse.

Aquí y allá se escuchaban —con sordina— voces irritadas.

—¡Esto es una vergüenza, un insulto! —estalló de pronto el senador Helvid, y aquel hombre alto, enjuto, apergaminado, parecía decidido a abandonar la sala. Publio Cornelio lo retuvo a duras penas.

—Entiendo perfectamente, querido Helvid —le dijo aferrándose a su manga— que no queráis mezclaros con un Senado como éste. Todos nosotros preferiríamos arrancarnos la banda púrpura antes que someternos a este emperador. Pero ¿qué conseguiríais con una salida airada? El emperador lo consideraría una insolencia y, tarde o temprano, os lo haría pagar caro. Esta vida agazapada, de sobresaltos, que vivimos, no es vida; cuántos de nosotros no preferiríamos un final brillante, espectacular. Pero no tiene sentido que muramos ostentosamente cual mártires. Sed razonable, querido Helvid. Es de suma importancia que los que aman la libertad sobrevivan a estos tiempos. Es importante que vivan, aunque sea una vida miserable.

Cornelio era mucho más joven que Helvid —era uno de los senadores más jóvenes—, pero gruesas y sombrías arrugas surcaban ya su rostro a pesar de su juventud. En lugar de convencerme él a mí, pensó mientras conducía suavemente a Helvid de regreso a su escaño, soy yo quien ha de aplacarlo. Desde luego, yo lo tengo más fácil que él. Mi deber es consignar lo que ocurre bajo el tirano. Si no me lo repitiese de continuo no podría soportar esta vida.

Por fin, pocos minutos antes de la salida del sol, llegó Domiciano. Las puertas del edificio se abrieron de par en par para subrayar el carácter público de la reunión, y el pueblo entero pudo ver al emperador alardeando en su elevado sitial. Brillaba con reflejos púrpura y dorados, decidido a no deponer esa actitud hasta el final de la reunión. Deseaba que los cuatro decretos que debían debatirse aquel día, sus decretos, se dirimiesen y aprobasen con toda pompa.

El más importante de ellos, el que atribuía al emperador el cargo de censor vitalicio, que le permitiría excluir a cualquier miembro del Senado de dicha corporación, era el tercero en el orden del día. La defensa del proyecto de ley corría a cargo del senador Junio Marullo, cuyo nombre recibiría la ley. El anciano y elegante caballero tenía un buen día y se sentía fresco. Él, que se había procurado con pasión tantas raras sensaciones, disfrutaba haciendo pagar a sus puritanos colegas el desdén y las burlas que en su día le dedicaran al «frívolo y refinado vividor». Envarados y llenos de rencor, los senadores conservadores de la facción republicana tuvieron que escuchar cómo su colega Marullo, el célebre procurador, aducía con aparente frialdad que la estabilidad de la conducción del Estado obligaba al Senado a asignar al emperador la censura vitalicia, y que la pervivencia misma del Imperio se vería amenazada si no se encomendaba ese mecanismo de control al amo y dios Domiciano.

El senador Prisco lo escuchaba con las manos ocultas en las mangas de su túnica de gala. Observaba al elocuente Marullo con los ojillos hundidos, la redonda y calva cabeza enhiesta. ¡Ah, qué bien hablaba ese Marullo! Hablaba magistralmente en favor de una causa altamente ruin. Retórico ferviente y experimentado, habría dado cualquier cosa por poder replicarle; no le habría faltado materia, y de la mejor, y lo habría expresado magistralmente. Pero mientras reinase el emperador Domiciano estaba condenado a callar. Su único y flaco consuelo era que, tras la sesión, regresaría a su casa y consignaría sus ideas por escrito. Más adelante, cuando se presentase la ocasión, se lo leería cauteloso y en un susurro a un círculo de íntimos y, si la cosa iba bien, incluso le haría llegar su manuscrito al insolente Marullo. Triste consuelo.

Al senador Helvid, hijo de aquel Helvid que el padre del emperador había ordenado ejecutar, le crujían los dientes, y se mordía los labios al escuchar las ruines y elegantes frases de Marullo. Finalmente, no fue capaz de dominarse. Olvidó las advertencias de Cornelio, y aquel hombre alto, enjuto y apergaminado se levantó y se dirigió a Marullo con una voz poderosa:

—¡Qué insolencia, burdas mentiras!

Marullo se interrumpió y dirigió los claros ojos azul grisáceo hacia el espontáneo; sí, incluso se llevó la esmeralda al ojo para verlo mejor. El emperador volvió la cabeza lentamente hacia Helvid, sonrojándose. Pero éste fue arrastrado de nuevo por Cornelio hasta su escaño, y allí permaneció sin decir nada más.

Al concluir Marullo se procedió a debatir el proyecto. El cónsul en funciones llamó a cada uno de los senadores por orden de edad y les preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión?

Muchos habrían querido responder: Esta ley será la ruina del Imperio y del mundo. Pero ninguno llegó a formularlo. Por el contrario, todos afirmaron obedientes:

—Convengo con Junio Marullo —y, a lo sumo, el tono de su voz delataba en algún caso vergüenza, amargura o estupor.

Durante la pausa que siguió al refrendo de este tercer decreto Helvid se lamentó ante Cornelio:

—Si a nuestros antepasados les fue dado disfrutar durante un tiempo del máximo grado de libertad posible, nosotros padecemos ahora el máximo grado de esclavitud imaginable.

Durante el debate en torno al cuarto proyecto, el último, que concernía a la nueva ley, más estricta, de moralidad, el emperador tomó la palabra. Cuando se trataba de la decencia y la tradición se sentía impelido a hablar. Y sin duda encontró frases dignas, poderosas, muy romanas para proclamar una vez más su convicción de los íntimos vínculos que unían poder y moralidad. La moralidad, explicó, era la base del Estado; el comportamiento de un hombre determinaba su inclinación y, si se mejoraba su comportamiento, si se le obligaba a actuar dignamente, virtuosamente, se enaltecían con ello su alma y su carácter. Decencia y moralidad serían las premisas de cualquier orden estatal, y la disciplina del ciudadano el fundamento del Imperio. Incluso los senadores de la oposición tuvieron que admitir que el descendiente del funcionario de segunda era capaz de expresarse con una dignidad verdaderamente regia.

A lo largo de los muros de la amplia sala circular se alineaban, con gesto adusto, las efigies de los grandes poetas y pensadores, entre los que destacaba el busto del escritor Flavio Josefo, el judío, que el emperador Tito había ordenado erigir. Levemente girada sobre el hombro, alta y altiva, enjuta, con un brillo extraño, sin ojos y llena de sabia curiosidad, la cabeza de Josefo presenciaba aquella sesión.

Finalmente se debatió y aprobó también el último proyecto de ley, y el cónsul en funciones pudo clausurar la sesión con la fórmula: «No os retendré por más tiempo, Padres Convocados».

Diez días después, como era preceptivo, se aportaron al Archivo estatal las cuatro tablillas de cobre con el texto de las cuatro nuevas leyes, con lo que obtuvieron plena validez. A partir de ese día, el *Imperator Cesar Domitianus Augustus Germanicus* disfrutaba del privilegio de poder expulsar a cualquier miembro del Senado de dicha corporación.

En la indigna casa de Josef apareció un día, para sorpresa de sus vecinos, un correo imperial. Entregó a Josef una invitación para presentarse al día siguiente en el Palatino.

Josef estaba más sorprendido que asustado. En los últimos años el emperador no había intercambiado con él más que un par de palabras en una o dos ocasiones, nunca más. Le llamaba la atención que ahora, poco antes de su partida, en medio del trasiego de los numerosos asuntos que reclamaban su atención, lo llamase a su presencia. ¿Acaso esa invitación o, mejor aún, ese emplazamiento guardaba relación con lo que ocurría en Judea? De camino hacia el Palatino Josef trató de ahuyentar sus temores. Dios no permitiría que le ocurriera nada antes de concluir su gran obra, la *Historia Universal*.

Cuando Josef fue conducido a su presencia, Domiciano lucía la túnica púrpura sobre la coraza; tras la entrevista con el judío debía recibir a una delegación de senadores y generales. De modo que allí estaba, apoyado en una columna; el bastón de mando, símbolo de su poder, permanecía junto a él sobre una mesita. La sala no era espaciosa, lo que subrayaba su imponente figura. Josef recordaba muy bien a Domiciano de la época en que era un don nadie, un inútil, cuando su hermano Tito lo llamaba «Frutito». Pero, a su pesar, vio fundirse al hombre con la efigie de uno de los muchos bustos que lo rodeaban; había dejado de ser el «Frutito»: ahora era Roma.

El emperador se mostró muy cordial.

—¡Acercaos, querido Josefo! —le espetó—. ¡Acercaos más! ¡Venid!

Lo observaba con sus grandes ojos miopes.

—Hace tiempo que no se oye nada de vos, querido Josefo —dijo—. Os habéis convertido en un hombre de paz. ¿Habéis permanecido en Roma todo este tiempo? ¿Os dedicáis en exclusiva a vuestra literatura? ¿En qué estáis trabajando ahora? ¿Seguís con la historia de nuestra época?

Y, sin darle tiempo a responder, le preguntó esbozando una leve y maliciosa sonrisa:

—¿Habéis pensado ya en describir qué efecto tendrán mis medidas en vuestra Judea?

Tras esa parrafada el emperador aguardó su respuesta con la boca ligeramente entreabierta, tal como se le representaba en la mayoría de las estatuas. Sereno y pensativo, Josef lo miró de frente. Sabía cuánto

habían despreciado a aquel hombre su padre y su hermano, y Domiciano sabía que él lo sabía. Había heredado el firme y agudo mentón de Vespasiano. De joven había sido más apuesto que el padre y el hermano, pero ahora, si se fijaba uno bien, se parecía muy poco a sus estatuas. Si se le despojaba de los atributos del poder, si se lo imaginaba uno sin ese poder, como un hombre desnudo, ¿qué quedaba? Sin el respaldo de Roma, de esa Roma inmensa y poderosa, no era más que un hombre de mediana edad con la boca abultada, piernas delgadas, vientre incipiente y una calvicie prematura. Era Varriguita. Y, a pesar de todo, también era el *Imperator Domitianus Germanicus,* y su coraza, la púrpura y el bastón sólo cobraban vida gracias a él.

—Estoy escribiendo una historia detallada de mi pueblo —replicó Josef sereno y cortés. Cada vez que se cruzaba con el emperador éste le dirigía la misma pregunta, y él le replicaba lo mismo.

—¿Del pueblo judío? —preguntó precavido y con cierta malicia Domiciano, hiriéndolo más de lo que se figuraba. Y de nuevo, antes de que Josef pudiera replicarle, prosiguió—: Es posible que los últimos acontecimientos repercutan de algún modo en vuestra Judea. ¿No creéis?

—El emperador Domiciano conoce esos sucesos mucho mejor que yo —repuso Josef.

—Los hechos tal vez, pero no a sus protagonistas —replicó el emperador jugando con el bastón—. Sois un pueblo difícil, y no hay ni un romano que pueda jactarse de conoceros cabalmente. Mi gobernador Pompeyo Longino, que es un buen hombre y no mal psicólogo, me informa de lo que allí ocurre con regularidad y a conciencia. A pesar de ello… admitidlo, mi judío, vos sabéis más que él y conocéis mejor lo que está ocurriendo ahora en Judea.

A pesar de su firmeza, un ligero temor asaltó a Josef.

—Sí, no es fácil entender a Judea —se limitó a replicarle, circunspecto.

Domiciano le dedicó entonces una sonrisa tan franca y maliciosa que no pudo ignorarla.

—¿Por qué sois tan reservado con vuestro emperador, querido Josefo? —le preguntó—. Por lo que sé, estáis al tanto de ciertos procesos que atañen a mi provincia de Judea de los que mi gobernador nada sabe. Si no, difícilmente habríais redactado cierta misiva. ¿Debo recordaros de qué misiva se trata? ¿Queréis que os cite algún párrafo?

—Si conocéis la carta, Majestad —respondió Josef—, sabréis también que no hace más que recomendar prudencia. Recomendar prudencia a gentes dispuestas a olvidar toda cautela es algo que redunda, creo yo, en interés del Imperio y de su emperador.

—Es posible —dijo el emperador con aire soñador sin deponer su bastón—, pero también es posible que no. En cualquier caso, vos —y al decir esto sus gruesos labios se contrajeron, pérfidos— parecéis considerar que ha llegado el momento de que alguien se alce y encomiende a los judíos a otro Mesías de la casa Flavia. ¿Es que no os parece suficientemente consolidada la estirpe Flavia?

La voluminosa cara carmesí del emperador mostraba ahora una expresión abiertamente hostil.

Josef se sonrojó al escuchar esto. De modo que Domiciano daba por supuesto que ese remoto episodio, cuando Josef saludó a Vespasiano como al Mesías en aquella hora decisiva, era un embuste de cabo a rabo. Pero no debe pensar en ello ahora, en este momento hay asuntos más urgentes.

—Creemos actuar en interés del emperador y del Imperio —le explicó de nuevo, tenaz y escurridizo.

—¿Y posiblemente también en interés de vuestros judíos, mi judío, y en el vuestro? —inquirió Domiciano—. ¿O no? De otro modo os habríais dirigido directamente a mis funcionarios y generales advirtiéndoles, informándolos. Cuando os interesa sabéis muy bien cómo encontrar a esos señores. Pero ya puedo imaginarme lo que hay detrás. Habéis querido limar diferencias, apaciguar, salvar a los culpables del castigo.

Mientras lo decía daba golpecitos en la mesa con el bastón.

—Sois unos embusteros y unos intrigantes, eso no es nada nuevo.

La voz se le quebró. Su rostro estaba ahora encarnado. Se dominó y delineó paso a paso lo que había comenzado a insinuar.

—La celeridad —afirmó dulce y pérfido— con que os sometisteis entonces al juego de mi padre fue digna de encomio.

Que Domiciano mencionase la hora en que saludó a Vespasiano como al Mesías le dolió en lo más íntimo. Había apartado de sí ese episodio, no le agradaba recordarlo. ¿En qué medida lo creyó entonces? Vio con nitidez cómo se presentó ante Vespasiano: un prisionero maniatado, probablemente condenado a morir en la cruz. Rememoró la confusión que lo embargara, aquel bullir en su cabeza; cómo brotaron de él las proféticas palabras de aquel saludo mesiánico. Recordó cada detalle: a Vespasiano escrutándolo con sus claros y afilados ojos azules de campesino, al príncipe Tito, que no dejaba de escribir; a Cenis, la amiga de Vespasiano, recelosa, hostil. Entonces lo creyó. Mas ¿no cabía pensar que hubiera fingido para salvar su

vida?

Por mucho que ahondase en su conciencia no habría sabido decir dónde terminaba la mentira en aquello que proclamó y dónde comenzaba el sueño. Y ¿no es el sueño la más alta verdad? Ahí está esa historia que cuentan los mineos del Mesías que murió en la cruz. Él, el historiador Flavio Josefo, conoce bien sus entresijos, es capaz de discernir lo que tiene de leyenda; de demostrar de qué rasgos se compone la figura del Mesías de los mineos. Pero ¿qué ganaría con ello? ¿Qué le quedaría excepto un pedazo de saber muerto? Y ese Mesías de los mineos, ese Mesías soñado, literario ¿no es una verdad mejor que la verdad de los hechos, meramente histórica? Y, así, nadie podrá afirmar con certeza en qué medida respondía a la verdad ese sueño que concibió su alma, el Mesías Vespasiano, que más tarde se hizo realidad. Él mismo no sabría decirlo, y mucho menos este emperador Domiciano que tiene ante él observándolo con aire burlón.

—¿Qué me reprocháis, en realidad, mi judío? —le preguntó el emperador Domiciano con una voz aguda y melosa—. A mi padre y a mi hermano les servisteis bien: ¿me tenéis por mal pagador? ¿Me consideráis roñoso? Seríais el primero. Pues habéis de saber que pago realmente bien, Flavio Josefo; tomad buena nota para vuestra obra: no escatimo nada, ni en lo bueno ni en lo malo.

Josef había palidecido ligeramente, pero aún era capaz de sostener la mirada del emperador. Domiciano avanzó hacia Josef envarado, envuelto en su púrpura dorada; éste sintió como si se le acercara una suntuosa estatua andante. Después, cortés y confiado, ese hombre dorado y purpúreo le pasó el brazo por los hombros y le confió zalamero:

—Si de verdad queréis servirme, mi Josefo, ahora tenéis ocasión de hacerlo. ¡Id a Judea! Tomad las riendas del levantamiento como hicisteis entonces, hace veinte años. Roma está destinada a gobernar, eso lo sabéis tan bien como yo. No tiene sentido rebelarse contra la fortuna. Ayudad al destino. Ayudadnos para que podamos devolver el golpe a tiempo, igual que antaño fuisteis capaz de reconocer, en el momento preciso, a vuestro Mesías.

Había un sarcasmo diabólico en la dulzura de sus palabras.

Humillado en lo más hondo, Josef replicó casi mecánicamente:

—¿Es que deseáis que Judea se rebele?

—Lo deseo —replicó el emperador quedo, y después, fríamente, sin soltarle—: Lo deseo también por vuestros judíos. Sabes que son unos locos que acabarán por alzarse a pesar de las advertencias de los más prudentes. Será mejor para todos que lo hagan cuanto antes. Mejor será que aniquilemos ahora a quinientos dirigentes que vernos obligados más tarde a ejecutar a quinientos cabecillas más cien mil secuaces. Quiero que haya paz en Judea —concluyó firme, vehemente.

—Y ¿no se puede alcanzar la paz de otro modo que no sea a costa de tanta sangre? —preguntó afligido Josef con voz queda.

En ese instante Domiciano se apartó de él.

—Ya veo que no me amáis —constató—. Veo que no queréis servirme. Queréis escribir vuestras viejas historias para mayor gloria de vuestro pueblo, pero para gloria mía no estáis dispuesto a mover un dedo.

Volvió a sentarse blandiendo el bastón de mando.

—Lo cierto es que sois un insolente, mi judío, ¿lo sabíais? Creéis que, porque repartís fama e ignominia, podéis permitiros toda clase de lujos. Pero ¿quién os ha dicho que me importa la posteridad? ¡Andaos con cuidado, mi judío! No seáis arrogante sólo porque yo os haya favorecido alguna vez. Roma es poderosa y puede permitirse tanta generosidad. Pero no olvidéis que os vigilamos.

Aunque Josef no era un hombre temeroso le temblaban todos los miembros, y notaba el paladar seco, mientras lo conducían a su casa en la litera. No temblaba sólo por la posibilidad de que Domiciano actuara contra él. El emperador le había despertado el recuerdo de aquel ambiguo saludo que dirigiera a Vespasiano. Lo que entonces, desesperado, proclamó para salvar su vida, ¿era verdad o el insolente embuste de un aventurero? No lo sabía, jamás lo sabrá, y de nada valía que su profecía se hubiera cumplido. Por otra parte, tampoco significaba nada que Domiciano le hubiese llamado embustero con ese descaro. Pero su seguridad se había esfumado y, aunque no tardase en ahuyentar el temor de que vinieran a buscarlo los esbirros del ministro de policía Norban, tras aquella conversación con el emperador pasaron semanas, y aun meses, antes de que lo abandonase el recuerdo de su primer encuentro con Vespasiano. Muy lentamente logró serenarse y retomar su trabajo.

Un día después de su conversación con Josef el emperador ordenó abrir el Templo de Jano como signo de que el Imperio volvía a estar en pie de guerra. Las pesadas puertas se abrieron rechinando y apareció la efigie del dios bifronte, el dios de la guerra, el dios de la duda. «El principio es sabido, pero nadie conoce el final».

Sea como fuere, los romanos no se tomaron muy en serio la guerra dacia. Entusiasmados, se apostaron

junto a la calzada por la que el emperador abandonaría la ciudad camino del frente. Sabía que sus romanos deseaban que los representase con dignidad, recordaba vagamente a la imagen de la estatua ecuestre cuyo modelo le había mostrado el escultor Basílides, y no tenía mala planta a caballo.

En su fuero interno se alegró cuando salieron de Roma y pudo subir a su litera.

Capítulo segundo

Durante la guerra fue difícil obtener noticias precisas de lo que ocurría en el campo de batalla dacio. Con el inicio de la primavera comenzaron a escucharse los rumores más dispares. A principios de abril llegó a Roma un despacho en el que el emperador presentaba a su Senado un informe exhaustivo sobre el transcurso de la campaña. Él mismo, venía a decir el informe, junto con su general Fusco, había arrojado a los bárbaros dacios definitivamente del territorio romano. Su rey Diurpan había solicitado el alto el fuego. El emperador no se lo había concedido. Al contrario, a fin de vengar su insolente invasión, encomendó a Fusco que se adentrase en la zona dacia, quien cruzó el Danubio al frente de cuatro legiones asaltándola. Tras llevar la campaña hasta ese punto, el emperador se encontraba ahora de regreso hacia Roma.

Aún menos claras fueron las noticias que llegaron de Judea durante ese invierno. Las autoridades afirmaban que había habido «disturbios», pero que el gobernador Pompeyo Longino había logrado sofocar rápidamente la revuelta con su férreo puño, de eficacia más que probada. Los notables judíos, incluido Claudio Regino, tenían la impresión de que en Cesarea, capital de la provincia de Judea, se esforzaban por quitarle hierro al asunto.

Por ello, aguardaron expectantes la llegada del especulador Juan de Giscala, que había anunciado su regreso. Y, en efecto, allí estaban sentados, como antaño en aquella crucial velada en la casa de Josef, escuchando el informe de Juan. Había ocurrido lo que temían. Sus advertencias no sirvieron de nada, no había forma de detener a los «Fanáticos del día». Habían arrastrado en su fervor a una parte importante de la población, y muchos galileos se habían anudado el brazalete con la consigna «¡El día llegará!». Pero pronto se demostró que el día no había llegado en absoluto y, tras un par de victorias, recibieron un sangriento revés: el gobernador obtuvo por fin el ansiado pretexto para intervenir, y permitió a sus legionarios lanzarse incluso sobre quienes nada tenían que ver con el alzamiento.

—Sí, señores míos, estamos en las últimas —concluyó apenado, utilizando las palabras que solían pronunciarse en Judea para designar el peldaño inferior de la decadencia.

A continuación les refirió los detalles. Habló de matanzas y saqueos, de sinagogas incendiadas, de miles de hombres sacrificados en la cruz, de decenas de miles esclavizados.

—La misión, señores —dijo, resumiendo—, que nos impusimos fue tan amarga como infructuosa. No podéis imaginaros cuán terrible es tener que esgrimir ante otra persona argumentos razonables mientras uno aprueba en lo más íntimo su conducta y quisiera abrazar su causa. Son unos tipos excelentes esos «Fanáticos del día» o, más bien, lo eran.

Los notables judíos reunidos en el despacho de Josef, acomodados, bien alimentados e impecablemente vestidos, escuchaban el informe de aquel hombre apesadumbrado y su amargo lamento. Mantenían la vista al frente, escrutaban su corazón, y descubrían que lo que oían ya lo habían vivido antes. Lo más cruel del nuevo derrumbe era que Judea no hubiera aprendido nada del sofocamiento de la primera revuelta; que la joven generación se hubiera lanzado hacia su aniquilación con el mismo arrojo insensato, adorable, criminal con que otros lo hicieran quince años antes.

Finalmente, el ebanista Cayo Barzaarone expresó a su modo particularmente precavido el temor que embargaba a todos.

—En Judea —dijo— lo hemos perdido todo. Me pregunto qué nos ocurrirá ahora a nosotros.

Juan se tiraba del bigote con la zafia mano.

—Durante todo el viaje he estado preguntándome —dijo— por qué me han dejado regresar sano y salvo. Por cierto —afirmó socarrón—, casi me obligan a ganar dinero. Se me dijo que si no quería levantar sospechas debía ocuparme de cuando en cuando de mis negocios, y los terrenos estaban regalados. Tendríais que haber visto cómo se subastaban todos esos terrenos expropiados o simplemente sin dueño. Era grotesco, brutal. Cuando pienso en ello, cuando pienso en lo que ha ocurrido en Judea, me resulta

sencillamente inconcebible haber salido de allí ileso y estar tranquilamente sentado en mi despacho ocupado en mis asuntos.

—También yo —repuso Cayo Barzaarone— me despierto cada día con la sensación de que así no se puede seguir, de que hoy caerán sobre nosotros. Pero lo cierto es que vivimos y que no han restringido nuestra libertad.

—Y eso que en el Palatino se sabe —afirmó Josef pensativo— que soy el autor de ese manifiesto, y el emperador me ha amenazado velada y sutilmente. ¿Por qué no me condena? ¿Por qué no nos han denunciado ya?

Todos miraron a Claudio Regino como si esperaran alguna información de él. El ministro se encogió de hombros.

—El emperador —afirmó— ha ordenado que aguardemos su regreso. Nadie sabe si es un buen presagio o no, posiblemente ni siquiera el propio DDD.

Todos callaron. Había que esperar, toda una gris mañana, un día entero, una gris semana. Y así todo un mes.

Poco después de aquel encuentro fue Juan a ver a Josef. A éste le extrañó su visita. Hubo un tiempo en que ambos se habían enfrentado enconadamente; poco a poco sus relaciones se fueron suavizando sin llegar a ser amistosas.

—Quiero daros un consejo, doctor Josef —dijo Juan—. Como sabéis, me interesa la compra y venta de terrenos, y he aprovechado mi estancia en Judea para husmear un poco en vuestra hacienda. Los beneficios de vuestras posesiones de Gazara no pueden compararse con lo que suele obtenerse de otras tierras. Eso se debe a que se encuentran en una región puramente judía y a que los judíos boicotean vuestros productos porque no os perdonan vuestra conducta durante la guerra. Os lo digo tal y como es, no hago más que formular lo que todo el mundo sabe. Vuestro pobre administrador, que, por lo demás, no es mal economista, no hace más que lamentarse en cuanto se le da pie de la difícil situación en que se encuentra. Me ha contado lo que podría obtenerse de vuestras tierras si estuvieran en otra región.

—Pero resulta que no lo están —le espetó Josef, desdeñoso.

—Y ¿no podríamos hacer algo? —replicó Juan, y en su rostro moreno y resuelto surgió una sonrisa ancha, pícara, que frunció incluso su chata nariz—. Como ya os he dicho, por desgracia ha quedado libre mucho suelo en Judea debido a la revuelta. Está, por ejemplo, la hacienda de
Be’er
Simlai. Se encuentra cerca de Cesarea, no lejos de la frontera con Samaria, es decir, en una región de población mixta. El ganado no es tan bueno como el de Gazara, pero el suelo es excelente. El terreno da aceite y vino, dátiles, trigo, granadas, nueces, almendras e higos. No será fácil encontrar otro igual, ni siquiera en estos tiempos, y vuestro administrador no cabría en sí de gozo si le cayese en las manos. He adquirido un derecho de preferencia sobre él. Os ofrezco el terreno de
Be’er
Simlai, estimado Josef. Aceptadlo. Antes del próximo levantamiento judío no encontraréis una oportunidad semejante.

Eso era cierto. Cuando Vespasiano y Tito le ofrecieron un terreno en Judea Josef hizo mal en aceptarlo. Realmente, se había sentado en un nido de avispas, y lo más lógico era hacer lo que le aconsejaba Juan: deshacerse de sus posesiones de Gazara y trasladarse a una región de población mixta. Pero ¿por qué le ofrecía ese terreno de
Be’er
Simlai precisamente a él? Una vez sofocada la revuelta, los especuladores romanos se habían lanzado presurosos sobre Judea y sin duda habría miles deseosos de adquirir un terreno en una región mixta. ¿Por qué iba a hacerle semejante favor Juan, al que en tantas ocasiones había atacado?

—¿Por qué me ofrecéis un terreno tan valioso precisamente a mí? —le preguntó sin rodeos, y en su pregunta había, como siempre, cierto desdén.

Juan lo miró a los ojos con fingido candor.

—El gobierno de Cesarea —adujo— impide prácticamente a los judíos, a no ser que gocen de una protección especial, adquirir propiedades en las zonas exclusivamente judías. Si esos terrenos caen ahora en manos de gentiles, los judíos habrán desaparecido en un año de esas regiones. Quien aún se sienta judío debe rebelarse contra ello. Vos, mi Josef, sois un caballero romano y mantenéis buenas relaciones con el Palatino. El gobierno de Cesarea no os impedirá adquirir esas tierras. Prefiero daros a vos el terreno de

Be’er
Simlai a ofrecérselo al capitán Severo.

—¿No os mueven otras razones? —le preguntó Josef con la misma desconfianza.

Juan rió benévolo.

—No —admitió abiertamente—. No quiero seguir jugando al gato y al ratón con vos. Quiero que hagamos las paces, y quiero daros una prueba de mi amistad. En alguna ocasión fuisteis injusto conmigo, y yo con vos. Pero nuestro cabello encanece, cada vez nos parecemos más, y corren tiempos en que quienes tanto tienen en común hacen bien en darse la mano.

Y, como Josef callara, trató de explicarse:

—Navegamos en el mismo barco, tenemos las mismas experiencias. Todo lo que yo anhelo es regresar a Judea y cultivar allí mi aceite. Podría hacerlo. Pero me contengo y permanezco en Roma ganando muchísimo dinero que no sé en qué gastar mientras me consume esta nostalgia de Judea. Y la única razón por la que no voy es porque allí no podría dominarme y seguiría intrigando contra los romanos, un empeño vano, desde luego, y, además, ilícito. Y a vos os ocurre lo mismo, mi Josef. Sentís la misma nostalgia de Judea y deseáis que estalle de nuevo la guerra. Pero ambos sabemos que es demasiado tarde, o demasiado pronto para ello. Ambos sentimos el mismo desgraciado amor por Judea y por la razón, ambos padecemos bajo esa razón. Hay cosas de vuestra persona que no apruebo, y sin duda a vos os sucede lo mismo, pero creo que estamos muy próximos.

El escritor Josef observó pensativo la cara de aquel labriego. Habían luchado con saña. Juan lo tuvo por un traidor, y él a Juan por un loco. Más tarde, mucho después de que concluyera la guerra, uno tachó al otro de idiota por creer que el precio del aceite y del vino era la causa de la guerra, y el otro pensó otro tanto por creer que sólo el enfrentamiento entre Yahvé y Júpiter era su origen. Ahora, el necio escritor y el sabio campesino sabían que ambos habían tenido razón y no la habían tenido, y que la guerra entre los judíos y los romanos se debió tanto a los precios del aceite y del vino como al abismo que separaba a Yahvé de Júpiter.

—Tenéis razón —admitió Josef.

—Por supuesto que tengo razón —añadió Juan acalorado, y, belicoso, añadió—: Por cierto, que tampoco en esta ocasión se habría llegado al levantamiento si los privilegiados campesinos sirios y romanos no hubieran boicoteado tan suciamente los precios impuestos a la población autóctona judía. Sin eso, los «Fanáticos del día» no habrían logrado levantar al país en armas. Pero no vamos a retomar ahora nuestra vieja disputa —dijo interrumpiéndose—. Mejor estrechadme la mano y agradecedme mi oferta. Pues en verdad os ofrezco la posesión de
Be’er
Simlai en señal de amistad.

A Josef le hizo sonreír la rudeza con la que el otro le ofrecía su amistad.

—Ya veréis —prosiguió Juan— cuántos problemas se os resuelven solos en cuanto toméis posesión de ese terreno. Naturalmente que no es plato de gusto viajar hasta Gazara y que los judíos le miren a uno por encima del hombro. Pero una vez que os hayáis habituado a
Be’er
Simlai tendréis un buen pretexto para ir de vez en cuando a Judea. Aunque no debéis dejaros seducir por la idea de quedaros a vivir allí. ¡Por lo más sagrado, ni se os ocurra! La tentación de embarcarse en peligrosas aventuras es demasiado grande para los hombres de nuestra casta. Pero pasearse por allí una vez cada dos años, sobre todo teniendo una buena excusa, y recuperarse del esfuerzo que cuesta ser razonable durante dos años no está nada mal, os lo aseguro.

Josef estrechó la tosca mano del otro.

—Os lo agradezco, Juan —dijo, y su voz había recobrado esa fuerza tan seductora de antaño—. Concededme dos días para meditarlo —le rogó.

—Bien —respondió Juan—. Al cabo de esos dos días os enviaré a mi fiel Gorión para que comentéis los detalles. Gorión tratará, como es natural, de sacar tajada; es justo y necesario. Pero me cuidaré de que no os pida un precio exorbitado. Y, aunque así fuere, todo quedará entre judíos, ¿no os parece?

Josef fue a ver a Mara.

—Escucha, Mara, esposa mía —dijo—, debo comunicarte algo: voy a vender mi posesión de Judea.

Mara se puso lívida.

—No temas, querida —la tranquilizó—. Lo cambiaré por otro terreno cerca de Cesarea.

—¿Vas a renunciar a nuestra propiedad entre los judíos —quiso saber Mara— para adquirir un terreno junto a los gentiles?

—¡Atiende! —dijo Josef—. Siempre me negué a regresar a Judea, y las razones que aducía son ciertas. Pero también había un motivo más profundo: no quería vivir entre Lida y Gazara. Vivir en Roma, vivir en el extranjero, es malo. Pero peor aún es vivir en nuestra patria como extraños. No habría podido soportar vivir en Gazara y que los judíos me considerasen un romano.

—¿Así que regresamos a Judea? —le preguntó ella radiante.

—No ahora, ni en un año —replicó Josef—. Pero cuando termine mi obra regresaremos a Judea.

Juan le trajo a Josef un libro que un autor anónimo había publicado en Judea en aquel invierno del levantamiento.

—Tal vez os parezca un poco primitivo, querido Josef —opinó aquél—, pero a mí me ha gustado, tal vez porque yo mismo soy primitivo. Las gentes de allá estaban entusiasmadas con esta novela heroica. Desde que publicasteis vuestra obra sobre los Macabeos, doctor Josef, ningún libro ha tenido un éxito mayor en Judea.

Josef lo leyó. La fábula era inverosímil, en ocasiones incluso infantil, y la obrita tenía poco que ver con el arte. A pesar de todo, lo conmovió: el fanatismo de aquel libro de Judit lo enardeció incluso a él. ¡Ay, cuánto envidiaba al anónimo autor! No lo había escrito por la fama, ni siquiera por la obra misma: sencillamente, había dejado manar su ardiente odio por los opresores. «Golpead al enemigo, dondequiera que esté», proclamó. «Haced como Judit. Argucia, valor, crueldad; cualquier medio es bueno. Cortadle la cabeza al fanfarrón gentil: es un servicio que hacéis a Dios. Respetad los preceptos de los doctores y golpead a vuestros enemigos. La Ley ampara al que sirve a Dios. Venceréis».

Debía de ser un hombre muy joven quien compuso aquel libro de Judit, ingenuo y crédulo tenía que ser, y envidiablemente simples su vida y su muerte. Pues sin duda ha perecido ya. Sin duda no permaneció en su casa, sino que también él golpeó al enemigo y murió con la fe en los labios y en el corazón. ¡Quién pudiera ver las cosas con tanta simpleza y confianza como él! No hay nada más sublime que el pueblo de Israel. Sus hombres son valientes, sus mujeres hermosas. Judit es la mujer más bella de este mundo. Ni por un instante duda, ella como el autor, de que el general en jefe del gran rey ha de olvidar la guerra ante su vista. El autor de este libro jamás se ha visto atenazado por las dudas. Todo en él es diáfano, sabe exactamente lo que está bien y lo que está mal. ¿Qué es para él la piedad? Respetar los preceptos de los doctores. ¿Qué la heroicidad? Ir y cortarle la cabeza al enemigo. Cada paso, cada situación están prefijados.

Y, con todo, qué libro más conmovedor. Esa mujer, Judit, cómo regresa, triunfante, con la cabeza cortada y el dosel. Nadie podrá olvidarlo. ¡Oh!, bendita confianza del autor. «Ay de los pueblos que se alcen contra mi estirpe. Dios Todopoderoso los reprenderá en el Día del Juicio, encenderá su carne con larvas y fuego, y no dejarán de aullar durante toda la Eternidad».

¡Ah, quién pudiera escribir como él! Él, Josef, no lo tiene tan fácil. Ahí está esa heroína de los primeros tiempos de su pueblo, Yael, que atraviesa las sienes del enemigo con la uña mientras duerme. Yael y el antiquísimo, fiero y magnífico canto de su poetisa Débora fueron sin duda los precursores de esa Judit. También él, Josef, mencionó a Yael en su obra histórica. ¡Cuánto se esforzó por ser razonable y objetivo, cómo se contuvo reprimiendo su entusiasmo! ¡Ah, dejarse llevar sólo una vez como ese joven poeta! Releyó una y otra vez el librito, que le encendía la sangre. La revuelta ha fracasado pero ese libro quedará.

Unos días después se encontró con Justo. También él había leído el libro de Judit. ¡Qué engendro más primitivo! Un pueblo que se enardece escuchando cuentos tan insensatos se merece a los «Fanáticos del día», se merece a los romanos, al gobernador Longino y a Domiciano. ¡Qué autor más honrado! ¡Qué honesta su Judit, que ni siquiera ha de yacer con el pérfido Holofernes! El autor la exime de ello, alcanza su objetivo antes incluso de hacerlo. ¡Cuán justa y oportunamente recompensa el Yahvé de este autor lo bueno y castiga lo malo!

—Imaginaos por un momento, querido Josef, cómo se comportaría realmente un gobernador romano, o un comandante romano de verdad, de estar en la piel de Holofernes. Ve venir a una Judit cualquiera acompañada por una doncella que acarrea los alimentos, naturalmente preparados según los preceptos rituales de los doctores para no verse obligada, ¡en nombre del Señor!, a comer nada prohibido en el campamento enemigo. Se le franquea el paso de inmediato, ¡cómo no!, por ser tan bella, como si un general no tuviera ocasión de catar mujeres hermosas. No tiene que esperar a que llegue la judía. Y, una vez que ha llegado, no sólo se olvida de pronto de la guerra, sino que se emborracha de acuerdo con lo previsto y no le toca un cabello a la judía, tan piadosa como bella. Simplemente, se tumba y se deja cortar la cabeza. Ante

lo cual todas las legiones huyen sin más. Ah, sí, eso es lo que piensan de los romanos nuestros «Fanáticos del día», así se imaginan el mundo.

Así, lleno de arrogante amargura, lleno de sarcástica petulancia, habló Justo del libro de Judit. Josef no podía negar que su crítica daba en el blanco atacando sus debilidades. Pero precisamente esas debilidades constituían el punto fuerte del autor; el libro no era peor por ellas, y Josef siguió viendo ante sí la noble imagen de Judit trayendo la cabeza de Holofernes: «¡Ahí tenéis la cabeza de Holofernes, general en jefe del ejército asirio, y ahí el dosel bajo el que yacía en su ebriedad!».

Josef sintió que debía lavar el libro y la memoria del poeta muerto de la mofa de Justo, y se lo llevó a Mara, su esposa.

Mara lo leyó. Sus ojos se encendieron, su cuerpo se tensó, y de pronto rejuveneció. Tarareó para sí la canción de Judit: «No cayó su caudillo a manos de jóvenes, ni le hicieron tajo los titanes, ni soberbios gigantes pusieron en él la mano; Judit, hija de Merarí, con la hermosura de su rostro lo paralizó». ¡Ay, cuánto sentía Mara estar en Roma y no en Judea!

Resumió el libro y les contó a los niños la historia de Judit. Los niños la representaron. Jaita era Judit, y Matías Holofernes, y Jaita sacó una col de la cesta y graznó, triunfante: «¡Ahí tenéis la cabeza de Holofernes, general en jefe del ejército asirio!».

Josef lo vio y se dijo que tal vez había hecho mal en azuzar él mismo el sacrílego fuego aunque su intención fuese recta. Pero después sonrió y el entusiasmo de Mara lo reconfortó.

Pero los judíos de la ciudad de Roma vivían días y semanas grises. Pues el emperador viajaba despacio, el emperador no daba más indicaciones, el emperador les hacía esperar.

No se adoptó ninguna medida especial contra los judíos de la ciudad de Roma, pero sí se aplicaron con mayor severidad los decretos que los afectaban. La capitación, por ejemplo, que debían pagar los judíos en calidad de impuesto especial, se recaudaba con tiránica puntillosidad. Cada judío debía presentarse personalmente ante el cuestor y entregarle los dos dracmas que antaño tributara para el Templo de Jerusalén y que el Gobierno destinaba ahora, no sin sorna, a la conservación del Templo de Júpiter Capitolino.

Por lo demás, los negocios y movimientos de los judíos, la práctica de sus costumbres y de su servicio divino no encontraron trabas. De las provincias llegaban noticias de que la población había tratado de aprovechar en ciertos lugares la animadversión reinante para realizar pogromos contra los judíos. Pero las autoridades habían intervenido de inmediato.

Después, finalmente, el emperador regresó a Roma. Era un claro día de junio, no excesivamente caluroso, y, junto con los soldados de la guardia pretoriana, que amaban a su generoso caudillo, el Senado y el pueblo saludaron a su jefe, que en el transcurso de aquella campaña había sido nombrado *Imperator* por decimocuarta vez. Fue un hermoso y estival día festivo para Roma. La dicha y una luz radiante lo colmaban todo; la gran ciudad que tan a menudo había mostrado su cara más aciaga, amarga y sombría, se ofrecía ahora luminosa, benévola, dicharachera.

Pero sobre los judíos pesaba aún una terrible amenaza. Hacía varias décadas que vivían con cierta seguridad, a pesar de la destrucción del Templo, y de no ser por aquellos desgraciados «Fanáticos del día», cuyo necio fervor traería la desdicha al judaísmo en su totalidad, habrían seguido haciéndolo. Los mismos «Fanáticos» habían tenido que pagarlo con su propia vida. Pero ¿qué sería de ellos, de los judíos inocentes de la ciudad de Roma?

Nada les ocurrió a los judíos de Roma, todo seguía en calma.

—El emperador jamás os menciona, ni para bien ni para mal —informó Claudio Regino a sus amigos judíos.

—El emperador jamás os ataca —les aseguró, asimismo, Junio Marullo.

Pero:

—Lo huelo, lo presiento —adujo Juan de Giscala—, algo prepara. El cerebro de Domiciano está tramando algo. Claro, querido Regino; claro, querido Marullo, que Domiciano no menciona jamás a los judíos; tal vez ni él mismo sepa lo que urde el fondo de su alma. Pero yo, Juan ben Levi, campesino de Giscala, lo presiento: el próximo año el invierno llegará antes de lo previsto, estoy seguro.

El mismo barco que trajo a Juan de Judea había traído a Dorión y a Fineas sendas cartas de Pablo. Prolijamente, y con ingenua alegría, el joven oficial relataba el empeño del gobernador Longino en limpiar el país. Emocionado, refería las numerosas pequeñas expediciones de castigo contra el último grupo desmembrado de los «Fanáticos del día».

Fineas y Dorión intercambiaron sus cartas. Ambos aprobaban de todo corazón que se pusiese coto a la insolencia de los judíos, pero a ambos les preocupaba que el elegante y esbelto Pablo, su Pablo, refiriese esas inevitables atrocidades con un placer tan evidente; que se habituase tan rápidamente a la vida militar.

—No considera a los judíos seres humanos —se lamentó Dorión—, sino animales perniciosos hechos precisamente para ser objeto de actividades deportivas. La vida de Judea le resulta «divertida», ¿lo habéis notado, mi Fineas? Incluso utiliza la palabra griega.

—Al menos, mis clases fueron de provecho —dijo Fineas con cierta sorna—. No, no son cartas que puedan alegrarnos.

Dejó caer la gran cabeza de una palidez rayana en lo enfermizo, como si le resultase demasiado pesada a su delgado cuerpo; parecía apesadumbrado, sus manos delicadas y desproporcionadamente largas colgaban sin vida.

—A la larga no lo habríamos podido retener —dijo Dorión esforzándose por aparentar indiferencia—. Se nos habría escapado de cualquier modo. Con todo, mejor que sea enteramente romano a que opte por el judaísmo. Y es un consuelo que él, Josefo, tenga que sufrir más por ello que nosotros.

Su voz cansina sonaba dura al hablar de su amado y odiado esposo.

—Su Judea ha sido definitivamente destruida y su hijo ha colaborado a pisotearla.

Se animó, sintió su triunfo.

Fineas alzó la vista.

—¿Ha caído realmente Judea? —inquirió—. ¿Creéis realmente, estimada Dorión, que la fulminante victoria sobre los «Fanáticos del día» ha sorprendido a Josefo? ¿Creéis que Judea y los «Fanáticos del día» son para él lo mismo?

—Esta carta de Pablo —dijo entonces Dorión— me parte el alma, lo admito. Permitidme el consuelo de pensar que a Josefo todo esto ha debido de afectarlo aún más. Lo que ha sucedido en Judea ha tenido que dolerle más que a nosotros estas cartas de Pablo.

Sus ojos color mar miraron casi temerosos a Fineas.

—Sois demasiado inteligente, mi ama Dorión —repuso Fineas con su profunda y armoniosa voz—, como para consolaros con una ilusión. Sabéis muy bien que la Judea de Josefo no tiene nada que ver con la provincia real de Judea. Ver cómo nuestro Pablo y sus camaradas campan por esa Judea real no le duele en absoluto. Creedme: su Judea es un ente abstracto que ni el fuego ni la espada alcanzan. Es un loco, como todos los judíos. Ayer mismo estuve hablando con el capitán Bebio, que asistió en su día a la batalla de Sebaste. Me confirmó, como muchos otros antes que él, que había visto con sus propios ojos cómo los judíos dejaban caer sus armas en medio de la batalla. Suena increíble, y los propios testigos no daban crédito, pues la batalla no se presentaba mal para los judíos; al contrario, tenían ventaja y poco les faltaba para alcanzar la victoria. Arrojaron sus armas, sin más, porque sus doctores les habían prohibido luchar en sábado y el sábado acababa de comenzar. Sencillamente, se dejaron matar. Están locos esos tipos. ¿Y pretendéis que les afecte lo que está ocurriendo ahora en Judea? Su escritor y portavoz es Flavio Josefo.

—Lo que contáis, Fineas —dijo Dorión—, esa batalla de Sebaste, ocurrió una vez. El propio Josefo me lo contó en su día, y el mero recuerdo le hacía palidecer de rabia. No volverá a repetirse, es historia, se ha acabado.

—Quizás —admitió Fineas— sea cierto que ahora luchan hasta en sábado. Pero su locura es indeleble, sólo que ahora se expresa de otro modo. Fijaos en los judíos que tenemos en Roma. Muchos han ascendido y se han enriquecido, son nobles; hay entre ellos cientos de miles de arribistas, gentes sedientas de reconocimiento social. Pero no llegan a más; no suben porque son judíos y porque, a pesar de la tolerancia de la ley, serlo supone un descrédito. ¿Y por qué, por Zeus, no abjuran de su judaísmo esos ricos judíos? Bastaría con que ofreciesen un sacrificio a la estatua de un emperador Flavio o de cualquier otro dios, y se librarían de ese perverso obstáculo. ¿Sabéis cuántos judíos, de los ochenta mil que viven en Roma, lo han hecho? Sentía curiosidad por saberlo y me he informado del número exacto. ¿Sabéis, mi querida Dorión, cuántos han abjurado de su judaísmo? Diecisiete. De ochenta mil, diecisiete.

Se levantó; se irguió alto y delgado en su vestido azul pálido, con su gran cabeza lívida enhiesta, y movió la larga y enjuta mano con un gesto muy expresivo.

—¿Acaso creéis, ama Dorión, que las gentes de esa calaña titubean porque se extermine a un par de miles de los suyos? ¿Creéis que el corazón de nuestro Josefo sufre y merma su energía porque Pablo y su legión se lancen sobre los «Fanáticos del día»?

—Nuestro Josefo, habéis dicho —intervino Dorión—, y tenéis razones para hacerlo. Es nuestro Josefo. Está ligado a nosotros por el odio que le profesamos. La vida sería más pobre sin ese odio.

Dejó a un lado sus ensoñaciones.

—Pero ¿por qué me contáis todo esto? —prosiguió—. ¿Por qué afirmáis con tanta contundencia y tan poca esperanza que no hay forma de herirlo por mucho que nos esforcemos?

Fineas irguió su cuerpo aún más, se levantó sobre sus zapatos plateados y se dejó caer de nuevo; y en su voz sonó una alegría apenas sofocada, llena de odio.

—Porque por fin he encontrado el medio —dijo—, el único.

—¿Un medio para acabar con Josefo y sus judíos? —preguntó Dorión; su fino y delicado cuerpo se aproximó al suyo y su aguda voz se quebró por la emoción—. ¿Cuál es ese medio? —repitió.

Fineas saboreaba su expectación. Después, con deliberada parquedad, le anunció:

—Habría que exterminar a su dios. Hay que exterminar a Yahvé.

Dorión meditó con ahínco. Después, decepcionada, le dijo:

—Eso no son más que palabras.

Como si no hubiera escuchado su objeción, prosiguió Fineas con su explicación:

—Y hay un medio seguro de lograrlo. Os ruego que me prestéis atención, ama Dorión. Los romanos han aniquilado el Estado de los judíos, su ejército, su policía, sus templos, sus tribunales, su soberanía, pero, con su altiva tolerancia, no han llegado a tocar la religión de los sojuzgados, su «vida cultural». Les han dejado una pequeña universidad, Yabne se llama el nido, y han concedido a esa universidad un par de privilegios inocuos a instancias de los judíos. El Colegio de Yabne es su máxima autoridad en los asuntos religiosos y aplica una especie de justicia paralela. Y ahora escuchadme, querida Dorión. Si los romanos fuesen realmente los estadistas que creen ser habrían reconocido desde un principio la importancia de ese Colegio de Yabne y habrían pisoteado con sus botas esa pequeña e inocua universidad. Pues, de no existir Yabne, no habría tampoco un Yahvé, y no habría judíos rebeldes, con lo que todo se acabaría para nuestro Josefo: su judaísmo, sus libros y su insufrible orgullo.

Tras meditar sus palabras le replicó Dorión socarrona, pero con una sorna que no excluía el interés:

—Querido Fineas, parece que conocéis mejor las almas de los judíos que las calles de Roma. ¿Queréis explicarme más detenidamente por qué habría de tener tal relevancia Yabne?

—Lo haré gustoso —le replicó Fineas con triunfal indolencia—. Jamás me habría atrevido a hablaros con tal seguridad de mi plan para aniquilar a Josefo y a sus judíos de no haberme cerciorado antes de las circunstancias que rodean a esta institución. He preguntado a gentes competentes, a funcionarios y oficiales que tuvieron algo que ver con la administración y con la guarnición que ocupara Judea, y, ante todo, también al gobernador Salvidio, y he comparado las afirmaciones de todos esos testigos hasta en sus más mínimos detalles. El asunto es el siguiente: esa ridícula universidad no tiene ningún poder, ni aspira a tenerlo. En realidad no es más que una pequeña y ridícula escuela de teólogos. Pero no hay un judío en toda la provincia que no sustente esa universidad con una pequeña aportación previamente fijada de acuerdo con sus posibilidades; no hay ninguno que no se someta a sus decisiones. Y, fijaos bien, lo hacen voluntariamente. Acatan la autoridad del Estado por obligación, pero, por voluntad propia, conceden una autoridad mayor a su Yabne. Llevan sus litigios, no sólo los religiosos sino también los civiles, no ante el tribunal del emperador, sino ante los doctores de Yabne, y acatan su decisión. Ha llegado a ocurrir que los doctores decretasen la pena de muerte; he escuchado varios testimonios fiables en ese sentido. Naturalmente, esos fallos no tienen validez jurídica, se limitan a lo meramente académico; son dictámenes de índole teórica, no vinculantes. Pero ¿sabéis lo que hicieron los judíos condenados a muerte? Se murieron. Murieron de verdad. El gobernador Salvidio me lo ha contado, y Nevio, el juez supremo, me lo confirmó; y también el capitán Opiter. Lo que no pude averi[-guar de quienes[2]] murieron: si se quitaron la vida o si los ajusticiaron. Pero una cosa es segura: les habría bastado con solicitar la protección de los romanos para seguir vivos, e incluso habrían podido permitirse alguna insolencia. Pero prefirieron la muerte.

Dorión callaba. Permanecía inmóvil, rígida, morena y delgada, como uno de aquellos tempranos, duros y angulosos retratos egipcios.

—Os lo aseguro, mi querida Dorión —dijo Fineas retomando su discurso—, esa Universidad de Yabne es el último reducto de los judíos, una fortaleza más poderosa de lo que lo fueran Jerusalén y su Templo, posiblemente la fortaleza más firme del mundo. Y sus invisibles muros serán más difíciles de derribar que el portón más ingenioso de nuestro Frontín. Y los romanos no lo saben. El gobernador Longino no lo sabe, ni tampoco el emperador. Pero yo, Fineas, lo sé, porque odio a Josefo y a sus judíos. Esa diminuta y pueril Universidad de Yabne con sus setenta y un doctores es el centro de la provincia de Judea. Desde allí se gobierna a los judíos, no desde el palacio gubernamental de Cesarea. Y aunque lanzásemos a nuestro Pablo tres veces más sobre los judíos; aunque aniquilásemos a cien mil «Fanáticos del día», no serviría de nada. Judea sigue viva: vive en la Universidad de Yabne.

Dorión le había escuchado atentamente. Su boca, que descollaba insolente, un tanto ancha, en el delicado y altivo rostro, permanecía abierta en un gesto casi idiota dejando a la vista sus pequeños dientes; sus ojos estaban pendientes de los labios de Fineas.

—De modo que estáis convencido —resumió lentamente meditando cada palabra— de que el centro de la resistencia judía, el alma del judaísmo por llamarlo de algún modo, es la Universidad de Yabne.

La dama Dorión era de apariencia frágil; pero, al enunciar esto —su alargada cabeza cetrina con la alta frente inclinada; el acentuado pómulo, la nariz ancha y chata y la boca entreabierta— se mostraba dura, belicosa, incluso peligrosa.

—Y sólo se podrá atacar y neutralizar —prosiguió— a Josefo, y con ello al judaísmo, tras destruir la Universidad de Yabne.

Fineas asintió con su profunda y armoniosa voz, tratando de ocultar su exultante excitación llena de odio tras un tono seco e indiferente:

—Destruir, erradicar, aniquilar, pisotear, machacar, reducir a polvo.

—Os doy las gracias —dijo Dorión.

De pronto la Universidad de Yabne, de la que hasta entonces Roma no conocía más que el nombre, se convirtió en tema de conversación predilecto, y en muchos lugares se dirimía si sería verdad que la rebelión de la provincia de Judea tendría allí su centro.

El pueblo judío se veía sacudido por los terribles rumores de los males que se cernían sobre él. Lo que Roma tramaba era peor que lo que los más temerosos habían osado pensar; de todos los horrores imaginables ése era el más terrible. Hasta entonces, sus enemigos habían atacado a los judíos en su propia carne, en su tierra, sus bienes, su Estado. Habían destruido el Reino de Israel, el de Judea y el Templo de Salomón; Vespasiano había destruido el segundo Reino y Tito el Templo de los Macabeos y de Herodes. Lo que el tercer Flavio planeaba iba aún más lejos: atacaba el alma del judaísmo, el Libro, la doctrina misma. Pues los doctores eran los garantes y protectores de la doctrina. Sólo el Colegio de Yabne impedía que se evaporara, que se esfumase de nuevo en el cielo del que procedía. La doctrina era el vínculo que los mantenía unidos y, junto con el Colegio de Yabne, esa doctrina, núcleo vital y sentido del judaísmo, estaba amenazada.

Pero hasta la fecha siempre habían surgido hombres grandes y sabios que la habían puesto a buen recaudo. Y, así, también ahora todos los ojos se clavaron en quien presidía el Colegio y la Universidad: en Gamaliel, el Doctor Supremo.

El Doctor Supremo era el enviado de Yahvé en la tierra, la cabeza visible de los judíos no sólo en la provincia de Judea, sino en todo el orbe. Su tarea era ardua y compleja. Debía representar a su pueblo y su doctrina ante los romanos, unificar las dispares opiniones de sus doctores y, sin ningún medio coercitivo, preservar la autoridad de la Ley judía frente a las masas. Su posición requería energía, tacto y capacidad resolutiva.

Gamaliel, nacido y educado para mandar, había heredado a edad muy temprana su cargo: el de rey sin corona de Israel. Apenas contaba cuarenta años ahora. Se había mantenido firme ante los gobernadores Silva, Salvidio y Longino. Había sacado adelante la doctrina oponiéndose tanto a los que querían verla diluirse en la sabiduría de los griegos como a los que pretendieron convertirla en un mesianismo cosmopolita. Con firmes y certeros cortes había logrado separar la Ley del ideario helenístico, por un lado, y, por otro, de los mineos. Había alcanzado el objetivo que ya se impusiera el viejo Yojanán ben Zakai, fundador del Colegio de Yabne: garantizar la unidad de los judíos mediante un canon ritual intocable. Había sustituido la autoridad del Estado perdido por la autoridad de los usos y de la doctrina. Muchos odiaban al Doctor Supremo Gamaliel y había quien lo amaba, pero todos lo respetaban.

No tardó en comprender que la decisión sobre el destino de Yabne y, con ello, del judaísmo, no dependía del gobernador de Cesarea, sino de Roma, del propio emperador. Hacía años que Gamaliel tenía el proyecto de ir a Roma para interceder ante el emperador por su pueblo. Pero el canon ritual prohibía viajar en sábado, y él, protector del canon ritual, no podía acometer un viaje que le obligaría a estar en alta mar ese día. Pensó en preguntar a su Colegio si no estaría permitido en ese caso infringir las normas del sábado, como en las batallas, dado que un grave peligro amenazaba a su fe y al judaísmo entero. Pero los doctores habrían discutido la cuestión durante años, según su costumbre. Y, así, como el viaje era perentorio, el Doctor Supremo hizo caso omiso de sus protestas y procedió despóticamente, ordenando a varios doctores que lo acompañaran. Por lo que, en número de siete —una cifra sagrada—, se embarcaron rumbo a Roma.

Su llegada a Roma fue apoteósica. Juan de Giscala lo alojó en el palacio en el que la nobleza romana

rindiera homenaje en su día al rey titular judío Agripa y a la princesa Berenice. Y allí instaló su residencia el Doctor Supremo.

Desde esa mansión romana se gobernaba ahora al pueblo judío diseminado por todo el orbe. Gamaliel no hizo ostentación de su persona ni de sus métodos. No dio suntuosos banquetes y se mostró afable y modesto. A pesar de todo, su aspecto era notable, incluso regio y, una vez en Roma, todos supieron que los judíos, si bien despojados de todo poder, constituían un factor nada desdeñable. Todos —ministros, senadores, artistas y escritores— se agolpaban para ver a Gamaliel.

Pero Domiciano no dio señales de vida. De acuerdo con la costumbre, el Doctor Supremo había enviado un aviso al Palatino rogando al gran chambelán de Su Majestad, Crispín, que le permitiese ofrecer al emperador testimonio de la fidelidad de los judíos y expresarle su profundo abatimiento por la insensatez de quienes habían osado levantarse contra su regimiento.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que quiere? —preguntó el emperador sonriendo. Pero no dio ninguna orden, no dijo ni una palabra más sobre el Doctor Supremo, y no se pronunció sobre Gamaliel o sobre el Colegio ante nadie: ni ante sus consejeros más íntimos ni ante Lucía o Julia.

En cambio, la presencia del Doctor Supremo tenía muy ocupados al príncipe Flavio Clemente y a su esposa, Domitila, pues entre los mineos de la ciudad de Roma, que ahora ya no se llamaban mineos sino cristianos, la llegada de Gamaliel había suscitado gran inquietud. Dondequiera que apareciese aquel hombre —le refirió Jacob de Sekanja, su dirigente, a su protector el príncipe—, dondequiera que apareciese ese Gamaliel, los cristianos y su doctrina peligraban. Con gran astucia, tratando de obligarlos a maldecirse a sí mismos en sus rezos, había arrojado a quienes querían seguir siendo judíos de su comunidad, dividiendo así el judaísmo en una doctrina nueva y otra vieja.

El príncipe Clemente lo escuchaba atentamente. Era dos años mayor que el emperador, pero parecía más joven; carecía del poderoso mentón de los Flavios, y su afable rostro de ojos azul claro y cabello color ceniza poseía cierta luminosidad infantil. Domiciano gustaba de burlarse de él tachándolo de lento de espíritu. Pero Clemente era lento sólo de concepción. Ese día insistió una vez más en que se le explicase lo que distinguía a la vieja doctrina judía de la de los cristianos y, al preguntarlo por tercera o cuarta vez, Jacob de Sekanja se lo expuso pacientemente.

—Gamaliel afirmará —dijo— que no somos judíos, puesto que creemos que el Mesías ya ha venido y tal creencia constituye, a su parecer, una «negación del principio». Pero éste no es el motivo más importante. Lo que realmente le mueve es que desea una doctrina angosta, rala y pobre, para poder abarcarla fácilmente. Quiere que sus creyentes constituyan una única gran manada. Y por eso ha encerrado la doctrina en un aprisco, que es su canon ritual.

Nadie habría supuesto que aquel hombre sencillo e imberbe, que podría hacerse pasar por un banquero o por un jurisconsulto, se ocupaba exclusivamente de asuntos de esa índole.

—Nosotros no rechazamos ese canon ritual —dijo a continuación—. A lo que nos oponemos es a la pretensión del Doctor Supremo de que en él se contiene toda la verdad, pues es tan sólo una verdad a medias; y una media verdad que pretende ser la verdad entera resulta más perniciosa que la peor mentira. El deber más sagrado de todo auténtico servidor de Yahvé es difundir su espíritu entre todos los pueblos, no sólo entre los judíos. Pero esto Gamaliel lo calla; y no sólo lo calla, sino que combate este precepto. Cuando hace un par de años vuestro primo Tito prohibió la circuncisión de los gentiles por medio de la Ley de Antisto nos encontramos ante la disyuntiva de renunciar a aquel signo palpable del judaísmo, la circuncisión, o bien a su misión cosmopolita, la difusión de la doctrina. El Doctor Supremo optó por mantener la circuncisión, por su canon ritual, por el nacionalismo. En cambio nosotros, los cristianos, preferimos renunciar a la circuncisión y deseamos que toda la humanidad participe de Yahvé. El Doctor Supremo sabe que en realidad somos mejores judíos, pues Dios le ha concedido un entendimiento agudo y sabiduría. Pero, como ha elegido el mal, nos odia y hostiga a los romanos contra nosotros. Nuestro fervor proselitista, afirma, es culpable de las diferencias entre Roma y los judíos.

—Pero —repuso el príncipe Clemente pensativo— es cierto que se os ve en todas las esquinas empeñados en proclamar vuestra fe.

—Así es —admitió Jacob—. Dado que el Doctor Supremo, movido por su codicia espiritual, quiere reservarse a Yahvé para sí y sus judíos, nosotros, los que aspiramos a la verdad, no debemos cejar. ¿O acaso admitiríais que os dijera, príncipe Clemente: no podéis participar de Yahvé, el Mesías no murió por vos? ¿Acaso debería ocultaros la verdad sólo porque una ley del emperador ha prohibido la circuncisión?

Jacob de Sekanja hablaba bien, su convicción confería vigor a sus palabras por sosegado que fuese su ademán. Los ojos gris azulados algo secos, y sin embargo fanáticos, de la princesa Domitila seguían cada movimiento de su boca. Pero era una Flavia y, por tanto, desconfiada.

—¿Por qué —preguntó—, sí tenéis al verdadero Yahvé, se fían los judíos del Doctor Supremo y no de vosotros?

—Cada vez hay más judíos —explicó Jacob— de nuestra parte. Se dan cuenta de que los doctores desean fundir de un modo inextricable e ilegítimo a Yahvé con el Estado. Pero que Yahvé haya aniquilado el Estado, que haya permitido que se sofocase este último levantamiento constituye una prueba de que no quiere ese Estado y cada vez son menos los judíos que se niegan a aceptarlo. Cada vez son más los que se unen a nosotros. Ya no quieren el Estado, sólo quieren a Dios. Y rechazan esa sinuosa hipocresía de los doctores que se esfuerzan por erigir un nuevo Estado con su canon, pues ese canon no es más que un ingenioso disfraz tras el que se esconde el viejo estado sacerdotal.

Era evidente que Domitila se dejaba llevar por la convicción con la que se expresaba Jacob; pero se apresuró a volver de la esfera de lo abstracto a lo concreto, a la Roma de su época. De modo que abrió los finos labios y constató con aire indiferente:

—Así que ese Doctor Supremo es vuestro enemigo más peligroso.

—Sí —respondió Jacob—. Lo que nos separa es el antagonismo de la verdad y de la mentira. Nosotros proclamamos al Yahvé de los profetas, al Dios de todos. Él esgrime al Yahvé de los jueces y de los reyes, al dios de las batallas y las conquistas, a ese resto de Baal que nunca abandonó Judea. Gamaliel es un hombre inteligente y ha sabido esconder a su Baal. Pero lo sirve, y nos odia como todos los adeptos de Baal han odiado siempre a los verdaderos servidores de Yahvé.

—¿Y pensáis —preguntó Domitila puntillosa, sin apartarse de lo concreto— que este Doctor Supremo aprovechará su estancia en Roma para perjudicaros?

—Es seguro que lo hará —replicó Jacob—. Intentará salvar su Universidad y su canon ritual levantando sospechas contra nosotros. Se esforzará por dirigir hacia nosotros la repulsa del emperador. Siempre ha procedido con métodos similares. Él y sus judíos son mansos corderos: los levantiscos somos nosotros. Nosotros somos los que hacemos prosélitos, queremos quitarle a Júpiter sus romanos y dárselos a Yahvé. A menudo ha logrado lo que quería con argumentos semejantes en Cesarea, ante el gobernador. ¿Por qué no habría de intentarlo también con el propio emperador?

—Lo conozco —dijo Domitila—; a «ése» lo conozco bien.

También ahora llamaba a su tío, el emperador, «ése».

—Lo conozco muy bien —dijo, pues, la delgada, rubia y fanática joven—. Sin duda quiere proteger a Júpiter, a su Júpiter tal y como lo concibe él. Sin duda intuye algo malo en Yahvé. Siempre vacila largo tiempo antes de asestar un golpe, y seguramente no distingue entre vosotros y los judíos; seguramente le es indiferente que el golpe derribe al Doctor Supremo, a Yabne o a vosotros. Pero ha levantado la mano y la dejará caer. Todo depende de a quién dirija su atención.

Clemente había escuchado con interés a su esposa; era un alumno aplicado, aunque lento.

—Si no te he entendido mal —dijo, meditando en voz alta— debemos dirigir la atención de DDD hacia la Universidad de Yabne si lo que queremos es salvar a nuestro Jacob y su doctrina. Debe golpear al Doctor Supremo y a su Yabne.

Los ojos azul pálido del príncipe se habían oscurecido por la tensión. También Domitila buscaba con los ojos la boca de Jacob.

Éste no quería tener que reprocharse más tarde haber sido vengativo, pues si ahora atacaba a Gamaliel no lo hacía por celos, sino sólo porque no veía otra manera de salvar su propia fe.

—No odio al Doctor Supremo —afirmó sosegado y circunspecto—. Nosotros no odiamos a nadie. Si padecemos su hostilidad no es porque la practiquemos. Suscitamos esa hostilidad con nuestra mera existencia.

—¿Estáis o no de acuerdo —insistió entonces Domitila— en que el mejor medio de salvaros sería la condena de Yabne?

—Desgraciadamente, ése sería el mejor medio —replicó cauto Jacob.

La única vía que le permitiría a Domitila lograr que «ése» condenase a la Universidad pasaba por Julia.

Las relaciones de Julia con Domiciano habían sufrido algunos altibajos. En un primer momento había ocurrido lo que Julia temía: la actitud de DDD hacia ella cambió tras el regreso de Lucía. Lucía lo llenaba por completo, y a ella la miraba con ojos críticos, insidiosos. Cuando antes de su partida fue a verlo para despedirse de él logró enfurecerla a pesar de su talante sosegado con sus comentarios burlones. Con una cabeza como la suya, se mofó, jamás llegaría a nada; sin duda había dormido con ese majadero de Sabino a pesar de su prohibición y llevaba en su vientre al hijo de Sabino. Que no se imaginara que iba a adoptar a

su mocoso. Pero era verdad que Julia no se había entregado a Sabino, no había la más remota posibilidad de que el ser que albergaba fuese de nadie más que de Domiciano, y sus pérfidas sospechas la enfurecieron, porque no le había resultado precisamente fácil ver cómo su marido sufría junto a ella acuciado por la impotencia y la humillación. A una dama por lo general tan serena le resultó doloroso convivir con el mudo y rencoroso Sabino durante la larga ausencia del emperador. Día y noche se reprochaba no haberle sacado de la cabeza a DDD sus estúpidos recelos, y cuando por fin dio a luz a una criatura muerta poco antes del regreso de Domiciano lo achacó a los sentimientos que suscitó en ella el mezquino arrebato del misántropo emperador.

De modo que, a su regreso de la guerra dacia, Domiciano se encontró con una Julia muy distinta. Había perdido algo de su antigua opulencia; su rostro sereno y altivo de piel blanquísima parecía menos soñoliento, más espiritual. Además, Lucía no lo había recibido como él esperaba: no vio en él al vencedor que regresa aureolado por la gloria, y él no fue capaz de convencerla de que la guerra dacia, aún sin concluir, había sido un éxito. Le molestaba que se burlara de él, risueña y altiva; le molestaba que conociese prácticamente cada una de sus pequeñas debilidades; le molestaba que no admitiese aquello que lo enorgullecía; le molestaba que los privilegios que le había arrancado, sus tejares, le dieran mucho dinero mientras sus propias arcas padecían las secuelas de la guerra. Lo que hizo que Domiciano se volviese hacia Julia con una mirada nueva, más amable. Ahora sí creía que el hijo que había alumbrado había sido suyo; admitió que los injustos reproches que le hiciera habían provocado la muerte de ese niño. La deseaba de nuevo, y que la absorta y amargada dama no cediera a sus impulsos con la facilidad de antaño no hacía más que encenderlo.

Domitila sabía, por tanto, que su cuñada y prima Julia podía ejercer cierta influencia en el emperador. Domitila había aprendido de Jacob que, para conseguir algo, tenía que ser suave como una paloma y astuta como una serpiente. Decidió exponerle a Julia el caso de la Universidad de Yabne de tal modo que convirtiera su condena en un asunto propio.

Con toda la cautela que el caso requería, supo vincular el asunto de la Universidad de Yabne con los celos que Domiciano sentía por Tito. El padre de Julia, Tito, había conquistado y destruido Jerusalén; el sojuzgador de Judea era él. Pero «ése» no le concedía tal mérito. A «ése» le importaba demostrarse a sí mismo, a Roma y al mundo entero, que Tito no había terminado su tarea —el sojuzgamiento de Judea—, y que a él, a Domiciano, le quedaba aún mucho por hacer: someter realmente la provincia. Si «ése» permitía que el ridículo Doctor Supremo de los judíos se pavonease de tal forma por Roma era porque quería presentar a la ciudad una nueva prueba de que los judíos seguían siendo, como antaño, una fuerza política importante; de que Tito no había acabado con ellos, y de que los dioses le habían encomendado a él, a Domiciano, la tarea de aniquilarlos.

La inteligente Domitila expresó opiniones semejantes ante Julia y, tal y como había previsto, Julia siguió urdiendo la trama tras su despedida. Estaba claro que DDD permitía que ese preboste judío se pasease con tanto descaro por Roma para empañar la memoria de su padre, Tito. Después de tantas afrentas tiene derecho a alguna prueba palpable de agradecimiento. Le exigirá que deje de empañar la memoria de su padre con artificiosas intrigas. Exigirá que condene a Yabne. Domitila logró lo que se había propuesto: sin saberlo, Julia se convirtió en cómplice de los mineos.

Cuando Domiciano la llamó se arregló con especial cuidado. Su hermoso pelo trigueño, trenzado en forma de torre, coronaba con siete hileras de rizos cuajados de joyas su pálido rostro. Con un leve rastro de maquillaje subrayó los pronunciados, sensuales y flavios labios. Diez veces contó cada pliegue de su vestido azul. Durante largo rato debatió con sus asesoras qué perfume de los muchos que tenía debía llevar.

Así ataviada fue a ver a Domiciano. Lo encontró de buen humor y receptivo. Tal como solía hacer en los últimos tiempos rechazó cualquier gesto de confianza; en cambio le contó toda clase de cotilleos y, como de pasada, llevó la conversación al asunto del Doctor Supremo de los judíos. Consideraba que su aparición en Roma era escandalosa, que se comportaba como un príncipe independiente. Tenía a su ridícula Universidad —una especie de escuela de pueblo en la que se enseñaban supersticiones de toda clase— por el centro del mundo, y como en aquella Roma tan esnob la opinión más peregrina ganaba adeptos precisamente por serlo, y nadie le hacía frente al preboste judío, no sería extraño que los jóvenes romanos terminasen por desplazarse hasta Yabne para estudiar allí.

Julia lo expuso en el tono adecuado, con una leve ironía. A pesar de todo, el suspicaz Domiciano creyó adivinar la influencia de sus odiados primos. Con una sonrisa taimada le replicó:

—¿De modo que deseas, prima Julia, que le demuestre al sacerdote judío quién es el amo?

—Sí —le replicó ella con la mayor indiferencia que fue capaz de fingir—, creo que sería conveniente, y a mí me divertiría.

—Cuánto me agrada oír, prima Julia —replicó el emperador particularmente cortés— que te preocupas por el prestigio de la casa Flavia. Tanto tú como los tuyos.

Y, secamente, concluyó:

—Os doy las gracias.

Sin embargo, Julia no renunció a su proyecto. Cuando él se disponía a soltarle el vestido y a destruir el peinado que tanto había costado componer se refirió de nuevo a la Universidad de Yabne y exigió certezas, promesas. Él se burló de ella, quien, por su parte, lo llamó Varriguita, pero insistió, se resistió y, medio en serio medio en broma, se negó a acceder a sus deseos antes de que le concediese lo que pedía. Pero entonces él se tornó violento, y ella, seducida precisamente por su brutalidad, cedió y se derritió bajo sus fuertes manos.

Cuando se separó de él habían vivido un par de horas de placer, pero no había conseguido nada para la causa de Domitila y de los mineos. El emperador no había revelado con ninguna palabra lo que pensaba hacer en relación con el asunto de la Universidad de Yabne.

Incluso los más allegados al emperador pensaban que había llegado el momento de aclarar ese asunto. Era competencia del gran chambelán Crispín decidir cuándo y cómo recibiría el emperador al sumo sacerdote de los judíos. Como egipcio, sentía desde su juventud una profunda aversión por todo lo judío. Había presentado a su emperador un escrito del Doctor Supremo solicitando audiencia, cumpliendo así con su obligación. No desaprobaba que el terco silencio de DDD debilitase progresivamente, hasta hacerla insostenible, la posición en Roma del Doctor Supremo.

Finalmente, los simpatizantes de los judíos trataron de debatir el asunto de Gamaliel en el consejo de ministros. En el transcurso de unas consultas sobre un problema de culto en una provincia oriental Marullo opinó que, a propósito de aquello, convenía aclarar también la cuestión de la Universidad de Yabne. Claudio Regino se hizo eco de la propuesta de Marullo con su acostumbrado coraje disfrazado de somnolencia. ¿Acaso la Universidad de Yabne era un problema?, dijo admirado. Y, en caso de que hubiera algo que dirimir, el asunto ya estaba resuelto por el mero hecho de que la corona hubiera tolerado durante tanto tiempo la presencia en Roma del Doctor Supremo judío. Que a pesar de la presencia de aquel doctor judío no se hubiera procedido contra la Universidad no podía interpretarse de otro modo que como indulgencia, sí, incluso como un gesto de aprobación. Cualquier otra solución era prácticamente impensable si no se quería romper con la política que Roma aplicaba tradicionalmente a los cultos foráneos. La libertad religiosa era uno de los pilares sobre los que descansaba el Imperio. Proceder contra una institución religiosa, como sin duda era Yabne, supondría sin duda para el resto de las naciones sometidas una advertencia sobre sus propios centros de culto. El cierre de la Universidad de Yabne constituiría un peligroso precedente y suscitaría una inquietud innecesaria.

Claudio Regino había elegido con gran habilidad frases que concordaban perfectamente con la ideología del emperador, apelando a Domiciano como guardián de la tradición romana. Ahora escrutaba furtivamente su rostro. Éste no dijo nada; durante un instante lo miró con sus ojos saltones y un tanto miopes, pensativo aunque disperso, y a continuación volvió lentamente la cabeza hacia los demás consejeros. Pero Regino, el eterno observador, sabía que sus palabras lo habían impresionado. Y así era. Domiciano se dijo que los argumentos de su Regino no estaban mal. Pero no le convenían. Pues no estaba dispuesto a que nada mermase su libertad de movimientos: quería tener las manos libres y mantener, por tanto, aquel asunto en el aire. De modo que permaneció sentado, no dijo nada y aguardó a que alguno de sus asesores presentase argumentos en contra de lo aducido.

No podía decirse, explicó efectivamente el gran chambelán Crispín en su griego sibilante y esnob, que en las universidades de Corinto y Alejandría estuviese de moda, o que se considerase de buen tono pensar que la corona se había afianzado precisamente gracias a su silencio. No era la primera vez que se hacía esperar varias semanas, y hasta meses, a un legado, incluso a algún rey bárbaro antes de recibirlos. Todos miraron sorprendidos al emperador al oír que el egipcio, incapaz ya de poner coto a su odio, llamaba bárbaros a los judíos. Pero el emperador no se inmutó.

El ministro de policía Norban interrumpió entonces a Crispín.

—Para ser exactos —dijo—, el simple hecho de que el Doctor Supremo judío acuda a Roma, lo que nadie ha solicitado ni deseado, constituye ya en sí una desfachatez. Si deseaba presentar un ruego o una queja debería haberse dirigido a la instancia correspondiente: el gobernador imperial en Cesarea. Mis funcionarios están de acuerdo en que la insolencia de los judíos no ha hecho más que aumentar desde la llegada de su preboste a Roma. El cierre de la Universidad de Yabne sería un medio adecuado para moderar dicha

insolencia.

Norban se esforzaba en que su ancha y burda cara, sobre la que caían los rizos a la moda de su grueso y negrísimo cabello, pareciese indiferente, y frío su tono. Sin embargo, el emperador no consideró que las torpes frases de su ministro de policía invalidaran las razones de Regino. Allí estaba, disgustado, callado, esperando oír mejores argumentos que las rebatiesen, argumentos que le restituyesen su libertad de acción. En ese momento acudió en su ayuda el consejero de quien menos lo habría esperado, Annius Bassus. El sencillo soldado había sido aleccionado paciente y hábilmente por la dama Dorión, que le había preparado argumentos ideados para hacer efecto en Domiciano y que Annius terminó por apropiarse. Sin duda, explicó tras varios rodeos, era propio del saber y la tradición romanas respetar la vida cultural de los pueblos sometidos y dejar a los pueblos vencidos sus dioses y su religión. Pero los judíos se habían despojado ellos mismos de tal privilegio. Con conocimiento de causa, y por medio de mil argucias, habían impedido al generoso vencedor separar su religión de su política al impregnar su religión de política. Si se les trataba de otro modo que al resto de las naciones sometidas éstas lo entenderían sin sacar falsas conclusiones. Pues los judíos sostenían desde siempre que eran un pueblo excepcional, y eran ellos mismos los que se desgajaban hostiles del pacífico círculo de los países culturalmente autónomos que componían el Imperio. Tampoco su dios Yahvé era como los dioses del resto de los pueblos: no era un dios auténtico, no había ninguna efigie suya, no se le podía colocar en un templo romano como se hacía con las estatuas de otros dioses. Carecía de forma, no era otra cosa que el pertinaz espíritu que animaba la política nacionalista judía. Si realmente deseaban someter a los judíos no debían respetar a aquel dios Yahvé ni a la Universidad de Yabne. Pues Yahvé era sinónimo de alta traición.

Nadie esperaba que el simple soldado Annius Bassus fuese capaz de mantener un discurso tan brillante como aquél. Marullo y Regino se sonrieron: intuían su origen, sospechaban que detrás de aquellos razonamientos estaba la dama Dorión. Pero el emperador escuchó con agrado las frases de su ministro de guerra. Procedieran de quien procedieran, eran una respuesta adecuada a las dudas formuladas por Regino y le procuraban a él, al emperador, la libertad de movimientos que ansiaba.

Ya había oído bastante acerca de aquel Doctor Supremo y su Universidad. Hizo como si ahuyentase el incómodo asunto con un gesto de la mano y dio paso a otro tema.

Al día siguiente, sin embargo, cenó a solas con Júpiter, Juno y Minerva. Una muñeca articulada, vestida con las ropas de Júpiter, provista de una artística máscara de cera que reproducía el rostro del dios, se reclinaba en el diván, y sobre dos sillas altas y doradas se veían sendas muñecas con las máscaras de cera de las dos diosas. El dios Domiciano compartía su mesa con los tres. Los esclavos, que calzaban sandalias blancas, traían alimentos de cuando en cuando; se movían con silenciosa y temerosa diligencia para no perturbar la conversación que Domiciano mantenía con sus invitados, los dioses.

El emperador quería que éstos lo asesorasen en el difícil asunto de aquel dios foráneo Yahvé. Pues, si las voces de sus consejeros estaban divididas, también lo estaban las que resonaban en su interior. Se sentía tentado de destruir con mano firme la Escuela de Yabne, pero también deseaba protegerla. No sabía cómo solucionar aquel problema.

Resulta fácil aplacar a Isis o a Mitra: se les puede erigir estatuas, y hay muchas maneras de apaciguarlos si se ofende a sus seguidores. ¿Pero qué puede hacerse con ese dios Yahvé del que no se guarda imagen ni rostro alguno; que carece de esencia cual trémulo aire febril; inasible, reconocible únicamente en sus perniciosas secuelas?

Annius Bassus le ha contado de qué modo perturbó en su día las mentes de los asediadores la casa de ese Yahvé, el Templo blanco y dorado: «eso», como lo llamaban los soldados. Los volvió medio locos. Tito nunca dejó de temer la venganza de Yahvé tras haberlo ofendido destruyendo su casa. Y lo último que hizo fue disculparse ante el judío Josefo por esa ofensa.

Él, Domiciano, no conoce el temor; pero es el Sumo Pontífice, el representante en la tierra de Júpiter Capitolino. Venera a todos los dioses, y se cuidará muy mucho de ligarse al extraño dios y a su representante. Tratará con sumo cuidado a ese Doctor Supremo, porque los judíos son astutos. Como las tropas de asedio en pleno ataque, refugiados bajo los escudos en formación de tortuga, se ocultan los judíos tras su dios invisible.

Pero quizá no sea más que un embuste. Quizá no exista ese dios invisible.

Sus propios dioses han de ayudarle, aconsejarle. Por eso se ha acicalado y los ha invitado a su mesa, por eso come con ellos, por eso humean en las doradas fuentes piezas de cerdo, de cordero y de ternera.

Se esfuerza por hacer honor a sus invitados; se yergue tratando de conferir a su cara la expresión que le

han dado en sus bustos. La cabeza con la leonina y osada frente descubierta; las cejas levantadas en un gesto amenazador, los ojos llameantes, exigentes; la nariz hinchada, la boca entreabierta: así mira a sus divinos huéspedes en busca de ayuda, de consejo.

Como Júpiter calla y Juno no parece dispuesta a dirigirle la palabra se vuelve hacia Minerva, su diosa favorita. Allí la tiene. La ha despojado del aire infantil, de la barata idealización de que fuera objeto en los retratos más recientes, y le ha devuelto los ojos de lechuza que tuvo un día. Critias, el gran especialista, supo colocárselos. Sí, ante él es la Minerva de los ojos de lechuza. Siente que el animal alberga, al igual que el animal que habita en él, una descomunal fuerza originaria. Con sus propios ojos miopes un tanto saltones contempla los grandes y redondos de la diosa. Se siente profundamente ligado a ella. Y le habla en voz alta sin arredrarse ante los apurados esclavos que se esfuerzan por no oír y que, sin embargo, tienen que oír. Trata de dulcificar su voz estridente, le dice con ternura dedicándole toda clase de lindezas en griego, en latín, cuanto se le ocurre. Protectora de la ciudad la llama: guardiana de las llaves, salvadora, pequeña, amada prócer jamás derrotada, vencedora, ganadora de todos los botines, inventora de las trompetas, sanadora, ingeniosa, agudísima creadora.

Y, curiosamente, por fin se aviene y le habla. Ese Yahvé, le dice, es un dios artero, un dios oriental, un tipo avispado. Querrá engañarte, a ti, al romano, con su Universidad de Yabne. Querrá inducirte a cometer sacrilegio, lo que le permitirá castigarte y arruinarte, pues es vengativo; y, tras haber logrado que envíes al otro mundo a tu hermano, quiere emprenderla contigo y sacudirte. ¡Mantén la calma, no te dejes llevar por tus impulsos, ten paciencia!

Domiciano sonríe con esa sonrisa profunda y oscura tan suya. No, el dios Yahvé no será capaz de jugársela al dios Domiciano. No tiene la menor intención de prohibir esa ridícula Escuela de Yabne. Pero tampoco se lo va a decir al Doctor Supremo. Si el dios Yahvé le exige a él, a Domiciano, paciencia, entonces él, el emperador Domiciano, le exigirá paciencia a ese doctor. Le dejará pudrirse en su miedo. Le dejará derretirse de tanto esperar.

Feliz y agradecido, Domiciano se separa de sus dioses.

Y el Doctor Supremo seguía esperando.

Pronto terminaría la estación propicia del año, el invierno no tardaría en impedir la travesía por mar. Si el Doctor Supremo quería regresar a Judea debía prepararse para partir.

Pero no lo hizo. No le preocupaba que su larga ausencia resultase inquietante, incluso ofensiva para los suyos. En ningún momento reveló cuánto lo irritaba el comportamiento del emperador, el insolente desdén que mostraba hacia el judaísmo que él representaba. Continuó, altivo y afable, recibiendo a los romanos que acudían a visitarlo.

La costumbre exigía que Josef fuese a visitar al Doctor Supremo. Juan de Giscala trató de convencerlo de que lo hiciera, pero Josef se resistía. Ya en Judea había visto a qué grado de crueldad podía llegar el sumo pontífice del judaísmo en aras de su cargo y, aunque su cabeza aprobaba su dureza, su corazón la repudiaba.

Haciendo caso omiso de su ofensa, Gamaliel lo mandó llamar.

El Doctor Supremo había envejecido mucho en los seis años en que habían dejado de verse. En su breve barba rojiza, que, perfectamente recortada en un cuadrado, parecía hecha para mostrar más que ocultar la boca y la barbilla, habían aparecido algunos cabellos grises. Y cuando el imponente y musculoso caballero se creía a solas se distendía su rostro, sus redondos ojos castaños perdían su brillo y su tersura el poderoso mentón.

Gamaliel retomó la conversación allí donde la dejaran seis años antes, como si nada hubiera ocurrido.

—Cuánto lamenté —comenzó— que rechazarais mi oferta de representar nuestra política en Roma y en Cesarea. Contamos con muchas cabezas insignes, pero pocas capaces de ayudar al hombre que está condenado a dirigir la política de los judíos. Me siento muy solo, querido Josef.

—Creo —replicó Josef— que no me equivoqué. La tarea que queríais encomendarme requería dureza y flexibilidad, y yo carezco tanto de la una como de la otra.

También en esta ocasión Gamaliel lo trató con familiaridad. No reveló con ningún gesto que su admiración por él había menguado en aquellos años. Más bien le habló como si se dirigiese a un líder de su mismo rango. Quiso ganárselo, y fingió sentirse obligado a rendirle cuentas de su política.

Trató de demostrarle que los acontecimientos le habían dado la razón, corroborando la necesidad de separar a los mineos de los judíos sin miramientos.

—Lo que necesitábamos —le explicó— era claridad. Ahora la tenemos. Ahora contamos con un único

criterio, además de la fe en Yahvé, por supuesto, para distinguir quién está de nuestra parte y quién no, quién es judío y quién no. Ese criterio es la creencia en que el Mesías ya ha aparecido. Y, por tanto, quien haya perdido la esperanza del renacimiento de Israel, quien renuncie a la reedificación de Jerusalén y del Templo, es ajeno a nosotros. Os lo digo abiertamente, estimado Josef: considero que los padecimientos con los que Dios nos ha golpeado han sido de provecho. La prueba nos ha servido para distinguir entre aquellos que son lo bastante fuertes para seguir confiando y los débiles que se han dejado llevar por el sacrificio que, según dicen, el Mesías crucificado hizo por ellos. Que los mineos ganen adeptos, si así lo quieren, con su dulzón y tentador Evangelio. Yo no me lamentaré por ninguno de los que les sigan, jamás fueron judíos. El Yahvé de los mineos, el llamado Yahvé del mundo entero, no puede salvarse, debemos renunciar a él. De nada nos sirve un dios que se evapora en cuanto tratamos de asirlo, cuando deseamos que nos sostenga. Mediante los ritos y la Ley salvamos al menos al Yahvé de Israel.

Ah, Josef conocía bien esa cantinela. Había visto mil veces cómo el hombre que se lanzaba a la política debía disfrazar su verdad con mil mentiras.

—El que no se limita a difundir una idea —le había oído decir, de hecho, al Doctor Supremo—, el que actúa ha de renunciar a algo. El que escribe no necesita más que cabeza y dedos; el que se lanza al mundo de la acción necesita puños.

No, él, Josef, había hecho bien en retirarse a la vida contemplativa.

—¡Debemos salvar nuestro Yabne! —le espetó entonces con vehemencia el Doctor Supremo—. Se piense lo que se piense de mi política, ¡hay que salvar Yabne! Si desaparecen los setenta y un doctores de Yabne será el fin de los judíos, Yahvé desaparecerá de la faz de la tierra. ¿Es eso un sacrilegio? —se preguntó a sí mismo asustado de haber expuesto sus cuitas tan crudamente ante Josef—. Pero en su corazón, me parece, todo judío piensa como yo —se tranquilizó.

Josef veía el rostro abierto, oscuro y enérgico de aquel hombre. El éxito lo había asentado. Su fiera voluntad había logrado que Yahvé se afirmase mediante una ridícula y minúscula universidad de Judea. El Doctor Supremo había sustituido a Jerusalén por su Yabne, el Templo por su Escuela, el Sanedrín por su Colegio. Ahora tenían dónde ampararse, y quien quisiera destruir el judaísmo tendría que destruir antes Yabne.

Gamaliel hablaba ahora con ligereza, sin darle importancia.

—Ante vos, mi Josef —opinó— puedo llamar a las cosas por su nombre. Naturalmente que la Escuela y el Colegio de Yabne son una institución tan política como religiosa. Precisamente nos esforzamos por empapar la doctrina de política. En nuestra calidad de comentadores de las enseñanzas no hemos aceptado que el Templo haya sido destruido y que el Estado ya no existe. Debatimos los detalles más nimios del servicio divino con el mismo ahínco con el que disponemos los ritos de la vida cotidiana, y les concedemos la misma importancia. Nos acaloramos igualmente al discutir los problemas de jurisprudencia en un ámbito que se nos ha vedado que cuando hablamos del ritual cuya prescripción se nos atribuye. Sí, incluso nuestro programa de estudios dedica más tiempo a aquéllos que al último. ¡Que los romanos traten de demostrarnos dónde termina la teoría y dónde empieza la jurisprudencia práctica, dónde acaba la teología y dónde empieza la política! Lo que hacemos no pasa de ser teología. Si alguien prefiere apelar al Colegio de Yabne a presentarse ante los tribunales imperiales, ¿no es eso un asunto privado? ¿No es nuestro deber informarle si nos pregunta cómo vemos su problema desde la perspectiva de la doctrina? Y ¿debemos disuadirle si decide acatar nuestro dictamen? No podemos obligarle a hacer ni una cosa ni otra. Quizá sólo lo acate para acallar su conciencia. No lo sabemos, desconocemos sus motivos. No nos incumben. Nuestras decisiones no tienen nada que ver en ningún caso con la jurisprudencia del Senado y del pueblo de Roma. Nos limitamos a nuestro ámbito, a la teología, a la doctrina, a los ritos.

Sus gruesos labios, que dejaban al descubierto los grandes dientes muy separados, sonreían pérfidos enmarcados por la barba cuadrada.

Pero su sonrisa no tardó en desaparecer, y de pronto se incorporó. Sus ojos lanzaron chispas y exclamó:

—Decidme lo que pensáis, doctor Josef, decídmelo. ¿No es acaso un milagro que un pueblo, un pueblo entero, practique una disciplina tan descomunal? ¿Que se provea, junto al impuesto por la potencia extranjera al que por fuerza tiene que someterse, de un tribunal voluntario que acata movido por la fuerza de su corazón? ¿Que además de los altísimos tributos que le sonsaca el emperador pague otro impuesto voluntario para conservar a su Dios? ¿No es ese dominio de sí algo grande, divino, único? Creo que nuestro pueblo judío, con ese impulso desaforado de seguir existiendo, de resistir, es lo más excelso, lo más admirable que he visto en esta tierra empobrecida y abocada a las tinieblas.

Josef observaba conmovido el contagioso entusiasmo que ponía ese hombre en todo, pero que no logró anular sus reservas. No era poco lo que había hecho: con admirable agudeza y energía había conseguido

crear un recipiente para contener al Espíritu, que amenazaba con desbordarse. Pero ahora el Espíritu estaba encerrado en ese vaso, y eso significaba limitación, renuncia, abandono. Y lo que se había dejado atrás era algo muy valioso para Josef.

—Los romanos, como es natural —prosiguió entonces Gamaliel, retomando un tono jovial, menos solemne—, temen el principio peligroso, levantisco que adivinan tras nuestra Universidad —en ese momento todo su rostro irradiaba una sagacidad imbatible—, pero no acaban de descubrir de dónde proviene ese peligro. Los romanos sólo son capaces de concebir el mundo cuando lo comprimen en fórmulas; no conocen otro tipo de espiritualidad, en realidad son unos bárbaros. Lo que nosotros hemos hecho, sin embargo, no puede ser condensado en una fórmula jurídica. Nos sometemos en todo, somos serviciales, no nos exponemos, incluso nos hemos opuesto al levantamiento. En una palabra, nadie podrá tocar nuestra Universidad a menos que viole el derecho y la tradición de Roma. ¿Y no es cierto que el emperador Domiciano se siente llamado por sus dioses a proteger el derecho y la tradición romana? Pero tenemos enemigos, muchos y muy poderosos. Ahí están los príncipes Sabino y Clemente y sus secuaces; y el ministro de guerra Annius Bassus y vuestra anterior esposa, Dorión; y toda esa chusma de los mineos. Todos ellos tratan de convencer al emperador de que prohíba nuestra actividad, y a él le agradaría ceder a sus ruegos. Lo único que se interpone entre nosotros y la aniquilación es su respeto por la tradición, por los principios romanos. Por eso vacila entre su, digamos sentido de la justicia, y la antipatía que nos profesa, convenientemente azuzada por nuestros enemigos; y duda, espera, sencillamente no se digna atendernos, no me recibe. Desde su punto de vista, es lo mejor que puede hacer: rehúye su deseo de aniquilar la Universidad de Yabne, pero al mismo tiempo, haciéndome esperar, debilita nuestro prestigio, pone en ridículo a Yahvé y al judaísmo, machaca Yabne.

Josef tuvo que admitir que no era posible describir la situación con más claridad. Gamaliel continuó hablando.

—Yo sé muy bien —dijo con aire pensativo— cómo hay que tratar al emperador. Trataría de atenazarlo con su tradicionalismo, con su religión. Pues, por raro que parezca, este hombre sigue un impulso religioso; mucho de lo que hace y deja de hacer sólo se explica de ese modo. Quizá se trate de una religión retorcida y gentil, sin duda adora a muchos Baales, pero es una religión y a ella debemos atenernos. Habría que servirse de la astucia, habría que convertir a Yahvé en un Baal, en un burdo y grosero ídolo, en una divinidad tal y como él la entiende y la teme. ¿Acaso es eso sacrílego? ¿Os escandalizan mis palabras, pronunciadas por el sumo sacerdote de Yahvé? Hoy más que nunca este sacerdote ha de ser político. Ningún medio es condenable si sirve para que el pueblo de Yahvé supere esta tercera travesía del desierto, para que no sucumba. ¡Ha de vivir! Porque la idea de Yahvé no puede subsistir sin su pueblo.

En ese momento Josef sintió un gran temor. La última frase, que constituía en verdad un terrible sacrilegio y era impía, ¡precisamente en boca del Doctor Supremo! A excesos tan peligrosos podía conducir la política a un hombre que no buscaba más que servir a Dios.

—Sí, yo sabría cómo tratar a este emperador —retomó entonces Gamaliel su discurso—. Pero no me permite acercarme a él. ¡Os confieso —estalló, amargado— que a veces me arde la piel de tanto esperar y de tanta impaciencia! No es por mí, no soy vanidoso; sé encajar las ofensas. Pero no se trata de mí, se trata de Israel. Tengo que conseguir esa audiencia. Pero nuestros amigos, a pesar de su buena voluntad y de sus buenos oficios, han fracasado en esta ocasión. Regino no lo ha logrado, Marullo tampoco, ni Juan de Giscala. Sólo hay un hombre que aún podría conseguirlo: vos, querido Josef. ¡Ayudadme!

Josef se sintió desgarrado al ser interpelado de aquel modo. Le resultaba difícil resistirse a la seducción del Doctor Supremo. La política sin escrúpulos de ese hombre, que había renunciado al dios de todo el mundo para servir al dios de Israel, le repugnaba tanto como lo atraía. Lo que Gamaliel le exigía era acción, diligencia, laboriosidad: precisamente lo que Josef había rehuido conscientemente durante todos esos años. El que quiere actuar debe ceder; el que quiere actuar debe acallar su conciencia. El Doctor Supremo estaba llamado a actuar, ésa era su misión, y tenía cabeza y habilidad para ello. Pero él, Josef, sólo estaba dotado para la contemplación; su tarea era describir la historia de su pueblo y darle sentido. En cuanto intervenía en los acontecimientos se convertía en un chapucero, en un charlatán.

Lo que él, Josef, piensa, dice, escribe, tal vez permitirá que más adelante alguien vea los acontecimientos de hoy tal y como los ha visto Josef; tal vez determinará las acciones de las futuras generaciones. Por el contrario, lo que dice y piensa Gamaliel se transforma inmediatamente en historia; se traduce hoy, y mañana también, en destino. Josef se siente desgarrado, la propuesta de Gamaliel le tienta.

Los muros tras los que tan hábilmente se había escudado para salvaguardar su paz se derrumbaron y le prometió al Doctor Supremo hacer lo que le pedía.

Josef solicitó ver a Lucía, y ella lo convocó para el día siguiente. Lo miró sin ocultar su interés.

—Han transcurrido ya dos años —dijo— desde la última vez que nos vimos; pero al verte ahora me parece que fueran cinco. ¿He cambiado tanto en el exilio, o eres tú? Estoy decepcionada, querido Josefo —dijo con franqueza—. Has envejecido. Y tampoco pareces tan perverso como antes.

Una sonrisa cruzó la cara picada de Josef; de modo que todavía recordaba el grito que había proferido entonces, al contemplar su busto aún sin terminar: «¡Estás maldito!».

—¿A qué te dedicas ahora? —continuó Lucía—. Hace tiempo que no se oye nada de ti. Pareces sombrío —y lo miró con interés—. Es una vergüenza cómo tratan a tus judíos. Esas mezquinas y ridículas rencillas. Cuando mi prima Faustina ha dormido mal le pincha a la camarera que la peina con una aguja en el brazo o en la espalda. Eso puede hacerlo Faustina, pero el Imperio romano no puede tratar así a una nación entera. Como siempre, debo decirte que lamento la opresión que sufrís. Yo también he padecido lo mío en estos últimos años. Ni lo lamento ni preferiría habérmelo ahorrado. La vida sería demasiado gris sin esos altibajos.

Josef se sintió ligeramente dolido al escuchar que Lucía lo encontraba tan cambiado. Recordó la primera audiencia que le concediera una gran dama romana, Popea, la esposa de Nerón; cómo todo su ser se había recogido para la ocasión, fervoroso y lleno de fe en su éxito. Algo de aquel Josefo despertó en él y se tensó.

—No puede negarse —repuso animado— que aceptas tanto lo bueno como lo malo —y la miró fijamente a la cara con la misma insolencia admirativa que antaño dedicara a Popea.

Lucía se rió con su risa plena, poderosa.

—Dime, por favor —le exigió—, por qué querías verme. Pues no creo que hayas venido para rendirme pleitesía. Me has mirado de una forma verdaderamente desvergonzada, en tu mirada había algo de la perversidad del Josefo del famoso busto; cabría pensar que has venido sólo por curiosidad, por ver cómo me ha sentado el exilio. Hace poco tuve ocasión de ver tu busto en el Templo de la Paz: grandioso, aunque, desde luego, no te retrata, porque le faltan los ojos. No debiste negarte entonces, cuando Critias quiso ponértelos. Pero ahora dime, ¿qué te parece mi peinado? Va a causar un gran revuelo.

Había peinado su cabello hacia atrás en varias ondas consecutivas, renunciando a las altas torres que prescribía la moda.

El aire vivaz, tonificante, de aquella mujer refrescó a Josef. Sí, estaba por encima de su hado, ni lo bueno ni lo malo podían con ella; rebosaba vida, su exilio no había hecho más que darle alas.

—Tienes razón, ama Lucía —dijo él—. Realmente, es la desdicha de mis judíos lo que me apena, y he venido para rogar tu favor. Hemos padecido mucho en esta última década. Estamos acostumbrados al dolor, consideramos una distinción que nuestro dios nos someta a pruebas tan duras. Tenemos una obra muy profunda y venerable que trata de un hombre llamado Job, al que Dios golpea para distinguirlo porque quiere hacerle ver que hay un pecado secreto en él, un pecado que ese hombre no podría reconocer de otro modo y que por lo demás sólo es un pecado para muy pocos.

—¿Y qué pecado es ése? —quiso saber Lucía.

—La arrogancia de espíritu —replicó Josef.

—Hm, pecado —dijo Lucía pensativa—. También a mí se me ha puesto a prueba, pero no por ello me he preguntado por mis pecados. No sé si poseo esa arrogancia espiritual de la que hablas. En realidad, no lo creo. No me cambiaría por nadie, me gusta cómo soy. Sea como fuere, me parece que tú eres mucho más arrogante que yo, querido Josefo.

—El escritor Flavio Josefo —respondió Josef— no es demasiado arrogante, confío. El judío Josef ben Matatías sí lo es. Pero una cosa es la arrogancia de un individuo y otra muy distinta el orgullo espiritual de un pueblo. No es un pecado que nosotros, los judíos, nos sintamos orgullosos de nuestro Yahvé y de nuestra espiritualidad. Creo que el mundo no puede prescindir de nosotros. Nos necesita. Somos la sal de la tierra.

La serena convicción con que hablaba animó a Lucía.

—¿Y qué pueblo —opinó sonriente— no cree ser el elegido? Los griegos lo creen, los egipcios, vosotros los judíos. Únicamente los romanos somos realistas en eso. Dejamos que los demás sean la sal de la tierra: nosotros nos conformamos con utilizarla y dominar a los demás.

Pero Josef no sonrió como ella había esperado, sino que se puso serio.

—¡Si así fuera! —replicó excitado—. ¡Si realmente os conformarais con eso! Pero no es verdad. No sólo aspiráis a dominarnos. Sólo los locos se rebelan contra vuestro dominio. Castigadlos tan duramente como queráis, nosotros no protestaremos. Pero queréis arrebatarnos nuestra alma. Por eso estoy aquí, ama Lucía. ¡Ruega al emperador que desista! ¡Dejadnos nuestra alma! ¡Dejadnos nuestro dios! ¡Dejadnos nuestro Libro, nuestra doctrina! Hasta la fecha Roma siempre permitió que los pueblos conservasen a sus dioses. ¿Por qué quiere arrebatarnos ahora el nuestro?

Lucía arqueó las cejas muy por encima de los ojos, excesivamente separados.

—¿Quién quiere arrebataros vuestro dios y vuestra doctrina? —le replicó con un gesto de rechazo.

—Mucha gente lo desea —respondió Josef—. Empezando por tu prima, la princesa Julia. Quieren cerrar nuestra Universidad de Yabne, que se fundó con el beneplácito de Vespasiano. Es una pequeña universidad donde se enseña teología, un lugar de culto, nada más. ¡Ayúdanos, querida Lucía! —dijo insistente, con familiaridad, sin aplicarle su título—. Realmente, no pedimos otra cosa que libertad espiritual, una libertad que nada le cuesta a Roma; que no amenaza a su dominio. Pero eso es precisamente lo que no quieren concedernos. Por puro odio. Nos impiden acceder al emperador porque temen que lográsemos convencerlo. Hace meses que le aconsejan no recibir a nuestro Doctor Supremo.

—Ah, ese Doctor Supremo —dijo Lucía con cierto desdén— del que tanto se habla.

Josef repuso:

—Todos preferiríamos que no se hablase tanto de él.

—¿De modo que os resulta vital —preguntó Lucía— que el emperador lo reciba?

—Si pudieras conseguirlo —le replicó Josef— prestarías un gran servicio a mi pueblo, que tiene mejor memoria y es más agradecido que ningún otro.

—Lo has expresado con mucha elegancia, querido Josefo —dijo Lucía riéndose—. Pero conmigo esos argumentos no valen. Me importa muy poco lo que se piense de mí una vez muerta. No creo que haya vida en el Hades o donde sea. Cuando me incineren creo que poco podré beneficiarme ya de vuestro agradecimiento.

Meditó unos minutos.

—Por otra parte, no sé —dijo— si podré ayudarte aunque quisiera. El emperador está reticente conmigo —le confió— y me niega cualquier favor. Reñimos mucho. Le salgo demasiado cara.

Y, con afable franqueza, le refirió:

—¿Sabes que cada vez soy más avariciosa? La vida me parece fabulosa y precisamente por eso con los años me vuelvo más exigente. Tengo que tener cuadros, estatuas, cada vez más; deseo construir, quiero joyas, teatro, más esclavos, fiestas en las que no se escatime nada. En los últimos tiempos derrocho sumas inmensas. Y los judíos entendéis bastante de dinero, eso hay que admitirlo. Ahí tenemos a Regino, aunque sólo lo sea en parte, y ahí está ese hombre de los muebles, Cayo Barzaarone, y otro al que trato a veces, cierto Juan de Giscala: un tipo divertido, socarrón, lanzado. Todos están haciendo dinero, mucho y con poco esfuerzo. El último incluso ha conseguido bajar mis precios. Ya ves que sé apreciar vuestros méritos y que os tengo en gran estima.

A continuación se puso seria.

—¿De modo que Julia quiere cerrar vuestra universidad, dices?

—Sí, Julia —confirmó Josef, que había mencionado su nombre intencionadamente.

—Hace algunas semanas que goza del favor de Varriguita —meditó Lucía— mientras que yo estoy prácticamente eclipsada. ¿Qué clase de hombre es tu doctor? —inquirió—. ¿Es un santo o un político?

—Ambas cosas —le replicó Josef.

—Hm, entonces será un gran hombre —opinó Lucía—. Pero ¿cómo convenceré a Varriguita?

—Tal vez expresando el deseo de verlo —le propuso Josef—. En tal caso se vería obligado a recibirlo antes. Es impensable que el Doctor Supremo te presente sus respetos, ama Lucía, antes de haber rendido honores al dios Domiciano.

—Realmente, eres un hombre de corte —le dijo Lucía con una sonrisa—. ¿En verdad es tan importante para vosotros que le procure una audiencia en el Palatino a tu doctor?

—Sabía que nos ayudarías, querida Lucía —respondió Josef.

Durante todos esos días en que Domiciano no ha visto a Lucía se ha repetido sin cesar todo lo que habla en su contra. Lo humilla, se burla de él. Tampoco está descartado que tenga un nuevo amante. Ha acariciado la idea de juzgarla por segunda vez por adulterio de acuerdo con sus recientes disposiciones, más severas, o enviarla al exilio y a la muerte sin juicio previo. Pero después se imagina su temeraria y altiva cara con la frente pura e infantil, y la nariz larga y poderosa, y cree escuchar su risa. ¡Ay, no podrá amedrentarla con las represalias del Senado! Podrá matarla, pero no asustarla. Y si la manda matar será mayor su castigo que el de ella, pues después ya no tendrá más padecimientos mientras que él sí.

Se alegra de que, tras resistirse levemente, Julia le haya permitido acercarse de nuevo a ella. Aparentemente ha sido injusto, ella lo ama y el fruto de su vientre era hijo suyo. Lástima que lo que Norban y Mesalino han logrado descubrir en el caso de su esposo, Sabino, no baste, según ellos, para aniquilarlo sin

suscitar comentarios que podrían perjudicarlo. Pero tal vez incluso le compense tolerar esos chismorreos. Julia lo merece. Sin duda la ha menospreciado. No es nada tonta; hace poco, por ejemplo, hizo un comentario ingenioso e irónico sobre un noble y aburrido poema del poeta de corte Estacio, que él mismo no habría podido mejorar. También le agrada su aspecto, sobre todo desde que ha perdido esa opulencia. Basílides debe retratarla por tercera vez. Es una mujer hermosa, una auténtica Flavia, una romana, una mujer digna de ser amada. Podría sustituir a Lucía.

Jamás podrá sustituir a Lucía. Lo supo en el instante en que Lucía entró a verlo. Todo su rencor contra Lucía se disipó como por ensalmo. Se admiró de su aspecto, alto e imponente a pesar de su sencillo e infantil peinado. Julia se le antojó de pronto ridícula. ¡Cómo ha podido pensar en deshacerse de Sabino por su causa y poner en tela de juicio su deber como mandatario y su popularidad! ¡¿Cómo ha podido tolerar siquiera a Julia por tanto tiempo, sus eternas quejas de niña, su susceptibilidad ante la menor ofensa, esos ademanes tibios, quejumbrosos?! Ahí tiene a su Lucía con su arrojo, su orgullo, su naturalidad; es una auténtica romana, la mujer que le corresponde.

Lucía, con su desparpajo natural, constató primero que su calva había crecido poco y nada su barriga. A continuación se lanzó directamente sobre su objetivo.

—He venido —dijo— para darte un consejo. Hace tiempo que está en la ciudad el preboste de los judíos, el Doctor Supremo Gamaliel, esperando a que lo ratifiques en su cargo. Con este hombre no te estás comportando como deberías. Si quieres cerrar su Escuela me parece que el *Imperator Domitianus Germanicus* debería tener el valor de decírselo a la cara. Pero no recibirlo ni rechazarlo, no replicarle con un sí ni con un no, son métodos que me recuerdan a la época en que aún se te llamaba Chiquillo o Frutito. Yo pensaba que esos tiempos habían pasado tras la muerte de Tito, desde que subiste al trono. Lamento esta recaída.

Domiciano sonrió.

—¿Has dormido mal, Lucía? —preguntó—. ¿O es que te han salido mal los negocios? ¿Has calculado mal un suministro de tu tejar?

—¿Recibirás al Doctor Supremo? —insistió Lucía.

—Parece que te interesas mucho por ese hombre —opinó Domiciano, y su sonrisa se tiñó de maldad.

—Entonces lo recibiré yo —dijo Lucía decidiéndolo en ese instante y subrayando levemente el «yo»—. Causará cierto revuelo que lo llame. A él mismo le parecerá impropio comparecer ante mí antes de que lo recibas tú.

—Eso sólo le atañe al gran chambelán Crispín —respondió Domiciano.

—Te lo advierto, Varriguita —dijo entonces Lucía—. ¡No intentes escabullirte! No arregles este incómodo asunto como has hecho con otros que no mencionaré. No envíes al hombre de regreso antes de haberlo escuchado. ¡No te lo quites de encima! El exilio al que me condenaste no me vino mal. Si sigues actuando de este modo en el asunto del Doctor Supremo puede ocurrir que yo misma me exilie.

Cuando se marchó Lucía, se dijo el emperador que, con sus amenazas, no había hecho más que arramblar contra puertas que ya estaban abiertas, porque, aunque había tratado de reblandecer un poco a esos levantiscos judíos amedretándolos con la tensión y la espera, él, a quien se le había encomendado la protección de los dioses de todos los pueblos, nunca había pensado seriamente en arrebatarle su santuario al Doctor Supremo y a los suyos. Sin embargo, ahora, tras la visita de Lucía, no se decidió a liberar a los judíos de su temor, sino que continuó callado, los dejó esperar, no hizo nada.

El único que padeció por el momento las consecuencias de la intervención de Lucía fue el gran chambelán Crispín. Cuando a la mañana siguiente se presentó en el Palatino perfumado y acicalado como siempre el emperador le preguntó:

—Dime, querido: según tú, ¿qué es un bárbaro?

—¿Un bárbaro? —preguntó perplejo Crispín. Vacilante, trató de definirlo—: Un ser ajeno a la civilización griega y romana.

—Hm —dijo Domiciano—, los judíos de mi ciudad de Roma, ¿hablan griego o no? Y los judíos de Alejandría, ¿hablan griego o no? ¿Por qué, entonces —estalló sonrojándose hasta la raíz del pelo—, han de ser los judíos más bárbaros que, por ejemplo, vosotros los egipcios? ¿Por qué ha de esperar ese Doctor Supremo más para ser recibido que tu sacerdote de Isis Manetón? ¿Acaso crees, tipejo, que porque gastas al año cinco talentos en perfumes eres más civilizado que mi historiador Josefo?

Crispín había retrocedido unos pasos; su esbelto cuerpo tiritaba bajo la blanca túnica de gala; su hermosa, insolente y viciosa cara palideció hasta volverse verde bajo el maquillaje marrón.

—¿Debo —farfulló— citar entonces al Doctor Supremo?

—¡No debes hacer nada! —exclamó Domiciano con la voz quebrada—. ¡Lo que has de hacer es largarte! ¡Retírate a meditar! —El gran chambelán se alejó rápidamente, compungido y sin saber qué pensar de aquel arrebato, sin saber qué hacer.

Y el Doctor Supremo seguía esperando, y el emperador seguía dudando; nada cambió.

Ocho días después de la visita de Lucía llegó al Palatino un correo con la pluma que anunciaba malas noticias: traía un despacho de la guerra dacia.

Domiciano estudió los informes encerrado en su gabinete. Su general Fusco había sufrido una funesta derrota. Alentado por el rey Diurpan se había adentrado excesivamente en territorio dacio, donde encontró la muerte junto con gran parte de su ejército. La legión vigésimo primera, la «Rapax», había sido prácticamente aniquilada.

Domiciano tomó con gesto mecánico la cápsula con las terribles noticias, la levantó y volvió a dejarla sobre la mesa. Parte de los papeles yacían dispersos sobre la mesa, el resto revoloteaba por el suelo. Domiciano recogió con expresión ausente parte de esos papeles, los arrugó y volvió a alisarlos, colocándolos con gran cuidado sobre la mesa. El único responsable de ese Fusco que se había dejado ganar de aquel modo era él, Domiciano. Le había encomendado el mando en contra del parecer de Frontín y de Annius Bassus, que le recordaron su excesivo arrojo y su inconsciencia. Sin embargo, él había insistido. El valor de Fusco debía contrarrestar la prudencia de Bassus y de Frontín. La derrota de Dacia era culpa suya.

Y, a pesar de todo, sus cálculos no eran erróneos. Con esperar no se llega a la meta. Las legiones estaban preparadas, bien equipadas, la aventura también podría haber tenido éxito. Era una jugarreta del destino que esa guerra terminase tan mal.

¿Se trataba de una coincidencia o de una advertencia dirigida a él en particular? El rostro de Domiciano se tensó de pronto adoptando una expresión casi idiota. Lo que ha ocurrido allá abajo, en Oriente, no es producto del azar, sino un acto de venganza, la venganza de un dios: de ese dios Yahvé. No debería haber hecho esperar tanto tiempo al sumo pontífice de ese Yahvé. Tiene poder sobre Oriente ese dios Yahvé, y para denigrar al emperador romano ha inspirado a Diurpan su rastrera y artera estrategia.

Nada podía hacer ya sino ceder, replegarse cuanto antes. No es tan estúpido como para seguir luchando contra Yahvé. Debe poner fin, cuanto antes y definitivamente, a su litigio con ese dios. Recibirá al Doctor Supremo. Le expresará toda clase de parabienes para él y su ridícula Universidad de Yabne.

Cuando a la mañana siguiente apareció Crispín le preguntó el emperador con fingida amabilidad:

—¿Por fin has citado al Doctor Supremo y a su gente?

—Ah, no sabía… —le replicó Crispín enajenado— no deseaba precipitar vuestra decisión…

—¿Qué quiere decir que no sabías, que no deseabas… qué? —le interrumpió con vehemencia el emperador—. Yo sí quiero. ¿Es que no te basta? ¡Por Hércules, menudo botarate que tengo por ministro!

—Entonces emplazaré al Doctor Supremo para mañana —propuso precavido Crispín.

—¿Para mañana? —le espetó indignado el emperador—. ¿Crees que voy a encontrar de un día para otro la forma de reparar la ofensa que has infligido con tu estulticia al sacerdote y a su dios? ¡Cita al doctor dentro de cinco días! —le dijo, despidiendo al gran chambelán con cajas destempladas—. En el Albano, ¿me oyes?

—¿En el Albano? —preguntó Crispín sorprendido. Las recepciones oficiales de los legados extranjeros solían tener lugar en el Palatino; que el emperador citase al doctor judío en el Albano contravenía todas las normas—. ¿En el Albano? —preguntó, por tanto, Crispín; pensó que tal vez había entendido mal. Pero el emperador corroboró su orden:

—Sí, en el Albano. ¿Dónde si no?

Domiciano se fue al día siguiente al Albano. Resulta humillante verse obligado a recibir a ese Doctor Supremo y a sus judíos, y sin duda esos mozalbetes lo tomarán como una aceptación de su derrota. Ha de encontrar algo para aplacar sus humos y amargarles la alegría por la salvación de su Universidad. Pero debe proceder con cuidado; ya ha podido comprobar que ese misterioso dios invisible, Yahvé, es pérfido y vengativo.

Sus ministros no le servirán de nada en este caso. Se trata de un asunto demasiado elevado y refinado para el simple soldado Annius Bassus, para el elegante cabezahueca de Crispín o el violento Norban. Marullo y Regino sí entenderían su propósito, pero no son imparciales. No, sólo puede debatirlo consigo mismo.

Se pasea de un lado a otro por los jardines del Albano. Permanece largo rato delante de la jaula de una pantera; el hermoso animal lo mira con sus ojos soñolientos, amarillos, peligrosos. Su misantropía, que en

ocasiones parecidas le ha hecho concebir brillantes planes, lo deja esta vez en la estacada. No encuentra nada que le permita herir a los judíos sin exponerse a la justa venganza de su dios.

Manda llamar a Mesalino. Se pasea con él por la amplia y artística diversidad de su parque. Hace como si le importase mucho apartar la menor ramita de su camino, pero no deja de observar regocijado cómo el hombre tropieza aquí y allá y con qué temor lo oculta. Detrás, el enano Sileno imita los dignos movimientos de Mesalino, que tratan de aparentar naturalidad.

Domiciano llevó a su huésped a una sala subterránea abovedada. El amplio palacio, en el que llevaban trabajando ya diez años, aún no estaba concluido, y el emperador no sabía a qué destinaban sus arquitectos aquella estancia tan solitaria, a medio terminar. A la entrada había una escalera de bastos escalones. El suelo, de tierra, era desigual; en un rincón había un montón de arena, la estancia estaba húmeda y reinaba una oscuridad que contrastaba con la fresca y otoñal claridad de la tarde.

Domiciano ahuyentó a su enano y condujo a Mesalino a una especie de escalón, en el que le permitió sentarse. Él mismo se puso en cuclillas a su lado. Allí permanecieron ambos, en el oscuro y mohoso agujero, el emperador y su consejero ciego, y aquél rogó a éste que lo ayudase en su difícil litigio con Yahvé. Sí, ante ese ciego más siniestro y misántropo que él mismo puede hablar. Y se deja llevar, y le cuenta el rencor que lo reconcome. Debe dejarles su Escuela a los judíos, debe recibir al Doctor Supremo; desdichadamente no puede escabullirse por más tiempo. Pero ¿cómo podría arruinarle al Doctor Supremo el placer de seguir con la Escuela sin suscitar la venganza de su dios?

Mesalino está sentado en el escalón con la oreja hacia el que habla, como es su costumbre. En la penumbra que los rodea, que sólo permite reconocer los contornos, su imponente figura parece doblemente abultada. El emperador ha terminado, pero Mesalino sigue inmóvil, sin abrir la boca. Domiciano se levanta. Con pasos quedos, para no molestar a su consejero en sus meditaciones, se pasea de un lado a otro por el suelo desigual de la sala. Hay toda clase de animales, ciempiés, una salamandra.

Pasados unos minutos, Mesalino deja que sus pensamientos se traduzcan en palabras.

—A nosotros no nos resulta fácil —sopesa con una voz que suena sorprendentemente clara, amable y halagadora procediendo de un hombre tan siniestro y corpulento— entender las supersticiosas creencias de esos judíos y sus rencillas. Por lo que yo sé, los enemigos más acérrimos de esa Escuela de Yabne no se encuentran entre nosotros, los romanos, sino entre los propios judíos. Se trata de los adeptos de una secta judía, de gentes que han erigido en dios a un esclavo crucificado, un tal Jesús, y a quienes llaman mineos o también cristianos, de los que sin duda has oído hablar, mi amo y dios. Lo que distingue la superstición de esos cristianos de la del resto de los judíos radica, según lo que he podido colegir de sus confusos discursos, es que los primeros, los cristianos, consideran que su salvador, Mesías lo llaman en su lengua, ya ha venido al mundo en la persona de ese esclavo crucificado al que veneran. Los demás suponen que el salvador que Yahvé les ha prometido aún está por venir. En principio, estas rencillas deberían dejarnos indiferentes, pero no cabe duda de que son el motivo por el cual los cristianos tratan de atacar a la Escuela de Yabne. De todo ello podemos concluir que la esperanza en la llegada de un Mesías constituye la doctrina sustancial de esa Universidad. Se dice que Yabne ejerce cierta influencia política. De ser cierto, dicha política tendrá sin duda algo que ver con la doctrina del salvador que ha de llegar.

Domiciano se había detenido poco después de que el ciego comenzara a hablar, lo había escuchado atentamente, poniéndose de nuevo en cuclillas a su lado.

—Si no te he entendido mal, querido Mesalino —dijo pensativo—, estás diciendo que ese salvador, el Mesías, me disputará mi provincia de Judea.

—Sí, precisamente eso quería decir, mi amo y dios Domiciano —le llegó la afable y clara voz del ciego —. Y ningún dios podría reprocharte que te defendieras y lucharas contra ese Mesías para conservar tu provincia.

—Interesante, muy interesante —reconoció el emperador—. Si pudiera deshacerme de ese Mesías —meditó— también me desharía del Doctor Supremo, y sin que se me castigase por ello. Me da la impresión de que estás sobre la pista adecuada, mi astuto Mesalino.

Y como Mesalino no pareciera tener nada más que decir, Domiciano prosiguió:

—El salvador, el Mesías. Quizá nos pueda servir de ayuda en esto el judío Josefo, que en su día saludó al Mesías en la figura de mi padre aunque no sé en qué medida estaría todo amañado. Sea como fuere, no resultará fácil sonsacarle algo a ese judío sobre sus doctrinas secretas, son muy tozudos. A pesar de todo, intuyo que tu consejo me será muy útil, querido Mesalino. ¿Querrás seguir ayudándome en este asunto?

—Si ese Mesías tiene algo de invisible —replicó Mesalino— como el propio Yahvé, me temo que no podré ayudarte, emperador Domiciano. Pues la pista entera sería falsa, ya que no se trataría de un pretendiente terrenal, y Yahvé tendría el derecho de protegerlo y enfrentarse a ti. Pero si resultara que el

Mesías es de carne y hueso, tangible, entonces tendríamos todo el derecho de perseguirlo. Daremos con él y neutralizaremos esa Escuela de Yabne y al que la secunda.

—¡Silencio, silencio —respondió Domiciano con la voz ahogada—, no lo digas tan alto, Mesalino! ¡Piénsalo, pero no lo digas en voz alta, precisamente porque podrías tener razón! En cualquier caso, te doy las gracias —continuó aliviado—. Y te ruego que medites cómo y por qué medios podríamos dar con ese Mesías. ¡Quedo a la espera de tus propuestas, querido Mesalino! No olvides que este asunto me reconcome y que no dormiré bien hasta que lo solucione.

Mesalino regresó a Roma, pero al tercer día volvió junto a él.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Domiciano.

—No osaría —replicó Mesalino— presentarme ante el amo y dios Domiciano con las manos vacías. He averiguado lo siguiente: el Mesías que ha de reedificar a los judíos su Templo y su Estado y que arrebatará al emperador romano la provincia de Judea no es un ente espiritual. Es más bien de carne y hueso y muy tangible para la policía. Además, está provisto de una marca bien clara. Pues, de acuerdo con los judíos, el Mesías, el que reclamará el derecho a su trono, pertenecerá a la estirpe de un viejo rey judío, un tal David. De acuerdo con la opinión de la Escuela de Yabne y de todos los judíos, sólo él podrá ser su rey y Mesías. También el esclavo judío al que crucificaron y que los mineos veneran como su dios descendía, a lo que parece, de ese antiguo rey judío. Me han referido que aún quedan descendientes de esa estirpe. No me han podido dar cifras exactas. Dicen que hay varios, aunque son escasos: gentes de diverso rango. Dicen que hay entre ellos un pescador, un carpintero, pero también un sacerdote y un gran señor. En cualquier caso podremos dar con ellos, aprehenderlos, y neutralizar así la fuerza política de la Escuela de Yabne.

—Eso está muy bien, querido Mesalino —admitió Domiciano—, es una pista importante. ¿Me estás diciendo que basta con hacerse con los descendientes de ese rey judío para acabar con la Universidad de Yabne, y tal vez también —prosiguió temeroso y anhelante— con el Invisible que la alienta?

—Creo que es conveniente —replicó la agradable y clara voz del ciego— anular la influencia de esas gentes. Sin duda, entonces cederá la tensión que atenaza a la provincia de Judea.

—¿Y crees, querido Mesalino —continuó indagando Domiciano— que no será difícil descubrir a ésos que, de acuerdo con la citada ley no escrita, aspiran a ocupar el trono de los judíos?

—No será fácil —meditó Mesalino—. Se trata de una doctrina secreta, no está escrita en ninguna parte. No hay listas —sonrió.

—También es verdad que no distinguen particularmente a esos descendientes de David; ellos mismos no ocultan quiénes son, pero tampoco van proclamándolo. Tienen algo de ridículo esas gentes, pues están, como se dice, llamados, pero únicamente hay un elegido, y probablemente no sean sino el padre o parientes lejanos de quien ocupará ese cargo.

—Te doy las gracias, estimado Mesalino —respondió el emperador—. Daré órdenes a Norban y al gobernador Pompeyo Longino de que inicien las investigaciones. Pero dado que, como has dicho, la tarea no es fácil, sería bueno que tú mismo te pusieras manos a la obra y trataras de descubrir qué personas pertenecen a esa categoría.

—Estoy a tu entera disposición —le respondió el ciego.

Los miembros de la delegación judía se dirigían al Albano en dos carrozas. Los acompañaba Josef, a quien el emperador había ordenado que acudiese a su mansión con el Doctor Supremo y su cortejo.

Gamaliel y Josef iban en el primer carruaje con los doctores Ben Ismael y Chilkias, que representaban a las corrientes más moderadas de Yabne. Gamaliel vestía la túnica de gala. A pesar de que por lo general tenía un aspecto muy romano incluso con la barba, ese día su romanidad semejaba un disfraz. No parecía el experto político que conocían Roma y Judea, sino más bien uno de esos judíos fanáticos y reconcentrados que van por el mundo sin reparar en lo que los rodea, ocupados tan sólo con Yahvé, el dios de su alma. Y fue a Dios a quien el Doctor Supremo buscó dentro de sí durante el trayecto; lo llamó sin permitir que nada lo distrajera de sus fervorosos ruegos: ¡Señor, dame las palabras rectas ante este romano! ¡Señor, haz que conduzca con bien los asuntos de tu pueblo! ¡Señor, no por mí ni por nosotros, sino por las generaciones venideras, danos fuerza a mí y a mis palabras!

Si en el primer carruaje reinaba el silencio no ocurría lo mismo entre los pasajeros del segundo. Los que llevaban en él la voz cantante eran los representantes de la corriente más dura de Yabne: los doctores Helbo y Simón, llamado «el Tejedor». Con acres palabras expresaban su pesar por acudir a ver al emperador, contra su consejo, precisamente aquel día, víspera de sábado. Posiblemente anocheciera antes de su regreso y comenzase el sábado, y los preceptos rituales prohibían viajar por el campo ese día. De modo que, ya

desde un principio, la empresa entera corría peligro por exponerse a violar las leyes de Moisés. Si les hubieran hecho caso se le habría comunicado al emperador que la legación lo visitaría dos días más tarde. Pero Gamaliel los forzó, abusó de su autoridad y les obligó a montar en la carroza; sí, incluso llegó a ordenarles que cambiasen su vestido judío por la túnica romana. Debatían con ahínco un problema teológico: cuántas de las trescientas sesenta y cinco prohibiciones contravenían ese viaje, y cuántos de los doscientos cuarenta y ocho preceptos violaban por emprenderlo. Además, el Doctor Supremo había solicitado que los acompañase Josef ben Matatías, el hombre que había traicionado a Israel entregándolo a Edom. Sería necesario, por tanto, que ellos, los doctores de la corriente más estricta, se mostrasen firmes para tratar de impedir que Gamaliel cediese durante la audiencia a su peligrosa tendencia a aceptar compromisos, adulterando así los principios de Yabne.

El Doctor Supremo, a quien extrañaba que no lo hubiesen citado en el Palatino sino en el Albano, se sintió doblemente sorprendido ante el recibimiento que encontraron allí él y sus acompañantes. Le habían contado muchas cosas del complejo y suntuoso ceremonial que se observaba en las audiencias imperiales. Pero allí, en el Albano, él y sus caballeros no fueron conducidos a una sala de espera o a la de la audiencia, sino que los guiaron por extraños vericuetos atravesando el amplio parque, cruzando bellos jardines, altos y minúsculos puentes, estanques, macizos de arbustos bellamente recortados y parterres.

Era un caprichoso día de otoño; el cielo mostraba su azul más intenso, manchado de gruesas nubes blanquísimas. Los doctores tenían las piernas entumecidas del viaje. Ahora avanzaban dando traspiés por los interminables senderos, subiendo y bajando por las terrazas y las largas y retorcidas escaleras.

Por fin avistaron al emperador. Lo acompañaban varios consejeros. Josef reconoció al ministro de policía Norban, al ministro de la guerra Annius Bassus, y al amigo del emperador, el senador Mesalino. Domiciano llevaba puesta una ligera túnica gris, su rostro estaba aún más sonrosado que de costumbre por la fresca brisa y parecía de buen humor.

—¡Ah, aquí tenemos a los doctores de Yabne! —dijo muy animado con su potente voz—. No he querido posponer por más tiempo nuestro encuentro —añadió volviéndose hacia Gamaliel—. Ni siquiera dos horas más, hasta que concluya mi visita a las obras. Ahora, desde luego, debéis permitirme que termine lo que he venido a hacer mientras conversamos. Éstos de aquí —les presentó— son mis arquitectos Grovius y Larinas, de quienes sin duda habréis oído hablar. Y ahora continuaré con mi visita mientras charlamos. Primero veremos el pequeño teatro de verano que estoy construyendo para la emperatriz.

Se pusieron de nuevo en camino. Los doctores judíos, extrañados por semejante recibimiento, los siguieron tropezando constantemente. No concordaban con aquel entorno, y lo sabían. El emperador en cambio avanzaba a grandes zancadas y se dirigía al Doctor Supremo hablándole por encima del hombro.

—Parece que se habla mucho de vuestra Universidad de Yabne. Se lamentan de que sois un hatajo de levantiscos. Os estaría muy agradecido, santo doctor, si pudierais instruirme a ese respecto.

El Doctor Supremo era un hombre prudente que sabía adaptarse a cualquier situación. Manteniéndose siempre medio paso por detrás del emperador, le replicó:

—No entiendo cómo nuestra tranquila actividad de docentes ha podido dar pie a semejantes comentarios. Nuestra única preocupación es interpretar las viejas enseñanzas de nuestro dios y adaptarlas a las necesidades de la comunidad actual, una comunidad enteramente religiosa, apolítica; establecer los preceptos de una vida que da al emperador lo que es del emperador y a nuestro dios Yahvé lo que le corresponde. Nuestra máxima es: los preceptos del Gobierno son también preceptos religiosos. Gracias a esta norma básica hemos anulado de una vez para siempre cualquier conflicto de competencias o de conciencia.

Entre tanto, habían llegado a las obras. Estaban ante los cimientos del pequeño teatro. El emperador se quedó de pie, mirándolo; no era seguro que hubiera escuchado y entendido las palabras del Doctor Supremo. De cualquier modo, no le replicó, sino que se volvió a su maestro de obras diciéndole:

—La vista desde el escenario, con el mar al fondo, es aún más bella de lo que había esperado. Pero tal vez debamos ampliar el escenario, como había propuesto al principio, en dos metros.

Y, sin detenerse, se volvió bruscamente hacia el Doctor Supremo:

—Pero todo ese bello discurso, ¿no será mera teoría? ¿No atenta contra el Estado? ¿No habéis erigido en rey a vuestro dios, de modo que sus preceptos anulan de por sí todo precepto del Senado y del pueblo de Roma? ¿No es cierto que los líderes del ruin levantamiento se apoyaron también en vosotros y en vuestras enseñanzas?

El arquitecto Larinas le comentó entonces:

—Si hubiéramos ampliado el escenario, el edificio entero habría perdido ese carácter de diminuto joyero que el amo y dios Domiciano deseaba conferir al teatro de la emperatriz.

El Doctor Supremo dijo:

—Hemos condenado a todos los que apoyaron la revuelta.

El emperador repuso:

—Quiero ver la obra desde ese lado. Todavía no estoy seguro de que tengáis razón, estimado Larinas.

Mientras se dirigían al otro flanco del pequeño teatro Annius Bassus trató de provocar a los ilustres judíos a su manera jovial y ruidosa:

—Sí, estimados doctores, habéis condenado a los levantiscos; pero sólo después de que el levantamiento fracasara y aquéllos murieran.

El emperador contempló las obras.

—Tenéis razón, mi Larinas —se decidió—, estaba equivocado. No tendría sentido ampliar el escenario.

El doctor Chilkias contradijo amablemente a Annius Bassus:

—No habría podido ser de otro modo. Las formalidades son muchas, y cualquier dictamen nos lleva al menos seis semanas por mucho que nos apresuremos.

—Bien —dijo el emperador—, ahora enseñadme el pabellón. —Y volvieron a ponerse en camino con grandes alharacas hasta llegar a un pequeño edificio abierto en todos sus frentes—. ¿Os imagináis, santo doctor —dijo el emperador volviéndose animado hacia el Doctor Supremo y señalándole las frágiles columnas que se elevaban hacia lo alto— el aspecto que tendrá una vez terminado? ¿No parece de encaje, tan fino y ligero? Imaginaos cómo contrastará con el azul del cielo en las cálidas tardes de verano. ¡Por Hércules, querido Grovius, aquí os habéis lucido! Sí, ¿y qué pasa con vuestro Mesías? —le espetó entonces súbitamente a Gamaliel—. Me han dicho que enseñáis doctrinas ambiguas sobre cierto Mesías que vendrá, se proclamará rey y restituirá vuestro Estado. Si las palabras tienen algún sentido, eso sólo puede significar que ese Mesías me arrebatará mi provincia.

Los doctores se sobresaltaron al oírle hablar del Mesías. Domiciano hablaba en griego por deferencia hacia los doctores orientales, aunque algunos tenían dificultades en seguirle. Pero todos comprendieron estas últimas frases y su pérfido sentido. Allí estaban, barbudos, inermes, perplejos, perdidos en aquel lugar insólito; el cenador de verano se elevaba delicado ante las pesadas figuras.

Sin embargo, el Doctor Supremo mantuvo la compostura. La llegada del Mesías, le explicó, es una profecía de carácter genérico que nada tiene que ver con la política. El Mesías es una manifestación de Dios, más allá de toda representación real, y pertenece al ámbito de lo puramente espiritual. El emperador ha de representárselo como una idea platónica. Cierto que hay personas que vinculan imágenes reales a la doctrina del Mesías. Esas gentes se llaman mineos, o también cristianos de acuerdo, precisamente, con la denominación griega de la palabra Mesías. Y extraen consecuencias prácticas de esa profecía. Veneran a un mesías personal, de carne y hueso.

—Nosotros, en cambio —le dijo muy digno y decidido—, nosotros, la Universidad y el Colegio de Yabne, hemos arrojado a esas gentes de nuestro lado como herejes que son. No tenemos nada que ver con ésos que creen en el Mesías.

—Lástima —opinó Domiciano— que no vaya a usar mucho el cenador. Precisamente en verano las exigencias de representación me obligan a dar grandes banquetes. Pero es una maravilla en su género.

Y a continuación, muy suavemente, le dijo al Doctor Supremo:

—Me parece que ahora habéis patinado un poco, santo doctor. Estoy mejor informado de lo que suponéis. Esos creyentes de los que habláis, vuestros cristianos, afirman que el Mesías ya ha muerto; su dios crucificado difícilmente podrá disputarme ya la provincia de Judea, por lo que esas gentes resultan del todo inofensivas. Vuestro Mesías, en cambio, el que esperáis, ése sí me da que pensar.

Hubo un gran revuelo entre los doctores. La profecía del Mesías, trató de explicar Gamaliel, se refiere a un futuro lejano. Se dice que en el reino que fundará las armas se convertirán en útiles para tiempos de paz, y que el león habitará junto al lobo y el cordero.

—Ya veis, Majestad —concluyó— que se trata de una utopía religiosa que nada tiene que ver con la política real.

El doctor Chilkias acudió en ayuda de Gamaliel:

—Sólo hay una cosa clara: que vendrá un Mesías. Pero cuándo lo hará, y cuál sea su misión, eso es cosa de cada cual.

Mientras Gamaliel hablaba, algunos de los doctores hacían aspavientos. Al parecer consideraban un sacrilegio intolerable que un hombre como aquél explicase tan ambiguamente una parte tan importante de su fe, y que incluso la negase. En cuanto Chilkias terminó de hablar, el doctor Helbo se aprestó a corregirlos, sobre todo al Doctor Supremo. Con su voz profunda y quebrada dijo en su torpe griego:

—Tal vez esté lejano, o cercano, puede ser de muchos modos, pero el día llegará. El día llegará —repitió

burdamente, amenazador, volviendo los viejos e iracundos ojos ora al Doctor Supremo, ora al emperador.

Hubo un silencio embarazoso.

—Interesante —dijo Domiciano—, muy interesante.

Se sentó en los escalones del cenador, cruzó garboso las piernas y se puso a mover el pie; era agradable llevar esas ligeras sandalias en lugar de los zapatos cerrados con alzas.

—Me gustaría oír más al respecto —prosiguió. Y una y otra vez se volvía al Doctor Supremo amenazándolo con el dedo—: ¡Y eso que decíais que vuestro Mesías es una imagen utópica, una idea platónica!

Y, de nuevo, al viejo y rudo Helbo:

—El día llegará. ¿Qué día? «Llegará el día en que se hunda la sagrada Ilión» —dijo citando a Homero—. ¿A qué Ilión os referís, mi señor y doctor? ¿A Roma? —preguntó abiertamente.

Los doctores habían retrocedido. Los romanos los miraban, aguardando una respuesta. Entre tanto, el emperador, sin tratar de beneficiarse de su confusión, rompió aquel embarazoso silencio y continuó, extrañamente jovial:

—Debe de haber algunos entre vosotros que se imaginen a ese Mesías no como algo puramente espiritual, sino como un ser de carne y hueso. Como mi querido Flavio Josefo, por ejemplo, que en su día llamó Mesías a mi padre, el dios Vespasiano. Pero seguramente no pensabais, mi Flavio Josefo —le dijo mirándolo a la cara largo y tendido con una expresión suave, pero burlona y peligrosa—, que mi padre trataría de apaciguar de tal modo a los leones, o a los lobos, como para que habitasen junto a los corderos, ¿no es así? Está bien —dijo volviéndose de nuevo hacia los doctores—, nuestro Flavio Josefo es en realidad más soldado y escritor, un hombre de Estado, en suma, y sólo de cuando en cuando es profeta y teólogo; dejémosle, pues, que se guarde su opinión. Pero a vosotros, mis queridos doctores, que sois los intérpretes autorizados de la doctrina judía y los abogados de Yahvé, os pido que me digáis abiertamente: ¿quién o qué es vuestro Mesías? Os pido una explicación tan clara como los informes de mis funcionarios.

—Está escrito —comenzó el doctor Helbo— en nuestro profeta Isaías: «Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yahvé. Y él juzgará entre los paganos y castigará a muchos pueblos».

Aquellas palabras brotaron iracundas y peligrosas de su boca. El doctor Chilkias lo interrumpió:

—Pero no, hermano y señor, eso no es más que una verdad a medias cuyo sentido sólo puede deducirse de las frases que le siguen. Pues ese mismo profeta Isaías dice: «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob. También te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra».

El tozudo doctor Helbo seguía insistiendo:

—No retorzáis las palabras, no pongáis el acento en lo secundario. ¿Acaso no está escrito en el profeta Micha: «Juzgará a muchos pueblos, y ejercerá la justicia hasta muy lejos»?

Mas el doctor Chilkias no cejaba:

—Sois vos quien lo malinterpreta, y es la segunda vez, pues olvidáis lo que se dice a continuación: «Se sentará cada cual bajo su parra y bajo su higuera, y nadie los aterrorizará».

Entonces salió en defensa del doctor Helbo su correligionario el doctor Simón, llamado «el Tejedor»:

—¿Y qué ocurre —preguntó pendenciero— con Gog y Magog, a los que el Mesías debe vencer primero?

Se lanzaron a discutir. Ya no estaban en los jardines del Albano, en presencia del emperador, ahora estaban en Yabne, en su Escuela, y pasaron del griego al arameo, sus voces se confundían unas con otras, acaloradas, iracundas. El emperador y su cortejo los escuchaban en silencio sin poner de manifiesto cuánto los divertían.

—Debo admitir que no me habéis aclarado gran cosa —dijo por fin el emperador.

Mesalino intervino con su dulce voz:

—¿Me permitís que trate de explicar a estos caballeros qué es lo que desea en realidad de ellos nuestro amo y dios? A Su Majestad le interesa saber de vosotros, como instancia autorizada, lo siguiente: ¿existen hombres de carne y hueso, hombres con nombres, residencia y año de nacimiento, que puedan arrogarse el derecho de ser el Mesías que esperáis? Hay quien me ha dicho que aceptáis un criterio para tal derecho: que el Mesías que esperáis será vástago de la estirpe de vuestro rey David. ¿Me han informado bien o no?

—Sí —dijo animado el emperador— eso es interesante. ¿Está bien delimitado el círculo del que saldrá el Mesías que esperáis? ¿Debemos buscarlo únicamente entre los descendientes de vuestro rey David? Os ruego que me contestéis con claridad —le pidió al Doctor Supremo.

Gamaliel respondió:

—Es así, y no lo es. Nuestra Sagrada Escritura se sirve a menudo de formas poéticas. Cuando alguno de nuestros profetas afirma que llegará un Mesías de la estirpe de David se sirve de una expresión

intencionadamente vaga y metafórica. Toda la imaginería en torno al Mesías tiene un sentido poético.

Y después agregó, sonriendo con cierto aire de superioridad:

—Y poco tiene que ver con la realidad, con esa realidad que puede abarcarse con actas y estadísticas.

El doctor Ben Ismael volvió el noble rostro marfileño y apergaminado hacia el emperador, lo miró con sus ojos viejos, fatigados, hundidos, y explicó:

—Sí, se trata de una realidad superior. Quien diga algo concreto sobre el Mesías estará diciendo en el mejor de los casos una verdad parcial, y, por tanto, una falsedad. Pues la doctrina del Mesías es una verdad plural, que no puede ser aprehendida únicamente con el entendimiento: sólo puede ser intuida, contemplada. Sólo el profeta la comprende. Pero una cosa es cierta: el Mesías que vendrá representará la unión de Dios con el mundo. Su misión no afecta tan sólo a Israel, sino a todo el orbe y a todos sus pueblos.

El fanático doctor Helbo adujo, sin embargo:

—No es así, y vos, doctor Ben Ismael, lo sabéis. Se han revelado ciertos detalles sobre el Mesías —dijo volviéndose hacia Mesalino—, rasgos tan unívocos que no pueden pasarse por alto y que hasta vosotros, los romanos, podríais reconocer. El Mesías descenderá de David. Ésa es la verdad; os han informado bien, mi señor.

—Gracias —dijo Mesalino.

—Sin embargo, lo que le anunciasteis a mi padre, querido Flavio Josefo —dijo el emperador muy amable—, no concuerda con todo eso. Porque, por lo que yo sé, nuestro árbol genealógico se remonta a Hércules, no a ese David.

Se oyeron unas risitas en torno a él; parecían inocuas, y el Doctor Supremo respiró aliviado. El propio Josef respiró aliviado a pesar de la humillación, contento de ver que la Universidad de Yabne y su doctrina parecían fuera de peligro.

—De las discrepancias que separan a los venerables doctores y señores —afirmó defendiéndose— podrá deducir el amo y dios Domiciano que las profecías sobre el Mesías son oscuras y que en su mayor parte se encomiendan al sentimiento. Lo que yo sentí entonces, cuando me incliné ante el amo y dios Vespasiano, era sincero, y los acontecimientos lo corroboraron. Me enorgullezco de haberlo proclamado.

Un profundo y colérico zumbido sonó procedente de la garganta del doctor Helbo. Si ya podía considerarse un sacrilegio que ese Josef ben Matatías, judío a fin de cuentas, se dirigiese al emperador de los gentiles llamándolo amo y dios, doblemente blasfemo era que volviera a llamar Mesías al fallecido Vespasiano, al enemigo de Yahvé, en presencia de los doctores de Yabne. De modo que el doctor Helbo se aprestaba ya a espetarle alguna frase fanática, radical, aniquiladora. Pero ni a Annius Bassus ni a Norban, ni siquiera a Mesalino, les agradaba que la conversación hubiese derivado hacia esos sucesos que pertenecían al pasado. Les importaba más obtener de los doctores definiciones útiles para adoptar ciertas medidas de índole práctica.

—En cualquier caso, podemos considerar que es seguro —dijo Annius Bassus resumiendo— que los judíos creen que habrá alguien, descendiente del rey David, que será el auténtico Mesías.

—Sí, así es —admitió el amargado doctor Helbo.

—Bien —dijo satisfecho el ministro de policía Norban—, ahí tenemos al menos algo redondo, abarcable, tangible.

Y a continuación se oyó la suave voz del ciego Mesalino:

—¿Existen esos descendientes de David? ¿Se les puede reconocer? ¿Hay muchos? ¿Dónde se encuentran?

A excepción de Josef y Gamaliel ningún judío estaba al tanto de la oscura función que cumplía el senador Mesalino. A pesar de ello los doctores sintieron un escalofrío. Advirtieron el perverso trasfondo de la dulce pregunta y supieron que se enfrentaban al minuto más peligroso de esa decisiva conversación, el minuto más peligroso de su dudosa estancia en Roma. ¿Qué debían responder? ¿Debían revelar a esos malvados gentiles y a su emperador los nombres de los retoños de David y sus dirigentes? No es que se respetase demasiado a los que hoy el pueblo señalaba, y ni siquiera con seguridad, como descendientes de David; hacía muchas generaciones que eran los llamados. A pesar de todo se les consideraba santos, pues entre ellos estaba el Elegido, o el padre del Elegido. Y las esperanzas depositadas en el Elegido eran una luz en medio de la nada. Sí, una gran luz que se extinguiría para siempre si accediesen a traicionar con tanta ligereza a la estirpe de David, y con ello la posibilidad de que viniese el Mesías. La esperanza de la llegada del Mesías estaba envuelta en misterio, revestía un cariz sagrado y atrayente; si con la estirpe de David desaparecía de la tierra ese secreto sagrado la doctrina perdería su encanto.

¿Qué debían hacer? Si rehuían la suave y taimada pregunta del ciego, si no confesaban los nombres, la ira del emperador caería sobre la Escuela de Yabne. ¿Debían, entonces, traicionar a los retoños de David?

El viento había arreciado y racheaba abombándoles las túnicas de gala. El tejo y el boj brillaban con un fulgor verde oscuro, los olivares centelleaban plateados, y desde abajo se veía el encrespado resplandor del mar. Pero nadie se fijó en ello. El emperador seguía sentado en los escalones del cenador, los demás de pie en torno a él. Miraban al Doctor Supremo, a quien se le había exigido una respuesta. ¿Qué respondería? Hasta los arquitectos Grovius y Larinas olvidaron su irritación por no poder mostrar convenientemente su obra debido a la presencia de la legación bárbara. ¿Qué dirá ahora el sumo sacerdote?

Pero antes de que pudiera responder se oyó la bronca voz del doctor Helbo. ¿No acababa de cometer de nuevo sacrilegio ese Josef ben Matatías conjurando su aniquilación?

—Los de la estirpe de David están llamados —dijo el doctor Helbo—, pero pocos son los elegidos. Aquí tenemos, por ejemplo, a Josef ben Matatías, antaño sacerdote de primera categoría, ahora proscrito y hereje. ¿Cómo podría ser elegido alguien como él? Y, sin embargo, es de la estirpe de David, aunque sólo sea por parte de su abuela. Sea como fuere, su padre se jactó de ello ante mí.

—Interesante —dijo el emperador—, muy interesante.

Todas las miradas estaban puestas en Josef. Se había quedado solo; era como antes, cuando, tras maldecirlo, sus correligionarios mantenían la distancia prescrita de siete pasos. Él los escuchaba extrañamente indiferente, como si hablasen de un tercero, y su túnica de gala con la fina orla purpúrea se le pegaba al cuerpo agitada por el viento. Con los ojos ausentes miraba el anillo que llevaba en el dedo, la sortija dorada de la segunda nobleza. Pero en su fuero interno sintió pánico. De la estirpe de David, pensó. Seguramente así es. Descendiente de reyes por parte paterna, y, por la rama materna, de la estirpe de David y de los asmoneos. Que esto me ocurra ahora es un castigo por proclamar entonces Mesías al romano.

Entre tanto, el Doctor Supremo había dado con una repuesta. A su manera, superior, airada, afirmó:

—Si el pueblo designa a éste o a aquél como descendiente de David no es más que una vulgar superstición sin base ni justificación alguna. A veces son hombres sin importancia, un pescador, un carpintero. ¿Cómo podría caer tan bajo un descendiente de David?

Y esta vez se vio corregido por alguien de quien nadie lo habría esperado.

—Pero a veces hay un gran brillo en torno a esos hombres sin importancia —dijo la suave voz del viejo doctor Ben Ismael.

—Dejad que os mire, mi Josefo —dijo Domiciano sonriente—, a ver si tenéis ese brillo.

Se levantó y se acercó a él.

—De cualquier modo, este asunto de vuestro Mesías sigue pareciéndome oscuro y dudoso —afirmó resuelto.

Pero en ese instante el Doctor Supremo recordó lo que sabía acerca de la religiosidad y el temor de Dios de ese emperador y consideró que había llegado la hora de contraatacar.

—Ruego a Su Majestad —le pidió—, que reconsidere el asunto. La doctrina del Mesías es oscura, ¿pero acaso no se rodean de misterio los dioses de muchos pueblos?

Ahora estaba frente al emperador, y su voz sonaba clara, fuerte, valiente, amenazadora.

—No es bueno —le advirtió— que el hombre trate de adentrarse excesivamente en los secretos de los dioses. Quizá fue por eso por lo que nuestro dios nos castigó con tanta dureza.

Un espasmo casi imperceptible recorrió la cara del emperador. Gamaliel lo advirtió. No esperaba conseguir más; seguir amenazando al emperador no habría hecho más que arruinar el efecto de sus palabras. De modo que no quiso pasar de esa vaga observación, incluso fingió no haber proferido una amenaza, sino una excusa, y prosiguió:

—No es un dios ligero, alegre, nuestro dios Yahvé; resulta difícil servirle, se irrita con facilidad.

La amenaza del Doctor Supremo hizo efecto en el emperador precisamente por su ambigüedad; la atronadora voz de Gamaliel le recordaba desgraciadamente a la de su hermano Tito, y esa última observación, que Yahvé se ofendía con facilidad, lo inquietó profundamente. ¿Qué quiere este preboste judío?, pensó. Jamás tuve intención de cerrar su Universidad. Eso sí que le gustaría a su Yahvé: que lo atacase y le brindase una excusa para perjudicarme. Me cuidaré muy mucho.

—He oído —dijo impetuoso— que teméis el cierre de vuestra Universidad. ¿Cómo se os ha podido ocurrir semejante cosa? ¿Cómo podéis dar crédito a rumores tan insensatos?

Al decir esto se irguió con los ojos brillantes y un ademán verdaderamente regio bajo el fuerte viento.

—Roma protege a los dioses de los pueblos que se han puesto bajo su férula —anunció, y—: ¡No temáis! —continuó, animado—. Os entregaré un escrito para mi gobernador Pompeyo Longino que ahuyentará vuestros recelos.

Y con un movimiento leve y gracioso puso su mano en el hombro del Doctor Supremo.

—No hay que rendirse tan pronto —dijo en tono burlón—, y tirar la toalla, santo doctor, os gobierna

Domiciano, a quien el Senado y el pueblo de Roma llaman su amo y dios. Quizás habría que confiar más en el dios de uno.

Y, dirigiéndose hacia Josef, concluyó con un gesto rudo, aunque digno:

—¿Estáis satisfecho conmigo, mi Flavio Josefo, cronista de mi casa?

A la semana siguiente, el Doctor Supremo y sus compañeros se embarcaron para Judea a pesar del mal tiempo. Josef y Claudio Regino acompañaron a Gamaliel al puerto.

Gamaliel encontró amables y respetuosas palabras para agradecerle a Josef que le hubiera procurado la audiencia con el emperador.

—Una vez más —dijo— habéis prestado un gran servicio a la causa de Israel. Sólo espero que no seáis vos quien a la postre deba pagar por nuestros privilegios. Si hasta ahora Domiciano no ha sacado ninguna consecuencia de las irreflexivas observaciones del doctor Helbo confío en que no lo hará en el futuro.

Josef callaba. Pero Claudio Regino movió preocupado la cabeza y dijo:

—Domiciano es un dios lento.

Los doctores se embarcaron, satisfechos, llevando consigo el magnánimo escrito del emperador. Todos los corazones rebosaban agradecimiento hacia Josef. Sólo los doctores Helbo y Simón «el Tejedor» seguían despreciándolo.

Poco después el senador Mesalino rogó a Josef que lo visitase. El emperador le concedía el honor de cenar en casa del senador y deseaba que Josef le leyese el capítulo de su obra referente al rey judío David.

Entonces supo Josef que Claudio Regino tenía razón, y que el lento dios Domiciano había pospuesto tomar medidas contra él, pero que de ningún modo las había olvidado. Se asustó. Pero al mismo tiempo decidió que si Yahvé lo había designado realmente como víctima en lugar de Yabne no debía protestar, sino aceptar el sacrificio lleno de humilde orgullo.

Mientras Domiciano se arrellanaba en el diván Mesalino explicó a Josef que el emperador se interesaba mucho por ciertas cuestiones judías, y que, en vista de que los doctores de Yabne habían abandonado Roma, deseaba que Josefo lo instruyese en su calidad de experto en la materia.

—Así es —asintió perezoso y benévolo el emperador—, sería muy amable por vuestra parte, querido Josefo, que nos instruyeseis al respecto.

Josef dijo entonces, dirigiéndose a Mesalino:

—¿Debo considerar esta entrevista como un interrogatorio?

—¡Qué palabras más duras, querido Josefo! —le reprochó sonriente el emperador desde su diván.

—Se trata únicamente de una charla sobre un asunto histórico —subrayó de nuevo muy afable el ciego —. Al amo y dios Domiciano le interesa saber qué pensáis vos, un hombre oriental, de Cesarión, el hijo de Julio César y de Cleopatra.

—Sí —corroboró el emperador—, me interesa saberlo. Parece que César amaba a ese hijo —le explicó—, y que le asignó el papel de regente capaz de mediar entre Oriente y Occidente. También se dice que Cesarión llegó a ser un joven muy dotado.

—¿Y qué es lo que deseáis preguntarme? —preguntó, inquieto, Josef.

Mesalino se inclinó hacia adelante, dirigió los ciegos ojos hacia el rostro de Josef como si pudiera verlo y le preguntó lenta y claramente:

—¿Os parece que Augusto hizo bien en deshacerse de Cesarión?

Ahora Josef sabía ya de qué se trataba. Antes de deshacerse de los descendientes de David Domiciano deseaba que una de sus víctimas le confirmase que hacía bien. Se expresó con cautela:

—Julio César habría podido aducir muchas y buenas razones ante el tribunal de la historia para condenar la acción de Augusto. Augusto por su parte no las habría encontrado peores para justificarla.

Domiciano soltó una risita. También por la cara del ciego cruzó una sonrisa, y éste admitió:

—Bien dicho. Sólo que lo que a nosotros nos interesa no es la opinión de César ni la de Augusto, sino tan sólo la vuestra, estimado Flavio Josefo. ¿No os parece —repitió lentamente, subrayando cada palabra— que Augusto hizo bien en eliminar al pretendiente Cesarión?

Se inclinó hacia Josef, ansioso de conocer su respuesta.

Josef se mordió los labios. Aquel hombre le decía abiertamente que se trataba de la eliminación de pretendientes no deseados: de su propia aniquilación, la de Josef. Era un hombre elocuente y habría podido escabullirse y zafarse de la burda trampa; pero su orgullo se lo impedía.

—Augusto hizo bien —juzgó fríamente y sin rodeos— en eliminar a Cesarión. Su éxito no hizo más que corroborar lo acertado de su decisión.

—Gracias —dijo Mesalino como solía hacer ante los tribunales cuando su oponente se veía obligado a admitir que le asistía la razón.

—Y ahora contadnos algo de vuestro rey David —prosiguió animado—, cuyos retoños están llamados a gobernaros.

—Sí —insistió Domiciano—, leednos lo que habéis escrito sobre vuestro antepasado. Para eso os ha llamado nuestro Mesalino.

En su fuero interno Josef amaba más al oscuro y dividido Saúl que a David, al que todo le resultó tan fácil, y sabía que los capítulos sobre David no se contaban entre los mejores de su obra. Pero ese día, al leerlos, se dejó llevar por el entusiasmo y leyó bien. Le satisfacía informar al emperador romano sobre el rey judío que había sido un gobernante tan excelso, vencedor de muchos pueblos. Josef leyó bien, y Domiciano era un buen oyente. Sabía algo de historia, sabía algo de literatura, le interesaban Josefo y el rey David, y su cara reflejaba ese interés.

En una ocasión interrumpió a Josef.

—¿Hace mucho que reinó ese David? —le preguntó.

—Más o menos en la época de la guerra de Troya —le replicó Josef, y añadió orgulloso—: Nuestra historia es muy antigua.

—La nuestra en cambio —admitió pacífico el emperador— comienza con la huida de Eneas de Troya en llamas. De modo que ya entonces teníais a vuestro gran rey gobernando vuestro pueblo… ¡Pero seguid leyendo, mi Josefo!

Josef siguió leyendo, y al leerle de ese modo al emperador romano se sintió como el propio David tocando el arpa ante el dividido rey Saúl. Leyó largo rato, y cuando quiso dar por concluida la lectura el emperador le exigió que prosiguiese.

Después, cuando Josef hubo terminado, Domiciano le hizo un par de comentarios muy razonables.

—Parece que dominaba la técnica del gobierno vuestro David —dijo—, a pesar de que no apruebo todas esas muestras de megalomanía. No hizo mal, por ejemplo, en respetar a Saúl, aun teniéndolo en su poder en dos ocasiones. Más tarde parece que incluso aprendió y se comportó con más inteligencia. Sobre todo hay una cosa que me parece loable, digna de un rey: que castigara el magnicidio incluso tratándose del asesinato de su oponente, es decir, de uno que lo favorecía.

Si, esas medidas de David, que mandó ajusticiar al hombre que asesinó a Saúl, parecían inspirar al emperador, y Josef comprendió con un leve escalofrío por qué curiosos vericuetos sacaba Domiciano provecho para sus asuntos de lo aparentemente más remoto.

—El emperador Nerón —dijo aquél volviéndose hacia Mesalino— era, sin duda, enemigo de mi casa, y estuvo bien que pereciese. A pesar de todo no alcanzo a comprender que el Senado no haya castigado a su asesino Epafrodita y que éste siga con vida. El que ponga la mano sobre un emperador no merece vivir. ¿Acaso han ajusticiado a ese Epafrodita? ¿No vive aquí, en Roma? ¿No se pasea entre nosotros como la mismísima personificación del magnicidio? No entiendo cómo el Senado ha podido tolerarlo tanto tiempo.

Mesalino quiso disculpar a sus colegas con su voz más afable:

—De lo que hacen y dejan de hacer los padres convocados hay mucho que no entiendo, mi amo y dios. Pero en el caso de este Epafrodita confío en poder señalar a mis colegas, y con éxito, el ejemplo del viejo rey judío.

Josef estaba desolado. Apreciaba a Epafrodita; era un buen hombre que amaba y fomentaba las artes y las ciencias. Josef había pasado con él más de un buen rato. Y ahora, sin quererlo, había provocado su ruina.

Poco después, con una excusa cualquiera, Mesalino dejó a Josef a solas con el emperador. Domiciano se incorporó a medias en su diván y, con una sonrisa conciliadora, le espetó:

—Y ahora, querido Josefo, sed sincero. ¿Tenía razón ese tipo grosero de Yabne al afirmar que descendéis de la casa de David? Como dijeron vuestros propios doctores, se trata más de un asunto del sentimiento, de la intuición, que de algo demostrable. Hasta ahí puedo seguiros. Si yo, por ejemplo, creo firmemente que soy descendiente de Hércules, entonces lo soy. Sin duda habéis comprendido ya adónde quiero llegar, querido Flavio Josefo. Se trata de lo siguiente: dejo en vuestras manos si queréis que se os considere descendiente de la casa de David o no, porque estamos confeccionando unas listas. Estamos anotando quién debe ser considerado descendiente del gran rey cuya eficacia habéis descrito tan magníficamente. Razones de Estado aconsejan a mi Gobierno la confección de tales listas. ¿Qué me decís, Josefo? Sois un judío entusiasta. Os vanagloriáis de vuestro pueblo, alabáis los remotos y grandes logros de su civilización. Os

considero sincero. Yo creo a Josefo. Digáis lo que digáis, os creeré. Si me decís: «Soy un retoño de la casa de David», lo seréis. Si me decís: «No lo soy», vuestro nombre no aparecerá en la lista.

Se levantó y se acercó a Josef. Con una familiaridad cordial, casi siniestra, le preguntó:

—¿Qué decís, mi judío? Todos los príncipes están emparentados. ¿Eres entonces pariente mío? ¿Desciendes de David?

Los pensamientos y sentimientos de Josef se agolpan sin concierto. Cuando el pueblo afirma de éste o de aquél que pertenece a la estirpe de David se trata de mera palabrería, de algo indemostrable. Él tampoco ha dado nunca importancia a esos vínculos. No tendría sentido, pues, pretender ser valiente y afirmar, orgulloso: sí, soy de la estirpe de David. Nadie saldría beneficiado con ello, sino que provocaría su propia ruina. ¿Por qué razón entonces siente ese impulso de responder afirmativamente? Porque curiosamente esta vez ese emperador de los gentiles tiene razón. Él, Josef, sabe en su fuero interno, es decir, en lo más hondo de su ser, que es verdad que pertenece a los llamados, a los de la estirpe de David. El emperador de los gentiles quiere humillarlo e incitarle a negar lo mejor que hay en él. Y, si se deja llevar, si reniega de su encomiable ancestro, David, ese emperador no sólo lo despreciará a él, sino a su pueblo entero, y con razón. Lo que está ocurriendo entre Domiciano y él es una de las muchas batallas de esa guerra que libra su pueblo contra Roma en nombre de Yahvé. Pero ¿cuál es el camino recto? ¿Qué espera Dios de él? Sería un cobarde si negase pertenecer a los «llamados». ¿Pero no incurriría en arrogancia de espíritu si, contraviniendo la razón, siguiera los impulsos de su corazón?

Permaneció en silencio, ausente. Su enjuto rostro no dejó entrever su perplejidad; los febriles ojos bajo la abultada y alta frente seguían fijos en el emperador, pensativos, mirándolo sin mirarlo. Domiciano resistió a duras penas.

—Ya veo —dijo— que no queréis decir ni sí ni no. Lo entiendo. Siendo así, querido, hay una tercera posibilidad. Vos saludasteis a mi padre, el dios Vespasiano, como el Mesías. Si no os equivocasteis, algo debe de quedar en mí de ese ser mesiánico. De modo que os pregunto: ¿soy yo acaso el hijo y heredero del Mesías? Meditadlo bien antes de responder. Si soy el heredero del Mesías eso significa que lo que comenta el pueblo sobre los hijos de David no es más que palabrería; entonces no hay peligro en ellos, y no vale la pena que mis funcionarios sigan trabajando en sus listas. No rehuyáis mi pregunta, mi judío. Salvad a los retoños de David y a vos mismo. Decidme: «Vos sois el Mesías», y caed a mis pies y veneradme como venerasteis a mi padre.

Josef palideció. Ya había vivido eso una vez. Pero ¿cuándo? ¿Cómo y cuándo? Lo había vivido mentalmente. Así se cuenta en las historias del ángel puro y el caído, y así también le incita en las Escrituras de los mineos el Tentador, el Negador, el *Diabolus* al Mesías para que niegue su propio ser y lo venere a él, tras prometerle todas las riquezas del mundo. Es curioso cómo se reflejan en su propia vida las historias y leyendas de su pueblo. Está tan embebido del pasado de su pueblo que él mismo se transforma en los personajes de ese pasado. Si ahora obedece a ese emperador romano se traiciona a sí mismo, a su obra, a su pueblo, a su dios.

No ha dejado de mirar, indiferente, al emperador; su mirada no ha cambiado, sus ojos febriles siguen pensativos, mirándole sin mirarlo. Pero el rostro del emperador se ha demudado. Domiciano sonríe con una afabilidad siniestra, terrible. Se ha sonrojado, sus ojos miopes brillan y miran a Josef con una cruel y falsa amabilidad, manotea grotescamente como si le hiciera un gesto para que se acercara. No hay duda: el emperador, el señor y diablo Domiciano, *Dominus ac Diabolus Domitianus,* quiere hacer un pacto con él, un trato, como sospecha que existió entre él y su padre Vespasiano.

A pesar de su aparente serenidad Josef estaba confuso. Ni siquiera estaba seguro de que Domiciano hubiera pronunciado realmente esas últimas palabras: que debía arrodillarse ante él y venerarlo; si lo había dicho o si sólo se trataba del recuerdo del ángel caído de las viejas historias y la idea del *diabolus* de los mineos. En cualquier caso, esta tentación de Domiciano fue breve. El emperador no tardó en volver a ser simplemente el emperador; allí estaba con los brazos en ángulo detrás de la espalda, dominador, espetándole muy serio:

—Os agradezco vuestra interesante lectura, doctor Flavio Josefo. Por lo que se refiere a la pregunta que os he hecho, si descendéis o no de la casa de David que acabáis de describir, podéis meditar vuestra respuesta con calma. Os espero en los próximos días en la recepción matutina. Entonces os lo preguntaré una vez más. ¿Por dónde se ha metido nuestro querido anfitrión?

Dio unas palmadas y, volviéndose hacia los esclavos que entraron apresuradamente, preguntó:

—¿Dónde está nuestro querido Mesalino? ¡Llamadlo! Queremos verlo, yo y mi judío Flavio Josefo.

En esos días Josef escribió el *Salmo del valor:*

Sin duda admiro al que resiste valeroso
en la batalla;
arremeten los caballos,
zumban las lanzas, chirría el hierro,
vuelan brazos con hachas y espadas
ante sus ojos y hacia él.
Pero él no se acobarda.
Él mira a la muerte, se yergue y le hace frente.

Eso requiere valor. Pero no más valor
que el de cualquiera que se precie con razón de ser hombre.
Ser arrojado en la batalla no es difícil.
El valor se insufla y salta de unos a otros.
Ninguno piensa
que la muerte vaya a venir a buscarlo.
Nunca crees más firmemente en los muchos
días de vida que te aguardan
como en el campo de batalla.

Más alto es el valor
del que se lanza al yermo bárbaro
para recorrerlo,
o el que conduce su barco mar adentro,
cada vez más lejos,
por ver si no habría una nueva tierra que
descubrir y nuevas fiestas.

Pero cuando la luna palidece y llega el sol
palidece también la gloria de ese hombre
ante la del que lucha por lo invisible.
Quieren obligarlo a pronunciar una palabra, una palabra
incorpórea, fútil.
En cuanto la pronuncie se desvanecerá,
nadie la oirá, ya no estará allí:
pero él no la pronuncia.

Su corazón en cambio lo impulsa
a decir una palabra, una determinada,
y sabe que la palabra le traerá la muerte.
La palabra no tiene precio
tan sólo es ruina.
Y él lo sabe,
y la pronuncia.

Si uno empeña la vida
en hacerse con el oro y el poder
conoce el precio de su aventura,
pues ondea ante él, tangible,
puede sopesarlo.
Mas ¿qué es una palabra?

Por eso digo:
salve al hombre que se hace reo de muerte
por decir la palabra que le dicta su corazón.
Por eso digo:

salve al hombre que dice lo que es.
Por eso digo:
salve al hombre al que no puedes forzar
a decir lo que no es.
Pues toma sobre sí lo peor
y, con los ojos abiertos, en medio la cegadora luz del día,
convoca a la muerte y le dice:
¡ven!
Por una palabra incorpórea
se expone a la muerte,
por acallarla si es una mentira,
por confesarla si es verdad.

Salve al hombre
que se expone por ello a su ruina.
Pues ése es el valor que quiere Dios.

Tal y como le había ordenado el emperador, un par de días después mandó que lo condujesen por la Via Sacra hasta el Palatino.

En la entrada a palacio lo registraron, como a todos los visitantes, en busca de armas. Después le permitieron entrar en la primera sala de espera. Había allí un par de cientos de personas; los porteros gritaban sus nombres, y los funcionarios del gran chambelán Crispín los anotaban, rechazando o admitiendo a unos y a otros. En la segunda sala se agolpaban los visitantes. Los funcionarios corrían de un lado a otro ordenando las listas de acuerdo con las indicaciones de Crispín.

La presencia de Josef llamó la atención. Veía que su visita también inquietaba a Crispín y, no sin una leve sonrisa, advirtió que aquél lo incluía, tras vacilar por un instante, no entre los privilegiados de la lista de «amigos preferentes», sino en la de los visitantes pertenecientes a la segunda nobleza. De camino hacia allí Josef se había encontrado con ánimos y se había dicho que, cuanto antes terminase todo, mejor; pero en ese momento se sintió aliviado al ver que lo incluían en la segunda lista y que tal vez se pudiese marchar sin ser advertido y sin hacer lo que se había propuesto.

Finalmente sonó la llamada: «¡El amo y dios Domiciano se ha despertado!», y se abrieron las puertas que conducían al dormitorio del emperador. Domiciano se incorporó a medias sobre el amplio lecho, escoltado por guardias perfectamente uniformados.

Los criados iban proclamando los nombres de las personas incluidas en la primera lista, que entraban a continuación en la sala interior. Los que se quedaban fuera trataban ansiosos de ver cómo los saludaba el emperador. A la mayoría se limitaba a tenderles la mano para que la besasen; a muy pocos honraba con el abrazo que prescribía la costumbre. Era comprensible que no quisiese besar día tras día a tal cúmulo de personas, muchas de las cuales seguramente le resultarían desagradables, sin contar con el peligro de un contagio. Pero ningún emperador había demostrado nunca tan abiertamente lo mucho que le repugnaba el penoso deber de tal salutación; no estaba bien visto que fuese precisamente Domiciano, acérrimo defensor de la tradición, quien quisiera sustraerse a esa costumbre y su proceder ofendía a más de uno.

Poco después el emperador impuso una pausa. Sin consideración alguna por sus numerosos huéspedes, bostezó, se desperezó y lanzó una mirada recelosa por encima del grupo; hizo un gesto a Crispín y quiso saltarse las listas. Después, de pronto, se animó, llamó a su enano Sileno con una palmada y le susurró algo al oído. El enano trotó hasta la sala de espera; todas las miradas estaban puestas en él: se dirigía hacia Josef. Cuando todos callaron el enano le soltó, mientras se inclinaba en una profunda reverencia:

—El amo y dios Domiciano os ordena que acudáis junto a su lecho, estimado doctor Flavio Josefo.

Josef se dirigió a la estancia ante la atenta mirada de los presentes. El emperador le permitió que se sentase en su cama, una distinción de la que nadie había gozado ese día. Lo abrazó y besó, no precisamente reticente, sino lenta y formalmente, como prescribía la costumbre.

Pero al rozar su mejilla la mejilla de Josef le susurró:

—¿Sois el retoño de David, mi Josefo?

Y Josef replicó:

—Vos lo habéis dicho, emperador Domiciano.

El emperador se liberó del abrazo.

—Sois un hombre valiente, Flavio Josefo —dijo entonces. A continuación el enano Sileno, que lo había oído todo, acompañó a Josef de regreso a la sala. Esta vez le dedicó una reverencia aún más profunda, y dijo:

—¡Salve, Flavio Josefo, retoño de David!

Acto seguido el emperador mandó cerrar las puertas de su dormitorio; la recepción había concluido.

Pocos días después se anunció en el Informe Oficial del Día lo siguiente: el emperador había revisado la obra en la que en la actualidad trabajaba el historiador Flavio Josefo. Resultó que el libro no revertía en beneficio del Imperio romano. Y, así, al no satisfacer las expectativas que suscitara el citado Flavio Josefo con su primera obra, la que versaba sobre la guerra judía, el amo y dios Domiciano ordenaba que se retirase el busto del escritor Flavio Josefo de la sala de honor del Templo de la Paz.

De modo que sacaron del templo el busto que representaba la cabeza de Josef girada sobre su hombro, enjuta, atrevida. Y se entregó al escultor Basílides, para que utilizase el valioso metal, el cobre de Corinto —una mezcla única surgida en la devastación de dicha ciudad de la unión de los diversos metales fundidos—, para un busto del senador Mesalino, cuya confección le había encomendado el emperador.

Capítulo tercero

—¿Os habéis confundido, o es que he oído mal? —preguntó Regino a Marullo girando su carnosa cabeza de un modo tan aparatoso que el peluquero estuvo a punto de cortarle a pesar de su pericia.

—Ni lo uno ni lo otro —replicó Marullo—. La acusación contra la vestal Cornelia es cosa hecha. El correo de Pola trajo ayer la noticia. DDD parece muy interesado. Si no, no habría dado la orden antes de su partida, sino que habría esperado a su regreso. —Regino farfulló algo, sus pesados y soñolientos ojos bajo la abultada frente parecían más pensativos que nunca, y antes de que el peluquero hubiera terminado su trabajo le hizo un gesto impaciente para que se alejase.

Pero después, a solas con el amigo, fue incapaz de hablar. Se conformó con mover lentamente la cabeza y encogerse de hombros. No necesitaba decir nada, Marullo le entendía perfectamente aun sin palabras; también a él el acontecimiento lo dejaba anonadado. ¿No tuvo bastante DDD con el revuelo que se armó cuando, de las seis vestales, decidió procesar a esas dos, las hermanas Oculatae? ¿No tenía bastante con el desencanto que se respiraba tras la campaña sármata, no precisamente brillante? Por Hércules, ¿qué se creía que iba a conseguir rescatando esas anticuadas y brutales leyes y acusando de impudicia a la vestal Cornelia?

Chascando los doloridos dientes, Junio Marullo miró con sus agudos ojos azul grisáceo al amigo que resoplaba disgustado. Adivinaba sus pensamientos hasta en sus más nimios detalles.

—Sí —replicó—, el desencanto es patente, en eso tenéis razón. Al hombre de la calle le parece que el desenlace de la campaña sármata ha sido poco brillante, a pesar de haber sido un éxito en toda regla. Pero tal vez sea precisamente por eso. Nuestros queridos senadores falsearán el resultado de la guerra y lo convertirán en una derrota. La vestal Cornelia está emparentada con la mitad de la nobleza. Es posible que Varriguita crea poder amedrentar a la aristocracia si ven que se atreve a acusar a la propia Cornelia.

—¡Pobre Cornelia! —exclamó Regino por toda respuesta. Ambos veían ahora ante sí el delicado aunque fresco y alegre rostro de la muchacha, que contaba veintiocho años; bajo el cabello oscuro, casi negro, la recordaban sonriente en su palco de honor del circo o desfilando a la cabeza de las otras cinco vestales hacia el Templo de Júpiter, alta, esbelta, intocable, afable y segura de sí, sacerdotisa, doncella, gran dama.

—Hay que admitir —opinó finalmente Marullo— que desde el levantamiento de Saturnino se siente con derecho a aplicar contra sus enemigos cualquier medio que se le antoje eficaz.

—En primer lugar, éste no es eficaz —le replicó Regino—, y en segundo, no creo que este proceso esté dirigido contra el Senado. DDD sabe tan bien como nosotros que podría adoptar medidas menos peligrosas. No, querido, sus razones son más simples y más profundas. Sencillamente, está descontento del resultado de la campaña y quiere justificar su cometido por otras vías. Ya me parece escucharlo llenándose de grandes palabras: «El siglo de Domiciano brillará inconmensurable gracias a estos ejemplos de virtud y piedad». Me temo —concluyó suspirando— que a veces hasta él se cree lo que dice.

Guardaron silencio durante unos minutos. Después Regino preguntó:

—¿Se sabe ya a quién han elegido como cómplice de la infeliz Cornelia?

—No oficialmente —replicó Marullo— aunque Norban sí lo sabe. Sospecho que Crispín tiene algo que ver con esto.

—¿Nuestro Crispín? —exclamó incrédulo Regino.

—No es más que una sospecha —replicó al punto Marullo—. Norban no le ha dicho nada a nadie, como es natural; lo he deducido de ciertas miradas, de determinados gestos.

—Vuestras sospechas —admitió Regino sondeando pensativo la boca con la lengua— suelen tener la cualidad de ser acertadas. Sería una pena que Norban fuese capaz de entregar a sus sabuesos a esa encantadora criatura, a Cornelia, sólo por los celos que le inspira el egipcio.

En parte por no querer entregarse a ninguna clase de sentimentalismo, en parte por costumbre, Marullo

se hizo el frívolo.

—Una pena —dijo— que no hayamos caído en la cuenta de que Cornelia no sólo es vestal, sino también una mujer. Pero, ¡por Hércules!, al verla subir al Capitolio con ese vestido pesado, blanco, pasado de moda, hasta un materialista confeso como yo se preguntaba qué habría bajo ese vestido. Y eso que a mí lo que me atrae son las cosas sagradas y prohibidas. Una vez, en una época muy movida de mi vida, estuve liado con la pitonisa de Delfos. No era particularmente bella y estaba ya un poco ajada, el placer que me daba no guardaba proporción con el peligro que corríamos; lo que realmente me atraía era su carácter sagrado. No debimos dejar escapar a una muchacha como Cornelia, no debimos dejarla en manos de Crispín.

Aunque por lo general no era pacato, Claudio Regino no se dejó tentar por ese tono. Mientras se inclinaba quejumbroso para atarse las cintas de las sandalias que habían vuelto a soltársele, dijo:

—DDD nos está poniendo difícil seguir teniéndole simpatía.

—Tened paciencia con él —quiso persuadirlo Marullo—. Tiene muchos enemigos. Ha cumplido ya cuarenta y dos —meditó buscando con sus inquisitivos ojos los soñolientos del amigo—. Aunque me temo que es casi seguro que le sobreviviremos.

Regino se asustó. Lo que acababa de decir Marullo era tan acertado, y tan osado, que no debería habérselo dicho ni a un amigo tan íntimo. Pero, ya que Marullo había ido tan lejos, Regino no quiso refrenarse.

—Un poder como ése —dijo tratando de dominar la clara y poderosa voz— es como una enfermedad; una enfermedad que no tarda en devorar incluso la vida de un hombre fuerte.

—Sí —dijo Marullo casi susurrando—, el espíritu de un hombre necesita unos cimientos endiabladamente firmes para soportar tal cúmulo de poder. DDD ha aguantado ya bastante. Desde el golpe de Saturnino está —buscó la palabra— muy raro.

—Y eso —le replicó Regino— que precisamente en ese asunto tuvo una suerte inconcebible.

—César y su suerte —dijo sentencioso Marullo—. Pero tanta suerte no la aguanta nadie.

—César —comentó Regino pensativo— vivió hasta los cincuenta y seis antes de que lo abandonase su suerte.

—Lo siento por él —dijo Marullo un tanto enigmático. Regino le replicó:

—Yo lo siento por Cornelia.

—¡No se atreverá! —estalló de pronto el senador Helvid. Estaban comentando el envío de nuevas tropas al noroeste que por fuerza seguirían al tratado de paz, y lo que el iracundo Helvid soltaba tan súbitamente no tenía nada que ver con esa cuestión. A pesar de ello, todos sabían a qué se refería, porque, aunque se hablase de otros asuntos nadie dejaba de darle vueltas a la ofensa que pensaba infligir el emperador a la vestal Cornelia y, con ella, a toda la nobleza.

Domiciano había ofendido muchas veces a los cuatro hombres y las dos mujeres reunidos en la casa de Helvid. Allí estaban Gratila, la hermana, y Fannia, la esposa de Cepio, al que aquél había mandado ajusticiar. Y todos eran amigos y confidentes del príncipe Sabino y de Aelio, y de los nueve senadores que murieron con Cepio por su participación en el fracasado golpe de Saturnino. Pero asesinar a esos hombres, o proceder si llegase a hacerlo contra los allí presentes, tales actos de violencia tenían un sentido y una finalidad. La persecución de Cornelia, sin embargo, no era más que un capricho soez e insensato. ¡Que ese macho cabrío licencioso de Domiciano toque a Cornelia, a nuestra dulce y pura Cornelia! Allá donde fuese despertaba la sensación de que el mundo no estaba perdido si quedaba ella. ¡Y precisamente a ella ha de atacarla ese monstruo!

Sin que tuvieran que comentarlo largamente era lo ejemplar del procedimiento lo que indignaba a los cuatro hombres y dos mujeres reunidos en la casa de Helvid. Si Domiciano, que personificaba el vicio, llegaba a acusar falsamente por impudicia y a ejecutar a la noble Cornelia, ello representaría la sima de la perversión en que se hundía Roma. No había nada en el mundo capaz de detenerlo. Bajo su gobierno la aristocracia se sumía en la vulgaridad.

—No se atreverá —todos se consolaban con esas palabras desde el día en que el rumor llegó a sus oídos. Pero ya se habían sosegado muchas otras veces con palabras similares. Cada vez que oían hablar de algún nuevo y desvergonzado propósito del emperador, se decían: no osará, el Senado y el pueblo no tolerarán semejante atrevimiento. Pero, sobre todo desde el frustrado alzamiento de Saturnino, no se detenía ante nada, y el Senado y el pueblo de Roma lo habían tolerado todo. Los turbaba el recuerdo de todas esas derrotas, y trataban de apartarlas de su mente. «No se atreverá». Ponían su esperanza en esas palabras que con tanta vehemencia y seguridad profería ahora el senador Helvid.

Pero entonces abrió la boca el más joven de los congregados, el senador Publio Cornelio.

—Se atreverá —dijo— y nosotros callaremos. Lo aceptaremos sin rechistar. Y haremos bien, pues es lo único que podemos hacer en estos tiempos.

Fannia le replicó, sin embargo:

—Yo no quiero callar, no debemos callar.

Allí estaba con su rostro color tierra, valiente y siniestro, surcado de arrugas, mirando colérica a Publio Cornelio, ya que él estaba directamente emparentado con la vestal amenazada y su sino debería importarle más que a ningún otro. Y casi le hizo lamentar lo que acababa de decir. Ante personas más próximas a su talante habría podido expresarse así, pero no en presencia de la vieja Fannia. Era hija de Peto, cuyos ideales republicanos le valieron la muerte en tiempos de Nerón, y viuda de Cepio, condenado por Domiciano tras el frustrado golpe de Saturnino. Cada vez que hablaba Fannia lo asaltaba la duda de si no se equivocaría al considerar virtuoso ese silencio que la razón justificaba por tantos motivos, y si no lo sería más la proclividad al martirio patente en ella.

Lentamente volvió la cara, ajada y triste a pesar de su juventud, hacia unos y otros. Únicamente el comedido Decián le envió una tímida mirada de aprobación. Cornelio trató, sin muchas esperanzas, de probar lo perjudicial de cualquier gesto precisamente en ese asunto de la vestal Cornelia. El pueblo amaba y respetaba a Cornelia. Un juicio contra ella, o incluso su ejecución, no supondría para el pueblo, como posiblemente deseaba Domiciano, un tributo a los dioses, sino sencillamente algo inhumano, un sacrilegio. Pero si ellos, los de la facción senatorial, se oponían, convertirían ese asunto, que se presentaba como puramente humano, en un problema político.

Decián asintió.

—Me temo —dijo— que nuestro Cornelio tiene razón. No podemos hacer otra cosa que callar.

Pero no pronunció esas palabras con la objetividad y la moderación que lo caracterizaban, sino con tal deje de dolor y desesperanza que los demás alzaron la vista consternados.

Ocurría que Decián había recibido un mensaje de Cornelia. Una liberta de Cornelia, una tal Melita, se lo había hecho llegar. Trastornada, la muchacha le había referido que durante la fiesta de Bona Dea había ocurrido algo terrible en la casa de Volusia, la esposa del cónsul. Decián no había podido deducir del confuso relato de Melita en qué consistía ese hecho; lo cierto era que Melita estaba implicada y que la vida de Cornelia corría un grave peligro. El calmo y ya no tan joven senador Decián amaba a la vestal Cornelia y había creído percibir que también su sonrisa florecía y que se volvía más afable cuando ella lo miraba. Se trataba de un amor sereno, callado y prácticamente inviable. Resultaba muy difícil, casi imposible, acercarse a Cornelia, y cuando abandonase la casa de Vesta él sería ya un anciano. Lo había conmovido profundamente que solicitase su ayuda. En nombre de su ama y amiga, Melita le había rogado que la sacase de Roma, que la ocultase. Él hizo todo lo que estuvo en su mano por ayudarla: la envió por medio de gentes de confianza a su propiedad de Sicilia, donde la esclava vivía ahora, escondida; y probablemente con ella había desaparecido el principal testigo en el que podrían haberse apoyado los enemigos de Cornelia. Pero si Domiciano estaba decidido a acabar con ella de poco valía contar con un testigo más o menos; la justicia nada tendría que decir, sino únicamente el odio y la arbitrariedad. Al escuchar a Cornelio lo asaltó con una fuerza irresistible ese sentimiento de impotencia, y su pesar se reflejó en sus palabras.

Pero Fannia no reparó ni en el pesar de Decián ni en la sensatez de Publio Cornelio. Con la cara ocre, endurecida por el rigor y los pesares, permanecía allí sentada.

—No podemos callar —dijo obstinada, y su voz les llegó rotunda de aquel rostro antiquísimo—, sería un crimen y una vergüenza.

Eso está muy bien sobre el papel, pensó Publio Cornelio satisfecho, y prolongará sin duda la tradición heroica de la familia. Pero en mi obra no dará más que para un personaje incidental; no hará historia.

Sin embargo, a pesar de su espíritu crítico, no pudo evitar admirar a la mujer que destacaba, valiente e insensata, entre sus coetáneos, y lamentar su propia cordura.

Gratila, hermana del fallecido Cepio, una dama de cierta edad, sosegada, distinguida, algo regordeta, asintió a las palabras de su cuñada.

—Sensatez —dijo burlona—, precaución, política. Todo eso está muy bien. ¿Pero cómo puede alguien con corazón tolerar a la larga las monstruosidades de Domiciano sin responderle? Soy una mujer sencilla, no entiendo nada de política y desconozco la ambición. Pero se me revuelven las entrañas cuando pienso qué dirán de nosotros las futuras generaciones, nuestros hijos y nietos, si dejamos que prevalezca este régimen de la mentira y la violencia sin rechistar.

—¿Cuándo terminaréis vuestra biografía de Peto, querido Prisco? —habló de nuevo Fannia—. ¿Cuándo aparecerá? Es para mí una profunda satisfacción ver que hay alguien que no calla; que al menos hay alguien

que habla y no oculta su amargura.

Al ser apelado de ese modo, Prisco alzó los ojos y volvió la cabeza totalmente calva de uno a otro, comprobando que todos lo miraban pendientes de su respuesta. Prisco pasaba por ser el jurista más excelso del Reino, era famoso por sopesar cuidadosamente los pros y los contras. Por ello, no desconocía los méritos de Domiciano en el gobierno del Imperio, pero tampoco la arbitrariedad y la irresponsabilidad de su régimen personal, las numerosas violaciones del derecho que había perpetrado, a los que sólo podía referirse en el círculo de sus amigos más íntimos, viéndose obligado a callarlos ante los demás si no quería verse involucrado en un caso de lesa majestad. Pero ante su conciencia había dado con una solución. Callaba, pero no del todo. Ponía de manifiesto su amargura en una obra histórica: la biografía del gran Peto Trasea, padre de Fannia. Lo atraía enormemente reproducir con la mayor objetividad, despojada de todo rasgo legendario, la vida de ese republicano a quien Nerón mandó ajusticiar por su talante liberal y a quien la leyenda había encumbrado, y poner de relieve cómo Peto Trasea, aun despojado de toda mitología, había sido un gran hombre digno de la admiración que se le profesaba. Fannia le proporcionaba mucho material para su obra, un cúmulo ingente de detalles precisos desconocidos hasta la fecha.

Esa biografía casi conclusa estaba destinada únicamente al propio autor y a sus amigos más cercanos, y ante todo a Fannia. Publicar semejante obra bajo el régimen de Domiciano suponía jugarse posición y fortuna, e incluso la vida, y jamás se le habría ocurrido hacerlo. Si ahora Fannia anunciaba que él, Prisco, no callaría, que no pondría coto a su amargura, se trataba sin duda, por decirlo suavemente, de una exageración y de un malentendido. En cierto modo era eso lo que pretendía. Poner coto a su amargura, guardar el libro en un arcón era precisamente lo que pensaba hacer, y su único objetivo al escribirlo había sido aliviar su corazón. No esperaba poder publicarlo. Hacerlo no habría supuesto más que un gesto testimonial, y Publio Cornelio tenía razón al afirmar que semejantes gestos no servían para nada, que no cambiarían las cosas, que la literatura nada podía contra el poder.

Esto era lo que pensaba Prisco. Pero entonces vio cómo todos lo miraban expectantes, vio el rostro estricto y tenso de Fannia: supo que todos lo considerarían un cobarde si se arredraba y no tuvo valor para pasar por cobarde. Mientras su conciencia le reprochaba: ¿qué estás haciendo, insensato?, su boca dijo aguda y cortante:

—No, no ocultaré mi amargura.

Y antes de concluir la frase ya lamentaba haberla pronunciado.

¿Para qué quiere imitar a Peto?, se preguntó apenado Decián. Publio Cornelio también pensó: otro loco, otro héroe. Y, en tono amargo, proclamó:

—Cosa de hombres es superarse; cosa de hombres es también callar en estos tiempos para poder sobrevivir a ellos.

La cara vieja, ocre, ajada de Fannia era una pura máscara de desdén y rechazo.

—Pobre Cornelia —dijo, y con expresión exigente preguntó a Publio Cornelio—: ¿Tendréis al menos el valor de uniros a nosotros cuando visitemos a vuestro tío Léntulo?

El anciano padre de Cornelia se había retirado tiempo atrás de la vida pública y permanecía en su propiedad sabina; una visita conjunta como aquélla constituiría una manifestación contra el emperador.

—Me temo —opinó Publio Cornelio insensible a la ironía de Fannia— que no seremos bien recibidos. Mi tío tiene muchas penas, y le gustan muy poco las personas.

—¿De modo que no vendréis? —preguntó Fannia.

—Iré —replicó con fría amabilidad Publio Cornelio.

El pobre Prisco tiene que publicar su biografía, se dijo, y yo tengo que unirme a esa estúpida comitiva sólo porque así lo quiere esta esposa de héroe. Todo es en vano. Nuestra es la honra, pero Domiciano tiene el ejército y las masas. ¡Ah, siniestra impotencia!

Aún era invierno cuando Domiciano regresó. Se conformó con presentar el laurel ante Júpiter Capitolino y prescindió de los grandes honores públicos. En el Senado se oyeron acres bromas en torno a ello. Marullo y Regino pensaron que Domiciano no lo tenía fácil. Si celebraba un triunfo se burlaban de cómo falseaba una derrota; si renunciaba al triunfo pensaban que la derrota había sido tan grave que hasta él la reconocía.

Como buen conocedor del alma humana, Domiciano, en lugar de hacer que le rindieran tributo, organizó un gran reparto de regalos cuyos costes debían descontarse de su parte en el botín sármata. Todos los ciudadanos residentes en Roma recibieron algo. Cuando se trataba de asuntos como ése, el emperador era extraordinariamente generoso y no le importaba que semejante liberalidad supusiese un gasto millonario. Por otra parte, el reparto probaría lo ingente del botín sármata.

Se sentó en el trono del salón con columnas de Minucio; su diosa predilecta Minerva sobre su cabeza; a su alrededor sus funcionarios, escribas y oficiales. La muchedumbre se agolpaba ante la puerta; todo el que acudía recibía su tablilla de arcilla, plomo o bronce, y, si el azar favorecía su posición en la lista, de plata u oro. Entre ellas había también bonos para regalos muy cuantiosos. ¡Qué júbilo se desataba en el que lo recibía! ¡Cómo ensalzaba entonces, casi de corazón, al amo y dios Domiciano, dicha de Roma y de todo su pueblo! Y no sólo el afortunado glorificaba al emperador, sino también sus amigos y parientes, sí, todos se sentían felices, pues todos contaban con las mismas probabilidades de recibirlo y, si no era hoy, tal vez la próxima vez les sonriera la fortuna. Así, el reparto de Domiciano se convirtió en un triunfo tan glorioso como habría podido serlo el desfile más suntuoso.

El emperador lo contemplaba todo al amparo de su sabia Minerva. En esos siete años había engordado mucho, su rostro estaba encarnado e hinchado. Permanecía allí inmóvil, semejante a un dios, disfrutando de la aclamación de su pueblo. Los que habían recibido la tablilla de oro tenían derecho a besarle la mano. Se la tendía sin dedicarles ni una mirada; pero nadie lo tomó por un orgullo desmesurado, también así se consideraban benditos. Los senadores tuvieron que morderse los labios y reconocer que el pueblo —o la plebe, como ellos lo llamaban— amaba a su amo y dios Domiciano.

Al día siguiente concluyeron los festejos con una exhibición en la arena flavia, en el Coliseo, el circo más grande del mundo, construido por el hermano de Domiciano. Se lanzaban monedas al aire; mediante una ingeniosa maquinaria propulsaban sobre la arena a airosos y divertidos geniecillos que repartían tablillas entre la gente; al final incluso apareció la propia diosa de la abundancia, *Liberalitas,* vertiendo dádivas de su cuerno: bonos firmados por el emperador que daban derecho a terrenos, privilegios, cargos bien pagados. El júbilo era infinito, y su brillo no quedó mermado porque se aplastaran mujeres y niños en el forcejeo del reparto.

Domiciano ofreció esa misma tarde un banquete en honor del Senado y sus amigos. Distinguió a muchos con un par de palabras corteses, pero su ingenio misantrópico confería un tono siniestro a algunas de sus frases. Al juez supremo Aper, por ejemplo, primo del fracasado general insurrecto Saturnino, le comentó con su voz clara y aguda la alegría que habían experimentado las masas en el reparto de regalos. El entusiasmo de las masas había sido un espectáculo digno de verse; aún más, tal vez, que el que pudieron contemplar entonces, cuando se exhibió en el Foro la cabeza del sedicioso Saturnino. Después habló de nuevo de su suerte, que por fin parecía acompañarlo tras su victoria sobre Saturnino. El golpe, cuidadosamente preparado, fracasó por una casualidad; una helada repentina impidió que las tropas bárbaras de Saturnino cruzaran el río helado y se unieran, como habían convenido, al general insurrecto. Sí, constató Domiciano, su fortuna era comparable a la del gran Julio César. Desde luego, ese afortunado César terminó cayendo bajo la daga de sus enemigos.

—Nosotros, los príncipes —opinó frívolo y hierático en medio de un grupo— no lo tenemos fácil. Si atrapamos a nuestros enemigos a tiempo, antes de que lleven a cabo su malévolo plan, se nos reprocha habernos inventado sus criminales proyectos con el único fin de quitárnoslos de encima. Sólo se da crédito a las conjuras dirigidas contra nosotros cuando hemos muerto. ¿Qué opináis vos, mi Prisco, y vos, Helvid?

No pronunció ni una palabra sobre sus intenciones en el asunto de la vestal Cornelia, y difícilmente podían sacarse conclusiones del hecho de que una de sus primeras acciones tras el regreso hubiera sido castigar otro delito religioso cometido por un hombre insignificante.

Sucedió que un liberto, un tal Lido, había satisfecho sus necesidades estando borracho en uno de esos pequeños pozos que solían abrir para enterrar los rayos, pues cada rayo caído en un lugar público y extinto en él debía recibir sepultura al igual que los vivos para conjurar mayores desventuras. Por tanto, allí donde había caído se removía la tierra, y los sacerdotes realizaban un sacrificio con cebollas, cabellos humanos y peces vivos —seres vivientes de las tres esferas—, y a continuación hacían introducir en lo más profundo una especie de sarcófago sobre el que, con su mismo contorno, se entibaba el pozo en forma de cuadrado hasta llegar a la superficie, donde se grababa la inscripción: «Aquí se ha enterrado un rayo». No lejos de la Puerta Latina había una de esas tumbas, que databa de los tiempos del emperador Tiberio, y en tal santuario había hecho sus necesidades el infeliz Lido. El emperador lo llamó ante los tribunales en su calidad de Sumo Pontífice. Lo condenaron a recibir unos cuantos latigazos, perdió sus bienes y se le prohibieron el fuego y el agua de Italia.

Pocos días después Domiciano convocó una reunión de los pontífices máximos, el Colegio de los

quindecenvires, en el Albano, su residencia. La invitación se realizó, como siempre, en el mayor secreto. Sin embargo, todo el mundo se enteró de ello —tal vez así lo deseaba el emperador—, y cuando los sacerdotes emprendieron camino hacia el Albano todo Roma los contempló al borde de la Via Albana, pues había pocas ocasiones de verlos, y despertaban gran curiosidad y cierto sentimiento de pudor. En particular, el flamen encargado de los sacrificios en honor a Júpiter era el habitante más curioso y particular de Roma. En las pocas ocasiones en que abandonaba su vivienda lo hacía precedido de un lictor que proclamaba su llegada, y todo el que se cruzaba en su camino debía dejar su actividad porque se acercaba el flamen de Júpiter; allí donde iba era fiesta e imperaba el sacro pudor, no se le permitía ver a ningún trabajador ni a ningún hombre armado o encadenado. Su vida era difícil y santa. En cuanto despertaba debía ponerse el atuendo propio de su cargo y sólo podía despojarse de él al acostarse para dormir. Éste consistía en una gruesa túnica de lana que debía confeccionar la propia esposa del flamen, y en una capucha de piel blanca y puntiaguda coronada por una borla y rodeada de una rama de olivo y un hilo de lana. Nunca, ni siquiera en su propia casa, podía deponer tal distinción. Su cuerpo no podía ser rozado por nada que estuviera atado o anudado, su vestido debía sujetarse con una abrazadera, y hasta su anillo de sello debía estar cortado. Debía llevar siempre consigo un pequeño palo para mantener alejada a la gente, pues estaba por encima de cualquier contacto humano.

Por ello, el pueblo se agolpaba deseoso de verlo a él y a los otros miembros del Colegio pontificio. Reinaba una gran excitación. Todos sabían que estaba en juego el destino de Cornelia, la vestal, la preferida de Roma.

Lo terrible de las sesiones que celebraba el Colegio era que en todos los casos de delitos contra la religión podía fallar a su antojo. No tenían necesidad de escuchar a acusados ni a testigos, y únicamente debían responder ante los dioses. El acusado estaba enteramente a su merced, aunque su cometido era únicamente dilucidar si el encausado era culpable o no; la pena quedaba en manos del Senado. Pero dado que éste no podía contradecir una condena del tribunal de los sacerdotes, y como las leyes dictaban penas muy claras, a aquél sólo le correspondía la ingrata tarea de hacer cumplir la condena impuesta por el tribunal religioso.

Con espanto, aunque con un placer morboso, esa tarde se comentó en susurros el fallo del Colegio de los quindecenvires: había declarado a la vestal Cornelia culpable de impudicia.

Para este delito, impudicia de una vestal, la bárbara costumbre de los antepasados imponía un castigo igualmente bárbaro. La culpable era atada ante el Aventino a una red de mimbre, donde se la azotaba, y a continuación se la emparedaba en una celda donde se la dejaba morir lentamente con algo de comida y una lámpara.

Antes del reinado de Domiciano no se había acusado de impudicia a ninguna vestal en ciento treinta años. Fue Domiciano quien resucitó tal procedimiento contra las hermanas Oculatae; pero no permitió que cumplieran la pena impuesta, sino que la suavizó dejando que las propias hermanas eligiesen el modo de su muerte.

¿Qué hará ahora? ¿Qué ocurrirá con la adorable y venerada Cornelia? ¿Se atreverá?

Al marcharse los miembros del Colegio pontificio esa tarde no quedaron en el amplio palacio del Albano más que el emperador y el gran chambelán Crispín.

Crispín languidecía en su despacho, ocioso, roído por una tensión abrumadora. DDD no le había llamado a su presencia en todo el día, y ahora esperaba temeroso que lo hiciese. El chambelán, por lo general tan elegante, parecía destrozado. ¿Dónde quedaba su altiva indiferencia, esa indolencia que confería un aspecto tan arrogante a la fina y larga cara? Ahora esa cara parecía nerviosa, desencajada, y no expresaba otra cosa que miedo.

No podía dejar de pensar en lo ocurrido, no lo entendía, no se entendía a sí mismo. ¿Qué espíritu perverso le había inspirado la insensata idea de asistir a los misterios de Bona Dea disfrazado de mujer? Cualquier niño habría podido decirle que, por grande que fuera su amistad, DDD jamás se lo perdonaría. Toleraría cualquier otro pecado, pero no un sacrilegio. Y eso que no había sido su intención ofender a los dioses; se deslizó furtivamente en la fiesta de Bona Dea porque no veía otro medio de acercarse a Cornelia. Así lo hizo en su día Clodio, ese sofisticado personaje de la época de Julio César, para acercarse a la inaccesible esposa de César. Y Clodio tuvo suerte. Pero eran otros tiempos, más liberales. Nuestro DDD, por el contrario, no entendía de bromas cuando se trataba de religión.

¿Pero qué pruebas tienen contra él, en realidad? Nadie lo vio entonces, cuando se coló vestido de mujer en la fiesta de Bona Dea, a la que ningún hombre puede asistir. Sólo esa Melita podría testificar contra él, la

liberta que lo había ayudado. Pero ha desaparecido, y la propia Cornelia es la primera interesada en callar. No, no hay pruebas contra él. ¿O sí? Norban tiene mil ojos, y cuando se trata de él, de Crispín, se agudizan aún más por el odio.

Había creído que con el regreso del emperador su situación se aclararía, pero nada se aclaró; DDD se mostraba cordial y relajado, como siempre, pero él lo conocía, sabía que eso no quería decir nada, y aquella abrumadora presión seguía atormentándolo. No dejaba de sentir que de un momento a otro se abriría la tierra y lo engulliría. Su hermoso rostro carecía de expresión; tenía que contenerse para no quedarse mudo de pronto en medio de una conversación, ensimismado; el plato más suculento, la mujer más sofisticada, el muchacho más bello carecían de encanto para él. No se fijaba siquiera en los vestidos que le presentaba su camarero; su peluquero se confundía de perfume sin que él lo advirtiese. Sus amigos ya no lo eran, y de noche, en su cama, lo asaltaba una visión aterradora, siempre la misma. Se veía a sí mismo en el mercado de ganado amarrado a un bloque de piedra y azotado hasta la muerte, como prescribía la ley. Lo extraño de todo ello era que los diez mil espectadores tenían su propio rostro, e incluso el funcionario que dirigía la ejecución y el verdugo tenían su cara, y todos hablaban con su voz. Se escuchaba a sí mismo —y eso era lo que más lo aterrorizaba— en su propio griego elegante, sibilante, gastando amargas bromas sobre las insoportables y mortales torturas a que lo sometían y sobre su horrible muerte.

Ese día, en el Albano, durante las deliberaciones del Colegio de los quindecenvires, la sensación de su futura aniquilación fue aún más abrumadora, como si una montaña avanzase y se inclinase lentamente sobre él para enterrarlo; llegó a ser tan palpable que en ocasiones le robaba el aliento. Vagaba por los interminables corredores de palacio, por el amplio parque, los delicados jardines, los invernaderos, entre las jaulas de los animales, sin ver nada; si alguien le hubiera preguntado dónde había estado no habría podido decírselo.

Después se hizo de noche, y contempló desde un escondite cómo se alejaban los miembros del tribunal sacerdotal. Algo en él, un resto del viejo Crispín, percibió con infantil socarronería el esfuerzo que debían hacer para que no se les cayeran los ridículos gorros blancos de piel al subirse a la carroza. Pero al mismo tiempo el nuevo Crispín, el que temblaba ante el peligro que lo amenazaba, pensaba en lo que habrían decidido.

Ahora languidecía en su despacho lleno de una ira impotente al pensar que dependía únicamente de ese desaliñado muchacho condenarlo a un final vergonzoso y cruel a él, al gran Crispín, al omnipotente ministro del emperador. ¿Lo habrá hecho? ¿Se habrá atrevido? Sus manos eran las de un muerto, su cabeza giraba en torno a una única pregunta: ¿me ha condenado? ¿Se habrá atrevido?

Por fin lo llamaron a presencia de Domiciano. Al camarero que lo ayudó a ponerse la túnica de gala con los altos zapatos le dio burdas y apresuradas indicaciones, pero la voz no lo obedecía, y cuando él mismo se sujetó y anudó el vestido le temblaban las manos, y al avanzar tras los criados y las antorchas por los largos pasillos le temblaban las rodillas. Se esforzaba en seguir con la vista la grotesca sombra que lo acompañaba y olvidar así su miedo para aparecer relajado ante el emperador. Al pensar en él no llamaba ya a Domiciano DDD, sino el emperador.

Éste estaba tendido en camisón en un amplio diván; parecía cansado, laxo, carnoso. Le tendió la mano y Crispín la besó con cuidado para que la pintura de sus labios no la manchase.

—Ha sido un día muy duro —le dijo Domiciano bostezando—. Sí —afirmó—, hemos tenido que condenarla. Ha sido un duro golpe para mí. He tenido que hacerme cargo de una ciudad y un Imperio en un estado lamentable. Parece un jardín asilvestrado; segamos y segamos, y no logramos que deje de crecer la mala hierba por doquier. ¿Por qué estás tan callado, querido Crispín? ¡Dime algo reconfortante! El amo y dios Domiciano está hoy deseoso de que lo consuelen sus amigos.

Crispín no sabía qué pensar de todo ello. Si habían condenado a Cornelia era sólo por su culpa, por lo que había ocurrido en la fiesta de Bona Dea, y él, Crispín, era cómplice. ¿Qué buscaba entonces el emperador? ¿Quería gastarle una de esas horrendas bromas suyas?

—Ya veo —continuó Domiciano— que te has quedado sin habla. Lo entiendo. Desde los tiempos de Cicerón no se ha vuelto a ejecutar a ninguna vestal. Además, bajo mi reinado, primero las hermanas Oculatae, y ahora ésta. Los dioses me lo están poniendo difícil.

Crispín le preguntó entonces con una voz que le sonó extrañamente ajena:

—¿Había alguna prueba?

El emperador sonrió. Fue una sonrisa larga y profunda en la que el chambelán leyó su perdición.

—¿Pruebas? —preguntó al tiempo que se encogía de hombros y levantaba las manos con las palmas vueltas hacia Crispín—. ¿A qué te refieres, querido? Nuestro Norban ha reunido una serie de datos, indicios, como se dice en la jerga de los juristas, indicios concluyentes. ¿Pero de qué valen las pruebas? Si se hubiera

solicitado el testimonio de Cornelia y del hombre y la mujer que Norban ha designado como cómplices habrían presentado pruebas en contra igualmente concluyentes. ¿Qué son las pruebas? —Se levantó y se inclinó ante Crispín, que seguía allí sentado, rígido y frío, y le soltó confianzudo—: Hay una única prueba. Y ésa pesa mucho más que todo lo que puedan aducir Norban contra Cornelia y Cornelia y sus cómplices en su favor. También a los sacerdotes de mi Colegio les ha parecido decisiva. Y es que —a ti te lo puedo decir, mi querido Crispín— no estoy contento con el resultado de la campaña sármata. Los dioses no han bendecido mis armas. ¿Y por qué no? Pues por eso —exclamó incorporándose de pronto—, por eso, porque esta ciudad de Roma está llena de pecado y de inmoralidad. Cuando Norban me comunicó lo que había ocurrido en la fiesta de Bona Dea se me abrieron los ojos. Entonces supe por qué la empresa sármata no dio los resultados que esperaba. ¿Qué piensas tú, mi querido Crispín? Dímelo abiertamente, desahógate: ¿no te parece que es una prueba concluyente?

—Sí —farfulló Crispín; también él se había levantado de un salto al ponerse en pie el emperador y permanecía ante él con las rodillas temblorosas, tambaleándose levemente; el moreno de su fino rostro destacaba verdoso bajo el maquillaje—. Sí, sí —balbució sin poder contenerse—, ¿pero quiénes son, si puedo preguntarlo, sus cómplices?

—Ah, ésa es otra cuestión —respondió artero el emperador sin deponer su tono familiar—. Naturalmente, se trata de los sucesos del día de la fiesta de Bona Dea. Pero tú ya sabes de qué se trata —opinó como de pasada, con toda naturalidad, y un escalofrío recorrió la espalda de Crispín cuando el emperador le espetó ese «Pero tú ya sabes de qué se trata»—. Lo que ha hecho el tipejo que mancilló la festividad —continuó Domiciano— no es en realidad más que una necia imitación de la jugada de Clodio en tiempos de Julio César. Y precisamente por eso me cuesta creer lo que me cuenta nuestro Norban, por muy fiable que sea la documentación que aporta. Sencillamente, no me puedo creer que en nuestra Roma, en mi Roma, se le haya podido ocurrir a alguien semejante sandez. No lo entiendo. Los prohombres de antaño fueron capaces de perdonar a un Clodio: pero mi tribunal sacerdotal, mi Senado —eso tiene que saberlo cualquiera, por muy mermada que esté su inteligencia—, yo y mis jueces no perdonamos semejante crimen.

Crispín sintió entonces que sus fuerzas lo abandonaban; sus miembros cedieron y se desplomó ante el emperador.

—Soy inocente, mi amo y dios Domiciano —gimió de rodillas; y repitió una y otra vez llorando, suplicando: «Soy inocente».

—Ya, ya —dijo el emperador—. Entonces Norban está equivocado. O bien te ha calumniado. Ya, ya. Muy interesante. Eso es muy interesante.

Y de pronto, con la cara encendida al ver que Crispín manchaba su camisón con la pintura de sus mejillas y sus labios, estalló:

—¡Y encima te atreves a manchar mi camisón con tus vulgares labios, escoria humana, hijo de una perra y de un cochero borracho!

Cogió aliento, se alejó de Crispín, que se retorcía en el suelo, y se puso a caminar de un lado a otro farfullando para sí:

—Así se lo agradecen a uno que los saquemos del fango. Mi Cornelia. Le arruinan a uno lo mejor que tiene. Mancillan a sus hijas. Probablemente no sabías, tú, a quien los dioses le han dado un huevo hueco por cabeza, que las vestales son mis hijas, las hijas del Sumo Pontífice. Posiblemente ni siquiera entiendes lo que has hecho, desecho de egipcio. Has vulnerado mi lazo de unión con los dioses, carroña, tres veces maldito. Y no es la primera vez que me desacreditas ante los dioses.

Y entonces aquel vengador de pocos reflejos se desquitó soltándole lo que había callado durante siete años.

—¡Fuiste tú, ser pestilente, escoria, loco infeliz, quien me metió en ese litigio con el dios Yahvé entonces, hace siete años! ¿Y quién tuvo la culpa de que dejase esperar tanto tiempo al Doctor Supremo? Era tu deber recordarme que debía recibirlo. ¡Y ahora encima mancillas a mi vestal, prevaricador, chacal, egipcio inmundo!

Crispín se había arrastrado hasta un rincón. El emperador fue hacia él jadeante, carnoso, imponente. Crispín se pegó a la pared y el emperador le dio un puntapié. Su pie calzado con la sandalia no tenía bastante fuerza, el puntapié no pudo dañarlo. A pesar de todo, Crispín lanzó un grito, y su grito era sincero. El emperador levantó el labio con desprecio.

—El chacal no tiene ni una gota de valor —dijo volviéndole la espalda.

Pero al instante volvió a abalanzarse sobre él, se inclinó sobre aquel hombre deshecho en lágrimas, y en voz baja, susurrando, muy cerca de su oído, le preguntó:

—¿Y cómo fue? ¿Al menos lo disfrutaste? ¿Cómo es la virgen Cornelia? ¿Sentiste un gran placer? ¿Te

supo bien? ¿Sabía de otra manera que las demás esa santa? ¡Dímelo, dímelo!

Crispín no pasaba de farfullar:

—Pero si no sé nada, yo soy… —el emperador se levantó y le espetó altanero:

—Bien, ya veo: Norban te ha calumniado y eres inocente, no sabes nada. Ya me lo has dicho antes. Está bien.

Y, sin mirarlo, le ordenó despectivo:

—Puedes marcharte. Te quedarás en tu aposento. Y te aconsejo que te bañes. Te has puesto perdido, miserable.

—¡Perdóname, mi amo y dios Domiciano! —le rogó de nuevo el egipcio—. ¡Regálame la vida y te lo agradeceré como nadie te lo ha agradecido nunca!

—¡Qué montón de escoria! —replicó Domiciano como si hablase para sí, con un gesto de indecible repugnancia. Y para concluir le ordenó—: ¡No entiendo por qué no acabas con tu vida! ¿Me oyes? Pero no serás capaz de hacerlo.

Crispín ya estaba en la puerta. Domiciano le explicó retomando su tono imperial:

—Por lo que se refiere a tu vida, la decisión no depende de mí. Una vez pronunciado el dictamen del Colegio de los quindecenvires queda en manos del Senado.

Mientras el emperador pronunciaba esas palabras con la mayor crueldad y con la altivez de un juez apareció de pronto el enano Sileno, escondido hasta entonces en un rincón, y se puso detrás del emperador imitando su actitud. Y, en los días que siguieron, cada vez que Crispín pensaba en Domiciano el enano se le unía en su recuerdo, pues ésa fue la última vez que el ministro Crispín tuvo ante sí al emperador Domiciano, y esas palabras pomposas e irónicas fueron las últimas que escuchó de sus labios.

La celda de Cornelia era la segunda de la izquierda. Como todas las demás, seis en total, estaba amueblada con sencillez, y sólo una cortina la separaba de la gran sala que conducía al comedor.

Hacía ya algunas semanas que el flamen de Júpiter le había comunicado en nombre del emperador que había sido relevada de sus funciones y que no se le permitía abandonar su celda. Al otro lado de la cortina oía cómo seguían viviendo su vida las demás vestales. El servicio de Vesta estaba reglamentado en sus más nimios detalles: la recogida del agua destinada al sacrificio con los jarros puntiagudos que no debían tocar jamás el suelo, el vertido de ese agua bendita, la vigilancia del fuego sagrado y virginal; cada paso y cada gesto realizado en aquel sencillo santuario rebosante de tradiciones estaba prescrito. Cornelia conocía cada detalle del transcurso del día, sabía a cuál de sus hermanas correspondía ahora la vigilancia, quién debía realizar éste o aquel sacrificio, quién preparar la harina ritual. Sabía que con su partida las tres hermanas que se habían incorporado al santuario después de ella subían un grado en el escalafón. Pronto, en cuanto regrese el emperador, presentarán como candidatas a veinte muchachas menores de diez años pertenecientes a las familias de más abolengo, y una será elegida para sustituirla a ella, a la Cornelia repudiada. Servir a Vesta era uno de los mayores honores que concedían los dioses y el Reino. Las hijas de las familias más antiguas trataban de obtenerlo, había muchas rencillas y celos en liza por quién sería llamada y elegida. ¿Llegará a saber Cornelia quién la sustituirá?

Quienquiera que sea la elegida, Cornelia ya la envidia por poder llevar la vida que hasta ahora ha sido la suya. Su vida ha sido muy hermosa. Hace ahora justo veinte años que vive en el santuario, años monótonos estrictamente ordenados hora a hora, casi minuto a minuto. Y, a pesar de todo, qué variados han sido los días de esa vida, cuán sosegados, similares y, sin embargo, en continuo cambio. Una se sentía como un río dirigido, regulado y protegido, todo obedecía a una ley superior.

La serena y pía alegría que el pueblo percibía en el rostro de Cornelia cuando las vestales presidían el cortejo de las fiestas más insignes; esa serena y pía alegría que la convirtió en la preferida de la ciudad, aún más que las otras cinco, no era una máscara. Desde el día en que la trajeron, con ocho años de edad, a la casa de Vesta, se había sentido bien allí. La opresión que de vez en cuando experimentaban las demás, sobre todo cuando eran jóvenes, en la penumbra de la sagrada morada no la había sentido ella. No había sentido ningún temor cuando su padre Léntulo la entregó con gran ceremonia al emperador —se trataba de Vespasiano— en su calidad de Sumo Pontífice ni cuando, con infantil afán, repitió la fórmula que el hombre pronunciaba con una sonrisa taimada: su promesa a la diosa y al Imperio de mantener el espíritu y el cuerpo inmaculados. Después, durante diez años, la vigiló la amable y seria priora Junia. Las diversas actividades que debían realizar no eran difíciles, pero sí numerosas; para conjurar el riesgo de que el Estado padeciese la ira de la diosa debían evitar cometer el menor error. Pero diez años eran mucho tiempo, durante el cual se podía llegar a saber todo de modo que resultase tan natural como respirar. Cornelia

aprendió con ahínco; le agradaba el sencillo sentido que ocultaban los gestos y costumbres. Aprendió a recoger el agua con los jarros puntiagudos, a vigilar el fuego y a mantenerlo respetando las estrictas normas; aprendió a tejer coronas para adornar con ellas en la festividad de Vesta los asnos gris claro que les llevaban los molineros; aprendió a preparar la harina ritual que debía proteger a las mujeres de todo mal y toda enfermedad. Sus numerosos deberes eran fáciles de cumplir, pero debían realizarse con dignidad y belleza, pues muchas de estas tareas se desempeñaban ante los ojos de todo el pueblo. Cuando las vírgenes de Vesta subían los escalones del Capitolio, cuando ocupaban sus asientos honoríficos en el teatro o en el circo eran ellas quienes atraían, después del emperador, la atención de las masas.

Cornelia amaba las costumbres y se gustaba en sus apariciones en público. Nadie como ella sabía realizar su cometido con una expresión alegre y santa, como si ignorara los miles de ojos pendientes de ella. En su fuero interno experimentaba una gran alegría por suscitar esa atención y por estar segura de no decepcionarla. Le satisfacía ser la figura central de ese hermoso espectáculo sagrado, y saber que fomentaba el bien del Estado cuando se plegaba a sus obligaciones con disciplinado recogimiento la colmaba de gozo.

Ellas, las seis vírgenes de Vesta, encarnaban la sencilla gravedad y la púdica dignidad de la vieja Roma: eran las guardianas del fuego público, a quienes se les había encomendado la protección del Paladium y la realización de los actos más importantes del Imperio. La castidad y la vigilancia le resultaban a Cornelia naturales.

Las vestales ostentaban muchos títulos de importancia. A Cornelia le correspondían «amata», «predilecta», «la preferida», y era consciente de que los llevaba con justicia. Se sentía amada no sólo por los individuos, sino por los dioses, por el Senado y el pueblo de Roma. Sin duda había rencillas y celos entre las seis vírgenes obligadas a vivir bajo un mismo techo; pero incluso dentro del círculo de las hermanas era la preferida de todas.

Únicamente Tertulia sentirá una ligera satisfacción por su desgracia. Tertulia nunca la apreció. Qué mirada le lanzó, por ejemplo, cuando la designaron por sorteo para subir hasta Júpiter de la mano del emperador en los Juegos Capitolinos. Y eso que a ella esa ceremonia no le agradó demasiado. Sí, Domiciano estaba espléndido, y ella notó que su alegre y serena belleza resaltaba doblemente a su lado. A pesar de todo no se sintió dichosa, y ese día fue uno de los pocos en que sintió cierto desagrado: confusión, «turbación» lo llamaba ella. La mano del hombre con el que tuvo que subir los escalones, esa mano del emperador, del Sumo Pontífice, de su «padre», era una mano fría y húmeda, y al depositar la suya en ella sintió miedo y asco, al igual que en la fiesta de Bona Dea.

Sí, fue un presentimiento, un aviso y no una casualidad que desde siempre sintiese esa misma «turbación» con ocasión de la celebración y los preparativos de la fiesta de Bona Dea. Para las demás vestales constituía el punto culminante del año; ella en cambio experimentaba más temor que alegría a medida que se acercaba.

La fiesta se celebraba anualmente en invierno. Ejercía de anfitriona la esposa del funcionario de mayor rango del Imperio, el cónsul. Éste debía dejar a tales efectos su casa en manos de su esposa durante dos días y se le prohibía pisarla, pues a él, como a cualquier hombre, le estaba vedado el acceso a la casa bajo pena de muerte. En dicha fiesta se pronunciaban viejas fórmulas, se realizaban extraños sacrificios, se llevaban a cabo oscuras y excitantes prácticas, todo bajo la dirección de las vestales. Antes de concluir su aprendizaje, a punto de cumplir los dieciocho, su maestra Junia aleccionó a Cornelia sobre el sentido y la opinión que debía tener de tales costumbres. La Bona Dea era una pariente cercana de Baco, la diosa de la fecundidad doméstica y, como Baco el vino, tenía el sarmiento por atributo; pero su bebedizo, aunque se compusiera de vino, no se llamaba así, sino «leche de Bona Dea». La leche de Bona Dea simbolizaba la fecundidad, el amor casto, mas no por ello menos placentero. Así se lo explicaron a la novicia, y también las misteriosas y excitantes prácticas que se desarrollaban con motivo de los misterios de la diosa. Adornaban con sarmientos la casa de la primera dama del reino, que recibiría a las invitadas de la diosa; a pesar de ser invierno, había sarmientos por todas partes procedentes de los invernaderos. Las vestales recogían con los tradicionales jarros puntiagudos la leche de la diosa, el vino, tras adornarse con hojas de parra. Se abrazaban y besaban primero con estricta y rígida ceremonia, y ejecutaban después danzas sagradas en las que cada gesto estaba prescrito de antemano. Más tarde, sin embargo, en la segunda hora, los bailes se animaban, los abrazos de las mujeres se tornaban más salvajes, y más encendidos sus besos, mientras se derramaba sin medida la leche de la diosa. Conforme avanzaba la noche la fiesta se iba animando. Era una larga noche de invierno, y cuando finalmente las vestales abandonaban la casa poco antes de la salida del sol quedaban muchas mujeres tendidas en los rincones, en grupos de dos o de tres, incapaces de distinguir quién se dirigía a ellas.

En la soledad de su celda Cornelia se esforzaba a menudo por recordar con precisión lo ocurrido en la última fiesta de la diosa, que había alterado su vida por completo.

Melita, la liberta, le anunció que una mujer la aguardaba en el tocador de la anfitriona, Volusia. ¿Qué mujer es ésa?, le preguntó Cornelia. Una mujer especial, le replicó Melita, que deseaba hablar de un asunto muy particular, que venía a pedirle cierto favor, y al decir esto Melita sonrió de un modo extrañamente incitante. En realidad fue esa sonrisa la causa de que se encontrase ahora sola en esa celda, despreciada de todos y excluida del servicio de su diosa. Se había dirigido al tocador de Volusia, ligera, aunque no con la agilidad de siempre, pues ya había gozado de la leche de la diosa. Su túnica blanca se había rasgado durante el baile, su abertura dejaba entrever las piernas, y recordaba que al caminar se esforzó por mantenerla cerrada.

Le pareció curioso que, mientras caminaba hacia el tocador de Volusia, pensara en el senador Decián, ese caballero tranquilo y amable que siempre la saludaba con un respeto particular, y con algo más que respeto, aunque no tenía sentido relacionarlo con la fiesta y con los misterios de Bona Dea.

La mujer que la esperaba en el tocador de Volusia le agradó. Era alta, esbelta; con la cara morena, casi cetrina, y unos ojos y labios sabios; lo supo en cuanto la saludó con el beso de Bona Dea, y su «turbación» no tardó en intensificarse, ese extraño temor y opresión que siempre le había inspirado la fiesta de la diosa.

—Sé que es una osadía —le dijo entonces la mujer—, pero no puedo evitarlo; debo rogaros precisamente a vos, mi amada ama Cornelia, que me iniciéis y me aleccionéis en los misterios de Bona Dea, pues no encontraré reposo hasta que no los conozca.

—¿Os conozco, mi señora? —le había replicado ella. La extraña respondió:

—Sí y no —mientras la tomaba de la mano y la acariciaba como era costumbre en la festividad. Al ser abrazada Cornelia se percató de pronto de que la desconocida no tenía pechos.

En su ingenuidad, y llena como estaba de las imágenes de un tiempo remoto en que los dioses y los seres legendarios poblaban la tierra, creyó que se trataba de una amazona. Tarde, demasiado tarde tuvo conciencia de la terrible realidad. Desde luego, había oído hablar de un tal Clodio, que en tiempos del gran Julio César consiguió introducirse en la fiesta de Bona Dea disfrazado de arpista. Pero eso había sucedido en un pasado remoto, tan irreal como los tiempos de los dioses y los semidioses. Que algo así pudiera ocurrir en vida suya, en la tangible realidad de la Roma que tenía ante sus ojos, le resultaba sencillamente inimaginable.

Que sucediese la paralizó. Aún ahora la llenaba de temor. Todavía no sabía con exactitud lo que había ocurrido, se le antojaba real e irreal a un tiempo, no lo sabía, pero aún recordaba lo que sintió, cada día, a cada hora. No es que, como consecuencia de aquellos sucesos, se hubieran acumulado procesos o imágenes; eran más bien sensaciones, sentimientos, una confusión extraña y cruel, repugnancia, rechazo, y, en una salvaje mezcla, cierto deje de curiosidad.

Fue una violación, de eso estaba segura. Tal vez habría debido gritar. Pero si hubiera gritado todos habrían sabido que había mancillado la fiesta de Bona Dea, y tal presagio habría desencadenado terribles males que afectarían a la campaña militar y a todo el Imperio. Le pareció más indicado defenderse en silencio, tenaz, jadeante. Se defendió, se opuso con todas sus fuerzas, y era fuerte. Pero aquel sacrilegio inconcebible, inmenso, la tenía anonadada. La pesada túnica tradicional le impedía además moverse a sus anchas. Lo que, una vez ocurrido, más la atemorizaba fue que ese vestido sagrado quedara mancillado, literalmente mancillado, por los rastros del crimen, y también su piel.

Todo ello duró una eternidad, aunque fue muy rápido. Esa noche no reparó en las consecuencias que podía tener. No le preocupó si las demás percibían o no su aire ausente, su turbación. Sólo al día siguiente, cuando Melita fue a verla para rogarle que la salvase para salvarse a sí misma, comprendió que corría peligro. Le entregó una carta para Decián. No conocía su resultado. Sólo guardaba un vago recuerdo del breve y eterno abrazo de aquella «mujer» y de un par de frases confusas de Melita. Nadie más había hablado con ella de los acontecimientos de esa noche y de sus consecuencias. Tampoco el flamen de Júpiter le explicó por qué motivo la condenaba a permanecer recluida tras su cortina.

¿Qué será de ella? Nunca ha imaginado ninguna vestal, ni ella, otro destino que el de obtener tras su muerte una lápida con la inscripción: «La más casta, más púdica, pura y vigilante virgen Pulcra Cornelia Cosa». En lugar de eso deberá bajar a la cueva excavada frente al Aventino, pues cuando puso su mano en la de su amo y dios Domiciano durante la procesión sintió que no la amaba, y no admitirá que elija su muerte como antaño las dulces y queridas hermanas Oculatae. No, a ella la enterrarán con un jarro de agua y algo de comida, extenderán un tejido de mimbre sobre la celda en la que morirá miserablemente, y los que pasen junto al lugar lo rodearán en señal de espanto y asco.

Pero ella no ha incumplido sus votos. Todo ocurrió en contra de su voluntad, se vio arrastrada a hacerlo, no lo hizo ella. Tal vez ni siquiera ocurrió, no lo sabe, quizá sólo se lo figuró, en ese estado de «turbación». Tal vez si se ofrece ante el tribunal a someterse a la prueba lo consiga, como en su día la vestal Tucia logró

recoger con el cedazo agua del río Tíber y llevárselo a los sacerdotes.

Se ha dejado llevar por su fantasía. Ha ocurrido de verdad, y no le han permitido que haga la prueba; la suerte está echada, la fortuna lo ha querido, a nadie le interesa su parecer, y será enterrada en la cueva.

Alguien levanta la cortina violentamente y una mano le alcanza una escudilla con comida y un jarro de leche. Cornelia reconoce la mano, la mano de Postumia. Los alimentos han sido preparados con amor, son sus preferidos, y los han cubierto cuidadosamente para que se mantengan calientes. Los demás la aman, se compadecen de ella. «Amata», la «amada», su título le hace justicia.

No será enterrada en la Via Atica como corresponde a una sacerdotisa, no tendrá una columna honorífica, su nombre será borrado de toda piedra y de todo papel. Sin embargo, los demás pensarán en ella a menudo con afecto, ni siquiera el odio de Tertulia podrá borrarlo. Pensarán en ella cuando preparen la harina ritual y cuando, el primero de marzo, renueven la llama de la diosa. ¡Cuánto le habría gustado vivir ese primero de marzo! Y hablarán de ella en susurros, llenas de espanto y ternura, cuando recojan el agua y la bendigan y cuando se releven en la vigilancia del fuego de Vesta.

Ese pensamiento logró calmar un poco a Cornelia, y comió con gusto las sabrosas viandas. Después se durmió, y en su joven rostro se extendió ese sosiego alegre y serio que le había granjeado el afecto y el respeto del pueblo.

Tras su regreso de la campaña sármata apenas visitaba Roma el emperador, que permanecía casi todo el tiempo en Albano. Si antes solía vagar entre las jaulas de los animales, ahora prefería pasearse por el amplio parque al que su jardinero mayor, Topiarius Felix, había despojado de su aspecto originario convirtiendo el lugar en una especie de monstruoso tapete. Se habían dispuesto allí geométricamente setos, bancales, alamedas. Largas hileras de tejos y bojedales se alzaban frágiles, recortado cada árbol para formar conos y pirámides; los cipreses se erguían finos y rígidos; había toda suerte de flores y plantas dispersos que componían letras, figuras y hasta pequeños dibujos. Los caminos de gravilla eran primorosos, las zonas despejadas del gran jardín artificial estaban empedradas. Chispeaban las fuentes y los caños. Abundaban hermosos rincones donde reposar: bancos, grutas artificiales, cenadores, troncos de árbol tallados en piedra, falsas ruinas y hasta un laberinto. Junto a los estanques repletos de cisnes y garzas los pavos reales exhibían su plumaje sobre blancas escalinatas. Columnatas adornadas con frescos delimitaban ciertas partes del jardín. Aquí y allá, alguna terraza en voladizo unía las diversas zonas del inmenso parque construido sobre colinas; puentes de madera y de piedra cruzaban los riachuelos en leve pendiente hacia la orilla del lago. Todo era frágil y rígido, grave y artificial, delicado y suntuoso.

Al pasearse por ese jardín Domiciano no podía dejar de pensar que debía ser posible domeñar todo lo vivo del mismo modo, atarlo, aplicarle determinadas normas. Si su Topiarius Felix había conseguido esas extraordinarias metamorfosis en las plantas vivas, ¿cómo no iba a lograr él, emperador de Roma, segundo Prometeo, moldear a su arbitrio a las personas, formarlas según su gusto y parecer?

El emperador vagaba por sus jardines del Albano sumido en tales meditaciones. Lo acompañaba el enano, a cierta distancia lo seguía el jardinero mayor, y un poco más atrás los porteadores de la silla de manos por si se fatigaba. Y así transcurrieron muchas horas. Contempló con satisfacción los cenadores, las grutas, toda esa naturaleza retorcida, compartimentada. Alguna vez llegaba a tocar las plantas trepadoras, la yedra, las campanillas, la rosa de pitiminí, que crecían de acuerdo con el trazado que les marcaba la voluntad del hombre. Después llamaba de nuevo al jardinero para que le explicase algún detalle y se recreaba con la descripción de cómo podía obligarse incluso a los árboles más altos y fuertes a adoptar la forma que les dictaba el sentido del orden.

Pero lo que más le gustaba era permanecer en los invernaderos. Todo allí le agradaba: la maduración falsa de los frutos, el artificial calor, el ingenioso cristal diseñado para captar los rayos del sol. Pensativo y satisfecho observaba cómo se obligaba a matorrales y árboles a dar en invierno frutos que debían florecer en verano. Se trataba de una metáfora muy de su gusto.

Descansaba medio adormilado en un invernadero sobre un camastro que había mandado instalar cuando apareció Lucía.

Sus relaciones habían empeorado de nuevo; sí, últimamente sufrían tales oscilaciones que a Lucía no le habría extrañado que Varriguita le asestase un segundo golpe, esta vez mortal.

La transformación comenzó cuando mandó ejecutar al príncipe Sabino. Domiciano lo había respetado durante mucho tiempo por deferencia hacia Julia, ante la que se sentía culpable, a pesar de que Norban

había reunido en el transcurso de los años material suficiente para justificar la condena del Senado. Sólo cuando lograron demostrar de modo fehaciente la participación de Sabino en el golpe de Saturnino —Norban llegó a interceptar un escrito del irreflexivo y altivo príncipe en el que aceptaba el ofrecimiento del general de subir al trono y sustituir a Domiciano—, se había decidido el emperador a actuar. En aquel entonces Lucía cometió un grave error. Como no creía tan necio a Sabino supuso que se trataba de otro acto gratuito de Domiciano y le echó en cara haber suprimido a su primo únicamente por celos. Y, así, lo trató injustamente, lo que le dio cierta ventaja durante algún tiempo.

Pero sus relaciones con Domiciano tomaron un cariz verdaderamente peligroso tras el infausto final de Julia. Ocurrió del siguiente modo: tras la muerte de Sabino Julia se había quedado embarazada de nuevo en un momento en el que no cabía dudar de la paternidad de Domiciano. El emperador declaró que pensaba adoptar al niño y por tal razón no deseaba que naciese bastardo. Propuso un nuevo matrimonio a Julia, la cual, que ya había sufrido bastante en su primera unión los celos de Domiciano, se negó. Domiciano quiso obligarla a aceptar al hombre que le había elegido. Ella se opuso. El emperador tuvo un acceso de cólera. Hasta ese momento no había aceptado negativas más que de una única persona, de Lucía. No estaba dispuesto a admitir esas ínfulas de Julia y que, por estar embarazada, se convirtiese en una segunda Lucía. Antes renunciaría a su hijo. Tras dos violentas discusiones la obligó a abortar. Julia falleció en el transcurso de la operación.

Domiciano estaba muy afectado por la muerte de Julia, de la que se sentía culpable. Pero no quería que se lo notasen, y mucho menos Lucía, y le preguntó con su característica sorna:

—Bien, querida Lucía, ¿estarás contenta de haberte librado de Julia?

La emperatriz no había apreciado a Julia, a la que siempre trató con una altivez levemente burlona. Pero su muerte la había indignado; como mujer la exasperó el egoísmo de Domiciano, y su insolente pregunta la irritó profundamente. No se esforzó por ocultar sus sentimientos, y su cara ancha y luminosa se deformó en un gesto de repugnancia. Dijo:

—A lo que parece, tu amor no le sienta nada bien a los afectados.

Domiciano le había perdonado que lo increpara en el caso de Sabino porque su acusación era injusta y desafortunada, pero esa observación sobre Julia le dolió profundamente por certera. La hostilidad que siempre reinó en sus relaciones con Lucía se agudizó, y desde entonces había en sus abrazos tanto rencor como deseo. A Lucía aquello no le molestaba en absoluto. Pero a él le roía el alma ser incapaz de librarse de ella, se achicaba en su presencia; sus abrazos se volvieron cada vez más escasos y finalmente sus encuentros se limitaron a las ocasiones en que debían mostrarse juntos en público. Eran encuentros formales, tensos, cada cual estaba al acecho del otro. Hacía varias semanas, más de un mes, que Lucía no había visto al emperador.

Era un atrevimiento por su parte abrirse paso hasta él sin previo aviso y no le resultó fácil; lo escoltaban muchos criados y guardias y Lucía aguardaba tensa cuál sería su reacción.

—¿Tú aquí, mi querida Lucía? —la saludó él, y su tono delató que su visita constituía una sorpresa agradable. Y así era. Si Domiciano había evitado discutir con ella en los últimos meses era únicamente porque temía que le dijera ciertas verdades que no deseaba escuchar. Pero esta vez suponía que venía a causa de Cornelia —estaban emparentadas y le tenía afecto, como todos en Roma—, y en el asunto de Cornelia se sentía seguro; la perspectiva de debatir ese asunto lo llenaba de gozo.

Y, en efecto, tras un par de frases Lucía mencionó a Cornelia. Habló sin que le importase lo más mínimo la presencia de Sileno, acuclillado en un rincón, aunque se esforzó por halagar al emperador, pues tenía interés en salvar a Cornelia.

—Supongo —dijo— que lo que quieres es atemorizar al Senado. Quieres probar que no hay en el Reino nadie intocable por muy querido y respetado que sea. Además, seguramente quieres demostrar al Senado que eres un esforzado defensor de las tradiciones de Roma, mucho más que cualquiera de ellos. Pero eres demasiado inteligente para no saber que en este caso no hay proporción entre el precio y la apuesta. Lo que en el mejor de los casos ganarás no compensa lo que vas a perder de cualquier modo. ¡Perdona a Cornelia!

Domiciano sonrió.

—Una opinión muy interesante —dijo—, muy interesante. Pero te has acalorado, querida Lucía, me temo que no te sienta bien el aire de este invernadero. ¿Puedo proponerte un paseo por el jardín?

Caminaron por una avenida de plátanos; se habían quedado solos, el emperador despidió a todos con un gesto violento.

—Ya sé que se comentan muchas cosas en Roma sobre mis intenciones —dijo como de pasada—, pero tú, querida Lucía, no deberías dar crédito a esas cosas. El caso es muy sencillo. Se trata de la religión, de la moral, y de nada más. Yo me tomo muy en serio mi cargo de Sumo Pontífice. Es mi obligación salvaguardar

la santidad de Vesta, su hogar. Soy capaz de perdonar cuando se trata del mío —y al decir esto le lanzó una sonrisa entre malévola y afable—, pero de ningún modo puedo hacerlo cuando se trata del hogar que representa la santidad y la perfección del orbe entero.

Quería adentrarse por uno de los caminos laterales, pero ella prefirió regresar por la avenida de plátanos y él la siguió obediente.

—¿No te das cuenta —preguntó ella— de que actúas de un modo, digamos, contradictorio? Un hombre que lleva una vida como la tuya —me cuentan que hace poco tuviste una escenita con varias mujeres en presencia del ciego Mesalino, del que te burlabas obligándolo a adivinar a quién dedicabas tus caricias y cómo eran éstas—, un hombre que lleva una vida semejante no puede erigirse en juez de la vestal Cornelia.

—De nuevo debo aconsejarte —dijo Domiciano, afable—, que no des crédito a los chimes de mis senadores. Nadie conoce mejor que tú la diferencia entre el hombre Domiciano, que llena sus escasas horas de ocio con placeres, y el amo y dios Domiciano, el Censor, a quien los dioses han encomendado vigilar la moral, las costumbres, y preservar las tradiciones del Imperio. No soy yo quien persigue a Cornelia; ni la amo ni la odio, me es completamente indiferente. Es la religión del Estado quien la acusa, el Imperio, Roma, cuya pura llama he de proteger. Debes comprenderlo, querida Lucía, y yo sé que lo haces. Sencillamente, el destino y los dioses hacen esos distingos. No todo lo que está provisto de un rostro imberbe y un regazo es igual. Una mujer que goza de la ciudadanía romana, una matrona, o incluso una vestal, se distingue del resto de las hembras del orbe. Esas hembras pueden hacer lo que se les antoje, pueden entregarse a cualquiera cual moscas al sol, pueden dejarse mancillar por quien quieran y donde quieran. Sólo existen de cintura para abajo. Pero una ciudadana romana, y más aún una vestal, sólo existe de cintura para arriba. ¡Ay de quien trate de borrar las diferencias, de confundir las medidas, de falsear el peso! El hombre Domiciano puede, si se quiere, ser enjuiciado con el mismo rasero que se usa para un porteador capadocio, pero me resisto, me niego a que se mezclen los pasatiempos a que dedico mis horas de ocio con los negocios del dios Domiciano.

Tras un rodeo sus pasos los llevaron al camino del que partieran.

—Te agradezco —replicó Lucia— tu exposición, que me ha iluminado. Pero hay una cosa que me sorprende: que no concedas a las ciudadanas romanas lo que tú te permites. ¿Por qué no ha de distinguir también la romana entre los pasatiempos de sus horas vacías y los negocios que urde como ciudadana? ¿Por qué no ha de hacer la misma distinción que haces tú, y ser ora la ciudadana romana, que existe tan sólo de cintura para arriba, ora la hembra común?

Domiciano no quiso responderle.

—Quiero que me entiendas, querida Lucía —le rogó—. Realmente es el sentido del deber de un príncipe, del Sumo Pontífice, y nada más, lo que condena a Cornelia. Deseo insuflar de nuevo a nuestra sociedad, a nuestra nobleza pervertida por toda una serie de malos gobernantes, el gusto por la rectitud, por la simplicidad y el sentido del deber que caracterizaba a nuestros ancestros. Quiero conducir a nuestro pueblo de vuelta a la religión, a la familia, a esas virtudes que consolidan el presente y garantizan nuestro futuro. Con mayor justicia que de la época de Augusto podrá decirse de la época de Domiciano: «Ningún pecado mancilla la casa pura. Derecho y moral expulsan al vicio y la impudicia. Honremos a las mujeres, pues como ellas serán su esposo e hijos. La culpa no antecede al castigo, sino que ambos caminan de la mano» —dijo recitando los nobles versos de Horacio con su voz aguda y un tanto patética.

Lucía no pudo refrenarse y estalló en una oscura y sonora carcajada.

—Disculpa —respondió—, estoy segura de que eres sincero. Pero esos versos suenan un tanto cómicos en boca del hombre que fue el amante de Julia y el esposo de Lucía.

Y, como Domiciano se sonrojase, prosiguió:

—No quiero ofenderte, te aseguro que no he venido para ofenderte. ¿Pero de verdad crees que puedes obligar a Roma a ser virtuosa con medidas administrativas? Esta Roma tal y como ha llegado a ser, esta época nuestra, la auténtica época de Domiciano, ¿crees que puedes cambiarla de arriba abajo y convertirla en la época que tú deseas? En ese caso tendrías que echar abajo la ciudad y prohibir tres cuartas partes de sus instituciones. ¿Quieres desterrar a las prostitutas? ¿Quieres prohibir el teatro, las comedias sobre los maridos cornudos? ¿Quieres borrar las aventuras amorosas de los dioses de los frescos que vemos en las casas? ¿Crees que vas a conseguir algo enterrando a Cornelia? No conozco tus pruebas, pero, sea lo que sea lo que ha hecho, mi prima tiene en su dedo meñique más castidad que tú y yo juntos. Si muere Cornelia, el pueblo sabrá lo que es la castidad. Pero, por muy firmes que sean tus leyes, al verte a ti no es precisamente la virtud lo que contempla.

—No creo que tengas razón —replicó él esforzándose por reprimir su ira y dominar su voz—. Pero sea como fuere quiero demostrar a los senadores que la nobleza no sólo confiere privilegios sino también

deberes. Bien, de vez en cuando me permito alguna licencia; pero alguien tan cercano a mí como tú ha de saber que el emperador Domiciano se prohíbe mil placeres que le calientan la sangre, y que a cambio carga con mil torturas. ¿Crees acaso que fue una broma participar en la incursión sármata? Tú sientes escalofríos incluso aquí, bajo el sol de Roma; deberías haber estado allí para saber lo que es el frío. Tendrías que haber visto a esos bárbaros. Al ver los cadáveres de esos tipos en los campos de batalla, o a los prisioneros, nos percatábamos del peligro que habíamos corrido. Había que tener sangre fría para verlos correr hacia uno, a esos monstruos descomunales, a millares, con sus malditas flechas. Querida, ¿no crees que habría preferido mil veces estar contigo en la cama a cabalgar sobre un caballo vacilante por los helados campos de los sármatas? Si yo me exijo eso algo tendré que exigirles también a mis senadores.

Se detuvo. Allí estaba, bajo los árboles finamente recortados, alto, endilgándole aquel discurso:

—Ah, los señores en cambio lo tienen fácil. Su servicio al Estado consiste en repartirse al azar las provincias y saquearlas a conciencia. Pero no será así por mucho tiempo. Quien pertenezca a la primera nobleza no deberá derrochar su fuerza en aventuras amorosas o en sueños femeniles y consideraciones sobre la superstición minea o cosas así, ha de conservar sus fuerzas para el Estado. Un hombre sólo debe hacer *una cosa:* servir al Estado o entregarse a sus vicios. Sólo un dios como yo puede hacer las dos cosas. Una sociedad que se deja ir, que peca como lo hace la nobleza romana, deja de tener funcionarios y soldados para tener únicamente viciosos. El Reino se corromperá si la nobleza sigue pervirtiéndose de ese modo.

El rostro valiente y luminoso de Lucía mostraba esa expresión ligeramente burlona que él no soportaba.

—¿Y por eso mandas ejecutar a Cornelia? —preguntó.

—También por eso —respondió, pero sonó incontrovertible. Con una suave violencia la condujo desde aquella zona más clara del jardín hasta una gruta, llevándola hacia la sombra lejos de aquel claro día de primavera—. Quiero decirte algo, Lucía —le confió casi susurrando—. Esos dioses orientales, ese Yahvé, y el dios de los mineos me odian. Son peligrosos, y si no me pongo en guardia acabarán conmigo. Para vencerlos necesito todo el apoyo de nuestros dioses. No puedo enemistarme con Vesta. No puedo dejar impune ningún pecado contra ella. Si quiero celebrar los próximos juegos seculares ha de ser en una Roma pura. Y no pienso desviarme del camino que he emprendido. Los senadores, cuya opinión tanto te gusta repetir, me dijeron en mis primeros años que era un emperador muy estricto. Cuando desbaraté el complot de Saturnino dijeron que era cruel. Cuando hayan visto de lo que soy capaz, lo que haré en mis últimos años, les costará dar con la palabra adecuada para expresar lo que piensan de mí. Pero eso no me desviará de mi camino. Lo tengo todo previsto. Arrancaré la mala hierba. Estoy pasando revista al Senado. Acabaré con ese lío de los orientales. Más de uno lamentará haber coqueteado con la superstición oriental. Júpiter tiene en mí a un buen servidor.

Se lo dijo en voz baja, pero destilaba tal determinación, una fe tan firme y devastadora en su propósito, que Lucía no lo encontró en absoluto ridículo. Quiso salir de la gruta, afuera, hacia la luz, y él la siguió de mala gana.

—¡Bien, Varriguita, está bien! —dijo ella pasándole la mano por el pelo cada vez más ralo, y en un tono entre admirativo e irónico admitió—: En algunas cosas es posible que tengas razón. Pero no en tu propósito de acabar con Cornelia. Cornelia es la mujer más querida del Imperio. El pueblo, que te ama, te amará mucho menos si te atreves a ejecutar la pena que le has impuesto. ¡No lo hagas! ¡Lo lamentarás!

Involuntariamente trató de remover con el zapato la dura tierra, pero no lo consiguió. Sintió un ligero escalofrío. ¡Ser enterrada viva, cubierta con una red de mimbre!

Él le lanzó una sonrisa altiva y siniestra.

—No temas, querida Lucía —le dijo—. Mi pueblo seguirá amándome. ¿Quieres que hagamos una apuesta? ¿Me permitirás que te lo recuerde cuando se demuestre que tengo razón?

Por mucho que les pesase, los senadores se disponían a celebrar la sesión en la que debían dictar sentencia en el caso de la vestal Cornelia y su secuaz Crispín, a quienes el Colegio de los quindecenvires había declarado culpables. Les disgustaba tener que corroborar el dudoso fallo y confirmar con el uso de su autoridad ese acto bárbaro que, al parecer, el emperador estaba dispuesto a llevar a cabo. Pero Domiciano había anunciado que asistiría a la sesión, y esa clara amenaza hizo que los senadores acudiesen casi sin excepción.

También el pueblo parecía disgustado. Una gran muchedumbre rodeaba la Curia, donde se celebraría la reunión, y ni siquiera saludaron al emperador con aclamaciones de respeto y veneración como en otras ocasiones, sino con un emocionado susurro o con un silencio hostil.

Desde el comienzo de la sesión el Senado se mostró rebelde. El primero en pedir la palabra fue Helvid. Era su deber, explicó, comunicar a los padres convocados un hecho que alteraba sustancialmente el asunto sobre el que debían deliberar. Ya no era necesario juzgar al gran chambelán Crispín, ministro del emperador. Tenía noticias fiables de que había evitado la condena del Senado abriéndose las venas. Había muerto.

El cónsul en funciones parecía incapaz de mantener el orden. Los senadores abandonaron sus asientos hablando y gritando sin cesar. No habrían podido dar con un pretexto mejor para rehuir la ingrata tarea. El único testigo que podía haber hablado en contra de la vestal Cornelia había desaparecido, y ese hecho invalidaba el fallo del tribunal sacerdotal. ¿Cómo, entonces, podrían dictar sentencia? Con un gran esfuerzo el cónsul restableció la calma.

Mesalino trató de apaciguarlos. Con gran habilidad expuso que resultaba imposible imaginar una confesión más contundente que aquel suicidio, y que, precisamente por haber evitado la sanción uno de los culpables, había que castigar a la otra con mayor dureza ante los ojos de la ciudad y del mundo con el fin de aplacar la ira de la diosa. La inquietud iba en aumento. Fuera —las puertas debían permanecer abiertas, según la ley, para que el pueblo pudiese seguir las deliberaciones— la plebe escuchaba el debate replicando con gritos, y tanto dentro como fuera del Senado clamaban que, si alguien había pecado contra la diosa, era ese Crispín, que ahora sufría una muerte relativamente dulce que sin duda convenía al emperador.

Entre tanto, Mesalino respondía en la Curia al senador Helvid. Era incomprensible, dijo, que el Colegio de los quindecenvires no hubiera evitado con una vigilancia más estrecha el suicidio de Crispín. Ante tal arrojo los senadores miraron al emperador. Allí estaba, con el rostro encarnado, chupándose el labio superior con ahínco. Le indignaban esos insolentes senadores y su propio comportamiento: había querido proteger a Crispín y facilitarle el suicidio, pero como otras veces en ocasiones semejantes no pasó de ambiguas insinuaciones para no comprometerse ante sí mismo. Helvid concluyó: tras la extraña muerte de Crispín correspondía al Senado remitir de nuevo el asunto de la vestal Cornelia al Colegio de los quindecenvires para que lo revisase.

A continuación habló Prisco; tras el acre y emocionado discurso de Helvid la objetividad del gran jurista resultó doblemente convincente. No había ningún caso, adujo con su voz clara y cortante, que pudiera servir de precedente. La causa había sido remitida al Senado en calidad de proceso contra el gran chambelán Crispín y sus secuaces. No era posible desgajar ahora el asunto de la vestal Cornelia de la otra inculpación. Para ello se requerirían una nueva investigación y ulteriores indicaciones del tribunal sacerdotal. Por lo demás, debía admitir que, con todo el respeto que le merecía dicho tribunal, había acudido a la sesión a regañadientes. En su calidad de respetuoso observador del culto de la diosa, y siendo un hombre capaz de reconocer el sentido y la ligazón de todos los acontecimientos, desde el principio lo abrumó una terrible duda. Pues si era cierto que las vestales se habían hecho, sin quererlo, responsables de tan terrible culpa atrayendo con ello la ira de los dioses sobre el Senado y el pueblo, y sobre la cabeza del emperador, siendo así, ¿cómo había podido alcanzar el amo y dios Domiciano —afirmó esgrimiendo una lógica diabólica— una victoria tan gloriosa en su campaña sármata?

Ahí tenían, disfrazado de intachable objetividad, el escarnio más perverso y descarnado del emperador que pudieran imaginar; todo el mundo en Roma lo entendió así y se alegró de ello, y a Prisco lo embargó una profunda satisfacción al lanzar aquella frase a la sala y al orbe con su voz atronadora y cortante. Domiciano lo escuchó, Domiciano lo entendió perfectamente, y su corazón se detuvo; pero Prisco pagaría muy cara su dulce venganza, pues en ese mismo instante tuvo claro el emperador que muy pronto lo enviaría tras los pasos de Sabino y Aelio, como a todos los que se habían atrevido a insultarlo.

Mesalino pidió la palabra y se aprestó a rebatir a Prisco y a poner en su sitio al indignado Senado. Debía recordar a la insigne congregación, que con tanto ahínco trataba de salvaguardar sus derechos, que estaban a punto de crear un infausto precedente al tratar de inmiscuirse en las atribuciones de una corporación autónoma igualmente insigne. La Constitución no confería al Senado el derecho de analizar los motivos que habían llevado a los sacerdotes a emitir su dictamen. En nada incumbían esos motivos al Senado. Las dudas rebuscadas, formales y de índole puramente jurídica que había expresado el honorable senador Prisco quizá tuvieran cierto peso ante un juez profano, pero de nada valían ante el Colegio de los quindecenvires, pues su fallo se dictaba en nombre de los dioses y guiado por ellos. Una vez que se pronunciaba el Colegio su dictamen era eterno, no había apelación posible, y era deber de ellos, de los senadores, dictar sentencia basándose en su decisión.

Con gran disgusto el Senado se dispuso a hacerlo. Hubo toda una serie de propuestas para librarlos de esa responsabilidad. Y, en efecto, la versión del fallo que finalmente se adoptó achacaba toda la responsabilidad al emperador. El fallo dictaminaba que debía castigarse a la vestal Cornelia tal y como se

castigó en su día a las hermanas Oculatae. Se las condenó a morir como prescribía la ley en esos casos, es decir, a ser enterradas en una cueva, al tiempo que se las encomendaba a la benevolencia del emperador, que efectivamente les permitió elegir su muerte. Así, mediante este fallo ambiguo, el Senado tuvo la habilidad de evitar condenar a Cornelia a la cruel pena, remitiendo una vez más al emperador la responsabilidad de la ejecución.

Los senadores miraron a Domiciano, asustados ante su propio atrevimiento. Como prescribía la ley, el cónsul en funciones le preguntó al emperador si en su calidad de juez supremo y Sumo Pontífice aprobaba el fallo y decretaba su ejecución. Todos miraron expectantes hacia la gran cabeza sonrosada del emperador. Norban, que se hallaba sentado detrás, un poco más abajo, se volvió hacia él para conocer su respuesta. Pero no tuvo necesidad de proclamarla. Todos vieron cómo asentía la pesada cabeza encarnada antes incluso de que Norban le preguntara.

De este modo el cónsul anunció el fallo, la corona lo aprobó, los escribas lo consignaron y el verdugo inició los preparativos.

Hasta entonces el emperador había contado con el favor de la plebe, que entendió la cruel firmeza con que había castigado el golpe de Saturnino. Pero la ejecución de Cornelia no la aprobó nadie. Los romanos protestaron. Norban trató de atajar el asunto. Pero los romanos no permitían que se les impidiese expresarse; protestaban y murmuraban cada vez más alto.

Se rumorearon ciertos detalles, conmovedores sin duda, del final de Cornelia. Se decía que, al bajar los escalones que conducían a su sepultura, se le había quedado enganchado el vestido. Un miembro del comando de ejecución quiso ayudarla a liberarlo; ella rechazó su mano con tal vehemencia que todos pudieron ver cómo su naturaleza pura rehuía cualquier contacto con un hombre. La anécdota caló tan profundamente en el corazón de las gentes que dos semanas después, al escucharse en una representación de la *Hécuba* de Eurípides: «Le seguía preocupando morir con la mayor dignidad», el público estalló en un largo y expresivo aplauso. También se decía que algún amigo —hubo quien mencionó a la propia Lucía— había introducido en la cueva una botellita de veneno, y que la serena y digna pureza de la vestal hizo que ni los vigilantes se atreviesen a arrebatársela. A todo ello se añadía el hecho de que, antes de morir, Crispín hubiera enviado misivas a varios amigos en las que afirmaba que moría siendo inocente. Por todo el Imperio circulaban copias de esas cartas. Nadie creía en la culpabilidad de Cornelia; en suma, se tachó al emperador de tirano implacable.

Cada día se hacía más evidente que Lucía había tenido razón y que el emperador pagaría con su popularidad la condena de Cornelia. Hasta entonces las masas habían permanecido indiferentes, incluso hostiles a los senadores de la oposición. Ahora, por el contrario, el pueblo saludaba con simpatía a las damas Fannia y Gratila allá donde fueran. Se representó una obra, *Paris y Enone,* llena de alusiones a las relaciones del emperador con Lucía y Julia, que alcanzó un gran éxito. En la calle los desconocidos se dirigían al senador Prisco animándolo a que publicase el discurso en favor de Cornelia que pronunció ante el Senado.

Prisco no se atrevía a tanto. Pero sí se dispuso a cumplir la promesa que hiciera a la vieja Fannia de no poner coto a su odio y dar a conocer su *Vida de Peto.* Entregó la obra terminada a Fannia, para quien la había escrito, y permitió que la difundiera. Pronto circularon copias por todo el Imperio.

En su obra se describía con gran claridad la vida del republicano Peto: cómo ese hombre, criado según las costumbres tradicionales romanas, al volverse insoportable la tiranía de Nerón se abstuvo de participar en las sesiones del Senado para poner de manifiesto su disconformidad. Cómo calló y calló mientras todo su ser expresaba su profundo disgusto por el devenir de los asuntos públicos. Cómo finalmente Nerón lo mandó acusar y juzgar. Cómo se abrió entonces las venas, indiferente, satisfecho incluso de no tener que seguir viviendo en esa Roma decadente, y murió haciendo gala de un valor estoico. Habían pasado veintisiete años desde entonces. En su biografía no se pronunciaba Prisco en ningún momento contra el emperador Domiciano, sino que se limitaba a reproducir fielmente y con encomiable objetividad la vida de su héroe, utilizando los datos que le había proporcionado Fannia, la hija de Peto. Sin embargo, y precisamente por su objetividad, el libro constituía una inestimable y descomunal acusación, y así fue leída y comprendida.

Si semejantes críticas se debían a la osadía de unos pocos, el Senado no tardó en lanzarse en su totalidad a una lucha abierta contra el emperador. Esto ocurrió con motivo de la caída del gobernador Ligarius.

Ligarius era uno de los favoritos de Domiciano, quien le había encomendado la administración de la provincia de Hispania; el hombre había utilizado su cargo para saquear el país sin escrúpulo alguno.

Sucedió que ciertos representantes de la provincia acudieron a Roma para protestar ante el Senado contra su indigno gobernador. En otro tiempo, antes de que la fama de Domiciano se resintiese por la ejecución de Cornelia, el Senado no habría permitido que se juzgase de ese modo a un protegido del emperador. Ahora, al sentir que su poder aumentaba de día en día, no sólo obligó al emperador a que permitiese que se le encausase, sino que dio a conocer todo el asunto.

Se nombró procurador de la provincia de Hispania a Helvid, quien desplegó su magnífica oratoria y convenció al Senado, que aceptó prácticamente cada una de sus inculpaciones. Se revelaron los más nimios detalles de las extorsiones que había padecido la infortunada provincia de Hispania por parte de Ligarius, amigo y favorito del emperador. El Senado escuchó jubiloso cómo se declaraba culpable a Ligarius y se le cubría de improperios. Al cerrarse la causa era prácticamente seguro que el Senado no sólo condenaría al favorito del emperador en su próxima sesión, que se celebraría dos semanas más tarde, a restituir los bienes y dineros robados, sino que, además, confiscaría sus propiedades y dictaminaría su exilio.

Era un golpe contra Domiciano que nadie habría considerado posible un par de meses antes. Cierto que ahora las tablillas de la ley del Archivo estatal le atribuían más competencias que a ningún otro hombre desde la fundación de la ciudad, pero Domiciano sabía que no era el momento de hacer uso de tales atribuciones. Al contrario, hacía más de dos generaciones que el Senado no se atrevía a oponerse al emperador como en esos momentos.

Domiciano se encontraba en el invernadero del Albano tumbado sobre el camastro que había ordenado instalar. Meditaba sobre lo que había ocurrido y cómo habían llegado hasta ahí. ¿Acaso se había sobrepasado? ¿Tendría razón Lucía? No, no la tenía. Sólo ha de encontrar la energía necesaria para dominarse, para no devolver el golpe demasiado pronto, sino a su debido tiempo; debe encontrar la fuerza necesaria para esperar. Y de eso es muy capaz. Tiene práctica suficiente. Desde su amarga y miserable juventud ha recorrido un largo camino hasta donde está ahora.

Mucho puede alcanzarse con la debida paciencia. Es posible obligar a muchas plantas a crecer como uno quiere. Lo que no se aviene, se corta, se extermina. Ahora ha de dominarse, pero llegará el día en que le sea dado exterminar. Se siente en armonía con los dioses. A la larga se demostrará que Lucía no tenía razón.

¿A qué se debe que Roma no quiera reconocer que no tuvo más remedio que condenar a Cornelia? Sabe muy bien que ha condenado a otros cuya culpa era más que dudosa. Pero esa Cornelia era culpable: ¿por qué se empeñan en no creerlo? Tiene que haber algún modo de hacer ver a sus estúpidos e incrédulos súbditos la culpa, ya probada, de Cornelia.

Llamó a Norban. ¿No había mencionado a una tal Melita, una liberta de la vestal, que estaba al tanto de lo que había ocurrido en la fiesta de Bona Dea? ¿Dónde estaba esa Melita? ¡Qué incompetente debía de ser su ministro de policía dejándola escapar! El emperador arremetió contra Norban dedicándole terribles insultos; después quiso congraciarse con él y le pidió que apresase a la desaparecida Melita para torturarla y obtener de ella la confesión pertinente.

Norban permaneció tan impasible ante los ruegos del emperador como ante sus insultos. Allí estaba, rechoncho, la imponente cabeza descansando sobre los anchos hombros, el ridículo bucle negro sobre la estrecha frente; y sus ojos, los ojos castaños de un perro fiel aunque quizá no del todo domeñado, miraban al emperador acechantes, serviciales y ligeramente superiores.

—El amo y dios Domiciano sabe —dijo— que puede confiar en su Norban. La sacrílega Cornelia está bajo el mimbre que la condena al olvido por una culpa probada. Os proporcionaré los medios, mi amo y dios, para convencer también a la necia plebe de esa culpa.

Poco después Decián, que vivía retirado en su propiedad de Bajae, recibió el anuncio de una visita inesperada, la del senador Mesalino. Decián se preguntó inquieto qué querría de él el siniestro personaje, pero en su fuero interno lo supo en cuanto el criado citó su nombre. El tipo buscaba a Melita.

En efecto, el ciego no tardó en referirse a la vestal Cornelia.

—¡Qué lástima —se quejó Decián— que tuviera que morir esa mujer!

No era prudente hablar así, pero no pudo evitarlo; se sentía impelido a expresar su pesar por la muerte de Cornelia.

—¿No sería aún peor —preguntó Mesalino— que hubiera muerto por nada?

Ahí tenía el motivo de su visita. Decián decidió no delatar a la difunta Cornelia bajo ninguna circunstancia, pero en el mismo instante en que se lo prometió supo que le sería imposible cumplirlo.

A DDD, prosiguió entre tanto Mesalino, le había costado mucho dictar una sentencia tan dura. Sin embargo, resultaba que ciertos republicanos recalcitrantes se mostraban empeñados en arrebatar al

emperador el éxito alcanzado gracias a su dureza y a Cornelia el sentido mismo de su muerte. Afirmaban que Cornelia era inocente, poniendo así en peligro la finalidad y el sentido de un fallo ejemplar: el fomento de la religión y la moralidad. Cualquier amigo sincero del Reino debía contemplar con pena semejantes manejos, tan necios como impíos.

Decián sabía que estaba en juego su vida. A pesar de todo olvidó su miedo por un instante y miró al ciego con espanto y curiosidad. Ésa era la lógica suave, lisonjera, diabólica con que esas gentes convertían sus crímenes en lo opuesto. Tal vez incluso lo conseguían; al menos, el hombre en cuyo nombre acudía a verlo creía que lo que éste afirmaba era la pura verdad.

—Cornelia irradiaba —le respondió con valentía— ese brillo que los dioses conceden a muy pocos, y por eso —concluyó con amable ambigüedad— será difícil hacer pasar su muerte por sensata.

—Hay un hombre —respondió Mesalino— que podría ayudar a nuestro amo y dios Domiciano en tal empresa. Ese hombre sois vos, querido Decián.

Con un leve movimiento de la mano, como si fuese capaz de ver la fingida indignación y la sorpresa en la cara del otro, se adelantó a su réplica, que no habría tenido el menor efecto, y prosiguió:

—Sabemos dónde se encuentra la liberta Melita. Pero no deseamos que el escándalo en torno al asunto de Cornelia vaya a más y por eso no nos haremos con ella por la fuerza. Sería muy razonable por vuestra parte, querido Decián, que nos entregaseis a la tal Melita. Os ahorraríais sufrimiento, a Melita la tortura y a nosotros el escándalo. Creo poder decir, además, que Cornelia no habría deseado otra cosa.

Decián había palidecido y fue una satisfacción para él que el ciego no pudiese percibir su palidez.

—No sé lo que queréis —replicó dominándose.

Mesalino dibujó un afable gesto de rechazo con la mano.

—Vos no sois un necio recalcitrante como algunos de vuestros amigos —le opuso—. DDD os tiene por hombre sensato y experimentado. Comprendemos que hayáis querido proteger a Cornelia. ¿Pero qué conseguiréis resistiéndoos? ¡Conservad vuestra sensatez, de la que tantas muestras habéis dado! Entregadnos a Melita, convencedla para que sea razonable y saldréis ganando. No quiero mentiros. Aunque nos la entreguéis, no podremos evitar que se os acuse de cómplice por ocultación del crimen de Cornelia. Pero, sea cual fuere el fallo del Senado, os puedo asegurar que no se os castigará más que con un exilio breve. ¡No hace falta que me contestéis ahora, querido Decián! Meditad lo que os he dicho. Estoy convencido de que llegaréis a la conclusión de que no hay otro camino. Salvad a Melita de la tortura y a vos de una muerte segura, y aprestaos hoy mismo a sacar vuestros bienes muebles de Italia, pues pasaréis dos o tres años desterrado. Os prometo que Norban no tomará buena nota de ello. ¡Creedme, el consejo que os doy es el consejo de un amigo!

Tras despedir a Mesalino, Decián se dijo que al emperador y a sus consejeros les importaba muy poco la fallecida Cornelia y que sólo perseguían recuperar la popularidad mermada de Domiciano. En cuanto el Senado no contase con el apoyo de las masas se vería obligado a renunciar a las ventajas que había alcanzado en los últimos tiempos en su pugna con el emperador. Decián lo sabía muy bien. ¿Debía ayudar al emperador a debilitar de nuevo al Senado y salvar así su vida?

No, no debía. Pero ¿qué conseguiría sacrificándose? Podía hacer desaparecer definitivamente a Melita. ¿Qué harían entonces Mesalino y Norban? Lo apresarían a él, le obligarían a confesar mediante torturas cómo y por qué motivo se había quitado de en medio a Melita. No habría ganado nada. Su muerte sólo aplazaría en unas pocas semanas la inevitable victoria del emperador sobre el Senado.

Decián informó a Mesalino del paradero de Melita. Le obligaron a guardar silencio y le prohibieron abandonar su villa de Bajae; lo vigilaban. La liberta Melita fue capturada de inmediato y en el secreto más estricto.

Domiciano sonrió satisfecho.

—Tengo buenos amigos —le dijo a Mesalino—. Tengo buenos amigos —le dijo a Norban y, en el círculo de sus consejeros privados, que se había reducido a Regino, Marullo, Annius Bassus y Norban, afirmó—: Este asunto quedará de momento entre nosotros. No presentaremos ninguna denuncia contra Decián. Dejaremos que los senadores prosigan con sus intrigas. Vamos a ver hasta dónde están dispuestos a llegar en sus alegatos contra Ligarius y contra nosotros —sonrió abiertamente—: ¡Dejemos que los enemigos del Estado corran hacia su destrucción! Podemos esperar.

Los senadores de la oposición ignoraban lo ocurrido y que el emperador podía ahora acallar los incesantes rumores en torno a la culpa de la vestal ejecutada. Por el contrario, Helvid, Prisco y el resto de sus enemigos estaban convencidos de haber restablecido la república, de haber relegado de nuevo al emperador al lugar que le asignaba la Constitución, el primero entre iguales, y que verdaderamente lo eran. Helvid se paseaba ufano, su cara ajada rejuveneció de orgullo por la victoria alcanzada. Era el gran

republicano, el defensor de la causa justa; había vengado a los hispanos oprimidos por los desmanes de Ligarius y del emperador, saboreaba su éxito, se pavoneaba, y con él sus amigos del Senado, Prisco y los suyos, y los familiares del fallecido Peto, Fannia y Gratila. En dos días el Senado fallaría el asunto de Ligarius, el expoliador de la provincia de Hispania. Algunos senadores deseaban que la condena se limitase a decretar su exilio y la confiscación de sus bienes, pero ellos, los líderes de la oposición, no se van a contentar con eso: exigirán que se condene a muerte al amigo del tirano, al criminal, y lo lograrán.

Naturalmente, los ministros Regino y Marullo estaban al tanto de esos rumores. Eran veteranos con una larga experiencia a sus espaldas, que habían visto a muchos amigos y conocidos morir inesperadamente y no siempre pudieron negar su colaboración para que así ocurriera. Estaban cansados, eran bondadosos por naturaleza, conciliadores y no belicosos, y lamentaban que ahora Helvid se lanzase con tanto empeño y a ciegas hacia su muerte. A la larga no cabía salvarlo, pero ¿por qué no iba a vivir un par de años más, o al menos unos meses? Eran humanos, querían impedir que precipitase su caída.

No era infrecuente que ambos caballeros, cuya liberalidad tan bien conocían sus enemigos —ellos la denominaban lasitud—, sostuviesen conversaciones más o menos francas con ellos; conversaciones que, desde luego, se mantenían dentro del ámbito de lo puramente formal. También ahora buscaron la ocasión de hablarles. Un día antes de que el Senado fallase en el asunto de Ligarius pudieron por fin verse a solas con Helvid, Prisco y Cornelio tal y como deseaban.

—Habéis encumbrado a vuestra Hispania hasta la victoria, querido Helvid —opinó Marullo— y habéis acabado con Ligarius. No es poco, y os felicitamos por ello. ¿Pero qué más queréis? Que un hombre como nuestro Cornelio proceda con tal fogosidad nos parece lógico. Pero que lo haga un hombre de nuestra misma edad es *contra natura*.

Y Regino añadió con su usual tono conciliador:

—¿A qué viene esa sed de sangre? Sabéis tan bien como yo que DDD no pasará, en el mejor de los casos, de la confiscación de sus bienes y el exilio; que jamás aceptará una condena a muerte. Semejante petición no sería, por tanto, más que una farsa. ¿Lo necesitáis? Con ello no hacéis más que poner en peligro vuestra victoria.

—Quiero demostrar al Senado y al pueblo de Roma —respondió Helvid taciturno— que este régimen no vacila en confiar a criminales los cargos más relevantes del Imperio.

—Mi querido Helvid —inquirió Regino—, ¿no os parece que estáis generalizando? También en los tiempos en que el Senado gobernaba sin traba alguna hubo que condenar a más de un gobernador por prevaricación. Nos lo han contado en la escuela. Me vienen a la mente un par de discursos sobre tales asuntos, discursos sin los cuales no habríais podido redactar vuestro excelente alegato contra Ligarius.

Y Marullo lo secundó:

—Sed sinceros y reconoced que la administración de las provincias ha mejorado algo bajo este amo y dios nuestro, Domiciano. Bien, Hispania se ha topado con un tipo muy perjudicial, pero a fin de cuentas el Imperio cuenta treinta y nueve provincias, y desde que tenemos memoria no ha habido tan pocas quejas de ellas como bajo DDD. No, querido Helvid, lo que queréis hacer solicitando la pena de muerte no tiene nada que ver con la política, vuestro objetivo no es únicamente reparar ese daño; lo que os proponéis es sencillamente manifestaros en contra del régimen.

De nuevo tomó la palabra Regino:

—Convenced a vuestro amigo, querido Prisco, y aceptadlo, querido Cornelio. No beneficia a nadie presentando esa petición, ni a vosotros ni a sí mismo. Todo esto no os acarreará más que desgracias.

Habló con gran sosiego y, a pesar de ello, Prisco y Cornelio fueron capaces de reconocer la gravedad de su advertencia.

No así Helvid, quien, ebrio aún de éxito, seguía pensando en las grandes palabras.

—Naturalmente —les espetó bruscamente— que no combato a Ligarius personalmente; me da igual que se le exilie o que se le mate. Lo que quiero impedir —y eso lo sabéis muy bien— es que Roma se encarne en un solo hombre. Lucho por la soberanía de la jurisdicción del Senado. Lucho por la libertad de Roma.

Ésas eran palabras peligrosas incluso en esos días, y el prudente Cornelio trató de desviar la conversación.

—No nos soltéis un discurso, querido Helvid —dijo—. Os apartáis del asunto.

Pero Regino trató de calmar al preocupado muchacho con un gesto de la mano.

—¡No temáis, no hay peligro! —dijo sonriente. No quería dejar pasar la oportunidad de referirse a su vez al tema de la libertad, en torno al cual divagaban aquellos senadores—. Libertad —dijo repitiendo la última palabra de Helvid. Y la definió con su clara y gruesa voz—: La libertad es un prejuicio senatorial. Deseáis que Roma no se encarne en un único hombre, sino en las doscientas familias senatoriales, y a eso lo

llamáis libertad. Imaginaos por un momento que alcanzáis vuestro objetivo al cien por cien. Conseguís que el Senado tenga más poder que el emperador. ¿Qué habríais ganado con ello, por Hércules? ¿Qué clase de libertad sería ésa? ¿En qué consistiría? En una lamentable confusión; en un ir y venir insensato de las doscientas familias combatiéndose entre sí, pactando, estafando, disputándose las provincias, los privilegios y los monopolios aún más de lo que lo hacen ahora. Si atendéis a vuestra razón, y no a vuestros sentimientos, deberéis admitir que semejante libertad conviene menos a la comunidad que el régimen administrado por un solo individuo que os atrevéis a despachar con el cómodo epíteto de despotismo.

Helvid quiso replicarle, pero Prisco se lo impidió, él mismo tenía mucho que decir al respecto.

—Habéis hablado con desdén de los «sentimientos» —le respondió, y su voz clara y cortante los impresionó tras haber escuchado la pastosa de Regino—. Olvidáis, no queréis percataros de cómo puede llegar a abrumar el poder de un solo individuo. Saber que mis acciones se someterán al juicio y a la conciencia de un gremio cuidadosamente seleccionado según sus méritos es para mí como aire fresco, mientras que el sentimiento que me inspira verme abocado a obedecer a uno es aire viciado.

Tampoco Cornelio fue capaz entonces de contenerse, y añadió con su voz oscura, potente, amenazadora:

—La libertad no es un prejuicio, estimado Regino, la libertad es algo muy concreto, tangible. Si he de sopesar cada palabra que pronuncio mi vida se vuelve más estrecha, me empobrezco, dejo de pensar libremente y me fuerzo contra mi voluntad a pensar únicamente lo «permitido»; me pudro, me encierro en mil y un cuidados y precauciones en lugar de mirar abiertamente hacia adelante, mi cerebro se anquilosa. En la esclavitud no hacemos sino respirar: vivir, sólo se puede vivir en libertad.

Helvid no pudo contenerse más.

—El emperador —les increpó— se esfuerza en restaurar la virtud y el decoro de Roma. Impone penas que no se aplicaban desde hace siglo y medio. ¿Qué ha logrado con ello? Cuando nos gobernaba el Senado, eso no podréis negarlo, había en Roma más moral, más virtud y más decoro.

Y Prisco agregó:

—Y más justicia.

Y Cornelio, a su vez, concluyó:

—Y más felicidad.

—Palabras, señores —dijo Regino, afable—, todo eso no son más que palabras. ¡Felicidad! ¿Acaso le exigís a un gobierno que haga feliz a sus súbditos? Con eso no hacéis sino demostrar que no estáis hechos para gobernar. ¿Le exigís moral a un gobierno, virtud, ley? Admito que nosotros somos mucho más modestos. Nosotros, Marullo y yo, damos por bueno un gobierno si consigue desterrar de este mundo el mayor número de causas de infelicidad, hambre, epidemias, guerras, un reparto excesivamente desigual de la propiedad. Si yo tuviera que elegir entre un régimen y otro, si tuviera que valorar cuál es el mejor, no me preocuparía por su nombre; me resultaría indiferente que se autodenominase democrático o despótico. Me limitaría a preguntar: ¿qué régimen me garantiza una planificación mejor, más orden, una mejor administración y economía? Exigirle más a un gobierno, pedirle justicia o felicidad, es pedirle peras al olmo. Dad a la población pan y circo en cantidades suficientes, dadle algo de carne y vino, dadle jueces y cobradores de impuestos que no sean excesivamente corruptos, e impedid que los privilegiados engorden demasiado. El resto: el derecho, la virtud y la felicidad, vienen por sí mismos. En vuestro fuero interno sabéis tan bien como yo que bajo Domiciano el ciudadano obtiene más pan, más descanso y más placer de lo que sería posible de gobernar el Senado. ¿Creéis que los cientos de millones de habitantes de este Imperio estarían dispuestos a dar parte de su pan, su descanso y su placer a cambio de vuestra «libertad»? No llegan al medio millón los que desean otra forma de gobierno.

Todos quisieron responderle. Pero Marullo se había cansado con su inútil perorata y afirmó concluyente:

—En cualquier caso, querido Helvid, os aconsejo que os alegréis de vuestro triunfo sobre Ligarius; no tentéis a los dioses y daos por satisfecho.

Y Claudio Regino añadió seco, campechano, aunque no sin énfasis:

—Creo que es un buen consejo.

Los tres senadores estaban sinceramente indignados por el cinismo de los ministros, pero los conocían lo bastante bien como para saber que su consejo era sincero. Prisco y Cornelio trataron por ello de convencer al arrojado Helvid de que se moderase y se conformase con el exilio de Ligarius, que era mucho más de lo que podrían haber creído alcanzar medio año antes. El pueblo era voluble, no debían irritar excesivamente al emperador; a fin de cuentas lo respaldaba el ejército; habían avanzado mucho, y habían tenido éxito: era el momento de detenerse. Pero Helvid persistía en su plan. Había comunicado a tantas personas que no se conformaría con que se condenase a Ligarius al exilio, que exigiría su muerte, su orgullo no le permitía retroceder ahora. Decidió no cejar en su empeño.

Y eso hizo, en efecto. El aviso de los consejeros de Domiciano lo enconó aún más y habló con mayor vehemencia, mayor contundencia que nunca. Incluso Cornelio y Prisco olvidaron sus reparos al escucharlo. Fue un gran momento. Los viejos republicanos contuvieron la respiración, los ojos les brillaban; la felicidad casi los cegaba al oír a Helvid, en un magnífico *crescendo,* pedir la pena más dura que preveía el derecho para el criminal Ligarius: la muerte, la muerte, y sólo la muerte.

Hacía años, desde que Domiciano subiera al trono, que la oposición del Senado había enmudecido. En los últimos meses había despertado alcanzando una victoria tras otra, y finalmente un senador se atrevía a solicitar la pena de muerte para un amigo y favorito del emperador. ¿Acaso volvían los días de libertad? El discurso de Helvid, su solicitud, fue el mayor triunfo de la oposición.

Y también el último.

Todos lo supieron en cuanto el inculpado respondió al acusador. Hasta entonces Ligarius se había comportado con modestia, como convenía a un hombre que ha sido acusado con fundamento de un grave delito. Todos esperaban, por ello, que tras aquel discurso y tal solicitud se mostrase cohibido; que, derrotado, rogase clemencia al Senado. En lugar de eso, la propuesta de Helvid no pareció turbarlo; por el contrario, sonrió al escucharla; incluso se iluminó como si hubiera estado deseando que la formulara. Sus primeras palabras revelaron que estaba seguro de no tener que cumplir jamás la pena exigida por Helvid, la aprobase o no el Senado. Su discurso no fue, desde su principio, una defensa, sino una acusación.

Todo el mundo, la ciudad y el orbe entero, dijo, conocía su crimen; lo había admitido y se había declarado dispuesto a pagarlo y a aceptar la pena que le impusiera el Senado. Pero se resistía con toda la fuerza de que era capaz contra ruegos como el de ese senador Helvid. Aún era senador y un hombre de rango consular. Como tal defendía la dignidad del Senado, que se veía amenazada por propuestas desmesuradas y contrarias a la razón, como la de Helvid. De semejante petición no emanaba ya la justa indignación por el delito, sino tan sólo el odio personal, una hostilidad salvaje, insensata, criminal. Pero no había enemistad entre él y Helvid. ¿Contra quién, entonces, contra quién se dirigía tamaña insolencia? Sin duda únicamente contra la persona más alejada de tan temible inquina, contra el amo y dios Domiciano. A él, y sólo a él, quería atacar Helvid en su persona. Su solicitud era una mera provocación, una falta de lesa majestad, y si a él, a Ligarius, no se le concedía tras la sesión de aquel día y el pronunciamiento del Senado la posibilidad de presentar una acusación por tal falta, exigía a los padres convocados, que aún eran sus colegas, no dejar impune el atrevimiento de Helvid y defender la dignidad del Senado y la buena fama del Imperio presentando una acusación contra Helvid por lesa majestad.

Era evidente que Ligarius no se habría atrevido a hablar así de no estar seguro de contar con el respaldo de los consejeros del emperador. Era evidente que Domiciano había encontrado el medio de defenderse de los ataques de los senadores. En cualquier caso, el emperador estaba decidido a no tolerar más provocaciones; probablemente también había encontrado la forma de granjearse las simpatías del pueblo. Sea como fuere, no parecía aconsejable avanzar aún más, era preferible actuar con cautela, y la propuesta de Helvid fue rechazada casi por unanimidad. Ni siquiera se aceptaron las propuestas de confiscación de bienes y exilio. Ligarius, el amigo y favorito del emperador, fue condenado únicamente a devolver las cantidades sustraídas ilegalmente a Hispania.

Y, en efecto, pronto se demostró que los senadores habían interpretado correctamente el discurso de Ligarius y que el emperador poseía las pruebas que le permitirían recuperar el respeto de las masas y relegar al Senado a su habitual impotencia.

Poco después de que dictaran la sentencia de Ligarius el Senado tuvo que ocuparse de una denuncia contra Decián. Se le acusaba de haber tratado de ocultar el delito de la vestal Cornelia, ya condenada.

El propio emperador asistió al debate del Senado. Decián no compareció. Una vez formulada la acusación, su defensor habló en su nombre:

—El senador Decián renuncia a su defensa. Estoy aquí más en calidad de mensajero que de abogado. El senador Decián desea comunicar a los padres convocados que se declara culpable del delito del que se le acusa.

Sólo se presentó una propuesta: muerte para el reo y desdoro de su memoria. Nadie se opuso. En ese momento intervino Domiciano. Rogó a los padres convocados que fuesen benévolos con el arrepentido, con el confeso. En efecto, sólo se le condenó al exilio, confiscándosele todos los bienes que poseyese en Italia.

Al marchar, el emperador amenazó a un grupo de senadores que se habían congregado en torno a Helvid y Prisco. Sonriente, levantó el dedo diciendo:

—Ved, señores: ahora hasta vuestro amigo Decián me ha exonerado de ciertas inculpaciones.

Hubo una conmoción general cuando se supo que un hombre tan justo y tan respetado como Decián había testificado a favor del emperador y contra la vestal. Incluso Melita, la amiga y liberta de Cornelia, la

inculpó. Por tanto, era evidente que se había procedido injustamente al atacar a Domiciano. Pronto la indignación que había suscitado ese caso se transformó en entusiasmo. Las masas reconocieron su ingenuidad y maldijeron a la vestal Cornelia, cuya lascivia había estado a punto de costarles al Estado y a su buen emperador la benevolencia de los dioses. Alabaron a Domiciano por haber actuado con mano firme sin reparar en el rango de la persona, vengando así a la diosa. ¡Cuánto debió de costarle llevar a la propia Cornelia a los tribunales, suscitando así el odio que provocaría su condena! ¡Qué gran emperador! Finalmente resultó que la condena de Cornelia le valió ahorrarse un reparto de regalos.

Tras haberse dominado por tanto tiempo Domiciano disfrutaba ahora plenamente de su venganza. Provocó una serie de juicios que acabaron para siempre con los cabecillas del partido de la nobleza que ni su padre ni su hermano, y hasta entonces ni él mismo, se habían atrevido a tocar.

Los primeros encausados fueron los senadores Helvid y Prisco y las damas Fannia y Gratila. El delito, urdido a duras penas y con todo descaro, era de lesa majestad. Se había investigado la vida entera de los acusados y todos sus actos y palabras fueron interpretados como una ofensa al emperador. La burla más inocua que se hubieran permitido fue retorcida y falseada hasta convertirse en alta traición. Al precavido Prisco, quien, para mantenerse a salvo, había pasado muchos años en su retiro campestre, se le inculpó precisamente por su cautela; era una ofensa para el emperador que un hombre de su talento y tenacidad no se pusiese al servicio del Estado bajo su mandato. Naturalmente, la biografía de Peto fue considerada un canto subversivo que glorificaba a un rebelde, un ataque encubierto al emperador. Los acusadores no se refrenaron y abrumaron a los acusados con frías y mezquinas humillaciones. El Senado no se atrevió a resistirse. La Curia donde se reunía estaba tomada por la guardia personal del emperador. Era la primera vez desde la fundación de la ciudad que la corporación regente debía tomar resoluciones bajo la coacción de las armas.

Dos episodios de este proceso permanecieron largo tiempo en la memoria de los romanos. Por un lado, la declaración de Fannia. El acusador adujo que se rumoreaba que Prisco había escrito su escandalosa biografía de Peto por deseo suyo, de Fannia, y que ella había sido la primera en divulgarlo. Le preguntó si era cierto. Todos sabían que un «sí» le costaría su fortuna.

—Sí —replicó ella.

El acusador inquirió a continuación si había entregado a Prisco material para su libro. Todos sabían que si asentía una segunda vez se la exiliaría de Roma en el mejor de los casos; que incluso podían llegar a dictaminar su muerte.

—Sí —respondió.

A continuación se le preguntó si su cuñada Gratila, hermana de Peto, estaba al tanto de todo el asunto.

—No —replicó. La declaración de Fannia se limitó a esas tres palabras sencillas, valientes y desdeñosas: a dos «síes» y un «no» que se grabaron más profundamente en las mentes del Senado y del pueblo de Roma que el excelente discurso del acusador.

El segundo acontecimiento fue el siguiente: Helvid, sabiendo que nada podría salvarlo, aprovechó su última oportunidad de dirigirse a los romanos para pronunciar un siniestro e impresionante discurso contra el emperador, quien, según él, no lograría sustraerse a la venganza de Roma y de los dioses. Todos lo escucharon en silencio. El ciego Mesalino, en cambio, se levantó y, como si pudiese ver, avanzó entre los bancos dirigiéndose con paso seguro hacia Helvid para atacar al maldiciente con su propia mano. Pero ocurrió que por primera vez los demás trataron de detenerlo, gritándole:

—¡Este hombre vale cien veces más que tú!

Lo insultaron, y lograron que perdiera el equilibrio y se cayera.

Esos accesos de ira no impidieron, sin embargo, a los padres convocados condenar a Helvid y a Prisco a muerte, a las damas Fannia y Gratila al exilio, y a la hoguera al libro de Prisco.

Dos días después se erigió la pira donde se quemaría el libro en el que el condenado Prisco describía la vida del ajusticiado Peto. La quema tuvo lugar a última hora de la tarde. Las llamas apenas brillaron con pálido fulgor cuando se encendió, pues aún era de día, pero al caer la noche se volvieron cada vez más visibles, y más fuertes los gritos de la plebe congregada. A Prisco se le concedió asistir al acto. Lo hizo. Con la redonda y calva cabeza y los ojillos hundidos observó inmóvil cómo las llamas engullían su libro. Los ejemplares elegidos para la quema habían sido escritos en pergamino; el costoso material no le había parecido a la anciana Fannia demasiado para aquel libro, y el pergamino, rebelándose contra la aniquilación, ardía lenta y difícilmente. Prisco era un hombre frío y objetivo; a menudo había sonreído ante las metáforas y símiles que usara su amigo Helvid, pero a pesar de ello aquella visión se adornó en su mente

con algunas ideas e imágenes patéticas. El fuego ilumina, el fuego purifica, el fuego es eterno, el fuego une a los hombres con los dioses y, en cierto sentido, hace al hombre más poderoso que los dioses. Seguramente su *Vida de Peto* perdurará más que el régimen de Domiciano y los déspotas que le sigan; pero tal vez no le siga ninguno.

Aquélla fue la última hoguera que vio Prisco, su última tarde y su última noche. También el ajado y vehemente Helvid tuvo que pagar esa misma noche la satisfacción que le produjera poder soltarle al emperador a la cara con su propuesta contra Ligarius todo su odio y su desprecio, y siguió a su padre al Hades, arrojado a él tan violentamente como éste lo fuera. Domiciano se dijo que, de vivir, sin duda el viejo Vespasiano se sentiría orgulloso de su hijo.

Una semana después las mujeres marcharon al exilio. Se las envió a una región salvaje, bárbara. A la rechoncha y mimada Gratila, acostumbrada a tener a tres esclavas ocupadas únicamente en su cuidado corporal, no le resultaría fácil convivir ahora con la vieja y siniestra Fannia en esa casa pequeña y primitiva de la fría y poco acogedora costa del Mar del Norte. Naturalmente, Fannia se llevó consigo el panegírico de Prisco a su padre. Cierto que, al dirigirse las mujeres hacia la Puerta Latina para abandonar la ciudad, muchos se congregaron al pie del camino, pero ni sus deudos revivirían ni el Ponto se transformaría por ello en Tíber.

También el senador Cornelio, el escritor, asistió a su partida. No había querido presenciar la ejecución de sus amigos y no asistió a su juicio. Fue una temeridad, aunque sólo relativa, porque tuvo la precaución de convocar a tres médicos junto a su lecho que debían dar fe de su afección pulmonar. También ahora, precavido como era, dudó si debía mezclarse entre los que saludaban a las mujeres en su último paseo. Se sobrepuso y se atrevió a hacerlo, y allí estaba, reprochándose esa innecesaria muestra de valor. Aguardó, y al verlas pasar estiró el brazo derecho saludándolas largo rato por última vez. Pero en su fuero interno pensaba: ¡qué vano, qué inútil es todo esto! ¡Pobres amigos míos, necios amigos! ¿Por qué no habéis esperado a que llegase el momento de acabar con este emperador? Entonces, tras su muerte, habríais podido formular en voz alta, abiertamente, vuestra acusación con más eficacia de lo que lo habéis hecho ahora. Pobres amigos, necios, muertos, no habéis comprendido que este tiempo únicamente tiene una exigencia: ¡sobrevivir a él! ¡Pobres mujeres estas esposas de héroes, necias, exiliadas! Vuestra única esperanza radica en que yo sea menos necio que vosotras y pueda erigiros, alguna vez, un monumento.

Cuando Domiciano hubo limpiado la ciudad de sus enemigos y de los enemigos de los dioses quiso celebrar una fiesta secular. Habían transcurrido ochocientos cuarenta y nueve años desde la fundación de la ciudad y era preciso ser muy temerario con los números para decretar que había transcurrido todo un milenio. Pero Domiciano era valiente, y así lo hizo.

Los heraldos convocaron al pueblo. El Colegio de los quindecenvires ordenó que se repartiesen los materiales con los que debía purificarse cada cual: antorchas, pez y azufre. A su vez, el pueblo entregó al Colegio pontificio las primicias de su cosecha y ganado para los dioses. El emperador ofreció sacrificios a Júpiter y a Minerva en el Campo de Marte, las matronas dirigieron en su presencia rezos a Juno, se ofreció a la tierra una trucha viva, diversos coros de jóvenes y doncellas entonaron himnos, y el emperador consagró al dios Vulcano un terreno para que en adelante protegiese a la ciudad del fuego.

Esa noche el emperador durmió con Lucía.

—¿Recuerdas —le preguntó— lo que me dijiste cuando condené a la vestal? Bien, querida Lucía, ¿quién tenía razón?

Su victoria sobre el Senado llenó por completo a Domiciano; le corroboró que había entendido correctamente su sacerdocio y su cargo en el sentido que le atribuían los dioses. Eso lo sostenía, lo elevaba, lo colmaba de dicha.

Siempre le había gustado la acción, pero ahora se tomó su trabajo y sus deberes aún más en serio. Antes, vehemente e inquieto como era, le gustaba recorrer su enorme Imperio a pesar de las fatigas, y solía vérsele un año en Britania, otro en el bajo Danubio. Ahora en cambio pasaba la mayor parte del tiempo en Roma reunido con sus ministros o sentado en su despacho.

Había elegido una pequeña habitación como gabinete de trabajo; para concentrarse debía tener a su alrededor muros estrechos, cerrados. En la soledad de esa habitación vedada lograba sumergirse plenamente en su interior. A veces, en esos momentos de recogimiento, sentía casi físicamente que era el corazón y el cerebro de ese inmenso organismo vivo que solían llamar, con un término vago y abstracto, Imperio romano. Sólo en él, dentro de él, vivía realmente el Imperio romano. Los ríos del Imperio, el Ebro, el Po, el Rin, el Danubio, el Nilo, el Éufrates, el Tigris, eran sus arterias, las del emperador; y sus cordilleras,

los Alpes, los Pirineos, el Atlas, el Haemus, sus huesos; y era su propia sangre lo que calentaba y vivificaba esas regiones inacabables, sus millones de habitantes eran los poros por los que respiraba su propia vida. Esa vida mil veces multiplicada lo convertía en verdad en dios, elevándolo por encima de toda medida humana.

Pero para que ese poderoso sentimiento vital no se dispersase debía tensar su marco con mayor firmeza y minuciosidad. Tenaz, se ceñía a su plan. Que hubiera vencido al Senado rebelde era sólo el primer tramo de un camino perfectamente trazado. Ahora, tras haberse cerciorado de que contaba con la ayuda de los dioses, podía iniciar la parte más difícil de ese camino: ya estaba en condiciones de poner fin a los oscuros manejos con que lo amenazaba ese dios foráneo, maligno y misterioso que era Yahvé.

No es que quisiera atacarlo por propia iniciativa. En absoluto, eso no le correspondía a él, mero defensor de la religión. Las doctrinas de Yahvé podían subsistir: pero sólo en el pueblo de Yahvé. Si las doctrinas rebasaban sus fronteras, si comenzaban a envenenar a los romanos, tendría el deber de impedirlo; de arrancar esas doctrinas de sus corazones.

Reunió a sus ministros. Junto con Regino, Marullo, Annius Bassus y Norban elaboró un plan para expulsar a Oriente de Roma, para recluirlo de nuevo en su territorio.

En un principio se trataba únicamente de deshacerse de Jacob de Sekanja, el taumaturgo. Jacob ejercía en Roma de cabecilla del cristianismo. Toda la ciudad estaba al tanto de sus movimientos. Salía y entraba libremente de la casa del príncipe Clemente. Muchos senadores mostraban interés por él o por sus ideas con el propósito de manifestarse en contra del emperador de ese modo aún inofensivo. El pueblo miraba al taumaturgo con tímida veneración. Diecisiete personas habían visto con sus propios ojos cómo la paralítica Paulina, una liberta, se levantó y echó a andar después de que le pusiera la mano en la cabeza y murmurara un par de fórmulas arameas. Cierto que la muchacha murió ese mismo día; pero el hecho no era por ello menos milagroso, y no menos admirable el hombre que había obrado el milagro. En cualquier caso, el emperador y su ministro de policía opinaban que era preferible que Jacob de Sekanja no hiciese más milagros en su ciudad.

Pero ¿cómo se impedía a un hombre que obrara milagros?

Había, opinó decidido Norban, un medio muy eficaz.

Todos meditaron en silencio en ese medio. Regino adujo, sin embargo, que tal vez no fuese pertinente aplicar ese método tan eficaz en el caso del taumaturgo. Si lo hicieran todos pensarían que los seguidores de la religión del Estado temían al dios del taumaturgo. Lo que probablemente no amedrentaría a sus fieles, sino que reforzaría su fe en esa superstición.

Tal vez, propuso Marullo, podrían pedirle al taumaturgo que hiciera algún milagro en la corte del emperador. Así podrían controlarlo y desenmascararlo.

—¿Y quién os garantiza —objetó Bassus— que no vaya a hacer el milagro?

El emperador, sin embargo, declaró conciso:

—No quiero poner en duda la capacidad del dios Yahvé. Sólo quiero impedir que el taumaturgo siga ganando adeptos.

Marullo, que no se sintió ofendido por su observación, opinó que lo primero que debían determinar era en qué medida estaba permitida la difusión de la doctrina judía y cuándo pasaba a ser proselitismo, y, con ello, un delito.

—Si el amo y dios nos revelase su opinión al respecto —dijo— sería una bendición para todos nosotros.

Al emperador le agradaban enormemente esas distinciones formales, pseudojurídicas, y Marullo contaba con que DDD estaría encantado de definir su parecer en ese punto.

Domiciano aprovechó la oportunidad que se le brindaba.

—El judaísmo —explicó— es y seguirá siendo una religión permitida. No ignoro que esta religión niega un principio básico que liga al resto de las naciones, el principio de que la divinidad se encarna en el emperador. Mientras que todos los demás, tanto los seguidores de Isis y Mitra como los de las divinidades bárbaras de germanos y británicos, veneran y tienen por sagradas la efigie del emperador romano y sus insignias, los judíos son los únicos que no conceden validez a un precepto tan claro. Pero la tolerante Roma no tiene la menor intención de obligar a entrar en razón a ese pueblo pobre y terco, cuya debilidad se ha visto corroborada por sus funestas derrotas.

Tras ese preámbulo no pudo evitar explayarse sobre sus teorías predilectas como si se encontrase ante el Senado.

—Roma no prohíbe las creencias. Roma deja a cada cual su fe, aunque sea una fe errónea. Cada cual puede tener su dios, por muy extraño que sea. ¿Por qué no ha de tener su costumbre cada pueblo, siempre que acate nuestra ley? —declamó, y tanto Regino como Marullo constataron, regocijados, que su

entusiasmo lo había arrastrado hasta el verso—. Pero —continuó Domiciano— precisamente ahí está el límite. *Eso* es lo que no permite Roma, que el dios de otro pueblo interfiera en el ámbito de la religión del Estado. El Sumo Pontífice de Roma no puede permitir que esos hombres orientales osen difundir su superstición por medio de burdas artimañas y propaganda. Habéis preguntado, querido Marullo, en qué medida debemos tolerar la difusión de la doctrina judía. Y yo os respondo: se permite confesarse adepto de esa doctrina y practicar sus usos a todos aquellos que para su desgracia han nacido en el seno de ese pueblo y de su fe. No se permitirá, en cambio, difundir esa superstición mediante la predicación o incluso los hechos. Quien quiera convertir a otro en acólito de la religión judía mediante la palabra, o incluso con el cuchillo de circuncidar, atenta contra la soberanía de Roma y de su emperador.

—Eso es lo que yo llamo hablar claro —dijo Marullo. Pero Claudio Regino objetó cauteloso:

—Si nos declaramos públicamente partidarios de ese principio, ¿no se nos increpará de nuevo por tener miedo de ese Yahvé y de la capacidad persuasoria de su doctrina?

—La cautela no es lo mismo que el miedo —replicó brusco Norban—. Si cierro con llave la puerta de mi casa es una precaución justificada, no temor.

Pero el sencillo soldado Bassus afirmó valiente:

—Yo sí temo a esa doctrina. Es contagiosa, He estado en Judea y he sido testigo de cómo se va extendiendo el temor al dios Yahvé y su doctrina. El Templo, «eso», infundía temor a mis soldados, los paralizaba. No es bueno dejar al ejército en manos de los predicadores de esa doctrina.

Aquella confesión los dejó perplejos.

—No me gusta oír esas cosas, querido Annius —declaró Domiciano—. Pero, sea como fuere, no deseo que se difunda esa doctrina, quiero proteger de ella a mis romanos, y prohíbo que se predique. He dicho.

—¿Qué hacemos entonces con nuestro taumaturgo? —dijo Norban secamente volviendo al punto de partida. Marullo opinó esbozando una leve sonrisa:

—Si he entendido bien al amo y dios Domiciano el taumaturgo puede seguir obrando milagros tranquilamente, pero entre sus judíos, en Judea, y no aquí, en Roma.

—Os doy las gracias, querido Marullo —respondió el emperador—. Creo que es el procedimiento adecuado.

Sin embargo, el franco Annius musitó:

—La provincia de Judea está muy próxima, muchos romanos tienen negocios allí, y hay muchos barcos yendo y viniendo. Yo preferiría tener a ese hombre más lejos. ¿Por qué no exiliarle más allá de las fronteras del Imperio? Que haga sus milagros ante los escitas o ante los partos, siempre que se aleje de los súbditos romanos.

Todos se alegraron de tener entre ellos al sencillo soldado.

Domiciano en cambio no se conformó con que la discusión se limitase al caso de Jacob de Sekanja. Sus consejeros debían saber por sí mismos que ese paso contra el taumaturgo no era más que el primero de un camino mucho más ambicioso. Y declaró:

—Para que no haya ningún malentendido precisaré una vez más. Hay tres clases de judíos. En primer lugar los que, nacidos judíos, se limitan a practicar su fe. Pueden hacerlo tranquilamente, no se les perseguirá. En segundo lugar los que hacen propaganda y buscan prosélitos. Su presencia no se tolerará ni en Italia ni en ninguna otra provincia del Imperio; habitarán exclusivamente en la provincia de Judea e incluso allí se les someterá a la vigilancia de la policía. Pero, además —hablaba lentamente, deleitándose— hay una tercera categoría de judíos, y éstos son, a mi parecer, los peores.

Se interrumpió, saboreó la expectación de sus consejeros y concluyó:

—Me refiero a los que, habiendo nacido en el seno de la religión del Estado, la niegan para seguir al dios de los judíos y ponen en duda el carácter sagrado del emperador.

—Bien, ya está todo aclarado —dijo Marullo secamente. Pero el práctico Norban sacó inmediatamente las conclusiones más obvias.

—De modo —afirmó— que empezaremos por exiliar a Jacob el taumaturgo, y a continuación presentaremos una denuncia contra el senador Glabrio.

Los otros levantaron la vista. El senador Glabrio era un hombre pacífico al que no podía achacarse hostilidad contra el régimen; que se interesase vivamente por filosofías esotéricas, sobre todo por la doctrina de los cristianos, le hacía pasar por un amable chiflado. Bassus quiso aplacarlo.

—Quizá —propuso— podríamos juzgar primero a un par de personajes insignificantes que profesen la superstición judía; sería una especie de aviso.

—Yo no perseguiría a los insignificantes —expuso Regino—, eso no haría más que perjudicar el prestigio del emperador entre las masas.

Domiciano agregó con su particular sonrisa malévola:

—Glabrio es lo bastante insignificante.

—Reuniré el material necesario para acusar al senador Glabrio por atentar contra la religión del Estado —replicó Norban.

—Sí —aprobó Domiciano un tanto lánguido—, ¡empieza por reunir el material contra Glabrio!

Todos sabían muy bien lo que significaba ese «empieza». Apuntaba muy alto; apuntaba al primo del emperador, el príncipe Clemente.

Si Sabino no había sabido resistirse a la tentación de inmiscuirse en la conjura de Saturnino, el príncipe Clemente, por el contrario, carecía de toda ambición política. Pasaba la mayor parte del tiempo lejos de Roma en su posesión etrusca, cerca de la ciudad de Cosa, en la anticuada mansión que fuera la primera propiedad de los Flavios. Lo único que Norban, quien desde luego no simpatizaba con Clemente, podía referir al emperador era que los días del príncipe transcurrían dedicados al estudio de la filosofía oriental. La doctrina de los judíos y de los mineos se dirigía a la mentalidad de esas gentes pequeñas, ya que predicaba la no resistencia y daba a conocer un reino que no era de este mundo, de modo que no podía temerse de Clemente ningún tipo de activismo políticamente peligroso.

Domiciano consideraba que tan estrecha visión estaba bien para su ministro de policía; pero él, el censor Domiciano, debía valorar de otro modo la esencia y la actitud de Clemente. Ya resultaba inaceptable que un cualquiera, un hombre de la segunda nobleza o un senador sin importancia, se aproximase a la mentalidad de los cristianos, pues los cristianos predicaban la renuncia a las cosas de este mundo y la inactividad no convenía a quienes descendían de una vieja familia romana. Pero si el príncipe Clemente, primo del emperador y, tras él, el primer hombre del Imperio, decidía profesar esa superstición y sustraerse a sus deberes con la ciudad y el Estado en lugar de ocuparse en alguna actividad militar o política sensata, esa indolencia criminal constituía un ejemplo enormemente pernicioso. ¿Cómo podía educar a sus senadores para que fuesen buenos servidores de la patria si su propio primo trataba de rehuir sus deberes?

El emperador no sólo le reprochaba su actitud en cuanto a los intereses nacionales y religiosos. Lo que lo ofendía personalmente era que ese tipo lánguido y perezoso no reconociese su carácter sagrado, su genialidad. No es que Clemente hubiera negado su divinidad abiertamente, pues incluso estaba dispuesto a sacrificar ante la efigie del emperador de acuerdo con la ley; pero Domiciano percibía en la distante y descuidada afabilidad del príncipe el escaso respeto que le merecía. A Domiciano le importaba muy poco que, por ejemplo, esa insignificante Domitila, la esposa de Clemente, lo fulminase con sus ojos fieros y secos; lo divertía más de lo que lo irritaba. Pero el desdén de Clemente lo ofendía. Probablemente porque se trataba del padre de los príncipes Constancio y Petronio, «los cachorrillos de león». Los gemelos habían cumplido ya once años, y a medida que crecían agradaban más a Domiciano; desde la muerte de Julia estaba cada vez más decidido a adoptarlos. Lo único que le molestaba de ellos era el tal Clemente. Todo lo que tenía que ver con ese hombre flemático lo molestaba; no dejaba de echarle en cara su lasitud, su pereza, encontraba siempre nuevas palabras de reproche: lo tachaba de comodón, plúmbeo, bobo, falto de energía, negligente, vago, frío, flemático, perezoso, remolón, ocioso, holgazán, pusilánime. Pero las injurias del emperador se estrellaban precisamente contra esa indolencia. Clemente acudía cuando lo llamaba, escuchaba afable sus reproches, prometía corregirse, regresaba a su posesión y se comportaba como siempre. Domiciano habría perdonado al padre de sus cachorrillos hasta una conjura contra su vida, pero no soportaba esa resistencia pasiva.

Clemente se ocupaba mucho menos del emperador que éste de él. El príncipe no era un pensador agudo. A sus cuarenta años tenía un aspecto juvenil, la delicada piel y sus ojos azul pálido bajo el cabello rubio ceniza reforzaban la impresión de estar ante un chiquillo, un inmaduro. Pero el príncipe, aunque lento de entendederas, no era superficial. Una vez que había comprendido algo le daba vueltas en la cabeza y lo consideraba largo rato hasta que se grababa profundamente en su mente y se fundía con su ser.

Lo que más le impresionaba de la doctrina de los mineos eran las oscuras profecías de las Sibilas. Los dioses, los que en esos tiempos se veneraban como dioses, se decía en sus ambiguos versos, no eran otra cosa que los espíritus de antiguos dioses y héroes muertos. Pero el dominio de esos muertos llegaba a su fin. También Roma adoraba a sus muertos, y por eso también ella caería. Tras ella llegaría el imperio del Mesías. El brazo de Roma aún era fuerte, fuertes cada uno de sus tendones y sus huesos; pero el corazón de ese poderoso cuerpo se moría lentamente, se calcificaba y no era capaz de insuflar vida a sus miembros. Por muy imponente que fuese su apariencia escondía un terrible dolor. Sus emanaciones paralizaban al orbe entero, ya no había paz ni alegría en este mundo; el placer satisfecho ya no bastaba, una profunda nostalgia

de otras cosas llenaba a todo ser viviente.

Ideas y sentimientos de ese tipo ocupaban el talante sencillo del príncipe. Era amable por naturaleza, incluso alegre. Pero veía lo que ocurría en el Palatino y en el Senado bajo el prisma de los oráculos sibilinos y todo le parecía muerto y carente de sentido, y esa muerte pesaba sobre el mundo entero oprimiendo toda vida y toda dicha. Que él tuviera que formar parte de esa muerte lo volvía melancólico. Cada vez se adentraba más profundamente en el mundo de Jacob el taumaturgo y de las Sibilas, cada vez le costaba más cumplir con sus tareas de representación en la corte y en la ciudad; con el tiempo iba creciendo su anhelo de retirarse para siempre de las actividades del Palatino y vivir en paz en su mansión campestre acompañado de Domitila y los niños, de los libros y las doctrinas de la fe oriental.

Así estaban las cosas para el príncipe Clemente en la época en que Domiciano, fortalecido por su victoria sobre el Senado, se decidió a no permitir que el dios Yahvé se adentrase más en su territorio.

Como primera medida le arrebató a su amigo y preceptor, Jacob de Sekanja. El príncipe Clemente había visto marchar al exilio a muchos amigos y conocidos, pero jamás había presenciado que un hombre aceptase tal condena con la serenidad de que hizo gala Jacob. La vida en el pequeño asentamiento de Judea, que no podría abandonar nunca, no iba a serle fácil. Permanecería allí, como único cristiano entre gentiles y judíos, odiado por ambos, viviendo en la mayor estrechez tras ser despojado de sus posesiones y bajo la prohibición de que lo visitasen sus amigos o le hicieran objeto de regalos o donaciones. Pero lo sobrellevó sin una queja y marchó a la miseria y el exilio como si se entregase a un futuro dichoso.

Después vino el juicio y la ejecución del senador Glabrio, y aunque Clemente y Domitila se preocupaban muy poco por los asuntos de Estado tuvieron que reconocer que el peligro los rondaba. Domitila le habló a Clemente de ello con la seca claridad que la caracterizaba. Ella misma consideraba firme su fe, pero ahora que le faltaba la presencia y el consejo de Jacob no estaba dispuesta a soportarlo todo sin más: se defendería con todas sus fuerzas para no sucumbir a su destino. Le sorprendió enormemente encontrarse con la resuelta negativa de Clemente. El exilio de Jacob y la ejecución de Glabrio lo convencieron de que eran unos mártires. No es que se hubiera vuelto arrogante. No se sentía llamado a tomar con su propia mano la corona del martirio y atraer hacia su cabeza la venganza del emperador. Quería seguir viviendo como hasta entonces, sin oponerse ni entregarse a él de buen grado; pero también estaba firmemente decidido a no intentar salvarse como le proponía Domitila. Ocurriera lo que ocurriera, no rehuiría su sino, el que su dios le había deparado.

Aguardaba. Sabía que DDD dejaba madurar lentamente sus resoluciones y que por ello quizá tendría que esperar largo tiempo. Y entonces ocurrió que, en una conversación con el escritor Quintiliano, él mismo provocó el martirio que había querido dejar en manos de la divinidad.

Sucedió de este modo: Domiciano quería que sus futuros hijos adoptivos recibiesen una educación romana, por lo que les había designado como preceptor a Quintiliano, el gran orador, el primer estilista de su época. Éste tenía orden de mantener alejado de los chicos todo lo que no se adecuase a los futuros dirigentes del Imperio romano, aunque también debía evitar cualquier enfrentamiento con los padres. Por muy contradictorias que fuesen estas indicaciones, Quintiliano, un hombre imponente, afable, honesto y flexible aunque extraordinariamente firme, había logrado cumplirlas. Entre los padres de los muchachos y su preceptor se libraba una guerra sorda, aunque justa y digna, y, sin interponerse directamente entre los padres y los niños, Quintiliano logró hacerse con la voluntad de aquéllos con gran sutileza y prudencia.

Clemente había intentado en diversas ocasiones discutir abiertamente con él sobre la educación de sus hijos. Pero no estaba a la altura del hábil orador y estilista y, en el transcurso de una de esas conversaciones, se dejó arrastrar contra su voluntad y llegó a pronunciar palabras bastante atrevidas que brindaron al emperador la oportunidad de atacarlo.

Quintiliano le había explicado que su objetivo era enseñar a los niños lo útil, incluso por encima de la verdad. Un buen preceptor, opinaba, podía alimentar a sus discípulos con mentiras siempre que le moviese un fin noble, es decir, latino o romano.

—Como orador —afirmó— no he tenido jamás reparo en presentar observaciones dudosas ante los tribunales cuando no veía ningún otro camino que me permitiese inclinar a los jueces en favor de la causa justa.

—¿Siempre sabéis con tanta precisión —repuso el príncipe sin poder reprimirse— dónde radica la causa justa?

—En nuestro caso —replicó Quintiliano— no me cabe duda. Ante los príncipes Constancio y Petronio cabe cualquier observación que pueda contribuir a convertirlos en jefes Flavios. La causa a la que debo servir es la supervivencia y la primacía de la dinastía Flavia.

—Os envidio por esa seguridad —replicó Clemente—. La causa justa —prosiguió pensativo—. Cada cual

ve en ella algo distinto. Yo, por ejemplo, estoy seguro de que el gobierno de los Flavios pasará, y con la misma certeza sé que hay otro reino que permanecerá para siempre.

Quintiliano no respondió a esa observación nada romana, que además había formulado en un pésimo latín. Clemente, sin embargo, se preguntó con qué fin había hecho esa observación; era una confesión superflua, una de esas demostraciones vanas que Jacob el taumaturgo y Domitila juzgaban severamente, pues hablar de lo divino y de la verdad sólo tenía sentido entre gentes sensibles a esa verdad.

Contrito, refirió a Domitila lo ocurrido. Ésta se asustó. Antes de marchar al exilio Jacob los había conminado a no lanzarse al martirio; a que fuesen astutos como las serpientes y tratasen de sobrevivir a «ése», al anticristo. Pero ella no se lo recordó, y tampoco se lamentó; Clemente se sintió conmovido por las devotas palabras que salieron de los finos labios de la mujer amada.

Lamentaba sinceramente haber hecho esa insensata observación. Pero si con ello conseguía acelerar los acontecimientos que le deparaba su destino, lo que era probable, en realidad lo prefería. Se sentía cada vez más cansado de los brutales e indignos manejos que percibía en torno a él y no le costaría mucho separarse de ese mundo vacuo, vicioso. Era modesto por naturaleza, no se consideraba un elegido; pero si Dios lo designaba para que diese testimonio de su existencia su «vida ociosa e indolente» tendría más sentido y brillaría con un fulgor mayor que la inquieta vida llena de hechos de DDD. Esa idea le hizo sonreír. Su espera de lo que decidiría DDD adoptó entonces la forma de una alegría confiada y, si Domitila parecía asustada, Clemente aguardaba indiferente.

Dos semanas después de la conversación con Quintiliano un correo entregó en la propiedad de Cosa un escrito en el que Domiciano rogaba a Clemente con la mayor cortesía que se presentase cuanto antes en el Palatino, pues ansiaba mantener con él una conversación íntima. Domitila palideció, sus claros ojos se quedaron absortos, y sus labios, habitualmente apretados, se entreabrieron ligeramente. Clemente supo exactamente lo que pensaba. Esas conversaciones íntimas con el emperador no anunciaban nada bueno; también con Sabino mantuvo una entrevista larga y particularmente cariñosa antes de enviarlo a la muerte.

Clemente lamentaba profundamente que Domitila no compartiese la serena alegría que lo embargaba. El rostro delicado y luminoso del cuarentón irradiaba un recogimiento casi dichoso, parecía más joven que nunca cuando se despidió de ella. Besó a los gemelos en las puras frentes, acarició sus suaves cabellos. Mis cachorrillos, pensó; a fin de cuentas, algo había aprendido de Domiciano.

Domiciano recibió a su primo en camisón. Lo aguardaba impaciente, esperaba mucho de esa entrevista. Amaba esa clase de conversaciones. Pues Clemente y Domitila no se equivocaban: tras la criminal observación de aquél, Domiciano se sentía con derecho ante Roma y ante los dioses a purificar el ambiente en torno a los muchachos, sus futuros herederos, y por ello se había decidido a condenar a muerte a Clemente y a enviar a Domitila al exilio. Pero antes quería hablar con su primo. Y, como las horas en que hablaba con los que condenaba a muerte eran sus mejores horas, se había relajado por completo para disfrutar plenamente de ella y obsequió a Clemente con un cálido recibimiento.

En primer lugar, le preguntó por su propiedad, qué resultado había tenido la nueva ley destinada a limitar el cultivo de los viñedos. Después retomó sus viejas quejas sobre el tiempo que pasaba Clemente en el campo, rehuyendo así las obligaciones propias de un príncipe romano. Una vez más le recriminó su «indolencia» y le expuso sus propias ocupaciones. Cinco días antes había tenido que asistir a la inauguración de una nueva calzada: la gran calzada que unía Sinuessa y Puteoli. Había costado un gran esfuerzo y muchos sudores esa Via Domiciana, pero ahora ya la tenían allí, facilitándoles la vida a muchos millones de seres, ahora y por siempre.

—Te felicito —respondió Clemente—. Pero —continuó pensativo, sin asomo de burla— ¿no crees que sería más importante facilitar a esos millones de seres el camino hacia Dios en lugar de hacia Puteoli?

Sonrojándose, Domiciano lanzó una mirada iracunda a su primo. Estaba a punto de caer sobre él con gritos e insultos cuando recordó que estaba en camisón precisamente porque se había propuesto no ser como Júpiter, sino muy humano. Sin duda Clemente no pretendía burlarse de él, sino que era su usual necedad y pusilanimidad las que le habían inspirado esa estúpida frase. Domiciano se contuvo. No pretendía humillar a su primo; lo que quería era que admitiese que tenía razón, pues si antes se había sentido orgulloso de estar en posesión de la verdad, ahora lo abrumaba la incomprensión con que se tropezaba por todas partes. ¿Era realmente imposible hacer partícipes a los demás de su luz? ¿Era realmente imposible convencer por ejemplo a ese Clemente? Domiciano se contuvo, por tanto, y se limitó a responder a la insolente pregunta del primo:

—¡Déjate de bromas, estimado Clemente! —y cambió de tema. Se arrellanó en el sofá y siguió hablando:

—Me han dicho que esas filosofías orientales de las que te ocupas en los últimos tiempos, que esos sabios judíos, o mejor dicho cristianos, se dirigen fundamentalmente al pueblo; que se esfuerzan por ayudar al humilde, al caído, y sus doctrinas se refieren a la masa, al pobre de espíritu, a la plebe. ¿Es así?

—En cierto sentido, sí —replicó Clemente—. Quizá sea por eso por lo que me atraen tanto.

El emperador tuvo que reprimir su irritación por una observación tan poco acertada; permaneció tumbado y prosiguió:

—Bien, me he deshecho de algunos de mis senadores, hay quien gusta de enumerarlos citando sus nombres. Pero no son demasiados, cerca de treinta, no serán más de treinta, y aunque quieran imputarme la ruina de tantos lo importante no es el número, más bien es su rango lo que da peso y realce a la lista de mis «víctimas». Por otra parte no se puede negar que la mayor parte de los bienes confiscados a las susodichas «víctimas» se ha utilizado para mejorar la vida de cientos de miles, sí, incluso de millones. Con ese dinero he evitado hambrunas y epidemias, o al menos las he paliado, así como miserias y padecimientos de parecida índole.

Regodeándose en la contemplación de sus manos, concluyó lentamente:

—Sin mi gobierno habrían perdido la vida cientos de miles de personas, quizá millones, y otros tantos ni siquiera habrían nacido de no adoptarse una serie de medidas que fueron posibles gracias a la desaparición de esos treinta.

—¿Y? —preguntó Clemente.

—Bien, atiende —replicó el emperador—. Vosotros, que os proponéis la felicidad del humilde, el bien de las masas, deberíais comprenderme precisamente por ello, deberíais respetarme, amarme. ¿Acaso lo hacéis?

—Tal vez… —replicó afable, casi humilde, Clemente—, es posible que nuestra visión de la vida y la felicidad difieran de la tuya, estimado Domiciano. Nosotros entendemos que se trata de llevar una vida que tienda hacia Dios, de una sincera preparación para el más allá.

Esto colmó la paciencia de Domiciano.

—El más allá —tronó—, el Hades. «Antes prefiero ser peón en tierra / que el amo de las sombras que han partido» —exclamó citando el *Aquiles* de Homero—. El Hades, el más allá —continuó—. Eso es precisamente lo que os critico. No os atrevéis a mirar la vida de frente, a haceros con ella; no hacéis más que hablar de un más allá, escurrís el bulto. No tenéis fe en vosotros, ni en los demás, ni en la pervivencia de nuestras obras. ¡Qué cobardía, qué ruin es que un Flavio dude de la pervivencia de la dinastía Flavia! ¡Pues no sucumbirá, te lo aseguro!

Y al decir esto se irguió, a pesar del camisón, y con los brazos en ángulo graznó con su voz alta y aguda los versos:

—«Jamás me iré, mucho perdurará por siempre / a pesar de la devastación». Si se le permite decir esto a un poeta, y no sin razón, ¡qué no podrá decir un emperador Flavio! Pero lo que no resistirá la devastación, lo que sucumbirá, pues jamás fue real, es el reino de tu Mesías invisible. Vivís de quimeras, sois sombras vivientes. Roma es la vida, y vuestro cristianismo la muerte.

Para su sorpresa Clemente le replicó con esa suavidad un tanto irónica con que le había tratado durante toda la entrevista:

—¿De modo que quieres enviarme al otro mundo?

Esa serena, alegre y, a su parecer, sarcástica observación lo sacó de sus casillas. Lo miró sofocado, chupando con ahínco su labio superior. Pero por última vez se dominó y se volvió hacía el otro adoptando un tono casi afable:

—Me gustaría que admitieras que te envío a la muerte porque es lo justo.

—Si es verdad que tus dioses existen —respondió Clemente con la misma serenidad inamovible, intocable, burlona—, entonces haces bien en matarme —y, tras una pausa, añadió, esta vez con mansa y penetrante entereza—: Por lo demás, me haces un favor con ello.

Mucho después de la muerte de Clemente, aún meditaba Domiciano en esas palabras, preguntándose si el hombre lo había creído realmente o si no era más que una pose.

LIBRO SEGUNDO

JOSEF

Capítulo primero

Viajan en tres carruajes. En el primero van Mara, Jaita, que cuenta ya quince años, Daniel, de trece, y uno de los esclavos. En el segundo viaja Matías, de catorce, con dos esclavos varones y gran parte del equipaje; y en el tercero el resto de éste y Jarmatja, liberta de Mara. Josef cabalga junto a la carroza de Mara, el cortejo lo cierra su mozo de caballerías. De cuando en cuando Matías toma el caballo del mozo y le deja su puesto en la carroza.

Es un hermoso día otoñal, muy fresco, del mar les llega una ligera brisa, el luminoso azul del cielo aparece moteado de un par de nubes blanquísimas. Josef está de buen humor y muy animado.

Antaño, hace nueve años, cuando compró la propiedad de
Be'er
Simlai, le prometió a Mara que regresarían a Judea cuando terminara su obra. Ahora ha concluido su *Historia Universal.* Pero afortunadamente ha encontrado una solución intermedia, de modo que pueda permanecer en Roma todo el invierno. Mara, Jaita y Daniel los precederán, mientras que él y Matías se les unirán en la primavera. Se alegra de poder pasar todo el invierno con su hijo Matías.

Ama a Mara, la ama tiernamente, hace ya veinticinco años que viven juntos, salvo breves interrupciones; ella se ha endurecido en esos años, él admite que a veces le ha puesto las cosas muy difíciles. Pasaron muchos años antes de que desapareciera la ciega veneración que ella sentía por él; hubo un tiempo en que deseó que aprendiese a pensar por su cuenta, también sobre él. Pero ahora que ya no es así, y ve cómo acepta sus debilidades con un cuidado casi maternal pero dejándole notar que las percibe, piensa que prefiere a la Mara de antes. Pues a veces su crítica le duele por muy moderadamente que la exprese. Es la tenacidad de esa crítica lo que lo irrita; sabe perfectamente que tiene razón, por mucho que su habilidad dialéctica trate de desarmarla.

Ante todo tuvo razón al insistir durante todos esos años queda pero firmemente en que debían abandonar la ciudad de Roma. Desde que el emperador ordenara retirar su busto de honor del Templo de la Paz sus amigos lo habían conminado una y otra vez a que dejase esa peligrosa Roma y se alejase del emperador, de Mesalino, de Norban. Juan de Giscala le había expuesto mil argumentos de peso ante los que los suyos, los de Josef, no se mantenían como ante los de Mara, y tras las últimas persecuciones incluso Justo había llegado a decirle que quedarse en Roma era un gesto más efectista que valiente. En una ocasión fue a Judea para recorrer su nueva propiedad de
Be'er
Simlai. Pero al constatar que bajo la excelente administración de su viejo Teodoro bar Teodoro la finca prosperaba tanto como bajo la suya regresó a Roma.

Se alegra de que haya sido así, de haber permanecido en Roma todos esos duros años, lejos de los acontecimientos y, sin embargo, en el centro de todo. Ha terminado su libro, y la excusa que le permitía justificar su estancia allí ante sí mismo y ante Mara, la excusa de que para escribir su obra necesitaba estar lejos de Judea, ya no tiene validez. Ha llegado el momento de cumplir su promesa. Pero no habría sido capaz de embarcarse en esa nave para enterrarse en Judea. Y había encontrado una solución intermedia, un nuevo argumento para poder quedarse por un tiempo en Roma. Para que surta efecto la *Historia Universal,* se ha dicho a sí mismo y a Mara, su publicación requiere su presencia, es prácticamente imprescindible; además, se lo debe a Claudio Regino, que ha invertido tanto amor, paciencia y dinero en la obra facilitándole su trabajo. Un argumento muy frágil. Mara había sonreído resignada, amargada, y transcurrieron unos minutos muy desagradables antes de que se atreviera a proponerle que se adelantase; que él los seguiría con Matías en la primavera. Pero esos terribles minutos ya están olvidados; llevan seis días de camino, y mañana, como mucho pasado mañana, llegarán a Brindisi, la nave zarpará y conducirá a Mara y a los niños a Judea, y después llegará el invierno. Y hasta la próxima primavera no tendrá que

pensar en viajar a
Be'er
Simlai.

El viento tuesta y curte el rostro de Josef. No delata que haya sobrepasado con mucho la cincuentena. No soporta la lentitud de las carrozas y se adelanta con su caballo.

Los cascos resuenan claros sobre el sillar de la calzada. Eso hay que concedérselo al emperador Domiciano: la Via Apia está en mejores condiciones bajo su mandato que bajo el de sus predecesores. Hileras interminables de transeúntes avanzan por ella. Josef adelanta a los carruajes y a los jinetes sin dejar de cruzarse con más jinetes y literas. Un mozo le grita al ver que su caballo intenta abrirse paso entre una carroza y una litera:

—Eh, eh, ¿a qué tanta prisa? ¿Acaso huyes de la policía?

Y Josef, dicharachero, le replica:

—No, me espera una dama —y todos se echan a reír.

Se detiene en un alto, ha dejado muy atrás la carroza, aguarda. Su hijo Matías lo alcanza, no aguantaba en la carroza, llega a su encuentro sonriente, forzando el galope de su torpe jamelgo. Josef se deleita con la vista de su hijo. Ahí llega, alto; a sus catorce años es casi tan alto como él. Su Matías tiene su misma cara enjuta, huesuda; la misma nariz aguileña, su mismo pelo negro y grueso. Su piel está enrojecida por la brisa; el pelo, aunque no muy largo, ondea al viento; los vehementes ojos brillan de alegría por la carrera. ¡Cuánto se le parece, y cuán poco! Matías carece de esa arrogancia que tantos éxitos y tantas desgracias le valieron a él; en lugar de eso ha heredado el talante afable y armonioso de la madre, ese carácter infantil que ha conservado hasta hoy. Es abierto como ella, de trato fácil y afectuoso sin ser insistente. No, no es un chico guapo, piensa Josef al ver a Matías cabalgando hacia él con la cabellera al viento; en realidad ninguno de sus rasgos es hermoso, y, sin embargo, ¡cuán adorables!, cómo se refleja su corazón abierto e infantil en su cara y en sus movimientos, cierta belleza viva e ingenua. Ya es un muchacho y, sin embargo, un niño en todo, no es extraño que haga amistad con todos. Josef le envidia ese talante infantil, y lo ama por su causa. Él nunca fue niño, a los diez años ya era un chico precoz, un adulto.

Matías se detiene a su lado en el altozano.

—¿Sabes? —dice con una voz que suena sorprendentemente profunda y varonil en sus labios rojísimos —. No hay quien soporte el paso de tortuga de la carroza. A la vuelta será otra cosa, cuando tú y yo cabalguemos solos.

—Tengo curiosidad por saber —responde Josef— si no sentirás no partir con ellos cuando veas el barco.

—¡De ningún modo! —replica vehemente el muchacho—. No quiero estar en Judea durante mis años de formación, ni los del ejército ni los de la administración.

Josef contempla el rostro avispado de su hijo y se alegra de conservarlo a su lado, en Roma. Juventud, esperanza, mil anhelos brillan en los vivos ojos del chico.

—Y, sobre todo, los de la corte, supongo —agrega Josef para completar su frase. Se ha precipitado, según reconoce en el efecto que tienen esas palabras en el muchacho. Y es que los hijos de las estirpes aristocráticas debían pasar un tiempo en el ejército, en la administración y en la corte para completar su formación. La formación en la corte no estaba al alcance de todos; pasaba por ser una distinción especial, y había que tener muy buenas relaciones con el Palatino para que lo admitieran en ella.

—¿Crees de verdad —pregunta a su vez Matías, y su rostro se ilumina por la ansiedad— que sería posible? ¿Lo permitirías? ¿Podrías conseguirlo?

—¡No lo des por hecho! —dice Josef tratando de enmendar su precipitación—. Aún no lo he decidido, no te puedo decir nada. Confórmate, querido Matías, con pasar el invierno en Roma. ¿O es que no quieres? ¿No te basta?

—Sí, sí —replica Matías de todo corazón—. Sólo que —dice pensativo, y sus ojos se abren al soñar con ello—, ¡qué triunfo! ¿Qué diría Cecilia si me admitiesen en la corte?

Josef no había tenido que indagar mucho para saber lo que ocurría con esa Cecilia. Es la hermana de un compañero de la escuela que se había peleado con él un día, vaticinándole que acabaría de buhonero en la margen derecha del Tíber, donde vivían los judíos pobres. Matías nunca había sufrido por ser judío. Josef lo había enviado a una escuela en la que era el único judío. Había ocurrido alguna vez que sus compañeros se rieran de él por serlo. Él, Josef, no lo habría tolerado de estar en su lugar. Le habría dado vueltas durante meses o incluso años, habría odiado a quien se atreviese a burlarse de él. Pero su Matías parecía más sorprendido que ofendido por el sarcasmo de los otros, no se lo tomaba a pecho; sencillamente se enzarzaba en una pelea y terminaba riéndose con sus camaradas, con los que, en general, se llevaba bien.

Únicamente la frase de la pequeña Cecilia se le había quedado grabada. Pero a Josef le parece bien.

Aprueba que su hijo tenga amor propio.

La carroza ya los ha alcanzado. Josef cabalga durante un trecho junto a Mara. La ama tiernamente, también ama a sus otros hijos, a Jaita y a Daniel. ¿Cómo es posible que se sienta de pronto tan unido a Matías, mucho más que a los otros? Un año antes aún era Mara quien se ocupaba de la educación del adolescente, cosa para él incomprensible. Incluso siente ciertos celos por haberlo dejado en sus manos tanto tiempo, y se regocija pensando que pasará el invierno con él. ¿Cómo es posible que ahora ame a uno de sus hijos mucho más que a los demás? El Señor lo bendijo en su día con Simeón, el primogénito de Mara, y él permitió que se le escapase. Después el Señor lo castigó y lo maldijo con Pablo. Ahora lo ha bendecido por segunda vez con Matías, y esta vez no lo arruinará. Este Matías es su felicidad, su Cesarión, una mezcla perfecta de espíritu griego y judaísmo. Si no lo logró con Pablo, esta vez sí lo conseguirá.

Dos días después llegaban a Brindisi. La nave *Felix* estaba preparada; zarparía al día siguiente de madrugada. Una vez más, por enésima vez, Josef comentó con Mara lo que debía saber. Ya le había entregado las cartas dirigidas al gobernador de Cesarea, además de un escrito con las recomendaciones de Juan de Giscala para su administrador Teodoro. Lo más importante era que se entendiera con Teodoro para poder hacer de Daniel un buen administrador. Daniel era un chico tranquilo, ni demasiado listo ni demasiado apocado. La idea de llegar a Judea y ver
Be'er
Simlai lo llenaba de satisfacción; cuando Josef llegue a su propiedad en primavera encontrará allí a un buen ayudante. Ese día no hablaron de nada personal. Habían vivido muchas cosas juntos, buenas y malas; aunque no conociese tan profundamente a los hombres y no pudiese seguir cabalmente su filosofía, Mara lo conocía mejor que nadie. Él sabía que lo amaba con un amor femenino y maternal, que conocía cada una de sus debilidades, y que las combatía veladamente al tiempo que las aceptaba.

Matías exploró de inmediato el barco hasta el último rincón. Era una nave sólida, fuerte y amplia, pero a él le pareció demasiado lenta. Excitado, no dejó de comentárselo a su padre y a su hermano Daniel; confiaba en que cuando les siguiesen en primavera tomarían un barco más rápido que ese *Felix*. Navegar deprisa, alcanzar al viento con todas las velas desplegadas en un barco pequeño, ligero, eso es lo que él quería. Sus ojos brillaban al decirlo.

Zarparon al día siguiente. Matías y Josef los despidieron en el muelle; Mara estaba en cubierta con los niños. Aún soplaba la agradable y vivificante brisa, aún podían verse un par de nubes blancas y apresuradas en el cielo. En torno a ellos, gritos y bullicio en el barco y en tierra. Poco a poco la nave se fue alejando, y con ella las caras de Mara y los niños. Josef seguía en el muelle mirándolos muy concentrado, su mirada parecía querer empaparse de los tres; pensaba en todo lo bueno de todos esos años de convivencia con Mara. Oyó su voz que le gritaba desde cubierta:

—¡Venid en primavera, con el primer barco!

Lo dijo en arameo, y sus palabras casi se perdieron entre el bullicio y la brisa en torno a ellos. Y después, de pronto, le pareció que estaban muy lejos y que, a pesar de la opinión un tanto despectiva de Matías, el barco avanzaba deprisa con el viento a su favor.

Josef los siguió con la vista hasta que ya no pudo distinguir sus rostros, tan sólo el borroso contorno de la nave; y durante ese tiempo todos sus pensamientos se concentraron en la ternura que sentía por Mara. Pero después, en cuanto se volvió, fue como si ella misma desapareciera con el barco, y todo su ser se entregó a la idea de pasar un invierno delicioso en Roma con su hijo Matías.

El viaje de regreso fue muy alegre. Josef y su hijo, que habían dejado atrás al criado con su jamelgo alquilado, cabalgaban deprisa. Josef se sentía ligero, pletórico, rejuvenecido. Charlaba con el muchacho y su cabeza bullía de ideas placenteras.

¡Cuánto ama a este Matías, ahora en verdad su primogénito! Pues Simeón está muerto y Pablo es tan inaccesible como si lo estuviera. Un ligero escalofrío le recorre la espalda al pensar que Mara se dirige al país donde vive Pablo, ahora su enemigo: el peor enemigo que pueda imaginar.

Pero aún tiene a su Matías, durante todo un invierno estará junto a él. ¡Qué distinto es su carácter, tan abierto, al suyo, por mucho que intente parecérsele! Matías atrae a los demás, se gana sus corazones; él, en cambio, Josef, nunca ha sabido moderarse, y cuando se sincera con alguien nota muchas veces que éste se retrae ante tanta desmesura.

¿Cómo es posible que de pronto todo su amor se concentre en este hijo suyo, en Matías? El muchacho ha vivido a su lado durante todos estos años y él, Josef, ni siquiera había reparado en él. Mientras lo observa piensa que no tiene el talento de Pablo, ni siquiera el que tuvo Simeón. ¿Por qué cree ahora, después de

haber visto fracasar su plan de hacer de Pablo su continuador y heredero, que lo conseguirá con Matías? ¿Por qué pone todas sus esperanzas y su amor entero en él?

¿Por qué? Así le dice también Matías una y otra vez, preguntando cosas que ningún mortal es capaz de responder. En muchas ocasiones, él, Josef, debe contentarlo con vaguedades, o bien admitir abiertamente: «No lo sé».

Le ocurre con Matías lo que a él mismo le ocurría en su día en la universidad. Cuando surgía un problema sobre el cual habían debatido los doctores durante decenios, incluso siglos, cuántas veces le pasaba que precisamente cuando el asunto se complicaba más y se volvía más interesante debía conformarse con la respuesta: *kaschja,* que significaba: problema sin resolver, dudoso, sin solución.

Llegaron a Roma antes de lo que pensaban. Cuando Josef terminó de ducharse, por la tarde, dos horas antes de que anocheciese, aún era demasiado temprano para cenar. Por breve que hubiera sido su ausencia, Josef sentía como si hubiera regresado de un largo viaje, y decidió entretenerse hasta la hora de la comida dando un paseo por la ciudad.

Deambuló dichoso por sus animadas calles, que refulgían bajo la violenta luz del atardecer otoñal. Tras haber cabalgado tantas horas le sienta bien poder estirar las piernas. Se siente libre y ligero como hace años que no se encontraba. Ha terminado su libro, no le aguarda ningún deber en casa, ninguna mujer con un quedo reproche. Es otro, los años no le pesan, siente como si tuviera una piel nueva y un nuevo corazón. Su mente divaga por otros derroteros. Contempla la ciudad, tan familiar, con otros ojos.

Después de haber vivido tantos años en Roma, con todas esas calles, templos, casas a su alrededor, se da cuenta de que no ha reparado en lo mucho que ha cambiado todo desde que lo viera por primera vez. Recuerda su llegada a la ciudad, bajo Nerón, poco después del gran incendio. En aquel entonces la ciudad no estaba tan bien organizada, no era tan limpia; era más desordenada, pero también más liberal, variopinta, más divertida. Ahora es más romana que antaño; los Flavios, sobre todo Domiciano, la han hecho así. Ahora es más disciplinada. Los puestos ya no ocupan la mitad de la calzada, los buhoneros y las sillas de mano de alquiler no molestan al transeúnte, tampoco corre uno peligro de tropezarse con la basura o de que le arrojen los detritus desde una ventana. El espíritu de Norban, el espíritu del ministro de policía, reina en la ciudad. Ésta se yergue alta y poderosa, las casas brillan grandes e insolentes, lo moderno y lo antiguo se mezclan hábilmente poniendo de relieve su poder y su riqueza. La ciudad no oculta que domina el mundo. Pero lo muestra no con la amable arrogancia de la vieja Roma sucia y liberal de Nerón, sino con ademanes fríos y amenazadores. Roma equivale a orden, poder; pero el orden en sí y el poder en sí, un poder falto de espíritu, sin sentido.

Josef recuerda perfectamente las ideas y sentimientos que le inspiró la ciudad la primera vez que la vio. Quiso conquistarla, ganársela con su astucia. Y en cierto sentido lo ha logrado, aunque después comprobara que su victoria había sido desde un principio una derrota encubierta. Ahora los frentes están más claros. Esta Roma domiciana es más dura, más desnuda que la de Vespasiano y la de Tito, nada queda en ella del talante jovial de aquella Roma que conquistó el joven Josef. Ahora es más difícil de conquistar, quien quisiera vencerla necesitaría más fuerza; pero, al exhibir su poder de ese modo, resulta imposible confundirse y subestimar la envergadura de la empresa.

Josef se da cuenta de pronto de que, al igual que entonces, le invade un inmenso amor propio, un deseo irrefrenable de vencer a la ciudad. Quizá por eso ha luchado con todas sus fuerzas para no abandonarla. Es posible que sea eso, ese placentero cosquilleo de toda lucha, lo que lo retiene aquí, en Roma. Pues ese combate sólo puede tener lugar aquí. Un combate con el amo de la ciudad de Roma, con Domiciano.

No, ese litigio aún no está concluido. Si el emperador se obstina en guardar silencio no es porque haya olvidado, sino porque ha aplazado el gran debate. Pero pronto llegará el momento, y si no lo hace el emperador será él, Josef, quien lo provoque. Siente que ha llegado el momento propicio. Ha concluido su obra, ha terminado la *Historia Universal:* ésa es la piedra con la que el pequeño Josef abatirá al gigante Domiciano. Y percibe en sí la fuerza que le insufla su hijo, se siente rejuvenecido por la juventud de su Matías.

Está tan absorto en sus pensamientos que no oye ni ve nada en torno a él. Pero de pronto lo despiertan una risa y un alegre parloteo procedentes de un templete de mármol, y deja de ser el enconado luchador, el altivo, para ser sencillamente el hombre que ha concluido la obra de muchos años, satisfecho y ligero por haberse librado de esa carga, que pasea por la gran ciudad que ama y que, a pesar de todo, se ha convertido en su patria. Sonríe al escuchar las risas y la alegre conversación. Roma cuenta con cuatrocientas de estas letrinas públicas. Cada asiento posee lujosos respaldos de madera o mármol, y allí suelen sentarse los romanos a charlar amigablemente mientras se alivian. Entienden de confort, eso no se les puede negar. Viven bien. Josef sonríe entre divertido y amargado al escuchar la agradable charla de los hombres que se

desahogan en el bello edificio blanco. Tienen comodidades, riquezas, poder. Tienen todo lo externo, lo superfluo.

Sí, Roma es el orden, el poder sin más. Y Judea es Dios, la realización de Dios, el poder dotado de sentido. Lo uno no puede vivir sin lo otro, ambos se complementan. Y ambos confluyen en él, en Josef, Roma y Judea, espíritu y poder. Está llamado a reconciliarlos.

Pero ya está bien. De momento prefiere olvidarse de ello. Ha concluido un arduo y largo trabajo, ahora quiere descansar.

El paseo por la ciudad le ha cansado. ¡Qué grande es Roma! Si regresa ahora a pie tardará casi una hora en llegar a su casa. Pide una litera. Corre las cortinas, se aísla del bullicio de la calle que tanto lo ha impresionado. Se pone cómodo en la silla, envuelto en penumbra, agradablemente fatigado; no es más que un hombre cansado y hambriento que ha terminado una gran obra, una obra válida, y que ahora cenará con enorme apetito en compañía de su querido hijo.

—Os felicito, doctor Josef —dijo Claudio Regino estrechándole la mano; no solía hacerlo con nadie, por lo general se conformaba con rozar la mano del otro con sus rechonchos dedos—. Es verdaderamente una historia universal —prosiguió—. He aprendido mucho con ella, a pesar de no desconocer precisamente vuestra historia. Habéis escrito un libro excelente y haremos todo lo posible para que el mundo lo conozca.

Eran palabras inusualmente cálidas y firmes en labios de Regino, por lo general tan escéptico y retraído.

Animado, le expuso sus planes, para que el libro alcanzase mayor resonancia. Los aspectos técnicos, la composición y la distribución, eran cuestión de dinero, y Claudio Regino no era cicatero. Pero era después cuando comenzaban los problemas. ¿Qué características debía tener, por ejemplo, el retrato del autor que por costumbre precedía al texto?

—No es por halagaros, querido Josef —le dijo—, pero en estos momentos vuestro aspecto se asemeja mucho al mío, es decir, parecéis un viejo judío. A mí me gustáis como sois ahora, pero me temo que el público no será de la misma opinión. ¿Qué os parece si retocamos ligeramente el retrato? ¿Sí pintamos al elegante Josef imberbe de antes, aunque, desde luego, levemente envejecido? Mi retratista Dacón hace esas cosas divinamente. Por otra parte, sería estupendo que desempolvarais al hombre de mundo y dejarais de ser el sabio eremita. No os sentaría mal afeitaros de nuevo la barba, por ejemplo.

Josef aceptó de buena gana los burdos comentarios de Regino, pues sabía que lo respetaba y que era un experto en la materia. En los últimos tiempos parecía que sus asuntos se enderezaban. El interés de Regino garantizaba prácticamente el éxito de su *Historia Universal,* y Josef ansiaba ese éxito. Lejos quedaban los tiempos en que asistió indiferente a la retirada de su busto del Templo de la Paz.

Josef aprovechó el buen humor de Regino para hablarle de otro asunto que lo preocupaba, la educación de Matías. Había sido un inconsciente al alimentar sus esperanzas de pasar una temporada en la corte. Sólo Regino podía ayudarlo en ese asunto.

Josef le explicó, por tanto, de qué se trataba. Hacía ya más de un año que Matías había celebrado su *bar-mitsva,* la fiesta por la que se le aceptaba en la comunidad judía, y ya era hora de que se le invistiera la toga y se le declarase, por tanto, adulto y ciudadano romano. Con motivo de esa celebración era costumbre anunciar la futura carrera del muchacho. Josef deseaba para sí y para su hijo que no sólo superase su aprendizaje en el ejército y en la administración, sino también en la corte. Sintió el impulso de decirle algo más a Regino, de cuya amistad estaba seguro.

—Me siento —afirmó— más ligado a Matías que al resto de mis hijos. Matías será mi plenitud, mi Cesarión, la fusión perfecta del espíritu griego y el judaísmo: Con Pablo no lo logré.

Era la primera vez que lo admitía ante otra persona.

—La herencia gentil del griego Pablo era demasiado fuerte, y se rebeló contra mis planes. Matías es mi hijo en todo, es judío y los acatará gustosamente.

Regino había bajado la cabeza carnosa, sin afeitar, ocultando los soñolientos ojos bajo la frente abultada. Pero lo escuchaba atentamente.

—¿Vuestra plenitud? —dijo, y a continuación le preguntó con amable ironía:

—¿Qué Josef culminará en este Matías, el sabio encerrado en su alcoba o el político y el soldado? ¿Es ambicioso vuestro Matías?

Y, sin aguardar su respuesta, concluyó:

—¡Traedme al chico en los próximos días! Quiero conocerlo. Y después veré si puedo daros un consejo.

Cuando días más tarde Josef apareció con Matías ante la puerta de la villa de Regino, a la que había sido invitado, los recibió su secretario. Regino había tenido que acudir junto al emperador de improviso, pero

confiaba en que no los haría esperar mucho tiempo.

—Por cierto, aquí hay algo que seguramente os interesará —opinó el secretario con amable diligencia mostrándole el retrato que acababa de enviarles el pintor Dacón para la *Historia Universal.*

Josef lo miró temeroso, y, sin embargo, fascinado, con los ojos brillantes. Pero la curiosidad del chico era aún mayor. La larga cabeza morena, los vehementes ojos, las pobladas cejas, la frente alta, abombada; la nariz larga, aguileña; el negro pelo, fuerte y brillante; los finos labios combados, ¿era esa cara desnuda, altiva, noble, la cara de su padre?

—Si no lo hubiera sabido —dijo, y su voz salió grave, viril, y tan conmovida de sus rojísimos labios que el secretario alzó la vista—; si no lo hubiera sabido habría dudado de que se trataba de ti, de mi padre. Puedes ser así cuando quieres.

—Todos debemos mostrarnos al mundo un poco distintos a como somos —replicó Josef tratando de bromear, pero levemente inquieto. Lo asustó el orgullo que llevaba al chico a idealizar de ese modo a su padre. Por lo demás, decidió seguir el consejo de Regino y hacerse afeitar la barba.

El secretario les propuso dar un paseo por el parque hasta que llegase Regino. Era un jardín grande, y todavía disfrutaban de un tiempo otoñal, templado y benigno; fue un paseo agradable. La brisa lo tonificó. La compañía de su hijo rejuvenecía y animaba a Josef; podía hablar con Matías como si fuese un adulto y también como si fuese un niño. ¡Qué ojos tenía! ¡Con qué viveza brillaban bajo la frente ancha y bien proporcionada! Ojos felices, jóvenes, que no habían visto los horrores que colmaban los suyos; que no habían visto arder el Templo. Lo único que sabía Matías de los padecimientos de los judíos eran las burlas de una chiquilla.

Llegaron a la jaula de los pavos reales. Matías estudió a los espléndidos animales con una alegría infantil. El cuidador pasó a su lado y, al ver el entusiasmo con que el chico observaba a sus pavos, refirió a los invitados de su amo detalles de sus animales. El primer año habían sido siete: cinco criados por el famoso Dídimo y dos traídos de la India. Ahora no era la mejor época para verlos, acababan de perder parte de su plumaje. A finales de febrero, cuando entraban en celo, se mostraban en todo su esplendor.

El cuidador siguió hablando y Matías no se cansaba de escucharle. Charló animadamente con él, le preguntó cómo se llamaba. Resultó que era oriundo de Creta y que se llamaba Anfión, y el chico lo animó a seguir hablando. Matías acariciaba entre tanto el azulado y brillante pecho de uno de los pavos; éste se dejaba hacer, lo que lo aproximó aún más al cuidador, que le contó los problemas que le ocasionaban. Eran orgullosos, dominantes y voraces. A pesar de todo, los quería con locura. Logró que varios abrieran la cola al mismo tiempo, y a Matías le entusiasmó el colorido. Era como un campo lleno de flores, dijo; sus innumerables ojos le hacían pensar en el cielo estrellado, y estalló en aplausos. Pero en ese instante los pavos se asustaron y cerraron sus colas, llevándose su esplendor, alejándose en medio de terribles graznidos.

Josef permanecía sentado en un banco escuchando a medias su conversación, perdido en sombríos pensamientos. El pavo, pensó, es el animal emblemático de esta Roma: espléndido, gritón, dominador, insoportable, vanidoso, estúpido y voraz. Apariencia, brillo: eso es lo único que les importa a estos romanos.

No le molesta que su Matías se interese tanto por los pavos reales. Y es que es un chiquillo, lleno de interés por todo lo nuevo y, así como vuelve la espalda a los problemas generales, se interesa por todo lo concreto, lo vivo. El orgulloso padre constata lo bien que se entiende con el cuidador. El celo del chico le hace sonreír. Por su aspecto se diría que es muy maduro, pero no es así; en realidad es en todo un niño.

Con una leve sonrisa comprueba con qué ansia inocente se esfuerza por agradar a alguien tan irrelevante como ese criado. Matías no es precisamente vanidoso, pero es consciente del efecto que produce, y, sin saberlo, busca ese efecto una y otra vez.

Por fin llegó Claudio Regino. Lo vieron acercarse con paso torpe; sus asuntos no le habían retenido mucho tiempo en el Palatino y antes de sentarse a la mesa deseaba estirar un poco las piernas. Estaba de buen humor y pronto se demostró que el muchacho le agradaba. Se refirió de nuevo al libro de Josef, a su *Historia Universal,* y preguntó a Matías qué pensaba del gran libro de su padre. Con su voz grave y viril Matías explicó con modestia y liberalidad que no era un buen lector; que se demoró largo rato en su estudio, pero que lo que realmente lo había conmovido eran los acontecimientos más recientes. Seguramente no tenía luces para comprender la historia anterior. Lo dijo con gracia, como disculpándose, pero no ocultó que no le importaba demasiado no ser más inteligente. Solía ocurrir que lo que decía resultaba anodino, ni demasiado inteligente ni demasiado insulso; pero siempre parecía algo especial gracias al candor y al desenfado con que lo exponía.

Josef ha ido a verlo para conseguir un puesto para él en la corte; aprueba los planes de su hijo, su ambición. El chico no vale para continuar la labor de sus ancestros, sabios, sacerdotes, escritores,

intelectuales, ni la suya, y eso está bien. Aunque él mismo haya decidido aprovechar únicamente el aspecto contemplativo de su ser, aunque haya reprimido ese impulso hacia la acción que tantas veces sintiera, ¿por qué no habría de permitirle al chico acceder a ella? ¿Por qué no facilitarle el camino? Así lo ha decidido, y está bien, le parece razonable. A pesar de todo, ahora lamenta oírle hablar con tanta modestia de su libro, que se le escape el sentido de su obra. Pero no tarda en consolarse por esa falta al comprobar que el chico agrada a Regino. Al mismo tiempo se dice, recreándose en inocentes cálculos, que precisamente esa frescura y esa ingenuidad de su hijo causarán un gran impacto en el Palatino.

Después se sentaron a la mesa. Regino tenía un cocinero alejandrino muy famoso. Matías comió con apetito; no así Regino, que protestaba por tener que seguir un régimen estricto. Charlaron de esto y aquello, fue una conversación superficial y alegre, y Josef se alegró de ver lo poco que tardaba Matías en ganarse a ese anciano difícil, estrafalario y gruñón que era Regino.

Al terminar Regino le espetó sin preámbulos:

—Está claro, querido Josef, que vuestro Matías debe pasar un tiempo en el Palatino. Debemos meditar a quién se lo confiaremos como paje.

La cara morena del chico se sonrojó de alegría. Pero, por mucho que lo desease, la alegría de Josef se enturbió pensando que si Matías entraba en la casa y en el círculo de algún notable debería separarse de nuevo de él, después de haberlo tenido para sí tan poco tiempo.

Regino, rotundo como siempre, consideró ciertos aspectos prácticos.

—El chico podría servir en mi casa —opinó—; no le vendría mal, aprendería muchas cosas. El emperador me confía muchos y muy variopintos negocios, y vuestro Matías no tardaría en comprender que en el Palatino el camino más intrincado es a menudo el más corto. Pero me temo que yo ya soy un viejo carcamal. ¿Tú qué piensas, muchacho?

—No lo sé —repuso Matías sonriendo abiertamente—. Me pilláis desprevenido, lo confieso. Pero creo que nos llevaremos bien, y vuestra casa y vuestro parque son extraordinarios, sobre todo los pavos reales.

—Bueno —respondió Claudio Regino—, eso está muy bien, pero no es que sea decisivo. También está Marullo —prosiguió—. De él podría aprender un par de cosas útiles que yo no le puedo enseñar, como por ejemplo modales. Por lo demás, Marullo también es un viejo cascarrabias, y tan poco romano como yo. Tiene que ser algún amigo de la primera nobleza —calibró— no tan viejo como nosotros, y que simpatice con los judíos. Tres cualidades que no es fácil ver reunidas.

Matías escuchaba en silencio cómo se dirimía su futuro; sus ojos vagaban confiados de uno a otro.

—¿Cuándo le investiréis la toga? —preguntó Regino abiertamente.

—Todavía podemos esperar dos o tres semanas —respondió Josef—, no ha cumplido aún los quince.

—Pues tiene un aspecto muy viril para su edad —observó Regino—. Tengo una idea —continuó—, pero tendríamos que tomarnos el tiempo necesario, sondear a algunas personas, hacer ciertos preparativos, sin precipitarnos en ningún momento.

—¿En qué estáis pensando? —preguntó Josef intrigado, y observó que los ojos de Matías, aunque callase por educación, no perdían de vista los labios de Regino.

—Tal vez podamos convencer a la emperatriz de que lo admita en su séquito —dijo ecuánime con su gruesa y aguda voz.

—Imposible —replicó asustado Josef.

—No hay nada imposible —le corrigió Regino encerrándose en un hosco silencio. Pero no por mucho tiempo, pues pronto se animó de nuevo—. Con Lucía podría aprender un montón de cosas —explicó—. No sólo maneras y costumbres cortesanas, sino también a conocer a los hombres, el mundo de la política y algo que ya sólo podemos encontrar en ella: romanidad. Por no hablar de los negocios. Os aseguro, querido Josef, que esa mujer con sus tejares es capaz de endosarme los mismos ladrillos tras lavarlos nueve veces.

—¡La emperatriz! —exclamó Matías entusiasmado—. ¿En serio creéis que sería posible, mi señor?

—No quiero que os hagáis ilusiones, pero no está descartado —respondió Regino.

Josef vio cómo se iluminaba el rostro de Matías. Ése debió de ser su propio aspecto hacía una generación, cuando le anunciaron que la emperatriz Popea lo esperaba. Sintió algo parecido al miedo, pero no quiso reparar en ello. Esa chica, Cecilia, pensó, se ha equivocado, no cabe duda. Mi Matías no acabará en la margen derecha del Tíber.

Su *Historia Universal* no fue exactamente un éxito, a pesar de los esfuerzos de Regino. La mayoría de los lectores judíos consideró que la obra era excesivamente fría. Esperaban una entusiasta descripción de su glorioso pasado; en lugar de eso se encontraron con un libro que aspiraba a que griegos y romanos aceptasen a los judíos en el círculo de los pueblos civilizados que contaban con un gran pasado. ¿Acaso era necesario? ¿No tenían ellos, los judíos, una historia más ilustre que esos gentiles? ¿Era preciso que ellos, el

pueblo elegido de Dios, rogaran humildemente que dejasen de tomarlos por bárbaros?

Pero ni los griegos ni los romanos se sintieron conmovidos. El libro interesó a muchos, pero éstos no se atrevieron a opinar. El emperador había ordenado retirar el busto del escritor Josefo del Templo de la Paz; no parecía aconsejable, pues, entusiasmarse con su obra.

Tan sólo hubo un grupo de lectores que osó alabar el libro pública y abiertamente, y eran gentes con cuya aprobación Josef no había contado en absoluto: los mineos o cristianos. Estaban acostumbrados a que cuando un autor se ocupaba de ellos se limitase a burlarse o a atacarlos, por lo que se sorprendieron al ver que ese Josefo no los insultaba, sino que se avenía incluso a narrar respetuosamente la vida y opiniones de ciertos predecesores de su Mesías. Consideraron el libro como una *adenda* profana a la historia de su Salvador.

El hombre cuyo juicio Josef más temía y esperaba aún no se había pronunciado. Justo callaba. Finalmente Josef lo invitó a su casa. Justo no acudió. Poco después fue Josef a visitarlo.

—En los treinta años que llevamos tratándonos —dijo Justo— no habéis cambiado, ni yo tampoco. ¿Por qué, entonces, me atosigáis? Sabéis muy bien lo que opino de vuestro libro.

Pero Josef insistió. Casi podría decirse que anhelaba el dolor que el otro iba a infligirle, y no cejó hasta hacerle hablar.

—Vuestro libro es flojo y ambiguo, como todo lo que habéis hecho en la vida —dijo finalmente Justo soltando esa risita nerviosa, desagradable, que tanto irritaba a Josef—. Decidme, ¿qué pretendíais en realidad con él?

—Quiero —respondió Josef— que los judíos aprendan por fin a considerar fríamente su historia.

—Entonces —replicó el otro cortante— habríais debido contarla más fríamente. Pero no habéis tenido el valor de hacerlo. Temíais el juicio de la amplia masa de judíos.

—También me he propuesto —quiso defenderse Josef— que los griegos y los romanos aprecien la gran historia de nuestro pueblo.

—Entonces —le atajó Justo decidido— habríais debido mostrar más calor, más entusiasmo. Pero tampoco os atrevisteis: temíais el juicio de los entendidos. Ya os lo he dicho —concluyó—, vuestro libro no es ni carne ni pescado; es un libro moderado, un libro malo.

El rechazo dibujado en la cara de Josef lo animó a seguir hablando, y no tuvo reparos en exponerle todas sus críticas.

—Nadie sabe mejor que vos que el objetivo que subyace en una política puede ser moral o inmoral, pero no así los medios de que se vale. Los medios sólo pueden ser útiles o perjudiciales para el fin en cuestión. Vos en cambio confundís a vuestro antojo peso y medida. Hacéis juicios morales sobre los procesos políticos, a sabiendas de que no son más que estúpidas y baratas convenciones. Sabéis muy bien que sólo puede enjuiciarse al individuo, y jamás al grupo, a la masa, al pueblo. Un ejército no puede ser valiente: se compone de valientes y de cobardes, vos lo habéis vivido; lo sabéis, pero no queréis aceptarlo. Un pueblo no es nunca necio o pío: se compone de necios y de sabios, de santos y de canallas; lo sabéis, lo habéis vivido, pero no osáis admitirlo. Siempre confundís los valores por mor del efecto final, por un cálculo efectista. No habéis escrito un libro histórico, sino un libro edificante destinado a los más necios. Y ni siquiera eso: pues habéis querido escribir para ambas partes, y ni siquiera habéis tenido el valor de usar esa demagogia en la que habéis probado ser un maestro.

Josef lo escuchaba tras abandonar todo intento de defenderse. Por mucho que Justo, su amigo-enemigo, exagerase, sus críticas eran acertadas. Una cosa estaba clara: el libro en el que había invertido tantos años, tanta vida, no era lo que esperaba. Se había obligado a narrar fríamente la historia de su pueblo y a contemplarla objetivamente. Con ello la había despojado de su vitalidad. Todo era cierto a medias, y, por eso, una rotunda mentira. Si vuelve a leer ahora su libro comprobará que está escrito desde un punto de vista erróneo. Los sentimientos reprimidos se vengan, resucitan siempre con renovado ímpetu, y el lector Josef no le creerá ni una palabra al escritor. Ha cometido un error fundamental: ha escrito con la cabeza y a menudo en contra de sus sentimientos, y por eso gran parte del libro carece de vida y de valor; pues la palabra viva sólo surge allí donde se funden sentimiento y razón.

Josef lo vio con meridiana y cruel claridad, lo admitió sin paliativos. Pero después decidió dejar a un lado su *Historia Universal del pueblo judío* de una vez por todas. Lograda o no, él ha dado lo que podía, ha cumplido con su deber; ha luchado, trabajado, renunciando a muchas cosas, y una vez terminada la obra deseaba vivir para sí, libre de ella. El retrato que Regino ha elegido para encabezar la obra le ha hecho reparar en lo mucho que ha envejecido. No le queda mucho tiempo. Decide no malgastar el tiempo que le queda con meditaciones inútiles. Que filosofe Justo; él en cambio quiere vivir.

Y resurgen en él mil deseos y sentimientos que había creído muertos. Se alegra de que no lo estuvieran.

Se alegra de sentir aún sed, sed de hechos, de mujeres, de éxito.

Y de estar en Roma y no en Judea. Decidió afeitarse la barba y le mostró al mundo el rostro del antiguo Josef. Era más duro, más agudo; pero era un rostro más joven que el que había tenido todos esos años.

La oscura vivienda del distrito de «Baños» se le antojó de pronto demasiado estrecha y humilde, aunque ya no vivieran en ella Mara y los niños. Fue a ver a Juan de Giscala y le rogó que le proporcionase una casa más elegante y moderna para alquilarla. Con ese pretexto tuvo una larga charla con Juan. Éste había leído atentamente la *Historia Universal,* que comentó muy animada y razonablemente. Josef sabía, por supuesto, que Juan no era un juez imparcial. Tenía una azarosa vida a sus espaldas, como él mismo, y en principio era un fracasado, por lo que estaba inclinado a ver la historia del pueblo judío desde su misma perspectiva, recelando de todo entusiasmo. Sea como fuere, el reconocimiento de Juan lo animó y lo consoló un poco del rechazo de Justo.

Se volvió más locuaz al vivir solo con Matías en Roma; se abría más fácilmente que antes. Confió a Juan sus intenciones con respecto a Matías. Juan se mostró escéptico.

—Todavía corren tiempos —opinó— en que un judío puede permitirse el lujo de satisfacer su amor propio. Habéis llegado muy lejos, estimado Josef, hay que admitirlo, así como Cayo Barzaarone; yo también he hecho algunas cosas. Pero considero que es más inteligente no exponer a la luz nuestros méritos; no exhibir nuestro dinero, nuestro poder, nuestra influencia. Eso no haría más que despertar envidias, y ni somos lo bastante fuertes ni estamos lo bastante unidos como para atajarlas.

La cara de Josef, que irradiaba alegría al informar a Juan de sus dudas y esperanzas, se ensombreció. Juan se percató de ello y no insistió, sino que agregó:

—Pero si queréis que vuestro Matías haga algo en la vida, en cualquier caso debéis renunciar a vuestro plan de regresar a Judea en primavera. A mí me alegraría —añadió amable— teneros en Roma más tiempo.

Josef se dijo que Juan era un buen amigo y que tenía razón. Si encontraba un tutor para Matías en el Palatino no tendría más remedio que quedarse en Roma, y si se iba a mudar de casa sólo tendría sentido hacerlo si la usaba para una estancia más prolongada. Pero en principio se sentía feliz de poder posponer su viaje a Judea, su regreso a Judea, y cualquier pretexto le servía; pues curiosamente sentía que simbolizaba la renuncia definitiva a todo aquello para lo que se requería juventud, como si ese regreso fuese a transformarlo definitivamente en un viejo. En cuanto a la primera advertencia de Juan, que no consideraba sensato aspirar al lujo y a los honores públicos, seguramente no le faltaba razón. Pero Josef había visto la luz que irradiaba la cara de su hijo y ya no podía renunciar a su plan. Por Matías. Por Matías, y también por él.

No tardaron en encontrar una vivienda apropiada y Josef se instaló en seguida. Matías lo ayudaba afanoso, proponía toda clase de ideas. A Josef se le veía mucho por la ciudad, buscaba compañía. Si en los últimos meses había permanecido solo y recluido, ahora acudía casi a diario a los círculos frecuentados por Marullo y Regino. Sus amigos asistieron a esa transformación benévolos, un tanto burlones y levemente preocupados. Matías lo amaba, y lo admiró aún más por ello.

Josef comentó con Claudio Regino los reparos de Juan. Regino opinaba que Juan era un hombre inteligente, pero que en los últimos tiempos se mostraba incapaz de comprender a la juventud judía, que no había visto arder el Templo, para la que el Templo y el Estado no eran más que un recuerdo histórico, un mito. Él, Regino, era en cierto sentido un ejemplo de que el poder, incluso el visible, no siempre perjudicaba a los judíos. A Josef no le agradó el ejemplo, jamás habría aprobado que su Matías se apartase del judaísmo tanto como Claudio Regino. De cualquier modo, permitió que su alegato reforzase su intención de llevar a cabo su proyecto, y lo escuchó expectante cuando Regino le comunicó que había sondeado a algunos conocidos del Palatino y que, a pesar de que a más de uno le hubiera sorprendido la osadía de querer emplear en el séquito de la emperatriz a un joven judío, la mayoría había opinado que lo novedoso de la idea no impedía su realización. Pensaba, por tanto, que podían ponerse manos a la obra. Le propuso celebrar públicamente la fiesta de la investidura de Matías al modo romano, a pesar de que no era lo usual, e invitar a ella a la emperatriz para contrarrestar de antemano cualquier crítica. Había sido una necedad no aprovechar más el favor que Lucía le había demostrado en varias ocasiones. Ahora se le presentaba una magnífica ocasión de recuperar el tiempo. Debía llevarle a la emperatriz su nuevo libro y aprovechar la ocasión para invitarla a la fiesta de Matías. Lo peor que podía ocurrirle era que rechazase su invitación, y, a fin de cuentas, había sufrido ya peores derrotas.

Josef estuvo de acuerdo. La idea lo tentaba. Mediaba ya la cincuentena y no fue como antaño, cuando todas las fibras de su ser se tensaron al ir a ver a la emperatriz Popea. Pero experimentó una emoción que no sentía hacía tiempo al presentarse ante Lucía con su libro en la mano.

Claudio Regino le había preparado el terreno, comentándole a Lucía la transformación de Josef. A pesar

de todo ella pareció sorprendida al verlo aparecer con el rostro desnudo, rejuvenecido.

—Mira por dónde —dijo—, ahora que han retirado el busto el modelo ha ocupado su lugar. Me alegro de ello, querido Josefo.

Aun habiendo rebasado con creces su primera juventud, su rostro fresco y luminoso reflejaba abiertamente su regocijo.

—Me alegro de que hayas terminado el libro y de que volvamos a tener entre nosotros al Josefo de antes. Me he reservado la tarde para ti. Ya es hora de que charlemos largo y tendido.

Ese cálido recibimiento lo animó. En su fuero interno se burló de sí mismo y se dijo que seguía siendo el mismo loco que fuera en su juventud. A pesar de todo, su corazón rebosaba de gozo como antaño ante la emperatriz Popea.

—Lo que me agrada de ti —lo alabó Lucía— es que, con toda esa filosofía y ese arte, en esencia sigues siendo un aventurero.

El cumplido no le gustó mucho, pero ella no tardó en darle un giro a sus palabras de modo que resultasen halagadoras. No tenía ningún mérito, opinó, que el aventurero fuese un don nadie, alguien que tuviera, por tanto, poco que perder. Pero, en cambio, si quien poseía bienes y disfrutaba de una posición estable optaba por la aventura, ello significaba que poseía un alma inquieta, viva, en suma. Aventureros así, es decir, no por sus circunstancias externas, sino de alma, habían sido Alejandro y César. Ella misma sentía en sí algo de ese anhelo, y consideraba que existía cierta afinidad secreta entre los aventureros aristócratas de todos los tiempos.

Más tarde rogó a Josef que le leyese un fragmento de su libro, y él no se hizo rogar. Le leyó las historias de Yael, Jezabel y Atalía. Y también le leyó las historias de las fieras, orgullosas y ambiciosas mujeres que rodeaban a Herodes y de las que él mismo descendía.

Las observaciones de Lucía sorprendieron a Josef. Para él, los seres que describía no pertenecían al mundo real, sino que actuaban sobre un escenario que él mismo había construido; eran figuras estilizadas, castillos en el aire. Que Lucía los considerase personas de carne y hueso como las que circulaban en torno a ellos le resultó sorprendente y lo irritó. Al mismo tiempo le fascinó que él, a la manera de un pequeño dios, hubiera sido capaz de dar vida a todo un mundo. Él y Lucía se entendían a la perfección.

No le resultó difícil hablarle del asunto que le interesaba. Le habló de su hijo Matías, que no tardaría en ser investido con la toga.

—He oído —dijo Lucía— que es un chico muy agradable.

—Es un muchacho estupendo —se apresuró a confirmarle Josef.

—¡Ah, veo que estás orgulloso de él! —replicó Lucía sonriendo.

La invitó a asistir a la fiesta que daría con motivo de la investidura de Matías. La cara de Lucía, que reflejaba cada una de sus emociones, se ensombreció de pronto.

—Desde luego, jamás he sido enemiga de lo judío —dijo— ¿pero no te parece que el hecho de que precisamente tú celebres esta ocasión con tanto fasto despertará recelos? No estoy tan versada en el origen de nuestras costumbres como Varriguita. Pero ¿no es esta fiesta de investidura fundamentalmente un acto religioso? No creo que los deberes romanos y el culto a nuestros dioses coincidan siempre, pero estoy segura de que nuestros dioses tienen algo que ver con esa festividad. Soy la última persona que desearía inmiscuirse en las relaciones que mantienes con tus compatriotas, pero me temo que los judíos no se alegrarán mucho de que des tanta importancia a ese acto. No estoy rechazando tu invitación —se apresuró a añadir al notar que el rostro de Josef se turbaba al escuchar sus reparos—, pero, en calidad de amiga tuya, te ruego que lo medites bien antes de tomar cualquier decisión.

El hecho de que Lucía tuviera unos reparos similares a los que le expresara Juan lo conmocionó. Pero su decisión era firme. Había introducido a su hijo en la comunidad judía mediante el *bar-mitsva,* ¿por qué no iba a aceptarle la romana, a la que desde luego pertenecía, mediante el correspondiente rito? Le pareció emblemático dar el mismo lustre a ambas ceremonias, aunque ello diera pie a tergiversaciones: sabía por experiencia que todo lo que hacía se tergiversaba. Por otra parte, le había prometido celebrar la fiesta a su hijo, que sólo pensaba en ella, y no se sentía con fuerzas para decepcionarlo.

Replicó a Lucía con ambigüedad; le agradeció su consejo, prometió volver a pensárselo, pero en su fuero interno estaba firmemente decidido. Ya en su casa preguntó a Matías medio en serio, medio en broma:

—Si alguien te preguntara si te consideras romano o judío, ¿qué le responderías?

Matías se echó a reír y le espetó con su voz grave:

—¡Qué preguntas haces!, le respondería: Soy Flavio Matías, hijo de Flavio Josefo.

A Josef le agradó esa respuesta. Apartó de su mente las objeciones que había escuchado. ¿Acaso podía demostrar menos arrojo él, Josef, que el viejo Claudio Regino, que no veía ningún peligro en enviar al

muchacho al Palatino?

Comenzaron a preparar la fiesta. Matías iba de un lado a otro como flotando. Invitó a Cecilia, que le replicó con la insolencia de siempre. Él le comunicó entonces que la emperatriz asistiría a su fiesta. Cecilia palideció.

Como Josef debía evitar todo lo que pudiera interpretarse como culto a una deidad romana, como idolatría, se vio obligado a modificar la ceremonia. En su casa no se erigieron altares para los dioses domésticos, ni Matías llevaba la filacteria dorada propia de los muchachos romanos y que éstos colgaban de dicho altar. La ceremonia doméstica se limitó por ello a que Matías cambió su toga orlada de muchacho por la blanca y lisa del hombre adulto. Esa nueva y sencilla vestimenta le sentaba estupendamente; su joven y, sin embargo, viril rostro destacaba alegre y serio al tiempo sobre la sencilla y pura túnica.

A continuación, Josef y un inmenso cortejo de amigos encabezados por la emperatriz acompañaron al joven al Foro, en la ladera sur del Capitolio, y después se dirigieron al Archivo para que se incluyese su nombre en la lista de los favorecidos por el derecho de ciudadanía. A partir de entonces el chico se llamaría Flavio Matías Josefo. La emperatriz le puso la sortija dorada que indicaba su pertenencia a la segunda nobleza.

Mientras los invitados no judíos se dirigían a su casa, donde se celebraría el ágape, Josef, Matías y los invitados judíos procedieron a un acto que la ciudad, y el Imperio entero, comentaría durante semanas. La costumbre exigía que el nuevo ciudadano se dirigiese al templo de la diosa de la Juventud para realizar allí un sacrificio y entregar una ofrenda en forma de moneda. Como el joven Matías no podía hacerlo se encaminó en lugar de ello hacia la correspondiente oficina del Tesoro, hizo que lo incluyesen en la infamante lista de los judíos, y entregó los dos dracmas que debían ofrecer los judíos a Júpiter Capitolino en lugar de al Templo desde que éste fuera destruido. Que Josef convirtiera en un acto festivo la tributación que todos consideraban indecorosa hizo que muchos judíos le perdonasen que convirtiese a su hijo en romano con tanta pompa.

A la emperatriz le agradó el valor de Josef. También le gustó su hijo. Lo vio recibir el anillo con gracia principesca en aquella feliz hora; después, durante la comida, le refirieron que se había sometido a la humillación del impuesto con la misma sencilla alegría. Tenía al muchacho a su lado. Sus ojos la seguían con infantil respeto, sin perder por ello su frescura. Le habló. Él era consciente de lo bien que le sentaba la túnica blanca, y sabía que todos los ojos estaban puestos en él, pero su franqueza y su naturalidad no se resentían por ello.

Claudio Regino había preparado ya a Lucía anticipándole que Josef le rogaría que aceptase a su hijo en su séquito. A nadie se le ocultaba que el muchacho le había caído en gracia, y Josef podía estar seguro de no ser rechazado. A pesar de ello, no expuso su solicitud con la seguridad que lo caracterizaba, y Lucía dio su consentimiento con la voz extrañamente velada; en el rostro de ambos se observó una rara turbación.

El corazón de Josef estaba henchido de gozo. Había elevado a su querido hijo al puesto que había soñado para sí. Pero su oído era fino, y en medio de su dicha no olvidó las voces de los amigos que le habían advertido.

Y, así, Matías entró a formar parte del séquito de la emperatriz, pasando la mayor parte del tiempo en el Palatino. Ocurrió lo que Josef había previsto: Matías, el joven ayudante judío de Lucía, era considerado algo especial en el Palatino con su juventud y su belleza seria y alegre a un tiempo. Se hablaba mucho de él, muchos anhelaban ser honrados con su amistad, las mujeres lo animaban. Él siguió siendo el mismo; todo aquello le parecía natural y no le concedía mayor importancia, pero habría preferido pasar inadvertido.

Al pertenecer ahora Matías al séquito de la emperatriz Josef la veía a menudo. Lucía se había cruzado ya varias veces en su camino, pero nunca lo había mirado con ojos tan receptivos como ahora. Su opulencia, su alegre y valiente franqueza, ese carácter romano tan luminoso y vivo que emanaba, su belleza femenina y madura lo impresionaron más que nunca. Josef empezaba a envejecer, pero descubrió que desde los días en que se consumía por Dorión jamás había sentido tal deseo por estar con una mujer como ahora en sus encuentros con Lucía. No le ocultó sus emociones, y ella se dejó querer. Mucho de lo que él decía, y mucho de lo que ella decía, era ambiguo; las insinuaciones volaban del uno al otro, y comenzaron a mirarse y a rozarse de otra forma. Él atribuía un carácter simbólico a su relación. El hecho de que le atraiga de esa forma, de que también ella se muestre receptiva, ¿no constituye un símbolo? ¿No se trata de la misteriosa relación que a menudo se establece entre vencedor y vencido? En una ocasión no pudo evitar hacer una observación en ese sentido. Pero Lucía se limitó a reír y le espetó:

—Lo único que pasa es que quieres acostarte conmigo, querido amigo, y el hecho de otorgarle un

significado tan profundo sólo prueba que tú mismo te percatas de lo insolente de tu deseo.

Josef llevaba una vida ajetreada y alegre en esa época. Disfrutaba de sus privilegios, que no eran pocos. Veía diariamente a Lucía, y cada vez se entendían mejor perdonándose sus debilidades, gozando de las excelencias de cada cual. Su querido hijo, del que parecía irradiar una luz, obtenía todo cuanto él había deseado. Puro y luminoso avanzaba entre las intrigas y los vicios del Palatino, todos lo amaban, y jamás llegaron a rozarle los celos ni la hostilidad que allí reinaban. Sí, Dios favorecía a Josef. Así se lo demostraba obsequiándolo con tantas alegrías poco antes de traspasar el umbral de la vejez y en posesión aún de las fuerzas necesarias para disfrutarlas.

En Roma se hablaba mucho de Josef y de su hijo, demasiado en opinión de los judíos. Y por ello fueron a ver a Josef, en nombre de los judíos, Cayo Barzaarone y Juan de Giscala. Le expusieron preocupados que su suerte, su brillo, despertaría envidias aún mayores y mayor hostilidad aún contra el judaísmo si seguía exhibiéndolos como hasta entonces. En todo el Imperio crecía el odio y la opresión de que eran víctimas.

—Cuando un judío es feliz —lo amonestó Juan de Giscala como ya hiciera en una ocasión— debe guardar su felicidad entre cuatro paredes y no sacarla a la calle.

Pero Josef no les hizo caso. Su hijo Matías era así, brillaba, y era propio de la luz ser visible. ¿Acaso debía esconder a su querido hijo? No tenía la menor intención. Estaba obcecado, ciego de amor por su hermoso y adorable hijo y su fortuna.

Las palabras de sus amigos no surtieron ningún efecto y continuó disfrutando de lo que le había caído en suerte. Cosechaba éxitos por doquier. Únicamente había un asunto que lo irritaba. Su libro, la *Historia Universal,* había pasado inadvertido.

Peor aún, resultó que Justo de Tiberíades publicó —también con Claudio Regino, su propio editor— su *Guerra judía,* un libro en el que había estado trabajando durante decenios.

El libro de Josef sobre la guerra judía había destacado entre todas las obras en prosa de su época. Todo el público lector del Imperio había leído esa *Guerra de los judíos,* no sólo por el tema que trataba, sino ante todo por su brillante estilo; Vespasiano y Tito habían alabado el libro y ensalzado a su autor, y la obra era considerada un clásico casi una generación después de su aparición. De manera que era una osadía indescriptible que Justo publicase ahora un libro sobre el mismo asunto.

Josef había leído años atrás un fragmento de la obra, y al hacerlo había sentido la insignificancia de su persona y su obra al lado de Justo y su libro. Temeroso, leyó la versión definitiva del trabajo de su amigo-enemigo. Justo rehuía toda palabra altisonante y cualquier efectismo. Su descripción era de una objetividad dura, cristalina. Tampoco parecía querer polemizar con el libro de Josef. Pero sí mencionaba la participación de Josef en la guerra; sus movimientos durante la época en que fue comisario de Galilea; las actividades de Josef, por tanto, como político y militar. Se limitaba a describirlas, evitando toda valoración. Pero precisamente por ser una descripción despojada de juicios aparecía como un oportunista, un pobre tipo vanidoso, un ser dañino para la causa que decía defender.

Josef continuó hasta el final. En su día había logrado forjar una espléndida leyenda sobre sus actividades en Galilea, relatándola en su libro; hasta él mismo se la había creído, y gracias a su obra había logrado que poco a poco se la reconociese como una verdad histórica. Ahora, en el libro de Justo, ese hombre entrado en años veía la guerra como realmente había sido, se vio a sí mismo tal y como era, y vislumbró también el libro que le habría gustado escribir. Pero lo había escrito Justo y no él.

Todo eso lo vio. Pero no quería verlo, no podía verlo si quería seguir viviendo.

Tenso, esperó la reacción que provocaría la obra de Justo, lo que diría el público. No suscitó un gran revuelo. Sin duda hubo quien reconoció la importancia de la obra, personas cuyo juicio valoraba Josef en mucho, pero fueron muy pocos. De cualquier forma, tuvo que soportar cómo a los ojos de esos pocos la obra de Justo desbancaba a la suya; cómo ese Justo, que había desdeñado su propio quehacer, se convertía para ellos en juez supremo e insobornable.

Josef se esforzó por olvidar el amargo sabor que le deparó esa experiencia. Se dijo que como escritor lo habían mimado como a nadie en su época, y que la opinión de esos pocos no valía gran cosa frente a una fama bien cimentada. Pero tales razonamientos no lo consolaron, la amargura quedó. Sí, incluso creció. Josef era el amigo y favorito de la emperatriz; había aupado a su querido hijo al lugar que ambos deseaban para él, una vez más se había convertido, tal y como quería, en uno de los hombres más relevantes de su tiempo. Pero ese amargo regusto le arruinaba el disfrute de la dicha.

Se dijo que se le había agriado el carácter; que estaba envejeciendo y ya sólo era capaz de percibir lo negativo, no lo agradable de la vida. A continuación se dijo que había permitido que la desmedida y envidiosa crítica de Justo destruyese su fe en sí mismo y en su obra. Retomó su *Historia Universal.* Leyó algunos capítulos, los mejores, y se dijo obstinado que Justo no tenía razón en sus críticas.

Pero nada alteró el hecho de que su historia, en la que tanto había trabajado, no fuera un auténtico éxito a pesar de los esfuerzos de Regino. Estaba acostumbrado a los avatares del éxito y del fracaso exterior, pero precisamente en esos momentos ansiaba más que nunca triunfar como escritor. De nada le valían el resto de sus logros. Lo único que podría ayudarlo sería la resonancia de su obra, un eco capaz de sofocar la voz de Justo. Necesitaba esa corroboración de inmediato, aunque sólo fuera por su querido hijo, para poder seguir ayudándolo.

Amargado y en tono acusador preguntó a Regino a qué se debía la falta de éxito de su *Historia Universal.* Regino le explicó parsimonioso que el mayor escollo radicaba en la actitud del emperador, pues las personas realmente influyentes no se atrevían a opinar sobre la obra mientras no supieran qué pensaba Domiciano. Incluso en el caso de que DDD emitiese una opinión desfavorable gozarían de una ventaja, pues podían contar con la oposición. Pero DDD, retorcido como siempre, callaba; ni siquiera había expresado su rechazo, no decía nada. Él, Regino había tratado de romper ese silencio hostil. Había preguntado a Varriguita si aceptaría la obra de manos de Josef. Pero Varriguita hizo como si no lo hubiera escuchado, y no se pronunció a favor ni en contra.

Josef lo escuchó sombrío e irritado. En él resurgieron los pensamientos que le ocuparon a su regreso a Roma, tras enviar a Mara a Judea. Entonces se había alegrado pensando en su combate con Domiciano, en su lucha con Roma. Había visto renacer en él una segunda juventud y creyó poder contar con un arma nueva, su obra. Ahora, en cambio, el emperador rehuía el combate. Sencillamente, no se ponía a tiro.

Lo que Regino le dijo a continuación no hizo sino corroborar su opinión. Hacía mucho tiempo, le refirió, que DDD no pronunciaba su nombre, lo cual resultaba curioso. Sin duda había oído hablar de su amistad con Lucía, del modo provocador con que había incluido a su hijo en el censo de los judíos, y del nuevo paje judío de su esposa. Por otra parte, si el emperador no tenía intención de hacer uso de su poder, que le permitía aniquilar de un plumazo a Josef, dicha táctica era, desde el punto de vista de DDD, la más inteligente. Pues su silencio no hacía otra cosa que sembrar el silencio en torno a su obra, un silencio que acabaría por anularla.

Josef se preguntó cómo podría romper ese obstinado silencio; cómo tentar al emperador para que saliera de su escondite, para obligarlo a enfrentarse con él. Era costumbre que con ocasión de la publicación de una obra el autor leyese un fragmento de ella en público. Josef no había querido hacerlo cuando se editó la suya, aún no se había desprendido de la atmósfera bajo la cual había surgido el libro. El público despreciaba al Josef que había escrito la *Historia Universal.* A ese Josef le habría resultado indiferente lo que dijese, o incluso pensase, Domiciano de su libro. Pero el Josef que ahora se presentaba ante Claudio Regino era otro.

—¿Qué os parece —le propuso— si organizamos un recital en el que yo mismo lea varios fragmentos del libro?

Regino lo miró sorprendido. Que se presentase de nuevo en público después de haber callado tanto tiempo causaría sensación. Posiblemente sólo hubiera un medio, ése, de quebrar la reserva del emperador. El plan lo atraía, aunque no le ocultó que su propósito entrañaba un grave peligro: era una osadía exigirle que se pronunciara. Pero al ver que Regino no se oponía Josef se entusiasmó de inmediato con su plan. Como un actor que desea un nuevo papel se dijo, y expuso ante Regino, todo lo que hablaba en favor de la empresa. No leía mal, el ligero acento oriental de su griego agradaba más a la gente de lo que la irritaba; después de haber vivido retirado tanto tiempo toda Roma se congregaría curiosa ante esa reaparición en público. Y después, sobreponiéndose a su pudor, le confesó a Regino, a su querido amigo, el íntimo deseo que había surgido en él en el mismo instante en que concibió la idea del recital.

—¡Cuánto me gustaría —dijo— poder lucirme ante el muchacho, ante Matías!

Ese rasgo de ingenua vanidad y de amor paterno le valió las simpatías de Regino, que le respondió:

—Sigue siendo una empresa endiabladamente peligrosa; pero, si estáis dispuesto a arriesgaros, viejo jovenzuelo, yo os apoyaré.

Josef se dedicó en cuerpo y alma a preparar la velada. Durante largo rato debatió con sus amigos dónde debía celebrarse. Regino, Marullo, y ante todo Lucía, discutieron el problema como si se tratase de un asunto de Estado. ¿Debía organizar el recital en su propia casa ante un pequeño grupo selecto? ¿O ante un público más extenso en casa de Marullo o en la de Regino? ¿O quizás incluso en el mismo Palatino, en el amplio salón de las dependencias de Lucía?

Lucía tuvo una idea. ¿Qué les parecía que leyera en el Templo de la Paz?

¿En el Templo de la Paz? ¿En el recinto de donde el emperador había ordenado retirar su busto? ¿No era una provocación inconcebible? Posiblemente acudieran muy pocas personas a un espectáculo tan peligroso, y, en tal caso, el templo estaría casi vacío. Incluso cabía la posibilidad de que el emperador ordenase

apresar a Josef antes del recital.

Tras escuchar todas esas objeciones Lucía les espetó:

—Así no llegaremos a ninguna parte. Siempre terminamos tropezándonos con el mismo escollo: DDD. No pienso seguir aguantándolo. Nos quiere machacar con esa táctica. Quiere acabar con nuestro Josefo a base de silencio, pero no lo conseguirá. Quiero saber a qué atenerme. Voy a verle.

En cuanto Lucía le anunció su visita, supo Domiciano que se trataba del judío o de su hijo.

En los últimos meses había coincidido pocas veces con Lucía. Casi siempre estaba de mal humor; su cuerpo engordaba y se debilitaba, veía a muchas mujeres sin disfrutarlo en demasía. Le informaban puntualmente de todo lo que tenía que ver con Lucía. Desconfiado y perverso, pensaba que había introducido en la corte al joven judío, al hijo de ese peligroso Josefo para que, como éste envejecía, lo representase su hijo.

El emperador recibió a Lucía muy cortés, con una afabilidad distante e irónica. Hablaron largo rato de banalidades. Lucía observaba al grueso emperador, calvo, ajado; no era mucho mayor que ella, pero él era viejo y ella seguía siendo joven. Tenía la sensación de que se había alejado de ella, de que ya no tenía poder sobre él; y se preguntó si no haría bien en desistir y no mencionar siquiera a Josef. Pero luego su innato arrojo venció a su prudencia.

En los últimos tiempos, comenzó con el fin de llevarle poco a poco a su terreno, ha oído hablar mucho de las persecuciones y las vejaciones de que son objeto los judíos de la provincia e incluso los judíos de su ciudad. Ella tiene amigos judíos, como sin duda él sabe, y por eso se interesa por el asunto. Y él haría bien en ocuparse de ellos.

—En una ocasión me explicaste, querido Domiciano —le recordó—, que tienes un litigio con el dios oriental. Yo en tu lugar meditaría cada uno de mis pasos en ese combate antes de darlo. Yo misma soy —prosiguió sonriente— un tanto laxa en cuanto a los deberes religiosos. Pero soy una buena romana y creo en los dioses. Aunque no me esfuerce por demostrarles mi respeto evito todo lo que pueda ponerlos en mi contra. Es verdad que, con la expansión del Imperio, ha aumentado el número de sus dioses. Me parece, querido Domiciano, que estamos de acuerdo en que, en calidad de censor, te corresponde la protección de todos los dioses del Imperio. No sé qué es lo que sabes de ese extraño dios, Yahvé, a quien tienes por enemigo. Es un dios difícil, y tal vez te convenga informarte bien sobre su ser y sus modos.

—¿Estás pensando en nuestro judío Josefo, querida Lucía? —le preguntó Domiciano sonriendo afable, contemplando su luminoso e imponente rostro con sus ojos miopes y un tanto saltones.

—Sí —le explicó ella sin más—. Acaba de publicar el libro en el que ha estado trabajando todos estos años, y considero que se trata de un libro que los romanos debemos leer con la mayor atención. Cuando lo hayáis leído, querido Domiciano, sabrás muchas más cosas sobre tu enemigo, el dios Yahvé.

—¿Has olvidado, querida Lucía —respondió el emperador sin cambiar de tono, siempre afable—, que ordené retirar el busto de nuestro Josefo del Templo de la Paz después de leer algunos fragmentos de ese libro?

—Lo recuerdo muy bien —replicó Lucía—. Ya entonces me pregunté si no te precipitaste al infligir esa terrible ofensa a un gran escritor que tanto ha hecho por Roma. Y después de leer su libro estoy convencida de que así es. Te aconsejo, amo y dios Domiciano, que leas su libro. El resto lo encomiendo a tu criterio.

—¡Déjate de rodeos, Lucía! —dijo el emperador; su sonrisa se había convertido ya en mueca, pero seguía hablando en tono cortés, casi susurrando—. ¿Qué quieres que haga?

Lucía notó que aquel día su influjo sobre él no era grande. De nuevo pensó, durante un breve instante, en renunciar a su plan. Pero decidió intentarlo por otros medios, los de antes. Se acercó a él y le acarició la cabellera, cada vez más exigua.

—Has debido perder al menos veintisiete pelos —opinó— desde la última vez que los conté. Habría un medio muy sencillo —continuó sin preámbulo alguno— de reparar de un golpe la injusticia que has cometido contra el hombre, y tal vez incluso contra su dios, al tiempo que recibes por boca de un experto ciertas enseñanzas sobre ese dios Yahvé. No tienes más que asistir a un recital que nuestro Josefo quiere organizar con tu beneplácito.

—Interesante —respondió Domiciano—, muy interesante. Mi Josefo, nuestro Josefo, tu Josefo quiere, por tanto, leer públicamente su nuevo libro. Y a ti ¿te gusta mucho ese nuevo libro suyo? ¿Lo consideras realmente bueno?

—De no ser por tu silencio —repuso ella muy convencida—, el mundo entero lo declararía un segundo Livio. Ya recibió ese título al publicarse su primera obra bajo Vespasiano y Tito. Sólo ahora, después de que

retiraras su busto y lo mandaras fundir, el público titubea.

El emperador hizo una mueca.

—Cierto —dijo—, a mi padre le gustaba conversar con él, y Tito lo amaba y lo apreciaba. Posiblemente tú tuviste algo que ver con ello. Y ahora quieres convencerme de que debo honrar el nuevo libro de tu protegido. Déjame decirte, por si no lo sabes, que he leído algunos fragmentos de ese libro. No son ni aburridos ni interesantes. Y en cuanto al resto, personas en absoluto sospechosas de ser hostiles a tu Josefo me han dicho sencillamente que es demasiado prolijo, ni bueno ni malo.

—No estaría de más —insistió Lucía— que tú mismo lo escuchases y te formases una opinión. Estoy firmemente convencida de que no puede perjudicarte recabar más información sobre Yahvé.

Domiciano sintió cierta inquietud al escuchar esa advertencia. Contempló el rostro valiente y abierto de Lucía, un rostro que no se esforzaba por ocultar su interés y su disgusto.

—Te muestras muy interesada en tu protegido —dijo—. No podría encontrar mejor defensora.

Tras sus maliciosas palabras había desconfianza, celos. Lucía lo percibió. Varriguita creía que se acostaba con Josefo, o eso fue lo que ella imaginó. Sonrió. Después lo miró de frente y se echó a reír.

A él en cambio su risa lo liberó de un peso. A pesar de sus recelos jamás había pensado que Lucía y el judío pudieran enamorarse. Ella era una auténtica romana, aunque a su manera, y ese dios Yahvé y sus gentes debían de resultarle en cierta medida ajenos y un tanto ridículos.

—¿Quieres quedarte y comer conmigo, querida Lucía? —le preguntó—. A ver si se nos ocurre qué hacer con tu Josef.

Los recitales eran muy populares en Roma. Se tenía la convicción de que la palabra hablada cala más profundamente y perdura más que la escrita y que refleja en mayor medida la esencia de su autor. En los últimos años se habían multiplicado, los romanos habían llegado incluso a cansarse de ellos, y ya no era frecuente que los autores que las organizaban llenaran las salas. Se esgrimían toda clase de argumentos para evitar asistir a tales lecturas. Sin embargo, nadie quiso perderse la de Josef. Hubo incluso quien acudió de otras provincias para escucharla. No era sólo su fama lo que atraía a los oyentes, sino que ahora, después de que el emperador proclamase con la promesa de su presencia que nadie más podría objetar nada a ese autor, muchos, ya fuesen romanos, griegos o judíos, se sintieron felices de poder anunciar públicamente que apoyaban al escritor y su obra.

Josef se preparó tan cuidadosamente para el recital como jamás lo había hecho. En diez ocasiones procedió a seleccionar los capítulos que iba a leer, seleccionó, desechó, seleccionó y desechó de nuevo; debía tener en cuenta tanto el punto de vista literario como el político, y dudaba si anteponer el valor o la cautela. Buscó el consejo de sus amigos; les leyó los párrafos elegidos a modo de ensayo, como si fuese un principiante.

También se ocupó de los detalles externos. Sopesó vestimenta y peinado cual actor o joven fatuo, meditó si la mano que sostendría el manuscrito debía aparecer adornada o desnuda. También tomó bebedizos y pócimas para fortalecer su voz y hacerla más suave. No sabía ante quién quería brillar más, si ante el emperador o ante Lucía, los romanos o los griegos, sus amigos literatos o sus rivales; si ante los judíos, o ante Justo o Matías.

Cuando llegó la hora se sintió en forma y seguro de sí. Su peluquero y el esteticista de Lucía se habían afanado largo rato con su cabeza. Presentaba un aspecto viril, imponente; observaba a su público con una mirada vehemente y, sin embargo, contenida. Se habían congregado todos los personajes importantes de Roma; los amigos del emperador, porque no podían faltar allí donde apareciera su amo; sus enemigos, porque tomaban por el reconocimiento de una derrota el hecho de que el emperador asistiese a la lectura de un autor en una sala de la cual había desterrado su busto. Josef los miró y los reconoció: a Lucía, con la que se sentía íntimamente ligado; al emperador, su poderoso oponente; al joven Matías, radiante, a quien amaba, y a los literatos, al acecho de la menor flaqueza. Al contemplar ese mar de rostros claros y oscuros se sintió seguro de sí, y se alegró de poder someterlos a todos a su obra y a su credo.

Primero leyó algunos capítulos sobre los orígenes de su pueblo, los más cálidos y enaltecedores que pudo encontrar. Leyó bien, y lo que decía parecía adecuado para interesar a un público sin prejuicios. Sus oyentes lo eran, pero no osaban expresarse. Percibían que cualquier pronunciamiento, tanto la aquiescencia como la crítica, podía ser peligroso, sabían que los esbirros de Norban y de Mesalino mantenían los ojos y los oídos abiertos y que vigilaban de cerca las manos y bocas de los asistentes. Incluso los animadores contratados por Regino tenían órdenes de no aventurarse antes de que el propio emperador se pronunciase.

Pero Domiciano no se pronunció. Escuchaba erguido, imponente, con los brazos a la espalda, circunspecto e incómodo aunque no vestía de gran gala. Con sus ojos saltones y levemente miopes miraba ora a Josef, ora al frente; en ocasiones llegaba incluso a cerrar los ojos; a continuación carraspeaba.

Escuchaba atentamente, pero también cabía pensar que se aburría.

A la emperatriz le disgustó la actitud de Domiciano. Consideraba el evento como un asunto personal, y DDD lo sabía. Tensa, se preguntaba si persistiría en esa actitud durante toda la velada, pues en la última parte Josef se proponía leer un fragmento extraído del decimosexto volumen de su libro, es decir, ciertos capítulos que relataban con gran maestría y emoción la historia de la familia de Herodes. Era una lástima que sólo pudiese leer el comienzo y la parte que versaba sobre la imbricación de sus destinos, las confusas y extrañas relaciones del rey judío con sus hijos: cómo los difama y los apresa y los juzga. No llegaría a leer el final de la historia, cuando Herodes ejecuta del modo más cruel a sus hijos, pues si leyese esa parte recordaría a los asistentes que DDD mandó ajusticiar al príncipe Sabino y a Clemente. Lucía lamentaba que Josefo tuviese que omitir lo mejor: el final de su relato y su valoración, particularmente afortunada, del proceder de Herodes.

Sea como fuere, los acontecimientos que precedían a la ejecución fueron narrados con maestría. Josef leía espléndidamente, se veía cómo lo emocionaban aquellos sucesos, y Lucía notó satisfecha con qué atención lo escuchaban todos. Pero ni el rostro ni la actitud del emperador se alteraron. Lucía no pudo tolerarlo más; no quería permanecer callada por más tiempo y prescindió de los modales cortesanos, de su corrección. Cuando Josef concluyó un fragmento escrito con un brío muy especial y, sin embargo, sereno, se puso a aplaudir y a vitorearlo con su voz clara y sonora. Algunos la secundaron, y los animadores hicieron lo suyo. Pero la mayoría alzó la mirada hacia el emperador, y como éste permanecía callado también ellos callaron y no se movieron.

Josef oyó los vítores, vio la cara de Lucía y la adorable, feliz, admirada de su hijo Matías. Pero también vio el rostro tenso, frío, reprobador del emperador, del enemigo. Sabía cómo alterar esa expresión, y eso era lo único que le importaba. Supo que aquel hombre, su gran enemigo, estaba decidido a no deponer su táctica de silencio, a no permitir que se le moviese una ceja, con lo que enterraría la obra de Josef por siempre. En ese instante sintió una ira inconmensurable y se juró a sí mismo: ¡lo obligaré a cambiar de expresión!

Y no se detuvo donde tenía previsto hacerlo, sino que continuó leyendo. Perplejos, y después con una excitación creciente, mezcla de temor por semejante atrevimiento, admiración por su valor y una salvaje curiosidad por saber lo que ocurriría, Lucía, Marullo y Regino, es decir, los que ya conocían el libro, escucharon su narración. Modulando admirablemente, con frases bellamente talladas y una serenidad tenaz e indignada, Josefo refirió cómo el rey de los judíos Herodes ordenó juzgar a sus hijos y permitió que se les ejecutara del modo más bárbaro.

Mientras lo hacía era perfectamente consciente de que era una locura lanzarle al emperador a la cara semejante historia, y más ante miles de espectadores. Por insinuaciones mucho menos osadas habían llevado a los tribunales al filósofo Dío y había perdido la vida el senador Prisco. Pero, al tiempo que se decía eso, Josef fue capaz de concentrarse plenamente en lo que hacía, y leyó de un modo contundente aunque relajado. Con una honda satisfacción se percató de que por fin lograba conmover aquel rostro pétreo. Sí, era cierto; el emperador se había sonrojado, chupaba con ahínco de su labio superior, y sus ojos comenzaron a lanzar chispas con gesto adusto. Josef se animó; un bendito sentimiento de grandeza le dio alas y sintió una dicha aún más intensa por saber que un instante después sería arrojado al abismo del modo más despiadado. Pero siguió leyendo; leyó la imponente valoración psicológica de Herodes, la moraleja con que coronaba su descripción. Quizá tenga que pagar con la vida lo que está leyendo. Pero verdaderamente vale toda una vida recitarle al emperador romano, a su enemigo, esas frases, su credo entero.

Mientras leía estaba cada vez más seguro de que era imposible ignorar los paralelismos entre su Herodes y el emperador que tenía ante sí. Sin duda, en esos momentos no había nadie entre los miles de asistentes que lo escuchaban conteniendo la respiración que no pensase en los príncipes Sabino y Clemente. Pero precisamente por eso Josef seguía leyendo: «Si realmente se sentía amenazado por ellos habría bastado con tomar la precaución de encerrarlos o expulsarlos del Imperio, a fin de dejar de temer un ataque repentino o cualquier otro acto violento. Pero asesinarlos por odio y en un arranque de pasión, ¿qué otra cosa delata sino la crueldad propia de un tirano? El hecho de que el rey pospusiera por largo tiempo la realización de su plan, la ejecución, agrava su delito en lugar de disculparlo. Pues que alguien llegue a cometer actos tan crueles llevado por un primer impulso es terrible, pero comprensible. Pero cometer semejante sacrilegio tras meditarlo detenidamente y después de grandes vacilaciones no revela otra cosa que un carácter brutal y sanguinario».

Josef había concluido, calló; su propia osadía le robó el aliento. El silencio en la amplia sala era tan denso que todos oyeron el crujir del manuscrito que enrolló maquinalmente. Una aguda carcajada rompió

entonces el silencio. No era siquiera una carcajada maliciosa y, sin embargo, todos se sobresaltaron como si se les hubiera aparecido la misma muerte. Sí, Domiciano se reía, se reía con una risa aguda, no demasiado alto ni por demasiado tiempo, y con ese tono estridente tan suyo dijo sin alzar la voz, rompiendo el amplio y hondo silencio:

—Interesante, muy interesante.

Pero aquella carcajada irritó sumamente a Josef. Ahora que todo estaba perdido y que probablemente jamás podría volver a organizar un recital, ¿por qué no va a demostrar ante toda la ciudad allí congregada, y con la grandeza propia de los judíos, cómo se muere?

—Y para concluir —exclamó en la sala presidida por un silencio mortal— os leeré, a vos, mi amo y dios Domiciano, y a vosotros, mis estimados invitados, un salmo que reproduce el sentido entero de mi *Historia Universal,* el estado de ánimo con que escribí la obra, y la concepción del mundo que domina la historia del pueblo judío. No son versos puros, son versos balbucidos en una lengua que no es la lengua materna del autor. Sin embargo, me parece que la claridad de su contenido no sufre por ello ninguna merma.

Y a continuación recitó los versos del *Salmo del valor* y proclamó:

> Por eso digo:
> salve al hombre que se hace reo de muerte
> por decir la palabra que le dicta su corazón…
> Y por eso digo:
> salve al hombre al que no puedes forzar
> a decir lo que no es.

Los asistentes, varios miles, escucharon sobrecogidos cómo aquel judío se atrevía a provocar a Roma y al emperador en su propia cara. Petrificados, volvieron la vista a su emperador, que escuchaba sin moverse. Todos permanecieron inmóviles cuando Josef dio por concluida la sesión, y durante medio minuto la congregación continuó inmóvil, el pálido Josef en su tribuna y el emperador en su estrado.

Finalmente se oyó la voz de Domiciano rasgando el inmenso silencio:

—¿Qué opinas tú, Sileno, mi bufón? Me parece que eres responsable de ese salmo.

Y Sileno, imitando al emperador como solía hacer, con los brazos a la espalda, le replicó:

—Interesante, eso que acaba de decir ese hombre desde su tribuna, una concepción muy interesante.

Después, siempre envueltos en silencio, Domiciano se volvió hacia la emperatriz.

—Me aseguraste —le comentó— que asistir al recital de nuestro judío Josefo me resultaría edificante. Así ha sido, en efecto. Y ahora, ¿me acompañas, mi Lucía? —le preguntó.

Pero Lucía repuso con cierta contención:

—No, mi amo y dios Domiciano, me quedo.

El emperador la saludó con gran ceremonia y, seguido por su bufón, se dirigió hacia la salida avanzando entre los asistentes, que lo saludaron inclinándose en silencio.

La sala no tardó en vaciarse. En torno a Josef sólo quedaron los más allegados. Y poco después también éstos se marcharon. Primero Cayo Barzaarone, después Marullo y Juan de Giscala. Finalmente, Josef se quedó a solas con Lucía, Claudio Regino y Matías.

La tensión y el empuje que Josef había necesitado para superar aquella hora aún no se habían disipado. Tuvo bastante presencia de ánimo para decirles a sus amigos muy relajado, esbozando incluso una sonrisita:

—De todos modos, hemos hecho bien en organizar el recital.

Regino miró hacia el lugar donde un día se irguiera el busto de Josef.

—No creo que os erijan aquí un nuevo busto —opinó—, pero, desde luego, ahora podéis estar seguro de que el libro se leerá.

—Ha sido un momento glorioso —dijo candoroso Matías—. Y si no te han entendido bien no es tan grave. En este tipo de lecturas —dijo con aire sentencioso, impertinente— suele primar lo sensacional, lo llamativo.

—De eso ha habido bastante —afirmó Claudio Regino. Lucía intervino entonces:

—Yo sé valorar el coraje. Pero ¿qué te pasó por la mente, querido Josefo, para que de pronto te decidieras a atacar por tu cuenta y riesgo al Imperio romano en pleno?

—Yo mismo ignoro lo que pretendía con ello —replicó Josef. La artificial tensión que lo sostenía desapareció en ese instante, y se desplomó fatigado en uno de los bancos; a pesar de la pericia del

esteticista de pronto les pareció viejo—. Me volví loco —dijo, tratando de explicarles lo ocurrido—. Cuando vi que ese hombre se había propuesto no abrir la boca, al constatar la cobardía de los presentes y que nadie se atrevía a seguirme, querida Lucía, y que, por el contrario, se limitaban a mirarlo a él, y al ver la burla y la inquina dibujadas en su rostro, me volví loco. Desde el principio me comporté como un loco, como un necio, al concebir siquiera la idea de este recital, al rogarte que lo invitaras. Vosotros no podíais saber, queridos amigos, lo arriesgada que era la empresa, pero yo sí debí preverlo. He tenido varios enfrentamientos con él y debía saber que terminaría así. No debí convocar esta lectura. La ira impotente que me sobrevino al constatar que lo había hecho terminó por trastornarme.

—No entiendo de qué te quejas —dijo Matías disgustado con su voz joven, profunda, inocente—. Considero una victoria inmensa, inconcebible, que el emperador de los romanos haya venido a escuchar a Flavio Josefo. Tú dices que es tu enemigo, padre mío. Mayor es entonces la victoria. El emperador, representante de cientos de millones de romanos, considera al individuo Josef ben Matatías como su enemigo, al que debe batir con sus propios medios. Josef ben Matatías a su vez no se muestra temeroso y le dice la verdad. Yo creo que ha sido una victoria enorme.

Los tres adultos sonrieron para sus adentros, conmovidos por los torpes intentos del muchacho de consolar a su padre. Claudio Regino y Lucía especulaban, y en esta ocasión no sin preocupación, sobre las intenciones de Domiciano. Pero eran impredecibles, sólo cabía esperar. Tampoco se les ocurría ninguna medida preventiva. Sería una insensatez, y no habría hecho más que acrecentar el peligro, que Josef intentase por ejemplo abandonar la ciudad.

Josef era el único que sabía con certeza que lo que acababa de hacer respondía a la misma locura que diez años atrás había empujado a los «Fanáticos del día» a organizar su insensata revuelta. Pero lo que aún podía justificarse en esos jóvenes imberbes no podía tolerársele a él, el hombre maduro de cincuenta y dos. Y, a pesar de todo, era una derrota honorable; una derrota que llenaba el corazón del vencido de un dolor altivo, arrogante, una derrota cien veces mejor que aquellas vacuas victorias de la razón que habían dejado su corazón tan frío y yermo en años recientes. No se sentía fracasado; estaba orgulloso de su derrota, e incluso la expectación ante lo que desencadenaría lo colmaba de felicidad.

Por otra parte, su atrevimiento no le valió más que alegrías en un primer momento. Matías lo miraba con un amor y una admiración mayores que las que le habría procurado el mayor de los éxitos. Lucía lo reprendía, pero sus reproches dejaban traslucir una comprensión mezclada de ternura hacia el viejo y, sin embargo, joven corazón. Los judíos, y esta vez los de todo el Reino, ensalzaron entusiasmados a Josef. Los reparos de los más precavidos se vieron arrastrados por una ola increíble de popularidad. Josef, el hombre que había sido capaz de lanzarle a la cara al emperador hostil a los judíos la verdad de Yahvé ante miles de personas, se convirtió en el gran agitador de su tiempo. Claudio Regino no se había equivocado: pronto la *Historia Universal* tuvo más lectores que los que tuviera en su día la *Guerra de los judíos.*

En un primer momento no fue Josef, sino Matías, quien salió perjudicado por aquel memorable recital. Pues, con la excepción de unos pocos amigos íntimos, la nobleza de la ciudad de Roma le cerró las puertas al escritor, lo que repercutió aún más en Matías que en su padre.

La popularidad de que gozara palideció particularmente en los círculos más ilustres, y Matías lo percibió en su siguiente visita a Cecilia. En los últimos meses Cecilia lo había tratado con un respeto cada vez más patente, y nunca más le hizo recordar aquella premonición relativa a la orilla derecha de Tíber y el trabajo de buhonero. Por eso el golpe resultó más brutal. Su preceptor le había hablado, durante la hora de Homero, de Apión, el gran comentarista homérico medio egipcio medio judío. Con tal motivo había mencionado también sus famosos libros en los que atacaba a los judíos, y Cecilia se había apropiado de algunos de sus argumentos más despreciables y taimados. Se los expuso afanosa y turbada a Matías, y le reprochó pertenecer a esa tribu brutal, sucia y bestial capaz de profesar tales supersticiones.

Matías se lo contó a Josef, a quien aquel tonto incidente afectó sobremanera. No sólo le dolió comprobar de nuevo que su osadía obstaculizaba la carrera de su hijo, sino que le molestó tropezarse de nuevo con Apión. Recordó con amargura aquel enfrentamiento con Fineas, cuando increpó neciamente al preceptor de su Pablo por culpa de los argumentos de Apión. Al referirle ahora Matías las palabras de Cecilia, el odio que le inspiraba el difunto Apión se avivó de nuevo. Muchos, muchos años antes había llegado a conocerlo. Él era muy joven, y Apión ostentaba el cargo de rector de la Universidad de Alejandría. Aún lo recordaba, vanidoso, hinchado, pagado de sí, con sus sandalias blancas, emblema en Alejandría de los enemigos de los judíos. A lo largo de su mudable vida Josef se había tropezado una y otra vez con él; todos los enemigos de los judíos bebían en el pozo envenenado de Apión. Y la imagen de aquel enemigo ridículo, rastrero,

presuntuoso y triunfador que había logrado propagar por todo el mundo injurias tan necias como arteras se convirtió para él en el símbolo de la hostilidad al judaísmo, incluso de la ignorancia que reinaba en el mundo. Y él, como Sócrates, equiparaba ignorancia con maldad.

Caminaba de un lado a otro en el despacho de su hermosa y luminosa casa debatiendo mentalmente con Apión, su enemigo, tan locuaz como insulso. ¡Cuán distinto era este Josef de ahora, lleno de su Dios, preparando su próxima obra, al que escribiera la *Historia Universal*! Tal vez al concebirla se había propuesto una meta más alta, sólo alcanzable por medio de la fe en la razón, como la que profesaba Justo. Él, Josef, se había propasado al aspirar a ella. No era lo suyo, y lo había hecho todo mal. Ahora sabe quién es, ha logrado cierta claridad, ahora le importa un comino ese fin tan alto. Regresa al lugar del que partió. Ha perdido muchos años, pero no es demasiado tarde. Su Matías lo ha rejuvenecido.

Aliviado siente cómo se deshace de la pesada carga de la responsabilidad crítica, del limitador deber de cribar sus sentimientos en el cedazo de la razón. Piensa en Justo, y de pronto nota que no le queda ningún rastro en el corazón de su acre sentimiento de inferioridad, de su odio enamorado por el superior. Ahora no fijará la vista en ningún juez ni en la posteridad. Se dejará llevar. Escribirá lo que le dicte su corazón, no objetivamente, sino con celo y con ira; con toda la acritud que merecen sus enemigos, sus modales distinguidos, su frivolidad, su necedad. Les dará su merecido a ese muerto Apión, a los que lo precedieron y a los que lo siguieron, a los que se mofaron de lo más santo y lo más alto, a lo que jamás podrán llegar: Yahvé y su pueblo.

A continuación se sentó y comenzó a escribir su libro *Contra Apión o sobre la antigua cultura de los judíos.* ¡Qué bendición poder cantar sin cortapisas la alabanza del propio pueblo, sin el constreñimiento de ese dichoso afán de precisión! Jamás había sentido un placer semejante al que experimentó en esas dos semanas, cuando escribió, de un tirón, las cinco mil líneas de la obra. Los veía ante él. A los sandalias blancas, a los enemigos de los judíos, a esos egipcios helenizados, a Manetón y a Apión. Allí estaban, llenos de ínfulas, y él los machacaba a ellos y sus argumentos, los reducía a polvo hasta no dejar nada de ellos. Las palabras acudían a él hasta el punto de no poder contener aquel torrente, y al escribir los capítulos más brillantes pensaba en la griega egipcia Dorión y en su hijo Pablo y se le figuraba que habían sido Apión y Manetón quienes los habían alejado de él. Se burló mordaz de esos grieguecillos, de esos enanos cuyo único tesoro eran sus hermosas, ligeras, aladas, elegantes y delicadas palabras. Y les opuso a los auténticos griegos, a los grandes, a Platón o Pitágoras, a quienes los judíos conocían y valoraban, ya que, de no ser así, no habrían incorporado fragmentos de sus doctrinas a las suyas.

Y después de arremeter de tal modo contra sus oponentes erigió sobre esa negación una encendida, una brillante e imperiosa afirmación. Nada quedaba en él de su afán de cosmopolitismo. Todo lo que había reprimido penosamente durante el tiempo en que trabajó en la *Historia Universal,* todo ese valiente y desmesurado amor por su pueblo, fluía ahora en ese libro. Exaltó la nobleza de su pueblo. Había sido origen de sabiduría, escritura, preceptos, historia, mucho antes de que existieran los griegos. Había alumbrado a un gran legislador un milenio antes de que surgieran Homero y la guerra de Troya. Ningún pueblo veneraba a su dios con tanto fervor como el judío, ningún otro aspiraba como él a la virtud, y no había libros más ricos que los de su pueblo. Hemos elaborado un canon compuesto de los miles de libros que tenemos, y de esa miríada hemos seleccionado tan sólo veintidós, y esos veintidós los hemos reunido en un *único* libro. ¡Pero qué libro! ¡El libro de los libros! Y nosotros somos el pueblo de ese libro. ¡Cómo lo amamos, cómo lo leemos y lo interpretamos! El libro es nuestra propia vida, nuestra alma y nuestro Estado. Nuestro dios no se manifiesta en una forma determinada, se manifiesta en el Espíritu, en ese Libro.

En apenas dos semanas terminó su obra. Pero después, tras aquel arrebato que lo exaltara durante su redacción, tras el entusiasmo del trabajo, experimentó cierto decaimiento. Temió haber vertido su entusiasmo en un molde poco apropiado, que podía derramarse arrastrando a otros consigo. Una vez más surgió el recuerdo de Justo y la sensación de que su *Apión* no resistiría la comparación con la *Guerra judía* de aquél.

Se apresuró a presentarle el libro a Claudio Regino. Éste se mostró escéptico, debido a la celeridad de su composición. Descansaba perezoso en el diván y rogó a Josef que se lo leyese. Permaneció tumbado con los ojos entornados, poco inclinado a creer en la obra, y no tardó en interrumpir su lectura afirmando burlón:

—A nuestro Justo no le va a gustar este libro.

Algo parecido había pensado Josef mientras leía, y tuvo que hacer un esfuerzo para continuar. Pero poco a poco se apoderó de él el entusiasmo que lo había guiado durante su redacción y pronto abrió también Regino los ojos incorporándose; y finalmente, después de aproximadamente media hora, le arrebató el manuscrito, diciéndole:

—Vais demasiado despacio, permitidme que lo lea yo.

Y mientras Josef lo contemplaba en silencio, Regino siguió leyendo, ávido, hasta que le espetó:

—Mañana mismo pondré a trabajar a mis escribas —y, con una animación inusual en él, prosiguió—: Si los judíos celebrasen unos juegos olímpicos deberíais leerles este libro como Herodoto leyó a los griegos en Olimpia su obra histórica.

Aquella frase emanaba un entusiasmo como Claudio Regino no había sentido en años.

Y tal como le ocurrió a Regino les sucedió a todos los demás. Lucía, conmovida por la fuerza y la vehemencia del libro, afirmó:

—No sé si todo lo que has escrito responde a la verdad, querido Josefo, pero tiene el sonido de la verdad.

Matías estaba encantado. Ahora tenía el material que necesitaba para replicarle a Cecilia y a su Apión. Ahora sabía por qué estaba tan orgulloso de su pueblo, de su tribu, de su padre. Todo el mundo, amigos y enemigos, estaba arrebatado con el libro, que se convirtió en un éxito mayor de lo que Josef soñara jamás. Ya no cabía duda de que Flavio Josefo se había convertido en el primer escritor de su tiempo.

Hubo momentos, sin embargo, en que aquel éxito se le antojó vano. Evitó tropezarse con Justo, pero algunas veces, a solas y sobre todo en la noche, discutía con él. Escuchaba sus burlas y trataba de justificarse apelando al entusiasmo de los demás. Pero ¿de qué le servía? Había traicionado su misión. Sabía que Justo tenía razón y no los que lo aclamaban. Y se sentía fatigado, fatigado de las victorias y de las derrotas.

Pero esos momentos de flaqueza no fueron demasiados. Había esperado ese éxito mucho tiempo, y ahora se alegraba de él. Se deleitaba pensando que los mismos judíos que lo habían denostado sin conocerlo lo saludarían por fin como su defensor más eficaz. Se deleitaba pensando que sus enemigos griegos y romanos por fin constatarían la inspiración que subyacía en su libro. Y aquel éxito tan ansiado le sirvió asimismo para afirmarse ante Lucía y, sobre todo, ante Matías.

También Mara leyó el *Apión.* Escribió a Josef unas palabras sencillas y cándidas comunicándole entusiasmada lo que pensaba. Era un libro que entendía enteramente, era un libro que agradaba a su corazón. Y a continuación le refirió los últimos acontecimientos de su propiedad de
Be'er
Simlai. El administrador Teodoro bar Teodoro era un hombre de buen entendimiento y fiel corazón, e instruía a Daniel con éxito en sus menesteres. A Daniel se le daba bien la agricultura, todos estaban a gusto a pesar de que vivían en Samaria, cerca de Cesarea, entre gentiles, y los pocos vecinos judíos tampoco les hacían la vida fácil; miraban de reojo todo lo que tuviera que ver con Josef, sobre todo por los privilegios que le concedían los gentiles. Pero quizá las cosas cambiasen tras la publicación del *Apión.* Su hija Jalta tenía un pretendiente que le agradaba. Tenía el título de doctor por la Universidad de Yabne y, a pesar de ello, no era engreído y ejercía con modestia y celo el oficio de orfebre. Cierto que trabajaba fundamentalmente para gentiles, y ella no sabía si eso constituía un impedimento para sus relaciones. Como la primavera ya había llegado y Josef se pondría pronto en camino para reunirse con ellos, él mismo podría ocuparse de todo. También sería bueno para Daniel someterse de nuevo a la vigilancia paterna, y para Matías no permanecer mucho tiempo en Roma. En la nave *Felix* habían comido en abundancia, aunque las viandas no habían sido las mejores. Josef debía cuidar de que no le arruinasen el estómago.

Josef ve a Mara mientras lee y lo inunda un cálido sentimiento de ternura. Pero no tiene ninguna intención de regresar a Judea. Ahora más que nunca pertenece a este lugar, a Roma. Precisamente ahora, tras la aparición del *Apión.* Se siente dichoso, la felicidad le ha llegado en el momento justo, en una época en la que aún puede disfrutarla, en que aún conserva la energía que requiere el placer. Y Roma es el marco adecuado, el único posible para esa dicha. Ahora se siente llamado a seguir escribiendo según el dictado de su corazón, ha sido elegido para cantar la alabanza de su pueblo y defenderlo. Y eso sólo puede hacerlo en la capital enemiga.

Además, ¿cómo podría abandonar ahora a Matías? Llevárselo de Roma, arrancarlo del servicio de Lucía es impensable so pena de quebrar los ambiciosos sueños del muchacho, su propia estima. No, no tiene intención de hacerlo. Y tampoco quiere separarse de él. Lo mejor que tiene es el brillo que emana de su Matías, el amor y la admiración de su hijo. ¡Cuánto lo ama! Lo ama como Jacob el patriarca amó a su hijo Josef, como a un dios, con un amor sacrílego así lo ama. Y Josef entiende que Jacob le regalase la suntuosa túnica que le acarreó envidias y desgracia. Él haría lo mismo, adornar a su Matías con todo el lujo del mundo. Y aunque haya quien lo dude ha hecho bien en introducirlo en el centro del esplendor del Palatino. ¿A quién no se le alegra el corazón al ver al muchacho? El Palatino le queda incluso pequeño. Su túnica no

es lo bastante lujosa. Por otra parte, desde la aparición del *Apión,* hasta Juan de Giscala calla y no pone ningún reparo.

Y eso que el peligro sigue ahí, el peligro que él mismo ha convocado con su atrevimiento. Pero él se lo toma a broma. Aunque Domiciano quisiese vengarse del autor de la *Guerra de los judíos,* de la *Historia Universal,* del *Apión;* aunque arremetiese contra su vida, ¿qué podría ocurrir? Con una muerte semejante Josef no haría más que ofrecer de nuevo testimonio en favor de Yahvé y de su pueblo, coronaría su libro y aseguraría la inmortalidad de toda su obra.

Josef se paseaba por Roma feliz, radiante, como si fuese el hermano mayor de su Matías. Acudía diariamente al Palatino a ver a Lucía. Esa mujer le resultaba imprescindible. Sentía por ella una amistad en la que subyacía un deseo que a veces le trababa la lengua, a él, el elocuente, y lo hacía enmudecer. No hablaban de su relación, la luminosa y abierta Lucía tampoco permitía, al igual que él, el hábil Josef, que aquello se plasmase en palabras. Precisamente ese silencio cargado de muchas cosas y muy confusas hacía más atractiva su amistad.

Ella despertaba en él sentimientos y pensamientos largamente olvidados; sentimientos e ideas que había sentido cuando, siendo muy joven, se retiró al desierto para dedicarse a Dios y al conocimiento. Le pareció que Dios consideraba meritorio que se comportase castamente, como si privarse de Lucía le confiriese nuevas fuerzas.

En una ocasión, estando reunidos, Lucía le dijo con una extraña sonrisa en los voluptuosos labios:

—Mi querido Josefo, si él lo supiera.

—Se pondría hecho una furia —le replicó él—, se pondría furioso y callaría, y me prepararía una muerte digna de un mártir. Pero no sería un martirio tratándose de ti.

—¡Ah —se rió Lucía—, te refieres a Varriguita! No pensaba en él. Pensaba en Matías.

Y de pronto le espetó muy seria mirándolo con esos ojos suyos excesivamente separados:

—¿Sabes, mi Josefo, que estamos engañando a tu hijo Matías?

Porque el muchacho se había enamorado de Lucía, como tantos otros. Lo fascinaban su carácter abierto, su alegría, la plenitud que emanaba de su vida entera, la insaciabilidad con la que tomaba y daba la vida. Ser como ella era lo más excelso a que podía aspirar un mortal. Ella bromeaba con él a menudo a su manera confianzuda e inocente, y eso la unía más a él. Pero también lo tomaba en serio y escuchaba sus consejos. Para él fue decisivo que, por indicación suya, instalase sendas jaulas de pavos reales en su villa de la Via Apia y en su posesión de Bajae, y que encargase su cuidado a las personas que designó su amigo Anfión, el empleado de Regino. No sabía cómo llamar a ese vínculo tierno, palpable, que lo unía a Lucía. Le habría parecido un sacrilegio llamarlo amor, ni aun en pensamientos, y se asustó al ver surgir en él algo que difícilmente podría haber denominado de otro modo que deseo. Desearla era un atrevimiento tan insensato como que un joven romano desease a la diosa Venus.

Eso no impedía que de vez en cuando envidiase a su padre por la forma en que lo miraba Lucía y cómo le permitía ella que la mirase, pues sucedía que ambos no hacían alarde de su amistad pero tampoco se esforzaban seriamente por ocultarla. Matías se prohibió cualquier pensamiento irrespetuoso para con su padre o la emperatriz, su ama, pero no por ello acalló sus dudas. Trató de dominarlas incrementando la admiración que profesaba a su padre. ¿Dónde podría encontrarse en el orbe otro hombre que pudiese conmover por el mero poder de su palabra los corazones de gentes de todo rango y clase; capaz de emocionar tanto al sencillo campesino judío de Galilea como a los sutiles y viciosos griegos, e incluso a esa mujer grande, excelsa, a la emperatriz?

Ante ella, ante Lucía, se mostraba doblemente servicial precisamente a causa de esas raras sospechas rápidamente desechadas con que la inculpaba a ella y a su padre.

Capítulo segundo

Por fin se ha marchado, y ella ni siquiera lo lamenta. Siente un vacío en su corazón, es cierto, pero si lo analiza cuidadosamente no lamenta que se haya ido.

Las esperanzas que había concebido en torno a su Pablo no se han cumplido. Se ha convertido en un ser plano y vulgar. La educación de Fineas y la suya propia no sirvieron de nada. Es arrogante su Pablo, pero no con ese orgullo esteticista de su padre, el gran pintor Fábulo, ni tampoco con el orgullo fiero, nervioso, de Josefo ni la aguda, dominante altivez que ella misma tuvo un día. No, el orgullo de su hijo no es más que el necio, vacuo y brutal orgullo nacionalista de los romanos: el orgullo de formar parte de los que han logrado conquistar el mundo a hierro y sangre.

La litera se bambolea suave y rítmicamente sobre los hombros de los expertos porteadores capadocios. Dorión regresa de la segunda piedra miliar de la Via Apia, hasta donde había acompañado a su hijo. Sí, la litera avanza casi sin moverse. Tiene ciertos privilegios; el corredor que le abre paso sostiene el escudo color óxido con la corona dorada, y también las cortinas marrones de la litera la exhiben: indica que hay que cederle el paso, ya que forma parte del ajuar de un ministro del emperador. Pero esa comodidad no dulcifica los pensamientos de la dama Dorión.

Pablo ha emprendido, pues, el regreso a Judea. Ha llegado lejos, ha demostrado ser un buen soldado, lo han nombrado ayudante del gobernador Falco, se le escucha; en esta última visita ha agradado particularmente a su padrastro Annius, su marido. Hará carrera. Destacará en la próxima campaña y, puesto que tanto lo desea y no le falta energía, llegará a ser gobernador de Judea y los judíos sabrán lo que es un romano. Y no está descartado que satisfaga su mayor sueño y consiga dirigir los ejércitos del Imperio, como ahora Annius. Es muy romano, y los tiempos son muy romanos, también lo es el emperador, y Annius ama al extraordinario oficial Pablo, ¿por qué no habría de sucederlo?

¿Y qué ocurrirá cuando alcance todo eso? Pensará que ya ha llegado a la cumbre. Y creerá que también ella, Dorión, está satisfecha con sus logros. ¡Ah!, qué poco sabe de ella su hijo Pablo.

Recuerda con amargura los soeces accesos de ira contra los judíos a los que Pablo, antaño tan distinguido, se ha entregado en la mesa. Sus acres y necias palabras le habían repugnado doblemente por haber leído poco antes el *Apión.* Había vacilado en hacerlo pero, como todo el mundo hablaba del libro, lo leyó. Y le ocurrió como a los demás: le pareció escuchar la voz de Josef mientras lo leía, no logró zafarse de su voz, y en ocasiones se le figuró que le hablaba únicamente a ella. El libro la llenó de ira y de vergüenza y, ¿por qué no reconocerlo?, también la conmovió al hacerle revivir todos esos viejos, apasionados sentimientos que la unían al hombre que le hablaba desde ese libro con ese fervor y esa pasión.

En varias ocasiones había pensado darle el libro a Pablo. Siempre se reprochará no haberlo hecho. Pero en el fondo se alegra de ello, pues probablemente no se le habrían ocurrido, a propósito del *Apión,* más que comentarios vacuos y malignos, y eso le habría dolido aún más.

La vida está llena de extrañas coincidencias. Quizá, después de vivir semejante decepción con Pablo, su segundo hijo, Junio, le depare más alegrías. Por el momento no parece que así sea. Por el momento parece que sale al padre, a Annius, y que se convertirá en un joven dominante, disciplinado, ruidoso y seguro de sí, y sobre todo muy romano. Y que se adaptará bien a los tiempos. Ella trata de negarlo, y quiere ver en él lo que no hay. Pero ahora, mientras regresa en su litera de la segunda piedra miliar de la Via Apia, también eso se le antoja turbio y falto de esperanza.

A través de las cortinas de la litera le llega el bullicio de Roma. Todos se detienen a su paso, los ciudadanos de la gran ciudad le ceden el paso brindándole honores. Sin duda la envidian. ¿No ha llegado también muy lejos la hija del pintor que se consumía en su amor propio jamás saciado? Él habría disfrutado al ver lo que ha conseguido. Tiene un marido amante y fiel, el ministro de guerra Annius Bassus, que goza del favor del emperador desde hace ya muchos años. Tiene dos hijos, ¿cómo se dice?, hermosísimos, ambos

sanos. Pertenece a la primera nobleza del reino y, según todos los cálculos, sus vástagos accederán a los cargos más relevantes del Imperio. ¿Qué más puede desear?

Desea muchas cosas y, aunque durante el día logre ahuyentar los malos pensamientos, sus noches están llenas de amargura. ¿Dónde está la frágil Dorión de antaño con su fino y puro perfil y el rostro tierno, altivo? Cuando se mira en el espejo no ve más que una mujer enjuta, amargada, infeliz, que envejece, y de poco le vale que su fiel Annius no repare en ello y siga amándola como siempre. Está en la cuarentena, ya ha llegado, y ¿qué le ha dado la vida? ¡Cuánto más habría podido tener! Ha dilapidado su vida, la ha arruinado con su frivolidad. Ella misma quiso separarse con malevolencia del único hombre a quien pertenece. Y si su hijo lleva ahora una vida vacía, vulgar, ruin, la culpa es suya, precisamente por esa separación. Pues, si se hubiera quedado con ese hombre, Pablo seguiría siendo como fue en un principio.

En los últimos tiempos ha tenido que oír muchas cosas, lo quisiera o no, de su antiguo marido. Fuera donde fuera sonaba su nombre. Supo de la partida de Mara y de los hijos de Josef, se encogió de hombros. Supo de la *Historia Universal,* la leyó, se encogió de hombros y la dejó a un lado, y supo que a otros muchos les había ocurrido lo mismo. Y eso la llenó de satisfacción. El tipo era un buen escritor siempre que rebosara pasión, como cuando estuvo a su lado deseándola, pero desde que se separó de ella está acabado. Luego supo que había introducido a su hijo en el Palatino, al servicio de Lucía, y se encogió de hombros. Siempre fue ambicioso, ese Josef, y al ver que la literatura no lo encumbraba lo intentó con burdas artimañas de arribista. ¡Que lo intente! A ella le convenía poder nublar su imagen con una pátina de desdén e indiferencia. Y supo más cosas de él. Oyó que quería organizar un recital, curiosamente en el Templo de la Paz, y que el emperador asistiría a esa lectura. A punto estuvo de acudir. Pero pensó que daría lugar a comentarios, lo que disgustaría a Annius, y realmente Josef no le importaba tanto como para pagar ese precio por estar presente y verlo pavonearse ante los demás. Y se encogió de hombros y no acudió al Templo de la Paz.

Pero después escuchó otras cosas y lamentó mucho no haber asistido a la lectura, pues no se había mostrado ambicioso, cualquier cosa menos eso; debió de ser un espectáculo magnífico verlo arrojarle al emperador a la cara su verdad y sus injurias ante tres mil espectadores. No, desde luego no es un cobarde, de ninguna manera. Cierto que tampoco lo es Annius, ni su hijo Pablo. Ambos hacen un buen papel en la batalla. Pero la valentía de Josef es un coraje por completo distinto, mucho más atractivo. Un tanto vocinglero, tal vez, pero grandioso en cualquier caso, pues de no ser por ese valor extraño, llamativo, exhibicionista y grandioso no se habría prestado a ser flagelado por su causa. Y, al recordarlo, su cara morena se turba con un leve sonrojo.

No quiere seguir pensando en ello, no quiere seguir sola, quiere distraerse, ver gente. Ordena detener la litera y descorrer las cortinas. La variopinta ciudad le sale entonces al encuentro con sus mil rostros. Muchos la saludan. Aquí y allá ordena a los porteadores que se detengan y charla con éste o aquél. Y así logra aplacar su desazón.

Al llegar a su casa, sin embargo, se encontró con un visitante que la obligó a enfrentarse de nuevo, y esta vez más intensamente, con su pasado y con Josef. Fineas la esperaba; el griego Fineas, el preceptor de Pablo, el enemigo de Josef.

Cuando Dorión entró lo encontró muy sereno mirándola con su gran cabeza extraordinariamente pálida y las manos largas y descarnadas posadas con gran sosiego. Pero Dorión sabía cuánto esfuerzo le costaba ese sosiego. Fineas amaba a Pablo. Había dedicado gran parte de sus mejores años a convertir a su amado y principesco Pablo en un auténtico griego, pese a lo cual el muchacho había escapado a su influjo convirtiéndose en lo que el griego Fineas más desdeñaba, en un verdadero romano. A pesar de todo, seguía amándolo. Cuando Pablo visitó Roma dos años antes Fineas se esforzó enconadamente por ganárselo, por retomar la relación con su querido pupilo. Pero Pablo se le resistió; se mostró tenso, rígido, lleno de fría afabilidad, y a su madre la conmovió la dignidad con que se lo tomó Fineas, sin asomo alguno de sarcasmo, al estilo griego. Pero esta vez, en la última visita de Pablo, ¡qué temerosa expectación había debido embargar a Fineas, cuánto habría anhelado que lo llamase o lo visitara!

Pero Pablo estaba harto de aquel incómodo personaje y se marchó sin que su preceptor llegase a verlo.

Allí tenía, pues, a Fineas, aguardando ansioso noticias de Pablo. Pero no reveló su impaciencia en ningún momento e inició la conversación refiriéndose a asuntos intrascendentes.

Dorión sintió lástima de él. A pesar de la reserva de su trato, se conocían muy bien: él conocía sus turbias relaciones con Josef. La decepción por el hijo que se le escapaba, cada día más ajeno, más vulgar, los unía, y Fineas era seguramente la única persona capaz de entender cuán poco la satisfacían su propia y

esplendorosa vida y la brillante carrera de su hijo.

De modo que no esperó a que le preguntase para hablar de Pablo. Le refirió las conversaciones que habían mantenido, con objetividad, sin valorarlas, sin quejarse y sin hacer reproches. Pero, al concluir, dijo:

—La culpa de todo la tiene Josef —y, aunque su actitud y su voz no se habían alterado en ningún momento, en sus ojos color mar brilló una ira incontenida.

—Puede ser —replicó Fineas— y también puede que no. No alcanzo a entender a Flavio Josefo; lo que es, y lo que hace, sigue siendo ajeno a mí, incomprendido e incomprensible como un animal. Y si alguna vez me ha parecido entrever sus móviles siempre resultó que su encadenamiento era otro. Hace poco nos asombramos, sin ir más lejos, del valor con que fue capaz de lanzarle al emperador a la cara sus insolentes y levantiscas convicciones. Lo que hizo y dijo, y cómo lo hizo, nos pareció ciertamente ridículo y contrario a la razón, pero reconocimos el coraje que manifestaba en su absurdo comportamiento. Y ahora resulta que nuestro Josefo no necesitaba tener para su gesto heroico el valor que le alabamos.

Dorión lo miró atentamente a la cara con sus ojos color mar.

—Por favor, continuad, querido Fineas —le rogó.

—El tipo —le explicó Fineas con su voz armoniosa y profunda— no necesitaba tanto valor porque contaba con un importante apoyo, con la más poderosa protectora que pueda tener nadie en el Palatino.

—Me decepcionáis, Fineas —le respondió Dorión—. Primero hacéis como si fuerais a contarme una increíble novedad, y después me decís, dándoos aires, que Lucía defiende a los judíos y, en particular, a Josefo. ¿Es que todavía hay alguien que lo ignore? ¿Y por qué motivo debemos considerarlo menos valiente por eso? Una palabra amable en boca de nuestra emperatriz no es escudo lo bastante seguro contra ciertos peligros.

—Tal vez no una mera palabra —dijo Fineas—, pero sí la seguridad de que la primera dama del reino, la mujer sin la cual el emperador es incapaz de vivir, llegaría a poner todo su empeño, incluso a arriesgar su vida, por protegerlo a él, a su héroe, de cualquier peligro.

Dorión palideció.

—No os tengo por un charlatán, querido Fineas —dijo—, que repita los cotilleos del Palatino sin comprobar su veracidad. Supongo que, si propagáis infundios tan peligrosos, tendréis razones y pruebas de lo que decís.

—No los propago —la corrigió con suavidad—, únicamente os lo cuento a vos, mi ama Dorión. ¿Razones y pruebas?

Sonrió preparándose para un largo discurso.

—Ya sabéis, ama Dorión, que no estoy de acuerdo con muchas de las afirmaciones y actos de nuestro amo y dios Domiciano. Más bien, jamás os he ocultado nada, paso por ser un enemigo del Estado en el sentido que da Norban al término, pues exijo más autonomía para Grecia de la que disfrutamos, por lo que pongo en peligro la continuidad del Reino, y vos y Annius Bassus no deberíais en realidad admitirme en vuestra casa, y es prácticamente seguro que acabaré mal. Es un milagro que el emperador aún no haya ordenado mi ejecución o no haya decidido exiliarme allende vuestras fronteras como ya hiciera con mi gran amigo Dío de Prusa.

—Ahora sí os mostráis excesivamente locuaz —dijo Dorión impaciente— y os desviáis del tema.

—Sí, lo soy —le replicó Fineas sin ofenderse— todos los griegos lo somos, nos deleitamos con la palabra bien dicha. Pero no me estoy desviando de nuestro asunto. Como muchos senadores insatisfechos conocen mi talante y saben que soy enemigo de este régimen se expresan sin ambages ante mí y no me excluyen al exponer sus críticas al Palatino. Sé, por tanto, que el senador Próculo manifestó a sus íntimos que en tres ocasiones se le había brindado la oportunidad de observar al judío Josefo conversando con la emperatriz, creyéndose ambos a solas. Se percató de ciertas miradas, medias palabras, pequeños gestos, nada más. Y, sin embargo, estaba persuadido, y con una seguridad tan irrebatible como si hubiera asistido a su tálamo, de que algo más que la admiración por un escritor con talento ata a la emperatriz Lucía a ese hombre. Al senador Próculo se le pueden reprochar muchas cosas, es un republicano pertinaz y un romano impenitente, pero hay que concederle una cualidad: tiene ese don psicológico práctico tan característico de los romanos. Eso es todo lo que tenía que deciros, ama Dorión, y ahora afirmad otra vez que me he desviado del tema.

Dorión estaba lívida. Jamás había sentido celos de Mara ni de las numerosas mujeres que cortejó Josef. Pero si era cierto que tenía relaciones con Lucía, como afirmaba haber percibido ese senador Próculo, aquello la trastornaba en lo más íntimo. Su vitalidad siempre había sido artificial, se había visto obligada a extraerla de los más remotos rincones de su ser. Ahora había agotado la parte que le correspondía y se había convertido en una mujer vieja, pero como Annius seguía viendo en ella a la Dorión de antes no quiso desengañarlo; también Josef, al pensar en ella, recordaría sin duda a la Dorión de antaño. Pero Lucía

encarnaba todo aquello que Dorión habría querido ser: la vida que bulle, salvaje. A pesar de las diferencias entre ambas, Lucía representa a una Dorión más perfecta, más joven, mejor. Y Lucía es más bella, Lucía es más vital, Lucía es la emperatriz. Si es cierto lo que ha creído ver el senador Próculo, Lucía conseguirá borrar del corazón de Josef el último rastro de Dorión. Entonces no quedará nada de ella en Josef.

Pero no es posible. No son más que chismes de un senador insatisfecho, de un republicano impenitente al que el odio hace ver visiones, a lo que se suma el odio del propio Fineas.

Y, aunque así fuera, ¿qué pasaría? ¿Acaso todavía ama a Josef?

Naturalmente que lo ama. Siempre lo ha amado. Fue una estúpida al separarse de él. Ahora tiene a Annius en lugar de a Josef. Y Josef, el sabio, el afortunado, la ha cambiado por Lucía. Y ni siquiera lo deseó. Sólo la amaba a ella, pero ella lo obligó a buscarse una sustituta, ella arrojó a Josef en brazos de Lucía.

Pues no. No lo tolerará. Las cosas no pueden quedarse así. No tiene ninguna intención de permanecer al margen, como espectadora. Le arruinará ese bocado.

—¿Y Domiciano? —le pregunta sin más.

Fineas la mira de frente y reconoce en sus ojos un destello perverso, astuto, odioso, familiar. Eso es lo que quería ver. Ha preparado el terreno con maña guiándola precisamente hasta ese punto; el plan debe surgir de ella. Como antaño la Universidad de Yabne, ahora ha encontrado de nuevo el talón de Aquiles de su enemigo; cierto, el asunto requiere habilidad, pero el punto es débil, vulnerable, y grandes las expectativas de poder acertar y derribar por fin al odiado Josefo.

—Sí, Domiciano —replicó, por tanto—, ésa es la cuestión: ¿qué piensa Domiciano de todo ello?

Dorión repuso entonces con la misma lentitud, con su voz fina, sinuosa:

—Es muy desconfiado. A menudo sospecha más de lo que hay. ¿Cómo no habría de descubrir lo que es cierto?

Fineas le respondió:

—¿Quién conoce los pensamientos del emperador? Es aún más inescrutable que el judío Josefo.

—De cualquier modo es curioso —Dorión siguió dándole vueltas— que no arremetiese contra Josef tras aquel famoso recital. Quizá tenga algo que ver. Quizá sea verdad que DDD sabe algo y no quiere admitirlo.

Fineas sugirió entonces:

—Quizás haya un modo de obligar al emperador a admitir que su mujer mantiene una amistad de todo punto perniciosa con el judío Josefo.

Dorión, a su vez, le replicó con el mismo fulgor levemente perverso en sus ojos color mar:

—Sea como fuere, os doy las gracias, querido Fineas. Vuestro prolijo informe no estaba tan alejado del tema como creí en un principio.

A partir de ese momento se intensificaron los comentarios que circulaban en Roma sobre la relación que mantenía la emperatriz con el judío, y no hubo rincón donde no se escucharan.

Norban no había olvidado la ira del emperador al contarle el chiste que se había permitido Aelio a su costa, y consultó con Mesalino si debían informar del rumor a DDD.

—Lucía está ahora en Bajae —sopesó Mesalino—, el judío Josefo ha pasado varias semanas allí. No veo ningún motivo para ocultárselo a DDD.

—DDD se extrañará de que se le informe de tal cosa. No tiene nada de particular y es del todo intrascendente que el judío quiera estar cerca de su hijo, en Bajae. A DDD le parecerá grotesco que un hecho tan nimio dé pie a semejantes sospechas.

—Y lo es —admitió el ciego con su dulce voz—. Y, sin embargo, no estaría de más informar a DDD de que la emperatriz muestra un interés por el judío y su hijo que irrita a muchos.

—Sería conveniente —replicó Norban—, pero es un asunto espinoso. ¿Podríais ocuparos vos, estimado Mesalino? Prestaríais un gran servicio al Imperio romano.

—DDD debe caer en la cuenta por sí mismo —afirmó entonces Mesalino—. Considero que entre vuestras funciones está que DDD caiga en la cuenta por sí mismo.

—Pero, aunque llegue a concebirlo, bastará con una carcajada de Lucía para hacer desaparecer tales sospechas, dejando tan sólo el encono que le inspiraría el hombre que le hubiera hecho reparar en ello.

—No es bueno —repuso Mesalino sentencioso— que el amo y dios Domiciano dependa de tal modo de una mujer. Tal vez sí deberíais atreveros, querido Norban, a hacerle reparar en el asunto. Es competencia vuestra, y con ello prestaríais un gran servicio al Estado.

A Norban esa entrevista le dio qué pensar. Era amigo del emperador, le era fiel, le tenía por el mejor romano, y odiaba a Lucía por muchos motivos. Sabía muy bien que pertenecía a una estirpe mejor que la

suya, y el modo afable aunque indiferente con que lo trataba de cuando en cuando lo irritaba sobremanera. Habría preferido mil veces que lo odiase y que tratase de poner a DDD en su contra. También lo ofendía que ella, a quien el amo y dios Domiciano honraba con su amor, no supiera aparentemente apreciar ese amor en lo que valía. Creía sinceramente que su influjo perjudicaba al emperador y al Imperio. El mero trato con Josef era una afrenta para DDD, mermaba su popularidad y, por lo demás, no era impensable que Lucía se acostase con el judío.

Pero ¿qué podía hacer él, Norban, para impedirlo? A Mesalino le resultaba fácil decir: «¡Haced que el emperador repare en ello!». Pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer Norban para que se decidiese a proceder contra el judío y contra la mujer?

Mientras se debatía con esos pensamientos encontró un día entre su correspondencia una misiva confidencial de Falco, gobernador de Judea, sobre la situación de la provincia. En su escrito el gobernador le informaba, entre otras cosas, de que habían encontrado en su archivo una lista en la que figuraban los llamados descendientes del rey David. Tiempo atrás se encomendó a sus antecesores la vigilancia de esas gentes, si bien en los últimos años el asunto parecía relegado, al olvido. Tras abrir una nueva investigación se descubrió que en Judea sólo quedaban con vida dos de esos descendientes del viejo rey: un tal Jacob y un tal Miguel. En los últimos tiempos se había vuelto a oír hablar de ellos, que por cierto no se hacían llamar judíos, sino cristianos, o mineos. Él mismo los mandó apresar y, al considerar conveniente alejarlos del país, los había embarcado rumbo a Italia para que pudiesen observarlos de cerca en el Palatino y decidir su destino. Los retoños de David, Jacob y Miguel, estaban, por tanto, de camino hacia Roma.

Mientras leía el escrito del gobernador Falco Norban recordó el delicado pabellón de verano del parque del Albano y, ante él, las solemnes figuras de los doctores de Yabne; y reparó en que también el judío Josef descendía de David, por lo que tanto él como su hijo Matías tenían ciertos derechos sobre el dominio del orbe. De pronto vio el *Salmo del valor* que Josef había tenido la insolencia de declamar ante el emperador bajo una luz distinta, mucho más peligrosa; también la amistad de Josef y de su hijo con Lucía adoptó de pronto otro cariz, más siniestro. Era una declaración de guerra dirigida contra el emperador y contra el Imperio. El rostro ancho y cuadrado de Norban se desfiguró dibujando una sonrisa que descubría sus grandes dientes amarillos, sanísimos. De pronto vio la forma de señalar a su amo el peligro que emanaba de las relaciones de Josef con Lucía sin arriesgar su propia vida. Al recordársele la superstición judía de los herederos de David y del Mesías el emperador sin duda dirigirá sus pensamientos en la misma dirección que él. Cuando mencione, o incluso le presente a ese Jacob y a ese Miguel, le recordará que Josefo y su hijo pertenecen a la misma estirpe, y el precavido y desconfiado DDD no podrá por menos que reflexionar detenidamente sobre el judío Josefo y su hijo, y la amistad que los une a Lucía.

Envió a un correo al Albano para preguntar si el amo y dios Domiciano tendría la deferencia de recibirlo en los próximos días.

El amo y dios Domiciano solía pasar ahora la mayor parte del tiempo solo en el Albano. Acababa de estallar la primavera, pero él era incapaz de disfrutar de ella. Dormitaba en sus invernaderos y observaba a sus animales salvajes, pero tenía tan poca conciencia de los frutos artificialmente madurados como de la pantera que lo miraba soñolienta desde un rincón de su jaula. Se forzaba a trabajar, pero se distraía. Mandaba llamar a sus consejeros y escuchaba sus informes sin gran entusiasmo, pero después dejó de oírlos. Hizo que le llevasen mujeres, y las dejaba partir sin tocarlas.

No ha olvidado la insolencia del judío Josefo, y no tiene la menor intención de dejar impune su crimen. Pero el castigo debe ser cuidadosamente meditado. Pues tal monstruosidad, declararle la guerra a él, a su mundo y a sus dioses, en público, no respondió a un impulso de su corazón, sino a la voluntad de su dios. Y que Lucía lo convenciera de asistir a aquella recitación del *Salmo del valor* no se debió a un capricho suyo, sino que también obedecía, sin que ella lo supiera, a un designio de su peor enemigo: el dios Yahvé. Es extraño, y lo atormenta más allá de su propio interés por Lucía, que Yahvé haya logrado poner a esa mujer de su parte arrebatándosela a Júpiter, a la que por nacimiento pertenece. Es un dios artero ese Yahvé, y Domiciano debe sopesar detenidamente cada uno de sus pasos.

Rechaza cualquier sospecha de que el vínculo que une a Lucía con el judío tenga algo que ver con el sexo. Si se tratase del placer carnal ambos ocultarían su relación. En lugar de eso el judío le ha declarado la guerra ante Roma entera y con la aquiescencia de la emperatriz, cegado, sin duda, por su dios.

Lo más sencillo sería, naturalmente, acabar con todos: con el judío Josefo y su retoño Matías, y, para terminar, con Lucía. Pero por desgracia Domiciano sabe muy bien que esos métodos tan directos no son tan eficaces como cabría pensar. Muchos se han dejado ya contagiar por el veneno de ese frenesí judío, y la muerte de un par de infectados no asustaría a los otros, sino que los haría ansiar aún más el veneno. Cuando la demencia atrae a la muerte ésta no resulta amarga, sino dulce.

¿Cómo erradicar la manía oriental? Cualquier medio le parece válido: argucias, amor, amenazas. Pero ¿por dónde empezar? No lo sabe.

Trata de concentrarse, entra en su capilla doméstica y se dirige en busca de consejo a su diosa, la diosa de la claridad, Minerva. La halaga, la amenaza, y vuelve a alabarla. Se ensimisma en su contemplación. Mira fijamente con sus grandes ojos miopes y saltones los grandes ojos redondos, de lechuza, de la diosa. Pero ella no se deja domeñar, no se aviene a hablarle; muda y oscura lo mira con sus fieros ojos. Él en cambio le ruega de nuevo, se esfuerza lo indecible, la conmina. Y finalmente logra su objetivo, le arranca la ansiada palabra, ella abre la boca y le dice:

—¡Oh, querido Domiciano, mi hermano, mi predilecto, mi protegido!, ¿por qué me obligas a decirte lo que no deseo? Mas Júpiter y los hados me lo han ordenado. De modo que atiende y ten valor. Debo abandonarte, no puedo seguir aconsejándote, mi efigie en tu capilla será a partir de hoy una cáscara vacía carente de vida. ¡Oh, cuán grande es mi pesar, Domiciano, amado mío! Pero debo alejarme de ti, no puedo seguir protegiéndote.

A Domiciano le tiemblan las piernas, se le corta el aliento; un sudor frío envuelve todo su cuerpo y tiene que apoyarse en la pared. Se dice que no ha escuchado la voz de su Minerva; que ha sido su enemigo, el dios Yahvé, quien ha hablado por boca de su efigie, con falsedad, para asustarlo. Todo ha sido un sueño, una de esas falsas visiones que a menudo se producen en la tierra de Yahvé y que conoce por los informes de su soldado Annius Bassus. Pero nada de eso le sirve de consuelo, no remite el pálido y frío temor que lo atenaza.

En aquel tiempo crecieron su misantropía y su suspicacia. Dio al gran chambelán y al prefecto de su escolta orden de que impidieran por cualquier medio que se le acercase nadie o entrase un arma en el palacio. Y encomendó a sus arquitectos forrar las salas y la recepción tanto del Palatino como de su palacio del Albano con metal pulido a fin de percatarse en todo momento, de pie o tumbado, de la presencia de cualquiera que osara acercarse a él.

Así transcurrían los días del emperador en el Albano cuando el ministro de policía solicitó audiencia. Se alegró de ver a Norban. Se alegró de poder salir de su mundo de ensueño y acercarse de nuevo a la realidad. Curioso y afable, incluso con cierta ternura, encaró el rostro fiel, brutal y socarrón de su servidor y se deleitó, como siempre, al ver el grueso y negrísimo cabello caer desordenado y formando bucles sobre la frente de su basta cara.

—Bueno, bueno —dijo animándolo a hablar y arrellanándose en su asiento—, y ahora cuéntame con todo detalle qué novedades hay en Roma.

Así lo hizo Norban, presentándole un prolijo informe de los últimos acontecimientos de la ciudad y el Imperio, y su voz firme y poderosa parecía realmente hecha para ahuyentar los malignos sueños del emperador y devolverlo a la realidad.

—¿Y qué se sabe de Bajae? —preguntó el emperador tras unos minutos. Norban se había propuesto hablar lo menos posible de Lucía, Josefo y Matías; el emperador debía sacar por sí mismo las conclusiones pertinentes.

—¿De Bajae? —repitió precavido sus palabras—. Por lo que sé, la emperatriz se encuentra a gusto allí. Hace mucho deporte, nada a pesar de la época, organiza carreras de remos en la bahía, ve a mucha gente, gentes de todo tipo, y también se dedica a la lectura.

Hizo una pequeña pausa, pero después no pudo reprimirse y añadió:

—Ha escuchado al judío Josefo recitar fragmentos de su nuevo libro, que, según mis colaboradores, es una ardiente apología de la superstición judía, aunque no rebasa los límites permitidos.

—Sí —replicó el emperador—, es un libro vehemente y muy nacionalista. Cuando mi judío Josefo se muestra así, tal como es, me resulta más amable que cuando proclama esa verdad romano-greco-judía, esa pseudoverdad. Por lo demás —meditó, como en su día hiciera el propio Norban—, no es sorprendente que mi judío Josefo se encuentre en Bajae, ya que la emperatriz ha tomado a su hijo a su servicio.

Y, al ver que Norban callaba, añadió:

—Según he oído, está muy satisfecha con el joven vástago de Josefo.

Norban tenía mucho que decir sobre Josefo y su hijo, pero se había propuesto no hacerlo y fue fiel a su determinación. Calló.

—¿Y qué más? —preguntó Domiciano.

—En realidad, no hay mucho más —respondió Norban—. En todo caso, sí, me gustaría proponerle al amo y dios Domiciano un breve y divertido pasatiempo. Tal vez Su Majestad recuerde que en una ocasión constatamos, con motivo de un regocijante encuentro con ciertos doctores judíos, que los judíos consideraban aspirantes al trono del orbe a los descendientes de un tal rey David. A raíz de aquello

elaboramos una lista de aspirantes.

—Lo recuerdo —asintió el emperador.

—Pues bien, el gobernador Falco acaba de notificarme —continuó Norban— que ha encontrado a dos en su provincia, Judea. Últimamente han suscitado bastante revuelo, y Falco ha decidido enviarlos a Roma para que dispongamos de ellos. Deseo, por tanto, preguntar al amo y dios Domiciano si le agradaría ver con sus propios ojos a estos aspirantes al dominio del mundo. Se trata de un tal Jacob y de un tal Miguel.

Tal y como había previsto y deseaba Norban, la propuesta despertó en el alma de Domiciano mil y una ideas, determinaciones, deseos, temores, que permanecían latentes en él. Cierto, había olvidado que había quien tenía al temido y despreciado judío Josefo y a su hijo por descendientes de reyes, equiparándolos a él. Pero ahora, tras refrescar Norban el recuerdo de aquella extraña plática con los doctores y sus consecuencias, se le avivó la idea de que ese Josefo y su hijo aspiraban realmente a ocupar el trono y que, por tanto, debía considerarlos rivales. Por muy ridículas que fueran las pretensiones de esas gentes no dejaban de existir, y no eran por ello menos peligrosas, y estaba claro que esos retoños de David pensaban que era hora de reclamar lo suyo. Mientras escuchaba el informe de Norban se le ocurrió que era precisamente esa pretensión, su supuesta relación con los antiguos dioses orientales, lo que había atraído a la fantasiosa Lucía; así era como había logrado el judío que su grotesco vástago entrase a formar parte de su séquito. Y por eso también, apoyándose en sus derechos como heredero real, se había atrevido a arrojarle a la cara sus versos sobre el valor. Él, Domiciano, había tenido razón al suponer que tras ello estaba su gran enemigo, el dios Yahvé.

Pero estas reflexiones no le llevaron ni cinco segundos. El rostro del emperador se había sonrojado, como siempre que se excitaba o se turbaba, pero su actitud no dejó traslucir sus emociones.

—Una excelente idea —afirmó animado—. Bien —añadió—, tráeme a esa gente, querido Norban. ¡Y cuanto antes!

Una semana después condujeron a los descendientes de David Jacob y Miguel al Albano.

Un sargento de la guardia los guió hasta una lujosa sala. Allí permanecieron, robustos, toscos e indefensos, en ese suntuoso marco. Eran hombres de aspecto campesino, iban envueltos en largos y toscos ropajes galileos, y sus rostros serenos mostraban largas barbas; Miguel contaría unos cuarenta y ocho años, y Jacob cuarenta y cinco. Apenas hablaban, el entorno tan ajeno a ellos parecía sorprenderlos, aunque no asustarlos.

Entonces entró el emperador muy envarado seguido de Norban y otros señores, y también por un intérprete, pues aquellos hombres no hablaban más que arameo. Al verlo entrar farfullaron algo en su jerigonza. Domiciano preguntó qué habían dicho; el intérprete le explicó que se trataba de un saludo. Domiciano quiso saber si había sido un saludo respetuoso; el intérprete replicó titubeando que había sido un saludo como el que se usa entre iguales.

—Hm, hm —dijo el emperador. Dio un par de vueltas alrededor de ellos. Eran hombres corrientes, campesinos bastos de miembros y rasgos de labriegos; olían como tales, aunque sin duda los habían bañado antes de llevarlos a su presencia.

Con su aguda y estridente voz Domiciano les preguntó:

—¿De modo que sois de la estirpe de ese rey vuestro, David?

—Sí —replicó escuetamente Miguel, y Jacob añadió:

—Estamos emparentados con el Mesías, somos sus tataranietos. Tras escuchar esto de labios del intérprete Domiciano los miró perplejo con sus ojos miopes y saltones.

—¿Qué quieren decir estos hombres? —dijo dirigiéndose a Norban—. Si son parientes lejanos del Mesías es que piensan que hace tiempo que vino al mundo. ¡Preguntádselo! —le ordenó al intérprete.

—¿Qué quiere decir que sois tataranietos del Mesías? —preguntó éste. Miguel afirmó paciente:

—El Mesías se llamaba Josué ben José, y murió en la cruz para redimir a la humanidad. Era el Hijo del Hombre. Tenía un hermano llamado Judas. Nosotros descendemos de ese hermano.

—¿Los entendéis, señores? —consultó Domiciano dirigiéndose a los que lo rodeaban.

—A mí me parece todo un poco confuso. Preguntadles —ordenó— si ya ha llegado el reino del Mesías, por tanto.

—Está aquí y no lo está —afirmó Jacob—. Josué ben José de Nazaret murió en la cruz y resucitó, y allí empezó todo. Pero volverá de nuevo y entonces se mostrará en toda su gloria, juzgará a vivos y muertos, y dará a cada cual lo que merece.

—Interesante —opinó el emperador—, muy interesante. ¿Y cuándo será eso?

—Eso ocurrirá al final de los tiempos, en el Juicio Final —afirmó Miguel.

—No es que haya sido muy preciso —comentó el emperador—, pero me parece que el tipo quiere decir que aún habremos de esperar. ¿Y quién gobernará en ese reino del Mesías? —preguntó a continuación.

—El Mesías, naturalmente —repuso Jacob.

—¿Qué Mesías? —lo interpeló Domiciano—. ¿El muerto?

—El resucitado, desde luego —replicó Miguel.

—Tendrá que nombrar a sus gobernadores —dijo Domiciano—, a algún representante. ¿A quién llamará? Fundamentalmente a sus parientes, supongo. Decidme, ¿qué clase de gobierno será el suyo?

—No sabemos nada de gobernadores —explicó Jacob remiso, y Miguel insistió:

—No será un reino terrenal, sino celestial.

—Son unos soñadores —opinó el emperador—, es imposible razonar con ellos. ¿Y vosotros descendéis de la estirpe de David? —quiso cerciorarse.

—Sí, así es —replicó Jacob.

—¿Qué impuestos pagáis? —trató de saber el emperador.

—Tenemos una pequeña granja de treinta y nueve acres —le informó Jacob—. Vivimos de su explotación. La trabajamos con dos criados y una sirvienta. Mi recaudador de impuestos ha valorado la propiedad en nueve mil dinares.

Domiciano meditó:

—No es que sea mucho para los descendientes de un gran rey, para quien aspira a gobernar reinos y provincias. ¡Mostradme vuestras manos! —ordenó a continuación. Se las enseñaron; Domiciano las estudió cuidadosamente: eran manos duras de campesino llenas de sabañones—. Dadles bien de comer —determinó el emperador— y enviadlos a su país. Pero en una nave corriente, no los miméis demasiado.

A Norban en cambio le confió cuando se marcharon:

—¡Qué pueblo éste de los judíos, que ve en semejantes tipos a sus pretendientes al trono! ¿No se te antojaron muy cómicos con ese orgullo y esa simpleza?

—Éstos eran cómicos —replicó Norban, recalcando «éstos». En ese momento Domiciano se sonrojó, y después palideció, sonrojándose de nuevo. Pues Norban tenía razón; éstos resultaban cómicos, mientras que otros descendientes de David, Josefo y su hijo, no lo eran en absoluto. Y en Domiciano renació el temor que le inspiraba el judío y su dios Yahvé.

Hasta ese momento la entrevista con los descendientes de David había surtido exactamente el efecto que esperaba Norban. Pero después los acontecimientos tomaron un cariz que el ministro no deseaba, pues el emperador, suspicaz como era, se dijo de pronto que era probable, incluso seguro, que Norban hubiera querido inspirarle esos pensamientos a sabiendas. Por eso sin duda había concedido tanta importancia a esos dos herederos de David, de cuya inocencia debía de estar tan persuadido como él después de verlos.

Domiciano sabía desde un principio lo peligroso que podía llegar a ser Josefo, y si lo que deseaba era avisarle de ese peligro su fiel siervo no había hecho sino cumplir con su deber, y con un tacto que él jamás le habría atribuido. A pesar de todo, le resultaba difícil digerir que ese Norban fuese capaz de adivinar sus pensamientos con tal precisión; lindaba con la traición que un súbdito osase dictarle al dios Domiciano su línea de pensamiento. Ha permitido que se le acercase demasiado. Ahora hay alguien en el mundo que lo conoce demasiado bien. Son éstos los sentimientos que lo agitan; no llegan a ideas, pues en su turbación aún no les ha dado forma, pero no puede impedir contemplar la cabeza de su ministro de policía con desconfianza y con algo parecido al temor. Sin embargo, eso sólo dura una fracción de segundo, pues la cara que ve es fuerte, brutal, digna de confianza: la cara de un perro fiel, exactamente el rostro del ministro de policía que desea tener.

Norban le ha deparado un grato entretenimiento mostrándole a los retoños de David, le ha permitido descubrir algunas cosas. Le está agradecido por ello a su fiel ministro de policía, y se lo dice, pero lo despide con prisas, casi abruptamente.

Al quedarse solo reflexiona sobre todo ello. Lo que entorpece particularmente ese combate suyo con Yahvé es que no puede confiarse a nadie en ese asunto. Norban le es fiel, pero su alma no es lo bastante sutil como para abarcar algo tan complejo, tan abstruso, como la hostilidad de un dios invisible, intocable; y, por otra parte, el emperador no quiere permitirle adentrarse más en su alma. Marullo y Regino tal vez llegasen a entender el sentido de esa lucha. Pero, aunque lograse hacérselo ver, ¿de qué le valdría? Ambos son ya unos viejos perezosos, pacientes, liberales; no son luchadores como los que requiere ese combate sin cuartel. Annius Bassus podrá ser un buen luchador, pero desde luego es demasiado simple para enfrentarlo a un enemigo tan astuto e inaprehensible. Sólo le queda Mesalino. Es lo suficientemente inteligente como para comprender quién es el enemigo y dónde se esconde, posee la fuerza y el valor necesarios, y le es fiel.

No obstante, Domiciano no puede olvidar la desagradable sensación que le deparó sentirse escrutado por Norban. Recurrirá a Mesalino, pero únicamente cuando no le basten sus propios medios.

Pero se bastará. Se sienta a la mesa y saca la tablilla. Reflexiona. Trata de concentrarse. No lo logra. Se disipa. Hinca, sí, el buril en la tablilla, pero no son palabras lo que compone sino que dibuja mecánicamente círculos, anillos. Y constata espantado que son los ojos de Minerva lo que ha dibujado, los grandes y redondos ojos de lechuza que ve ahora vacíos, faltos de luz y de consejo.

Y de pronto se le figura que el peligro que tantas veces lo amenazó, el homicidio tantas veces anunciado por sus enemigos, no es ninguna nimiedad, no es algo abstracto como suele ser la muerte para un hombre en la plenitud de la vida como él, algo que llegará más adelante, sino algo tangible, cercano. No es un cobarde. Pero el sentimiento de seguridad infinita que lo ha colmado hasta ahora sabiéndose amparado por su diosa, ese sentimiento, lo ha abandonado. La muerte, que siempre le pareciera tan lejana, se ha convertido de pronto en algo palpable que ha de ser meditado.

Si tuviera que reunirse con los dioses, si tuviera que desaparecer de esta tierra él, el cuerpo material del hombre Domiciano, ¿qué sería entonces de su idea, de esa idea de Roma que ha concebido, más certera y profunda que las de los que lo precedieron? ¿Quién ha de proteger esa idea y garantizar su pervivencia cuando él falte?

Tal y como él la entiende, esa idea de Roma está ligada al gobierno de los Flavios, pues en su fuero interno y en secreto todavía confía en que Lucía le procure descendencia. Pero seguir aferrándose a esa vaga esperanza, ahora que corre verdadero peligro, es una insensatez. ¡Debe desechar para siempre esa esperanza! Fue una lástima que lo amedrentasen los comentarios de sus lenguaraces enemigos, una lástima que no llegase a nacer el hijo que concibió con Julia. ¡Qué hermoso sería poder designar heredero a un hijo propio!

Pero no puede ser. La dinastía Flavia depende ahora de los dos muchachos, de los gemelos Constancio y Petronio. Al menos ellos son enteramente Flavios, tanto por parte de padre como de madre, y ha hecho bien en eliminar toda influencia que pudiese corromperlos enviando a Clemente a la muerte y a Domitila a la isla Balear. Ahora sus cachorrillos crecen bajo la férula de su muy romano Quintiliano, lejos del dios Yahvé.

Aunque no por completo. Pues Lucía se ha hecho cargo de los muchachos durante los meses estivales llevándoselos a Bajae, pues no deseaba que los gemelos, traumatizados por el destino de sus padres, permaneciesen por más tiempo en la casa, ahora yerma, del padre muerto y la madre exiliada, y él lo ha permitido. ¿Cómo ha podido hacerlo? Que haya accedido a que Lucía se haga cargo de los hijos del fallecido Clemente es, sin duda, otra argucia más de ese Yahvé. Es posible que sea de nuevo Josef, el enviado de Yahvé, el responsable de ello. Es inconcebible que él, Domiciano, no se percatara de inmediato. A fin de cuentas, ha actuado como haría cualquier primo, cualquier pariente; no ha querido ser demasiado duro con ellos pues le importaba, y aún le importa, ganarse sus simpatías. Pero, para ser sincero, ante todo no quiso negarse a los deseos de Lucía.

Pero debe acabar con ello. Y sabe cómo hacerlo. Por fin llevará a la práctica su viejo proyecto de adoptar a los gemelos. Los acogerá en su séquito para sustraerlos a las perniciosas emanaciones de Josefo y su Matías. Entonces habrá hecho lo que estaba en su mano para preservar la idea de Roma cuando, habiendo perdido la protección de Minerva, haya de dejar esta tierra.

Su cara entera se distiende, sonríe. Se le ha ocurrido algo que lo llena de gozo. Si adopta a los chicos tendrá motivo suficiente para llamar a su presencia a Lucía. Y cuando la tenga frente a él se aclararán muchas cosas. A pesar de todo, aunque esté ofuscada, siempre se ha mostrado comprensiva con sus ideas, pues es romana. Él, el romano, le hablará a la romana; siente en sí la fuerza que necesita para recuperar a Lucía.

Sonríe. Aunque Minerva no lo proteja, no está perdido. Hasta lo malo tiene su lado bueno. Si no hubiera intuido de nuevo la sombra acechante de Yahvé, habría continuado posponiendo la adopción. Pero ahora matará dos pájaros de un tiro. No sólo garantizará la pervivencia de la idea de Roma ofreciéndoles cobijo y protección, sino que probablemente le arrebatará a ese Yahvé a su nueva aliada Lucía. Lucía es romana hasta la médula; Lucía lo ama, de eso no cabe duda, aunque a su manera tozuda y arrogante. El dios Yahvé la ha trastornado. Pero él, el dios Domiciano, logrará disipar las pérfidas emanaciones con que ha logrado ofuscarla el dios oriental de modo que pueda alcanzar la claridad, como él.

Rápidamente se puso manos a la obra y dispuso todos los preparativos de la adopción. Ese mismo día escribió una larga carta. No la dictó, la escribió él mismo esforzándose por imprimirle un tono cordial y muy personal. Para garantizar la dinastía, decía, y en vista de que no era razonable esperar descendencia de ella, consideraba su deber adoptar a los vástagos de Flavio Clemente, a quien por desgracia se había visto obligado a condenar. Apreciaba a los gemelos, y había oído con regocijo que también a ella le agradaban.

De modo que confiaba en que aprobase su decisión. Había pospuesto el asunto demasiado, por lo que ahora lo aceleraría. Ese mismo día ordenaría a Quintiliano que se dirigiese al Albano con los muchachos. Lo adecuado sería investirles la toga inmediatamente después de la adopción, a pesar de su tierna edad. Los romanos debían saber que ofrecía nuevos brotes a la dinastía. Sería para él una gran alegría que se decidiese a realzar con su presencia la importancia del acto.

Al llegar a la villa de Lucía en Bajae acompañados por su preceptor Quintiliano los gemelos habían dado muestras de un gran desasosiego. La muerte del padre y el exilio de la madre habían dibujado una expresión hosca en sus rostros, abiertos por naturaleza; Quintiliano había hecho acopio de toda su prudencia para guiarlos durante ese tiempo sin que padecieran graves trastornos psíquicos. Después, junto a Lucía, fueron relajándose poco a poco y perdiendo su timidez. Antes de partir hacia la isla Balear Domitila le había hecho prometer a Lucía que se haría cargo de sus hijos e intentaría reducir la influencia latina de Quintiliano. Lucía trataba a los chicos como si fueran adultos, con cuidado, pero sin mostrarles abiertamente su compasión. Poco a poco perdieron el temor y recuperaron la confianza y el aire juvenil que siempre habían tenido.

Gran parte del mérito era de Matías. Entre él y los dos príncipes no tardó en surgir una buena amistad. Los gemelos eran agradables, y el brillo varonil que irradiaba Matías los seducía aún más que a los otros; reconocían sin envidia alguna su superioridad. A pesar de los siniestros acontecimientos que habían presenciado podían mostrarse confiados con él, distraerse como antaño y olvidar las intrigas y las luchas que los rodeaban. Con infantil orgullo practicaban toda clase de deportes, se peleaban y bromeaban.

No les importaba que hubiera quien se burlase de su amigo Matías por su origen judío. Gracias a sus padres estaban familiarizados con la mentalidad minea e inmunizados contra las insinuaciones antijudías. Como su padre había muerto por sus tendencias judaizantes consideraban su deber defender a Matías, por quien sentían un gran afecto.

A Matías no sólo le agradaban sus compañeros de juegos, sino que el aprecio de los dos príncipes, los parientes más cercanos del emperador, halagaba su amor propio. En una ocasión escuchó cómo un esclavo egipcio recién llegado le replicó a Cecilia al acudir ésta en su busca: «Los tres príncipes se han ido de pesca». Sintió como si le brotaran alas de puro orgullo.

A Quintiliano lo irritaba esa amistad. Desde el principio tuvo reparos en traer a los príncipes a Bajae, al círculo de influencia de la emperatriz. No podía negar que Lucía era eminentemente romana, y, sin embargo, le molestaba la mayor parte de las cosas que hacía, leía o decía, y le resultaba desagradable saberla tan cerca de sus pupilos. Y, encima, habían trabado amistad con el joven judío. Quintiliano, siempre ecuánime, admitía que no había nada en sus modales que chocase con los principios romanos, por lo que decidió no protestar ante el emperador por las relaciones de los gemelos con el hijo de Josefo, limitándose a ciertas insinuaciones que, sin llegar a ofender a Matías, no podían ser ignoradas por sus pupilos.

De modo que, él por una parte, y Lucía y Matías por otra, libraban un enconado combate por las almas de los gemelos. Se trataba de un combate sordo, subterráneo. Pero en una ocasión sus divergencias se mostraron abiertamente y ante los ojos de todos.

Matías había contagiado a sus amigos su infantil entusiasmo por el criadero de pavos reales instalado en la villa de Lucía. Los tres lo visitaban a diario, habían llegado a conocer bien a cada una de las aves y se divertían llevando a algún que otro animal a la escalera del edificio principal, deleitándose con la visión de las aves con la cola desplegada, como si abanicasen el soleado palacio, dispuestas ante la hermosa y amplia escalinata.

Ocurrió que un día en que el senador Ostorio, un famoso gastrónomo, se encontraba de visita en casa de Lucía, se sirvió una pasta hecha de carne de pavo. En ausencia de la dueña de la casa y de los muchachos el mayordomo y el cocinero habían obligado al infeliz cuidador a entregarles seis ejemplares de los valiosos y amados animales. Los chicos estaban fuera de sí. Quintiliano trató de aplacar su furia y hacerlos entrar en razón. Un placer del paladar, sopesó, no debía irle a la zaga a un placer de la vista, y el ruidoso duelo por el sacrificio de las aves que ponían de manifiesto Matías y los muchachos le parecía indigno de un romano, indicio de un sentimentalismo oriental. Los muchachos callaron, pero comentaron después el asunto en presencia de Lucía y Josef. Josef opinó que le parecía extraño que los romanos fuesen capaces de ingerir la carne de un pavo, ave dedicada a la diosa Juno. Quintiliano le explicó que no era muy realista tomar el significado de una cosa, su idea, por la cosa misma. Era como considerar sagrado el papel de un libro sólo porque en él se hubieran consignado grandes cosas. Semejante equiparación era totalmente ajena al espíritu práctico de un romano. Quintiliano, el gran orador y extraordinario estilista, se mostró más hábil en el

debate que Josef, ante todo porque a éste le estaba vedado expresarse en su lengua materna y debía pergeñar sus argumentos en otra, adquirida tardíamente.

Tras este altercado Quintiliano meditó seriamente si, a fin de cuentas, no era su obligación rogar al emperador que apartase a sus pupilos del ámbito de influencia del joven judío. Fue entonces cuando, para su alivio, recibió un escrito del emperador en el que le indicaba que debía dirigirse al Palatino con los muchachos a fin de preparar su adopción.

También a Lucía le deparó más alegría que irritación la determinación del emperador de adoptar a los gemelos. Le disgustó pensar que los muchachos vivirían a partir de entonces en la fría atmósfera del Palatino en compañía del retorcido y riguroso Domiciano, pero le alegró sobremanera que DDD se hubiera decidido a llevar a cabo la adopción, encumbrando a los muchachos.

Por otra parte, cuando residan en el Palatino no lograrán mantenerlos totalmente alejados de ella y de Matías, y ella hará lo posible para proteger a los chicos de la rigidez latina de Quintiliano. Y, además, posiblemente contará con una buena ayudante. Pues, si DDD nombra sucesores a los hijos de Domitila, tal vez esté dispuesto a hacer regresar de su exilio a la madre. Lucía no le tenía mucho aprecio; al contrario, el frío apasionamiento, la obstinación de Domitila le resultaban desagradables. Pero Lucía carecía de ese prurito formalista propio de la Roma flavia. No estaba dispuesta a que se recortase la libertad de opinión, y le indignaba la violencia infligida a Domitila. Pues, ¿qué había hecho, en realidad, Domitila? Se había interesado por la filosofía de los cristianos, eso era todo. De forma que la habían desterrado por un capricho del emperador. DDD debe llamarla, tiene que hacerlo; ella, Lucía, lo convencerá para que lo haga.

Sentía la fuerza necesaria para lograrlo. Era un ser sincero y le costaba mucho fingir. No era capaz de conseguir nada de DDD cuando éste la asqueaba. Pero cuando se sentía atraída por Varriguita podía demostrárselo sin ambages, y entonces llegaba a dominarlo por completo. En los últimos tiempos se había cerrado ante él. Su largo silencio había hecho germinar en ella el temor de que, a su modo lento y taimado, preparaba un golpe certero contra Josef y contra Matías. Su carta la tranquilizó. En realidad, siempre se había sentido atraída por su salvaje rigidez, su infinita arrogancia, su enorme, retorcida y desmesurada tenacidad. También era consciente de que, en realidad, sólo la amaba a ella. Y, así, su carta la confortó y se alegró de poder verlo.

Puso todo su empeño en preparar el viaje al Albano. Con un deleite más que discutible se imaginó la conversación con Varriguita. Seguro que obtendrá de él lo que se ha propuesto. Conseguirá que los gemelos tengan acceso a ella y a Matías, y logrará que haga regresar a Domitila de su isla.

Los tres primeros días de su reencuentro con DDD en el Albano transcurrieron en medio de pomposas ceremonias en torno a la adopción. Se trataba ante todo de ritos religiosos, y no era difícil ver la emoción que embargaba a Domiciano ante su vista. La familia era para él lo más sagrado; el altar de sus dioses familiares, el hogar de la llama eterna que mantenía en su atrio no eran símbolos vacuos, sino algo vivo; y que le fuera dado añadir a los dioses de su familia miembros jóvenes que también serían venerados en el futuro le hacía sentirse pletórico, pues los dioses se mantienen vivos sólo a través de quienes los veneran. Y él mismo, que un día pasaría a ser otra de las divinidades de la casa, aseguraba su propia pervivencia adorando su altar doméstico. Por ello esa fiesta era vital para él, gracias a ella entraba de nuevo en contacto con sus divinos padres. Las palabras de la antiquísima fórmula sagrada revestían un profundo sentido, y no consideraba un acto jurídico fútil, sino algo muy serio, tomar a los muchachos bajo su protección y otorgarles sus nuevos nombres: Vespasiano y Domiciano. Con ello transformaba a ambos jóvenes alterando su esencia. A partir de ese momento tenían responsabilidades y deberes mutuos, los unía un férreo vínculo.

Supo desde el primer momento que Lucía había acudido a verlo de buen grado. Pero era lo bastante fatuo como para retrasar el momento de ocuparse de ella y aclarar sus relaciones. Durante los días en que celebraron la adopción su mente y su corazón estuvieron ocupados con acciones serias, significativas, simbólicas, que no le dejaban tiempo para nada más. Fueron días felices, solemnes. Se complacía en sus nuevos hijos, los cachorrillos; lo único que le molestaba era verlos tan unidos al más joven ayudante de la emperatriz, a Flavio Matías.

Después, tras concluir las festividades oficiales y marcharse los numerosos invitados, Domiciano organizó una comida familiar. Aparte de los gemelos y su preceptor únicamente asistieron Lucía y Matías.

El emperador consideró que lo más oportuno sería, por supuesto, cortar de inmediato y para siempre el vínculo que unía a sus nuevos hijos con el joven judío. Por qué razón no lo había hecho antes, por qué había llegado incluso a admitir a Matías en ese estrecho círculo, era algo que desconocía. Se dijo que lo hacía para averiguar de una vez por todas las intenciones del hijo de Josefo, pues no había podido evitar reconocer al instante que el muchacho tenía un gran atractivo, que de él emanaba una especie de magia, y que, por tanto, no le resultaría fácil borrar su imagen del corazón de los gemelos. Para lograrlo debía

analizar antes a ese joven. Y también invitó a Matías —aunque no quisiera admitirlo— por no disgustar a Lucía y a los muchachos. Pero ante todo fue una argucia. Deseaba que Matías y el dios que lo avalaba, Yahvé, se sintieran seguros; pues una cosa estaba clara, que era otro truco del dios Yahvé hacer que un ser como aquél, dotado de tantos atractivos, se hubiera cruzado en el camino de los muchachos que él, Sumo Pontífice de Roma, había designado como futuros dirigentes del Imperio.

Durante aquella comida con Domiciano Matías se sintió pletórico. Recordó las palabras que tantas veces oyera de labios de su madre cuando alababa a Josef: había compartido mesa con tres emperadores. Ahora era él, Matías, quien compartía la mesa con el emperador; él, a quien Cecilia había anunciado que terminaría de buhonero en la margen derecha del Tíber.

La felicidad que lo embargaba lo hacía brillar más que nunca. Su sola presencia, su rostro vivaz y sus movimientos resultaban encantadores; su voz, joven y sin embargo viril, seducía a todos nada más abrir la boca. El emperador conversó más con él que con nadie. Pero mientras hablaba con el joven protegido de su Lucía el emperador tenía pensamientos y sentimientos de muy diversa índole. El encanto natural del muchacho lo complacía, experimentaba el mismo deleite que cuando observaba las torpes poses de las fieras salvajes en sus jaulas. Como era un buen observador no se le escapó el afecto que sentía por Lucía, y la idea de que era él quien iba a compartir el lecho con ella y no el joven y adorable protegido de Yahvé le proporcionó un sentimiento de triunfo, sin duda ridículo, pero no por ello menos fuerte.

Quintiliano hizo lo posible por exhibir ante el emperador la formación latina que brindaba a sus pupilos. Los jóvenes príncipes hicieron un correcto papel sin demostrar ningún talento especial. Tampoco Matías brillaba por ninguna cualidad particular, pero cuando tenía algo que decir lo expresaba de un modo agradable y modesto, y demostró que también él había sido educado al modo romano.

—Inteligente vástago de un padre inteligente —admitió Domiciano. Los gemelos tampoco ocultaron que lo tenían por un ser superior y especialmente dotado, y eso irritó al emperador. De modo que sus temores eran fundados: el dios extranjero, Yahvé, se servía de ese Matías para introducirse cual gusano en las almas de los jóvenes.

Después, concluida al fin la comida, Lucía se quedó a solas con el emperador. Se dirigieron a su despacho, que había ordenado forrar con metal reflectante. Era la primera vez que ella lo veía.

—¿Qué horribles espejos has mandado instalar aquí? —le preguntó.

—Es —replicó él— para poder mirar también a mis espaldas. Tengo muchos enemigos.

Calló unos minutos y después prosiguió:

—Pero he tomado precauciones. Si algo llegara a ocurrirme, tenemos al menos a los cachorrillos. Estoy contento de haberlos adoptado. Fue un arduo trago renunciar a la esperanza de que me dieras hijos. Pero me siento más ligero desde que sé que la llama de mi hogar no se extinguirá.

—Tienes razón —dijo Lucía comprensiva—. Pero —le espetó sin más dilación— no dejo de pensar en Domitila. Esa mujer delgaducha, pretenciosa…, no me gusta, pero a fin de cuentas es quien los ha parido. No me gusta que siga en esa desolada isla de las Baleares mientras tú educas a sus hijos para que gobiernen Roma.

Los recelos de Domiciano renacieron al instante. Ajá, quiere tener una aliada para ganarse definitivamente a los gemelos. Tuvo ganas de replicarle con acritud, pero le gustaba demasiado y se dominó.

—Querida Lucía, trataré de exponerte los motivos por los cuales debo mantener alejada a Domitila. No tengo nada contra ella. Clemente y Sabino me resultaban odiosos; su indolencia, su dejadez, su actitud entera me parecían poco romanas, repulsivas. El caso de Domitila es otro. Es una mujer, nadie puede exigirle que sirva al Estado, y hay cierta dureza, cierta fuerza en ella que me agrada. Pero resulta que en su retorcida cabeza ha prendido esa superstición de los mineos. En principio me importa muy poco lo que crea o deje de creer Flavia Domitila, y podría pasarlo por alto. Pero se trata de los chicos. Estos muchachos deben ser educados por el preceptor que les he asignado, y por nadie más. No quiero que Domitila se les acerque. No quiero que las duras y preclaras doctrinas que les enseña mi Quintiliano se vean turbadas y se reblandezcan con esa grotesca, supersticiosa y afeminada cháchara sobre el dios crucificado. La doctrina entera que desgraciadamente profesa Domitila, su rechazo del mundo, su alejamiento de la realidad, su indolencia frente al Estado, todo eso, resulta peligroso para unas criaturas tan tiernas.

Lucía decidió retomar la lucha y pasar al ataque. Mirándolo de frente con su rostro claro y osado le preguntó:

—¿Acaso también te parece peligroso que se relacionen conmigo?

El emperador titubeó. Habría debido decirle que sí, era su deber ante Júpiter y ante Roma. Pero la cercanía del rostro de la mujer amada lo confundió, y flaqueó. Trató de rehuir su rostro y apartó la vista,

pero volvió a encontrárselo por todas partes, reflejado en el metal en torno a ellos. Al observar su vacilación Lucía prosiguió:

—Si me permites que sea franca, tu Quintiliano me parece bastante insulso. Considero muy conveniente que los chicos aspiren otros vientos más frescos.

Domiciano había preparado su respuesta:

—Como es natural —le respondió galante—, no tengo nada que objetar a que mis cachorrillos se regocijen también con tu cercanía. Pero de ningún modo deseo que tu Matías les contagie sus convicciones, ni, desde luego, que el judío Josefo les vaya con su cantinela sobre lo pernicioso que resulta degustar paté de pavo.

A Lucía la irritó que el orgulloso romano Quintiliano no tuviera la dignidad de callarse, sino que acudiera de inmediato a contarle lo ocurrido con Matías y su padre cual vulgar confidente de Norban. Pero tomó las palabras de DDD como una declaración de que al menos a ella no le prohibiría tratar a los chicos.

—Eres muy amable —admitió— al no dictaminar a quién debo ver y a quién no.

No insistió en ese espinoso asunto y se acercó a él, le acarició el ralo cabello y le dijo:

—Debo confesarte una cosa, Varriguita. No te has echado a perder en este tiempo; al contrario, me pareces más atractivo de lo que recordaba.

Domiciano ansiaba el contacto con ella; tuvo que dominarse para que su respiración no se acelerase. Quiere halagarme, dorarme la píldora; debo ser fuerte, no me rendiré.

—Te doy las gracias —le replicó un tanto envarado.

En ese momento Lucía decidió ir al grano y se apartó de él. Pensó en voz alta:

—¿No hay ningún otro medio para mantenerlos alejados de esa doctrina que desterrando a su madre? ¿No piensas que adoptando una medida tan drástica no haces sino dirigir la atención de los chicos a la culpa de la madre y, por tanto, a lo que deseas alejar de ellos? Por lo demás, mucho extrañará a la ciudad y al Imperio que encumbres de ese modo a los gemelos mientras mantienes a la madre en su isla. ¿No mermará esto la popularidad de tus cachorrillos? ¿No encrespará el alma de los muchachos que deseas tan recta?

—Jamás habría sospechado —le espetó malicioso el emperador— que Domitila tuviera en ti a una amiga tan entregada.

—¡Domitila me importa una higa! —repitió Lucía fuera de sí. Pero no tardó en dominarse, y adoptó otro tono y otros modos—. Si te aconsejo que indultes a Domitila —dijo— es sólo por tu bien, Varriguita. También en mi caso —bromeó— te hiciste de rogar antes de permitirme que regresase de mi exilio. ¿Lo has lamentado? ¿No te estás perjudicando? —le rogó entonces—. Has adoptado a los chicos, y eso es fabuloso. Pero si no completas tu gesto indultando a Domitila arruinarás su efecto. Nadie sabe mejor que yo cuán a menudo y cuánto han tergiversado tus actos. Evita que ahora se malinterprete tu gesto en favor de los gemelos pensando en la madre. ¡Llama a Domitila!

Domiciano no quiso replicarla. La miró de arriba abajo con sus ojos miopes y le dijo:

—Estás muy bella cuando te esfuerzas por lograr algo.

Pero Lucía le cortó.

—¿No entiendes —le dijo con voz apremiante, acariciadora— que me esfuerzo sólo por ti?

De nuevo se le había acercado y, rodeándole los hombros con el brazo, le rogó:

—¿Vas a llamar a Domitila?

—Lo pensaré —se escabulló Domiciano—. Te prometo que lo meditaré con Quintiliano.

—¿Con ese pusilánime? —repuso Lucía despachando así, de un golpe, al gran estilista—. ¡Medítalo conmigo! —lo atosigó—. ¡Pero no aquí! No hay quien piense entre estos horribles espejos tuyos. ¡Ven a mis aposentos! ¡Dormirás conmigo y lo meditaremos!

Y dicho esto se alejó sin darle tiempo a responder.

Decidió hacerla esperar. No, no acudirá. Quiere hacerle pagar caro una noche con ella. No, querida, ¡faltaría más! Silba para sí un cuplé de moda. «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar». Norban había pensado en prohibir el cuplé, pero él no lo permitió. No, no irá a verla.

Media hora más tarde estaba con ella.

Pero ni siquiera en la cama fue capaz de sonsacarle más que una vaga promesa. Si Domitila renunciaba a inmiscuirse en la educación de los chicos, entonces, le aseguró, la indultaría.

Por lo demás, aquella noche Lucía tuvo la sensación de estar engañando a Josef, a pesar de que, o precisamente, porque no se permitía acostarse con él. Era la primera vez en su vida que experimentaba tal sensación. ¿Sería por influencia de Josef? Así que ése era el «pecado» del que tanto había oído hablar. Casi se alegró de haber conocido también esas cosas: conciencia, pecado…

Tras el regreso de Lucía a Bajae el emperador se encerró en su despacho para meditar qué había logrado y en qué había claudicado.

Ahora tiene bajo su férula a esos hijos que prolongarán la familia y harán perdurar su noción de romanidad. Y, sin embargo, no los ha puesto a salvo del veneno de Yahvé. No debió prometer eso a Lucía, indultar a Domitila. Al menos tuvo la presencia de ánimo para aplazar la decisión. Cumplirá su promesa: él, el Sumo Pontífice, protector de los juramentos, ha de cumplir su palabra. Pero antes la pondrá a prueba. Antes debe demostrar su paciencia, que no se inmiscuirá en la educación de sus cachorrillos. Y eso lleva tiempo.

Lucía ha exigido un pago y él le ha remunerado su abrazo; una debilidad y una vergüenza. «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar». Triste, silba la melodía. Y, a pesar de todo, Lucía lo ama, de eso no cabe duda. Cuando piensa en el ardor que le han procurado sus abrazos el resto de las mujeres se le antojan putas sin talento. Lucía en cambio está viva, es un ser apasionado; es la mujer que le corresponde a él, el Dios, y lo ama.

Pero aun siendo romana de cabo a rabo no ha logrado permanecer incólume. Algo del veneno de ese Yahvé ha penetrado en ella. A pesar de que se ríe de gran parte de lo que intentan inculcarle ese judío Josef y su hijo no ha sido capaz de pararles los pies. Yahvé, ese dios taimado, artero y vengativo, ha elegido a los mejores enviados. ¡Ese chico, Matías! Le parece estar viéndole, los ojos ardientes y, sin embargo, alegres, cándidos; escucha su voz joven y profunda. De estar en el lugar de los muchachos no habría podido sustraerse al encanto de ese Matías. Y mucho menos podrán hacerlo ellos. Desde que viven con él no le han hablado jamás de Matías. Pero Domiciano es desconfiado: sin duda Lucía les ha advertido que es mejor no mencionar por ahora su nombre. Seguramente cuenta con poder restablecer los vínculos entre los cachorrillos y su joven judío una vez que los tenga cerca.

Lucía le tiene apego a ese ayudante Flavio Matías. Su inclinación nada tiene que ver con una pasión ilícita. El emperador los ha estudiado atentamente. Es simplemente el brillo del joven lo que atrae a Lucía; siente por él la ternura de una madre, de una hermana mayor.

¿Qué hay, en cambio, entre ella y Josef? ¡Tonterías! Josef es un hombre experimentado, ya curtido, casi un anciano. Sería ridículo, insensato, inimaginable, que Lucía, la emperatriz romana, cambiase los brazos de un Domiciano por los de ese judío. Nada hay entre Lucía y Josef sino la amistad algo sentimental y esnob entre una dama instruida y un escritor famoso.

Allí hay continencia, continencia de ella con él y viceversa. Él mismo, en cambio, no ha sabido resistirse; ha claudicado ante Lucía por lascivia, por concupiscencia. Su esposa, la emperatriz, la romana, la puta, le ha arrancado con argucias la promesa de llamar a Domitila. Ha cometido una falta contra sus nuevos hijos, ha incumplido su deber con Júpiter y los dioses de su casa.

Tendrá que repararlo. Debe acabar con el enemigo y sus crías; con Josef, que ha osado increparlo arrojándole a la cara sus versos sobre el valor, y con ese Matías, el retoño de David aspirante a su trono, el protegido del dios oriental.

Sin duda por haberlo invitado a su mesa esta tarea le resulta aún más ardua. Debe eliminar al muchacho, pero ¿cómo hacerlo sin atraer hacia sí la justa ira del dios oriental?

Poco después le solicitó audiencia Mesalino, el único ser que le quedaba; el único que aún le prestaría oídos y comprensión.

Era el primer día caluroso del verano. Soplaba el viento del sur y el aire era denso; ni siquiera habían logrado ahuyentar por completo el calor de la sala oscura, hábilmente refrigerada, en la que Domiciano recibió a Mesalino. Del jardín les llegaban mil y una fragancias y el chapoteo de una fuente; su sonido acompañaba rítmica y apaciguadora la conversación de los dos hombres.

El emperador mencionó de nuevo su encuentro con los herederos de David; habló de ciertos detalles con ironía y benevolencia.

—Los judíos —concluyó— no se cubrirán de gloria con estos pretendientes. ¿O crees que un escritor anciano y reseco como nuestro Josefo, por ejemplo, haría buen papel como Mesías? ¿Un tipo que ni siquiera habla bien el griego?

La dulce voz del ciego interrumpió el sosegado chapoteo de la fuente:

—Pero ese Josefo tiene un hijo que, según se dice, es atractivo y posee un alma bien formada.

Al emperador le inquietó que la sola mención del asunto despertase en el otro las mismas preocupaciones que había suscitado en él.

—Matías es un chico bien parecido —admitió tras vacilar por un instante. A continuación aguardó temeroso el comentario de Mesalino. Durante unos minutos, que a él se le antojaron larguísimos, no se oyó sino el fluir regular del agua. Finalmente, Mesalino afirmó a su manera sosegada y afable:

—El cielo me ha robado la luz de los ojos. Pero el amo y dios Domiciano tiene buena vista y podrá juzgar si ese muchacho, Matías, tiene la belleza necesaria para, descendiendo de David, poner en peligro la paz y la seguridad de la provincia de Judea.

—Hablas de cosas —replicó el emperador amortiguando su aguda voz de forma que casi resultó inaudible ante el rumor de la fuente— que tal vez merezcan ser tratadas.

Reunió fuerzas, tragó saliva y decidió confiar su secreto a su interlocutor.

—He pactado un alto el fuego con el dios Yahvé —susurró—. No quiero interferir en sus decisiones. No deseo provocarlo.

Y, alzando la voz y con cierto aire de grandeza, continuó:

—Nadie se verá amenazado por agradar al dios Yahvé o por haber sido elegido por él.

Por fin lo había dicho; su corazón latía con tanta fuerza que le pareció que el otro había de percibirlo a pesar del rumor de la fuente. ¿Le había comprendido Mesalino? Lo temía y lo deseaba. Tenso, esperó el dictamen del ciego.

Y no tardó en llegar.

—Los pensamientos del amo y dios Domiciano —dijo respetuoso, y sin embargo, con el ánimo sereno— son tan excelsos que ningún humano llegará a comprenderlos del todo, sólo podrá intuirlos. Nosotros sólo vemos a Flavio Josefo y a Flavio Matías, a los hombres de carne y hueso. El dios Domiciano, en cambio, sabe lo que representan.

Domiciano se sintió molesto al ver que Norban le entendía; que le entendiese Mesalino supuso una satisfacción. Percibió cierta comunión de sus espíritus. ¡Con qué sutileza había expresado lo que él sentía! Sí, la intuición del ciego lo llevaba a acercarse a su propia realidad, más alta e inescrutable.

—Eres muy sabio, Mesalino —dijo, y su voz sonó entonces firme, más libre—, y eres mi amigo. El único, en realidad. Quizá sea por eso por lo que eres tan sabio. Así están las cosas, exactamente como las has descrito. Desgraciadamente, no he de vérmelas con hombres, sino con un dios. Si no fuese así me bastaría un hálito para eliminarlos. Como me has comprendido tan bien, querido Mesalino, sin duda también comprenderás esto. ¡Medita en ello, medítalo bien y dame un consejo!

De nuevo, durante unos minutos no se oyó sino el fluir del agua. Domiciano aguardaba impaciente, lleno de confianza. Estaba seguro de que el bueno de Mesalino, el fiel, podría aconsejarle. Entonces, en efecto, éste comenzó a hablar. Con gran cautela argumentó:

—Desciende de David y, por tanto, es vuestro enemigo. Vos, en cambio, lo favorecéis y no lo odiáis por ser el heredero y protegido del dios Yahvé, ya que no queréis tener pleitos con ese dios. ¿He comprendido bien la sabiduría de mi amo y dios?

—Sí, así es —respondió Domiciano.

—Sin embargo, ¿qué ocurriría —prosiguió Mesalino— si el retoño de David emprendiera acciones que amenazasen la seguridad del emperador o del Imperio? ¿Lo protegerías también entonces, emperador Domiciano, sólo por pertenecer a la estirpe de David?

El emperador se animó.

—¿Te refieres a que entonces podría castigarlo? —le preguntó.

—No podéis castigarlo —respondió Mesalino— por el crimen de descender de David, pues ése es un crimen del dios Yahvé, con el que no deseas litigar. Pero podríais castigar cualquier otro crimen de Josefo o de Matías, ya que constituirían crímenes humanos que en nada atañen a vuestro combate con el dios Yahvé. Tal es la opinión de un vil mortal —agregó respetuoso—. El dios Domiciano habrá de juzgarla.

—Ante Yahvé —recapituló Domiciano con voz ronca— tengo la obligación de respetar la vida de los descendientes de David. Pero mi responsabilidad ante Júpiter me obliga a castigar a todo aquél que se alce contra él o contra mí. Eres muy listo, querido Mesalino. Has expresado lo que yo mismo había concebido.

El ciego inclina la cabeza aún más para beber las palabras del emperador. Siente una emoción casi voluptuosa. Lo que acaba de hacer es casi una obra de arte. Es posible ser ciego y ver con precisión qué esclusas hay que abrir para desencadenar un torrente. Domiciano ha aceptado sus palabras. Ahora se abatirá un río de desgracias sobre muchos hombres, y él, en su oscuridad, se alegrará de ser el responsable.

—Agradezco al amo y dios Domiciano —dijo reverente— que me haya permitido asomarme al profundo y múltiple abismo de sus sabios y justos pensamientos.

—Eres un hombre tan sabio como fiel, querido Mesalino —respondió Domiciano—. Mereces ser el puño de mis pensamientos.

Y tras esto lo despidió con grandes honores.

Al caer la tarde y refrescar el emperador se hallaba delante de sus jaulas. ¡Sería fabuloso que Matías cometiese alguna falta! ¡Sería fabuloso que él, Domiciano, tuviese un motivo para castigarlo! ¡Sería fabuloso

que el chico desapareciese de la faz de la tierra! El recuerdo de la grave voz del muchacho atormentaba al emperador más de lo que lo hiciera nunca la atronadora voz de su hermano Tito.

¡Qué duro golpe para el judío Josefo perder a su agraciado hijo! Correrá a ver a Lucía, gemirá y gritará. El emperador Domiciano se imagina a Josef llorando y lamentándose y no le resulta en absoluto desagradable. ¡Era fabuloso que hubiera hábiles manos trabajando en la red en la que se enredaría ese hermoso y bien formado Matías, heredero de David!

El emperador vio que los animales sufrían con el calor y ordenó que se les diese agua.

Poco después Lucía encomendó a su ayudante Matías una tarea que le causó una gran alegría.

La ciudad de Massilia, cuya protectora era la propia Lucía, le había enviado una joya particularmente bella y bien trabajada hecha de coral, y la emperatriz deseaba corresponder con un regalo digno. Matías debería entregarles ese regalo y, con tal motivo, ocuparse de un par de encargos más que sólo podían encomendarse a una persona de confianza. Tenía que intentar convencer al viejo Charmis, el oculista de la emperatriz, de que la visitara en Bajae, lo que, debido a su avanzada edad, se resistía a hacer. También habría de procurarle ciertos cosméticos que, por su calidad, sólo podían encontrarse en Massilia. Por último, le confió un escrito para que se lo entregase allí a otra persona con el fin de que lo llevase a las islas Baleares.

Matías estaba encantado, se sentía muy importante. Ante todo, lo alegraba que el viaje fuese por mar, en el yate privado de Lucía llamado *Gaviota azul.* Como Lucía tenía interés en que liquidase sus asuntos cuanto antes, Matías se contentó con despedirse de su padre por carta. Josef había regresado a Roma para no suscitar recelos por su prolongada estancia en Bajae. La respuesta del padre alcanzó a Matías poco antes de zarpar. Josef le rogaba que buscase en Massilia un ejemplar lo bastante fiable y bueno de la *Ciencia marítima* de Phyteas de Massilia, del que sólo conocía copias defectuosas.

Aunque no pudo ver a su padre el azar quiso que se despidiese de Cecilia. Hacía tiempo que no la veía. No se había atrevido a buscarla y, sin embargo, frecuentaba los lugares donde pensaba poder encontrarla. Ella había hecho lo mismo. Sea como fuere, los rostros de ambos se iluminaron al encontrarse un día antes de su partida.

Cecilia se mostró displicente y levemente sarcástica, como siempre.

—De modo que tienes un honroso encargo —dijo—. Buscarle ciertos perfumes a la ama Lucía. Pero supongo que su peluquero también podría hacerlo, e incluso mejor que tú.

Matías contempló el liso rostro de la hermosa muchacha y replicó muy sereno:

—¿Por qué dices esas tonterías, Cecilia? Sabes perfectamente que no viajo a Massilia únicamente por el perfume.

—Mucho me extrañaría —insistió Cecilia, belicosa— que se tratase de algo más importante. Pues, siguiendo el ejemplo de tus pavos, te gusta exhibir todo lo que pueda adornarte.

Matías le replicó, siempre con la misma tranquilidad:

—¿Me hace falta pavonearme ante ti, Cecilia? ¿Debo jactarme ante ti de la estima que me profesa la emperatriz?

Se acercó a ella, la miró a la cara con sus jóvenes ojos profundos, inocentes, y le dijo:

—Si yo fuera el mequetrefe del que tanto te divierte burlarte no te dignarías tratar conmigo. Hablemos seriamente, Cecilia. Mi misión en Massilia, por muy insignificante que sea, me mantendrá alejado de ti por un tiempo. Permite que conserve de ti la imagen que me mostraste en tus mejores horas.

Y, acercándose aún más y amortiguando la grave voz, aunque sin reprimir su entusiasmo, pronunció, casi sin querer, estas palabras:

—¡Cecilia, eres magnífica! ¡Tu rostro es adorable cuando no lo desgarras con tu sarcasmo y tu malicia!

Cecilia fingió no creerle.

—No son más que palabras —dijo coqueta—. Sólo la amas a ella, a la emperatriz.

—¿Y quién no la amaría? —asintió Matías—. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? Adoro a la emperatriz, la amo como amo a mi padre. Es decir… —quiso rectificar sinceramente— no de la misma forma, pero algo parecido. A ti en cambio, Cecilia…

—Ya lo sé —le interrumpió Cecilia, celosa y un tanto ofuscada—, a mí no me idolatras. Te burlas de mí. No soy más que una chiquilla y una tonta. Vosotros los judíos sois tan orgullosos, tan engreídos. Orgullo de mendigo es el vuestro.

—¡Dejemos a un lado a judíos y romanos! —le suplicó Matías—. Te lo ruego, Cecilia.

Tomó su mano, una mano blanca e infantil, y la besó, y besó el brazo desnudo. Ella lo rechazó sin

apartarse; él era mucho más alto que ella, la abrazó, casi la alzó del suelo; ella se resistió, pero después, de pronto, se relajó y respondió a sus besos.

—¡No te marches ahora, Matías! —le rogó en voz baja, angustiada—. ¡Deja que sea otro quien vaya a buscar los perfumes! ¡Envía a otro judío!

—¡Ah, Cecilia! —fue todo lo que dijo Matías abrazándola con más fuerza y un deseo aún mayor. Al principio ella lo aceptó, pero después se zafó de su abrazo.

—Cuando regreses —le prometió, e insistió—: ¡Ven pronto!

Poco después Mesalino visitó de nuevo el Albano. Entregó al emperador la copia de una carta.

La carta decía lo siguiente: «Lucía a su Domitila. Sin duda habréis oído hablar, querida, de la suerte de vuestros adorables hijos. Pero al considerar que los muchachos residirán en el Palatino y no en el Albano quizá vuestra dicha se haya empañado. Os escribo para liberaros de esa preocupación. Os prometí en su día que no permitiría que su educación se latinizara en exceso, y haré todo lo que esté en mi mano para que sus corazones no se resequen en la estricta atmósfera del Palatino. Por lo demás, querida Domitila, tengo razones para esperar que, tras la adopción de los muchachos, muy pronto se os llamará. Pero hay algo que debo rogaros: ¡olvidad cualquier intento por influir desde vuestra isla en el destino de los chicos! No hagáis nada, querida, y no temáis por vuestros hijos aunque ahora se llamen Vespasiano y Domiciano. ¡Confiadlos a vuestra Lucía, y cuidaos!».

El emperador leyó la carta con detenimiento. Sintió una ira incontenible. No porque Lucía se cartease con Domitila a sus espaldas, pues no había esperado otra cosa, e incluso lo había deseado. Lo que lo indignó fue su frase sobre los «corazones que se resecan en la estricta atmósfera del Palatino». Su Lucía, la que tan bien lo conocía, se atrevía a escribir aquello. Se atrevía a escribirlo después de las noches que habían pasado juntos.

Releyó la carta varias veces.

—¿El amo y dios ha leído el escrito? —preguntó por fin el ciego con su voz dulce y sosegada. El emperador le replicó con una ira sorda:

—¿Por qué me has traído este papel? ¿Acaso quieres calumniar a Lucía? ¿Te atreves a afirmar que lo que consta en esta mierda de papel son sus palabras?

—No he traído —respondió Mesalino sin perder la calma— esta copia a Su Majestad porque quiera inculpar a la persona que ha escrito, o que pudiera haber escrito, la carta original. Pero en una entrevista que Su Majestad tuvo a bien concederme no hace mucho creí entender que el amo y dios Domiciano profesa un interés particular por el mensajero encargado de hacer llegar el manuscrito original a su destinataria.

Domiciano se acercó bruscamente a Mesalino y lo miró a la cara con tanta expectación como si el ciego pudiese percibir su mirada. Se sentía impulsado por una feliz intuición.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

—El joven ayudante de la emperatriz, Flavio Matías —respondió Mesalino.

Domiciano respiró aliviado. Pero se cuidó de no revelar su profunda y vergonzosa satisfacción.

—¿Qué habéis hecho con el original? —le preguntó fríamente.

—El original —le informó éste— permaneció apenas media hora en nuestras manos, exactamente lo que tardamos en copiarlo. Después, antes de que el joven Matías se percatase de ello, se lo devolvimos. La carta está ahora en el yate *Gaviota azul,* como estaba previsto, y seguramente ahora va camino de la isla Balear, incluso es posible que haya llegado ya a su destino.

Domiciano le preguntó entonces, y esta vez se le quebró la voz:

—¿Y Matías? Si no me equivoco, la emperatriz lo ha enviado a Massilia. ¿Dónde se encuentra ahora?

—El joven Flavio Matías —le explicó Mesalino— ha sido honrado por Su Majestad con varios encargos menores. Debe procurarse ciertos cosméticos, buscar al gran oculista Charmis y, seguramente, traerlo consigo a su vuelta, y resolver un par de asuntos más en Massilia. Expresé la opinión de que los encargos de la emperatriz requerían gran cuidado y precisión y me he ocupado de que Flavio Matías permanezca largo tiempo en Massilia.

—Interesante, querido Mesalino, muy interesante —dijo el emperador, un tanto ausente en opinión de aquél—. Massilia —siguió diciendo, siempre con la misma expresión ausente, y le soltó un discurso no muy pertinente sobre la ciudad—. Una colonia muy interesante —afirmó— y muy apropiada para retener por mucho tiempo a un joven ávido de conocimientos. Ha logrado helenizar la Galia mi buena ciudad de Massilia, tiene varios templos bellísimos dedicados a la Artemisa de Éfeso y al délfico Apolo. Es una isla pura, no adulterada, del helenismo en el centro mismo de un mundo bárbaro. También rigen allí, si mal no recuerdo, ciertas interesantes costumbres populares —y de este modo siguió perorando unos minutos de forma aparentemente inconexa.

Mesalino no le replicó. Sabía exactamente que el emperador no deseaba un comentario; el emperador sólo quería ocultar sus pensamientos, y esos pensamientos no se referían desde luego a las extrañas costumbres de la ciudad de Massilia.

Y así era, en efecto. Mientras hablaba, la mente del emperador estaba muy lejos de dicha ciudad. Lucía, pensaba, Lucía. He sacrificado tanto por ella, he pecado contra Júpiter y contra mis nuevos hijos por su causa, le he prometido indultar a esa Domitila, y así me lo paga. En el Palatino, bajo mi influjo, se resecan los corazones según ella. Y de pronto, bruscamente, se interrumpió y comenzó a silbar para sí con poco tino. El sorprendido y divertido Mesalino reconoció la melodía: era ese cuplé de la última sátira: «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar».

Mesalino seguía decidido a no interrumpir los pensamientos del emperador. Éste, en cambio, despertó súbitamente de su ensueño; se había dejado llevar, había perdido el hilo. Al menos el ciego no podía leer sus sentimientos en su rostro. Trató de dominarse y, como si nada hubiera ocurrido, como si no hubiera habido una pausa y un largo silencio, le dijo fríamente:

—¿Estás totalmente seguro de lo que dices?

—No tengo ojos para ver —replicó Mesalino—, pero, en lo que se le alcanza a un ciego, estoy totalmente seguro.

Está claro que Mesalino sabe cuánto lo conmueve esa noticia; a pesar de su ceguera divisa su interior mucho más profunda y peligrosamente de lo que lo hiciera Norban. Pero, a pesar de ello, el emperador no siente ante él el menor rastro de odio o de flaqueza.

—Lo has hecho muy bien —admite por fin—, y te doy las gracias.

Mesalino se alejó muy satisfecho. A solas, Domiciano reflexiona sobre lo que le acaba de referir. Curiosamente, no siente ningún rencor hacia Lucía; al contrario, casi le está agradecido por lo que ha hecho. Pues ahora ya no hay forma de comprobar si Domitila tiene intención de interferir en los asuntos de los cachorrillos, y esa prueba de lealtad era la condición indispensable del indulto prometido. Del escrito de Lucía se deduce además que también ella achaca a su protegida, Domitila, la intención de poner a los muchachos en contra del emperador y censor. Y con ello queda dispensado de cumplir su promesa ante Lucía, ante sí mismo y ante los dioses. En cuanto a la propia Lucía; no olvidará lo que le ha hecho, pero pospondrá la resolución del asunto. Lucía es como es, en cierto sentido no es la única responsable. Antes bien, la conciencia de que debe protegerla y buscar toda clase de argumentos en su defensa le procura una leve satisfacción. Ni siquiera le dirá lo que sabe de ella. Se guardará el asunto para sí. Nadie debe saber que él, el dios, ha sido engañado por esos tres: por Lucía, Domitila y Matías; engañado y traicionado, él, su generosísimo benefactor. Basta con que lo sepa el ciego. Respeta mucho a los ciegos. En realidad, Lucía y el ciego son las únicas personas que aprecia. Que Lucía siga entregándose a la falsa, infundada y cándida alegría de poder engañarlo; a la postre será él quien la engañe. Y que el ciego, su fiel servidor a quien debe agradecimiento, se regocije en su noche con la idea de compartir un secreto con el amo del mundo.

Pero ¿qué hará con los otros dos, con Domitila y con el joven que ha osado llevar semejante carta a la isla? Debe acabar con ellos, eso es seguro; pero su castigo llegará sigilosamente, de lo oscuro, y nadie conocerá su causa.

Domitila. La exilada. Su padre Vespasiano tuvo que indultar en una ocasión, contra su voluntad, a alguien: a Helvid el Viejo, el padre. Pero Vespasiano, hombre afortunado y precavido como era, tuvo suerte incluso en eso: el indultado murió antes de conocer la noticia de su perdón. También él, Domiciano, demostrará una vez más que es un hombre de suerte y un hombre precavido. Perdonará a Domitila y lo anunciará a bombo y platillo ante Lucía y el mundo entero. Y si la pobre Domitila no llega a conocer su suerte es asunto suyo y no de él.

Y, por lo que se refiere al joven Matías, también a él lo alcanzará un oscuro sino, no un castigo. Tal vez llegue a explicarle algún día a Josefo por qué tuvo que eliminarlo, pues el dios Yahvé y su siervo no deben pensar que se ha ensañado con el joven sin motivo alguno, por inquina al dios. Pero, a excepción del judío Josefo, Mesalino y él mismo, nadie conocerá los móviles. Para los demás debe tratarse de una desgracia que les arrebata al bello paje de la emperatriz.

Las Neptunalias no eran una fiesta muy importante. Sólo un monarca que venerase la tradición aceptaría la molestia de trocar por su causa el frescor estival por el sofocante calor de la ciudad.

Durante tres días el emperador dirigió los festejos. Después, al cuarto, invitó a Josef al Palatino.

La invitación cayó sobre éste como un rayo. Si el emperador había tardado tanto en preparar su venganza por el recital, cuán temible debía de ser. Será una hora infausta, Josef tendrá que hacer acopio de todo su valor. Hubo épocas en que incluso ansió su perdición, pues deseaba ardientemente dar testimonio de su causa con su muerte. Pero ahora, en el cenit de su felicidad, lo espantaba la idea de que le arrancasen

la vida.

El emperador lo recibió sin embargo relajado y alegre, sin el menor asomo de ira o de esa temible afabilidad que todos los que le conocían temían más que su fiereza. Su amabilidad era la de alguien algo disperso.

—¿Qué tal le va a vuestro Matías? —le preguntó al rato. Josef le contó que la ama y diosa Lucía lo había enviado a Massilia—. Cierto —pareció recordar el emperador—, en la nave *Gaviota azul.* Massilia, una hermosa ciudad.

Y de nuevo comenzó a hablar de sus particularidades, incluso le costó no dejarse llevar por su necio parloteo como le ocurriera con Mesalino.

—En cualquier caso, querido Josefo —dijo, deteniéndose—, me parece bien que vuestro Matías vea algo de mundo. Y los encargos que debe realizar allí para la emperatriz no le robarán demasiado tiempo. Creo que debe hacerse con ciertos perfumes y cosméticos y convencer al médico Charmis para que lo acompañe a su regreso. Importantes negocios.

A Josef le extrañó que el amo del mundo tuviera conocimiento de las intrascendentes tareas que debía realizar su Matías en Massilia.

—Es un gran honor, y sin duda extraordinario —bromeó—, que los ojos de Su Majestad sigan a mi Matías con tanta atención.

—¿Llegasteis a verlo antes de su partida? —preguntó el emperador.

—No —replicó Josef.

—En realidad, podría haber pasado por Roma para embarcar luego en Ostia —opinó Domiciano—. Pero a la emperatriz le pareció que sus asuntos eran de la mayor importancia, y tenía prisa. Por cierto que le tiene un gran aprecio, lo he constatado yo mismo. Desde luego es un chico simpático, de buenos modales; me ha agradado mucho. Será cosa de familia que nosotros, los Flavios, y vosotros sigamos tan estrechamente unidos.

Era en verdad extraño ese vínculo que ataba a los Flavios a Josef y su prole. Pero éste no supo cómo interpretar la observación del emperador, no supo qué responder; se sentía sumamente incómodo.

—¿Lo amáis mucho, a vuestro hijo Matías? —prosiguió el emperador.

Josef le replicó, parco:

—Sí, lo amo. Supongo —agregó— que ya estará de regreso en Italia. Tengo ganas de verlo de nuevo.

—Por fortuna —dijo el emperador lentamente, mirándolo de frente con sus ojos saltones y expresión soñadora— acabamos de celebrar las Neptunalias, y yo mismo he participado en ellas. De esta forma hemos hecho todo lo posible para que Neptuno le conceda un feliz viaje.

Josef creyó que el emperador bromeaba y esbozó una sonrisa; pero aquél le dedicó una mirada tan seria, casi siniestra, que se le congeló.

Durante la comida, sin embargo, el emperador se mostró particularmente animado. Habló del escrito de Josef contra Apión. El libro probaba que Josef se había librado por fin de su falsa y distinguida objetividad cosmopolita con respecto a su propio pueblo.

—Por supuesto —añadió—, todo lo que ahora aportáis en defensa de vuestro pueblo resulta igual de infundado y subjetivo que lo que vertieron en su contra vuestros odiados griegos y egipcios. A pesar de todo, os felicito por el libro. Vuestros antiguos ideales de fusión y cosmopolitismo no eran más que quimeras, tonterías. Yo, el emperador Domiciano, me quedo con ese saludable nacionalismo.

Aunque sus desdeñosas observaciones pareciesen más una increpación que un elogio, Josef las escuchó con agrado. Lo aliviaba que el emperador le hablase de sus libros y no de su hijo.

Tras la comida Domiciano continuó hablando de literatura. Se tumbó en el diván, perezoso, y expuso sus ideas. Josef se preguntaba nervioso qué querría de él; se decía que había esperado ya tanto que sin duda podría esperar una hora más, pero se sentía desfallecer. Después, de pronto, Domiciano le ordenó que le recitase de nuevo su *Salmo del valor.*

Josef se sobresaltó. Por fin estaba claro que el emperador lo había llamado para vengarse de él por su atrevimiento.

—Confío en que comprenderéis, querido Josefo —le explicó el emperador—, que entonces no estaba preparado, no sabía que ibais a leer esos versos. Son versos un tanto extraños, y en aquella ocasión no pude apreciarlos enteramente. De modo que os estaría muy agradecido si me permitierais escucharlos de nuevo.

Todo en Josef se rebelaba contra ese deseo. Fuesen cuales fuesen las intenciones del romano, él no se sentía en absoluto inclinado a recitar esos versos. Ese día no los sentía, se le figuraban ajenos y consideraba indigno fingir e interpretar la farsa que aquel malvado deseaba escenificar a su costa.

—Su Majestad —replicó por tanto— me demostró entonces de forma palpable que no le había agradado

mi salmo. ¿Para qué irritar de nuevo vuestros oídos?

Pero Domiciano insistió. Se había propuesto escuchar de nuevo las insolentes palabras de boca de ese siervo de Yahvé; se trataba de su declaración de guerra y deseaba conocer el texto. Impaciente, egoísta, le espetó:

—¡Recitadme los versos!

Josef tuvo que obedecer. Recitó los versos, irritado, sin entusiasmo alguno ni convicción; se trataba de palabras sin contenido.

> Por eso digo:
> Salve al hombre que se hace reo de muerte
> por decir la palabra que le dicta su corazón…
> Por eso digo:
> Salve al hombre al que no puedes forzar
> a decir lo que no es.

Vio la mirada que le dirigía el emperador, una mirada escrutadora, pensativa, maligna; quiso rehuirla, pero entonces vio su propia cara reflejada en el revestimiento de las paredes, por todas partes su propia cara y la del emperador, los ojos del emperador y su propia boca abriéndose y cerrándose. Se sintió como un farsante y el contenido de su *Salmo del valor* se le antojó una farsa. ¿Para qué decir la verdad ante un mundo que no desea escucharlo? Hace siglos que los hombres vienen proclamando la verdad sin lograr con ello más que su propia perdición.

Domiciano lo escuchó atentamente hasta el final. Entonces repitió con aire soñador:

—Salve al hombre que dice lo que es. ¿Por qué salve? Los dioses ya revelan lo que es en los misterios, y no quieren que se repita incesantemente y ante cualquiera. Lo que proclamáis en vuestros versos, querido, suena muy bien, y es interesante, pero si se analiza detenidamente no son más que insensateces.

Escrutó a Josef como si se tratase de una de sus fieras enjauladas.

—Qué curioso —dijo meneando la cabeza— que se os llegase a ocurrir algo tan extraño. «Salve al hombre que proclama su verdad».

Y durante unos instantes continuó moviendo lentamente la cabeza.

—¿Así que amáis mucho a vuestro Matías? —le espetó retomando su anterior conversación. El *Salmo del valor,* Matías… un terrible pánico asaltó a Josef.

—Sí, lo amo —replicó angustiado.

—¿Y, naturalmente, queréis que haga carrera? —continuó preguntándole—. Sois ambicioso. Tenéis ciertos planes para él.

Josef le respondió precavido:

—Sé que no merezco las muestras de benevolencia que me ha concedido el amo y dios Domiciano, así como sus antecesores. Pero he tenido una vida llena de sobresaltos, y eso quiero ahorrárselo a mi hijo. Cuando me vaya deseo que disfrute de cierta seguridad.

Y así era; pues todos los sueños de fama y de gloria que había concebido en torno a su hijo lo abandonaron de pronto en ese cruel instante, y tan sólo quería tenerlo de vuelta, junto a él, y sacarlo de Roma tan pronto como pudiera, llevarlo a Judea, seguro y en paz. En su interior rogaba a su dios que en esa terrible hora le diese la fuerza necesaria para encontrar las palabras adecuadas y salvar a su hijo.

—Interesante, muy interesante —respondió entre tanto el emperador—. De modo que eso es lo que ansiáis para vuestro Matías, paz y seguridad. ¿Y os parece que educarlo en palacio es la mejor forma de alcanzar ese objetivo?

Fue un duro golpe para Josef que su enemigo hubiese encontrado de inmediato su punto más débil, su falta. Pues precisamente ése era su pecado: haber lanzado a su hijo por ese peligroso camino. Buscó penosamente qué responderle.

—A la emperatriz le cayó en gracia —dijo finalmente—. ¿Debí negarme cuando me pidió que entrase a su servicio? No habría sido capaz de semejante irreverencia.

Pero Domiciano había entrevisto el punto débil de su enemigo, el siervo de Yahvé, y no estaba dispuesto a dejarlo en paz.

—Si no lo hubierais deseado —dijo reprendiéndolo con el dedo, que se multiplicó en las paredes reflectantes— habríais encontrado el modo. Tenéis planes para él —insistió—, sed sincero, ¡admitidlo! ¿Cómo, si no, lo habríais enviado a servir a la emperatriz?

—Es natural que un padre tenga planes para su hijo —admitió Josef, y se sintió débil y vacío.

—¿Veis? —dijo Domiciano satisfecho, y siguió hurgando en la herida—. En una ocasión me dijisteis que pertenecíais a la estirpe de David. Habéis reconocido tener ciertos planes para vuestro hijo, ¿jamás se os ha ocurrido pensar que tal vez sea él, vuestro hijo, el Elegido, vuestro Mesías?

Con los labios lívidos y la garganta seca, Josef le replicó:

—No, jamás lo he pensado.

Domiciano había creído que sería una tarea ingrata enfrentarse al judío, una tarea que sólo había aceptado para justificarse ante Yahvé. Pero al ver la cara de Josef, esa cara enjuta, torturada, dejó de parecerle un penoso tormento y sintió un placer enorme, salvaje y cruel mientras aguardaba lo que haría, cómo se comportaría aquel hombre, cómo se alteraría su rostro, qué palabras pronunciaría cuando supiese lo que le había ocurrido a su hijo. Los ojos del emperador ansiaban verlo, sus oídos ansiaban escuchar el grito del enemigo herido, de ese odioso ser que le había soltado a la cara todas esas insolencias y que había engatusado a su Lucía.

Y continuó hablando, pensativo, sopesando cuidadosamente cada palabra:

—Si jamás llegasteis a insinuar a vuestro hijo que podría ser el Elegido de vuestro Yahvé, sí que habéis hostigado su amor propio de otros modos, o tal vez os entendiese mal, o quizás es que vuestro dios le insufló desde el principio una ambición desmedida.

Josef escuchaba sus palabras con penosa expectación.

—Soy muy necio —dijo—, o tal vez tenga un mal día y mi cerebro esté anquilosado, pero no sé cómo interpretar las palabras de Su Majestad.

Y, siempre con la misma calma implacable, Domiciano continuó:

—Sea como fuere, está bien que sea eso lo que deseáis para vuestro Matías, paz y seguridad.

Con el corazón y la garganta atenazados por el dolor, Josef le rogó:

—Os estaría eternamente agradecido si condescendierais a dirigiros a un padre acongojado con la claridad que necesita para entender.

—Sois muy impaciente —le reprendió Domiciano—, sois tan impaciente que atentáis contra el respeto que le debéis a vuestro regio amigo. Pero estoy habituado a tener que perdonar, precisamente con vos no he hecho más que derrochar indulgencia. Por lo cual bien puedo hacerlo ahora. ¡De modo que escuchadme, impetuoso! Se trata de lo siguiente: vuestro Matías se ha involucrado en una empresa enormemente ambiciosa. Creo, confío y creo poder adivinarlo ahora en vuestra cara, estoy convencido de que no sabéis nada de todo ello. Y eso me alegra por vos. Pues se trata de una empresa arriesgada y no la ha culminado con éxito. Lamentablemente, también era ilícita.

—¡Tened compasión de mí! —le rogó Josef con voz queda, pero rota por el dolor—. ¡Tened compasión de mí, mi amo y dios Domiciano! ¿Qué le ha ocurrido a mi Matías? ¡Decídmelo, os lo ruego!

Domiciano lo miró con la misma curiosidad serena y objetiva con que estudiaba a los animales de sus jaulas y a las plantas de sus invernaderos.

—Ha realizado los encargos de la emperatriz en Massilia —dijo— tal y como se le encomendaron, y lo ha hecho bien, demasiado bien.

—¿Y ha salido ya de Massilia? —preguntó Josef conteniendo la respiración—. ¿Dónde está ahora?

—Ha embarcado —respondió el emperador.

—¿Y cuándo estará de vuelta? —lo atosigó Josef—. ¿Cuándo podré verlo?

Y, al ver que el emperador se limitaba a sonreírle con una sonrisa lenta, queda, compasiva, Josef perdió todo recato y le espetó, movido por un horror infinito, insensato:

—¿Es que no va a regresar?

Con los ojos fijos en el emperador se le aproximó, incluso llegó a rozar la túnica imperial. Domiciano, a quien repugnaba cualquier contacto con un extraño y lo consideraba como la más atroz irreverencia, se retiró suavemente.

—Tenéis más hijos, ¿no? —le dijo—. ¡Ahora, mi judío, podréis demostrar que vuestros versos sobre el valor son algo más que palabras!

—He tenido un *único* hijo, y ya no está.

Josef repetía estas palabras, absorto:

—¿De modo que no regresará? —Farfullaba de tal modo que resultaba casi imposible entender sus palabras, pero el emperador sí las entendía, y se deleitaba con la caída de su enemigo.

—Ha sufrido una desgracia —dijo con voz amable, compasiva—. Ha tenido una caída. Hizo una infantil apuesta con uno de los timoneles del barco. Treparon por un mástil, por lo que parece, y él se cayó. No pudieron salvarlo. Se rompió el cuello.

Josef se quedó petrificado, sus ojos aún pendían atónitos de los labios del emperador. Éste esperaba oír

un grito, pero no hubo ninguno; en cambio vio cómo se distendía de pronto la cara de Josef y comenzaba a musitar, a abrir y cerrar la boca como si tratase de hablar y no fuese capaz de componer ni una palabra.

Domiciano saboreaba su triunfo. Tenía frente a sí a un hombre al que los dioses habían golpeado; todos los dioses, incluso el suyo, Yahvé. Él, Domiciano, había hecho bien, por tanto; había ganado una importante batalla al dios Yahvé con sus propias armas, con inteligencia y, a pesar de todo, de forma justa, intachable, de modo que no pudiera reprocharle nada. Siguió hablando confiado y, sin embargo, recalcando y regodeándose en cada palabra:

—Vos debéis saberlo, mi Josefo. No es casual que vuestro hijo Matías haya sufrido una desgracia. Ha sido un castigo. Pero yo no soy vengativo, soy clemente, y una vez fallecido no pienso pedirle cuentas. Por eso no debe saber nadie que tuvo que morir por su crimen. Deben creer que ha sido un accidente lo que os ha arrebatado a vuestro hermoso, joven y adorable hijo Flavio Matías. Y, para que veáis que os quiero bien, escuchad: lo enterraremos como si realmente hubiese sido el Elegido; será una ceremonia regia, como si vuestro rey David hubiese sido un romano.

El emperador no tuvo la dicha de observar el efecto que causaban en su enemigo su orgullo y su generosidad, pues parecía que Josef no era capaz de atender sus benévolas y excelsas palabras. Más bien mantenía la vista clavada en él con una mirada vacía, imbécil, y su boca seguía musitando. De pronto, se desplomó.

Pero Domiciano no había terminado de hablar y no pensaba guardarse sus palabras, y como no podía decírselas a Josef despierto se las dijo al desvanecido.

—Vuestros doctores me explicaron que llegará el día. Pero habéis de saber, Josefo, que mientras vos y yo vivamos ese día no llegará.

Una tarde, poco después de esa conversación, un breve, negro y ceremonioso cortejo llegó a la casa de Josef. Le traía el cadáver de Flavio Matías, fallecido mientras servía a la emperatriz al caerse de un mástil a bordo de la nave *Gaviota azul.* Los embalsamadores de la ciudad de Roma eran excelentes, y Domiciano había llamado a los más encumbrados expertos del ramo. Con pomadas, especias, y seguramente también con maquillaje, habían logrado que el cadáver que dejaron en la casa de Josef pareciese hermoso y casi incólume. Ahí tenía la huesuda cabeza juvenil, con el pelo negro y brillante cuidadosamente peinado, la cara de siempre y sin embargo distinta, pues toda su viveza procedía de los ojos y esos ojos permanecían cerrados. Y, si al verlo por última vez Josef pensó que la hermosa cabeza de su hijo reposaba sobre un cuello infantil, ahora le pareció que la nuez sobresalía en él más prominente y viril que nunca.

Josef volcó con sus propias manos los muebles de la habitación y amortajó al hijo que había regresado. Se sentó junto a él bajo la trémula luz de una lámpara de aceite. A su lado, sobre la cama volcada, yacía el hijo.

Josef se había transformado en esos últimos meses de bonanza; se había convertido en un hombre que rehuía sus propios abismos. Ahora, de pronto, se abrían de nuevo, su alma gritaba desesperada, no había modo de escapar. Al morir su hijo Simeón-Janiki se sintió desgarrado por mil sentimientos dispares. Sintió dolor y se sintió culpable, pero también se justificó y acusó a Dios y al mundo. Pero ahora, junto al cadáver de su hijo Matías, sólo siente una cosa: asco y odio hacia sí mismo.

No odia al emperador. Éste no ha hecho más que eliminar a un joven por sus pretensiones al trono; como emperador está en su justo derecho. Incluso ha procedido con cierta delicadeza. Podría haber hecho desaparecer el cadáver entregándolo al mar y a los peces, y pensar en su hijo muerto flotando sobre las aguas sin sosiego se le antoja una visión aterradora. El emperador ha sido magnánimo, sí, le ha entregado al muerto, incluso lo ha adornado para él y lo ha ungido con olorosas pomadas, su bueno, su generosísimo emperador. No, sólo hay un ser contra el que debe dirigir todo su odio, todo su honor, y ése es él mismo: Josef ben Matatías, Flavio Josefo, el loco, el vanidoso que no por envejecer ha ganado cordura, y que ha mostrado a su hijo el camino que lo llevaría a la perdición.

Josef se hundió ante el cadáver de Matías mucho más que antaño al morir Simeón-Janiki. Esta vez no había nada que meditar o interpretar, esta vez era él el único responsable. Si no hubiera proclamado por pura vanidad intelectual que descendía de la estirpe de David Matías aún viviría. Si no le hubiese retenido movido por su estúpido orgullo de padre, si le hubiese dejado marchar a Judea con Mara, aún viviría. Si no le hubiera enviado a servir a Lucía por pura vanidad, Matías aún viviría. Era su orgullo, su vanidad lo que había acabado con Matías.

Se ha excedido más allá de toda medida. Ese Cesarión, que el gran César no pudo recrear con su propio hijo, él quiso tenerlo en su Matías, pequeño mono que imita al gran hombre. Todo lo que ha hecho en su

vida lo ha hecho por vanidad. Por vanidad marchó a Roma siendo joven, por vanidad se hizo pasar por profeta y le anunció a Vespasiano que subiría al trono, por vanidad se convirtió en cronista de la casa Flavia y se dio a conocer como heredero de David. Por vanidad escribió esa engañosa, elegante y objetiva *Historia Universal,* así como el apasionado y eficaz escrito contra Apión. Y ahora ha matado a su hijo Matías por vanidad.

Como Jacob a José, así ha amado a Matías, con un amor insensato. Y, al igual que aquél regalara a José la brillante túnica que despertó la envidia de sus hermanos, así envolvió él a Matías en un brillo reprobable. Y como le fue anunciado a Jacob: «Desgarrado, desgarrado está tu hijo José», le comunicó a él el enemigo: «Tu querido hijo ha perecido». Pero el padre Jacob no había incurrido en otra culpa que su desmedido amor, mientras que él, Josef ben Matatías, carga con un terrible pecado. Y si aquel muchacho, José, siguió con vida aunque solo y abandonado en lo más hondo de un pozo, su Matías yace ante él muerto, con un brillo cerúleo, maquillado, y con esa nuez prominente; ningún hálito de vida anima su pecho, no hay ninguna esperanza de salvarlo.

Así pasó la noche, una breve noche de verano, y al amanecer acudieron muchos a despedirse del fallecido Flavio Matías. Todos sabían que el emperador estaba muy afectado por la desgracia que había acabado con la vida del protegido de Lucía; circulaban románticas historias sobre su vida y su final, se hablaba mucho de la belleza y el atractivo del joven. Y, así, un interminable cortejo de personas pasó por la sala con los muebles volcados donde yacía el fallecido Matías. Gentes interesadas, curiosas, fatuas. Venían para no perder la oportunidad de agradar al emperador, venían para ver el cadáver, para mostrar su dolor, para expresar sus condolencias. Toda Roma desfiló ante el cadáver. Josef, sin embargo, se mantuvo alejado, encerrado en lo más recóndito de su casa, en cuclillas en el suelo, descalzo, con el pelo revuelto y las vestiduras rasgadas.

Acudieron Marullo y Claudio Regino, y también el anciano Cayo Barzaarone, que pensó cuán poco le faltaba para yacer así; acudió el senador Mesalino y permaneció largo rato ante el cadáver mostrando un respetuoso interés sin que nadie fuese capaz de imaginar lo que sentía; acudió también el cuidador de pavos Anfión, que lloró amargamente, y acudió la joven Cecilia. Tampoco ella se refrenó, las lágrimas le corrían por el rostro liso, luminoso; lamentaba haberse burlado de Matías, haberse resistido a sus abrazos y hacerlo esperar.

Acudieron también los dos príncipes, Constancio y Petronio, o más bien Vespasiano y Domiciano, como se llamaban ahora. Se demoraron un tiempo ante el cadáver, muy serios, acompañados por su preceptor Quintiliano. Les habían reservado un sitio especial; había un enorme gentío aguardando tras ellos, la calle estaba atestada de gente que aún quería ver al muerto. Pero los gemelos no se dieron prisa; ni siquiera se movieron cuando Quintiliano les animó, amablemente, a marcharse. Contemplaban el rostro yerto de su queridísimo amigo. Estaban habituados a la muerte; aunque, eran muy jóvenes habían visto morir a muchos, y pocos lo habían hecho tranquilamente en su lecho. Su padre había sufrido una muerte violenta, así como su abuelo y su tío, y por muy sereno y pacífico que pareciera el semblante de su amigo Matías intuían, estaban persuadidos de que una mano se había abatido sobre él, una mano que conocían muy bien. Eso era lo que pensaban junto a la cama volcada; no lloraban, parecían muy serenos, y, excepto porque no hubo forma de apartarlos de su lado, Quintiliano no encontró nada reprochable en su actitud. Sólo al final, antes de marchar, el más joven no pudo refrenarse y realizó un gesto infantil y reprobable: sacó de su manga una pluma de pavo y se la puso al muerto en la mano para que, cuando llegase abajo, tuviese con qué alegrarse.

La desgracia que había caído sobre Josef sobrecogió a los judíos de la ciudad de Roma; pero a su temor se añadió una leve satisfacción. Lo que ahora abatía a Josef era un castigo merecido de Yahvé. Ellos le habían advertido: no era bueno que alguien subiera tan alto y se jactase como lo hizo Josef. Había hecho mucho por ellos, pero también les había causado graves padecimientos; era un hombre ambiguo, peligroso; lo sentían ajeno, siniestro, y humildemente alababan a su dios, tan justo, que le advertía de esa manera para que se mantuviera dentro de sus límites.

Tal y como prescribe la Ley se mostraron dolidos, interesados, le enviaron los cestos de mimbre con el plato de lentejas propio del duelo. Fueron a consolarlo, mas no lamentaron que no se dejase ver. También era un castigo de Yahvé que su arrogancia le impidiese aceptar el consuelo.

Durante todo ese día en que Roma entera desfiló ante el cadáver de su hijo Josef permaneció encerrado sin ver a nadie. Fue un día largo; no ansiaba otra cosa que la noche, en que tendría a su hijo de nuevo para él. Pero al atardecer llegó alguien a quien se vio obligado a recibir: el primer correo del emperador, un

funcionario de primera categoría que deseaba hablar con Josef en su nombre.

El amo y dios Domiciano deseaba brindarle un entierro suntuoso a Flavio Matías, fallecido mientras cumplía órdenes de la emperatriz. Quería erigir una pira funeraria como si se tratase de un miembro de la familia imperial.

A pesar de la habilidad del correo para presentar los mensajes del emperador de la forma más adecuada, en esa ocasión no le resultó fácil por lo mucho que lo impresionó el aspecto de Flavio Josefo. Lo había visto un par de días antes, cuando éste visitó al emperador en el Palatino. Entonces contempló a un hombre en su mejor momento, radiante, capaz de hacer un buen papel en la residencia imperial. Y ahora tenía ante sí a un viejo judío desaliñado, sucio, sin afeitar.

Sí, allí lo tenía, desvalido, ajado, falto de palabras. Pues se sentía desgarrado. Lo que ahora pretendía el enemigo era la burla más brutal e insolente que cabía imaginar. Al mismo tiempo se figuró que su hijo, que tanto amara el lujo, habría deseado un enterramiento tan magnífico y que no le perdonaría que renunciase a tal honor. De modo que calló largo rato, y cuando el correo se decidió a preguntarle respetuoso qué debía comunicar al emperador respondió con vaguedades, con frases que no afirmaban ni negaban. El correo estaba atónito. ¿Qué clase de hombre era ése? ¡Osaba vacilar cuando su amo y dios Domiciano le hacía objeto de un honor sin parangón! Pero, precisamente porque Domiciano quería honrarlo de ese modo, el cortesano no se atrevió a importunarlo y se retiró inquieto y meditando si el emperador no descargaría sobre él su ira por tan extraño comportamiento.

A solas, Josef siguió indeciso. Escuchaba en sí voces contradictorias. Tan pronto se decidía a aceptar el ofrecimiento de Domiciano como se decía que con ello no haría sino darle la razón, negando su causa. Pero entonces veía el rostro de su hijo y sentía como si Matías anhelase ese honroso fuego que iluminaría su última aparición ante el mundo. No sabía qué hacer.

Al día siguiente recibió a sus amigos más íntimos, Claudio Regino y Juan de Giscala. Seguía en cuclillas, con el pelo revuelto, los pies descalzos, la ropa desgarrada y la mente ofuscada, aniquilada el alma; sus amigos se sentaron junto a él. Si la noche anterior se había sentido como Jacob, lamentándose por la pérdida de su hijo predilecto, ahora era Job, a quien venían a consolar sus amigos. Pero también era bueno, que su consuelo se ciñese al práctico consejo; tampoco habría tolerado la condolencia o una compasión descarada.

Y, así, se limitaron a discutir un problema práctico que debía solventarse ese mismo día: el asunto del enterramiento. ¿Qué debía hacer Josef? Si aceptaba la oferta del emperador violaba uno de los preceptos básicos de los doctores. Desde tiempos ancestrales, desde que enterraron a Abraham, a Isaac y a Jacob en la cueva Majpela, les estaba prohibido a los judíos reunirse con sus padres de otro modo que no fuera a través de la tierra, y a Josef le parecía una desfachatez incinerar a su hijo. Pero si lo enterraba al modo judío y rechazaba la pira del emperador, ¿no atraería su cólera, que caería sobre todos los judíos?

Claudio Regino, el pragmático, tomó la palabra.

—Un muerto es un muerto —dijo—, no nota si lo incineran o si lo entierran. Fuego o tierra, tan inocuo es lo uno como lo otro, y tan poco lo regocijarán ambos como la pluma de pavo que el joven y amable príncipe le ha entregado. No puedo concebir que su alma tenga ojos, o incluso una piel, capaces de ver o percibir cómo disponemos de su cuerpo. Y los otros reparos no son más que sentimentalismos. Yo no soy judío, pero quizá por eso puedo evaluar qué ventajas e inconvenientes tiene esta decisión para vuestro pueblo. Dejadme, pues, que os diga que este pueblo vuestro tendrá que pagar caro o, al menos tendrá que renunciar a ciertas ventajas, si tomáis en serio sus supersticiones y su necedad. Si se trata de defender la libertad de los judíos es necesario que aceptéis la propuesta de DDD. Pues el fulgor de esa pira iluminará al judaísmo entero, y el judaísmo, que hace tiempo que avanza a tientas, precisa ese brillo.

—Así es —dijo Juan de Giscala mirando a Josef con sus pícaros ojos grises—. Y, por lo que respecta a vuestras objeciones, doctor Josef, he de deciros que no soy un sabio como vos, e ignoro si una vez muertos sentimos algo o no. Mi corazón ni asiente ni niega. Pero si vuestro Matías pudiera sentir algo allá donde se encuentra sin duda se sentiría feliz de saber que el fuego que quema su cuerpo calienta al judaísmo entero. Y, por lo demás, considero —continuó con una expresión aún más afable y burlona— que el brillo de ese fuego le complacería sobremanera, pues amaba el brillo.

A Josef lo conmovió oír aquello. El brillo que le ofrecía el emperador beneficiaría al judaísmo, y no había forma mejor de honrar la memoria de su hijo que aceptarlo. A pesar de todo le repugnaba pensar en la pira funeraria de Domiciano. Y es que su Matías no era romano; precisamente había muerto por haber querido hacer de él un romano.

Entonces se le ocurrió una idea muy arriesgada. El emperador quería honrar al muerto, luego se sentía en deuda con él. Pero si quería honrar al muerto no debía satisfacer su propio capricho, sino los de aquél.

Matías sería enterrado en suelo judío, tal y como conviene a cualquier judío, pero su enterramiento debía tener la suntuosidad que el emperador le había concedido. Josef lo trasladaría personalmente a Judea, y el emperador debía brindarle los medios. Que pusiera a su disposición una de sus naves ligeras, una liburna, una de esas estrechas naves de guerra pilotadas por escogidísimos remeros. Así quería llevar a su hijo a Judea, y allí deseaba enterrarlo.

Así se lo dijo a los amigos. Éstos lo miraron y se miraron entre sí, sin decir nada.

Entonces Josef habló con voz iracunda y provocadora:

—Vos, mi Claudio Regino, sois el hombre más indicado para transmitir mi petición al emperador. ¿Querréis hacerlo?

—No, no quiero —respondió Claudio Regino—, no es un asunto agradable.

Pero en el instante en que Josef se aprestaba a replicarle algo agregó:

—No obstante, lo haré. Ya he aceptado bastantes misiones desagradables en mi vida por amistad. No habéis sido un amigo cómodo, doctor Josef —refunfuñó.

El barco de guerra *El vengador,* una liburna, pertenecía a la categoría más alta de veleros rápidos. *El vengador* tenía tres hileras de remeros, era bajo y puntiagudo, ligero y veloz, y a cada golpe de remo avanzaba dos veces su longitud. La marina imperial poseía noventa y cuatro embarcaciones como ésa. *El vengador* no era la más grande; su desplazamiento de agua no superaba las diecinueve toneladas, su eslora medía cuarenta y cuatro metros, y tenía un calado de 1,7 metros. Lo propulsaban ciento noventa y dos esclavos.

Habían preparado a toda prisa y, sin embargo, cuidadosamente, todo lo necesario para el transporte del cadáver, incluyendo a un embalsamador. Pero no fueron necesarios sus servicios; el tiempo era favorable, el barco navegaba con viento propicio, y las noches frescas permitían mantener el cadáver en la cubierta superior; durante el día lo protegía un toldillo.

Josef permanecía sentado junto a él, solo. Prefería las noches al día. Soplaba una fuerte brisa y pasaba frío al avanzar a esa velocidad. El cielo era profundo, breve la luna, muy negra el agua con franjas de espuma que refulgían tímidamente. Y Josef seguía junto al cadáver, y sus pensamientos iban y venían como las olas y el viento.

Era una huida, y su enemigo, que no era estúpido, le había cedido su nave más veloz de forma que pudiese huir lo más deprisa posible. Huía vergonzosamente de la ciudad de Roma a la que con tanto arrojo y tan seguro de sí llegara hacía ahora treinta años. Ha permanecido allí una generación entera, durante una generación ha luchado convencido de tener la victoria al alcance de la mano. Ha llegado el final. Ignominiosa derrota y huida. Huir, escapar, evadirse rápida e indignamente en el barco que el propio enemigo pone a su disposición con burlona y afable celeridad. Allí, junto a él, tiene lo que ha obtenido de una generación de luchas: el cadáver de un joven. Ha ganado un hijo muerto, tal es el precio por una generación de arrogancia, de superación, de pesar, de humillaciones y engañosa fama.

¡Cómo vuela el barco, el barco con el irónico nombre de *Vengador,* la insigne nave, la veloz! ¡Cómo baila sobre el agua! *El vengador.* Ahí tiene, pues, Matías el veloz barco que deseaba para su regreso a Judea, el más extraordinario y rápido que pudiera imaginar. Un honor para su hijo, que gozó de honores tanto en vida como al morir. Un gran honor que le brinda su amigo el emperador. Para él, para su Matías, se esfuerzan, encadenados a sus bancos, esos remeros, un, dos, un dos, sin detenerse nunca; es para él para quien golpea el oficial marcando el ritmo; para él se hinchan las velas artísticamente dispuestas; para él se abre camino sobre las negras aguas la nave, la mejor del emperador romano, orgullo de la ingeniería naval.

Y ¿a qué se debe? ¿Quién puede saberlo? También su Matías preguntaba sin cesar: ¿por qué? Con su profunda y adorable voz lo preguntaba con infantil ademán; y, sin querer, Josef imita su profunda y amada voz y pregunta al viento en medio de la noche, con su voz: ¿Por qué?

¿Hay alguna respuesta? Sólo una, la respuesta que daban antaño los doctores cuando tropezaban con un problema verdaderamente arduo. Tras discutir, debatir, parlotear, examinar y rechazar, en el momento en que todos aguardaban ansiosos la solución respondían: sigue siendo un problema, difícil, sin respuesta, sin dirimir, *kaschja.*

Kaschja.

Y, sin embargo, no es cierto. Sí hay una respuesta. Alguien encontró una respuesta hace un par de centurias, y ellos lo rechazaron por su respuesta, y por esta respuesta no quisieron admitir su libro en el canon de las Sagradas Escrituras. Su respuesta no es *kaschja.* Su respuesta es clara y firme, es la respuesta acertada. Cada vez que Josef sufre una conmoción tropieza en su fuero interno con la respuesta de ese viejo

sabio, el predicador, Cohelet, que se ha posado en lo más profundo de su alma, y allí la tiene de nuevo, y es la respuesta acertada.

«Conocí que cuanto hace Dios es permanente, y nada se le puede añadir, nada quitar. Lo que es, eso fue ya; y lo que fue, eso será. Otra cosa he visto bajo el sol: que en el puesto del derecho está la justicia, y en el lugar de la justicia está la prevaricación. Por eso me dije: Dios juzgará al justo y al injusto, porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra. Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerles ver y conocer que de sí son como las bestias; porque una misma es la suerte de los hijos de los hombres y la suerte de las bestias, y la muerte del uno es la muerte de las otras, y no hay más que un hálito para todos, y no tiene el hombre ventaja sobre la bestia, pues todo es vanidad. Todos van al mismo lugar; todos han salido del mismo polvo, y al polvo vuelven todos. ¿Quién sabe si el hálito del hombre sube arriba y el de la bestia baja abajo, a la tierra?».

Así lo había sentido él, así lo sintió en su corazón, con la misma certeza con que debió sentirlo en su día Cohelet; así lo pensó entonces mientras velaba el cuerpo de su hijo Simeón-Janiki. Y después, más tarde, no había querido pensar más en ello y se rebeló y lo olvidó. Pero ahora Yahvé se lo recordaba por segunda vez con dureza, sarcasmo y acritud, y lo reconvenía como a un alumno descarriado. Ahora puede grabárselo en el corazón, debe grabárselo diez, veinte veces, como le ordena el gran maestro. «Todo es vanidad, apacentarse de viento». Recuérdalo, Josef ben Matatías, grábatelo con sangre diez, veinte veces, tú que quisiste ignorarlo, tú que trataste de enmendar a Cohelet. Llegaste tú y quisiste refutar las viejas doctrinas con tus hechos y tus obras, con tu *Guerra de los judíos* y tu *Historia Universal* y tu *Apión.* Y hete aquí ahora, en esta nave que avanza sobre el nocturno mar movido por el viento llevando contigo lo único que te queda: tu hijo muerto. ¡Viento, viento, apacentarse de viento!

La fina luna estaba ahora más alta; la cara enjuta y maquillada de Matías irradiaba un leve y pálido brillo.

¿Y qué le dirá a Mara cuando se presente por segunda vez ante ella para anunciarle: muerto está el hijo que me encomendaste?

Quedamente se lamentó al viento de la noche:

—¡Ay de mi hijo Matías, el bendito, el abatido, mi predilecto! Un gran fulgor rodeaba a mi hijo, y era agradable a los ojos de todos, y todos le amaban, los gentiles y los elegidos. Yo en cambio lo colmé de vanidad y acabé por matarlo a causa de mi vanidad. ¡Ay, ay de mí y de ti, mi buen hijo, mi hermoso hijo, bendito, glorioso, mi hijo abatido, Matías! Te di una lujosa túnica como Jacob a su José y te envié a la muerte como Jacob a su hijo José, a quien amaba con un amor inmenso, ridículo y lleno de vanidad. ¡Ay de mí, ay de ti, mi hijo bienamado!

Y pensó en los versos que había escrito, en el *Salmo del ciudadano del mundo* y en el *Salmo del yo,* y en el *Salmo del soplador de vidrio* y en el del valor. Y sus versos se le antojaron vacuos, y sólo le pareció sensata una cosa: la sabiduría de Cohelet.

Pero ¿de qué le valía saberlo? De nada le valía, su dolor no era menor por ello. Y siguió lamentándose en la noche, y su llanto ahogó el rumor del viento.

Los oficiales, marineros y remeros pensaban que era un tipo siniestro ése que transportaba por mar un cadáver. Una misión desagradable, ésa que les había encomendado el emperador. Temían que el judío estuviera maldito por los dioses, temían que los dioses enviasen alguna desgracia a su insigne nave. Suspiraron aliviados cuando avistaron la costa de Judea.

Al recibir la noticia de la muerte de su favorito, Matías, Lucía trató de conservar la calma para resguardarse de la sospecha que no tardó en alzarse ante ella. Al principio pensó en acudir a Roma de inmediato. Pero conocía el carácter desmedido de Josef; sin duda pensaría en una argucia y en un crimen, sin examinar, sin sopesar, y no quería contagiarse de la vehemencia de sus sentimientos. Quería mantener la serenidad, quería formarse un juicio certero antes de emprender acción alguna. Escribió una carta a Josef llena de dolor, de compasión, amistad y consuelo.

Pero el correo que debía entregarle el escrito regresó con la noticia de que Josef se había embarcado para llevar el cadáver del muchacho a Judea.

A Lucía no le molestó que Josef no se hubiera dirigido a ella al abatirse sobre él la desgracia que también era suya; que no le hubiera permitido ser partícipe de su dolor, que no le hiciera llegar ni una palabra. Pero de pronto le pareció ajeno a ella ese hombre que se dejaba llevar por completo, que no conocía medida ni norma alguna, cuyo dolor era tan egoísta como su fortuna. No comprendía cómo había permitido que se le acercase tanto ese ser tan desaforado. Lo que hubo entre ellos podía haber continuado

desarrollándose y florecer; ahora, en cambio, su repentina partida lo aniquilaba todo. Era un infeliz, infeliz en su tozudez; atraía la desgracia con su furor y su imagen del pecado. Casi prefirió que hubieran roto sus relaciones de ese modo.

No se atrevía a determinar si Domiciano había cometido otro crimen. Se encontraba en Bajae, y él en Roma; no quería verlo mientras la atormentasen las dudas; no quiso hablarle, pues no quería que le impidiese discernir claramente si era culpable. Si lo era, vengaría a Matías.

Recibió de Domiciano un escrito moderadamente afable. Domitila, le comunicaba, había dejado efectivamente de inmiscuirse en los asuntos de los jóvenes príncipes. De modo que, para su satisfacción, se veía en situación de cumplir sus deseos. Había encomendado al gobernador de Hispania oriental la tarea de anunciarle el indulto a Domitila. De modo que pronto podría recibir a su amiga en Roma.

Lucía respiró aliviada. Se alegró de no haber acusado precipitadamente a Varriguita del asesinato de Matías.

Dos semanas después, al referirle las noticias de la mañana, su secretario le anunció que la princesa Domitila había sufrido una muerte espantosa. Había predicado en su isla el evangelio de cierto Cristo crucificado de acuerdo con las doctrinas de los mineos, una secta judía. Se dirigió ante todo a los nativos de la isla, íberos medio salvajes que habitaban en casas más parecidas a las cuevas donde moran los animales que a viviendas humanas. En una ocasión, al regresar con su doncella de una colonia semejante, un puñado de esa chusma rapaz las siguió para atacarlas, robarles y matarlas. Ello ocurrió tras enviar el gobernador de Hispania oriental un correo que debía comunicarle su indulto. El emperador había mandado crucificar a uno de cada diez miembros de la tribu a la que pertenecían sus asesinos.

El luminoso y valiente rostro de Lucía se turbó al escuchar la noticia; dos profundos surcos aparecieron en su frente infantil, sus mejillas se motearon por la ira. Interrumpió el relato del secretario y dio orden de preparar su partida de inmediato.

Aún no sabía lo que haría. Sólo sabía que le arrojaría a Domiciano su ira a la cara. Por mucho que la hubiera irritado siempre conservó algo parecido al respeto por sus modos salvajes, estrictos; no se había extinguido del todo el amor que le inspiraban su orgullo, su vehemencia, su locura, lo extraordinario de ese hombre. Pero ahora sólo era capaz de ver en él a un animal pérfido y sanguinario. Si había eliminado a Domitila sólo por haberle prometido su indulto, también fue su dura garra la que había abatido al muchacho, al joven, ingenuo y luminoso Matías. ¡Ah, no le faltarán orgullosas y grandilocuentes palabras para justificarse! Pero esta vez no la engañará. Ha asesinado al muchacho por todo lo bueno que había en él, sencillamente porque era como era, o quizá sólo porque era de su agrado. Y también a Domitila la había asesinado por su causa, como un niño malvado que rompe el juguete predilecto de otro. Todo eso se lo dirá a la cara; si no lo hiciera se ahogaría. Le arrojará a la cara toda su rabia, todo su asco.

Partió de inmediato hacia Roma.

Domiciano había experimentado una honda satisfacción en su conversación con Josefo. Al rechazar éste su propuesta de enterrar al muchacho con toda pompa se limitó a sonreír. No lo ofendió la insolencia de Josefo; no hacía más que demostrar que había atacado a su oponente en su punto más débil. Ver a Claudio Regino exponerle el insensato ruego del judío constituyó, quizá, la culminación de su triunfo. Pues ahora podría mostrarse, además, generoso, y probar que lo que había hecho no iba dirigido contra el dios Yahvé. El emperador Domiciano tuvo que castigar la falta del muchacho Matías, mas al favorito del dios Yahvé le reservaba los mayores honores. Y esbozó una amplia sonrisa, alegre y a un tiempo siniestra, cuando supo que, de toda su flota, sólo cabía disponer de la nave *El vengador,* que Josefo se valdría de *El vengador* para trasladar a Judea a su hijo muerto. ¡Navega, Josefo, mi judío, navega en mi preciado barco, el más veloz! ¡Que tengáis buen viento tú y tu hijo, navegad, marchaos! Huido, desaparecido, lejos está ya Catilina.

Pero cuanto más lejos sentía al enemigo, cuanto más se alejaba de Roma la liburna *El vengador,* y con ella el muerto y el vivo, más se apagaba su alegría. Se volvió extrañamente perezoso, rehuyendo cualquier acción. Ni siquiera se animó a realizar el corto viaje hasta el Albano y permaneció en la ardiente Roma.

Poco a poco afloraron sus viejas dudas. Había hecho bien en eliminar a Flavio Matías: era reo de alta traición, y él, el emperador, no sólo tenía el derecho, sino la obligación de castigarlo. Pero su enemigo el dios Yahvé es un ser taimado, ingenioso. El ingenio del hombre no puede derrotarlo. Sabrá cómo justificar su ira ante el acto del romano: haberle arrebatado al retoño de David, el Elegido. Él también tiene buenos argumentos. Pero ¿le valdrán de algo ante el dios enemigo? Todo el mundo sabe lo vengativo que es ese dios Yahvé, y cuán siniestro, y cómo cae su mano certera sobre cualquiera.

¿Qué puede recriminarle el dios Yahvé? Su favorito, el enviado de Yahvé, Josef, se atrevió a lanzarle a la

cara el infame *Salmo del valor* ante todo Roma. Y ese mismo enviado de Yavhé incitó a Lucía a mantener relaciones de amistad con él y a desafiarlo al ensalzar su misión ante los ojos de todos. Pero no fue su deseo de venganza lo que lo llevó a deshacerse de Matías. No quería herirlos. Que así ocurriese fue una consecuencia natural del ejercicio de la función sagrada que le habían encomendado los dioses. No, no les guardaba rencor ni a Josef ni a Lucía; más bien les tenía simpatía. No había sido él el causante de sus desgracias, sino los dioses, los hados, y él, su amigo, ansiaba sinceramente procurarles consuelo.

A pesar de todo no pudo librarse de la vaga sensación de ser culpable y, como era usual en él, trató de deshacerse de esa culpabilidad achacándosela a otro. ¿Cuál fue el origen de aquel hecho? Todo comenzó el día en que Norban le presentó a los descendientes de David. Norban lo hizo con un propósito muy concreto. El emperador había olvidado cuál, pero una cosa era segura: Norban le había entregado conscientemente el primer eslabón de la cadena, una cadena que desembocaba en la muerte del muchacho. Si había algún culpable era Norban.

Pero Domiciano se cuidó muy mucho de constatar esta sospecha o de extraer conclusiones de ella. Sentado ante su tablilla no surgían más que espirales y círculos al pensar en su ministro de policía, y jamás palabras, ni siquiera letras; y esos círculos y espirales correspondían a los pensamientos del emperador. Pero si alguna vez mencionaba a Norban, ante otros o ante sí mismo; se limitaba a decir: «Mi Norban, el más fiel entre los fieles».

Cuando Lucía llegó al Palatino encontró a Domiciano recluido en su despacho; había ordenado que no se le molestase. Pero Lucía insistió tanto en verlo de inmediato que el gran chambelán Xantias terminó por anunciarla. Temía que el emperador lo reprendiese, pero éste permaneció tranquilo e incluso pareció que se alegraba de verla.

Naturalmente, Domiciano temía que Lucía intuyese algo sobre el verdadero final de Matías y de Domitila. Pero una vez más su Norban había hecho un excelente trabajo; había testimonios intachables tanto del accidente que le costó la vida a Matías, como del asesinato de Domitila a manos de los salvajes íberos. Y, si era capaz de justificarse exteriormente, aún más fácil le resultaba hacerlo ante su propia conciencia. Matías era reo de alta traición, y no dudaba de la necesidad de eliminar a Domitila para preservar las almas de los muchachos, sobre todo después de conocer el contenido de la ilícita misiva.

Pero, al ver a Lucía prorrumpir en la estancia, alta, furiosa, indignada hasta en el último pliegue de su vestido, su seguridad se esfumó. Siempre se amedrentaba ante ella, y también en esa ocasión sintió la impotencia de sus argumentos. Pero tal debilidad no duró más que una fracción de segundo. Después volvió a ser el Domiciano de siempre, y con dulces y afables palabras le expresó su pesar por la maldición que les había arrebatado a sus queridos amigos.

Pero Lucía no lo dejó terminar.

—Esa maldición —dijo dirigiéndole una mirada adusta— tiene un nombre: Domiciano. ¡No mientas, calla, no digas nada! No estás ante el Senado. ¡No trates de justificarte! No hay justificación válida para lo que has hecho. No te creo ni una frase, ni una palabra, ni un hálito. Tal vez puedas engañar a tu conciencia, pero no a mí. Y esta vez ni siquiera eso. ¡Has cometido una vileza, una cobardía! Has asesinado al muchacho sólo porque te gustaba; porque incluso tú reconociste la inocencia y la pureza que emanaba de él, y porque no podías tolerar algo así cerca de ti. Por pura y mezquina envidia. ¡Y Domitila! ¡Tú mismo dijiste en una ocasión que no había hecho nada! ¡Puaf! ¡Tu alma está emponzoñada! ¡No te acerques a mí, no me toques! Siento asco de mí misma cuando pienso que he llegado a acostarme contigo.

Domiciano había retrocedido y se apoyó en su escritorio, sudando.

—Sin embargo, lo disfrutaste, querida Lucía —dijo esbozando una mueca—. ¿O no? Yo al menos he tenido muchas veces la manifiesta impresión de que te gustaba.

Lo que el expresivo rostro de Lucía manifestaba ahora era un enorme asco, y poco a poco la mueca fue desapareciendo del rostro carmesí de Domiciano, que por un instante palideció. Pero después recuperó, no sin esfuerzo, su sonrisa, y continuó:

—Debiste sentir un afecto realmente grande por el muchacho —meditó en voz alta con cierto sarcasmo —. Y, en cualquier caso, me resulta interesante, muy interesante, lo que me has revelado sobre la historia de nuestras relaciones.

—Sí —respondió Lucía, ya más serena, y esta serenidad hacía que su desdén fuese aún más acre—, es interesante la historia de nuestras relaciones. Pero ahora ha terminado. Me dejé seducir por ti, te he amado. Diez veces, cientos de veces hiciste cosas contra las que se rebelaba todo mi ser, y una y otra vez me dejé convencer. Pero ahora se ha acabado, Varriguita —y esta vez su «Varriguita» no sonó cómico, sino amargo, cínico—. Se ha acabado —repitió recalcando levemente el «acabado»—. Lograste convencerme en innumerables ocasiones, eres tenaz, lo sé muy bien, y no renuncias fácilmente a un proyecto. Pero te

recomiendo que te habitúes a la idea de que todo ha terminado entre nosotros. Soy impulsiva en mis decisiones, pero me atengo a ellas, bien lo sabes. Mis palabras nunca son ambiguas como las tuyas. Me despido de ti, Domiciano. Me asqueas, hemos terminado.

Cuando Lucía se marchó transcurrieron unos minutos antes de que se borrase de la cara acalorada de Domiciano la expresión de turbación y sarcasmo tras la que había pretendido ocultar su ira. Sus ojos miopes seguían fijos en el lugar que ocupara, en sus oídos aún resonaba el eco de sus palabras. Después, poco a poco, su rostro se distendió y se puso a silbar mecánicamente la melodía del famoso cuplé: «Hasta un calvo puede hacerse con una beldad / si tiene con qué pagar».

Se sentó a su escritorio, cogió el estilete dorado y pergeñó algo en la tablilla de cera: círculos y garabatos, garabatos y círculos.

—Hmm, hmm —se dijo—, interesante, muy interesante.

Así que lo despreciaba. Más de uno le había dicho ya que lo despreciaba, pero no habían sido más que palabras, gestos impotentes; era inconcebible que un mortal lo despreciase a él, el amo y dios Domiciano. De todos los mortales, sólo se lo creía de Lucía.

Por un instante dejó que la idea calara en su mente: lo había abandonado. Así pues, interponía un abismo entre ellos. Ese abismo le hacía daño, la frialdad de ese corte se hundía dolorosamente en su carne. Pero después trató de zafarse, se irguió y aceptó que su determinación era irrevocable y que, por tanto, no tenía ningún sentido lamentar lo ocurrido. Sólo había que sacar las consecuencias pertinentes.

Lucía se ha liberado de él, ha renunciado a su protección. Ya no es la mujer que le pertenece, sino la enemiga, la traidora. Ha querido abandonarlo, llamar a Domitila a pesar de que nadie debía saber mejor que ella que Domitila intentaría ejercer una influencia perniciosa en sus hijos. Ya eso podía considerarse alta traición. También se ha carteado con ella, ha tratado de engañarlo para que creyese en la moderación de Domitila y pudiera, una vez cerca y sin trabas, convencerlos para que abjuraran de la religión del Estado. No cabe duda, alta traición. Lucía es una criminal, ha de precipitar el trueno sobre ella.

Decidió quedarse en Roma.

También Lucía permaneció en Roma, a pesar de que el mes de agosto de ese año fue particularmente caluroso. Quizá no regresó a Bajae para no ver la casa y el jardín, que le traerían recuerdos de Matías.

Los príncipes Vespasiano y Domiciano le presentaron sus respetos acompañados por su preceptor Quintiliano. Los últimos acontecimientos le brindaron la oportunidad de inculcarles el lema estoico: «¡No pierdas el juicio en épocas difíciles!». Pero no tuvo necesidad de convencerlos de nada, se mantuvieron serenos, no se lamentaron, sus rostros permanecieron impasibles, rígidos. Eran más hijos de Domitila que de Clemente, auténticos Flavios. Aún no habían recorrido más que una pequeña parte del camino, pero ese camino estaba cuajado de muertos. Debían aceptar la paternidad del hombre que había enviado a su verdadero padre, y seguramente al amigo, al Hades, y a la madre al exilio. Debían vivir a su lado y sólo se les permitía hablar quedo y mediante insinuaciones de lo que más les importaba. El hombre que los llamaba hijos era el hombre más poderoso del mundo, y en ellos recaería un poder inimaginable. Pero se sentían más impotentes que los esclavos que trabajaban en las minas, pues éstos podían hablar de lo que gustasen, podían lamentarse, mientras que ellos, los hijos del emperador, deambulaban en un universo más lúgubre y oscuro que la misma mina, y el sarcástico lujo que los rodeaba no era capaz de ocultar esa oscuridad; únicamente en sueños les era dado despojarse de las máscaras que debían cubrirlos.

Cuando supieron que Lucía había regresado a Roma se sintieron muy aliviados. Pero al verla de nuevo los paralizó la presencia de Quintiliano. Lucía comprobó consternada lo mucho que habían cambiado, cuán distintos eran al vivir en el Palatino. Todo era diferente allí, o quizás ocurriera que sólo ahora era capaz de verlo. No supo qué decirles, los tres buscaban afanosos qué decirse, y el hábil Quintiliano los ayudó más de una vez a superar alguna embarazosa pausa. Pero al fin Lucía no pudo soportarlo más.

—¡Venid aquí —dijo—, no os hagáis los valientes! ¡Sed Constancio y Petronio, y llorad por Matías y por vuestra madre!

Y con estas palabras los abrazó, y olvidaron la presencia de Quintiliano y se entregaron a dulces y tristes recuerdos de Matías y a veladas acusaciones.

Tras ese encuentro Quintiliano habría preferido mantener a sus pupilos alejados de la emperatriz, pero los muchachos se negaron. Domiciano, que, lento como era, no había decidido aún cuándo dejaría caer el rayo sobre Lucía, no quería llegar a una ruptura declarada, de modo que se acordó que los príncipes verían a Lucía cada seis días.

La vida en el Palatino era triste y peligrosa, y el terrible bochorno de aquel verano la hacía aún más

insoportable.

Incluso la ciudad se percató de que la situación de Domiciano era cada vez más difícil, y se rumoreó intensamente sobre los malos presagios que se sucedían. En una ocasión, en ese mes cuajado de tormentas cayó un rayo en el dormitorio de Domiciano, y en otra la furia del vendaval arrancó de cuajo la tablilla de su columna triunfal. Los disgustados senadores consideraron oportuno hacerse lenguas de tales sucesos y varios astrólogos afamados declararon que el emperador no sobreviviría al próximo invierno.

Domiciano ordenó enterrar el rayo que había caído en su dormitorio, como prescribía la costumbre, e hizo grabar la inscripción de la columna en el zócalo de modo que ninguna tormenta pudiera borrarla jamás. Norban apresó a uno de los augures; en la cámara de torturas admitió haber sido sobornado por uno de los senadores de la oposición para proclamar lo incierto abusando de su arte. El senador fue condenado al exilio y ejecutado el adivino.

Pero estos presagios no mermaron la simpatía que le profesaban las masas. Se sentían seguros bajo su mandato. Su comedida política exterior comenzaba a dar frutos. Había abandonado su costosa obsesión por la guerra y por alimentar su prestigio, lo que repercutió en el bienestar del país; los gobernadores no se atrevían a esquilmar a las provincias más que moderadamente. Tampoco olvidaban las grandes fiestas y ofrendas que había organizado Domiciano. El pueblo estaba satisfecho con su gobierno, pero los nobles y las clases pudientes lo odiaban. Lamentaban la libertad perdida y el régimen despótico y arbitrario al que se veían sometidos, y había quien se inflamaba de ira al ver el odiado y arrogante rostro del emperador.

Por ejemplo, el viejo senador Corell. Desde que cumpliera treinta y tres años padecía de gota. La abstinencia logró moderar sus sufrimientos por un tiempo, pero últimamente la enfermedad había afectado a todo su cuerpo, desfigurándolo, y sufría unos dolores insoportables. Era un estoico célebre por su valor, sus amigos se extrañaban de que no pusiera fin a sus padecimientos.

—¿Sabes —le susurró en una ocasión a su amigo más íntimo, Segundo—, sabes por qué me domino y soporto esta horrible existencia? He jurado que sobreviviré a ese perro de Domiciano.

Domiciano se burlaba de los malos augurios. Los interpretaban mal, no querían decir nada, bastaba con abrir los ojos para ver cuán afortunado era su gobierno y cómo crecían el bienestar y la satisfacción de su pueblo. Pero era un hombre excesivamente realista para no notar que, a pesar de todo, el odio se extendía en torno a él. Y, con el odio, su misantropía y su miedo.

Se siente terriblemente solo; a su alrededor todos lo traicionan, se venden. Hasta Minerva se ha marchado de su lado, y Lucía ha acabado por abandonarlo. ¿Quién le queda, en realidad?

Pasa revista a los rostros de sus amigos, de sus seres más próximos. Ahí están Marullo y Regino. Pero no son más que ancianos temblorosos, y ni siquiera sabe si puede contar con ellos tras la muerte de Matías. También está Annius Bassus: ése es más joven, y fiable, sin duda. Pero es un necio, un simple soldado, inservible para los sutiles asuntos que trama su fino entendimiento. Y si no ha podido hacerse entender por Lucía a pesar de sus esfuerzos, ¿quién lo entenderá? Norban, quizá. Pero Norban ha ido demasiado lejos, ha visto en el amo y dios Domiciano más de lo que es lícito ver. Y, por otra parte, fue Norban quien puso en sus manos el primer eslabón de la peligrosa cadena. Norban es el más fiel entre los fieles, pero también ha terminado con Norban.

En verdad, sólo queda uno: Mesalino. ¡Qué bendición que los dioses lo hayan cegado! Ante los ojos muertos de Mesalino el amo y dios Domiciano puede descubrir su rostro sin temor, sin pudor. Al ciego Mesalino le es dado conocer lo que ningún otro puede saber. Al menos tiene a alguien en el mundo con quien sincerarse sin que deba temer lamentarlo más tarde.

Domiciano se ha encerrado en su gabinete, pero no está solo, con él, en torno a él están su misantropía y su miedo. ¿Por qué todo eso? ¿Por qué está tan solo? ¿A qué tanto odio? Su pueblo es dichoso, Roma es grande y poderosa, más poderosa y dichosa que nunca. ¿Por qué ese odio en torno a él?

Sólo puede haber un motivo: la hostilidad de ese dios Yahvé. No acepta la reconciliación ese dios. A pesar de sus precauciones sin duda ha logrado, con ese espíritu leguleyo tan oriental, descubrir algo en el suceso de la muerte del muchacho que le da derecho a proceder contra el emperador romano. Seguramente es la venganza de ese dios Yahvé lo que le impide disfrutar de la paz que merece.

¿Es que no hay ningún medio para acallar a ese dios y aplacar su ira?

Hay un medio. Le sacrificará el hombre que ha instigado la muerte del muchacho, el hombre que le puso en la mano el primer eslabón de la cadena, su ministro de policía Norban. Es un gran sacrificio, pues Norban es el fiel entre los fieles.

Continúa ante su tablilla. Pero esta vez no dibuja círculos y garabatos, esta vez consigna nombres. Pues si envía a su Norban al Hades no le dejará recorrer solo el oscuro camino, sino que irá acompañado.

Lentamente hunde el estilete en la cera, con gran pulcritud escribe un nombre tras otro. Ahí está el tal

Salvius que osó conmemorar con un festejo a su tío muerto, el emperador Otón, el enemigo de los Flavios por antonomasia. El estilete se recrea grabando el nombre de Salvius en la cera. Ahí está el escritor Dídimo, que en su celebrada historia de Asia Menor había dejado caer insinuaciones que no le gustaron nada. Añade el nombre a su lista y entre paréntesis agrega: «Así como el editor y los escribas». Después, y este nombre lo escribe muy deprisa, viene Norban. Debajo escribe muchos otros sin pensar. A continuación, tras vacilar unos instantes, añade el nombre de Nerva: es un senador entrado en años, que ronda ya los setenta, moderado, precavido, no puede imputarle falta alguna; pero precisamente por ser tan sereno y reflexivo la oposición se congrega en torno a él. Domiciano lee los nombres, hace un buen papel en esa lista. Y sólo entonces escribe lentamente, con cuidado, deteniéndose en cada letra, el nombre de Lucía. Para terminar, como éste no debe ser el último, hace que otros nombres insignificantes cierren el cortejo.

Ha estado muy concentrado en su lista. Ahora que la ha concluido respira con alivio, alza la vista y se siente como tras una victoria. Se levanta, se estira, sonríe, y la cara de Domiciano le devuelve la sonrisa en los espejos de las paredes. Si el dios oriental encontró un argumento para atacarlo, ahora él lo ha invalidado. Le ha sacrificado a su Norban. Ahora habrá de darse por satisfecho, tiene que dejarlo en paz.

A última hora de la tarde cenó con los príncipes. Estaban solos; ni siquiera los acompañaba Quintiliano, que había ido a la casa de un amigo para asistir a un recital. El emperador llevaba algún tiempo mostrándose quisquilloso e irritable incluso con los muchachos, pero ese día, en esa comida, su primo y padre, el amo y dios Domiciano, estaba de un humor excelente. Disfrutaba conversando con ellos. No eran conscientes de lo que le debían, de lo que había hecho para aliviar en algo la carga que los aguardaba.

Los chicos lo miraban serios, pero ese día él no quería saber nada de su seriedad ni de sus penas. Bien, habían perdido a su madre en las últimas semanas. ¡Pero qué madre tan escuálida, reseca, impotente y medio loca! ¡Y qué padre tan grande, tan poderoso, regio y divino habían encontrado en su persona, capaz de poner a sus pies todo su esplendor y sus riquezas! No tenían razón para poner esa cara, y se esforzó por animar a los jóvenes comensales, excesivamente recatados para su gusto. Aún conservaba cierto sentido del humor, un tanto ácido y sin embargo atractivo. Se esforzó por ser amable, se mostró deferente en homenaje a su tierna edad, aun tratándolos como a adultos; les facilitó una respuesta cortés, y terminaron por sonreír afables ante sus bromas.

No, no, esa noche no era exactamente un dios, sino muy humano en ese intento de confraternizar con ellos. Les preguntó por sus entretenimientos predilectos. El príncipe Domiciano le contó cosas sobre los pavos que criaban en Bajae; comenzó con gran entusiasmo, pero después, ante cierta mirada de su hermano, también él recordó a Matías y se fue apagando hasta enmudecer. El emperador pareció no advertirlo, anotó algo en su tablilla, y pasó a hablar de sus propios caprichos y debilidades.

—Me encanta —les confió— sorprender a las personas, tanto en lo bueno como en lo malo. Adoro las determinaciones que cuajan lentamente y la acción súbita que desencadenan. A veces una sorpresa así me cuesta mucho tiempo y esfuerzo.

Vespasiano le dijo entonces:

—¿Y os salen bien siempre esas sorpresas, mi amo y padre?

—Por lo general, sí —respondió Domiciano. Su hermano observó a continuación:

—Habláis como si estuvierais preparando una nueva sorpresa, mi amo y padre.

—Quizá sea verdad —replicó el emperador, jovial y parlanchín.

Los niños levantaron la vista hacia él; en su mirada había temor, odio y curiosidad. Parecía halagarlos que el amo del mundo les hablase con tanta confianza.

—¿Lo veis? —prosiguió el emperador, deleitándose con la expectación que había despertado en ellos—. Os sorprende que vuestro padre os hable, así, sin más, de las sorpresas que prepara. Y eso que lo que pienso hacer no es tan abstruso. Cuando lo haya hecho todos pensarán que era lo más natural. Y, sin embargo, llegará como el delfín que surge de pronto de las tranquilas aguas.

Entonces el mayor de los hermanos, Vespasiano, tuvo un arranque de valor y le preguntó:

—¿Acaso morirá alguien a causa de vuestra sorpresa, mi amo y padre?

Domiciano levantó la vista y lo miró receloso, sorprendido ante tanta insolencia. Pero luego se echó a reír, pues él mismo había dado pie a la pregunta por su familiaridad, y, medio en broma, le replicó:

—Cuando los dioses nos ponemos a bromear no siempre salen bien parados aquéllos con quienes lo hacemos.

Cuando Domiciano les dejó marchar se dijeron:

—Ha planeado un nuevo golpe, el carnicero… Ha de ser una sorpresa y, sin embargo, algo natural… ¿Quién queda aún por matar? ¿Nosotros mismos?… Eso no sería ni una sorpresa ni natural.

Domiciano se había retirado a su dormitorio, como solía hacer en los últimos tiempos después de comer,

y los aposentos imperiales quedaron a disposición de los gemelos. ¿No les había incitado el propio emperador a desvelar su sorpresa? Ansiaban saber a quién mataría a continuación. Eran Flavios. Eran dinámicos, vengativos, osados.

Se dirigieron al gabinete de trabajo del emperador. Lo vigilaba un capitán y dos soldados.

—¡Dejadnos entrar! —les rogó el príncipe Vespasiano—. Se trata de una sorpresa, de una apuesta con el emperador. Si pierde él se limitará a reír. Y si ganamos nosotros, capitán Corvin, no olvidaremos que fuisteis vos quien nos franqueó la entrada. Sea como fuere, saldréis ganando, capitán Corvin.

El capitán titubeó. Nunca le había gustado vigilar los aposentos de Domiciano; el menor gesto resultaba peligroso. Los oficiales de su guardia personal solían bromear diciendo: «El que hace guardia con el emperador hace bien en presentar antes alguna ofrenda a los dioses del Hades». Si les impedía entrar, la cosa podía acabar mal; si les franqueaba la entrada, también. No los dejó entrar.

Los muchachos eran Flavios, hijos de Domitila. Las negativas no hacían sino reforzar su tenacidad. Fueron hacia el dormitorio del emperador.

Un capitán y dos soldados vigilaban sus puertas.

—¡Dejadnos entrar! —rogó el príncipe Domiciano—. Se trata de una sorpresa, de una apuesta con el emperador. Si pierde él se limitará a reír. Y si ganamos nosotros, capitán Servius, no olvidaremos que fuisteis vos quien nos franqueó la entrada. Sea como fuere, saldréis ganando, capitán Servius.

El capitán titubeó. Si les impedía entrar podía salir mal parado. Los dejó entrar.

Domiciano yacía sobre su espalda y dormía con la boca entreabierta. Su respiración era lenta y regular; su cabeza, con los párpados encarnados llenos de arrugas y venitas, parecía la de un necio; la barriga se arqueaba hacia lo alto. Un brazo reposaba distendido y como muerto a un lado, con el otro se cubría la cara. Los muchachos se le acercaron de puntillas. Si se despertaba le dirían la verdad:

—Queríamos descubrir tu sorpresa, amo y padre nuestro.

El príncipe Vespasiano metió la mano debajo de la almohada. Encontró una tablilla; él y su hermano leyeron los nombres.

—¿Los recordarás? —susurró el príncipe Vespasiano.

—Algunos, los más importantes —repuso el príncipe Domiciano. El emperador se movió de pronto, un resoplido salió de su boca entreabierta.

—¡Vamos! —susurró Vespasiano. Volvieron a introducir la tablilla debajo de la almohada y se deslizaron fuera de la habitación. El oficial respiró aliviado al verles salir.

—Podéis consideraros afortunado, capitán Servius —dijo el príncipe Domiciano con aire alegre aunque adusto, regio.

—¿Lo has visto? —preguntó Vespasiano—. En la última línea ha escrito: «Pavos príncipes». No quiere matarnos, quiere regalarnos unos pavos.

A pesar de todo decidieron que uno de ellos iría a ver en seguida a Lucía. Vespasiano se hizo cargo de la misión. Llegó hasta ella y se lo contó. Ella lo abrazó, lo besó y le dio las gracias efusivamente. Fue el momento más hermoso de toda su vida.

Antes incluso de que acabara el día se presentó Norban ante Lucía. Estaba indignado por que lo hubiese llamado con tanta premura y misterio. ¿Qué tendría que comunicarle tan importante? Seguramente necias intrigas de amor.

Lucía le contó escuetamente lo que había ocurrido. El tipo rechoncho ni parpadeó; durante su relato no apartó ni un instante de ella sus ojos pardos, los de un perro vigía malvado y fiel. Tampoco ahora dejó de mirarla. Callaba, reflexionando al parecer, no se fiaba de ella.

Después, por toda respuesta, le preguntó en tono objetivo, casi grosero:

—¿Habéis discutido con el amo y dios Domiciano?

—Sí —respondió ella.

—Pues yo no —dijo él, y su tono provocador no llegó a ocultar sus recelos—. Seré franco con vos, mi ama Lucía —prosiguió él—. Tenéis motivos para ser mi enemiga, pero no el emperador.

—Es posible que sepáis demasiado —sugirió Lucía.

—Es posible —meditó Norban—. Pero también puede ser de otro modo. Puede ser que el príncipe Vespasiano se haya dejado llevar por su infantil fantasía y crea que no fue un accidente lo que le arrebató a su camarada Matías y a su madre, sino las perversas intenciones del emperador.

—No debemos descartar —admitió a su vez Lucía— que Vespasiano viniese a verme por ese motivo y me mintiera. Pero no parece probable. En vuestro fuero interno, estimado Norban, sabéis tan bien como yo

que Vespasiano dice la verdad y que vuestro nombre y el mío figuran en esa tablilla. Y los dos sabemos muy bien lo que eso significa.

—Me gustaría —gruñó de pronto Norban— retorcerle el cuello a ese petulante de Vespasiano.

Los bucles tan en boga le caían desordenados y grotescos sobre la estrecha frente de su basto rostro; parecía desdichado, un perro fiel y perverso cuyo mundo ha saltado en pedazos. A pesar de su ira, su dolor y su preocupación, Lucía estuvo a punto de echarse a reír ante la burda cólera de aquel ser torvo.

—¿Tanto apreciáis a Varriguita? —le preguntó—. ¿Tanto os saca de quicio que también quiera asegurarse contra vos?

—Yo soy fiel —afirmó Norban obstinado—. El amo y dios Domiciano tiene razón. El amo y dios Domiciano siempre tiene razón, incluso cuando decide eliminarme a mí; el amo y dios Domiciano sin duda tiene sus buenas razones, y hace bien. ¡Y a ese Vespasiano se lo haré pagar! —exclamó furioso.

—¡No digáis tonterías, querido Norban! —replicó Lucía tratando de hacerle entrar en razón—. ¡Considerad las cosas como son! No os resulto simpática, y yo mentiría si dijera que me agradáis. Pero el peligro compartido nos convierte en aliados, lo queramos o no. Debemos adelantarnos a DDD, y no nos sobra tiempo. Los muchachos no recuerdan todos los nombres que figuran en la lista, pero sí algunos. Aquí están. Poneos en contacto con estos señores y haced lo que esté en vuestra mano. Yo por mi parte me ocuparé de que Domiciano pase la noche conmigo. ¡Ocupaos vos del resto!

Norban la miró largamente con sus ojos castaños, vigilantes y sin embargo obtusos, meditando.

—Ya sé —dijo Lucía— lo que estáis pensando. Os preguntáis si no deberíais presentaros ante el emperador para contarle lo que acabo de proponeros. No me parece muy aconsejable, querido Norban. No conseguiríais más que aplazar vuestra propia ejecución, pero sólo eso: aplazarla. Pues entonces sabríais aún más cosas del emperador, y precisamente el dolor que le causaría cumplir con el deber de eliminaros lo haría tanto más perentorio. ¿Tengo razón?

—Tenéis razón —admitió Norban—. ¡Ese príncipe indiscreto! —gruñó, incapaz de serenarse.

—¿Acaso habríais preferido morir ignorando que le debíais vuestra muerte —le preguntó Lucía muy interesada— a adelantaros a él sabiéndolo?

—Sí —reconoció Norban, afligido—. Estoy muy decepcionado —dijo, sinceramente conmovido—. ¿Y estáis segura —preguntó por último insolente y gélido— de que convenceréis al emperador para que duerma con vos a pesar de vuestro enfrentamiento?

A Lucía no le molestó su pregunta, más bien la divirtió.

—Sí, lo estoy —respondió.

> Mi amo y dios Domiciano, Varriguita, DDD, no sé qué avieso dios pudo llegar a inspirarme palabras tan osadas y necias como las que os dirigí el otro día. Sirio ha debido cegarme. Pero conozco la benevolencia y la generosidad del emperador Domiciano. Pensad en aquella noche en la nave que nos conducía a Atenas. Pensad en la noche que vivimos cuando tuvisteis la bondad de hacerme regresar. ¡Perdonadme! ¡Venid a verme y decidme personalmente que me perdonáis! ¡Venid esta misma noche! Os espero. Y, si venís, os entregaré los materiales que necesitáis para vuestra villa de Selinunte a la mitad de su precio. Vuestra Lucía.

Domiciano sonrió al leer la carta. Pensó en su lista. Pensó en Mesalino, con quien al día siguiente comentaría la lista. Recordó las noches que mencionaba Lucía.

Le gustaba que aquéllos a los que eliminaba admitiesen que su acto constituía un justo castigo, una medida necesaria. Se alegraba de que Lucía admitiese su falta. Se alegraba de que aún lo amase. Sin duda. ¿Cómo no iba a amarlo habiéndose dignado él hacerla objeto de su amor? Pero eso no alteraba la situación. Su falta no era menor por el hecho de que la traidora Lucía fuese además la mujer que amaba. No flaquearía, no borraría su nombre de la lista.

Pero aceptará su invitación. Es una mujer extraordinaria. Cuando piensa en la cicatriz bajo su pecho izquierdo le tiemblan las rodillas. Los dioses son benévolos al permitirle besar una vez más esa cicatriz. Es una mujer espléndida, la mujer que le corresponde. Una lástima que haya cometido alta traición y que no vaya a tener muchas oportunidades de escribirle más cartas como ésa.

De modo que el emperador fue a verla y durmió con ella. Tras los abrazos reclinó su gran cabeza sobre el hombro de Lucía, que no retiró el brazo. Contempló la cabeza del durmiente bajo la luz mate de la lámpara de aceite buscando en ese rostro hinchado, distendido, cansado, aquél que viera por primera vez cuando aún se le llamaba «Frutito» y era un inútil en quien nadie confiaba excepto ella. Había dejado de amarlo, pero no lo odiaba; no lamentaba su decisión, pero ya no sentía esa amarga satisfacción que la colmara cuando se ganó a Norban para su causa, para su venganza. Esperaba, y sentía el corazón tan

cansado y pesado como el brazo en el que reposaba esa cabeza.

Finalmente llegaron Norban y los suyos. No consiguieron entrar tan sigilosamente como habían previsto, pues el siempre cauto Domiciano había acudido con dos oficiales, que hacían guardia en el pasillo delante del dormitorio. De modo que Domiciano acababa de despertarse cuando entraron los conjurados.

—¡Norban! —exclamó—: ¿Qué ocurre?

Norban confiaba en sorprender a su amo dormido. Lo turbó escuchar que lo llamaba, y se detuvo cerca de la puerta.

El emperador se había despejado por completo, vio a los hombres detrás de Norban, vio las armas, la cara y la actitud de Norban. Y comprendió. Saltó de la cama desnudo, buscó una salida, se abalanzó sobre los hombres y pidió auxilio con un chillido. Uno de ellos le lanzó una estocada, que no acertó. El emperador trató de defenderse y forcejeó con el hombre sin dejar de gritar.

—Lucía, perra, ¡ayúdame! —exclamó con la voz quebrada volviendo la cabeza. Lucía se arrodilló sobre el lecho con el torso desnudo y observó con una mirada pesada, triste y expectante a su marido, que luchaba por su vida.

—Es por Matías —dijo, y su voz sonó extrañamente fría y serena. Entonces comprendió Domiciano que era con el dios Yahvé con quien se las veía, y no se resistió.

Antes del amanecer la ciudad entera sabía que el emperador había sido asesinado.

Tras recuperarse del terrible susto y de su indignación, Annius Bassus pensó en proclamar gobernantes a los hijos adoptivos del asesinado, los príncipes Vespasiano y Domiciano. Los oficiales y los soldados de la guarnición apreciaban al muerto, y con su ayuda podría lograr que el Senado reconociese los derechos de los príncipes. Pero no era lo bastante inmoral y hábil como para presentarle al Senado a «sus» emperadores sin consultar antes con Marullo y con Regino.

Cuando por fin logró ponerse en contacto con ellos era demasiado tarde. El viejo Nerva, dirigente de la oposición senatorial que también figuraba en la lista de Domiciano, había sido informado por Norban de los acontecimientos antes incluso de que ocurrieran. Convocó de inmediato al Senado. Si el atentado fracasaba, se dijo, encargaría rogativas a los dioses por haber salvado la vida del emperador; si tenía éxito, sus amigos lo nombrarían sucesor de Domiciano. De modo que, a primeras horas de la mañana, los padres convocados se hallaban congregados, y al aparecer por fin Marullo y Regino en el Senado mientras Annius alarmaba a la guarnición ya se había presentado la propuesta de escarnecer la memoria del muerto.

En cuanto lo supo, Marullo, indignado, quiso oponerse a la medida. Pero los demás no tardaron en acallar su voz y las de los pocos senadores fieles al emperador que se atrevieron a alzarse, lanzando los más terribles insultos contra el muerto. A toda prisa adoptaron una medida denigrante tras otra para erradicar incluso su memoria. Se decidió derribar sus estatuas en todo el Imperio, y destruir o fundir las tablas que conmemorasen sus actos. Y, por último, Marullo y los suyos asistieron a un espectáculo como no había ofrecido jamás el Senado romano desde la fundación de la ciudad. Pletóricos de entusiasmo por el poder recuperado, rememorando con acritud la humillación padecida, las sesiones en las que ellos mismos, los allí presentes, debieron condenar a muerte a los mejores hombres de sus filas, a sus líderes, los senadores convocaron a artesanos y esclavos para llevar a cabo de inmediato y de forma palpable la destrucción de su memoria. Sí, incluso les ayudaron a hacerlo. Querían participar personalmente en el exterminio, en la erradicación del insolente déspota. Avanzando desvalidos sobre sus altas botas con sus lujosas túnicas, echaron mano de mazas, hachas y palancas, se subieron a las escaleras y golpearon los bustos y medallones del odiado emperador. Se deleitaron derribando las estatuas con la altiva faz del muerto; truncaron, mutilaron sus miembros de piedra o de metal, gritando desaforados; erigieron en la recepción de la Curia una especie de pira, y arrojaron las efigies horriblemente desfiguradas.

Después, tras denostar de ese modo al despotismo, al gobierno de un solo individuo, se aprestaron a sustituirlo por el régimen de la libertad, es decir, el gobierno de los sesenta senadores más influyentes, y nombraron emperador a Nerva.

El anciano senador, un hombre muy culto, gran jurista y experimentado orador, benévolo, liberal y altruista, había tenido un día muy movido la víspera, una noche agitada, y una mañana no precisamente tranquila. Durante ese tiempo lo atenazó la duda de si lograría eliminarlo Domiciano a pesar de sus precauciones. En lugar de eso se encontró con que, a sus setenta años, no sólo había logrado sobrevivir al emperador, de cuarenta y cinco, sino ocupar su trono. Pero tras todas esas emociones y la tensión de las últimas horas se encontraba exhausto, y con razón, y la alegría que le causaba la idea de regresar a su casa, bañarse, desayunar y acostarse era casi tan grande como la que le producía su mandato.

Pero no le fue dado disfrutar tan pronto de la ansiada paz. En cuanto llegó a su casa acudió a verle Annius encabezando un importante destacamento y en compañía de Marullo y Regino. Annius estaba disgustado por su propia lentitud; por la lasitud de su cerebro habían sido despojados del mando que legítimamente les correspondía los hijos adoptivos de su venerado amo y dios. Quería salvar lo poco que aún podía salvarse. Interpeló a Nerva y se entregó a terribles amenazas: el ejército no toleraría que se arrebatase el trono a los Flavios, vencedores de Germania, Britania, Judea y Dacia. El nuevo emperador era un hombre de modales serenos, distinguidos; las rudas voces de Annius lo pusieron muy nervioso, y podría haber replicado a su poco objetivo discurso desde la perspectiva jurídica. Pero estaba muy cansado, no se sentía con ánimos, y al otro lo respaldaban treinta mil soldados mientras que él contaba sólo con quinientos senadores. De modo que prefirió no percatarse de la grosería del basto general y en lugar de ello se dirigió hacia sus dos acompañantes, que sabía tratables, y les preguntó muy amable:

—Y vosotros, señores, ¿qué deseáis?

Éstos, realistas como eran, sabían que aunque los respaldase la guarnición de la ciudad era dudoso que los ejércitos de las provincias guardasen fidelidad a los Flavios. Pero el indigno comportamiento de los senadores los había afectado profundamente. La visión de esos hombres entrados en años subiendo por las escaleras con sus altas botas, las túnicas orladas de púrpura y las rodillas temblorosas para golpear la efigie del hombre cuya mano se esforzaban por besar no hacía ni tres días, les había repugnado. Querían manifestar su desaprobación.

El nuevo emperador, adujeron, era jurista. Debía por ello hacer valer el derecho frente a quienes habían asesinado alevosamente a Domiciano. Se dirigieron a Nerva con moderación, sin recalcar cada tres frases «nos respalda el ejército» como hiciera el grosero general. Lo que pedían no era mucho, sólo una cosa: que se castigase a los culpables. Pero su exigencia era tajante y perentoria, y no hubo forma de disuadirlos. Nerva tuvo que entregarles de inmediato —y ésa fue la primera acción del nuevo gobernante, a quien en principio todos consideraban justo y equitativo, incluso benévolo— al principal culpable, Norban, el hombre a quien debía el trono.

Tras esa concesión tuvo Nerva que admitir que debía adoptar de inmediato ciertas medidas que garantizasen su seguridad. No, su vieja y cansada cabeza no podía descansar aún sobre la almohada si no quería arriesgarse a que la separasen por la fuerza del tronco. Antes de retirarse a su dormitorio debía escribir una carta. Y el viejo emperador la dictó con todos los miembros doloridos de cansancio. En ella ofrecía la corregencia a su joven amigo el general Trajano, comandante supremo del ejército que operaba en la frontera germana. Después, por fin, se acostó.

Marullo y Regino fueron a ver a Lucía. Querían salvarla, y castigarla.

—No deseo discutir sobre vuestros motivos, mi ama y diosa Lucía —dijo Regino—, pero habría sido más delicado, y sin duda más inteligente, que os hubierais puesto en contacto con nosotros en lugar de hacerlo con Norban.

—Os tengo por amigos, a vos, Regino, y a vos, Marullo —replicó Lucía—. Pero, sinceramente, si os hubieran obligado a elegir entre salvar a Domiciano o a mí, ¿os habríais decidido por mí?

—Quizás habría habido otra salida —respondió Marullo.

—No había ninguna —dijo Lucía fatigada—, Norban era mi aliado natural.

—Sea como fuere —resumió Regino—, habéis conseguido que nuestros queridos muchachos pierdan su trono para siempre, y vos, querida Lucía, corréis un serio peligro, tanto vos como vuestro negocio de ladrillos.

—De estar en vuestro lugar, querida Lucía —añadió Marullo—, yo habría avisado a vuestros viejos amigos a tiempo para no perjudicarlos, y para que ayudasen a los jóvenes príncipes.

Lucía meditó medio minuto.

—En eso tenéis razón —dijo entonces muy razonablemente.

—Lo lamento por él —dijo poco después Regino—. Se le ha tratado injustamente.

—Si os dirigís a mí —respondió Lucía—, si lo que pretendéis es que os dé la razón, pedís demasiado. Ninguna mujer cuya vida se haya visto amenazada y que se haya librado de la muerte por un pelo puede ser tan objetiva. ¡Y pensad también en mi Matías!

—Y, sin embargo, se le ha tratado injustamente —insistió tozudo Regino.

—Dejemos —propuso el conciliador Marullo— que lo decidan los poetas y los cronistas. ¡Ocupémonos más bien de vuestro futuro inmediato, querida Lucía! Tenemos motivos para pensar que corréis peligro. Annius Bassus y sus soldados no os tienen aprecio.

—¿Tenéis alguna exigencia que transmitirme? —preguntó Lucía, imperiosa—. ¿Os apoya el ejército? —prosiguió, burlona.

—Es cierto que nos apoya el ejército —replicó Regino, amable y paciente—, pero lo que queremos transmitiros no son exigencias, sino consejos.

—¿Qué queréis, pues? —preguntó Lucía.

—Queremos —formuló Marullo— que el cadáver de Domiciano tenga un entierro digno. El Senado ha mancillado su memoria, como sabéis. Una ceremonia pública provocaría disturbios. Os proponemos que le erijáis una pira cuanto antes, si no en la propia Roma al menos muy cerca; digamos, por ejemplo, en vuestro parque de Tibur.

Lucía ya no odiaba al muerto, pero siempre había sentido aversión por los sepelios. Esta aversión se reflejó en su expresiva cara.

—¡Cuánto lo odiabais! —dijo Marullo. En ese momento su cara se distendió.

—No odiaba a Varriguita —dijo; parecía muy cansada, y de pronto se convirtió en una mujer vieja.

—Creo que a DDD le habría gustado —dijo Marullo— que fuerais vos precisamente quien organizase su sepelio. ¡Recordad que fue él quien quiso incinerar a Matías!

—Sería conveniente —añadió Regino— que fueseis vos. Así contrarrestaríamos los rumores de que habéis tenido algo que ver con el crimen del traidor Norban.

—El traidor Norban —dijo Lucía pensativa—. DDD no tuvo a nadie más fiel.

—Tampoco vos le odiabais, querida Lucía —se mofó Marullo, subrayando el «vos».

—Bien —asintió Lucía—, me ocuparé de ello.

Pero resultó que alguien había hecho desaparecer el cadáver de Domiciano. Había sido su vieja ama Filis la que se lo había llevado en secreto corriendo graves peligros.

Se dirigieron a la casa de Filis, una sencilla finca rústica no lejos de Roma. Sí, allí estaba el cadáver. Filis, una anciana increíblemente obesa, no había escatimado nada; el cadáver estaba lavado, ungido, perfumado, preparado, y sólo los mejores especialistas habrían sido capaces de una obra así. Allí estaba Filis junto al catafalco, con las lágrimas corriéndole por las fláccidas mejillas.

Una vez muerto, Domiciano ofrecía un aspecto sereno y digno. Nada quedaba en él de la forzada desmesura que su rostro mostrara en vida. Las cejas, que el miope solía fruncir con gesto amenazador, estaban distendidas, y los párpados cerrados ocultaban los ojos que un día lanzaran miradas tan vehementes y tenebrosas; de toda esa energía sólo quedaba el decidido mentón. Una corona de laurel adornaba el cráneo medio calvo; la vieja lamentaba no haber podido hacerse con otras insignias de su poder. Pero el rostro del fallecido era ahora hermoso, viril, y Marullo y Regino juzgaron que DDD tenía un aspecto más regio que cuando se esforzara por parecer el amo y dios de todo el orbe.

La vieja había erigido ya la pira. Se negaba a que Lucía, la asesina, presenciase la cremación. Los dos caballeros se presentaron de nuevo ante Lucía; propusieron sacar por la fuerza el cadáver de la casa de Filis y llevárselo a Tibur, a la villa de la emperatriz. Pero Lucía se negó. En lo más hondo de su ser se alegraba de tener un pretexto para renunciar al gesto que le habían solicitado. Volvía a ser la Lucía de siempre. Había amado a Domiciano, había obtenido de él cosas buenas y malas, y ella le había dado cosas buenas y malas, estaban en paz, el difunto ya no podía exigirle nada. No temía las consecuencias de su acto, ni a Annius y sus soldados.

De modo que cuando se instaló el cadáver del último emperador Flavio sobre la pira funeraria sólo estaban presentes Marullo, Regino y Filis. Abrieron los ojos al difunto, lo besaron, y después prendieron la madera volviendo el rostro. El perfume de que estaba impregnado desprendía un olor fortísimo.

—¡Salve, Domiciano! —exclamaron—. ¡Salve, amo y dios Domiciano!

Filis lloraba y se lamentaba, se rasgó las vestiduras y se arañó la rolliza carne.

Marullo y Regino vieron arder la pira. Probablemente no había nadie, ni siquiera Lucía, que conociera mejor las debilidades del muerto ni sus virtudes.

Al extinguirse la pira Filis apagó los rescoldos con vino, reunió los restos y los regó con leche, secándolos después con trapos de lino; a continuación los colocó en una urna mezclados con pomadas y perfumes. Con la ayuda de Marullo y Regino logró que se le permitiese entrar de noche y en secreto en el templo de los Flavios. Allí enterró los restos de Domiciano, junto a los de Julia, a quien también había amamantado; pues la temible anciana siempre había pensado que Lucía no era la esposa más adecuada para él, sino que a su águila, Domiciano, le correspondía su palomita, Julia.

Al día siguiente, y en presencia de su amigo Segundo, el anciano senador Corell, torturado por la gota, que hasta aquella hora había soportado sus dolores con viril entereza, se abrió las venas. Había logrado su propósito, había asistido a la muerte del maldito déspota y la restauración de las libertades. Su día había llegado. Moría feliz.

Había llegado el día. El senador Cornelio, el historiador, se encontraba en su despacho reflexionando

sobre lo ocurrido. Las profundas arrugas que surcaban su cara ocre, adusta, se agudizaron aún más; hacía poco que había cumplido los cuarenta, pero tenía el rostro de un anciano. Recordaba a sus amigos muertos, a Senecio, Helvid, Arulo; recordó afligido las veces en que quiso hacerlos entrar en razón. Sí, de eso se trataba, de ser razonable, paciente, de guardarse la ira hasta que llegase el día de darle rienda suelta. Por fin había llegado el momento. Se trataba de sobrevivir al terror. Él, Cornelio, lo había logrado.

La sensatez era buena, pero no procuraba la felicidad. El senador Cornelio no era feliz. Recordó las caras de los amigos que marcharon a enfrentarse con la muerte, las de sus esposas en el exilio. Rostros amargados y, sin embargo, de gentes que están en paz consigo mismo. Eran héroes, mientras que él sólo era un hombre, un escritor. Ellos sólo eran héroes, y él un hombre y un escritor.

Era historiador. Había que juzgar con un criterio histórico. Hicieron falta héroes para los tiempos de la fundación del Imperio y de la República, pero para estos siglos, para la Monarquía, lo que se necesitaba eran hombres razonables. El Imperio sólo pudo fundarse con heroísmo. Mantenerlo requería sensatez.

Pero bien estaba que hubieran existido Helvid, Senecio y Arulo. Toda época requería héroes para mantener viva la dignidad hasta el momento en que ya no fuera viable. Y se sentía dichoso de poder expresar con palabras todo el odio acumulado contra el tirano y la amorosa y dolida memoria de los amigos. Extrajo las innumerables notas y apuntes que había pergeñado y se aprestó a esbozar un retrato exhaustivo de la época que abarcaría su libro. Con vehementes y adustas frases ensambladas cual bloques de granito describió el terror y los crímenes del Palatino, y para el heroísmo de sus amigos encontró palabras amplias y claras como el cielo en un día de primavera.

Capítulo tercero

Viendo pasear a Josef en ese fresco día de primavera por las plantaciones de moreras de Juan de Giscala nadie habría podido adivinar su verdadera edad. Sus setenta años le habían teñido de gris la barba, y el enjuto rostro estaba algo arrugado, pero ahora, golpeado por el viento, mostraba un color saludable y sus ojos seguían siendo vivaces. Y, aunque el bigote de Juan era de un blanco luminoso, su cara cetrina y astuta también tenía buen color y estaba bien conservada, y sus pícaros ojos parecían jovencísimos.

Josef llevaba ya tres días de visita en Giscala, en casa de Juan. Juan sabía que Josef no se interesaba excesivamente por las cuestiones agrícolas, pero no era capaz de contener su orgullo de campesino y, aunque él mismo se riera de su empeño, obligó una vez más a su amigo a recorrer la vasta granja, y Josef no tuvo más remedio que contemplar y admirar sus fabulosos lagares, su bodega, sus parvas y, ante todo, sus moreras y sus sederías.

Lo hacía sin enterarse, como si estuviera ausente: sencillamente, disfrutaba del placer de encontrarse de nuevo en Galilea.

Llevaba casi doce años en Judea, lejos de Roma, de la nueva y ajena Roma del emperador-soldado. Trajano. No, no echaba de menos a esa Roma gélida, ordenada, organizadísima; le repelía, no habría sabido qué hacer con esa sociedad fría, objetiva, imparcial y cosmopolita, lo mismo que ella no habría sabido qué hacer con él.

Pero tampoco se sentía a sus anchas en Judea. A veces trataba de convencerse, y con él, a sus amigos, de que se sentía satisfecho en la paz de su propiedad de
Be'er
Simlai. Llevaba muchos años, afirmaba, de vida solitaria, apartada; ahora, ya mayor, no deseaba otra cosa que perderse y desaparecer en la comunidad. No aspiraba sino a ser en Judea un hombre como tantos otros. Pero, aunque era sincero, esa paz lo inquietaba.

La propiedad de
Be'er
Simlai, que adquiriera en su día por consejo de Juan, florecía y prosperaba. Pero él no era necesario allí; su hijo Daniel, que a la sazón contaba veinticinco años, se había convertido bajo la tutela del viejo Teodoro en un granjero entusiasta y capaz, y la presencia de Josef entorpecía más que ayudaba al desarrollo de la explotación. Y, por lo que podía preverse, su buena marcha estaba asegurada, pues todos los terrenos del entorno de la capital de provincia Cesarea se veían favorecidos por la gobernación romana. Cierto que la región estaba poblada mayoritariamente por sirios y soldados romanos retirados, y los escasos judíos que quedaban miraban recelosos a Josef y bromeaban sobre los privilegios de que seguía disfrutando bajo el emperador Trajano. Mara habría preferido vivir en la auténtica Judea en lugar de allí, entre «gentiles», y también Daniel sufría con la desconfianza y el escarnio de los colonos judíos. De cualquier modo, su mujer y su hijo disfrutaban viendo prosperar la finca mucho más, sin duda, de lo que lo disfrutaba él.

Mara había aceptado la pérdida de Matías con más serenidad de lo que él esperaba; no lo maldijo ni lo increpó furiosa. Pero el vínculo que los unía se había quebrado. En su fuero interno se separó de él, el asesino de sus dos hijos; ya no veía en él al elegido del Señor, sino al caído, al portador de desgracias. Se siente tan lejos de él que ni siquiera discuten. Viven tranquilos uno junto al otro, ajenos y afables.

Tampoco las relaciones con su hijo Daniel son como deberían. No sólo le preocupan las opiniones de los colonos judíos sobre su padre, sino que ha salido en todo muy parecido a la madre, tiene su parsimonia y su amable reserva. Es un hijo intachable, pero teme al vehemente e incomprensible padre, y los intentos de Josef por ganarse su confianza han sido vanos.

Josef se siente muy solo en medio de la ordenada actividad que reina en su propiedad. Escribe, pasa mucho tiempo con sus libros. A veces también sale a visitar a sus amigos; va por ejemplo a Yabne para ver

al Doctor Supremo, o, como ahora, a Giscala, por Juan. Tiene muchos amigos en el país; desde que publicó el *Apión* la mayoría de los judíos lo respeta. Pero sigue siendo un respeto frío, todavía no le han perdonado su antigua actitud, tan ambigua. Vive en Judea como un extraño entre su pueblo.

Desde hace algún tiempo se siente inquieto. Lo achaca a la inseguridad de la situación política, pues la gran campaña oriental que prepara el belicoso emperador Trajano amenaza de nuevo a Judea. Pero las razones que lo llevan a abandonar la paz de su propiedad de
Be'er
Simlai radican en él. Se siente como en su juventud, como en la época en que escribió:

> Alejaos de vuestra ancla, dijo Yahvé.
> No amo a los que se embarrancan en el puerto.
> Abomino de los que se pudren en el olor infecto de su molicie.
> He dado al hombre muslos para que lo sostengan sobre la
> tierra y piernas para correr,
> para que no quede plantado como un árbol por sus raíces.

No aguanta más en
Be'er
Simlai. Se ha marchado para viajar por Judea sin un destino fijo, de aquí para allá; regresará a su casa la víspera de la Pascua, es decir, no antes de tres semanas.

De modo que está con Juan. Juan lleva mucho menos tiempo en el país que él. Juan se ha mantenido fiel a su propósito de no abandonar Roma y sus negocios romanos hasta estar seguro de que no se dejará llevar por su fervor nacionalista. Durante los cinco años que lleva en Judea ha resistido valientemente la tentación de fomentar el avance de los «Fanáticos del día». En ese tiempo se ha ocupado de reconstruir primorosamente y con todo lujo su ciudad natal, la antiquísima y diminuta ciudad montañesa Giscala, destruida en dos ocasiones: primero en el transcurso de la gran guerra judía, y después tras la rebelión de los «Fanáticos». Pero ante todo ha convertido su propia finca de Giscala en una granja modelo.

Los dos ancianos se pasean, pues, por ella. Juan le enseña al amigo las novedades que ha introducido en sus plantaciones de moreras, olivares y viñas. Brilla un claro, joven y amable sol de primavera, los dos se sienten dichosos de contemplarlo; pero para entrar en calor han de seguir caminando. De modo que caminan a buen paso: Josef, un tanto encorvado; Juan, más bajo, muy erguido. Juan no deja de parlotear. Nota que Josef no lo escucha, pero no necesita un interlocutor atento, sólo quiere proclamar su alegría por todo lo que ha logrado, y él mismo sonríe ante su senil locuacidad. Aunque finalmente le tienta la idea de entablar con Josef un auténtico debate y, con cierta burlona belicosidad, le espeta:

—Ya veis, querido Josef, que mi propiedad florece, es lo que suele llamarse una granja modelo. A pesar de todo, esta explotación mía no me da beneficios, al contrario, debo pagar por mantenerla, y si no renuncio a ella es sólo porque me divierte administrarla. Me alegra poder producir un vino extraordinario, un excelente aceite y una magnífica seda. Y ahora, por favor, meditad sobre lo siguiente: si yo, con todos los privilegios que disfruto por parte del gobierno romano, no consigo sacarle provecho, ¿cómo va a alimentarse de su sudor un pobre campesino con unos cuantos olivares? Los nuevos impuestos y aranceles que aplica el ministro de finanzas de Trajano a las provincias orientales están acabando con el pequeño campesinado. Además, no parece ser el medio más indicado para conseguir lo que pretenden, puesto que los vinos italianos no alcanzan por ello la calidad necesaria ni aumenta su venta. La consecuencia inmediata es que crece la inquietud en el país.

—¿Es cierto que crece la inquietud? —preguntó Josef, que de pronto pareció espabilarse. Juan lo miró de refilón.

—A juzgar por lo que veo en mi Galilea —dijo sonriendo más satisfecho que malicioso— no creo que haya en Judea ningún campesino contento con los nuevos edictos. No estoy diciendo que los «Fanáticos del día» ganen adeptos en todas partes. Quizás incluso sea ése el objetivo que persigan los romanos con su extraña política financiera, porque no es impensable que cuando Trajano inicie su proyectada campaña oriental ciertos militares deseen garantizar antes el orden en Judea, eso que ellos llaman orden. Y para ello les resultaría muy cómodo provocar un alzamiento y atrapar de golpe a todos los elementos sospechosos. Pero no se trata únicamente de la política agraria romana —prosiguió—, pues aunque siempre he mantenido —y al tocar el tema de sus eternas diferencias con Josef sonrió— que ni la guerra judía ni los disturbios posteriores se habrían suscitado de contar con buenos precios para el vino y el aceite, estoy dispuesto a concederos que nuestras guerras judías no sólo se han debido a los precios del vino, sino

también a Yahvé. Ambas cosas han de convertirse en problema, el mercado y Yahvé. Si no, no se da el fervor necesario.

—¿De modo que creéis —preguntó Josef— que Yahvé ha vuelto a convertirse en un problema?

—En ese terreno, doctor Josef —replicó Juan—, el especialista sois vos, no yo. Pero si queréis conocer la opinión de un sencillo terrateniente que no ve a su Yahvé como teólogo, sino como un hombre con sentido común, no tengo reparos en confiárosla. La idea de Yojanán ben Zakai de sustituir el Estado y el Templo perdidos por Yabne fue excelente; no había entonces, tras la caída, otra posibilidad de restaurar la unidad. Y, de hecho, la costumbre y la doctrina llegaron a sustituir al Estado. Pero poco a poco, a medida que crecía la generación posterior, que nada sabía del Estado ni del Templo, se fue perdiendo el sentido de los usos, y hoy la doctrina se ha convertido en pura fórmula y la costumbre asfixia el sentido. Judea se ahoga bajo la tutela de los doctores: a la larga, la palabra vacía nunca sustituye a Dios. Dios necesita de su país para restaurar la vida y el sentido. Eso es lo que hace que Yahvé vuelva a ser hoy un problema. Yahvé sólo podrá vivificarse realmente si Judea deja de ser meramente la residencia de los judíos para ser la tierra de sus judíos. Yahvé necesita un cuerpo. Su cuerpo es este paraje; su vida son estos olivos, estas viñas, estas montañas y lagos, el Jordán y el mar…, y mientras no se reúnan Yahvé y esta tierra ni uno ni otro vivirán. Disculpad que me haya puesto poético. Pero es natural que un terrateniente viejo y simple como yo no sepa expresarse tan bien como vos.

Josef tenía algunas objeciones a esa concepción un tanto impía, pero no las formuló. En lugar de eso trató de resumir sus palabras:

—Y como ambos problemas, Yahvé y el mercado, requieren una solución, ¿consideráis que se dan las condiciones externas e internas para que se produzca un levantamiento? ¿Pensáis que los «Fanáticos del día» podrían afirmar con razón: ha llegado el día? ¿Es eso lo que queréis decir?

—¡Qué joven sois a vuestros setenta años —replicó Juan—, y cuán guerrero! Pero no os resultará fácil comprometerme. Es cierto que mientras esas dos cuestiones, Yahvé y la situación del mercado, no sean acuciantes, no habrá levantamiento. Eso es lo que he dicho. Pero no he afirmado que esos factores sean los únicos requisitos. Si queréis saber mi opinión, el principal requisito es que las posibilidades de éxito de la revuelta no sean demasiado escasas.

—En tal caso, todo lo que acabáis de decir no es más que teoría —dijo Josef desencantado.

—Una vez más queréis comprometerme —replicó Juan bromeando—. ¿Cómo podríamos saber nosotros qué posibilidades tienen los «Fanáticos» si Trajano se lanza finalmente a su guerra oriental?

Josef acabó por impacientarse.

—¿Condenáis, por tanto, las actividades de los «Fanáticos del día»? —preguntó.

Pero Juan rehuyó la respuesta:

—No me dedico a la política práctica. Como bien sabéis, antes de dejar Roma me examiné a conciencia y sólo después de constatar que mi corazón no me la iba a jugar me permití regresar a Judea.

Josef continuó caminando a su lado encerrado en un hosco silencio. Hasta que Juan arremetió de nuevo:

—Pero mi renuncia no me impide tener ciertos sueños. Supongamos por un momento que los «Fanáticos» no sean tan razonables como nosotros y que organicen un levantamiento con escasas posibilidades de éxito. ¿Podríais imaginaros entonces, querido Josef, mayor fortuna que dejarnos llevar por él? Imaginaos, nosotros, dos ancianos temblorosos que nada esperamos ya de la vida, animados y rejuvenecidos por semejante revuelta. No me gusta usar palabras grandilocuentes, pero no puedo imaginar un final más glorioso que morir en esa refriega.

A Josef lo trastornó que el otro expresase sin ambages tales sentimientos.

—¿No sois demasiado egocéntrico, querido Juan? —le preguntó—. No es que esté prohibido, sencillamente resulta indecoroso comportarse de ese modo a nuestra edad.

—¡Qué seco os habéis vuelto! —exclamó Juan moviendo la cabeza—. No admitís ni una simple broma. Porque, naturalmente, hablaba en broma. Pero si queréis saber la verdad, os diré, para que podáis juzgarme con justicia, que no es el egoísmo lo que me inspira el sueño de semejante alzamiento. Seguramente cualquier intentona de los «Fanáticos» fracasaría tan rápidamente como las anteriores. Y, sin embargo, no habría sido tan insensata. Me refiero al problema de Yahvé. Un levantamiento como ése constituiría una advertencia para no olvidarnos de Judea, la tierra, en aras de los ritos y la palabra. Y esa advertencia ha llegado a ser absolutamente necesaria. El ser humano olvida muy deprisa. Sería bueno que les recordásemos a nuestros judíos su tierra, el hecho de que es *su* tierra. Pues de otro modo existe el serio peligro de que los doctores acaben definitivamente con Yahvé y Judea se ahogue por culpa de Yabne.

—Decidme —insistió Josef—, ¿ya están en marcha los preparativos? ¿Conocéis algún plan preciso de los «Fanáticos»?

Juan lo miró con una sonrisa confiada, pícara, insolente, que lo hacía parecer más joven.

—Quizá —respondió— sepa algo, pero quizá no sepa nada. No deseo saber nada concreto, porque la política no es de mi incumbencia. Lo que habéis oído no es más que el parloteo de un anciano ocioso ante un amigo, provocado por la llegada de una nueva primavera y el placer de hablar bajo este hermoso sol.

En ese momento Josef le dio la espalda seriamente disgustado y no volvió a dirigirle la palabra. Entonces Juan le dio un golpecito y le espetó malicioso:

—Pero, aunque no sepa nada, sí es cierto que conozco a mi gente, y así como preveo el tiempo soy capaz de oler ciertas cosas. Por eso os ruego que aceptéis un pequeño consejo, querido Josef. Si queréis seguir viajando por el país dirigíos primero a Cesarea y procuraos en el palacio del gobernador un pasaporte completo que os permita acreditaros ante cualquiera. Sólo por si acaso.

Al abandonar Josef Giscala ese mismo día Juan lo acompañó un buen trecho, y cuando Josef volvió la cabeza Juan seguía allí, mirándolo.

En Cesarea, donde siguiendo el consejo de Juan se procuró un nuevo salvoconducto, Josef hizo una visita al gobernador. Lusius Quietus invitó al ilustre Flavio Josefo a cenar con él con esa diligente y distante amabilidad que caracterizaba a casi todas las personas de confianza del emperador Trajano.

Allí estaba, pues, Josef, sentado entre altos oficiales y funcionarios de la provincia. Se sentía terriblemente incómodo y ajeno a todos. A pesar de la marcada afabilidad de los señores volvió a sentir que no lo tomaban en serio. No era de los suyos. Sin duda, estaba más ligado a ellos que nadie, por su pasado y sus privilegios; pero, a fin de cuentas, no era más que un agente a sueldo.

Se habló del futuro. Seguramente, si estallaba la guerra habría disturbios en toda la región: en Siria, en Judea, en Mesopotamia. Juan tenía razón. Las personalidades no ocultaban que tales revueltas les vendrían al pelo. Les procurarían el ansiado pretexto para limpiar a fondo Judea, que acabaría convirtiéndose en zona de formación y avituallamiento antes de partir hacia el lejano Oriente.

Una y otra vez preguntaron a Josef, como experto, si sería posible disuadir a los «Fanáticos del día» por la falta de perspectivas de su levantamiento. Josef adujo que la mayor parte de la población judía era leal al Gobierno y que los «Fanáticos» eran demasiado realistas para instigar una sublevación tan insensata. El gobernador Quietus lo escuchó muy atento, pero, por lo que le pareció a Josef, poco convencido.

Por otra parte, él no había hablado con la convicción que lo caracterizaba. Estaba un tanto distraído debido a que, desde que llegó a la casa del gobernador, había estado buscando un rostro determinado. Se trataba de Paulus Bassus, la persona que mejor conocía la situación militar de la provincia de Judea, pues, aunque se sucedieran los gobernadores, el coronel Paulus seguía allí. Era él quien gobernaba en realidad Judea y, siempre que el gobernador daba una recepción, todos esperaban verlo. Por otra parte, era natural que no acudiese sabiendo que encontraría allí a su padre. A pesar de todo, por poco razonable que fuese, ese padre no hacía más que buscarlo.

A la mañana siguiente Josef se dirigió al edificio de la gobernación para procurarse el salvoconducto. De pronto lo atenazó un sentimiento de extrañeza y hostilidad al penetrar en ese palacio frío, blanco, lujoso, imponente y amenazador, símbolo de la Roma de Trajano.

La sala donde se despacharía su asunto se encontraba en el ala izquierda del edificio. Cuando, tras solventar el trámite rápidamente, cruzó la gran sala con su nuevo salvoconducto para salir por la puerta principal, penetró un oficial por esa misma puerta. El oficial, un soldado esbelto de rostro descarnado y pálido, un hombre elegante, enérgico, se volvió hacia su derecha. Nadie habría podido decir si al saludar a la guardia en formación había llegado a ver al hombre que se le aproximó por la izquierda. Nadie habría podido decir tampoco si Josef había reconocido a aquel oficial. Pero, al abandonar el edificio, cansado y viejo, le pareció que no había aire bastante en la plaza del palacio, y quien lo hubiera observado en ese momento se habría extrañado de que un asunto tan liviano e insignificante como la obtención de un salvoconducto pudiese agotarlo tanto.

Por su parte, al penetrar en el ala derecha del edificio, el oficial parecía un poco más pálido que de costumbre y sus labios estaban aún más apretados. Pero entonces, poco antes de entrar en su despacho, se distendió. Sí, Paulus Bassus, o, como solían llamarle antes, Flavio Pablo, parecía más bien satisfecho. Lo estaba. La idea, una idea que había buscado durante mucho tiempo, había acudido a su mente.

Ese mismo día tuvo una conversación con el gobernador Lusius Quietus.

Josef había decidido olvidarse de su propiedad de

Be’er
Simlai, de su mujer y de su hijo hasta la víspera de la fiesta de Pascua; hasta entonces podía recorrer el país como un hombre libre, vagando allí donde lo condujesen el viento y su capricho.

Arriba en las montañas aún era invierno, pero en los valles había llegado la primavera Josef deambuló sin descanso sobre un mulo o a caballo, y a veces también a pie. El anciano recordaba el tiempo en que recorrió por primera vez Galilea para conocer a sus habitantes. También ahora se encontraba mejor allí donde nadie lo conocía, y huía en cuanto lo llamaban por su nombre.

También visitó a amigos y a gentes cuyas costumbres y opiniones lo atraían. Y así llegó un día a
B’ne
Berak, a la casa del doctor Akiba.

Josef ha visto a Akiba en numerosas ocasiones y, aunque opuestos en talante y opiniones, no se llevan mal. No cabe duda de que, después de Gamaliel, es el doctor más influyente. Y eso que, como éste, ronda ya los cincuenta. Pero al contrario de Gamaliel, que lo tuvo todo desde su nacimiento, Akiba ha tenido que luchar duramente; fue pastor, y debió esforzarse para lograr estudiar y hacerse un hueco en la Escuela de Yabne, defendiendo su doctrina contra viento y marea hasta lograr imponerla. Es una doctrina que, con adusta fiereza aunque con un método taimado y retorcido, defiende lo judío contra lo no judío; es una doctrina rígida y fanática que contradice todo lo que Josef vivió en sus mejores días y lo que ha proclamado en sus ambiciosos libros. A pesar de todo, Josef no es capaz de resistirse a la fascinación que emana de ese doctor Akiba.

Permaneció en
B’ne
Berak un día, y otro más, y un tercero. Después llegó el momento en que era necesario partir si deseaba llegar a su casa a tiempo para celebrar la Pascua. Pero, al querer despedirse de Akiba, éste lo retuvo.

—¿Qué me decís, doctor Josef —le preguntó—, queréis pasar conmigo la víspera de Pascua?

Josef alzó la vista sorprendido, dudando de la seriedad de su propuesta. Miró la gran cabeza de Akiba, que descansaba sobre un cuerpo basto, inmenso. De su barba plateada surgían frescas las rosadas mejillas; la ancha frente, imponente, arrugada, casi desaparecía bajo el avance del pelo. Gruesas cejas enmarcaban sus ojos castaños: ojos que irradiaban un fuego apasionado y brutal y hacían olvidar la chata nariz. Pero aquel día, al proponer a Josef pasar con él la víspera de la Pascua, esos ojos siempre tan fieros y vehementes brillaron con un leve fulgor, malicioso.

De hecho resulta sorprendente que el apasionado nacionalista Akiba lo invite a él, a Josef, el negociador que durante toda su vida se esforzó por reconciliar a los judíos, a los griegos y a los cristianos, a compartir su mesa la víspera de la Pascua, la gran fiesta nacional. Es una provocación y un honor. Durante una fracción de segundo Josef está tan asombrado que no sabe cómo comportarse. La costumbre exige que Josef, el amo de la casa, pase la tarde en su propiedad con su familia y su gente: que les lea la Hagadá, el relato de la liberación de los judíos de Egipto. Pero Josef se dice que ni su esposa ni su hijo lo echarán de menos, más bien sentirán cierto alivio al saber que Josef, el «traidor», pasa esa noche sagrada con Akiba, el venerado, a quien los judíos patriotas admiran como el mejor de sus líderes. Tras reponerse de su sorpresa, Josef siente una honda satisfacción.

—Os doy las gracias, doctor Akiba —responde—, acepto el honor de vuestra invitación, me quedaré.

Y los dos hombres se miran, se sonríen a los ojos con una sonrisa confiada, belicosa y amistosa a la par.

En la tarde del relato, pues —la tarde de la Hagadá—, Josef ocupa el lugar de honor, a la derecha de su anfitrión, en casa del doctor Akiba en
B’ne
Berak. El asombro que sintiera cuando lo invitó no ha remitido, más bien se ha reforzado. Se siente elevado, como flotando; esa tarde le parece aún más gloriosa que la hora en que el emperador Tito instaló su busto en la biblioteca del Templo de la Paz, en Roma, y lo coronó.

Pues si ya se celebra en todo el mundo la Hagadá poco después de su introducción con tal fervor y recogimiento, ello hay que agradecérselo al doctor Akiba; es él quien creó el «Orden» de esa tarde, su *seder;* quien ha compuesto la mayor parte de las oraciones y ritos tan conmovedores, afligidos, firmes, confiados y amargos de esa tarde, que, en esta época de sometimiento, despiertan en el pecho de todos los judíos el recuerdo de las penalidades que sufrieron y su magnífica redención.

De la costosa bandeja de plata de tres pisos que contenía toda clase de alimentos, y que conmemoraba con ingenuo y eficaz simbolismo la esclavitud y la liberación, tomó Akiba el pan ácimo que recordaba la precipitación con que en su día abandonaron los judíos el país de su cautiverio. Akiba partió el pan y se lo entregó a sus invitados.

—Éste —dijo— es el pan de la miseria, que nuestros padres tomaron en Egipto. El que esté hambriento, acuda y coma con nosotros. El que tenga necesidad, que venga y celebre con nosotros la fiesta de la Pascua. Este año aquí, y el que viene en Jerusalén. Este año esclavos, el que viene hombres libres.

En todo el mundo los judíos formulaban en ese momento las sencillas y confiadas frases de Akiba, y por doquier —Josef lo sentía— se elevaban sus corazones al escucharlas. Sí, ése será el último año de su sometimiento, el próximo celebrarán la Pascua en una nueva Jerusalén magníficamente reconstruida.

Y Akiba prosiguió narrando la historia de la liberación con las simples y conmovedoras fórmulas creadas por él. Vivía su relato, por muy bien que lo conociese, obedeciendo su propio precepto:

—Que cada judío se sienta en esa tarde como si él mismo hubiese sido liberado de la esclavitud egipcia.

Josef escuchaba la voz de Akiba. Era una voz profunda, acre, sin música, pero su vehemente y poderosa convicción lo conmovió. Todos los asistentes se emborracharon con las palabras de Akiba como si de vino se tratase. Algunos de sus invitados habían conocido, como el propio Josef, el boato de la imponente fiesta de Pascua en el Templo de Jerusalén, pero el recuerdo de la peregrinación, el recuerdo de la suntuosidad de los sacerdotes no los afligió en esos tiempos de miseria y opresión; al contrario, su amargo contraste con aquellos escuetos y sentidos ritos reforzó aún más el orgullo que sentían por su pueblo y su poderosísimo dios.

Josef rememoró la tarde que había pasado poco antes en casa del gobernador de Cesarea; recordó a esos fríos oficiales y funcionarios que, seguros de su poder, desdeñaban con realista altivez a los bárbaros idealistas que una y otra vez se lanzaban a un infructuoso combate por su tierra y su dios. No, prefería mil veces estar del lado y en el círculo de los vencidos que en el de los vencedores.

Y los vencidos continuaban embriagándose con el recuerdo de sus antiguas victorias y la perspectiva de las futuras. Prepararon un vaso de vino para el profeta Elías, el gran patriota de la antigüedad. Sin duda iba a aparecérseles en esa festiva noche el precursor del Mesías, el Enviado del vengativo Yahvé, y debían recibirlo como se merecía. Nadie dudaba de ello.

Y entonaron los versos del gran Hillel, el extático y jubiloso salmo que celebra la liberación de Egipto y el poder del dios judío que la hizo posible.

—El mar lo vio y huyó —cantaron— el Jordán se retiró. Las montañas brincaron cual corderillos, las colinas cual cabritillas. ¿Qué te ocurrió, mar, para que huyeras, y a ti, Jordán, para que te retiraras?

La fantasía se le desbordó ante la idea de que su dios Yahvé aniquilase también a los romanos. Las aguas se abatirán sobre el emperador Trajano y sus legiones, tragándoselos, como en su día se tragaron las olas del Mar Rojo al rey egipcio junto con sus hombres, sus carros y sus caballos. ¡Aleluya!

Cumplieron los ritos y entonaron las oraciones. Al llegar la noche se despidieron los invitados. También Josef quiso retirarse. Pero Akiba lo retuvo una y otra vez, hasta que finalmente sólo quedaron cinco: Akiba, Josef, y otros tres.

El arte de Akiba consistía en que, con un método elaboradísimo, era capaz de encontrar en las Escrituras una solución para todo lo que ocurría en la tierra. En las Escrituras estaba todo previsto, lo que fue y lo que será, y sólo quien supiera interpretarlas adecuadamente poseería la clave, el sentido de la historia. Lo que sucedió entonces en Egipto y lo que ocurre bajo el emperador Trajano es una misma cosa, y su desenlace será parejo, y no es casual que precisamente ese año se celebre la Pascua con tal fervor. La bendita y fiera embriaguez de esa tarde no hace más que anticipar la acre conmemoración de la victoria sobre Roma.

Akiba se volvió entonces directamente a Josef, provocándolo. Tanto Moisés como el profeta Elías habían forzado a Dios a volverse hacia ellos y obrar milagros. Tal era la voluntad de Dios, quería que se le obligase. Esperaba que se le ayudase. A quien afirmase que aún no había llegado la hora no le llegaría nunca. Más bien había que creer, creer fanáticamente, que el Mesías, el Mesías de carne y hueso, llegaría mañana mismo. Esa misma noche acudirá el profeta Elías, el precursor, y vaciará su vaso. El que lo crea, el que lo crea tan firmemente como cree en la tabla de multiplicar, obligará a Dios a enviar al Mesías al día siguiente.

A Akiba, un inmenso labriego firmemente anclado en sus convicciones, le gustaba mostrarse vulgar. Estaba sentado ante Josef profiriendo toda clase de groserías y, para concluir, arremetió contra él:

—Si todos hiciéramos como vos, si nos limitásemos a quedarnos cruzados de brazos, podríamos esperar hasta que nos saliese la barba y el Mesías aún no habría llegado.

Las palabras manaban sarcásticas y amenazadoras de sus labios, y con un golpe violento se sacudió de la barba plateada las migas de pan ácimo. Josef, frágil y delicado aristócrata, no se sentía ofendido; no quería que le amargaran la espléndida velada. Demoró su respuesta, y entre tanto se entregó al placer de dejarse contagiar por la fanática fe de los que lo rodeaban.

Pues éstos se abandonaban cada vez más a sus bellos sueños. Pero ¿eran sólo sueños? No, eran mucho más: eran planes perfectamente trazados. Cuando se habló, por ejemplo, de las semanas que vendrían, las

semanas del recuento que median entre la fiesta de Pascua y Pentecostés, el más joven de los comensales, el apuesto doctor Eleazar, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde, mis mayores, dónde, mis amigos y doctores, celebraremos Pentecostés?

El doctor Tarfón dirigió entonces al incauto una mirada reprobadora señalando hacia Josef con un gesto. Pero Akiba afirmó, olvidando sus invectivas contra él:

—Amigos, ¿acaso teméis al hombre que ha escrito el *Apión*?

Josef se asustó al escuchar las palabras del joven doctor Eleazar; su razón le decía que debía sublevarse contra la insensata y vana empresa que aquellos hombres planeaban acometer ya en las próximas semanas. Pero una gran dulzura se mezcló con su temor, y sintió una honda felicidad al escuchar de boca de Akiba que confiaba en él. En el anciano casi septuagenario brotaron de nuevo las viejas tentaciones, y se perdió en la bendita euforia de los demás. También él estaba ahora seguro de que el profeta Elías vaciaría su copa con ellos esa misma noche.

Y disfrutó como nunca de esa noche de recogimiento en que el Señor se apiada del pueblo de Israel y lo toma bajo su protección. Con los demás escuchó convencido las fieras y sabias palabras del rudo mago Akiba, se abandonó con ellos a salvajes y desmedidas fantasías sobre la ruina de sus enemigos y la edificación de una nueva Jerusalén.

Y permaneció con ellos toda la noche. Y con ellos lamentó que llegasen los discípulos y recordasen a los doctores que había llegado la hora de la oración. Pues ya había amanecido.

Dos días después, a solas con él, Josef preguntó a Akiba abiertamente:

—¿Por qué me invitasteis a pasar con vos la Pascua?

El corpulento Akiba permanecía allí sentado muy sereno con las piernas cruzadas, descansada la mano derecha sobre el muslo, apoyado el codo izquierdo en el respaldo de la silla y la cabeza en la mano izquierda. Pensativo, miró con sus ojillos castaños la enjuta cara de Josef. Después le espetó fríamente:

—Quería ver de cerca a un traidor.

Josef se sobresaltó ante el inesperado insulto. Akiba lo advirtió satisfecho.

—Desde siempre —continuó— he intentado inculcar a mis discípulos el respeto a los mayores. Con todo el respeto, pues, que me merecen vuestras canas, os repito: sois un traidor. Admito que gran parte del daño que infligisteis tuvo su contrapartida en los servicios que nos rendíais. Hoy sois un traidor ante todo frente a vos mismo y frente a vuestra propia alma.

Akiba permanecía inmutable; la contención con que hablaba no hacía sino subrayar su acento campesino.

—Lo que decís, estimado doctor Akiba —replicó Josef, y, sin quererlo, se expresó con especial cortesía y con la dignidad de quien en su día se hiciera merecedor del gran título de doctor de Jerusalén—, lo que decís es muy vago. ¿Querríais explicármelo más concretamente?

Akiba resopló, se echó aliento en las manos y se las frotó como si se dispusiera a levantar un pesado fardo. A continuación afirmó:

—Yahvé os había encomendado luchar por su causa, por Israel. Vos en cambio cejasteis en cuanto la tarea comenzó a exigiros valor y esfuerzo. Os recluisteis en la literatura y os dedicasteis a predicar el cosmopolitismo. A la larga eso os aburrió, y volvisteis a la lucha. Entonces la cosa volvió a ponerse difícil y os esfumasteis de nuevo, de regreso a vuestra cómoda y poco comprometida escritura. Para un hombre del pueblo como soy yo eso se llama traición. Lo digo como es, con todo el respeto que me merece vuestra cana cabeza.

—¿No os parece que sigue siendo muy vago? —replicó Josef con suavidad—. Quizá se trate de mi vieja cabeza, pero no consigo entender cabalmente lo que decís.

—Trataré de traducir —repuso entonces Akiba— mi sencilla opinión a vuestro cultísimo arameo. Sabéis muy bien, mi querido doctor Josef, lo que requiere la hora y el día. Pero no queréis verlo. Preferís cerrar los ojos y «luchar» por un ideal del que sabéis muy bien que es inalcanzable. Huís de la dificultad de lo alcanzable refugiándoos en el cómodo sueño del ideal que nunca se alcanza. Traicionáis el hoy y el mañana en nombre de una quimera. Traicionáis al Mesías de carne y hueso, que tal vez se encuentre ya entre nosotros, por un pálido mesías espiritual. Traicionáis al Estado judío en aras de una utopía cosmopolita.

A aquel hombre zafio le costaba pronunciar palabras tan cultas.

—¿Qué pensáis conseguir —preguntó Josef muy sereno— diciéndome todo eso?

A Akiba lo impresionaba que Josef permaneciese tan tranquilo, pero también lo irritó.

—No sabemos qué hacer con vos —dijo por fin ofuscado, mesándose la plateada barba—. ¿A cuál de

vuestros libros hemos de atender? ¿La *Guerra de los judíos*? ¿La *Historia Universal*? ¿O el *Apión*? Un gran escritor —se mofó— debería ser capaz de expresarse con total claridad para que el pueblo lo entienda. Yo no soy un gran escritor —concluyó vehemente—, pero a mí me entiende el pueblo.

—Quien no os entiende soy yo, doctor Akiba —replicó amable Josef subrayando ligeramente el «yo»—. No entiendo por qué le hacéis el juego a los «Fanáticos del día». Sabéis que el emperador Trajano ha ampliado el número de legiones; que las legiones orientales están a reventar; que proliferan las calzadas, y que el material de guerra es más abundante que nunca. Quien ensilla un león ha de saber montarlo. Sois un hombre juicioso, y sabéis que no lo podéis montar. ¿Por qué entonces fomentáis la revuelta? El día llegará, bien. Pero sois vos quien ha de determinar qué día será ése. Y, si subleváis al pueblo a destiempo, ¿no arruináis con ello el día, cargando con una pesada culpa?

—El dios que me ordenó ensillar el león —dijo Akiba— me enseñará también a montarlo.

Después, reparando en que parecía una frase digna de un discurso para las masas, pero no para el escritor Josef ben Matatías, se avino a dejarle entrever sus íntimas aspiraciones.

—No es la razón —afirmó con acritud— la que ha de decidir si ha llegado el día, sino la intuición. La razón siempre retrocede ante Dios. No estoy diciendo que haya escapado de la razón y sus tentaciones. Conozco las alegrías de la lógica y la erudición. He estudiado las Escrituras y la doctrina con todos los medios a mi alcance, he refutado la filosofía de los gentiles. Pero todo lo que he aprendido es que cuando las cosas se ponen serias sólo nos ayuda el conocimiento interior, la fe en el excelso dios de Israel por encima de toda razón, y no la lógica ni la fe en causas y efectos inmutables. Yo creo en Moisés y en los profetas, no en Trajano y sus legiones. Quiero estar preparado cuando venga el cambio, cuando llegue el día. ¡Y el día llegará, os lo aseguro! Las leyes y los ritos están bien y agradan a Dios, pero siguen siendo mero parloteo cuando no sirven para la creación de un Estado autónomo con su propia policía, sus soldados y su jurisprudencia soberana. Lo único que nos puede ayudar es la reedificación del Templo, del auténtico, en piedra y oro, y la reconstrucción de la verdadera Jerusalén, de una ciudad de piedra y madera. ¡Señor, eso es lo que entienden las masas! Hay que estar muy versado en sabiduría griega para no entenderlo.

No habría tenido sentido atajar el fanatismo de ese hombre con los argumentos de la razón. No es que Akiba fuese poco juicioso. Al contrario, no lo era menos que él. Pero la fe de Akiba era lo bastante fuerte como para vencer a esa razón.

Este pensamiento hizo enmudecer a Josef. Ahora sí que se sentía insignificante. Pues en ese instante Akiba se levantó y se le acercó imponente; su gran cabeza se inclinó confianzuda hacia él, sus ojillos bajo la ancha y arrugada frente y las espesas y rebeldes cejas lo miraron turbios y alucinados. Y con la áspera voz amortiguada le anunció con cierto misterio:

—¿Sabéis por qué apoyé a Gamaliel cuando decidió incluir el *Cantar de los Cantares* en el canon de las Sagradas Escrituras? Porque ese canto es una parábola, un diálogo entre el novio, que es Dios, y la novia, Israel. Pero si Yahvé es el novio deberá luchar por su prometida, deberá pagar. ¡Cuán dura y amargamente tuvo que luchar Jacob por su prometida! Dios ha de conquistar a Israel, ha de hacerse merecedor de su pueblo. Yahvé ha encomendado una difícil misión a Israel, e Israel la cumplirá. Pero también Yahvé ha de cumplir su parte, restituyéndole su poder y su Estado. Y no en el futuro, sino ahora. Vos, Josef ben Matatías, queréis ponerle las cosas fáciles. Queréis malbaratar Israel. Yo no soy tan fino. Yo soy un campesino, y, como tal, desconfiado. Yo exijo el pago después de cumplir con mi parte. Exijo de Yahvé —fijaos bien, no lo pido: lo exijo— que restituya a Israel su Estado y su Templo.

Josef se asustó del furor con que aquel hombre proclamaba su desmesurada e impía exigencia; estaba poseído de su derecho hasta la médula.

—Habéis creado un Yahvé a vuestra medida —dijo Josef quedo, compungido.

—Sí —admitió Akiba sin ambages, provocador—. ¿Por qué no habría de hacérmelo a mi medida, dado que él ha hecho lo mismo conmigo?

Pero después regresó del ámbito de la mística a la realidad.

—¡Pero no temáis! —lo consoló con una sonrisa, y de pronto pareció joven a pesar de la imponente barba plateada—. Le he jurado al Doctor Supremo —le confió— que no fomentaría ningún alzamiento judío mientras Edom, mientras los romanos no cometan un nuevo atropello.

Su sonrisa se volvió pícara, lo que lo asemejaba a Juan de Giscala.

—No me resultó difícil prometérselo —dijo—, pues estoy seguro de que ese atropello no se hará esperar. La razón romana es una razón necia y ciega, sin dios, sin clemencia. Los romanos volverán a ofendernos, y a mí y a los «Fanáticos» se nos eximirá de nuestra promesa y Dios nos ayudará a nosotros, no a los romanos.

Josef, inquieto ante esas confesiones, se encaminó hacia Yabne para comentar la situación política con el Doctor Supremo.

Gamaliel no sólo no sentía envidia de Akiba, sino que, con buen tino, había hecho lo posible por afianzar su popularidad, pues no habría podido mantener su dominio sobre todos los judíos de no contar con ese vehemente y levantisco personaje. Cuando Gamaliel enseñaba:

—¡Sed pacientes, someteos a los romanos!

Akiba añadía: «Pero por poco tiempo, después podréis levantaros y arremeter contra el insolente enemigo».

Y, así, ambos salían ganando: el Doctor Supremo, porque el pueblo no habría podido aguantar la larguísima y tensa espera que les exigía de no ser por Akiba y sus promesas; y Akiba, porque su razón repudiaba la aventura que ansiaba su corazón, y en realidad se sentía feliz de que la prudencia de Gamaliel la sofocase posponiéndola indefinidamente. Por muy distintos que fuesen el tolerante y hábil Gamaliel y el fanático labriego Akiba, ambos se amaban y se respetaban.

Pero Josef no tardó en reconocer que el Doctor Supremo conocía la situación política mucho mejor que él mismo, que acababa de ver al gobernador y a Akiba.

—El emperador Trajano —le explicó Gamaliel— no tiene nada contra los judíos. Pero su inmensa maquinaria de guerra necesita el país de los judíos como campo de maniobras. Los judíos les molestan, a él y a su gobernador Lusius Quietus. Tampoco el gobernador tiene nada contra los judíos, y como no desea acabar con el relativo bienestar de que goza la provincia prefiere evitar cualquier medida radical. Pero, por desgracia, tiene junto a él a un hombre que ansía vehementemente esas medidas. Y ahora, según me cuentan testigos fiables, ese hombre ha sabido utilizar la atmósfera de patriotismo que provocaron los preparativos de la campaña oriental para hacer cambiar de parecer al gobernador.

A Josef le cuesta seguir a Gamaliel. Sabe que si el Doctor Supremo designa a ese peligroso hombre del entorno del gobernador con términos tan vagos sólo lo hace por deferencia hacia él; pues ese hombre peligroso, innombrable, no es otro que Paulus Bassus, su hijo.

Gamaliel sigue hablando, y Josef lo escucha a pesar de la tormenta que se ha desatado en su corazón. Pues el informe del Doctor Supremo merece, ¡sabe Dios!, un oído atento. Porque el innombrable ha urdido una idea verdaderamente diabólica, el gobernador le ha dado su aprobación aunque a regañadientes, y ahora sólo hace falta esperar el visto bueno de Roma para poner en práctica el infausto plan. Consiste en introducir de nuevo la capitación en la provincia de Judea a fin de distinguir a los elementos peligrosos de los fiables.

La capitación. Los dos dracmas. De todas las humillaciones ideadas por los romanos es la más infamante. Si es cierto que piensan introducir de nuevo ese impuesto especial, que el justo emperador Nerva abolió en su día, ésa será la señal esperada para el levantamiento que desea Roma y, por desgracia, también los «Fanáticos del día». Seguramente Akiba ya había oído hablar de esa posibilidad, y seguramente era ése el «atropello» que le insinuó.

Josef escuchó el informe de Gamaliel petrificado. Lo que lo paralizaba, a él siempre tan inquieto, era la idea de que era al Innombrable, de que era a su Pablo a quien Dios había elegido para infligir esa nueva desgracia a Judea. ¡Hombre infausto! ¡Cómo emanaba siempre la desgracia de todo lo que hacía, de sus hijos, de sus libros! Permaneció allí inmóvil, aturdido.

Hasta que se percató de que hacía unos minutos que Gamaliel había dejado de hablar. Buscó sus ojos, temeroso. El Doctor Supremo respondió a su mirada y Josef comprendió que sabía exactamente lo que pasaba por su mente.

—Os doy las gracias —dijo Josef.

—Si Cesarea nos impone ese tributo —prosiguió Gamaliel, como si nunca hubieran mantenido ese silencioso diálogo— Akiba estará relevado de la promesa que me hizo. A pesar de todo, cabe la posibilidad de que se mantenga tranquilo. Sabe tan bien como yo que el «atropello» de Roma no altera el juego de fuerzas entre Roma y Judea. Es un hombre juicioso. Pero queda la duda de si ese juicio vencerá a un corazón aún más poderoso.

Clavó la vista al frente, preocupado. Hasta entonces Josef siempre lo había tenido por un hombre joven. Ahora, el anciano Josef vio que tampoco Gamaliel lo era ya. Su barba rojiza se había vuelto gris, los ojos hundidos carecían de brillo; su cuerpo y su rostro habían perdido su imponente firmeza.

Pero de pronto el Doctor Supremo se incorporó y volvió a ser el de antes.

—Quiero pediros un favor, querido Josef —dijo afable y, sin embargo, en el tono de quien está acostumbrado a mandar—. ¡Id al norte! Hablad de nuevo con Juan de Giscala. Si yo no consigo detener a Akiba tal vez vos logréis domeñar a Juan de forma que al menos el norte permanezca tranquilo. Sois amigo

suyo, os escuchará. Es un hombre muy juicioso. ¡Convencedle de que actúe como tal!

—Bien —repuso Josef—. Regresaré a Giscala.

Desde que saliera de su finca Josef no había tenido sosiego. Ahora se sintió aún más inquieto. Partió en seguida, y viajó aún más deprisa. No eligió el camino más corto, sino que avanzó dando mil rodeos. Así volvió a recorrer gran parte de la tierra de Judea y de la de Samaria como llevado por el diablo, como si temiera perderse algo, como si no fuera a volver a ver nunca lo que ahora contemplaba y que vivificaba su alma.

En Samaria supo que el gobernador había decretado mediante un edicto la introducción de la capitación, que afectaba a todos los habitantes judíos de la provincia. Al día siguiente, en la pequeña localidad de Esdraela, se rumoreó que en el norte de Galilea se habían producido graves disturbios. No supieron decirle más. Pero una cosa era segura: que en varias ciudades galileas con población mixta los judíos habían arremetido contra los romanos, los griegos y los sirios. Le comunicaron que ya habían partido nuevas fuerzas de Cesarea para restituir el orden. Se rumoreaba que Juan de Giscala encabezaba el levantamiento.

Su tarea carecía ya de sentido, no tenía ya nada que hacer en el norte. Lo más sensato sería regresar cuanto antes a
Be'er
Simlai y mirar por su familia, por Mara y Daniel.

Pero, al meditarlo, supo de inmediato que no lo haría. Al temor que lo embargó al oír esas noticias se añadía una gran dulzura. Con orgullo y vergüenza tuvo que admitir que se sentía ligero, libre, dichoso. Reconoció no haber hecho más que esperar ese instante durante todos aquellos años en Judea, que sólo ahora cobraban sentido y confirmación, pues de haber recibido la noticia de la revuelta en Roma, a destiempo y lejos del lugar de los hechos, se habría perdido el acontecimiento más importante de su vida.

¡Locuras! Es una pura locura querer intervenir en la revuelta. Quizás en un primer momento alcancen un par de victorias movidos por su entusiasmo y la luz que los guía; pero a éstas la seguirá una dura y definitiva derrota. Los romanos van a conseguir lo que buscan: todo lo que queda entre los judíos de valor, juventud, hombría, será arrasado. Es un crimen y una locura querer participar.

Así, apelando a su buen juicio, es capaz de ahuyentar la embriaguez que lo ha embargado al recibir las noticias del alzamiento. Pero sólo por unas horas.

Esa misma noche, en el mísero camastro que se le ofreció en el pueblo, lo asalta de nuevo; no puede luchar contra ella y se entrega con todos sus sentidos a esa dicha peligrosa. Se siente como entonces; como cuando, de joven, condujo inspirado, como flotando, a las tropas galileas hacia su primera guerra contra los romanos. ¡Ah, sentir de nuevo ese ardoroso fervor con el que antaño partieron a la batalla! ¡Ese fundirse con los otros! ¡Esa vida multiplicada, fluyendo a borbotones ante el temor de perderla un instante después! ¡Esa fuerza incontenible compuesta de fervor religioso, violencia, temor, seguridad en uno mismo y un placer desmedido!

No deja de dar vueltas en el lecho. Aprieta los dientes, se increpa. ¡No pierdas la razón en tus últimos días, Josef! Que un joven se deje llevar por semejante locura puede ser loable, tal vez incluso lo quiera Dios. Pero que lo haga alguien como tú, un anciano… no hay nada excelso en un anciano embriagado, resulta ridículo, nada más.

No es ridículo. Si tras tantos años, si después de tantas experiencias esa voz lo llama con tal insistencia, ha de tener razón. Y, aunque sea la voz de la locura, será una locura divina. Akiba tiene razón. ¿Quién se atreve a afirmar que Yahvé se atiene a la lógica y a la escueta razón? ¿Acaso hablaron con juicio los profetas? ¿O cualquier otro? Si vosotros con recalcitrante pedantería queréis llamar a esto locura, ¡bendita sea, pues, esta locura!

Y el viejo Josef se deleita en esa locura. Sí, Juan de Giscala tiene razón, y Akiba tiene razón, y el libro de Judit y el libro de Josef ben Matatías contra Apión, y no la tienen el Doctor Supremo ni la *Historia Universal* de Flavio Josefo.

Tras decidir abandonarse a esa locura partió en medio de la noche para abrirse paso hasta Juan de Giscala.

Encontró un mulero que lo llevó hasta la pequeña localidad de Atabir, en la ladera de la montaña del mismo nombre, pero aquél no se atrevió a ir más lejos. También los habitantes del pueblo le desaconsejaron adentrarse más allá, donde comenzaba la zona militar, de modo que, tras comprar algunas provisiones, prosiguió solo su camino. Rehuía la calzada militar y elegía sendas recónditas que surcaban las gargantas y las cumbres de las montañas. Allí había luchado en su día, defendiendo la montaña, conocía bien el

territorio. Quedo, con paso regular, precavido, avanzaba a toda prisa.

Amaneció un espléndido día de primavera. El invierno había sido largo ese año; en las cumbres del norte de Galilea aún había nieve, que alimentaba los riachuelos, que bajaban pletóricos, alegres. El aire era de una pureza benéfica, lo lejano parecía cercano y claro. Josef se adentró en la cordillera, puso a trabajar a su memoria, y ésta le obedeció: cada altozano, cada valle le resultaba familiar.

Ahí estaba la roca. Desde ella tenía que poderse ver el mar, su lago, el lago Tiberíades, el lago de Genezaret. ¡Mira, ahí brilla! Sobre sus aguas flotaban unos puntos diminutos; la memoria de Josef los transformó en las velas rojizas de los barcos de pesca.

Subió a la cumbre, buscó de nuevo una quebrada para resguardarse, y la encontró. Se puso en cuclillas. La inquietud que lo había atormentado en los últimos tiempos desapareció súbitamente. Por fin descansaba. Se arrellanó y comió de sus provisiones —frutos, algo de carne, pan— y bebió de su vino.

Se levantó una leve y vivificante brisa. Josef respiró a pleno pulmón. Ante él, bajo un aire purísimo, verdadero vergel divino, yacía la tierra de Galilea, variopinta y fértil, con sus valles, colinas, montañas; y con su lago de Genezaret, el río Jordán, la costa, y sus doscientas ciudades. Lo que Josef no veía lo recordaba, lo intuía su memoria.

Se embebió de aquella visión. El paisaje era de un gris rojizo; de un jugoso verde los algarrobos, plateados los olivares, negros los cipreses, marrón la tierra. En la llanura, cual diminutas figuras, los campesinos se acuclillaban en el suelo oliscándolo para prever el tiempo. Ahora, en primavera, incluso sus desiertos están cubiertos de flores de un verde grisáceo y violeta.

Pero a esa tierra no se le perdona su fertilidad. Tal vez sea demasiado generosa. Tal vez tuviera razón Juan de Giscala cuando dijo que era el precio del vino y del aceite lo que había instigado la interminable guerra que arrasa a esa tierra. Sea como fuere, ha sido abonada con sangre. Quizás así lo ha querido Dios.

Josef descansaba en su quebrada. Había olvidado sus temores y sus dudas. Sus pensamientos se henchían, ondulantes, y eso lo reconfortaba.

Dios les había confiado a ellos, a los judíos, esa tierra donde fluyen la leche y la miel. Y aún más cosas les había dado: «No se llama Sión el reino que os he prometido; su nombre es: el universo».

Pero el dominio del orbe es un asunto vago, lejano. Si al menos le hubiera sido dado contemplar de lejos la tierra de sus anhelos, la tierra del Mesías, de la Justicia, de la Razón. «Ya podemos esperar a que nos crezca la barba». Josef se echa a reír pensando en las toscas palabras de Akiba. ¡Un tipo formidable ese Akiba!

Alza de nuevo la vista, disfruta del paisaje. Al menos le queda su Galilea. Se ha dejado tantas cosas en el camino, esperanzas y creencias; pero no renegará de Galilea: a ella se aferra ahora, eso lo conservará.

Había querido proclamar la razón, el reino de la Razón, su propio Mesías. Pero ese profetismo, querido, resulta demasiado caro. Quien haga de profeta en eso tendrá que pagarlo con renuncias. Pero ¡cuán dulce y noble es no predicar otra cosa que el propio pueblo, la nación! Misiones como ésa alimentan su alma y su cuerpo, procurándole la gloria y una honda satisfacción interior.

De la lejanía, desde abajo, le llegó un ruido. Josef supo que allá abajo, en lo hondo, invisible a sus ojos, cruzaba una calzada. El ruido le recordó a los cascos de los caballos. Involuntariamente se adentró en la quebrada donde se había refugiado.

¿A cuento de qué está aquí? ¿Qué ha venido a buscar aquí, a Galilea, en medio de la revuelta, en medio de la guerra, él, el viejo? Aquí no hace más que arriesgar su vida, sin ayudar a nadie.

¡Tonterías! ¡Como si alguna vez hubiera deseado ayudar a alguien! Ha tenido que llegar a esa edad para admitir que nunca quiso ayudar a nadie más que a sí mismo. Sólo pensó en él, yo, y siempre yo, y de todo lo que ha pensado y escrito, lo que ha concebido, sólo el *Salmo del yo* es auténtico:

> Quiero ser yo, quiero ser Josef,
> tal como salí del vientre de mi madre,
> no dividido entre los pueblos
> y obligado a decir: de éstos soy, o de aquéllos.

A Justo sí quiso ayudarlo, al otro, al de la lejana estirpe. ¡Pobre Justo, tan grande y noble! Naciste en mala hora, en mala hora te esforzaste, precursor, anunciador de una verdad poco propicia a estos tiempos. Viviste tu vida desdichado y amargado, amargado e infeliz moriste, y tu obra será olvidada. Tal es la recompensa del justo.

Pero la esperanza mesiánica es necesaria para vivir. Y debe haber quien proclame al verdadero Mesías, no el de Akiba, sino el de Justo. Ellos son los elegidos, pero también para la desdicha.

Yo, Josef ben Matatías, lo sé bien. He experimentado lo auténticamente mesiánico, la verdad entera, y fui desdichado. Sólo cuando renuncié a ello mejoraron las cosas. Y sólo llegué a estar de acuerdo conmigo, feliz, cuando me rebelé contra la razón. ¡Ah, qué tiempos aquéllos en los que seguí sin trabas mi instinto, cuando escribí el libro contra Apión, el más necio y el mejor que he escrito nunca! Y quizás, a pesar de todo, el que más agradó a Dios. Pues ¿quién sabe cuál es el instinto bueno y cuál el malo? Y aunque hubiera surgido del mal instinto, ¿no se dice en las Escrituras «servirás a Dios también con tu instinto malo»?

Respiró hondo. Se sentía ligero y fresco, el aire brotó leve de su boca; se sentía joven. Sus labios dibujaban una sonrisa casi imbécil de pura dicha. Había tenido que cumplir los setenta para aprender a ser necio. ¡Alabado seas, Yahvé, nuestro dios, que me has dejado llegar hasta aquí y que aún me permites respirar la dulce y pura brisa de Galilea y el acre perfume de la guerra!

En su fuero interno sabía que esa felicidad no duraría mucho, que sólo le quedaban un par de días, o incluso un par de horas, o tal vez un par de miserables minutos. No, no serían miserables, sino buenos y dichosos.

Se dispuso a seguir su camino y descender de aquella montaña. Volvió a oír un ruido sospechoso y se movió con cautela. Rehuyó cualquier camino amplio, se escondió allí donde podía ser visto; pisaba con cuidado. Pero en una ocasión se equivocó. Se desprendió una piedra y cayó de tal modo que rebotó en la calzada. Los que pasaban por ella eran jinetes romanos y se detuvieron, aprestándose a rastrear la colina.

Los ojos de Josef no eran tan agudos como su oído; durante varios minutos no pudo decir si eran judíos o romanos los que recorrían la ladera. Después se acercaron a él y vio que eran soldados romanos.

Durante unos instantes lo asaltó el pavor, arrebatándole toda su fuerza. Ese día había caminado un buen trecho subiendo y bajando por ásperos senderos, y de pronto sintió que lo abandonaba su frescura. Volvía a ser un anciano; el corazón, hasta entonces tan ligero, le oprimía de pronto el pecho, que sentía pesado y dolorido como un tumor; las rodillas le fallaron y tuvo que agacharse.

Pero poco a poco fue reponiéndose hasta recobrar esa sensación de paz, sí, incluso de alegría, que embarga a quien ha llegado ya a su meta. Debería haber caído entonces, en la primera guerra, cuando era joven, en Galilea. Pero escapó a ese final y en lugar de ello había vivido una vida agitada; y trajo al mundo hijos y libros, buenos y malos, y algunos seguían viviendo y otros habían perecido; e hizo mucho mal, pero también algunas cosas buenas; y ahora, muy tarde, le era dado recuperar lo que entonces, ilícitamente, había rehuido: morir en la guerra, en Galilea.

Allí estaba, bajo aquel aire puro y ligero, mirando a los hombres de frente; su cuerpo era frágil, pero estaba libre de temor y lleno de esperanzas.

Los soldados se acercaron y encontraron a un viejo judío. Lo miraron, indecisos, y él los miró, curioso.

—¡Santo y seña, judío! —le exigió por fin el cabecilla.

—No lo conozco —replicó Josef.

—¿Qué haces aquí? —le preguntaron los soldados.

—Tengo muchos amigos en Galilea —repuso Josef—, estaba preocupado por ellos y he venido a buscarlos.

—¿Y por eso te deslizas por caminos perdidos rehuyendo la calzada del ejército imperial? —le preguntaron.

Y él respondió:

—Pensé que la calzada imperial estaría llena de soldados imperiales. Un anciano hace bien en avanzar por carreteras secundarias.

Los soldados se echaron a reír.

—No vas descaminado —dijo el cabecilla—, pero ahora tendrás que dar un rodeo aún mayor que los de tus senderos de montaña. ¿Quién eres? No eres un campesino, y tampoco pareces galileo.

—Soy Flavio Josefo, miembro de la segunda nobleza —dijo Josef mostrándoles la sortija dorada y dirigiéndose a ellos en latín, aunque hasta entonces habían hablado arameo.

—¿Así que ésas tenemos? —se burlaron los soldados—. ¿Eres de la segunda nobleza? ¡Así nos habíamos imaginado nosotros a un noble romano!

—De ahí se colige —dijo Josef cortés— que la realidad a veces difiere de nuestra imaginación. Por lo demás, tengo papeles que lo demuestran.

Y sacó el salvoconducto que le había procurado el gobernador de Cesarea.

Los soldados no le prestaron atención.

—De poco nos vale esta mierda. Aquí sólo vale una firma, ¡la de Paulus Bassus!

Josef clavó la vista al frente, pensativo, y repuso:

—Conozco muy bien a vuestro Paulus Bassus, y él me conoce muy bien.

Los soldados estallaron en sonora carcajada ante aquel viejo judío bromista que decía ser amigo de su comandante.

—Entonces tendría que haberte contado —replicaron— las medidas que él mismo ha adoptado. Cuando se encuentre en un camino galileo a un judío circuncidado que no esté empadronado en alguna localidad vecina y no conozca el santo y seña se le considerará un espía. ¿Eres judío? ¿Estás circuncidado?

—Sí, lo estoy —dijo el anciano. El cabecilla calló largo rato; después se encogió de hombros con un gesto que asemejaba una disculpa.

—¡Está bien! —dijo—. Pareces un hombre razonable, y comprenderás que si abreviamos no es por mala voluntad, sino por cumplir nuestro deber. ¡Agradéceselo a tu amigo Paulus Bassus!

Josef los miró atentamente uno tras otro.

—Sí que me gustaría hacerlo —dijo muy sereno—, y desearía que me lo permitierais. Pues es cierto que pertenezco a la segunda nobleza romana y que conozco muy bien a vuestro Paulus Bassus.

Su voz, sus ojos, sus serenos modales impresionaron a los soldados. El hombre no parecía un espía, pues para semejante cometido no habrían elegido a un judío tan viejo y tan llamativo. Pero las órdenes son sagradas. Además, ya se habían retrasado; la batida había durado más de lo que pensaban. Si cargaban con el tipo y se retrasaban aún más los reprenderían; tenían todo el derecho a matarlo.

Pero los soldados no eran mala gente. Eran de ésos que llevaban mucho tiempo establecidos en el país, habían tratado con judíos y no los consideraban sus enemigos.

—Las órdenes —meditó uno en voz alta— dicen: ¡sed humanos mientras lo permita la situación militar!

—La guerra es la guerra —exclamó otro.

—Escucha —le propuso el cabecilla a Josef—, hemos de ir a Tabara y no tenemos mucho tiempo. Intentaremos llevarte. No iremos al galope, pero tampoco al paso. Ya nos hemos entretenido bastante. Aquí ocurre como en el circo. Algunos sobreviven. Te daremos una oportunidad. Te ataremos a un caballo, y si lo consigues te habrás salvado. ¿Te parece un trato justo?

—Creo —dijo el que había hablado primero— que es justo, y no contraviene el reglamento. ¡¿Tú qué dices, judío?! —lo increpó.

Josef lo miró largamente con aire pensativo.

—Tienes razón, muchacho —dijo—. No contraviene el reglamento.

Lo registraron. Llevaba encima algunas monedas, restos de sus provisiones, el salvoconducto del gobernador y, en el dedo, la sortija de la segunda nobleza.

—Esto puede que lo haya robado —opinaron quitándosela. Después bajaron a la calzada y lo ataron a un caballo. El que lo montaba era un tal Filipo, un hombre de buen corazón.

—No cabalgaré demasiado deprisa, amigo —le prometió, y le dio a beber algo de vino para que se fortaleciera. Después partieron.

Soplaba un viento fresco y perfumado, el trote no era demasiado rápido, y durante los primeros minutos no parecía improbable que el prisionero fuese a lograrlo. Sus viejos pies avanzaban deprisa, respiraba regularmente, y los soldados le decían:

—¿Lo ves? No hay que rendirse.

Pero después le faltó el aire, tropezó y cayó al suelo. Su vestido se rasgó, sangraba, pero sólo se había rozado un poco, nada serio. Y no tardó en incorporarse y seguir corriendo. Pero volvió a caer, y esta vez el golpe fue más violento, aunque a fin de cuentas sólo se hirió en los brazos y la cara. Filipo detuvo su caballo, volvió a darle de beber, y le concedió un minuto de descanso antes de continuar. Pero Josef se cayó por tercera vez, y en esa ocasión lo arrastraron durante un trecho por la calzada, que, a pesar de ser primavera, estaba cubierta de polvo, lo que favorecía a Josef; pero también había piedras, y cuando Filipo se detuvo por fin el viejo judío estaba cubierto de sangre, tenía los ojos cerrados, y de su pecho les llegó un estertor bastante desagradable.

Filipo cabalgó hacia los otros y se congregaron en torno a Josef.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —dijeron—. Parece que has perdido la partida. ¿Lo rematamos —meditaron— o lo dejamos aquí? —Y le preguntaron—: ¿Te rematamos, viejo, o prefieres que te dejemos aquí?

—Nos hemos atenido al reglamento —repitió el cabecilla como disculpándose.

Josef les oía hablar, pero no los entendía. Hablaban en latín, pero él, el políglota, ya no entendía sino la lengua del lugar, y tampoco habría sido capaz de hablar.

—Opino —propuso por fin uno de ellos— que lo encomendemos a su suerte. No creo que vaya a

hacernos ninguna jugarreta.

Y así lo hicieron. Lo levantaron y lo colocaron al borde de la calzada, debajo de un matorral de flores amarillas, con la cara en la sombra. Después se marcharon.

El lugar donde lo abandonaron era un altiplano yermo, con un par de matorrales florecidos por la primavera. Allí yacía, pues, Josef, bajo la brillante y suave luz; y un tanto aturdido contempló aquel desierto cuajado de motas amarillas y los dulces y alegres rayos del sol.

El Josef que había acudido a Roma para inculcarle, y con ella al orbe, el espíritu judío.

El Josef que había saludado al general Vespasiano como el Mesías.

El Josef que había desposado a Mara, la prostituta de Vespasiano, y más tarde a la griega egipcia Dorión.

El Josef que había luchado en Galilea a la cabeza de los judíos y que tuvo que asistir a la destrucción del Templo y de Jerusalén desde el campamento romano.

El Josef que había sido testigo de la victoria de Tito y que había sufrido la humillación de cruzar bajo su arco de triunfo.

El Josef que había escrito el polémico *Libro de los Macabeos,* la conciliadora *Guerra de los judíos,* la tibia y cosmopolita *Historia Universal* y el ardiente y nacionalista *Apión.*

El Josef que había luchado en vano por ganarse a su hijo Pablo y que había causado la muerte de su hijo Simeón y de su hijo Matías.

El Josef que había compartido mesa con tres emperadores, y con la princesa Berenice, el Doctor Supremo Gamaliel y el violento Akiba.

El Josef que había estudiado la sabiduría de las Escrituras judías, de los doctores, de griegos y romanos, y que una y otra vez se tropezó con la conclusión de Cohelet, que todo es vano, aunque jamás actuara en consecuencia.

Ese Josef ben Matatías, sacerdote de primera categoría, conocido en el mundo entero como Flavio Josefo, yacía ahora bajo un matorral, jadeando, con el rostro y la blanca barba cubiertos de sangre, polvo, heces y saliva. La yerma llanura moteada de amarillo que lo rodeaba y el claro cielo le pertenecían sólo a él; las montañas, los valles, el lejano mar, el puro horizonte que sobrevolaba una rapaz solitaria sólo existían para él y no eran sino el marco de su ser. Su vida, que se extinguía, colmaba la tierra entera, y ambas cosas eran una. La tierra venía a llevárselo y él le salía al encuentro. Había querido conquistar el mundo, pero sólo encontró su tierra, porque salió en su busca demasiado pronto. El día había llegado. Era un día distinto del que soñara, pero se sentía satisfecho.

Al transcurrir varias semanas sin que se recibieran noticias de Josef Mara se dirigió al gobernador de Cesarea y al Doctor Supremo de Yabne.

La administración romana se esforzó por encontrarlo: se trataba de un caballero de la segunda nobleza muy conocido en Roma y su corte. También el asustado Gamaliel hizo todo lo posible por dar con él. Se ofrecieron cuantiosas recompensas al que lo encontrase vivo o muerto, pero sólo lograron averiguar que lo habían visto en Esdraela; a partir de allí su pista se perdía. No era fácil localizar a un hombre en una región asolada por la guerra, pues la revuelta había dejado tras ella decenas de miles de cadáveres.

Transcurrió un mes, llegó Pentecostés, el Pentecostés que habían soñado los hombres reunidos en torno a la mesa del doctor Akiba; pero fue un Pentecostés sangriento para Judea. Y llegó el ardiente mes de Tamus, y se conmemoró el comienzo del asedio de Jerusalén, y el mes de Ab, y conmemoraron el incendio de Jerusalén y su Templo. Y nada se sabía de Josef ben Matatías, a quien los romanos llamaban Flavio Josefo. Lo dieron por desaparecido, y Gamaliel tuvo que renunciar a enterrar dignamente al gran escritor obsesionado con el judaísmo de su siglo.

Entonces los doctores proclamaron:

—Tal como dicen que ocurrió con Moisés, nuestro maestro: «Nadie ha sabido dar razón de su tumba hasta el día de hoy». —Y se admitió que lo conmemorarían sus obras, y nada más.

LION FEUCHTWANGER
(1884-1958)
es probablemente el gran maestro de la novela histórica. Alemán, participa de cerca en los hechos de 1918 en Berlín «a la sombra de los jefes de la revolución» y se entera, durante una gira por Estados Unidos en 1933, que los nazis le han quitado su ciudadanía y su doctorado y han prohibido todos sus libros. Refugiado en Francia funda, junto con Brecht y Bredel, *Das Wort,* la revista antinazi más importante de los exiliados alemanes. El gobierno de Vichy lo arresta; logra escapar de la Gestapo; y llega por fin a Estados Unidos, en donde vive desde 1941 hasta su muerte. En 1954 obtiene el Premio Nacional de la República Democrática Alemana.

Notas

[1] En el original se produce un salto en las páginas
48-49
. [Nota y conjetura del primer digitalizador]. < <

[2] Nuevamente en el original se produce un salto en el texto entre las páginas
80-81
[Nota y conjetura del primer digitalizador]. < <